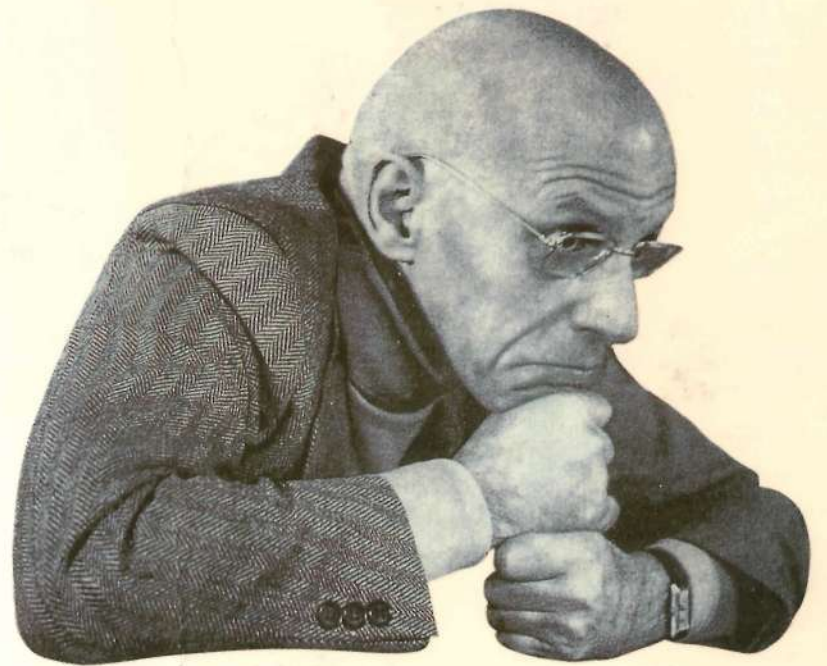


LAS VIDAS DE MICHEL FOUCAULT

David Macey



CATEDRA

Título original de la obra:
The Lives of Michel Foucault

Traducción: Carmen Martínez Gimeno

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el art. 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

© David Macey, 1993
Ediciones Cátedra S. A., 1995
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 399-1995
I.S.B.N.: 84-376-1312-4
Printed in Spain
Impreso en Gráficas Rogar, S. A.
Pol. Ind. Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid)

índice

PRÓLOGO de Manuel Garrido.....	9
LAS VIDAS DE MICHEL FOUCAULT.....	17
Agradecimientos.....	19
Introducción. «Yo, Michel Foucault».....	21
1. Paul-Michel.....	37
2. El zorro, la escuela y el partido.....	59
3. El carnaval de Musterlingen.....	89
4. El norte.....	117
5. Una historia de la locura.....	139
6. La muerte y el laberinto.....	171
7. Palabras y cosas.....	207
8. El sur.....	243
9. Vincennes.....	271
10. «Un lugar donde el pensamiento es libre».....	302
11. «Intolerable».....	324
12. El profesor militante.....	361
13. Los archivos del dolor.....	398
14. El uso de los placeres.....	431
15. Disidente.....	460
16. Comienza la danza de la muerte.....	502
17. La luz grande y persistente de la libertad polaca.....	526
18. Una vida inacabada.....	549
Bibliografía.....	577

Colección Teorema
Serie mayor

David Macey

Las vidas de Michel Foucault

Prólogo de Manuel Garrido

CÁTEDRA
TEOREMA

Prólogo

El joven artista Hervé Guibert, que se adelantó con el suicidio a la muerte por sida, dejó memoria de su enfermedad en una novela, *Al amigo que no me salvó la vida*, en cuyos personajes se adivinan caras conocidas. Marina es la bella actriz Isabelié Adjani, la romántica heroína a la que hemos visto en el cine vampirizada por Nosferatu y alienada por Rodin; y el filósofo Muzil, aficionado a las orgías sadomasoquistas y que guardaba en una bolsa el instrumental adecuado, es el envenenado retrato de Michel Foucault, el gran pensador francés cuya vida segó el mismo virus hace poco más de diez años y sobre el cual se multiplican hoy sorprendentemente las biografías.

En 1989 apareció en Francia una excelente escrita por Didier Eribon y reeditada dos años después. A ella le siguieron en el mundo anglosajón esta monumental de David Macey, ya traducida al francés, y otras dos de Miller y Halperin que tematizan la homosexualidad del pensador. Y la temporada pasada las prensas francesas añadieron a la producción de cuatro impresionantes volúmenes de *Dichos y escritos* del filósofo dos nuevas obras del género biográfico, una segunda de Eribon y otra de la sartriano-foucauldiana Jeannette Colombel.

Algunas biografías recientes de filósofos contemporáneos (Wittgenstein, Peirce, Heidegger) han sido éxito de ventas en varios países. Puede que haya un interés real de la gente por conocer las vidas de esos personajes, y a través de ellas tal vez su pensamiento, que tan aburridamente exponen las monografías académicas. Pero ¿por qué son tantas las obras que tratan de la vida de Michel Foucault?

Para responder a esta pregunta seguramente basta con recordar su importancia o el dato de su enfermedad. Pocos miembros de la comunidad filosófica ponen en duda que Foucault fue uno de los pensadores más

originales de su generación, que es la de Barthes, Lakatos y Habermas en Europa y de Putnam y Chomsky en Estados Unidos. Y la revista bibliográfica que dirige Pivot lo catalogó como el tercer intelectual en grado de influencia en su país, después de Lévi-Strauss y Raymond Aron. Yo añadiría que uno de sus principales atractivos fue su manera de vivir una vida filosófica. En una de sus entrevistas finales debatió sobre el papel del intelectual en la sociedad del presente. En ella descalificaba la función de lo que él llamaba «intelectual universal», que se dirige proféticamente al pueblo y al poder político para corregirlos y orientarlos desde el cielo de la verdad. Es la función que se atribuyeron los intelectuales del XDC y de la cual el «Yo acuso» de Zola fue ejemplo eminente. Esta función, anacrónica para Foucault en nuestro siglo, es la que quiso desempeñar Sartre y la que hoy, bajo un signo distinto y a una escala conceptual incomparablemente más pobre, quisiera continuar, explotando el arte de los medios, Bernard Henry Lévy. Al intelectual universal opone Foucault la figura, típica de nuestra época, del «universal específico», el hombre que domina un campo particular de la ciencia o de la técnica, como la física nuclear, la genética, la tecnología informática o la economía y tiene la capacidad de decidir por ello, en alianza con el poder político, «la estrategia de nuestras vidas y nuestras muertes». Más allá de ambos tipos había situado él en otra ocasión el rango del hombre excepcional, «fundador de discurso», del que Freud, Marx o Nietzsche fueron modelo. El ejemplo de Nietzsche, cuyo pensamiento, a diferencia del de Marx o Freud, no se deja inscribir en ningún código o teoría científica lógicamente manipulable, guarda cierta semejanza con los casos de Wittgenstein y Foucault.

Rabinow ha comparado el papel cultural de este último en nuestros días con el desempeñado por Max Weber a principios de siglo. En ambos encontramos el mismo propósito de analizar «con el mayor entusiasmo y sin la menor esperanza», sin hipostasiar míticamente el pasado ni el futuro, la situación cultural y espiritual de nuestro tiempo, la misma voluntad de llevar a cabo, sin dar cabida a ningún prejuicio, el diseño de la historia, la ontología y el diagnóstico del presente.

Muchos de los lectores que fueron jóvenes en los años 60 vinculan ante todo a Foucault con *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas* (1966). Pensado para un reducido sector de especialistas, este libro encontró en el gran público, para sorpresa del autor, una acogida espectacular que le abrió definitivamente las puertas de la fama. Con las ideas a primera vista más llamativas en él expuestas (la tesis de «la muer-

te del hombre» y la aparente defensa del enfoque estructuralista) Foucault se desmarcaba drásticamente del humanismo historicista entonces monopolizado por el pensamiento de Sartre y numerosos seguidores de Marx. A un nivel más profundo transmitía también el mensaje de que la ruptura, la discontinuidad y el disenso son factores más saludables que la continuidad y el consenso para el desarrollo del pensamiento y de la cultura. En el lanzamiento de esta idea en el ámbito más restringido de la filosofía y la historia de la ciencia, Kuhn se había anticipado en cuatro o cinco años a Foucault, quien seguía por su parte con ella una línea ya trazada por grandes figuras francesas de la filosofía de la ciencia, como Bachelard y Canguilhem, que fue su maestro.

A *Las palabras y las cosas* le corresponde por derecho propio una posición estelar en nuestro actual firmamento filosófico. Para Foucault, sin embargo, como ha recordado Jeannette Colombel, éste no era «su» libro, quizá porque es el que más induce al lector a encasillarlo como «estructuralista» —etiqueta que él luego repudió tan terminantemente como Lévi-Strauss—, quizá por ser una obra más discursiva y textual al modo de Derrida que directamente práctica y operativa, o quizá porque su objeto, el estatuto epistemológico de las ciencias humanas, era algo solamente «normal».

«Es verdad que la locura, la muerte y el crimen», le oiremos decir más tarde, «son para mí los hechos más intensos». Al primero de ellos le había consagrado ya su tesis doctoral, la *Historia de la locura*, publicada cinco años antes que *Las palabras y las cosas*. Esa historia denunciaba el silencio a que ha condenado a la sinrazón la Razón ilustrada, y señalaba que ésta, al encerrar al loco en el manicomio, vino a romper una costumbre todavía vigente al comienzo de los tiempos modernos, cuando la cordura y la locura aún eran capaces de convivir armoniosamente, como sucede en el *Quijote* de Cervantes, el *Lear* de Shakespeare o el elogio filosófico que hizo Erasmo de la sinrazón.

Aquella tesis, que estaba a caballo entre la historia, la psicología y la filosofía y andando el tiempo iba a servir de bandera al movimiento antipsiquiátrico, era un libro, en verdad inencasillable y desconcertante, aunque no tanto como la personalidad de su autor. Inteligente, brillante y de familia acomodada, condiciones que favorecen el éxito, era sin embargo patológicamente independiente en la confección de sus propios programas y no tenía suficientes conexiones con las mafias que distribuyen el poder cultural. La conquista de París, ciudad en la que había estudiado, tuvo que hacerla desde fuera, empezando por un puesto de cultura francesa en la nórdica universidad de Uppsala y pasando por una ciudad del Este, Varsovia (pronto abandonada tras un incidente homosexual) y otra meridional, Túnez, en la que amaba la cegadora claridad del

sol africano y donde vivió los acontecimientos del 68. A Francia lo reintegró definitivamente la invitación a formar parte de la revolucionaria universidad de Vincennes de donde pasaría dos años más tarde a ser nombrado profesor del Collège de France, el cargo más prestigioso al que puede aspirar un intelectual de nuestro vecino país. La aglomeración de asistentes a las conferencias con que impartía allí su cátedra de Historia de los Sistemas del Pensamiento no tenía par desde los tiempos de Bergson.

En el curso de la década de los 70 la hegemonía intelectual de Foucault en Francia será prácticamente absoluta. Su peculiar imagen, «cabeza afeitada [diario ritual que había iniciado en Túnez] y tez de marfil, cierto aire budista y una mirada mefistofélica» (Lacouture) era ya mundialmente conocida. La relativa abstinencia política de los años anteriores al 68 se tornará en militancia radical que desborda al marxismo por la izquierda¹ coincidiendo unas veces, enfrentándose otras con el extremismo maoísta. El impactante libro *Vigilar y castigar* (1975) inaugura la nueva etapa del pensamiento foucauldiano como análisis del poder.

De los tres hechos que consideraba Foucault para él «más intensos», la locura, el crimen y la muerte, el primero había sido tema de su tesis y el segundo de la obra sobre la vigilancia y el castigo. Sobre la otra cara de la muerte, que es la sexualidad, versarán sus tres últimos libros, el primero de los cuales, *La voluntad de saber* (1980), no tuvo el éxito de anteriores publicaciones. La gente esperaba de Foucault algo así como una nueva versión de las teorías de Reich sobre el orgasmo y quedó decepcionada al leer que el discurso moderno sobre el sexo no lo libera y que la praxis psicoanalítica lo controla y subyuga sutilmente como ya hiciera la Iglesia con las artes de la confesión.

Los últimos 70 y primeros 80, años externamente caracterizados por la creciente insatisfacción de Foucault en el ambiente francés, su simpatía por Jomeini, sus fricciones con el gobierno socialista y su creciente influencia en los Estados Unidos, adonde viajaba con frecuencia, marcan sin embargo una profundización en su pensamiento. La teoría de la «gubernamentalidad» o «governabilidad» desenmascara la forma más peligrosa que tiene el poder de subyugar al individuo, que no consiste en la represión sino en la dirección pastoral o gobierno maquiavélico de las al-

¹ Después de la breve visita que hicieron a España, Foucault, Ivés Montand, Débray y otras tres personas para protestar testimonialmente por la condena a muerte de diez presos políticos, un joven se le acercó a Foucault para pedirle que hablase sobre Marx a un grupo de manifestantes. La respuesta del filósofo fue: «¡Que no se me hable más de Marx! No quiero volver a escuchar ni una sola palabra sobre este señor. Diríjase a los que tienen por oficio hacerlo, que para eso se les paga, pues son funcionarios de la cosa. Yo he acabado por completo, con Marx.»

mas. De ahí que la pregunta «¿cómo no ser gobernado?» implique el interés por consolidar la constitución ética del sujeto, para que éste sea capaz de «cuidar de sí». Con el cuidado que uno debe tener de sí mismo puede ir ligado el retorno del pensamiento cínico. Las pautas del diálogo cínico representan, a diferencia del socrático, una forma más atrevida de la libertad de expresión, la *parrhesia*, por la que el ciudadano se dirige al poder sin sumisión, con la admirable impertinencia con que Diógenes le dijo a Alejandro que no le quitara el sol. La paradójica unión del cinisismo con la solidaridad es una de las claves del enigma de la vida vivida como arte por Michel Foucault.

La presente biografía de Foucault no es sólo la más extensa, sino la más completa y equilibrada de las existentes sobre el autor de *Vigilar y Castigar*. La de Didier Eribon la aventaja en lucidez y elegancia de exposición, pero tiene el inconveniente de que informa mucho menos sobre el lado oscuro de Foucault, respecto del cual se manifiesta de modo más bien evasivo y eufemístico. Eribon está mucho más cerca de la brillante gravedad de un Plutarco que Macey del malicioso ingenio de un Diógenes Laercio. Pero a pesar de su frío estilo anglosajón, expositivo y argumentativo, dice más que Eribon sobre las diversas vidas de Foucault. Algún crítico francés lo ha censurado por mostrarnos en estas *Vidas* al gran hombre en zapatillas. Pero si comparamos esta obra con la biografía de James Miller, *La pasión de Michel Foucault*, también se nos antojará eufemística y evasiva, porque el Foucault pintado por Miller casi hace parecer rousseauiano al Muzil de la novela de Hervé Guibert.

MANUEL GARRIDO

Las vidas de Michel Foucault

A Aaron, Johny Chantelle, por todo lo que nos habéis dado en tan poco tiempo, y a la afectuosa memoria de Antoine Roquetin.



Michel Foucault

Agradecimientos

Debo gratitud a quienes compartieron sus recuerdos de Foucault conmigo y me proporcionaron información y contactos, a varias instituciones y a quien me escuchó y leyó.

Maurice Agulhon, Michel Almaric, Jacques Almira, Claire Ambroselli, Didier Anzieu, Sylvie-Claire dArvisenet, Association pour le Centre Michel Foucault, Margaret Attack, Robert Badinter, Étienne Balibar, Jean-Pierre Barou, Zygmunt Bauman, Neil Belton, Bibliothèque du Saulchoir, Pierre Bourdieu, Roy Boyne, Brotherton Library (University of Leeds), Catherine von Bülow, Georges Canguilhem, Robert Castel, Héléne Cixous, Jeannette Colombel, Jurandir Freiré Costa, Régis Debray, Daniel Defert, Frédéric Deneuve, Laurent Dispot, Jean-Marie Domenach, Bernard Doray, Jean Duvignaud, Gregory Elliott, Didier Eribon, Francois Ewald, Arlette Farge, Serge Fauchereau, Alain Finkielkraut, John Forrester, Denys Foucault, Gérard Fromanger, Francine Fruchaud, Henri Fruchaud, Mike Gane, Cari Gardner, Philippe Gavi, Celio Garcia, Colin Gordon, André Green, Félix Guattari, Malcolm Imrie, Douglas Johnson, Chain Katz, Georges Kiejman, Denise Klossowski, Pierre Klossowski, Bernard Kouchner, Jean Laplanche, Annette Lavers, Antoine Lazarus, Jacques Lebas, Dominique Lecourt, Serge Livrozet, Jean-Francois Lyotard, Roberto Machado, Pierre Macherey, Edmond Maire, Claude Mauriac, Philippe Meyer, Jean Francois Miguel, Francoise-Edmonde Morin, Jean-Pierre Mignard, Modern Languages Library (University of Leeds), Liane Mozère, Toni Negri, Michelle Perrot, Jean-Pierre Peter, Jean Piel, Danièle Rancière, Jacques Rancière, Jonathan Rée, Christian Revon, Francois Roustang, Yves Roussel, Rene Schérer, Dominique Seglard, Lucien Séve, Anne Thalamy, Georges Verdeaux, Jacqueline Verdeaux, Marie-Thérèse Vernet, Paul Veyne, Pierre Vidal-Naquet, Simón Watney, Jeffrey Weeks.

Introducción. «Yo, Michel Foucault...»

En su magistral biografía de Bernard Shaw, Michael Holroyd señala que las «de los escritores se redactan en colaboración con su sujeto postumo»¹. Algunos sujetos postumos colaboran menos que otros y Foucault, que compartía el desdén de Nietzsche hacia «toda la erudita basura de la biografía»², es bastante más reacio que Shaw. De estar vivo, habría rechazado los avances de cualquier biógrafo y, una vez muerto, sigue debatiéndose para zafarse de ellos.

El 25 de junio de 1984, Michel Foucault murió a los cincuenta y siete años por complicaciones debidas a su infección con el virus de inmunodeficiencia adquirida. Sus dos últimos libros acababan de publicarse y se estaban comentando ampliamente en la prensa. A su muerte, era sin duda el filósofo más prominente de Francia y había logrado la distinción poco frecuente de aparecer en las listas de *best-sellers* con *Les mots et les choses*, un libro denso y difícil, escrito, según su autor, para un pequeño público de especialistas. Había cruzado con éxito la gran barrera que separa el mundo puramente académico de la esfera cultural más amplia. Durante cerca de catorce años había dado clases en el Collège de France, la institución más prestigiosa del mundo académico francés. Se le había homenajeado en Estados Unidos y las traducciones de sus obras le habían proporcionado una reputación internacional, desde Brasil hasta Japón. Es más, su reputación internacional casi había eclipsado la que disfrutaba en Francia. Muchos, por no decir la mayoría, de los estudios so-

¹ Michael Holroyd, *Bernard Shaw. Vol 1. 1856-1898. The Search of Love*, Harmondsworth, Penguin, 1990, pág. 4.

² Friedrich Nietzsche, *Untimely Meditations*, trad. de R. J. Hollingdale, Cambridge, University Press, 1983, pág. 97. [Trad. esp.: *Consideraciones intempestivas*, Madrid, Alianza, 1988.]

bre Foucault que pueden encontrarse en las librerías parisienses son traducciones del inglés³.

Foucault tuvo muchas vidas: como académico, como activista político, como niño y como amante de hombres. Tuvo una vida muy pública, pero también otra muy privada. En sentido amplio, su vida también fue la vida intelectual de Francia. Hay pocos cambios que no se hayan reflejado en su obra o conquistas que no haya influido. Su biografía es también por necesidad la historia intelectual de su tiempo. Como tributo inesperadamente generoso, el filósofo alemán Jürgen Habermas, que podía haber sido muy crítico con él, escribió: «Del círculo de filósofos de mi generación que hacen el diagnóstico de nuestro tiempo, Foucault es quien ha influido de modo más duradero el *Zeügeist*»⁴. En su época de estudiante, fue testigo del predominio del existencialismo sartreano y reaccionó contra él, y también formó parte de la generación que descubrió o redescubrió a Hegel, Nietzsche y Heidegger. Louis Althusser y Maurice Merleau-Ponry fueron profesores suyos. En los años sesenta se le tenía por miembro del grupo estructuralista de los cuatro, cuyos otros componentes eran Jacques Lacan, Roland Barthes y Claude Lévi-Strauss. Una década más tarde, se le asociaba con los llamados nuevos filósofos en su retirada precipitada del marxismo y el maoísmo. En sus últimos años, otro cambio de dirección le condujo a la apacible contemplación de la filosofía estoica y a la exploración de una posible ética nueva.

La multiplicidad de sus vidas hace difícil llegar a una periodización satisfactoria de su obra. En su influyente estudio, Dreyfus y Rabinow proponen un esquema con cuatro etapas: una heideggeriana, una arqueológica o cuasi-estructuralista, una genealógica y, finalmente, una ética⁵. Esta división no es totalmente insatisfactoria, pero tiene la desventaja de reducir una vida compleja y el grueso de su obra a una dimensión únicamente filosófica. No permite apreciar la trayectoria que llevó al Foucault miembro del Partido Comunista Francés, a través de un periodo de quietismo político, a otro de pletórica militancia izquierdista y luego a la preocupación por los derechos humanos. Tampoco tiene en cuenta la importante fase literaria de su carrera.

³ Los más útiles de todos los estudios generales sobre Foucault son: Alan Sheridan, *Michel Foucault: The WiUto Truth*, Londres, Tavistock, 1980; Angele Kremer Marietti, *Michel Foucault: Archéohgie et Génédogie*, París, Livre de poche, 1985; Gary Gutting, *Michel Foucault's Archaeohgy ofScientific Reason*, Cambridge University Press, 1989; James W. Bemauer, *Michel Foucault's Forcé ofFlight*, Atlantic Highknds, Nueva Jersey, Humanities International Press, 1990.

⁴ Jürgen Habermas, «Taking Aim at the Heart of the Present», en David Couzens Hoy (ed.), *Foucault: A Critical Reader*, Oxford, Blackwell, 1986, pág. 107.

⁵ Hubert L. Dreyfus y Paul Rabinow, *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*, Hemel Hempstead, Harvester, 1982.

En noviembre de 1971, Foucault participó en un debate con el lingüista estadounidense Noam Chomsky en la televisión holandesa. A este debate le debía preceder un breve documental sobre su vida, pero se negó a proporcionar cualquier tipo de información biográfica y nunca llegó a realizarse⁶. Más aún, en mayo de 1981, declaró de modo bastante explícito: «En cierto sentido, siempre he deseado que mis libros fueran fragmentos de una autobiografía. Mis libros siempre han sido mis problemas personales con la locura, con las prisiones, con la sexualidad»⁷. Un año después expresó la misma opinión aún con mayor fuerza en Vermont: «Cada una de mis obras forma parte de mi propia biografía»⁸. Decir que la historia de sus libros es en gran parte la biografía de Michel Foucault es casi una perogrullada. Sería como declarar que su biografía es la historia de un pensamiento, una obra en curso. En tales declaraciones parece insinuar cierta relación más profunda entre el autor y el texto. En una discusión sobre uno de sus autores favoritos, fue algo más explícito, e incluso puede considerarse que proporcionó una fórmula para su biografía. Refiriéndose al novelista y poeta Raymond Roussel, afirmó:

Un escritor, en sus libros, en lo que publica, no cumple simplemente con su tarea [...], su obra principal, al final, es él mismo en el proceso de escribir sus libros. La vida privada de un individuo, su preferencia sexual y su obra se interrelacionan no porque ésta traduzca su vida sexual, sino porque la obra incluye el conjunto de su vida además del texto. La obra es más que eso: el sujeto que la escribe forma parte de ella⁹.

Rara vez habló Foucault de su vida —menos aún de sus primeros años— con algún detalle. En 1983 terminó una entrevista personal poco común diciendo:

De todos modos, mi vida personal no tiene ningún interés. Si alguien cree que no se puede entender mi obra sin hacer referencia a tal

⁶ Claudio Pogliano, «Foucault, con interpreti», *Belfagor*, vol. 40, 1985, pág. 147. Para una transcripción del debate, véase «Human Nature versus Power», en Fons Elders (ed.), *Reflexive Water: The Basic Concerns of Mankind*, Londres, Souvenir Press, 1974, págs. 139-197.

⁷ «L'intellectuel et les pouvoirs» (propos recueillis le 14 mai 1981 et resumes par Christian Panier et Fierre Watté), *La Revue Nouvelle*, vol. LXXX, núm. 10, octubre de 1984, página 339.

⁸ Rux Martin, «Trudí, Power, Self: An Interview with Michel Foucault. October 25, 1982», en Luther H. Martin, Huck Gutman y Patrick H. Hutton (eds.), *Technologies of the Self: A seminar with Michel Foucault*, Londres, Tavistock, 1988, pág. 11.

⁹ Charles Rúas, «An Interview with Michel Foucault», en *Death and the Labyrinth: The World of Michel Foucault*, trad. de Charles Rúas, Londres, Athlone Press, 1986, pág. 184.

o cual parte de mi vida, acepto considerar la cuestión. [*Risas*] Estoy dispuesto a contestar si me convencen. Puesto que mi vida personal carece de interés, no merece la pena hacer un secreto de ella. [*Risas*] Por el mismo motivo, no merecería la pena airearla¹⁰.

No resulta típico el tono burlón en el que, sin experiencia psicoanalítica, se detecta un marcado elemento de narcisismo. Más característica es la agresión defensiva que puede verse en un célebre pasaje de *L'archéologie du savoir*. Al interlocutor imaginario que se queja: «¿Vuelves a decir que nunca has sido lo que se te ha reprochado ser? Ya estás preparando la salida que te permitirá en tu próximo libro surgir por algún otro sitio y mofarte de nosotros como lo haces ahora: "No, no, no estoy donde me esperáis, sino aquí, riéndome de vosotros"», Foucault le replica: «Sin duda, no soy el único que escribe para no tener rostro. No me preguntéis quién soy y no me pidáis que siga siendo el mismo: es la ética del *état civil*, que controla nuestros documentos de identidad. Cuando se trata de escribir, debería dejarnos en libertad»¹¹. El *état civil* es el equivalente español del Registro Civil. En otro lugar, Foucault lo llama «ese extraño cuerpo que torna en institución las existencias individuales» y describe a sus funcionarios civiles como «la forma primordial de la ley» porque «transforman cada nacimiento en un archivo»¹².

Diálogos reales semejantes a los parodiados en *L'archéologie du savoir* se daban con bastante regularidad en los seminarios y las conferencias de Foucault, que solía declinar precisar quién o qué era. En la ciudad brasileña de Belo Horizonte en 1973, cuando le preguntaron sobre su identidad intelectual, acabó definiéndose simplemente como «un lector»¹³. En 1981, se advirtió al público de Lovaina que no le presionaran mucho sobre si era filósofo o historiador¹⁴.

Sus negativas a declarar su identidad o trazar su historia podían ser ingeniosas. A Paolo Caruso le dijo: «Me sería un poco difícil describir el itinerario que me ha conducido a mi posición actual, por la sencilla razón

¹⁰ «The Minimalist Self», en Lawrence D. Kritzman (ed.), *Politics, Philosophy, Culture. Interviews and Other Writings 1977-1984*, Nueva York y Londres, Routledge, 1988, pág. 16. La entrevista de Stephen Riggins, efectuada en inglés el 22 de junio de 1982, apareció originalmente en la revista canadiense *Ethos*, vol. 1, núm. 2, otoño de 1983, págs. 4-9.

¹¹ *L'archéologie du savoir*, París, Gallimard, 1969, pág. 28. [Trad. esp.: *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1991.]

¹² *La pensée du dehors*, Montpellier, Fata Morgana, 1986, pág. 37. [Trad. esp.: *El pensamiento del afuera*, Valencia, Pre-Textos, 1993.]

¹³ Michel de Certeau, «The Laugh of Michel Foucault», *Heterologies. Discourse on the Other*, Manchester University Press, 1989, págs. 193 y 194.

¹⁴ «Mal faire, dire vrai», conferencia sin publicar, Université Catholique de Louvain, mayo de 1981. Original mecanografiado, Bibliothèque du Saulchoir, D202.

de que espero no haber alcanzado el punto de llegada». A otro entrevistador que le había reprochado no hablar de sus antecedentes o de su infancia le dijo: «Mi querido amigo, los filósofos no nacen... Existen y eso es todo»¹⁵. El ingenio no era expresión de frivolidad, sino de una convicción profundamente asentada. Como Foucault señaló en Vermont a un escritor independiente en octubre de 1982.

No considero que sea necesario saber con exactitud quién soy. El interés principal de la vida y del trabajo es convertirse en alguien distinto al que se era al comienzo. Si se conociera cuando se empieza un libro lo que se dirá al final, ¿se tendría el valor suficiente para escribirlo? Lo que resulta cierto en la escritura y en una relación amorosa lo es también para la vida. El juego merece la pena siempre que no sepamos cuál será el final¹⁶.

En ocasiones, su famosa reticencia se extendió a su misma obra. Durante una extraña visita al Institut Français de Londres a mediados de los años setenta, rehusó pronunciar la conferencia esperada y anunció que contestaría las preguntas que le formularan los asistentes sobre cualquier tema... que no fuera su obra. Luego se sentó en los escalones del escenario y de este modo se aseguró de que el micrófono de la mesa no recogiera nada de lo que dijese. A muchos no les hizo gracia. Ni tampoco les divirtió demasiado a sus anfitriones que abandonara mucho antes de lo previsto la recepción que le habían organizado para alcanzar el primer vuelo de vuelta a París¹⁷.

«Escribir para no tener rostro» fue la ambición declarada de un hombre que tuvo muchos, que llevó muchas vidas diferentes y muy compartimentadas. Poca gente, de haber alguna, conoció a todos los diferentes Foucault que coexistieron. Tras su muerte, Daniel Defert, que compartió su vida durante más de veinte años, se asombró al descubrir que su pareja había estado donando grandes sumas de dinero a los dominicos de la rue de la Glacière, en gratitud por la hospitalidad que le otorgaron en la Bibliothèque du Saulchoir¹⁸. Mantuvo separados a su familia y a sus amigos. La compartimentación de su vida fue tal que varios de sus conocidos masculinos estaban sinceramente convencidos, aunque equivocados, de que, en un momento determinado, habían sido el «único amigo hete-

¹⁵ «Che cos'è lei, Professor Foucault?», *La Fiera Letteraria*, 28 de septiembre de 1967, página 11 (entrevista con Paolo Caruso); «Conversazione senza complessi con il filosofo che analizza le structure del potere» (entrevista con Jerry Bauer), *Playmen*, 12, 1978, pág. 30.

¹⁶ «Truth, Power, Self», pág. 9.

¹⁷ Entrevista con Douglas Johnson.

¹⁸ Entrevista con Daniel Defert.

rosexual de Foucault». Mucha gente, la mayoría hombres, hablan de su profunda misoginia, pero lo niegan mujeres como Catherine von Bülow, Héléne Cixous y Arlette Farge, todas las cuales trabajaron estrechamente con él en momentos diferentes.

Las impresiones subjetivas sobre Foucault son variadas y confusas. Podía ser seductor y, como Jacques Lacan, tenía la habilidad de hacer que su interlocutor momentáneo creyera que disfrutaba de una relación privilegiada con él. También podía rechazar con crueldad a los que se le acercaban con preguntas inocentes sobre su obra. Podía ser un anfitrión generoso que prodigaba la botella de whisky, aunque rara vez bebía¹⁹. Podía combinar generosidad con espontaneidad. Cuando, a finales de los años setenta, un grupo de jóvenes alemanes «autonomistas» consiguieron llegar hasta su apartamento, Foucault los saludo cálidamente, les escuchó y bromeó con ellos, mientras acariciaba a su gato. Les preparó comida y luego desapareció diciendo que no comería con ellos y que tenía un trabajo importante que hacer sobre las cuotas lecheras en la Comunidad Económica Europea. Para su disgusto, Laurent Dispot, al que había invitado para que los acompañara, comprendió de repente que su función consistía en hacer de anfitrión sustituto²⁰. Muchos conocieron a un Foucault encantador, con una personalidad muy cordial. En una comida a comienzos de los años sesenta, el psicoanalista André Green se encontró con alguien que utilizaba la ironía de un modo cercano al sadismo para socavar los argumentos de un investigador invitado²¹. Jean Laplanche, otro analista de los primeros en conocer a Foucault en sus días de estudiante, llega a una fórmula de compromiso casi perfecta al hablar de su «cordialidad distante»²². Hay quienes sólo conocieron al profesor del Collège de France; otros conocieron, o sostienen haber conocido, a un Foucault que, enfundado en cuero negro y envuelto en cadenas, se escabulliría de su apartamento de la rue de Vaugirard en busca de aventuras sexuales anónimas. La población inmigrante del barrio de la Goutte d'Or de París conoció a un intelectual blanco dispuesto a afrontar detenciones —y palizas— en la lucha contra el racismo, aunque algunos de ellos creyeron que era Sartre.

Un deseo ambiguo de anonimato caracterizó tanto su identidad intelectual como personal. El Foucault que participó en la marcha del Orgullo Gay de Toronto en 1982 también era el que odiaba ser reconocido

¹⁹ Jonathan Rée, comunicación personal.

²⁰ Laurent Dispot, «Une soirée chez Michel Foucault», *Masques*, 26-26 de mayo, 1985, págs. 163-167; entrevista con Laurent Dispot.

²¹ Entrevista con André Green.

²² Entrevista con Jean Laplanche.

cuando entraba en un bar o un club, ello a pesar de su cabeza afeitada, sus sorprendentes ojos azules y su habitual jersey de cuello vuelto blanco, todo combinado para hacerlo reconocible al instante. Gozaba del anonimato proporcionado por saunas y casas de baños, donde «uno deja de ser prisionero de su rostro, su pasado, su identidad», donde «lo importante no es la afirmación de la identidad, sino la afirmación de la no identidad»²³. Por su parte, el escritor y artista Pierre Klossowski está convencido de que la meta de Foucault, al igual que la de su amigo común Gilles Deleuze, era «liquidar el principio de identidad»²⁴.

En 1980 concedió una entrevista a *Le Monde* con la condición de permanecer en el anonimato:

¿Por qué le sugiero que utilicemos el anonimato? Aparte de la nostalgia por los tiempos en que, al ser casi desconocido, lo que decía tenía alguna posibilidad de ser escuchado [...]. Escoger el anonimato [...] es un medio de dirigirme al lector potencial, la única persona que me interesa aquí, de modo más directo: «Puesto que no sabes quién soy, no sentirás la tentación de buscar las razones por las que digo lo que estás leyendo. Simplemente déjate llevar y concluir "es cierto; está equivocado. Me gusta esto; me desagrada aquello"»²⁵.

Luchaba por el anonimato en diferentes esferas:

Hemos de conseguir el anonimato [...]. Para cualquier escritor, el problema antes era desprenderse del anonimato de todos; en nuestros días, el problema se ha convertido en conseguir borrar nuestro propio nombre y lograr introducir nuestra voz en el murmullo grande y anónimo de los discursos²⁶.

A veces, un modo de obtener el anonimato era hablar en tercera persona o salirse de su propio discurso, adoptando un tono neutral y objetivo. Al comentar una película sobre los hospitales psiquiátricos, hizo mención de un carnaval que se celebraba todos los años en el pueblo suizo de Musterlingen. Describió el modo en que los pacientes de una clí-

²³ «Le gai savoir», entrevista con Jean Le Bitoux, *MeeMagazine*, 5, junio de 1988, pág. 36. La entrevista, con fecha de 10 de julio de 1978, se publicó originalmente en holandés como «Vijftien vragen von homosexele zijde san Michel Foucault», en M. Duyves y T. Maasen (eds.), *Intewiewen mit MiichelFoueaault*, Utrecht, De Woelsat, 1992, págs. 12-23.

²⁴ Pierre Klossowski, «Digression á partir d'un portrait apocryphe», *L'Arc*, 49, *Deleuze*, nueva ed., 1990, pág. 11.

²⁵ «Le philosophe masqué», Christian Delacampagne, *Le Monde Dimanche*, 6 de abril de 1980, pág. 1.

²⁶ «Deuxième entretien: Sur les facons d'écrire l'histoire», en Raymond Bellour, *Le livre des autres*, París, L'Herne, 1971, pág. 203; publicado originalmente en *Les Lettres Francaises*, 15 de junio de 1967.

nica local desfilaban por las calles disfrazados con máscaras, antes de quemar una figura gigantesca que representaba al carnaval²⁷. Sólo por su descripción sería imposible decir que había visto la procesión y que incluso había intentado sin éxito filmarla. En los años ochenta, concedió diversas entrevistas sobre la cultura y la sexualidad gays que habrían constituido un autorretrato íntimo si no fuera porque nunca dijo: «Yo, Michel Foucault...» Aquí, el anonimato se reforzaba con la narración inequívocamente impersonal de encuentros sexuales con parejas anónimas.

Maurice Blanchot, un hombre mucho más anónimo que el que aspiraba a ser Foucault y cuyos libros llevan una nota biográfica que dice: «Maurice Blanchot, novelista y crítico. Dedicó toda su vida a la literatura y al silencio que le es propio», captura parte de su evasividad de este modo:

Permítaseme decir antes de todo que no mantuve una relación personal con Michel Foucault. Nunca me lo encontré, salvo una vez, en el patio de la Sorbona, durante los acontecimientos de Mayo del 68, quizá en junio o en julio (pero me dijeron que no estaba allí), y le dirigí algunas palabras, sin que él tampoco supiera quién le estaba hablando [...]. Es cierto que durante aquellos acontecimientos extraordinarios dije a menudo que por qué no estaba Foucault allí, y de este modo le devolvía su poder de atracción y respetaba el lugar vacío que debía ocupar. Pero recibí réplicas que no me satisficieron: «Es algo reservado» o «Está fuera»²⁸.

Realmente estaba fuera, en Tunicia, aunque pasó un corto tiempo en París, a finales de mayo. Vivió en el extranjero durante periodos relativamente largos y pensó —o fantaseó— con frecuencia en abandonar París y afincarse en cualquier otro lugar. Pero siempre fue profundamente francés o, más bien, parisiense. Muchos de sus visitantes señalaron que en general era reacio a comentar la vida cultural estadounidense y que sus referencias intelectuales eran predominantemente francesas. Puede que haya sido ambivalente, pero en ciertos aspectos necesitaba la vida intelectual parisiense.

Sus giras de conferencias le llevaron por todo el mundo. Las vacaciones las solía pasar en el norte de África o en España. Gran Bretaña no era un destino frecuente y «no mostraba un gran amor por Inglaterra, sobre la que tendía a opinar que estaba ya medio muerta»²⁹. En una visita, in-

²⁷ «Sur "Histoire de Paul" par Michel Foucault et Rene Feret (Entretien)», *Cahien du Cinema*, *Ibl-Ifá*, enero de 1976, pág. 65.

²⁸ Maurice Blanchot, *Michel Foucault tel que je l'imagine*, Montpellier, Fata Morgana, 1986, págs. 9-10. [Trad. esp.: *Michel Foucault tal como yo lo imagino*, Valencia, Pre-Textos, 1992.]

²⁹ Alan Sheridan, «Diary», *London Review o/Books*, 19 de julio-1 de agosto de 1984, página 21.

sistió en que lo único que quería ver era el mercado de Petticoat Lane, en el este de Londres, y con gran dificultad logró Defert convencerle una vez para que viajara hasta Skye³⁰.

Las conferencias que pronunciaba en el extranjero hacían pocas concesiones al lugar geográfico donde se encontraba. Era raro que comenzara con las trivialidades habituales de cortesía sobre lo contento que estaba de hallarse en Río de Janeiro, por poner un ejemplo; lo normal era que se sumergiera sin más en el tema en cuestión. A pesar de su interés teórico por las «heterotopias» y las cosas distintas en general, sus dilatados viajes apenas le cambiaron. En Tunicia mostró interés por las lenguas árabes, pero su principal proyecto intelectual fue un estudio sobre Manet y no su iniciación en el arte islámico. Todas sus giras de conferencias le dejaban tiempo para entablar conversaciones con activistas políticos, académicos, profesionales de la salud mental e incluso monjes budistas zen, pero su contenido rara vez entró a formar parte del discurso real de Foucault. En las entrevistas, muy de vez en cuando, hacía alguna referencia anecdótica a sus viajes, pero eso era todo. También fue un viajante asce-ta. Su apartamento, bastante impersonal, de la rue de Vaugirard no estaba abarrotado de recuerdos, ni adornaban sus paredes máscaras japonesas tras sus dos viajes a Japón, aunque a veces vestía el kimono con que le fotografió Hervé Guibert en 1982³¹. El sombrero *stetson* que le regalaron sus estudiantes de Berkeley en octubre de 1983 le gustó mucho, pero no existe constancia de que se lo haya puesto en París. Sin rostro pero conspicuo, con muchos viajes encima, pero en apariencia poco influido por su experiencia de lo distinto, Foucault permaneció enigmático, inclasificable.

Les mots et les choses se inicia con el sabor de la risa provocada por la lectura del relato que hace Jorge Luis Borges del sistema clasificatorio que puede encontrarse en una enciclopedia china, en la que los animales se dividen en las categorías siguientes:

- a) pertenecientes al Emperador, b) embalsamados, c) amaestrados, d) lechones, e) sirenas, f) fabulosos, g) perros sueltos, h) incluidos en esta clasificación, i) que se agitan como locos, j) innumerables, k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, l) etcétera, m) que acababan de romper el janón, n) que de lejos parecen moscas³².

³⁰ Entrevista con Daniel Defert.

³¹ Reproducido en *Michel Foucault: Une histoire de la vérité*, París, Syros, 1985, páginas 112-113.

³² *Les mots et les choses*, París, Gallimard, 1966, pág. 7. [Trad. esp.: *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1974³.]

Resulta característico que Foucault no proporcione la referencia de esta cita. La alusión pertenece a «El idioma analítico de John Wilkins», donde Borges describe un «emporio celestial de saber benevolente»³³.

La obra de Foucault presenta en sí misma problemas de clasificación al migrar por disciplinas tan dispares como la historia, la filosofía, la sociología, la historia médica y la crítica literaria. Probablemente, la historia del desventurado bibliotecario que catalogó *Larchéologie du savoir* como «Historia antigua y Arqueología» es tan apócrifa como la de su compañero que parece haber colocado *La ciudad de Dios* de san Agustín en la estantería dedicada a «Planificación urbana». Sin embargo, recogen en cierta medida los problemas que surgen al intentar situar a Foucault en una clasificación genérica. Ambos, el hombre y su obra, por usar una dicotomía convencional que le habría exasperado, fueron enigmáticos, evasivos y proteicos.

Cuando murió, el abogado Georges Kiejman señaló en *Le Monde* que Francia había perdido no sólo a un filósofo, sino también a un luchador de la calle. Aunque no se refleja siempre en sus obras más importantes, Foucault fue a veces, entre otras cosas, un activista y un militante político. Durante breve tiempo, en la década de los cincuenta, fue miembro del Partido Comunista Francés, pero nunca más formó parte de otro partido político. Sus actividades tomaron formas diferentes, que fueron desde la fundación del Groupe d'Information sur les Prisons (Grupo de Información sobre las Prisiones) a comienzos de los años setenta, hasta la organización del apoyo para los disidentes soviéticos y los refugiados del mar, y desde una breve relación con la campaña para legalizar el aborto, hasta actos en solidaridad con los trabajadores inmigrantes de Francia.

A menudo se ha apuntado como reproche que de toda esta actividad no emerge una verdadera política coherente, y la prensa parisiense de vez en cuando disfrutaba mofándose de *lesfoucades de Foucault* (las ventoleras de Foucault). Sus actividades políticas no resultaban de la aplicación de una teoría, y no es siempre fácil hallar tras ellas una actitud consistente. Las acusaciones sobre su inconsistencia o de que actuaba por meras ventoleras le divertían:

Creo que de hecho se me ha situado en la mayoría de las casillas del ajedrez político, una tras de otra y a veces al mismo tiempo: como anarquista, izquierdista, marxista ostentoso o desengañado, antimarxista explícito o secreto, tecnócrata al servicio del gaullismo, neoliberal,

Jorge Luis Borges, *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, pág. 708.

etc. [...]. Es cierto que prefiero no identificarme y que me divierten los distintos modos en los que se me ha juzgado y clasificado³⁴.

Malraux y Sartre señalaron que la muerte torna la vida en destino y la contingencia en necesidad. Sabemos cómo terminó el juego. La vida que se convierte en el tema de una narrativa se parece aún más al destino, pero la de Foucault fue tan desordenada como la de cualquier otro. Sólo en la narrativa puede parecer haber una conexión entre la predilección por Nietzsche y los quesos de Poitou. Nada predestinó a Paul-Michel Foucault de Poitiers a terminar su carrera en el Collège de France y, a su parecer, el reconocimiento que alcanzó no era el resultado de un proyecto existencial o ni siquiera de una carrera planeada: «No creo que tuviera el proyecto de convertirme en filósofo»³⁵. Su carrera fue en un grado sorprendente el resultado de encuentros casuales y decisiones repentinas. Según le contó a Jean-Pierre Barou, todo podía haber sido muy diferente. Podía haber luchado en la Resistencia, pero no lo hizo³⁶. Podía haber sido agregado cultural en Roma, jefe del servicio de radiodifusión francés, director de la Biblioteca Nacional de París o psicólogo clínico. Ni el destino ni la necesidad obraron en su vida.

La «autobiografía» contenida en sus escritos es fragmentaria en extremo, a lo que no contribuye menos el hecho de que el mismo corpus escrito existente tenga tantas lagunas. En 1977, le dijo a un amigo: «Cuando muera, no dejaré manuscritos»³⁷. Estuvo a punto de cumplir esa promesa. A Hervé Guibert, un amigo íntimo y, según algunos, el último amor de Foucault, le ordenó destruir los borradores de los volúmenes finales de la *Histoire de la sexualité* y todos los materiales preparatorios. Tenía poca simpatía por Max Brod y su decisión de publicar los manuscritos de Kafka a pesar de los deseos expresos de su amigo difunto, y estaba determinado a impedir que alguien siguiera ese ejemplo famoso³⁸. Murió sin dejar un testamento propiamente dicho, pero una carta hallada en su apartamento aclaraba a la perfección sus intenciones: «Dejo mi apar-

³⁴ «Polemics, Politics and Problematizations: An Interview», trad. de Catherine Porter (una versión editada de entrevistas con Paul Rabinow, Charles Taylor, Martin Jay, Richard Rorty y Leo Lowenthal, Berkeley, abril de 1983), en Paul Rabinow (ed.), *The Foucault Reader*, Harmondsworth, Penguin, 1986, págs 383-384.

³⁵ «The Minimalist Self», pág. 7.

³⁶ Jean-Pierre Barou, «Il aurait pu aussi bien m'arriver tout autre chose», *Liberation*, 26 de junio de 1984, pág. 4.

³⁷ *IbU*.

³⁸ Citado en Claude Mauriac, *Le temps accompli*, París, Grasset, 1991, pág. 43. Para el relato novelado de Guibert, véase su *A l'amiqui ne m'apas sauvé la vie*, París, Gallimard, 1990. [Trad. esp.: *Al amigo que no me salvó la vida*, Barcelona, Tusquets, 1991.]

tamento y todo lo que contiene a Daniel Defert. No quiero publicaciones postumas»³⁹.

Su familia y sus amigos han respetado su deseo, y si sobrevivió algún manuscrito, permanece fuera del alcance de investigadores y biógrafos. En la Bibliothèque du Saulchoir queda mucho material no publicado, que puede consultarse pero no reproducirse. No habrá obras completas de Michel Foucault. Por razones similares, no parece posible que se vaya a hacer una edición con su correspondencia, que debe de ser voluminosa y dirigida tanto a amigos y amantes como a editores japoneses. La controversia rodea el cuarto volumen de la *Histoire de la sexualité*, casi acabado en junio de 1984, pero con pocas probabilidades de aparecer publicado⁴⁰. Resulta frustrante la situación creada por Foucault, pero ha querido estar seguro de que no surgía una productiva industria *postmortem* que resulta casi irritante, como en el caso de Sartre y Simone de Beauvoir, según se exhuman de diferentes alacenas más y más manuscritos «desconocidos». Foucault defendió que quizá las obras completas de Nietzsche deberían contener los cuadernos en los que las listas de la lavandería se mezclan con apuntes para aforismos⁴¹, pero adoptó la opinión de que ese mismo argumento no era aplicable a sus listas de lavandería.

Una vez muerto, el escritor que proclamó la muerte del autor continúa ejerciendo los derechos y privilegios como tal. En vida, el hombre que con frecuencia sostuvo que un autor no tenía el derecho a establecer la ley en cuanto al significado de su obra, fue también el autor que, junto con su asistente en el Collège de France, redactó el artículo sobre Foucault en un «Diccionario de filósofos»; lo firmó como Maurice Florence y de este modo proporcionó una versión autorizada en más de un sentido: «Así pues, si se inscribe a Foucault en la tradición filosófica, es dentro de la tradición crítica al estilo de Kant, y su empeño podría llamarse una *historia crítica delpensamiento...*»⁴². La paradoja de que Foucault actúe como autor postumo radica en su deseo de que no haya publicaciones postumas; si se continúa respetando, será por siempre el autor de libros completos y no el productor industrial de borradores que le habrían permitido convertirse aún en alguien diferente.

Se resistía con fuerza al hecho de que estaba produciendo una *oeuvre* o unas obras completas: «No hablo de mi *oeuvre* por la sencilla razón de

³⁹ Mauriac, pág. 43.

⁴⁰ Véase Pierre Nora, «Il avait un besoin formidable d'être aimé», *L'Événement du Jeudi*, 18-24 de septiembre de 1986, págs. 82, 83.

⁴¹ *L'archéologie du savoir*, pág. 35.

⁴² «Maurice Florence» (esto es, Michel Foucault y François Ewald), «Foucault, Michel, 1926-», en Jean Huisman, (ed.), *Didionnaire des philosophes*, París, PUF, 1981, t. 1, pág. 942; entrevista con François Ewald.

que no me siento como el portador de una *oeuvre* potencial»⁴³. Según Francois Ewald, ayudante de Foucault en el Collège de France y estrecho colaborador desde 1975, insistía en que sus textos eran un juego de herramientas que podían usarse o descartarse y no un catálogo de ideas teóricas que implicaran alguna unidad conceptual⁴⁴. Sin embargo, su sentido de la propiedad hacia sus escritos publicados resultaba extraño, ya que había repudiado por completo sus primeras obras, se había negado a que se volvieran a editar y de este modo las había dejado fuera del juego de herramientas. Durante su vida, nunca se recogieron en un volumen sus abundantes escritos ocasionales, y le desagradaba la idea de que esto llegara a suceder. Para él, estas composiciones eran intervenciones específicas que tenían poco interés o utilidad una vez pasado el acontecimiento, y dijo de ellas: «Escribir sólo me interesa en el grado en que se incorpora a la realidad de un combate como un instrumento, una táctica, un medio de iluminar [...]. Ciertamente, no veo lo que hago como el cuerpo de una obra (*oeuvre*) y me choca que alguien pueda llamarme escritor [...]. Yo vendo herramientas»⁴⁵. Nunca se publicaron «ensayos selectos» en francés, pero Foucault no puso objeciones a que se le hicieran antologías en otras lenguas, y le agradó bastante, por ejemplo, aprobar la útil compilación publicada por Colin Gordon⁴⁶. Hasta hace muy poco, la valiosa serie de entrevistas realizadas por Duccio Trombadori en 1978 sólo existía en italiano; ahora hay una traducción al inglés, pero no versión en francés⁴⁷. Los controvertidos artículos sobre la revolución iraní escritos para el *Corriere della Sera* han aparecido en francés. Con otros textos sólo se cuenta en portugués, inglés o alemán. Poco antes de su muerte, le estaba dando vueltas al tema de que publicar un volumen de entrevistas no «sería una mala idea», pero no vivió para verlo hecho realidad⁴⁸. Defert y Ewald están preparando en la actualidad una edición de todos los escritos ocasionales de Foucault, que será publicada por Gallimard.

Uno de los efectos de esta postura por parte de Foucault es que la compilación de una bibliografía es una tarea de pesadilla. Las mejores son

⁴³ «Un problème qui m'intéresse depuis longtemps, c'est celui du système penal», citado por Jélila Hafsia, *Visages et rencontres*, Túnez, 1981.

⁴⁴ Francois Ewald y Pierre Macherey, «Actualité de Michel Foucault», *L'Ane*, 40, octubre-diciembre, 1989, págs. 4 y 5.

⁴⁵ «Sur la sellette», entretien avec Jean-Louis Ezine, *Les Nouvelles Littéraires*, 17 de marzo de 1975, pág. 3.

⁴⁶ *Power/Knowledge. Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*, editado por Colin Gordon, Brighton, Harvester, 1980; entrevista con Colin Gordon.

⁴⁷ Duccio Trombadori, *Colloqui con Foucault*, Salerno, 10/17, 1981, trad. por R. James Goldstein y James Casaito como *Remarks on Marx*, Nueva York, Semiotex(e), 1991.

⁴⁸ Mauriac, *Le temps accompli*, pág. 32.

las reunidas por James W. Bernauer y Jacques Lagrange, que sobrepasan la bibliografía anotada de Clark (sigue siendo un trabajo esencial de referencia sobre la literatura secundaria), pero ninguna es exhaustiva⁴⁹. No se han reseñado todas sus contribuciones a la prensa izquierdista en sus días de activista y todavía quedan muchas por identificar. Hay un libro importante y fascinador que apareció sin que nada hiciera identificar a Foucault como colaborador. *Vingt ans et après* consiste en transcripciones de diálogos grabados entre Foucault y Thierry Voeltzel, un joven autoestopista al que el primero recogió en 1975. Los diálogos se centran en Voeltzel y proporcionan una notable narración de la vida de un joven gay comprometido con la cultura juvenil actual, pero también deja vislumbrar algo de la vida de un Foucault, ahora realmente anónimo. Era el «libro de Thierry» y se publicó sólo con su nombre, por lo que no aparece en la compendiosa bibliografía de Bernauer. Lo que es más, no todas las cintas se transcribieron y el material sin publicar permanece en posesión de Claude Mauriac, editor de la colección Enjeux donde apareció el libro⁵⁰. Su destino también está determinado por la prohibición sobre las publicaciones postumas.

Las conferencias pronunciadas en el Collège de France constituyen una parte primordial de su obra y proporcionan el punto de partida de los libros escritos desde 1970. La mayoría de ellas permanecen sin publicar y es poco probable que puedan serlo. Es cierto que circulan transcripciones no autorizadas de cintas grabadas, aunque muchos de sus dueños las guardan con un celo posesivo, y que aparecen versiones piratas de vez en cuando, a riesgo de que la testamentaria de Foucault emprenda acciones legales. Esto ha llevado a algunas situaciones absurdas. En 1990 se publicó en Italia un extracto del ciclo de conferencias de 1976 y luego apareció en francés en *Les Temps Modernes*⁵¹. Se da la ironía evidente de que Foucault nunca perdonó al periódico por no tener en cuenta su *Histoire de la folie* o por el duro tratamiento que otorgó a *Les mots et les choses*, y sólo colaboró una vez en él⁵². Lo absurdo surgió cuando la testamentaria y Gallimard emprendieron acciones legales contra *Les Temps Modernes* y

⁴⁹ Bernauer, *Foucault's Forcé of Flight*; Michael Clark, *Michel Foucault: An Annotated Bibliography*, Nueva York, Garland, 1983. La bibliografía de Lagrange se incluirá en la edición de Gallimard de próxima aparición. Se puede consultar un ejemplar en la Bibliothèque du Saulchoir.

⁵⁰ Thierry Voeltzel, *Vingt ans après*, prólogo de Claude Mauriac, París, Grasset, 1978; entrevista con Claude Mauriac.

⁵¹ «Faire vivre et laisser mourir. La naissance du racisme», *Les Temps Modernes*, 535, febrero de 1991, págs. 37-61.

⁵² «Sur la Justice populaire: débat avec les Maos», *Les Temps Modernes*, 310bis, 1972, págs. 335-366.

se fallaron daños simbólicos contra un periódico publicado por la última⁵³. En Italia, se prohibió al editor florentino Ponte alie Grazie mediante acción legal que publicara ninguna conferencia más. Tales incidentes forman parte de una controversia legal, que también afecta la obra de Barthes y Lacan, sobre si una conferencia o un seminario públicos son por definición del dominio público. Las interpretaciones actuales de la ley de la propiedad intelectual sugieren que no.

Algunas transcripciones de las conferencias pueden consultarse y otras escucharse en cinta en la Bibliothèque du Saulchoir, que guarda los archivos del Centro Michel de Foucault, pero, al igual que el resto del material no publicado, no pueden reproducirse. Las cintas son de calidades muy diferentes, y algunas de ellas son grabaciones incompletas. En 1989, Seuil publicó en cassette dos conferencias: las introducciones a los cursos de 1978 y 1979 sobre «Seguridad, territorio y población» y «El nacimiento de la biopolítica»⁵⁴. Los mejores compendios de las conferencias siguen siendo los resúmenes de los cursos que Foucault preparaba cada año para el *Annuaire* del Collège de France, ahora a la venta como libro⁵⁵.

Su reticencia y la naturaleza lagunar de la «autobiografía» contenida en sus obras plantean un problema capital para el biógrafo. No hay periódicos disponibles que consultar y algunos de los que han guardado el diario de Foucault dicen que no parece contener mucho más de unas notas sobre los libros que leía. Ninguna universidad estadounidense alberga una reserva secreta de correspondencia y manuscritos. Hay rumores sobre la existencia de textos misteriosos sin publicar y la leyenda persistente de que una novela pornográfica por él escrita sigue languideciendo en un archivador o en un cajón en algún lugar de París. La documentación disponible es muy desigual y algunos periodos de su vida permanecen oscuros, mientras en otros es la cabal abundancia de material la que crea problemas. Se sabe poco, por ejemplo, del año que pasó en Hamburgo; los comienzos de los años setenta, un periodo de intensa actividad política, están documentados de forma exhaustiva en la prensa y por los diferentes volúmenes de los diarios de Claude Mauriac. En particular, permanecen poco conocidos los años de su infancia.

Se han completado las constancias escritas con entrevistas y conversaciones con muchos amigos y colegas suyos. *Las vidas de Michel Foucault*, sean cuales fueren sus defectos, deben mucho a la amabilidad de muchos

⁵³ Entrevista con Dominique Ségard.

⁵⁴ Publicadas bajo el título genérico *De la gouvenementalité. Lecons d'introduction aux cours des années 1978 et 1979*, París, Seuil/Productions de La Licorne, KS531, KS532.

⁵⁵ Michel Foucault, *Resume des cours 1970-1982*, París, Julliard, 1989.

extraños. Debo mucho al primer biógrafo de Foucault, Didier Eribon⁵⁶. Dirijo mi gratitud particular a Denys Foucault y a Francine Fruchaud (Foucault de nacimiento). Y, sobre todo, a Daniel Defert, quien casi con seguridad estará en desacuerdo con mucho de lo que he escrito.

⁵⁶ Didier Eribon, *Michel Foucault*, París, Flammarion, 1989. [Trad. esp.: *Michel Foucault*, Barcelona, Anagrama, 1992.]

1

Paul-Michel

Su familia era muy respetable, tenía buena posición y estaba bien relacionada¹. Anne Malapert era hija del doctor Prosper Malapert de Poitiers, una ciudad provinciana situada a 300 km al suroeste de París. Era un cirujano con una consulta privada lucrativa que enseñaba anatomía en la escuela de medicina de la universidad. Prosper Malapert era un hombre rico, lo suficiente al terminar el siglo para edificar una gran casa blanca cerca de la estación de ferrocarril, a una distancia cómoda para ir andando del centro de la ciudad. La casa daba a la rue Arthur Ranc y al boulevard de Verdun, y tenía un pequeño jardín en la parte trasera, aunque, cuando Michel Foucault era niño, había bastante más cemento que plantas.

Prosper Malapert tenía dos hermanos: Roger y Paulin. Roger optó por la carrera militar, alcanzó el grado de coronel y luchó con honores en la primera Guerra Mundial, al frente de un regimiento que, según se cree, había reclutado personalmente entre los *apaches* de Montmartre. Paulin estudió filosofía, pero nunca ocupó un puesto universitario. Según su propia opinión, la elección de su especialidad fue un obstáculo más en su carrera; era caracteriologista y padeció el prestigio alcanzado por la filosofía bergsoniana dominante entonces, que ponía énfasis en la fluidez del «llegar a ser» en lugar de hacerlo en la estabilidad del carácter. Paulin Malapert pasó su vida profesional en un liceo parisiense, pero su produc-

¹ Además de las fuentes mencionadas en las notas, para este relato se ha contado con los testimonios orales de Denys Foucault, Francine Fruchard, Henri Fruchard, Sylvie-Claire J'Arvisenet, Anne Thalamy y Daniel Defert.

ción fue bastante extensa, ya que publicó un tratado sobre la teoría del carácter, libros de texto sobre psicología y filosofía, y un estudio sobre Spinoza². No fundó ninguna escuela, ni logró grandes distinciones académicas. Los honores académicos recayeron en su yerno Jean Plattard, que hizo las ediciones clásicas de consulta de Rabelais y de Montagne, y fue durante algún tiempo catedrático de la Universidad de Poitiers y luego de la Sorbona³.

Anne Malapert se casó con un médico joven, Paul Foucault, natural de Fontainebleau, pero que después había ido a residir a Poitiers. Había nacido en 1893 y era hijo y nieto de médicos, ambos llamados Paul. Su abuelo fue el descarriado de la dinastía. En lugar de tratar a la clase media provinciana, este Paul Foucault prefirió trabajar con los pobres de Nanterre, en los tiempos en que todavía era un pueblecito a unos cuantos kilómetros de París. Se sabe poco de él: que no cobraba a sus pacientes, y que murió, como corresponde a un *méckán des pauvres*, con sólo cinco francos en el bolsillo, y probablemente en el mundo. Su único legado fue una pluma de plata que le regalaron sus pacientes agradecidos y que desapareció en un robo en casa de su biznieto Denys. Sin embargo, alcanzó cierto reconocimiento municipal: Nanterre ostenta una rué del Doctor Foucault.

Al igual que su suegro, el doctor Paul Foucault enseñó en la escuela de medicina de Poitiers y acabó atendiendo a los pacientes de Malapert además de los suyos. Como cirujano, Paul Foucault estaba en la cima de la jerarquía médica y disfrutaba de un prestigio mucho mayor que el de un simple médico. Era un *notable*, con una posición social semejante a la de un banquero o un notario. En la ciudad sólo había un puñado de cirujanos y un tocólogo, cuyos pacientes pertenecían principalmente a la clase media urbana. La clientela del doctor Foucault se extendía a las zonas rurales e incluso le consultaban los benedictinos de Ligugé, la famosa abadía situada a ocho kilómetros al sur de Poitiers, así como granjeros y terratenientes. Para un cirujano, la suma de ingresos procedentes de diversas fuentes y posiciones celosamente guardadas era la clave del éxito, que Paul Foucault disfrutaba. Trabajaba muchas horas diarias y, dada la tecnología quirúrgica y médica de entonces, sus actividades profesionales requerían un gran esfuerzo físico, especialmente los avisos rurales. También se necesitaba cierto talento para la improvisación. En el maletero de

² Paulin Malapert, *De Spinoza política*, París, 1907; *Les éléments du caractère et leurs bis de combinaison*, París, Alean, 1906; *Lecons de phihsophie*, París, Hatier, 1918; *Psychobgie*, París, Hatier, 1913.

³ Jean Plattard (ed.), François Rabelais, *Oeuvres complètes*, París, Association Guillaume Budé, 1929 (5 vols.); Michel de Montaigne, *Oeuvres computes*, París, Association Guillaume Budé, 1931-1932 (4 vols.)

uno de los dos coches que utilizaba, llevaba una mesa de operaciones plegable y su conductor podía ayudarle como anestesista si surgía la necesidad. El cirujano estaba acostumbrado al ejercicio de la autoridad, tanto en su profesión como en casa, y no siempre era un hombre de convivencia fácil.

Anne Foucault se le asemejaba en muchos aspectos. Como era una mujer que conocía su propia mente y estaba acostumbrada a hacer las cosas a su modo, disponía a la perfección del servicio de su casa y, con la ayuda de un secretario, era en gran parte responsable del manejo de la clientela de su marido. No era una *femme d'intérieur*. Nada habitual para una mujer de provincias en aquella época, sabía conducir y lo hacía muy bien. Era rica por sí misma y poseía tierras. El hogar de los Malapert era Le Piroir, una gran casa construida a mediados del siglo pasado en medio de sus posesiones en Vendevre-du-Poitou, a unos quince kilómetros de Poitiers. A Le Piroir se llegaba por un camino flanqueado por dos enormes velintonias y una avenida de tilos frondosos, pero carecía de belleza arquitectónica y, al haberse edificado con piedra caliza del lugar, tenía la desafortunada tendencia a padecer humedades. Aunque era grande, los lugareños no conocían a Le Piroir como el «château», como algunas veces se ha sostenido⁴. Vendreuve tiene un castillo del siglo xvi, el «château» des Roches, con sus almenas, pero nunca estuvo en posesión de los Malaperts. Resulta revelador de los valores de la época y de la burguesía provinciana que, aunque no se conservan los planes arquitectónicos de Le Piroir —probablemente construido por albañiles locales—, sí se cuenta con los registros de la compra y venta de tierras y de los linderos.

Los Foucault pertenecían a una próspera burguesía y disfrutaban de un prestigio considerable en Poitiers, una ciudad pequeña con menos de 40.000 habitantes al estallar la Segunda Guerra Mundial. Tenían muy poco contacto con la aristocracia que quedaba, pero mantenían las relaciones rurales a través de Le Piroir y sus tierras anejas. La posesión de tierras y la agricultura proporcionaban las bases de la riqueza de Poitiers. Había poca industria, pero esta región ganadera, relativamente rica, producía vino, espárragos y ajos. La ciudad era tranquila y bien conocida por sus iglesias, en especial por Notre Dame La Grande, que con su espléndida fachada es uno de los ejemplos mejores de la escultura románica de Francia. Las glorias de la universidad, fundada en el Renacimiento, eran cosa del pasado y entonces se la conocía más por su facultad de derecho. La escuela de medicina era pequeña y en ella sólo se cursaban los primeros tres años de la licenciatura; el resto de los estudios debían seguirse en otro lugar. En términos políticos, la ciudad era radical, con lo que se quie-

⁴ Eribon, *Michel Foucault*, pág. 21.

re decir que estaba dominada por el Partido Radical y Socialista, que no era radical ni socialista, sino moderado y conservador. La influencia clerical bastante fuerte aportaba una fuerza política de contrapeso. Los visitantes encontraban la ciudad aburrida y a sus habitantes satisfechos de sí mismos, introvertidos y no demasiado acogedores.

En esta familia y en este entorno nació Paul-Michel Foucault el 15 de octubre de 1926. Era el segundo de tres hermanos. Su hermana Francine era quince meses mayor que él y su hermano Denys, cinco años más pequeño. Los tres se parecían mucho y tenían el mismo pelo rubio, la nariz bastante prominente y los ojos azules brillantes que mirarían con descaro desde las gafas sin montura que Foucault llevaba en muchas fotografías.

Era tradición de la familia Foucault que el hijo mayor se llamara Paul y sólo por insistencia de su madre recibió el nombre de Paul-Michel. El se refería a sí mismo como Michel. Para asuntos administrativos y en la escuela era Paul; para su madre, que lo adoraba, siempre fue Paul-Michel. Otros miembros de la familia le llamaban del mismo modo, lo que podía llevar a cierta confusión, incluso en años posteriores. Su sobrina Anne Thalamy, por ejemplo, le conocía como Paul-Michel y se dirigía a él de *vous*; para su marido era Michel y le llamaba de *tu*.

Paul-Michel recibió una educación tradicional de clase media. Su familia se denominaba católica, pero su catolicismo se extendía a poco más que la celebración de los ritos de pasaje, tales como el bautismo, la primera comunión, la boda y el entierro. Los niños asistían a misa en la iglesia de Saint-Porchair, pero las más de las veces era la abuela y no su madre quien los llevaba. Este catolicismo nominal, combinado con cierta dosis de anticlericalismo, no era atípico de *la France bourgeoise*, con su herencia contradictoria de agnosticismo volteriano y catolicismo *bien-pensant*. La asistencia de vez en cuando a misa era una obligación social, pero los médicos y cirujanos de la Tercera República no se caracterizaban, como grupo social, por su piedad. A pesar de todo, Paul-Michel hizo la primera comunión y durante un tiempo fue miembro del coro, a pesar de su falta de habilidad musical. No hay constancia de una pérdida de fe traumática y parece simplemente que se apartó de la religión de su infancia. Por otra parte, retuvo cierto apego por los aspectos más afectados de la religión organizada, y una vez describió a la Iglesia católica como «un instrumento de poder soberbio [...] tejido por completo con elementos imaginarios, eróticos, carnales y sensuales. Es soberbio»⁵.

La familia nunca fue pobre y se hizo aún más próspera durante los primeros años de Paul-Michel. A comienzos de los años treinta, Paul y

⁵ Sheridan, «Diary»; Voeltzel, *Vingt ans et après*, pág. 156.

Anne Foucault compraron tierra muy barata en La Baule y construyeron una villa. La Baule, que se erguía sobre una magnífica extensión de arena a diecisiete kilómetros del puerto de Saint-Nazaire, comenzaba a desarrollarse como centro vacacional y no tenía el empaque aristocrático, por ejemplo, de Deauville y Cabourg en Normandía, el último de los cuales había inspirado el Balbec de Proust. La Baule era un lugar frecuentado principalmente por las clases medias de las ciudades industriales de Nantes y Saint-Nazaire. La villa de los Foucault, lo suficientemente grande como para acomodar a una familia de cinco miembros más los criados, estaba situada al sur del pueblo, en la zona conocida como La-Baule-des-Pins, por ser los pinos una de sus mayores bellezas, y no en las calles más de moda cerca del casino. La Baule se convirtió en el lugar de vacaciones estivales para la familia, mientras que las fiestas de Pascua las solía pasar en Le Piroir.

Rara vez habló Foucault de su infancia y cuando lo hizo fue, en general, en términos muy negativos. Por ejemplo, habló de venir de un entorno provinciano «de mente increíblemente estrecha»⁶, pero el elemento de clase en tales comentarios estaba influido probablemente por el desden que muchos parisienses, y en especial los que lo son por adopción, como Foucault, dispensan de modo tradicional al denominado «desierto francés». Más tarde recordaría cómo la estrechez mental de su entorno le impuso «la obligación de hablar, de entablar conversación con extraños. [...] A menudo me preguntaba por qué la gente tiene que hablar»⁷. Los extraños en cuestión eran invitados a las comidas de sus padres. Las recepciones fueron parte importante de la vida del doctor Foucault, cuyos intereses sociales y profesionales se mezclaban de modo imperceptible, y las comidas a las que invitaba a sus colegas y a los *notables* eran sin lugar a dudas reuniones de negocios. Aunque se esperaba de los niños que en -ablaran una conversación de cortesía con las visitas, también se les requería permanecer en silencio durante la comida. Esta petición contradictoria, como resulta natural, era fuente de tensiones e irritación. Desde el punto de vista parcial de Paul-Michel y sus hermanos, eran preferibles las comidas muy formales; en tales ocasiones, ellos comían por separado y en circunstancias mucho más relajadas, a salvo de las exigencias y reglas de la sociedad adulta.

Quizá el entorno de la familia Foucault haya adolecido de estrechez mental en muchos aspectos, pero también era inmensamente privilegiado. La casa de Poitiers, donde vivían de modo permanente gatos y perros, era lo suficientemente grande como para que cada niño tuviera su propia

⁶ *MI*, pág. 182.

⁷ «The Minimalist Self», pág. 4.

habitación. A Paul-Michel, a su hermana y a su hermano les parecía algo natural, pero pocos niños de la Francia de preguerra podían pasar las vacaciones de verano en una villa de la familia junto al mar. La Baule proporcionaba los placeres tradicionales de las largas jornadas en la playa, jugar al tenis y las excursiones en bicicleta. Montar en bicicleta y jugar al tenis eran los únicos deportes que Paul-Michel disfrutaba, aunque el último lo estropeaba algo su miopía. Además, era un buen ciclista y de adolescente solía ir con regularidad en bicicleta hasta Le Piroir a visitar a su abuela.

Unas vacaciones destacan en la memoria de su hermana. Poco antes de la guerra, la familia fue a esquiar a los Pirineos con sus primos los Platard. A los niños no les hizo mucha gracia y Paul-Michel en particular se quejó del frío. Por su parte, su madre disfrutó enormemente la estancia de una semana en el hotel; incluso cuando pasaban las vacaciones en La Baule, era la dueña de casa y había de ocuparse de todos los asuntos domésticos. La estancia en un hotel era un índice más de prosperidad, pues incluso entre la clase media profesional, era más habitual pasar las vacaciones con parientes o en alojamientos privados de alquiler que en un hotel.

La vida familiar en Poitiers solía ser tranquila. Los hijos de los Platard sobrepasaban ligeramente la edad precisa para resultar una compañía adecuada y la unidad familiar Foucault tendía a ser autónoma. Los niños tenían poco contacto con la generación mayor, a excepción de la abuela. Los tíos abuelos soldados y que enseñaron en París eran figuras distantes y no presencias reales. Los entretenimientos eran en su mayoría caseros: en la rae Arthur Ranc número 10 se pasaban largas tardes jugando a las cartas y a los juegos de palabras, y escuchando la radio. Las diversiones comerciales para niños eran una cosa rara. En Poitiers había cines pero, aunque los años treinta fueron una edad dorada para la cinematografía francesa, se hacían pocas películas infantiles. Así pues, las visitas al cine no eran frecuentes, por lo que la salida para ver *Blancanieves y los siete enanitos* (1937), justo antes de estallar la guerra, fue algo que recordar durante años. Por otra parte, las salidas al teatro eran algo regular, pero no transportaron a Paul-Michel a las cumbres de la experiencia dramática, ya que la mayoría de las obras que vio eran de compañías ambulantes que representaban un repertorio clásico de Moliere, Corneille y Racine para un público de escolares desagradecido y a menudo alborotador.

Por supuesto, Poitiers no era una ciudad al margen y le afectaban los sucesos que ocurrían en el escenario mundial. Algunos de los recuerdos de infancia que Foucault evocó en las entrevistas sorprenden por su carácter político. Recordaba el asesinato del canciller de Austria Engelbert Dollfuss en 1934, y la llegada de los refugiados vascos y del resto de Es-

paña que huían de la guerra civil en 1936. Recordaba las peleas y las discusiones en el patio con sus amigos del colegio sobre la guerra de Etiopía. Incluso de muchacho, a Foucault le parecía que era una amenaza para su existencia personal y privada. Cuando tenía diez u once años, no estaba seguro de si seguiría siendo francés o crecería como un joven alemán. El colegio y su casa ofrecían a veces una seguridad adormecedora, pero el mundo exterior se iba haciendo cada vez más peligroso cuando Paul-Michel se adentró en la adolescencia. Se daba bastante cuenta de que podía morir durante un bombardeo⁸.

El 1 de septiembre de 1939, la familia Foucault regresó a Poitiers desde Le La Baule por última vez. No habría más vacaciones en la costa durante cinco o seis años. Francia y Gran Bretaña habían declarado la guerra a Alemania. En mayo de 1940, se traspasó la Línea Maginot. Mientras Francia caía, sus tropas se retiraban hacia el sur en desbandada. En Poitiers se organizaron unidades médicas de urgencias para ocuparse de los heridos. El doctor Foucault tomó parte activa en su preparación y las aptitudes organizativas de su esposa fueron un factor de gran importancia para la eficacia de su actuación.

Entre los centenares de personas que huyeron de París presas de pánico, había una joven que estaba acabando su preparación médica. Los padres de Jacqueline Verdeaux eran amigos de la familia Malapert y, cuando era pequeña, se había mecido en las rodillas del coronel Malapert, que tenía la cara llena de cicatrices. En la primavera de 1940, se encontraba trabajando como anestésista de su pariente en el hospital militar que se había improvisado rápidamente en un colegio jesuíta. No le pareció fácil trabajar con el doctor Foucault. Poseía toda la autoridad de un cirujano acostumbrado a encabezar un equipo de subordinados y su conducta en el quirófano era la de un tirano. Verdeaux no estuvo mucho tiempo en Poitiers, ya que se desplazó al sur cuando las tropas alemanas avanzaron.

Sin embargo, tuvo tiempo para reanudar su trato pasajero con Paul-Michel, a quien había visto por primera vez en la fiesta de cumpleaños de su hermana: una presencia curiosa y peculiar, ya con gafas pero todavía en pantalones cortos, que parecía extrañamente fuera de lugar en una fiesta infantil⁹.

En mayo y junio, los ingleses evacuaron sus fuerzas expedicionarias de las playas de Dunquerque. El gobierno francés había abandonado París para ponerse a salvo en Burdeos. El 17 de junio, el mariscal Pétain solicitó un armisticio e informó al vencido ejército francés que había llegado el momento de cesar de combatir. Según los términos del armisticio,

⁸ *Ibid.*, págs. 6 y 7.

⁹ Entrevista con Jacqueline Verdeaux.

Poitiers quedaba unos veinte kilómetros dentro de la zona ocupada y los soldados alemanes patrullaban sus calles. Hasta en el pueblecito de Vendreuve-du-Poitou hubo presencia militar alemana. La casa de La Baule se requisó como alojamiento de oficiales. En los edificios y los colegios públicos aparecieron retratos oficiales de Pétain, y Paul-Michel, como todos los niños y niñas de su edad, comenzaba ahora la jornada escolar cantando «Maréchal, nous voilà». Durante los cuatro años siguientes, arrullaron su infancia los discursos oficiales sobre «Patria, Trabajo y Familia», y sobre el mundo nuevo de solidaridad y sacrificio que iba a reemplazar al «mundo egoísta e individualista de la cultura burguesa»¹⁰. Mucho más siniestra era la presencia de tropas armadas en las calles de Poitiers. En una rara alusión a esos días, Foucault recordó las detenciones y las multitudes silenciosas que miraban cómo se llevaban a la gente¹¹.

La familia Foucault permaneció en Poitiers durante los años de la Ocupación. Como la inmensa mayoría de las familias francesas, no expresaban simpatías políticas en público y acataban los requerimientos del régimen de Vichy. El doctor Foucault se hizo miembro de la corporación médica establecida por Pétain en un intento de inculcar valores «corporativos» a la nación. Nadie de la familia era adepto al régimen de Vichy, pero tampoco nadie participó en la Resistencia de modo directo. A Anne Foucault, en particular, se la podría denominar anglofila y por ello la familia escuchaba las emisiones de la BBC para la Francia ocupada, aunque si los hubieran sorprendido en esta tarea las consecuencias podrían haber sido serias, incluyendo la muerte o la deportación. La principal preocupación familiar era el alimento. Cada vez resultaba más difícil proporcionar la comida adecuada a dos adolescentes y a uno que casi lo era. La población de Poitiers no padeció las mismas privaciones que la de París, pero las restricciones eran reales y se fueron volviendo más agudas. El acceso relativamente fácil a una región interior rica en agricultura aseguró que pocos habitantes de la ciudad pasaran un hambre real, y la familia Foucault contaba con los recursos de Le Piroir. De todos modos, fueron necesarias expediciones clandestinas al campo para comprar alimentos en el mercado negro. La principal proveedora fue Anne Foucault, que ahora iba en bicicleta, pues el racionamiento hacía imposible utilizar el coche.

¹⁰ «Structuralism and Post-Structuralism: An Interview with Michel Foucault», *Telos*, 55, primavera de 1983, pág. 208, trad. de Jeremy Harding; esta entrevista con Gerard Raulet se publicó originalmente como «Um welchen Preis sagt die Vernunft die Wahrheit?», *Spuren*, 1-2 mayo-junio de 1983.

¹¹ «Hospícios, sexualidade, prisões (entrevista con Claudio Bojunga), *Versus* (Río de Janeiro), 1 de octubre de 1975.

El estallido de la guerra y la Ocupación coincidieron con una crisis más, personal del joven Paul-Michel, en la forma de dificultades escolares. Había comenzado a ir al colegio a los cuatro años, pero, a diferencia de la mayoría de los niños franceses, no empezó su escolarización en jardín de infancia. En 1930, le matricularon en elemental en el liceo Henri-IV. La edad normal para esta clase eran seis años, pero se hizo una excepción en su caso, pues se negó a separarse de su hermana cuando ésta comenzó a ir al colegio. Juntos, Paul-Michel y Francine entraron en la clase de elemental, situada en la esquina a mano derecha del patio rectangular del liceo. Al principio se dejó a Paul-Michel a su albedrío, pero aprendió a leer y a escribir a una edad temprana. El colegio, en su origen una fundación jesuíta establecida durante el reinado de Enrique IV, cuyo retrato, junto con el de Luis XIV, adornaba la entrada, había sido construido en estilo clásico, con algunas fiorituras del barroco jesuíta en la capilla adyacente. Con su corredor interno vigilado por «estatuas de yeso de grandes hombres»¹², debe de haber sido un lugar intimidante para dos niños pequeños.

Habían penetrado en un mundo serio y disciplinado. Procedían de un entorno en el que la educación era una virtud cardinal y en el que se esperaba de los niños que fueran trabajadores. Se mandaban deberes, en forma de lecturas y ejercicios ortográficos, desde una edad muy temprana. Contaban con el apoyo de la familia Foucault, que compartía los valores del sistema educativo y actuaba en su apoyo. Para adoptar la terminología sociológica de Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron, Paul-Michel y sus hermanos eran «herederos» cuyos privilegios sociales se traducían en —o se legitimaban como— dotes y talentos personales. La formación de un heredero es tarea conjunta de la familia y la escuela¹³. La riqueza podía heredarse, pero una carrera de éxito se sustentaba en la adquisición de pericia y cualificación profesional. Paul-Michel aprendió bien la lección: para el Foucault adulto, la devoción disciplinada hacia el trabajo intelectual era casi una ética.

Cuando comenzaron a asistir al Henri-IV, Paul-Michel y su hermana se introdujeron también en un mundo elitista. Aunque la legislación adoptada en los primeros años de la Tercera República garantizaba la educación obligatoria, libre y laica para todos¹⁴, en la realidad el sistema educativo era segregacionista. «Primaria» y «secundaria» hacían referencia a sistemas paralelos y no a divisiones cronológicas de un sistema único. La

¹² «Le philosophe masqué», *Le Monde*, 6 de abril de 1980.

¹³ Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron, *Les héritiers: les étudiants et la culture*, París, Minuil, 1964.

¹⁴ Mona Ozouf, *L'école, l'église et la république*, París, Armand Colin, 1964.

gran mayoría de los niños comenzaban sus estudios en escuelas elementales gratuitas y los terminaban a los trece años. La mayoría obtenía sólo un *certificat d'études*, pero una minoría con talento seguía preparándose para ser maestros de primaria en una *écol normale*, y de este modo reproducía el sector que la había formado. Los *lycées* del sistema de secundaria, de pago hasta los años treinta, era con mucho el coto vedado de los niños de las clases medias y las profesiones liberales. A los cuatro años, Paul-Michel estaba ya en la senda que le llevaría al *baccalauréat* y posiblemente a iniciar estudios superiores. Como dijo en una entrevista radiofónica unos treinta años después, había entrado

en todo un entorno en el que la regla de la existencia, la regla para promocionarse, radicaba en el conocimiento, en saber un poco más que los otros, ser un poco mejor en clase, incluso, puedo imaginar, en haber chupado el biberón mejor que el resto, haber comenzado a andar antes que el resto, etc. Exámenes competitivos, competiciones, hacer un poco más que el resto, ser el primero..., alguien como yo siempre ha vivido en ese entorno¹⁵.

Paul-Michel estuvo dos años en la clase elemental y pasó a la primaria del liceo en 1932, donde permaneció hasta 1936, año en que vio llegar a los refugiados procedentes de España. Recibió los primeros cuatro años de su educación secundaria en el mismo establecimiento. Hasta entonces, había sido siempre un buen alumno. No destacaba especialmente en matemáticas, pero su pericia en francés, historia, latín y griego lo compensaban de sobra. No parecía hacer grandes esfuerzos, pero solía ser el primero o estar entre los primeros de su clase. A comienzos del verano de 1940, algo se torció: los resultados de sus exámenes finales de ese año fueron muy malos y se le dijo que tendría que repetirlos en otoño.

Se han aducido dos posibles explicaciones para esta crisis repentina. El sistema educativo en sí era un caos. Temiendo que París fuera atacado, muchas escuelas habían evacuado a sus profesores y alumnos a provincias, y el Henri-IV compartía sus instalaciones con los evacuados del liceo Janson-de-Sailly, de gran prestigio en París. Es posible que el influjo de unos alumnos procedentes de un medio mucho más sofisticado le llevara a una severa crisis de confianza; el muchacho que siempre había sobresalido en competencia con sus compañeros provincianos, ahora tenía que competir con los productos de un sistema superior. La otra explicación posible, aducida por algunos de los contemporáneos de Paul-Michel

¹⁵ *Radioscopie de Michel Foucault, propos recueillies par Jacques Chancel*, Radio-France, 3 octubre de 1975. Se puede consultar la grabación de esta entrevista en la Bibliothèque du Salchoir (C42) y en la Bibliothèque d'Information Publique, Centre Georges Pompidou.

v por su hermano, es que el profesor de francés le tomó manía de repente. M. Guyot era un profesor muy radical que tenía poca simpatía hacia la clase notable provinciana de la que procedía Foucault, y resulta concebible que el muchacho perdiera confianza cuando se enfrentó con una hostilidad tan evidente.

Sean cuales fueren las razones que justifiquen los pobres resultados de 1940, la madre de Paul-Michel tomó cartas en el asunto de inmediato y en otoño trasladó a su hijo a otra escuela. Era el colegio Saint-Stanislas, un establecimiento regido por la orden enseñante de los Frères des Écoles Chrésiennes. No era el único colegio religioso de Poitiers y tampoco era el mejor. El colegio Saint-Joseph de los jesuítas tenía una reputación mucho mejor, pero también imponía a sus alumnos una disciplina mucho más rigurosa y sus requerimientos religiosos eran mayores. Saint-Stanislas era un término medio entre el liceo laico y el colegio jesuíta devoto. Los hermanos que regían Saint-Stanislas no eran sacerdotes, y así Paul-Michel se evitaba la necesidad de confesarse todos los días con sus profesores. Según otro antiguo alumno de los Frères des Ecoles Chrésiennes, también conocidos como los Ignorantines, los profesores de sus colegios eran excelentes para criar niños, pero carecían de talentos particulares para educarlos en un sentido más amplio¹⁶.

El cambio de colegio tuvo el efecto deseado. El rendimiento escolar de Paul-Michel se recobró rápidamente y una vez más obtuvo excelentes notas durante los tres años siguientes, llevándose con regularidad los premios de la clase en francés, historia, griego e inglés. Por entonces comenzaba a explorar áreas fuera del programa escolar, debido en gran medida a que junto con un amigo tenían acceso a la biblioteca del abate Aigrain, profesor de la universidad católica 4e Angers y un personaje bien conocido en Poitiers, que les prestaba libros de filosofía e historia¹⁷. Saint-Stanislas no le atraía y más tarde describiría los años pasados allí como una «ordalía»¹⁸.

En 1942, pasó a *terminale*, la clase en la que comenzaría el estudio formal de la filosofía. Su profesor tenía que haber sido Canon Duret, un hombre muy respetado por sus compañeros. Sin embargo, se hallaba activamente implicado en una red de la Resistencia que la Gestapo había detectado. El primer día del curso le detuvieron y desapareció para no volver a ser visto nunca más. El sustituto temporal propuesto por el co-

¹⁶ Emmanuel Le Roy Ladurie, *Montpeüier-Paris. PC-PSU, 1945-1963*, París, Gallimard, 1982, págs. 25 y 26.

¹⁷ Éribon, *Michel Foucault*, pág. 27.

¹⁸ Étienne Burin des Roziers, «Une rencontre á Varsovie», *Le Débat*, 41, septiembre-noviembre de 1986, pág. 134.

legio era un especialista en literatura, lo que contrarió a la señora Foucault, que opinaba que enseñar filosofía debía encomendarse a un filósofo y no a un literato. Fue ella y no el colegio quien encontró un sustituto a Duret aceptable en apariencias en la figura de Dom Pierrot, procedente de Ligugé. Éste probó que no pasaba de adecuado; sus clases se limitaban a comentarios bastante triviales sobre el temario, pero hacía tiempo para discusiones de mayor envergadura con los alumnos preferidos, entre los que se incluía Paul-Michel, fuera de las horas escolares.

Como resultaba obvio que la enseñanza en Saint-Stanislas era en extremo desorganizada, la madre de Paul-Michel volvió a intervenir mediante la contratación de un joven estudiante para que diera clases extra en casa a su hijo mayor. Era la solución clásica al problema: lo que no resultaba disponible podía comprarse. Louis Girard sólo era un veinteañero sin un conocimiento amplio de la filosofía que pretendía enseñar. En conjunto, sólo reciclaba el kantianismo que acababa de estudiar en la universidad. Recordaría al joven Foucault como un alumno exigente, quizá no el muchacho más dotado de los que había enseñado, pero sin duda uno de los más rápidos en captar una idea y con mayor disposición para organizar sus pensamientos en un conjunto coherente¹⁹. La combinación del colegio con las clases privadas fue muy fructífera. En junio de 1943, Foucault aprobó el *baccalauréat* con resultados superiores a la media.

Una vez terminada su educación secundaria, se enfrentaba a importantes elecciones. Estaba preparado para ir a la universidad y podía haber empezado a estudiar una licenciatura en otoño, pero decidió no hacerlo. A estas alturas, parecía no tener ninguna ambición particular y sin duda no planeaba convertirse en un filósofo de profesión. Hasta donde hablaba del futuro, se refería vagamente a hacer carrera en política o periodismo. El doctor Foucault, por su parte, tenía planes definidos para él: su hijo mayor, por supuesto, estudiaría medicina en Poitiers y luego en París, y finalmente le pasaría su clientela.

El plan tenía que ver más con las expectativas del doctor que con cualquier tipo de discusión sostenida con su hijo. El doctor Foucault trataba relativamente poco a sus hijos; la vida doméstica pertenecía mucho más al dominio de su esposa. Parece que no se había dado cuenta de que Paul-Michel nunca había mostrado gran interés por las ciencias naturales y que sus talentos se inclinaban hacia las humanidades. Paul-Michel sencillamente se negó a considerar estudiar medicina y estableció planes diferentes para sus estudios futuros, cuando no su carrera futura. Las discusiones entre padre e hijo fueron difíciles e incluso violentas, pero la señora Foucault acabó convenciendo a su marido para que no obligara al mu-

¹⁹ Eribon, *Michel Foucault*, pág. 27.

chacho a algo que no quisiera. Disgustado y reacio, al final accedió y dejó que fuera Denys quien se convirtiera en el siguiente cirujano médico de la familia.

No cabe duda de que se ha aumentado la importancia de las malas relaciones entre Foucault y su padre. En su vida posterior, se dice que a menudo les contaba a sus amigos que había odiado a su padre y que había discutido agriamente con él. Los miembros sobrevivientes de la familia dicen que la relación era a veces difícil y que se enfrió con el tema de la carrera, pero consideran que hablar de aversión mordaz es exagerado. Por otra parte, quizá sea significativo que resultaba tremendamente difícil para cualquiera convencer a Foucault para que consultara a un médico. En una referencia poco habitual a este periodo de su juventud, habla de modo enigmático de «relaciones en las que había conflictos sobre puntos específicos, pero representaban un foco de interés común del que era difícil separarse»²⁰. Un factor que quizá preste credibilidad a la rumoreada aversión hacia su padre, era la negativa de Foucault a utilizar el nombre de Paul-Michel y su insistencia en referirse a sí mismo como Michel. Es posible considerarlo como prueba de su repulsa a identificarse con su padre, pero la tentación de dejarnos llevar por especulaciones psicológicas debe moderarse mediante otras dos posibles explicaciones. Foucault bromeó a menudo declarando que no le gustaba el nombre de Paul-Michel Foucault porque le daba las mismas iniciales que Pierre Mendés-France, el veterano político. Su hermana tiene otra explicación: en el patio del colegio, era muy fácil deformar Paul-Michel en Polichinelle. A su hermano le desagradaba que se le conociera como el equivalente de Polichinela y detestaba la insinuación de ser una figura deformada que divertía.

En la visión de futuro de Paul-Michel, se convertía en estudiante de la Ecole Normale Supérieure de París. El ingreso en ella, en aquel momento la institución educativa más prestigiosa de Francia, era mediante examen de selección. Los alumnos de artes y humanidades admitidos cada año eran menos de cuarenta. Al igual que las demás *grandes écoles*, la ENS se desviaba del sistema universitario normal y proporcionaba una ruta rápida para alcanzar la preparación académica más elevada. Un estudiante de veinte años admitido podía esperar con razón salir tres años más tarde, después de haber pasado la *agrégation*, el examen de selectividad más alto del sistema francés. Podría haber obtenido una licenciatura el primer año y un Diplôme d'Études Supérieures (tras la presentación de una *mémoire* o tesis) el segundo. El nuevo *agregé* estaría entonces preparado para dedicarse a la investigación académica superior que terminaría en

Voeltzel, *Vingt ans et après*, pág. 55.

un doctorado o a un periodo de enseñanza en un liceo y luego en la universidad. Los candidatos para el *concours* de la ENS ya tenían el *baccalauréat* y se pasaban más de dos años de estudios intensivos en clases preparatorias. El temario era menos importante que una amplia cobertura de los temas que podían surgir en el importantísimo examen oral.

Saint-Stanislas no podía proporcionar el nivel de enseñanza requerido y en consecuencia Paul-Michel regresó al liceo Henri-IV durante los dos años siguientes. En circunstancias normales, habría pasado un año en *hypokbdgne*, seguido de un año en *hhdgne*, pero las condiciones de la guerra hicieron que las dos clases se unieran en un solo grupo de unos treinta alumnos²¹. Preparar el *concours* de la ENS, o examen de ingreso, en un liceo provinciano era intentar casi lo imposible. La inmensa mayoría de los *normaliens* eran graduados de los *khagnes* de los grandes liceos parisien- ses, como Louis-Le-Grand y Henri-IV, aunque unos pocos venían de colegios provincianos excepcionales, como el Lycée du Parc de Lyon. Resultaba inevitable que a los alumnos de esos colegios les dieran clase jóvenes *profs* que acababan de estudiar ellos mismos en la ENS y el sistema se autopropagaba y autorreproducía tanto como el de la *¿colé normale*. Un candidato procedente de Poitiers tenía pocas posibilidades de éxito. Sin embargo, en 1943, era casi imposible enviar solo a un joven de veinte años a estudiar a París, y Paul-Michel regresó a su antiguo liceo.

Lo que más le interesaba era la historia y la filosofía. Jean Moreau-Reibel, licenciado por la ENS y antiguo profesor en Clermont-Ferrand, no parecía destacar por dar clases de filosofía muy bien planeadas, pero su modo de enseñar casi conversacional acaparó la atención de Paul-Michel hacia Bergson, Platón, Descartes, Kant y Spinoza. Al muchacho también le gustaba el profesor de historia, Gastón Dez, cuyo método pedagógico consistía en dictar sus lecciones. Como resultado, sus clases avanzaban muy lentamente y existía un activo comercio de copias manuscritas de los años anteriores. Paul-Michel era muy trabajador y un poco solitario, y parece haber dedicado a sus estudios la mayor parte de sus horas de vigilia. Sin embargo, era un estudiante popular, no en menor medida por las bromas con las que interrumpía las representaciones clásicas a las que se llevaba en masa a la *classe dephilo*²².

Aunque sus estudios ocupaban la mayor parte de su tiempo, también leía mucho. Habla de disfrutar a Stendhal, Balzac y Gide, autores que,

²¹ El término *kbAgrie* se deriva de *cagneux*, que significa patizambo y parece que su uso en la educación proviene de la burla a que sometían los estudiantes de ciencias a los de humanidades, individuos que por definición están mal proporcionados, carecen de gracia y son torpes.

²² Eribon, *Michel Foucault*, págs. 28 y 29.

desde su punto de vista, estaban en la frontera entre el programa aprobado y «lo que se llama literatura»²³. Si ha de creerse el testimonio de Hervé Guibert, un libro de Gide, llamado *La Séquestrée de Poitiers*, debe de haber tenido un significado especial para Foucault. Según Guibert, cuando éste era muy joven, solía caminar con una mezcla de placer y miedo hasta un patio al final de la rué de la Visitation²⁴, que se asociaba con uno de los escándalos ocultos de Poitiers. Al terminar el siglo, una joven había sido allí encerrada en una habitación por su madre y su hermano, porque había tenido un hijo ilegítimo. Durante veinte años, Blanche Monnier, la *séquestrée de Poitiers* de Gide, vivió prisionera en la habitación, medio extenuada de hambre y yaciendo en sus propios excrementos, hasta que finalmente fue rescatada por casualidad²⁵.

Sus mismos sueños estaban dominados por sus lecturas. Desde su infancia, le dijo a un entrevistador en 1967, le venía sobresaltando una pesadilla recurrente: «Tengo ante mis ojos un texto que no puedo leer o del que sólo puedo descifrar una pequeña parte; hago por leerlo, pero sé que lo estoy inventando. Luego el texto se nubla completamente y ya no puedo leerlo y ni siquiera imaginármelo. Se me hace un nudo en la garganta y me despierto»²⁶. Es una de las pocas aportaciones hechas por Foucault de los primeros años de su vida subjetiva.

La imagen que surge de estos pocos comentarios sobre su infancia es la de un muchacho muy serio, preocupado casi exclusivamente por trabajar. Pero hay signos de que no es un cuadro completo. Por ejemplo, le gustaba gastar bromas, muchas de ellas dirigidas contra el secretario de su padre. A una edad más bien temprana, desarrolló un agudo sentido del absurdo y una habilidad especial, sin duda alentada por las observaciones efectuadas en las comidas de su padre, para ver a través de las pretensiones de quienes le rodeaban. De ahí quizá la apariencia inquisitiva que apreció en su rostro Jacqueline Verdeaux en la fiesta de cumpleaños de su hermana. Era precoz en ciertos sentidos y dado a dar clases a Denys sobre los temas incluidos en el Tratado de Munich de 1938, en términos lo suficientemente complicados como para impresionar a un hermano más pequeño. Podía ser valiente y a veces temerario. Durante un frío invierno en tiempos de la guerra, un grupo de internos del Henri-IV robaron

²³ Voeltzel, *Vingt ans t'après*, págs. 127-128.

²⁴ Hervé Guibert, «Les secrets d'un brame», en *Mauve le vierge*, París, Gallimard, 1988, pág. 106.

²⁵ André Gide, *La séquestrée de Poitiers*, en *Ne jugez pas*, París, Gallimard, 1930. [Trad. esp.: *La secuestrada de Poitiers*, Barcelona, Tusquets, 1981.]

²⁶ «Deuxième entretien: sur les façons d'écrire Phistoire», en Raymond Bellour, *Le livre des autres*, París, L'Herne, 1971, págs. 201 y 202 (publicado originalmente en *Les Lettres Françaises*, 15 de junio de 1967). [Trad. esp.: *El libro de los otros*, Barcelona, Anagrama, 1973.]

algunos troncos del cuartel general de la milicia colaboracionista. Foucault y una niña llamada Lucette Rabatté firmaron un papel declarando que habían proporcionado la leña de sus propios recursos. Las autoridades escolares quisieron creerlos y no se oyó nada más de un asunto que podía haber tenido consecuencias desagradables²⁷.

De adolescente escribió poesía, pero su madre no pudo encontrar muestras sobrevivientes de sus primeras aventuras literarias tras su muerte²⁸, y sólo cabe pensar que él las destruyó. En su funeral, su madre habló con lágrimas en los ojos a sus amigos y al sacerdote que lo enterró de un muchachito que quería ser carpa. Cuando le señaló que aborrecía el agua fría, siguió insistiendo en que quería ser pez..., sólo un momento, sólo para ver cómo era²⁹.

Hay aún menos percepciones de la vida sexual de sus primeros años. En 1981 dijo que desde que podía recordar le habían atraído los miembros de su sexo y siempre había querido tener relaciones sexuales con otros muchachos u hombres. La pregunta «cómo es posible para los hombres vivir juntos, compartir el tiempo, las comidas, una habitación, los amores, la pena, el conocimiento, la confianza» le había obsesionado desde una edad muy temprana. Añadió que era un «deseo extendido, una preocupación o una preocupación-deseo»³⁰. Se desconoce si de adolescente actuaba o no según esta preocupación-deseo, pero hay constancias de que afirmó que había conocido a su primer «amigo» a los veinte años, lo que significa que estableció la primera relación cuando estaba en la ENS de París³¹. Durante su pubertad, los ideólogos de Vichy consideraban la homosexualidad como algo horroroso, obsesionados como estaban con la defensa de los valores de la familia patriarcal. Poitiers era una ciudad pequeña. La familia de Paul-Michel estaba muy unida y la mayor parte de la vida de sus primeros años transcurrió bajo la supervisión cariñosa pero vigilante de su madre. Ni la época, ni el lugar, ni la familia en los que vivía se prestaban a experimentos en el uso de los placeres y parece poco probable que Foucault tuviera una gran experiencia sexual antes de trasladarse a París.

La guerra interrumpió inevitablemente su preparación para el *concours* de la ENS. Sólo unos días antes de que se efectuaran los primeros desembarcos aliados en Normandía, algunas partes de Poitiers, incluida la rué Arthur Ranc, tuvieron que ser evacuadas en previsión de los bombardeos

⁷ Eribon, *Michel Foucault*, pág. 29.

⁸ Entrevista con Jeannette Colomblel.

⁹ Entrevista con Michel Albaric.

⁰ «De.l'amitié comme mode de vie», *GaiPied*, 25 de abril de 1981, pág. 4.

¹ «The Minimalist Self», pág. 13.

dirigidos contra la estación y sus instalaciones: Poitiers era un importante punto de acuartelamiento para abastecer de guarniciones alemanas el frente atlántico. La familia Foucault se retiró a Le Piroir para pasar el verano y regresaron a un hospedaje alquilado, ya que su casa había sufrido algunos desperfectos por los bombardeos. Cuando el campo de batalla se acercó más a la ciudad, se desintegraron las estructuras normales de la vida cotidiana y se cerraron todas las escuelas.

La confusión duró todo el año siguiente, pero a ella no sólo contribuían las acciones militares, sino también la incompetencia administrativa. En la primavera de 1945, Foucault y otros trece candidatos de Poitiers se presentaron en la facultad de derecho para comenzar la parte escrita del *concours* de la ENS; los candidatos que lograran aprobar pasarían después al examen oral. Tuvieron que hacer lo mismo en otras dos ocasiones y presentarse a examen tres veces. La primera de ellas, no pudieron tenerse en cuenta sus escritos porque se rumoreó que un profesor de París había filtrado las preguntas del examen a sus alumnos; luego se corrió la voz de que no habían llegado de París los documentos oficiales esenciales. Por fin se terminó el ritual y se anunciaron los resultados en julio. Habían logrado la admisión dos candidatos de Poitiers y Paul-Michel no era uno de ellos. Para el examen oral se habían aceptado a cien alumnos y él ocupaba el lugar ciento uno³².

En octubre de 1945, Foucault se matriculó en un liceo Henri-IV muy diferente. El edificio con apariencias de monasterio, situado tras el Panthéon en el Barrio Latino de París, era uno de los colegios más famosos de Francia. A él había asistido Sartre antes de pasarse a su gran rival, el liceo Louis-le-Grand. Aquí habían enseñado Alain (Émile Chartier) y Henri Bergson. No se conoce a ciencia cierta cómo consiguió la admisión en el Henri-IV, pero no era normal que un alumno de Poitiers pudiera transferirse a un liceo parisiense que, al igual que cualquier otro, recibía a sus alumnos de una cuenca geográfica de captación limitada. No resultaba desconocido el ejercicio de distintas formas de influencia para lograr la admisión de un niño en un buen liceo, y es probable que los padres de Foucault usaran las suyas. Es aún más probable que su madre tuviera algo que ver con este cambio final de colegio.

Poco antes de su partida a París, Foucault conoció a alguien que iba a tener una influencia significativa en su futura carrera. Cuando Poitiers fue liberada, llegó Jean Piel como ayudante del *commissaire de la République*, que formaba parte de la burocracia responsable del establecimiento de un nuevo orden republicano. Conocía a la familia de pasada y, por coincidencia, había estudiado el libro de texto de filosofía escrito

por Paulin Malapert en sus años escolares. Hacía poco que Piel había resultado herido en un grave accidente de coche y el padre de Foucault le había operado, sin lograr un éxito completo, ya que había quedado con una fuerte cojera. Esto no empañó su afecto por la familia Foucault o su interés por el joven Paul-Michel. En 1962, Piel le pediría que se le uniera en el consejo editorial de *Critique*, el periódico literario y filosófico fundado por Georges Bataille. Le había impresionado la *Histoire de la folie*, pero también recordaba al brillante joven que había conocido una década y media antes, y cuya carrera había observado a distancia³³.

Quizá fue a través de Piel como otro paciente consultó al doctor Foucault nada más acabar la guerra. Piel era cuñado del pintor André Masson y un hombre que ocupaba el centro de un complejo juego de relaciones. Masson se casó con una de las cuatro hermanas Maklés, Bataille con una segunda y Piel con una tercera. El segundo marido de Sylvia Bataille era Jacques Lacan. Al igual que Piel, Masson fue tratado por el doctor Foucault, quien, en un gesto de amistad más bien macabro, le mostró el cadáver de un niño nacido muerto con una rara lesión que dejaba al descubierto partes de la membrana cerebral. El cadáver proporcionó el tema para un dibujo extraño y turbador que el artista regaló al doctor. Michel Foucault lo heredó tras la muerte de su padre y durante años estuvo en el escritorio en el que trabajaba. Ahora lo guarda su hermano.

La situación de Paul-Michel durante su primer año en París fue algo peculiar. A diferencia de la mayoría de los procedentes de provincias que asistían al Henri-IV, no estaba interno, pero tampoco, por supuesto, era un alumno externo que podía regresar a casa todas las tardes. Vivía en una habitación alquilada en los locales de un colegio privado que regía una señora amiga de su madre, situado en la esquina del boulevard Raspail y la rae de Rennes. Este curioso concierto le aseguraba evitarse los rituales establecidos para iniciar a los nuevos alumnos en las reglas de la vida en común (algo que siempre iba a detestar), pero también le condenaba a una existencia bastante solitaria. Paul-Michel hizo pocos amigos íntimos en el Henri-IV. Y aunque su alojamiento era tranquilo y seguro, no era lujoso. La habitación carecía de calefacción y Foucault tenía que arrojarse con las mantas de la cama para trabajar. El estado ruinoso del sistema de transportes hacía casi imposible volver a Poitiers durante las vacaciones o los fines de semana. Los paquetes con comida de casa hacían las condiciones más tolerables que lo que hubieran sido de otro modo, pero ésta no era con mucho la mejor forma de iniciarse en la vida de París.

Entrevista con Jean Piel.

De hecho, vio poco de la capital en su primer año de estancia. Prepararse para el *concours* dejaba poco tiempo libre para actividades de ocio, y la vida consistía principalmente en una ronda constante de estudio y exámenes simulados.

La *khágne* del Henri-IV contaba con 15 alumnos y las rivalidades intelectuales eran intensas. La enseñanza era excelente. Enseñaba historia André Alba, un hombre destacado tanto por su erudición como por su «republicanismo anticlerical», que, en palabras de una persona casi contemporánea de Foucault, «nos zambullía hasta el cuello en la historia descriptiva de sucesos (*événemenúeUe*) y a veces en la historia estructural»³⁴. Más significativo para Foucault fue el hecho de tener como profesor de filosofía, aunque por breve tiempo, a Jean Hyppolite, el hegeliano francés más importante de la posguerra. Su primer encuentro con él duró sólo dos meses, porque el filósofo aceptó un puesto en la Universidad de Estrasburgo poco después de que Foucault llegara al Henri-IV. Se volverían a encontrar en la Sorbona y en la ENS, pero siempre recordaría la voz de Jean Hyppolite cuando exponía *La fenomenología del espíritu* de Hegel a la *khágne* del Henri-IV³⁵. Ocupó su lugar el mediocre Dreyfus-Lefoyer, despreciado por sus alumnos por atreverse a citar a nulidades tales como Émile Boutroux y Jules Lachelier³⁶, casi figuras olvidadas de una generación anterior.

A pesar del cambio de profesor, Foucault hacía rápidos progresos en filosofía, así como en historia, griego y latín. Al final de este primer periodo académico, había sido el número veintidós en un examen de filosofía; al finalizar el año, fue el primero y se le describió como un «alumno de élite»³⁷. Ahora estaba preparado para presentarse al *concours* de la ENS por segunda vez.

En este segundo intento, no tuvo dificultades con las pruebas escritas y fue admitido para el oral, que le llevó a su primer encuentro con Georges Canguilhem. Éste gozaba de una reputación poco envidiable por su severidad a los ojos de los candidatos al *concours*. Era un historiador de la ciencia con preparación médica y luego se había dedicado a la docencia en la Universidad de Estrasburgo. Licenciado por la ENS, se había distinguido luchando en la Resistencia. Sin embargo, para los aspirantes a *normaliens*, su reputación era la de alguien abrasivo e incluso cruel. Jean-Paul Aron lo describiría más tarde como un cruce entre un campesino y Char-

¹⁴ Le Roy Ladurie, *Paris-Montpettier*, pág. 38.

³⁵ «Jean Hyppolite (1907-1968)», *Revue de métaphysique et de morale*, vol. 74, núm. 2, abril-junio de 1969, pág. 131.

¹⁶ Eribon, *Michel Foucault*, pág. 40.

³⁷ *Ibid.*

lus de Proust³⁸. Aquellos a quienes había enseñado en el liceo de Toulouse recordaban cómo los desconcertaba de forma deliberada con su «nihilismo semántico» y su eterno «no sé qué significa eso». Cualquiera lo suficientemente necio como para mencionar el «sentido común» recibiría por su ensayo ese eterno comentario, mientras la lógica imperfecta siempre arrancaba un cortante «no veo por qué»³⁹. Semejante reputación se extendía rápida y ampliamente en las subculturas estudiantiles. El atraente acento sureño contrastaba vivamente con sus bruscos modales; era un hombre cuyo anticlericalismo le llevaba a dirigirse, con malicia calculada pero con educación, a las monjas que se cruzaban en su camino como *mademoisels* en lugar de *ma soeur*⁴⁰. En años posteriores, Canguilhem sería un inspector escolar que podía llevar a las lágrimas a los profesores de filosofía con sus críticas. Althusser le describía esparciendo el terror de forma deliberada en el sistema secundario «con la ilusión de que podía corregir la comprensión filosófica de los profesores mediante reprensiones»⁴¹.

De momento, era uno de los dos temibles examinadores que Foucault tenía que afrontar; el otro era Piene-Maxime Schuhl, de la facultad de letras de Toulouse. Canguilhem no recuerda absolutamente nada de su primer encuentro con Foucault⁴², pero está claro que no fue muy hiriente ni muy traumático para el último. Unos días después, Paul-Michel supo que había pasado y había quedado el cuarto en el examen de ingreso en la ENS.

La partida a París de Foucault no supuso un rompimiento total con Poitiers. Como alumno de la ENS, volvió allí durante las vacaciones de verano, y allí también aprendió a conducir en 1946 o 1947. Haber aprobado el examen no le otorgó de inmediato la movilidad que deseaba. Debió posponer un viaje que planeaba a Italia, cuando resultó evidente que su habilidad al volante dejaba mucho que desear, y que necesitaba unas clases extras de su madre. A pesar de este primer revés, se convirtió en uno de los pocos filósofos franceses capaces de manejar el volante. Sartre no conducía y decía que ir en un coche manejado por Deieuze, cuya aptitud para las máquinas se restringía en apariencia a las «máquinas de deseo» descritas en el *Anti-Oedipe*, escrito en colaboración con Félix Guattari, era una experiencia que acobardaba⁴³.

³⁸ Jean-Paul Aron, *Les modernas*, París, Folio, 1984, pág. 9.

³⁹ Jacques Piquemal, «G. Canguilhem, professeur de Terminale (1937-1938). Un essai de témoignage», *Revue de métaphysique et de monde*, 90-année, núm. 1, enero-marzo 1985, pág. 78.

⁴⁰ Entrevista con Dominique Seglard.

⁴¹ Louis Althusser, *Uavenir dure longtemps, suivi de Les Faits: Autobiographies*, París, Stock/IMEC, 1992, pág. 324. [Trad. esp.: *El porvenir es largo*, Barcelona, Destino, 1992.]

⁴² Entrevista con Georges Canguilhem.

⁴³ Entrevista con Jeannette Colombel.

Su madre, con quien comía siempre que iba a París, fue quien hizo en especial que Foucault mantuviera sus vínculos con Poitiers. Estos vínculos se volvieron más fuertes tras la muerte de su padre en 1959; desde entonces, siempre pasó el mes de agosto en Vendeuve-du-Poitou. Cuando murió su marido, Anne Foucault abandonó Poitiers, donde la vieja casa familiar fue convertida en oficinas para el servicio postal, y se retiró a Le Piroir, instalando un sistema de calefacción central que acabó con los problemas de humedad. Las visitas estivales de Foucault no eran de simple descanso, ya que trabajaba con asiduidad en un estudio instalado en el ala de la vieja casa destinada en su origen a los criados. El estudio estaba repleto de libros y al lado tenía un dormitorio de una sencillez casi monástica.

Los días pasados en Le Piroir seguían una pauta ritual. La mayor parte del tiempo trabajaba, con algunas interrupciones para tomar el sol cuando hacía bueno. Al final del día llegaba el regado ceremonial de los jardines. El transporte de pesados cubos y latas de agua era una forma rudimentaria de levantamiento de peso del que Foucault disfrutaba mucho. Sólo dejó de regar los jardines de Le Piroir el verano de 1983. Su estancia en Vendeuve coincidía con la cosecha de pepinillos, y uno de sus principales pasatiempos era encurtir la provisión de invierno para la familia, tarea lenta que llevaba mucho tiempo y que requería preparar cubas con salmuera y frotar con cuidado las pequeñas hortalizas.

Durante las décadas de 1950 y 1960, el mes en Le Piroir estuvo animado por la presencia de sus cinco sobrinos. Sus sobrinas Anne y Sylvie-Claire le recuerdan con gran cariño como el tío ideal que siempre estaba dispuesto a comprar las golosinas —y más tarde los cigarrillos— que no les dejaban tener, con quien no podían aguantar la risa cuando pedía tres kilómetros de morcilla en la *charcuterie* del pueblo, y a quien le producía un placer malicioso hacer burla al *baronne* dueño del castillo. Sylvie-Claire también recuerda al hombre con quien disfrutaba de una deliciosa complicidad al comparar notas sobre los atractivos de los hombres que se cruzaban por la calle. Era el Foucault que, cuando un sobrino-nieto le preguntó por qué no tenía pelo, le respondió que tenía mucho pelo con muchos rizos por la parte interior de su cabeza.

A pesar de los muchos cambios ocurridos en su vida y a pesar del aborrecimiento declarado por su ambiente, Foucault siempre retuvo algo de su pasado, así como la preferencia por algunos quesos locales. Continuó montando en bicicleta, a menudo haciendo el recorrido desde su apartamento hasta el Collège de France, con un riesgo considerable para su vida y sus extremidades⁴⁴. En Poitiers fue donde aprendió a cocinar, y

Foucault describe sus recorridos en bicicleta por París así: «He encontrado una forma

a hacerlo bien. Recibía a los invitados con la atención y cortesía meticulosas típicas de cierta burguesía francesa. Incluso en el apogeo de su compromiso con la extrema izquierda, los invitados a comer le hallarían incordiando sobre el número de cubiertos y las servilletas que necesitaba. Su actitud hacia su buena salud también correspondía en ciertos aspectos a la de un miembro de las clases medias provincianas. Sus hogares sucesivos fueron cómodos y estuvieron bien amueblados, pero se evitó cuidadosamente la ostentación de riqueza y el notorio deleite en el lujo. Las donaciones a causas políticas y de otro tipo se hacían con discreción, casi en secreto. En cierta medida, el profesor del Collège de France siempre siguió siendo el hijo burgués que dejó Poitiers en 1945.

de no soñar cuando salgo: voy en bicicleta. Es el único modo en que me muevo ahora. Un juego maravilloso en París. Aquí también, aquí hay gente que va en bicicleta y ve cosas maravillosas. Parece que el Pont Royal es maravilloso a las siete una tarde de verano cuando hay un poco de bruma. Nunca lo he visto; juego con las cuestas, juego con los coches. La balanza del poder de nuevo». «A quoi révent les philosophes» (entrevista con Emmanuel Lossowsky), *L'Imprévu*, 28 de enero de 1975, pág. 13.

El zorro, la escuela y el partido

La École Normale Supérieure estaba situada en la rue d'Ulm, una calle tranquila al sur de la place du Panthéon. No está lejos del liceo Henri-IV, pero el pequeño trecho entre ambos está cargado de simbolismo. Desde la *khagne* del liceo que le había preparado para el *concours d'entrée*, Foucault podía caminar pasando por el Panthéon, la última morada de los «grandes hombres de Francia», hasta la escuela que lo ayudaría a convertirse en miembro de la siguiente generación de la élite. En el año 1946 la ENS celebraba el ciento cincuenta aniversario de su fundación con solemnes ceremonias en el gran salón de conferencias de la Sorbona. Dos años antes, había presentado sus informes al gobierno una comisión establecida para la reforma del sistema de educación y había desaprobado el espíritu de «casta» predominante en las *grandes écoles*. Se había llegado hasta a contemplar su desaparición, pero se habían batido en retirada ante lo inconcebible. Las instituciones con un pasado tan glorioso sobreviven con facilidad a las comisiones gubernamentales¹, y ninguna *grande école* era más consciente de sus glorias pasadas que la ENS.

Una *école normale* prepara a sus alumnos para que se dediquen a la enseñanza; en principio, la École Normale Supérieure prepara a sus alumnos para la enseñanza universitaria, pero en la práctica muchos de ellos se dedican a otras profesiones, en el sector estatal en su mayoría. La escuela era un internado masculino, ya que las *normaliennes* asistían a la institución de monjas de Sévres.

¹ Jean-François Sirinelli, «La Khagne», en Pierre Nora (ed.), *Les lieux de mémoire. II La Nation*, París, Gallimard, 1986, vol. 3, pág. 607.

Los *normaliens* recibían becas del Estado, mientras que los estudiantes de la Sorbona se veían obligados, con pocas excepciones, a pagar sus estudios. En 1946, el alojamiento dispuesto en la rae d'Ulm era más funcional que lujoso y la ENS no era muy reconocida por su cocina. Los alumnos dormían en un dormitorio dividido en compartimientos mediante cortinas; se compartían los estudio o *thurnes*. En el otoño de 1946, Foucault y cinco alumnos más del Henri-IV tomaron posesión de un *thurne* en el piso bajo. En conjunto, representaban la sexta parte de los admitidos ese año por la rama de letras².

Inevitablemente, los *normaliens* son conscientes de que van a formar parte de una élite futura, se dan perfecta cuenta de que no están en la humilde Sorbona —aunque tienen libertad para asistir a sus conferencias— y tienden a poseer un elevado sentido de la jerarquía. Como se ingresa mediante un examen selectivo, desde el comienzo los inquilinos de la rae d'Ulm cuentan con una gradación numérica, y al individuo que ocupó el último lugar en el *concours d'entrée* se le puede recordar todos los días su humilde condición. Si a un *normalien* se le pregunta por los años que pasó en la escuela, es casi seguro que sacará un anuario para comprobar quién ocupó el primer puesto en el examen de ingreso y en la *agrégation*, a no ser, por supuesto, que pueda proporcionar esa información de memoria. La ENS se caracteriza por un sólido *esprit de corps*, por lo que suelen ser duraderas tanto las amistades como las rivalidades que allí surgen. Los que han asistido a ella tienden a formar una poderosa red de antiguos compañeros, aunque, como en el caso de Foucault, no pertenezcan de modo formal a la Association des Anciens Eleves. Al igual que todas las redes semejantes, puede tratarse de una sociedad exclusiva. El filósofo Jean-Francois Lyotard, por ejemplo, cree que una de las razones por las que nunca conoció bien a Foucault es porque él no era un *normalien*.

Entrar en la ENS significa introducirse en un linaje y en una élite. Los tres «modelos y apoyos» a los que Foucault rindió tributo en su conferencia inaugural del Collège de France en 1970 —Georges Dumézil, Canguilhem e Hyppolite— pertenecían a la École Normale Supérieure. A finales de los años cuarenta y en los años cincuenta, aún era posible rastrear su abolengo intelectual hasta 1948 a través de una cadena de maestros. Aunque realmente Canguilhem no fue su profesor, Foucault le consideraba uno de sus maestros intelectuales. Canguilhem fue discípulo de Alain, la encarnación de cierto radicalismo, y, a su vez, éste lo era

² Eribon, *Michel Foucault*, pág. 42; Sirinelli, «La Khâgne», pág. 607.

³ Comunicación personal.

de Lagneau⁴. El linaje intelectual no es sólo cuestión de la herencia del pasado. El individuo forma parte de una cadena que lo une a la vez al pasado y al futuro. En la ENS, Foucault se convirtió en un eslabón de la cadena que también incluía a Louis Althusser y por medio de él, a su vez, incluiría a una generación más joven de teóricos como Jacques Derrida, Étienne Balibar, Pierre Macherey y Jacques Rancière.

A pesar de ser parte integral del sistema académico y un elemento crucial para su reproducción continuada, la ENS también tiene una larga historia de haber proporcionado un refugio a figuras calladamente subversivas, cuya influencia sobrepasaba con mucho su presencia física. Cuando Jean Hyppolite estaba en la Sorbona en 1925, Lucien Herr era una de tales figuras. Era el bibliotecario casi legendario de la ENS y había publicado un estudio fragmentario sobre Hegel, uno de los primeros escritos por un académico francés. Su figura en sombras estaba tras la conversión al socialismo de muchos. Según palabras de Hyppolite, «desde la biblioteca de la Ecole Normale influía en muchas mentes, no sólo en el campo de la ciencia, sino también en el de la acción»⁵. Cuando Foucault ingreso en la ENS, ésta albergaba a otro cortés subversivo.

Louis Althusser había pasado el *concours d'entrée* en 1939, pero su carrera académica se interrumpió de inmediato por el estallido de la guerra y su movilización. Hecho prisionero en la campaña inicial, pasó los siguientes cinco años en un campo de concentración para prisioneros de guerra en Alemania y no regresó a la rue d'Ulm hasta 1945. Obtuvo su *agrégation* en 1947 y en 1949 se le contrató como tutor de filosofía o *répétiteur* (*caimán* en el argot hermético de la ENS; precisamente, uno de los misterios de París es por qué a un profesor de filosofía se le debe conocer por este nombre de cocodrilo) en lugar de Georges Gusdorf, trasladado a Estrasburgo. Un año después, se le nombró secretario de la rama de letras de la escuela, puesto que conllevaba obligaciones mal definidas pero que le hacía esencial para la vida de «su» escuela. Iba a pasar treinta y cuatro años en la rae d'Ulm. En su autobiografía, pregunta retóricamente:

¿En qué se convirtió la escuela? Muy rápidamente, desde el mismo comienzo, debo decir, se convirtió en un auténtico capullo maternal, un lugar donde me encontraba abrigado y en casa, protegido del mundo exterior, un lugar que no necesitaba dejar para ver gente por que pa-

⁴ Régis Debray, *Teachers, Writers, Celebrities: The Intellectuals of Modern France*, trad. de David Macey, Londres, Verso, 1981 pág. 49.

⁵ Jean Hyppolite, «La "Phénoménologie" de Hegel et la pensée française contemporaine», *Figures de la pensée philosophique*, París, PUF, 1971, pág. 232.

saban por allí o venían, en especial cuando me hice famoso; en pocas palabras, el sustituto de un entorno maternal, del líquido amniótico⁶.

Hombre esbelto, dotado de una belleza frágil, casi melancólica, pronto se convirtió en una institución dentro de la institución, y su retraimiento ayudó en gran medida al misterio que lo rodeaba. Su papel consistía en preparar a los alumnos para la *agrégation de philosophie* pero, de hecho, dio relativamente pocas clases, aparte de dictar los cursos del primer año sobre Platón. Este hombre cortés y callado ya padecía entonces la enfermedad depresiva que tendría un resultado tan espantoso más de treinta años después. Althusser vivía permanentemente en el sanatorio de la escuela, donde le visitaba a diario su pareja, Héléne Ritman, que como «Héléne Legotien» se había distinguido mucho en la Resistencia. Ocupaba la primera habitación, lo que le daba fácil acceso al piano, que tocaba muy bien, situado al final del corredor⁷. Diagnosticado por Pierre Male de sufrir demencia precoz (antiguo término para la esquizofrenia) y por Julián Ajuriguerra de estar aquejado de una psicosis maniaco-depresiva, soportó años de hospitalización intermitente, tratamiento electro-convulsivo y narcoterapia⁸, una forma de terapia que conllevaba la inyección de pentatol para inducir un letargo semejante al trance que aparentemente suprimía la barrera de la censura. Desde 1950, también se analizó con Laurent Stévinin⁹. Poca gente conocía la verdadera condición de Althusser, ya que los periodos regulares de hospitalización pasaban por vacaciones.

La fuente de su influencia sobre sus alumnos radicaba sencillamente en su disponibilidad y la cortés aptitud con que ofrecía consejo a cualquiera que llegara hasta su diminuto despacho. En particular, se buscaba su consejo técnico sobre las reglas que debían seguirse en los exámenes de *agrégation*. Al comenzar el año, Althusser pedía a sus alumnos de primer curso que le escribieran un ensayo y se lo devolvía con sus comentarios y correcciones escritos en una hoja aparte. Según su punto de vista, los comentarios escritos sobre el ensayo podrían haber sido motivo de humillación. En una entrevista ofrecía consejo sobre qué cursos seguir y los temas más apropiados para el segundo año de DEA. Si no concertaban una cita con él o se dejaban caer por su despacho, lo más probable

⁶ Althusser, *Vavenir dure longtemps*, pág. 155.

⁷ Yarn Mouliner Boutang, *Louis Althusser: Une biographie. Tome I. La formation du mythe (1918-1956)*, París, Grasset, 1992, pág. 362.

⁸ Elisabeth Roudinesco, *Jacques Laum (T Co.*, trad. de Jeffrey Mehlman, Londres, Free Association Books, 1990, pág. 376. [Trad. esp.: *Jacques Locan*, Barcelona, Anagrama, 1994.]

⁹ Boutang, *Louis Althusser*, pág. 363.

es que no lo volvieran a ver hasta que comenzaran a prepararse para su *agrégation* el tercer año¹⁰.

En 1946 Althusser no era marxista, estaba muy influido por el «catolicismo social» de su juventud en Argelia, Marsella y luego Lyon, y participaba en la política católica. Pasarían dos años más antes de que se uniera al Partido Comunista Francés y casi dos décadas para que su influencia comenzara a sentirse fuera de la ENS. Hasta 1952 no abandonó el catolicismo¹¹. Casi no había publicado nada y había abandonado la tesis doctoral que pensaba escribir sobre la política y la filosofía francesas del siglo XVIII (junto con una *petit thèse* complementaria sobre Rousseau), aunque algunos elementos de ella sobreviven en su estudio sobre Montesquieu de 1959. Hasta 1975 no se le concedió el doctorado por su obra publicada¹².

Aun cuando se convirtió en miembro del Partido, no tuvo participación política en el sentido normal del término. Según un testigo, no acudió a varias reuniones importantes, en especial a una en la que las autoridades de la escuela expulsaron de forma temporal a todos los alumnos con actividades políticas por miedo a un enfrentamiento físico entre gaulistas y comunistas, quienes habían invitado a dar una conferencia la misma velada a Jacques Soustelle y André Marty, respectivamente¹³. La biografía de Yann Moulier Boutang descubre a un Althusser mucho más participante en política de lo que sugerían los relatos anteriores, pero es cierto que sus actividades se confinaban estrictamente al microcosmo de la ENS. Sin embargo, había comenzado a tejer con calma la sutil trama teórica que influiría a tantos en las décadas de los sesenta y los setenta. Un estudiante de una generación posterior describe el encanto del «profesor de filosofía que dirigía nuestro trabajo y nuestras lecturas. Con discreción, nos daba la oportunidad de trabajar con él, de tal modo que no nos percatábamos de que era él quien realmente trabajaba, de que él trabajaba para nosotros»¹⁴.

Foucault y Althusser se hicieron amigos íntimos a finales de los años cuarenta, y el primero sacó gran provecho de los consejos del hombre

¹⁰ *Ibid.*, pág. 461.

¹¹ *Ibid.*, pág. 237.

¹² Louis Althusser, «Is It Simple to Be a Marxist in Philosophy?», trad. de Graham Locke en *Philosophy and the Spontaneous Philosophy of the Scientists and Other Essays*, editado con una introducción de Gregory Elliott, Londres, Verso, 1990; *Montesquieu. La politique et l'histoire*, París, PUF, 1959, trad. «Montesquieu: Politics and History», en *Politics and History*, Londres, New Left Books, 1972.

¹³ Douglas Johnson, «Althusser's Fate», *London Review of Books*, 16 de abril-6 de mayo de 1991, pág. 13.

¹⁴ Régis Debray, «In Settlement of All Accounts», en *Prison Writings*, trad. de Rosemary Sheed, Londres, Alien Lañe, 1973, pág. 197.

que le aventajaba en edad. Por sugerencia de Althusser, rechazó la hospitalización como solución a sus problemas depresivos, y los comienzos de su carrera iban a estar muy influidos por el «viejo Alt», como se le conocía cariñosamente en la ENS. La auténtica amistad que se desarrolló iba a tener que someterse a prueba contra todas las diferencias y desavenencias políticas e incluso iba a superar tragedias personales más amargas. También iba a ser puesta a prueba por el sarcasmo que Althusser dirigía con frecuencia a los que le rodeaban. No todos sus comentarios sobre Foucault eran caritativos. Cuando supo que estaba estudiando la locura y pasaba tiempo en el hospital psiquiátrico de Sainte-Anne, señaló en presencia del joven historiador inglés Douglas Johnson —que estuvo en la ENS durante los años 1947 a 1949— que se le debía retener allí¹⁵.

En Jacques Martin ambos encontraron un amigo, «un homosexual angustiado, pero un hombre afable, a pesar de la distancia de su esquizofrenia latente [...]. Michel Foucault le quería tanto como yo»¹⁶. Cuatro años más joven que Althusser y cuatro años mayor que Foucault, Martin pertenecía a *hpromotion* de 1941. Era un germanista brillante, interesado en especial por Kant. En 1943 interrumpió sus estudios y se fue a Alemania a trabajar. Como estudiante, podía haber eludido el Service de Travail Obligatoire (sistema por el cual se reclutaba y obligaba a los trabajadores franceses a trabajar en Alemania), pero su curiosidad intelectual era mayor que su necesidad de comodidades. A su vuelta a la ENS en 1945, no sabía cómo se podía comprender que se siguiera estudiando la filosofía alemana después de Auschwitz. A pesar de su perplejidad, todavía estudiaba ese tema, pero Hegel y Marx habían reemplazado a Kant como centro de su interés.

Martin era un alumno brillante y Merleau-Ponty le llamaba «el príncipe de la mente». Más tarde Althusser, al leer su disertación para el DEA, recordó: «Habló de cuestiones que yo sólo había entendido a medias, a pesar de sus explicaciones. El concepto de lo problemático lo dominaba todo»¹⁷. El concepto de lo «problemático» es básico para la elevada rama intelectual marxista que Althusser forjaría en los años sesenta, y hace referencia a la estructura ideológica y teórica sin la que un concepto no puede existir ni estudiarse. En *Pour Marx* ofrece tributo a su alumno: «Dedico estas páginas a la memoria de Jacques Martin, el amigo que, en la ordalía más terrible, descubrió el camino para la filosofía marxista y me guió por él»¹⁸.

¹⁵ Entrevista con Douglas Johnson.

¹⁶ *AlŭmsseT, L'avenirdurelonglemps*, pág. 124.

¹⁷ *3úí*, pág. 321.

¹⁸ Louis Althusser, *For Marx*, trad. de Ben Brewster, Londres, Alien Lañe, 1969, páginas 32, 256.

•

Como Althusser, Martin padecía una severa depresión y a pesar de su brillantez no escribió nada o al menos nada que haya sobrevivido. Para Foucault y Althusser era *xmphihsophe satis oeuvre*, un filósofo sin obra. La frase surgía una y otra vez en las múltiples conversaciones que sostuvo Yann Moulier Boutang con Althusser cuando preparaba su biografía; Boutang cree que fue Martin quien acuñó la expresión. En 1948 y después en 1950 no fue capaz de obtener su *agrégation*. Su carrera académica estaba en ruinas y se arrastraba hacia la pobreza y la depresión. Sus trabajos ocasionales como traductor (entre otras cosas, de la novela de Hermann Hesse *Das Glasperkenspiel*) no le daban para vivir. Los amigos le proporcionaban un generoso apoyo financiero, incluidos Althusser y Foucault. Se suicidó en 1963. Según Boutang, el casi mítico *philosophe sans oeuvre* era para Althusser y Foucault el «fantasma del fracaso», el espejo de en lo que podían haberse convertido¹⁹. En sus escritos, Foucault nunca habló de Jacques Martin, pero, como Althusser, quizá tomara algo prestado de él. Desde 1961, definiría la locura como «*l'absence d'oeuvre*».

Los años pasados por Foucault en la ENS no fueron siempre fáciles. A pesar de que le importaba poco su entorno y la comodidad física, no le resultó sencillo acomodarse a la vida en comunidad. También tuvo que vivir en una atmósfera de intensa competencia intelectual y una rivalidad exacerbada por el hecho de que la comunidad en la que vivía fuera tan pequeña. En este medio cerrado, se le otorgaba una gran importancia al verbo *brilkr*, ser brillante. La compulsión por brillar se reforzaba por la estructura de la meta final: la *agrégation*. Como los tres exámenes escritos trataban de temas relativos íntegramente a la historia o la filosofía, el objetivo de estudio de un *normalien* era dominar una cultura más que conocer un temario.

La ENS, además de ser jerárquica, era segregacionista de otros modos. La división entre letras y ciencias se marcaba de forma particular, y los alumnos de la primera se consideraban muy superiores a los más bien poco civilizados científicos. Dentro de la comunidad de letras, la filosofía se consideraba la más noble de las disciplinas. Las divisiones verticales entre los cursos eran importantes. Incluso la organización física de la vida tendía a promover las divisiones. Las comidas se servían en común en mesas de ocho dispuestas en el comedor y era costumbre permanecer en la misma mesa los tres años completos. Así pues, era bastante posible pasar tres años en una institución relativamente pequeña sin conocer demasiado a muchos de los compañeros. Lucien Séve, que pertenecía a la *promotion* de 1945, pasó dos años en un *thurne* casi enfrente de la habitación de Foucault, en el polvoriento corredor del tercer piso que alojaba

Boutang, *Louis Althusser*, págs. 449-459.

a los alumnos de DEA y *agrégation*; sus pasos se cruzaban con frecuencia, pero nunca se llegaron a conocer bien²⁰. La ENS era una extraña combinación de vida en común forzosa y separación.

También eran significativas las divisiones políticas. El catolicismo era todavía una fuerza que debía tenerse en cuenta, aunque la tradición republicana anticlerical propiciaba que muchos estudiantes sólo sintieran desprecio por los denominados *talas*, expresión de argot derivada de *ceux qui vont A La messe* (los que van a misa). El derecho tradicional estaba en declive, mientras que el Partido Comunista Francés comenzaba a hacer incursiones y aumentaría de modo gradual su influencia a lo largo de los años cincuenta; un historiador moderno estima que por entonces alrededor de un 15 por 100 de los *normaliens* pertenecían al PCF²¹. A su izquierda se instaló pronto Jean Laplanche y un puñado de miembros de *Socialisme ou Barbarie*, el grupo neotrotskista fundado por Cornelius Castoriadis en 1948-1949. Las divisiones políticas podían conducir a intercambios agrios, pero también eran solubles en alcohol y hubo veladas en las que se cantaron a coro provocador la *Marseillaise*, *Le Chant du Partisan* y la pro régimen de Vichy *Morichal nous voila*, una tras de otra²².

En 1946 a Foucault le resultaba indiferente la política, aunque mostraba cierta simpatía por el PCF. Hasta 1950 no cedió paso la indiferencia al compromiso. En años anteriores exhibió una curiosa actitud hacia la política organizada. Según Maurice Agulhon, secretario entonces de la célula del Partido, estaba deseoso de unirse a ella, pero se negaba a tomar parte en el sindicato de estudiantes porque aducía que la política estudiantil era patética y se hallaba muy alejada de los ideales revolucionarios comunistas²³. Semejantes distinciones sutiles y reservas mentales no resultaban aceptables para el PCF, por lo que Foucault permaneció al margen.

No existen relatos de Foucault cuando estaba en la ENS. Los de sus compañeros están influidos inevitablemente por la mirada retrospectiva y coloreados sin duda por las impresiones subsecuentes sobre un Foucault mayor y mucho más importante. Por otra parte, presentan una consistencia relativa. Todos están de acuerdo en que el joven Foucault tenía una capacidad notable para el trabajo, que sacaba notas de todo y las guardaba ordenadas en cajas. También es bien sabido que padecía serios ataques de depresión. Sin duda, ésta no era una condición desconocida en la ENS, donde parecía a veces que todo nutría con cuidado la neuro-

²⁰ Comunicación personal.

²¹ Jean-Francois Sirinelli, «Les normaliens de la me d'Ulm après 1945: une génération communiste?», *Revue d'Histoire du Monde Moderne*, vol. 32, octubre-diciembre de 1986, páginas 569-588.

²² Entrevista con Jean Laplanche.

²³ Maurice Agulhon, citado en *Liberation*, 30 de junio-lde julio de 1983, pág. 16.

sis, pero en el caso de Foucault el asunto era serio. El psicoanalista Jean Laplanche, que ingresó en la ENS en 1945 tras pasar un año en Harvard con una beca, atribuye estos episodios a la atmósfera opresiva y competitiva. Otros ofrecen explicaciones diferentes. Tanto Didier Anzieu como Jacqueline Verdeaux recuerdan que Foucault solía desaparecer de vez en cuando de la ENS durante algunos días y que regresaba exhausto y muy abatido, de lo que infieren que se había marchado a alguna expedición sexual solitaria²⁴. Sería peligroso considerar la homosexualidad la única causa de su depresión. Sólo unos años después, cuando compartía piso con su hermano Denys, los dos solían bromear sin dificultad sobre sus novios y novias respectivas, lo que no sugiere un gran sentimiento de culpabilidad o de opresión²⁵. Bebía mucho, aunque de modo episódico, durante sus años de estancia en la ENS, pero se desconoce si era un síntoma o la causa de su depresión. Existen rumores de que tomaba drogas, aunque es poco probable que pudiera tratarse de algo más duro que hachís o quizá opio. Hay historias persistentes pero sin confirmar sobre un intento de suicidio en 1948 e incluso del ahorcamiento de un amante. Es difícil diagnosticar la razón precisa de la depresión de Foucault. No se cuenta con registros de ningún episodio depresivo previo; la crisis de 1940 y su fracaso inicial para aprobar el *concours* de la ENS le disgustaron, pero no le sumieron en una depresión real. En años posteriores hubo una estrecha asociación entre sus escritos y los interludios depresivos, pero tuvieron una corta duración. La depresión de los años pasados en la ENS fue probablemente el resultado de una combinación de factores: la atmósfera competitiva, la cultura del neurótico, posibles preocupaciones acerca de la sexualidad, la convicción de ser feo²⁶ y el miedo al fracaso puede que hayan tenido que ver.

Los informes sobre las depresiones de Foucault llegaron a Poitiers y el año del supuesto intento de suicidio su padre concertó una consulta con Jean Delay, un distinguido psiquiatra de Sainte-Anne. Dado que su reputación se basaba tanto en su experiencia administrativa y literaria como en su pericia clínica, quizá no haya sido la elección ideal, pero la cita produjo un resultado beneficioso. Con el asentimiento de Pierre Etienne, médico de la ENS, Foucault pasó su tercer año en el lujo relativo y la intimidad de una habitación individual del sanatorio de la escuela, y de este modo logró la ambición de muchos de sus compañeros. También dio como resultado una amistad duradera —y un respeto mutuo— entre Delay y Foucault, que siempre se saludaban con efusión cuando se

Entrevistas con Didier Anzieu y Jacqueline Verdeaux.
Entrevista con Denys Foucault.
Entrevista con Jeanette Colomble.

cruzaban sus pasos en la Bibliothèque Nationale. Esta amistad se acentuó mediante el intercambio de los libros que publicaban, incluido un ejemplar de la psicobiografía clásica de Delay sobre André Gide²⁷.

Mientras tanto, Jacqueline Verdeaux, que ahora había terminado sus estudios, vigilaba a Foucault por encargo de su madre. A su parecer, los episodios depresivos, en años posteriores, habrían sido una indicación para prescribir psicotrópicos, pero en 1948 no se contaba con tales medicamentos²⁸. Probablemente fue por entonces cuando Foucault fue a psicoanalizarse y rechazó hospitalizarse por consejo de Althusser. No se sabe el nombre del psicoanalista en cuestión, y todo el episodio es algo enigmático. Según su amigo Maurice Pinguet, Foucault estuvo psicoanalizándose algunas semanas y contó un sueño en el que veía una lanceta quirúrgica flotando en un líquido; el analista no tuvo dificultad en interpretarlo como un sueño de castración. El tratamiento tuvo un fin repentino cuando el analista anunció que se iba de vacaciones; Foucault no toleraría la interrupción y acabó con el análisis en represalia²⁹. Su relato a un periodista brasileño unos años más tarde en respuesta a una pregunta es menos pintoresco. Sólo señaló que había iniciado un psicoanálisis freudiano muy tradicional y que lo había abandonado unas semanas después porque le aburría, explicación que no es probable que aceptara un psicoanalista³⁰.

Foucault siguió siendo discreto acerca de sus depresiones. Aunque es obvio que sus padres tenían cierto conocimiento de su estado mental, su hermana, ahora casada y residente en París, se encontraba con frecuencia con un hermano menor muy animado y no observaba signos de depresión cuando asistía al baile anual de la ENS con él y su marido, Herí Fruchaud³¹. Quizá quisiera ocultársela, pero también es un primer indicio de su habilidad para llevar varias vidas, para ser cosas diferentes ante gente distinta.

No todos los que lo conocieron en la ENS se encontraron con un depresivo. Aunque Pinguet supo después que los años pasados allí le habían resultado casi intolerablemente dolorosos, conoció a alguien muy diferente en el verano de 1950. Foucault vestía pantalón corto, se reía y se dirigía a los amigos en un tono elevado, casi agresivo. La palabra *Dasein* figuraba mucho en los retazos de conversación que le llegaban a Pinguet.

²⁷ Jean Delay, *Lajeunesse d'André Gide*, París, Gallimard, 2 volúmenes, 1956, 1957. Entrevista con Daniel Defert.

²⁸ Entrevista con Jacqueline Verdeaux.

²⁹ Maurice Pinguet, «Les années d'apprentissage», pág. 126.

³⁰ «Hospicios, sexualidade, prisões (entrevista con Claudio Bojunga), *Versus*, 1, octubre de 1975.

³¹ Entrevista con Francine y Henri Fruchaud.

Foucault se iba del comedor llevándose un tenedor, un cuchillo y una cuchara³². Por entonces se proporcionaba a los estudiantes una cubierto que tenían que llevar al comedor para cada comida. También les correspondía lavarla, para lo cual disponían, como es natural, de paños de cocina. Foucault participaba a menudo en payasadas, en el robo de paños de cocina y servilletas, y en persecuciones por los corredores, lo que conllevaba su uso en batallas fingidas. El muchacho que disfrutaba gastando bromas en Poitiers estaba lejos de haber muerto. Pero no todo el mundo apreciaba su lado bullicioso y a algunos les disgustaba su arrogancia intelectual y el uso cruel de ironía y sarcasmo en argumentos y disputas.

Quizá haya sido un estudiante bullicioso, pero parece haber rehuido dos aspectos de la tradición *normalkn*. Nadie le recuerda subiéndose al tejado, peligroso pasatiempos que podía tener un final mortal, y sólo en una ocasión, seguida de arrepentimiento, cayó en el deporte tradicional de robar libros, preferiblemente de la librería Gibert, situada en el boulevard Saint-Michel. En los años setenta, le contó a Claude Mauriac que una vez había robado algo, añadiendo: «Tuve que obligarme a hacerlo y temblaba de miedo». Una conversación grabada en una cásete sin fecha (probablemente de 1972) revela que el objeto robado era un volumen de poemas de Saint-Jean Perse³³.

Su apariencia física impresionaba a todos. Con su pelo corto, que ya escaseaba, sus ojos azul intenso y sus gafas sin montura no era una figura que pasara fácilmente desapercibida. Del mismo modo que le había sorprendido a Verdeaux la persona de Foucault y su presencia desacorde en una fiesta infantil cuando le conoció, a Didier Anzieu le asombraba constantemente ver que el cuerpo de un adolescente proporcionado lo coronaba la cabeza de un *savant* de apariencia mucho mayor. Su vitalidad física y su inteligencia le proporcionaron el apodo de *Fuchs*, palabra alemana que significa «zorro». Un zorro, como Foucault, explica un compañero *normalien*, tiene la cara afilada y es astuto³⁴. No sería la última vez que se usara la imaginería animal para describirlo. En sus diarios, Claude Mauriac, que lo conoció en 1971, se suele referir a él diciendo que «tiene una sonrisa carnívora». El *Fuchs* era inteligente, pero también podía morder.

Si Foucault era discreto acerca de sus depresiones, lo era más sobre su sexualidad. Pocos conocían su orientación y tenía buenas razones para permanecer en silencio. Aunque el mundo intelectual-literario más am-

³² Pinguet, «Les années d'apprentissage», pág. 122.

³³ Claude Mauriac, *Et comme j'esperance est violente*, París, Livre de poche, 1986, pág. 482; Bibliothèque du Saulchoir, C40.

³⁴ Entrevista con Paul Veyne.

plio era tolerante, no podía decirse lo mismo de la comunidad académica. La relación entre Jean Marais y Jean Cocteau apenas se velaba en secreto, pero los rumores de homosexualidad podían acabar con carreras académicas. Este prejuicio estaba respaldado por la legislación. Una ley aprobada en 1946 declaraba que sólo las personas de «buena moral» podían trabajar al servicio del Estado. Después esa ley se convirtió en el artículo 16 del *statut général du fonctionnaire*³⁵. En Francia, los profesores, incluidos los universitarios, son *fonctionnaires*, es decir, funcionarios. El hecho de que esa ley rara vez se llevara a la práctica era menos importante que su contribución a crear una atmósfera de miedo y autorrepresión. El clima más general puede medirse por el hecho de que un decreto emitido por el Prefecto de París en febrero de 1949 hizo que se considerara delictivo que los hombres bailaran juntos en un lugar público o en un establecimiento abierto al público. Así pues, la búsqueda de encuentros homosexuales era una actividad solitaria y peligrosa en potencia.

En términos filosóficos, el paisaje intelectual francés de la juventud de Foucault lo dominaba, por supuesto, la fenomenología, y los dos grandes monumentos del existencialismo francés eran *L'Être et le néant* (1943) y la *Phénoménologie de la perception* (1945) de Merleau-Ponty. Sin embargo, no es completamente exacto afirmar que el dominio de Sartre en el campo cultural fuera absoluto. Su actividad polifacética en tantos campos diferentes —filosofía, literatura, teatro, periodismo— tiende a enmascarar el hecho de que, para muchos, los años de posguerra estuvieron marcados primordialmente por el nuevo interés despertado por Hegel. En 1930, Alexandre Koyré preparaba el esbozo de una conferencia sobre el estado de los estudios hegelianos en Francia y se encontró para su desconcierto con que no tenía casi nada que decir: no había escuela hegeliana en Francia³⁶. En 1946, Merleau-Ponty pudo escribir:

Todas las grandes ideas filosóficas del siglo pasado —las filosofías de Marx y Nietzsche, la fenomenología, el existencialismo alemán y el psicoanálisis— tuvieron su inicio en Hegel; él fue quien comenzó el intento de explorar lo irracional y a integrarlo en la razón expandida, lo que continúa siendo tarea de nuestro siglo³⁷.

Quizá sus palabras parezcan hiperbólicas y la línea de descendencia

³⁵ Janine Mossuz-Lavau, *Les lois de l'amour. Les politiques de la sexualité en France (1950-1990)*, París, Payot, 1991, pág. 239.

³⁶ Alexandre Koyré, «Rapport sur l'état des études hégéliennes en France», *Eludes d'histoire de la pensée philosophique*, París, Armand Colin, 1961, págs. 205-230.

³⁷ Maurice Merleau-Ponty, *Sens et non-sens*, París, Nagel, 1948, pág. 125. [Trad. esp.: *Sentido y sinsentido*, Barcelona, Ed. 62, 1977.]

de Hegel-Nietzsche en particular esté lejos de resultar evidente, pero Merleau-Ponty expresaba una certeza reconocida universalmente en aquella época. Georges Canguilhem, a su vez, añadía: «El pensamiento filosófico contemporáneo está dominado por el hegelianismo. Comparadas con ésta, muchas doctrinas pueden ser consideradas literatura»³⁸. En 1948, Hegel parecía ser la fuente y origen de todas las cosas modernas; la *Fenomenología* se había convertido «en el libro básico que se consulta en todos los ambientes filosóficos franceses»³⁹.

Para los filósofos franceses de los años anteriores a la guerra, Hegel había sido un orador dudoso, si no peligroso, del germanismo y el pangermanismo. Hasta 1930, la misma palabra «dialéctico» tenía connotaciones peyorativas, al significar «de apariencia lógica» para un neokantiano y «verbalismo puro» para un bergsoniano; a partir de 1930 se empezó a usar de modo más positivo para indicar la trascendencia de la «razón analítica» (de nuevo noción kantiana)⁴⁰. A mediados de los años cuarenta había adquirido su significado hegeliano-marxista. Los maestros de los años anteriores a la guerra que, como Léon Brunschwig, habían negado a Hegel un lugar en la historia de la filosofía, eran objeto de mofa para la generación de Foucault. El mismo Bergson se estaba convirtiendo en una figura bastante polvorienta, aunque seguía con la suficiente vigencia como para aparecer en el examen de *agrégation* presentado por Foucault en 1951⁴¹.

El Hegel que dominaba durante los años que Foucault pasó en la ENS era con mucho una creación francesa, y su primer artífice fue Alexandre Kojève, cuyas conferencias sobre la *Fenomenología del espíritu* en la École Pratique des Hautes Etudes entre 1933 y 1939 influyeron en la formación de todos, desde Georges Bataille y André Bretón, hasta Klossowski y Lacan. En 1947 apareció una recopilación de estas conferencias, basada en las notas tomadas por Raymond Queneau (y aprobadas por Kojève) e hizo de dominio público la lectura de Hegel, antes legendario⁴². Este libro produjo un Hegel violento, el autor de lo que Vincent

³⁸ Georges Canguilhem, «Hegel en France», *Revue d'Histoire et de Philosophie Reügkuses*, 4, 1948-1949, pág. 282.

³⁹ Jean Hyppolite, "La «Phénoménologie» de Hegel et la pensée française contemporaine», *Figures de la pensée philosophique*, pág. 235.

⁴⁰ Vincent Descombes, *Modern French Philosophy*, trad. de L. Scott-Fox y J. M. Harding, Cambridge University Press, 1980, pág. 10.

⁴¹ Sin embargo, se puede argumentar que Bergson siguió siendo una poderosa influencia en Deleuze; véase su *Le bergsonisme*, París, PUF, 1966. [Trad. esp.: *El bergsonismo*, Madrid, Cátedra, 1987.]

⁴² Alexandre Kojève, *Introduction a la lecture de Hegel. Leçons sur «La Phénoménologie de l'Esprit» professées a l'École des Hautes Etudes réunies et publiées par Raymond Queneau*, París, Gallimard, 1947. Sobre la recepción francesa de Hegel, véase Judith P. Butler, *Subjects of Desire. He-*

Descobres denomina una concepción «terrorista» de la historia. Es el Hegel teórico de la conciencia desdichada, de la dialéctica amo-esclavo y de la batalla a muerte por el reconocimiento, y el antropólogo del deseo.

En el intervalo existente entre las conferencias y su publicación, hubo otro acontecimiento importante que contribuyó a aumentar el interés por Hegel. El primer volumen de la traducción efectuada por Jean Hyppolite de la *Fenomenología* apareció en 1939 y el segundo en 1941. A menudo se ha resaltado la ironía de la simetría histórica: el libro terminado mientras la artillería francesa tronaba contra las puertas de Jena en 1807, se tradujo mientras Francia huía del ejército alemán.

Foucault se encontró con Hyppolite por vez primera en el Henri-IV, y de inmediato le impresionó la voz de ese hombrecillo rechoncho mientras conducía a sus alumnos a través del laberinto de la *Fenomenología*: «En esa voz que comenzaba una y otra vez como si meditara en su interior su propio movimiento, percibíamos algo más que la voz de un maestro; estábamos oyendo la voz de Hegel e incluso quizá la voz de la misma filosofía»⁴³. Oíría de nuevo la voz de Hyppolite —o de Hegel hablando por su mediación— en la Sorbona y en la ENS. Cuando daba clases en el Henri-IV, Hyppolite no hacía más que repetir en voz alta los temas de la tesis tan influyente que defendería en 1946⁴⁴.

La importancia de Hegel para la generación que asistió a la ENS tras las consecuencias inmediatas de la guerra pueden medirse por los títulos de las disertaciones de DEA escritas por tres *normaliens* entre 1947 y 1949: Louis Althusser, *La Notion de contenu dans la philosophie de G. W.F. Hegel*; Jacques Martin, *La Notion d'individu chez Hegel*; Michel Foucault, *La Constitution d'un transcendantal dans la Phénoménologie de l'esprit de Hege*⁵. Desgraciadamente, parece que la tesis de Foucault no se ha conservado y no se conoce nada sobre su contenido. En su ausencia, sólo se puede saborear la ironía: Foucault, que dirigió la mayor parte de su obra contra el intento de totalizar o producir un conocimiento absoluto, comenzó su carrera filosófica escribiendo sobre el maestro de la totalización, tan gran-

gelian Refkaions in Twentkth-Century France, Nueva York, Columbia University Press, 1987. El número especial de *Magazine Littéraire* (293, noviembre de 1991) dedicado a *Hegel et «La Phénoménologie ie l'esprit»*, también contiene abundante información. Discuto la importancia de Kojève para el entendimiento de Lacan en *Lacan in context*, Londres, Verso, 1988.

⁴³ «Jean Hyppolite», pág. 131.

⁴⁴ Jean Hyppolite, *Genese et structure de la «Phénoménologie del'esprit»*, París, PUF, 1948. [Trad. esp.: *Génesis y estructura de la «Fenomenología del espíritu de Hegel*, Barcelona, Ed. 62, 1991.] El relato de Hyppolite sobre su obra puede encontrarse en su conferencia de 1957 sobre «La "Phénoménologie" de Hegel et la pensée française contemporaine».

⁴⁵ La tesis de Althusser se incluirá en los tres volúmenes de su obra inédita que va a publicar IMEC. Se han publicado extractos con el título «Esprit d'Iéna contre la Prusse» en el número sobre «Hegel» del *Magazine Littéraire*.

de era su deseo de formar parte de la «modernidad» representada por Hegel. Fue después de leer a este autor cuando Foucault se trasladó a Marx, Heidegger y finalmente a Nietzsche⁴⁶.

Hegel tenía mucha mayor importancia que Sartre para cualquiera de la ENS durante los años 1946-1950. En 1945, Sartre dio una conferencia sobre el tema «El existencialismo es humanismo» en el Club Maintenant de Saint-Germain; la sala estaba tan llena que muchos se desmayaron y no se podía oír al orador. Hubiera recibido una acogida mucho más fría en la rae d'Ulm, donde se prefería a Merleau-Ponty, a quien se consideraba un filósofo más interesante desde el punto de vista técnico que el popular Sartre: «Estaba de moda simular desprecio por Sartre, quien a su vez estaba de moda»⁴⁷. Foucault precisó lo mismo en conversación con Claude Mauriac en 1973: «Cuando éramos jóvenes, era Merleau-Ponty quien contaba y no Sartre. Nos tenía fascinados»⁴⁸. Asistía con bastante regularidad a sus conferencias en la Sorbona y declaró muchos años después: «Recuerdo con claridad algunas conferencias en las que Merleau-Ponty comenzó hablando de Saussure, quien, aunque hacía quince años que había muerto, era bastante desconocido, no tanto para los lingüistas y filólogos franceses pero sí para el público culto»⁴⁹. Sin embargo, Hegel era sólo una de las tres «H» que según Descombres dominaban ese periodo; las otras dos eran Husserl y Heidegger. La preferencia por Husserl en lugar de Sartre sin duda era en parte un ejemplo clásico del esnobismo intelectual *normalien*. Como señala Paul Veyne, «Husserl resulta difícil, así que un *normalien* lo leía»⁵⁰. Foucault no era una excepción.

Un afectado aborrecimiento por Sartre no era simplemente un asunto de esnobismo. Si se retrocede en su carrera, Foucault a menudo habló de la dicotomía existente entre la filosofía de la conciencia y la filosofía del concepto. En su prólogo a una traducción al inglés de Canguilhem, por ejemplo, se refirió a la línea divisoria que corre entre «la filosofía de la experiencia, del significado, del sujeto, y la filosofía del conocimiento, de la racionalidad y del concepto». En un lado se colocan Sartre y Merleau-Ponty, y en el otro Jean Cavaillès, Gastón Bachelard, Koyré y Canguilhem⁵¹. Por supuesto, se trataba de una consideración retrospectiva,

⁴⁶ «La retour de la morale», entrevista con Gilies Barbedette y André Scala, *Les Nouvelles*, 28 de junio-5 de julio de 1984, pág. 40.

⁴⁷ Althusser, *Vavenir dure longtemps*, pág. 323.

⁴⁸ Mauriac, *Et comme l'espérance est violente*, pág. 530.

⁴⁹ «Structuralism and Post-Structuralism», pág. 198.

⁵⁰ Entrevista con Paul Veyne.

⁵¹ «La vie: l'expérience et la science», *Revue de métaphysique et démoral*, 90-année, número 1, enero-marzo de 1986, pág. 4; publicado originalmente en traducción de Carolyn Fawcett como prólogo a *On the Normal and the Pathological* de Canguilhem, Boston, Riedel, 1978.

pero que es compartida por el sociólogo Pierre Bourdieu, según el cual uno de los soportes que oponer al existencialismo, en especial en su versión vulgarizada, era una filosofía estrechamente relacionada con la historia de las ciencias y la epistemología de Bachelard, Canguilhem y Koyré, con su preocupación por la «seriedad y el rigor»⁵². Mientras se encontraba fascinado por la filosofía del concepto, a Foucault también le llamaba la atención algo bastante diferente, a saber, las novelas de André Malraux, que proporcionaron a Sartre muchas de las fórmulas más impactantes de *L'Être et le néant*. De hecho, declaraba ser capaz de recitar de memoria páginas enteras de Malraux⁵³. No sabemos qué novelas eran las que conocía tan bien; como a la mayoría de los lectores, probablemente las que más le entusiasmaron fueron *La Condition humaine* (1933) y *L'Espoir* (1937).

De las tres «H», en esta etapa fue Heidegger el que significó más para Foucault. Acumuló toneladas de notas sobre él («muchas más que sobre Hegel o Marx»)⁵⁴, y constituyó la referencia principal de su primer trabajo importante, la introducción a un ensayo del psicoterapeuta existencialista Ludwig Binswanger, publicado en 1954. La lectura de Heidegger a finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta no era la más fácil de las tareas. A pesar del impacto de *L'Être et le néant* de Sartre, resultaba desconocida hasta la terminología heideggeriana básica. Aunque habían aparecido fragmentos del texto, conocido en español como *¿Qué es metafísica?*, traducidos en *Bifur* ya en 1929, había poca cosa disponible en francés. Parte de la *Carta sobre el Humanismo* apareció en 1947 y la presentación de Jean Beaufret que la acompañaba era una de las pocas introducciones fiables a Heidegger que circulaban⁵⁵. Poco después de su lanzamiento en 1946, empezaron a aparecer en *Critique* artículos de Koyré y otros, pero Heidegger siguió siendo una incógnita relativa. En ausencia de traducciones, Foucault se vio obligado a abordarlo en versión original. No especifica con qué textos tuvo que vérselas, pero la introducción a Binswanger sugiere al menos cierto conocimiento de *Sein und Zeit*, que no iba a traducirse en muchos años.

Para la mayoría de los filósofos academicistas franceses, Nietzsche era una incógnita semejante a Heidegger. En los años inmediatos de posguerra, existía un interés creciente por su obra por parte de individuos como

⁵² Pierre Bourdieu, «Aspirant Philosophe. Un point de vue sur le cham universitaire des années 50», en *Les enjeux philosophiques des années 50*, París, Centre Georges Pompidou, 1989, págs. 19 y 20.

⁵³ Citado en Mauriac, *Et comme l'esperance est violente*, pág. 600.

⁵⁴ «Le retour de la morale», pág. 40.

⁵⁵ Jean Beaufret, «M. Heidegger et le problème de l'existence», *Fontaine*, 63, noviembre de 1947.

Bataille y Klossowski, pero las asociaciones con el nazismo seguían constituyendo un obstáculo. En el grado en que se conocía su obra, lo era principalmente a través de una tradición literaria de la que pueden seguirse las huellas en Paul Valéry, el Gide de *Les Nourritures terrestres* (1897) y *L'Immoraliste* (1902) y, según ciertas lecturas, el Camus de *Le Mythe de Sisyphe* (1943)⁵⁶. También es posible identificar una corriente nietzscheana en Malraux. Leer tanto a Heidegger como a Nietzsche eran tareas solitarias.

En años posteriores, Foucault describiría su formación intelectual diciendo que se basaba en la lectura de un panteón de autores «contra» Sartre y Hegel: Nietzsche, Maurice Blanchot y Bataille⁵⁷. De hecho, parece poco probable que leyera a Nietzsche en sus días de estudiante; Maurice Pinguet data el encuentro crucial con *Intempestivas* en el verano de 1953 o, en otras palabras, después de la *agregation*⁵⁸, y la ausencia de referencias a Nietzsche en sus primeros escritos sugiere que la memoria de Pinguet es precisa en este punto, lo que acaba por confirmar Foucault en una entrevista concedida en los años ochenta⁵⁹. Su propia declaración de haberse unido al PCF en 1950 con la ambición de convertirse en un «comunista nietzscheano» es una proyección retrospectiva más que una memoria precisa⁶⁰.

El joven Foucault también leía textos sobre la historia de la ciencia, que marcarían mucho su obra posterior. Por ejemplo, le interesaban las reflexiones de Bachelard sobre «las faltas de continuidad en la teoría de la ciencia», pero este autor ejercería una influencia general y no específica⁶¹. Resulta claro que por la época en que presentó su *agregation* en 1951, ya estaba interesado en el terreno que se convertiría en el suyo, un campo demarcado por la historia de la ciencia, por un discurso filosófico heideggeriano (y después nietzschiano) y por cierta visión literaria. Su terreno interdisciplinario lo marcaba además su creciente interés por las ciencias psicológicas.

Su desasosiego durante los años pasados en la ENS no provenía sólo de su aislamiento sexual. Lo componía su falta de certeza sobre dónde estaba su futuro. No le parecía sentir una vocación especial para la enseñanza superior y no tenía ningún interés en trabajar como *prof de philo* en un liceo. Su indecisión puede apreciarse en las áreas de estudio elegidas.

⁵⁶ Edouard Gaede, «Nietzsche et la littérature», en *Nietzsche (Cahiers de Royaumont)*, París, Minit, 1967, págs. 141-152.

⁵⁷ Véase por ejemplo *Colloqui con Foucault*, pág. 27.

⁵⁸ Maurice Pinguet, «Les années d'apprentissage», págs. 129 y 130.

⁵⁹ «Structuralism and Post-Structuralism», pág. 198.

⁶⁰ *Colloqui con Foucault*, pág. 31.

⁶¹ *Ibid.*, pág. 39. Sobre Bachelard, véase Mary Tiles, *Bachelard: Science and Objectivity*, Cambridge University Press, 1984.

Aunque la atmósfera de la ENS presionaba mucho y se vislumbraba la perspectiva de la *agrégation*, la escuela permitía a sus alumnos una gran flexibilidad intelectual, y Foucault podía dedicarse a sus propios intereses de manera substancial. Por supuesto, estudiaba filosofía, pero también le interesaba mucho la psicología.

La relación entre ambas disciplinas era compleja. Tradicionalmente, la psicología era una disciplina filosófica, frente a la especialidad médica en psiquiatría; el programa de estudios para el *baccalauréat*, que tiene un papel importante en la definición institucional de las disciplinas, siempre incluía una sección sobre «psicología general». No había *agrégation* en psicología, que no era una asignatura escolar por derecho propio y, por ello, los que querían ser psicólogos tendían a estudiar filosofía. Muchos de los psicoanalistas que más tarde se iban a asociar con Lacan provenían de esta tradición filosófico-psicológica. No resulta sorprendente que los psicoanalistas formados en su origen mediante las conferencias de Hyppolite sobre Hegel tiendan a orientarse más hacia la filosofía que sus colegas ingleses o estadounidenses.

Hasta 1947, Daniel Lagache, que acababa de suceder a Paul Guillaume como profesor de psicología social en la Sorbona, tras pasar varios años en Estrasburgo, no creó el primer título académico en psicología⁶². Miembro de la deslumbrante *prom'otion* de la ENS de 1924, que incluía a Canguilhem, Sartre, Paul Nizan y Raymond Aron, fue uno de los primeros en promover la integración del psicoanálisis en el programa de la universidad, pero su gran contribución fue la integración de todas las formas de la psicología (conductista, clínica y psicoanalítica) en una disciplina unificada que esbozó en su conferencia inaugural en la Sorbona⁶³.

Foucault seguía las conferencias de Lagache con entusiasmo y se licenció en psicología un año después de hacerlo en filosofía. El predecesor de Althusser, George Gusdorf, había pedido a su amigo Georges Daumézon, uno de los fundadores de un estilo característico francés de «psicoterapia institucional», que organizara una serie mensual de conferencias abiertas que pondrían al corriente a los *normaliens* de las principales tendencias en una disciplina que se encontraba entonces en un periodo de cambio rápido. Así pues, Foucault y sus compañeros pudieron escuchar a una sucesión de distinguidos conferenciantes que incluía al mismo Daumézon, Henri Ey y Lacan. El último gozaba de una excelente repu-

⁶² Sobre la enseñanza de la psicología y sobre su relación con el psicoanálisis en este periodo, véase Didier Anzieu, «La psychanalyse au service de la psychologie», *NouveUe Revue de Psychanalyse*, 20, otoño de 1979, págs. 59-76.

⁶³ Daniel Lagache, *L'unité de la psychologie*, París, PUF, 1949. [Trad. esp.: *La unidad de la psicología*, Barcelona, Paidós, 1986.]

tación en la clínica y el diagnóstico, pero todavía no era el *enfant terrible* en que se convirtió a partir de 1953, cuando fue expulsado junto con Lagache de la Société Psychanalytique de Paris y de la International Psychoanalytic Association.

Didier Anzieu, que asistió a la conferencia de Lacan con Foucault, recuerda una charla sobre la identificación, ilustrada con la aportación de unos tubos de ensayo que contenían dos especies diferentes de grillos. Una especie modificaba su morfología como resultado de la identificación con el grupo, mientras que la otra no lo hacía. El hecho de que Lacan utilizara el comportamiento de langostas y espinosos para ilustrar el proceso de identificación en importantes estudios de los años cincuenta recuerda lo mucho que sus primeras teorías deben a la etiología e incluso a la psicobiología y lo poco que deben a la lingüística⁶⁴.

El conocimiento de Foucault sobre la psicología y la psiquiatría no se derivaba sólo de las conferencias. Daumézon también animaba a sus alumnos para que frecuentaran Sainte-Anne, el gran hospital psiquiátrico que atendía el centro de París. Allí, eran testigos de la *présentation des malades*, según la practicaban Delay y Ey. La *présentation* era (y es) un ejercicio combinado de diagnóstico y pedagogía, en el cual el paciente se somete a una primera valoración en presencia de un auditorio de alumnos y residentes. La costumbre de visitar Sainte-Anne fue seguida por Althusser cuando reemplazó a Gusdorf como *caimán* y Foucault fue un asistente regular.

Foucault seguía una trayectoria que llevó a algunos de sus compañeros a hacer carrera en psiquiatría o incluso en psicoanálisis. Didier Anzieu, que se convirtió en un psicoanalista muy distinguido tras el psicoanálisis con Lacan que comenzó en 1949, estaba convencido de que Foucault, con quien mantenía relaciones cordiales pero no íntimas, tomaría ese camino. Ahora explica sus convicciones como una proyección de sus propias ambiciones⁶⁵. Jean Laplanche también fue a análisis con Lacan y luego se licenció en medicina (por sugerencia de este último) antes de lanzarse a ejercer el psicoanálisis. Con posterioridad ha seguido una brillante carrera doble, como psicoanalista y como productor acaudalado de uva negra en las viñas que posee su familia en Pommard. Existen indicios de que Foucault también contemplaba la posibilidad de hacer carrera en psicología o en psiquiatría. Siendo todavía estudiante, preguntó a Lagache si la preparación médica era un requisito necesario para dedicarse a

⁶⁴ Entrevista con Didier Anzieu.

⁶⁵ La mejor introducción a la obra de Anzieu es *A Skin for Thought. Interviews with Gilbert Tarrab*, trad. de Daphne Nash Briggs, Londres y Nueva York, Karnac Books, 1990. [Véase la trad. esp. de la obra de Didier Anzieu, *El yo piel*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1987.]

la psicología y recibió la respuesta negativa con que éste solía contestar a este tema. También se ha informado de que indagó la posibilidad de dedicarse a la terapia con Lagache y se encontró una respuesta negativa⁶⁶. Su interés por la psicología iba a llevarlo mucho antes en una dirección muy diferente.

En la primavera de 1950 abordó el último obstáculo de la *agrégation*. También fue en ese año cuando por fin se unió al PCF. El Parti Communiste Français había surgido de la guerra como la agrupación política única más importante de Francia, capaz de ganar cinco millones de votos en 1945. A mediados de 1947, había alcanzado 900.000 afiliados. Autoritario, muy centralista y disciplinado, el Partido era una formación estalinista clásica, que se completaba con una especie de absurdo culto a la personalidad dedicado a su secretario general, Maurice Thorez. También era muy patriótico y todavía gozaba de la reputación que explotaba y que había ganado en tiempos de la Resistencia; era *kparti desfusillés*, el partido que había perdido más miembros que ningún otro por la represión alemana. De 1944 a 1947, el PCF participó directamente en el gobierno y tomó parte en una coalición inestable con la SFIO (Section Française de l'Internationale Ouvrière, el antecesor del Partido Socialista moderno) y el Mouvement Républicain Populaire, socialdemócrata. El tripartidismo duró hasta mayo de 1947, cuando el primer ministro Paul Ramadier destituyó a los ministros comunistas que quedaban. En marzo, Estados Unidos había adoptado la Doctrina Truman de «contención del comunismo». Más tarde, en el mismo año, Andrei Zhdanov, principal ideólogo del estalinismo, proclamó la doctrina simétrica que dividía el mundo entre los campos imperialistas y los antiimperialistas. Había comenzado la Guerra Fría. El PCF adoptó una política resueltamente pro soviética y poco a poco se retiró a una mentalidad de asedio. Comenzó a descender la afiliación, tendencia que siguió, con algunas fluctuaciones, durante las dos décadas siguientes.

Éste era el partido al que Foucault decidió unirse en 1950. Se sacó el carnet del Partido a instancias de Althusser, que había tomado la misma decisión dos años antes⁶⁷. En términos subjetivos, el reciente compromiso de Foucault era más bien una reacción a la angustia apocalíptica que había sentido de adolescente al vivir una guerra desastrosa. La política tenía poco significado cuando la única elección posible consistía en los Estados Unidos de Truman o la Rusia de Stalin. En Francia, elegir entre la caduca SFIO y la socialdemocracia carecía igualmente de atractivo. A muchos jóvenes intelectuales, incluido Foucault, les parecía intolerable

Eribon, *Michel Foucault*, págs. 61 y 62.
Colbqui con Foucault, pág. 33.

la idea de una profesión «burguesa» en la enseñanza o el periodismo y buscaban una sociedad que fuera

radicalmente diferente de la que habían vivido: una sociedad que había permitido que apareciera el nazismo, que se había prostituido al nazismo y que luego se había pasado *en bloc* a De Gaulle. Enfrentados a todo esto, la reacción de una gran cantidad de jóvenes franceses era el rechazo total. Querían algo más que un mundo y una sociedad diferentes; querían llegar más lejos, cambiar ellos mismos, revolucionar las relaciones, ser «otros» completamente distintos⁶⁸.

Un Foucault con más años señaló una vez que el amplio interés despertado por el marxismo era «un medio de prolongar ese sueño adolescente de otro mundo»⁶⁹. Como tantos sueños adolescentes, sus padres no compartían su nueva visión. Su negativa a estudiar medicina puede que llevara a serias tensiones entre padre e hijo pero, como recuerda su hermanita con cierto regocijo, su decisión de unirse al PCF enfureció sin duda al doctor Foucault⁷⁰.

No fue un miembro particularmente activo en el Partido y su participación en la vida de la pequeña célula existente en la ENS fue mínima. Su compromiso con el marxismo se extendía poco más de la convicción general de que las condiciones materiales o económicas eran una influencia dominante, cuando no determinante, en la vida social y política⁷¹. Rara vez cuando mucho se le iba a encontrar efectuando la tarea básica de todo militante verdadero, la venta de *L'Humanité*, el diario del Partido, y nadie es capaz de recordarle participando en manifestaciones políticas. Maurice Pinguet recordó que aunque Foucault rara vez tomaba parte en las reuniones semanales sostenidas en un cafecito de la place de la Contrescarpe, nada más subir la cuesta desde la ENS, en una ocasión se lanzó a una violenta denuncia del pacto del carbón y del acero⁷². Jean-Claude Passeron también se acuerda de que Foucault dio una charla a un grupo de estudiantes comunistas de psiquiatría. Parece que suscitó los temas de lo que se convertiría en la segunda parte de *Maladie mentale et personnalité*, y se mencionaron de modo favorable los nombres de Pavlov y Stalin⁷³. Sus apariciones en las reuniones bien bañadas en bebida de la pla-

⁶⁸ *Ibíd.*, págs. 28 y 29.

⁶⁹ Citado en Otto Friedrich, «France's Philosopher of Power», *Time*, 6 de noviembre de 1981.

⁷⁰ Entrevista con Francine Fruchaud.

⁷¹ Entrevista con Paul Veyne.

⁷² Pinguet, «Les années d'apprentissage», pág. 127.

⁷³ Eribon, *Michel Foucault*, pág. 73.

ce de la Contrescarpe y después en la rué Gay-Lussac, fueron, no obstante, poco frecuentes⁷⁴.

No hay relatos de que su falta de asiduidad a las reuniones del Partido le acarrearán alguna crítica seria. Según el historiador Le Roy Ladurie, también miembro del PCF por aquel entonces, sus compañeros tenían cierta indulgencia con él porque sabían que su investigación psiquiátrica le mantenía absorto, pero debe decirse que esta exención parcial de los compromisos del Partido por motivos académicos habría sido, cuando menos, excepcional. Una explicación más plausible sería que, mientras enseñaba a tiempo parcial en la ENS, se había asociado al denominado *groupe folklorique* («los raros», en traducción aproximada) de miembros ligeramente más jóvenes que incluía a Paul Verlaine, Gérard Genette, Passeron and Maurice Pinguet. Conocido también como los «Marxistas de Saint-Germain-des-Prés», el grupo no se caracterizaba por su seriedad y, según Paul Veyne, la jerarquía del Partido consideraba a sus miembros «futuros herejes». Quizá sus futuras herejías —porque todos abandonaron el Partido— fueron tales que se les dio por incorregibles y, por lo tanto, se les dejó a su libre albedrío.

Muchos de los que se unieron al PCF aproximadamente al mismo tiempo que Foucault lo abandonaron unos años después. Tras el «informe secreto» de Jruschov sobre la Rusia de Stalin en el XX Congreso del PCUS en 1956, se sucedieron las renunciaciones en masa y la intervención soviética en Hungría ese mismo año ocasionó muchas más salidas. En el caso de Foucault, apareció antes el desinterés. A comienzos de 1953, *Pravda* anunció la detención de nueve médicos con acusaciones muy graves. Se les imputaba haber asesinado a Zhdanov, haber planeado asesinar a varias autoridades soviéticas e incluso haber conspirado contra la vida de Stalin. Inmediatamente después de la muerte de Stalin por causas naturales, el 3 de marzo, *Pravda* anunció que los nueve habían sido puestos en libertad y rehabilitados; habían sido víctimas de una maquinación. Siete de ellos eran judíos. En Francia, la prensa del PCF cubrió la «conspiración de los médicos» en términos servilmente pro soviéticos y comentó que los servicios de seguridad de la URSS habían «arrancado a los asesinos de bata blanca, agentes secretos alistados entre los sionistas y los nacionalistas judíos», dando a entender que toda la conspiración se había fraguado en Tel Aviv⁷⁵.

Foucault asistió a una reunión en la que André Wurmser intentó jus-

⁷⁴ Emmanuel Le Roy Ladurie, *Paris-Montpeüier*, pág. 46.

⁷⁵ Georges Cogniot, «Les communistes et le sionisme», *La Nouvelle Critique*, 44, marzo de 1953, citado en Máxime Rodinson, *Cult, Ghetto and State*, trad. de Jon Rothschild, Londres, Al Saqi Books, 1983, pág. 44, n. 19.

tificar la detención de los nueve. Wurmser estableció la línea del partido y su auditorio de *normaliens* hizo lo más que pudo por creer lo increíble. Para Foucault, creer lo increíble era un modo de existir dentro del Partido: continuar estando afiliado era la fuente de una tensión tal que se convirtió en un ejercicio de «disolución del ego». Tras la muerte de Stalin, el PCF hizo saber que no había existido una conspiración, que había sido un puro invento. La célula de la ENS escribió a Wurmser para pedirle explicaciones, pero no recibió respuesta. Poco después, Foucault dejó el Partido en silencio⁷⁶. El incidente le dejó «un sabor amargo»⁷⁷ y dio como resultado una aversión de por vida hacia el PCF y una evidente decepción de la URSS.

La «conspiración de los médicos» había revelado la existencia de una fea corriente antisemita en la Unión Soviética. La prensa del Partido francés no se iba a quedar atrás en materia de antisemitismo. Según Annie Besse, que escribía en *Cahiers du communisme*, «Hitler [...] se abstuvo de hacer daño a los judíos de la alta burguesía [...] que nunca olvidarían que Léon Blum, con su mujer al lado, contemplaba desde las ventanas de su villa el humo proveniente de los hornos crematorios». El sionismo era «una máscara tras la que esconder las operaciones de espionaje contra la Unión Soviética»⁷⁸. No se sabe si Foucault llegó a leer estas declaraciones, pero en 1953 ya denunciaba la «odiosa» actitud tomada contra Israel por las dos superpotencias⁷⁹. Sus sentimientos pro israelíes eran tan inmutables como su aversión por el PCF, y resulta difícil creer que no existiera conexión entre ambos.

Aunque la conspiración de los médicos y la corriente de antisemitismo proporcionaron el estímulo final para abandonar el PCF, su orientación sexual había hecho siempre poco agradable su permanencia en el Partido: «Nunca estuve integrado realmente en el Partido Comunista porque era homosexual y esta institución reforzaba todos los valores de la vida burguesa más tradicional»⁸⁰. Como señala Le Roy Ladurie a propósito de un maestro al que se obligó a salir del Partido cuando se descubrió que había hecho insinuaciones sexuales a un alumno, «se asumía que, en el caso de que la prensa burguesa hiciera revelaciones, la conta-

⁷⁶ *Colloqui con Foucault*, págs. 31 y 32.

⁷⁷ *Mí*, pág. 72.

⁷⁸ Annie Besse, «A propos du sionisme et de l'anti-sémitisme», *Cahien de Communisme*, lebrero de 1953, citado en Rodinson, pág. 43. Entonces Besse era una organizadora del PCF. Con posterioridad se pasó a la derecha y se convirtió en una apologista del sionismo. Con el nombre de Annie Kriegel, se convirtió en una escritora de estatura no despreciable, pero también en una de las mejores historiadoras académicas del PCF. Véase en particular su *Aux origins du communisme français*, 2 vols., París, Mouton, 1964.

⁷⁹ Pionguet, «Les années d'apprentissage», pág. 127.

⁸⁰ Citado en Friedrich, «France's Philosopher of Power».

minación de un miembro homosexual del Partido infectaría al conjunto de la comunidad comunista». Al individuo en cuestión se le obligó también a renunciar a su puesto docente. Al final, las autoridades educativas demostraron ser más progresistas que el PCF y le permitieron ocupar una plaza en una escuela de París, a pesar de la legislación de 1946⁸¹. Tales actitudes cambiaban de modo muy lento. Incluso en 1972, el veterano Jacques Duolos respondió a la pregunta de un militante gay acerca de si el PCF había cambiado su posición sobre la denominada «perversión sexual», diciendo: «¿Cómo puedes, marica, tener la desfachatez de preguntar eso? Ve a ver a un médico. Las mujeres francesas son sanas, el PCF es sano; los hombres se hicieron para amar a las mujeres», mientras que un orador maduro del Partido le dijo a un periodista que «ni la homosexualidad ni las drogas habían tenido nunca nada que ver con el movimiento obrero»⁸². Para Foucault, la vida en el PCF no puede haber sido mucho más cómoda que la de Poitiers antes de la guerra.

También sus intereses culturales chocaban con la ortodoxia del Partido. En términos estéticos, el realismo socialista estaba al orden del día, mientras que Foucault leía al novelista y crítico Maurice Blanchot y era un admirador ferviente de la obra de Beckett *En attendant GodoP*, que se estrenó en el Théâtre Babylone el 5 de enero de 1953; treinta años después, todavía podía referirse a ella como una representación que «cortaba el aliento»⁸⁴. En abril de 1953 Foucault asistió a una reunión del PCF que sería una de las últimas para él. Se llevó a cabo en una librería-galería de Lille, bajo la dirección del mismo André Wurmser que había justificado la detención de los criminales de bata blanca, y el motivo era el retrato de Stalin pintado por Picasso, que había sido reproducido en *Les Lettres Françaises* de Louis Aragon el 15 de marzo. Aunque el periódico estaba controlado por el Partido, la dirección había condenado el retrato sin ambages. Según Jean-Paul Aron, que también asistió a la reunión de Lille, a Foucault estaban empezando a hacerle vacilar controversias como ésta⁸⁵. Sexualidad, preferencia estética e intolerancia hacia la falta de honradez se combinaban para asegurar que no era el tipo de arcilla del que se hacen los militantes dóciles. Un partido comunista puede abandonarse de varios modos; Foucault no hizo declaraciones públicas y lo más probable es que simplemente dejara de renovar su carnet. Nunca más perteneció a un partido político organizado.

Emmanuel Le Roy Ladurie, *Paris-Montpellier*, págs. 165 y 166.

Citado en Mossuz-Lavau, *Les lois de l'amour*, pág. 251.

Entrevista con Paul Veyne.

Postscript to *Death and the Labyrinth*, pág. 174.

Aron, *Les modernes*, Folio, 1984, págs. 75 y 76.

El gran misterio sobre su afiliación al PCF proviene de una conversación con Jean-Claude Passeron en diciembre de 1971. Tras un breve altercado con un grupo de jóvenes maoístas en la zona de la Goutte d'Or de París, de repente Foucault comentó a Passeron: «¿Recuerdas cuando trabajábamos en el anonimato en *La Nouvelle Critique*... ? Y ese famoso artículo sobre Merleau-Ponty del que hablamos tanto tiempo. "Tenemos que acabar con Merleau-Ponty". Esa fue la fórmula que usamos... Creo que ese artículo nunca se llegó a escribir. Pero hay muchas páginas en *La Nouvelle Critique* que sí que escribimos y que otros firmaron.» Antes de que Passeron pudiera replicar, Claude Mauriac, que anota el incidente en sus diarios, interrumpió diciendo: «¿No fueron firmados por casualidad por Jean Kanapa?»⁸⁶. Fundada en diciembre de 1948, *La Nouvelle Critique* era uno de los periódicos teóricos del PCF y Kanapa, un joven ambicioso que procedía del campo de la filosofía, era su editor jefe. Por este intercambio fragmentario recogido por Mauriac nació una leyenda: Foucault había escrito los textos de Kanapa. En 1977, el mismo Foucault añadió confusión al asunto al decir a Mauriac, que parecía sopesar la idea de incluir alguna mención de este episodio entre Foucault y Passeron en otra edición de sus diarios: «Yo no escribí los textos de Kanapa. Como mucho, dos o tres nada más. Si quieres decir la verdad, debes anotarlo así...»⁸⁷. En este punto se interrumpe el diálogo.

No existe una explicación convincente para ninguno de estos cruces de palabras. A pesar de haber realizado una extensa búsqueda, Didier Eribon fue incapaz de hallar alguien que pudiera confirmar la historia. Passeron negó incluso haber escrito para el periódico en cuestión. El hijo de Kanapa se encontró con Foucault en los años setenta y explicaron la unión con su padre; ni Foucault ni Jean Kanapa hicieron mención del pretendido trabajo en el anonimato. Ninguno de los principales colaboradores de *La Nouvelle Critique* recordaba haber visto a Foucault en compañía de Kanapa y su última secretaria declaró no haber oído hablar de Foucault entonces. Además, Pierre Daix, miembro del consejo editorial del periódico, le dijo a Eribon que Kanapa siempre escribió sus artículos y que nunca usó de otras personas para hacerlos, mientras que un colaborador habitual declaró que sólo los funcionarios públicos utilizaban seudónimos por miedo a ser sancionados o depuestos si publicaban abiertamente en la prensa del Partido⁸⁸. Tras la publicación de su biografía sobre Foucault, Daix felicitó a Eribon por haber exorcizado la leyenda.

⁸⁶ Mauriac, *Et comme Vespertina est violente*, págs. 341 y 342.

⁸⁷ Claude Mauriac, *Mauriac afils*, París, Grasset, 1986, pág. 291. El «otro montaje» fue publicado como *Une certaine rage*, París, Laffont, 1977.

⁸⁸ Eribon, *Michel Foucault*, págs. 74 y 75.

Las pruebas escritas de Foucault versaron sobre la posición del hombre en la naturaleza y la obra de Auguste Comte. Eran temas académicos comunes, de poco interés para alguien inclinado especialmente en Heidegger y las otras dos «H». No le resultaron difíciles y fue uno de los sesenta y cuatro candidatos admitidos para las pruebas orales. Cayó en la primera de ellas al no ser capaz de improvisar sobre la «hipótesis». Según Davy, se equivocó al tratar de mostrar su erudición sin explicar realmente el tema⁹⁶. Si hubiera conseguido pasar, habría tenido que explicar la «noción de persona»⁹⁷.

A Foucault le asombró e indignó su fracaso. Althusser estaba furioso; su primer año como *caimán* había terminado con el suspenso de uno de sus alumnos favoritos en el examen para el que le había preparado⁹⁸. Su asombro se compartía ampliamente y muchos de sus amigos, incluido Laplanche, aludían a oscuros prejuicios políticos y declaraban que Foucault no había pasado porque era comunista⁹⁹. Esta explicación probablemente tiene más que ver con la mentalidad de acoso del PCF que con cualquier realidad objetiva. A Foucault le había costado dos intentos pasar el *concours d'entrée*, seguidos de dos intentos para lograr la *agrégation*. Parece ser un clásico ejemplo de rendimientos bajos o falta de buenos resultados debido a una combinación de expectativas elevadas y un fallo de nervios.

Aunque sus amigos temieron que este tropiezo le provocara una depresión o algo peor, Foucault volvió al trabajo con determinación, llenando infinitas hojitas de papel con notas sobre todos los temas que podían presentarse en el oral. Ahora se le consideraba el candidato con más posibilidades para llegar el primero¹⁰⁰. Su compañero de estudios era Jean-Paul Aron, que también se volvía a presentar a la *agrégation*. No era un *normalien*, pero asistía a los cursos de la ENS de modo informal. También era homosexual y la estrecha relación que establecieron en 1951 proporcionó la base de una duradera rivalidad en la que se acabarían enredando de forma inextricable asuntos intelectuales y sexuales¹⁰¹.

La intensa preparación dio sus frutos y Foucault escribió con éxito sobre «teoría y experiencia», y sobre un diálogo imaginario entre Bergson y Spinoza¹⁰². Luego tenía que enfrentarse al tribunal compuesto por Davy, Hippolite y Canguilhem. El último no se acordaba de haber conocido a

⁹⁶ Eribon, *Michel Foucault*, págs. 54 y 55.

⁹⁷ Boutang, *Louis Althusser*, pág. 469.

⁹⁸ *Ibid.*

⁹⁹ Entrevista con Jean Laplanche.

¹⁰⁰ Pinguet, «Les années d'apprentissage», pág. 123.

¹⁰¹ Sobre Aron, véase Jean-Pierre Joecker y Alain Sanzio, «Rencontre avec Jean-Paul Aron», *Masques*, 21, primavera de 1984, págs. 7-17.

¹⁰² Eribon, *Michel Foucault*, pág. 56.

Foucault en 1945, pero retiene vívidos recuerdos de su encuentro en el oral de 1951. Cuando llegó el momento de dar su *legón*, Foucault hundió la mano en la papelería que contenía los temas, escrito cada uno en una hoja de papel. Le tocó la «sexualidad», y su fluida explicación de su aspecto natural, histórico y cultural convenció a sus examinadores de su valía.

Foucault estaba furioso; estaba convencido de que la sexualidad no era un tema apropiado para la *agregación*. Había sido propuesto por Canguilhem, a pesar de las protestas de Davy, basándose en que los temas de la *agrég* no habían cambiado desde que él se examinó en 1927 y ya era tiempo de introducir algo nuevo. Además, argumentaba Canguilhem, todos los candidatos habían leído a Freud y habían hablado sobre el sexo. Foucault compartía el punto de vista más conservador de Davy y protestó formalmente a Canguilhem¹⁰³. A pesar de su disgusto, el segundo encuentro con Canguilhem fue bien y logró la tercera posición *ex aequo* en la *agrégation de philosophie*. La *agrégation* de 1951 había sido un proceso de eliminación «malthusiano»: habían aprobado catorce candidatos, cinco de los cuales eran *normaliens*^m.

El destino habitual de los jóvenes *agrégés* era pasar al menos algún tiempo enseñando en un *lycée*, donde serían mejor pagados y tendrían menor carga docente que un colega con una titulación de menor prestigio, antes de ocupar un puesto en la educación superior. Una de las peculiaridades del sistema educativo francés es que tanto las escuelas como las universidades se hallan bajo el control directo del Ministerio de Educación. Como resultado, es relativamente fácil en teoría desplazarse entre los sectores de educación secundaria y superior. Algunos de los más importantes pensadores franceses nunca enseñaron en la universidad, como demuestran los casos de Sartre y Alain. El primer encuentro de Foucault con Hippolyte fue en el Henri-IV. Un historiador tan distinguido como Maurice Agulhon, contemporáneo de Foucault en la ENS y después profesor del Collège de France, hizo primero su aprendizaje en un *lycée*. Sin embargo, no hay modo de garantizar la transferencia a la universidad y muchos *agrégés* consideran la posibilidad de ocupar un puesto en un *lycée* con desaliento. Para empeorar las cosas, pueden ser destinados a cualquier lugar del país, y tener que dejar París es siempre una posibilidad muy real.

El exilio a un *lycée* no es la única dura prueba que aguarda al graduado o, al menos, al graduado masculino. Los jóvenes pueden retrasar el servicio militar mientras duren sus estudios, pero en el otoño de 1951 a Foucault no le quedaba otro remedio que encarar el consejo militar de

¹⁰³ Entrevista con Georges Canguilhem.

¹⁰⁴ Sironelli, «La Khâne», pág. 608.

selección. Se le excusó del servicio militar por causas de salud. Aunque su informe revelaba una trayectoria de depresiones, es casi seguro que se trató de un caso de influencias médicas y militares manejadas por una mano paternal, puesto que su hermano menor, cuya salud era perfecta también fue declarado no apto para el servicio por motivos similares¹⁰⁵. A la obtención de un puesto en un *lycée* le precedía una entrevista con el *inspecteur general* responsable de la disciplina de que se tratara. El encargo de filosofía era, por supuesto, Canguilhem. Foucault le explicó que no le hacía demasiada ilusión la enseñanza y le expresó su deseo de ser admitido en la Fondation Thiers para preparar la tesis doctoral.

La Fondation Thiers había sido fundada en su origen por la familia del estadista e historiador Louis Adolphe Thiers, que murió en 1877, pero entonces se hallaba bajo el control del Centre Nationale de Recherche Scientifique. Desde el punto de vista técnico, sus beneficiarios eran investigadores ligados al CNRS y recibían una beca mensual. La admisión no se realizaba mediante examen, sino que los candidatos recomendados por la institución donde habían efectuado sus estudios mantenían una entrevista con el director de la Fondation —Paul Mazon, especialista en estudios clásicos— y con representantes de la Académie Française y de las cinco academias (*inscriptions et belles lettres*, ciencias, bellas artes, ciencias morales y ciencias políticas) que componen el Institut de France. Armado con la recomendación de Canguilhem y probablemente con la de Hippolyte, Foucault tuvo pocas dificultades para ser admitido en la Fondation y alojarse desde entonces en un enorme edificio del siglo XIX, en el elegante *arrondissement* dieciséis.

Como la ENS, la Fondation era un internado masculino, pero en comparación ofrecía el lujo de habitaciones individuales y bastantes más comodidades que la rue d'Ulm. Una vez más, se obligaba a Foucault a comer en el comedor comunal y a adaptarse a vivir con otras veinte personas. La Fondation resultó ser menos tolerante que la ENS y su agresividad, sarcasmo y sentimiento de superioridad pronto le hicieron antipático a casi todos. También existen rumores sobre un asunto con otro residente que tuvo un desenlace desafortunado. Se le había concedido una beca durante tres años, pero Foucault permaneció en la Fondation solamente uno. La vía de escape la proporcionó una vacante como ayudante en la universidad de Lille, al norte del país.

Entrevista con Denys Foucault.

El carnaval de Musterlingen

Foucault tenía una preparación adecuada para ocupar el puesto ofrecido en Lille, ya que el pequeño departamento de filosofía buscaba una persona capaz de enseñar psicología a los alumnos de filosofía y no un clínico. En el verano de 1952, había obtenido el diploma de psicopatología tras aprobar el curso del Institut de Psychologie. Era uno de los cuatro cursos con derecho a diploma que ofrecía (los otros eran psicología experimental, psicología educacional y psicología aplicada), que combinaban elementos teóricos y prácticos. Su profesor fue Jean Delay, asistió a sesiones clínicas y a *présentations des malades* en Sainte-Anne, y siguió las conferencias sobre la teoría del psicoanálisis dictadas por Maurice Benassy, entonces secretario científico del Institut de Psychanalyse, de reciente creación. Su opinión sobre la asignatura escogida no era favorable. Argumentaba que era de dominio público que un licenciado en psicología no sabía nada y no podía hacer nada, ya que la revisión que se requería para conseguir todos sus certificados podía hacerse fácilmente sentado en el jardín una tarde de verano. Tampoco tenía una opinión muy elevada sobre los cursos de psicología que se impartían en las universidades de provincia; a su parecer, se distinguían principalmente por sus propiedades soporíferas¹.

Lo que llevó a Foucault a Lille fue la red informal de contactos y patronazgos que había establecido en la ENS. Raymond Polin, jefe del departamento de filosofía, buscaba al candidato adecuado para ocupar el

¹ «La recherche scientifique et la psychologie», en Jean-Édouard Moréne (ed.), *Des chercheurs français s'interrogent*, París, PUF, 1957, págs. 178, 184.

puesto vacante, cuando surgió el nombre de Foucault en una conversación con Jules Vuillemin, profesor de filosofía en Clermont-Ferrand y amigo de Althusser. Había conocido brevemente a Foucault en la rue d'Ulm. Así pues, en octubre de 1952, se unió a Polin, Olivier Lacombe e Yvon Belaval en la ciudad norteña. Era con mucho el miembro más joven del departamento y no parece haber establecido ningún vínculo estrecho con sus colegas. De hecho, se estaba preparando el terreno para algunas alianzas y rivalidades posteriores. Belaval, que había publicado hacía poco un estudio sobre Diderot², sería después uno de los rivales de Foucault para ocupar una silla en el Collège de France, mientras que Vuillemin iba a ser uno de sus principales promotores.

La enseñanza no era exigente. Se le había dado casi mano libre y la mayoría de sus cursos se basaron en su propio conocimiento, adquirido recientemente. Era un profesor muy competente, alabado por el decano de la facultad de letras en abril de 1954: «Un joven *assistant* muy dinámico. Organiza la enseñanza de la psicología científica con talento. Sin duda, merece promoción»³. La existencia de Foucault en Lille no era desagradable y no se encontraba aislado, ya que varios de sus conocidos, incluido Jean-Paul Aron, trabajaban también en la zona.

Aron, entonces *agrégé* en filosofía y licenciado en psicología y ciencias naturales, daba clases en el Lycée Faideherbe de Tourcoing, donde permanecería durante algunos años antes de regresar a París para trabajar en el CNRS y luego, a partir de 1960, en la Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales. Su experiencia en Tourcoing le proporcionó la base para *La Retenue*, novela que publicó en 1962. Aron y Foucault se veían mucho y a menudo comían juntos. Se puede afirmar sin miedo a error que Foucault, al igual que otros amigos, había sido atraído a uno de los pasatiempos favoritos de Aron: el invento de menús imaginarios. Este interés por la comida acabó dando lugar a uno de los libros más atractivos de Aron, un análisis de la cultura alimentaria del siglo XIX francés, pero para eso todavía faltaba mucho⁴.

Las relaciones entre ambos pronto se hicieron tirantes. Tras una agria disputa, uno de los jóvenes amantes de Aron huyó y se fue a refugiarse con Foucault. Gracias a una peculiar coincidencia, el joven en cuestión trabajó después para Plon, desempeñando cierta función en la publicación de la *Histoire de la folie*. La rabia que este incidente provocó en Aron añadió celos sexuales a la envidia intelectual que, como iba a admitir tras la

² Yvon Belaval, *L'esthétique sans paradoxe de Diderot*, París, Gallimard, 1950.

³ Citado por Eribon, *Michel Foucault*, pág. 83.

⁴ Jean-Paul Aron, *Les mangeurs au XIX siècle*, París, Robert Laffont, 1973; trad. de Nina Rootes, *The Art of Eating in France. Manners and Menus in the Nineteenth Century*, Londres, Peter Owen, 1975.

muerte de Foucault, ya sentía por el hombre cuyas notas había compartido cuando preparaban la *agrégation*. A su vez, la envidia sirve en cierto modo para explicar la acritud de algunos comentarios sobre Foucault efectuados en *Les Temps Modernes*, aunque el texto también revela una disposición general y bien definida para la malicia verbal.

La perspectiva de vivir realmente en Lille, a 300 km al norte de París y casi en la frontera belga, no le atraía a Foucault. Junto con Tourcoing y Roubaix, la ciudad formaba un gran conjunto urbano densamente poblado e irregular, en el que predominaban las fábricas de tejidos de algodón y yute, y había sido muy castigada por la guerra. Su principal desventaja consistía simplemente en que no era París. La solución de Foucault fue quedarse en un hotel de Lille dos o tres noches a la semana y preparar toda su actividad docente en los cortos periodos que permanecía allí. Vivía el resto de la semana en París, y se pasó los tres años siguientes yendo y viniendo de ese modo. Por entonces, Denys Foucault estaba estudiando medicina en París y, gracias a la generosidad de su padre, ambos hermanos podían compartir un piso de dos dormitorios en la rue Monge. Foucault no era sin duda el único que iba y venía a su puesto docente. La lengua francesa tiene hasta un término para tales profesores universitarios: son los *turbo-profs*, llamados así probablemente porque van y vienen en avión.

Los *turbo-prof* y siguen existiendo como resultado de diversos factores. Los deberes pastorales en la universidad francesa son por tradición tan tenues que casi no existen y las relaciones de los alumnos con la plantilla académica tienden a ser formales, si no distantes. Así pues, no es imperioso permanecer en el recinto universitario fuera de las horas de clase. A pesar de los repetidos intentos de descentralización, la estructura del sistema educativo es todavía tal que la mayor parte de los recursos se concentran en París. Esto resulta particularmente cierto en cuanto a las instalaciones para la investigación. Ni siquiera las universidades parisien-ses están bien dotadas de bibliotecas, y la situación en provincias no propicia de ningún modo la investigación basada en bibliotecas. La investigación doctoral y posdoctoral requieren habitualmente el acceso a la Bibliothèque Nationale. La situación se autoperpetúa: los académicos declaran que estarían más dispuestos a trabajar en provincias si tuvieran mejores instalaciones para investigar y el ministro replica que se proporcionarían mejores instalaciones si los académicos estuvieran dispuestos a permanecer en provincias.

Foucault requería el acceso a París por varias razones, de las que no era la menos importante su puesto a tiempo parcial como profesor de la ENS. La supuesta tesis que había comenzado en la Fondation Thiers —y que entonces le dijo a Polin que trataba sobre la filosofía de la psicología—

gía— significaba que tenía que trabajar en la Bibliothèque Nationale y ya se había convertido en uno de sus asistentes habituales. Durante los treinta años siguientes, el gran edificio de Henri Labrouste, situado en la rue de Richelieu, con sus elegantes pilares y arcos de hierro forjado, sería su lugar de trabajo principal. Le gustaba sentarse en el *hemicyck*, la pequeña sección elevada, situada justo enfrente de la entrada, a resguardo de la sala de lectura principal, en la que había un pasillo central que separaba las filas de largas mesas, subdivididas en escritorios individuales. El *hemicyck* proporcionaba una cierta mayor tranquilidad y aislamiento. Durante treinta años, Foucault investigó allí casi a diario, con expediciones ocasionales a la sección de manuscritos y otras bibliotecas, y luchó contra el sistema de catalogación bizantino: dos catálogos impresos incompletos y datados que se complementaban con ficheros llenos de tarjetas innumerables, muchas de las cuales eran grabados en cobre en letra manuscrita. Las bibliotecas se convertirían en el habitat natural de Foucault: «Esas instituciones verdosas en las que se acumulan los libros y donde crece la densa vegetación de su conocimiento»⁵.

París también era el centro del poder intelectual, y las universidades de provincia, con la posible excepción de Estrasburgo y Toulouse, no podían proporcionar la base institucional necesaria para una carrera espectacular. La docencia en la ENS otorgaba a Foucault una base en París, y el apartamento en la rue Monge le servía de apeadero. El contacto con Althusser, Hyppolite, Canguilhem, Delay y otros le dotaba de los elementos esenciales para mantener una red de apoyo. Su posibilidad para publicar también se veía favorecida por el hecho de hallarse en París, ya que la industria editorial francesa siempre ha estado incluso más centralizada que el sistema educativo. Sin duda, había además razones personales para no dejar París. Amigos y placeres como la música, el teatro y las salas de exposiciones, todo tiraba mucho. Pero lo más significativo de todo era que Jean Barraqué estaba allí.

Althusser había adoptado la costumbre de charlar con reducidos grupos de *normaliens* para prepararlos para el examen oral de la *agrégation* en la atmósfera relajada de la abadía de Royaumont, fundación cisterciense cercana a París que había sido convertida en un centro cultural internacional. Tanto Foucault como Aron estuvieron allí en 1951, y regresaron el año siguiente en compañía de un grupo de estudiantes. Cuando entraban en el salón, oyeron a un joven discutir de literatura a gritos, denun-

⁵ «La bibliothèque fantastique», en Gérard Genette y Tzvetan Todorov (eds.), *Le travail de Flaubert*, París, Seuil, 1984; publicado originalmente como posfacio a *Die Versuchung des heiligen Antonius* de Flaubert, trad. de Anneliese Botond, Frankfurt, Insel, 1964. Publicado por primera vez en francés como «Un fantastique de bibliothèque», *Cahiers Renaud-Barraub*, 59, marzo de 1967.

ciando la obra de André Gide, que había muerto el año anterior. Después, por la tarde, el mismo joven se sentó al magnífico Bechstein que ocupaba el centro de la sala y comenzó a tocar una sonata de Mozart. Se supo que su nombre era Pierre Boulez⁶.

A sus veintisiete años, Pierre Boulez ya era una figura importante de la música francesa. Discípulo del gran organista Olivier Messiaen, había compuesto dos sonatas para piano (1950 y 1952) en las que todavía resultaban evidentes las influencias de Webern y Schoenberg, y un libro de *Structures* para dos pianos en el que cada aspecto de la composición —tono, duración, intensidad y ataque— está gobernado por series matemáticas. Foucault y Boulez no se hicieron amigos muy íntimos, pero se movieron durante un tiempo en los mismos círculos, junto con Michel Fano y Gilbert Amy. Sin embargo, tenían algunas cosas en común, especialmente el gusto por la poesía de René Char. Foucault nunca perdió su entusiasmo por Char, y *Le Marteau sans maître* escrito por Boulez en 1955 (suite de nueve piezas para contralto y sexteto) se basa en una compilación de poemas que Char había publicado con ese título en 1934.

En el círculo de jóvenes músicos y compositores que gravitaba en torno a Boulez fue donde Foucault conoció a Barraqué, de quien pensaba que era «uno de los más brillantes y más menospreciados compositores de la generación presente»⁷. Barraqué también era discípulo de Messiaen en el Conservatoire National Supérieur de Musique, pero no había disfrutado del éxito que tenía Boulez. Hacía poco que había terminado una sonata para piano, aunque todavía no la había tocado entera. Se habían ejecutado fragmentos durante una emisión de radio titulada Tribune des Jeunes Compositeurs, pero el proyecto de grabación había quedado en nada, y hasta 1958 no se dispuso de ella en disco, junto con la *Séquence* estrenada en marzo de 1956. En 1952, Barraqué se ganaba la vida enseñando y escribiendo en la prensa musical, y de forma ocasional daba conciertos. Era dos años menor que Foucault⁸.

Según sus amigos, el miope Barraqué no era muy fácil de tratar y podía ser muy celoso⁹. Aunque se entregaba a la música con gran seriedad, no era asceta. Por el contrario, tenía algo de *gourmet*. Por sugerencia suya,

⁶ Aron, *Les moiernes*, págs. 72 y 73; «Quelques souvenirs de Pierre Boulez, propos recueillis par Alain Jaubert», *Critique*, 471-472, agosto-septiembre de 1986, pág. 745.

⁷ «Che cos'è lei Professore Foucault?», pág. 14.

⁸ La fuente más completa de información sobre Barraqué es *Entretemps. Numero spécial: Jean Barraqué*, 1987. Incluye el valioso «Essai de chronobiographie» de Rose-Marie Janzen. Véase también G. W. Hopkins, «Jean Barraqué», *Musical Times*, noviembre de 1966, páginas 952-955.

⁹ Michel Fano, «Le temps de l'amitié», *Entretemps*, pág. 59; «Autour de la musique», *Le Débat*, 41, págs. 137-139.

el grupo de jóvenes músicos y compositores a menudo se entregaba a probar sus vinos blancos preferidos cuando salían de la clase de análisis de Messiaen en el Conservatoire. Solía unirlos Foucault, cuya ignorancia técnica en música hacía que tuviera poco que añadir a la conversación. Ésta se caracterizaba por un tono deliberadamente superficial; los temas serios se discutían siempre en términos de una aparente frivolidad.

Se sabe bastante poco de las relaciones entre Foucault y Barraqué, pero es evidente que la amistad inicial pronto se convirtió en amores apasionados y tormentosos que duraron dos o tres años, hasta que al final Barraqué los dio por finalizados cuando Foucault estaba en Suecia. No existe una biografía completa sobre Barraqué y la reticencia característica de Foucault sobre su vida personal hace que la relación aparezca envuelta en oscuridad. La breve referencia que hizo a éste en la entrevista mantenida con Paulo Caruso en 1967 es la única ocasión en la que le menciona por su nombre. En entrevistas posteriores, habla simplemente de un «amigo que era compositor y que ya ha muerto», y hace referencia a la «influencia de vivir con un músico durante varios meses»; esta entrevista también contiene una referencia totalmente opaca a una relación anterior: «El primer amigo que tuve a los veinte años era músico»¹⁰. Nunca se le ha identificado.

Aunque el aspecto personal de su relación mantiene cierto misterio, el intelectual puede rastrearse con bastante precisión. Ambos adoraban a Beethoven y cada vez les fueron gustando más Heidegger y Nietzsche, que inspiró la visión de Barraqué sobre un compositor: «No se puede ser un compositor modesto, porque la música es *creación* [...]. El poema, en el sentido nietzscheano, lo que significa que el hombre nunca es él mismo, sino que habla más allá de sí mismo, es esa transposición de sí mismo, quizá el éxtasis»¹¹. Kafka y Dostoievski eran sus autores preferidos, y también a ambos les gustaba Beckett, aunque el entusiasmo del compositor no era completamente puro. Ambos admiraban a Fenet, cuya obra *Haute SurveiUance* se representó por primera vez en 1949 y cuya película *Un chant d'amour* comenzó a circular en la clandestinidad en 1950. Barraqué siempre abrigó la esperanza de que Genet escribiera un libreto para él, pero nunca se lo propuso directamente¹².

Ambos contrajeron deudas con la otra parte; muy específicas del lado de Barraqué y más generales del de Foucault. Cuando se conocieron, Barraqué estaba trabajando en una composición para voz, percusión y conjunto instrumental titulada *Séquence*, que se centraba en temas inspirados

«The Minimalist Self», pág. 13.

Jean Barraqué, «Propos impromptu» (extracto), *Entretemps*, pág. 133.

André Hodeir, «Barraqué: la parí de la discontinuité», *Entretemps*, pág. 39.

por El Cantar de los Cantares, los poemas en prosa de Baudelaire y en Rimbaud. Los tres años siguientes los pasó reelaborando los trozos y por fin reemplazó los textos originales por fragmentos del «Lamento de Ariadna» de Nietzsche, versión que figura en *Zaratustra*:

¿Quién me calienta todavía?
¿Quién me ama todavía? —dame manos ardientes,
Dame braseros para el corazón,
Postrado en tierra, temblando de horror,
Semejante a un medio muerto, a quien la gente le calienta
[los pies—
Agitado, ¡ay! por fiebres desconocidas,
Temblando ante las agudas, gélidas, flechas del escalofrío,
Acosado por ti, ¡pensamiento!
¡Innombrable! ¡Encubierto! ¡Espantoso!
¡Tú, cazador oculto detrás de nubes!
Fulminado a tierra por ti,
Ojo burlón que me miras desde lo oscuro:
—así yazgo,
Me encorvo, me retuerzo, atormentado
Por todas las eternas torturas,
Herido
Por ti, el más cruel de los cazadores,
¡Desconocido Dios!

¡Se fue!

¡Huyó también él

Mi gran enemigo

¡Oh, vuelve!

¡Mi última —felicidad!¹³.

La utilización de Nietzsche era contribución de Foucault. *Séquence* se estrenó y se grabó en el Théâtre du Petit-Marigny de París en marzo de 1956; para su pesar, Foucault no estaba presente.

El sábado 24 de marzo de 1956, Barraqué diseñó un borrador de dos páginas para una composición que tituló provisionalmente «La muerte de Virgilio». Se basaba en la novela filosófica de Hermann Broch *Der Toddes*

¹³ Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Ed., 1984, 12.^a ed., págs. 339 y 340. La versión completa en francés que utilizó Barraqué puede consultarse en *Séquence*, Florencia, Hinrichsen Edition Ltd, 1963.

Virgil (1945), que apareció traducida al francés en 1954¹⁴. Leyó la novela por sugerencia de Foucault y descubrió «la poesía de la muerte»; tristemente, Foucault no recogió por escrito sus propias impresiones. No era experto en literatura austríaca moderna y es casi seguro que descubriera a Broch gracias a un artículo publicado en *Critique*¹⁵. *Der Tod des Virgil*, novela larga y densa, trata de los últimos días del poeta, cuando, según la leyenda, le atormentaba el deseo imperioso de destruir el manuscrito de la *Eneida*. Obsesionada con la muerte, con la imposibilidad del conocimiento total y con la vanidad de todas las creaciones humanas, tiene una estructura sinfónica de cuatro movimientos (agua, fuego, tierra, aire) que se presta bien a la traducción musical. Fue muy apreciada por Maurice Blanchot, que en los números de agosto y octubre de la *Nouvelle Revue Française* la comparó con la obra de Proust, James Joyce y Thomas Mann¹⁶.

Foucault había proporcionado a su amigo una fértil obsesión. Escribió al menos tres versiones antes de que el resultado final de lo que se llamó entonces *Le temps restitué*, diera por terminado en 1968, sólo dos meses antes de su estreno en el Royan Festival. Poco después, Barraqué empezó a trabajar en una composición lírica que tituló provisionalmente *Uhomme couché*; también se derivaba de su lectura de Broch, pero estaba sin acabar cuando murió en 1973. *Le temps restitué* y el *Concerto* para clarinete de 1962 son sus obras más conocidas.

En 1967, Foucault le dijo a Caruso en términos bastante misteriosos que la música serial y dodecafónica de Boulez y Barraqué le había ofrecido su primera escapada del universo dialéctico en el que todavía vivía y que tuvo un impacto sobre él tan grande como el de Nietzsche. Quince años después, retomó el tema en un artículo en teoría sobre Boulez pero que sin duda está coloreado por los recuerdos de Barraqué (sin mencionar su nombre): «El encuentro con Boulez y la música en un momento en el que se me estaba enseñando a privilegiar la importancia del significado, de la experiencia vivida, lo corpóreo, de la experiencia primordial, el contenido subjetivo o el significado social, significó contemplar el siglo xx desde un ángulo desconocido: el de una larga batalla sobre la forma.» Boulez y Barraqué introdujeron a Foucault en un equivalente musical de la filosofía del concepto, en la corriente que va del formalismo ruso al estructuralismo, y le enseñaron una lección que le previno contra «las categorías del universal»¹⁷.

¹⁴ *La muerte de Virgilio*, Madrid, Alianza, 1989.

¹⁵ Michel Habart, «Hermann Broch et les rançons de la création poétique», *Critique*, 83, abril de 1954, págs. 310-322.

¹⁶ Artículos ahora en Maurice Blanchot, *Le livre à venir*, París, Folio, 1986, págs. 160-172.

¹⁷ «Pierre Boulez ou l'écran traversé», *Le Nouvel Observateur*, 2 de octubre de 1982, página 51.

El encuentro con Boulez y Barraqué debe haber representado el choque clásico de lo nuevo para alguien cuya cultura musical se basaba en la sinfónica. Sin embargo, los recuerdos de Foucault no son ajustados por completo. No parece que Barraqué se considerase un iconoclasta; adoraba a Beethoven y estaba influido por Debussy, a quien dedicó su único libro¹⁸, así como por Webern. No era matemático, y un observador informado ha descrito su obra como la expresión de una contradicción entre las limitaciones de las bases combinatorias de la música serial y *újouissance* físico del sonido¹⁹.

Los amores apasionados y el descubrimiento de la música contemporánea fueron los pasajes licenciosos de una vida que en general se desarrollaba, aunque con cierta renuencia, en el plano académico. La posición de Foucault como *répétiteur agrégé* o nuevo tutor de la ENS le otorgaba el derecho a tener su propio despacho. Se trataba en realidad de una habitación que se había utilizado para albergar una biblioteca de expedientes académicos y estaba atestada y polvorienta. Allí trabajaba y mantenía su corte. Ahora se le consideraba el «líder» del *groupe folkbrique*, que le visitaba con regularidad en su nuevo cuartel.

Otro visitante regular era Maurice Pinguet, tres años menor que Foucault, homosexual y candidato a la *agrégation* de 1953. Pinguet, que murió en 1991, iba a pasar gran parte de su carrera en Japón, donde llegó a ser director del Institut Français, y su obra principal versaría sobre el suicidio en la cultura japonesa²⁰. Con posterioridad recordaba las veladas pasadas en la habitación de Foucault, hablando de todo y de nada. También revela un rasgo característico. Cuando preguntaba a Foucault qué tal iba su investigación —entonces estaba trabajando en su primer libro, *Maladie mentale et personnalité*—, la respuesta era una sonrisa o cuando más una anécdota. No había una discusión seria²¹. Rara vez habló en público de los trabajos que estaba realizando; saludaba con un sonriente *Qua va?* a quienes se encontraba en la Bibliothèque Nationale, pero de inmediato les daba a entender que no aceptaba preguntas detalladas sobre su trabajo. Tampoco preguntaba sobre los suyos²².

La impresión de Pinguet era que Foucault era tan sensible como inteligente, y que utilizaba como defensas su humor hiriente y su risa amarga. En contraste, su sonrisa era amable y llena de confianza. Su autoconfianza también fue destacada por Paul Veyne, miembro del *groupe fo/Mo-*

¹⁸ Jean Barraqué, *Debussy*, París, Seuil, 1962. [Trad. esp.: *Claude Debussy*, Barcelona, Ed. 62, 1991.]

¹⁹ Fano, «Le temps de l'amitié», pág. 61.

²⁰ Maurice Pinguet, *La mort volontaire au Japon*, París, Gallimard, 1984.

²¹ Pinguet, «Les années d'apprentissage», pág. 125.

²² Entrevista con Serge Fauchereau.

rique, que entonces estudiaba historia. Durante algún tiempo estuvo muy próximo a él y fue el receptor de ciertas confidencias. Foucault estaba convencido de su grandeza futura, pero reconocía una extraña ambición. No quería ser maestro; quería escribir como Maurice Blanchot.

Blanchot comenzó a contribuir con artículos o ensayos titulados «Recherches» en la *Nouvelle Revue Française* en 1953. Eran ensayos según la tradición de las *belles lettres* y no revisiones, y rápidamente determinaron su reputación como uno de los críticos más influyentes de Francia, mientras que sus austeras novelas como *L'arrêt de mort* y *Le très-haut* (publicadas ambas en 1948) le ganaron gran prestigio literario. Desear escribir como Blanchot era una curiosa ambición para alguien que parecía dirigirse a hacer carrera en psicología y constituye un indicio más de que Foucault no estaba seguro de hacia dónde estaba yendo. Conocedor quizá de la profunda convicción de Blanchot de que una vida dedicada a la literatura también debía dedicarse al silencio, no intentó conocerle, lo mismo que no intentó conocer a René Char. Dejando a un lado las ambiciones, Foucault no escribió por entonces nada que recordara la prosa densa y clásica de Blanchot; hasta los años 1963 y 1964 no produjo ensayos literarios de ese estilo. Resulta significativo que uno de ellos estuviera dedicado al mismo Blanchot.

La amistad con Veyne iba a ser corta, destruida en realidad por la orientación sexual tan diferente de ambos. Veyne encontraba a Foucault misógino en extremo; por su parte, éste consideraba la flamante heterosexualidad de Veyne cuando menos irritante. Después de conseguir la *agrégation* el último y marcharse de la ENS, perdieron contacto y su amistad no se reanudó hasta los años setenta, cuando ambos estaban en el Collège de France²³. En contraste, el afecto de Foucault por Pinguet permaneció constante durante toda su vida. En agosto de 1953, viajaron juntos a Roma en un *quatre chevaux* verde que poseía el primero y pasaron quince días explorando la ciudad. Si no estaban visitando lugares de interés, Foucault leía a Nietzsche, preparaba una edición bilingüe de *Unzeitgemäße Betrachtungen (Consideraciones intempestivas)* cuando se sentaban en algún café y la leía en la playa de Civitavecchia²⁴. La música serial no era la única vía de escape del universo dialéctico. En la segunda de las meditaciones, Nietzsche establece el punto de vista contra Hegel que iba a significar tanto para Foucault: «La creencia de que uno es un recién llegado al siglo es, en cualquier caso, paralizadora y deprimente: pero debe parecer terrible y devastador cuando tal creencia, mediante una inversión audaz, eleva a este recién llegado a la deidad como el significado real y la

Entrevista con Paul Veyne.
Pinguet, «Les années d'apprentissage», pág. 130.

meta de todos los acontecimientos previos»²⁵. No se sabe si leyó esto por entonces, pero un pasaje de *Die Fröhliche Wissenschaft* parece presagiar toda la carrera futura de Foucault. Aquí Nietzsche describe una tarea para el diligente: «Hasta ahora, todo lo que da color a la existencia carece todavía de historia. ¿Dónde encontrar una historia del amor, de la avaricia, de la envidia, de la conciencia, del respeto piadoso por la tradición o de la crueldad? Hasta ahora, se carece por completo incluso de una historia comparativa del derecho o al menos del castigo»²⁶.

Su actividad docente en la ENS duplicaba su trabajo en Lille. Desde un punto de vista técnico, se le había contratado para enseñar psicología, pero también impartía clases de filosofía general. Veyne, por ejemplo, recuerda una conferencia deslumbrante sobre Descartes pero, desafortunadamente, nada de su contenido. Sin embargo, la psicología era el elemento básico. La teoría de *Gestalt*, los tests de Rorschach, la psicología académica y la teoría del psicoanálisis tenían cabida en conferencias que impresionaban a todos —Veyne, Passeron, Pinguet, Bourdieu y el muy joven Jacques Derrida— por su estilo y competencia técnica. Pinguet, por ejemplo, recordaba a Passeron saliendo de la conferencia de Foucault sobre «Más allá del principio del placer» y exclamando: «El Fuchs es brillante»²⁷. Los intervalos depresivos y algunos malestares ocasionales no le impedían actuar muy bien en la sala de conferencias. Aunque podía rechazar el psicoanálisis en la conversación, también estaba ampliando su conocimiento sobre la materia, asistiendo al seminario impartido en Sainte-Anne a partir de 1953 por Lacan, y por ello fue uno de los primeros en llevar a la me d'Ulm noticias sobre «el retorno de Freud» o, en otras palabras, de la reformulación lacaniana de los principios del psicoanálisis a la luz de la lingüística, la antropología y la filosofía modernas, y del abandono de la «psicología del ego» que, según declaraba, estaba reduciendo el psicoanálisis a una trivial ingeniería psicosocial.

La experiencia de Foucault en psicología y psiquiatría no se limitó a la sala de conferencias y a la biblioteca. Sin embargo, su relato de este periodo es bastante vago, si no erróneo, más bien el producto de una memoria imprecisa o la renuencia a proporcionar la información que permitiría establecer su identidad en cualquier momento dado con demasiada precisión. En 1983, se describió a sí mismo «trabajando dos o tres años» en Sainte-Anne y definió su posición o falta de ésta así:

²⁵ Nietzsche, *Untimely Meditations*, pág. 104.

²⁶ Friedrich Nietzsche, *La gaya ciencia*, Barcelona, Pequeña Biblioteca Calamus Scriptorius, 1979.

²⁷ Pinguet, «Les années d'apprentissage», pág. 124.

No existía una posición profesional clara para los psicólogos en un hospital mental. Así que, como estudiante de psicología [...] tenía una posición muy extraña allí. El *chef de service* [Delay] era muy amable conmigo y me dejaba hacer lo que quería. Pero a nadie le preocupaba lo que debiera hacer; era libre para hacer cualquier cosa. En realidad me encontraba situado entre el personal y los pacientes²⁸.

Un año antes, había descrito los motivos de su trabajo en Sainte-Anne: «Tras haber estudiado filosofía, quería ver en qué consistía la locura: había estado lo suficientemente loco como para estudiar la razón; era bastante razonable estudiar la locura»²⁹.

En una entrevista anterior, publicada en Italia, indica con claridad que a comienzos de los años cincuenta contemplaba la posibilidad de dedicarse a la psiquiatría. El encuentro con un paciente llamado Roger parece haber tenido una influencia negativa sobre ese proyecto y dejó a Foucault una imagen indeleble del sufrimiento. Se había hospitalizado a Roger porque su familia y amigos temían que se hiriera o incluso se matara durante uno de sus ataques de depresión. Foucault y Roger se hicieron amigos, pero el último estaba convencido de que nunca se le permitiría abandonar el hospital y tal creencia le provocaba serios estados de ansiedad. Al no haber conseguido ninguna mejoría mediante la administración de medicinas, finalmente se le sometió a una lobotomía prefrontal, una forma de intervención que Foucault consideraba como un modo de evitar tanto al paciente como a la enfermedad. Aunque la lobotomía quizá combatiera bien la «sobrecarga afectiva», no fue capaz de penetrar en el «mecanismo interno de la enfermedad»³⁰.

Este encuentro, dada las propias tendencias depresivas de Foucault, debe haber supuesto un impacto considerable y dejó al posible psiquiatra con la duda de si no sería preferible para Roger la muerte a su no existencia. Finalmente, llegó a la conclusión de que «hasta los peores dolores son preferibles a una existencia vegetal, ya que la mente tiene la capacidad real de crear y hacer las cosas bellas, incluso cuando el punto de partida sea la más desastrosa de las existencias»³¹.

Estaba, a la vez, más involucrado y menos con la vida del hospital de lo que él sugiere. Es cierto que no era un empleado asalariado, pero tampoco era un simple observador exterior. Por supuesto, se le permitía estar

²⁸ «The Minimalist Self», pág. 6.

²⁹ «Truth, Power, Self», pág. 11.

³⁰ *Maladie mentale et personnalité*, París, PUF, 1954, pág. 108. [Trad. esp.: *Enfermedad mental y personalidad*, Barcelona, Paidós, 1991.]

³¹ «Michel Foucault. Conversazione senza complessi con il filosofo che analizza le "strutture del potere"», págs. 22 y 23.

allí; si no hubiera disfrutado del apoyo de Jean Delay, no es probable que se le hubiera admitido en el hospital. Por otro lado, aunque no de modo oficial, se hallaba introducido en el trabajo clínico. De nuevo, esto lo hizo posible una conexión personal. Georges y Jacqueline Verdeaux habían establecido hacía poco una pequeña unidad de electroencefalografía por petición de Delay, y alguna vez Foucault participó en su trabajo.

En 1944, Georges Verdeaux había completado su tesis bajo la dirección de Lacan y trabajaba, junto con su mujer, sobre neurofisiología y emotividad. La labor en la unidad del hospital Sainte-Anne era en parte una extensión de sus intereses. Se medían las ondas cerebrales, la respiración y otros indicadores fisiológicos, y luego se comparaban; Foucault actuaba como sujeto experimental o como experimentador de modo ocasional. Se usaban test poligráficos y se efectuaban experimentos sobre las respuestas a la música. La unidad no se dedicaba sólo a la experimentación, sino que se hallaba integrada en el trabajo clínico del hospital y se encargaba de establecer los perfiles psiconeurológicos de los pacientes. Allí también fue donde Foucault aprendió a utilizar los test proyectivos de Rorschach que iba a aplicar a tantos amigos y conocidos. No le desagradaba Sainte-Anne; era mejor que muchos de los hospitales provinciales que iba a visitar con posterioridad y no proporcionaba una impresión especialmente negativa de la psiquiatría³². Este juicio se fue manteniendo con el tiempo. Los años inmediatos de posguerra fueron un periodo reformista para el sistema penal y el sector psiquiátrico. Muchos de los profesores de Foucault —Daumézon y Ey en particular— estaban asociados a *Évolution Psychiatrique*, grupo que representaba una tendencia liberal dentro de la profesión. A pesar de sus dudas posteriores sobre la noción misma de progreso en el sector de la salud mental, Foucault entró en contacto con él cuando se estaban realizando los esfuerzos por la reforma.

Su relación con la clínica no se limitaba a Sainte-Anne. En 1950, la *Administration Pénitentiaire* había establecido un *Centre National d'Orientation* en Fresnes, la prisión que albergaba las principales instalaciones médicas del sistema penal³³. El centro se fundó con el fin de cumplir el requerimiento legal de proporcionar un examen médico-psicológico a todos los internos. Los presos llegaban a Fresnes con un archivo que comprendía sus datos criminales, informes sociales y también médicos y psiquiátricos. En el *Centre National d'Orientation* se completaba este archivo mediante la adición de datos sobre el estado mental presente y pasado del sujeto y sobre cualquier factor personal o hereditario importan-

³² «The Minimalist Self», pág. 6.

³³ Para una relación de los trabajos del centro, véase Dr. Badonnel, «Le Centre National d'Orientation de Fresnes», *Esprit*, abril de 1955, págs. 585-592.

te. La información reunida se utilizaba para determinar el riesgo de suicidio y para decidir si los presos se beneficiarían de ser enviados a talleres específicos de la prisión o a unidades de especialistas. Fresnes también estaba equipado con una unidad de electrocardiograma, que se utilizaba principalmente para distinguir entre desórdenes psicopatológicos y en particular entre epilépticos reales y simulados.

Los Verdeaux dirigían la unidad, con alguna ayuda de Foucault. Tres veces a la semana, Jacqueline Verdeaux lo recogía en la ENS y lo llevaba en coche hasta la unidad de Fresnes, donde alguna vez se vestía la bata blanca de la profesión. Al igual que en Sainte-Anne, su posición no era oficial y debía obtener permiso para entrar a la prisión. No era difícil lograrlo; Verdeaux recuerda muy divertida que el hecho de que su hijo y el director de la prisión jugaran al rugby reducía en gran medida las formalidades. El régimen de Fresnes era relativamente liberal y Verdeaux y Foucault tenían acceso a todos los prisioneros. Así, tenían la posibilidad de trabajar con todas las categorías de internos, desde asesinos hasta delincuentes juveniles.

De las experiencias de Foucault en Sainte-Anne y Fresnes se desprenden dos conclusiones. Aunque rara vez hiciera mención a ellas, no cabe duda de que le proporcionaron una primera profundización en la correlación entre la psiquiatría y la criminología, y que su interés posterior por este tema se basaba en la experiencia y no simplemente en la teorización histórica o filosófica. También es evidente que seguía dudando sobre su carrera futura, cuando se estaba acercando a la treintena. En cierto sentido, se hallaba atrapado por el dilema que describe en uno de sus primeros artículos: «Uno de los agudos hombres con bata blanca de la psicología [...] preguntó a un principiante si quería hacer "psicología" como M. Pradines y M. Merleau-Ponty, o psicología "científica" como Binet»³⁴.

Además de ser médico y psiquiatra, Jacqueline Verdeaux era una traductora especializada en textos psiquiátricos. Su primera traducción fue la de un tratado de Bochner y Halpern sobre la interpretación clínica de los test de Rorschach —tema próximo al núcleo de su actividad profesional—, seguida de la de un estudio de Wyrsh sobre la esquizofrenia³⁵.

³⁴ «La recherche scientifique et la psychologie», págs. 173 y 174. Maurice Pradines enseñó en la Universidad de Estrasburgo antes de convertirse en miembro del Instituto. En la nota bibliográfica a su «La psychologie de 1850 á 1950», en A. Weber y D. Huisman (eds.), *Histoire de la philosophie contemporaine*, París, Fischbacher, 1957, pág. 607, Foucault afirma que fue el primero en introducir «en la historia de las ideas un método auténticamente genético» para la psicología.

³⁵ Ruth Bochner y Florence Halpern, *The Clinical Application of the Rorschach Test*, Nueva York, Grane and Stratton, 1942; trad. de Jacqueline Verdeaux, *L'interprétation clinique du test de Rorschach*, París, PUF, 1947; Jacob Wyrsh, *Die Person des Schizophrenen*, Bern, Haupt, 1949; trad. de Jacqueline Verdeaux, *Lapersonne du schizophrène*, París, PUF, 1954.

A comienzos de los años cincuenta, sus contactos profesionales la introdujeron en la obra de Roland Kuhn, cuya *Phénoménologie du masque* tradujo en 1957. Cuando visitó a Kuhn en la clínica que dirigía en Musterlingen, éste le sugirió que también le podría interesar la obra de su colega Ludwig Binswanger.

Por consiguiente, Verdeaux siguió hasta Kreuzlingen, en la frontera suizo-alemana, donde Binswanger dirigía el sanatorio Bellevue, fundado por su abuelo, desde 1911. Iba a seguir haciéndolo hasta 1959. Compañero de Jung y Freud, con quien mantenía correspondencia, era el fundador y el principal promotor de *Dasein-Analyse*, versión de la psicoterapia existencial muy influida por la fenomenología de Heidegger. Tras cierta discusión, el propio Binswanger sugirió a Verdeaux que tradujese «Traum und Existenz»; este texto, en su opinión, debía ser su primera publicación en francés³⁶. Como estuvo de acuerdo, se puso a trabajar de inmediato, aunque todavía faltaba encontrar un editor para la traducción propuesta. El vocabulario clínico no presentaba problemas, pero Verdeaux requería cierta ayuda con la densa terminología filosófica de Binswanger. Eligió como asesor a Foucault, cuyo estudio intensivo de Heidegger encontraba ahora una aplicación práctica. En términos de la traducción en sí, el rasgo más interesante del texto es la decisión conjunta, lograda tras una extensa discusión, de traducir *Dasein* como «presencia en el mundo». El término presenta problemas y ha sido traducido tanto como «realidad humana» cuanto como «estar aquí»; las traducciones posteriores francesas e inglesas tienden a mantener *Dasein* en el texto.

Trabajaban juntos en el despacho de Foucault de la ENS, habitualmente por la tarde, cuando Verdeaux había terminado su jornada en Sainte-Anne. Más bien trabajaban uno al lado del otro. Dividía el despacho una ligera mampara que no llegaba al techo, y Foucault se empeñó en que Verdeaux trabajara al otro lado, según ella porque era reacio a que se le viera con una mujer en los recintos masculinos de la Nórmaie. No era muy fácil trabajar con él y era dado a hacer ciertos comentarios dogmáticos negativos acerca de la psiquiatría, del mismo modo que solía lanzar juicios despectivos sobre el psicoanálisis en sus discusiones con amigos como Maurice Pinguet. Era capaz de decirle a Verdeaux, en términos algo más que humorísticos, que sus amigos y él habían dicho «cosas feas» sobre ella y su trabajo. Sus comentarios negativos también podían verterse en sus publicaciones. En un artículo sobre la investigación en psicología

³⁶ Una versión inglesa del texto («Dream and Existence») puede encontrarse en *Being in the World. Selected Papers of Ludwig Binswanger*, traducido y con una introducción crítica a su psicoanálisis existencial de Jacob Needleman, Londres, Souvenir Press, 1975, págs. 222-248. El texto apareció por primera vez en *Nene Schweizer Rundschau*, 1930.

publicado en 1957, cuando se refiere mordazmente a la «investigación sobre la resistencia cutánea, la presión sanguínea y los ritmos respiratorios de la gente al escuchar *La sinfonía de los salmos*», está describiendo la investigación de Verdeaux en Sainte-Anne³⁷.

También tenía otros modos de ser desagradable. Tras una visita a Binswanger, pasó unas cortas vacaciones con Verdeaux en Italia, donde Foucault hizo gala de un gusto exquisito por la pintura del Renacimiento. Las vehementes declaraciones sobre su aversión por la «naturaleza» y la ostentación con que daba la espalda a las puestas de sol resultaron ser menos agradables. Tales gestos quizá no reflejaran más que la legendaria arrogancia del *normalien*, pero no resultaban atrayentes.

A pesar de su ambivalencia respecto a la psiquiatría, a Foucault le había fascinado el trabajo de Binswanger. Unos treinta años después declaraba: «Buscaba algo diferente de las cuadrículas tradicionales de la mirada médica, un contrapeso»³⁸. Tal era su entusiasmo, que Verdeaux le sugirió escribir un prólogo para la traducción. Algunos meses más tarde, mientras pasaba las vacaciones en Provenza con su marido, recibió una nota diciendo: «Tendrás tu huevo de Pascua». El «huevo de Pascua» era un voluminoso manuscrito; con 128 páginas (unas 25.000 palabras) el texto impreso dobla la extensión del ensayo que se propone prologar. A pesar de su tamaño desproporcionado, a Verdeaux le gustó, lo mismo que a Binswanger, que agradecía en particular haber sido leído por un filósofo con un cierto conocimiento clínico. Los editores se mostraron menos entusiastas. La desproporción existente entre el texto y la introducción era flagrante. Foucault era completamente desconocido y el mismo Binswanger no era muy famoso en París. Con alguna dificultad, Verdeaux convenció a Desclée de Brouwer, que también publicaría su traducción de Kuhn, para que aceptara el libro y apareció en 1954. No fue un éxito. Se tiraron 3.000 ejemplares; tres años después, sólo se habían vendido trescientos o cuatrocientos y los restantes se guillotinaron³⁹.

De un modo u otro, Jacqueline Verdeaux iba a tener una gran influencia sobre la carrera de Foucault. Estaba convencida de que el trabajo, y en especial la escritura, tendrían un efecto casi terapéutico y le ayudarían a contrarrestar sus depresiones recurrentes. Con ese objeto, le presentó a Colette Duhamel, antigua compañera del colegio y entonces editora de La Table Ronde, la pequeña editorial independiente dirigida por Roland Laudenbach. De sus discusiones surgieron dos proyectos. Uno era el de una historia de la muerte, que parece haber sido un proyecto conjunto,

«La recherche scientifique et la psychologie», pág. 199.

Coïncidi con Foucault, pág. 41.

Entrevista con Georges y Jacqueline Verdeaux.

y el otro la historia de la psiquiatría. Nunca se llegaron a escribir ninguno de los dos libros, aunque se redactaron y firmaron los contratos, pero según el relato de Foucault, el último fue el germen que se desarrolló en la *Histoire de la folie*. No le hacía del todo feliz la idea de escribir una historia de la psiquiatría y propuso un estudio sobre las relaciones entre el médico y el loco, sobre el «eterno debate» entre la razón y la sinrazón⁴⁰. Resulta significativo que la sugerencia original proviniera de otra persona. Antes de escribir *Histoire de la folie*, había publicado sólo cinco textos, todos por encargo⁴¹. Aunque era ambicioso y tenía confianza en su futura grandeza, resulta obvio que no sentía el deseo imperioso de escribir.

De este mismo periodo es otro incidente de considerable importancia. En 1952, Foucault acompañó a Georges y Jacqueline Verdeaux a visitar a Roland Kuhn al hospital psiquiátrico que dirigía en Musterlingen, a orillas del lago Constanza. Llegaron el Martes de Carnaval y presenciaron una de las más extrañas pervivencias de este antiguo rito. Era costumbre que los pacientes pasaran gran parte de la primavera confeccionando grandes máscaras adornadas que llevarían en una procesión. Médicos, enfermeras y pacientes, todos lucían máscaras y no se distinguían los unos de los otros. La procesión salía del recinto hospitalario y se adentraba en el pueblo, presidida por la gigantesca figura del Carnaval. Cuando por fin regresaba al hospital, se quemaba al Carnaval con gran ceremonia y se tiraban las máscaras. La velada terminaba con un baile. Una corta película tomada en privado por Georges Verdeaux muestra la procesión y la quema ritual del Carnaval; las figuras poseen el aire ligeramente siniestro que tan a menudo es característico de las manifestaciones de carnaval. También Foucault intentó filmarlo, pero no supo manejar su cámara prestada⁴².

Le impresionó mucho el espectáculo, pero sólo lo mencionó una vez en sus publicaciones. Lo hizo de modo impersonal y nunca señaló que hubiera estado presente:

El día de carnaval, los locos se disfrazaban e iban al pueblo, por supuesto, no aquellos cuya condición era seria. Representaban el carnaval y la población observaba desde cierta distancia pero asustada, y lo

⁴⁰ «La folie n'existe que dans une société», *Le Monde*, 22 de julio de 1961.

⁴¹ Además de la introducción a Binswanger y «La recherche scientifique en psychologie», las publicaciones de Foucault anteriores a 1961 fueron *Maladie mentale et personnalité*, París, PUF, 1954; «La psychologie de 1850 a 1950», en A. Weber y D. Huisman (eds.) *Histoire de la philosophie contemporaine. Tome 2. Tableau de la philosophie contemporaine*, París, Fichbacher, 1957; trad., con Daniel Rocher, de Viktor von Weizsäcker, *Le cycle de la structure (Der Gestaltkreis)*, París, Desclée de Brouwer, 1958.

⁴² Entrevista con George y Jacqueline Verdeaux.

más atroz era que el único día que se les permitía salir *en masse* era aquel en que habían de disfrazarse y fingir literalmente que estaban locos⁴³.

La *Histoire de la folie* comienza con un famoso pasaje —ahora controvertido— que describe El Barco de los Locos mientras se desliza lentamente por los canales y ríos* de la Europa del norte. Es difícil creer que se escribiera sin tener en cuenta algunos recuerdos de un carnaval real en un tranquilo pueblo suizo.

El hecho de que Foucault recibiera encargos resulta indicativo de que se percibía su posición intelectual. El primero fue una contribución a la revisión y puesta al día de una venerable historia de la filosofía que había alcanzado su cuarta edición en 1886 y la octava en 1914.

Encargada por Denis Huisman en 1952, escrita durante el año siguiente y no publicada hasta 1957⁴⁴, «La Psychologie de 1850 a 1950» es en muchos aspectos sólo una investigación académica sobre las tendencias existentes dentro de la psicología a partir de John Stuart Mili, complementada con notas biográficas. También refleja el contenido de la enseñanza impartida por Foucault en Lille y París. Muchos de los textos dan la impresión de mostrar un conocimiento adquirido y asimilado, en lugar de ser el producto de una investigación original de altura. Exhibe un dominio impresionante de la literatura más importante en francés, inglés y alemán, pero lo más interesante es la corta introducción. Rápidamente identifica la historia de la psicología con la de la contradicción entre un deseo, heredado de la Ilustración, de poner en línea la disciplina con las ciencias naturales y el convencimiento creciente de que la «realidad humana» no es sólo un sector de la «objetividad natural», que debe estudiarse con la ayuda de otras metodologías que no sean las proporcionadas por las ciencias naturales. El problema a que se enfrenta la psicología contemporánea es su capacidad para superar esa contradicción por el abandono de su «objetividad natural». Es la historia de la psicología la que se pronunciará sobre esa facultad⁴⁵. El ensayo concluye con un manifiesto aforístico: será posible la psicología sólo si marca el retorno a las condiciones existenciales del hombre y a lo más humano del hombre, es decir, a su historia⁴⁶.

El vocabulario que elige es tan revelador de sus preocupaciones como el tema de que habla. La referencia a la «realidad humana» indica su creciente interés por la fenomenología heideggeriana y por el *Daisen-Analy-*

⁴⁴ Denis Huisman, «Nota sur l'article de Michel Foucault», *Revue Internationale de Philosophie*, vol. 44, núm. 73, 2/1990, págs. 177 y 178.

⁴⁵ «La psychologie», págs. 36, 37.

⁴⁶ *Iba.*, pág. 51.

se de Kuhn y Binswanger, para quienes la psicología es «un análisis empírico del modo en que se da en el mundo la existencia humana», basado en un «análisis existencial del modo en que esa realidad humana se temporaliza, se espacializa y finalmente proyecta un mundo»⁴⁷. Por otra parte, la noción de la historia de un discurso que se pronuncia sobre su propia validez sitúa con firmeza la historia de la psicología de Foucault dentro de una tradición epistemológica de la historia de la ciencia.

Por supuesto, uno de los representantes más conocidos de esa tradición es Georges Canguilhem. En un ensayo bastante tardío basado en una conferencia pronunciada en 1966, Canguilhem usa la metáfora de un tribunal de justicia para ilustrar el modo en que la historia de la ciencia pugna por comprender y demostrar que las nociones y métodos obsoletos fueron en sí mismos sobreseimientos de los métodos previos, y que «el pasado obsoleto [*le passé dépassé*] sigue siendo el pasado de una actividad para la que tenemos que retener el nombre de científica»⁴⁸. La formulación es de 1966, pero se deriva de Bachelard y algo de su contenido también puede verse en el *Essai sur quelques problèmes concernant le normal et le pathologique* de Canguilhem, en su origen una tesis doctoral en medicina publicada en 1943⁴⁹. Resulta evidente que Foucault conocía bien el texto por el argumento de que, aunque la psicología era «un análisis de lo anormal, de lo patológico», se ha convertido en «una psicología de lo normal»⁵⁰. Se da la ironía de que, habiendo sostenido en el terreno fenomenológico que la psicología no puede emplear los métodos de las ciencias naturales, ahora se desdice al invocar un modelo epistemológico construido en referencia a la ciencia biológica y médica.

En la medida en que anuncia el proyecto de ir más allá de la psicología académica existente o incluso de fundar una psicología, puede considerarse «La Psicologie» como un prólogo a su ensayo sobre Binswan-

⁴⁷ *ibid.*

⁴⁸ Georges Canguilhem, «L'objet de l'histoire des sciences», *Eludes d'histoire et de philosophie des sciences*, París, Librairie Philosophique J. Vrin, 1989, pág. 13.

⁴⁹ Reimpreso en Georges Canguilhem, *Le normal et le pathologique*, París, PUF, colección Quadrigue, 1984. Hay poco disponible sobre Canguilhem en inglés. Véase Colin Gordon, «The Normal and the Biological: A Note on Georges Canguilhem», *I & C*, otoño de 1980, *Technologies of the Human Sciences*. Contiene los mismos temas la traducción efectuada por Howard Davie de la obra de Canguilhem «What Is Psychology?» y la traducción de Graham Burchell de la obra de Foucault, «Georges Canguilhem, Philosopher of Enop» (el prólogo a la versión inglesa de *The Normal and the Pathological*). Véase también Mike Shortland, «Introduction to Georges Canguilhem», *Radical Philosophy*, 29, otoño de 1981; Dominique Lecourt, «Georges Canguilhem's Epistemological History», en *Marxism and Epistemology*, Londres, New Left Books, 1975, y Gutting, *Michel Foucault's Archaeology of Scientific Reason*, páginas 32-54.

⁵⁰ «La psychologie», pág. 37.

ger y a su primer libro, *Maladie mentale et personnalité*. Ambos se publicaron en 1954, pero no está claro cuál se escribió primero. La sagacidad bibliográfica convencional sostiene que el primero fue la *Maladie mentale*, pero existen pruebas internas que sugieren lo contrario. Aunque *Maladie mentale* hace referencia a Binswanger, Foucault no utiliza la traducción de Verdeaux y no cita su propia introducción a «Réve et existence». Es propio de un joven autor con una modestia sin límites no hacer referencias a sus propias publicaciones, por lo que parece más probable que todavía no hubiera escrito el ensayo sobre Binswanger o que estuviera en proceso cuando Foucault trabajaba en su primer libro. Al no contar con pruebas documentales o manuscritas directas, es imposible resolver la cuestión con alguna certeza, pero resulta evidente que ambos textos proporcionan respuestas al problema suscitado al concluir «La Psychologie».

Jean Lacroix, editor de la colección Initiation Philosophique de PUF, fue quien encargó *Maladie mentale*. Conocía a Foucault a través de Althusser, a quien había dado clases —era un filósofo católico— en Lyon antes de la guerra. El primer libro de Foucault hacía el número doce de una serie que, cuando se publicó éste, incluía el propio libro de Lacroix, *Les sentiments et la vie morale*, *Caractère et personnalité* de Gastón Berger, *La parole* de Georges Gusdorf y *Le souvenir* de André Bidoux. A los veintiocho años, se admitía a Foucault en una compañía distinguida; el *comité de patronage* de la serie incluía filósofos eminentes como Ferdinand Alquié, Gastón Bachelard y Paul Ricoeur. Iba a ser publicado en la misma serie que uno de sus maestros. Como indicaba el título genérico, la serie sobre Initiation Philosophique estaba compuesta por una especie de breves introducciones a los temas filosóficos y se destinaba en especial al público estudiantil. Pero al igual que se había valido de una contribución a la historia de la filosofía para dar salida a lo que en realidad era un manifiesto, Foucault iba a usar esta introducción a la cuestión de la enfermedad mental para fomentar una polémica y promover sus propios intereses.

La historia de *Maladie mentale et personnalité* resulta curiosa. Foucault la revisó para la segunda edición y volvió a escribir por completo la sección final, que se convirtió en un resumen de la *Histoire de la folie*. No hay nada en la edición de 1962 que indique al lector que era una versión revisada⁵¹. En 1966 apareció una reimpresión de la segunda edición, pero Foucault no permitiría ninguna edición más. También intentó sin éxito evi-

⁵¹ Los mejores estudios sobre las diferencias entre las dos ediciones son el de Pierre Macherey, «Aux sources de *V Histoire de la folie*», *Critique*, 471-472, agosto-septiembre de 1986, págs. 753-755, y el de Bernauer, *Michel Foucault's Forcé offlight*.

tar la publicación de la traducción inglesa⁵². En la primera edición (1963) de *Naissance de la clinique* todavía aparece *Maladie mentale* como «del mismo autor», pero luego desaparece el primer texto de esa categoría; *Histoire de la folie* se había convertido en el primer libro de Foucault e iba a seguir siéndolo.

Maladie mentale se inicia con una sección introductoria sobre la enfermedad mental y orgánica, y su texto principal lo constituyen dos partes que tratan, respectivamente, de las dimensiones psicológicas de la enfermedad y sus condiciones reales de existencia. Argumentando que no se puede utilizar la patología orgánica como modelo, puesto que llevaría a la conclusión de que la enfermedad mental es una enfermedad natural manifestada por síntomas específicos⁵³, Foucault sostiene que ésta debe analizarse mediante la observación de las formas concretas que puede tomar en la vida psicológica de un individuo y también sus dimensiones psicológicas y sus condiciones reales de existencia: «Me gustaría mostrar que no deben buscarse las raíces de la patología mental en especulaciones acerca de cierta "metapatología", sino sencillamente en la reflexión del hombre sobre el hombre»⁵⁴. A lo largo de todo el texto, argumenta contra las definiciones puramente negativas o privativas de la enfermedad mental; el aparente caos de la esquizofrenia, por ejemplo, halla su punto de coherencia en la estructura personal del paciente que garantiza la unidad de vida de su conciencia y su horizonte. Sin importar «lo enfermo [*malade*] que un paciente [*un malade*] pueda estar, ese punto de coherencia existe inevitablemente. La ciencia de la patología mental sólo puede ser la ciencia de la personalidad enferma»⁵⁵.

Sólo una psicología fenomenológica puede permitirse el acceso a la experiencia de la enfermedad mental: «Sólo entendiéndola desde dentro es posible establecer dentro del universo mórbido las estructuras naturales constituidas por la evolución y los mecanismos individualizados por la historia psicológica»⁵⁶. La segunda sección del texto representa una excursión por el territorio delimitado por los *Manuscritos de 1944* de Marx (que Foucault pudo leer en el volumen 6 de la edición de Costes de las *Oeuvres philosophiques*) y por la teoría de la alienación. Foucault es capaz de jugar con los múltiples significados del término, señalando tanto la alienación legal de una propiedad o esencia, la alienación o enajenación

⁵² *Mental Illness and Psychology*, trad. de Alan Sheridan, Londres, Haper and Row, 1976; reimpresso con una introducción de Hubert Dreyfus, Berkeley y Londres, University of California Press, 1987.

⁵³ *Maladie mentak*, pág. 9.

⁵⁴ *Ibid.*, pág. 2.

⁵⁵ *Ibid.*, pág. 34.

⁵⁶ *Ibid.*, pág. 53.

de la esencia humana, como la alienación mental, sentido que es más fuerte en francés que en inglés. Argumentando en terreno socioantropológico e invocando a Emile Durkheim y Margaret Mead para demostrar el relativismo cultural de la noción de enfermedad, Foucault concluye: «El mundo contemporáneo hace posible la esquizofrenia, no porque sus tecnologías lo hagan inhumano y abstracto, sino porque el uso que el hombre hace de sus tecnologías es tal que no puede ya reconocerse en ellas. Sólo el conflicto real de las condiciones de existencia puede explicar la estructura paradójica del mundo esquizofrénico»⁵⁷. De modo más general: «El hombre enfermo no puede reconocerse como hombre en las condiciones de existencia que él mismo ha conformado. Con este nuevo contenido, la alienación ya no es una aberración psicológica; se define por un momento histórico»⁵⁸.

Maladie mentale es un texto extraordinariamente híbrido, en el que Foucault explora, pero es incapaz de reconciliar, varios caminos diferentes de la psicología. La sección más sorprendente es el capítulo sexto, «La psicología del conflicto», en el que de repente se vuelve a Pavlov y declara que su fisiología comprende un estudio experimental del conflicto. Las referencias a I. P. Razenkov, vicepresidente de la Academia Soviética de Ciencias Médicas, son quizá aún más sorprendentes. En 1954 ya había terminado la breve pertenencia de Foucault al PCF, pero su primer libro tiene algo de monumento a su afiliación al Partido. Aunque Pavlov no se consideraba materialista o marxista, su fisiología y la predicada a partir de ésta se convirtieron en parte de la ortodoxia soviética. Irónicamente, fue Trostki quien inició la promoción del pavlovianismo, pero acabó incorporado a la versión estalinista del materialismo en el Congreso Soviético para el Estudio de la Conducta Humana de 1930. En el periodo de la Guerra Fría, la obra de Pavlov, junto con la de Lysenko, se convirtió en parte del debate sobre la «ciencia burguesa/ciencia proletaria» y proporcionó las bases para una psicología materialista. Este modelo era el que propugnaba el PCF, en gran medida como un bastón con el que golpear al psicoanálisis; el interés del pavlovianismo consistía en que proporcionaba argumentos contra la existencia del inconsciente y la importancia de la sexualidad⁵⁹.

Si la incorporación de Pavlov a su texto es un recuerdo a su afiliación al Partido, sus referencias a la fenomenología señalan su distancia de todo

⁵⁷ *Ibid.*, pág. 89.

⁵⁸ *Ibid.*, pág. 102.

⁵⁹ Sobre el pavlovismo y su utilización por el PCF, véase Roudinesco, *¿Zi?^* «Lacan & Co.», págs. 30-43, 177-181. Véase también las importantes secciones de David Joravsky, *Russian Psychology. A critical History*, Oxford, Blackwell, 1989.

acercamiento a la ortodoxia ideológica; Heidegger y Binswanger no formaban parte exactamente del canon del PCF. En una conversación con Duccio Trombadori en 1978, Foucault resaltaba que en los años cincuenta «muchos psiquiatras» se interesaron por Pavlov y el estudio de los reflejos en un intento por elaborar una psicología materialista, pero sus investigaciones no los llevaron muy lejos⁶⁰. No mencionó su modesta contribución a este proyecto irrealizable.

Las referencias a Pavlov no son el único monumento a la afiliación al PCF de Foucault. Como señala un crítico perspicaz, cuando se refiere a la necesidad de librar a la patología mental de las «abstracciones metapatólogicas» y sostiene que en el «hombre real» se apoya la unidad real de las «distintas formas de enfermedad», está argumentando un caso muy similar al presentado por Georges Politzer en su búsqueda de una psicología concreta⁶¹. Politzer (1903-1942) era autor de un violento ataque contra Bergson y el artífice de una psicología concreta, basada en parte en la crítica del psicoanálisis. Al igual que la psicología clásica, según Politzer, el psicoanálisis promueve las funciones de entidades como el superego de tal modo que oscurece la realidad social concreta de lo individual⁶². En «La Psychologie», Foucault sostiene que mientras que el psicoanálisis ha facilitado la transición de la «evolución» a la «historia», sus rasgos negativos son su confianza continua en los «prejuicios metafísicos o morales» generados por sus orígenes naturalistas⁶³. No resulta sorprendente que Foucault haya leído a Politzer, que es uno de los grandes héroes del PCF, y se haya dejado influir por él; fue ejecutado por la Gestapo y murió gritando: «¡Larga vida para el Partido Comunista Alemán!». Era uno de los poquísimos teóricos del PCF que contribuyeron a la teoría de la psicología en el periodo de la guerra. Todo aquel que perteneciera al PCF o estuviera próximo a él a finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta debía de modo inevitable entrar en contacto con su obra.

Aunque el editor que se lo había encargado pensó que era excelente⁶⁴, el primer libro de Foucault casi no atrajo el interés de la crítica. En la única revista que se publicaba por entonces, Roland Caillois lo encontró «bien escrito», pero superfluas las referencias al «materialismo» y sus incursiones en consideraciones metafísicas simplemente innecesarias⁶⁵.

Durante mucho tiempo, la introducción a Binswanger fue una parte

⁶⁰ *Colloqui con Foucault*, pág. 45.

⁶¹ Macherey, «Aux sources de l'Histoire de la folie», pág. 755.

⁶² Georges Politzer, *Critique des fondements de la psychologie*, París, Rieder, 1928. Sobre el trabajo de Politzer, véase Roudinesco, *Jacques Locan & Co.*, págs. 60-67.

⁶³ «La psychologie», pág. 44.

⁶⁴ Jean Lacroix, «La signification de la folie», *Le Monde*, 8 de diciembre de 1961, pág. 8.

⁶⁵ Roland Caillois, *Critique*, 93, febrero de 1955, págs. 189 y 190.

de su obra muy descuidada, en buena medida porque era imposible encontrarla fuera de unas pocas bibliotecas. Como los demás primeros escritos, tiende a ser eclipsada por la *Histoire de la folie*, pero la aparición de una versión en inglés ha estimulado una mayor discusión sobre ella en estudios más recientes sobre Foucault⁶⁶. Sin embargo, la introducción constituye el mejor indicador de los intereses intelectuales de su autor a comienzos y mediados de los años cincuenta. También representa el punto de partida de un proyecto que no llegó a comenzarse pero que tampoco se abandonó nunca: «Un trabajo posterior tratará de situar el análisis existencialista dentro de la evolución del pensamiento contemporáneo sobre el hombre; siguiendo el desplazamiento de la fenomenología hacia la antropología, intentaremos demostrar los fundamentos propuestos para el pensamiento concreto sobre el hombre»⁶⁷.

«Traum und Existenz» se centra en una discusión sobre sueños de caída y expresiones tales como «aus alien Himmelfalkn» («caerse de las nubes», es decir, «llevarse una amarga desilusión»). El nexo entre la sensación o el sueño de caerse y la metáfora lo proporciona la proposición heideggeriana de que es el lenguaje el que «sueña y piensa por todos nosotros antes de que cada individuo lo ponga al servicio de sus propios poderes creativos e intelectuales»⁶⁸. Las metáforas sobre caídas han de tomarse literalmente:

Cuando, amargamente decepcionados, «caemos de las nubes», *realmente* caemos... Nuestra relación armónica con el mundo y el hombre sufre de repente un golpe asombroso, que proviene de la naturaleza de esa amarga decepción y de la impresión que la acompaña. En un momento como ése, nuestra naturaleza sufre realmente, se la arranca de su posición en el mundo y se la abandona a sus propios recursos⁶⁹.

Más que la representación del cumplimiento de un deseo, un sueño de caída revela una estructura ontológica básica. Para Binswanger, un sueño «no es más que un modo particular de la existencia humana en general». Levantarse y caerse son fundamentales, «la sístole y la diástole de la existencia humana»⁷⁰.

⁶⁶ Traducción de Forrest Williams, «Dream, Imagination and Existence», *Review of Existential Psychology and Psychiatry*, vol. XIX, núm. 1, 1984-1985, págs. 29-78. Para sus discusiones recientes en inglés, véanse Gutting, págs. 29-78, Bernauer, págs. 25-35 y John Forrester, *The Seductions of Psychoanalysis*, Cambridge University Press, 1990, págs. 289 ss.

⁶⁷ Introducción a Binswanger, págs. 9 y 10.

⁶⁸ Binswanger, «Dream and Existence», pág. 222.

⁶⁹ *Ibid.*, pág. 223.

⁷⁰ *Ibid.*, pág. 227.

Desde el comienzo, Foucault pone de manifiesto que no pretende «introducir» al texto de Binswanger en un sentido real: no seguirá el camino trazado por el autor de acuerdo con la «paradoja que se encuentra comúnmente en los prólogos»⁷¹. Utiliza el texto como trampolín de sus propias reflexiones fenomenológicas y para criticar otros discursos psicológicos y psiquiátricos. También puntualiza que su alianza con Binswanger es provisional:

Digamos, de modo provisional y sujeto a una posible revisión, que el ser del hombre [*Menschsein*] no es, después de todo, más que el contenido efectivo y concreto de lo que la ontología analiza como estructura trascendental del *Dasein*, de la presencia en el mundo [...]. Me parece de provecho seguir, *por un momento*, la huella de sus reflexiones y usarlas para comprobar si la realidad del hombre es sólo accesible desde fuera de la distinción entre lo psicológico y lo filosófico, si el hombre, en sus formas de existencia, es el único medio para llegar al hombre⁷².

Para Foucault, «Traum und Existenz» tiene un doble interés. Por una parte, el privilegio que se concede al sueño

define que lo sólido del análisis se desplaza hacia las formas básicas de existencia; el análisis del sueño no se restringe al nivel de una hermenéutica de los símbolos; basándose en una interpretación externa, es capaz, sin tener que refugiarse en la filosofía, de llegar a un entendimiento de las estructuras existenciales⁷³.

De modo más general, ofrece la posibilidad de «una antropología de la imaginación»⁷⁴.

Binswanger también le proporciona las bases para hacer una crítica de Freud y, de este modo, la introducción marca el comienzo de una relación larga y fecunda con el psicoanálisis⁷⁵. Aunque reconoce que *La interpretación de los sueños* marca la entrada de éstos en el «campo de los significados humanos», su crítica principal es que capta el lenguaje del sueño «sólo en su función semántica» y pasa por alto sus estructuras morfológicas y sintácticas. Explora sólo una versión del mundo onírico y presenta un entendimiento inadecuado del simbolismo. En contraste,

⁷¹ Introducción, pág. 9.

⁷² *Ibid.*, págs. 11 y 12.

⁷³ *Ibid.*, pág. 15.

⁷⁴ *Ibid.*, pág. 16.

⁷⁵ La evolución de su relación se investiga en Jacques Lagranje, «Versions de la psychanalyse dans le texte de Foucault», *Psychanalyse a l'université*, vol. 12, núm. 45, 1987, páginas 99-120 y vol. 12, núm. 46, págs. 259-280.

Binswanger trata de ocuparse de los individuos concretos (frase que evoca a Politzer) y revelar la articulación entre las formas y las condiciones de existencia⁷⁶.

La crítica del psicoanálisis se basa en gran medida en la lectura de *La interpretación de los sueños* y de las historias clínicas más importantes de Freud, en particular la de «Dora». El conocimiento de Foucault sobre este tema no se limitaba, sin embargo, a estos textos. Detectaba dos tendencias principales dentro de la historia más reciente del psicoanálisis: la kleiniana y la lacaniana. Según su punto de vista, Melanie Klein intenta buscar la génesis del significado sólo en la fantasía, mientras que Jacques Lacan ha hecho todo lo posible por hallar en la imagen «el punto en el que el significado dialéctico del lenguaje se congela y en el que acaba fascinándose por el interlocutor que ha constituido para sí mismo»⁷⁷.

No son muy precisas las fuentes de su conocimiento sobre Lacan y Klein, debido en particular a que no aporta referencias a textos concretos. Había asistido a conferencias del primero en la ENS y también a algunos de los seminarios que impartió en Sainte-Anne a partir de 1933, y es probable que la mayoría de su conocimiento se derive de estas presentaciones orales más que de su obra publicada. Según Jacqueline Verdeaux, tenía poca simpatía por el conjunto de su proyecto y despreciaba sus pretensiones filosóficas. El peregrinaje del psicoanalista para ver a Heidegger en Friburgo en 1950 provocó en él gran hilaridad, así como algunos comentarios muy despectivos sobre su competencia filosófica en cartas a Verdeaux no publicadas⁷⁸. No resulta posible identificar con certeza la fuente de su conocimiento sobre Klein. Se había traducido al francés muy poco de su obra, pero las conferencias de Merleau-Ponty sobre psicología en la Sorbona habían dado a sus ideas una cierta circulación.

La introducción a Binswanger también contiene algunos comentarios críticos sobre Sartre y es uno de los pocos textos donde Foucault se emplea contra él, en lugar de eludirlo o desecharlo. La teoría sartreana de que la imagen niega su objeto al colocarse como algo irreal se refuta mediante el argumento de que lo «imaginario» no es un modo de irrealidad, sino una aproximación oblicua a la presencia o ser, que revela sus «dimensiones primitivas». Foucault hace referencia aquí al ensayo de 1940 sobre lo «*imaginaire*», texto que admiraba a pesar de no gustarle en general la fenomenología sartreana; también habló con respeto del esbozo an-

⁷⁶ Introducción, págs. 18 y 13.

⁷⁷ *Ibid.*, págs. 26 y 27.

⁷⁸ Entrevista con Jacqueline Verdeaux. Sobre la visita de Lacan a Heidegger, véase *Rouđineřco, Jacques Lacan & Co.*, pág. 298.

⁷⁹ «Merleau-Ponty a la Sorbone. Resume des cours établi par des étudiants et approuvé par lui-même», *Bulktin de l'apsychologie*, vol. XVII, núms. 3-6, 1964.

terior sobre una teoría de las emociones⁸⁰. En su crítica de Sartre, cita con aprobación la obra de Gastón Bachelard sobre la «dinámica» de la imaginación. Para Foucault, Bachelard se dirige en cierta medida a capturar la realidad vivida de la imaginación (por lo tanto, del sueño), pero lo hace en términos puramente subjetivos y no logra captar sus dimensiones sociales o históricas⁸¹. Había dos Gastón Bachelard. El Bachelard que teorizó sobre las rupturas epistemológicas, cuya obra, al igual que la de Canguilhem, tuvo un gran impacto en la visión de Foucault sobre la historia de la ciencia, también era autor de estudios cuasipsicoanalíticos sobre la imaginación. Foucault también admiraba a este Bachelard y lo consideraba un autor que había liberado una sorprendente dimensión de la epistemología. Como escribiría veinte años más tarde:

Para Bachelard, estudiar el concepto de fluidez no implica, por ejemplo, estudiar las ecuaciones de la mecánica del fluido. ¡Cualquier epistemólogo que haya aprobado por los pelos epistemología puede hacerlo! Significa algo muy diferente. Es también mostrar todo lo que el fluido puede ser, todo lo que representa en la imaginación de la gente, en la imaginación de las masas⁸².

La introducción a Binswanger es una virtuosa demostración de la erudición del *agrega de philosophie*. Platón, Aristóteles, Heráclito, Leibniz y Spinoza, todos son puestos a trabajar. Éste es el repertorio tradicional del filósofo académico. Por otro lado, su dominio de Husserl y Heidegger indican su pertenencia a la generación en alza. También hay un aspecto más personal de su erudición. Las secciones del texto abundan en referencias y alusiones literarias, la mayoría de ellas para demostrar que Binswanger labora dentro de la tradición «clásica». Lo más sorprendente de ellas es que, en gran parte, pertenecen a la literatura de lo que Foucault, en la *Histoire de la folie*, apodararía la edad clásica. También llaman la atención por su relativa oscuridad. El hecho de que sea capaz de citar a *Macbeth* o *Athalie* de Racine no es sorprendente; que conozca a los poetas cortesanos del siglo XVII como Benserade (1613-1691) o Tristan l'Hermite (1601-1655) y el *Fyrameet Thisbéat* Théophile de Viau es, cuando menos,

⁸⁰ Daniel Defert, «Lettre á Claude Lanzmann», *Les Temps Modernes*, 531-533, octubre-diciembre de 1990, pág. 1204. Los textos de Sartre a los que se hace referencia son *L'imaginaire. Psychologie phénoménologique de l'imagination*, París, Gallimard, 1940, y *Esquisse pour une théorie des émotions*, París, Hermann, 1938. [Trad. esp.: *Bosquejo de una teoría de las emociones*, Madrid, Alianza, 1987.]

⁸¹ Hace referencia a Gastón Bachelard, *L'air et les songes. Essai sur l'imagination du mouvement*, París, Librairie José Corti, 1943.

⁸² «Gastón Bachelard, le philosophe et son ombre: piéger sa propre culture», *Le Figaro*, 30 de septiembre de 1972, pág. 16.

intrigante. No es probable que alguno de estos autores haya figurado en alguno de los programas de estudio seguidos por el joven Foucault; sus obras normalmente sólo son leídas por las personas interesadas en los rincones más polvorientos del siglo XVII. Lo único que se puede pensar es que las leyó de forma espontánea y especular que su interés por la época clásica es anterior incluso a los comienzos de la *Histoire de la folie*. La introducción a Binswanger también contiene dos citas de *Partageformel*, de Rene Cítar, publicado por vez primera en 1945 como parte de *Seuls de-meurent*⁸³. La segunda cita revela lo que iba a ser un fallo regular por parte de Foucault; el fragmento XVII de la secuencia en prosa de Chart se identifica de forma equivocada como fragmento LV. Es un primer ejemplo de su actitud despreocupada, sobradamente conocida, en el uso de citas y referencias.

Al año siguiente de publicarse la traducción de Binswanger, Foucault dejaba Francia rumbo a Suecia. Sus primeras publicaciones fueron seguidas por un periodo de silencio que iba a durar hasta 1961. El hecho de que no diera a la prensa ningún artículo o siguiera las propuestas contenidas en su primer ensayo quizá indique que se dio cuenta de que no le conducían a ningún lugar determinado. La decisión de marcharse a Suecia y aceptar el puesto diplomático de cultura también era una despedida a toda dedicación práctica a la psiquiatría.

Merecen atención dos rasgos más de estas primeras obras. La orientación de su contenido es muy buena y no presentan ninguna de las extravagancias estilísticas que se iban a convertir en una de las características de Foucault. Aún había de descubrir el recurso retórico de utilizar un pasaje especialmente seductor para iniciar sus libros: la imagen del Barco de los Locos al comienzo de la *Histoire de la folie*; el análisis de *Las meninas* de Velázquez en *Les mots et les choses*; la descripción de la ejecución de Damians en *Surveiller et punir*. Uno de los resultados de sus años de silencio fue el descubrimiento de un estilo. En cuanto a su contenido, los primeros escritos se caracterizan por una ausencia: la de Nietzsche. En muchos sentidos, Foucault estaba todavía convirtiéndose en Foucault.

⁸³ Introducción, págs. 120, 125.

4

El norte

Al igual que tantos acontecimientos de la carrera de Foucault, su partida para Suecia en agosto de 1955 fue el resultado de un encuentro afortunado o, más bien, de un encuentro que en realidad no se produjo. Georges Dumézil, el gran especialista en religiones y mitologías indoeuropeas, había pasado algún tiempo en la Universidad de Uppsala durante los años treinta y había adquirido la costumbre de regresar a trabajar allí un mes o dos todos los veranos. En 1954, unos amigos de la universidad le preguntaron si conocía a algún candidato apropiado para el puesto de «ayudante de Francés» en el Departamento de Estudios Románicos. Era difícil que Dumézil pudiera dar una respuesta, ya que tenía pocos contactos con la generación más joven, pero mencionó el problema a su amigo el arqueólogo Raoul Curiel, que acababa de regresar de Afganistán. Por suerte, Curiel había conocido no hacía mucho a un joven *normalien* y *agrégé de philosophie* llamado Foucault que no sabía a dónde le estaba llevando su carrera. Le describió como la persona más inteligente que había conocido. Convenientemente impresionado, Dumézil escribió sin avisar a Foucault para informarle de los atractivos de la vida en Uppsala y para preguntarle si le interesaría el puesto vacante. Foucault lo solicitó¹.

No fue el único candidato. Su rival era Algirdas Julien Greimas, lituano que había estudiado en Grenoble antes de la guerra y que se había

¹ Georges Dumézil, «Un homme heureux», *Le Nouvel Observateur*, 29 de junio de 1984, pág. X; *Entretiens avec Didier Eribon*, París, Folio, 1987, pág. 214.

convertido en un semiólogo destacado². Por entonces enseñaba en Alejandría y estaba deseoso de volver a Europa, pero sus planes los frustró la solicitud efectuada por Foucault para el puesto de Uppsala, que fue quien lo consiguió³. Este todavía no había conocido a Dumézil, que pasó el verano de 1955 en Gales y no regresó a Suecia hasta la primavera siguiente. Sin embargo, es más que probable que gracias a su influencia en Suecia se contratara a Foucault con preferencia a Greimas.

Aunque estaba bien preparado y ya era autor de obras publicadas, Foucault no había logrado un gran éxito académico. Ni su puesto en Lille ni la docencia a tiempo parcial en la ENS parecían un inicio prometedor para una carrera brillante, y no había signos de que su tesis estuviera a punto de acabarse. Su dedicación a la psiquiatría le había llevado a formarse una opinión ambivalente acerca de esa especialidad y avanzar más en esa dirección probablemente habría significado obtener titulación médica. Uppsala ofrecía al menos una solución temporal a esa incertidumbre. También significaba un cambio de dirección. Se le contrató como lector de francés, lo que quería decir que era responsable de ocuparse *ab initio* de las clases de lengua abiertas a todos y de enseñar los cursos de literatura francesa. Enseñar una lengua no era una ocupación con mucho carácter profesional por entonces, y el hecho de que la única cualificación que poseía Foucault para ello fuera su nacionalidad no supuso ningún obstáculo para un puesto que lo colocaba, sin embargo, en el último peldaño de la jerarquía académica. De modo simultáneo, se le nombró director de la Maison de France, la avanzada suiza del departamento de *Relations Culturelles* del Quai d'Orsay. Al menos se abría la posibilidad de hacer carrera en el campo cultural-diplomático. Ya se hallaba muy lejos de la unidad psiquiátrica de Fresnes que le había cautivado tanto.

No tenía sólo en mente consideraciones sobre su carrera. En una entrevista reciente, declaró que dejó Francia porque «he sufrido y todavía sufro por muchas cosas de la vida social y cultural francesa... Bueno, creo que cuando dejé Francia, allí se restringía mucho la libertad de la vida personal. Entonces se consideraba a Suecia como un país mucho más libre»⁴. Sus comentarios parecen una alusión velada a la difícil situación social de los homosexuales franceses a mediados de los años cincuenta. Suecia gozaba de la reputación de ser liberal en asuntos sexuales; para cualquiera que viviera en la Francia de posguerra, también debe haber parecido la

² Véase su *Sémantique structurelle*, París, Larousse, 1966, *Le Sens*, París, Seuil, 1970. [Trad. esp.: *Del sentido: ensayo semiótico*, Madrid, Gredos, 1990.]

³ Louis-Jean Calvet, *Roland Barthes*, París, Hammarion, 1990, pág. 154. [Trad. esp.: *Roland Barthes: biografía*, Barcelona, Gedisa, 1992.]

⁴ «The Minimalist Self», págs. 4 y 5.

próspera tierra natal del modernismo en boga. En otro lugar, Foucault explicó su partida a Suecia declarando que «ya había tenido bastante de cultura universitaria francesa»⁵. No obstante, si esperaba encontrar una utopía sexual, se iba a llevar una triste desilusión. La Universidad de Uppsala demostró ser rígidamente jerárquica y muy puritana considerada en conjunto. La ciudad, a una hora hacia el norte de Estocolmo, era agradable pero muy tranquila.

Muchos de los comentarios posteriores de Foucault sobre la vida en Suecia son amargos y sardónicos. Decía que se encontró con que «cierta clase de libertad» podía tener «tantos efectos restrictivos como una sociedad directamente represiva»⁶, que Suecia le mostró «lo que seremos dentro de cincuenta o sesenta años, cuando todos seamos ricos, felices y asépticos»⁷. En otro lugar, resaltaba que la sociedad sueca estaba «sobremedicada» y que todos los «peligros sociales estaban en cierto modo embozados por mecanismos sutiles y sofisticados»⁸. También descubrió que la vida en Suecia presentaba otras dificultades. Se refirió con frecuencia a la «noche sueca» y halló los largos y oscuros inviernos opresivos. Tampoco el frío era de su gusto e influido por unos gélidos recuerdos de unas vacaciones pasadas en los Pirineos antes de la guerra, era reacio a entregarse a la diversión popular de esquiar a campo traviesa. Sus amigos y conocidos de Francia recibieron un cuadro lúgubre de la penumbra nórdica. Su hermano recuerda su descripción cuando le preguntó cuántos alumnos esperaba. Le dijo que no serían muchos y que el número bajaría cuando llegara el invierno y comenzara la inevitable ola de suicidios⁹.

Es evidente que tales anécdotas encierran cierto grado de humor negro y los comentarios anteriores se hicieron de modo retrospectivo. Sin embargo, su acritud no era sólo un reflejo de su búsqueda frustrada de una utopía, sino de una desilusión académica e intelectual muy real. Foucault era propenso a hacer declaraciones que respondían más a la imagen propia que deseaba, que a las realidades de su vida diaria. Al igual que en Italia con Jacqueline Verdeaux, insistía en que odiaba la naturaleza, que su habitat natural era la biblioteca. No obstante, aunque pasó largas horas en la biblioteca de Uppsala, también disfrutó de largos paseos por los bosques e incluso, a pesar de desagradarle el frío, por los lagos congelados de la campiña invernal¹⁰.

⁵ Posfacio de *Death and the Labyrinth*, pág. 174.

⁶ *Ibid.*, pág. 5.

⁷ «La philosophie structuraliste permet de diagnostiquer ce qu'est aujourd'hui» (propos recueillis par Gérard Fellous), *La Presse de Tunis*, 12 de abril de 1967, pág. 3.

⁸ *CoUoqui con Foucault*, pág. 99.

⁹ Entrevista con Denys Foucault.

¹⁰ Entrevista con Jean-Francois Miquel.

Foucault llegó a Uppsala a finales de agosto para hacerse cargo de su plaza como enseñante y se instaló en las dos habitaciones reservadas para el director en la Maison de France, que no era más que un espacioso cuarto piso de un edificio situado en la calle Sank Johannes. Pocos días después, se le unió en la universidad el joven bioquímico Jean-Francois Miquel, que venía a ocupar una plaza como investigador posdoctoral. Establecieron un rápido contacto y decidieron comer juntos con regularidad en la Maison de France. Después de un tiempo, el dúo se convirtió en un trío con la llegada del físico Jacques Papet-Lépine, que trabajaba sobre truenos y relámpagos, y preparaba una tesis titulada, con cierto ingenio, «Contribución matemática a la teoría del trueno» [*coup de foudre*, que también significa amor a primera vista]¹¹. Los tres se convirtieron rápidamente en un grupo muy unido y se turnaban para cocinar (Foucault era especialista en pasta, sobre la que elaboró toda una teoría culinaria) unos para otros, pasando la mayor parte de su tiempo libre juntos¹². A menudo se les unía Costanza Pasquali, el lector de italiano, y su homólogo inglés, Peter Fyson. El último era un especialista en poesía, capaz de recitar largos pasajes de Dante y otros poetas europeos, y un entusiasta de la ópera. Estaba relacionado con la familia Guinness y sus contactos sociales permitían al grupo cierto acceso a esferas más altas de la sociedad sueca que las frecuentadas normalmente por figuras académicas como las suyas.

Con excepción de Fyson y Pasquali, los compañeros profesionales más próximos a Foucault en Uppsala eran científicos. Aunque para entonces parecía haber perdido interés por la psiquiatría clínica, como opuesta a la historia de la psiquiatría, empezaron a interesarle otras ciencias y visitaba con frecuencia los laboratorios de bioquímica y biología con Miquel. Carecía de preparación sobre ciencias naturales, pero pronto adquirió la suficiente competencia para ser capaz de discutir la investigación de su amigo al menos en términos generales, y a veces se le oyó lamentarse de su decisión juvenil de no estudiar ciencias. La biología no fue el único campo por el que se aficionó. Uppsala se vanagloriaba de un acelerador de partículas que pronto vino a fascinar al joven filósofo, a quien el químico Theodor Svedber, ganador del Premio Nobel de 1926, explicó los principios generales de su funcionamiento y su propósito.

El grupo francés adquirió enseguida cierta reputación dudosa en la ciudad y en la universidad, a lo que contribuyó en gran medida sus fiestas ruidosas llenas de alcohol. Foucault, en particular, bebía mucho por aquel entonces. Su fama aumentó cuando compró un potente Jaguar

¹¹ Eribon, *Michel Foucault*, pág. 99.

¹² «Foucault á Uppsala, propos recueillis par Jean Piel», *Critique*, 471-472, agosto-septiembre de 1986, pág. 751. El principal informante de Piel fue Jean-Francois Miquel.

sports beige, que no era el tipo de coche habitual para un miembro joven de la universidad. Era de segunda mano, pero, de todos modos, caro; Foucault seguía recibiendo dinero de su familia, por lo que no dependía sólo de su salario. El Jaguar era su orgullo y su alegría, aunque su condición mecánica dejaba algo que desear y le proporcionó múltiples problemas, y además la propensión al alcohol del conductor hizo que terminara en la cuneta en más de una ocasión¹³.

A pesar de sus comentarios posteriores sobre Suecia, llevaba una vida social mucho más activa y relajada que en París. Jean-Francois Miquel recuerda que al igual que él mismo tuvo más de una amante en Uppsala, Foucault tuvo bastantes más que un amante en un momento dado, lo que implica al menos que algunas de sus parejas eran intercambiables. Si alguna vez tuvo contactos heterosexuales, fue en este tiempo. Una mujer en particular centraba su afecto, aunque en su caso fue platónico. Dani era una joven secretaria francesa que fue a trabajar a Suecia por sugerencia de Jean-Christophe Oberg, hijo de un diplomático destinado en París, que volvió a Suecia a estudiar derecho y después se convirtió en una importante figura del mundo diplomático. Dani fue la secretaria de Foucault en la Maison de France y también desempeñó esta función con Miquel. Acabó formando parte de la pequeña comunidad francesa y Foucault velaba por ella con algo más que afecto paternal. Ambos permanecieron muy unidos; cuando Foucault conoció a Daniel Deféri, su antigua secretaria le sometió a inspección para ver si le convenía¹⁴.

Las incursiones a Estocolmo por motivos de placer o profesionales no eran infrecuentes y una de ellas propició un encuentro inesperado. Miquel y Foucault siguieron el impulso de ir a presenciar la actuación del cantante Maurice Chevalier en la ciudad. Tras el espectáculo, Foucault sugirió que invitaran al cantante a tomar una copa y fueron a la puerta del escenario. Chevalier aceptó enseguida y luego no puso reparos en regresar con ellos a Uppsala en el coche de Foucault. Pasó un fin de semana en la Maison de France de modo oficioso, entreteniendo a su compañía con anécdotas recogidas en su larga carrera. Foucault demostraba poseer un gran talento para hacer que la gente contase historias, y la respuesta de Chevalier fue buena. Resulta algo sorprendente que a Foucault le interesase el cantante. Su gusto musical se inclinaba por lo clásico y escuchaba continuamente a Bach o Mozart mientras trabajaba en sus habitaciones, aunque también profesaba interés por la música serial a la que le había introducido Barraqué. El hecho de que hubiera acumulado una gran colección de grabaciones diferentes de las mismas piezas —en espe-

Entrevista con Denys Foucault y Francine Fruchaud.
Mauriac, *Le temps accompli*, pág. 45.

cial de Bach— era indicativo de que había desarrollado un buen oído para la música.

Aunque su vida en Suecia era frívola en algunos aspectos, se tomó sus responsabilidades docentes muy en serio y triunfó en la difícil tarea de conseguir y retener la atención y el interés de sus estudiantes *ab initio*, predominantemente mujeres, una de las cuales acabó convirtiéndose en la mujer de Miquel. Sus clases de literatura comenzaron la primavera de 1956 con un curso bastante convencional sobre el teatro francés contemporáneo, pero en el siguiente semestre se encontraba dando conferencias sobre «La concepción del amor en la literatura francesa, del Marqués de Sade a Jean Genet». Eran conferencias públicas abiertas a todos, ofrecidas en el principal campus universitario, y en apariencia no eran muy apreciadas. Sade y Genet representaban un aspecto de la cultura francesa que no solía promocionarse por los *missionaires* del Quai d'Orsey. Como Foucault no ceñía su enseñanza a un programa de estudios, los temas elegidos son una clara indicación de sus preferencias personales; Sade y *Genet* iban a suponer un interés duradero. También ofreció seminarios sobre temas corrientes, como el teatro clásico francés. No se cuenta con ninguno de los seminarios o conferencias desarrollados en Suecia, pero es posible que la discusión de la imagen de la locura en la *Andromaque* de Racine que iba a encontrarse en la *Historie de la folie* se originara en un seminario para alumnos que elegían francés como asignatura optativa¹⁵.

En la Maison de France, Foucault era el responsable de una variedad de actividades culturales: organizaba lecturas de obras y actuaciones, y moderaba discusiones sobre la poesía surrealista y la obra de Rene Char, así como la de Édouard Manet y los impresionistas. Mostraba una gran habilidad para la organización y la improvisación. En una ocasión, le enviaron una copia de la película de Fernand River de 1951, *Les Mains sales*, adaptación de la obra de Sartre, casi sin avisarle. Sin haber visto la película, preparó una presentación brillante en unas dos horas. Además debía encargarse de invitar a conferenciantes: Marguerite Duras, Roland Barthes, el novelista Claude Simón y Jean Hyppolite fueron sus huéspedes en Uppsala¹⁶. Para asegurar una discusión viva, hacía que sus amigos leyeran la obra del invitado y ensayaba con ellos su presentación. Luego se mezclaban entre el auditorio para lanzar las preguntas preparadas¹⁷.

¹⁵ *Histoire de la folie*, París, Gallimard, colección Tel, págs. 265-267. [Trad. esp.: *Historia de la locura en la época clásica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.]

¹⁶ La conferencia de Hyppolite sobre «Histoire de la existence» (diciembre de 1955) puede consultarse en *Figures de l'impensé philosophique*, págs. 973-986. La misma conferencia se dictó en los Institutos franceses de Estocolmo, Oslo y Copenhague.

¹⁷ «Foucault á Uppsala», pág. 751.

Era un organizador capaz y eficiente. En enero de 1956, el *inspecteur general* Santelli escribió al ministerio de París para informarle de que Foucault desempeñaba «su dura tarea con una devoción que testimonia su terrible aspecto, pues tengo la impresión de que M. Foucault trabaja demasiado y no descansa lo suficiente»¹⁸.

En la primavera de 1956, Dumézil regresó a Uppsala para pasar los dos meses que acostumbraba en el pisito que le prestaba la Universidad. Su primer encuentro con Foucault estuvo marcado por un curioso ritual: los dos recitaron sus respectivos títulos académicos y se apreció debidamente que Dumézil había obtenido el *baccalauréat* mucho antes que Foucault. Una vez establecido este punto, Dumézil sugirió que se podían tratar de tú. Foucault le dio las gracias con su sueco vacilante: «Tack ska'du ha» y acabaron brindando con aguardiente¹⁹.

Dumézil nació en 1898 y había obtenido el *baccalauréat* justo antes de la Primera Guerra Mundial. Su primera publicación, en la forma de uno de sus muchos estudios sobre mitología comparada, apareció dos años antes de que Foucault naciera²⁰. Tras haber pasado largo tiempo en Polonia, Turquía y Suecia, la École des Hautes Études le contrató como profesor en 1933 y dos años después le nombró *directeur d'études*. En 1948 se le eligió miembro del Collège de France y, una vez retirado, pasó a formar parte de la Académie Française en 1978. Como su trabajo innovador se centra en la comparación entre los distintos panteones indoeuropeos y en los juegos de relaciones más que en elementos sueltos, se le puede considerar legítimamente un representante de las etapas formativas dentro del desarrollo del estructuralismo. También constituye una importante influencia en historiadores tales como Georges Duby²¹. Para el joven Foucault, Dumézil fue simplemente «*le professeur*».

En el prefacio original a la *Histoire de la folie*, Foucault da las gracias a Dumézil, «sin el que esta obra no habría comenzado —ni habría comenzado en el curso de la noche sueca, ni se habría completado en el sol per-

¹⁸ Citado en Eribon, *Michel Foucault*, pág. 105.

¹⁹ Dumézil, *Entretiens avec Didier Eribon*, págs. 214 y 215.

²⁰ Georges Dumézil, *Le festín de l'immortité. Etude de mytologie comparée inioeuropéenne*, París, Annales du Musée Guimet, 1924. Las obras más conocidas de Dumézil son probablemente sus tres volúmenes de *Mythe et épopée: L'idéologie des trois fonctions dans les épopées des peuples indo-européens. Types épiques indo-européens: un héros, un sorcier, un roi e Histoires romaines*, París, Gallimard, 1968, 1971 y 1973. [Trad. esp.: *Mito y epopeya*, vol. I, Barcelona, Seix Barral, 1977.] Los *Entretiens* con Eribon proporcionan una útil introducción a su obra. Véase un extenso estudio en C. Scott Littleton, *The New Comparative Mytology, An Anthropological Assessment of the Theories of Georges Dumézil*, Berkeley, University of California Press, 1968.

²¹ Véase en particular Georges Duby, *Les trois ordres ou l'imaginaire duféodalisme*, París, Gallimard, 1978. [Trad. esp.: *Los tres órdenes o lo imaginario delfeudalismo*, Madrid, Taurus, 1992.]

tinaz de la libertad polaca»²². Cuando Jean-Paul Weber le hizo una entrevista para *Le Monde* acerca de las influencias que habían marcado su libro, Foucault citó de inmediato a «*le professeur*». Weber, sorprendido, le preguntó cómo un historiador de las religiones podía haber inspirado un libro sobre la historia de la locura y recibió la siguiente contestación: «Por su idea de la estructura. Intenté descubrir formas estructuradas de experiencia, cuyo esquema puede encontrarse, con modificaciones, en niveles diferentes, lo mismo que hizo Dumézil con los mitos»²³. No existen pruebas textuales que indiquen que Foucault hubiera leído algo de Dumézil antes de su partida para Suecia.

Dumézil iba a ser bastante más que un mentor intelectual. Era influyente, muy respetado por su posición académica y su erudición, y un hombre cuyo nombre podía abrir muchas puertas. Al igual que Hyppolute, se iba a convertir en parte fundamental de la red de apoyo que Foucault, al no haber trabajado durante un periodo considerable en una universidad francesa, acabaría necesitando para suplir las redes de patronaje más directas sobre las que se basan tantas carreras académicas.

Según la opinión de Dumézil, uno de los mayores atractivos de Uppsala era la gran biblioteca conocida como la *Carolina rediviva*, que describía en su carta inicial a Foucault. Uno de sus grandes tesoros lo constituye la Bibliotheca Walleriana, colección que incluye una vasta biblioteca sobre la historia de la medicina y temas afines. Esta colección acababa de ser catalogada, por lo que Foucault pudo utilizarla plenamente. Si la *Histoire de la folie* tiene un único lugar de gestación, es la biblioteca de Uppsala, aunque resulta obvio que gran parte de la investigación se efectuó en bibliotecas parisienses. Por ejemplo, en la Bibliotheca Walleriana fue donde encontró la obra de Sebastian Brandt *Das Narrenschiff*, escrita en 1494, que es una colección de poemas alegóricos y grabados en madera para ilustrar las variedades de la locura humana a las que se refiere en el capítulo inicial de su primer e importante libro.

Cuando su actividad docente y sus compromisos administrativos lo permitían, Foucault trabajaba en la biblioteca todo el día, de la mañana a la noche, excepto cuando le tocaba cocinar, en cuyo caso se marchaba antes de lo habitual. Sus notas manuscritas aumentaron de forma gradual, las pasó a sus escritos y finalmente viajaron con él a Polonia y Alemania. En 1968, le dijo a un periodista sueco que, cuando dejó Francia, no tenía intención de escribir nada. «Fue en Suecia, durante las largas noches, donde contraí esta manía, este inmundo hábito de escribir cinco o

Histoire de la folie, París, Plon, 1961, pág. X.

«La folie n'existe que dans une société», *Le Monde*, 22 de julio de 1961, pág. 9.

seis horas al día»²⁴. Hay cierto grado de exageración en esta declaración, ya que tenía un contrato de La Table Ronde para escribir una historia de la psiquiatría y tampoco ya le resultaba ajeno el duro trabajo intelectual. Sin embargo, sus planes eran algo vagos y la historia de la psiquiatría nunca se escribió. Lo que se escribió fue la *Histoire de la folie*.

En diciembre de 1957, Foucault parece estar aún pensado en publicar en París. En una carta escrita a Jacqueline Verdeaux, le da las gracias por los «libros de Sainte-Anne» y prosigue:

Probablemente tendré que pedirte dos o tres cosas, pero aquí hay una biblioteca excelente. He escrito unas 175 páginas. Pararé cuando llegue a las 300. [...] ¿Por qué no abordar el tema de este modo: la locura y la experiencia de la sinrazón dentro del espacio abierto por el pensamiento griego? [...] ¿Crees que el editor aceptaría un libro como ése, con veinticinco o treinta páginas al final de notas eruditas en latín? Me gustaría enviarte lo que he hecho, pero son puros garabatos. Tendrá que reescribirlo la mecanógrafa. O quizá utilice una grabadora. Si está listo para junio o septiembre, ¿podría publicarse en diciembre o enero?²⁵.

El plan de publicar en París se abandonó, probablemente antes de que esta carta se escribiera. Dejando a un lado el proyecto de La Table Ronde y sin tener en cuenta las obligaciones adquiridas por el contrato, había decidido que su obra en curso se presentaría como tesis doctoral en Suecia. Los medios para la investigación con que contaba en Uppsala eran excelentes y le tentaban a quedarse —fue el primer intento fantástico de dejar Francia para siempre—, a pesar de su poca disposición para pasar allí incluso las vacaciones escolares. Un doctorado sueco no necesariamente habría resultado aceptable para el sistema académico francés, lo cual arrojaba dudas en el caso de una vuelta final a Francia. También existía un problema de lengua, ya que sólo hablaba sueco a un nivel conversacional básico y era incapaz de enseñar en otra lengua que no fuera el francés. Resulta obvio que tampoco podía escribir una tesis en sueco.

No se sabe si consideró estos problemas seriamente, pero lo cierto es que se dirigió al profesor Stirn Lindroth con su propuesta doctoral. Lindroth era especialista en historia de la ciencia y de las ideas, y una figura de la mayor importancia en la universidad. Hablaba francés, había traba-

²⁴ Yngve Lindung, «En intervju med Michel Foucault», *bonniers Litterära Magasin*, marzo de 1968, pág. 203.

²⁵ Citado en Didier Eribon, *Michel Foucault*, segunda edición revisada. París, Flammarion, colección Champs, 1991, págs. 356 y 357. La fecha resulta incierta debido a la costumbre de Foucault de fechar las cartas con el día y el mes pero sin el año.

jado sobre la filosofía y la medicina del Renacimiento y no se hallaba mal dispuesto hacia Foucault, a quien había invitado a comer varias veces. Sin embargo, no le causó buena impresión el manuscrito que se le mostró en 1957. En particular, puso objeciones a sus generalizaciones especulativas que, a su parecer, ofendían la tradición de empirismo y positivismo de Uppsala. Aunque Foucault revisó su manuscrito al menos cuatro veces, Lindroth seguía reacio a considerar su aceptación. Sin duda le habría interesado una tesis sobre la historia de la medicina basada en los fondos de la Walleriana, pero no tenía simpatía por este proyecto. En vano Foucault se disculpaba por sus errores y trataba de ganarse al profesor:

Me equivoqué al no definir mi proyecto, que no consiste en escribir una historia de los hallazgos de la *ciencia* psiquiátrica, sino más bien en escribir una historia del contexto *social y moral imaginario* dentro del que se ha desarrollado. Porque me parece que hasta el siglo *xix*, por no decir hasta el presente, no existió un conocimiento objetivo de la locura, sino la mera formulación, en términos de analogía científica, de cierta experiencia (moral, social, etc.) de la Sinrazón. De ahí proviene el modo no objetivo, acientífico y ahistórico con que abordo la cuestión. Pero quizá la empresa es absurda y esté condenada al fracaso de antemano²⁶.

Lindroth hizo oídos sordos a los argumentos de Foucault y puso en claro que su proyecto doctoral carecía de futuro en Uppsala. Según Jean-Francois Miquel, esta hostilidad hacia el proyecto fue lo que precipitó su abrupta partida de Suecia. El programa docente publicado para el otoño de 1958 anunciaba una conferencia de Foucault sobre «La experiencia religiosa en la literatura francesa desde Chateaubriand hasta Bernanos». Nunca llegó a dictarse y en octubre de 1958 Foucault ya estaba en Varsovia.

El orgullo herido tiene un buen papel en la explicación de la acritud de sus comentarios posteriores sobre Suecia. Puede que la soledad también haya sido un problema real. Al finalizar el año lectivo de 1957, Miquel, Dani y Papet-Lépine habían abandonado Uppsala. Aunque Foucault tenía buenos amigos suecos —incluido Eric-Michel Nilsson, su joven amigo y futuro cineasta a quien dedica la *Histoire de la folie*—, el núcleo de su mundo social se había desintegrado mucho.

Foucault había establecido con rapidez lo que se iba a convertir en el patrón de los años que pasó en el extranjero. A pesar de los «sufrimientos» que le había causado la vida en Francia, volvía con frecuencia a Pa-

²⁶ Carta del 10 de agosto de 1957 a Stim Lindroth, citada en Eribon, págs. 107 y 108. Entrevista con Jean-Francois Miquel.

rís durante los periodos vacacionales y nunca permaneció un verano entero en Suecia, partiendo hacia Francia en el famoso Jaguar tan pronto como terminaban sus compromisos docentes. Quizá esto explique en parte las referencias a las oscuras noches suecas; no tenía experiencia real de las noches blancas, cuando el sol no se pone y cuando la población de Estocolmo deja la ciudad para dirigirse al archipiélago de islas situado al este. En diciembre de 1955, sólo cuatro meses después de haber llegado a Uppsala, regresó a París para pasar las vacaciones navideñas. La visita tuvo dos resultados significativos: una ruptura y un encuentro.

La relación con Barraqué no iba por entonces muy bien. Foucault pasó parte de las vacaciones con él y el resto del tiempo en Le Piroir. Poco después del estreno de *Séquence*, recibió una carta: «No quiero más "Diciembres"; no quiero representar más u observar esa "degradación". He escapado de ese vértigo loco.» Un amigo le había aconsejado no tener más que ver con Foucault: «Ese hombre te destruirá cuando se haya destruido a sí mismo». En mayo de 1956 Foucault intentó una reconciliación, pero fue rechazado²⁷. Su relación con Barraqué había terminado. La referencia de éste a la «degradación» es enigmática, pero, visto con retrospectiva, resulta muy tentador contemplarla como una alusión a cierto matiz sadomasoquista de su relación.

Conoció a Roland Barthes en diciembre de 1955 por mediación de Robert Mausi, investigador de la ENS²⁸. A sus cuarenta años, no era una figura muy conocida. Había consumido gran parte de su juventud en un sanatorio para tuberculosos y por ello no había podido optar a la *agrégation*, rito de pasaje esencial para cualquiera que buscara hacer una carrera académica regular. En 1955 se dedicaba fundamentalmente a trabajos como *freelance*, pero también tenía un puesto como editor en *Téâtre Populaire*, revista que había hecho mucho por divulgar a Brecht en Francia. Había publicado *Le degré zéro de l'écriture* con cierto aplauso en 1953, y *Michelet par lui même*, sobre el que había trabajado de forma esporádica durante años, apareció en 1954. Los ensayos que se recogerían en la antología *Mythologies* en 1957 estaban apareciendo regularmente en *Les Lettres Nouvelles*, *Esprit France-Observateur*, por lo que comenzaba a establecer su reputación como crítico cultural, pero aún no era la importante figura literaria en la que acabaría convirtiéndose.

Barthes y Foucault compartían intereses, pero también eran muy diferentes. Por ejemplo, había diferencias políticas que, irónicamente, se invertirían en los años setenta. En este periodo, Barthes trabajaba aún dentro de una estructura cuasimarxista, mientras que Foucault era indiferen-

Eribon, *Michd Foucault*, págs. 89 y 90.
Ibid., pág. 104; Calvet, *Roland Barthes*, pág. 154.

te a la política. Sus actitudes hacia la homosexualidad que compartían también eran marcadamente distintas. Aunque resultaría anacrónico hablar de que en los años cincuenta fuera pública, la orientación sexual de Foucault no era un secreto para sus amigos o para su hermano. Es probable que su madre también estuviera al tanto. En contraste, Barthes tenía mucho interés por esconder su sexualidad a su madre con quien vivía y lo consiguió hasta su muerte en 1977. A pesar de todo, se hicieron amigos íntimos y amantes ocasionales. Comían juntos cuando Foucault estaba en París y pasaban las noches en cafés y clubes de Saint-Germain-des-Prés. Barthes fue uno de los conferenciantes invitados a Uppsala y se fueron juntos de vacaciones al norte de África en numerosas ocasiones. La relación iba a durar hasta 1960.

En el verano de 1957, París fue escenario de un encuentro significativo de una clase bastante diferente. Buscando «no recuerdo qué libro», Foucault acabó en la inmensa librería situada frente a los jardines de Luxemburgo o, en otras palabras, en los dominios del temible José Corti, librero y editor, en la rue de Medicis. Corti se hallaba enfrascado en conversación con un amigo y, mientras esperaba, Foucault comenzó a echar un vistazo a una vieja serie de libros de tapas amarillas publicados por la Librairie Lemelle, bien conocida por sus ediciones de los poetas parnasianos. Comenzó ojeando uno por curiosidad indolente. Se trataba de *La Vue* de Raymond Roussel, un poema de dos mil versos que describía una vista costera tallada en un portaplumas. De inmediato le sorprendió la similitud entre *La Vue* y *Le Voyeur* de Robbe-Grillet (1955). Roussel le resultaba bastante desconocido. Cuando Corti hubo terminado su conversación, Foucault le preguntó con timidez quién era Roussel. «Corti me miró con una suerte de piedad generosa y dijo: "Después de todo, Roussel...". Comprendí de inmediato que debía haberlo conocido y con la misma timidez le pregunté si podía comprar el libro, puesto que lo tenía a la venta. Me sorprendió o, mejor, me desagradó lo caro que era»²⁹. Luego Corti le recomendó que leyera *Comment j'ai écrit certains de mes livres*. Durante unos cuantos años siguientes, Foucault adquirió poco a poco las obras completas de Roussel; había encontrado un nuevo entusiasmo, casi una obsesión, pero mantuvo este amor secreto para sí mismo: «Ya entiendo, fue mi amor secreto durante varios veranos... y nadie lo supo»³⁰.

A pesar de la sonrisa más bien condescendiente de Corti, no había razón para que Foucault se sintiera particularmente avergonzado por no conocer a Roussel. Nacido en 1877, murió en circunstancias dudosas en Palermo en 1933 y su obra se había olvidado casi por completo, a pesar del

²⁹ Posfacio a *Death and the Labyrinth*, págs. 171 y 172.

³⁰ *Ibid.*, pág. 185.

interés que demostraron por ella los surrealistas y Leiris. Por entonces, sólo se le había dedicado un libro³¹. El segundo, que coincidió con el resurgimiento del interés por un autor descuidado indebidamente, apareció en 1965, escrito por Foucault.

Durante el tiempo que permaneció en Suecia, Francia había comenzado a cambiar rápidamente, mientras la guerra con Argelia continuaba y la Cuarta República se desmoronaba. Estos hechos le interesaban poco. El sabor amargo del PCF perduraba en su boca y por el momento estaba completamente desencantado de la política. Leía con sus amigos *Le Monde* y *Le Figaro* de modo regular, pero adoptó la postura cínica y despreocupada del exiliado no comprometido ante los acontecimientos de Francia. Había un pequeño número de estudiantes argelinos en la universidad de Uppsala y se organizaron mítines en apoyo del movimiento de independencia encabezado por el Frente de Liberación Nacional (FLN). Foucault mantuvo algunos contactos con estos estudiantes e invitó a varios a comer en sus habitaciones. Tenía una simpatía vaga por la causa argelina, pero no era un defensor militante³².

A pesar de esa simpatía, también le impresionó mucho el discurso de Albert Camus cuando aceptó el Premio Nobel en diciembre de 1957. En su papel de director de la Maison de France, echó una mano en las preparaciones para la visita de Camus y estaba presente cuando pronunció su discurso de aceptación el 10 de diciembre. Dos días después de la ceremonia del Nobel, Camus tomó parte en un debate de la universidad de Estocolmo y un estudiante argelino le preguntó por qué no había adoptado una postura pro independentista. Según se iba calentando la discusión, Camus, enfadado, hizo la famosa declaración: «Siempre he condenado el terror y también debo condenar el terrorismo que se usa ciegamente en las calles de Argel, por ejemplo, y que quizá un día golpee a mi madre o a mi familia. Creo en la justicia, pero defenderé a mi madre antes que a ésta»³³.

La siguiente conferencia de Camus en Uppsala, el 14 de diciembre, organizada en parte por Foucault y dedicada al tema «El artista y su tiempo», se llevó a efecto sin incidentes y no surgieron temas políticos. No hay pruebas de que Foucault haya expresado alguna duda o reserva acerca de sus declaraciones en Estocolmo. El director de la Maison de France no estaba, por supuesto, en posición de hacer declaraciones públicas en favor del FLN; lo que resulta sorprendente es que ni siquiera un amigo íntimo como Miquel recuerde que Foucault hiciera alguna declara-

³¹ Jean Ferry, *Une étude sur Raymond Roussel*, París, Arcanes, 1953.

³² Entrevista con Jean-François Miquel.

³³ *Le Monde*, 14 de diciembre de 1957.

ción en privado. Años después aclaró que había sido contrario a la guerra, pero, añadió, casi con pesar, que al estar fuera por entonces, no había participado en una de las experiencias decisivas de la Francia contemporánea. También señaló que la guerra había puesto fin a un «largo periodo en el que era ampliamente compartido en la izquierda, que el PCF, la lucha correcta y la "causa justa" eran sinónimos»³⁴.

A pesar de la indiferencia que profesaba a la política, le resultó imposible pasar por alto los acontecimientos de mayo de 1958, cuando De Gaulle volvió al poder en un clima que parecía peligrosamente próximo a una abierta rebelión militar en Argelia. Foucault fue con Oberg en coche desde Uppsala hasta París a finales de ese mes y ambos se mezclaron con multitudes excitadas que llenaban los Champs-Élysées y ondeaban banderas blancas y azules³⁵. Pasó al menos dos meses en París, en la casa de su hermano en la rue Monge, y regresó a Uppsala sólo para hacer las maletas. No se tiene registro de sus consideraciones sobre los sucesos de mayo, pero muchos de sus conocidos recuerdan que no le resultaba antipático De Gaulle y creen que por entonces tenía tendencias gaullistas. Lo que es cierto es que no apoyaba la tesis —no poco común en la izquierda y dogma de fe para el PCF— de que la vuelta de De Gaulle era un golpe de Estado que anunciaba el surgimiento de «un régimen presidencial orientado hacia la dictadura presidencial que abría la vía del fascismo», y que tenía una opinión positiva del modo en que se había tratado la situación argelina y del proceso subsiguiente de descolonización³⁶.

En octubre de 1958 Foucault se encontraba en Varsovia, a cargo del Centre Français de la universidad. El puesto se había acordado en tiempo muy breve y de nuevo Dumézil tenía algo que ver. El director de la sección de enseñanza de la lengua francesa del Quai d'Orsay era Philippe Rebeyrol, compañero de Dumézil en la ENS. Las negociaciones diplomáticas con Polonia habían dado como resultado el establecimiento de un centro francés y Rebeyrol buscaba alguien que se encargara de él. Dumézil sugirió el nombre de Foucault. Según la opinión de Rebeyrol, el juicio de Dumézil era de peso y Foucault se había forjado una sólida reputación por su eficiencia en Uppsala. Sus referencias eran buenas. En mayo de 1958, se había mandado un informe sobre el director de la Mai-

³⁴ *Coïncidi con Foucault*, págs. 42, 60.

³⁵ Eribon, pág. 111.

³⁶ Resolución adoptada por el XIV Congreso del PCF (junio de 1959), citado en M Adereh, *The French Communist Party: A Critical History (1920-1984)*, Manchester University Press, 1984, pág. 171; entrevista con Daniel Deféri.

son de France al Quai d'Orsay: «El señor Foucault es un brillante representante en el extranjero de la cultura francesa. Le va muy bien en Uppsala, donde se ha ganado la confianza de profesores y alumnos. Resulta indispensable en su puesto y uno se pregunta cómo se le podría reemplazar si, como es predecible, acaba cansándose del clima nórdico»³⁷. Sigue estando poco claro si Foucault expresó a Dumézil realmente —y, en caso afirmativo, cuándo— su falta de disposición para quedarse en Suecia. Incluso cuando se negocia mediante amigos, lleva tiempo disponer un puesto diplomático-cultural y el Quai d'Orsay nunca se había destacado por su rapidez de actuación. Si, como parece al menos posible, se había propuesto Polonia como una opción en mayo de 1958, la seriedad con la que Foucault consideraba su plan de defender una tesis doctoral en Uppsala debe ponerse en cuestión.

El traslado de Suecia a Polonia fue, en palabras de Foucault, «pasar de un país socialdemócrata que funcionaba bien a una democracia popular que a duras penas funcionaba»³⁸. Varsovia seguía parcialmente en ruinas y eran frecuentes las restricciones materiales; nada más llegar, Foucault se alojó en el decrepito hotel Bristol, cerca de la Universidad, y se vio forzado a trabajar a la luz de una vela en el manuscrito de la *Histoire de la folie*. En términos políticos, también era una ciudad triste. Todavía aleteaban, pero sólo a intervalos, los recuerdos del «Octubre polaco», cuando Gomulka desafió la amenaza de la intervención soviética y cuando se celebró un «festival permanente de vanguardismo exultante»³⁹ en la universidad. A medida que Gomulka comenzó a reafirmar su autoridad, la alianza entre el Partido y los intelectuales comenzó a deteriorarse. A finales de 1957, los estudiantes se habían amotinado contra la supresión de la prensa «revisiónista» y la afiliación al Partido descendía de modo vertiginoso⁴⁰.

A Foucault le impresionaron dos cosas. Por un lado, los polacos consideraban su régimen como algo a lo que les había forzado el resultado de la Segunda Guerra Mundial y la ocupación. El Partido y el gobierno formaban un bloque extranjero con el que se veían forzados a convivir. Por otro lado, se consideraba la desastrosa situación económica una penosa secuela de la guerra. Todo tenía una apariencia provisional o temporal⁴¹. Para la mayoría de sus estudiantes, el marxismo era un objeto de disgusto, una teoría sin importancia que tenían que estudiar como un esco-

³⁷ Citado en Eribon, *Michael Foucault*, pág. 106.

³⁸ *Colloqui con Foucault*, pág. 71.

³⁹ Neal Ascherson, *The Polish August*, Harmondsworth, Pelican, 1981, pág. 76.

⁴⁰ *Ibid.*, pág. 81.

⁴¹ «L'expérience morale et sociale des Polonais ne peut plus être effacée», *Les Nouvelles Littéraires*, 14-20 de octubre de 1982, pág. 8. -

lar francés debía estudiar el catecismo⁴². Además, el catolicismo representaba una forma de resistencia pasiva: «Mucha gente iba a misa, sólo para mostrar su oposición al régimen»⁴³. La misma universidad era un enclave bastante liberal; uno de sus antiguos profesores señala que era muy posible caminar por el campus sin darse cuenta de que existía una estrecha represión ideológica sobre la sociedad polaca en su conjunto⁴⁴.

Las responsabilidades de Foucault en Varsovia eran en principio similares a las que había atendido en Uppsala, pero se diferenciaban en que tenía que rendir algunas cuentas ante las autoridades universitarias y que había de crear el centro procurando mesas y sillas, así como libros y periódicos. Además de ocuparse de las clases de lengua francesa, daba conferencias sobre temas similares a los ya dictados, con referencia particular al teatro contemporáneo. Consiguió hacerse conocido en la universidad y de inmediato ganó la amistad del profesor Kotarbinski, distinguido presidente de la Academia de Ciencias, con un importante poder en los círculos académicos. En resumidas cuentas, el Centre Francais se convirtió rápidamente en un éxito.

Las actividades de Foucault no se restringían al Centre Francais en embrión. De Gaulle había otorgado una importancia considerable a la embajada francesa en Varsovia, que consideraba una ventana abierta al Este, opinión compartida por su embajador, Étienne Burin des Rozières. Éste no sabía nada acerca de Foucault cuando apareció en la embajada en el otoño de 1958, pero pronto le impresionaron su energía y eficiencia. Hacía poco que se había concedido una licencia al agregado cultural francés para que completara su tesis doctoral y de modo no oficial Foucault ocupó su puesto. Ahora era miembro efectivo del personal de la embajada.

Su nueva posición le proporcionó algunas perspectivas sobre los rituales de la vida diplomática, que contemplaba divertido; también supuso para él la oportunidad de viajar y dictar conferencias en otras ciudades. En 1989, Burin des Rozières podía recordar aún la deslumbrante conferencia sobre Apollinaire que ofreció en Gdansk. Tan impresionado estaba con él, que le pidió que se quedara como agregado cultural permanente. Foucault estaba dispuesto a aceptar la proposición, pero sólo si se cumplían sus condiciones. Sostenía la opinión de que el Quai d'Orsay se equivocaba al creer que los agregados culturales podían ser transferidos a voluntad desde, digamos, Sudáfrica hasta Polonia, como si fueran hombres adaptables a todos los climas y a todos los lugares. Que-

Colloqui con Foucault, pág. 71.

Citado en Mauriac, *Et comme j'esperance est violente*, pág. 574.

Entrevista con Zygmunt Bauman.

ría formar un equipo de jóvenes especialistas polacos que pudieran establecer una red de centros franceses a lo largo de todo el país. Burin des Roziers estaba de acuerdo con el proyecto, pero circunstancias inesperadas dieron al traste con él incluso antes de que se terminara⁴⁵.

El director del Centre Francais tuvo menos éxito que su creación pues se vio envuelto en un desafortunado embrollo sexual. Aunque la atmósfera católica predominante hace que mucha gente desapruete la homosexualidad, en la práctica nunca se ha ¿legalizado en Polonia, que jamás ha conocido un juicio equivalente al de Osear Wilde⁴⁶. En los círculos artísticos e intelectuales en los que se desenvolvía Foucault, era bastante posible ser gay a las claras. Sin embargo, era una opción peligrosa para un extranjero, en especial si se trabajaba como agregado cultural en una embajada. Uno de los jóvenes con los que se había relacionado Foucault resultó que trabajaba para la policía. Era hijo de un oficial asesinado en Katyn y, por lo tanto, dada la ideología del momento, sospechoso de poseer antecedentes burgueses-nacionalistas. Trabajar para la policía era el precio que había pagado por su educación universitaria. El adoctrinamiento político aseguraba también que creía que el Partido Comunista Francés trabajaba en la clandestinidad y que sus actividades *comoprovo-cateur* acabarían beneficiando las causas del proletariado francés. Foucault había sido atrapado con una maniobra clásica —la «trampa de miel» de tantos *thrillers* de espionaje— diseñada para provocar turbación y, posiblemente, para permitir el chantaje. Cuando se reveló el asunto, el embajador le aconsejó que dejara Varsovia lo antes posible⁴⁷. No era ésta la primera ocasión en la que su sexualidad se había entrometido en su carrera polaca. La intrusión anterior quizá también tuvo un impacto sobre su carrera en Francia.

En una visita a Cracovia, Foucault fue acompañado por una inspectora del Ministerio de Educación de París, que estaba preparando un informe sobre la tarea cultural en Polonia. Por entonces ya poseía algún poder y más tarde se convertiría en la directora de la École Normale Supérieure femenina. Una mañana, incapaz de localizar al agregado cultural en funciones, irrumpió en la habitación de su hotel, donde, para su horror, halló a Foucault en los brazos de un joven que había conocido la noche anterior. Años después, Foucault contó la historia con gran deleite, declarando que este absurdo incidente le había impedido presentar un

⁴⁵ Étienne Burin des Roziers, «Une rencontre á Varsovie», *LeDébat*, 41, septiembre-octubre de 1986, págs. 133 y 134.

⁴⁶ Entrevista con Zygmunt Bauman.

⁴⁷ Entrevistas con Daniel Defert, Bernard Kouchner y Jacques Lebas.

plan a De Gaulle para la reforma de la educación superior que habría atajado la explosión de Mayo del 68⁴⁸. No está claro si el incidente de Cracovia afectó o no su carrera; sin embargo, se sabe que en 1962, con alguna ayuda de Burin des Rozières, consiguió una entrevista con el funcionario responsable de universidades y le presentó el borrador de un plan para la reforma de tal sector.

Iban a pasar unos veinte años hasta que Foucault volviera a Polonia. Retuvo una impresión duradera del «poder restrictivo y opresivo del Partido Comunista»⁴⁹, pero un afecto igual de duradero por el pueblo polaco. Más tarde le produjo gran satisfacción saber que, mientras Polonia seguía gobernada por los títeres de Moscú, un polaco gobernaba la Iglesia católica⁵⁰.

El incidente de Varsovia le dejó sin empleo, pero pronto se remedió por la visita de Rebeyrol al Quai d'Orsay. A pesar del incidente, tenía buen crédito Jean Bourilly, a quien había reemplazado temporalmente como agregado cultural, dio excelentes referencias sobre él. Existían varios puestos vacantes en los institutos culturales franceses en Alemania, y Foucault optó por Hamburgo, otra ciudad que seguía sufriendo las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial.

Residió en las habitaciones destinadas al director del Instituto Français en Hidmer Strasse, dio clases de lengua a grupos de alumnos reducidos y dictó conferencias sobre los mismos temas que ya había utilizado en Uppsala y Varsovia. Invitó a otros conferenciantes, incluido Alain Robbe-Grillet, cuya obra había leído pero a quien no conocía. No todas sus conversaciones fueron estrictamente literarias; parece haber sido Foucault quien introdujo al novelista en los clubes de *strip-tease* de Hamburgo, así como en las ferias y en el «laberinto de los espejos» que, según Foucault, le proporcionó el punto de partida para su novela *Dans le labyrinthe* (1959)⁵¹.

No le resultaba desconocido el lado más depravado de la vida de Hamburgo. Tuvo relación con un travestido y frecuentaba la zona de tolerancia de Sankt Pauli⁵². Uno de los huéspedes oficiales al que dio la bienvenida fue el novelista Pierre Gasear, que proporciona un extraño relato del año pasado en Hamburgo⁵³. Llegó en tren desde Hanover, sa-

⁴⁸ Entrevistas con Jacques Lebas y Daniel Defert.

⁴⁹ «The Minimalist Self», pág. 5.

⁵⁰ Sheridan, «Diary».

⁵¹ Claude Mauriac, *Le rire desperes dans lesyeux des enfant*, París, Livre de poche, 1989, página 197; posfacio de *Death and the Labyrinth*, pág. 172.

⁵² Entrevista con Daniel Defert.

⁵³ Pierre Gasear, «La nuit de Sankt-Pauli», en *Portraits et souvenirs*, París, Gallimard, 1991.

biendo sólo que le recibiría alguien con un letrado diciendo «Institut Français». Cuando puso los pies en la plataforma, vio una figura inmóvil que sujetaba a la altura de la barbilla un írozo de cartón con las palabras esperadas. Como un condenado añado a la estaca, Foucault se presentó y le obsequió una sonrisa en la que su sorprendido huésped —que daba por sentado que sería recibido por algún cargo de poca importancia o incluso por un chófer— percibió ironía y provocación:

Era la actitud perfecta del exhibicionista que ofrece al otro, con perfecta serenidad, esa parte de sí mismo que posee el valor de una invitación. Esa imagen de su carácter iba a permanecer impresa en mi memoria. Le definió para siempre, aprisionándole allí, en medio de la multitud en movimiento, en la sonriente impasibilidad «contra corriente» que desde entonces no dejó nunca de demostrar en medio de los movimientos filosóficos o políticos de su tiempo⁵⁴.

Gasear no había visitado antes Hamburgo, aunque, como prisionero de guerra, la había visto arder en el horizonte. Foucault demostró ser un buen guía de la ciudad, muy versado en su historia y conocedor de sus calles. Los dos visitaron el Kunsthalle, donde Foucault hizo comentarios desfavorables sobre la colección de pinturas románticas alemanas, y acabaron en la zona de Sankt Pauli, con sus luchadoras del barro, sus prostitutas u otras atracciones varias. Para Gasear, el barrio era una especie de atracción turística sórdida, de la que había oído contar historias escandalosas. Foucault lo conocía mejor y en algunos bares y clubes de *strip-tease* le llamaban «Herr Dokíor».

Sankt Pauli sólo era una parte de su vida en Hamburgo. Aquí fue donde la *Histoire de la folie*, que discutió en cierta extensión con Gasear, se terminó. Para entonces, Foucault había resuelto presentarla como tesis doctoral en Francia y había hecho que Hyppolite supiera sus intenciones en París. *Histoire de la folie* iba a ser su tesis principal; los reglamentos de la Sorbona determinaban que debía apoyarse con otra «tesis complementaria», también sobre un tema filosófico. Foucault eligió traducir y hacer la introducción a *Atbropohgie in pragmatischer Hinsicht* de 1798⁵⁵, y la mayor parte del año pasado en Hamburgo lo dedicó a la fastidiosa tarea de reactivar el alemán que había aprendido en un principio para poder leer a Heidegger y Nietzsche. Finalmente se había resuelto por la carrera académica y había un puesto disponible en Clermont-Ferrand.

La introducción a la *Anthropohgie* que constituye el primer volumen

Ibid., pág. 64.

La traducción de Foucault se basó en la segunda edición de 1780.

de la «tesis complementaria» —el otro es la traducción en sí— es en muchos sentidos una obra académica clásica que Foucault nunca pretendió publicar. Muchas de las 127 páginas mecanografiadas se dedican a la datación del texto y a puntos de la edición, pero marca un estadio importante en su desarrollo intelectual. Aquí es donde comienzan a aparecer referencias a una «arqueología del texto» y a la emergencia de las «ciencias humanas» (término genérico, usado en francés desde el siglo xix, que designa disciplinas como la sociología, la psicología y la lingüística), y Foucault pregunta: «Si fuera posible, ¿no nos permitiría la arqueología del texto contemplar el nacimiento de un *homo criticus*, cuya estructura sería esencialmente diferente a la del hombre que le precedió?»⁵⁶. De modo más general, la descripción kantiana del hombre como ciudadano del mundo se contrapone a un trasfondo de textos médicos y legales contemporáneos, o al «conjunto de la cadena de conocimientos empíricos» que constituían el campo de la antropología⁵⁷.

Lo que resulta más sorprendente es el final de la tesis. Interrumpiendo de improviso la discusión sobre Kant, evoca a Nietzsche en términos proféticos:

La empresa de Nietzsche debe entenderse como el final definitivo de las preguntas sobre el hombre. ¿No se manifiesta en efecto la muerte de Dios en un gesto doblemente asesino que, al poner fin al absoluto, al mismo tiempo es el asesinato del hombre? Porque el hombre, en su condición finita, no es separable de la infinitud, de la que es tanto la negación como el mensajero. ¿No es posible concebir una crítica de la condición finita que libere al hombre y al infinito y que muestre que la condición finita no es un fin, sino esa curva y ese nudo del tiempo en los que comienza el fin?

La trayectoria de la pregunta *Was ist der Mensch?* por el campo filosófico termina con la respuesta que la reta y desarma: *der Übermensch*⁵⁸.

La similitud con el famoso pasaje que se encuentra hacia el final de *Les mots et les choses* es asombroso: «Lo que anuncia el pensamiento de Nietzsche no es tanto la muerte de Dios [...] como el final de su asesinato; es la desaparición entre risas del rostro del hombre y el retorno de las máscaras»⁵⁹. Más asombrosa aún es la similitud con un manuscrito no publicado escrito por Louis Althusser en 1946: «Nos hemos apren-

⁵⁶ «Thèse complémentaire», pág. 4. En la Bibliothèque de la Sorbone y en la Bibliothèque du Salchoir existen copias mecanografiadas para consulta.

⁵⁷ *Ibid.*, pág. 112.

⁵⁸ *Ibid.*, págs. 126 y 127.

⁵⁹ *Les mots et les choses*, París, Gallimard, 1966, págs. 396 y 397.

dido todos de memoria estas palabras de A. Malraux: "Al final del siglo, el anciano Nietzsche proclamó la muerte de Dios. Ahora nos toca formular preguntas sobre nosotros mismos y preguntarnos si el hombre no debe estar muerto de aquí en adelante". Cito de memoria y puede que éstas no sean sus palabras exactas»⁶⁰. Se refiere al discurso pronunciado por Malraux en la reunión inaugural de la UNESCO el 4 de noviembre de 1946⁶¹. Es un tema persistente en Malraux, cuya obra era bien conocida por Foucault. En una de sus primeras novelas escrita en 1921-1925, que adopta la forma de un intercambio de cartas spenglerianas entre A. D., un europeo que vive en China, y Ling, un chino que viaja por Europa, Malraux escribió: «Para destruir a Dios, y después de haberlo destruido, la mente europea destruyó todo lo que podía oponerse al hombre; una vez conseguido su intento, sólo encuentra la muerte»⁶².

Probablemente nunca se sabrá si Foucault había leído el manuscrito de Althusser. Sin embargo, debe recordarse que Alexandre Kojève había asegurado que la noción de la muerte del hombre y la misma expresión eran del dominio público a finales de los años cuarenta⁶³. Quizá no sea sorprendente que Althusser invoque la noción por mediación de Malraux, dada la importancia del Hegel de Kojève en ese tiempo. El hecho de que aparezca en la tesis de Foucault sobre Kant y después en *Les mots et les choses* es más curioso, pero es un recordatorio de que el territorio filosófico que iba a reclamar como suyo había sido demarcado por Kant y Nietzsche, y que la muerte del hombre no era un descubrimiento del estructuralismo. Es obvio que Malraux, Kojève y Foucault no usan el tropo de la «muerte del hombre» en el mismo preciso sentido. Para Malraux, la muerte del hombre es parte de una visión trágica en la que la ausencia de Dios y el encuentro con el absurdo niega la idea de la humanidad y quizá señale la aparición de una barbarie nihilista. Para Kojève, la filosofía antropológica hegeliana habla de la muerte del hombre en la medida en que es un ser consciente de la muerte, que acepta libremente su carácter de inevitable. Para Foucault, que escribía en 1966, la muerte del hombre indica la imposibilidad de continuar pensando con una noción abstracta del hombre; la noción noble de un sujeto humano autónomo se ha vuelto insostenible por los descubrimientos del psicoanálisis, la lin-

⁶⁰ Citado en Boutang, *Louis Althusser*, pág. 283

⁶¹ Jean Lacouture, *Malraux: Une vie dans le siècle*, París, Seuil, colección Points, 1976, páginas 337 y 338. [Trad. esp.: *André Malraux*, Valencia, Alfons el Magnanim, 1991.]

⁶² André Malraux, *La tentation de l'Occident*, Livre de Poche, 1972, pág. 158

⁶³ Véase en particular Alexandre Kojève, *Introduction a la lecture de Hegel*, París, Gallimard, colección Tel, 1979, págs. 529-576.

güística y el marxismo. En su tesis doctoral de 1961, se está apropiando de una sombría visión nietzscheana sobre un mundo posteológico en el que la noción del hombre garantizada por la divinidad se pone en cuestión. La famosa fórmula de *Les mots et les dioses* demuestra tener una historia completa o prehistoria.

Una historia de la locura

La Francia a la que volvió Foucault en el otoño de 1960 estaba cambiando. La Cuarta República había dado paso a la Quinta, y De Gaulle llevaba en el poder dos años. El país comenzaba a modernizarse. En febrero había detonado su primera bomba atómica y en verano se aprobó la legislación que permitía la construcción de la primera autopista de peaje. Se puso en circulación el franco nuevo. Los cines exhibían *A bout de soufflé* de Godard, que había alcanzado el cuarto de millón de espectadores al finalizar el año. Enero había sido testigo de la muerte de Camus en una colisión automovilística; marzo, del lanzamiento de un nuevo periódico literario titulado *TelQuel*. En mayo, Sartre publicó su monumental *Critique de la raison dialectique*, que proclamaba que el final del siglo xx era la etapa de Marx, del mismo modo que en siglos anteriores había habido una etapa de Descartes, Kant o Hegel, y que el marxismo era el único humus del que podía nutrirse el pensamiento individual, el horizonte que bordeaba toda la cultura¹. En septiembre, 121 intelectuales y artistas firmaron una declaración en apoyo del creciente número de jóvenes que se negaban a luchar en Argelia o que desertaban del ejército francés. Ningún diario nacional se atrevió a publicarla. La guerra en Argelia estaba a punto de acabar, pero en ese año estallaron enfrentamientos en el mismo París, ya que la Organisation Armée Secrete trataba desesperadamente de resistir la inevitable independencia de Argelia.

Los cambios tendientes a la modernización no se extendían a todas las esferas de la cultura francesa. El 18 de julio de 1960, la Assemblée Na-

¹ Jean-Paul Sartre, *Critique de la raison dialectique*, París, Gallimard, 1960, pág. 17.

tionale presentó a debate una ley que autorizaba al gobierno a tomar medidas contra lacras sociales tales como la prostitución y el alcoholismo, y enfermedades como la tuberculosis. Después se propuso una enmienda por un tal Mirguet, representante electo del distrito electoral de Moselle, quien instaba a adoptar medidas contra la homosexualidad, descrita como una plaga de la que debía protegerse a los niños a toda costa. La ley y la enmienda se sometieron a votación y el 30 de julio de 1960 se encomendó de forma oficial al gobierno la reducción de la incidencia del alcoholismo, la disminución de los precios de las bebidas no alcohólicas ... y la lucha contra la homosexualidad². La enmienda Mirguet, que permaneció en el código legal hasta 1981, afectó poco la vida cotidiana de cualquiera, pero tuvo una inmensa importancia simbólica, sobre todo puesto que seguía vigente la legislación de 1946.

También había habido cambios en la vida de Foucault. Su padre había muerto el año anterior. No se tiene constancia de su reacción, pero resulta sintomático que ahora comenzara a quedarse con su madre, que se había retirado a Le Piroir, de modo mucho más regular. Con el dinero que heredó de su padre, pudo comprar su primer apartamento en la rue du Dr. Finlay, que sale del quai de Grenelle. El alto edificio de pisos era funcional y moderno; era uno de los *quartiers* más modernos de París, situado casi nada más cruzar el río desde la Maison de la Radio. El apartamento era luminoso y bien ventilado, y disfrutaba de vistas sobre el Sena. A Foucault le resultaba bastante indiferente donde viviera, pero la decoración reflejaba un gusto definido, influido en cierto grado por el modernismo sueco. Predominaban los muebles modernos y oscuros de teka, a los que proporcionaban cierto alivio las atractivas librerías de madera, que albergaban una colección de textos surrealistas. Aquí trabajaba, con el dibujo de André Masson que le había dejado su padre apoyado en su escritorio. Daniel Deferí describe el nuevo hogar de Foucault como el de un científico o el de un pastor protestante de Suecia³.

En el mes de septiembre de 1960, Daniel Deferí estaba a punto de comenzar sus estudios en la Ecole Normale de Saint-Cloud, pues había suspendido el examen oral del *concours* para la rue d'Ulm. Nacido en Vézelay, en la Borgoña, tenía veintidós años y era gay de modo abierto y animoso —con la connivencia de su madre— desde su adolescencia. En Lyon había sido alumno de Roberí Mausi, que había conocido a Foucault en la ENS. Disgustado por el fracaso inesperado de su discípulo en el examen oral, le propuso presentarle al «mejor filósofo de su generación», añadiendo que formaría parte del íribunal de la ENS el año si-

² Mossuz-Lavau, *Les bis de l'amour*, págs. 239 y 240.

³ Entrevista con Daniel Deferí.

guiente y que debería volver a presentarse. Defert no siguió esta sugerencia, pues ya había sido admitido en Saint-Cloud, pero sí conoció a Foucault.

El joven borgoñés fue aceptado pronto en el círculo de Foucault y se incorporó sin apuros a Barthes y otros amigos. Surgió una estrecha amistad, que acabó en una relación sexual, pero no exclusiva; Defert estaba descubriendo con avidez los placeres de París y tenía la impresión de que Foucault los redescubría con el mismo entusiasmo. Éste actuó como amigo y mentor, aconsejándole sobre sus estudios de filosofía y asesorándolo cuando le fue tocando pasar por los ritos de la graduación, el DEA y la *agrégation*.

Había una esfera en la que Defert no requería consejo. A diferencia de la mayoría de los amigos de Foucault, era un activista político, muy comprometido con la campaña contra la guerra en Argelia. En Pascua, la poderosa Union Nationale des Étudiants Français había resuelto establecer vínculos con la Union General des Étudiants Musulmans Algériens, rama estudiantil del FLN, y puso todo su esfuerzo en la batalla por la independencia. Para muchos jóvenes, esto fue el comienzo de su desencanto progresivo del PCF, cuyo apoyo a la independencia argelina se percibía algo menos que tibio. Defert participó activamente en el movimiento antibelicista, y fue ahí donde se inició su aprendizaje político y el gusto por la actividad semiclandestina que le serían de tanta utilidad una década después. También iba adquiriendo cierto conocimiento sobre los guetos árabes situados a las afueras, en Nanterre, y en esta actividad, para su regocijo, se topó con la rae du Dr. Foucault. Foucault no tenía experiencia real de militancia política; Defert era una especie nueva⁴.

A pesar de la presencia de Defert, Foucault no se involucró en absoluto en la vida política y siguió llevando una existencia literaria e intelectual clásica. Continuó su asociación con Barthes y comían juntos, con un grupo de amigos (casi pero no todos gays), tres veces a la semana. Por entonces iba en aumento la fortuna de éste y su visibilidad intelectual. En 1960, se le nombró *chef de travaux* de la École Pratique des Hautes Études, que iba a ser el baluarte institucional del estructuralismo, y demostró un inesperado talento e inclinación para el trabajo administrativo. La recopilación de sus *Mytologies* había aparecido en 1957 y entonces trabajaba sobre los ensayos que acabarían conformando *Système de la mode* (1967).

Por su parte, Foucault se ocupaba fundamentalmente de la publicación de su primera obra importante, que le proporcionaría un doctorado y una plaza en propiedad en una universidad francesa. Había regresado

⁴ Entrevista con Daniel Defert.

de Hamburgo con la traducción de Kant y con un abultado manuscrito de 943 páginas (más otras cuarenta de notas y bibliografía), producto de unos cinco años de investigación y escritura. Lo que había comenzado como el plan de una historia de la psiquiatría para La Table Ronde y luego se había metamorfoseado en el proyecto para la tesis doctoral en Suecia, había acabado por convertirse en su primera obra importante: *Folie et déraison: Histoire de la folie à l'âge classique*.

En el prólogo original, fechado en Hamburgo el 5 de febrero de 1960, escribió que el libro se había iniciado «en la noche sueca» y a menudo declaró que la mayor parte del trabajo se había realizado en Uppsala, pero las notas a pie de página narran una historia algo diferente. Es cierto que el texto se escribió en el exilio, pero la mayor parte de la investigación se efectuó en París, parte en las secciones de manuscritos y libros de la Bibliothèque Nationale, parte en los Archives Nationales y parte en la Bibliothèque de l'Arsenal de la rue de Sully. También utilizó en cierto grado las instalaciones bibliotecarias de Sainte-Anne, como confirma en el folleto que editó para apoyar su candidatura al Collège de France:

En *Histoire de la folie à l'âge classique*, quise determinar lo que podía saberse de la enfermedad mental en una época dada. [...] Un objeto tomó forma para mí: el conocimiento de que están investidos complejos sistemas de instituciones. Y un método se hizo imperativo: más que escudriñar [...] sólo las bibliotecas de libros científicos, era necesario consultar un cuerpo de archivos que comprendía decretos, leyes, registros de hospitales y cárceles, y actos de jurisprudencia. En el Arsenal o en los Archives Nationales fue donde acometí el análisis de un conocimiento cuyo cuerpo visible no es el discurso científico o el teórico ni la literatura, sino la práctica diaria y reglamentada⁵.

Se había iniciado una larga relación amorosa con el archivo, con una incursión extensa a «los archivos del dolor, algo polvorientos»⁶.

Quizá sea el prólogo a la primera edición de la *Histoire de la folie*, tristemente truncado en la versión abreviada de 1964 y reemplazado con uno nuevo en ediciones posteriores, el que proporcione una perspectiva más clara sobre lo que trata Foucault en «su primer libro»⁷. Comienza de modo abrupto con una cita de Pascal: «Los hombres están tan necesariamente locos, que sería estar loco de alguna otra manera el no estar loco»⁸.

⁵ «Titres et travaux de Michel Foucault, París, s/a (1969).

⁶ Prólogo a *Histoire de la folie* (1961), pág. IX.

⁷ Las demás referencias son a la edición de «Tel» de 1976. Dada su naturaleza incompleta, parece innecesario utilizar la traducción inglesa.

⁸ Blaise Pascal, *Pensées*, trad. de A. J. Krailsheimer, Harmondsworth, Penguin, 1966, fragmento 414 (edición de Brunswick; 412 en Lafuma). [Trad. esp.: *Pensamientos*, Madrid, Alianza, 1986.]

Su historia es la de ese otro «loco ardid» «mediante el cual los hombres, en un acto de razón soberana, encierran a sus vecinos y se comunican y reconocen mutuamente con el lenguaje despiadado de la no locura», un intento de «redescubrir el momento de tal exorcismo, antes de que se haya establecido definitivamente en el reino de la verdad, antes de que fuera reavivado por el lirismo de la protesta». Los conceptos de la psicopatología no serán de ayuda en la búsqueda del «grado cero de la historia de la locura», frase en la que resulta tentador apreciar una festiva alusión al *Degrézéro de Vécriture* de Barthes, en la que este término se refiere al estilo llano y natural de Camus en *L'Etranger*. No son las categorías de la nosografía las que guiarán a Foucault. Por el contrario, es necesario captar algo mucho más primordial: «Constitutivo, el gesto que divide la locura y no la ciencia establecida una vez que se ha efectuado el gesto, una vez que la calma ha regresado. Primordial, la cesura que establece la distancia entre la razón y la sinrazón»⁹.

Continúa el prólogo:

En medio del mundo sereno de la enfermedad mental, el hombre moderno ya no se comunica con el loco; de un lado, está el hombre cuerdo, que delega la locura en el médico y de este modo autoriza una relación sólo a través de la universalidad abstracta de la enfermedad; del otro, está el hombre loco, que se comunica con el resto sólo a través de la intermediación de una razón igualmente abstracta, es decir, el orden, la represión física y moral, la presión anónima del grupo, la exigencia de conformidad. No existe un lenguaje común como tal o, mejor dicho, ya no existe; la constitución de la locura como enfermedad mental, a finales del siglo xvm, toma nota formal de que el diálogo se ha roto, asume que la separación se ha hecho efectiva y arroja al olvido todas aquellas palabras imperfectas, algo balbuceantes y sin una sintaxis fija, con las que una vez se estableció el intercambio entre la locura y la razón. El lenguaje de la psiquiatría, que es el monólogo de la razón *sobre* la locura, sólo podía edificarse sobre tal silencio¹⁰.

Su ambición no es escribir la historia de un lenguaje, sino la arqueología de un silencio. Su historia versará sobre los límites, «sobre los gestos oscuros, olvidados por necesidad una vez realizados, con los que la cultura rechaza lo que se convertirá en algo externo a ella»¹¹. También es un intento por capturar algo más:

El espacio, a la vez vacío y poblado, de todas aquellas palabras sin

⁹ Prólogo, págs. I y II.

¹⁰ *Iba.*, pág. II.

¹¹ *Ibid.*, pág. III.

lenguaje que permiten a la persona que presta oídos escuchar el ruido apagado de debajo de la historia, el obstinado murmullo de un lenguaje que parece hablar más bien por sí mismo, sin sujeto ni interlocutor, acurrucado en sí mismo, con un nudo en la garganta, interrumpiéndose antes de haber logrado cualquier formulación y volviendo a caer sin aspavientos en el silencio del que nunca se había separado¹².

Bajo el acento heideggeriano, quizá sea posible escuchar otro ruido apagado y recordar a un niño que sueña con «un texto que no puedo leer o del que sólo puedo descifrar una pequeña parte, pero sé que lo estoy inventando; luego el texto se cubre por completo y ya no puedo leerlo y ni siquiera inventarlo»¹³. Como en su sueño infantil, Foucault trata de escuchar algo casi inaudible, capturar algo que permanece evasivo para su frustración: la experiencia de la locura en sí misma.

Histoire de la folie no es un texto de lectura fácil y rechaza cualquier intento por resumir de forma rápida su contenido. Foucault hace referencia a una sorprendente variedad de fuentes, que va de autores bien conocidos como Erasmo y Moliere, a documentos de archivo y figuras olvidadas de la historia de la medicina y la psiquiatría. Su erudición se deriva de años meditando, por citar a Poe, «sobre muchos volúmenes raros y curiosos de sabiduría olvidada» y su conocimiento no siempre se sobrelleva bien. A veces no se respeta la cronología, ya que emplea contrastes para ilustrar los rasgos sobresalientes de la experiencia sobre la sinrazón de los siglos xvii y xviii. Las descripciones sacadas de los archivos interrumpen el vuelo de las disquisiciones filosóficas; se mezclan argumentos empíricos con declaraciones teóricas. El gusto por la paradoja puede dar como resultado densas e intimidantes formulaciones. Así, se dice que la amenaza impuesta al orden clásico por el triunfo de la locura «revela la imparable fragilidad de las relaciones de pertenencia, el colapso inmediato de la razón en el haber donde busca su ser: *la razón se aliena en el mismo momento en que toma posesión de la sinrazón*»¹¹. Rara vez se permite al lector olvidar que el libro está escrito por un *normalien*. El despliegue de erudición es una de sus mejores defensas. La explotación del material de archivo y de sabiduría olvidada le ayuda a situarse más allá de la crítica. Pocos de sus lectores potenciales son capaces de objetar sus referencias de Paracelso, por citar un ejemplo. Y todavía menos están en disposición de cuestionar tanto las referencias a Paracelso como la lectura que hace Foucault de Sade y Artaud.

Ibid., pág. VI.

«Deuxième Entretien: sur la façon d'écrire l'histoire», págs. 201 y 202.

Histoire de la folie, pág. 366.

No obstante, el texto proporciona una buena dosis de placer hasta al lector más ocasional. Sus argumentos y estructuras generales persuaden por su seducción y se ganan al lector, del mismo modo que iban a ganarse y a convencer a los miembros del tribunal que examinó de doctorado a Foucault. Mientras se vaga por el jardín botánico de «especies» tales como demencia, manía, histeria y melancolía o se encuentran referencias extrañas a «un hombre loco que se convirtió en imbécil» y a «un hombre que una vez estuvo loco, pero que ahora es débil mental e imbécil»¹⁵, se experimenta un asombro placentero, semejante al provocado por la enciclopedia china de Borges. Y bajo el asombro, se siente que aumenta el relativismo, mientras se socava toda convicción intelectual sobre la validez de los juicios sobre la locura.

La historia es básicamente un tríptico o un drama trágico en tres actos, periodización que también se utilizará en *Les mots et les choses*. El primer cuadro o acto representa la experiencia de la locura a finales de la Edad Media y en el Renacimiento; el segundo, la era clásica que se extiende, según Foucault, desde 1657, cuando se fundó en Hôpital General y cuando los pobres de París se convirtieron en víctimas del «gran encierro», hasta 1794, cuando Philippe Pinel liberó de sus cadenas a los presos de Bicêtre, acto que inaugura la etapa del manicomio. La historia cuenta con un tema subyacente más: «Durante la reconstrucción de esta experiencia de la locura, prácticamente se escribió sola la historia sobre las condiciones necesarias para que sea posible la psicología»¹⁶. El prólogo termina con la segunda cita no reconocida de «Partage formel» de Rene Char (1948): «Compañeros patéticos que a penas pueden murmurar van, con tus lámparas extinguidas, y devuelven las joyas. Un nuevo misterio canta en tus huesos. Desarrolla tu extrañeza legítima»¹⁷.

Por una parte, *Histoire de la folie* es sin duda la historia de la transición de «*folie*» a «enfermedad mental». En francés, Erasmo elogia la «locura» y tanto Lady Macbeth como el rey Lear caen presas de ella. Por otra, constituye un intento de escuchar con simpatía «la gran protesta lírica que se encuentra en la poesía desde Nerval y Artaud [...] un intento por restaurar a la experiencia de la locura la profundidad y el poder de revelarse que se redujeron a la nada por el encierro»¹⁸. En los años siguientes a su publicación, Foucault iba a dedicar un gran esfuerzo a investigar y descifrar

¹⁵ *Ibid.*, pág. 145.

¹⁶ *Ibid.*, pág. IX.

¹⁷ Rene Char, «Partage formel», en *Fureur et mystère*, París, Gallimard, Poésies, 1967, página 71. La cita anterior (reconocida) aparece en la página X: «Despojaré a las cosas de la ilusión que producen para protegerse de nosotros y las dejaré compartir lo que nos otorgan» («Suzerain», *ibid.*, pág. 193). [Trad. esp.: *Furor y misterio*, Madrid, Alberto Corazón, 1979.]

¹⁸ «La folie n'existe que dans une société.»

esta experiencia y su expresión literaria por si detectaba alguna relación fundamental ente la escritura y la locura.

El texto se abre de modo dramático y revela que su autor ya ha adquirido un estilo marcado por el uso de imágenes o declaraciones iniciales llamativas: «Al final de la Edad Media, desapareció la lepra del mundo occidental»¹⁹. En una investigación rápida y densa, repleta de referencias a una variedad de fuentes extraordinarias y a veces prohibidas, Foucault describe la desaparición de la lepra de Europa y la transferencia de todos los miedos y fantasías que una vez inspiró el leproso a un nuevo sujeto. Según se vaciaban los lazaretos, un nuevo objeto aparecía en el paisaje imaginario del Renacimiento: la Nave de los Locos, la *Narrenschiff* que se deslizaba lentamente por la Renania y los canales de Flandes con su carga simbólica de dementes. Mientras que la Edad Media había estado obsesionada por el miedo a la muerte provocada por plagas y guerras, el Renacimiento intentaba exorcizar un nuevo temor: el miedo a la locura, que ya no se contemplaba como una amenaza externa, sino como una posibilidad inherente a la experiencia humana. La locura obsesiona el trabajo de los hombres, torna el pensamiento en burla y reduce toda empresa humana a vanidad. La estructura general del miedo seguía siendo la misma; los hombres temían «la insignificancia de la existencia, pero esa insignificancia ya no se reconoce como un término externo y final, a la vez amenaza y conclusión; se experimenta desde dentro, como la forma de existencia constante y continua»²⁰. La locura supera a la sabiduría en Erasmo, negando la existencia de una línea divisoria entre la razón y la sinrazón, y burlándose de la razón en muchas pinturas. La locura siempre puede ser una forma más elevada de sabiduría: Lear comprende más en su locura que en su cordura real, y el Loco es siempre más sabio que Lear. La locura aún no se ha excluido totalmente del mundo; habla —y a menudo dice la verdad— en Shakespeare y Cervantes. El sonido apagado de su voz todavía no se ha silenciado. El individuo loco, presente en la vida cotidiana de la Edad Media, es aislado del mundo, pero su posición aún no se ha definido desde el punto de vista médico; es objeto de una solicitud particular e incluso de hospitalidad.

La locura fue silenciada y exiliada por el «gran encierro» del siglo xvii. Este encierro es el que proporciona entonces la estructura más visible de la experiencia de la locura. Un decreto de 1656 permitió la fundación del Hôpital General de París, que tenía como misión albergar a los pobres, los indigentes, los enfermos curables e incurables, los locos y los cuerdos, los vagabundos, los mendigos y los «libertinos» en una batahola conoci-

¹⁹ *Histoire de hfolie*, pág. 13.

²⁰ *Ibid.*, pág. 27.

da por todo lector de *Manon Lescaut* de Prévost. El gran encierro no se ocupó principalmente de los locos como tales. El Hôpital General y los hospicios, Bridewell y los correccionales de Inglaterra formaban todos parte de un sistema de policía, y Foucault utiliza este término para lo que declara ser el sentido original de todas aquellas medidas que hacen el trabajo necesario y posible para los que no pueden vivir sin trabajar²¹. Establecidos al mismo tiempo que las grandes fábricas, con su disciplina de cuartel²², fueron en parte una respuesta a la crisis económica del siglo XVII, un modo de reglamentar el trabajo. También fueron producto de un cambio epistemológico ejemplificado por las *Méditations métaphisiques* de Descartes, publicadas en latín en 1641 y en francés en 1647: «Mientras el hombre puede seguir estando loco, el pensamiento, al ser el ejercicio de la soberanía de un sujeto que hace su deber percibir la verdad, no puede ser insensato. Se traza una línea divisoria y pronto se volverá imposible la experiencia —tan habitual en el Renacimiento— de una Razón no razonable y una Sinrazón razonable»²³. La combinación de epistemología y política asegura que «la locura se perciba en términos de condenación ética de la holgazanería»²⁴.

Dentro de instituciones como el Hôpital General es donde la razón occidental encontró, o incluso creó, a aquellos que juzgó locos, dentro de instituciones que albergaban una población variopinta de licenciosos, sífilíticos, sodomitas, alquimistas, blasfemos y otros que representaban la sinrazón, que ofendían los cánones de la racionalidad clásica. A partir de la edad clásica, los locos se distinguirían por su «halo de culpabilidad»²⁵. El encierro no fue en su inicio el primer intento grosero de hospitalizar la locura, sino más bien la vinculación del loco a todos aquellos que estaban sujetos al mandato de una razón que recluía todo lo que juzgaba sinrazón²⁶. La decisión de recluir a un individuo concreto quizá se haya tomado desde el plano médico; la definición práctica de la sinrazón se construyó mediante el discurso legal, social e incluso teológico. La locura o demencia no es un fenómeno natural definido de una vez y para siempre. Es una constelación cambiante que puede ser desplazada. Sin

²¹ *Ibid.*, pág. 75. Foucault cita a Voltaire. La definición no es tan evidente como sugiere, ya que el significado original de «policía» es simplemente el gobierno u organización de la polis.

²² Foucault no dedica mucha atención al desarrollo de la fábrica; su análisis se completa en gran medida con los primeros capítulos de Bernard Doray, *From Taylorism to Fordism. A Rational Madness*, trad. de David Macey, Londres, Free Association Books, 1988.

²³ *Histoire de la folie*, pág. 58.

²⁴ *Ibid.*, pág. 85.

²⁵ *Ibid.*, pág. 106.

²⁶ *Ibid.*, pág. 129.

embargo, siempre es el objeto de una conciencia que la denuncia en nombre de la racionalidad que asume.

Foucault identifica cuatro modalidades de esta conciencia: crítica, práctica, enunciativa y analítica²⁷. La percepción o conciencia crítica de la locura es en esencia una condena que está segura de su propia racionalidad, segura de no estar loca, mientras que la conciencia práctica es primordialmente la percepción de una desviación de las normas de un grupo o sociedad. La última conlleva el trazado de líneas divisorias y la censura a aquellos que las transgreden. La conciencia enunciativa basa su existencia en la declaración «está loco», pero no califica ni descalifica la locura como tal. Así pues, es transformable en su contraria y puede dar cabida a las ironías sin cuento de un texto como el de Denis Diderot, *Le neveu de Rameau*, posteriormente analizado por Foucault con cierta extensión, quien lo consideró un ejemplo de «la necesaria inestabilidad y el trastrocamiento irónico de toda forma de juicio que denuncia la sinrazón como algo externo a él y prescindible»²⁸ porque introduce el motivo de *de te fábula narratur*. La conciencia analítica considera las formas, los fenómenos y los modos de apariencia de su sujeto. Para esta modalidad la locura no es misteriosa; es simplemente la totalidad de sus fenómenos. Proporciona las bases para obtener un conocimiento objetivo de la locura y dominará la edad del manicomio, al igual que la conciencia práctica dominó el periodo clásico.

Durante el siglo XVIII, se obliga a la locura a entrar en lo que Foucault denomina «el jardín de las especies». En un análisis que anuncia las secciones principales de *Les mots et les choses*, caracteriza la Ilustración como el periodo de la taxonomía, en el que los fenómenos de la locura entran en el dominio lógico y natural de la medicina, un campo de la racionalidad caracterizado por el intento de aplicar los principios de la clasificación linneana a lo que una vez desafió la categorización. Ahora el desorden es el sujeto de un ordenamiento que pretende invocar los parámetros de la historia natural y los ideales del herbario. Ahora se vuelve posible un conocimiento digresivo. El jardín en el que originalmente se plantaron especies tales como frenesí, delirium, manía, melancolía y estupidez por Thomas Willis (1621-1673), de forma gradual se vuelve el más reconocible, atendido por Pinel (1745-1826) y su discípulo Esquirol (1772-1840), donde especies como demencia, manía y melancolía se mutan en histeria, hipocondría y enfermedad nerviosa.

El surgimiento de un conocimiento positivo o digresivo de la locura no señala, sin embargo, un progreso lineal hacia una claridad final, ni

²⁷ *Ibid.*, págs. 181 y sgs.

²⁸ *Ibid.*, pág. 364.

tampoco necesariamente hacia una liberalización. Surge contra el trasfondo del gran miedo que se desarrolló de improviso a mediados del siglo XVIII: que pudiera extenderse algún contagio misterioso de instituciones tales como el Hôpital General o Bicêtre²⁹. Era como si el antiguo temor a la lepra hubiera vuelto con una forma nueva. Las reformas iniciadas en el período revolucionario se originaron como respuesta a este miedo irracional: «Reducir la contaminación mediante la destrucción de impurezas y vapores [...], prevenir enfermedades [*ks mauxy* el mal [*k mal*] procedentes del aire viciado y la extensión de su contagio por la atmósfera de las ciudades. El hospital, la *maison de forcé* y todos los lugares de internamiento deben aislarse mejor y rodearse de un aire más puro»³⁰.

El nacimiento del manicomio estuvo marcado por la fundación de una institución y por un acto de liberación aparente: el Sanatorio de *York* abrió sus puertas por vez primera en 1796, y Pinel rompió las cadenas que ataban a los presos locos de Bicêtre en 1794. El Sanatorio era una fundación cuáquera, establecida por Samuel Tuke para proporcionar un régimen más instruido a los locos. Su fundación fue posible por los cambios efectuados en la Ley de Pobres y era una institución de caridad, que en su inicio albergó sólo cuáqueros, pero pronto tuvo capacidad para aceptar pacientes de todos los sectores de la sociedad, sin tener en cuenta la confesión religiosa. Situado en un agradable paraje rural fuera de *York*, proporcionaba un entorno en el que se esperaba que el ejercicio, los paseos regulares, el trabajo en el jardín y la atmósfera tranquila y familiar facilitarían el retomo de sus internos a la razón. Mientras tanto, Pinel había descubierto en el curso de una visita a Bicêtre que la bestialidad que había visto era imputable no a los presos locos pero inocentes, sino a la crueldad irreflexiva de quienes los habían encarcelado junto a los criminales.

Para Foucault, el nacimiento del manicomio representa una nueva forma de encierro y también señala la nueva importancia del médico. Ahora el encierro es la «medicalización» de la locura, pero la autoridad del médico no es puramente médica: el papel de la profesión médica consiste en proporcionar una garantía moral y legal de que el encierro está justificado. El Sanatorio pretendía reproducir la estructura de una comunidad cuáquera: sobria, con gran énfasis en el autoexamen, en el diálogo con la propia conciencia y en la percepción constante de la presencia tan-

²⁹ La elección de su terminología resulta intrigante; *La Grande Peur de 1789* es el título del estudio de Georges Lefebvre sobre el pánico que se extendió por Francia en 1789. Recientemente se le ha otorgado una importancia mayor debido al uso que Sartre hace de él en *Critique de la raison dialectique*. [Trad. esp.: *El gran pánico de 1789: La Revolución francesa y los campesinos*, Barcelona, Paidós, 1986.]

³⁰ *Histoire de la folie*, págs. 378 y 379.

to de la Ley como del Pecado. En este clima, la locura, al ser curable, ya no inspira miedo. Por el contrario, se instilarán el miedo y el sentimiento de culpa en el loco, confiados como estaban a una pedagogía del sentido común, la verdad, la moralidad y la incorporación de la represión, y al vivir bajo la mirada atenta del personal que era, casi de modo literal, el guardián de sus hermanos³¹.

La liberación efectuada por Pinel de los presos de Bicétre comenzó, al menos en parte, como una maniobra política. Se rumoreaba que la vieja prisión albergaba criminales, locos, prisioneros políticos encarcelados por el Antiguo Régimen y, lo más siniestro de todo, enemigos de la Revolución que se habían hecho pasar por lunáticos. Antes de que pudieran ser tratados de modo más humano, los locos debían ser identificados como tales. Los locos, gracias a la lógica del encierro, eran callados: ahora tenían que expresar su locura para ser considerados locos. Convencer al individuo de que en realidad estaba loco se convirtió en una condición previa y esencial para el tratamiento. Pinel estableció un régimen en el que era esencial la confesión: el loco había de reconocerse en el juicio de la locura a que se le había sometido y que organizaba las estructuras envolventes de observación, juicio y condena. La conclusión es escalofriante y pesimista:

El loco «liberado» por Pinel y el loco del encierro moderno que vino tras él son caracteres sometidos a juicio; mientras tienen el privilegio de no ser ya mezclados con los condenados o asimilados a ellos, en todo momento se los obliga a enfrentarse a una acusación, cuyo texto nunca se entrega, pues es toda su vida en el manicomio la que la formula. El manicomio de la edad positivista [...] no es un espacio libre para la observación, el diagnóstico y la terapia; es un espacio judicial en el que se acusa, juzga y condena, y del que sólo se libera uno mediante la versión de este juicio en profundidades psicológicas, en otras palabras, mediante el anepentimiento. La locura se castigará en el manicomio, incluso si en el exterior se considera inocente. Durante mucho tiempo después, y al menos hasta nuestro presente, está encarcelada en un mundo moral³².

A lo largo de la *Histoire de la folie*, Foucault señala la existencia de un ruido apagado que resiste los intentos del encierro para silenciarlo. La voz se oye en la obra de poetas como Gérard de Nerval y Antonin Artaud, en los *Disparates* y *Caprichos* de Goya y en las últimas pinturas de Van Gogh, en la locura de Nietzsche al proclamarse Cristo y Dionisos, y en la escritura de Sade, que esboza una teoría del *libertinage* o del «uso de la

Oíd., págs. 502 y 503.

Ibíd., págs. 522 y 523.

razón alienada en la sinrazón del corazón»³³. Las palabras casi inaudibles de la sinrazón murmuran a lo largo de estos textos y pinturas, ampliadas en gritos de locura, en la desintegración final del habla que sorprendió a Artaud en el escenario del teatro del Vieux Colombier en 1947. Aunque es evidente que el pensamiento de Foucault está influido por su percepción de Jacques Martin como *unphibsope sans oeuvre*, probablemente es Artaud quien le proporciona la definición de la locura: locura es la ausencia de una *oeuvre*, una obra en el sentido literario. Así, «la locura de Artaud no subyace en los intersticios de la obra; es precisamente la *ausencia de una obra*, la reiterada presencia de esa ausencia, su vacío central, experimentado y medido en todas sus dimensiones sin fin»³⁴. No indica con precisión a qué texto concreto de Artaud se refiere, pero quizá tenga en mente un pasaje de «Le Pése-nerfs», texto fragmentario y casi alucinatorio publicado por primera vez en 1925: «Te he dicho: no hay obras, no hay lenguaje, no hay habla, no hay espíritu, nada. Nada, excepto una fina Lámina Nerviosa. Una suerte de actitud incomprensible y totalmente recta en la mente, en medio de todo»³⁵.

La publicación en 1964 de un artículo titulado «La folie, la absence d'oeuvre» aclara poco el asunto. En él Foucault especula sobre el hecho de que un día ya no sabremos lo que fue una vez la locura y sueña con una utopía en la que «Artaud pertenecerá al terreno de nuestro lenguaje y no a su ruptura; en la que la neurosis formará parte de las formas que constituyen nuestra sociedad (y no de las desviaciones)»³⁶. Argumentando que *folie* y enfermedad mental —dos configuraciones diferentes que se fundieron y mezclaron desde el siglo XVII en adelante— ahora comienzan a separarse³⁷, de nuevo se expresa en términos muy enigmáticos sobre la relación existente entre locura y literatura. *Folie* y *oeuvre* existen en una relación de «incompatibilidad geminada»: «La *folie* no manifiesta ni recuenta el nacimiento de una *oeuvre* [...]; designa la forma vacía de la que nunca cesa de estar ausente, donde nunca la encontraremos, porque nunca va a hallarse allí. Allí, en esa pálida región, bajo ese escondite esencial, se descubre la incompatibilidad geminada de *oeuvre* y *folie*»TM.

³³ *Ibid.*, pág. 115.

³⁴ *Ibid.*, pág. 555.

³⁵ Antonin Artaud, «Le Pése-nerfs», en *L'ombilic des limbes, suivi de Le Pése-nerfs et autres testes*, París, Gallimard, colección Poésies, 1968, pág. 107. [Trad. esp.: *El pesa-nervios*, Madrid, A. Corazón, 1976.]

³⁶ «La folie, l'absence d'oeuvre», *La Table Ronde*, 1964, mayo de 1964, pág. 11. Este ensayo se volvió a publicar como un apéndice a la edición de Gallimard de 1972 de *Histoire de la folie*; no aparece en la edición de «Tel».

³⁷ *Ibid.*, pág. 15.

³⁸ *Ibid.*, pág. 19.

En una discusión sobre Nerval, publicada en 1964, aparece una exposición bastante más clara de lo que significa *absence d'oeuvre*:

Para nosotros, Nerval no es una *oeuvre*, ni siquiera un intento de traducir en una *oeuvre* evanescente una experiencia que le parece oscura, ajena o reticente. A los ojos modernos, Nerval significa una cierta relación, continua y mellada, con el lenguaje. Desde el principio, se sentía arrastrado hacia delante por una obligación vacía de escribir. Los textos de Nerval no nos dejan fragmentos de una *oeuvre*, sino la observación constante de que debemos escribir, de que vivimos y morimos sólo a través de la escritura³⁹.

La relación entre la *absence d'oeuvre* de Foucault y Artaud está lejos de ser clara, pero existe un marcado paralelismo entre los panteones de escritores celebrados por los dos. Sin duda, Artaud consideraba que pertenecía a la misma línea que Nerval, Nietzsche y Hölderlin. En 1946, Artaud visitó la mayor exhibición de Van Gogh dispuesta en la Orangerie, que le inspiró para escribir «Van Gogh, le suicidé de la société», donde se sirve de las pinturas de este autor y de su propia experiencia de nueve años de encierro en varios manicomios para llegar a su propia definición del «auténtico loco»: «Un hombre que preferiría volverse loco, en el sentido en el que se entiende socialmente esta palabra, a perder cierta idea más elevada del honor humano [...], un hombre a quien la sociedad no quiso escuchar y a quien quiso impedir que declarara verdades insoportables»⁴⁰.

En esta fase, Foucault no explora realmente la tradición de la escritura y la pintura a la que alude a lo largo de su historia de la locura. Se dan pocas referencias y los nombres como Nerval, Nietzsche y Artaud funcionan como emblemas o deidades tutelares que sólo se evocan como contrapunto a la saga de la medicalización de la locura. Sin embargo, será explorado con cierto detalle en una serie de ensayos y artículos producidos en los años que separan la publicación de *Histoire de la folie* y la de *Les mots et les choses*.

Para presentar *Histoire de la folie* y su traducción de Kant como doctorado, Foucault estaba obligado a encontrar un protector académico dispuesto a proporcionar un informe sobre su trabajo y formar parte del tribunal de la tesis. No era una cuestión de supervisión en el sentido nor-

³⁹ «L'obligation d'écrire», *Arts*, 980, 11-17 de noviembre de 1964, pág. 3.

⁴⁰ «Van Gogh ou le suicidé de la société», en *Oeuvres complètes d'Antonin Artaud*, París, Gallimard, 1974, vol. 13, pág. 17. Para una introducción en inglés a Artaud, véase Ronald Hayman, *Artaud and After*, Oxford University Press, 1977.

mal de la palabra; ambos textos se habían escrito en el aislamiento durante los años pasados en Suecia, Polonia y Alemania. Por aquel entonces, una tesis tenía que publicarse para ser aceptada como doctorado, por lo que Foucault necesitaba el *imprimatur* de la Sorbona. Inicialmente se dirigió a Hyppolite, que se había convertido en el director de la ENS en 1954; al ser germanista, estaba bastante preparado para actuar como director de estudios de la *petite thèse* sobre Kant, pero opinó que la *Histoire de la folie*, que había leído con admiración, se salía de su área de competencia. Le sugirió que se dirigiera a Canguilhem, quien había sucedido a Gastón Bachelard en la Sorbona en 1955⁴¹.

El papel desempeñado por Canguilhem resulta algo oscuro por los comentarios de Foucault en el prólogo original a la *Histoire de la folie*. Allí, da las gracias a Dumézil, Hyppolite y «sobre todo, al señor Georges Canguilhem, quien leyó este trabajo cuando todavía carecía de forma, me aconsejó cuando no todo parecía sencillo, me ayudó a evitar muchos errores y me mostró lo mucho que puede costar ser escuchado»⁴². Canguilhem niega rotundamente que diera ningún consejo a Foucault. Recuerda que se le presentó una obra terminada y que nunca se le consultó sobre ella. Su consejo se redujo a algunas recomendaciones sobre retórica y no está seguro de que se siguieran. A su parecer, el tributo que le rindió Foucault era sólo un asunto de cortesía académica⁴³. Una explicación alternativa quizá sea que Foucault estaba colocando su trabajo bajo la autoridad simbólica de un «maestro» que admiraba en vez de reconocer una deuda específica.

Si el papel de Canguilhem en la génesis de la *Histoire de la folie* está lejos de ser claro, tampoco lo está por entero por qué Hyppolite le sugirió como *rapporteur*. La mayor parte de su obra versaba sobre la historia de la medicina y las ciencias de la vida, y no era un experto sobre la historia de muchos de los temas tratados por Foucault. Su propia explicación es que Hyppolite lo recomendó en virtud de un artículo reciente que había escrito sobre psicología. «Qu'est-ce que la psychologie?» fue una conferencia dictada en el Collège Philosophique en diciembre de 1956 y publicada en la *Revue de Métaphysique et de Morak* en 1958⁴⁴. Se trata de un violento ataque a la misma noción de psicología sobre la base de que los psicólogos no son capaces de definir con coherencia el objeto de sus estu-

⁴¹ Georges Canguilhem, «Sur l'*Histoire de la folie* en tant qu'événement», *Le Debat*, 42, septiembre-noviembre de 1986, pág. 38.

⁴² Prólogo, pág. X.

⁴³ Entrevista con Georges Canguilhem.

⁴⁴ Ahora en Georges Canguilhem, *Etudes d'histoire et de philosophie des sciences*, París, Vrin, 1989. La significación de la primera reedición en *Cahiers pour l'Analyse*, 2, 1968, se tratará más adelante.

dios, ya que la definición de un objeto teórico es una parte clave del criterio de Canguilhem sobre lo científico⁴⁵. Tal como está, la psicología es poco más que un «empirismo compuesto» que se ha codificado de modo literario por motivos docentes. Lo que es más, la psicología se convierte fácilmente en una disciplina de policía. Termina con una fábula. El filósofo da al psicólogo las instrucciones siguientes: Si sales de la Sorbona por la rué Saint-Jacques, puedes ir cuesta arriba o cuesta abajo. Si vas cuesta arriba, puedes llegar al Panthéon, sepulcro de unos cuantos grandes hombres; el camino cuesta abajo lleva sin remedio a la Préfecture de policía⁴⁶.

El 16 de abril de 1960, Canguilhem remitió su informe mecanografiado sobre la tesis de Foucault al decano de la Sorbona y recomendó su publicación y su presentación ante un tribunal elegido de la facultad de letras y ciencias humanas para su examen⁴⁷. Era elogioso: «Nos hallamos ciertamente en presencia de una *thesis* que representa algo nuevo, no sólo en el campo de las ideas, sino en las técnicas de captar y presentar los hechos en la historia de la psiquiatría». Más tarde comparó la presentación de Foucault con la *Introduction a la philosophie de l'histoire* de Raymond Aron (1938), una de las tesis más memorables del periodo de entreguerras⁴⁸. Gran parte de su informe se ocupa de hacer un resumen objetivo del texto de Foucault, pero su tenor y tono también resultan al instante reconocibles como representativos de las preocupaciones propias de Canguilhem:

El señor Foucault usa el término «edad clásica» para designar los siglos XVII y XVIII de la historia de Europa o, de modo más preciso, el periodo que se extiende desde el final del siglo XVI hasta el establecimiento, en el primer tercio del siglo XIX, de la medicina mental y el ejercicio de la psiquiatría con las pretensiones, respectivamente, de tener la dignidad de una ciencia y la eficacia de la aplicación de una teoría [...]. El señor Foucault trata de mostrar en esencia que la locura es un objeto de percepción dentro de un «espacio social» que se estructura de modos diversos a lo largo de la historia, un objeto de percepción producido por prácticas sociales más que captado por la sensibilidad colectiva y, lo que es más importante, más que descompuesto, desde el punto de vista analítico, por el entendimiento especulativo.

⁴⁵ Véase en especial «L'objet de l'histoire des sciences» (1966) en *Etudes*, págs. 9-23.

⁴⁶ Canguilhem, «Qu'est-ce que la psychologie?», págs. 364 y 365, pág. 381.

⁴⁷ Se puede consultar una copia del original mecanografiado en la Bibliothèque du Saulchoir. El texto completo aparece como Anexo 2 en Eribon, *Michel Foucault* (segunda edición revisada), págs. 358-361.

⁴⁸ Canguilhem, «Sur l'histoire de la folie en tant qu'événement», *Le Débat*, 41, septiembre-octubre de 1986, pág. 38.

Canguilhem leyó la tesis como una confirmación de sus propias consideraciones sobre el dudoso carácter científico de la psiquiatría y la psicología:

Lo que se pone en cuestión en el trabajo del señor Foucault es [...] el significado de los comienzos de la psiquiatría positivista, antes de la revolución freudiana. Y, avanzando más allá de la psiquiatría, se reexamina el significado de la aparición de la psicología positivista. El poner en tela de juicio los orígenes de la posición «científica» de la psicología no es la menor de las sorpresas que causa este estudio [...]. En cuanto a la documentación, el señor Foucault, por un lado, ha releído y vuelto a examinar y, por el otro, ha leído y explorado por primera vez una cantidad considerable de material de archivo. Un historiador profesional no puede dejar de sentir simpatía por el esfuerzo que un joven filósofo ha hecho para lograr el acceso a material de primera mano. Por otra parte, ningún filósofo puede criticar al señor Foucault por haber enajenado la autonomía del juicio filosófico al remitirse a las fuentes de su información histórica. Al hacer uso de la considerable documentación, el pensamiento del señor Foucault ha retenido en todo momento un vigor dialéctico que se deriva en parte de su simpatía por la visión hegeliana de la historia y por su conocimiento de la *Fenomenología del espíritu*.

El último comentario resulta profundamente irónico, puesto que Foucault pensaba que Nietzsche y la música serial le habían liberado al fin de la prisión del hegelianismo, pero es un recordatorio de lo mucho que Hegel seguía significando en 1960. Como ha señalado una crítica reciente, Canguilhem acierta al mencionar a Hegel, ya que *Histoire de la folie* demuestra cómo Foucault «aprendió de la fenomenología —la fenomenología del primer Hegel por la intermediación de Hyppolite— a liberar los momentos históricos dentro de constelaciones formadas tanto por categorías abstractas como por ejemplos concretos que se presentan sin interpretación, sin referencia a una tradición de erudición y disputa»⁴⁹.

Las autoridades académicas aprobaron el informe de Canguilhem y se concedió permiso a Foucault para publicar su tesis. Encontrar una editorial iba a resultar sorprendentemente difícil. Foucault eligió en primer lugar Gallimard. Se había desarrollado a partir de la *Nouvelle Revue Française* y había comenzado a publicar bajo su propio sello, Librairie Gallimard, en 1919, y era con mucho la editorial más prestigiosa de Francia.

⁴⁹ Simón During, *Foucault and Literature: Towards a Genealogy of Writing*, Londres, Routledge, 1992, pág. 32.

Ser publicado en sus tapas blancas era la ambición de todos los jóvenes escritores; Gide, Proust, Sartre, Camus, Malraux y Blanchot eran autores de Gallimard. Su aceptación o rechazo no era un asunto personal, sino que dependía del legendario *comité de lecture*, que se reunía semanalmente y en secreto, y gozaba de un inmenso poder literario e intelectual.

En 1961, uno de sus miembros más prestigiosos era Brice Parain. De formación filosófica, era autor de ensayos sobre la filosofía del lenguaje y sobre el *logos* platónico⁵⁰. También era el legendario editor que, junto con Gastón Gallimard, había ayudado a Sartre a transformar un manuscrito titulado «Melancholia» en el *best-seller* *La Nausee* de los años treinta⁵¹. Había formado parte del comité desde 1927 y era amigo de Dumézil, a quien había conocido en la ENS, justo antes de la Primera Guerra Mundial. En los años cuarenta, había publicado algunas obras de *éste*, incluida la serie de *Júpiter, Mars, Quirinus*, en una colección académica titulada *La Montagne Sainte-Geneviève*⁵². La colección no había tenido un éxito especial y quizá se sintiera reacio a publicar más obras académicas. Sea cual fuere la explicación final, rechazó *Folie et déraison*.

Sin embargo, el libro encontró algunos admiradores en el *comité de lecture*. Daniel Deferí cree que Raymond Queneau estaba a favor de su publicación, y Roger Caillois la defendió por completo. Este último, miembro del comité desde 1945 y editor de *La Croix du Sud*, sello editorial dedicado a la literatura latinoamericana (su primer título fue la traducción francesa de las *Ficciones* de Borges), había sido miembro del Collège de Sociologie y asociado del de Bataille durante los años anteriores a la guerra⁵³. Trabajaba para la UNESCO, factor que iba a resultar importante para el destino de *Les mots et les choses* en 1966. También conocía a Dumézil y había estudiado una vez bajo su dirección. Caillois estaba impresionado por el libro de Foucault, pero desconcertado por su estilo, al resultarle chocante la combinación de esplendor y precisión⁵⁴. Sin embargo, no fue capaz de salvar las objeciones de Parain. Éste pasó el texto a Maurice Blanchot, quien leyó al menos parte de él en manuscrito. Tanto Blanchot como Caillois eran miembros del jurado que concedía el Premio de

⁵⁰ Brice Parain, *Recherches sur la nature et les fonctions du langage*, París, Gallimard, 1942; *Essais sur le logos platonicien*, París, Gallimard, 1942.

⁵¹ Annie Cohen-Solal, *Sartre 1905-1980*, París, Folio, 1985, págs. 222-224. [Trad. esp.: *Sartre 1905-1980*, Barcelona, Edhasa, 1990.]

⁵² Dumézil, *Entretiens avec Didier Eribon*, pág. 96; Pierre Assouline, *Gastón Gallimard*, París, Seuil, colección Points, 1985, págs. 126, 321.

⁵³ Para un breve perfil, véase «Le dernier encyclopédiste: Roger Caillois, propos recueillis par Hécator Biancotti», *Le Nouvel Observateur*, 4 de noviembre de 1974, págs. 72 y 73. Sobre el Collège, véase Denis Hollier, *Le Collège de Sociologie*, París, Gallimard, colección Ideas, 1979.

⁵⁴ Blanchot, *Michel Foucault tel que je l'imagine*, pág. 11.

la Crítica anual y se preguntaron si Foucault no podría ser un digno laureado. Su confabulación no llegó a nada⁵⁵.

Ser rechazado por Gallimard tiene algo de tradición honorable. El primer volumen de *A la recherche du temps perdu* de Proust fue rechazado y publicado de forma privada a expensas del autor; la leyenda cuenta que André Gide no lo aceptó porque había «demasiadas duquesas» en sus páginas. Bastante más recientemente, Parain había cometido el error de rechazar la *Anthropologie structurak* de Claude Lévi-Strauss. Saber que tenía antecesores distinguidos no sirvió de consuelo a Foucault, que se decepcionó amargamente. Quería hasta la desesperación ser publicado por Gallimard y llegó a rechazar la oferta de Jean Delay para publicar su texto en una colección que editaba para las Presses Universitaires de France, probablemente porque deseaba escapar del gueto académico⁵⁶.

Anthropologie structurak acabó siendo publicada por Plon y, siguiendo el consejo de un amigo, Foucault envió su manuscrito a la misma editorial. (El amigo, Jacques Bellefroid, era el joven que había tenido relaciones con Jean-Paul Aron en Lille.) El recibo del texto se saludó con silencio. El mismo Foucault describe el curso de los hechos de este modo:

Mandé mi manuscrito a Plon. No hubo respuesta. Tras algunos meses fui a recogerlo. Se me dio a entender que antes de devolvérmelo tenían que encontrarlo. Y luego, un día, lo encontraron en un cajón y además se dieron cuenta de que era un libro sobre historia. Se lo dieron a Aries para que lo leyera⁵⁷.

Circulaban por entonces rumores en París en el sentido de que un importador de plátanos acababa de escribir un estudio revolucionario sobre la historia de la infancia y de la familia: el estudio era *L'enfant et la vie familiale sous l'ancien régime* y su autor, Philippe Aries⁵⁸. De hecho, no era un importador de plátanos, sino un alto cargo de un instituto dedicado a la agricultura tropical. Se describía como «historiador de domingo» y nunca ocupó un puesto académico. Foucault y él no se conocían, pero el primero sí conocía *L'enfant*, que figura en el apéndice bibliográfico de la *Histoire de la folie*.

⁵⁵ Eribon, *Michel Foucault*, pág. 130.

⁵⁶ *mi*

⁵⁷ Michel Foucault y Arlette Farge, «Le style de l'histoire», *Liberation*, 21 de febrero de 1984, pág. 20.

⁵⁸ Michel Winnock, prólogo a Philippe Aries, *Un historien du dimanche*, París, Seuil, 1980, pág. 9. Véase también la entrevista con André Burgiére publicada como «La singulière histoire de Philippe Aries», *Le Nouvel Observateur*, 20 de febrero de 1978. *L'enfant* se ha traducido como *Centuria of Childhood*, Londres, Jonathan Cape, 1962. [Trad. esp.: *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*, Madrid, Taurus, 1987.]

Aries era un cúmulo de contradicciones. Había apoyado a la monárquica Action Française en su juventud y se hizo amigo de Foucault cuando éste se alejaba de la izquierda en la escena política. El locutor de radio Philippe Meyer, que llegó a conocerlo bien en los años setenta, lo describe como la persona más respetuosa con todas las autoridades simbólicas, pero en absoluto con cualquier autoridad real⁵⁹. Era un católico devoto que en sus últimos años asistía a misa con tapones en los oídos para que no le molestaran todas las «majaderías» que habían surgido del Concilio Vaticano II⁶⁰. La historiadora Arlette Farge considera su relación con su esposa un raro ejemplo de *amor fou* conyugal. No obstante, ésta caminaba tras él llevando el paraguas⁶¹. Éste era el hombre que iba a publicar *Histoire de la folie*: «Un buen día, me llegó un grueso manuscrito: era una tesis filosófica sobre las relaciones entre la locura y la sinrazón durante la edad clásica, escrita por un autor que desconocía. Cuando la leí quedé deslumbrado»⁶². Según Aries, «costó Dios y ayuda» convencer a Plon para que publicase a Foucault. Recientemente se habían hecho cargo de la compañía, eh sus propias palabras, «un banquero asistido por un *playboy*» y realmente no estaba interesada en publicar libros, en especial títulos con prestigio académico y un pequeño mercado potencial. Perseveró y *Folie et déraison* apareció en su colección *Civilisations d'aujourd'hui et d'hier*, junto con *Un enfant et la vie familiale* y *Chuses laborieuses, classes dangereuses*, de Louis Chevalier.

Él informe de Canguilhem era el pasaporte para algo más que la publicación. Mientras Foucault seguía en Hamburgo, Jules Vuillemin había escrito preguntándole si estaba dispuesto a aceptar un puesto en la universidad de Clermont-Ferrand. Foucault indicó su disposición, pero debían cumplirse antes varias formalidades académicas. Para poder ser contratado, debía aparecer en la *liste d'aptitude*, lo que equivalía al reconocimiento oficial de su preparación y competencia como profesor. Se designó a Georges Bastide para redactar el informe requerido en junio de 1960: «Michel Foucault ya ha escrito algunas obras menores y ha traducido algunas obras alemanas, principalmente sobre la historia y el método de la psicología, obras de divulgación. Todo esto merece respeto. Pero no cabe duda de que la tesis del candidato es su mejor calificación»⁶³. Dudaba a la hora de adscribirlo a una disciplina: ¿era psicólogo o historiador de la ciencia? Finalmente se le clasificó como filósofo.

⁵⁹ Entrevista con Philippe Meyer.

⁶⁰ «Philippe Aries: Le souci de la vérité», *Le Nouvel Observateur*, 17 de febrero de 1984, págs. 56 y 57.

⁶¹ Entrevista con Arlette Farge.

⁶² Aries, *Un historial*, pág. 145.

⁶³ Citado en Eribon, *Michel Foucault*, pág. 155.

Los comentarios de Bastide, el informe de Canguilhem sobre la tesis y una carta de recomendación de Hyppolite fueron más que suficientes para garantizar el puesto de Foucault en Clermont-Ferrand en octubre de 1960. En un principio se le contrató para reemplazar al profesor Cesari, de baja por enfermedad. Oficialmente era filósofo, pero en la práctica se le requirió enseñar psicología.

Nunca vivió en Clermont-Ferrand. Se negó a dejar París, agrupó la docencia en el tiempo mínimo posible y se quedó en el Hotel Elisabeth cuando fue necesario permanecer en la capital de Auvernia. Entre 1960 y 1966, hizo el viaje en tren de seis horas en ambas direcciones una vez a la semana durante el año académico.

Éste fue su primer puesto académico real dentro del sistema francés, que le proporcionó una base y le ofreció la posibilidad de moverse en el círculo docente. Como en todo sistema educativo, para adquirir poder era necesario participar en varios campos, a la vez que la centralización significaba moverse entre sus varios niveles. Durante unos cuantos años, Foucault, como era debido, formó parte del tribunal del *concours* de la ENS, del examen final de la misma institución y, en un nivel inferior, del tribunal de *baccalauréat* en Lille. Aunque había llegado relativamente tarde al sistema universitario —tenía treinta y cinco años en 1961—, ya había establecido una red de poderosos contactos institucionales. A partir de entonces, la base de su poder se centraría en la universidad. A diferencia de Bataille, que era bibliotecario de profesión y no profesor universitario, o Sartre, Foucault en muchos sentidos era un producto del sistema y nunca sería un intelectual que trabajara por cuenta propia.

La vida en Clermont, o el tiempo que Foucault se dignaba pasar allí, no era en principio desagradable. La compañía de Vuillemin era interesante, al igual que la de compañeros tales como Michel Serres. Sin embargo, en 1962 Vuillemin fue elegido miembro del Collège de France, donde ocupó la plaza que había quedado vacante tras la muerte repentina de Merleau-Ponty. Para sustituirlo se pensó en Gilles Deleuze, a quien conocía Foucault, pero no eran amigos íntimos aún. Deleuze había publicado relativamente poco, pero *Nietzsche et la philosophie* había impresionado mucho a Foucault⁶⁴. Tanto el departamento como la facultad pensaban que era un candidato más que aceptable, pero nunca se llevó a cabo su nombramiento.

⁶⁴ Gilles Deleuze, *Nietzsche et la philosophie*, París, PUF, 1962. Las publicaciones previas de Deleuze habían sido *David Hume, sa vie, son oeuvre*, con Adré Cresson, París, PUF, 1952; *Empirisme et subjectivité* París, PUF, 1953, e *Instincts et institutions* (antología con comentarios), París, Hachette, 1953. [Trad. esp.: *Nietzsche y la filosofía*, Barcelona, Anagrama, 1993; *Empirismo y subjetividad*, Barcelona, Gedisa, 1981.]

El candidato elegido fue Roger Garaudy, filósofo oficial del PCF y miembro importante del Buró Político. Las razones por las que se le prefirió a Deleuze son un misterio, pero existen rumores acerca de influencias políticas indebidas. De modo más concreto, a menudo se afirma que se le otorgó el puesto por la insistencia de Georges Pompidou, que se convirtió en primer ministro en 1962. Cuenta la leyenda que la amistad que habían establecido en la ENS había sobrevivido a las diferencias políticas de sus partidos y que Pompidou estaba deseoso de promocionar la carrera de su viejo amigo. Daniel Defert, a su vez, sigue insistiendo en que se impuso a Garaudy a un departamento que se resistía por insistencia ministerial⁶⁵.

En palabras de un comentarista inglés, Garaudy era «en otro tiempo el jefe de la orden de cazadores de brujas, ahora el dispensador de la extrema unción y, en rápida sucesión, el adalid de Stalin y defensor de la fe jrushovita»⁶⁶. Hasta hacía poco, había sido un estalinista clásico, y entonces era el promotor del diálogo con los cristianos y un adalid del humanismo marxista⁶⁷. De hecho, parece haber poseído el don de convertirse a varias causas; tras su expulsión del PCF por «sectarismo» en 1970, regresó al cristianismo y finalmente se convirtió al islam.

Foucault lo detestaba, en parte por su pasado estalinista y también por su humanismo «blando». Además tenía una opinión muy pobre de su capacidad como filósofo. Había una razón subyacente para esta hostilidad con el recién llegado. Garaudy era un enemigo de primer orden de Althusser, por quien Foucault sentía un inmenso afecto y admiración. Garaudy fue uno de los que, en 1965, bloqueó la publicación de *Pour Marx y Lire le Capital* por las Editions Sociales, sello editorial del PCF, y obligó a Althusser a dirigirse a Maspero. La animosidad entre Foucault y Garaudy era abierta y se expresaba con violencia. Foucault le desaprobaba constantemente y no desaprovechaba una oportunidad para criticarlo y humillarlo, en público a ser posible. En una ocasión, parece que Garaudy le pidió a una estudiante que tradujera el latín de Marco Aurelio; el texto estaba escrito en griego y a Foucault le faltó tiempo para señalar el error⁶⁸. El sociólogo Jean Duvignaud afirma haber escuchado el intercambio de palabras siguiente: «Garaudy: "¿Qué tiene contra mí?" Foucault: "No tengo nada contra usted. Sólo contra la estupidez"»⁶⁹. Algunos hablan de violencia física entre los dos⁷⁰.

Entrevista con Daniel Defert.

Gregory Elliot, *Althusser: The Detour of Theoty*, Londres, Verso, 1987, pág. 27.

Véase, por ejemplo, *De Vanatheme au dialogue*, París, Editions Sociales, 1965.

Eribon, *Michael Foucault*, pág. 163.

Entrevista con Jean Duvignaud.

Entrevista con Pierre Vidal-Naquet.

Finalmente, Garaudy se rindió ante esta campaña de desgaste y aceptó agradecido un traslado que le llevó, ironías de la vida, a Poitiers. Su partida no puso fin a los escándalos en Clermont-Ferrand; el mismo Foucault desató una tormenta de protestas al nombrar a Daniel Defert para una ayudantía, dándole prioridad ante una candidata mayor y con mejor preparación. Cuando llegó el momento de manejar el poder, Foucault formó pareja con Pompidou.

Defendió su tesis la tarde del sábado 20 de mayo de 1961, en el salón de conferencias Louis Liard de la Sorbona. Una *soutenance de these* francesa es un ritual complejo y un rito de pasaje difícil para el candidato. Es un acto público, abierto a todos y anunciado en la prensa. Para el tribunal examinador, puede ser un deporte sangriento y a menudo el candidato se convierte en la excusa para saldar antiguas cuentas. En esta ocasión, el salón de paredes de madera estaba lleno al máximo. Al público habitual, del cual algunos asistían a toda *soutenance* como otros van al teatro, se le había unido la cohorte de la ENC. A otros estudiantes, incluido el joven Pierre Macherey, les había instado a asistir Canguilhem. Daniel Defert, que hacía poco que había visto llegar las pruebas de la *Histoire de la folie* al piso de la rae du Dr. Finlay, estaba sentado al lado de Jean-Paul Aron.

Dada la naturaleza híbrida del trabajo de Foucault, el tribunal era interdisciplinario por necesidad. Henri Gouhier, que una vez había aceptado supervisar la tesis que Foucault planeó escribir en la Fondation Thiers, lo presidía en virtud de su antigüedad académica. La tesis complementaria sobre Kant fue examinada por Hyppolite y Maurice de Gandillac, especialista en estudios medievales y renacentistas; *Histoire de la folie*, por Gouhier, Daniel Lagache, entonces profesor de psicología patológica, y Canguilhem. No cabe duda de que era un tribunal prestigioso.

La *soutenance* comenzó con la defensa de Foucault de su traducción de Kant y su introducción a la *Anthropologie*. Gandillac sostuvo que la traducción necesitaba alguna revisión y sugirió que se ampliara la introducción para su publicación, de tal modo que constituyera una edición crítica completa de un texto descuidado. Hyppolite la consideró como un esbozo para un libro sobre antropología y comentó que, a pesar del sujeto evidente, debía mucho más a Nietzsche que a Kant. Lo que resultó después es que la traducción fue publicada por Vrin en 1964 con una breve introducción histórica; Foucault nunca intentó publicar su tesis de 130 páginas.

Tras un breve descanso, llegó el momento de examinar *Histoire de la folie*. Foucault expuso sus teorías acerca de la razón y la sinrazón, moviendo las manos con una delicadeza que a Defert le recordó los gestos de un director de orquesta, y que provocó un comentario audible de Aron⁷¹.

Entrevista con Daniel Defert.

Cuando terminaba su exposición, el candidato se quejó de que para conseguir que se oyera la voz de los encarcelados se necesitaba el talento de un poeta. Irritado por esta ostentación de falsa modestia, Canguilhem replicó: «Usted lo tiene, *monsieur*»¹².

De nuevo, hubo objeciones por parte del tribunal. Lagache, en particular, puso reparos a muchas de las hipótesis de Foucault sobre medicina y psiquiatría, mientras que Gouthier se preguntaba si no estaba otorgando demasiado valor a la experiencia de la locura descrita por Artaud, Nietzsche y Van Gogh. Como más tarde diría a Jean-Paul Weber de *Le Monde* con una sonrisa indulgente, «una de las objeciones del tribunal fue que había tratado de reescribir el *Elogio a la locura*»¹³. De modo más serio, Gouthier puso reparos a la interpretación que hacía de las palabras de Descartes «*Mais quoi, ce sont des fous*», en las que veía surgir una línea divisoria entre la razón y la sinrazón, y concluyó admitiendo que le costaba trabajo comprender lo que Foucault quería decir cuando definía la locura como la «ausencia de *oeuvre*»¹⁴.

Aunque se hicieron críticas a las dos tesis, no fueron agresivas. Como después explicaría Gouthier, sólo hizo lo que se esperaba de un historiador de la filosofía al que se había pedido formar parte de un tribunal y las dudas de Lagache se expresaron con la educación necesaria para resultar inofensivas. Por su parte, Macherey se sorprendió de la recepción ofrecida a Foucault: alguien desconocido en Francia era tratado con respeto, incluso como un igual, por hombres de la talla de Hyppolite, y con la fama de genio de Canguilhem¹⁵. Aron estaba impresionado y más tarde comentó que Canguilhem había recibido a Foucault en la Sorbona como Virgilio diera la bienvenida al Parnaso a Dante, «con el arrobamiento melancólico de un viejo barón al armar caballero a un noble intrépido»¹⁶. Al final de la velada, Gouthier hizo el anuncio oficial de que se había concedido a Foucault el grado de *doctoral es lettres* con mención de honor. También se le concedió una de las veinticuatro medallas de bronce que otorgaba el Centre Nationale de la Recherche Scientifique a los autores de las tesis más distinguidas presentadas cada tres años. La ceremonia finalizó con un vaso de vino, el tradicional *pot de soutenance* (pot en argot significa bebida).

Cinco días después, Henri Gouthier presentó su informe oficial sobre la *soutenance* de Foucault. Lo elogiaba por su nutrida cultura, su fuerte personalidad y su rico intelecto:

Aron, *Les modernes*, págs. 216 y 217.
«La folie n'existe que dans une société».
Eribon, *Michel Foucault*, págs. 136 y 137.
Entrevista con Pierre Macherey.
Aron, *Les modernes*, pág. 216.

El señor Foucault es más que un filósofo, un exégeta o un historiador [...]. Lo más importante que se recuerda de su *soutenance* es el curioso contraste entre el innegable talento que todos reconocen en el candidato y las muchas reservas que se expresaron a lo largo de todo el acto. El señor Foucault es sin duda escritor, pero el señor Canguilhem habla de retórica en relación con ciertos pasajes y el decano le encuentra demasiado ansioso por causar «sensación». No se pone en duda su erudición, pero el decano cita casos derivados de una tendencia espontánea de ir más allá de los hechos en sí; se tiene el sentimiento de que hubiera habido más críticas de este tipo si el tribunal hubiera contado con un historiador del arte, de la literatura o de las instituciones. El señor Foucault está muy bien preparado en psicología; sin embargo, el señor Lagache nota que su información sobre psiquiatría es algo limitada y que las páginas sobre Freud son un poco superficiales. Cuanto más se piensa sobre ellas, más se da uno cuenta de que ambas tesis provocaron muchas críticas serias. Sin embargo, el hecho es que estamos ante una tesis verdaderamente original, de un hombre cuya personalidad, dinamismo intelectual y talento para la exposición le califican para enseñar en las instancias educativas más elevadas. Por este motivo, reservas aparte, se le concedió la mención por unanimidad⁷⁷.

Desde el momento en que Canguilhem otorgó a *Histoire de la folie* el *imprimatur* de la Sorbona, era una conclusión evidente que a Foucault se le concedería el doctorado. Sin embargo, resulta sorprendente que en la *soutenance* surgieran numerosas críticas a su trabajo. Por definición, una *soutenance* es un proceso agonístico o de adversarios y la presentación de objeciones forma parte de su *raison d'être*. El hecho de que se concediera el doctorado a pesar de las críticas y reservas del tribunal es indicativo de la verdadera naturaleza de la tesis de Foucault. Lo que convence es su brillantez general y no los detalles de la demostración. Si hubiera estado presente el historiador de la literatura aludido por Gouthier, quizá, por ejemplo, habría aducido la objeción menor de que cuando cita a Moliere en la parte I, capítulo tres, la referencia a los textos es incompleta o que el relato sobre Sade debe mucho más a «La raison de Sade» de lo que el texto de Foucault sugiere (y que las páginas de las referencias son incorrectas)⁷⁸. El historiador del arte quizá hubiera señalado que en los grabados en madera de Durero que ilustran el Apocalipsis, los cuatro jinetes no representan el triunfo de la locura, sino la escoria del mundo antes del establecimiento del nuevo orden celestial⁷⁹. Otros especialistas sin duda ha-

chado en Eribon, *Michel Foucault*, págs. 138 y 139.

Véase Maurice Blanchot, «La raison de Sade», en *Lautréamant et Sade*, París, Minuit, 1949. Véase *Histoire de la folie*, págs. 33 y 33.

brían sostenido similares puntualizaciones. La tesis no se juzgó por los detalles, sino por su calidad general, como una aproximación nueva y sorprendente al tema.

Foucault estaba orgulloso de su *Histoire de la folie* y seguiría muy «apegado» a ella, aunque en 1972 admitió, cuando se iba a reimprimir por segunda vez, que, si tuviera que escribirla de nuevo, «contendría menos retórica»⁸⁰. También estaba defraudado por la acogida de la crítica. Al ser entrevistado por un periodista italiano en 1978, declaró que, mientras gente como Blanchot, Klossowski y Barthes le habían dado la bienvenida, en conjunto se recibió con indiferencia y silencio. «Pensaba que había algo en mi libro que debía haber interesado a los intelectuales que se dedicaban al análisis de los *sistemas* políticos y sociales [...]. Estaba convencido de que debía haber resultado de interés para los marxistas por lo menos. Pero sólo hubo silencio»⁸¹. En otras entrevistas expresó la misma queja: «He de decir que ni la comunidad filosófica, ni siquiera la comunidad política, mostraron el más ligero interés. Ninguno de los periódicos responsables de registrar los más ligeros trastornos en el mundo de la filosofía le prestó atención»⁸².

De modo más general, Foucault declaró que sus primeros intentos por explorar las relaciones entre poder y saber fueron acogidos con silencio por la izquierda intelectual, quizá por la negativa marxista a contemplar demasiado cerca el problema del encierro, el uso político de la psiquiatría⁸³. Foucault estaba en lo cierto en cuanto a la izquierda institucionalizada; ningún periódico del PCF analizó la *Histoire de la folie*, probablemente por las razones que aduce. Sin embargo, estaba utilizando argumentos retrospectivos; no existía una razón particular por la que su libro debiera considerarse un texto político en 1961 y él mismo no dijo nada por entonces que sugiriera tal lectura. Parte de su decepción por la recepción otorgada a su primera obra importante provenía del hecho de que no había sido tenida en cuenta por los profesionales de la salud mental, algo de lo que se quejaba a menudo en privado⁸⁴. Iba a pasar una década antes de que las tesis de Foucault tuvieran algún impacto en ese medio.

En realidad, no es un hecho que *Historie de la folie* fuera recibida con silencio por parte de la crítica. Obtuvo abundantes reseñas en términos

⁸⁰ «Carceri e manicomio nel congegno del potere» (entrevista con Marco d'Erasmus), *Avanti*, 3 de marzo de 1974; citado en Mauriac, *Et comme j'esperance est violente*, pág. 403.

⁸¹ *Colloqui con Foucault*, págs. 43 y 44.

⁸² Entrevista con Jean-Louis Ezine, *Les Nouvelles Littéraires*, 17 de marzo de 1975, pág. 3.

⁸³ «Verité et pouvoir», Entretien avec M. Fontana, *L'Arc*, 70, 1977, págs. 16 y 17.

⁸⁴ Robert Castel, «Les aventures de la pratique», *LeDébat*, 41, septiembre-noviembre de 1986, pág. 43.

relativamente elogiosos y también dio pie para una entrevista publicada en *Le Monde*, un espaldarazo inusual para el autor de lo que, después de todo, era una tesis académica. Según Weber, el entrevistador, *Histoire de la folie* había hecho de Foucault «un filósofo conocido e incluso famoso», al que se consideraba el arquetipo del joven intelectual, absoluto y sin limitaciones: «Poseía una sonrisa dialéctica; hablaba con entonaciones que parecían destinadas a enseñar, es decir, a inquietar y a dar seguridad. Más bien distraído, con una mirada vaga en los ojos, absorto en alguna otra cosa.» La entrevista, que iba a ser la primera de muchas, permitió a Foucault exponer de nuevo su tesis en términos relativamente simples. Cuando se le preguntó por «influencias», se refirió con brevedad a Blanchot, Roussel y Dumézil, y luego prosiguió:

No se puede encontrar locura en un estado salvaje. Sólo existe dentro de una sociedad, no existe fuera de las formas de sensibilidad que la aislan y las formas de repulsión que la excluyen o la capturan. Así pues, podemos decir que en la Edad Media, y luego en el Renacimiento, la locura está presente dentro del horizonte social como un hecho estético o cotidiano; después, en el siglo XVIII, como resultado del encierro, la locura entra en un periodo de silencio, de exclusión. Ha perdido la función de manifestación, de revelación, que había tenido en la época de Shakespeare y Cervantes (Lady Macbeth, por ejemplo, empieza a decir la verdad cuando enloquece), y se vuelve ridícula y mendaz. Finalmente, el siglo XX se apropia de la locura y la reduce a un fenómeno natural, ligado a la verdad del mundo. Esta apropiación positivista da lugar, por una parte, al surgimiento de la filantropía desdeñosa hacia el loco de la que todos los psiquiatras hacen gala y, por la otra, a la gran protesta lírica que encontramos en la poesía desde Nerval hasta Artaud, un esfuerzo por restaurar a la experiencia de la locura una profundidad y un poder de revelación que el encierro había destruido⁸⁵.

Histoire de la folie apareció en mayo de 1961, pero la mayoría de las reseñas no lo hicieron hasta el otoño. Sin embargo, agosto brindó una especie de sorpresa en la forma de una carta muy generosa de Gastón Bachelard. El primero de agosto, éste había acabado de leer el «gran libro» de Foucault sobre la «sociología de la sinrazón», con mucha atención y gran placer: «Los sociólogos hacen grandes distancias para estudiar pueblos extraños. Usted les ha demostrado que estamos cruzados con salvajes. Usted es un verdadero explorador.» Luego explica que le hubiera gustado enviarle un estudio que había escrito hacía mucho tiempo, pero que no pudo encontrarlo en el «caos de notas en que me paso la vida». Para

«La folie n'existe que dans une société.»

finalizar, le invitaba a visitarlo tras las vacaciones de verano⁸⁶. No hubo tiempo para que Foucault le visitara en la rué de la Montagne Sainte-Geneviève, donde realmente vivía en un caos de proporciones míticas; Gastón Bachelard murió en octubre a los ochenta y seis años.

La primera reseña apareció en la *NouveUe Revue Francaise* en septiembre y fue mixta. El autor, Henri Amer, hace una referencia favorable al «ensayo destacado y fascinante», pero prosigue mencionando la «carencia de cualidades históricas» de Foucault y su disposición a distorsionar la cronología para preservar su «sistema». También critica mucho la prisa con la que «canoniza» a Artaud y que no haya admitido que no toda la locura tiene interés artístico. Finalmente, la afirmación de que la locura sólo existe dentro de una sociedad se interpreta como la capitulación a un sueño de anarquía sostenido por una metafísica implícita⁸⁷.

En el número siguiente, Maurice Blanchot tomó la defensa de Foucault. Resulta muy poco usual para cualquier periódico que reseñe el mismo libro dos veces, y demuestra justamente cuánto poder podía ejercer el solitario Blanchot. Su texto no apareció en las páginas destinadas a las reseñas, sino que incorporó la suya en un artículo más general, titulado «L'oubli, la déraison». Para él, el libro era rico, insistente y «casi irrazonable», y la colisión entre la universidad y la sinrazón producida por una tesis doctoral era una fuente de placer añadida. Conviene con Foucault en que el lenguaje de la locura puede escucharse en la literatura y en el arte de Goya, Sade, Artaud y Van Gogh, y sugiere que la relación enigmática entre pensamiento, imposibilidad y habla es la base sobre la que se pueden comenzar a entender obras a la vez rechazadas, aceptadas y objetivadas. Un autor de obras tales es Bataille⁸⁸, no mencionado en la *Histoire de la folie*, pero que pronto iba a interesar mucho a Foucault.

Para Barthes, que escribía en *Critique*, Foucault había sacudido los «hábitos intelectuales» de Francia: «Este libro [...] es algo más que un libro de historia, incluso si la concepción de esta historia es audaz, incluso si, como es el caso, este libro está escrito por un filósofo. Entonces, ¿qué es? Algo semejante a una pregunta catártica efectuada al conocimiento»⁸⁹. A comienzos de diciembre, *Le Monde* publicó también una re-

⁸⁶ Gastón Bachelard, carta de 1 de agosto de 1961 a Foucault, reproducida en *Michel Foucault: Une histoire de la vérité*, pág. 119.

⁸⁷ Henry Amer, «Michel Foucault: *Histoire de la folie a l'dge classijue*», *NouveUe Revue Francaise*, septiembre de 1961, págs. 530 y 531.

⁸⁸ Maurice Blanchot, «L'oubli, la déraison», *NouveUe Revue Francaise*, octubre de 1961, págs. 679, 683, 686.

⁸⁹ Roland Barthes, «De part et d'autre», en *Essais critiques*, págs. 168, 172. [Trad. esp.: *Ensayos críticos*, Barcelona, SeixBarral, 1983.]

seña altamente favorable, escrita por Jean Lacroix, que hacía referencia a un «libro asombroso, una auténtica obra maestra de una nueva clase, que trae inquietud a los reinos más íntimos de la cultura moderna y que, con sus setecientas páginas, tiene el mérito de ser accesible a todos»⁹⁰. Una semana después, *Les Temps Modernes* publicó un texto del psicoanalista Octave Mannoni, aunque Foucault tendió en declaraciones posteriores a insistir en que el periódico de Sartre pasó absolutamente por alto su obra. Mannoni encontraba el libro algo confuso y difícil de leer, y hacía referencia a la ambigüedad de su metodología, que a veces contempla la historia como el campo en el que se designan los conceptos usados por el pensamiento abstracto y otras veces como el foro privilegiado de un error de reconocimiento universal⁹¹.

Hasta el verano del año siguiente no aparecieron las últimas reseñas a *Histoire de la folie*. Barthes había sugerido que «a Lucien Febvre le habría gustado este libro audaz». Fue, junto con Marc Bloch, el editor fundador de *Annales* y el santo patrón de una escuela historiográfica francesa característica. A dos de sus herederos sin duda les gustó el audaz libro. Robert Mandrou encontró la tesis de Foucault «desapasionada y decisiva» y elogiaba esta «orquesta de un escritor» por su habilidad para escribir simultáneamente como filósofo, como psicólogo y como historiador⁹². Sus reflexiones sobre historia eran un reto para el «conjunto de la cultura occidental» y su libro le situaba a la vanguardia de la investigación contemporánea⁹³. En una breve nota a continuación del artículo de Mandrou, Braudel hace referencia al carácter pionero de este «magnífico libro». Faltaban por llegar más alabanzas procedentes de Michel Serres en el *Mercure de France*. Según Serres, el libro era un hito por su metodología, su técnica y su erudición, por la escritura «milagrosa» de Foucault y la «severidad suntuosa» de sus descripciones⁹⁴. Trazaba un paralelo con el libro de Bachelard:

El señor Bachelard muestra que el alquimista no considera un fenómeno natural mucho más que como el sujeto psicológico mismo. El objeto de ese conocimiento arcaico no es más que una proyección del mismo universo cultural sobre los sujetos inconscientes de emociones

⁹⁰ Jean Lacroix, «La signification de la folie», *Le Monde*, 8 de diciembre de 1961, pág. 8. Una versión ampliada aparece en Lacroix, *Panorama de la philosophie française contemporaine*, París, PUF, 1966, págs. 208-216.

⁹¹ Octave Mannoni, *Les Temps Modernes*, diciembre de 1961, págs. 802-805.

⁹² Robert Mandrou, «Trois clefs pour comprendre la folie à l'âge classique», *Annales ESC*, 17^o année, núm. 4, julio-agosto de 1962, pág. 761.

⁹³ *Ibid.*, pág. 771.

⁹⁴ Michel Serres, «Géométrie de la folie», *Mercure de France*, agosto de 1962, págs. 682, 686, 691.

y pasiones. *Mutatis mutandis*, Foucault hace lo mismo: en la edad clásica, el objeto del conocimiento psiquiátrico arcaico no es mucho más que el loco [...] como una proyección del universo cultural clásico sobre el espacio del encierro⁹⁵.

Solo aparecieron siete reseñas (más la nota de Braudel) el primer año de vida del libro y no todas ellas fueron muy positivas. Las ventas reflejaron el recibimiento crítico; hasta febrero de 1964 no se agotaron los 3.000 ejemplares de la edición inicial⁹⁶. La decepción de Foucault es comprensible, pero es raro que las tesis sean ampliamente reseñadas. De los críticos favorables, la mayoría eran conocidos suyos. Serres era compañero en Clermont-Ferrand; Barthes, por supuesto, era amigo personal y mucho más que un amigo. Lacroix había publicado *Maladie mentale et personnalité* en su serie *Initiation philosophique* y conocía a Foucault por mediación de Althusser. Quizá haya habido un elemento de lealtad personal en estas reseñas favorables, aunque sería absurdo sugerir que la lealtad pesaba más que la convicción intelectual. Es más una cuestión del reconocimiento mutuo de los respectivos autores como pertenecientes a una tendencia emergente dentro de las ciencias humanas. Blanchot, por otra parte, no conocía a Foucault personalmente, aunque había leído al menos parte del texto antes de su publicación. Tanto Mandrou como Braudel eran perfectos extraños.

Resulta significativo el hecho de que Foucault obtuviera reseñas favorables en *Critique*, la *NRF* y *Annaks*. De las tres, sólo *Annaks* está asociada a una institución académica, mientras que *Critique* y la *NRF* son independientes. Hay puntos en los que el mundo académico se interseca con otro literario e intelectual más amplio. La salida de Foucault del gueto académico la facilitó aún más la entrevista de *Le Monde*; este diario recoge los acontecimientos y es el barómetro de la vida intelectual francesa, pero está lejos de ser una publicación académica. La *NRF* seguía representado la tradición de la buena escritura, aunque ya no disfrutaba de la autoridad que poseyó durante los años veinte y treinta. En los años cuarenta, *Critique* había influido en la introducción de autores tales como Heidegger al público francés. En los años sesenta, se convertiría en uno de los periódicos que encabezarían la nueva crítica «estructuralista». En virtud de la *Histoire de la folie*, Jean Piel, que pasó a ser editor cuando Bataille murió en 1962, invitó a Foucault a formar parte del consejo editorial y, de este modo, se convirtió en parte del periódico que había consagrado su obra. La reseña de *Annaks* es la más intrigante de todas. Señala

Ibid., septiembre de 1962.
Eribon, *Michel Foucault*, pág. 147.

un momento raro de acuerdo entre Mandrou y Braudel, y parece prometer la aceptación por parte de los historiadores profesionales. Pero no iba a ser así. La promesa era una falsa aurora: entre 1963 y 1969, ningún artículo de *Anuales* cita siquiera a Foucault⁹⁷. La reseña no significó la aprobación franca, pero señaló el comienzo de una relación plena y complicada con los historiadores. La única contribución de Foucault a esta revista fue una reseña-artículo sobre *L'univers imagínate de Mallarmé* de Jean-Pierre Richards⁹⁸.

Histoire de la folie también atrajo cierta atención fuera de Francia. Dos periódicos académicos especializados en estudios franceses la reseñaron en términos bastante favorables, pues John K. Simón de Yale encontró en ella «una iconoclasia desorientadora» que le recordaba la obra de Huizinga, y Jacques Ehrmann la describió como una obra de referencia esencial para cualquier futura discusión sobre la herencia cultural de la civilización occidental". De significancia mucho mayor fue la larga reseña que apareció en el *Times Literary Supplement* en octubre de 1961. Se proporcionó a Foucault el espaldarazo de que su reseña apareciera en primera plana, un generoso tributo poco habitual hacia un desconocido autor francés, de parte del más importante periódico literario británico. Tras esta bienvenida, parecería una clara posibilidad la aparición de una traducción, pero no se materializó hasta 1965¹⁰⁰. Richard Howard encontró el libro «difícil y oscuro, pero con un argumento sutil» y dedicó la mayor parte de su reseña a exponer «la concepción altamente individualista del autor sobre [...] el diálogo que continuó siglo tras siglo mientras las sociedades occidentales trataban de fijar los límites que separaban la razón de la sinrazón». Describió a Foucault como «filósofo e historiador con cierta animosidad contra los médicos» y concluyó: «Su brillante libro, erudito pero sobrecargado de antítesis y generalizaciones abstrusas, es la contribución más original que se ha hecho a la lastimosa historia de la sinrazón en la Edad de la Razón. Si se transportan a un periodo posterior, sus estudios pueden iluminar problemas que tienen una urgencia contemporánea»¹⁰¹. Su alusión presciente a los problemas «contemporáneos» apun-

⁹⁷ Alan Megill, «The Reception of Foucault by Historians», *Journal of the History of Ideas*, vol. 48, 1987, pág. 126.

⁹⁸ «Le Mallarmé de J.-P. Richard», *Anuales ESC*, vol. 19, núm. 5, septiembre-octubre de 1964, págs. 996-1004.

⁹⁹ John K. Simón, *Modern Language Notes*, vol. 78, 1963, págs. 85-88; Jacques Ehrmann, *French Review*, vol. 36, núm. 1, octubre de 1962, págs. 99-102.

¹⁰⁰ *Madness and Civilization: A History of Insanity in the Age of Reason*, trad. de Richard Howard, Nueva York, Random House, 1965, Londres, Tavistock, 1967.

¹⁰¹ Richard Howard, «The Story of Unreason», *Times Literary Supplement*, 6 de octubre de 1961, págs. 653 y 654.

ta hacia lo que se iba a convertir en un importante elemento en la historia de la historia de la locura de Foucault. Como señala Robert Castel, *Histoire de la folie* puede leerse —y lo ha sido— de dos modos muy diferentes. Inicialmente, se leyó como un estudio académico que pertenecía a la tradición francesa de la epistemología de las ciencias; tras los trastornos de Mayo del 68, se convirtió en parte de «una sensibilidad antirrepressiva»¹⁰². De momento, seguía siendo una obra académica.

¹⁰² Robert Castel, «The Two Readings of *Histoire de la folie* in France», *History of the Human Sciences*, vol. 3, núm. 2, febrero de 1990, págs. 27-30; cfr. del mismo autor, «Les aventures de la pratique».

6

La muerte y el laberinto

Foucault, de modo inmediato, se consolidó como una importante figura intelectual de Francia. Se le asociaba con Bardies, conocía a Robbe-Grillet y, durante un tiempo, estuvo próximo al grupo de novelistas y críticos de vanguardia de *TelQuel*. Por mediación de Barthes, conoció a Pierre Klossowski, escritor, pintor y traductor, *inter alia*, de Hölderlin, Nietzsche y Wittgenstein¹. En otras palabras, se hallaba en el centro de un mundo excitante, mucho más excitante y abierto que un departamento académico de una buena universidad de provincias. También era un mundo relativamente pequeño en el que los intereses personales, sociales e intelectuales se mezclaban con facilidad y en el que no era difícil comer con el psicoanalista André Green, o ser presentado a los actores Simone Signoret e Yves Montand en una proyección privada de *Mourir a Madrid*.

Foucault estaba muy ocupado y publicaba mucho. La aparición de *Histoire de la folie* marcó el comienzo de un periodo muy productivo para él, que por entonces tenía actividades en ámbitos muy diferentes. *Maladie mentale et personnalité* se volvió a imprimir en una edición revisada como *Maladie mentale et psychologie* en 1962. Mientras trabajaba a la vez sobre *Naissance de la clinique* y *Raymond Roussel*, ambos publicados en 1963, comenzó a colaborar con reseñas y artículos, principalmente sobre temas literarios, en periódicos como *Critique* y la *Nouvelk Revue Frangaise*. Tam-

¹ La traducción efectuada por Klossowski de *Poèmes de la folie* de Hölderlin, en colaboración con Pierre-Jean Jouve, apareció por primera vez en 1930 y fue reeditada por Gallimard en 1963. Su importante traducción de *Dkfrohliche Wissenschaft* es de 1945 y su versión del *Tractatus* de Wittgenstein, de 1961.

bien publicó su segunda —y última— traducción de un ensayo de Leo Spitzer². Se le demandaba para conferencias y coloquios, y participó, por ejemplo, en la conferencia de Royaumont de mayo de 1962 sobre «Herejía y sociedad en la Europa preindustrial», donde habló a un auditorio entusiasta sobre «Desviaciones religiosas y conocimiento médico»³. Era miembro activo del consejo editorial de *Critique*, que habitualmente se reunía para comer *chez Piel*⁴. Un joven crítico recuerda con afecto el modo de operar de Foucault. Serge Faucheu, ahora brillante crítico de arte e historiador, había enviado sin que se lo solicitaran un manuscrito sobre el poeta estadounidense E. E. Cummings. No recibió respuesta ni comentarios hasta que las pruebas llegaron de improviso por correo. Su primer artículo había sido aceptado por *Critiqué*.

Foucault también iba volviéndose, al principio de modo menos importante, una figura internacional y era invitado por el agregado cultural francés a dar una conferencia sobre «Locura y sinrazón» en Copenhague en 1962⁶, y a hablar en Saint-Louis en Bélgica en 1964⁷. También habían solicitado su colaboración periódicos publicados fuera de Francia; sus contribuciones iniciales a la escena internacional fueron un ensayo que ampliaba la discusión sobre la asociación agua-locura, señalada en el primer capítulo de *Histoire de la folie*, en una publicación médica suiza, un epílogo a una versión alemana de *La tentation de Saint Antoine* (La bibliothèque fantastique) y una colaboración en un catálogo de una exposición publicado en Hamburgo⁸.

Igual que había habido un Foucault que parecía ir a convertirse en

² Leo Spitzer, «Art du langage et linguistique», en *Etudes de style*, París, Gallimard 1962, págs. 45-78. Originalmente, *Linguistics and Literary History*, Princeton University Press, 1948, págs. 1-39. [Trad. esp.: *Lingüística e historia literaria*, Madrid, Gredos, 1989.] Foucault había colaborado antes con Daniel Rocher en una traducción de Viktor von Weizsäcker, *Le cycle de la structure* (*Der Gestaltkreis*), París, Desclée de Brouwer, 1958.

³ La ponencia de Foucault se publicó como «Les déviations religieuses et le savoir médical» en las actas de la conferencia: Jacques le Goff (ed.), *Hérésies et sociétés dans l'Europe pré-industrielle 11-18 siècles*, París, Mouton, 1968, págs. 12-29. [Trad. esp.: *Herejías y sociedades en la Europa pre-industrial Siglos XI a XVIII*, Madrid, Siglo XXI, 1987.]

⁴ Entrevista con Jean Piel.

⁵ Entrevista con con Serge Fauchereau. Véase «Cummings», *Critique*, 218, diciembre de 1964.

⁶ Eribon, *Michel Foucault*, pág. 160. No está recogido el contenido de esta conferencia.

⁷ La conferencia belga versó sobre «Langage et littérature» y trata los mismos temas que los artículos literarios de este periodo. La copia mecanografiada puede consultarse en la Bibliothèque du Saulchoir, donde está catalogada como DI.

⁸ «L'eau et la folie», *Médecine et hygiène* (Genova), 613, 23 de octubre de 1963, páginas 901-906; «Wächter über die Nacht der Menschen», en Hanns Ludwig Spegg (ed.), *Ontwegs mit Rolf Italiaander: Begegnungen, Betrachtungen, Bibliographie*, Hamburgo, Freie Akademie der Kunst, 1963, págs. 46-49.

psicólogo o psiquiatra, ahora había otro que parecía que llegaría a ser un importante crítico literario, a escribir como Blanchot o incluso a convertirse en Blanchot. Su interés por la literatura alcanzó la máxima intensidad a comienzos de los años sesenta, cuando produjo una serie de reseñas y artículos literarios, así como un extenso prefacio a los *Dialogues* de Rousseau, que, a su vez, se juzgó «no siempre claro» por su reseñista académico⁹. Algunos de los artículos, inevitablemente, tienen poca importancia y sólo un interés circunstancial. Por ejemplo, Foucault reseñó la primera novela de Jean-Edern Hallier, *Les aventures d'une jeune fille* (1963). Hallier era uno de los fundadores de *TelQuel* y, durante un tiempo, amigo de Foucault; la reseña fue un gesto de amistad más que una enunciación importante¹⁰.

Tomados en conjunto, los artículos de este periodo representan un volumen de obra considerable, pero hasta hace muy poco habían recibido relativamente poca atención de sus críticos¹¹. Si se recopilaran y se leyeran separados del resto de la obra de Foucault, existirían pocos indicios, si es que los hay, de que su autor fuera un profesor dedicado a la enseñanza de la psicología y la filosofía en Clermont-Ferrand. Sólo una especie de reseña revela su interés por la historia de la ciencia, a saber, un texto corto sobre *La révolution astronomique, Copernic, Kepkr, Borelli* de Alexandre Koyré¹². Únicamente una reseña-artículo trata de un tema psicológico: discute el estudio psicobiográfico sobre Hólderlin de Jean Laplanche, y en él Foucault exhibe un conocimiento sobre el poeta y su obra mucho mayor que en *Histoire de la folie*, donde el nombre «Hólderlin» es poco más que una clave emblemática. Expresa poca simpatía por los escritos más tradicionales sobre las «relaciones entre el arte y la locura»; el texto de Laplanche es uno de los pocos que deberían salvarse de una dinastía «sin gloria»¹³. Por su parte, la psicología clínica se despacha, con un desprecio digno de Canguilhem, como «un eclecticis-

⁹ Prólogo a *Rousseau juge tk Jean-Jacques: Dialogues*, París, Armand Colin, 1962, reseñado por M. Ciotti, *Studi Francesi*, vol. 8, 1964, pág. 352.

¹⁰ «Un grand «Román de terreup»», *France-Observateur*, 12 de diciembre de 1963, pág. 14, reeditado en Jean-Edern Hallier, *Choque matin qui se leve est une k(on de eourage*, París, Editions Libres, 1978, págs. 40-42. Para el dudoso relato de su amistad con Foucault y su desagradabilísimo relato acerca del hombre que llama «el Gandhi disciplinario» del Barrio Latino, véase «Cette tete remarquable ne comprenait pas l'avenir», *Figaro Magazine*, 30 de junio-6 de julio de 1984, págs. 76 y 77.

¹¹ Una de las excepciones más interesantes a la regla de las omisiones fue el primer capítulo de John Rajchman, *Michel Foucault: The Freedom of Philosophy*, Nueva York, Columbia University Press, 1985. La aparición de *Foucault and Literature* de During remedía en gran medida el descuido hacia el Foucault literario.

¹² *Nouvelle Revue Francaise*, diciembre de 1961, págs. 1123 y 1124.

¹³ «Le "Non" du père», *Critique*, 178, marzo de 1962, pág. 201. El texto que se reseña es de Jean Laplanche, *Hólderlin et la question du pire*, París, PUF, 1961.

mo sin conceptos»¹⁴, mientras que se dice de la vasta mayoría de la «casta psicológica» que gravita de acuerdo con «la ley de la mayor trivialidad posible» y se la desdeña por su persistente convencimiento de que «el ayuno involuntario de las ratas» proporciona «un modelo epistemológico de una fertilidad infinita»¹⁵.

Según el tema, sus artículos van de un ensayo dedicado a revisar los *films* de Crébillon, *Les egarements du coeur et de l'esprit* (1736-1829) y una novela extraordinariamente desconocida de un tal Reveroni de Saint-Cyr (1767-1829), a un texto sobre la obra de los miembros del grupo *TelQuel*, y desde una reseña de la novela de Roger Laporte *La veille*, hasta una discusión de *L'univers imaginaire de Mediarme*, de Jean Pierre Richard¹⁶. En muchos sentidos, revelan una estética similar a la que aparece en *Histoire de la folie*, y exploran más la relación entre *folie* y *oeuvre* y el argumento de que «toda obra literaria forma parte del murmullo incierto e indefinido de lo escrito»¹⁷. Formulaciones similares aparecen a lo largo de los artículos de este periodo. Así, en el único artículo publicado en *TelQuel*, Foucault insiste:

En nuestros días, la escritura se ha acercado infinitamente más a su fuente. Es decir, a ese ruido perturbador que, desde las profundidades de la lengua, anuncia, tan pronto como se le presta oído un momento, que buscamos refugio contra él y que a la vez hacia él nos dirigimos [...], ya no es posible una *oeuvre* cuyo significado se encierre en sí misma, de tal modo que sólo hable de su gloria¹⁸.

Mientras que la literatura fue una vez objeto de retórica, un discurso en el que toda figura hacía referencia finalmente a cierta Palabra original, ahora ha entrado en la Biblioteca de Babel de Borges,

donde todo lo que puede decirse ya se ha dicho [...]. Y, además, sobre todas estas palabras, cubriéndolas, una lengua rigurosa y soberana que las habla y, a decir verdad, las crea; y, a su vez, esta lengua sólo es sostenida por la muerte en el momento en que cae en el agujero del Hexágono infinito, que el más lúcido (y, por lo tanto, el último) de los bi-

¹⁴ *Oíd.*, pág. 197.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 204.

¹⁶ «Un si cruel savoir», *Critique*, 182, julio de 1962, págs. 597-611 (sobre Crébillon y Reveroni); «Distance, aspect, origine», *Critique*, 198, noviembre de 1963, págs. 932-945 (sobre Sollers, *L'inkrmédiare*, Pleyne, *Paysages en deux*, Baudry, *Les images* y números 1-14 de *Tel Quel*); «Guetter le jour qui vient», *Nouvelk Revue Francaise*, 130, octubre de 1963, páginas 709-716 (sobre Laporte); «Le Mallarmé de J.-P. Richard».

¹⁷ «La bibliothèque fantastique», pág. 107.

¹⁸ «Le langage a l'infini», *TelQuel*, 15, otoño de 1963, pág. 48.

bliotecarios revela que incluso la infinitud de la lengua se multiplica hasta el infinito, repitiéndose sin fin en las figuras duplicadas de lo Mismo¹⁹.

La estética de Foucault es resueltamente modernista, y define a Flaubert como el primer moderno. Flaubert es el equivalente literario de Manet; uno pinta con referencia constante al museo, el otro escribe con referencia constante a la biblioteca²⁰. En otras palabras, el modernismo es reflexivo y se toma a sí mismo como referencia. También es antirrealista y antihumanista.

Sin embargo, los artículos de Foucault también revelan algunos aspectos bastante inesperados de su erudición literaria. El artículo sobre Crébillon y Reveroni es un ejemplo. *Les egarements du coeur et de l'esprit*, novela «libertina» con un delicado tono erótico, había sido reimpresa en 1961, en una elegante edición prologada por Etiemble, y era un asunto de reseña obvio. Foucault cita a *Pauliska* en su primera edición y sólo pudo haber descubierto esta novela de terror en una biblioteca, probablemente la Bibliothèque Nationale. Las referencias a novelas de terror son frecuentes en sus escritos de este periodo, y su afición por ellas puede explicarse sin duda por su similitud genérica con Sade. El artículo comienza: «La escena tiene lugar en Polonia, lo que es como decir en todas partes»²¹. Esto es una parodia de las palabras de Alfred Jarry para presentar la tumultuosa primera representación de *UbuRoi* en 1896 («La acción tiene lugar [...] en Polonia, es decir, en Ninguna Parte») y también contiene referencias a *Le sùmale*, de Jarry, novela dedicada a la tesis de que «el acto de amor carece de importancia, ya que puede realizarse indefinidamente»²². Por último, se demuestra la tesis mediante una pareja de amantes humanos y una máquina de hacer el amor. La máquina es la que apoya la asociación Jarry-Reveroni: en *Pauliska*, el amante de la heroína es capturado por una banda de Amazonas que construyen una extraña estatua mecánica del joven y, en una reelaboración del mito de Pigmalión, una de las mujeres se enamora de ella²³. De todos modos, la presencia de Jarry resulta bastante inesperada. Muchas de las obras discutidas por Foucault son austeras por su modernidad consciente, pero Jarry introduce una nota de comedia extravagante. Es uno de los predecesores del surrealismo y también un re-

¹⁹ *Ibid.*, pág. 52. La «Biblioteca de Babel» de Borges está incluida en *Ficciones*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1956, págs. 85-95.

²⁰ «La bibliothèque fantastique», pág. 107.

²¹ «Un si cruel savoir», pág. 597.

²² Alfred Jarry, *The Supermale*, trad. de Barbara Wright, Londres, Cape Editions, 1968, pág. 7.

²³ «Un si cruel savoir», pág. 597.

cordatorio de que las inquietudes literarias de Foucault no eran totalmente ajenas a las de André Bretón y sus aliados, y de que la seriedad con la que elabora una estética modernista no había destruido su sentido del humor.

Un texto muy breve aparecido en la *NRF*, que no es un periódico que se asocie habitualmente con la frivolidad, proporciona otro acceso de risa. Trata de Jean-Pierre Brisset, autor de numerosas obras publicadas a sus expensas en Agen a finales del siglo xix y artífice de dos tesis principales: el latín no existe (era simplemente un código artificial usado por los bandidos para confundir a los mortales comunes) y el hombre es un descendiente de la rana. La última tesis se demuestra desde el punto de vista filológico²⁴. Foucault no dice cómo o cuándo descubrió a Brisset, pero la explicación más verosímil es que leyera la *Anthologie de l'humour noir* de Bretón (1939), donde se le describe como un eslabón importante entre la «patafísica» (la ciencia de las soluciones imaginarias) de Jarry, la paranoia crítica de Dalí y la obra de Raymond Roussel y Marcel Duchamp²⁵. Foucault presenta breves extractos de los escritos de Brisset y los introduce con algunos comentarios propios:

Brisset pertenece a [...] esa familia de sombras que heredó lo que la lingüística dejó sin testar durante su formación. En sus manos pías y ávidas, las especulaciones acerca de los orígenes de la lengua que se habían denunciado como disparatadas se vuelven una enciclopedia del habla literaria [...]. Brisset está situado en un punto extremo del delirio lingüístico, donde lo arbitrario se acepta como la ley alentadora e inquebrantable del mundo; cada palabra se desmenuza en elementos fonéticos, cada uno de los cuales es equivalente a una palabra; a su vez, esa palabra no es más que una oración condensada; palabra a palabra, las olas del discurso se esparcen en un pantano primordial, en los elementos grandes y simples del lenguaje y el mundo: agua, mar, madre, sexo²⁶.

La breve presentación de Brisset hizo que aumentara de modo gradual el interés por este loco filólogo o etimologista. En 1970, prologó una nueva edición de *Lagammaire logique*, por lo que gracias a él es posible leer a este autor²⁷. Dejando a un lado su atractivo cómico, Brisset demostró ser de un interés considerable para los psicoanalistas lacanianos, que

²⁴ Las principales obras de Brisset son *La grammaire logique* (1878) y *La science de Dieu* (1900). Véase Jean-Jacques Lecercle, *Philosophy through the Looking-Glass*, Londres, Hutchinson, 1985, y *The Violence of Language*, Londres, Routledge, 1990.

²⁵ André Bretón, *Anthologie d'humour noir*, París, Livre de poche, 1970, págs. 36-237. [Trad. esp.: *Antología del humor negro*, Barcelona, Anagrama, 1991.]

²⁶ «Le cycle des grenouilles», *Nouvelle Revue Française*, junio de 1962, págs. 1158 y 1159.

encuentran en su obra un equivalente de la *Urspracher* de Schreber. También Foucault halla en juego un elemento de *Ur* en Brisset: una lengua que existe antes del hombre.

Las palabras son fragmentos de discursos [...], modalidades de enunciaciones que han sido congeladas y reducidas a un ser neutral. Antes de que hubiera palabras, había oraciones; antes de que hubiera un vocabulario, había enunciaciones; antes de que hubiera sílabas y la unión elemental de sonidos, había el murmullo indefinido de todo lo que se estaba diciendo. Mucho antes de que hubiera lengua se hablaba. ¿Pero de qué? ¿De qué sino del hombre, que todavía no existía porque no tenía lengua; sino de su formación, del lento proceso que le arrancaba de su animalidad, del pantano del que su vida de renacuajo emergía con dificultad? Y, así, bajo las palabras de nuestra lengua, podemos oír oraciones [...] habladas por hombres que aún no existían y que hablaban de su futuro nacimiento²⁸.

Ésta es la lengua de la sinrazón *par excellence*, el murmullo constante en un sueño de algo que está perpetuamente fuera de alcance, pero también perpetuamente presente.

El principal texto literario de este periodo es, por supuesto, *Raymond Roussel*. Es el único libro que Foucault dedicó a un tema literario. Así pues, en cierto modo constituye un aparte del resto de su obra, lo que también significa que haya recibido relativamente poca atención crítica²⁹. Este olvido era una extraña fuente de satisfacción para él, que le dijo a su traductor estadounidense, Charles Rúas: «Nadie ha prestado mucha atención a este libro y me alegro; es mi asunto secreto»³⁰.

Raymond Roussel (1877-1933) era uno de los grandes excéntricos de la literatura francesa. Era enormemente rico y viajó por todo el mundo, pero rara vez abandonó la habitación del hotel o el camarote. Financió la publicación de sus escritos y la representación de sus obras teatrales, que de forma invariable resultaron caros fracasos, acompañados de tumultos entre el público. Sus escritos suscitaron poco interés durante su vida, aunque algunos de los surrealistas —en especial Bretón en su *An-*

²⁷ Prólogo a Jean-Pierre Brisset, *Lagrammairelogique*, París, Éditions Tchou, 1970, reeditado en forma de libro como *Septpropos surle septieme unge*, Montpellier, Fata Morgana, 1986. Otros textos de Brisset son *Les origines humaines* (una edición revisada de *La science de Dieu*), París, Baudouin, 1980, y *Le mystère de Dieu est accompli*, *Analytica*, vol. 31, 1983.

²⁸ *Septpropos*, págs. 23 y 24.

²⁹ Véanse, sin embargo, las contribuciones de Raymond Bellour y Denis Hollier a la conferencia de 1988 sobre Foucault, publicadas como *Michel Foucault philosophe*, París, Seuil, 1989; véanse también Pierre Macherey, *A quoi pense la littérature?*, París, PUF, 1990, páginas 177-192, y Derrida, *Foucault and Literature*, págs. 74-80.

³⁰ Posfacio a *Death and the Labyrinth*, pág. 185.

thologie de l'humour noir— le apreciaron. Gran parte de su vida padeció serias enfermedades neuróticas, se piensa que provocadas (o al menos fomentadas) por el fracaso de *La doublure* (1897), una larga novela en verso, escrita en alejandrinos, sobre un actor que hace de «doble». Le trató Pierre Janet, que no fue capaz de ver ningún talento literario en él y lo describió como *un pauvre petit malade*; Roussel es el "Martial" cuyo caso se discute en el primer volumen de *De l'angoisse a l'extase* (1926). Era homosexual, aunque se sabe poco de sus inclinaciones o actividades sexuales, y se volvió totalmente dependiente de los barbitúricos en los últimos años de su vida. Murió en Palermo, donde su cuerpo fue encontrado en su habitación del hotel, yaciendo sobre un colchón que —probablemente con gran dificultad, dado su estado físico— había empujado contra la puerta que conectaba su cuarto con el de su compañero de viaje. La puerta, que habitualmente se dejaba abierta, estaba cerrada con llave. Nunca llegó a determinarse si Roussel fue asesinado o se suicidó. Al tiempo de su muerte, había planeado ir a Kreuzlingen, donde esperaba consultar con Ludwig Binswanger.

La fascinación de Foucault por Roussel surgió del encuentro casual en la librería de Corti en 1957. Sus libros estaban agotados hacía mucho tiempo, pero poco a poco consiguió ir adquiriendo primeras ediciones. Al no haberse vendido bien en el primer lugar, no se consideraban grandes rarezas y todavía podían encontrarse sin mucho esfuerzo a comienzos de los años sesenta³¹. Durante algunos años, hubo un interés creciente por Roussel. El primer libro apareció en 1953, pero fue el artículo de Michel Leiris en *Critique*, en 1954, el que marcó en realidad el renacimiento del interés³². El padre de Leiris había sido consejero financiero del padre de Roussel; ambos se conocían superficialmente y Leiris era la principal fuente de información biográfica sobre Roussel. Al igual que muchos otros antes que él, Foucault consultó a Leiris, a quien había conocido por mediación de Jean Duvignaud, para conseguir información, pero le decepcionó descubrir que «todo lo que tenía que decir sobre Roussel estaba contenido en sus artículos»³³; sin embargo, a Leiris no le impresionó el estudio de Foucault y declaró que atribuía ideas filosóficas a alguien que no poseía ninguna³⁴. Entretanto, los comentarios de Robbe-Grillet habían añadido un interés contemporáneo. Foucault se refiere por primera vez a Roussel en *Histoire de la folie*, donde, al igual que el «Neveu de

³¹ Rayner Heppenstall, *Raymond Roussel*, Londres, Calder and Boyars, 1966, pág. 16.

³² Ferry, *Une étude sur Raymond Roussel*; Michel Leiris, «Conception et réalité chez Raymond Roussel», *Critique*, 89, octubre de 1954, véase también su anterior «Documents sur Raymond Roussel», *NRF*, 259, abril de 1935.

³³ Posfácio a *Death and the Labyrinth*, pág. 181.

³⁴ Eribon, *Michel Foucault*, pág. 173.

Rameau» de Diderot y Artaud, es uno de los emblemas de la «experiencia de la sinrazón»³⁵.

Foucault ha descrito las circunstancias de la publicación de *Raymond Rousset*. En un principio había planeado publicar un artículo breve sobre este autor en *Critique*, pero el tema le encandiló tanto que se encerró durante dos meses y, para su sorpresa, escribió un libro.

Un día recibí una llamada telefónica de un editor preguntándome sobre qué estaba trabajando. «Oh, estoy trabajando en un libro acerca de Raymond Rousset». «¿Me permitiría leerlo cuando lo haya terminado? ¿Tardará mucho?» Por una vez en mi vida yo, que tardaba tanto tiempo con todos mis libros, pude contestar con orgullo: «Lo habré terminado muy pronto». «¿Cuándo?», me preguntó. Contesté: «En once o doce minutos», respuesta que estaba justificada por completo, ya que había comenzado a mecanografiar la última página. Esta es la historia del libro³⁶.

Su relato no es del todo preciso; ya había aparecido una primera versión del primer capítulo de *Raymond Rousset* en un periódico literario en verano de 1962, por lo que no era un secreto que estuviera trabajando sobre Rousset³⁷.

No identifica al editor que le telefoneó, pero es casi seguro que se trataba de Georges Lambrichs, responsable de la colección Le Chemin. De este modo, Foucault se convirtió en autor de Gallimard casi por accidente. A Jean Piel le habría gustado mucho publicar *Raymond Rousset* en la serie Critique que editaba para Minuit, pero no pudo hacer una oferta a tiempo³⁸. El afán de Gallimard por publicar el estudio de Foucault no era completamente desinteresado. Su aparición coincidió con la de la nueva edición de *Locus Solus* de Rousset, que pretendía ser el primer volumen de una amplia serie de reimpresiones. De inmediato, Foucault se comprometió en la campaña para promocionarlo: el quinto capítulo de *Raymond Rousset*, se publicó en la NRF, y el breve texto que apareció en *Le Monde* en agosto de 1964 tenía sin duda el propósito de promocionar tanto *Locus Solus* como su propio estudio³⁹. El proyecto de Gallimard se frustró inesperadamente. Actuando según ciertos derechos legales no muy claros, el sobrino de Rousset, Michel Ney, duque de Enchingen, vendió los de-

³⁵ *Histoire de la folie*, pág. 371.

³⁶ Posfácio a *Death and the Labyrinth*, pág. 173.

³⁷ «Diré et voir chez Raymond Rousset», *Lettre ouverte*, 4, verano de 1962, págs. 38-51.

³⁸ Entrevista con Jean Piel.

³⁹ «La Métamorphose et le labyrinthe», *Nouvelk Revue Française*, 124, abril de 1963, páginas 638-661; «Pourquoi réédite-t-on l'oeuvre de Raymond Rousset? Un précurseur de notre littérature moderne», *Le Monde*, 22 de agosto, de 1964, pág. 9.

rechos a Pauvert e hizo secuestrar la edición de Gallimard⁴⁰. De este modo, las obras completas de Raymond Roussel fueron editadas en tapas escarlata por Pauvert, una pequeña editorial conocida por entonces principalmente por sus ediciones de Sade y sus surtidas colecciones eróticas.

Raymond Roussel es en muchos sentidos un libro muy personal y el producto de un asunto amoroso. Foucault le dijo a Rúas que éste «es con mucho el libro que he escrito con mayor facilidad, con mayor placer y más rápidamente; pues por lo común escribo muy despacio, tengo que reescribir constantemente y al final siempre hay infinitas correcciones»⁴¹. Es evidente la velocidad con que se escribió; aunque Foucault había leído la literatura disponible sobre Roussel y cita a Ferry, Janet y Leiris, el texto no hace concesiones al lector y no se proporciona información bibliográfica. Se tiene la impresión de leer una secuencia de exploraciones personales que se hubieran escrito con un propósito subjetivo, en lugar de intentar convencer al lector. Foucault se daba buena cuenta de ello: «Imagino que debe de ser una compleja obra para leer, pues pertenezco a esa categoría de gente que, cuando escribe espontáneamente, lo hace de un modo algo retorcido»⁴².

Y, como sugiere Gilés Deleuze, el libro quizá tenga mucho que ver con el propio sentido de identidad o no-identidad de Foucault⁴³. Este último sugiere que la ficción de Roussel tiene algo en común con *La regle du jeu* de Leiris, que es una exploración extraordinariamente íntima del modo en que las mitologías personales se combinan para crear la unidad de un ego individual⁴⁴. Leiris reúne despacio su propia identidad a través de «tantas cosas insignificantes, tantos *états ávils* fantásticos [...], como si la memoria absoluta durmiera en los pliegues de las palabras, con quimeras que nunca murieron por completo». Roussel abre esos pliegues «como para encontrar en ellos un vacío irrespirable, una ausencia rigurosa de ser que puede tener a su disposición soberana, con la que puede inventar figuras sin linaje, sin especie»⁴⁵. Dada la constante negativa de Foucault a que se le impusiera una identidad y su burla de los burócratas del *état civil*, la «ausencia de ser» de Roussel debe de haber tenido un considerable encanto.

⁴⁰ Heppenstall, *Raymond Roussel*, pág. 18.

⁴¹ Posfacio a *Death and the Labyrinth*, págs. 184 y 185.

⁴² *Ibid.*, pág. 185.

⁴³ Giles Deleuze, *Foucault*, París, Minuit, 1986, pág. 106n. [Trad. esp.: *Foucault*, Barcelona, Paidós, 1987.]

⁴⁴ Michel Leiris, *La regle du jeu I: Bijfures*, París, Gallimard, 1948; *La regle du jeu II: Fourbis*, París, Gallimard, 1955. La secuencia se completa con dos volúmenes posteriores: *Fibrilks* (1966) y *Fréle Bruit* (1976).

⁴⁵ *Raymond Roussel*, págs. 28 y 29.

En un plano menos especulativo, resulta claro que la fascinación que ejercía Roussel sobre todos, desde los surrealistas hasta Foucault, proviene principalmente de su método de composición, que se describe en *Comment j'ai écrit certains de mes livres* (1935), publicado postumamente. Sus novelas y sus adaptaciones para teatro se estructuran alrededor de un juego de palabras complejo. El ejemplo más conocido es el siguiente. La oración «*les lettres du blanc sur les bandes du vieux billard*» («las letras en blanco sobre las bandas del viejo billar») puede transformarse con mucha facilidad en «*les lettres du blanc sur les bandes du vieux pillard*» («las cartas del blanco sobre las bandas del viejo saqueador»). Si no se tiene en cuenta el cambio de /b/ por /p/, tenemos «una serie de palabras idénticas que dicen dos cosas diferentes»⁴⁶. La primera secuencia de palabras se construye a partir de letras tomadas al azar por los personajes de una historia sobre un grupo de amigos que se entretienen en una tarde lluviosa. La diferencia entre ésta y la segunda genera una narración acerca de un hombre blanco que naufraga y es capturado por un negro, jefe de una banda de ladrones, y que describe sus experiencias en cartas escritas a su esposa.

La breve historia original, *Parmi les noirs*, luego generó *Impressions d'Afrique* (1910), la más conocida de todas las obras de Roussel. Aquí comienza otro juego formal. La novela contiene veinticuatro capítulos y comienza *in media res* con las grandiosas ceremonias dispuestas para señalar la coronación del Emperador de Ejur. En la cuarta edición de la novela, impresa en 1932, una tira pegada advierte a todo lector no familiarizado con Roussel que comience en el capítulo X, que se inicia con «*Le 15 mars précédent...*» (el 15 de marzo del año anterior...). Todo el que siga ese consejo leerá una novela coherente desde el punto de vista cronológico y que trata de las aventuras de una compañía de músicos, pintores, artistas de circo y banqueros que han naufragado y están esperando su rescate. Mientras aguardan la vuelta del enviado que traerá el socorro, pasan el tiempo organizando la representación de gala con la que se inicia la novela. El lector que siga el consejo de Roussel, por otra parte, se priva del placer de comprobar que el rompecabezas al final tiene sentido. Foucault describe de modo conciso *úprócedure* como sigue: «Toma una oración al azar —de una canción, un cartel, una tarjeta de visita—, descomponía en sus elementos fonéticos y úsalos para reconstruir otras palabras que han de usarse como tema de juego»⁴⁷.

Los libros de Roussel abundan en juegos de lengua y máquinas de una inventiva maravillosa. En *Impressions d'Afrique*, por ejemplo, un ingeniero construye cuidadosamente un telar [*métier*] que funciona por el

Ibid., pág. 22.

«Pourquoi réédite-t-on l'oeuvre de Raymond Roussel?»

principio de la rueda y el agua, sacando ésta con sus palas [*aubes*]. Quería encontrar, se explica en *Comment j'ai écrit certains de mes livres*, una profesión [*métier*] que le requiriera levantarse al alba [*aube*]. La construcción del telar ilustra en miniatura el «procedimiento» de Roussel: la diferencia y similitud entre dos palabras (*métier*: telar/profesión; *aubes*: albas/palas) genera parte de la narrativa.

Para Foucault, el *métier a aubes* es una representación figurativa del funcionamiento del texto entero, que ilustra la autorreferencialidad de lo moderno. El río genera movimiento, al igual que el flujo de la lengua genera *úprocédure*. Las palas se hunden en el agua e impulsan los mecanismos que tejen un complejo diseño de hilos. Las lanzaderas se mueven espontáneamente y funcionan como inductoras de las palabras que brotan del tejido denso de la lengua, y los hilos tejidos actúan como hilos conectores que unen el río de la lengua con la lona tensa del texto. De modo gradual, el telar teje una imagen: la del Diluvio y luego la del Arca, la de la amenaza de la muerte y la del renacimiento⁴⁹. Resulta significativo que el telar sea sostenido por una caja cerrada que recuerda un ataúd: la muerte está en el núcleo del proceso entero.

Lo que está en juego en «una reduplicación de la lengua que, comenzando con un núcleo simple, se aparta de sí misma y da nacimiento constante a otras figuras (proliferación de la distancia, un vacío abierto bajo los pies de inmediato, un crecimiento laberíntico de corredores que son a la vez similares y diferentes)⁵⁰. El texto se convierte en un laberinto de palabras y, como señala Foucault, en el centro acecha un minotauro⁵¹.

Las máquinas de Roussel siempre son descritas con una precisión extraordinaria. Por ejemplo, la descripción del *métier a aubes* se basa en parte en las ilustraciones técnicas que aparecen en las enciclopedias. Su precisión casi clínica recuerda el modo en que Julio Verne —autor muy admirado por Roussel y del que Foucault afirma que ha escrito sobre «la negentropía del conocimiento»⁵²— describe sus invenciones. Y es esta precisión la que proporciona el vínculo con el objetivismo de Robbe-Grillet: en ambos, la descripción no es la fidelidad de la lengua a su objeto, sino el nacimiento renovado a perpetuidad de una relación infinita entre palabras y cosas⁵³. El juego de palabras y el humor fantástico enmascaran algo universal. «Como toda lengua literaria, la de Roussel es la destruc-

⁴⁸ *Raymond Roussel*, pág. 51.

⁴⁹ *IbO.*, págs. 82 y 83.

⁵⁰ *Mi.*, pág. 23.

⁵¹ *Iba.*, págs. 102 y 103. El motivo del minotauro y el laberinto también aparece en la discusión sobre Reveroni en «Un si cruel savoir».

⁵² «L'arrière-fable», *L'Arc*, 29, 1966, págs. 5-12.

⁵³ «Pourquoi réédite-t-on l'oeuvre de Raymond Roussel?»

ción violenta de los trillados clichés cotidianos, pero permanece indefinidamente en el gesto hierático de ese asesinato»⁵⁴. También es una lengua que existe dentro del espacio «entre *folie* y *oeuvre*, un lugar a la vez lleno y vacío, invisible e inevitable, el lugar de su exclusión mutua»⁵⁵.

Raymond Roussel salió en mayo de 1963. Foucault también publicó otro libro ese mes: *Naissance de la clinique*. Aparecieron de modo simultáneo porque insistió para que así fuera. Esto conllevó negociaciones con Gallimard y PUF: la cubierta de *Naissance de la clinique* indica la próxima aparición de *Raymond Roussel*, cuya publicación se retrasó ligeramente para cumplir los deseos de Foucault. La insistencia por que los dos libros aparecieran juntos no era sólo una demostración consciente de su conocimiento multidisciplinar; existían fuertes indicios de que *Raymond Roussel* y *Naissance de la clinique*, en apariencia tan diferentes, tenían algo en común, y contradice la declaración posterior de Foucault acerca de que *Raymond Roussel* «no tiene un lugar en la secuencia de mis libros»⁵⁶.

A veces se sostiene que Georges Canguilhem encargó *Naissance de la clinique*⁵⁷, pero no fue así. De hecho, le encantó poder publicarlo en la colección Galien, de breve duración (historia y filosofía de la biología y la medicina), que editaba para Presses Universitaires de France, y que también incluía su *Formation du concept de réflexe* y una reimpresión de la obra clásica de Claude Bernard, *Principes de médecine expérimentale*. Sin embargo, niega rotundamente haber tenido algo que ver con su génesis. Al igual que al editor de Gallimard, se le presentó un manuscrito concluido y no participó en discusiones anteriores sobre su contenido⁵⁸.

No se sabe con exactitud dónde y cuándo se llevó a cabo la investigación que se convirtió en *Naissance de la clinique*, pero resulta probable que se solapara con la efectuada para la *Histoire de la folie*. Sería muy difícil, cuando no imposible, verificar o invalidar la afirmación de Foucault acerca de haber leído todos los libros «de alguna importancia metodológica» aparecidos entre 1790 y 1820, pero una bibliografía con cerca de doscientos títulos, algunos de varios volúmenes, es un testimonio elocuente de la laboriosidad del investigador. También testimonia el alcance de su ambición: «Se debe leer todo, estudiar todo. En otras palabras, se debe tener a disposición propia el archivo general de una época en un

⁵⁴ *Raymond Roussel*, pág. 61.

⁵⁵ *IbU.*, pág. 205.

⁵⁶ Prefacio a *Death and the Labyrinth*, pág. 185.

⁵⁷ Alan Sheridan, *Michel Foucault: The Will to Truth*, Londres, Tavistock, 1980, pág. 37; J. G. Merquior, *Michel Foucault*, Londres, Fontana, 1985, pág. 31.

⁵⁸ Entrevista con Georges Canguilhem.

momento dado»⁵⁹. *Naissance de la clinique* es, en muchos sentidos, el libro más especializado y técnico de Foucault, y no es probable que resulte atractivo para el lector común, entre otras cosas porque utiliza un vocabulario médico y porque cita obras como *Observationes medicae*, de Sydenham, y *De sedibus et causis morborum*, de Morgagni, en el latín original. No obstante, a pesar del tema, resulta sorprendente lo mucho que tiene en común con sus textos más literarios.

El prólogo se inicia con una bella y austera oración, cuyo tono cuasi-legalista tiende a perderse en la traducción: «Este libro trata del espacio, la lengua y la muerte; trata de la mirada» [«Il es question dans ce livre de l'espace, du langage et de la mort: il est question du regard»]. Siguen dos ilustraciones. A mediados del siglo XVIII, un médico llamado Pomme trató a un histérico haciéndole tomar «baños diez o doce horas al día durante diez meses completos». Tras este periodo de tratamiento contra la desecación del sistema nervioso y el calor que lo sustenta, vio «unas partes membranosas similares a trozos de pergamino mojados [...] se pelaron con cierto dolor y se evacuaron diariamente con la orina, y el uréter derecho se peló y se evacuó del mismo modo». Lo mismo pasó con los intestinos, ya que perdieron sus cubiertas naturales y se evacuaron por el recto. Luego se pelaron el esófago, la tráquea arterial y la lengua, «y el paciente expulsó los distintos trozos mediante el vómito o la expectoración». Menos de un siglo después, Bayle observó a menudo una lesión del cerebro y las «falsas membranas» en pacientes que padecían meningitis crónica. «Su superficie exterior, que está próxima a la capa aracnoidea de la duramadre, se adhiere a ésta, a veces de modo muy suelto, en cuyo caso pueden separarse fácilmente, a veces con mucha firmeza, en cuyo caso suele ser muy difícil desprenderlas. Su superficie interna se encuentra contigua a la aracnoide, pero no está pegada a ella»⁶⁰.

La diferencia entre las dos ilustraciones es total. Pomme trabaja con los antiguos mitos sobre la patología nerviosa; Bayle, con la precisión de la observación que no resulta completamente desconocida al lector moderno. «Lo que ha cambiado es la configuración callada en la que la lengua halla soporte, la relación situacional o postural entre lo que se habla y de lo que se habla»⁶¹. De modo más sucinto, la vieja pregunta «¿Qué le pasa?» que una vez inició el diálogo entre el médico y el paciente, cede el paso a una pregunta en la que reconocemos los principios de la medi-

⁵⁹ «Entretien: Michel Foucault, *Les mots et les choses*», en Raymond Bellour, *Le livre des nutres*, París, L'Herne, 1971, pág. 139 (publicado originalmente en *Les Lettres Françaises*, 31, marzo de 1966). [Trad. esp.: *El libro de los otros*, Barcelona, Anagrama, 1973.]

⁶⁰ *Naissance de la clinique*, París, PUF, 1963, pág. v.

⁶¹ *Ibid.*, pág. vii.

ciña clínica: «¿Dónde le duele?»⁶². La transición de una a la otra es el tema de que se ocupa Foucault:

Para captar la mutación del discurso en el momento en que sucede, no debemos dudar investigar algo más que contenidos temáticos o modalidades lógicas, y dirigirnos a esa región donde «palabras» y «cosas» todavía no han sido separadas, donde los modos de decir y los modos de ver siguen juntos en el nivel de la lengua. Debemos cuestionar la distribución primigenia de lo visible y lo invisible en lo que respecta a su vinculación con la división entre lo que se enuncia y lo que queda sin decir: la articulación del lenguaje médico y su objeto aparecerá, entonces, en una sola figura. Pero no existe prioridad para las personas que no formulan preguntas retrospectivas; sólo la estructura hablada de lo percibido —ese espacio lleno del que el lenguaje hueco toma su volumen y tamaño— merece que se la traiga a la luz del día, deliberadamente indiferente. Debemos tomar posición y permanecer, de una vez por todas, en el nivel de la *espacialización* y *verbalización* básicas de lo patológico, donde nace la mirada locuaz que el doctor deja caer sobre el corazón venenoso de las cosas y se comunica consigo mismo⁶³.

Podrían decirse muchas cosas acerca de este pasaje. La noción de captar una división en el momento de su establecimiento es una reminiscencia del intento de *Histoire de la folie* por captar la cesura primigenia que «establece la distancia entre la razón y la sinrazón»⁶⁴, mientras que la referencia a «palabras» y «cosas» sin duda se adelanta al título de *Les mots et les choses*. La versión del primer capítulo de *Raymond Roussel* publicada en *Lettre ouverte* fue titulada «Decir y ver en Raymond Roussel», y el «espacio lleno en el cual el lenguaje hueco...» es una variante sobre la discusión de Foucault sobre el «hueco solar» que es el «espacio de la lengua de Roussel, el vacío desde el que habla»⁶⁵. En el contexto de un libro sobre la historia de la medicina, las referencias a «lo patológico» recuerdan inevitablemente a Canguilhem, mientras que las de una distribución primigenia de lo visible y lo invisible son reminiscencias de Merleau-Ponty; la relación entre lo visible y lo invisible es uno de los temas de *Laphénoménologie de la perception*.

El subtítulo —«La arqueología de la mirada médica»— introduce una dimensión más a este laberinto textual. Foucault tenía poca simpatía filológica por Sartre, pero es imposible para cualquier escritor francés emplear la expresión «la mirada» [*k regard*] sin hacer referencia tácita a un ca-

Ibid., pág. xiv.
Md., pág. ix.
Histoire de la folie, pág. ii.
Raymond Roussel, pág. 207.

pítulo central de la discusión sobre la cuestión de ser para otros que aparece en *L'être et le néant: Le regard*. Sin duda, no es un ensayo franco sobre la historia de la medicina.

Naissance de la clinique fue descrito por su autor como un «intento de método en el campo, tan confuso, tan poco estructurado y tan mal, de la historia de las ideas»⁶⁶, pero después iba a desechar por completo la misma noción de una historia de las ideas. Lo que en realidad entendía Foucault en este punto por «historia de las ideas» se aclara ligeramente cuando hace referencia al «concepto de fiebre» en el siglo xviii⁶⁷. El uso de «concepto» señala la proximidad de Canguilhem y una distancia algo mayor de Jean Cavaillés, lógico, combatiente de la Resistencia y víctima de la Gestapo, que sostenía que «no es la filosofía de la conciencia, sino la del concepto, la que puede proporcionar una doctrina de la ciencia» y «la teoría de la ciencia es un *apriori*, no anterior a la ciencia, sino el alma de la ciencia»⁶⁸. Sería un error identificar estrechamente a Foucault con Cavaillés, ya que la obra del último se basa en la fenomenología pura de Husserl, pero también Foucault busca «el *apriori* histórico y concreto de la mirada médica»⁶⁹. A diferencia de Cavaillés o Canguilhem, no define su *apriori* con términos puramente lógicos o conceptuales, y su historia, al menos en parte, es institucional y sociológica, pero su mismo vocabulario señala su conciencia definida de trabajar dentro de la tradición de Bachelard, Canguilhem y Cavaillés. Le interesan las condiciones en las que surgió la medicina como ciencia clínica, «las condiciones que definieron, junto con su posibilidad histórica, el campo de su experiencia y las estructuras de su racionalidad. Forman su *apriori* concreto»⁷⁰. Tales declaraciones tienen cierto tono kantiano y son un recordatorio de que Foucault se situó dentro de una tradición «crítica».

Luego la arqueología de la mirada médica no es una historia empírica. Ni tampoco una historia que pueda resultar cómoda a los que creen en el progreso lineal inevitable desde Aristóteles hasta Marie Francois Xavier Bichat (1771-1802) y en el proceso gradual de ilustración. La transición de las observaciones de Pomme a las de Bayle no se centra necesariamente en el conflicto entre «nuevo conocimiento y viejas creencias», sino en el existente entre «dos figuras de conocimiento»⁷¹. De modo si-

⁶⁶ *Naissance de la clinique*, pág. 197.

⁶⁷ *Ibid.*, pág. 182.

⁶⁸ Jean Cavaillés, *Sur la logique et la théorie de la science*, París, Librairie Philosophique J. Vrin, 1987 (4ª ed.), pág. 78, págs. 25 y 26. Sobre la importancia de Cavaillés para Foucault, véase Gutting, *Michel Foucault's Archaeology of Scientific Reason*, págs. 9-11.

⁶⁹ *Naissance de la clinique*, pág. 197.

⁷⁰ *Ibid.*, pág. xi.

⁷¹ *Ibid.*, pág. 127.

milar, Foucault afirma resueltamente que no escribe contra una forma de medicina y en favor de otra: se trata de «un estudio estructural que intenta descifrar, dentro de la densidad de lo histórico, las condiciones de la historia»⁷². *Naissance de la clinique* no proporciona, ni lo pretende, las bases de los juicios relativos de valor.

Como *Maladie mentak*, *Naissance de la clinique* se revisó antes de reeditarse, pero no de modo tan exhaustivo. La mayoría de los cambios se pueden explicar en el contexto de las relaciones de Foucault con el estructuralismo, como se pone de manifiesto en *Les mots et les choses*. En la edición de 1972, la oración citada se altera para que diga: «Un estudio que intenta desenmarañar, desde la densidad del discurso, las condiciones de su historia.» Uno de sus lectores más perceptivos sugiere de modo convincente que el cambio indica la destrucción de la prueba de que, en 1963, el tema hegeliano de basar historia y razón dentro del desarrollo de la historia, como lo interpretaba Hyppolite, ejercía una «atracción persistente»⁷³. Si Bernauer está en lo cierto, la alteración del texto es una evidencia más de la marcada tendencia de Foucault a borrar elementos de su pasado para redefinirse según sus intereses del momento y, de este modo, frustrar los intentos de situarlo en términos absolutos, mediante el aprovechamiento de la interacción entre identidad y no identidad.

Volvamos al texto de 1963. La palabra *clinique* que aparece en el título es una entidad compleja que presenta un problema de traducción: designa tanto la «medicina clínica», como la institución docente que reemplaza a las facultades del Renacimiento e incluso de periodos anteriores. En ambos sentidos es diferente del *hôpital* que, al igual que su cognado inglés, fue en su origen una institución de caridad que cuidaba de los indigentes y de los enfermos. Su nacimiento señala un cambio importante en la concepción misma de la enfermedad.

Foucault comienza apuntando que nuestra percepción del cuerpo como el «espacio natural de origen y distribución de la enfermedad», como un espacio determinado por el «atlas anatómico», es sólo uno de los numerosos modos en los que la medicina ha espacializado la enfermedad⁷⁴. Debe mucho a la *clinique* del siglo xix y al surgimiento de la anatomía patológica, y el nacimiento de la *clinique* puede comprenderse mejor si se observa lo que la precedió. Antes de que se localizara en el cuerpo, la enfermedad estaba organizada jerárquicamente en familias, géneros y especies. De aquí la importancia del consejo que Gilibert dio a los médicos en 1772: «Nunca tratéis una enfermedad sin estar seguros de su es-

Ibid., pág. xv.

Bernauer, *Michel Foucault's Forcé of Flight*, pág. 188.

Naissance de la clinique, pág. 2.

pecie»⁷⁵. De la *Nosokgie* de Sauvaje (1761) a la *Nosographie* de Pinel (1798), la percepción médica estaba dominada por una teoría de las especies que se inscribía en una tabla que no recogía una secuencia de causa y efecto, ni una serie cronológica de hechos, ni siquiera su trayectoria visible por el cuerpo. Esta percepción estaba definida por un espacio de lo que Foucault denomina eje horizontal y vertical. El vertical es el de la secuencia temporal, que puede o no observarse realmente en un caso particular: puede haber un solo episodio de fiebre o varios. El eje horizontal es el de la analogía o semejanza: el catarro es a la garganta lo que la disentería es al intestino. Dentro de este espacio y en estos ejes de percepción es donde la «enfermedad, que surge ante la mirada, inserta sus propias características en un organismo viviente»⁷⁶. El análisis y la diagnosis están estructurados de modo tan abstracto, que el paciente individual se convierte en un obstáculo potencial real para la percepción de la clase formal o especie.

Foucault ha identificado o definido dos niveles de espacialización: uno primero que sitúa la enfermedad dentro de una configuración conceptual y una configuración secundaria que la relaciona con el cuerpo. La última es un intento de responder a la pregunta: «¿Cómo puede el espacio de clases, plano y homogéneo, hacerse visible dentro de un sistema geográfico de masas diferenciadas por su volumen y distancia? <: Cómo puede una enfermedad definida por su *lugar* en una familia ser caracterizada por su *emplazamiento* en un organismo?»⁷⁷. Luego completa su triangulación del espacio de la percepción médica introduciendo la «espacialización terciaria», término que designa «el cuerpo de gestos con los cuales, en una sociedad determinada, desde el punto de vista médico, se revisita la enfermedad, se la aísla, se la divide en regiones cerradas y privilegiadas o se la distribuye en *milieux* curativos»⁷⁸.

De modo básico, ésta es la percepción clasificatoria de la enfermedad. El surgimiento de la *clinique* requiere la construcción de un nuevo *apriori*, la formación de un «campo nosográfico completamente estructurado»⁷⁹. Ya no resulta suficiente para «situar un síntoma en una enfermedad, una enfermedad en un conjunto específico y para orientar al último dentro del mapa general del mundo patológico»⁸⁰. El surgimiento del nuevo espacio implica el reconocimiento de que

Citado en *ibíd.*, pág. 2.

Ibíd., pág. 3.

Ibíd., pág. 8.

Ibíd., pág. 14. •

Ibíd., pág. 58.

Ibíd., pág. 29.

el lugar donde se forma el conocimiento no es ya el jardín patológico en el que Dios distribuyó las especies; es una conciencia médica generalizada, difundida en el espacio y el tiempo, abierta y móvil, ligada a toda existencia individual, pero también a la vida colectiva de la nación, siempre alerta al campo infinito en el que la enfermedad descubre, en sus aspectos diferentes, su forma grande y poderosa⁸¹.

Dentro de este espacio es donde el cuerpo de la enfermedad y el del enfermo coinciden con exactitud, donde la configuración de la enfermedad se superpone al cuerpo. En este espacio la mirada médica es capital: las lesiones visibles y las formas patológicas coherentes coinciden y pueden ser leídas por el ojo experimentado.

El nacimiento de la clínica no fue un hecho puramente epistemológico; la espacialización terciaria de Foucault desempeña un papel crucial en su aparición. Durante el periodo revolucionario en particular, los factores socio-políticos se combinaron con las demandas epistemológicas de desarrollo para la medicina. La antigua medicina clasificatoria, que se centraba en una facultad de intentos médicos por descubrir las esencias patológicas del jardín, es puesta en tela de juicio por las instituciones docentes que reclaman un campo de investigación libre; la abolición de los privilegios del Antiguo Régimen fue esencial para el establecimiento de una sociedad más abierta. Las necesidades de los ejércitos revolucionarios y el diezamamiento regular de los médicos de sus filas hizo que la mejora y el aceleramiento de su formación se convirtieran en una necesidad militar y política.

Tampoco es el surgimiento de la *clinique* un puro asunto de percepción. Es además un asunto de lengua. Bajo los síntomas no yace una esencia patológica; los síntomas se vuelven el signo de la enfermedad y ésta no es más que una colección de síntomas. Aquí la figura importante es Condillac: la estructura significativa de los síntomas lleva a la clínica práctica una configuración conceptual elaborada en forma digresiva por el *Essai sur l'origine des connaissances humaines* de 1746⁸². Dentro del pensamiento clínico, los síntomas desempeñan un papel análogo al «del lenguaje de la acción», que es, según Condillac, la forma original de la comunicación lingüística. El lenguaje de la acción es una manifestación directa del instinto, los síntomas son la enfermedad en su forma de manifestación. Entonces, se da un isomorfismo u homología formal entre la estructura de la enfermedad y la del lenguaje que la identifica:

⁸¹ /feü.pág.31.

⁸² *Ibid.*, pág. 92.

En la medicina de las especies, la naturaleza de la enfermedad y su descripción pueden no coincidir si no existe un mediador, es decir, la «tabla» con sus dos dimensiones; en la *clínica*, *ser hablado* y *ser visto* comunican desde el principio la verdad manifiesta de la enfermedad, de la que son, exactamente, el *ser* completo. La enfermedad existe sólo dentro del elemento de lo visible y, por ello, de lo enunciable⁸³.

Esta configuración se rige por el mito de la mirada pura, que también es pura lengua, de un ojo hablador.

Sin embargo, el caso clínico es una mirada a la superficie. De aquí la importancia del sucinto consejo de Bichat a la profesión médica: «Abran unos cuantos cadáveres.» La gradual separación de la patología anatómica como disciplina aparte hizo posible seguir este consejo. La mirada médica comenzó entonces a centrarse sobre la muerte, a la que se le pidieron cuentas de la enfermedad y, por extensión, de la vida. La vida dejó de ser la forma de un organismo; éste constituye la forma visible de la vida en la medida en que resiste todo lo que no es vida y todo lo opuesto a ella.

Bichat hizo más que liberar a la medicina del miedo a la muerte. Integró la muerte en un *ensamble* técnico y conceptual en el que adquiere sus características específicas y su valor como experiencia. Hasta el punto de que la gran ruptura en la historia de la medicina occidental se remonta precisamente al momento en que la experiencia clínica se convierte en la mirada anatomo-clínica⁸⁴.

La ruptura marca el comienzo de una nueva transición. Ahora que el espacio de la enfermedad, gracias a la anatomía y a la disección, puede considerarse como el del mismo organismo, la medicina de la enfermedad dejó de ser útil y dio paso a la medicina de las reacciones patológicas. Había surgido el *apriori* concreto de una mirada médica moderna.

A pesar de su austeridad, *Naissance de la clinique* mezcla algunos temas eróticos sorprendentes, relacionados con la lengua y la muerte. Al explicar las estructuras perceptivas y epistemológicas de la anatomía clínica, Foucault señala que el elemento oculto adopta la forma y el ritmo del contenido oculto, lo que significa que está en la misma estructura del *velo* el ser transparente y luego añade en una nota a pie de página: «Esta estructura no se remonta a los comienzos del siglo xrx; lejos de ello, en su silueta original, domina las formas del conocimiento y el erotismo en Europa a partir de mediados del siglo xviii y prevalece hasta finales del xix.

Ibid., pág. 95.

Ibid., pág. 149.

Trataré de estudiarlo más adelante»⁸⁵. Nunca se efectuó tal intento, pero Foucault explora brevemente este tema en su ensayo sobre Crévillon y Reveroni: «El velo es esa superficie tenue que la suerte, la prisa o la modestia ha colocado y trata de mantener en su sitio, pero su línea de fuerza está irremediamente dictada por la verticalidad de la caída. El velo devela gracias a la fatalidad: la de su tela ligera y su forma flexible»⁸⁶. La estructura del velo es también la del travestismo: «Como el velo, el travestismo oculta y revela; como el espejo, presenta la realidad en una ilusión que la enmascara mientras la brinda [...], lo que se remeda es lo antinatural y por consiguiente lo que se rechaza»⁸⁷. Una nota a pie de página a una explicación de anatomía conduce de nuevo al mundo de los laberintos rousselianos.

El título del artículo de Crévillon —«Un conocimiento tan cruel»— es utilizado por Foucault en la descripción de las innovaciones efectuadas por Bichat (1881-1802), de quien señala que fue casi contemporáneo de Sade (1740-1814), el hombre que «introdujo de repente, con el lenguaje más digresivo, el erotismo y la muerte, su extremo inevitable». En el espacio abierto por Bichat, «conocer la vida se concede sólo a un conocimiento cruel, reductivo e infernal que lo desea sólo cuando está muerta. La mirada que envuelve, acaricia, examina y disecciona la carne más individual y enumera sus pedazos secretos es esa mirada fija, atenta y ligeramente dilatada que, desde la altura de la muerte, ya ha condenado la vida»⁸⁸. No es la mirada de un ojo viviente, sino la «mirada de un ojo que ha visto la muerte. Un ojo grande y blanco que descifra la vida»⁸⁹.

La arqueología de la mirada médica de Foucault es también la historia de un ojo, que se relaciona con otra historia diferente sobre lo mismo. En el otoño de 1963, Foucault contribuyó con un importante ensayo a un número especial de *Critique*, publicado en homenaje a Georges Bataille, que murió en julio de 1962. *Hommage a Georges Bataille* fue un paso importante para la canonización moderna de Bataille. Leiris, Blanchot y Klossowski colaboraron, al igual que Barthes, con su tan importante «La métaphore de Poeil»⁹⁰. La aportación de Foucault fue «Préface a la transgression»⁹¹.

⁸⁵ *ML*, pág. 170.

⁸⁶ «Un si cruel savoir», pág. 602.

⁸⁷ *Ibid.*, pág. 610.

⁸⁸ *Naissance de la clinique*, pág. 175.

⁸⁹ *ML*, pág. 147.

⁹⁰ Los otros colaboradores fueron Alfred Metraux, Raymond Queneau, André Masson, Jean Bruno, Jean Piel, Jean Wahl y Philippe Sollers. Se pueden consultar estudios más recientes sobre Bataille en el material reunido por Allan Stoekl (ed.), *On Bataille, Yale French Studies* 78, 1990.

⁹¹ «Préface á la transgression», *Critique*, 195-196, agosto-septiembre de 1963, páginas 751-769.

Este texto es una exploración en escritura densa de algunos de los temas importantes de Bataille y la continuación de las propias exploraciones de Foucault. Aunque no proporciona referencias detalladas a textos específicos, resulta obvio que conocía la mayoría de la obra de Bataille; los puntos de referencia más importantes son las novelas cortas *Eponine* (1949), *Madame Edwarda* (1937), *Le bleu ciel* (1957) y los ensayos *L'expérience intérieure* (1943) y *Les larmes d'Eros* (1961). Sin embargo, el texto más importante es el notorio *Histoire de l'oeil*⁹². A pesar de su obvio interés por Bataille, Foucault nunca había intentado conocerlo; como a Blanchot y Char, le admiraba desde lejos.

El prólogo de Foucault era su primer acto de homenaje; el segundo lo hizo siete años después al escribir la introducción al primer volumen de las *Oeuvres complètes* con las palabras: «Ahora lo sabemos: Bataille es uno de los más grandes escritores de este siglo [...]. Debemos a Bataille gran parte del momento en que existimos; pero sin duda también le debemos, y así será durante mucho tiempo, lo que queda por hacerse, pensarse y decirse. Su obra se engrandecerá»⁹³.

Sin preliminares ni titubeos, Foucault se lanza a explicar la cuestión de los límites. La sexualidad moderna —y por «moderna» entiende la sexualidad desde Sade y Freud— no ha sido liberada. Más bien se la ha llevado al límite o se la ha erigido en límite: «El límite de nuestra conciencia, ya que dicta, en definitiva, la única lectura posible para nuestra conciencia o inconsciencia; el límite de la ley, ya que parece ser el único contenido absolutamente universal de lo prohibido; el límite de nuestra lengua: traza la línea de espuma de hasta dónde puede llegarse en la arena del silencio»⁹⁴. Quizá, especula, la importancia de la sexualidad tiene relación con la muerte de Dios, como proclamaba Zaratustra: la muerte de Dios abole el límite de lo Ilimitado y luego transfiere el límite a una experiencia en la que no puede haber nada fuera del ser: el descubrimiento «del reino ilimitado del límite» y del vacío es una experiencia interna⁹⁵. El erotismo, por ejemplo, es «una experiencia de la sexualidad que vincula en sí mismo el cruce del límite con la muerte de Dios»⁹⁶. La existencia de límites abre por necesidad la posibilidad de transgredirlos, pero esto no es negativo; es la autoafirmación del ser limitado. La experiencia de los límites, definida en este sentido, ofrece la esperanza de una «posible filosofía de la afirmación no positiva»⁹⁷. Foucault ahora espera con inte-

Ahora en Georges Bataille, *Oeuvres complètes*, vol. I, pág. 5.

«Présentation», Georges Bataille, *Oeuvres complètes*, vol. I, pág. 5.

«Préface á la transgresión», pág. 751.

Ibid., pág. 753.

Ibid., pág. 754.

Ibid., pág. 756.

res «el colapso de la subjetividad filosófica, su dispersión en una lengua que la desposee, pero que también la multiplica en el espacio de su laguna», «el final de la filosofía como la forma soberana y primaria del lenguaje filosófico»⁹⁸. El laberinto de dispersión es el lenguaje del modernismo literario explorado por Foucault en sus artículos y en *Raymond Roussel*, y ofrece la promesa de la liberación del «sueño» de la dialéctica y la antropología, ambos definidos primordialmente con referencia a Kant. Una investigación sobre los límites reemplazará la búsqueda filosófica de la totalidad; la transgresión reemplazará el movimiento de la contradicción. En autores como Bataille, Foucault halla algo que también vislumbra en la novela de Laporte *La veille*, algo que asocia con Nietzsche: el pensamiento que no puede reducirse a filosofía.

La descripción que se intenta del lenguaje de la dispersión es extrañamente poética:

Este lenguaje de rocas, este lenguaje ineludible para el que la ruptura, el acantilado y el perfil desgarrado son esenciales, es un lenguaje circular que se refiere a sí mismo y se entrega a cuestionar sus límites, como si no existiera otra cosa que una pequeña esfera de oscuridad de donde brillara una extraña luz que designa el vacío del que proviene y dirige inevitablemente hacia él todo lo que ilumina y toca. Quizá es esta extraña configuración lo que da al Ojo el prestigio porfiado que Bataille le concede".

Por supuesto, el ojo es el objeto que circula por la *Histoire de l'oeil*, oscuramente erótica, a veces como un ojo arrancado de su cuenca, a veces en una forma «equivalente», como un huevo (y aquí el juego fonético entre *oeil* y *oeufse* acerca a Roussel), un platillo de leche usada en un juego erótico, o el testículo (también un *oeil en* el uso popular, según Barthes¹⁰⁰) de un toro.

Para Foucault, arrancar el ojo es equivalente al desalojo del filósofo de su posición de soberanía. Novelas como *Histoire de l'oeil* terminan con escenas de una violencia extraordinariamente sexualizada:

¿Qué son las grandes escenas con las que terminan las historias de Bataille, sino el espectáculo de esas muertes eróticas en las que los ojos se vuelven hacia arriba, revelan sus límites blancos y giran hacia órbitas gigantescas y vacías? [...]. El ojo vuelto hacia arriba o vaciado es el espacio filosófico de Bataille, el vacío donde perora y se pierde, pero

⁹⁸ *Ibid.*, pág. 761.

⁹⁹ *Ibid.*, pág. 763.

¹⁰⁰ Roland Barthes, «La métaphore de l'oeil», pág. 771.

nunca deja de hablar [...], el espacio perteneciente a la lengua y a la muerte, allí donde la lengua descubre su ser al cruzar sus límites: la forma de un lenguaje no dialéctico de la filosofía¹⁰¹.

No se menciona a Bataille en *Naissance de la clinique* y Bichat no aparece en «Préface a la transgresión». No obstante, la misma imagería se aplica a ambos. Los límites de Bataille trazan una línea de espuma sobre la arena del silencio. La anatomía patológica hace algo extrañamente similar:

Descubrir ya no significa *leer* una coherencia esencial bajo un desorden, sino empujar un poco más lejos la línea de espuma de la lengua y hacerla irrumpir en esa región de arena que todavía permanece abierta a la claridad de percepción, pero que ya no está abierta al habla familiar. Introducir la lengua en esa penumbra donde la mirada ya no tiene palabras¹⁰².

La explicación de este paralelismo es que Foucault vincula la percepción de vida en la muerte de Bichat con el tema persistente de la muerte en Goya, Géricault, Delacroix, Lamartine y Baudelaire, y con el cruel conocimiento que implica. Tanto para Bichat como para esta tradición artística, «la muerte ha dejado su paraíso trágico; ahora se ha convertido en la semilla lírica del hombre: su verdad invisible, su secreto invisible»¹⁰³.

Naissance de la clinique termina con una nota inesperadamente filosófica y poética. La posibilidad del ser individual, sujeto y objeto de su propio conocimiento, invierte el juego de su condición finita:

Este trastrocamiento actuó como condición filosófica para organizar una medicina positiva; a la inversa, la medicina positiva ha sido, en un plano empírico, la primera brecha hacia la relación que une al hombre moderno con la condición finita primitiva [...]. Esta experiencia médica [...] se relaciona con una experiencia lírica que buscó su lenguaje desde Hölderlin hasta Rilke. Esa experiencia, inaugurada por el siglo XX y de la que aún no hemos escapado, está rodeada por la revelación de las formas finitas, de las cuales la muerte es sin duda la más amenazadora, pero también la más plena¹⁰⁴.

Raymond Roussel o *Naissance de la clinique* no constituyeron un éxito de crítica. Resulta interesante que ningún crítico reseñara ambos libros jun-

¹⁰¹ «Préface», págs. 765-766.

¹⁰² *Naissance de la clinique*, pág. 173.

¹⁰³ *Ibid.*, pág. 176.

¹⁰⁴ *Ibid.*, págs. 201 y 202.

tos o intentara establecer una conexión entre ellos. El primero, en particular, recibió un tratamiento muy extraño a manos de Alain Robbe-Grillet en *Critique*. En teoría, reseñaba la edición de Pauvert de las *Oeuvres complètes* de Roussel, así como el estudio de Foucault. Explotó la libertad que *Critique* siempre ha concedido a sus colaboradores escribiendo un breve ensayo sobre Roussel, sin decir una palabra sobre *Raymond Roussel*¹⁰⁵. Al escribir en *Esprit* sobre el libro de Foucault y los *Essais sur les modernes* de Michel Butor, Yves Bertherat apuntaba que el ensayo crítico se estaba desarrollando como un género con existencia independiente de la obra a la que se suponía que hacía referencia, y comentaba que era bastante posible desarrollar un interés apasionado por *Sur Racine* de Barthes sin ni siquiera haber visto o leído una obra de este autor. En lo que respecta a *Raymond Roussel*, su reseña es un buen ejemplo del desarrollo que señala. Sólo se dedican a Foucault las dos últimas frases:

Conocemos la pasión del autor de *Histoire de la folie* y *Naissance de la clinique* por lo que subyace en los actos y las obras humanas, y el arte con el que atrapa el sentido donde no esperamos hallarlo normalmente. Aquí, a través de Roussel, se lanza a una meditación personal cuya contribución más impactante es, quizá, el intento por localizar dónde se halla, en la lengua, la historia y las obras de los hombres, la frontera entre la razón y la sinrazón... si es que existe¹⁰⁶.

Hubo alguna otra reseña de menor interés e importancia¹⁰⁷, pero fue Philippe Sollers quien realmente cantó las alabanzas del «admirable estudio» de Foucault en un artículo de cinco páginas publicado en *TelQuel*. La mayor parte de él es expositivo y el elogio real se encuentra en una nota a pie de página final. Para Sollers, *Raymond Roussel* formaba parte de la fascinante serie de investigaciones que había comenzado con *Histoire de la folie*. La profundidad de estas investigaciones, la sutileza de su pensamiento y la belleza de sus escritos prometían a Foucault una posición muy importante como escritor. Por desgracia, no existe constancia de lo que pensó Foucault de este comentario tan condescendiente que provenía de un hombre diez años menor que él, pero es difícil creer que le haya desagradado su conclusión: «Su *Roussel* [...] es, junto al *Lautréamont* [*Lautréamont et Sade* el libro crítico (poético) más deslumbrante que ha

¹⁰⁵ Alain Robbe-Grillet, «Enigmes et transparence chez Raymond Roussel», *Critique*, 199, diciembre de 1963, págs. 1.027-1.033.

¹⁰⁶ Yves Bertherat, *Esprit*, vol. 33, núm. 1, enero de 1965, págs. 284, 285 y 286.

¹⁰⁷ Véase, por ejemplo, Raphaél Sorin, «Le pendule de Foucault, ou la critique dans le labyrinthe», *Bizarre*, 34-35, 1964, págs. 75 y 76; J. Bellemin-Nóel, *Studi Prancesi*, vol. 8, 1964, págs. 395 y 396; M. Lecomte, «Signes kafkaïens chez Roussel et Jules Verne, signes verniens chez Roussel», *Synthèses*, vol. 18, núm. 207, 1963, págs. 95-98.

aparecido en los últimos años. Uno se siente tentado a llamarlo, en alusión a *Naissance de la clinique, Naissance de la critique*¹⁰⁸.

Naissance de la clinique recibió aún menos atención crítica. Es bastante extraño que la primera reseña apareciera en un periódico británico. F. N. L. Poynter, de la Wellcome Historical Medical Library, dedicó la mayoría de su reseña a exponer las tesis de Foucault, pero comenzó y terminó con unos comentarios positivos. Según su opinión, mientras el esplendor pictórico de la mayoría de los libros franceses sobre la historia de la medicina sólo podía emparejarse con el carácter superficial y anecdótico de su texto, el estudio de Foucault proporcionaba «pruebas de un nuevo espíritu [...] que probablemente brota del contacto con la escuela moderna de los historiadores de la ciencia franceses, que ya han producido una obra académica distinguida». Aunque expresaba cierta reserva sobre si resultaba aconsejable establecer un vínculo entre Rilke y Holderlin y los *idéobgues* del siglo xix, Poynter aceptaba que el libro estaba «tan lleno de ideas y semillas fértiles para discusiones que resultaba excitante y positivo». «El próximo historiador inglés que escriba sobre nuestra gran escuela de clínicos de comienzos del siglo xrx o sobre la organización de nuestra profesión desde 1858, e incluso los estadistas médicos que claman por cambios en nuestro servicio de salud actual, encontrarán muchas cosas importantes sobre esos temas en sus páginas»¹⁰⁹.

El único miembro de «la escuela moderna de historiadores franceses de la ciencia» que reseñó *Naissance de la clinique* no se mostró muy entusiasmado con el autor, que describió como «un archivero prodigioso, un arqueólogo sutil». Haciendo hincapié en que el libro era en gran medida una secuela de *Histoire de la folie*, Francois Dagonet detectaba la corriente kantiana de Foucault, que declaraba menos interesada en la realidad de la psiquiatría o la medicina, que en las hipótesis y condiciones que las hacían posibles. La realidad nouménica de la sinrazón está, por ejemplo, condenada a existir de forma negativa, ya sea en la desesperación de lo no formulado o en la tragedia de la protesta violenta. Dagonet también tenía dudas acerca de algunos detalles del argumento de Foucault, pero lo que lamentaba *más* era que no había dibujado un cuadro suficientemente completo. Terminaba expresando la esperanza de que, cuando la historia se hiciera cargo de la arqueología, en la «admirable dialéctica» de Foucault, se dispararían las incertidumbres que le quedaban al lector¹¹⁰.

¹⁰⁸ Pierre Sollers, «Logicus Solus», *TelQuel*, 14, verano de 1963, págs. 46-50 y pág. 50n.

¹⁰⁹ F. N. L. Poynter, reseña a *Naissance de la clinique*, *History of Science*, 3, 1964, págs. 140 y 143.

¹¹⁰ Francois Dagonet, «Archéologie ou histoire de la médecine», *Critique*, 216, mayo de 1965, págs. 436-447.

Quizá *Naissance de la clinique* no haya sido un éxito de crítica, pero se convirtió rápidamente en un libro culto. En 1963, Bernard Kouchner era un médico joven, miembro del Centre National des Jeunes Médecins y una figura influyente en la Union des Etudiants Communistes. Le fascinó el estudio de Foucault sobre la genealogía de su profesión; le proporcionó las herramientas intelectuales que le permitieron ver que la medicina no era sólo una práctica mecánica, sino también un lenguaje que había evolucionado a través del tiempo. El CNJM leyó y discutió el libro, capítulo por capítulo, en una serie de reuniones apasionadas, la mayoría de ellas en la casa de Koucher. Proporcionó un antídoto vital para la historia de la medicina, aburrida y académica que había sido su dieta básica en la escuela de medicina. Kouchner no hizo ningún intento por conocer a Foucault o contactar con él, pero su interés y el de su grupo por *Naissance de la clinique* fue uno de los factores que finalmente convertiría a éste en un ídolo de la nueva izquierda¹¹¹.

Aunque había logrado un prestigio considerable y el respeto de sus pares, seguía abierto al ataque: la sociedad intelectual parisiense no era una zona desmilitarizada. Uno de los primeros ataques y, en términos personales, de los más hirientes, vino de cerca. Jacques Derrida, nacido en Argelia en 1930, comenzó sus estudios en la ENS en 1950 y obtuvo la *agrégation* en 1956. En la ENS, había estado próximo a Althusser y a Foucault, a cuyas conferencias acudía con entusiasmo; más tarde se describiría como «un discípulo que admiraba y estaba agradecido a Foucault»¹¹². En 1963, la reputación filosófica de Derrida ya era considerable, pues su primera publicación importante —una traducción de *Origin of Geometry* de Husserl y una introducción— había conseguido el Premio Jean Cavallés, concedido por una contribución notable a la epistemología moderna. El 4 de marzo de 1963, Derrida, que entonces enseñaba en la Sorbona, dictó su primera conferencia en el Collège Philosophique. El tema era «Cogito y la Historia de la locura».

La conferencia de Derrida comenzó con un elogio a Foucault, que, de hecho, fue el prólogo a una lectura ferozmente crítica de *Histoire de la folie*. El libro era «admirable en muchos aspectos, de inspiración y estilo poderosos», y había sido una gran suerte para Derrida haber tenido a Foucault como profesor. Sin embargo, él era un discípulo y cuando empieza un diálogo con el maestro, su conciencia se siente desdichada: «La desdicha interminable del discípulo quizá tenga que ver con lo que todavía no

¹¹¹ Bernard Kouchner, «Un vrai samurai», en *Michel Foucault: Une histoire de la venté*, página 85; entrevista con Bernard Kouchner.

¹¹² Jacques Derrida, «Cogito et histoire de la folie», en *L'écriture et la différence*, Pan's, Seuil, 1967, pág. 51. [Trad. esp.: *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1989.]

sabe o se oculta a sí mismo: que el maestro, como la vida real, está quizá siempre ausente. Así pues, debemos romper el cristal [*glace*] o, mejor, el espejo, el reflejo, la infinita especulación del discípulo sobre el maestro. Y comenzar a hablar»¹¹³.

Entonces Derrida comenzó a hablar extensamente a un público que incluía al propio Foucault. Le atacó en dos frentes. Primero puso en tela de juicio su interpretación del pasaje que aparece en la primera de las *Méditations philosophiques*, en el que Descartes especula acerca de la posibilidad de negar que sus manos y su cuerpo sean en realidad suyos. Concluye que hacerlo sería comportarse como los pobres que se creen ricos, que se creen que están vestidos de púrpura y oro, cuando en realidad están desnudos. Rechaza la especulación: tales hombres están locos y tomar su conducta como modelo para la propia le haría tan loco como ellos. En *Histoire de la folie*, Foucault había usado este pasaje para ejemplificar las certidumbres en las que confiaba la razón clásica¹¹⁴. Henri Goutier había criticado suavemente esta interpretación durante la *soutenance de these*, pero Foucault no pareció haber otorgado gran importancia a su lectura de Descartes. Cuando apareció la edición abreviada de *Histoire de la folie* en 1964, éste fue uno de los pasajes que se suprimió. Probablemente no se consideraba vital para lo que Foucault, en su breve nota introductoria, llamaba «la economía general del libro». Derrida, en cambio, afirmaba: «El significado de todo el proyecto de Foucault puede concentrarse en estas pocas páginas alusivas y ligeramente enigmáticas»¹¹⁵. La revisión de la lectura de Foucault —o su supuesta mala interpretación— es un ejercicio en el arte de la lectura fiel, que se iba a convertir en uno de los sellos de Derrida. No se examinará aquí su exégesis crítica, implacable y a veces laboriosa, de Foucault y Descartes, pero se tocará más tarde en relación con la réplica final de Foucault¹¹⁶.

Derrida comienza descartando las implicaciones provenientes de la cita que hace Foucault de Pascal: «Los hombres están tan necesariamente locos, que sería estar loco de alguna otra manera el no estar loco». Foucault había intentado escribir una historia de la locura misma, elaborar la arqueología de un silencio. Según Derrida, esto es estrictamente imposible: «¿No sería la arqueología del silencio el recommienzo más efectivo, más sutil, la *repetition* del acto perpetrado contra la locura?»¹¹⁷. El único

¹¹³ *IbU.*, pág. 52.

¹¹⁴ *Histoire de la folie*, págs. 56-59.

¹¹⁵ «Cogito et histoire de la folie», pág. 52.

¹¹⁶ Para una discusión completa de las respectivas lecturas que hacen Foucault y Derrida sobre Descartes, véase Boyne, *Foucault and Derrida*.

¹¹⁷ «Cogito et histoire de la folie», pág. 57.

modo de escapar a la totalidad de la lengua de la locura exiliada sería permanecer en silencio o seguir al loco al exilio. En otras palabras, Foucault sigue hablando la lengua de la razón. Derrida está tentado a «considerar el libro de Foucault un gesto poderoso de protección y encierro. Un gesto cartesiano para el siglo xx. Una recuperación de la negatividad»¹¹⁸.

En segundo lugar, Derrida mantiene que Foucault opera con un método estructuralista, «según el cual en la totalidad estructural todo es circular y está unido [...]. El totalitarismo estructuralista quizá efectúe *fopéraitj* un acto que recluye al cogito, un acto que quizá sea del mismo tipo que el de las violencias de la edad clásica. No digo que el libro de Foucault sea totalitario [...]. Digo que a veces corre el riesgo de ser totalitario»¹¹⁹. Derrida tiene cuidado aquí en la utilización de los tiempos verbales. Usa el tiempo de la insinuación, que permite a un periódico sugerir que un ministro quizá sea [*sérait*] un asesino adúltero sin arriesgarse a enfrentarse a un caso de difamación por afirmar que lo es [*estj*]. No es necesario ser psicoanalista para dudar de la validez de desmarcarse diciendo «No digo», mientras el juego de «totalidad» y «totalitario» tiene toda la crudeza ideológica de las críticas que el PCF dirigiría contra *Les mots et les choses* en 1966 y 1967.

Las críticas de esta naturaleza suelen servir para dos propósitos relacionados entre sí. Por un lado, son negativos por definición; por el otro, permiten delimitar una nueva posición en una versión intelectual de la guerra de posiciones. El «Cogito» de Derrida no es una excepción. Para poner fin a su conferencia, afirmó: «La relación entre razón, locura y muerte es una economía, una estructura de *différence* cuya originalidad irreducible debe respetarse»¹²⁰. La implicación, insinuada más que demostrada, es que el análisis conceptual de Derrida debe reemplazar al de Foucault.

«Cogito et Histoire de la folie» marcó un momento importante en la carrera de Derrida y le ayudó a consolidar su reputación creciente como maestro y no como un discípulo. Dejar de ser discípulo a menudo implica el asesinato simbólico del maestro. La relación de Foucault con la psiquiatría y los maestros que le enseñaron esta disciplina se ha descrito como asesina, y este tipo de asesinato no resulta inusual en las comunidades académicas jerarquizadas. En el caso de Foucault y Derrida, la víctima real del asesinato fue su amistad. Foucault permaneció en silencio durante toda la conferencia y siguió callado cuando se publicó «Cogito et Histoire de la folie» en la *Revue de Métaphysique et de Morale* en 1964.

¹¹⁸ *IMd.*, pág. 85.

¹¹⁹ *IMd.*, págs. 69, 88.

¹²⁰ *IMd.*, pág. 95.

Tampoco respondió cuando se volvió a publicar en *L'écriture et la différence* tres años después. Este silencio continuado resulta enigmático, ya que era conocido por su intolerancia a las críticas. Una explicación parcial podría ser que la presencia de ambos en el consejo editorial de *Critique*, al que se unió Derrida en 1967, habría dado como resultado una tregua armada. Cuando llegó la respuesta en 1970, fue un ataque feroz, no sólo a la conferencia de 1963, sino también al deconstruccionismo de Derrida en conjunto. De hecho, hay pocas referencias a Derrida en los escritos de Foucault y no son de cortesía.

Foucault y Defert vivían ahora juntos en la rué du Dr. Finlay, y habían resuelto pasar el resto de sus vidas de este modo. Su decisión no implicaba fidelidad, pero estableció una relación que iba a durar hasta la muerte de Foucault en 1984. En conjunto, se trataba de una vida en pareja bastante relajada, y Defert describe a Foucault como una persona con la que era fácil convivir a diario. Sin embargo, experimentaron algunas dificultades sociales y cierto grado de prejuicios. El hecho de que vivieran juntos no era un secreto en su medio, pero, en 1963, a la sociedad francesa —y la sociedad académica francesa en particular— no le merecía una opinión especialmente positiva la convivencia gay¹²¹.

Su relación con Daniel Defert produjo cambios significativos en la vida de Foucault, en el sentido de que causó su distanciamiento de Barthes. Existen al menos tres versiones diferentes de lo que pasó. Sollers habla de celos entre Barthes y Foucault, mientras que otros aducen un incidente que supuestamente ocurrió cuando Barthes, Foucault y Jean-Paul Aron se fueron de vacaciones juntos a Tánger. Foucault se quejaba sin cesar de no haber recibido noticias de Defert y, cuando por fin recibió una carta, reaccionó de muy mal modo a un comentario sarcástico de Barthes¹²². Según Defert, fue una combinación de su presencia en la vida de Foucault y la presión del trabajo lo que causó el distanciamiento, y niega que existiera ninguna pelea entre Foucault y Barthes. En 1963-1964, Defert estudiaba para la *agrégation* y Foucault ya estaba ocupado con *Les mots et les choses*. Ambos trabajaban de forma regular hasta primeras horas de la mañana, y Foucault sólo tuvo que abandonar su viejo hábito de comer con Barthes tres veces por semana. De este modo, la antigua amistad se enfrió considerablemente, pero no terminó por una ruptura repentina. A comienzos de los años setenta, las diferencias políticas acabaron poniéndole el punto final.

¹¹ Entrevista con Daniel Defert.

¹² Calvet, *RolandBarthes*, págs. 172 y 173.

La aparición de Defert también tuvo un efecto menor sobre los textos. Cuando salió la versión abreviada de *Histoire de la folie* en 1964, la dedicatoria original a Eric-Michael Nilsson se esfumó y no volvió a aparecer en las ediciones que siguieron. La nueva relación había borrado hasta la marca de la primera amistad platónica. Defert era ahora la figura más importante en la vida de Foucault y lo seguiría siendo. Ambos mantuvieron numerosos encuentros sexuales más o menos fortuitos, y Foucault estaba a menudo rodeado por una corte de jóvenes admiradores. Nunca se refirió abiertamente a Defert en ninguna de sus publicaciones, pero describió la importancia de su relación en la conversación sostenida con el director de cine Werner Schroeter en 1982:

Durante ocho años, he estado viviendo en un estado de pasión por otro. Quizá esa pasión tomó forma de amor en un momento dado. A decir verdad, es un estado de pasión entre nosotros, un estado permanente [...] en el que participo completamente [...]. Creo que no hay una sola cosa en el mundo, nada, nada en absoluto, que me pueda detener cuando tengo que volver con él, hablar con él¹²³.

Su amor por Defert quizá no haya llevado de forma inmediata a una ruptura total con Barthes, pero impidió que Foucault realizara una antigua ambición. Desde que dejó Hamburgo, le había cautivado la idea de irse a Japón, e incluso albergaba la idea de establecerse allí. Esta fascinación, al menos en parte, era la expresión de la convicción de que Oriente era uno de los límites de la razón occidental. Como escribió en el prólogo original de *Histoire de la folie*.

Oriente, pensado como el origen, soñado como el punto vertiginoso que da nacimiento a las nostalgias y las promesas de regreso [...], la noche de los comienzos, en la que fue formado Occidente, pero en el que se trazó una línea divisoria, Oriente es para Occidente todo lo que no es Occidente, aunque es allí donde debe buscar su verdad primitiva. Debe escribirse una historia sobre esta división a lo largo de su extensa evolución occidental, seguirse en su continuidad y sus cambios, pero también debe permitirse que aparezca en su hieratismo trágico¹²⁴.

El ímpetu de ir a Japón surgió de una sugerencia efectuada por Maurice Pinguet. En 1963, el puesto de director del Institut Culture! Français en Tokio quedó vacante. Dada su experiencia en Suecia, Polonia y Ale-

¹²³ «Conversation», en Gérard Courant (ed.), *Werner Schroeter*, París, Cinémathèque/Institut Goethe, 1982, pág. 43.

¹²⁴ Prólogo a *Histoire de la folie*, pág. iv.

mania, Foucault era un candidato cualificado y estaba entusiasmado con la idea, porque además cada vez se sentía menos satisfecho de trabajar en Clermont-Ferrand. Las peleas con Rogert Garaudy siempre habían resultado irritantes y estaba aburrido de la carga administrativa que tenía que soportar con un apoyo secretarial pequeño o nulo. Más aún, seguía sin estar convencido de que su verdadera vocación fuera enseñar en una universidad. Japón aparecía como una alternativa atrayente.

Había dos obstáculos. Uno era que su decano estaba poco dispuesto a perderlo, sobre todo porque era la única persona capaz de reorganizar el Institut de Psychologie Appliquée de la universidad. En una carta oficial al ministro de Educación, fechada el 2 de septiembre de 1963, el decano escribió:

La partida del señor Foucault, en las circunstancias presentes, perjudica seriamente a la facultad. No sólo porque resultaría imposible reemplazarlo para el año académico entrante; la situación tan crítica de la sección de filosofía de Clermont [...] requiere que el director permanezca en su puesto el próximo año [...]. Dadas estas condiciones, me encargué de apremiar al señor Foucault para que declinara la oferta que había recibido. Ha aceptado la validez del argumento que le presenté con una abnegación de la que estoy muy agradecido¹²⁵.

Quizá su abnegación fuera más aparente que real. No era alguien que se dejara sojuzgar demasiado por las autoridades académicas y bien puede haber pedido a su decano que escribiera al ministro mientras trataba de ganar tiempo. El segundo obstáculo para su partida era, por supuesto, su relación con Daniel Defert. Foucault no estaba dispuesto a abandonar a su nueva pareja, y llegó a sugerirle que fuera con él y que se reciclara como especialista en estudios japoneses. Como tenía poca idea del modo en que se estaba desarrollando la sociedad japonesa, Defert se veía estudiando abanicos y cerámica, lo que no le resultaba muy atractivo. También estaba el tema de su *agrégation*. A Foucault, mientras tanto, se le presionaba desde el Quai d'Orsay para que tomara una decisión; el primer ministro Pompidou tenía previsto hacer una visita oficial a Japón y no era procedente que el Institut no tuviera director. Después de haber argumentado que la universidad estaba creando dificultades, acabó contestando que no; había decidido sacrificar el placer de vivir en Japón en favor de la *agrégation* de Daniel. Se había representado toda la comedia de las equivocaciones sin que hubiera existido una discusión abierta entre ambos. Defert, entonces, tomó la callada resolución de reparar el sacrificio

Citado en Eribon, *Michel Foucault*, pág. 168.

de Foucault produciendo una obra intelectual importante. Nunca llegó a realizarla y Foucault nunca conoció esta ambición no cumplida de su pareja¹²⁶.

Defert completó con éxito su *agrégation* el verano de 1964 y de inmediato quedó obligado a cumplir el servicio militar durante un periodo de dieciocho meses. Sus experiencias en el movimiento antibelicista y como delegado del comité anticolonial de la UNEF le habían proporcionado una visión muy negativa de las fuerzas armadas y se resistía a servir como soldado. A diferencia de Foucault, no tenía un padre que pudiera influir sobre el jurado médico del ejército, pero existía una alternativa, que recuerda las ventajas otorgadas por la educación en un sistema abiertamente elitista. El aprovisionamiento del *Service civil de coopération*, establecido hacía poco, permitía a los jóvenes con preparación adecuada pasar su periodo de servicio militar en países en vías de desarrollo (usualmente, pero no siempre, en antiguas colonias francesas). El plan original de Defert era ir a Vietnam, pero el incidente del golfo de Tonkin, el 2 de agosto de 1964, y el ataque subsiguiente de Estados Unidos contra Vietnam del Norte hicieron que pareciera una perspectiva desagradable y peligrosa, por lo que acabó aceptando un puesto docente en Túnez. Pasó todo el servicio militar enseñando filosofía en Sfax, ciudad sureña situada sobre el golfo de Gabés. Foucault le visitó con frecuencia y ambos pasaron las vacaciones navideñas de 1964-1965 viajando por ese país.

Septiembre de 1963 no encontró a Foucault en el decorado exótico de Tokio o Kioto, sino en el medio más conocido de un coloquio organizado por *TelQuel*. El periódico había sido fundado por Sollers, Hallier y otros en 1960 como plataforma para la teoría y la práctica de la literatura vanguardista. Según su declaración fundacional: «Lo que ha decirse hoy es que la escritura ya no puede concebirse sin una clara definición de sus poderes, un enfrentamiento a sangre fría con el caos del que se despierta, una determinación que otorgará a la poesía el lugar más elevado de la mente. Todo el resto no es literatura»¹²⁷. A lo largo de su existencia, hasta que cesó de publicarse en 1983 para ser resucitado de inmediato como *L'infini*, el periódico fue muy dado a publicar manifiestos y declaraciones, mientras hacía la transición, marcada por cambios repentinos más que por evoluciones graduales, del quietismo político al apoyo crítico al PCF (hasta alrededor de 1970), y luego del maoísmo extremo a un elevado atlanticismo a mediados y finales de los años setenta. A pesar de

Entrevista con Daniel Defert.
«Déclaration», *TelQuel*, 1, 1960, pág. 3.

los muchos cambios de dirección, se garantizó cierta continuidad subyacente por la convicción de que la vanguardia literaria era la precursora, o incluso el agente, de la revolución social y política. Esta convicción halla su máxima expresión en el monumental intento de Julia Kristeva por probar que la revolución poética de Lautréamont y Mallarmé representó una crisis para el Estado burgués¹²⁸. Como se aprecia en la declaración fundacional, *TelQuel* también era proclive a una cierta pedantería; la frase final citada anteriormente es una hábil alusión a *Et tout le reste est littérature* de Paul Verlaine, máxima que hace a la literatura sinónimo de frivolidad.

En 1960, aún no estaba en el horizonte el maoísmo y literatura significaba *nouveau román*, «la única forma que ofrece un modo de tratar la literatura, tanto desde el punto de vista formal, como desde el punto de vista de una posible reconversión ideológica»¹²⁹. El panteón inicial de escritores celebrados por *TelQuel* incluía a Borges, Artaud, Hölderlin, Ponge y Heidegger, y coincidía en gran medida con la tradición que Foucault había comenzado a explorar en *Histoire de la folie*. Era una persona obvia para ser invitada al coloquio celebrado en Cérisy-la-Salle en septiembre de 1963, en el que presidió un importante debate sobre la novela. El coloquio fue fundamental; desde su celebración, según Sollers,

ya no se puso el acento simplemente en la investigación formal sobre la ficción, sino en la elaboración de un terreno crítico que ya no nos permitiera hacer distinciones entre niveles de textos, sin tener en cuenta que se consideraran críticos, poético o de ficción. Al mismo tiempo, aclaró nuestra investigación al explicar el modo en que la serie literaria se inserta en la misma política¹³⁰.

En este periodo, Foucault no estaba muy interesado en la «inserción» de lo literario en la política, y su contribución al debate resulta de interés por lo que revela de su propio pensamiento.

Después de admitir, con alguna falsa modestia, que no estaba realmente cualificado para hablar sobre la novela y de describirse como «un hombre ingenuo, cuyas intenciones filosóficas eran obvias»¹³¹, abrió el debate señalando el paralelismo entre los intereses de *Tel Quel* y los de los surrealistas: una «constelación» de temas tales como sueños, locura, sin-

¹²⁸ Julia Kristeva, *La révolution du langage poétique*, París, Seuil, 1974.

¹²⁹ Philippe Sollers, «Te/í2.»e/aujourd'hui», *France Nouvelle*, 31 de mayo de 1967, citado en Stephen Heath, *The Nouveau Román*, Londres, Elek, 1972, pág. 221.

¹³⁰ Citado en *ibí.*, pág. 219.

¹³¹ «Débat sur le román», *TelQuel*, 17, primavera de 1964, pág. 12. La descripción que Foucault hace de sí mismo (*un homme naïf avec ses gros sabots*) no es fácil de traducir; *yi; le vois venir avec ses gros sabots* equivaldría a decir «se le ve el plumero», pero también juega aquí con la torpeza que implica *sabots* (zuecos).

razón, repetición y duplicados. Al introducir las nociones de «límite» y «transgresión», Bataille había ayudado a sacar esta constelación de la dimensión puramente psicológica, mientras que *TelQuel* la había elevado a un nivel más intelectual. La misma literatura era quien formulaba ahora la pregunta: «¿Qué significa pensar? ¿Qué es esa experiencia extraordinaria conocida como pensar?»¹³². Como réplica a una objeción formulada en terminología marxista por Eduardo Sanguinetti, Foucault prosiguió para argumentar que no eran admisibles acusaciones de espiritualidad o misticismo: «Por el momento, estamos tratando, pero con gran dificultad, incluso en filosofía, de contemplar lo que puede ser el pensamiento sin aplicar las viejas categorías, sobre todo, intentando huir de la dialéctica del espíritu que una vez definiera Hegel»¹³³. Diez años después de que hubiera comenzado a leer a Nietzsche, seguía tratando de escapar del fantasma de Hegel.

A juzgar por lo que se publicó de él, el debate no tuvo el mejor de los comienzos. Mientras Sollers declaraba dubitativo que trabajaba por intuición y añadía que, por lo tanto, su obra quizá pareciera confusa a un filósofo, Foucault se sintió forzado a abandonar sus «abstracciones» e invitó a hablar a Jean-Pierre Faye. Éste no perdió tiempo en aceptar y dominó la larga discusión buscando un refugio para el realismo en la obra de cada uno, desde Henry James y James Joyce hasta Kafka, Sartre y Roussel.

En la mayor parte del debate, el papel de Foucault fue el del presidente apocado que prologa casi todas sus contribuciones con un cortés «Quizá...». Sus intentos por introducir un tono más filosófico se frustraron. Cuando señaló que de 1945 a 1955 Francia había tenido una «literatura de la significación» que se correspondía con la filosofía de la significación representada por Merleau-Ponty, para sugerir después que la discusión se desviara a la relación existente entre lo que se han llamado significaciones —desde el día de una cierta fenomenología— y lo que se estaba empezando a descubrir entonces como el campo del significante y el significado, el dominio del signo, Faye rechazó la oportunidad de explorar las diferencias existentes entre Husserl y las teorías lingüísticas postsaussurianas, e inmediatamente se volvió a sumergir en una discusión crítica sobre Robbe-Grillet¹³⁴. También se frustró un intento posterior de Foucault para abrir el debate, de modo que incluyera la música contemporánea, con la sugerencia de que quizá existiera una analogía entre el lenguaje musical y los problemas que enfrentaban los novelistas; Gilbert Amy, que

Ibid., págs. 12 y 13.

Ibid., pág. 14.

Ibid., pág. 38.

conocía a Foucault desde los años cincuenta, rehusó dejarse arrastrar y aportó sólo algunos comentarios muy generales.

A pesar de que sus intentos por encauzar el debate fuera de las cuestiones puramente literarias no tuvieran éxito, Foucault estuvo de acuerdo por completo con el rechazo del grupo *Tel Quel* a las apelaciones al realismo de Sanguinetti. Cuando éste argumentó que no todos los acontecimientos se dan dentro del lenguaje, Foucault replicó: «La realidad no existe [...], lo único que hay es la lengua y de lo que hablamos es lengua, hablamos dentro de la lengua»¹³⁵.

También tomó parte en un segundo debate en Cérisy. La discusión sobre poesía no estuvo muy bien centrada, pero le proporcionó la oportunidad de explicar el isomorfismo que detectaba entre su propia obra y la de *Tel Quel*. Declaró que trabajaba en el plano del discurso —que definió con unos términos en cierto modo curiosos al querer decir «sin talento»— y admitió que no existía una conexión directa entre el análisis histórico de *Histoire de la folie* y los experimentos poéticos de Pleyne. El terreno común lo constituía el uso de la noción de *contestación*: «Una de las más problemáticas, más difíciles y más oscuras nociones en una corriente filosófica minúscula [...], cuya fuente, al menos, puede hallarse en gente como Blanchot y Bataille»¹³⁶.

Foucault nunca se convirtió en un colaborador estrecho de *Tel Quel*. Quizá hubiera razones personales para ello. El periódico era con mucho la reserva privada de Philippe Sollers, un hombre poco dado a compartir el poder intelectual, y quizá Foucault haya mantenido la distancia por razones puramente subjetivas. También resulta bastante obvio que en este periodo no compartía las inquietudes más políticas del grupo; aunque estaba ansioso por hallar una forma de pensamiento que no fuera reducible a la filosofía, su hostilidad por el pensamiento dialéctico se extendía a Marx lo mismo que a Hegel. Cuando surgió como activista político, su política se alejó mucho del maoísmo dogmático y literario de *Tel Quel*, y entre él y Sollers hubo poco terreno común, si es que hubo alguno.

¹³⁵ *Ibid.*, págs. 415.

¹³⁶ «Débat sur la poésie», *Tel Quel*, 17, primavera de 1964, págs. 72 y 73.

Palabras y cosas

En la conferencia de *TelQuel* celebrada en C erisy, Foucault había sido un filósofo ligeramente incómodo en un medio casi literario. El año siguiente, en el coloquio de Royaumont sobre Nietzsche, se encontró en un entorno filosófico más adecuado. Celebrado entre el 4 y el 8 de julio de 1964 y presidido por Martial Gu roult, reunió a distinguidos especialistas que incluían a Pierre Klossowski, Gilíes Deleuze, Jean Beaufret y Jean Wahl, además de Giorgio Colli y Mazzino Montiniani de Italia, que informaron sobre sus progresos en la edición de las obras completas de Nietzsche.

La ponencia de Foucault estaba dedicada a los tres «maestros de la sospecha» —Nietzsche, Freud y Marx— y era básicamente una exposición sobre las técnicas de interpretación. Ese hecho, comenzó refiriéndose a su «sueño» de construir un corpus general o enciclopedia de todas las técnicas de interpretación que se habían usado en las culturas occidentales. Su ilustración del contenido de tal enciclopedia era una exposición sobre la categoría de la semejanza en el pensamiento renacentista. Se trata de una versión sucinta de las páginas iniciales del capítulo 2 de *Les mots et les choses*, lo que indica que el libro se encontraba ya bien avanzado. Tomando como textos principales *El nacimiento de la tragedia*, el primer volumen de *El capital* y *La interpretación de los sueños*, Foucault argumentaba que Nietzsche, Marx y Freud no habían proporcionado un nuevo significado a las cosas que no tenían un significado previo: «En realidad, cambiaron la naturaleza del signo y modificaron el modo en que éste podía ser interpretado»¹. Para el pensamiento renacentista, el

¹ «Nietzsche, Freud, Marx», en *Cahiers de Royaumont: Nietzsche*, París, Minuit, 1967, página 186.

signo existía dentro de un espacio homogéneo, en el que la tierra hacía referencia al cielo y viceversa. A partir del siglo XIX, los signos tienden a ser asunto de profundidad y superficialidad. Nietzsche, por ejemplo, se refiere a «pensadores consumados que exploran concienzudamente los campos de una cosa» y se describe a sí mismo «habiendo descendido a las profundidades [...], habiendo pasado a través de los cimientos»². Sin embargo, el ascenso a la montaña de Zaratustra conduce al descubrimiento de que las profundidades no son más que un pliegue de la superficie. Marx descubre simplemente que no hay profundidad en la concepción burguesa del valor; y la interpretación freudiana de los sueños expone una cadena hablada que yace horizontal bajo la mirada cabizbaja del analista³.

No obstante, la espacialidad de los signos y su interpretación no es el tema principal de Foucault: es la naturaleza infinita de la interpretación lo que le interesa realmente. Marx no interpreta la historia de las relaciones de producción, sino más bien las relaciones que ellas mismas presentan al natural, es decir, como una interpretación. Freud no interpreta signos, sino fantasías o las interpretaciones ya elaboradas del paciente sobre una experiencia corporal. Para Nietzsche, la filosofía es un ejercicio interminable de filología; las palabras no indican un significado: imponen una interpretación. La interpretación no tiene fin porque lo *interpretandum* es ya un *interpretans*.

Todas estas formulaciones se relacionan con la exploración de los laberintos en los artículos literarios de Foucault y en *Raymond Roussel*, pero también con la conexión que percibe entre el lenguaje y la muerte. Aunque infinitas en potencia, las interpretaciones se interrumpen de forma inevitable. Para Freud, su transferencia es lo que señala lo inagotable del análisis y la aproximación a una zona peligrosa que hace imposible analizar más. Para Nietzsche, «puede corresponder a la naturaleza fundamental de la existencia y su completo conocimiento nos destruiría»⁴. Y para el mismo Foucault, «lo que se cuestiona en el punto en que se interrumpe la interpretación, en la convergencia de la interpretación hacia un punto que la hace imposible, puede muy bien ser algo semejante a la experiencia de la locura»⁵.

Resulta evidente a lo largo de toda la ponencia que las simpatías de Foucault estaban con Nietzsche más que con Marx o Freud, y un breve

² Friedrich Nietzsche, *Aurora*. Foucault cita el primer fragmento.

³ «Nietzsche, Freud, Marx», págs. 186 y 187.

⁴ Friedrich Nietzsche, *Beyond Good and Evil*, trad. de R. J. Hollingdale, Harmondsworth; Penguin, 1990. [Trad. esp.: *Más allá del bien y del mal*, Madrid, Alianza, 1993.]

⁵ «Nietzsche, Freud, Marx», pág. 189.

comentario en la discusión que siguió revela el motivo. La teoría de la interpretación de Nietzsche es radicalmente diferente y, por lo tanto, no puede inscribirse en ningún «cuerpo constituido», mientras que Marx puede ser inscrito dentro del «cuerpo» constituido por los comunistas y Freud en el constituido por los psicoanalistas⁶. Lo que atrae a Foucault es la naturaleza inclasificable de la obra de Nietzsche, así como la promesa de liberación del pensamiento dialéctico.

Deleuze se muestra siempre muy reticente acerca de cuándo y dónde conoció a Foucault. Por ejemplo, a Robert Maggiori, de *Liberation*, le dijo: «Se recuerda un gesto o una risa más que las fechas. Le conocí más o menos en 1962»⁷. Habían coincidido en Clermont-Ferrand, pero el coloquio de Royaumont sin duda marca un momento significativo en su amistad. En su ponencia, Foucault se refirió favorablemente al *Nietzsche* de Deleuze⁸, cumplido que éste le devolvió en su discurso de clausura sobre el deseo de poder y el eterno retorno⁹. También mencionó un proyecto que los iba a acercar más: la producción de una versión francesa de la edición de Nietzsche efectuada por Colli y Montinari. Basada en el trabajo de investigación realizado en el archivo Weimar, era un proyecto conjunto francés, italiano y holandés y, por extraño que parezca, no había participación alemana. La parte francesa del proyecto la supervisaban juntos Foucault y Deleuze, y la publicación comenzó en 1967 con el volumen 5, que contenía la traducción de Klossowski de *Diefröhliche Wissenschaft*, una variedad de material postumo y una especie de introducción general de los dos editores y supervisores¹⁰. La edición de catorce volúmenes se completó en 1990 con la publicación de una nueva traducción de *Unzeitgemässe Betrachtungen*.

En una entrevista, Foucault explicó la necesidad de una nueva edición, la necesidad de «demoler la falsa arquitectura, la creación de una tercera parte celosa en exceso, y reconstruir tanto como sea posible los textos, de acuerdo con las propias perspectivas de Nietzsche»¹¹. La «terce-

⁶ *Mi.*, pág. 196.

⁷ Gilíes Deleuze, «Fendre les choses, fendre les mots», in *Pourparkurs*, París, Minuit, 1990, pág. 115; publicado originalmente en *Liberation*, 2-3 de septiembre de 1986.

⁸ «Nietzsche, Freud, Marx», pág. 191.

⁹ Gilíes Deleuze, «Sur la volonté de puissance et l'éternel retour», págs. 276 y 277.

¹⁰ Gilíes Deleuze y Michel Foucault, «Introduction générale», en Friedrich Nietzsche, *Oeuvres philosophiques. Voi 5: Le gay savoir*, París, Gallimard, 1967, págs. i-iv.

¹¹ Claude Jannoud, «Michel Foucault et Gilíes Deleuze veulent rendre a Nietzsche son vrai visage», *Le Figuro Littéraire*, 15 de septiembre de 1966, pág. 7. Véase también la entrevista con Jacqueline Piatier, «La publication des *Oeuvres complètes* de Nietzsche: *La volonté de puissance*, texte capital, mais incertain, va disparaître, nous declare Michel Foucault», *Le Monde*, 24 de mayo de 1967, suplemento, pág. vii.

ra parte» era, por supuesto, la hermana de Nietzsche, Elizabeth Förster, principal responsable de la versión de *Der Wille zur Macht*, que alcanzó tanta popularidad entre los ideólogos del nazismo: «¿No favorecieron las interpretaciones arbitrarias de la hermana de Nietzsche —cuyos sentimientos racistas eran bien conocidos, mientras que el filósofo denunció con vigor el antisemitismo en los últimos años de su vida— la anexión ideológica intentada por los nazis? Por lo tanto, es esencial que aparezca una edición seria de las obras de Nietzsche, en especial ahora que una vez más el filósofo encuentra un nuevo público»¹².

Foucault conocía a la mayoría de los presentes en Royaumont, entre los que se incluía una persona muy cercana a él por entonces: a Klossowski, quien habló sobre el tema del «eterno retorno» nietzscheano¹³, se lo había presentado Barthes, probablemente en 1963. Nacido en París en 1905 en una familia de aristócratas y artistas polacos emigrados, Pierre Klossowski es el hermano mayor del pintor Balthus, o Balthasar Klossowski de Rola, para dar su nombre completo. Barthes le conocía desde finales de los años cuarenta, cuando iba a su apartamento de la rue Carnivet a tocar duetos a cuatro manos con su esposa Denise¹⁴. Educado en Francia y Alemania y, por lo tanto, bilingüe desde muy temprana edad, de joven conoció a Rilke, y su larga carrera le ha puesto en contacto con una extraordinaria cantidad de gente. En distintos momentos, colaboró con Gertrude Stein, Bataille, Masson y Walter Benjamín, y es uno de los muy pocos que han estado próximos a Gide y Foucault (otro de ellos es Claude Mauriac).

La carrera de Klossowski ha sido curiosa. Justo antes de la Segunda Guerra Mundial, su búsqueda de una vida religiosa le condujo a iniciar el noviciado con los benedictinos y luego con los dominicos, pero dejó la comunidad transcurridos sólo tres meses. La experiencia le proporcionó las bases de su primera novela, *La vocation suspendue* (1949), que adopta la forma de una discusión sobre un libro raro del mismo título que quizá dé cuenta precisa de una pérdida de fe. En 1947, después de abandonar su búsqueda religiosa, se casó con Denise Marie Roberte Morin Sinclair, viuda de guerra a la que se había deportado a Ravensbrück como consecuencia de sus actividades en la Resistencia. Desde entonces, toda su obra estaría dominada por su belleza perturbadora y dedicada a ella.

¹² Claude Jannoud, «Michel Foucault et Gilles Deleuze...».

¹³ Pierre Klossowski, «Oubli et anamnèse dans l'expérience vécue de l'éternel retour du même», *Nietzsche*, págs. 227-244.

¹⁴ Alain Arnaud, *Pierre Klossowski*, París, Seuil, 1990, pág. 188. Es quizá la mejor introducción a este autor; es también una de las raras fuentes de información bibliográfica verídica sobre él. Véase también el catálogo de la exposición retrospectiva *Pierre Klossowski*, París, Editions La Différence/Centre National des Arts Plastiques, 1990.

Es la «Robería» que figura en sus novelas y en tantos de sus delicados dibujos. En un principio escritor y traductor, Klossowski comenzó a experimentar con el dibujo poco después de conocer a Denise y desde entonces ha alternado ambos medios. Sus dibujos, influidos por artistas tan diversos como Ingres y Fuseli, son todos de gran tamaño, sobre papel (con la excepción de sus primeras obras en grafito) y realizados con lápices de colores, un medio que requiere largas horas de penoso trabajo.

Las novelas y los dibujos de Klossowski inventan un mundo imaginario en el que los temas eróticos, religiosos y filosóficos se mezclan y, al ser un monomaniaco confeso, le interesa poco lo que está fuera de ese mundo. Aunque su obra —y en especial la trilogía¹⁵ conocida como *Les bis de l'hospitalité*— a veces se rechaza por misógina e incluso pornográfica¹⁶, él insiste en que tiene un contenido místico y que se enmarca en la tradición gnóstica. Maurice Blanchot confirmó sus afirmaciones cuando describió sus escritos «como una mezcla de austeridad erótica y libertinaje teológico»¹⁷. Tanto las novelas como los dibujos son secuencias de escenas, entendidas en el sentido teatral del término, y de encuentros humillantes entre Roberte y los personajes de una amenazadora *commedia dell'arte*. Roberte se convierte en un objeto de cambio que circula interminablemente en una economía erótica. Es violada y asaltada, es seducida y seduce, y asume muchas identidades distintas, pero permanece sin ser poseída, inviolable, ya que el autor tiene la convicción de que el nivel más profundo de la individualidad es un núcleo que no es comunicable ni cambiante. Al igual que las *tableaux vivant* imaginadas y escenificadas por los libertinos de Sade, las palabras e imágenes de Klossowski delatan una obsesión con la representación en sí misma: representaciones de juegos, de dibujos, de dibujos de escenas de juegos, libros sobre libros. Hay un teatro de los simulacros en el que todo es representado, nada es real. Las escenas teatrales que forman la trilogía, en particular, se originaron en dibujos planeados que no llegaron a efectuarse.

No es fácil captar la noción de simulacro, ya que Klossowski no es el más conceptual de los pensadores. Declara que se deriva de la estética de la Roma decadente, donde se alineaban en las calles simulacros o efigies de los dioses, para manifestar su presencia y llamar al culto a los ciudadanos. Para él, su interés principal consistía en que «determinaban sexual-

¹⁵ La trilogía, publicada en un volumen por Gallimard en 1965, comprende *Roberte, ce soir* (1954), *La révocation de l'édit de Nantes* (1959) y *Le souffleur, ou le Théâtre de société* (1960). [Hay trad. esp. de *Roberte, esta noche*, Barcelona, Montesinos, 1989.]

¹⁶ Véase, por ejemplo, Anne-Marie Dardigna, *Les Châteaux d'Eros, ou l'infortune du sexe des femmes*, París, Maspero, 1980.

¹⁷ Citado en Artaud, pág. 26.

mente a las divinidades que representaban. La indeterminación de su esencia era reemplazada por una materialización, la de una sexualidad». De forma gradual, la referencia clásica acabó combinada con una meditación sobre la naturaleza de los iconos, y por fin se define el simulacro como

el signo de un estado instantáneo y no se puede establecer un intercambio entre una mente y otra, ni permitir la transmisión de un pensamiento a otro [...]. El simulacro tiene la ventaja de no implicar la fijación de lo que representa o dice de una experiencia; lejos de evitar la contradicción, la implica¹⁸.

Basándose en un pasaje de un ensayo de Klossowski sobre Nietzsche, Foucault relacionó el simulacro con el «demonio» de *La Gaya Ciencia* de Nietzsche¹⁹. Es el demonio que dice que «toda tu vida [...] se repetirá, en el mismo orden y sucesión». Entonces Nietzsche pregunta: «¿No te arrojarías al suelo y maldecirías al demonio que así te hablase? O puede que hayas tenido alguna vez la vivencia de un instante prodigioso en el que responderías: "Eres un dios y nunca oí nada más divino"»²⁰. La ambigüedad del demonio-dios es también la del signo-simulacro conocido como Roberte.

Para Klossowski, el lenguaje es un medio inestable en el que pueden darse transformaciones sorprendentes. También está estrechamente relacionado con el cuerpo: Roberte es una palabra hecha carne y su cuerpo es de una carne hecha de palabras. La relación cuerpo-lenguaje genera textos que deben de haber resultado muy atractivos a Foucault debido a su inclinación por los juegos de palabras. En *Roberte ce soir*, por ejemplo, los encuentros eróticos pueden ser expresados en el lenguaje de la teología tomista, como cuando Roberte es penetrada por el *sed contra* de un coloso, mientras ella estimula su propio *quid est* hasta el orgasmo²¹.

Foucault y Klossowski tenían mucho en común, en especial su fascinación por Nietzsche y Sade. El *Sade, mon voisin* de Klossowski, junto con *Sade et Lautrémont* de Blanchot, fue uno de los primeros estudios serios sobre el marqués divino, aunque no hay indicios en *Histoire de la folie* de que Foucault lo hubiera leído por entonces. Por otro lado, Klos-

¹⁸ Citado en *ibíd.*, págs. 48, 49 y 52.

¹⁹ «La prose d'Actéon», *Nouvelle Revue Française*, 135, marzo de 1964, pág. 447; Pierre Klossowski, «Sur quelques thèmes fondamentaux de la *Gaya Scienza* de Nietzsche» (1958), en *Un sifuneste désir*, París, Gallimard, 1963, pág. 22.

²⁰ Nietzsche, *La gaya ciencia*, Barcelona, Pequeña Biblioteca Calamus Scriptorius, 1979, pág. 273.

²¹ *Les lois de l'hospitalité*, págs. 146 y 147.

sowski había leído *Histoire de la folie* con gran interés y entusiasmo. Un comentario de Deleuze, también amigo de los Klossowski, sugiere que la obra de éste puede haber tenido un atractivo determinado y subjetivo para un hombre que se negaba a ser definido: según su punto de vista, toda la obra de Klossowski «se encauza hacia un solo objetivo: asegurar la pérdida de la identidad personal, disolver el ego; ése es el espléndido trofeo que sus personajes traen de su viaje a los confines de la locura»²². Pero, sin duda, sus intereses comunes también tenían límites, y Klossowski nunca consiguió despertar la curiosidad de Foucault hacia el gnosticismo, que significaba mucho para él. No obstante, disfrutaban de su mutua compañía y las visitas de Foucault a la rué Canivet se animaban con su estilo de conversar, que Denise Klossowski describe como *sautillant*, saltando de un tema a otro²³.

Es inevitable que el lado público y privado de la amistad se sobrepuieran, cuando Foucault defendía y celebraba las publicaciones de Klossowski. En 1964, éste publicó una traducción de la *Eneida* que comienza: «Les armes je célèbre et l'homme» [las armas canto y el hombre]. Seguía el orden y la sintaxis latinos del original, y no hacía ningún intento por traspasar las palabras de Virgilio al francés. Casi podía afirmar que era un hablante nativo del latín: de niño, su primer libro de gramática no había sido francés ni alemán, sino latino²⁴, y su prosa con frecuencia tiene un gusto latinizante. La traducción de Virgilio no fue apreciada con unanimidad, pero Foucault la admiraba mucho y la denominó «traducción vertical»: «Cada palabra, como Eneas, transporta con ella a sus dioses natales y su lugar de origen sagrado. Cae del verso latino al renglón francés como si su significado no pudiera ser separado de su lugar, como si pudiera decir lo que ha de decir desde el punto preciso donde el hado y los dados del poema la arrojaron.» (La referencia medio oculta corresponde a las palabras de Mallarmé, «Un coup de des jamás n'abolira le hasard».) Para traducir, «Klossowski no se asienta en la semejanza entre el francés y el latín; halla alojamiento en el hueco de sus diferencias mayores»²⁵.

Foucault también era un admirador de *Le bain de Diane* (1956), en el que Klossowski explora el mito de Diana y Acteón, y elabora elegantes variaciones sobre él. El mito es un tema recurrente en los dibujos y Diana se parece mucho a Roberte en que su naturaleza permanece invariable a pesar de sus metamorfosis físicas. Acteón jamás consigue ver la desnudez de

²² Gilles Deleuze, *Logique du sens*, París, 10/18, 1973, pág. 382. [Trad. esp.: *Lógica del sentido*, Barcelona, Paidós, 1989.]

²³ Entrevistas con Denise y Pierre Klossowski.

²⁴ Arnaud, pág. 19.

²⁵ «Les mots qui saignent», *L'Express*, 29 de agosto de 1964, pág. 21.

la diosa real, sino simplemente un simulacro; la «verdadera» Diana siempre está en otro lugar. Para Foucault, *Le bain de Diane* es paragonable con la obra de Blanchot y Bataille, también muy alabada. Es un «texto dedicado a la interpretación de una leyenda remota y un mito de la distancia (el castigo de un hombre que había intentado acercarse a la divinidad desnuda) [...]. Diana duplicada por su propio deseo, Acteón metamorfoseado tanto por su deseo como por el de Diana»²⁶. Como señaló en otro lugar, Klossowski capturaba «la experiencia de la duplicidad, de la exterioridad de los simulacros, de la multiplicación teatral y demente del ego»²⁷.

Quizá el gesto mayor de amistad que tuvo Klossowski hacia Foucault —su mejor lector, según declaró— fue permitirle o pedirle que leyera su novela *Le baphomet* (1965) en manuscrito. La novela es un extraño ejercicio de medievalismo y una exploración del tema de la androginia. Su mismo título es una clave derivada de *Basileus philosophorum Metalliarum* (el rey de los filósofos-metalúrgicos)²⁸. Foucault la leyó, capítulo por capítulo, con entusiasmo y pasó largas horas discutiéndola con su autor. La novela está dedicada a él, pero, por desgracia, no recogió sus impresiones en un soporte perdurable.

La amistad duró hasta comienzos de los años setenta, cuando Foucault se empezó a encontrar cada vez más alejado de Klossowski y otros amigos de este periodo literario, debido a sus intereses políticos. La amistad acabó muriendo, pero tiene sus monumentos. A finales de los años ochenta, Klossowski halló un trozo de lona enmohecida en el castillo de Balthus e interpretó sus manchas de humedad para crear dos versiones de dibujos titulados *El gran encierro 7* (1988). Ambos incluyen un retrato de Foucault; en la segunda versión, está rodeado por los retratos de Strindberg, Nietzsche, Bataille y un papa anónimo, mientras Freud, a la derecha de Foucault, contempla un boceto de la *Madonna y el niño con Santa Ana* de Leonardo²⁹.

Histoire de la folie le había conseguido el respeto y la admiración de sus iguales, pero le quedaba por ganar el reconocimiento del gran público. En febrero y marzo de 1965, apareció en dos programas de la televisión educativa. El primero consistió en una discusión sobre filosofía y psicología, con Alain Badiou como interlocutor. Por entonces, éste enseñaba en un *lycée* de Reims y había publicado su primera novela hacía poco³⁰;

²⁶ «La prose d'Actéon», pág. 451.

²⁷ *Lapensée du dehors*, pág. 19.

²⁸ Arnaud, pág. 139.

²⁹ *Le Grand Renfermement II*, Galerie Lelong, reproducido en *Pietre Klossowski*, pág. 153. También existe un «Barco de los Locos» relacionado. Entrevista con Pietre Klossowski.

³⁰ Alain Badiou, *Almagestes*, París, Seuil, 1964.

en algunos años se convertiría en una figura prominente de los círculos maoístas.

La respuesta de Foucault a las preguntas formuladas por Badiou son en gran medida la repetición de las tesis sostenidas en *Maladie mentale et psychologie* (éste era su nombre ahora), publicado hacía poco. De su primera aparición en televisión, se puede destacar el vuelo de fantasía con que terminó. Le preguntaron qué enseñaría sobre psicología en una clase de filosofía de un *lycée* y dijo que su primer paso sería comprar una máscara. Adoptaría una voz diferente, «como Anthony Perkins en *Psicosis*», de tal modo que «nada de la unidad de mi discurso fuera patente». Luego daría clara cuenta de los progresos actuales en psicología y psicoanálisis, antes de abandonar la máscara, adoptar la voz habitual y dar una clase de filosofía que demostraría que la psicología era «una especie de callejón sin salida, absolutamente inevitable y mortal, en el que se encontró el pensamiento occidental en el siglo XIX»³¹.

En la segunda emisión, Foucault sostuvo una charla breve y bastante mordaz con Paul Ricoeur acerca de la polisemia y la ontología, y luego una discusión muy breve con Ricoeur (especialista en hermenéutica), Hyppolite, Canguilhem y la señora Dreyfus. Se centró en las proposiciones, aducidas por Canguilhem e Hyppolite, respectivamente, «No hay verdad filosófica» y «No existen errores en la filosofía». Los argumentos sobre estas proposiciones constituían la dieta básica de los aprendices de filósofos, a quienes se dirigía el programa. Resulta significativo que Foucault y Canguilhem expresaran su acuerdo en que no había criterios por los que pudiera juzgarse verdadero o falso un sistema filosófico; en otras palabras, que no existía la verdad como tal en el discurso filosófico. Sin embargo, Foucault defendió el argumento de que existían cosas tales como un «deseo de verdad»³².

No fueron los programas educativos ni los coloquios los que pusieron en candelera a Foucault, sino la aparición de *Les mots et les choses* en 1966. No precisó cuánto tardó en la investigación y en escribir el libro. Sin embargo, resulta evidente por «Nietzsche, Freud, Marx» que a mediados de 1964 estaban ya escritas grandes partes y además consta que sus temas principales fueron esbozados en una serie de conferencias sin mucho éxito dictadas en Brasil en 1965³³. Por algunos comentarios ocasiona-

³¹ «Philosophie et psychologie», *Dossiers pédagogiques de la radio-télévision scolaire*, 15-27 de febrero, 1965, pág. 20.

³² «Philosophie et venté», *Dossiers pédagogiques de la radio-télévision scolaire*, 27 de marzo de 1965, págs. 1-11.

³³ Comunicación de Chaim Katz y Roberto Machado.

les efectuados en entrevistas y otros lugares, se deduce que le resultó una tarea difícil. Pero si *Les mots et Jes dioses* fue difícil de escribir, resultó muy fácil de publicar.

La remisión del largo manuscrito a Gallimard renovó el contacto con Roger Caillois, que había sido uno de los lectores del original de *Histoire de la folie* en 1961. Hubo un intercambio de cartas entre ambos, pero sólo han sobrevivido las de Foucault. De las pruebas fragmentarias con que se cuenta, se puede presumir que Caillois leyó el manuscrito como miembro del *comité de lecture* de Gallimard y que escribió a Foucault sobre él en términos muy positivos. Éste le dio las gracias efusivamente, con un estilo que revela su total maestría en la retórica elegante y cortés que le surge de modo tan natural a la burguesía francesa culta: «Cuando uno envía a una editorial un largo, pesado y denso texto con un sedimento de notas, el miedo al lector le hace sentir terror por adelantado. Pero como la suerte dispuso que el mío cayera en sus manos y que no le disgustara demasiado, tengo la impresión de haber disfrutado el beneficio del lector ideal»³⁴. Caillois sugirió que se publicara un extracto del segundo capítulo en *Diogène/Diogenes*, el periódico publicado en inglés y francés por la UNESCO. Foucault aceptó de buena gana la sugerencia, pero dudó acerca de producir otro «texto corto y general», explicando que el libro le había costado tanta dificultad, que todavía no estaba lo suficientemente distanciado de él. El extracto, pero no «el texto general», apareció a su debido tiempo en inglés y francés, y marco un escalón menor pero significativo en la trayectoria internacional del autor³⁵. Su carrera en lengua inglesa iba tomando forma poco a poco. Susan Sontag fue quien por primera vez hizo llegar su nombre al público estadounidense en 1963, mediante un ensayo sobre Marguerite Duras³⁶. *Madness and Civilization* apareció dos años después. Así pues, «The Prose of the World» fue una adición significativa a la *oeuvre* disponible en inglés, que aumentaba despacio.

Les mots et les choses apareció en abril y de inmediato se convirtió en un *best-seller*. Foucault creía haber escrito un libro que sería leído por unos 2.000 especialistas en historia de las ideas como mucho, y le describía como el más difícil de todos los que había escrito, «el mayor dolor de nalgas»³⁷. Sin embargo, la edición original agotó los 3.000 ejemplares en una

³⁴ «Lettre á Roger Caillois» (25 de mayo de 1966), reproducida en *Cahiers pour un temps. Hommage à R. Caillois*, París, Centre Georges Pompidou, 1981, pág. 228.

³⁵ «La prose du monde», *Diogene*, 53, enero-marzo de 1966, págs. 20-41; «The Prose of the World», trad. de Victor Velen, *Diogenes*, 53, primavera de 1966, págs. 17-37.

³⁶ During, *Foucault and Literature*, pág. 239, que cita a Susan Sontag, *Against Interpretation*.

³⁷ «Du pouvoir», entrevista con Pierre Boncenne (1978), *L'Express*, 13 de julio de 1984, pág. 58.

semana, sin casi haberlo anunciado; los 800 ejemplares de la reimpresión se vendieron sólo en la última semana de julio³⁸. La segunda edición de 5.000 ejemplares se agotó en seis semanas. En agosto, La Hune, librería bien surtida del boulevard Saint-Germain y barómetro fiable de cierto gusto parisiense, informó que el libro se estaba vendiendo «como pan caliente»³⁹. En la primera quincena de agosto, *Les mots et ks choses* ingresó en la lista de *best-selkr* de *L'Express* para libros de su género, que encabezaba *The Crippled Tree*, el primer volumen de la autobiografía de Han Suyin⁴⁰. Para su admiración, Foucault había publicado uno de los títulos más vendidos del año.

Les mots et les choses fue uno de los primeros libros publicados en la nueva serie de Gallimard, La Bibliothèque des Sciences Humaines; otro de los libros que la encabezó fue una traducción de *Masse und Macht* de Elias Canetti. La serie fue bien recibida y pronto se convirtió en una especie de institución intelectual. Su editor general era Pierre Nora, refugiado reciente de Julliard e historiador de profesión. Se iba a convertir en el principal editor de Foucault y, durante largo tiempo, en un estrecho colaborador y amigo. Sin duda, Foucault se benefició de la publicidad que rodeó el lanzamiento de la serie y, a su vez, le prestó su prestigio. Un texto sin firmar aparecido en mayo en *Le Nouvel Ohserveateur*, describe el libro como «uno de los más fascinantes publicados desde hace mucho tiempo»⁴¹. Una semana antes, la misma revista se había referido a su autor, junto con Deleuze y Michel Tort, como uno de «los filósofos de los que habla la gente», cuando informaba de su presencia en la conferencia sobre «Signo y perversión en Sade», dictada por Klossowski ante un auditorio enorme en un foro organizado por *TelQuel* en Saint-Germain-des-Prés⁴².

El título *Les mots et ks choses*, simple en apariencia, tiene una historia curiosa. En muchos de los escritos anteriores de Foucault aparecen referencias a «palabras y cosas», y parecen anticipar el título del libro. No obstante, según recoge Eribon de boca de Pierre Nora, no era el original. En un principio, Foucault pretendió llamarlo *Laprose du monde*, pero era el título propuesto por Merleau-Ponty a un artículo que se encontró en su

³⁸ Sheridan, *The Willto Truth*, pág. 47; Eribon, *Michel Foucault*, pág. 183.

³⁹ «Foucault comme de petits pains», *Le Nouvel Ohserveateur*, 10 de agosto de 1966, página 58.

⁴⁰ «Les succès du mois», *L'Express*, 13 de julio de 1984, pág. 58.

⁴¹ *Le Nouvel Ohserveateur*, 26 de mayo de 1966, pág. 33.

⁴² «Sade mon prochain» (sin firmar), *Le Nouvel Ohserveateur*, 18 de mayo de 1966, pág. 31. Una versión revisada de la conferencia de Klossowski se publicó en *TelQuel*, 28 y luego se reeditó como «Le philosophe-scélérat» en la edición revisada de su *Sade mon prochain*, París, Seuil, 1967. Traducido por Alphonso Lingis como «The Philosopher Villain», en *Sade My Neighbour*, Evanston, Illinois, Northwestern University Press, 1991.

escritorio tras su muerte en 1961 y que finalmente se convirtió en el del volumen de material no publicado editado por Claude Lefort en 1969. Por ello, renuente a ser identificado tan de cerca con Merleau-Ponty, optó por *L'ordre des choses* o *Les mots et les choses* y dejó el otro título para el segundo capítulo. Tras escuchar los consejos de Nora, eligió el título definitivo⁴³. Sin embargo, según Angele Kremer Marietti, «L'ordre des choses» debió abandonarse porque ya existía un libro con ese nombre⁴⁴. La traducción inglesa, que apareció en 1970, se tituló *The Order of Things*, traducción literal de *L'ordre des choses*. Una nota del editor explica: «La traducción literal del título de la edición francesa de esta obra [...] hubiera dado lugar a confusión con otros dos libros ya aparecidos bajo el título *Words and Things*. Así pues, el editor convino con el autor en llamarlo *The Order of Things*, que, en realidad, era el título que en principio prefería el señor Foucault»⁴⁵. Algunos años después, éste confundió las cosas un poco más al decir a dos entrevistadores brasileños: «El título es una traducción de «Words and Things», que fue el gran lema moral, político, científico y religioso de la Inglaterra de comienzos del siglo xviii»⁴⁶. Sería ocioso especular acerca de cuál es la verdadera versión de la historia, así que se nos deja con un ejemplo bastante ameno de indecisión.

El subtítulo —*une archéologie des sciences humaines*— no presenta problemas de traducción, pero también tiene una historia que no carece de ambigüedades. A Dreyfus y Rabinow les contó Foucault que el subtítulo original era «una arqueología del estructuralismo»⁴⁷. *Histoire de la folie* era «la arqueología del silencio» y *Naissance de la clinique* una «arqueología de la mirada médica». Al exponer a Freud en *Maladie mentale et personnalité*, Foucault destacaba que una neurosis es una «arqueología espontánea de la libido»⁴⁸, frase que quizá le hayan sugerido las frecuentes metáforas arqueológicas usadas por el mismo Freud. Sin embargo, la primera vez que Foucault utiliza esta expresión es en su tesis sobre Kant: «¿No nos permitiría la arqueología del texto, si fuera posible, contemplar el nacimiento del *homo criticus*, cuya estructura sería esencialmente diferente de la del hombre que le precedió?»⁴⁹.

Foucault proporciona varias explicaciones del uso que hace del térmi-

⁴³ Eribon, *Michel Foucault*, pág. 182.

⁴⁴ Marietti, *Michel Foucault*, pág. 52.

⁴⁵ *The Order of Things*, pág. viii.

⁴⁶ «Entrevista con Michel Foucault para Sergio Paolo Rouanet e José Guilherme Merquior», *O homem e o dissona: A arqueologia de Michel Foucault*, Río de Janeiro, Tempo Brasileiro, 1971, págs. 17-42.

⁴⁷ Dreyfus y Rabinow, *Michel Foucault*, pág. vii.

⁴⁸ *Maladie mentale et personnalité*, pág. 26.

⁴⁹ «Thèse supplémentaire pour le doctorat es lettres», pág. 4.

no. En una conversación mantenida con Raymond Bellour, define la «arqueología» como «la ciencia del archivo» de un periodo dado⁵⁰, y en entrevistas posteriores aludiría a una posible conexión etimológica entre las dos. No existe tal conexión: «archivo» se deriva de «*arkheion*», que significa residencia de los magistrados, lugar donde se guardan los documentos; «arqueología», de la raíz «*arkheo*», que significa antiguo, primitivo. La pseudoetimología no es más que una travesura por parte de un hombre con un gran afecto por las maravillas etimológicas que se pueden encontrar en las obras de Brisset. Foucault se daba perfecta cuenta de que no existe vínculo etimológico entre ambas palabras, pero argumentaba que «la ley de las palabras, que no coincide con la de los filólogos» autorizaba su uso⁵¹. El elemento de diversión es mucho más evidente en la versión ligeramente distinta dada en otro lugar, donde Foucault sólo se refiere a «los derechos lúdicos de la etimología»⁵².

También proporcionó una explicación mucho más sólida y convincente en el curso de una charla mantenida con el crítico y académico George Steiner, cuando le señaló que el término «arqueología» se deriva de las palabras de Kant sobre el progreso en la metafísica, y rechazó la sugerencia de que tuviera algo que ver con Freud⁵³. Bernauer ha identificado la referencia en cuestión, señalando que se trata del uso que hace Kant del término «*philosophische Archaologie*», que podría definirse como «la investigación de lo que hace necesario una cierta forma de conocimiento»⁵⁴.

Un pasaje del prefacio a la traducción inglesa de *Les mots et les choses* proporciona una de las definiciones más claras de lo que Foucault entiende ahora por arqueología:

Lo que me gustaría hacer [...] es revelar una *inconsciencia positiva* del lenguaje: un nivel que elude la conciencia del científico y que sin embargo es parte del discurso científico, en lugar de disputar su validez y tratar de disminuir su naturaleza científica. Lo que era común a la historia natural, la economía y la gramática del periodo clásico no estaba ciertamente presente en la conciencia del científico; o la parte consciente era superficial, limitada y casi fantástica; [...] pero, aunque lo desconocían, los naturalistas, economistas y gramáticos empleaban las mis-

⁵⁰ Bellour, «Entretien avec Michel Foucault», pág. 139.

⁵¹ *L'archéologie du savoir*, pág. 173.

⁵² «Réponse au Cercle d'Epistémologie», *Cahiers pour l'analyse*, 8, verano de 1968, pág. 19.

⁵³ «Monstrosities in Criticism», *Diacritics*, 1, otoño de 1971, pág. 60.

⁵⁴ Bernauer, *Michel Foucault's Forcé of Flight*, págs. 45, 202. Con una erudición destacable, Bernauer rastrea las referencias a *Welches sind wir Michen Fortschritte, die Metaphysik seit Leibnizens und Wolfi 'zaten in Deutsschland' gemacht hat?* de Kant, en el vol. 20 de la edición de 1942 de *Gesammelte Schriften*.

mas reglas para definir los objetos propios de su estudio, para formar sus conceptos, para construir sus teorías. Estas reglas de formación, que nunca fueron formuladas por derecho propio, pero que sólo pueden encontrarse en teorías, conceptos y objetos de estudio muy diferentes, son las que he tratado de revelar, al aislar, como su lugar específico, un nivel que he llamado, quizá de un modo un tanto arbitrario, arqueológico. Tomando como ejemplo el periodo tratado en este libro, he intentado determinar las bases o el sistema arqueológico común a una serie completa de «representaciones» o «productos» científicos, diseminados por la historia natural, la economía y la filosofía del periodo clásico⁵⁵.

Una arqueología no es una historia de las ideas, un género que ahora Foucault desechaba como teológico. Está ansioso por eludir lecturas retrospectivas que ven en el análisis clásico de la riqueza sólo «la última unidad de una economía política que se está constituyendo de forma tentativa»⁵⁶, lo mismo que estaba ansioso en *Histoire de la folie* por evitar los análisis que permitieran al psiquiatra relajarse en el convencimiento de que entendía los fenómenos verdaderos tras los mitos oscuros contemplados por el médico de locos. A Foucault le interesa la tesis de que «en una cultura y en un momento dado, nunca hay nada más que una *episteme* que define las condiciones de posibilidad de todo conocimiento»⁵⁷.

Además, se contrasta la arqueología con lo que Foucault denomina «doxología». El término hace referencia a diferentes niveles y formas de análisis. Por ejemplo, la doxología estudiaría el pensamiento económico del siglo XVIII juzgando quién era fisiócrata y quién no lo era, analizando los intereses que estaban en juego y contemplando cómo se libraba la lucha por el poder. En contraste, la arqueología pasa por alto a los individuos y sus historias, y define cómo era posible pensar en términos del conocimiento fisiocrático o antifisiocrático⁵⁸. La *episteme* es equivalente al a priori histórico» de *Naissance de la clinique*. En el prólogo a *Les mots et les choses*, Foucault usa la enciclopedia china de Borges y su extravagante sistema clasificatorio para ilustrar «la completa imposibilidad de pensar *eso*»⁵⁹. Es decir, resulta en apariencia casi imposible concebir un sistema de pensamiento que opere con categorías tales como «etcétera» e «innumerable» y no tenga en cuenta las categorías clásicas de la filosofía occidental. En parte, la función de la arqueología es demostrar que no sólo es posible, sino necesario, que tales modos de pensamiento existan y operen.

The Order of Things págs. xi y xii. No se ha publicado en francés.

Les mots et les choses, pág. 177.

Ibid., pág. 179.

Ibid., pág. 214.

Ibid., pág. 7.

Mientras que *Naissance de la clinique* se había centrado en un periodo histórico relativamente corto, *Les mots et les choses* marcó el retorno de Foucault a la amplia visión panorámica de *Histoire de la folie* y a una división similar en Renacimiento, edad clásica y edad moderna. En cierto modo, el libro es una continuación de las obras anteriores y cuenta con extensas partes que son ampliaciones de temas que ya se habían explorado. La ponencia de Royaumont sobre Nietzsche, Freud y Marx esbozaba en términos sucintos la exposición de las teorías renacentistas sobre el signo del capítulo 2 («La prosa del mundo»), y gran parte del análisis de la taxinomia cuasibotánica de la edad clásica es anticipada por partes de *Histoire de la folie* y *Naissance de la clinique*. Quizá el rasgo más novedoso y sorprendente de *Les mots et les choses* sea el gran alcance de una arqueología que deambula por disciplinas tan diversas en apariencia como la filología, la economía y la historia natural. Representa un alarde de erudición aún más espléndido que el de la tesis de 1961, y Foucault no empleó ayudantes de investigación.

El primer capítulo es la celebrada consideración sobre *Las Meninas* de Velázquez, conocidas en francés como *Les Sumantes*, que se encuentra en el Museo del Prado de Madrid. Es un texto muy atrayente, que comienza con una neutralidad descriptiva y llana —«El pintor está ligeramente alejado del cuadro»⁶⁰— y se vuelve más apasionada a medida que la mirada de Foucault se desliza por cada uno de los detalles de la compleja pintura. Al final del capítulo, la pintura de Felipe IV, su esposa, los miembros de su corte y su familia y el mismo Velázquez, se ha convertido en la «representación de la representación clásica y la definición del espacio que ella abre»⁶¹. Las páginas iniciales sobre Velázquez han tentado a muchos lectores a caer en las profundidades de un libro complejo y difícil, y constituyen un *tour de forcé*. Sin embargo, no formaban parte de su esquema original. Una versión ligeramente más corta de «Les Suivantes» apareció por vez primera en forma de ensayo, que publicó el *Mercur de France* en su número de julio-agosto de 1965, y fue la primera exposición que Foucault realizó sobre las artes visuales. La insistencia de Pierre Nora hizo que incluyera una versión revisada de este ensayo en *Les mots et les choses*; desde el punto de vista del autor, era «demasiado literario» para formar parte del libro⁶².

De no ser por la intervención de Nora en su calidad de editor, el primer encuentro del lector con el texto habría sido una exposición bastante menos seductora de las formas de «similitud» que gobernaban el pen-

Les mots et les choses, pág. 19.

Ibid., pág. 31.

Eribon, *Michel Foucault*, pág. 182.

samiento renacentista. Para la *episteme* del siglo xvi, el mundo era un vasto sistema sintáctico en el que los animales se comunicaban con las plantas, la tierra con el mar y los hombres con su entorno, gracias a una serie de similitudes y correspondencias⁶³. De aquí el título del capítulo, «La prosa del mundo». Las cosas llevaban nombres que señalaban su papel en esta prosa: el acónito tenía una afinidad con los ojos, pero esa afinidad habría permanecido desconocida de no ser por la signatura contenida en sus semillas: son pequeños globos oscuros, engarzados en películas blancas, y representan lo que los párpados son para los ojos⁶⁴.

Parecería que este sistema de pensamiento es tan «absolutamente imposible» como la enciclopedia china; no obstante, se hace posible y necesario mediante una estructura del saber ilustrada por «la gran metáfora del libro que se abre, que se deletrea y que lee para comprender la naturaleza»⁶⁵. La metáfora del libro es el anverso del sistema que fuerza al lenguaje a residir en objetos naturales tales como las semillas del acónito. El mismo lenguaje es parte de la gran distribución de similitudes y signaturas y, por ello, debe estudiarse del mismo modo. De aquí la búsqueda etimológica de las propiedades secretas de palabras, letras o sílabas. De aquí la acumulación de conocimiento en forma de listas de palabras y los compendios que asombraron al gran naturalista Georges Buffon (1707-1788) al enunciar bajo el mismo encabezamiento precisas descripciones de serpientes, relatos mitológicos de las propiedades que se les suponían y leyendas sobre los usos que se les daba en la magia. Foucault cita el desprecio de Buffon por la *Historia serpentum et draconum* —«Todo eso es leyenda, no descripción»— y luego comenta: «De hecho, para Aldovani y sus contemporáneos, todo eso era *legenda*, cosas para leerse»⁶⁶. Aldovani no era más crédulo que Buffon, ni le interesaba menos la precisión de sus observaciones: «Simplemente, su mirada no se hallaba ligada a las cosas por el mismo sistema, ni por la misma disposición de la *episteme*»⁶⁷.

Como en *Histoire de la folie*, la narración que se ofrece del Renacimiento es poco más que un prólogo al tema principal. En la introducción, Foucault habla de las dos grandes discontinuidades que marcan la cultura occidental: la que inaugura la edad clásica y la que inaugura nuestra modernidad a comienzos del siglo xrx⁶⁸, pero le interesan principalmente las edades clásica y moderna. El Renacimiento es el telón de fondo sobre el que destaca la edad clásica. No obstante, aunque resulta conocido

⁶³ *Les mots a les choses*, pág. 19.

⁶⁴ *Iba.*, pág. 42.

⁶⁵ *Ibid.*, pág. 50.

⁶⁶ *Ibid.*, pág. 55.

⁶⁷ *Ibid.*

⁶⁸ *Ibid.*, pág. 13.

para los lectores de sus libros anteriores, no todo el mundo reconoce el Renacimiento de Foucault. Al escribir una reseña sobre la *Archéologie du savoir* en 1969, Brice Parain, que supuestamente rechazó *Histoire de la folie* en su calidad de lector para Gallimard, recordaba que su primera reacción ante *Les mots et les choses* había sido: «Dios mío, es precioso». Su entusiasmo cedió pronto el lugar al desasosiego. Éste no era el Renacimiento que reconocía: «Había gente que no conocía: Grégoire, Porlu, Aldrovandi, Campanella, Crollius, Cardan, incluso Paracelso, pero no estaba Bodin, ni Galileo, ni Gutemberg, ni Rabelais, ni Agrippa d'Aubigné, un poco de Montaigne [...], pero principalmente para decimos que desconfiáramos de él, y no se mencionaban los descubrimientos tecnológicos o la arquitectura». Probablemente Parain hablaba en nombre de muchos⁶⁹.

El colapso de la *episteme* renacentista se señala por la aparición de Don Quijote, que ya había sido una importante figura menor en *Histoire de la folie*. «Largo grafismo flaco como una letra, acaba de escapar directamente del bostezo de los libros. Todo su ser no es otra cosa que lenguaje, texto, hojas impresas, historia ya transcrita»⁷⁰. La vida de Don Quijote es una búsqueda de similitud en la que todo se convierte en un signo de los libros que ha devorado, pero todos los signos y similitudes le desilusionan y engañan: «Don Quijote esboza lo negativo del mundo renacentista; la escritura ha dejado de ser la prosa del mundo; semejanzas y signos han roto su vieja alianza; las similitudes engañan, llevan hacia la visión y el delirio; las cosas permanecen obstinadamente en su identidad irónica: no son más que lo que son»⁷¹. La antigua relación existente entre palabras y cosas se ha quebrado y ahora creer en la semejanza es una forma de sinrazón. La edad clásica inaugurada por las andanzas del Caballero de la Triste Figura se estructurará mediante nuevos modos de representar, hablar, clasificar y cambiar.

Para describir la *episteme* de la edad clásica de modo esquemático, se puede afirmar que se encuentra gobernada por un sistema que articula *mathesis* (una ciencia del orden general y matemática), *taxinomia* (una clasificación que opera en un plano más empírico) y génesis⁷². Sus figuras de pensamiento se investigan mediante el análisis de los cuatro modos identificados por Foucault en los capítulos sobre representar, hablar, clasificar y cambiar. No resulta conveniente emprender aquí una lectura del texto completo, ya que es fácil encontrar en otros lugares cuenta detalla-

⁶⁹ Brice Parain, «Michel Foucault: *L'archéologie du savoir*», *Nouvelle Revue Française*, noviembre de 1969, págs. 726, 727.

⁷⁰ *Les mots et les choses*, pág. 60.

⁷¹ *Ibid.*, pág. 61.

⁷² *Ibid.*, pág. 89.

da⁷³. Por lo tanto, sólo se abordará un breve examen del capítulo dedicado al hablar para resumir las principales inquietudes y los métodos de Foucault.

Mientras que el Renacimiento se detuvo ante el hecho en bruto de la existencia de un lenguaje en sentido físico, en el conocimiento de la edad clásica, el lenguaje existe en el plano de un tipo diferente de representación: en forma de signos verbales y discurso. De este modo, el análisis o la crítica se convierten en el examen *de figuras*, o tipos de discurso y su valor expresivo, y de los *tropos*, o las diferentes relaciones que existen entre las palabras y el mismo contenido representativo⁷⁴. Por último, el análisis se basa en la convicción fundamental de que, «en la medida en que el lenguaje puede representar todas las representaciones, es con pleno derecho el elemento de lo universal. Debe haber un lenguaje, posible cuando menos, que recoja la totalidad del mundo en sus palabras y, a la inversa, el mundo, como totalidad de lo representable, debe ser capaz de convertirse, en su conjunto, en una enciclopedia»⁷⁵.

Esta enciclopedia no es el «Emporio Celestial» de Borges, sino la gran empresa de Diderot y sus colaboradores. Y una de sus homologas es la *Grammaire générale et raisonnée*, publicada por los lógicos y maestros de Port-Royal en 1660, que Foucault prologó en 1969⁷⁶. Gramática general no significa gramática comparativa; su objetivo central es la función representativa básica de la lengua, el modo en que articula el pensamiento. «La gramática general definirá el sistema de identidades y diferencias [...], establecerá la *taxinomia* de cada lengua, esto es, lo que fundamente, en cada una de ellas, la posibilidad de sostener un discurso»⁷⁷. Dado que la lengua no es un simple sistema de representación, sino uno que siempre está duplicado, la gramática también debe estudiar «el modo en que las palabras designan lo que dicen, primero en su valor primitivo (teoría del origen y de la raíz), luego en su capacidad permanente de deslizamiento, extensión y reorganización (teoría del espacio retórico y de la derivación)»⁷⁸.

La experiencia clásica sobre la lengua, de Thomas Hobbes a los *Idéologues*, o de Nicolás de Malebranche, Étienne Condillac y David Hume, se centra en una gramática que es a la vez «ciencia y precepto, el estudio

⁷³ Véase en particular el estudio de Gutting, págs. 139-216.

⁷⁴ *Les mots et les choses*, págs. 94 y 95.

⁷⁵ *Ibid.*, pág. 100.

⁷⁶ Prólogo a Antoine Arnaud y Pierre Nicollet, *Grammaire générale et raisonnée*, París, Pautlet, 1969, págs. iii-xxvii. Una versión anterior se publicó en *Langages*, 7, septiembre de 1967, págs. 7-15.

⁷⁷ *Les mots et les choses*, pág. 106.

⁷⁸ *Ibid.*, pág. 107.

de las palabras y una regla para formarlas, usarlas y darles nueva forma en su función representativa». Y como la medicina del anatomista patológico, está obsesionada por un mito: «La gran utopía de un lenguaje perfectamente transparente en el que las cosas mismas se nombrarían sin confusiones, ya sea mediante un sistema totalmente arbitrario, pero reflexionado con toda exactitud, o mediante un lenguaje tan natural que traduciría el pensamiento como el rostro cuando expresa una pasión»⁷⁹. La tarea fundamental del lenguaje es asignar nombres a las cosas y, al hacerlo, nombrar su mismo ser.

El aspecto taxonómico de la gramática general es el que proporciona el vínculo más evidente con los otros aspectos de la *episteme* clásica. Para el historiador natural del siglo XVII, su disciplina es «el espacio abierto en la representación por un análisis que anticipa la posibilidad de nombrar; la posibilidad de contemplar lo que uno dirá [...]. En el saber clásico, sólo se adquiriría conocimiento sobre los individuos empíricos en el cuadro ordenado y universal de todas las diferencias posibles»⁸⁰. El análisis de la riqueza también obedece a la misma configuración general: «El papel del dinero, como el de las palabras, es designar, pero oscila constantemente en su eje vertical: las variaciones de precio son para el establecimiento inicial de la relación entre metal y riqueza, lo que los desplazamientos retóricos son para el valor primitivo de los signos verbales»⁸¹.

Si la *episteme* clásica puede ser descrita de forma positiva en referencia a su lógica interna, también puede ser descrita en términos negativos: «En la época clásica, no existía la vida ni la ciencia de la vida; ni tampoco la filología. Pero sí una historia natural y una gramática general. Asimismo, tampoco existía una economía política porque, en el orden del saber, la producción no existe»⁸². Este cuadro negativo de la edad clásica esboza, como un bajorrelieve, la configuración de la era moderna y el surgimiento de importantes disciplinas, que proporcionarán los fundamentos de las ciencias humanas: economía, biología y filología. Todo ello implica la fractura de la representación y la aparición de una dimensión histórica que contrasta mucho con el espacio ideal y eterno del cuadro.

De modo muy esquemático, la consideración clásica de la riqueza como una representación da paso, con Adam Smith, David Ricardo y Marx, al concepto de valor como producto, como resultado de un proceso productivo que implica una dimensión temporal. A Ricardo, en par-

⁷⁹ *Oid.*, pág. 133.

⁸⁰ *Ibid.*, págs. 142, 157.

⁸¹ *Iba.*, pág. 215.

⁸² *Iba.*, pág. 177.

ticular, se le atribuye el mérito de haber dissociado la formación y la representación del valor y, de este modo, haber hecho posible la articulación de la economía y la historia⁸³. Es significativo que Foucault no establezca una gran distinción entre los economistas políticos y Marx: las controversias entre ellos no son más que olas en un estanque⁸⁴.

Georges Cuvier ocasiona un cambio epistémico similar en las ciencias protobiológicas. Ya no se puede entender la estructura de los órganos en términos de una tabulación taxonómica, sino por su función. La misma vida ya no es una distinción incierta entre animado e inanimado, sino el elemento en el que «todas las diferencias posibles entre las criaturas vivientes tiene su fundamento»⁸⁵. La aparición del vitalismo de Cuvier marca la transición de una noción de la vida taxonómica a una sintética, y es una de las condiciones para que sea posible la biología.

Mientras tanto, el lenguaje pierde su transparencia y el papel soberano que tenía en el pensamiento clásico. Gracias a la obra de Jakob Grimm y Franz Bopp sobre filología y familias lingüísticas, la lengua se convierte en un objeto como cualquier otro para analizarse o estudiarse del mismo modo que las criaturas vivientes, la riqueza y el valor o la historia de los acontecimientos y de los hombres. Se habían establecido las bases de las ciencias humanas: psicología, sociología, economía, análisis literario. Y del mismo modo, las bases para su destrucción y trascendencia.

Les mots etks choses contiene una visión apocalíptica: la *episteme* moderna que emerge hacia finales del siglo xviii estaba ligada a la disolución del reino del discurso y al establecimiento del hombre como sujeto y objeto del conocimiento. Su posible defunción se señala ahora por los cambios que pueden observarse en especial en el dominio del lenguaje y, en cierto sentido, marca una vuelta al Renacimiento. La diferencia consiste en que ya no hay ninguna palabra primigenia que haga posible y limite el movimiento del discurso, simplemente un lenguaje que «va a crecer sin un punto de partida, sin término y sin promesa»⁸⁶. La literatura moderna que Foucault ha estado analizando durante los últimos años es una venganza de la lengua contra el filólogo alemán Bopp: «Separa la lengua de la gramática y la devuelve al poder desnudo del habla, y allí se encuentra con el ser salvaje e imperioso de las palabras»⁸⁷. Y a esto corresponde el cuestionamiento del pensamiento moderno sobre «la relación entre el sig-

ibid., pág. 268.

Ibid., pág. 274.

Ibid., pág. 281.

Ibid., pág. 59.

Ibid., pág. 313.

niñeado, la forma de la verdad y la forma del ser: en el cielo de nuestra reflexión reina un discurso —quizá un discurso inaccesible— que puede ser una combinación de ontología y semántica. El estructuralismo no es un método nuevo; es la conciencia despierta y preocupada del saber moderno»⁸⁸, la comprensión de que, lejos de ser un medio transparente de comunicación, el lenguaje es una fuerza material con un ser propio.

Les mots et les choses concluye con una imagen que permanece en la mente de la mayoría de los lectores y tiñe de modo inevitable todos los debates sobre el libro: «El hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología de nuestro pensamiento. Y quizás también su próximo fin [...] podría apostarse a que el hombre se borraría, como en los límites del mar un rostro pintado en la arena»⁸⁹. La imagen es poética, desoladora y emotiva, pero no es nueva. La imagen de una línea de espuma sobre una playa aparece una y otra vez en los escritos de Foucault sobre literatura y la experiencia de los límites. Tampoco es la primera vez que ha hablado de la muerte inminente del hombre. En 1964, escribió:

Lo que no tardará en morir, lo que ya se está muriendo entre nosotros (y cuya misma muerte sostiene nuestro lenguaje actual) es el *homo dialecticus*, el ser de la partida, el retorno y el tiempo, el animal que pierde su verdad y encuentra una nueva e iluminada, el extraño para sí mismo que se vuelve alguien más conocido. Este hombre era el sujeto soberano de todos los discursos que se pronunciaron sobre el hombre y, en particular, sobre el hombre alienado, durante muchísimo tiempo. Y, por fortuna, se está muriendo bajo su parloteo⁹⁰.

El hombre que muy pronto se encontrará muerto es el sujeto hegeliano⁹¹; Foucault celebra el ocaso de un ídolo particular. La ironía es que el primer filósofo que proclamó la muerte del hombre en Francia fue, por supuesto, el hegeliano Alexandre Kojève.

Foucault concedió tres entrevistas importantes a la prensa literaria por el tiempo de su publicación⁹². Esto le permitió explicar el libro a un público bastante general y responder por anticipado a algunas de las críticas inevitables. También se sumaron al mar de fondo creciente de la publicidad. Todos sus interlocutores fueron distinguidos. Raymond Bellour consideraba la entrevista o conversación una forma literaria por derecho pro-

⁸⁸ *Oíd.*, págs. 220 y 221.

⁸⁹ *Les mots et les choses*, pág. 398.

⁹⁰ «La folie, l'absence d'oeuvre», pág. 13.

⁹¹ La misma interpretación aparece en Judith P. Butler, *Figures of Desire*, pág. 175.

⁹² Véase también la pequeña entrevista con Marie-Geneviève Foy, «Qu'est-ce qu'un philosophe?», *Connaissance des arts*, 22, otoño de 1966.

pió y había escrito extensamente sobre cine y sobre Henri Michaux. Sus entrevistas con Lévi-Strauss, Barthes, Christian Metz, Jean Laplanche y J. B. Pontalis, junto con la de Foucault, están recogidas en *Le livre des nutres* y proporcionan un valioso cuadro de la faceta pública de la vida intelectual francesa de 1966 a 1971. Madelaine Chapsal era una crítica inteligente y sensitiva, lo mismo que Claude Bonnefoy.

Foucault describe *Histoire de la folie* como la historia de la diferencia, y a su nuevo libro como la historia de la semejanza, de la identidad⁹³. Su estudio sobre la transición de la edad clásica al siglo xix le había conducido a un descubrimiento sorprendente: «El hombre no existía en el conocimiento clásico. Lo que existía en el lugar donde descubrimos al hombre era el poder del discurso, del orden verbal, para representar el orden de las cosas»⁹⁴. En mayo, un mes después de su publicación, Foucault describió su formación intelectual a Chapsal, que iba a reseñar su libro para *EExpress* de un modo que parecía una rebelión contra el dominio de Sartre y su generación. Mientras que la generación de Sartre se había preocupado sobre todo por la «significación», a la suya le interesaba principalmente la noción de «sistema»; la ruptura entre las dos generaciones se señaló por la obra de Lévi-Strauss y Lacan. Declaraciones como éstas fueron las que llevaron a percibir a Foucault como estructuralista. Esta percepción se conserva en una famosa caricatura de Maurice Henri, que retrata un *déjeneur sur l'herbe* estructuralista⁹⁵. Foucault, Lacan, Lévi-Strauss y Barthes están sentados sobre el césped, todos llevan camisetas de hierba —y, en el caso de Lacan, pajarita— y Foucault está arengando a los otros. La leyenda dice que la única razón por la que no aparece Althusser es que nadie de fuera de la ENS sabía cuál era su aspecto.

La relación de Foucault con el estructuralismo fue mucho más tenue de lo que sugiere esta famosa iconografía, y la unidad de la supuesta escuela estructuralista parece ahora mucho más frágil de lo que debió parecer en 1966. Para utilizar los puntos de referencia obvios, Foucault no buscaba, como Lévi-Strauss, las «estructuras elementales» del parentesco, cuyos principios son tan innatos que sus operaciones proporcionan el equivalente de una filosofía del espíritu, y no exploraba, como Lacan (cuya lealtad al estructuralismo distaba mucho de ser pura), las obras y formaciones de un inconsciente universal «estructurado como un lenguaje». El modelo proporcionado por la lingüística saussureana y postsaussureana, con su énfasis sobre la sistematicidad de la *langue* (el fenómeno social de un sistema diferencial de signos verbales, opuesto a *Xa parole* o ha-

⁹³ Chapsal, «Entretien avec Michel Foucault», pág. 137.

⁹⁴ *MI*, pág. 141.

⁹⁵ *La Quinzaine Littéraire*, 1-15 de julio de 1967, pág. 19.

bla; ese fenómeno individual de lengua-uso) nunca fue capital para Foucault. La revisión de *Naissance de la clinique* para la segunda edición de 1972 conllevó la supresión de mucha terminología estructuralista, como en el reemplazo de la frase «un análisis estructural del significante» por «un análisis de los discursos»⁹⁶, pero fue muy poco para alterar el contenido conceptual global del libro, y también conllevó la supresión de un hegelianismo residual heredado de Hyppolite. La iconografía de 1966 confunde en cierto sentido, pero no deja de capturar la unidad negativa de una alianza de teóricos en rebelión contra la trivialidad de las formas de humanismo contemporáneas y los encantos evanescentes de la fenomenología existencialista.

En la entrevista con Chapsal, Foucault comenzó a sugerir por primera vez que podría haber una dimensión explícitamente política para su obra:

Nuestra tarea por el momento es liberarnos totalmente del humanismo y, en ese sentido, nuestra obra es política. Salvar al hombre, redescubrir el elemento humano en el hombre, y así sucesivamente... ése es el objetivo de todas estas empresas verbosas, a la vez teóricas y prácticas, para reconciliar, por ejemplo, Marx y Teilhard de Chardin [...]. Nuestra tarea es liberarnos por completo del humanismo y, en este sentido, es una tarea política, porque todos los regímenes, Oriente y Occidente, contrabandean en bienes falsos bajo la bandera del humanismo [...]. Debemos denunciar todas estas mixtificaciones lo mismo que, dentro del PCF, Althusser y sus valientes camaradas luchan contra el «chardino-marxismo».

El «chardino-marxismo» hacía referencia a los intentos de Garaudy y en particular de Jacques Monod por sintetizar el marxismo humanista y la cristiandad, ciencia y fe, gracias a una teoría sobre la cosmogénesis. En 1967, la lucha contra el chardino-marxismo iba a ser uno de los principales temas del curso de conferencias de Althusser sobre la «filosofía espontánea» de los científicos⁹⁷.

Cuando Chapsal sugirió que la lógica y la matemática a la que parecía referirse podían resultar abstractas para muchos, Foucault exclamó enfadado: «¿Abstractas? Le contestaré lo siguiente: ¡el humanismo es lo que es abstracto! Todos esos gritos del corazón, todas esas demandas en favor de la persona humana, de la existencia, son abstractos; quiero decir que

⁹⁶ *Naissance de la clinique*, pág. viii (1963), pág. xii (1972); para notas sobre las revisiones, véase el apéndice 2 en Bernauer, *Michel Foucault's Forcé of Flight*.

⁹⁷ Louis Althusser, «Philosophy and the Spontaneous Philosophy of the Scientists», trad. por Warren Montag en el volumen del mismo título.

están divorciados del mundo científico y técnico, y ése es nuestro mundo real»⁹⁸.

En la entrevista con Bonnefoy defiende puntos similares, aunque en términos ligeramente menos violentos. Foucault también efectuó ciertos comentarios ásperos sobre Sartre, cuya *Critique* había dado por terminado un episodio de nuestra historia que comenzó con Hegel: «la *Critica de la razón dialéctica* es un magnífico y patético intento de un hombre del siglo XIX de pensar sobre el siglo XX. En ese sentido, Sartre es el último hegeliano e incluso diría el último marxista»⁹⁹. Deliberadamente o no, se había preparado el terreno para una violenta polémica. Foucault se había declarado, en oposición a Sartre, hostil al marxismo del PCF y favorable a Althusser.

Su *best-seller* se iba a convertir en una fuente de controversia. Aparecieron siete reseñas en los diarios y semanarios durante la última semana de mayo y los primeros diez días de junio. Para ese periodo, era prácticamente la máxima exposición en los medios de comunicación que se podía alcanzar y los resultados fueron impresionantes; cada vez que una reseña mencionaba el elevado número de ventas, éste aumentaba. De improviso, *Les mots et les choses* se convirtió en la lectura del verano. Sin embargo, no fue el *best-seller* más inesperado de la temporada; las revistas caras también recomendaban los *Ecrits* de Lacan como lectura de vacaciones. Sólo se puede especular sobre la posible discrepancia entre el número vendido de ambos títulos y el de los ejemplares que se leyeron realmente. Un sardónico Michel de Certeau captura bien el ambiente del momento: «La obra, aunque larga y difícil, se cuenta entre esos signos externos de cultura que el ojo entrenado debe hallar expuestos en toda biblioteca privada, junto a los libros de arte. ¿Lo has leído? La posición social e intelectual depende de la respuesta»¹⁰⁰.

Gracias a *Historia de la folie*, Foucault había escapado hacía mucho del gueto académico, pero la recepción dada a *Les mots et les choses* era algo nuevo. Su libro previo había sido reseñado en publicaciones intelectuales mensuales como *Esprit* y *Critique*; *Les mots et les choses* había sido extensamente discutido en revistas de amplia circulación como *Le Nouvel Observateur* y *L'Express*. De las dos, la primera era la más intelectual. Durante toda la década siguiente y después, muchos académicos e intelectuales, incluido Foucault, escribirían para ella y se convertiría en un conducto importante para la diseminación de cierta cultura. *L'Express* era una publicación bastante diferente. Aunque en un tiempo había sido un órgano

«Entrenen», *La Quinzaine Littéraire*, 16 de mayo de 1966, págs. 14 y 15.

«L'homme est-il mort?», *Arts etbisirs*, 38, 15 de junio de 1966, pág. 8.

De Certeau, «The Black Sun of Language: Foucault», en *Heterohgks*, pág. 171.

importante de oposición a la guerra de Argelia, cada vez se parecía más al *Newsweek* estadounidense. Se dirigía en particular a los lectores de la clase media profesional cada vez más acomodada, o a la legendaria *jame cadre dynamique*. El lector medio de *Le Nouvel Observateur* probablemente era un estudiante titulado, un profesor universitario o un miembro de las profesiones liberales, de izquierdas pero críticos con el PCF. Muchos de los hipotéticos «dos mil especialistas» de Foucault habrían leído *Le Nouvel Observateur*; probablemente pocos de ellos leerían *L'Express* de modo regular. Foucault llegaba ahora a un público muy diferente y se había convertido sin pretenderlo en un bien cultural. Desde 1966, su vida fue mucho más pública. Cuando André Bretón murió a finales de septiembre, a un periodista le pareció bastante natural acercarse a él para pedirle unos comentarios¹⁰¹. Esto no habría sucedido en 1961.

Los principales personajes de la novela de Simone de Beauvoir *Les belles images* (1966), un arquitecto y una mujer que trabaja en publicidad, probablemente no resultan atípicos en el nuevo público de Foucault, obsesionados como están por adquirir bienes y preocupados con la «imagen» hasta excluir cualquier otra cosa. Ellos y sus amigos leían los mismos periódicos, que los convencieron con facilidad de que «la idea del hombre ha de revisarse y probablemente desaparecerá; era una invención del siglo XX y ahora está anticuada»¹⁰². Consta que la misma De Beauvoir dijo que la sátira se dirige no sólo contra los esnobs intelectuales que se encuentran entre los lectores de Foucault, sino contra éste mismo. Según su opinión, el *nouveau roman*, *TelQuelj* en especial Foucault, «proporcionan a la conciencia burguesa su mejor coartada. Suprimen la historia, la praxis, es decir, el compromiso, y suprimen al hombre»¹⁰³. Foucault leía *Le Monde* con regularidad y es difícil que no viera estas declaraciones que vituperaban su obra.

No todas las respuestas iniciales fueron tan hostiles. A comienzos de junio, Foucault recibió una carta del surrealista belga Rene Magritte, mucha de cuya obra puede interpretarse como una meditación profunda sobre la relación entre palabras y cosas. Magritte estaba impresionado por su libro, y su carta consistía en una disquisición breve y bastante enigmática sobre el «parecido» y la «similitud». Según Magritte, la similitud era una propiedad de las cosas, y el parecido una propiedad del pensamiento, que «se parece al ser lo que ve, entiende o conoce». El pensamiento

¹⁰¹ «C'était un nageur entre deux mots», *Arts etloisirs*, 54, 5-11 de octubre de 1966, páginas 8 y 9.

¹⁰² Simone de Beauvoir, *Les belles images*, París, Folio, 1976, pág. 94. [Trad. esp.: *Las bellas imágenes*, Barcelona, Edhasa, 1991.]

¹⁰³ «Simone de Beauvoir présente *Les belles images*», entrevista con Jacqueline Piatier, *Le Monde*, 23 de diciembre, 1966, pág. 1.

era tan invisible como el placer o el dolor, pero la pintura introducía una dificultad: «Es una cosa como el pensamiento, que ve y que puede ser descrita visualmente. *Las Meninas* es la imagen visible del pensamiento invisible de Velázquez. Así pues, ¿puede lo invisible a veces ser visible, puesto que el pensamiento consiste exclusivamente en figuras visibles?» Magritte adjuntaba a su carta reproducciones de «cuadros que pinté sin preocuparme de hacer una investigación original en la pintura». Incluían *Esto no es una pipa*, con una leyenda escrita en el dorso: «El título no contradice el dibujo; lo enuncia de modo diferente.»

Foucault le contestó pronto, pidiéndole alguna información sobre *Perspectiva-El balcón de Manet* (1950). La pintura es una variante sobre el lienzo del Louvre que muestra a los pintores Berthe Morisot y Antoine Guillemet, y a la violinista Fanny Klaus en un balcón, con Léon Koëlla al fondo. En la versión de Magritte, las figuras se han reemplazado por ataúdes. Foucault pensó que había cierto paralelismo con Roussel, pero quería saber por qué se habían introducido los ataúdes¹⁰⁴. Al pintor le gustó la sugerencia de que su obra tuviera algo en común con Roussel, pero su respuesta distó mucho de ser ilustrativa: «Pregunta lo que ya contiene: lo que me hizo ver ataúdes donde Manet vio figuras blancas es la imagen que muestra mi pintura, a la que el decorado de *El balcón* proporcionó un lugar adecuado para ataúdes.» Concluía expresando la esperanza de poder conocerlo cuando visitara París a finales de año, durante su exposición en la galería Iolas. Foucault no estaba en París en esas fechas y el intercambio de cartas no prosiguió: Rene Magritte murió en septiembre de 1967. La correspondencia con el artista, por otra parte, llevó a Foucault a escribir un ensayo titulado «Ceci n'est pas une pipe» que, en versión ligeramente revisada y explicada, se volvió a publicar en un elegante librito ilustrado en 1973¹⁰⁵.

Aunque fueron las publicaciones mensuales que aparecieron en la primavera del año siguiente las que dieron lugar a la controversia real sobre *Les mots et les choses*, las reseñas iniciales proporcionaron un atisbo de lo que estaba por llegar. El libro obtuvo una reseña favorable de Jean Lacroix en *Le Monde*. Éste fue uno de los pocos que señalaron el filon kantiano en la exploración efectuada por Foucault de «las condiciones internas de la posibilidad» que permiten que la historia del pensamiento sea articulada por éste¹⁰⁶. Para Francois Châtelet, no había duda: «El análisis

¹⁰⁴ Carta del 4 de junio de 1966 a Magritte, en André Blavier (ed.), *Rene Magritte, Ecrits complets*, París, Flammarion, 1972, pág. 521.

¹⁰⁵ El ensayo apareció en *Cahiers du ehemin*, 2, enero de 1968, págs. 79-105; *Ceci n'est pas une pipe*, Montpellier, Fata Morgana, 1973, 1986. Las dos cartas de Magritte se reproducen en las págs. 83-90. [Trad. esp.: *Esto no es unapipa*, Barcelona, Anagrama, 1993.]

¹⁰⁶ Jean Lacroix, «Fin de l'humanisme?», *Le Monde*, 9 de junio de 1966.

teórico dará a las ciencias humanas la reflexión que tanta falta les hace. El rigor, la originalidad y la inspiración de Foucault son tales, que la lectura de su libro proporciona una perspectiva radicalmente nueva sobre el pasado de la cultura occidental y una concepción más lúcida de su confusión presente»¹⁰⁷. Deleuze manifestó un entusiasmo similar; los análisis de Foucault eran tan magistrales y su tono tan nuevo, que el lector se daba cuenta inmediata de que el libro representaba un «nuevo modo de pensamiento». Sin duda, Foucault estaba «fundamentando las ciencias humanas», pero los cimientos que proporcionaba eran «venenosos» y habían sido destruidos por su arqueología¹⁰⁸. En *L'Express*, más popular, Madeleine Chapsal anunció, de modo bastante más descarado, «el advenimiento de la mayor revolución desde el existencialismo»¹⁰⁹. En *Le Figaro Littéraire*, Robert Kanters fue algo más escéptico sobre un libro que encontraba «curioso [...] rico y difícil». Para Foucault, escribió, el «orden clásico» era el enemigo y el «hombre», una hipótesis sin utilidad. El libro era un llamamiento para «quemar a Descartes»¹¹⁰. El veterano novelista católico François Mauriac se quejó, no sin cierta justificación, de que toda esta discusión sobre la muerte de la conciencia pronto haría que su viejo enemigo Sartre pareciera un hermano¹¹¹. Jacques Brosse, mientras tanto, situó firmemente *Les mots et les choses* en el contexto del estructuralismo inspirado por la lingüística¹¹², y un sardónico Jean-Marie Domenach se preguntó cómo los «devotos de los sistemas» podían apelar contra el sistema presente en nombre de una «sociedad liberada»¹¹³.

Sin embargo, Domenach se tomó el libro muy en serio. En diciembre, cuando *Esprit* organizó una conferencia sobre el estructuralismo, *Les mots et les choses* se incluyó en el programa. Los temas principales de la polémica que se suscitaba ya estaban esbozados en verano. Foucault representaba algo nuevo y revolucionario, y formaba parte del bando estructuralista. Parecía el heredero de la rivalidad con Sartre.

La primera publicación mensual de prestigio que examinó el libro fue *Les Temps Modernes*. De forma poco habitual, se dedicaron a Foucault dos

¹⁰⁷ François Châtelet, «L'homme, ce narcissisme incertain», *La Quinzaine Littéraire*, 1 de abril de 1966, pág. 19.

¹⁰⁸ Gilles Deleuze, «L'homme, une existence douteuse», *Le Nouvel Observateur*, 1 de junio de 1966.

¹⁰⁹ Madeleine Chapsal, «La plus grande révolution depuis l'existentialisme», *L'Express*, 23-29 de mayo de 1966, pág. 121.

¹¹⁰ Robert Kanters, *Le Figaro Littéraire*, 23 de junio de 1966, pág. 5.

¹¹¹ François Mauriac, «Bloc notes», *Le Figaro*, 15 de septiembre de 1966.

¹¹² Jacques Brosse, «L'étude du langage v-a-t-elle libérer un homme nouveau?», *Arts et loisirs*, 35, 25-31 de mayo de 1966.

¹¹³ Jean-Marie Domenach, «Une nouvelle passion», *Esprit*, 7-8 de julio-agosto de 1966, págs. 77 y 78.

artículos y un total de cuarenta y ocho páginas en el número de enero de 1967. Ambos eran negativos y estaban muy influidos por los comentarios efectuados por Sartre en una entrevista con Bernard Pingaud en octubre de 1966. Ésta se centraba en su opinión sobre el estructuralismo, pero cuando se le preguntó si veía una inspiración común en la actitud de la generación más joven hacia él, identificó

Al menos una tendencia dominante, ya que el fenómeno no es general: el rechazo de la historia. Resulta típico el modo en que el último libro de Michel Foucault se ha convertido en un *best-seller* [...]. El éxito de este libro es una prueba suficiente de que había algo que la gente estaba esperando. Ahora, el conocimiento verdadero y original nunca es algo que la gente espere. Foucault da a la gente lo que necesita: una síntesis ecléctica en la que Robbe-Grillet, el estructuralismo, la lingüística y *TelQuel* se usan uno tras otro para demostrar la imposibilidad de la reflexión histórica.

La perspectiva de Foucault era histórica sólo en la medida en que distinguía entre «antes» y «después»: «Reemplaza el cine por la linterna mágica, el movimiento por una sucesión de estatismos.» En una nota a pie de página en *L'archéologie du savoir*, Foucault replicó sardónico a este punto y señaló que un *tableau* es una «serie de series» y «no una pequeña imagen fija colocada ante una linterna, en el mejor de los casos para desilusionar a los niños que, dada su edad, prefieren, como es natural, la vivacidad del cine»¹¹⁴. Sartre continuó declarando que el objetivo principal de aquél no era la historia en sí, sino el marxismo: pretendía «construir una nueva ideología, el último baluarte que la burguesía puede erigir contra Marx»¹¹⁵. Esta entrevista obtuvo una amplia divulgación, que aumentó considerablemente cuando se publicaron extractos de ella en el número de la segunda quincena de octubre de *La Quinzaine Littéraire*.

Sin duda, esta entrevista es una de las fuentes principales de los comentarios de De Beauvoir en *Le Monde*. También, la de muchas de las apreciaciones efectuadas por Sylvie Le Bon, hija adoptiva de De Beauvoir, en el artículo que dedicó al «positivismo desesperado» de Foucault¹¹⁶. Comienza así:

¿Cómo se puede suprimir la historia? Michel Foucault propone una solución desesperada a este problema imposible: no pensar sobre ella. La excluye del conocimiento, si no de lo real. Éste es el propósito

¹¹⁴ *L'archéologie du savoir*, pág. 19n.

¹¹⁵ «Jean-Paul Sartre répond», *L'Arc*, 30 de octubre de 1966, págs. 87 y 88.

¹¹⁶ Sylvie Le Bon, «Un positiviste désespéré», *Les Temps Modernes*, 248, enero de 1967, págs. 1.299-1.319.

de su libro *Les mots et les choses* y, para alcanzarlo, el autor está dispuesto a sacrificar casi todo. Sacrificar a sus predecesores, la honestidad e incluso su objeto de estudio es fácil. Foucault va aún más lejos y prefiere exponer su libro a la muerte por falta de entendimiento que abandonar su postulado positivista¹¹⁷.

Para Le Bon, es positivista porque su arqueología no se ocupa de explicar «una progresión, una evolución o, en pocas palabras, una historia»; simplemente proporciona una descripción de tres etapas, con el análisis de tres *a priori* históricos, que dan razón, de forma adecuada, de la profusión de saberes aparentemente anárquicos¹¹⁸. El *a priori* histórico de Foucault no es más que un «artificio retrospectivo» diseñado para «transformar la evolución histórica de las ideas y del conocimiento en una juxtaposición de necesidades atemporales». Su intento de descubrir *a priori* es comparable a los intentos de un «etnógrafo tirano» de aplicar sus categorías sociales a una sociedad extranjera¹¹⁹. Al igual que Sartre, Le Bon sostiene que el libro constituye un ataque contra el marxismo y que su autor no ha aprendido la lección que enseñan las páginas iniciales de la *Crítica de la razón dialéctica*: las «escuelas de pensamiento» que declaran haber trascendido el marxismo son en realidad premarxistas. El segundo artículo de *Les Temps Modernes*, escrito por Michel Amiot, era bastante más mesurado, pero las conclusiones eran igualmente negativas. Aunque elogió la erudición de Foucault, veía en él una «inestable mezcla de Spengler y Heidegger», y concluía que su filosofía no era más que «una variedad del escepticismo historicista»¹²⁰.

El coro de desaprobación orquestado por Sartre iba a ampliarse pronto con los representantes del PCF, que también introdujeron algunas variaciones por su cuenta. Para Jacques Milhau, que escribió en *Cahiers du Communisme*, «los prejuicios contra la historia» de Foucault se sostenían sólo porque se apoyaban en «una ideología neonitzscheana que, lo supiera o no, sirve demasiado bien para los propósitos de una clase interesada en enmascarar los caminos objetivos del futuro»¹²¹. Jeannette Colomel, profesora de filosofía de Lyon y miembro del Partido desde hacía muchos años, sostuvo que, mientras su relativismo era sano en ciertos aspectos, su «catastrofismo» podía ser un consuelo tanto para el

¹¹⁷ *Ibid.*, pág. 1.299.

¹¹⁸ *Ibid.*, págs. 1.303 y 1.304.

¹¹⁹ *Ibid.*, pág. 1.313.

¹²⁰ Michel Amiot, «Le relativisme culturaliste de Michel Foucault», *Les Temps Modernes*, 248, enero de 1967, págs. 1.295 y 1.296. Maurice Corvez hace esta misma asociación, «Le structuralisme de Michel Foucault», *Revue Thomiste*, vol. 68, 1968, pág. 11.

¹²¹ Citado en Eribon, *Michel Foucault*, pág. 190.

intellectuel de gauche que está desilusionado, impaciente y ansiosa, en algunos casos sin haberse comprometido siquiera, como para los tecnócratas que creen sólo en las virtudes del sistema [...]. Utiliza las ciencias humanas para demostrar la naturaleza ilusoria de todas las empresas: todo lo que podemos hacer es aceptar el sistema: desesperación lúcida, risa lúcida. Made in USA [en inglés en el original]¹²².

Señalando, bastante acertadamente, que el análisis de Foucault no mencionaba las contradicciones existentes entre las fuerzas y las relaciones de producción o la lucha de clases, concluía que su obra daba cuerpo a una «ideología de la desesperación». La tarea real era analizar las contradicciones como paso preliminar para cambiar el mundo y «aplantar el sistema»¹²³.

Los dos reseñistas del PCF usaban un lenguaje en clave. Los «camino objetivos» de Milhau conducían sin duda a la victoria final del Partido. Colombel escribía desde una perspectiva que asociaba el estructuralismo con la tecnocracia y el gaullismo o el americanismo, y transformaba a sabiendas el interés que despertaban en Foucault los sistemas de pensamiento en apoyo al sistema económico capitalista. Por último, sus críticas eran una perogrullada: Foucault no apoyaba al PCF y su pecado cardinal había sido declarar, en una frase que se hizo famosa: «El marxismo existe en el pensamiento del siglo XX como el pez existe en el agua; es decir, deja de respirar en cualquier otro lugar»¹²⁴.

El argumento de la tecnocracia volvió a aparecer en otro lugar de forma aún más curiosa, cuando se acusó a Foucault de tratar de emular a De Gaulle al urdir una «especie de 13 de mayo intelectual o apocalipsis tras el cual las antiguas ciencias humanas serán reemplazadas por la etnografía de los subcontratados de Lévi-Strauss, los retruécanos de la cuadrilla lacaniana y el "concepto" de "desgarramiento" definido por el señor Martin Heidegger», y de haber elaborado una teoría que era tecnocrática porque «aplicaba los métodos de la tecnocracia y le suministraba la ideología explícita que le faltaba»¹²⁵. Sin duda, el libro de Foucault representaba una amenaza para la razón y su hermana gemela, la democracia¹²⁶.

¹²² Jeannette Colombel, «Les mots de Foucault et les choses», *La Nouvelle Critique*, mayo de 1967, pág. 8.

¹²³ *Ibid.*, pág. 13.

¹²⁴ *Les mots et les choses*, pág. 274.

¹²⁵ Olivier Revault d'Allonnes, «Michel Foucault: Les mots contre les choses», en *Structuralisme et marxisme*, París, 10/18, 1970, págs. 26 y 34; publicado originalmente en *Raison présente*, 2, 1967.

¹²⁶ *Ibid.*, pág. 37.

El mismo argumento apareció de forma más moderada en *Esprit*, donde Pierre Burgelin explica el éxito de Foucault del modo siguiente:

Ya no sabemos lo que significa decir la verdad. De aquí surge el poder anónimo que utilizan quienes declaran saber conducimos a donde nos lleva un destino inevitable: a la civilización científica y técnica con unas condiciones de vida semejantes a las de una fábrica, al hombre que ha de adaptarse a ellas [...]. Porque si el hombre desaparece, arrasado por la muerte de Dios, lo único que queda es el destino¹²⁷.

Jean Marie Domenach escribió en el mismo número y expresó una opinión algo más caritativa, al sostener que el estructuralismo podía ayudar a hacer una «buena limpieza de concepciones» y apreciar que *Les mots et les choses* contenía una visión trágica genuina¹²⁸.

Foucault había logrado provocar la hostilidad de una gran coalición de humanistas sartreanos, marxistas y católicos. Casi había conseguido la proeza de reconciliar a Sartre y al hombre que una vez despreciara con las palabras: «Dios no es artista; el señor Mauriac, tampoco»¹²⁹. Pasaría algún tiempo hasta que se hiciera patente que contaba con aliados en la izquierda e incluso en el PCF. Por el momento, su principal adalid era Canguilhem. Su defensa fue la labor de un hombre irritado, cuya cólera produjo una propuesta irónica y molesta: los críticos de Foucault debían constituir una «Liga de los Derechos del Hombre para que fuera el sujeto y el objeto de la filosofía, con el lema: "Humanistas de todos los partidos, unios"»¹³⁰. Foucault había causado escándalo:

Porque hoy día la historia es una especie de campo mágico en el que, para muchos filósofos, la existencia se identifica con el discurso y los actores de la historia con los actores de las historias, aunque estén llenos de aprioris ideológicos. Y por eso se denuncia un programa que pretende destruir el discurso histórico como si fuera un manifiesto para subvertir el curso de la historia. La subversión de un progresismo sólo puede ser un proyecto conservador. Y por eso nuestra estructura es neocapitalista¹³¹.

Aquí, Canguilhem parodia una frase de *Le médecin malgré lui* de Mo-

¹²⁷ Pierre Burgelin, «L'archéologie du savoir», *Esprit*, mayo de 1967, págs. 859 y 860.

¹²⁸ Jean-Marie Domenach, «Le système et la personne», *ibid.*, págs. 776 y 777.

¹²⁹ Jean-Paul Sartre, «M. Francois Mauriac et la liberté» (1939), en *Situations I*, París, Gallimard, 1947, pág. 57.

¹³⁰ Georges Canguilhem, «Mort de l'homme ou épuisement du cogito?», *Critique*, 242, julio de 1967, pág. 599.

¹³¹ *Ibid.*, pág. 608.

lière (1666), tan famosa que se ha convertido en dicho: «Et voilà pour-quoi votre fille est muette» (y por eso su hija es muda). La tesis de Molière es que una muchacha que ha crecido en silencio no tendrá nada que decir; la de Canguilhem, que los críticos de Foucault están tan ciegos por su creencia en la naturaleza progresiva de la historia, que les resulta inevitable percibir sus críticas como una apología al neocapitalismo. Concluye su defensa con un razonamiento en que combina argumentos epistemológicos y *ad hominem* para lograr un efecto brutal. Unos veinte años antes, Cavaillès había esbozado una crítica a la fenomenología y había hecho hincapié en la necesidad de una filosofía del concepto. El autoproclamado spinozismo que los alemanes imputaban a los actos de resistencia había impugnado por anticipado las teorías existencialistas sobre la historia y «los argumentos de quienes trataban de desacreditar lo que denominaban estructuralismo, condenándolo, entre otros delitos menores, por generar pasividad ante *xmfait accompli*»¹³².

Canguilhem nunca ha destacado por su tono moderado y resulta evidente que se están saldando aquí algunas viejas cuentas, porque mientras que Cavaillès combatió y murió, Sartre y los teóricos del compromiso no lo hicieron. Sus comentarios también reviven la distinción entre filosofías de la conciencia y filosofías del concepto, y sitúa la obra de Foucault con firmeza entre las últimas. Quizá sin darse cuenta, estaba preparando el campo para el surgimiento de una alianza ente éste y los representantes de una nueva generación. Por el momento, Foucault no replicó a sus críticos.

Una de las consecuencias que trajo consigo el éxito obtenido en los medios de comunicación por *Les mots et les choses*, fue una invitación para dar conferencias en Hungría, probablemente en virtud del eco que obtuvo en *Les Lettres Françaises*. Foucault afirma que fue en 1967, mientras que Deferí cree que fue en 1966. La única prueba documental no es concluyente: se trata de una tarjeta postal con un matasellos tan borroso que resulta ilegible¹³³. El viaje le llevó a los salones de conferencias de la universidad, pero cuando hizo saber a las autoridades que pretendía hablar sobre el estructuralismo, se le informó que tendría que hacerlo ante una pequeña reunión de especialistas en el despacho del rector. Cuando, en privado, sacó a colación el tema al estudiante que le hacía de intérprete, éste le dijo que había tres temas que no podían discutirse en la universidad: el nazismo, el régimen de Horthy y el estructuralismo¹³⁴. Al analizarlo una vez pasado el tiempo, empezó a darse cuenta de que existía una

Ibid., pág. 617.
Entrevista con Daniel Defert.
CoUoqui con Foucault, pág. 51.

conexión ente la prohibición de discutir sobre el estructuralismo en Budapest y la recepción hostil otorgada a las obras estructuralistas y a *Les mots et les dioses* por *Les Temps Modernes* y el PCE Aunque sin duda el asunto era mucho más serio en los países del bloque del Este, el objetivo era el mismo: la supresión de una cultura no marxista que emergía en la izquierda¹³⁵.

La única otra fuente de información sobre la experiencia de Foucault en Hungría es Daniel Deferí. Parece que rehusó la oportunidad de conocer a Georg Luckács (un privilegio concedido a todos los filósofos visitantes), en cuya obra no estaba interesado, y este hecho mejoró mucho la opinión que sobre él se formó su intérprete. Quizá también existiera una razón más íntima para aceptar la invitación húngara, pues Defert sugiere que Foucault estaba ávido por ver los Manet del Museo de Bellas Artes de Budapest. Si está en lo cierto, se trataría de un lavado preliminar para la versión litográfica de *La Barricada* y un dibujo en tela de *La ejecución del emperador Maximiliano*TM. Foucault pudo haber rastreado su paradero mediante algún libro de consulta y quizá también estuviera al tanto de la conferencia internacional dedicada a las pinturas sobre la ejecución que se mantuvo en Budapest en 1965.

Sus comentarios sobre Hungría destacan algunas contradicciones inquietantes. En su entrevista con Chapsal, se quejó con amargura de lo que denominó «narcisismo monóglota de los franceses» y de su ignorancia premeditada de evoluciones tales como el formalismo ruso o la nueva crítica anglo-estadounidense. Éste era fomentado por el sistema de educación secundaria, que no enseñaba «las disciplinas básicas que nos permitirían comprender lo que pasa en nuestro país y en especial lo que está pasando fuera [...]. Nuestro sistema de educación data del siglo xix y en él seguimos viendo el reino de la psicología más insulsa, el humanismo más trasnochado y categorías de gusto, del corazón humano»¹³⁷.

Los comentarios reflejan su participación en la tarea de la Comisión Fouchet en 1965-1966. Creada por Fouchet como ministro de Educación, se reunió por vez primera en enero de 1965 y trató de la situación de la educación secundaria y superior. La presencia de Foucault se explica por el cargo que ocupaba Jean Knapp como consejero del ministro; había coincidido con Foucault en la ENS y durante el tiempo que fue consejero cultural de la Embajada Francesa en Copenhague, le había invitado a dictar una conferencia allí. Ahora había sugerido que formara parte de la

¹³⁵ *Ibid.*, pág. 50.

¹³⁶ Anne Coffin Hanson, *Manet and the Modern Tradition*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1979, pág. 119.

¹³⁷ Chapsal, «Entretien avec Michel Foucault», pág. 15.

comisión. Foucault sostuvo con firmeza que la educación secundaria se concentrase en disciplinas básicas y no en temas que eran sólo un anticipo del programa de estudios universitario, y también lanzó serias dudas sobre el papel de la *agrégation*, que describió como un test de la «viveza intelectual», más que como una preparación para la investigación. El sistema doctoral también necesitaba revisión; en las circunstancias presentes, la «tesis principal» requería tal esfuerzo, que a menudo dejaba a su autor exhausto para el resto de su vida¹³⁸.

Sin duda, era esencial una reforma educativa. La política tradicional de carecer de selectividad, lo que significaba que cualquiera que poseyera un *bac* tenía derecho a entrar en la universidad, había llevado a una escalada del número de estudiantes y a un cruel proceso de selección *defacto*, mediante la eliminación durante los exámenes de primer y segundo año. La apertura de una nueva facultad en Nanterre en octubre de 1965 había servido de poco para aliviar la situación. Christian Fouchet era denostado por estudiantes y catedráticos, y había sido declarado *persona non grata* por los militantes de la Sorbona en 1963. Para la mayoría de los estudiantes, la mejora de la reglamentación que regía la *agrégation* y el doctorado no tenía significado alguno; querían tener más aulas y menos lecciones magistrales ante cientos de asistentes. Los comentarios de Foucault decían más acerca de su propio entorno de élite que sobre las preocupaciones estudiantiles del momento.

En marzo de 1966, los planes de reforma de Fouchet se recibieron con la convocatoria de una huelga de tres días por parte de SNESup, el principal sindicato de catedráticos. En septiembre, un oscuro grupo que se autodenominaba «situacionistas» publicó un panfleto en Estrasburgo. Se titulaba *Sobre la pobreza estudiantil, considerada en su aspecto económico, político, psicológico, sexual y especialmente intelectual, y sobre algunos modos de remediarlo*, y constituyó uno de los presagios de lo que estaba por llegar en 1968¹³⁹.

Aunque *Les mots et les choses* cuenta con un considerable contenido literario en sus últimas páginas, Foucault por entonces escribía mucho menos sobre este tipo de temas y se concentraba cada vez más en asuntos históricos y filosóficos. Una de las mejores expresiones de su interés literario fue, paradójicamente, una de las últimas. Siguió leyendo de todo y escribiendo textos ocasionales sobre temas literarios, pero su pasión por la literatura modernista nunca volvió a alcanzar la cima en la que se situó entre 1962 y 1966.

¹³⁸ Eribon, *Michel Foucault*, pág. 160.

¹³⁹ Para ver su contenido e importancia, consúltese Sadie Plant, *The Most Radical Gesture: The Situationist International in a Postmodern Age*, Londres, Routledge, 1992, págs. 94-96.

Resulta apropiado que su último artículo importante de este periodo estuviera dedicado a Maurice Blanchot. Apareció en el número de junio de 1966 de *Critique*, dedicado a su homenaje¹⁴⁰. Reaparecen muchos de los temas de sus primeros artículos de modo mucho más concentrado, pero también hay cierto cambio de acento. Mientras vuelve a ocuparse de las formas de pensamiento que son reducibles a filosofía, su percepción de lo moderno es ahora algo diferente. La auíorreferencialidad y la reflexividad sólo definen lo moderno en los términos más superficiales. Lo que está en juego en literatura se contempla ahora como una transición a un «exterior»:

El lenguaje se escapa del modo de ser del discurso, esto es, de la dinastía de la representación, y el mundo literario se desarrolla desde él mismo, formando una red en la que cada punto, distinto de los otros y distante hasta de sus vecinos más próximos, se sitúa en relación con cualquier otro punto en un espacio que los separa y une al mismo tiempo [...]. El «sujeto» de la literatura (lo que habla y de lo que se habla en ella) es menos lenguaje en su sentido absoluto, que el vacío en que encuentra su espacio cuando se enuncia en la desnudez del «Yo hablo»¹⁴¹.

El «Yo hablo» está desnudo por su aislamiento, porque no es una comunicación dirigida a otros, sino más bien una expresión en la que hablante («yo») y habla («yo hablo») son inseparables y autosuficientes. Dentro de este espacio, Sade permite hablar a la «desnudez del deseo», tan no comunicativa como el «yo hablo» de Blanchot, y Hölderlin anuncia «la ausencia rielante de los dioses»¹⁴². Mallarmé, Artaud, Bataille y Klossowski, todos lo habitan. Y uno de los mejores representantes de este «pensamiento de lo exterior» es Blanchot, «no escondido por sus textos, sino ausente de su existencia y ausente mediante la maravillosa fuerza de su existencia, es [...] ese mismo pensamiento, la presencia real, absolutamente distante, centelleante, invisible, el destino necesario, la ley inevitable, el vigor calmado, infinito y medido de ese pensamiento»¹⁴³.

Dos mitos obsesionan la obra de ficción y de crítica de Blanchot: el de las sirenas y el de Eurídice. Las sirenas entonan sus cantos mortales de encantamiento desde un lugar al que nunca se puede llegar: «Sólo la promesa de un canto futuro corre por su melodía»¹⁴⁴. Eurídice es invisible y

¹⁴⁰ «La pensée du dehors», *Critique*, 229, junio de 1966, págs. 523-546. En 1986 el artículo se reeditó en forma de libro por Fata Morgana, Montpellier; las referencias son a esa edición.

¹⁴¹ «La pensée du dehors», págs. 12 y 13.

¹⁴² *Ibid.*, pág. 17.

¹⁴³ *Ibid.*, pág. 19.

¹⁴⁴ *Ibid.*, pág. 41.

ofrece sólo la promesa de vislumbrar un rostro. Por supuesto, ambas son representaciones de la muerte. La lengua y el pensamiento del exterior implica un encuentro con la muerte; escribir es una transgresión contra los límites impuestos por la muerte.

Foucault nunca ofreció una explicación por haber abandonado sus preocupaciones literarias y críticas. O, mejor dicho, ofreció una explicación que no explica nada. En una entrevista publicada por primera vez en 1977 como prefacio a la antología italiana *Microfisica del potere*, habló con acritud de «toda esa teorización implacable sobre la escritura que contemplamos en los años sesenta» y la describió como un «canto de cisne»:

El escritor luchaba por retener sus privilegios políticos; pero el mismo hecho de que fuera precisamente una teoría, que necesitara garantías científicas aportadas por la lingüística, la semiología y la psicología, que la teoría tomara sus referencias de Saussure o Chomsky, etc., que diera lugar a obras literarias mediocres, todo ello lleva a mostrar que la actividad del escritor ha dejado de estar en el centro de las cosas¹⁴⁵.

Si mencionara su participación directa en esta teorización implacable, podría considerarse una lúcida autocrítica, pero no lo hace. Así pues, sus comentarios se convierten en otra ilustración del modo en que un Foucault puede esconder a otro. Antes de que pudiera emerger el nuevo Foucault politizado, el Foucault literario hubo de experimentar una metamorfosis.

¹⁴⁵ «Venté et pouvoir», *L'Arc*, 70, 1977; *La crise dans la tête*, pág. 23.

8

El sur

En 1965, la frustración de Foucault con Clermont-Ferrand era ya tal, que buscaba activamente una alternativa y este hecho no era un secreto. La solución ideal pareció presentarse sola cuando el sociólogo Georges Gurvitch le comunicó que estaba dispuesto a apoyar su candidatura para un puesto que había quedado vacante en la Sorbona. Estuvo muy tentado a presentarse, pero no lo hizo. Canguilhem, cuyo talento incluía el dominio absoluto de la política universitaria, le había prevenido de que era muy probable que cualquier candidato apoyado por Gurvitch fuera rechazado por una gran alianza de sociólogos, filósofos y psicólogos. Tampoco estaba seguro de que, incluso sin asociarse a aquél, fuera recibido con los brazos abiertos por el departamento de filosofía de la Sorbona, más bien conservador¹.

A finales de verano y comienzos de otoño, Foucault se escapó de Francia. Se fue a Brasil, en parte a visitar a Gérard Lebrun, un amigo y estudiante por algún tiempo de la ENS, que ahora era profesor allí, y en parte a dictar unas conferencias en la Universidad de Sao Paulo. Aunque el viaje de dos meses fue agradable, las conferencias —basadas en *Les mots et les choses* a punto de aparecer— no tuvieron mucho éxito y no atrajeron un gran público. Era bastante desconocido en Brasil, donde no apareció *Maladie mentôle* en portugués, como *Denga mentôle psicología*, hasta 1969². A pesar de ello, le gustó el país y el estilo de vida relajado y sensual que

¹ Entrevista con Georges Canguilhem.

² Comunicación de Chaim Katz y Roberto Machado.

ofrecía, y en algún momento pensó en asentarse allí. Efectuaría otras cuatro visitas en los años setenta.

Mientras tanto, continuó buscando un escape de Clermont-Ferrand y, según Eribon, incluso contempló por breve tiempo la idea de presentarse a una cátedra en el Congo (ahora Zaire), pero Jean Sirineli, jefe del servicio lingüístico del Quai d'Orsay, le aconsejó firmemente que no lo hiciera³. Es un misterio qué se pudo imaginar haciendo en Kinshasa. Le llegó una alternativa bastante menos exótica cuando Barthes (según Eribon⁴) o Jean Wahl (según Defert) le comunicó que había un puesto disponible en Túnez. Se había creado en su origen para Wahl, a quien había invitado Gérard Deladelle, especialista en filosofía anglosajona y director del departamento de filosofía de la universidad. Sin embargo, Wahl no se sentía a gusto alejado de su familia y dejó Túnez pronto. Desde el punto de vista administrativo, Foucault formaría parte de la universidad de Túnez, pero su salario sería pagado por el gobierno francés, según el tratado de cooperación, y supondría el doble del que recibía en Francia⁵. El contrato era por tres años. Los contactos que había mantenido en el servicio diplomático-cultural desde su vuelta al país le aseguraron que no tuviera dificultades para solucionar su partida de Clermont-Ferrand; no hubo objeciones por parte del decano, que había querido evitar su marcha a Japón.

Como sigue diciendo Daniel Defert, hubo algo enigmático en la partida de Foucault hacia Túnez, en septiembre de 1966. Su relación era estable y feliz, pero, según su pareja, es posible que Foucault pensara que esta ausencia temporal daría a Defert más espacio para su propia obra. Quizá fuera una indicación de su conciencia sobre el peligro de que estuviera eclipsando a su joven compañero o una aceptación tácita de que no siempre es fácil vivir con alguien que de pronto se ha vuelto una estrella del mundo intelectual. La decisión de dejar París durante tres años quizá también estuviera motivada por un deseo de evitar la atención de los medios de comunicación. Aunque le gustaba la publicidad que recibía, también le parecía irritante. Por ejemplo, en un artículo periodístico de abril de 1968, Jean Daniel informa de la «exasperación» que sentía Foucault por el hecho de que «arqueología» fuera una palabra de moda en labios de cualquiera⁶. Su reducción a cliché cultural era una afrenta a su sentido de la seriedad intelectual.

Ya sabía los placeres que podía proporcionar el norte de África. Ha-

³ Eribon, *Michel Foucault*, pág. 169.

⁴ *Ibid.*, pág. 199.

⁵ Entrevista con Daniel Defert.

⁶ Jean Daniel, *Labksure*, París, Grasset, 1992, pág. 183.

bía pasado vacaciones en Marruecos y conocía Túnez por las visitas que había hecho para ver a Defert cuando enseñaba en Sfax. El clima le atraía, así como la oportunidad de bañarse con regularidad en el mar. La cocina era buena y el hachís, que usaba alguna vez, era fácil de conseguir. Además había parejas sexuales; los gays de Francia sabían desde hacía mucho que el norte de África era un agradable destino para las vacaciones. La única explicación proporcionada por Foucault acerca de su partida de Clermont-Ferrand surgió en una entrevista con el diario *Presse de Tunis*, que le describía con un traje beige bien cortado, un pequeño portafolios negro y la apariencia de un «joven funcionario civil con un brillante futuro por delante». Foucault esbozaba brevemente su biografía: «Tras haber permanecido en la universidad francesa el tiempo suficiente para hacer lo que tenía que hacerse y ser lo que se tenía que ser, vagué por el extranjero y eso otorgó a mi mirada miope un sentido de la distancia y quizá me haya permitido reestablecer una perspectiva mejor sobre las cosas.» Proseguía diciendo con cierta autoburla que le habían atraído a Túnez todos los mitos que los europeos proyectan sobre el país: «El sol, el mar, la gran calidez de África. En resumen, vine a buscar una Tebas sin ascetismo»⁷.

Túnez demostró no ser un equivalente actual de la legendaria tierra de Tebas, donde los ermitaños llevaban una vida solitaria y contemplativa. En la de Foucault había contemplación, pero también era muy social. Por ejemplo, le enseñó mucho acerca de los árabes y el homoerotismo de su sociedad. Cuando, años más tarde, una amiga se quejó en su presencia de su actitud chovinista hacia las mujeres, respondió en términos líricos y enfurecidos:

Viven entre hombres. Son hombres y son hechos por los hombres, con el deslumbramiento efímero, la recompensa breve de las mujeres. Se ha logrado rechazar, romper ese lazo fundamental que fue, durante mucho tiempo, la base del ejército español: grupos de diez hombres que nunca se abandonaban. Esas células de hermanos, sin duda, se basaban en una mezcla sutil de amistad y sensualidad. Y la sexualidad (tan constantemente negada o rechazada) también tenía su papel que representar⁸.

No vivía en el mismo Túnez, sino en Sidi Bou Saïd, un pueblo a unos cuantos kilómetros. Fue levantado por los bajas que gobernaron Túnez en nombre del Imperio Otomano desde 1547 hasta 1881, cuando el país

⁷ Gérard Fellous, «Michel Foucault: "La philosophie 'estructuraliste' permet de diagnostiquer ce qu'est aujourd'hui"», *La Presse de Tunis*, 12 de abril de 1967, pág. 3.

⁸ Citado en Mauriac, *Mauriac et fils*, pág. 235.

pasó a convertirse en un protectorado francés. Situado en las colinas, desde allí se divisaba el mar y era un hermoso lugar con callejuelas estrechas y empedradas que serpenteaban entre las construcciones de un blanco brillante y puertas tachonadas azules. Se había convertido en una especie de atracción turística, pues desde los años cincuenta era el centro de una colonia artística e intelectual, formada en su mayoría por franceses expatriados. Así pues, aceptar un puesto en Túnez no significaba el exilio intelectual o social para Foucault, aunque tuviera que tolerar algunas de las inconveniencias de vivir en un país en desarrollo: algunas veces, por ejemplo, el banco local no tenía disponible el dinero suficiente para pagarle el salario que se le debía. Deferí era una visita frecuente, y Foucault permanecía en contacto con amigos como Klossowski que, de modo ocasional —y para su gran regocijo—, recibía paquetes de higos secos y dátiles por correo⁹.

Su participación en *Critique* continuó mientras estuvo fuera y también su trabajo en el proyecto sobre Nietzsche con Deleuze. Seguía leyendo *Le Monde* todos los días. Además, volvió a Francia con cierta frecuencia. En marzo de 1966, por ejemplo, fue a París a dictar una de sus conferencias más interesantes de este periodo a un grupo de arquitectos. El tema era el espacio. Foucault se resistió a publicar su conferencia por entonces, pero después cedió y se mostró de acuerdo, poco antes de su muerte, con que su publicación coincidiera con una exposición sobre «Idea, proceso, resultado» en Berlín¹⁰. Aparte de su interés intrínseco, proporciona ciertas pistas de lo que estaba leyendo a comienzos de 1967. Comenzó sosteniendo que, mientras el siglo xix había estado obsesionado por el concepto de la crisis cíclica y le habían atraído las mitologías del segundo principio de la termodinámica, al siglo xx le preocupaban esencialmente las nociones de la organización espacial. Así, el estructuralismo podía considerarse un intento de localizar dentro de una configuración espacial elementos que parecían estar distribuidos a través del tiempo. No era una negación de la historia, sino un modo de manejar tiempo e historia. Luego trazó lo que denominó «historia de la espacialidad» en la experiencia occidental, comenzando con la sustitución efectuada por Galileo de las cosmologías cerradas de la Edad Media por un universo abierto hasta lo infinito. El argumento se halla muy próximo al formulado por Alexandre Koyré en *From the Closed World to the Infinite Universe*¹¹, cuya traducción al francés apareció en 1962.

Tras una breve explicación de las utopías, prosiguió con las «heteroto-

⁹ Entrevista con Denise y Pierre Klossowski.

¹⁰ «Des espaces autres», *Architecture-Mouvement-Continuité*, 5, octubre de 1984.

¹¹ Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1957.

pías», definidas como los «otros espacios» esenciales para los trabajos de cualquier sociedad. Las heterotopías críticas son espacios sagrados o privilegiados, reservados para los individuos en un estado de crisis o transición (adolescentes, mujeres de parto). También puede ser el lugar de los ritos de pasaje, como la desfloración de una recién casada en un hotel donde pasa la luna de miel que, en términos de la vida normal, no está situado «en ninguna parte».

Un segundo tipo de heterotopía se simboliza por el papel y la localización cambiantes del cementerio, lugar próximo a la iglesia hasta el siglo XVIII, pero que poco a poco se desplazó a espacios fuera de la ciudad, donde se convirtió en «la otra ciudad» en la que toda familia tiene su oscura morada. Aunque no se proporcionan fuentes, la historia del cementerio de Foucault se deriva de «Contribution à l'étude du cuite des morts à l'époque contemporaine» de Philippe Aries (1966). O Foucault se hallaba en contacto directo con éste e intercambiaban publicaciones o, lo que parece más probable, era un lector asiduo de la *Revue des travaux de VAcademie des Sciences Morales et Politiques*¹².

Las otras heterotopías iban desde los jardines hasta las ferias ambulantes, desde las colonias jesuítas en Latinoamérica, hasta las saunas escandinavas y las cabañas al estilo del Club Méditerranée que comenzaban a aparecer en la isla tunecina de Djerba y que pudo haber visto cuando viajaba por el sur con Defert. Se estima que en 1968 la mitad de los catedráticos de la Universidad de Túnez eran de nacionalidad francesa¹³ y muchos de ellos residían en Sidi Bou Said. El pueblo se caracterizaba por su cosmopolitismo, que se ha comparado al de la Alejandría de Lawrence Durrell, donde se albergaba una sociedad bohemia de «diplomáticos, falsos espías y vagabundos reales, artistas y aventureros» que vivían entre sus minaretes al estilo turco y los cafés árabes¹⁴. Era una sociedad gobernada por el doble culto a la sensualidad y la amistad, con una provocadora insinuación de decadencia. La única regla cardinal era el tabú de tocar el *kifât* a alguien.

En esta sociedad relajada, Foucault estableció un contacto muy importante. Jean Duvignaud, sociólogo que acababa de abandonar la universidad pero que seguía visitando Túnez con frecuencia, le presentó a Jean Daniel, editor de *Le Nouvel Observateur*¹⁵. A su vez, éste le presentó

¹² El ensayo de Aries apareció en el vol. CIX, 1966; reimpresso en *Essais sur l'histoire de la mort en Occident du Moyen Age a nos jours*, París, Seuil, 1975. La introducción más atractiva a este aspecto de la obra de Aries es *Images of Man and Death*, ricamente ilustrada, trad. de Janet Lloyd, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1985.

¹³ Wilfrid Knapp, *Tunisia*, Londres, Thames and Hudson, 1970, pág. 181.

¹⁴ Daniel, *La bksure* págs. 164 y 165.

¹⁵ Entrevista con Jean Duvignaud; también afirma Monique Bel, *Maurice Clavel*, París, Bayard Editions, 1992, pág. 221, que Daniel y Foucault se conocieron por mediación de Clavel.

a Jacques Berque, el gran arabista francés, y al pintor tunecino Jellal Ben Abdllah¹⁶.

Daniel es un hombre con un gran afecto personal por Túnez y su gente, pero ese afecto está enraizado con sufrimiento. Cuando Túnez consiguió la independencia en 1956, Francia retuvo una importante base naval en Bizerta. El gobierno de Bourguiba ejercía presión con periodicidad en un intento por recobrar el control de Bizerza. Las cosas llegaron a su extremo en julio de 1961, cuando unos grupos de patriotas poco armados asaltaron las instalaciones. Las tropas paracaidistas francesas respondieron abriendo fuego y mataron a cientos. Jean Daniel cubría la crisis para *L'Express* y fue malherido en el muslo. La ayuda médica que recibió en Túnez y la generosidad de sus médicos y enfermeras le hicieron amar el país; escribió que el primer médico que le atendió mostraba «la destreza que sólo puede procurar la verdadera generosidad»¹⁷.

Duvignaud presentó a Daniel a «una especie de samurai frágil y nudoso que era seco e hierático, que tenía cejas de albino y un cierto encanto sulfúrico, y cuya ávida y afable curiosidad intrigaba a todos». Su actitud de «humildad ceremoniosa y cortesía asiática» era, pensaba Daniel, una estratagema efectiva para mantener a los extraños no deseados a distancia¹⁸. El samurai vivía en un bloque de establos transformados que debieron de pertenecer al bajá o gobernador provincial. Las amplias ventanas tenían vistas al mar y daban directamente a la calle. La habitación principal se mantenía fresca y oscura, y al final había una plataforma elevada donde Foucault dormía sobre una estera que podía enrollarse y guardarse durante el día. A Daniel, como a la mayoría de la gente, le impresionó de inmediato la sonrisa que dividía la cara del samurai en dos. Su primera impresión fue que era un hombre desgarrado por las tentaciones del placer y un deseo de resistirse a ellas transformándolas en un ejercicio conceptual ascético¹⁹. La habitación no era sólo un refugio fresco; también era un lugar de estudio donde trabajaba al amanecer. Aquí fue donde le encontró Duvignaud en la Pascua de 1968, rodeado por una horda de niños, leyendo en calma a Feuerbach²⁰. La noticia de que el hombre que comenzaba a trabajar tan temprano por las mañanas era filósofo hizo que surgiera el rumor, esparcido por las ancianas del lugar

¹⁶ Daniel, *La bkssure*, pág. 182. El libro de lectura más accesible en inglés de Berque es *Arab Rebirth: Pain and Ecstasy*, trad. de Quintín Hoare, Londres, Al Saqi Books, 1983.

¹⁷ Daniel, *La bkssure*, pág. 19.

¹⁸ Jean Daniel, «Les flux des souvenirs», *Michel Foucault: Une histoire de la vérité*, pág. 58.

¹⁹ Jean Daniel, «La passion de Michel Foucault», *Le Nouvel Observateur*, 24 de junio de 1984.

²⁰ Entrevista con Jean Duvignaud.

para quienes «filósofo» era sin duda sinónimo de «nigromante», de que tenía una calavera humana en la mesa²¹.

Jean Daniel no fue la única persona a quien deslumbró la sonrisa de Foucault. Catherine von Bülow, que había sido bailarina en el Metropolitan Opera de Nueva York y que ahora trabajaba para Gallimard, fue a Túnez en viaje de negocios con dos compañeros. Mientras caminaban por la playa situada al pie de Sidi Bou Saïd, vieron de repente ante ellos la figura asombrosa de un europeo vestido por entero de blanco. Los compañeros de Von Bülow lo reconocieron de inmediato como Foucault y se lo presentaron. Éste los invitó a tomar té en sus frescas habitaciones y a ella le pareció que la casa en penumbras se iluminaba por una sonrisa llena de belleza y generosidad, por una luz interior que emanaba de Foucault mientras estaba sentado en el suelo preparando el té. Por el momento, fue el único encuentro entre Von Bülow y Foucault; en los años setenta, se convertirían en estrechos aliados políticos²².

Uno de los placeres que proporcionaba la región costera, y al que sin duda Foucault no podía resistirse, era caminar por la playa en Porto Farina, donde las dunas protegen una larga península de arena. Le recordaba las lagunas de la costa de Sirte, descritas en la inquietante novela de Julien Gracq, *Le rivage des Syrtes*, que ganó el Premio Goncourt, y que narra una larga e inconexa guerra entre dos reinos imaginarios a las orillas del mar de Sirte. Foucault la consideraba «una de las más bellas novelas que jamás haya leído»²³. Las ruinas de Cartago, sin restaurar y de una belleza romántica, pero tapadas por un barrio de clase media, también estaban cerca. Cartago, destruida en el año 146 a. de C. por mandato de Catón (*deknda est*), había sido la última ciudad edificada para ser capital de la provincia romana de África. Como a Foucault le gustaba recordar a los visitantes, una vez había sido la cuna de san Agustín de Hipona.

El acceso a Túnez desde Sidi Bou Saïd lo proporcionaba el «TGM», uno de los ferrocarriles para tráfico ligero más agradables del mundo, a pesar de sus incómodos asientos de madera. Va de Túnez a La Goulette, el puerto de la capital, y luego a La Marsa, donde el embajador francés tiene su residencia oficial. Túnez está separado de La Goulette por un lago salobre y maloliente, y el TGM lo cruza por un dique que comparte con la autovía principal. Al principio, Foucault usaba el ferrocarril, pero más tarde adquirió un coche blanco descapotable y hacía el viaje en él. El TGM le depositaba en la estación de la place d'Afrique, al inicio de la avenue Bourguiba, de tres carriles. Desde allí, había un agradable pa-

²¹ Entrevista con Daniel Defert.

²² Entrevista con Catherine von Bülow.

²³ Citado en Daniel, *La blessure*, pág. 184.

seo hasta la medina, con sus zocos y mezquitas, se pasaba por la Biblioteca Nacional, donde Foucault trabajaba a menudo por las tardes, y se llegaba a la universidad, desde donde se divisaba el lago salino de Sejoumi.

Foucault daba clases en un curso de la licenciatura en filosofía que se acababa de establecer, pero también dictaba conferencias públicas los viernes por la tarde, que pronto atrajeron un gran público de *le tout Tunis*. Como conferenciante, su estilo era dramático, como siempre: «Arrogante, seguro de sí mismo y de expresión clara, no se quedaba detrás del atril, sino que caminaba por el estrado de arriba abajo como un joven alférez de navio midiendo el puente bajo su mando»²⁴. Le habían impresionado sus alumnos, por lo que dijo a *Le Presse* que sólo en Brasil y Túnez había encontrado semejante pasión intelectual en los estudiantes, una avidez tan absoluta por el conocimiento. Las clases para la licenciatura versaban principalmente sobre Nietzsche, Descartes y la psicología, pero también impartió un curso de estética, centrado sobre la pintura del *quattrocento* y Manet. El último iba a haber sido el tema de un libro que recibió el título provisional de *Le noir et la surface*, cuyo contrato había firmado con Minuit antes de marcharse a Francia, pero nunca llegó a completarse. También era un orador habitual del Club Tahar Hadad, centro de intercambio cultural árabe-europeo regido por una joven llamada Jellila Hafsia, que más tarde confesó haberse enamorado sin esperanza de él²⁵.

Manet era una de sus inquietudes duraderas y Foucault consideraba que su obra era para la pintura lo que las novelas de Flaubert para la literatura, es decir, el lugar de nacimiento de la modernidad. *Le déjeuner sur l'herbe* y *Olympia* no eran simples precursores del impresionismo, sino unas pinturas que «por vez primera en el arte europeo» exploraban la relación de la pintura consigo misma y con el modo de existencia que adquiriría en el museo. A partir de Manet, cada lienzo formaba parte de «la gran superficie cuadrada de la pintura»²⁶. Estos comentarios ligeramente crípticos son del prólogo escrito en 1964 para la *Tentation de Saint Antoine* de Flaubert, y se puede presumir que se habrían convertido en uno de los temas principales del estudio que no se llegó a escribir. La identificación de elementos de autorreferencia en Manet, por supuesto, se halla en consonancia con sus opiniones sobre el modernismo literario.

Las conferencias de Foucault en la Universidad de Túnez no se dieron con el ánimo de ser publicadas y no hay informes oficiales sobre su contenido. Sin embargo, hay dos publicadas, una en forma fragmentaria

²⁴ M. B. (Marc Beigbeder), «En suivant le cours de Foucault», *Esprit*, junio de 1977, páginas 1.066 y 1.067.

²⁵ Jalila Hafsia, *Visages et rencontres*, Túnez, 1981, pág. 51.

²⁶ «La bibliothèque fantastique», pág. 107.

y otra completa. La primera versa sobre el estructuralismo y el análisis literario, y se dictó en el Club Tahar Hadad el 4 de febrero de 1967²⁷. De hecho, Foucault tenía poco que decir acerca del análisis literario en sentido específico y sus comentarios sobre el estructuralismo fueron muy generales en cuanto a su aplicación. Sostuvo, en términos que anticipaban *L'archéologie du savoir*, que el estructuralismo no era una «filosofía», sino la suma de intentos efectuados para analizar la «masa documental» constituida por todos los signos, huellas y marcas que la humanidad ha dejado tras de sí y con los que continúa rodeándose. Esbozaba dos aproximaciones a esa masa: investigar sus leyes de producción y estudiar los documentos en la medida —y sólo en la medida— en que son documentos. Para describir el último planteamiento, acuñó el neologismo «deixología». En lingüística, «deixis» hace referencia por lo común a una teoría de la enunciación; las categorías o formas deícticas incluyen los pronombres que toman parte en los actos de habla. Foucault utiliza una definición estándar de esas formas en *L'archéologie du savoir*, donde se refiere a ellas como «elementos que designan al sujeto hablante y a su interlocutor [...], los elementos pronominales o partículas de conexión que hacen referencia a oraciones anteriores o posteriores»²⁸. En esta conferencia, sostuvo que el estructuralismo había alcanzado el punto en que debía desaparecer como método, para reconocer que no había hecho más que descubrir un objeto. La transición del estructuralismo a la deixología sería semejante al movimiento de la anatomía patológica a la fisiología.

La segunda conferencia se dictó en una reunión de marzo de 1968 sobre lingüística y ciencias humanas, organizada en la universidad por el Centre d'Études et de Recherches Economiques et Sociales. Expresando dudas sobre las declaraciones del estructuralismo de haber logrado un nuevo umbral de «cientificidad», Foucault explicaba el papel de las tabulaciones del saber del siglo XVIII y los modelos filosóficos posteriores, en términos similares a los empleados en *Les mots et les choses*, y sostenía que la lingüística moderna no ofrecía nuevas posibilidades epistemológicas importantes para el análisis de las producciones del discurso.

Resulta obvio de esas conferencias que Foucault estaba leyendo mucho sobre lingüística y filosofía, y su estudio sobre estos temas tendría un impacto marcado en *L'archéologie*. Parece que la mayor parte de su conocimiento sobre el tema lo adquirió en Túnez y se deriva de los libros que le prestó Gérard Deledalle. Como algo semejante a una nueva partida,

²⁷ Publicado por la Embajada Francesa, *Mission culturelle française information*, 10 de abril-10 de mayo de 1978; se republicaron extractos en *La Presse de Tunis*, 10 de abril de 1987, con motivo de una conferencia de tres días sobre la obra de Foucault.

²⁸ *L'archéologie du savoir*, págs. 127 y 128.

también estaba leyendo a Trotski, Luxemburg y la literatura del *blackpower*, que empezaba a aparecer en Estados Unidos²⁹. El contenido de su contribución a esta reunión muestra que también estaba leyendo a Althusser, cuyos libros *Pour Marx* y *Lire Le Capital* habían aparecido en 1965, con interés considerable, y que consideraba su obra como un intento por descubrir en Marx no una «asignación directa de causalidad» y una lógica de tipo hegeliano, sino «una análisis lógico de lo real»³⁰.

En Túnez, fue donde la política interrumpió por primera vez y de modo brutal sus actividades intelectuales y académicas. Regía el país el partido Destour de Habib Bourghiba, promotor de una ideología estatista que acabó por dar como resultado la fusión clásica de partido y Estado, y el surgimiento de un sistema claramente antidemocrático, dominado por los ejecutivos técnicos del extenso funcionariado civil. La universidad se convirtió en un foco de oposición a la política del gobierno, cuando el Sindicato Nacional de Estudiantes comenzó a tratar —sin éxito— de afirmar su independencia del Destour³¹. Poco después de la llegada de Foucault a Túnez, se comenzó una huelga, en diciembre de 1966. El motivo inicial era trivial —la negativa de un estudiante a pagar su billete de autobús—, pero pronto llevó a una conmoción generalizada y a detenciones, cuando la policía se desplazó al campus universitario. También condujo a que cierta parte de la comunidad académica francesa violara los términos de sus contratos, ya que la segunda cláusula de los mismos prohibía cualquier actividad política o interferencia en los asuntos internos de Túnez.

Los relatos sobre el grado de participación de Foucault son muy variados. Según Defert, expresó su solidaridad con los estudiantes desde el comienzo y, como consecuencia, se politizó enseguida. Georges Lapassade, etnopsicólogo homosexual ostentoso que había reemplazado a Duvignaud como catedrático de sociología en 1965, y que también vivía en Sidi Bou Saïd, cuenta una historia muy diferente, pero quizá no sea el más fiable de los narradores³². Según Lapassade, Foucault convino en no dar clases, pero rompió su promesa y se le vio dando una conferencia a su habitual público *mondain*; no hubo estudiantes presentes. Luego La-

²⁹ Entrevista con Daniel Defert.

³⁰ «Linguistique et sciences sociales», *Revue Tunisienne des Sciences Sociales*, 19, diciembre de 1969, pág. 251.

³¹ Samir Amin, *The Maghreb in the Modern World*, trad. de Michael Perl, Harmondsworth, Penguin, 1970, págs. 198-210.

³² Lo que más le interesaba a Lapassade en este momento eran las formas tradicionales de psicodrama tipificadas por los estados de trance inducidos mediante el *macumba* y el *candomblé* de América Latina y el *stambuli* del norte de África. Véase *Essai sur la transe*, París, Éditions Universitaires, 1976.

passade declara que se le acusó de haber interrumpido la conferencia de Foucault y se le informó de que sería deportado por haber violado su contrato³³. Dos cosas son ciertas. Foucault y Lapassade se pelearon agriamente y el último acusó al primero de no haber protestado lo suficientemente alto cuando fue deportado. Y la participación política de Foucault se hizo más seria.

El corolario de la pelea llegó en 1975. Los dos coincidieron por casualidad fuera de la casa de Lapassade en la He de la Cité. Sin avisar, Foucault le abofeteó en la cara. El asombrado etnopsicólogo devolvió el golpe y pidió una explicación. Un personaje llamado «Machin-chose» (Cómo Se Llama) que aparecía en una novela de Lapassade³⁴ había estimulado la cólera de Foucault. Machin-chose (fácilmente identificable como un Foucault novelado) había denunciado a un personaje reconocible como el autor de «Bourbigras» (Bourguiba) y había hecho que fuera deportado³⁵. Es difícil determinar la precisión de la narración de Lapassade; lo que resulta obvio es que está teñida por la envidia.

Mientras tanto, continuaba en París lo que Francois Châtelet describió como «una guerra teórica a pequeña escala» contra Foucault³⁶. Para entonces, había encontrado un nuevo defensor. Maurice Clavel, licenciado por la ENS, hombre de teatro y novelista, era el crítico de televisión de *Le Nouvel Observateur*. Su carrera había sido tormentosa. En 1952, había sido suspendido de empleo y sueldo en su puesto docente por el mismísimo Canguilhem, que se quedó pasmado por el caos que encontró reinando en su clase y horrorizado al saber que un profesor de filosofía pudiera considerar adecuado ausentarse de su trabajo en virtud de sus intereses teatrales³⁷. Monárquico en su juventud, Clavel había desempeñado un papel vital en la liberación de Chartes en 1944 y se había convertido en un ferviente gaullista, hasta romper con De Gaulle por el asesinato del líder marroquí Ben Bartra con connivencia francesa en 1965. Había descubierto no hacía mucho un catolicismo obstinadamente místico, y Mayo de 1968 le convertiría a *ungauchisme* religioso sin precedentes. A finales de 1967, descubrió a Foucault. El 8 de noviembre, informó a los lectores de *Le Nouvel Observateur* que era un nuevo Kant y el mejor filósofo actual. Su obra era para los últimos doscientos años de la filosofía, lo que la obra crítica de Kant había sido para los doscientos años del ra-

³³ Georges Lapassade, *Jqyeux tropiqua*, París, Stock, 1978, págs. 51 y 52.

³⁴ Georges Lapassade, *Lebordel anialou*, París, L'Herne, 1971.

³⁵ Lapassade, *Jqyeux tropiques*, págs. 55 y 56.

³⁶ Francois Châtelet, «Foucault precise sa méthode», *La Quinzaine Littéraire*, 58, 1 de octubre de 1968, pág. 28.

³⁷ Bel, *Maurice Clavel*, págs. 117-119.

cionalismo. Foucault había confirmado a Clavel en su fe religiosa; el hombre cuya muerte se proclamaba en *Les mots et les choses* era «el hombre sin dios»³⁸. A mediados de los años setenta, Clavel pudo encontrarse, para el asombro de Claude Mauriac, dando una charla sobre Foucault ante el altar de un crucero de Notre Dame: «Curvado sobre el texto bajo su espesa cabellera blanca —por una vez peinado—, con apariencia medieval, casi monacal: "Hablo de Michel Foucault, quien, en cien decisiones, y en mi opinión inmortales, páginas de *Les mots etks choses ...*"»³⁹.

Por el momento, Clavel estaba muy ocupado defendiéndolo contra sus «críticos humanistas» y le envió los artículos que escribió a Túnez. En abril de 1968, Foucault le contestó:

Estoy de acuerdo con todo lo que dice sobre el intento de pasar por alto no sólo la figura del «humanista», sino también todo el campo estructuralista; es lo que estoy tratando de hacer. Pero la tarea parecía demasiado inmensa y demandaba tal desarraigo, que no la llevé hasta el final, no la formulé de modo adecuado y, en el último momento, cerré los ojos. Al expresar las cosas con tanta energía, me ha dado vigor y me ha liberado. En otras palabras, me comprende mejor que yo mismo⁴⁰.

Era, por supuesto, un ejemplo de la habilidad de Foucault para halagar, pero ser comparado con Kant iba a hacérsele tan irritante como gratificante y divertido. Sin embargo, acabó sintiendo un gran afecto por el turbulento Clavel que, una década después, sería el padrino de los *nouveaux phihsophes*.

Hasta marzo de 1968, Foucault no tomó parte en la guerra teórica. Replicó, en términos bastante contenidos, a la afirmación que hacía Sartre de que estaba ayudando a la burguesía a levantar sus últimas barricadas contra el marxismo, en una entrevista concedida a Jean-Pierre de El Kabbach, entonces al inicio de una carrera radiofónica muy exitosa. Parte de la entrevista se emitió por FranceTnter, y luego el texto íntegro se publicó en *La Quinzaine Littéraire*, que fue quien elaboró la mayor parte de esta historia; la cubierta presentaba una gran fotografía de Foucault y la leyenda «Foucault replica a Sartre». Gran parte de la entrevista trataba de la exposición de Foucault de sus posiciones filosóficas y los comentarios sobre Sartre eran cortésmente despreciativos: «Sartre es un hombre que tiene un volumen de obra demasiado grande que completar —sobre literatura, filosofía y política— para haber tenido tiempo de leer mi libro.

Ibid., págs. 220 y 221.

Mauriac, *Et comme l'esperance est violente*, pág. 564.

Citado en Bel, *Maurice Clavel*, págs. 222 y 223.

No lo ha leído. Así pues, lo que dice de él no me parece muy pertinente»⁴¹. Probablemente estaba en lo cierto, ya que no existen indicios reales de que el conocimiento de Sartre de *Les mots et les choses* fuera más allá de lo que podía leerse sobre él en la prensa.

Luego Foucault adoptaba un tono de confesión y admitía que había pertenecido, por breve tiempo, al PCF, en un época en que Sartre era denunciado como el último aliado de la burguesía en la lucha contra Marx. La confesión era recurrente, pero la broma pronto se agrió. En el número siguiente, *La Quinzaine* se vio obligada a publicar una carta muy cortante, fechada en «Sidi Bou Saïd, 3 de marzo de 1968». Foucault objetaba que la entrevista se había publicado sin su consentimiento y era una versión sin elaborar de la conversación. Algunos de sus comentarios sobre Sartre y la referencia a su propio pasado se habían efectuado con la condición expresa de que no se incluirían en la versión final y, de hecho, no se habían emitido. El Kabbach se disculpaba en la publicación por su error de juicio⁴².

Sin duda, se resistía a verse mezclado en una confrontación «Sartre contra Foucault» de inspiración periodística, pero la filtración de que había estado afiliado al PCF fue la que realmente provocó su cólera. Haber pertenecido al Partido no era un gran delito y sus antiguas lealtades políticas no eran un secreto en su entorno. Sin embargo, esta parte de su historia no era de dominio público y no quería que lo fuera. Le había enfurecido perder momentáneamente el control sobre su imagen y su autodefinición. Esta entrevista publicada es única porque Foucault ejercía habitualmente un alto grado de control autoritario e insistía en ver —y, si era necesario, revisar— los textos antes de su publicación⁴³.

Si *La Quinzaine* indica su preocupación por controlar su persona pública, una breve conversación en las páginas de *La Pensée* señalan el modo en que se hallaba dispuesto a defender su obra de la crítica. En febrero y marzo de 1967, un seminario de investigación de la Universidad de Montpellier organizó tres debates sobre *Les mots et les choses*. Luego las actas se publicaron en *La Pensée*, perteneciente al PCF, «la revista del racionalismo moderno» fundada por Georges Politzer justo antes de estallar la Segunda Guerra Mundial. Uno de los críticos de Foucault fue J. Stefanini, profesor en Aix-en-Provence. Sostuvo que su exposición sobre gramática y lingüística contenía numerosos errores e imprecisiones. Foucault replicó revisando la lista de las supuestas omisiones y proporcionando la

⁴¹ «Foucault répond á Sartre», *La Quinzaine Littéraire*, 46, 1-15 de marzo de 1969, pág. 21.

⁴² «Une mise au point de Michel Foucault», *La Quinzaine Littéraire*, 58, 1 de octubre de 1968, pág. 21.

⁴³ Entrevista con Didier Eribon.

página de referencia, con el fin de probar que se había ocupado de los puntos en cuestión. No entró en una discusión teórica o metodológica. En una carta a Jacques Proust, que había organizado el debate, sugirió que sus comentarios no merecían ser publicados, ya que los lectores de *La Persee* «podían haber realizado el pequeño texto de trabajo, al que sólo dedicó una tarde» (la del 11 de marzo de 1968)⁴⁴.

La guerra teórica no tomó siempre la forma de críticas y réplicas. También se desarrolló mediante diálogos más positivos. Después de su conferencia de 1967 sobre «Estructuralismo, Ideología y Método»⁴⁵, el grupo editorial de *Esprit* le envió once preguntas escritas con vistas a obtener una clarificación de sus propósitos y posiciones. En conjunto, *Esprit*, todavía muy influido por el personalismo de su fundador, Emmanuel Mounier, tenía poca simpatía por el estructuralismo o por Foucault. Sin embargo, a diferencia de *Les Temps Modernes* del PCF o *Raison Présente*, se hallaba dispuesto a intentar el diálogo en lugar de caer en denuncias. Argumentando que si replicaba a las once cuestiones tendría que escribir otro libro, Foucault eligió responder a la número once. Lamentablemente, las restantes preguntas se han perdido o siguen languideciendo ocultas en los archivos de *Esprit*.

La pregunta elegida sugería que un modo de pensamiento que introducía los «constreñimientos del sistema» y la «discontinuidad» en la historia intelectual quizá eliminara las bases para las intervenciones políticas progresistas y preguntaba si no daría como resultado un dilema: la aceptación del sistema o una apelación a la violencia externa como el único medio de derrocarlo. Se sugería que Foucault parecía ofrecer una elección poco atractiva entre pasividad y violencia nihilista.

Foucault estaba encantado de tener la oportunidad de discutir su obra con *Esprit* y le remitió una larga réplica escrita⁴⁷. Domenach confesó que no le había hecho comprender mejor que antes las bases para la acción política que proporcionaba *Les mots et les choses*. Foucault comenzaba con algunos comentarios sobre la noción de «sistema», pero no aclaraba lo que constituía sin duda una seria confusión entre «el sistema capitalista» y «sistemas de pensamiento o discurso». Negaba haber introducido la idea de *sistema*; era pluralista y hablaba de *sistemas* en plural⁴⁸. Volviendo a la noción de discontinuidad, y pensado sin duda en la denuncia común

⁴⁴ «Correspondance. Á propos des «Entretiens sur Foucault», *La Pensée*, 139, mayo-junio de 1968. Para los debates de Montpellier, véase «Entretiens sur Foucault», *La Pensée*, 137, febrero de 1968.

⁴⁵ Véase *Esprit*, mayo de 1967.

⁴⁶ Entrevista con Jean-Marie Domenach, entonces su editor.

⁴⁷ «Réponse á une question», *Esprit*, 371, mayo de 1968, págs. 850-874.

⁴⁸ *MI*, pág. 851.

de que había «congelado» la historia en una estructura atemporal, sostenía que esa «discontinuidad [...] es una interacción de transformaciones específicas que son diferentes unas de otras [...] y están ligadas por esquemas de dependencia. La historia es el análisis descriptivo y la teoría de esas transformaciones»⁴⁹.

Gran parte de la réplica es una repetición de los argumentos de *Les mots et les choses* y una anticipación de las tesis mucho más concretadas de *L'archéologie du savoir*. La conclusión, en la que esboza una serie de hipótesis sobre «política progresista», introduce algo que no se encuentra en ninguno de esos textos. Las primeras dos hipótesis son, quizá, las más significativas:

Una política progresista es aquella que reconoce las condiciones históricas y específicas de una práctica, mientras que las otras políticas sólo reconocen necesidades ideales, determinaciones unívocas y la interacción libre de las iniciativas individuales. Una política progresista es aquella que define, dentro de una práctica, las posibilidades de transformación y el juego de dependencias entre esas transformaciones, mientras que las otras políticas confían en la abstracción uniforme del cambio o en la presencia taumatúrgica de un genio⁵⁰.

La misma noción de política progresista señala el surgimiento de algo nuevo en la obra de Foucault, aunque su contenido real permanece lamentablemente vago. El desprecio hacia «las determinaciones unívocas» puede reconocerse como un ataque a las certezas fáciles de ciertas formas de marxismo, con sus apelaciones rituales a los caminos objetivos del futuro radiante, pero la insistencia sobre la «práctica» demuestra que se estaba acercando a Althusser.

La obra de Althusser en este periodo, como demuestran los ensayos reunidos en *Pour Marx y Lire Le Capital*, que era el producto final de un seminario mantenido en la ENS en 1964, puede entenderse de modos muy diferentes⁵¹. En un sentido, es un intento por alejar las tormentas generadas por la división chino-soviética. También es un intento de renovar el marxismo francés, insistiendo en la necesidad de leer al mismo Marx, en lugar de la obra trivial de sus comentaristas. Para él, existe una profunda diferencia entre Marx y Hegel, y su obra puede entenderse, como la de Foucault, como un intento por escapar de las sombras de Hegel (pero no del pensamiento dialéctico). Sobre todo, los escritos de Althusser son

⁴⁹ *Ibid.*, pág. 858.

⁵⁰ *Ibid.*, pág. 871.

⁵¹ El mejor estudio con diferencia es el de Gregory Elliott, *Althusser: The Detour of Theory*, Londres, Verso, 1987.

un ataque al humanismo, al que se acusa de ser una forma ideológica con la que el marxismo ha roto su transición al materialismo histórico o la ciencia de las formaciones sociales, y el materialismo dialéctico, o la teoría de la práctica científica. Existe un solapamiento entre su antihumanismo y su antihegelianismo porque ambos operan con una noción de causalidad en la que todo es una simple expresión de un principio único, sea Roma en la *Filosofía de la historia* de Hegel, el hombre, la conciencia o la libertad humana⁵².

Foucault y Althusser tenían muchas cosas en común, aunque el primero nunca se declaró marxista, hasta el punto de que ambos se enzarzaron en una batalla contra el dominio de las filosofías de la conciencia y se opusieron a la filosofía del concepto. La «práctica» a la que alude Foucault en su réplica a *Esprit* es de una importancia central para el marxismo althusseriano, y hace referencia a los procesos económicos, políticos o ideológicos de transformación o producción que conforman la formación social, mientras que la «práctica teórica» hace referencia a la transformación de la ideología —o la relación inmediata, vivida con el mundo— en conocimiento.

También tenían antecesores comunes, el más notable de ellos Canquilhaem, con quien Althusser admitía tener «una deuda incalculable». El único comentario escrito de Althusser sobre Foucault se hizo en una carta a Ben Brewster, quien había traducido los dos libros publicados en 1965 y añadió un útil glosario a *ForMarx*. Sin embargo, no puede decirse que constituya un modelo de claridad:

Era discípulo mío y «algo» de mis escritos ha pasado a los suyos, incluidas algunas de mis formulaciones. Pero (y debe decirse, puesto que tiene su propia personalidad filosófica) bajo su pluma y su pensamiento, hasta los significados que da a las formulaciones que ha tomado de mí se transforman en otros bastante diferentes de los míos⁵³.

En la misma carta, habla brevemente pero con manifiesta admiración de «esa gran obra», *Histoire de la folie*. Quizá tuviera poco que publicar sobre Foucault, pero sin duda leyó su obra con entusiasmo y la discutió en correspondencia no publicada con Étienne Balibar, uno de los jóvenes *normaliens* que habían colaborado con él en *Lire Le Capital*. En 1966-1967, Balibar estaba haciendo su servicio militar como cooperante en Tú-

⁵² Para un eficaz recuento de las polémicas acerca del humanismo y el antihumanismo teórico, véase Pate Soper, *Humanism and Anti-Humanism*, Londres, Hutchinson, 1986.

⁵³ Althusser, «A Letter to the Translator», *ForMarx*, pág. 256. La carta nunca fue publicada en Francia durante la vida de Althusser.

⁵⁴ Los otros fueron Roger Establet, Pierre Macherey y Jacques Rancière.

nez. Ambos creían que *Les mots et les choses* ayudaría a proporcionar una teoría general sobre la ideología⁵⁵. Cada vez resultaba más posible considerar a Foucault y Althusser parte del mismo proyecto teórico, o al menos considerar que trabajaban en proyectos muy similares.

El vínculo percibido entre ambos fue un elemento importante para la recepción de la obra de Foucault en los círculos izquierdistas. Los estudiantes y *normaliens* de las periferias del PCF se habían dividido hacía tiempo en las facciones «italiana» y «china»⁵⁶; fue la facción china o los grupos protomaoístas los que realmente pusieron sobre el tablero las teorías de Althusser. En 1966, un cisma dentro del grupo que publicaba *Cahiers Marxistes-Léninistes* dio como resultado uno de los proyectos teóricos más exquisitos del periodo.

Cahiers pour l'analyse (Cuadernos de análisis) comenzó su publicación en enero de 1966, como órgano del Cercle d'Épistémologie de la ENS, un grupo de jóvenes filósofos ferozmente conceptualistas⁵⁷. En su entorno, Jacques-Alain Miller pudo acusar, en junio de 1964, a Jacques Rancière de robarle su concepto de «causalidad metonímica». Se siguió una violenta pelea, en la que Rancière se defendió con tenacidad, hasta que Althusser restauró una apariencia de paz al admitir que él era el culpable⁵⁸. El *pour* del título alude al de Althusser *Pour Marx*, mientras que *analyse* hace una doble alusión a Condillac y al psicoanálisis⁵⁹. Bajo la dirección editorial de Miller, los *Cahiers* publicaron un volumen de material extraordinario y brillante. Derrida, Lacan, Luce, Irigaray y Canguilhem aparecieron en sus páginas, al igual que importantes contribuciones de los mismos miembros del Cercle. Fue uno de los lugares en los que se encontraron el marxismo althusseriano y el psicoanálisis lacaniano, en su búsqueda conjunta de la calidad científica. Todos los números llevaban como cabecera una cita de Canguilhem, con quien muchos de los colaboradores habían estudiado: «Trabajar sobre un concepto significa variar su extensión y comprensión, generalizarlo mediante la incorporación de rasgos externos, exportarlo fuera de su región de origen, tomarlo como modelo o, a la inversa, hallar un modelo para él y, en resumen, conferir-

⁵⁵ Entrevista con Étienne Balibar.

⁵⁶ Relatos sobre este periodo de fácil lectura, aunque a veces superficiales, se pueden encontrar en Hervé Hamon y Patrick Rotman, *Génération. Vol. I. Les années de rêve*, París, Seuil, 1987.

⁵⁷ El consejo editorial estaba formado por Jacques-Alain Miller, Alain Grosrichard, Jean-Claude Milner, Alain Badiou y Francois Regnault. La mayoría también pertenecía a la Ecole Freudienne de París.

⁵⁸ Althusser, *L'avenir dure longtemps*, págs. 326, 344 y 345. Sobre el concepto robado, véase Jacques-Alain Miller, «Action de la structure», *Cahiers pour l'analyse*, 9, verano de 1968, págs. 93-105.

⁵⁹ Roudinesco, *Jacques Lacan & Co.*, pág. 398.

le de forma gradual, mediante transformaciones calculadas, la función de una norma». No se proporcionaba su fuente; en este entorno, se daba por sentado que se conocía a Canguilhem. Su ensayo de 1956, «Qu'est-ce que la psychologie?», se reimprimió en el segundo número, y la crítica a la psicología se convirtió en una ilustración implícita de la calidad científica del psicoanálisis lacaniano.

En este medio, altamente intelectual, cada vez más politizado y centrado de modo inevitable en la ENS, fue donde Foucault encontró público para su *Archéologie du savoir*. La filosofía del concepto, una vez asociada con Cavaillés y Canguilhem, comenzaba a encontrar una nueva encarnación. De hecho, algunos hablaron despectivamente de un «partido del concepto». No se trataba sólo de una reencarnación del antiguo concepto. A los ojos de Miller en particular, iba a entenderse estrictamente en un sentido lógico-matemático, y no en un sentido histórico. De modo significativo, *Cahiers pour V analyse* hablaron con regularidad de «ciencia» en singular; Canguilhem solía hablar de «ciencias» en plural.

El noveno número de *Cahiers pour l'Analyse* (verano de 1968) se ocupó de «la genealogía de las ciencias». Incluía un conjunto de preguntas dirigidas por el Cercle a Foucault, pidiéndole, con una sintaxis algo retorcida, que «estableciera, con respecto a su teoría y las implicaciones de su método, proposiciones críticas que hallaran su posibilidad». Además se le pedía que «definiera sus respuestas en relación con la posición de la ciencia, su historia y su concepto»⁶⁰. Foucault respondió con un extenso ensayo que, de hecho, era la versión preliminar de *L'archéologie du savoir*⁶¹. Generó otro conjunto de preguntas y comentarios críticos, incluido el reproche de que su noción de «discurso» quedaba lamentablemente mal definida y que en realidad no se había establecido su valor. El Cercle concluía sus comentarios pidiéndole que se definiera en relación con Freud y Marx, y anunciaba que su réplica aparecería en un próximo número⁶². La réplica no llegó a materializarse; tras un número más sobre «formalización», *Cahiers pour V analyse* dejó de publicarse de improviso.

La mayor parte de los dos años que pasó Foucault en Túnez no estuvo dedicado a la política, sino a redactar *L'archéologie du savoir*, escrito en Sidi Bou Saïd y publicado en París en 1969. Era en parte una versión ampliada de sus réplicas a las preguntas formuladas por *Esprit* y *Cahiers pour l'analyse*, pero sin duda había sido planeada antes de que se llevaran a cabo esos diálogos. Era el estudio de los problemas metodológicos inhe-

«A Michel Foucault», *Cahiers pour l'analyse*, 9, verano de 1968, pág. 5.

«Réponse au Cercle d'Epistémologie», *Mi.*, págs. 9-40.

«Nouvelles Questions», *Mi.*, págs. 42, 44.

rentes a su proyecto arqueológico que había anunciado en una nota a pie de página en *Les mots et les choses*⁶³, y al que volvió a referirse en abril de 1967, en una entrevista concedida a *La Presse de Tunis*, donde se describía trabajando en «una obra metodológica sobre las formas de existencia y lenguaje en una cultura como la nuestra». Se había dicho a los lectores de *Esprit* que era uno de dos ensayos similares, y que el otro era un estudio sobre los problemas del discurso histórico que Foucault pensaba llamar «Pasado y presente: Otra arqueología de la ciencia humana»⁶⁴. Cuando se publicó la *Archéologie*, se volvió a referir al segundo volumen. El libro que acababa de publicar era, «a la vez, una repetición de lo que ya había tratado hacer, impulsado por un deseo de rectificar ciertas imprecisiones descuidadas en los libros anteriores, y un intento de trazar por adelantado el camino para un libro posterior que espero realmente no escribir jamás, debido a causas inesperadas»⁶⁵. Por razones que nunca se han explicado, ese segundo volumen nunca se escribió. Su alusión al destino hacía referencia, sin duda, al comentario que efectuó en Vermont en 1982: «Me gusta escribir los primeros volúmenes, pero odio escribir los segundos»⁶⁶.

La introducción de Gérard Fellous a la entrevista de *La Presse* describía el proyecto en marcha como «la Biblia del estructuralismo». Esa descripción resultó no ser completamente ajustada. Esta vez, Foucault había logrado escribir algo que sólo leería un pequeño público de especialistas. En *L'archéologie* da por supuesto que su lector conoce bien su obra anterior y hace pocas concesiones a los no iniciados. Fuera de ese público especializado, el libro es más conocido probablemente por las últimas líneas de la introducción, donde de modo desafiante se describe escribiendo para no tener rostro y desafía la moralidad burocrática del *état civil*. Por todo el libro se extiende sobre la necesidad de abolir o superar la noción de un sujeto o autor soberano, pero, paradójicamente, ningún otro texto suyo está tan marcado por el uso persistente del pronombre de primera persona, por la presencia constante de un «yo» que define, reformula y refuta. Es como si se desgarrara entre el deseo de escapar al anonimato de la textualidad pura y la necesidad de expresar ese deseo en primera persona.

En muchos aspectos, *L'archéologie du savoir* es claramente menos atractivo que sus predecesores. Al lector no le transporta el amplio recorrido

⁶³ *Les mots et les choses*, pág. 13n.

⁶⁴ «Réponse a une question», pág. 854n.

⁶⁵ «La Naissance d'un monde» (entrevista con Jean-Michel Palmier), *Le Monde*, 3, mayo de 1969, pág. viii.

⁶⁶ «Truth, Power, Self», pág. 11.

de *Histoire de la folie* o *Les mots et les choses*, ni le seduce la poesía oscura de *Naissance de la clinique*. Hay algo implacable en el modo en que Foucault define concepto tras concepto, y su estilo tiene una cierta aridez que se halla muy lejos del esplendor casi barroco de sus primeros libros. Cuando Frank Kermode se quejó en una reseña a la traducción inglesa de sus «neologismos caprichosos e invenciones sintácticas gratuitas», sin duda se hizo eco de muchos lectores frustrados⁶⁷.

Es su única obra puramente metodológica, pero también es algo más. Es una obra de autocrítica. *Histoire de la folie*, en particular, se critica por conceder un papel demasiado grande y enigmático a la «experiencia» y, por consiguiente, por situarse próxima a aceptar que la historia tuvo un «sujeto anónimo y general»⁶⁸. Ahora se traslucía que no era posible describir «lo que puede ser la locura misma, como algo dado inicialmente a cierta experiencia primitiva, básica y amortiguada que apenas se expresaba». Como aclara la nota a pie de página, la crítica se dirige contra uno de los temas explícitos de *Histoire de la folie* y, en especial, al prólogo original⁶⁹. No obstante, todavía en 1964 Foucault sostenía que era posible hablar de una experiencia de la locura en conexión con Nietzsche e insistía en ello ante un interlocutor de Royaumont⁷⁰.

Crítica *Naissance de la clinique* por su uso «desafortunado» de la expresión «mirada clínica»; esa expresión sugiere la función sintética o unificadora de un sujeto⁷¹. Aunque no llega a establecer la proposición, esta autocrítica puede considerarse como un indicador de que la visión literaria-modernista estaba desvaneciéndose: la insistencia en la mirada y el ojo permitió establecer la conexión entre lo médico y lo literario, como se ejemplifica en *Histoire de l'oeil*. El vínculo temático proporcionado por la conexión ojo-mirada se rompe o, cuando mucho, se hace más tenue, cuando el énfasis sobre lo literario se desvanece y Foucault comienza a desplazarse del punto de vista de Blanchot, según el cual «el lenguaje es todo», hacia una noción de discurso más amplia.

Por la introducción resulta claro que ahora contempla su arqueología como una derivación —o añadido para sus objetivos propios— de las dos escuelas existentes de pensamiento historiográfico. Por un lado, estaba la escuela de historiadores de los *Anuales*, que se centraban «en largos periodos, como si, bajo los acontecimientos y episodios políticos, inten-

⁶⁷ Frank Kermode, «Crisis Critic», *New York Review of Books*, 17 de mayo de 1973, página 37.

⁶⁸ *L'archéologie du savoir*, pág. 27.

⁶⁹ *Ibid.*, pág. 64 y n.

⁷⁰ «Nietzsche, Freud, Marx», págs. 198 y 199.

⁷¹ *L'archéologie du savoir*, pág. 74 y n.

taran revelar un equilibrio estable que culmina y se trastorna tras siglos de continuidad»⁷². Por el otro, la historia de las ciencias, según la practicaban Bachelard y Canguilhem, con su concentración sobre las rupturas y los comienzos epistemológicos, y sobre el desplazamiento y la transformación de los conceptos. Aquí se cuela sigilosa y claramente una nota althusseriana cuando Foucault cita *Pour Marx* en la labor de la transformación teórica que «halla ciencia desligándola de la ideología de su pasado y revelando que ese pasado era ideológico»⁷³. Aunque pueda parecer que existe una contradicción entre el enfoque sobre estructuras estables de *longue durée* y la búsqueda de discontinuidades que marcan la historia de la ciencia, Foucault sostiene que tienen un núcleo común. Ambas escuelas destronan el supuesto sujeto de la historia y se oponen a la filosofía de la conciencia, que considera la historia del pensamiento un lugar de una continuidad ininterrumpida o un proceso evolutivo suave, una mediante la despersonalización de la historia, la otra rompiendo su simplicidad aparente. Y ambas operan con una noción de estructura.

El proyecto arqueológico comienza con «una labor negativa» o una limpieza conceptual de nociones tales como tradición (que intenta proporcionar una estructura conceptual a un juego de fenómenos que son sucesivos e idénticos), influencia (una idea vaga y carente de teoría de la transmisión causal), «mentalidad» o «espíritu», y así sucesivamente. Incluso se ponen en cuestión nociones tan inocentes en apariencia como «libro» y *oeuvre*. Foucault se pregunta en qué sentido un volumen de Michelet posee el mismo estatus que un tratado de matemáticas. ¿Deberían incluirse publicaciones postumas, borradores, obras abandonadas y fragmentos de conversaciones anotadas por terceras personas en las obras completas de, digamos, Nietzsche y obtener el mismo estatus que *Zarathustra* y *Ecce Homo*? La unidad de una obra no es de ninguna manera autoevidente. Frente a todas estas incertidumbres, propone una alternativa. En lugar de continuar confiando en estas nociones carentes de teoría, debemos elaborar la teoría que demandan y «esa teoría no puede elaborarse a menos que el campo de los hechos de discurso mediante el que se han construido aparezca en su pureza no sintética»⁷⁴.

Tomemos el ejemplo de la locura. El discurso psiquiátrico del siglo XIX no se caracteriza por la existencia de unos objetos preformados hacia los que dirige su atención, sino por el modo en que forma sus propios objetos. Su formación la gobierna un juego de relaciones entre «superficies de salida» (familia, grupo social, entorno laboral, todo lo que, de modos di-

Ibid., pág. 9.

Ibid., pág. 12.

Ibid., pág. 38.

ferentes, constituye un umbral para la exclusión del loco), «ejemplos de delimitación» (medicina, justicia, autoridad religiosa) y «entramados de especificación» (sistemas que identifican las formas de locura y las relacionan o las diferencian entre sí). La limpieza conceptual y la teorización siguiente conducirán a la identificación de las «formaciones de discurso» y a las «reglas de formación». Las formaciones de discurso de la era clásica incluían, por ejemplo, la gramática general, la historia natural y el análisis de la riqueza. Son constructos anónimos, sin un sujeto creativo:

Sea cual fuere su carácter general, las reglas para la formación de conceptos no son el resultado de operaciones efectuadas por individuos, depositadas en la historia y sedimentadas en la densidad de los hábitos colectivos; no constituyen el esquema descarnado de una labor abstracta conjunta, en cuyo curso los conceptos surgen de las ilusiones, los prejuicios, los errores o las tradiciones. El campo preconceptual revela constreñimientos y regularidades de discurso que hacen posible la multiplicidad heterogénea de conceptos⁷⁵.

El objeto del análisis de Foucault existe en el plano del discurso y no en el de los fenómenos empíricos. No se puede interpretar el discurso de tal modo que revele una historia del referente⁷⁶ —es decir, de un objeto que existe fuera o antes del discurso. A la arqueología no le preocupan los objetos físicos, sino el proceso de discurso que hace posible hablar sobre objetos tales como locura o medicina clínica.

La unidad básica de análisis es el enunciado. Una formación de discurso es, en esencia, un cuerpo de enunciados, y un enunciado puede definirse como

una función de existencia que pertenece de modo específico a los signos y a las bases por las que se puede decidir, mediante el análisis o la intuición, si tiene sentido o no, según el orden en el que se siguen o se yuxtaponen, de lo que son el signo y de la clase de acto que se realiza mediante su formulación (oral o escrita)⁷⁷.

Foucault explora y luego rechaza un paralelo posible entre sus «enunciados» y los «actos de habla» de Austin y Searle⁷⁸, pero la importancia

⁷⁵ *Ibíd.*, pág. 84.

⁷⁶ *Ibíd.*, pág. 64.

⁷⁷ *Ibíd.*, pág. 115.

⁷⁸ *Ibíd.*, pág. 107. Véase J. I. Austin, *How to Do Things with Words*, Oxford University Press, 1962, y John Searle, *Speech Acts*, Cambridge University Press, 1972. [Trad. esp.: *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós, 1990; *Actos de habla*, Madrid, Cátedra, 1986.] Ninguno de estos libros contaba con traducción francesa cuando Foucault trabajaba en *L'archéolo-*

precisa de los actos de habla y las preformaciones para el análisis de su discurso permanece bastante oscura, en particular porque rara vez se presentan ejemplos concretos. Se encuentra en terreno mucho más conocido, que le acerca a la obra de Althusser sobre la ideología, cuando argumenta: «Describir una formulación como un enunciado no consiste en analizar las relaciones existentes entre el autor y lo que dice [...], sino en determinar la posición que un individuo puede y debe ocupar para ser su sujeto»⁷⁹. En este punto, parece combinar elementos de la teoría del «acto de habla» con una teoría de la producción de los sujetos individuales, que debe al menos algo a la descripción de Althusser de la ideología como una relación imaginaria con el mundo real que posibilita u obliga al individuo a surgir como un sujeto posicionado dentro de una formación ideológica o de discurso. La similitud entre Althusser y Foucault se iba a hacer más marcada con la publicación del ensayo del primero sobre «Ideología y aparatos ideológicos del Estado» en 1970.

Foucault concluye su *Archéologie* esbozando tres objetos posibles para un futuro estudio: la sexualidad, la pintura y el saber político⁸⁰. En el caso de la sexualidad, un estudio orientado hacia la *episteme* (definida aquí como «un juego de relaciones capaz, en un periodo dado, de unir las prácticas de discurso dando lugar a figuras epistemológicas, a las ciencias»⁸¹) consideraría el modo en que «figuras epistemológicas» tales como la biología y la fisiología de la sexualidad toman forma en el siglo XIX, y el modo en que Freud rompió con ellas y estableció un discurso científico; un estudio estrictamente arqueológico consideraría los «modos de hablar acerca de la sexualidad» y de esta forma demostraría que la sexualidad se halla instalada en un sistema de prohibiciones y valores. En ese sentido, tendería hacia una ética. Tampoco se consideraría la conducta sexual real. Una arqueología de la pintura, por su parte, demostraría que ésta no es simplemente un asunto de visión y que siempre la entrecruzan conocimientos [*connaissances*] científicos y temas filosóficos que no sólo se inscriben en teorías, sino en los mismos gestos del pintor. Un estudio sobre el saber político no se ocuparía del momento de emergencia de una conciencia revolucionaria o de la biografía de los revolucionarios; examinaría el surgimiento de una práctica de discurso y un saber revoluciona-

logie. En correspondencia posterior con Searle, Foucault aceptó que sus enunciados eran, sin duda, actos de habla y añadió: «Quería subrayar el hecho de que los consideré desde un ángulo diferente al suyo»; carta del 15 de mayo de 1979 a Searle, citada en Dreyfus y Rabinow, *Michel Foucault*, pág. 46n.

⁷⁹ *l'archéologie du savoir*, pág. 126.

⁸⁰ *Md.*, págs. 215-255.

⁸¹ *IbU.*, pág. 250.



rio que, juntos, generan estrategias y dan lugar a una teoría de la sociedad y su transformación.

Mientras escribía su tratado metodológico, Foucault se vio atrapado en un conflicto que distó mucho de ser teórico. Los años 1967 y 1968 fueron tumultuosos en Túnez. Las manifestaciones pro palestinas durante la guerra árabe-israelí de junio de 1967 llevaron a la renovación de la protesta antigubernamental, pero también degeneraron en revueltas antisemitas, en las que las tiendas judías del centro de Túnez fueron quemadas y saqueadas. Foucault estaba horrorizado por lo que había visto y trató de reconvenir a algunos de los estudiantes que se habían manifestado. Intentaron justificar sus acciones en nombre de la solidaridad con la causa palestina, pero la supuesta distinción entre antisionismo y antisemitismo ya no operaba, incluso para los que tenían una preparación política compleja, y empezaban a hacerse dominantes las percepciones raciales⁸². En su apoyo hacia los hermanos palestinos, grupos de estudiantes y jóvenes atacaban y quemaban las propiedades judías. Foucault describió lo que había visto en una carta escrita a Canguilhem el 7 de junio:

Sus buenos cincuenta incendios. Ciento cincuenta o doscientas tiendas saqueadas —las más pobres, obviamente; el espectáculo eterno de la sinagoga arrasada, alfombras arrastradas hasta la calle, pisoteadas y quemadas; la gente corriendo por las calles, buscando refugio en un edificio que la turba quería prender fuego. Desde entonces, silencio, persianas bajadas, nadie o casi nadie por la zona, niños jugando con barritas rotas [...]. Nacionalismo y racismo suman algo muy feo. Y si se añade que, debido a su *gauchisme*, los estudiantes echan una mano (y un poco más que eso) a todo ello, uno se siente bastante triste. Y se pregunta mediante qué extraño ardid o (estupidez) de la historia, el marxismo pudo ocasionar esto (y proporcionar un vocabulario para ello)⁸³.

Si le horrorizaba el inesperado y salvaje antisemitismo de sus alumnos, le asombraba la ferocidad de su marxismo: «Para esos jóvenes, el marxismo no representaba sólo un modo de analizar la realidad; era al mismo tiempo una especie de energía moral, un acto existencial [...]. Para mí, Túnez representó, en un sentido, la oportunidad de reinsertarme en el debate político»⁸⁴. El sabor amargo que le dejó su experiencia en el PCF se estaba reemplazando por un sentimiento de excitación real. El marxismo de los estudiantes, agrupados principalmente alrededor de un

Voeltzel, *Vingt ans et après*, pág. 72.
Citado en Eribon, *Michel Foucault*, pág. 205.
Colloqui con Foucault, pág. 73.

periódico llamado *Perspectives*, no era muy elaborado y viraba con cierta inestabilidad del trotskismo al maosismo (el mismo Partido Comunista había sido marginado en la práctica durante mucho tiempo, y había sido prohibido completamente en 1966). Sin embargo, era apasionado y muy sólido, y se hallaba a gran distancia de los discursos políticos huecos y de las peleas sobre la propiedad de conceptos que Foucault había oído en París⁸⁵.

Durante 1968 continuó la agitación y alcanzó nuevas cotas entre marzo y junio, cuando las tensiones se exacerbaban más por la visita oficial del vicepresidente estadounidense Hubert Humphrey. Fueron atacadas las embajadas inglesa y estadounidense, y Bourguiba respondió imponiendo un impuesto sobre toda unidad familiar de la ciudad para pagar los daños ocasionados en las revueltas, que se restringieron a la capital⁸⁶. En 1978, Foucault describió los hechos a Duccio Trombadori: «Las huelgas, los boicoteos a las conferencias y las detenciones continuaron durante todo el año. La policía entró en la universidad, cargó contra los estudiantes y los arrojó a la cárcel. Hasta cierto punto, a mí me respetaban las autoridades locales, lo que me permitió llevar a cabo fácilmente una serie de acciones»⁸⁷.

Foucault sobrestimó el grado hasta el cual el «respeto» de las autoridades le protegería y la situación se hizo peligrosa rápidamente. Un vez permitió esconder en su jardín una máquina Roneo, utilizada para imprimir octavillas contra el gobierno, a pesar de que sabía que estaba bajo sospecha policial. Daniel Deferí, mientras tanto, afrontaba riesgos mayores al pasar mensajes a los tunecinos residentes en París tras sus visitas regulares a Foucault, a veces escondidos en sus calcetines para evitar que fueran descubiertos.

Foucault estaba convencido de que su teléfono estaba pinchado; cada vez que tomaba un taxi, su conductor parecía saber de antemano su destino. A su puerta llegaban mendigos poco convincentes. Una noche, cuando conducía su coche por las inmediaciones de su casa, se dio cuenta de que estaba siendo seguido por motoristas de la policía, que le hicieron señas de que se detuviera. Temiendo las consecuencias, Foucault siguió adelante, pero de inmediato decidió que era peor que le dispararan, así que se detuvo a un lado. Se le informó cortésmente de que una de sus luces de freno no funcionaba y se le aconsejó repararla. Los estudiantes de izquierdas, agazapados en la parte trasera del coche, por alguna razón se escaparon de ser detenidos.

Ibid., pág. 72.

Knapp, *Tunisia*, pág. 184.

CoUoqui con Foucault, pág. 71.

Luego llegó un aviso definitivo. La táctica era conocida. Un muchacho con el que Foucault había pasado la noche le pidió que lo llevara a casa en su coche. En una calle estrecha, el coche de Foucault fue obligado a parar y éste recibió una paliza salvaje —Deferí dice que fue torturado— a manos de unos hombres que no se sabía a ciencia cierta si eran policías. Cada vez era más evidente que el catedrático de filosofía que parecía un funcionario civil se estaba convirtiendo en un extranjero indeseable⁸⁸.

En septiembre, comenzaron los juicios contra los estudiantes detenidos y parte del salario de Foucault fue a engrosar un fondo creado para su defensa. Un sutil acercamiento al embajador francés para pedirle su intervención se encontró con un rechazo. Sus intentos por hablar en el juicio de un estudiante llamado Ahmed Ben Othman se frustraron y el caso se vio *in camera*. En octubre ya era obvio que no era posible permanecer en Túnez por más tiempo. Foucault regresó a Francia y abandonó sus planes de comprar una casa con vistas a la bahía de Sidi Bou Saïd. Hasta 1971 no regresó a Túnez, para dar una conferencia sobre «Locura y civilización» en el Club Tahar Hadad⁸⁹.

Al igual que otras personas que habían experimentado el Tercer Mundo, en especial Régis Debray y Pierre Goldman⁹⁰, Foucault solía considerar Mayo del 68 de un modo un tanto displicente. Aunque no negaba la importancia de los hechos ocurridos ese mes, se daba demasiada cuenta de que, mientras que un manifestante apresado por la policía en París quizá sólo debiera aguantar una paliza, los estudiantes detenidos en Túnez habían arriesgado mucho más: «No hay comparación posible entre las barricadas del Barrio Latino y el riesgo real de pasar quince años en prisión, como en Túnez»⁹¹. Por entonces no publicó comentarios ni escribió acerca de lo que había visto y experimentado en Túnez. Su apoyo a los estudiantes había sido práctico, público y valiente, pero nunca se expresó en publicaciones y hasta los años setenta no comenzó a hablar de ello. El Foucault de los años setenta, siempre dispuesto a denunciar lo que consideraba «intolerable», no habría permanecido en silencio. Sólo se puede especular que fue precisamente esta experiencia tunecina la que permitió que surgiera un Foucault con una militancia mucho más verbal.

Unas semanas después de las primeras revueltas de Túnez, hizo erup-

⁸⁸ Entrevista con Daniel Defert.

⁸⁹ «Folie et civilisation», cinta grabada, Bibliothèque du Saulchoir, C32.

⁹⁰ Régis Debray, *Contribution aux discours et cérémonies du dixième anniversaire*, París, Maspero, 1978; Pierre Goldman, *Souvenir ofacurs d'unjuifpohnais né en Frunce*, París, Seuil 1977, págs. 70-73.

⁹¹ *CoUoqui con Foucault*, pág. 74.

ción en París el caos de los acontecimientos de mayo⁹². Eran la expresión culminante de un descontento creciente, pero tomó por sorpresa a la mayor parte de Francia. El panfleto situacionista de septiembre de 1966 había sido una advertencia de que algo iba mal en el sistema educativo francés. En enero de 1968 resultó evidente que se había alcanzado un punto álgido, cuando una pelea sobre el derecho a visitar las habitaciones de los estudiantes de sexo contrario llevó a que las estudiantes ocuparan un bloque residencial masculino en Nanterre. Cuando se llamó a la policía antidisturbios para desalojar el edificio, se desató la violencia. En marzo, la detención de los dirigentes del Comité National Vietnam condujo sin más a la ocupación de una sala de conferencias y luego del bloque de administración. Un mes después, una serie de debates en Nanterre sobre el futuro de las universidades concluyó en un tumulto. El 2 de mayo, se cerró definitivamente el recinto universitario y la policía cargó con violencia contra los estudiantes mientras evacuaban el atrio. Luego se clausuraron la Sorbona y la facultad de ciencias por orden ministerial.

Una manifestación seguía a otra, en un clima de violencia en aumento, y el 6 de mayo se levantaron en las calles del Barrio Latino las primeras barricadas que se habían visto en París desde 1944. La noche del 10 al 11 de mayo fue «la noche de las barricadas», cuando en el centro de París se entabló una batalla campal. Dos días después, la Sorbona fue ocupada; en pocos días se paralizó el sistema de transporte y la mayor parte de Francia declaró la huelga.

Foucault estaba fascinado por estos acontecimientos de París y, aunque se mantenía informado de lo que sucedía por Defert y otros, se sentía frustrado por no estar allí. Jean Daniel recoge una conversación que sostuvo con él el 25 de abril en Túnez. Daniel estaba muy interesado por lo que estaba pasando y le sorprendió saber que el autor que había anunciado la muerte del hombre y que parecía considerar de modo escéptico lemas sobre la «libertad» también estuviera interesado. Foucault insistió en que nada le interesaba más que «la política, el presente, hoy» y arguyó que la agitación en Nanterre quizá estuviera anunciando una revolución de la vida cotidiana. También sospechaba que los hechos de París quizá determinaran a De Gaulle a abandonar el poder⁹³.

Foucault no vio nada de la noche de las barricadas ni de los mítines interminables en la Sorbona ocupada. Sin embargo, estuvo en París unos

⁹² La literatura sobre mayo es enorme. En inglés, resultan interesantes los relatos de Patrick Seale y Maureen McConville, *Frénelo Revolution 1968*, Harmondsworth, Penguin en asociación con William Heinemann Ltd, 1968, y Charles Posner (ed.), *Reflections on the Revolution in France: 1968*, Harmondsworth, Penguin, 1970. El último contiene una útil cronología de los hechos.

⁹³ Daniel, *La bksure*, págs. 184 y 185.

cuantos días y acudió a la concentración de 50.000 personas en el estadio de Chérléty, el 17 de mayo, donde se pidió el poder para los obreros en las fábricas y para los estudiantes en las universidades. Al ver una manifestación estudiantil por la calle, señaló al editor de *Le Nouvel Observateur* que los estudiantes no estaban haciendo una revolución: ellos *eran* la revolución⁹⁴.

Sus comentarios posteriores sobre mayo, tales como los efectuados a Trombadori en 1978, no encajan mucho con la descripción que hace Jean Daniel de un Foucault ansioso por ver lo que estaba pasando en París. Sin duda era cierto que los estudiantes de Túnez arriesgaban mucho más que los franceses, pero también había un elemento de autojustificación en los comentarios que siguieron; en el medio en el que se movió tras 1970, no haber tomado parte en los sucesos de mayo era un serio pecado de omisión política, y con frecuencia se sintió tentado a explicar su falta de participación mezclando las posibles críticas con su participación directa en una batalla mucho más arriesgada.

Dejó Túnez en octubre de 1968. Su futuro era algo incierto, pero no había indicios de volver a Clermont-Ferrand. Ya se había rechazado un posible cambio de dirección. Burin des Rozières era ahora embajador de Francia en Roma y buscaba un nuevo agregado cultural. Una llamada telefónica a Túnez dio como resultado la aceptación provisional de Foucault, pero el plan quedó en nada; según el embajador, el ministro de Educación tenía otra cosa en mente para él⁹⁵.

Dejando a un lado los misteriosos planes ministeriales, es evidente que la intención de Foucault era regresar a París. Entonces se presentó una segunda oportunidad. Didier Anzieu era ahora director de un nuevo departamento de psicología en la Universidad de Nanterre. Había tenido poco contacto directo con Foucault desde la ENS, pero había seguido su carrera a distancia y le había causado muy buena impresión. Tenía el propósito de reunir en Nanterre un equipo joven y dinámico, y pensaba que Foucault era un elemento indispensable. El autor de *Histoire de la folie* resultó mucho más que aceptable para los colegas de Anzieu.

No obstante, Foucault formó parte de la facultad de Nanterre sólo sobre el papel y durante un par de semanas. Para el disgusto de Anzieu, su candidato le anunció que no estaba interesado en volver a enseñar psicología y que iba a aceptar un puesto de filosofía en la Universidad de Vincennes, de reciente creación⁹⁶. Vincennes había sido el centro original de la tormenta de Mayo del 68; al irse a Vincennes, Foucault se iba a encontrar en el centro de algunas tormentas bastante diferentes, pero violentas por igual.

Citado en Eribon, *Michel Foucault*, pág. 204.

Burin des Rozières, «Une rencontre á Varsovie», págs. 134 y 135.

Entrevista con Didier Anzieu.

9

Vincennes

El Foucault que regresó a París en el otoño de 1968 era un hombre diferente. Había superado su bautismo de fuego político y había tenido el primero de muchos encuentros directos con la violencia a manos de la policía. También había cambiado físicamente. Se había afeitado la cabeza por vez primera en Túnez, inaugurando así un ritual matutino que iba a realizar el resto de su vida. Como le contó a Pinguet algunos años más tarde, esto le evitó tener que seguir preocupándose por la pérdida del cabello¹; a otros les dijo que se había afeitado la cabeza para mostrar su rostro verdadero. Foucault había creado su propia imagen y se había convertido en la conocida figura que observa fijamente desde muchas fotografías, casi siempre con un jersey de cuello vuelto blanco, que le evitaba la tarea de planchar los cuellos de las camisas.

La sociedad en la que iba a desenvolverse durante unos cuantos años era algo diferente de los círculos artísticos y literarios en los que había vivido a comienzos de los años sesenta, y cada vez estaba más politizada. Sin embargo, la transición no fue total, por lo que se produjo una combinación de acontecimientos algo rara. Cuatro días después de que pronunciara en la ENS, el 19 de enero de 1969, un discurso solemne en memoria de Jean Hyppolite, Foucault fue detenido durante la ocupación violenta de la nueva Universidad de Vincennes. Un mes después, el luchador callejero volvió a ser el filósofo que, frente a un público extremadamente distinguido de la Société Française de Philosophie, extendió sus

¹ Pinguet, «Les années d'apprentissage», pág. 126.

comentarios sobre la autoría en *L'archéologie du savoir*, en una de sus conferencias más celebradas: «Qu'est-ce qu'un auteur?»².

Foucault esperaba que mayo hubiera sido el comienzo de una revolución de la vida cotidiana y, en ciertos sentidos, esa revolución estaba realmente en marcha. En su mundo no se percibía al PCF como representante de la extrema izquierda en el espectro político. Los sucesos de mayo habían politizado a muchos jóvenes y habían dejado una herencia que se iba a volver cada vez más violenta. El primero de junio de 1968, cuando Francia comenzaba a regresar a la normalidad, una manifestación de 50.000 participantes desfiló cruzando París, desde la Gare Montparnasse hasta la Gare d'Austerlitz, cantando: «Ce n'est qu'un debut, continuons le combat.» (esto es sólo el comienzo, continuemos el combate). En febrero, un libro escrito por tres jóvenes de izquierdas hacía un llamamiento franco para que la guerra comenzada en mayo se transformara en guerra civil³.

Los años siguientes iban a ser tormentosos. Incluso para quienes habían participado en los enfrentamientos de comienzos de los años setenta, ahora resultaba difícil explicar —y hasta imaginar— la violencia en la que con tanta frecuencia se encontraban inmersos⁴. A veces, parecía a algunos que la guerra civil era una posibilidad real y no sólo un argumento extremista. La desviación a las confrontaciones violentas reflejaba la opinión ampliamente respaldada de que no se produciría el cambio político por los medios normales. A pesar de los trastornos y las esperanzas de mayo, seguían en el poder los mismos políticos. De Gaulle presentó la dimisión en abril de 1989, tras perder un referéndum sobre reformas del senado y las regiones, para ser reemplazado como presidente de la República por Georges Pompidou, el primer ministro que se había despedido casi un año antes. No ayudaban a arreglar las cosas las violentas tácticas utilizadas por la policía bajo las órdenes de Raymond Marcellin, ministro del Interior tristemente famoso por su mano dura. Se convirtió en lugar común hablar del «racismo antijoven» practicado por la policía.

Cuando Foucault se desplazó hacia la izquierda, sus libros se convirtieron en parte de la infraestructura cultural de la esperada revolución de la vida cotidiana. *Histoire de la folie*, en particular, se había vuelto por entonces un libro diferente. En 1961, se había leído principalmente como libro académico; tras 1968, se leía en el contexto de «un movimiento social caracterizado por el activismo político y una sensibilidad antirrepre-

² «Qu'est-ce qu'un auteur?», *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, 63, julio-septiembre de 1969, págs. 73-104.

³ A. Geismar, S. July, E. Morance, *Ven la guerre chile*, París, Editions Premieres, 1969.

⁴ Entrevista con Hélène Cixous.

siva generalizada»⁵. Ahora, el tema del gran encierro parecía proporcionar el arquetipo para el encierro de los obreros en las fábricas, de los estudiantes en las universidades y de los deseos en las estructuras represivas. Como el mismo Foucault expresaría en 1975, no había nada sorprendente en ello, cuando «las prisiones parecen fábricas, colegios, cuarteles y hospitales, que parecen prisiones»⁶.

El paralelo también tenía una importancia obvia e inmediata para los radicales descontentos que trabajaban en el sector de la salud mental. Marzo de 1969 contempló la salida de un número especial de *Partisan*, publicación periódica de Maspero, titulado *Garde-fous arretez de vous serrer les coudes*. El título era un inteligente juego de palabras: un *garde-fou* es literalmente la barandilla colocada ante un lugar alto o balcón peligroso, que sirve para sujetar a cualquiera lo suficientemente loco como para acercarse demasiado al borde, pero también significa «aquel que guarda al loco». Se les decía a los guardianes que dejaran de «mantenerse unidos». Los primeros renglones de la introducción efectuada por Francois Ganthet y Jean-Marie Brohm indican en qué medida el libro de Foucault se había convertido en parte de la cultura de izquierdas:

No hace mucho, los locos seguían encerrados de cualquier modo junto con prostitutas, ociosos, rateros y personajes del bajo mundo, en una palabra, con todos aquellos que no eran «normales» según los valores sagrados de la sociedad de clases; con aquellos que perturbaban las normas de la propiedad privada y las instituciones de la conformidad moral⁷.

Histoire de la folie se estaba convirtiendo en un texto clave para el llamado movimiento antipsiquiátrico⁸. Su cambio de posición debe mucho a lo acontecido en Inglaterra. En el mundo de habla inglesa, Castel describe que no contó con una lectura académica y cuando apareció traducida, casi de inmediato se convirtió en un icono para la «contracultura» de finales de los años sesenta. La traducción de Richard Howard no correspondía al texto completo. En 1964, el mismo Foucault abrevió su libro para que se publicara en la biblioteca de bolsillo y redujo su extensión más de la mitad. La edición abreviada, ahora agotada, proporcionó

⁵ Robert Castel, «The two readings of *Histoire de la folie* en France», pág. 28.

⁶ *Surveiller et punir*, París, 1975, pág. 229. [Trad. esp.: *Vigiar y castigar: nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI, 1992.]

⁷ «Présentation», *Garde-fous arretez de vous serrer les coudes*, edición revisada, París, Mape-ro, 1975, pág. 5.

⁸ Para un relato general, véase Robert Boyers y Robert Orril (eds.), *Laing and Anti-Psychiatry*, Harmondsworth, Penguin, 1972. [Trad. esp.: *Laing y la antipsiquiatría*, Madrid, Alianza, 1978.]

a muchos lectores la primera introducción a Foucault. Para los lectores ingleses constituyó la única introducción, ya que esta edición fue la que, probablemente por motivos comerciales, se tradujo, con la adición de algún material de la edición original⁹. La traducción, *Madness and Civilization: A History of Insanity in the Age of Reason*, fue publicada por Panteón en Nueva York, en 1965, y por Tavistock en Londres dos años después. El prólogo lo escribió David Cooper, una de las figuras más importantes del movimiento antipsiquiátrico, que señalaba:

La locura, como tan impresionantemente pone de manifiesto Foucault en este libro singular, es un modo de comprender *in extremis* los fundamentos de la verdad que yacen en nuestra percepción más específica de lo que somos. La verdad de la locura es lo que la locura es. Que la locura es una forma de visión que se destruye a sí misma por su propia elección del olvido frente a las formas existentes de tácticas y estrategias sociales¹⁰.

También sostenía, con más parcialidad que precisión, que Foucault «alude a» las presiones sociales que, según la «investigación reciente», permiten o fuerzan a algunas personas a volver locas a otras¹¹.

La identificación de Foucault con la antipsiquiatría se reforzó aún más cuando R. D. Laing reseñó *Madness and Civilization* en el *New Statesman*, y en la página opuesta apareció un artículo de Cooper titulado «Who's Mad Anyway?»¹². El título genérico «Sanity and Madness» agrupaba los dos textos. Aunque Laing contemplaba las piruetas verbales de Foucault con una cierta suspicacia, no ponía en duda el valor del libro o su importancia para sus propias inquietudes:

La historia de la locura que se documenta aquí es la historia de la proyección sobre los pocos que fueron destruidos u olvidados, del lunatismo de la mayoría que salió airosa [...]. Hasta hace unos cuantos años, la definición colectiva del hombre europeo como cuerdo por su propio consentimiento imponía sobre la conciencia un grillete de tal envergadura, que difícilmente alguien podía romperlo sin desfallecer. No conozco ningún otro libro que reconozca (es decir, *dia-gnostique*) lo

⁹ Para la polémica que se ha desencadenado alrededor de las lecturas basadas en esta traducción, véase Colin Gordon, «*Histoire de la folie*, un libro desconocido de Michel Foucault», *History of the Human Sciences*, vol. 3, núm. 1, febrero de 1990, págs. 3-26 y las diversas «respuestas» publicadas en el mismo número y en el volumen 3, núm. 3, octubre de 1990.

¹⁰ David Cooper, «Introduction», *Madness and Civilization*, pág. vii.

¹¹ *Ibid.*, pág. viii.

¹² *New Statesman*, 16 de junio de 1967, pág. 844. El artículo de Cooper era una reseña a los *Ecrits* de Lacan, Thomas Scheff, *Being mentally III*, K. Soddy y R. H. Ahrenfeld, *Mental Health and Contemporary Thought* y Abraham Levinson, *The Mental Retarded Child*.

que ha estado pasando de un modo tan académico y sistemático. Permanece de lleno en el idioma de la cordura, mientras socava las presuposiciones de sus propios cimientos. Definir la verdadera locura no es nada más que estar loco¹³.

Los reseñistas británicos tendieron a estar de acuerdo en que Foucault era al menos un aliado de los antipsiquiatras. Edmund Leach señalaba: «Después de leer este libro, hasta el racionalismo más fanático debe reflexionar con ansiedad sobre la sinrazón de la razón.» El reseñista de *New Society* apuntaba: «Todo esto concuerda con el actual movimiento antipsiquiátrico»¹⁴. Un periódico más clínico y profesional comentaba que las tesis de Foucault «ponen de manifiesto muchas cosas molestas y discutibles, pero hoy día su importancia es incuestionable. Esta es subrayada por Cooper, cuya propia obra puede considerarse como un estudio contemporáneo sobre el proceso que Foucault vio desarrollarse en la edad clásica»¹⁵.

A Foucault le causaba cierta perplejidad que se le considerara de modo retrospectivo parte de un «movimiento», en especial en 1974: «Cuando escribí el libro, era tan ignorante que no sabía que ya existiera en Inglaterra un movimiento antipsiquiátrico»¹⁶. Podía haberse perdonado su ignorancia; *The Divided Self* de Laing es de 1959, aunque la investigación parece derivarse de *Psychiatry and Anú-Psychiatry* de Cooper (1967), de la que apareció una traducción francesa en 1970. No había una razón real por la que un profesor universitario francés que trabajaba en Hamburgo tuviera que haber estado en contacto en 1960 con las corrientes de la psiquiatría inglesa que, a finales de los años cincuenta, debía todavía encontrar público fuera del medio profesional. Su popularización se produciría gracias a acontecimientos como el congreso sobre la «Dialéctica de la liberación», celebrado en la Roundhouse de Londres en julio de 1967¹⁷.

En Francia, la asociación con la antipsiquiatría se consolidó en *Le psychiatre, son 'fou'etlpsychanalyse* de Maud Mannoni (1970), que empleaba un marco claramente foucauldiano para describir la «segregación psiquiátrica» y sus efectos alienantes. Resulta significativo que Mannoni fue-

¹³ R. D. Laing, «The Invention of Madness», *New Statesman*, 16 de junio de 1967, página 843.

¹⁴ Edmund Leach, «Imprisoned by Madmen», *Listener*, 8 de junio de 1967, págs. 752 y 753; Hugh Freeman, «Anti-psychiatry Through History», 4 de mayo de 1967, páginas 665 y 666.

¹⁵ W. L. Pany-Jones, *British Journal of Social and Clinical Psychology*, 8, 1969, pág. 191.

¹⁶ «Carceri e manicomi nel consegno del potere».

¹⁷ David Cooper (ed.), *The Dialectic of Liberation*, Harmondsworth, Penguin, 1968.

ra uno de los pocos psicoanalistas que intentaran un acercamiento a los antipsiquiatras británicos, a quienes invitó a un congreso sobre la psicosis en 1967¹⁸, y su libro es un valiente intento de combinar el psicoanálisis lacaniano y las teorías de Laing en un modo viable de aproximación a los problemas de la psicoterapia institucional.

Existían diferencias obvias entre las posiciones de Foucault y las de Cooper y Laing. El primero no era psiquiatra, ni proponía formas alternativas de terapia. A diferencia de Cooper y Laing, no tenía especial interés por la esquizofrenia. E, irónicamente, la obra de éstos, como resulta evidente por su estudio sobre Sartre, se enraizaba profundamente en la tradición fenomenológica que tanto disgustaba a Foucault¹⁹. En 1969, las minucias de tales diferencias contaban menos que la similitud percibida.

Se le identificó aún más con la antipsiquiatría, definida en un sentido bastante diferente, cuando *Histoire de la folie* se discutió por extenso en un congreso organizado por Evolution Psychiatrique, la agrupación profesional de psiquiatras y psicoanalistas más antigua de Francia²⁰. Se invitó a Foucault a asistir al congreso, celebrado en Toulouse en diciembre de 1969, pero cortésmente declinó el ofrecimiento. En entrevistas posteriores, describió la discusión de su obra por esta agrupación como una «excomuniación», como un «tribunal psiquiátrico» establecido para denunciarlo como «un ideólogo, un burgués ideólogo»²¹.

Los que participaron en el debate de Toulouse no mostraron ternura hacia *Histoire de la folie* y, de hecho, se acusó a Foucault de haber «elaborado una concepción ideológica» de la locura, pero no se le llegó a acusar de ser «un ideólogo burgués». En sus comentarios de apertura, Henri Ey elogió a Foucault por su «erudición, valentía, estilo y lucidez extraordinarios», pero prosiguió acusándolo de «psiquiaticida»²². En la ponencia que después leyó al congreso, se extendía en ese comentario, para definir «psiquiaticidio» como «un genocidio con respecto al sistema de va-

¹⁸ Actas publicadas como «Enfance aliénée», *Recherches*, septiembre de 1967 y «Enfance aliénée II», *Recherches*, diciembre de 1968.

¹⁹ R. D. Laing y David Cooper, *Reason and Violence*, Londres [trad. esp.: *Razón y violencia: una década de pensamiento sartreano*, Barcelona, Paidós, 1984]; Laing, *The Divided Self*, Londres, Tavistock, 1959, lleva el subtítulo de «An existential Study in Sanity and Madness» y su primer capítulo trata de «The Existential-Phenomenological Foundations for a Science of Persons».

²⁰ Sobre los orígenes y la historia de Evolution Psychiatrique, véase Elisabeth Roudinesco, *La bataille de cent ans. Histoire de la psychanalyse en France*, vol. I, París, Ramsay, 1982, páginas 413-431. [Trad. esp.: *La batalla de los cien años*, Madrid, Fundamentos, 1993.]

²¹ «Du pouvoir» (entrevista con Pierre Boncenne, 1978), *L'Express*, 13 de julio de 1984; *Cotóqui con Foucault*, pág. 44.

²² «La conception idéologique de *Histoire de la folie* de Michel Foucault», *Evolution Psychiatrique*, tomo 36, fase. 2, abril-junio de 1971, págs. 225 y 226.

lores de la humanidad». En la perspectiva de Foucault «—llamémosla "ideológica"—, estar loco, parecer loco o ser tratado como loco no tiene nada que ver con ningún fenómeno natural: en la historia y en el tratamiento del concepto de enfermedad mental, parece como si su "patología" fuera puramente artificial y su terapia puramente social»²³. Ey no usaba «ideológico» en el sentido marxista, sino que lo hacía sinónimo de «idealista».

Otras contribuciones al debate fueron más severas, por decir algo de ellas. Henri Sztulman, que trazó un paralelo con la obra del estadounidense Thomas Szasz sobre la fabricación de la locura, acusó a Foucault de no tener un interés real en el loco: «No se oye ni un solo llanto humano en esos cientos de páginas, en el mundo cerrado y aséptico del pensamiento sin cuerpo en el que se mueve el señor Foucault»²⁴. Georges Daumézon, muy crítico con la precisión histórica del libro, lo acusó de confundir constantemente la locura como una «categoría del lenguaje cotidiano» con los «desórdenes mentales que son nuestra responsabilidad tratar». Quizá más significativo, le preocupaba el efecto que el libro estaba teniendo en los jóvenes psiquiatras, cuya «práctica diaria se estaba viendo influida por los tormentos que les infligía esta visión distorsionada», cuya «conducta cuando se enfrentaban a un paciente estaba dictada por su miedo a ser el carcelero médico descrito por Foucault»²⁵. H. Aubin declaró sin reservas: «Foucault es un antipsiquiatra porque el conjunto de su filosofía se inscribe dentro de la corriente revolucionaria, en la estela de Marcuse»²⁶.

Ocho años después de su publicación, *Histoire de la folie* seguía transmitiendo temblores al mundo psiquiátrico. Algunos de los ponentes no eran desconocidos para Foucault y hay algo personal en ciertos comentarios. Daumézon había sido profesor suyo a finales de los años cuarenta, y Ey le conocía un poco, ya que había hecho el prólogo a la traducción de *Der Gestaltkreis*, de Weizsaecker, en la que Foucault colaboró con Daniel Rocher en los años cincuenta. Con ochenta y tres años, Eugène Minkowski tenía edad más que suficiente —y lo suficiente de bibliógrafo— para recordar la introducción de Foucault a Binswanger, que se había mencionado rara vez en las publicaciones desde su aparición en 1954. Tuvo la generosidad necesaria para hablar de ello en términos bastante positivos en su contribución al debate, aunque le merecía poca simpatía el intento de Foucault de contemplar la locura como una completa «na-

²³ Henri Ey, «Commentaires critiques sur *VHistoire de la folie* de Michel Foucault», *ibid.*, págs. 256, 257.

²⁴ Henri Szulman, «Folie ou maladie mentale», *ibid.*, págs. 268, 277.

²⁵ Georges Daumézon, «Lecture historique de *VHistoire de la folie*», *ibid.*, págs. 228, 239.

²⁶ *Ibid.*, pág. 282.

nifestación de la vida humana» o por descuidar los datos clínicos²⁷. Si era un tribunal, los jueces conocían bastante bien al acusado. En los años cincuenta, Foucault había rechazado a sus mentores de psiquiatría y psicología. Ahora les tocaba a ellos rechazarlo y repudiarlo. La desatinada acusación de que formaba parte de la misma corriente que Herbert Marcuse, autor de *El hombre unidimensional*, sólo sirvió para pronunciar la opinión cada vez más extendida de que *Histoire de la folie* era parte de la contracultura radical.

A pesar de la hostilidad de *Évolution Psychiatrique* y su creciente reputación de izquierdista, Foucault continuó una carrera convencional y distinguida en muchos sentidos. Se dirigió a la Société Française de Philosophie y habló en las Journées Cuvier, celebradas en el Institut d' Histoire des Sciences en mayo de 1969²⁸. Aunque éste no fue un periodo particularmente productivo en cuanto a escritura, también redactó reseñas ocasionales, incluida una muy favorable sobre la *Différence et répétition*, de Deleuze²⁹. También estaba dispuesto a utilizar su prestigio creciente en favor de otros. Por ejemplo, cuando el hermano de Daniel Defert, Máxime, exhibió sus pinturas en la Galerie Daniel Templon, el breve catálogo iba prologado por él y la prensa publicó extractos³⁰.

L'archéologie du savoir apareció en la primavera de 1969, con una recepción callada y sin nada de la extensa publicidad que había rodeado a *Les mots et les choses*. Foucault concedió dos entrevistas sobre el libro, pacientemente explicó una vez más por qué utilizaba el término «arqueología» y reiteró su oposición al humanismo y a las visiones teológicas de la historia. También estaba ansioso por distanciarse del estructuralismo y por desafiar a los que le sumían en la más vaga de las etiquetas genéricas, al señalar a Jean-Michel Palmier de *Le Monde* que la *lengua* o el sistema lingüístico le resultaban de menor interés que las «operaciones» que producía dicho sistema. Cuando se le insistió en si había alguna similitud real entre su obra y la de Lévi-Strauss y Lacan, replicó incitante con un acertijo: «A los que usaron la misma etiqueta de "estructuralista" para referirse a obras diversas les toca decir hasta qué grado somos estructuralistas. Ya conoce la adivinanza: ¿cuál es la diferencia entre Bernard Shaw y Charlie Chaplin? No hay diferencia, porque ambos tienen barba, ¡excepto Chaplin, por supuesto!»³¹.

²⁷ «Intervención de E. Minkowski», *ibid.*, págs. 218, 283.

²⁸ «La situation de Cuvier dans l'histoire de la biologie», *Revue d'histoire des sciences et de leurs applications*, vol. XXIII, núm. 1, enero-marzo de 1970, págs. 63-92, seguido de una transcripción de la discusión generada.

²⁹ «Ariane s'est perdue», *Le Nouvel Observateur*, 31 de marzo de 1969, págs. 36 y 37.

³⁰ «Máxime Defert», *Les Lettres Françaises*, 8-14 de enero de 1969, pág. 28.

³¹ «La naissance d'un monde», entrevista con Jean-Michel Palmier, *Le Monde*, 3 de mayo

Las reseñas más importantes no las escribieron periodistas como Madeleine Chapsal, sino colegas como Châtelet y Duvignaud. El primero consideraba *L'archéologie* como un asalto a la cansada disciplina conocida como historia de las ideas, como una obra de demolición que trataba de liberar espacios y fuerzas, «romper la marejada enojosa de las escuelas de pensamiento humanista, subjetivista y empiricista, que obstruyen, con toda su inmensa buena voluntad, el camino que lleva a la destrucción de la ideología especulativa»³². En el *Nouvel Observateur*, Jean Duvignaud se refería a Foucault como un *flâneur*, «un viajero reacio a encerrarse en el gueto académico». La descripción es atractiva y no resulta impropia, como tampoco lo es que la obra de Foucault era menos «tranquilizadora» de lo que quizá pareciera a los que insistían en considerarlo un estructuralista o un discípulo de Wilhelm Dilthey y Ernst Cassirer (es decir, un historiador de las ideas). Sin embargo, aunque admiraba el libro y en particular su estilo, Duvignaud tenía dudas. Se centraban en la sugerencia de que «la totalidad de la experiencia» era reducible a lenguaje y que el análisis del discurso era el único medio de descubrir la existencia, y veía en ello una hipótesis común a Foucault, *Cahiers pour l'analyse* y *Tel Quel*. Preguntaba: «¿Y si el lenguaje no fuera más que uno de los modos posibles y necesarios de representar una experiencia anónima e infinita?»³³.

Quien realmente celebró al hombre que llamó «un nuevo archivero» fue Deleuze, quien escribió para *Critique*. Gran parte de su artículo-reseña es una rapsodia improvisada, inspirada por Foucault, más que un relato crítico del libro, pero emergen claramente varios puntos de la pléthora de metáforas espaciales. Para él, las páginas finales de esta «arqueología-poema» son un «llamamiento a una teoría general de las producciones, que debe mezclarse con una práctica revolucionaria en la que el "discurso" activo toma forma en el elemento de un "exterior" que es indiferente a mi vida y mi muerte»³⁴. Deleuze concluye citando las palabras de Boulez sobre Webern y sugiere que este juicio podría aplicarse también a Foucault y su estilo: «Él [Webern] creó una nueva dimensión, que

de 1969, pág. viii. Véase también la entrevista con Jean-Jacques Brochier, «Michel Foucault explique son dernier livre», *Magazine Littéraire*, 28, abril-mayo de 1969, págs. 23-25.

³² François Châtelet, «L'archéologie du savoir», *La Quinzaine Littéraire*, 1-15 de marzo de 1969, págs. 3 y 4.

³³ Jean Duvignaud, «Ce qui parle en nous, pour nous, mais sans nous», *Le Nouvel Observateur*, 21 de abril de 1969, págs. 42 y 43.

³⁴ Gilles Deleuze, «Un nouvel archivero», *Critique*, 274, marzo de 1970, págs. 195-209, reimpresso en forma de volumen, Montpellier, Fata Morgana, 1972. Ampliado y vuelto a publicar con el mismo título como primer capítulo de *Foucault*, París, Minuit, 1986. Se cita por esta edición.

³⁵ *Ibid.*, pág. 28, 22.

podríamos llamar dimensión diagonal, una especie de distribución de puntos, bloques o figuras que existen en el espacio, no en un plano»³⁶. La sugerencia no es muy luminosa, pero hace recordar sin duda que, según el mismo Foucault, la música de Boulez y Barraqué fue una de las cosas que le liberaron de la filosofía académica en la que fue educado de estudiante.

Las discusiones sobre *L'archéologie* no se extendieron mucho en la prensa, pero en esta etapa Foucault ya no necesitaba publicidad en los medios. La recepción otorgada a su libro por *Cahiers pour V analyse* y su asociación con Althusser y Canguilhem eran más que suficientes para consolidar su reputación en los círculos intelectuales que le importaban mucho más que los lectores de *L'Express*, por ejemplo. Estaba especialmente contento con la reseña-artículo que le había dedicado Dominique Lecourt, aparecida en *La Pensée* en abril de 1970. Aunque Lecourt no era miembro del Partido, *La Pensée* es un periódico del PCF; era la primera reseña no hostil sobre Foucault que aparecía en la prensa del Partido y señalaba la consolidación de la alianza Foucault-Althusser-Canguilhem³⁷. Lecourt criticaba que no adoptara una «posición de clase» en política; estaba convencido de que su «formación de discurso» era de hecho «una teoría materialista e histórica de las relaciones ideológicas y de la formación de los objetos ideológicos»³⁸.

Mientras tanto, Canguilhem estaba elaborando una noción de «ideología científica» influida, según reconocía, por los principios de positividad, científicidad y formalización de Althusser y Foucault³⁹. El entusiasmo por las teorías sobre las ideologías científicas no fue muy duradero, pero parece que por entonces cimentó una alianza importante.

Aunque nunca llegó a pertenecer a una organización política establecida y restringió sus actividades a formaciones específicas como el Groupe d'Information sur les Prisons, Foucault compartía muchos de los presupuestos de la generación de *gauchistas* más joven. Tenían la misma aversión por el PCF, pero originada por motivos bastante diferentes, ya que se basaba en que este partido, o el ex PCF, como solían denominarlo en esos círculos, había abandonado los principios básicos del marxismo y se había vuelto «revisiónista». La desconfianza y aversión de Foucault reflejaban su propio desencanto de los años cincuenta, sus experien-

³⁶ *Ibid.*, pág. 30.

³⁷ Una versión revisada del artículo apareció como «Sur l'archéologie du savoir (á propos de Michel Foucault)», en Lecourt, *Pour une critique de l'épistémologie*, París, Maspéro, 1972, págs. 98-133, Entrevista con Dominique Lecourt.

³⁸ *Ibid.*, págs. 113, 133.

³⁹ Georges Canguilhem, *Idéologie et rationalité dans l'histoire des sciences de la vie*, París, Vrin, 1988, págs. 9 y 10.

cias en Polonia y sus enfrentamientos con Roger Garaudy y los representantes del humanismo marxista, así como una revulsión hacia las ambiciones totalizadoras del marxismo, revisionista o no.

Aunque en su origen fue un término peyorativo aplicado por el PCF a quienes juzgaba irresponsables «izquierdistas», derivado de los comentarios de Lenin sobre el «desorden infantil» del «comunismo izquierdista», *gauchiste* pasó a designar de forma creciente a los innumerables grupos que se multiplicaron tras los sucesos de mayo, y en especial a los de tendencia maoísta y anarquista, aunque a veces también se incluía a los grupos trotskistas. El trotskismo organizado carecía de interés para Foucault, pero no cabe duda de que en el *gauchismo* veía ciertos atractivos. Se había politizado por lo que había visto y experimentado en Túnez, y Daniel Defert ya se movía en los círculos gauchistas. En términos generales, mayo había conducido a que se extendiera la noción de lo político: locura, sexualidad, prisión podían considerarse ahora temas políticos de un modo que no habría sido posible en los años cincuenta y comienzos de los sesenta. Como expresó Foucault:

La frontera de la política ha cambiado, y temas como psiquiatría, encierro y medicación de una población se han convertido en problemas políticos. Con lo que ha venido pasando en los últimos años, los grupos políticos se han visto obligados a integrar esos dominios en su acción, y nos hemos acercado, no porque yo haya cambiado —no estoy alardeando; me gustaría cambiar—, sino porque creo que puedo decir con cierto orgullo en este caso que es la política la que ha venido a mí⁴⁰.

En términos ideológicos generales, se encontraba ahora próximo a la Gauche Prolétarienne, el más famoso y dinámico de los grupos maoístas con estilo propio.

La Gauche Prolétarienne, que tomó su nombre del aplicado a los «rebeldes» que se oponían a los «capitalistas» en la Revolución Cultural China, creció por la fusión de los elementos pertenecientes a dos grupos gauchistas en la primavera de 1969. Su establecimiento formal data de septiembre de 1968, principalmente con la afiliación de los miembros de la UJC(ml) (Union des Jeunes Communistes [marxiste-léniniste]), pero cobró vida real cuando se le unieron elementos del Mouvement du 22 Mars. La UJC(ml), cuya presencia en la ENS era muy importante, había sido muy influida por las lecturas que hacía Althusser de Marx y en especial por el lugar que otorgaba a Mao en el mapa filosófico en «Contra-

«Carceri et manicomi nel consegna del potere», pág. 6.

dicción y sobredeterminación»⁴¹. Para Althusser, heredó una obsesión por el rigor y la obsesión que, una vez que esparce su apariencia filosófica, se traduce con facilidad en fanatismo sectarista. El grupo del 22 Mars tuvo su origen en Nanterre, encabezado por Daniel Cohn-Bendit, y siempre se le ha caracterizado por el hincapié que ponía en la espontaneidad. La combinación de maoísmo y espontaneidad dio como resultado una ideología volátil y violenta en potencia. En algunos barrios, también significó que a los jóvenes maoístas se les conociese con desprecio como la Spontex de Mao.

Aunque era maoísta de nombre, la GP mostraba algunos rasgos ideológicos peculiares. La mayoría de los grupos y partidos maoístas, incluido el Parti Communiste Marxiste-Léniniste Français, romo desde el punto de vista dogmático, trazaban su pasado desde Marx y Engels, pasando por Lenin y, con grados diversos de vergüenza, por Stalin, hasta Mao. La GP borró de su pedigrí a Lenin y Stalin, no por hacer alguna concesión al liberalismo, sino por su rechazo a la aprobación que éste había otorgado en *¿Qué se debe hacer?* a la tesis de Karl Kautsky de que «el vehículo de la ciencia no es el proletariado, sino la *intelligentsia burguesa*»⁴², y su insistencia en que el movimiento revolucionario no podía basarse sólo en los instintos espontáneos del proletariado. Como expresó uno de sus miembros, conocido como «Jean», en una entrevista: «Un maoísta no tiene nada que enseñar a las masas. Lo que tiene que hacer es tratar de liberar las iniciativas de las masas, por lo que entendemos ayudar a las masas a combatir las viejas ideas burguesas. ¿Cómo? Comenzado con las ideas correctas, pero quizá confusas, que han de encontrarse entre las masas»⁴³.

Aunque sus dirigentes y la mayoría de sus afiliados eran «intelectuales» por definición, la GP era resueltamente antiintelectual. En la medida en que el intelectual tenía un papel, era de autorrenunciamento. El papel modelo era el del *établi*, el joven intelectual que consigue trabajar en una fábrica y se «establece» en el proletariado. Según «Jean», «los maoístas actúan un poco como catalizadores: se mezclan con el pueblo y tratan de ayudarlo a organizarse. Pero es el mismo pueblo, el pueblo solo, el que marcha hacia la Revolución»⁴⁴. Hasta quienes formulaban la noción tendían a veces a pensar en términos de imágenes literarias, como Jean, cuyas propias teorías le recordaban *Germinal* de Zola: «El muchacho

⁴¹ Althusser, *For Marx*, págs. 87-128.

⁴² V. I. Lenin, *What is to be done? Selected Works*, Moscú, Editorial Progreso, 1963, vol. I, pág. 150.

⁴³ Michéle Manceaux, *Les «Maos» en France*, París, Gallimard, 1972, pág. 49.

⁴⁴ *Ibid.*, pág. 20.

que cae en las minas del norte acaba ganándose la confianza de las masas, liberando su entusiasmo»⁴⁵.

Por entonces, a los miembros de la GP les habría horrorizado la sugerencia de que su posición tenía unos matices profundamente religiosos, pero resulta casi imposible no recordar la búsqueda de Simone Weil, antes de la guerra, de una santidad contemporánea en la fábrica⁴⁶, o los experimentos de los curas obreros a comienzos de los años cincuenta. La práctica no era un invento de la GP, ya había sido adoptada por la UJM(ml) y se hizo más común cuando los militantes decidieron marcharse del Barrio Latino a las fábricas el verano de 1968. El intento de ser un *établi* solía resultar brutalmente destructivo para los intereses individuales. Quizá el mejor relato sea la novela autobiográfica de Robert Linhart sobre los años que pasó en la planta de ventas de la fábrica de Citroën en Porte de Choissy, una historia de embrutecimiento y agotamiento físico que le condujo al desequilibrio mental y a años de depresión crónica⁴⁷.

Foucault no suscribía la mitología del *établi* y habló con desaprobación a Defert del movimiento hacia las fábricas, argumentando que mayo habría logrado unos efectos de mayor alcance en la esfera del conocimiento si la lucha se hubiera concentrado en las universidades. No le interesaban las interpretaciones arcanas de Lenin. Tampoco compartía el entusiasmo existente por «estudiar el pensamiento de Mao Tse-tung», actividad que le parecía de poco sentido. No obstante, iba a hacer muchos amigos en el entorno gauchista y a alejarse de otros antiguos como Klosowski, a medida que fue aumentando su actividad política. Escribió alguna vez para el periódico de la GP, *La Cause du Peuple*, y participó al menos en algunas de sus actividades. Los atractivos eran considerables. El gauchismo y la GP en particular ofrecían una imagen atrayente de la rebelión desnuda contra la autoridad, que no carecía de matices nietzscheanos, y también de la dureza de los jóvenes luchadores callejeros, ya que la GP no era nada más que una organización de hombres. Si hubiera diseñado un icono, habría sido un joven con chaqueta de cuero ajustada, botas y un casco, desafiando las líneas de la policía. Algunas de esas filas de policías se iban a desplazar a Vincennes.

La Universidad de Vincennes, conocida oficialmente como Centro Universitario Experimental de Vincennes, era hija de Mayo del 68 y del ministro de Educación, Edgar Faure. Parecía responder a muchas de las demandas expresadas en mayo: era interdisciplinaria, introducía nuevos

Ibid., pág. 23.

Simone Weil, *La condition ouvrière*, París, Gallimard, 1951.

Robert Linhart, *L'Établi*, París, Minuit, 1978; entrevista con Daniel Defert.

cursos sobre cine, semiótica y psicoanálisis, y era la primera universidad francesa en abrir sus puertas a candidatos que no tenían el *baccalauréat*. Por todo ello, logró atraer a un número considerable de asalariados y gente que no pertenecía al ámbito normal de selección.

Vincennes fue afectada de inmediato por la otra innovación de Faure: la *loi d'orientation* del 12 de noviembre de 1968. Esta ley introducía cambios importantes en la administración de la universidad y se deshacía del sistema previo por el cual las universidades estaban gobernadas por un decano, un secretario general y un consejo de catedráticos. Las facultades y departamentos existentes fueron reemplazados, en primer lugar, por Unités d'Enseignement et de Recherche, que se esperaba que se agrupasen en universidades en fecha posterior y que evolucionaran a instituciones designadas como París VIII (Vincennes) y así sucesivamente. Las UER iban a ser gobernadas mediante consejos electos que representarían al cuerpo estudiantil, al docente y a la administración.

El principio subyacente era el de la «participación», que iba a causar tantos problemas a Vincennes en sus primeros años. La participación se había convertido en el lema del gaullismo en sus fases últimas, y fue adoptado a su debido tiempo por Pompidou. El lema de la participación fue lanzado por De Gaulle en una alocución pronunciada el 24 de mayo de 1968 y hacía referencia a los esquemas de beneficios compartidos y a una vaga noción de cogestión. De inmediato se denunció como una trampa la «participación» en la gestión de la industria: un cartel creado en la Ecole des Beaux Arts lucía la declinación: «Yo participo, tú participas, nosotros participamos, él se beneficia.» La extensión de la «participación» al sector de la educación superior no iba a carecer de problemas. En términos generales, el PCF apoyaba la idea de participación porque haría la educación superior más democrática. Tampoco le pasaba desapercibido que podría explotarla para sus propios fines. Como Foucault solía sostener por entonces, el PCF quizá no estuviera interesado en incautarse del poder, pero ciertamente sí lo estaba en obtener posiciones de poder⁴⁸. Emmanuel Terray, que enseñaba antropología en Vincennes, sometió a consideración su rechazo a la ley de Faure en *Le Monde*, argumentando que la ideología de la participación era una «resurrección de la antigua ideología liberal: consistía en negar la realidad del antagonismo de clases y afirmar que los ciudadanos de una nación —o los miembros de una empresa— tienen el mismo interés en su prosperidad»⁴⁹.

En términos administrativos, la nueva universidad existió como tal desde octubre de 1968, pero hasta enero siguiente no se empezó la tarea

Entrevista con Daniel Defert.

Emmanuel Terray, «Nous n'irons pas voter», *Le Monde*, 12 de enero de 1969, pág. 10.

docente. Raymond Las Vergnas, decano de la Sorbona, fue el responsable de su organización y de presidir la Comisión d'Orientation. Sus miembros eran todos de prestigio e incluían a Barthes, Derrida, Le Roy Ladurie y Canguilhem. Fue quien eligió los primeros profesores de la universidad, que, a su vez, formaron el *noyau cooptant* (núcleo de elección) que seleccionó a la plantilla docente. Foucault fue elegido para el *noyau* el 25 de octubre por recomendación de Canguilhem. Entre sus compañeros estaban Robert Castel y Jean-Claude Passeron en sociología, Jacques Droz en historia y Hélène Cixous en inglés. La última, mejor conocida por entonces como especialista en Joyce que como novelista feminista, se iba a convertir en una amiga especialmente íntima⁵⁰.

Foucault era una elección bastante obvia para la cátedra de filosofía y su nombramiento había sido recomendado a Las Vergnas por Canguilhem. Pero hubo un embrollo burocrático. Como miembro del grupo elector, Foucault, desde el punto de vista técnico, no podía elegirse a sí mismo para una cátedra; así pues, tuvo que renunciar al *noyau* para ser elegido por sus compañeros. Diez de los once miembros votaron a su favor; el número once estaba ausente. A comienzos de diciembre, su nombramiento como profesor de filosofía de Vincennes era oficial⁵¹.

No había nada sorprendente en ello. *Les mots et les choses* le había proporcionado un prestigio inmenso y ahora era probablemente el más distinguido, y sin duda el mejor conocido, filósofo de su generación. A ojos del ministerio, no presentaba problemas políticos y no había tomado parte en los sucesos de mayo. Tampoco había hablado en público de sus experiencias en Túnez. Es también posible que su amistad con Burin des Roziers le diera cierta reputación en los círculos gubernamentales. A los ojos de los gauchistas que iban a desempeñar un papel tan activo en Vincennes, sin embargo, su ausencia por estar en Túnez le había comprometido seriamente. En el otoño de 1968, no haber participado en Mayo era casi tan dañino como admitir en 1954 que no se había participado en la Resistencia. Era común que los jóvenes profesores comenzaran los cursos describiendo lo que habían hecho durante los sucesos; la ostentación de honores de batalla no siempre implicaba un gran cambio en el plano de la práctica pedagógica. Foucault estaba convencido de que él se había arriesgado más en Túnez que cualquiera en las barricadas parisienses, pero resistía cauteloso la tentación de decirlo en público.

Si Foucault disfrutaba de la confianza ministerial, los nombramien-

⁵⁰ Hélène Cixous, *L'exil de James Joyce ou l'art du remplacement* París, Grasset, 68. La primera obra de ficción de Cixous fue *Leprénom de Dieu*, una colección de historias cortas publicada en 1967.

⁵¹ Eribon, *Michel Foucault*, págs. 216 y 217.

tos que hizo para el departamento de filosofía deben haberla hecho tambalearse un poco. La oportunidad de crear *ex nihilo* un nuevo departamento en una nueva universidad le dio mucho poder y lo utilizó con una habilidad que impresionó a los que le rodeaban. Como había hecho cuando nombró a Defer ayudante suyo en Clermont-Ferrand, en cierto sentido, explotó su poder: conocía en persona a todos sus elegidos y no hubo signos de seguir una política de selección abierta. Mientras tanto, a Daniel Defert se le alejó de filosofía y se le asignó un puesto en el departamento de sociología de Castel, donde pronto adquirió reputación como profesor altamente competente y popular. Este cambio de dirección académica no era poco usual; no existe *agrégation* en sociología, y muchos de los mejores sociólogos de Francia, como Bourdieu, son *agregados de filosofía*. Como Anzieu en Nanterre, Foucault estaba determinado a seleccionar los mejores componentes de la generación en alza. También se dirigió a algunos de sus contemporáneos. Deleuze declinó la invitación de ir a Vincennes por motivos de salud: sus problemas respiratorios recurrentes lo hacían imposible y no llegó hasta dos años después. Michel Serres, René Schérer y François Châtelet aceptaron con entusiasmo. Lo mismo hizo Jeannette Colombel, profesora de un *lycée* de Lyon que había conocido a Foucault en la *soutenance de thèse* de Deleuze; resulta evidente que éste había decidido pasar por alto su crítica a *Les mots et les choses* de 1967. El resto de la plantilla pertenecía a una generación más joven y militante. Étienne Balibar, uno de los jóvenes coautores de *Lire Le Capital* de Althusser, procedente de un *lycée* del extrarradio, también fue contratado y a él se unieron Alain Badiou, que aconsejó a Foucault sobre candidatos posibles, y Jacques Rancière, también coautor de *Lire Le Capital*.

Fue el psicoanálisis más que la filosofía lo que se convirtió en la fuente real de controversia. En Vincennes, psicoanálisis y filosofía iban a existir en una curiosa simbiosis. En julio de 1968, Serge Leclaire, estrecho colaborador de Lacan y una de las figuras más respetadas por toda la comunidad analítica, inició conversaciones con Las Vergnas sobre la posible creación de un departamento de psicoanálisis en Vincennes.

Desde 1945, el psicoanálisis había comenzado a hacer incursiones en las universidades, principalmente gracias a los esfuerzos de Lagache, pero seguía siendo habitual que se enseñara bajo el epígrafe de psicología general o clínica. En Nanterre, Didier Anzieu tenía cierta libertad para dedicarse a sus intereses psicoanalíticos y desarrollarlos, pero la Sorbona seguía bajo la influencia de una tradición psicológica que debía bastante más a Janet que a Freud. En Censier, Jean Laplanche acabó logrando establecer un Laboratorio de Psicoanálisis y Psicopatología; su docencia se centraba en la lectura y la exégesis conceptual de Freud de un modo

que evocaba el *Language of Psychoanalysis*⁵². La importación del psicoanálisis a Vincennes iba a tomar un curso bastante diferente. Las conversaciones de Leclaire con Las Vergnas se ampliaron a un grupo consultivo que incluía a Cixous, Derrida, Canguilhem y Foucault, en calidad de catedrático de filosofía. Leclaire pretendía crear un espacio para el psicoanálisis más que un departamento como tal, y Vincennes se convirtió en la primera universidad francesa que enseñó psicoanálisis sin que se hallara incluido en medicina o psicología.

El papel de Foucault fue crucial. Apoyó a Leclaire y en principio se estableció el departamento de psicoanálisis como parte constituyente del de filosofía⁵³. La relación de Foucault con esta disciplina había sido siempre ambivalente y ciertamente no confiaba en el lacanianismo de línea dura que se iba a hacer dominante en Vincennes. Según Robert Castel, su motivo real era el deseo de evitar el establecimiento de un departamento de psicología que fuera experimental y conductista. También sospechaba que podría proporcionar una cabeza de puente al PCF⁵⁴.

El departamento de psicoanálisis estaba dirigido por Serge Leclaire. Uno de los profesores elegidos tanto por él como por Foucault iba a resultar controvertido e importante. Jacques-Alain Miller daba clases en Besançon y se había afiliado a la GP en la primavera de 1969. Parece que no era el primer candidato de Leclaire, sino que se le ofreció el puesto cuando otras figuras más veteranas declinaron la invitación de unírseles en los bosques de Vincennes. Al conocer su pertenencia a un grupo cuyos objetivos declarados incluían la destrucción de la universidad, Leclaire sugirió que se fuera a filosofía. Miller decidió permanecer en psicoanálisis, donde se le unieron su mujer Judith y su hermano Gérard. Aunque formaba parte de la escuela de Lacan, no era psicoanalista y por entonces no se había psicoanalizado, hecho que habría determinado a desestimar su participación en la docencia ofrecida por cualquier instituto convencional de psicoanálisis. Su capacidad real era al mismo tiempo teórica, política y personal. Como editor de *Cahiers pour l'analyse*, había influido en la promoción de una rama del psicoanálisis que debía tanto a la lógica normal como a Lacan, y entonces era miembro de la GP. Su mujer, Judith, era hija de Lacan.

La propia actitud de Lacan hacia el experimento de Vincennes no dejaba de ser ambigua. Por un lado, el nuevo departamento le proporciona-

⁵² Roudinesco, *Jacques Lacan & Co.*, París 550-551. Véase J. Laplanche y J. B. Pontalis, *The Language of Psycho-analysis*, trad. de Donald Nicholson-Smith, Londres, The Hogarth Press and The Institute of Psycho-analysis, 1973.

⁵³ Roudinesco, *Jacques Lacan in Co.*, págs. 552 y 553.

⁵⁴ Entrevista con Robert Castel.

ba sin duda una plataforma para la difusión de sus teorías; por otro, representaba una amenaza potencial a la autoridad central de su seminario y de la Ecole Freudienne de París, agobiada por la crisis. Tuvo poca participación en el departamento y su único encuentro con los estudiantes de Vincennes terminó en una espectacular demostración de caos. En diciembre de 1969, efectuó la primera de cuatro visitas planeadas a la nueva universidad. Se le pidieron explicaciones sobre numerosos temas, en especial sobre la inutilidad de seguir cursos de psicoanálisis que no proporcionaban ninguna capacidad psicoanalítica. Hubo un incidente en el que un estudiante empezó a desnudarse y Lacan, que había visto recientemente en el Teatro Viviente una explotación de la desnudez en escena bastante más atrevida, le incitó a que tuviera el valor de desnudarse por completo. Luego el psicoanalista acusó a los *Vincennes* de ser esclavos del régimen de Pompidou: «¿Tampoco comprendéis eso? El régimen os está exhibiendo. Esta diciendo: *Miradlos venir*. Adiós por hoy. *Bye* [el inglés en el original]. Hemos acabado»⁵⁵.

Si Foucault seguía disfrutando de la confianza ministerial, debe haberse tambaleado algo por sus elecciones. Y tuvo repercusiones en la primavera de 1969: tenía concertadas conferencias en el Instituto Francés de Londres y en dos universidades británicas, pero cuando fue al Quai d'Orsay a concretar los arreglos definitivos para el viaje, se le informó que había sido cancelado por instrucciones ministeriales. La historia se filtró a *Le Nouvel Observateur*, donde Patrick Lorient asumió que Faure estaba detrás de la cancelación y que se estaba impidiendo que Foucault hablara contra la *loi d'orientation*⁵⁶. Entonces éste escribió a la revista, declarando que había sido Michel Debré quien había cancelado la visita para evitar «cuestiones y discusiones que pudieran poner en aprietos a la embajada francesa. Así pues, el público inglés no ha sido menos censurado que yo»⁵⁷. La fuente de esta filtración era sin duda el mismo Foucault, y la carta siguiente parece haber sido un acto de provocación deliberada.

La política de los nombramientos efectuados por Foucault es intrigante. Representan un amplio espectro político, que se extiende del PCF (Balibar) a una variedad extrema de maoísmo (los Miller) y se completa, sorprendentemente, con el trotskismo (Henri Weber). Aunque de izquierdas, Serres y Châtelet no tenían lealtades sectoriales particulares. Didier Eribon sostiene que el objetivo de Foucault era asegurar un balance polí-

⁵⁵ Jacques Lacan, *Le Séminaire. Livre XVII. L'Envers de la psychanalyse*, París, Seuil, 1991, pág. 240. [Trad. esp.: *El seminario. Tomo XVII. El reverso del psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1992.]

⁵⁶ «Une petite histoire», *Le Nouvel Observateur*, 17 de marzo de 1969, pág. 43.

⁵⁷ «Precisión», *Le Nouvel Observateur*, 31 de mayo de 1969.

tico y utilizar la moderación de unos para paliar el extremismo de otros⁵⁸. Su interpretación resulta verosímil, pero Defert sugiere otra bastante diferente. La mayoría de los candidatos de Foucault tenían dificultades de algún tipo con la camarilla educativa. Los Miller habían encontrado problemas políticos en Besancon y habían sido marginados. La carrera de Rene Schérer, especialista en Fourier que había conocido a Foucault cuando ambos formaron parte de un tribunal de *baccalauréat* a comienzos de los años sesenta, estaba en peligro por su supuesta participación en un escándalo de pedofilia. La obra de Châtelet era muy poco apreciada por la camarilla de la Sorbona. A Balibar, Vincennes le proporcionó un bienvenido escape del sector de la segunda enseñanza (debido a retrasos administrativos, nunca llegó a ratificarse su nombramiento; dio un seminario en Vincennes, pero desde el punto de vista oficial siguió siendo profesor de *lycée*). En su opinión Foucault trataba de crear un espacio en el que individuos que habían sido marginados por el sistema pudieran trabajar sin las restricciones que hallaban en otros lugares. Por otra parte, Étienne Balibar recuerda una discusión en la rae de Vaugirard en la que Foucault habló de reunir a los representantes de la nueva filosofía francesa y de seleccionar «especialistas en el poder» y «especialistas en conocimiento». Sean cuales fueren sus motivos precisos, consiguió crear un avispero político⁵⁹.

La universidad se edificó en el Bois de Vincennes, sobre un terreno cedido por el ejército durante un periodo de diez años. En el verano y otoño de 1968 brotaron con una velocidad notable los edificios prefabricados. Eran modernos y estaban bien equipados. Por primera vez, se dotaba a una universidad francesa con equipos de televisión y con teléfonos públicos en los pasillos. Las aulas tenían moqueta y el restaurante pronto disfrutó de una buena reputación. Sin embargo, Vincennes estaba muy aislada. El centro experimental estaba muy lejos de la estación de metro más próxima en el Château de Vincennes, y su servicio de autobús era inadecuado. Muchos estudiantes se veían obligados a hacer autoestop (y pronto se hizo evidente que era una práctica algo peligrosa, en especial para las mujeres) para asistir a clase. Sin duda, el problema era más agudo para los estudiantes de tiempo parcial que acudían a clase por la tarde, cuando no funcionaba el servicio de autobús. La situación física de la universidad le confería una cierta apariencia de gueto de lujo. Como señaló un estudiante, realista y cínico: «La administración habla de una universidad experimental, pero la única experiencia que aquí se da es comprobar si el gobierno puede tomar a un grupo de estudiantes de izquierdas y conseguir que no causen dificultades dándoles un patio donde pe-

Eribon, *Michel Foucault*, pág. 216.
Entrevistas con Daniel Defert y Etienne Balibar.

learnse»⁶⁰. Al principio, no resultó fácil que se matriculasen alumnos. Para Navidades, sólo lo habían hecho 2.000 y se temía que no se lograra un número suficiente para hacer el proyecto viable. Pero los temores resultaron infundados. En enero de 1969, se habían matriculado más de 5.000 estudiantes y la nueva universidad estaba casi repleta cuando abrió sus puertas.

El asunto de la participación no fue el que proporcionó la chispa inicial para la explosión inevitable. Fue el recuerdo de Mayo del 68. El 23 de enero de 1969, la administración del colegio prohibió a un grupo de estudiantes del Lycée Sainí-Louis, situado en el boulevard Saint-Michel, que vieran varias películas sobre los sucesos de mayo, y cortaron la electricidad. Se hizo una derivación ilegal de la fuente de energía y se continuó con el pase de la película. Se siguió un choque con la policía casi ritual y los estudiantes cruzaron el boulevard y entraron en el atrio de la Sorbona. Allí se estaba realizando un mitin para protestar por las becas insuficientes. Se votó de forma aplastante la propuesta de ocupar el rectorado, que estaba adjunto a la Sorbona, en protesta por los hechos del *lycée*. El rectorado fue debidamente ocupado por unos 150 alumnos y llegó la policía, que acordonó la zona circundante a la Sorbona y desalojó a los que protestaban. Hubo treinta y seis detenciones y continuaron los enfrentamientos esporádicos hasta el final de la tarde.

La noticia de estos sucesos en el Barrio Latino pronto alcanzó Vincennes, donde un mitin general tumultuoso votó por la ocupación de inmediato. Se tomó el edificio D y se levantaron barricadas en las entradas y escaleras, utilizando para estas fortificaciones varios de los famosos equipos de televisión. Uno de los que participaron en levantar las barricadas fue Foucault, vestido con un traje blanco de pana e incitado hábilmente por Deferí. Poco después, el edificio fue rodeado por 2.000 policías con todo su equipo antidisturbios. Se dio un ultimátum: los estudiantes podían abandonar libremente el edificio o afrontar las consecuencias. La mayoría eligió la última alternativa.

A la una y media de la madrugada llegó el ataque. Se dispararon bombas lacrimógenas a través de las ventanas y estalló una batalla a gran escala. Deferí y Foucault se replegaron escaleras arriba y bloquearon el paso tras de sí; luego se unieron a los que arrojaban misiles diversos desde el techo. Foucault, en frases de Deferí, se divertía como un loco y sin duda experimentaba un «placer de destrucción» definilivameníe nieízscheano⁶¹.

⁶⁰ Citado en Sherry Turkle, *Psychoanalytk Politics: Jacques Lacón and Freud's French Revolution*, Londres, Burnet Books en asociación con André Deutsch, 1979, pág. 175.

⁶¹ Friedrich Nietzsche, *Twilight of the Idok*, trad. de R. J. Hollingdale, Harmondsworth, Penguin, 1968, pág. 110. [Trad. esp.: *Elocaso debsídobs*, Barcelona, Tusquets, 1983.]

El resultado de la primera batalla de Vincennes fue el inevitable, y unas 220 personas fueron pronto agrupadas en el salón de actos principal. Dos de los últimos en llegar fueron Defert y Foucault, tosiendo por los efectos del gas. Todos fueron conducidos al centro policial de la rue Beaujon, donde se les retuvo unas cuantas horas y después se les puso en libertad, a la mayoría sin cargos. Foucault había sido detenido por primera vez, y su posición ante sus colegas y camaradas gauchistas resultó realzada en consonancia.

Como consecuencia de la ocupación de la Sorbona, veinticuatro estudiantes fueron expulsados de la universidad durante un año y se discutió abiertamente la posibilidad de que fueran llamados a filas antes para cumplir su servicio militar. Los estudiantes disfrutaban del privilegio de poder retrasarlo y era parte axiomática del folclore gauchista que los militantes que eran reclutados en esas condiciones lo pasarían mal. El 11 de febrero, 3.000 personas se apiñaron en la Mutualité para celebrar un mitin en protesta, que terminó a media noche con las notas de la *Internacional*. Entre los oradores estaban Sartre y Foucault, que entraba en la escena política por primera vez. Fue en esta ocasión cuando aparecieron los primeros indicios de que la posición de Sartre entre los gauchistas no era incontestable; cuando alcanzó el estrado, encontró una nota diciendo que «fuera breve». Con una bandera en la que se leía «Non a l'Université policière» como telón de fondo, Sartre denunció brevemente la «participación» como un juego de escamoteo, pero más tarde admitió que su intento de analizar la ley Faure había decepcionado al público; para ellos, el problema ahora era cómo enfrentar la violencia con violencia, no cómo analizar leyes⁶².

No hay constancia exacta de lo que dijo Foucault. Según la prensa contemporánea, declaró con cierta doblez que los estudiantes no habían causado ningún daño, que todo lo que había ocurrido era el resultado de la provocación policial y que los estudiantes se habían encontrado enfrentados a una política de represión calculada⁶³. Defert recuerda una alocución bastante diferente, en la que Foucault aconsejó el modo adecuado de utilizar los equipos televisivos para construir barricadas. Dado el clima del mitin, los presentes quizá no se dieron cuenta de que era el escenario de un encuentro significativo. No sólo estaban Sartre y Foucault compartiendo un estrado público por primera vez; era la primera vez que se encontraban.

Este mitin no fue la única protesta de Foucault. El mismo día, se envió una carta al rector de la Academia de París:

⁶² Véase Jean-Paul Sartre, «La Jeunesse piégée», en *Situations VIII*, París, Gallimard, 1972, págs. 239-261.

⁶³ *Le Monde*, 12 de febrero de 1969.

Somos algunos de los profesores que ocuparon las instalaciones con los estudiantes, por las mismas razones que ellos. Nuestra solidaridad es absoluta con la acción que acometieron, nuestro comportamiento fue igual al suyo en esa ocasión y no aceptamos que se haga ninguna distinción entre su caso y el nuestro.

Así pues, le pedimos que afronte sus responsabilidades como lo hemos hecho nosotros y que tome las medidas disciplinarias que proporcione la ley, en la medida en que existan.

La carta, que fue publicada en la prensa⁶⁴, estaba firmada por Alain Badiou, Daniel Defert, Michel Foucault, Sylvain Lazaras, Judith Miller, Viviane Regnot y Emmanuel Terray. El rector no respondió a la provocación.

Tras la primera ocupación, Vincennes se hizo rápidamente famosa. Las Vergnas renunció y fue reemplazado por el inspector general Seité, que resultó tan incapaz de calmar la situación como su predecesor. Las condiciones físicas se deterioraban de prisa: el vandalismo, la mayor parte de las veces de inspiración política, era desenfrenado y las pintadas militantes agresivas cubrían toda superficie disponible. El rasgo más famoso de la universidad era el «zoco», un mercado improvisado y oficioso que floreció en las instalaciones. Se vendían bocadillos de *merguez* (salchichas de cordero muy condimentadas, del norte de África) y discos, junto con una mezcla de artículos políticos y hippies. Se desarrolló un activo mercado de libros de segunda mano, muchos de ellos robados en la librería de Maspero del Barrio Latino, Joie de Lire, que seguía la política deliberada de no perseguir a los rateros. Los libros de la biblioteca de Vincennes empezaron a desaparecer a una velocidad alarmante, sin duda ayudando a aumentar el trasiego del zoco. Era bastante fácil conseguir drogas. La universidad que iba a haber mostrado el camino para los finales del siglo xx se volvía caótica a toda velocidad. Había una presencia policial regular en el campus y Foucault, para su regocijo, era seguido con frecuencia por algunos números, que lo confundían con un «líder» maoísta.

Sin duda, el tema de la «participación» era central en la vida de Vincennes, pero quedaba opacado por las amplias diferencias ideológicas. Para la minoría trotskista encabezada por Weber, Vincennes ofrecía la oportunidad de convertir un gueto izquierdista en una «base roja» y de transformar la vanguardia de la universidad burguesa en el vínculo más débil del sistema⁶⁵. La corriente más extrema hallaba expresión en el ampuloso Comité

⁶⁴ *Ibid.*

⁶⁵ Hamon and Rotman, *Génération II*, págs. 57 y 58.

de base pour Pabolition du salariat et la destruction de l'Université, organizado por Jean-Marc Salmón, Jean-Paul Dollé y André Glucksman.

Nacido en 1937, Glucksman era mucho mayor que sus camaradas y, desde el punto de vista oficial, investigador del CNRS. Había estudiado con Raymond Aron y abogaba por un gauchismo extremo. Como su nombre indica, el objetivo del Comité era la destrucción de la universidad y la abolición del sistema de salarios. Lo último era poco probable que se lograra en Vincennes, pero lo primero no era completamente imposible. Para el Comité de Base, la destrucción de la universidad era un largo proceso que requería un entendimiento, por parte de las «masas estudiantiles», de la inutilidad de esta institución, su sistema de exámenes y su «enseñanza pervertida»⁶⁶. Muchos miembros de Gauche Prolétarienne sostenían opiniones similares, en especial Judith Miller, quien imprudentemente dijo a dos mujeres que investigaban para escribir un libro sobre la crisis en la educación:

Haré todo lo que pueda para conseguir que [la universidad] funcione cada vez peor. La universidad es un aparato del Estado, un fragmento de la sociedad capitalista y lo que parece ser el paraíso del liberalismo no lo es en absoluto. No creo que pueda destruirse sin el conjunto del sistema. Todo lo que se puede hacer es conseguir que funcione lo menos posible.

Sus comentarios aparecieron en un artículo de revista que parece que leyó el mismo Pompidou. Por su insistencia, el sucesor de Edgar Faure, Oliver Guichard, la despidió con presteza y Miller regresó al sector de la segunda enseñanza⁶⁷.

Tras las impetuosas declaraciones de Miller yacía el tema muy real de las unidades de curso modulares, llamadas *unités de vakur* en la terminología introducida por la *loi d'orientation*. Para obtener la licenciatura, los estudiantes debían acumular treinta *unités*, veinte de una disciplina principal, como la filosofía, y diez de una subordinada, como el psicoanálisis. El examen y la concesión de créditos pronto se volvieron casi una farsa, en particular en el curso de Judith Miller; se concedían los créditos a petición de los alumnos matriculados en los cursos, aunque no hubieran asistido a una sola clase. Para la GP, esto formaba parte de la destrucción de la universidad; para los demás, llevó a la creciente convicción de que una licenciatura de Vincennes casi no tenía valor.

⁶⁶ *Ibil*, pág. 58.

⁶⁷ Citado en Roudinesco, *Jacques Lacan & Co.*, pág. 558. Se trata del libro de Michèle Manceaux y Madeleine Chapsal, *Les professeurs, pourquoi/aire?*, París, Seuil, 1970. Véase *L'Express*, 16-22 de marzo de 1970.

La hostilidad hacia el PCF podía manifestarse con violencia física por parte de quienes estaban convencidos de que participaban en su propia Revolución Cultural. No era desconocido para los miembros del Partido tener que bajar las escaleras mientras sus adversarios políticos les escupían⁶⁸. En el verano de 1970, cuando el tema de la «participación» estaba en su punto culminante, un mitin de los estudiantes de Rancière votó excluir a los miembros del PCF de sus clases. La decisión del grupo comunista de abandonarlas le ahorró el aprieto de tener que defender a un partido político por el que no tenía simpatía⁶⁹. Una de las principales víctimas de la facción maoísta fue Balibar. Según el Comité y sus colaboradores, el PCF era el bastión de la burguesía y Althusser el bastión ideológico del PCF. Los ataques a Althusser y sus seguidores llevaría a la destrucción del PCF y, así, al colapso final de la burguesía. Balibar estaba en primera línea. Sus clases eran interrumpidas con regularidad y los piquetes y las manifestaciones le hacían casi imposible dar clase. Uno de los efectos colaterales de todo esto fue la formación de una alianza inverosímil entre Balibar y Weber; por una vez, el PCF y el trotskismo estaban del mismo lado. Balibar no recuerda que Foucault dijera o hiciera nada para remediar la situación, aunque es probable que ningún partido hubiera apreciado su intervención. Finalmente, se vio forzado a admitir su fracaso, escribir al ministro de Educación para que no se hiciera efectivo su traslado a Vincennes y retirarse a su *lycée*⁷⁰.

Al ser un axioma para los maoístas de entonces que los moderados eran los peores enemigos, también Foucault cayó bajo su ataque. No había tomado parte en los sucesos de mayo y todavía se le consideraba un tecnócrata gaullista en ciertos sectores. Sus clases se interrumpían y acabó viéndose forzado a abandonar el formato de la clase formal y a tomar parte, con gran disgusto, en foros irregulares y en debates abiertos. Algunas veces, le cerraban su aula y pasaba el tiempo conversando con Colombel y otros⁷¹. Para alguien tan comprometido con el trabajo intelectual, el clima se estaba volviendo intolerablemente frustrante. Balibar recuerda una ocasión en la que Foucault se irritó tanto con un mitin general interminable, que huyó a buscar refugio, con Balibar y Serres, en un cine donde pasaban la reciente película de Straub, *Chronide of Anna Magdalena Bach*.

En términos de contenidos, el nuevo departamento de filosofía había tenido mano libre. Foucault dio cursos sobre Nietzsche, de gran popula-

Entrevista con Bernard Doray.
Entrevista con Jacques Rancière.
Entrevista con Étienne Balibar.
Entrevista con Jeannette Colombel.

ridad, pero no siempre apreciados por los gauchistas, y sobre «sexualidad e individualidad». Las conferencias sobre Nietzsche debían mucho a la reciente publicación del estudio de Klossowski, que Foucault describió como «el mejor libro de filosofía que he leído»⁷². Se trata principalmente del comentario de fragmentos publicados de forma postuma, procedentes del periodo 1880-1888. Los cursos dictados por sus colegas eran mucho más abiertos desde el punto de vista político y trataban, *inter dia*, del marxismo y el revisionismo, la dialéctica marxista y la revolución cultural. Es cierto que los cursos de Serres y Châtelet eran más tradicionales, sobre historia de la ciencia y el pensamiento político griego respectivamente, pero los que daban notoriedad a Vincennes eran los temas más politizados. Los mismos cursos atrajeron pronto la atención ministerial. En enero de 1970, Guichard anunció que el contenido del curso de filosofía era «demasiado especializado» y que las licenciaturas otorgadas no tendrían validez nacional. Esto implicaba que a los licenciados de Vincennes se les negarían puestos docentes en la enseñanza secundaria y en los sectores educativos superiores.

Foucault replicó a Guichard en una entrevista publicada por *Le Nouvel Observateur*. Comenzó señalando que era virtualmente imposible proporcionar «cursos elaborados y diversificados» con una plantilla de ocho miembros y 950 alumnos, y defendió su elección de experimentar con

la libertad, que no diré que es total, pero sí tan completa como es posible en una universidad como Vincennes.

Hemos definido dos amplias áreas de enseñanza: una que se dedica básicamente al análisis político de la sociedad y otra que se dedica al análisis del hecho científico y al análisis de un cierto número de dominios científicos. Estas dos regiones, política y ciencia, nos parecen a todos nosotros, alumnos y profesores juntos, las más activas y fructíferas⁷³.

Insistió en que la batalla continuaría hasta que la licenciatura de Vincennes se reconociera por completo. No tuvieron ningún efecto el alegato de Foucault ni la promesa de seguir luchando, e iban a pasar años hasta que llegara el reconocimiento de la titulación, para entonces ya muy diferente.

Aunque defendía su departamento y su trabajo en la prensa, Foucault

⁷² Carta del 3 de julio de 1969 a Klossowski, en *Cahiers pour un temps: Pierre Klossowski*, París, Centre Georges Pompidou, 1985. Véase Pierre Klossowski, *Nietzsche et le cercle vicieux*, París, Mercure de France, 1969.

⁷³ «Le Piège de Vincennes», propos recueillis par Patrick Loriot, *Le Nouvel Observateur*, 9 de febrero de 1970.

se daba buena cuenta de que su futuro estaba en otro lugar. A pesar de su compromiso obvio con Vincennes, su estancia allí siempre se había considerado temporal. Tres días antes de su detención en Vincennes, había dirigido la palabra a una solemne reunión celebrada en la ENS. Era para honrar la memoria de Jean Hyppolite, que había muerto a finales de octubre de 1968 con sólo sesenta y un años. Foucault fue uno de los oradores principales y habló con un afecto emotivo sobre un hombre al que había respetado, admirado y querido mucho⁷⁴. Era su tributo al hombre cuya voz había introducido la presencia de Hegel en un aula del Henri IV en 1945 y al maestro que había supervisado su tesis sobre Kant. Su elogio era una hábil pieza de retórica, que aludía con sencillez a todos los estadios de la carrera de Hyppolite, desde las primeras tesis sobre el método matemático y Descartes, hasta su interés final por la teoría de la información y la genética, sin llegar a convertirse nunca en un seco curriculum.

La cátedra que había ocupado en el Collège de France había sido la de historia del pensamiento filosófico, que Foucault entendía como la historia «de esa torsión, de ese darse la vuelta [...] mediante el cual el discurso filosófico dice lo que es, pronuncia su propia justificación y, al alejarse de su forma inmediata, manifiesta lo que puede descubrir y establece sus propios límites». Introdujo una nota más subjetiva y luego continuó:

Concebido de este modo, el pensamiento filosófico mantiene el discurso del filósofo como si fuera una vibración indefinida y la hace resonar más allá de la muerte; garantiza que la filosofía será más que una filosofía: una luz en vigilia incluso antes de que hubiera un discurso, una hoja que sigue brillando una vez que entra en el sueño⁷⁵.

La definición de la especialización de Hyppolite como la historia del pensamiento filosófico y no como la historia de la filosofía es importante para el propio proyecto de Foucault. Quizá esto aparece claro en un pasaje del borrador del proyecto para sus cursos en el Collège de France, donde sostiene que la historia del pensamiento filosófico «nos permite explorar las interpretaciones del ser que subyace en la vida cotidiana y en las ciencias positivas [...]. La investigación filosófica contemporánea responde una doble demanda: la del rigor de análisis y la del contacto directo con la experiencia vivida»⁷⁶. Es decir, la filosofía progresaría si —

⁷⁴ «Jean Hyppolite (1907-1968)», *Revue de métaphysique et de morale*, vol. 74, núm. 2, abril-julio de 1969, págs. 131-136.

⁷⁵ *Ih'd.*, págs. 131 y 132.

⁷⁶ Jean Hyppolite, «Projet d'enseignement d'histoire de la pensée philosophique» (octubre de 1962), *Figures de la pensée philosophique*, pág. 998.

sólo en ese caso— se mantenía en contacto con lo no-filosófico y si era una disciplina sometida a autocuestionamiento y no una disciplina que se complace en su autosuficiencia.

El segundo y final tributo de Foucault a su maestro tomó una forma bastante diferente, ya que consistió en una colaboración en un volumen colectivo de ensayos, publicado en honor a Hyppolite en 1971⁷⁷. No se menciona su nombre y, de hecho, el ensayo es la expresión más clara para fechar el interés de Foucault por Nietzsche y una indicación de su desplazamiento de la arqueología. Es el Nietzsche «genealogista» quien le interesa: «La genealogía es gris; es meticulosa y pacientemente documental. Trabaja sobre pergaminos confusos, raspados y vueltos a escribir varias veces [...]. Así pues, demanda un conocimiento preciso, un gran número de materiales recopilados, paciencia [...]. Una cierta determinación erudita»⁷⁸.

Apoyando su argumento con referencias detalladas a *Aurora*, *Sobre la genealogía de la moral*, *La gaya ciencia* y otros textos, Foucault vitupera las historias teológicas y presenta sus argumentos para la historia real [*wirMiche*] de las *Consideraciones intempestivas*, un texto que leyó por primera vez en la playa de Cittavecchia en 1953, y para una «historia de un carnaval concertado»: «Se trata de hacer un uso tal de la historia que la libere para siempre del modelo, tanto metafísico como antropológico, de la memoria. Se trata de convertir a la historia en una contramemoria»⁷⁹. Una historia o genealogía semejante rompería de forma sistemática las identidades, revelando que son muchas máscaras, muchos sistemas cruzados que se dominan mutuamente y no una cierta idea sola que lucha por su autorrealización: cuando la genealogía pregunta dónde hemos nacido, qué lenguaje hablamos o que leyes nos gobiernan, lo hace para «revelar el sistema heterogéneo que, bajo la máscara de nuestro ego, nos niega una identidad»⁸⁰. Sacrificará el sujeto del conocimiento:

El fin de una historia dirigida por la genealogía no es redescubrir las raíces de nuestra identidad, sino, por el contrario, esforzarse por disiparlas; no intenta localizar la cuna única de la que venimos, ese primer suelo patrio al que regresaremos según nos prometen los metafísicos; intenta revelar todas las discontinuidades que nos atraviesan⁸¹.

⁷⁷ «Nietzsche, la genealogie, l'histoire», en *Hommage a Jean Hyppolite*, París, PUF, 1971, págs. 145-172.

⁷⁸ *Ibid.*, págs. 145 y 146.

⁷⁹ *Ibid.*, págs. 168, 167.

⁸⁰ *Ibid.*, pág. 170.

⁸¹ *Ibid.*, pág. 169.

Una recopilación de ensayos escritos en tributo a Hyppolite, más conocido por su obra sobre Hegel, parecería un raro lugar para esta alabanza de Nietzsche. Como sugiere Bernauer, no resulta del todo impropia porque el Hegel de Hyppolite siempre está puesto en cuestión por sus sucesores⁸², incluidos Nietzsche y Foucault. Como este último expresó en otro lugar, Hyppolite sostenía que la filosofía ya no era una totalidad capaz de captarse, sino una tarea interminable que se realizaba contra el telón de fondo de un horizonte infinito; el sistema hegeliano no era un universo reafirmante, sino una filosofía que afrontaba riesgos extremos⁸³. El proyecto de Hyppolite para su curso del Collège de France esbozaba un encuentro entre el pensamiento filosófico y el no filosófico, y el «pensamiento irreducible a filosofía» era precisamente lo que Foucault buscaba en Bataille y Nietzsche. Resulta extraño pero adecuado que su homenaje final a Hyppolite tomara la forma de un panegírico a Nietzsche.

La muerte de Hyppolite significaba que una cátedra del Collège de France quedaba vacante. Ya en 1966 Hyppolite había sostenido, debido al éxito de *Les mots et les choses*, que Foucault era un candidato apropiado para la más prestigiosa institución francesa y había comenzado a sondear apoyos. En Jules Vuillemin, Georges Dumézil y Fernand Braudel encontró partidarios⁸⁴. Parece que la posibilidad de la elección para el Collège de France se debatió por vez primera en 1967, cuando, tras haber leído una ponencia en el seminario de Raymond Aron en la Sorbona, se dio a entender a Foucault que era poco probable que encontrara puesto allí. Otra posibilidad era la École des Hautes Études, pero Aron y Braudel sugirieron que comprometería cualquier posibilidad posterior de elección para el Collège de France. Foucault pensaba que esta institución estaba fuera de su alcance y le dijo a Canguilhem que también podía quedarse donde estaba en Túnez.

La elección de un candidato para el Collège de France es un proceso complejo, pero la de Foucault está muy bien descrita por Didier Eribon. Se realizó en dos etapas: el voto para la creación de una cátedra, sin el nombre de un candidato, y luego la elección de éste. Sin duda, hubo gran cantidad de presiones y maquinaciones; por ejemplo, Jean-Francois Michel fue el responsable de movilizar apoyo para Foucault entre sus colegas científicos. Dumézil también se halló activo tras el escenario, pero fue modesto al describir su función: «Simplemente di un toque de atención a unos cuantos colegas de los que sospechaba que no le entendían o in-

⁸² Bernauer, *Michel Foucault's Forcé of Flight*, pág. 98.

⁸³ *L'ordre du discours*, págs. 77, 76. [Trad. esp.: *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, 1987.]

⁸⁴ Eribon, *Michel Foucault*, págs. 226 y 227.

cluso que le descartaban *apriori*. Estaba en Estados Unidos entonces, así que escribí unas seis copias de la misma carta: "Ten cuidado, no dejes que el genio se te escape entre los dedos"⁸⁵.

El candidato tenía que enviar una descripción de su obra en la forma de un folleto impreso a sus expensas para que circulara entre los miembros del Collège. Se trata en parte de un curriculum vitae con la preparación académica, los puestos desempeñados y las publicaciones, pero también contiene un esbozo de seis páginas de su obra hasta la fecha y de los cursos que propone⁸⁶. La descripción de su obra comienza con *Histoire de la folie*, como si todo lo escrito antes careciera de importancia. Explicaba que era un intento por determinar qué podía conocerse de la enfermedad mental en un periodo determinado y había acabado llevándole a descubrir su objeto de estudio real: «El saber que se invierte en complejos sistemas de instituciones.» Sin embargo, la locura había resultado ser un tema pobre, puesto que la psicopatología de los siglos xvi y xvii era tan rudimentaria que no se distinguía de una «interacción de opiniones tradicionales»; por ello, se inclinó por un objeto mucho más riguroso: los orígenes de la medicina clínica. *Naissance de la clinique* había demostrado que «el ejercicio de la medicina no se restringe a combinar, en una mezcla inestable, un sistema de conocimiento que tiene su equilibrio y coherencia propios»⁸⁷. A su vez, *Les mots et les choses* había revelado que se podía definir la arqueología interna de las áreas del saber, y que las identidades y analogías entre los distintos dominios revelaban una configuración general de regiones organizadas de conocimiento empírico. En este punto, Foucault tenía dos grupos de hallazgos: por un lado, había señalado la existencia específica de los «saberes adquiridos»; por el otro, había señalado las relaciones sistemáticas en la arquitectura característica de cada saber. *L'archéologie du savoir* proporcionaba una síntesis: el saber era una zona intermedia entre la opinión y el conocimiento científico, y estaba encastrado no sólo en los textos teóricos o instrumentos experimentales, sino en un cuerpo general de prácticas e instituciones⁸⁸.

El *projet d'enseignement*, o proyecto de enseñanza, se regía por dos imperativos: «No perder nunca de vista la referencia a un ejemplo concreto que pueda servir como terreno de pruebas para el análisis; elaborar los problemas teóricos que me surjan por casualidad o que me encuentre.» El sector propuesto para análisis era, sorprendente en cierto modo, el «sa-

⁸⁵ *IbU.*, págs. 209 y 210.

⁸⁶ «Titres et travaux»; puede consultarse una fotocopia del original en la Bibliothèque du Saulchoir, donde está catalogada como D314. El texto se reproduce en la segunda edición revisada de la biografía de Eribon.

⁸⁷ *Titres et travaux*, pág. 2.

⁸⁸ *Ibid.*, págs. 3 y 4.

Una recopilación de ensayos escritos en tributo a Hyppolite, más conocido por su obra sobre Hegel, parecería un raro lugar para esta alabanza de Nietzsche. Como sugiere Bernauer, no resulta del todo inapropiado porque el Hegel de Hyppolite siempre está puesto en cuestión por sus sucesores⁸², incluidos Nietzsche y Foucault. Como este último expresó en otro lugar, Hyppolite sostenía que la filosofía ya no era una totalidad capaz de captarse, sino una tarea interminable que se realizaba contra el telón de fondo de un horizonte infinito; el sistema hegeliano no era un universo reafirmante, sino una filosofía que afrontaba riesgos extremos⁸³. El proyecto de Hyppolite para su curso del Collège de France esbozaba un encuentro entre el pensamiento filosófico y el no filosófico, y el «pensamiento irreducible a filosofía» era precisamente lo que Foucault buscaba en Bataille y Nietzsche. Resulta extraño pero adecuado que su homenaje final a Hyppolite tomara la forma de un panegírico a Nietzsche.

La muerte de Hyppolite significaba que una cátedra del Collège de France quedaba vacante. Ya en 1966 Hyppolite había sostenido, debido al éxito de *Les mots et les choses*, que Foucault era un candidato apropiado para la más prestigiosa institución francesa y había comenzado a sondear apoyos. En Jules Vuillemin, Georges Dumézil y Fernand Braudel encontró partidarios⁸⁴. Parece que la posibilidad de la elección para el Collège de France se debatió por vez primera en 1967, cuando, tras haber leído una ponencia en el seminario de Raymond Aron en la Sorbona, se dio a entender a Foucault que era poco probable que encontrara puesto allí. Otra posibilidad era la École des Hautes Études, pero Aron y Braudel sugirieron que comprometería cualquier posibilidad posterior de elección para el Collège de France. Foucault pensaba que esta institución estaba fuera de su alcance y le dijo a Canguilhem que también podía quedarse donde estaba en Túnez.

La elección de un candidato para el Collège de France es un proceso complejo, pero la de Foucault está muy bien descrita por Didier Eribon. Se realizó en dos etapas: el voto para la creación de una cátedra, sin el nombre de un candidato, y luego la elección de éste. Sin duda, hubo gran cantidad de presiones y maquinaciones; por ejemplo, Jean-Francois Miquel fue el responsable de movilizar apoyo para Foucault entre sus colegas científicos. Dumézil también se halló activo tras el escenario, pero fue modesto al describir su función: «Simplemente di un toque de atención a unos cuantos colegas de los que sospechaba que no le entendían o in-

⁸² Bernauer, *Michel Foucault's Forcé of Flight*, pág. 98.

⁸³ *L'ordre du discours*, págs. 77, 76. [Trad. esp.: *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, 1987.]

⁸⁴ Eribon, *Michel Foucault*, págs. 226 y 227.

cluso que le descartaban *apriori*. Estaba en Estados Unidos entonces, así que escribí unas seis copias de la misma carta: "Ten cuidado, no dejes que el genio se te escape entre los dedos"⁸⁵.

El candidato tenía que enviar una descripción de su obra en la forma de un folleto impreso a sus expensas para que circulara entre los miembros del Collège. Se trata en parte de un curriculum vitae con la preparación académica, los puestos desempeñados y las publicaciones, pero también contiene un esbozo de seis páginas de su obra hasta la fecha y de los cursos que propone⁸⁶. La descripción de su obra comienza con *Histoire de la folie*, como si todo lo escrito antes careciera de importancia. Explicaba que era un intento por determinar qué podía conocerse de la enfermedad mental en un periodo determinado y había acabado llevándole a descubrir su objeto de estudio real: «El saber que se invierte en complejos sistemas de instituciones.» Sin embargo, la locura había resultado ser un tema pobre, puesto que la psicopatología de los siglos xvi y xvii era tan rudimentaria que no se distinguía de una «interacción de opiniones tradicionales»; por ello, se inclinó por un objeto mucho más riguroso: los orígenes de la medicina clínica. *Naissance de la clinique* había demostrado que «el ejercicio de la medicina no se restringe a combinar, en una mezcla inestable, un sistema de conocimiento que tiene su equilibrio y coherencia propios»⁸⁷. A su vez, *Les mots et les choses* había revelado que se podía definir la arqueología interna de las áreas del saber, y que las identidades y analogías entre los distintos dominios revelaban una configuración general de regiones organizadas de conocimiento empírico. En este punto, Foucault tenía dos grupos de hallazgos: por un lado, había señalado la existencia específica de los «saberes adquiridos»; por el otro, había señalado las relaciones sistemáticas en la arquitectura característica de cada saber. *L'archéologie du savoir* proporcionaba una síntesis: el saber era una zona intermedia entre la opinión y el conocimiento científico, y estaba encastrado no sólo en los textos teóricos o instrumentos experimentales, sino en un cuerpo general de prácticas e instituciones⁸⁸.

El *projet d'enseignement*, o proyecto de enseñanza, se regía por dos imperativos: «No perder nunca de vista la referencia a un ejemplo concreto que pueda servir como terreno de pruebas para el análisis; elaborar los problemas teóricos que me surjan por casualidad o que me encuentre.» El sector propuesto para análisis era, sorprendente en cierto modo, el «sa-

⁸⁵ *Ibid.*, págs. 209 y 210.

⁸⁶ «Titres et travaux»; puede consultarse una fotocopia del original en la Bibliothèque du Saulchoir, donde está catalogada como D314. El texto se reproduce en la segunda edición revisada de la biografía de Eribon.

⁸⁷ *Titres et travaux*, pág. 2.

⁸⁸ *Ibid.*, págs. 3 y 4.

ber acerca de la herencia». Contemplaba este análisis como intentos exploratorios para mejorar la cabana mediante la alimentación y para controlar las epidemias, considerando las limitaciones económicas e históricas específicas, tales como la posesión de la tierra y la productividad, y la entrada de conocimiento procedente de la química y la fisiología. Finalmente, exploraría las teorías sobre la herencia, que le conducirían al análisis de la interpretación darwiniana de la evolución natural de las especies.

Una vez esbozado todo su proyecto, pasaba a identificar tres conjuntos de problemas. El primero era el establecimiento de un corpus que pudiera abarcar un saber anónimo que no toma como modelo o base el saber individual y consciente. El modo preciso como se transforma ese saber en discurso científico representa el segundo problema, cuya solución requiere el examen de sus modos de transmisión y difusión. El tercer conjunto de problemas teóricos tiene que ver con la causalidad del saber. Es decir, cómo se combina la interpretación de las enfermedades que afectan a las plantas con una percepción de las limitaciones económicas para el estudio e introducción de nuevas variedades de plantas. El análisis de estos tres conjuntos de problemas revelará que el saber es una organización de juegos de prácticas e instituciones, el lugar anónimo y siempre en movimiento de la constitución de las ciencias, y el elemento en que la historia de las ciencias existe. La historia de los sistemas de pensamiento se localizará a medio camino entre la historia de las ciencias constituidas y la historia de la opinión⁸⁹.

El 30 de noviembre de 1969, los profesores del Collège de France se reunieron en asamblea para votar la propuesta de fundar una cátedra de Historia de los Sistemas de Pensamiento, título que sin duda evocaba la de Hyppolite. La otra cátedra propuesta era de Filosofía de Acción (Paul Ricoeur) y de Historia del Pensamiento Racional (Yvon Belaval). El principal valedor de Foucault era Vuillemin, mientras que a Ricoeur le respaldaba Pierre Courcelle y a Belaval, Martial Guérault. A pesar de su apoyo, Vuillemin tenía serias dudas acerca de la teoría de los «enunciados» elaborada en *L'archéologie du savoir* y parece que los dos discutieron seriamente por la defensa que Foucault hacía de su teoría. Pero se produjo la reconciliación y Vuillemin leyó un informe favorable sobre la obra de Foucault a la asamblea del Collège. Concluyó:

La historia de los sistemas de pensamiento no es la historia de los hombres ni la de los hombres que se piensan. Finalmente, debido a que permanece atrapada en los términos de esa alternativa, el conflicto

⁸⁹ *IbU.*, págs. 4-9.

entre materialismo y espiritualismo es el que existe entre enemigos fraternales [...]. Se toma como sujeto de pensamiento individuos o grupos, pero siguen siendo sujetos [...]. El abandono del dualismo y la constitución de un sujeto no cartesiano demanda más: eliminar el sujeto pero conservar los pensamientos; e intentar construir una historia sin naturaleza humana⁹⁰.

Cuando cada uno de los patrocinadores de los tres candidatos había agotado su turno de palabra, comenzó la votación. Foucault recibió 21 votos; Belaval, 10 y Ricoeur, 10. Cuatro papeletas estaban marcadas con una cruz, lo cual significaba que se desaprobaban los tres candidatos. Como se requería la mayoría más uno según los estatutos del Collège, fue necesaria una segunda vuelta. Foucault recibió 25 votos y Belaval, 9. Dos papeletas se marcaron con una cruz. La elección de Foucault debía aún ser ratificada por una nueva votación efectuada en el Collège el 12 de abril de 1970 (24 votos a favor, 15 marcados con una cruz que significaba hostilidad ante su elección) y por una de las Academias que constituían el Institut de France. El nombramiento también estaba sujeto a la aprobación del ministro de Educación. Por razones que permanecen oscuras, la candidatura de Foucault fue rechazada por una gran mayoría de los miembros de la Académie des Sciences Morales et Politiques: se emitieron 27 votos; de ellos, 22 estaban marcados con una cruz y los cuatro restantes en blanco. Así pues, la Académie rechazaba formalmente sancionar su candidatura. Foucault fue nombrado por el ministro, que no se dio por enterado de esta negativa y siguió la norma de no oponerse a los deseos de los miembros del Collège de France⁹¹. Seis meses después de haber cumplido cuarenta y tres años, Foucault había sido elegido miembro vitalicio de la más prestigiosa institución de Francia.

citado en Eribon, *Michel Foucault*, pág. 231.
•••, págs. 231 y 232.

«Un lugar donde el pensamiento es libre»

Antes de ocupar su puesto en el Collège de France, Foucault tuvo por fin la oportunidad de realizar su acariciado sueño de visitar Japón. Si él se había interesado por ese país durante tanto tiempo, ahora era este país el que comenzaba a tener interés por Foucault, en particular por la *Histoire de la folie*. Su primer contacto real con los japoneses fue una reunión celebrada en París en 1963 o 1964 con cierto profesor Maeda, con quien permaneció en contacto a través de los años. En 1970, llegó una invitación definitiva para visitar Tokio del periódico *Asahijanaru* y de Moriaki Watanabe, profesor de literatura francesa y traductor de Claudel y Genet. Foucault aceptó de inmediato —porque además le ofrecía la oportunidad de ver a su amigo Maurice Pinguet de nuevo— y se fue a Tokio en septiembre de 1970¹.

Aunque le gustó el país, había tenido poco tiempo para preparar el viaje, no hablaba una palabra de la lengua y, por todo ello, encontró Japón desconcertante, sobre todo las reglas arquitectónicas y estéticas que se observaban en el palacio imperial de Tokio. No era la modernización de Japón lo que le intrigaba, sino la supervivencia del pasado y en especial la cultura Zen, tema sobre el que acumuló una cantidad considerable de documentación. También comenzó a interesarse por la literatura japonesa contemporánea y desarrolló cierta afición por las novelas de Junichiro Tanizaki, que le evocaban vagamente a Bataille y Klossowski.

Sin embargo, no era un viaje de placer y Foucault debía dictar conferencias públicas en la Universidad de Tokio. Como allí seguían centrand

¹ Entrevista con Daniel Defert.

su interés en *Histoire de la folie*, se dedicaron a los temas «Locura y sociedad» y «Locura, literatura y sociedad»². Había hablado a menudo sobre estos temas y las conferencias aportaron poca sustancia a su obra publicada.

La visita también proporcionó la oportunidad de replicar a la crítica de Derrida a su primer libro. El periódico *Paideia* planeaba publicar un número especial dedicado a Foucault en 1972 y se le invitó a colaborar en él. El resultado fue la áspera crítica a Derrida contenida en «Mon corps, ce papier, ce feu»³. Según Defert, se sintió motivado a replicar a Derrida en este momento porque percibió que se estaba promoviendo activamente una rivalidad Foucault-Derrida en las universidades estadounidenses y el surgimiento del deconstruccionismo estaba eclipsando el interés por su obra. Aunque su desacuerdo original se centraba en la interpretación de un pasaje de Descartes, es interesante señalar que Foucault acabó poniendo en primer plano el tema de la pedagogía. Afirmaba que Derrida era el principal exponente de una «reducción sistemática de las prácticas de discurso a un rastreo textual»:

Aquí se manifiesta de modo muy visible una pedagogía insignificante, bien definida desde el punto de vista histórico. Una pedagogía que enseña a los discípulos que no hay nada fuera del texto, pero que en él, en sus intersticios, sus blancos y sus silencios [*non-dits*], reina la reserva de origen; que, por ello, es innecesario buscar en otros lugares, porque allí, no en las palabras, por supuesto, sino en lo que hay debajo de lo borrado, en su *grid*, se dice «el sentido de lo que es». Una pedagogía que, a la inversa, da a la voz del maestro la soberanía sin límites que le permite rescatar el texto indefinidamente⁴.

La mayor parte del texto ofrece una lectura detallada y meticulosa de «Cogito et histoire de la folie», y se dedica a demostrar que Derrida ha leído mal a Descartes, en gran medida por no considerar las «diferencias de discurso» que generan las categorías utilizadas por los comentarios de Descartes sobre la locura y, en un plano mucho más trivial, por no comparar las versiones francesa y latina de las *Méditations métaphysiques*. La aparición de «Mon corps...», escrito, según Defert, a sugerencia de los colegas japoneses, aseguró que la ruptura con Derrida durase casi una década. Sin embargo, a su vuelta a Francia, Foucault tenía en mente asuntos más apremiantes que su desacuerdo con Derrida: tenía que dictar su conferencia de ingreso en el Collège de France el 2 de diciembre.

² «Folie, littérature et société», *Bugei*, 12, 1970.

³ *Paideia*, septiembre de 1971. La réplica se editó como apéndice a la edición de 1972 de *Histoire de la folie*, págs. 583-603.

⁴ «Mon corps...», pág. 602.

Mientras estaba en Japón, Daniel Defert negociaba la compra de un nuevo apartamento en su nombre, al que se mudarían a comienzos de año. Después de vivir en Túnez, París se le antojaba una ciudad sin luz y hasta el piso de la rué du Dr. Finlay parecía lóbrego en comparación con Sidi Bou Saïd. Foucault había encontrado su nuevo hogar en la rué de Vaugirard, según se cree la calle más larga de París. El número 285 de dicha calle era un bloque moderno, sin ningún atractivo arquitectónico especial, situado justo enfrente de la estación de metro de Vaugirard. Tenía una importante ventaja sobre el *immeuble* tradicional y es que contaba con aparcamiento, un raro lujo en el centro de París. El bloque de apartamentos que daba a la calle tenía forma de L y estaba construido con vistas a un patio con césped, en ángulo recto a la fachada pintada de blanco. Siete de las ocho entradas daban acceso, vía un ascensor claustrofóbico o una escalera en espiral, al apartamento del octavo piso. Su mayor atractivo era evidente de inmediato para todo el que entrara. Se había creado una gran salón con la unión de dos habitaciones. Una amplia puerta de cristal daba acceso a la terraza. El edificio estaba orientado al suroeste y tenía unas vistas espectaculares de la cuenca de París y los bosques de Saint-Cloud y Sèvres. Para Foucault, estas vistas eran menos importantes que la luz que inundaba el cuarto; le dijo a Charles Rúas que «lo que apreciaba era la claridad de luz para pensar»⁵.

Utilizaba la habitación principal como estudio, combinado con sala de descanso o de visitas. Predominaba en ella el blanco, estaba amueblada con bastante austeridad mediante piezas modernas y no tenía la sobrecarga de adornos que invaden tantas casas. De las paredes colgaban unas cuantas fotografías y cuadros, y ocupaban el lugar de honor el de Masson que Foucault había heredado de su padre y otro de Francis Picabia (*Lafemmeauxdeuxvisages*) de 1932⁶. Inevitablemente, el rasgo dominante era la colección de libros y publicaciones periódicas que se alineaban en las paredes. Hasta el final de su vida, iba a ser un lugar de trabajo, de descanso y, de forma ocasional, de reuniones políticas. También era un lugar para recibir invitados, incluidos Jean Genet, que se sentaría a escribir sobre la maleta colocada en sus rodillas y que lograría interesar a Foucault y Defert en Cocteau; Paul Veyne y, la más sorprendente de todas, la actriz inglesa Julie Christie, amiga de Defert, para quien Foucault preparaba con esmero comidas vegetarianas⁷. La resguardada terraza, donde más de un visitante se percataba de la presencia de las plantas de cáñamo de la India entre las petunias, proporcionaba un lugar idóneo para tomar

⁵ Postfacio a *Death and the Labyrinth*, pág. 171.

⁶ Reproducido en *Michel Foucault. Une hisloire de la venté*, pág. 58.

⁷ Entrevista con Daniel Defert.

baños de sol y era lo suficientemente grande como para comer allí los días templados. También era un puesto ventajoso para el fino arte del voyeurismo, placeres que Foucault describió en una carta fechada el 28 de julio de 1983 al joven novelista Hervé Guibert:

Quiero contarte el placer que me proporciona observar, sin moverme de mi mesa, a un muchacho que se asoma por una ventana de la rue d'Alleray todas las mañanas a la misma hora. A las nueve en punto, abre la ventana; lleva un pequeña toalla azul, o calzoncillos azules; apoya la cabeza en el brazo y oculta el rostro en el codo; no se mueve, a no ser los movimientos lentos, ocasionales y raros que hace cuando da una calada al cigarrillo que sostiene en la otra mano [...]. Y me pregunto qué sueños encuentran sus ojos en el pliegue de sus brazos, qué palabras o dibujos van a nacer, pero me digo que soy la única persona que ha visto desde el exterior a la grácil crisálida de la que nacieron tomar forma y perderla. Esta mañana, la ventana está cerrada y, en su lugar, te estoy escribiendo⁸.

Foucault tenía un sentimiento ambivalente acerca de su conferencia de entrada, no porque rehuyera el honor o la publicidad concomitante, ni porque se resistiera a actuar en público, sino porque la misma idea de «inaugural» iba contra su profunda convicción de que los orígenes y comienzos absolutos eran un mito. Cuando se le preguntó de qué iba a hablar, contestó meditativo:

Un discurso inaugural. Realmente, una expresión sorprendente. Hacer un comienzo absoluto es algo que logramos si nos situamos en la posición de los estudiantes, y esa posición es, cuando menos, mítica. Porque lo inaugural, en el sentido estricto de la palabra, se da contra un fondo de ignorancia, de inocencia, de disimulo absolutamente primario; podemos hablar de inauguración si nos enfrentamos con algo de lo que no sabemos nada o de lo que nunca hemos hablado, pensado o sabido. Y, sin embargo, lo inaugural es una conferencia. Una conferencia implica que se está rodeado por una colección completa de conocimientos y discursos ya constituidos. Creo que mi conferencia versará sobre esa paradoja⁹.

«Sin que la gravedad del momento le haga perder su irreprimible ironía, avanza una figura con la cabeza afeitada y tez de marfil, cierto aire

⁸ «Le 28 Juillet 1983, Michel m'écrit un vrai texte dans une lettre», *L'Autre Journal*, 10, diciembre de 1985, pág. 5.

⁹ Rouanet y Merquior, «Entrevista con Michel Foucault». En *Foucault*, Londres, Fontana, 1985, pág. 137, Merquior indica que esta entrevista se efectuó en 1970, pero no proporciona una fecha precisa.

budista y una mirada mefistofélica. Se somete a la ceremonia iniciática con la soltura de un diácono de la edad de las herejías» y parece «un iconoclasta cortés»¹⁰. Etienne Wolff, *administrateur* del Collège de France, le dio la solemne bienvenida a lo que llamó «la tierra de la libertad». Sus palabras provocaron murmullos de desaprobación en el abarrotado salón de actos, que presidía una estatua en bronce de Henri Bergson. Aunque se hallaban presentes luminarias como Dumézil y Lévi-Strauss, la mayor parte del público era joven y había llegado al Collège a través de calles tomadas por las furgonetas y los equipos de la odiada CRS, la policía antidisturbios. No pasaba nada en las calles el 2 de diciembre, pero el Barrio Latino, como de costumbre, estaba bajo un virtual cerco policial. Aunque la referencia efectuada por Wolff a la «libertad» pueda haber parecido incongruente en tales circunstancias, tenía una historia que probablemente desconocía la mayor parte de los asistentes. Durante la Ocupación, a Paul Valéry, profesor de poesía en el Collège de 1937 a 1945, le preguntó un oficial alemán: «¿Qué se enseña en este colegio?» Replicó: «Éste es un lugar donde el pensamiento es libre»¹¹. El hecho de que no fuera ocupado en Mayo del 68 también parece expresar algo acerca de su posición única y su reputación como un lugar aparte. El Barrio Latino parecía algunas veces una zona de guerra a comienzos de los años setenta; el Collège de France permaneció como enclave desmilitarizado.

Fundado durante el reinado de Francisco I por sugerencia del gran investigador humanista Guillaume Budé, el Collège de France es único entre las instituciones educativas francesas. No forma parte, ni nunca la formó, del sistema universitario y, a diferencia de las universidades, es bastante autónomo. No cuenta con un cuerpo estudiantil y no concede titulación ni otras calificaciones. Todas las conferencias y seminarios son abiertos al público. Los profesores son elegidos por sus futuros compañeros y los nombramientos tienen carácter vitalicio. No están limitados por un programa docente y se les exige que basen su enseñanza en una investigación original. Como expresó uno de los predecesores de Foucault, el historiador Ernest Renán (1823-1892), el Collège es una institución en la que el público puede ver «cómo se hace la ciencia». La investigación se presenta en forma de doce conferencias públicas de dos horas al año y en seminarios sobre el mismo tema.

Era, en muchos sentidos, el lugar ideal para Foucault. Ahora estaba libre de todas las responsabilidades administrativas, que aborrecía, y de la

¹⁰ Jean Lacouture, «Au Collège de France. Le cours inaugural de M. Michel Foucault», *Le Monde*, 4 de diciembre de 1970, pág. 8.

¹¹ Christophe Charle, «Le Collège de France», en Pierre Nora (ed.), *Les lieux de mémoire II La Nation*, vol. 3, París, Gallimard, 1986, pág. 422.

interferencia política o burocrática. Mientras su situación en Clermont-Ferrand le había llevado con frecuencia a quejarse de su falta de apoyo secretarial, ahora tenía una leal y devota secretaria en Françoise-Edmonde Morin. De hecho, su lealtad y discreción eran tales, que ahora declina, cortés pero firmemente, hablar sobre Foucault, ya que defiende que su intimidad debe salvaguardarse incluso más allá de la tumba¹².

Tenía libertad para dirigir proyectos de investigación de doctorado o negarse a hacerlo. Los que le convencieron para que supervisara sus proyectos, descubrieron para su desaliento —como Danièle Rancière, que comenzó una tesis sobre la filantropía del siglo *xx* con él— que no ofrecía demasiada orientación para la investigación¹³. Su elección le proporcionó el reconocimiento completo de la élite intelectual y fue una forma de consagración pública. A diferencia de la Académie Française, que Foucault consideraba fosilizada, el Collège se encontraba en el centro mismo de la vida intelectual. También ofrecía ciertas ventajas concretas. Su año lectivo es corto y se extiende de finales de noviembre a mayo; las conferencias de Foucault no solían comenzar en realidad hasta enero. Así pues, tenía libertad para viajar y ser profesor visitante, por lo que a menudo iba a pasar al menos parte del primer trimestre lectivo a Estados Unidos.

No obstante, como iba a descubrir Foucault, la vida en el Collège no era siempre fácil. Al igual que Bergson, atraía a gran cantidad de gente a sus conferencias, sólo para hallarse aislado en medio de una multitud anónima. Y, como Valéry, encontraba insoportable el aislamiento y sin duda podría haberse hecho eco del lamento de su predecesor: «¡Oh, si tuviera sólo un auditorio de cinco personas, como Renán! Iría como un reloj. Pero una sala llena de gente anónima es agotadora. Uno se pregunta a quién se dirige, a qué grado de cultura, deseo y tensión debe intentar satisfacer»¹⁴. Un historiador del Collège divide a sus profesores en tres amplias categorías: ermitaños, dirigentes de sectas y profetas. A su vez, los profetas pueden dividirse en sumos sacerdotes y mesías¹⁵. Como Barthes, elegido en 1978, Foucault desempeñaba con cierta renuencia el papel de sumo sacerdote. Muchos observadores ocasionales que se acercaron por curiosidad a las conferencias de Foucault tuvieron la impresión clara de que asistían a una especie de misa solemne laica.

El nuevo profesor de historia de los sistemas de pensamiento comenzó a leer el texto de su conferencia inaugural haciendo referencia a su de-

¹² Comunicación personal.

¹³ Entrevista con Daniel Deferi.

¹⁴ Paul Valéry, carta a Mme Roth-Mascagni, citada en Charle, «Le Collège de France», *ibid.*, pág. 419.

¹⁵ *Ibid.*, págs. 417-420.

*

seo de poder deslizarse sin ser notado en el discurso que tenía que pronunciar, ser envuelto en él y transportado a un punto existente antes de todo posible comienzo. En lugar de ser la fuente de un discurso, quería ser situado al azar dentro de su desarrollo, ser el punto de su posible desaparición. Deseaba poder escuchar una voz que dijera:

Debo seguir, no puedo seguir, debo seguir, debo pronunciar palabras siempre que haya palabras que pronunciar, debo pronunciarlas hasta que me encuentren, hasta que me hablen, quizá ya ha pasado, quizá ya me han llevado al umbral de mi historia, a la puerta que abre mi historia, me sorprendería si se abriera.

Foucault no proporcionó la fuente, pero sus palabras eran una adaptación de las últimas líneas de *L'Innommable*¹⁶. El deseo expresado de ser anónimo, de ser engullido por un discurso preexistente, era sin duda en parte un recurso retórico cuya función se haría evidente más tarde y expresaba su anhelo más general de conseguir el anonimato, pero también era signo de algo más: Foucault estaba nervioso y siguió estándolo cada vez que tuvo que dictar una conferencia en el Collège.

Concluyó prestando tributo a sus «modelos», rindiendo un triple homenaje a Dumézil, Canguilhem e Hyppolite. Dumézil, a quien había conocido en Suecia, le había animado a trabajar «a una edad en la que todavía pensaba que escribir era un placer» y le había enseñado a analizar «la economía interna de un discurso de un modo muy diferente a los métodos de la exégesis tradicional o los del formalismo lingüístico», mientras que la obra de Canguilhem fue la que sugirió por vez primera que la historia de la ciencia puede ser «un conjunto coherente y transformable de modelos teóricos e instrumentos conceptuales»¹⁷. Sin embargo, reservó su mayor elogio para Jean Hyppolite. «Toda nuestra era» era un intento por escapar de Hegel ya fuera a través de la lógica o de la epistemología.

Pero un escape real de Hegel presupone que conocemos con precisión lo que nos costará desprendernos de él; presupone que sabemos hasta qué punto se nos ha aproximado Hegel, quizá de modo insidioso; presupone que sabemos lo que sigue siendo hegeliano en lo que nos permite pensar contra él; y que podemos estimar hasta qué grado la

¹⁶ Foucault, *L'ordre du discours*, París, Gallimard, 1971, pág. 8; Samuel Beckett, *L'Innommable*, París, Minuit, 1953, págs. 261 y 262. [Trad. esp.: *El innombrable*, Madrid, Alianza, 1988.]

¹⁷ *L'ordre du discours*, págs. 73 y 74.

atracción de enfrentarnos a él no es uno más de los ardidés que usa contra nosotros y que al final nos está esperando, inmóvil y en otra parte¹⁸.

Hyppolite fue el guía esencial para escapar de Hegel porque fue su obra pionera la que hizo posible su lectura. El tributo a Hyppolite le condujo al punto de partida:

Ahora comprendo mejor por qué me resultaba tan difícil comenzar justo ahora. Ahora me doy buena cuenta de qué voz me hubiera gustado que me precediera, me transportara, me invitara a hablar y qué voz me hubiera gustado albergar en mi propio discurso. Sé por qué era tan terrible tomar la palabra, porque lo hacía en este lugar, donde le escuché y donde ya no está para oírme¹⁹.

Al rendir homenaje de este modo a Hyppolite, Foucault se inscribía dentro de la historia del Collège de France, aceptando un puesto legítimo dentro de una sucesión de pensadores. Ya se había inscrito en su presente con la breve invocación a la obra de François Jacob, profesor de genética celular y ganador, con Jacques Monod y André Lwoff, del Premio Nobel de 1965²⁰. La alusión es discreta —no menciona *La biologie du vivant*, que acababa de reseñar en *Le Monde*²¹— pero suficiente para señalar su integración en una comunidad erudita.

Dentro de la estructura circular de su discurso de ingreso, Foucault trata con elegancia los temas que ya habían aparecido en las últimas partes de *L'archéologie* y en la conferencia de febrero de 1969 en la Société Française de Philosophie sobre la noción de autor, ahora descrito como «aquel que proporciona al lenguaje perturbador de la ficción su unidad, sus vínculos con la coherencia y su inserción en lo real» y como «un principio para agrupar discursos [...] la unidad y origen de sus significados [...] el centro de su coherencia»²².

También esbozó un programa de «la labor que me gustaría realizar aquí en los años venideros». Se establecieron cuatro parámetros en forma de los principios de inversión, discontinuidad, especificidad y exterioridad. Mediante la introducción del principio de inversión, Foucault señaló la necesidad de rechazar la idea de continuidad y autoría en favor del

¹⁸ *Ibid.*, págs. 74 y 75.

¹⁹ *Ibid.*, págs. 81 y 82.

²⁰ *Ibid.*, pág. 71.

²¹ «Croître et multiplier», *Le Monde*, 15-16 de noviembre de 1970, pág. 13. Betty E. Spillmann traduce la historia de Jacob sobre la herencia como *The Logic of Living Systems: A History of Heredity*, Londres, Alien Lane, 1973.

²² *L'ordre du discours*, págs. 30, 28.

juego negativo de cortar y purificar discursos. La discontinuidad indicaba que ningún análisis lograría descubrir algún elemento no hablado o no pensado en su origen que acabara haciéndose perceptible o receptivo al análisis: «Deben tratarse los discursos como prácticas discontinuas que se entrecruzan y a veces se yuxtaponen, pero que también se desconocen o se excluyen»²³. La especificidad significaba que el discurso no era una interacción de significados anteriores: «Debe considerarse el discurso como la violencia que hacemos a las cosas o, en todo caso, como una práctica que les imponemos; y dentro de esta práctica es donde los hechos del discurso hallan el principio de su regularidad»²⁴. Por último, el principio de exterioridad indicaba que el análisis no debía dirigirse a ciertos núcleos ocultos, sino que debía comenzar con el mismo discurso y luego considerar sus condiciones de posibilidad externas.

En sus *Ttres et travaux*, Foucault había esbozado un programa preciso de investigación sobre la herencia; en su discurso de ingreso, esbozó otro más general en el que la herencia era sólo un posible sujeto de estudio. Se mencionaron dos *ensembles* superpuestos, uno «crítico» y otro «genealógico». Un cuerpo inicial de estudios críticos podría dedicarse a las distintas «funciones de exclusión», como la distinción entre razón y locura de la edad clásica. Otro era la prohibición de hablar de la sexualidad. Con ello, Foucault no se refería a la eliminación gradual de una prohibición, sino a su desplazamiento de la práctica de la confesión (en la que las prohibiciones se nombraban y se clasificaban de forma jerárquica) a la medicina y la psiquiatría del siglo xrx. La «voluntad de saber» podía proporcionar otro tema: este análisis exploraría cómo llegó el discurso vigente, con los sofistas, a ser organizado alrededor de una división entre verdadero y falso, y un examen posterior del mismo tema consideraría esa misma «voluntad» en la filosofía natural del siglo XVII. Se añadiría una tercera dimensión con las actas de fundación de la ciencia moderna, la formación de la sociedad industrial y la ideología positiva que trajo consigo: «Tres secciones para llegar al saber a través de la morfología de nuestra voluntad; tres estadios en nuestra falta de cultura»²⁵. También eran temas posibles la medicina, los orígenes del sistema penal y las construcciones de crítica literaria del autor y la figura de la *oeuvre*. Todos los ejemplos críticos representaban un análisis de los «órganos de control del discurso»; la genealogía consideraría la formación efectiva del discurso, desde dentro, fuera y a través de los órganos o instancias de control.

Foucault esbozó un vasto proyecto de investigación o, más bien, una

Ibid., pág. 54 y 55.

Ibid., pág. 55.

Ibid., pág. 65.

vasta extensión de proyectos posibles. Era imposible dedicarse a todos. De hecho, tenía poco más que decir acerca de la crítica literaria y la construcción de los autores, por ejemplo. Sin embargo, el discurso de ingreso bosquejó muchos de los temas de los que trataría en futuros libros y conferencias, en especial la criminalidad, la psiquiatría y la sexualidad.

Sus conferencias semanales atrajeron a menudo mucha más gente que la que cabía en la sala y tuvieron que instalarse en la habitación contigua monitores de televisión de circuito cerrado. Como la fiesta móvil del seminario de Lacan, al que Foucault asistió de forma ocasional²⁶, era una atracción para *le tout Paris*, pero también convocaba a muchos visitantes extranjeros. A James Bernauer, por lo menos, le impresionaba la «cacofonía de las lenguas extranjeras oídas antes de cada una de sus clases»²⁷. Entre el público se hallaban los inevitables excéntricos, como la anciana que le dijo a Daniel Deferí que había asistido a todas las conferencias dictadas sobre filosofía en el Collège durante los últimos sesenta años. Quizá era la única persona viva que había escuchado a Bergson, que murió en 1941, y a Foucault²⁸.

Para el mismo Foucault, la sala de conferencias era un lugar solitario y se quejó a menudo a sus amigos y a su sobrina Anne Thalamy de su aislamiento, la falta de diálogo y de que su público no le hiciera preguntas²⁹. En 1975, expresó lo mismo a un periodista:

A veces, cuando la conferencia no era buena, se necesitaba algo, una pregunta, para reunir todo. Pero nunca llega [...]. Y como no existe retroalimentación, la conferencia se convierte en una pieza de teatro. Mi relación con la gente que está allí es la de un actor o un acróbata. Y cuando he terminado de hablar, un sentimiento de soledad total.

Durante años, iba a ver a la misma gente sentada en los mismos sitios, pero era incapaz de hablarles: «Cuando dejo la sala, ya se han ido. A veces me gustaría interrumpir mi conferencia, preguntarles por qué es-

²⁶ Foucault describió el seminario de Lacan a un periodista de este modo: «Resulta prácticamente imposible hallar sentido a su lenguaje esotérico. Para captar todas las alusiones de Lacan, sería necesario haberlo leído todo. Nadie entiende, pero todos se sienten preocupados y eso es lo que es tan maravilloso. En un momento u otro, cada uno de sus oyentes tiene la sensación de haber entendido y de ser el único. Así pues, cada semana Lacan consume el acto de dirigir, frente a un salón de conferencias, una suerte de análisis abstracto que obra en cada uno de sus oyentes». Citado en Gérard Petitjean, «Les Grands Prêtres de l'Université française», *Le Nouvel Observateur*, 1 de abril de 1975, pág. 54.

²⁷ Bernauer, *Michel Foucault's Forcé of Flight*, pág. 3.

²⁸ Mauriac, *Et comme l'espérance est violente*, pág. 498.

²⁹ Entrevista con Anne Thalamy.

tan allí, qué buscan»³⁰. Los que corrían hacia Foucault cuando terminaba la conferencia no trataban de formularle preguntas, sino de recoger las grabadoras y micrófonos que habían colocado en su mesa. A finales de ese mismo año, Foucault le dijo al periodista radiofónico que se ponía muy nervioso antes de cada conferencia, que se sentía como un estudiante ante un examen importante. Era como si un público anónimo estuviera perpetuamente juzgándolo, poniéndolo ante un tribunal³¹.

Por otro lado, su aislamiento tenía sus ventajas. Mientras daba conferencias en el Collège, Foucault le dijo a Chancel, no tenía la impresión de estar enseñando, de mantener una relación de poder con su auditorio. Cuando se quejaba de su soledad, parece habersele olvidado que formular preguntas ante más de 2.000 personas es algo que intimidaría a la mayoría. También pasaba por alto la cuestión de su propia figura pública amedrentadora. Incluso los que se atrevían a acercársele encontraban su entorno intimidante. Cuando Arlette Farge comenzó a colaborar con él en lo que se convertiría en *Le désordre desfamilks*, convino en presentarse tras la conferencia. Mientras subía la escalera que conducía a su habitación, sentía que sufría el desprecio de miradas hostiles, todas preguntando en silencio «¿quién se cree que es?»³².

Pocos percibieron algún signo del nerviosismo de Foucault cuando se abría camino en el estrado lleno de gente, retiraba el racimo de micrófonos para hacer espacio a sus papeles y se sumergía en una conferencia que duraría dos horas ininterrumpidas. Hablaba deprisa, con una «voz regular, casi monótona»³³, leyendo de un texto preparado y rara vez improvisando. Otro oyente describe la escena:

La gente se amontonaba a las puertas dos horas antes, como si fuera la primera noche. Dentro, los emisarios guardaban sitios; la gente se despedazaba por conseguir medio sentarse en la cuarta parte de una silla plegable, y las ancianas de los *beaux quartiers* lucían su mejor *haute couture*. Y en la tarima, de pie, en el centro de una mesa infinita de madera barnizada, con su cráneo desigual iluminado a *mezzo giorno*, rodeado por cientos de micros unidos a cientos de grabadoras, con una tropa de jóvenes amanerados acurrucados a sus pies, hablaría Foucault³⁴.

³⁰ Petitjean, «Les granas Prêtres de l'université française», pág. 55.

³¹ «Radwscopk ck Michel Foucault. Propos recueillis parjacques Chancel», 3 de octubre de 1975. La cassette donde se recoge esta entrevista se encuentra en la Biliothèque du Saulchoir y en la Bibliothèque Public d'Information, Centre Georges Pompidou.

³² Entrevista con Arlette Farge.

³³ *Foucault'i Forcee o/Fligt*, pág. 3.

³⁴ Gérard Lefort, «Au Collège de France: un judoka de l'intelect», *Liberation*, 26 de junio de 1984, pág. 6.

Claude Mauriac y el caricaturista Wíaz (Pierre Wiazemski) pensaban que la iluminación teatral le hacía parecer un alquimista cuando revolvió su montón de notas³⁵. Cuando hablaba, reinaba el silencio en la sala donde en otro tiempo Bergson hubiera realizado actuaciones igualmente memorables.

Las conferencias seguían el modelo esbozado en el discurso de ingreso más que el de *Tures et travaux*. En su primer año en el Collège de France, Foucault comenzó a bosquejar lo que llamó una «morfología de la voluntad de saber» y a considerar los modelos tan diferentes ofrecidos por la *Ética a Nicómano* de Aristóteles y *La Gaya Ciencia* de Nietzsche, que proporcionaban un «modelo de un saber que se busca a sí mismo, producido como un hecho de la voluntad, que determina el efecto de la verdad mediante la falsificación»³⁶. Para Aristóteles, había una relación directa entre placer y sensación y, de este modo, entre la intensidad del placer y la cantidad de saber proporcionada por la percepción de un sentido. El deseo de saber era una variante de la búsqueda natural de la felicidad y «el bien». Para Nietzsche, el saber es el producto de un juego de instintos o deseos en conflicto y de una voluntad de apropiarse y dominar. Siempre provisional e inestable, es siempre un esclavo de los instintos violentos y primarios. Luego el modelo nietzscheano se aplicaba a una serie de ejemplos tomados de la historia y las instituciones de la Grecia arcaica, a saber, el uso de los juramentos en los conflictos legales, la búsqueda del justo medio en los intercambios comerciales y las relaciones sociales dentro de la *polis*, la búsqueda de una ley justa que asegurara el orden dentro de la *polis* y reflejara el orden del universo, y la purificación ritual tras actos de asesinato.

La segunda obligación de Foucault como miembro del Collège de France era dirigir un seminario semanal. Por ello, hacia finales del año, anunció que el seminario se iniciaría a comienzos de 1971 y pidió a aquellos que desearan tomar parte que le escribieran esbozando sus intereses y expresando de qué modo estaban dispuestos a contribuir. Esta petición era un intento de limitar el número. En su opinión, el seminario iba a ser «un lugar de trabajo» y deseaba limitarlo a aquellos dispuestos a emprender una investigación seria y a escribir como una empresa colectiva. También era un foro para oradores invitados que pudieran ampliar sus perspectivas o contribuir como especialistas.

Al declarar que el acceso al seminario iba a ser restringido, Foucault se daba cuenta de que iba contra el espíritu y la letra de las leyes que gobernaban el Collège. Para sorpresa de los que le escribieron, se encontra-

Mauriac, *Et comme l'espérance est violente*, pág. 502.

Resume des cours, pág. 14.

ron con un pequeño grupo a comienzos de 1971. Era un alivio agradable trabajar con un grupo pequeño y comprometido. La presencia de observadores casuales le producía una profunda irritación y algunas veces trató de cerrar su seminario, pero las autoridades del Collège le llamaron al orden. El tema no desaparecería en los años venideros.

El primer año del seminario del lunes se dedicó al desarrollo de la psiquiatría penal durante el periodo de la Restauración, pero no produjo ninguna publicación en tan corto plazo. El material de investigación lo proporcionaron periódicos contemporáneos tales como la *Gazette des Tribunaux* y los *Annales d'hygiène publique et de médecine légale*. La mayoría de los casos descritos eran narraciones espeluznantes de asesinatos: historias de criadas que de repente asesinaban a los niños que tenían a su cuidado, de una mujer que mató y se comió a su hijo, de un antiguo viticultor que vivía en el bosque y que, al no haber logrado violar a una niña, la mutiló y se bebió su sangre. Aunque sin duda proporcionaban un cierto *Xofrisson*, el interés principal de tales casos consistía en que era la prensa médica la que informaba sobre ellos y ejemplificaban la intersección de los discursos médico y legal acerca de la locura y la criminalidad³⁷. En pocas palabras, anticipaban algunos de los temas principales de *Surveiller et punir* y de trabajos como la conferencia sobre el concepto de «individuo peligroso» dictada en un simposio sobre «Ley y psiquiatría» en la universidad de York (Toronto) en 1978³⁸.

En las páginas de los *Annales* fue donde Foucault se encontró por primera vez con el caso de Pierre Rivière, que le proporcionó tema durante los dos años siguientes. Mientras tanto, la conferencia semanal se iba ocupando de las teorías y las instituciones penales y Foucault comenzaba a elaborar su teoría del «poder-saber»: «No puede ejercerse ningún poder sin la extracción, apropiación, distribución o retención de saber. En este plano, no tenemos saber por un lado y sociedad por el otro, o ciencia y Estado; tenemos las formas básicas de "poder-conocimiento"»³⁹.

En su resumen del segundo año del seminario, Foucault presenta la lista de los participantes: Jean-Pierre Peter, Robert Castel, Gilles Deleuze, Alessandro Fontana, Philippe Riot y Maryvonne Saison. Sin embargo, Deleuze no era un asistente habitual. El texto publicado de *Moi, Pierre Rivière*, también incluye los nombres de Bladine Barret-Kriegel, Jeanne Fav-

³⁷ J. P. Peter y Jeanne Favret, «L'animal, le fou, le mort», en *Moi, Pierre Rivière, ayant égor-gé sa mère, sa sœur et son frère. Un cas de parriicide au XIX siècle présenté par Michel Foucault*, París, Gallimard/Julliard, 1973, pág. 249 y n. [Trad. esp.: *Yo Pierre Rivière*, Barcelona, Tusquets, 1983.]

³⁸ «About the Concept of the Dangerous Individual in Nineteenth-Century Legal Psychiatry», *International Journal of Law and Psychiatry* I, 1978, págs. 1-18.

³⁹ *Ibid.*, pág. 20.

ret, Georgette Legée, Gilbert Barlet-Torvic y Patricia Moulin. Barrel-Kriegel llegó después y se unió al seminario cuando había pasado algún tiempo desde su constitución, y parece que la participación de Favret fue mínima. El número era algo fluctuante, pero no hubo más de quince participantes regulares.

Para Jean-Pierre Peter, el descubrimiento del caso Rivière fue una sorpresa agrídulce. Había estudiado con Braudel y se había acabado interesando en la historia del escándalo. Para desagrado de Braudel, luego comenzó a alejarse de la historia económica y social; Le Roy Ladurie le pidió que le ayudara en su investigación sobre los archivos médicos del siglo XK. Su trabajo en esa área hizo que encontrara *Naissance de ja clinique* algo abstracta y muy lejos de la práctica cotidiana de la medicina, pero seguía estando ávido por trabajar con Foucault. En este punto, su ruptura con Braudel se completó y dio como resultado una agria discusión que le llevó a una carrera bastante frustrante. Peter está medio convencido de que si hubiera continuado su investigación, el descubrimiento del caso Rivière habría sido suyo. De todos modos, se iba a convertir en una importante figura en el apretado grupo del seminario.

Se propuso una exploración sistemática de la historia de Pierre Rivière. La narración publicada en los *Annaks* no estaba completa, pero apuntaba que la escrita de puño y letra de Rivière podía encontrarse en Normandía. Aunque no era optimista por completo, Peter fue a Caen para consultar los archivos del *département* de Calvados. Al igual que muchas ciudades de Normandía, Caen fue virtualmente arrasada por la invasión aliada de 1944 y muchos de sus archivos fueron destruidos. Peter había oído historias siniestras acerca de fragmentos chamuscados de documentos que volaban por las calles cercanas a los archivos. Por casualidad, la «memoria» escrita por Pierre Rivière había sobrevivido a las bombas y al fuego, y un Peter muy emocionado pudo regresar a París con una fotocopia del manuscrito completo. Milagrosamente, los archivos departamentales de Caen seguían guardando los expedientes que contenían todos los documentos legales y la información de la prensa sobre el caso. A petición de Foucault, todo el dossier se transfirió a los Archives Nationales de París, aunque se retrasó debido a una huelga de funcionarios. Ahora era posible transcribir el dossier entero; este trabajo se debió en su mayor parte a la dedicación de Peter. El grupo tenía su documento de trabajo real⁴⁰.

La descripción que hace Foucault del caso en su *Resume des cours* es sobria y no proporciona indicio de la pasión real que inspiró en el gru-

⁴⁰ Entrevista con Jean-Pierre Peter; Jean-Pierre Peter, «Entendre Pierre Rivière», *Le Débat*, 66, septiembre-octubre de 1991, pág. 128.

po: «Pierre Rivière: un asesino poco conocido del siglo xix; a los veinte años degolló a su madre, a su hermano y a su hermana; tras su detención, escribió una *mémoire* explicativa que se pasó a sus jueces y a los médicos responsables de escribir el informe psiquiátrico»⁴¹.

En 1835, el joven Pierre Rivière degolló brutalmente a su madre, su hermana y su hermano con una hoz y luego huyó para llevar una dura vida en el campo de Normandía. Pronto fue detenido y llevado ante un tribunal. El parricidio no era un delito demasiado inusual en la Francia rural, pero el caso Rivière atrajo mucha atención debido, en gran medida, a la asombrosa memoria que entregó al tribunal. Aunque se le creía analfabeto y muchos lo consideraban poco más que el tonto del pueblo, demostró ser capaz de escribir un documento largo y complicado y de citar los libros Deuteronomio y Números en su defensa. No había duda de su culpabilidad, ya que su memoria comenzaba: «Yo, Pierre Rivière, habiendo degollado a mi madre, mi hermana y mi hermano...» Explicaba en extenso que había matado a su madre para vengar a su padre por las persecuciones a que lo había sometido y a sus hermanos porque querían a su madre. Había actuado por las órdenes que había recibido de Dios y de sus ángeles. Lo que estaba en duda era su cordura; la ley de 1832 había introducido la noción de la defensa basada en «circunstancias atenuantes», categoría que incluía la locura. De aquí la importancia de su relato tanto para su juez como para el seminario de Foucault:

La historia del asesinato [...] era un elemento que formaba parte integral de su racionalidad o su sinrazón. Algunos dijeron: los signos mismos de la locura pueden observarse en el hecho del asesinato y en los detalles de lo que se narra; otros dijeron: las pruebas mismas de la lucidez pueden observarse en la preparación y las circunstancias del asesinato y en el hecho de haberlo escrito. En resumen, el acto de matar y el acto de escribir, los hechos realizados y las cosas contadas se entrelazaban, como elementos de la misma naturaleza⁴².

Se formuló al texto de Rivière una triple pregunta acerca de la verdad: la verdad basada en los hechos, la verdad acerca de la opinión pública y la verdad científica⁴³. El joven campesino estaba atrapado en un discurso proveniente de otro lugar, que formulaba preguntas sobre su pasado, sobre sus supuestos actos de crueldad hacia los animales y niños, sobre sus paseos solitarios en los que hablaba consigo mismo para establecer si era o no un «individuo peligroso».

⁴¹ *Resume des cours*, pág. 24.

⁴² «Les meurtres qu'on raconte», *Moi, Pierre Rivière*, pág. 266.

⁴³ *Ibid.*, pág. 275.

Finalmente, se le halló culpable y se le condenó a muerte. Aquí entraron en juego otras circunstancias. El parricidio se consideraba una variante del regicidio, y hacía poco que se había atentado contra la vida del rey; la sentencia de muerte era predecible. Mucho menos predecible, esta sentencia fue conmutada en apelación por cadena perpetua, basándose en que Rivière había matado como consecuencia de sus alucinaciones religiosas. En 1840, se suicidó en la prisión.

Sin duda, el caso Rivière resultaba muy atrayente desde el punto de vista histórico y teórico pues ejemplificaba con mucha claridad el juego entre lo legal y lo psiquiátrico. También tenía un atractivo más subjetivo. Como señaló Foucault, al grupo del seminario le sedujo sin más la belleza del texto de Rivière: «Nos cautivó el parricida de los ojos bermejos» (*kparricide auxyeux roux*; una rara expresión, ya que *roux* se emplea habitualmente para color de cabello)⁴⁴. Sería fácil interpretar esta declaración como un encaprichamiento homoerótico por parte de Foucault, si no fuera porque Rivière tenía el mismo atractivo para cada una de las personas que componían el grupo del seminario, sin importar su orientación sexual. Rivière invadió sus vidas y dominó todas sus conversaciones durante meses. Tan fuerte era su lazo afectivo imaginario con su asesino, que los miembros del grupo llegaron a ser reacios a cobrar derechos por la publicación de su relato sobre el caso y pensaron utilizarlos para financiar una fundación con su nombre. El plan quedó en nada, pero indica la cautivación que sentían.

En el texto publicado, la memoria de Rivière y los relatos y documentos contemporáneos ocupan el lugar de honor; los ensayos que los acompañan —descritos simplemente como «notas»— no pretenden ser interpretaciones y menos aún proporcionar una interpretación psicoanalítica⁴⁵. Se permite que Rivière hable por sí mismo y las contribuciones del seminario enmarcan sus palabras más que las explican. En definitiva, la única explicación del triple asesinato es la proporcionada por su perpetrador. Como señaló Foucault en una discusión sobre la adaptación cinematográfica efectuada por Rene Allio de *Pierre Rivière*, la publicación del libro fue «un modo de decir a los psiquiatras: "Cierto, lleváis existiendo ciento cincuenta años; aquí hay un caso que es contemporáneo de vuestro nacimiento. ¿Qué tenéis que decir sobre él? ¿Estáis me-

⁴⁴ «Présentation», *ibtd.*, pág. 14.

⁴⁵ Los demás ensayos son: Patricia Moulin, «Les circonstances atténuantes», Bladine Barret-Kriegel, «Régicide-parricide», Philippe Riot, «Les vies parallèles de P. Rivière», Robert Castel, «Le médecin et les juges», Alexandre Fontana, «Les intermittances de la raison». Georgette Legée estableció una cronología y Gilbert Bulet-Torvic una topografía de las andanzas de Rivière.

por situados para hablar sobre él que vuestros colegas del siglo xix?"»⁴⁶.

Se llegó muy pronto a la decisión de publicar el expediente Riviére. Fue en parte una decisión debida al pánico. Por insistencia de las autoridades del Collège, Foucault había abierto el seminario al público o, según la opinión del airado Peter, a las «hordas vampirescas de consumidores de saber». El seminario se convirtió en un segundo curso de conferencias, lleno de micrófonos y grabadoras intrusos. Se comenzó a propagar el rumor de que alguien iba a publicar una versión abreviada de la memoria, junto con un comentario basado en las cintas grabadas del seminario. Nunca se ha demostrado si había alguna verdad en ello⁴⁷.

La decisión de publicar iba a ocasionar controversia dentro del armonioso grupo del seminario. La discusión que surgió no fue realmente sobre los contenidos del volumen propuesto, aunque se dice que una contribución de una joven que nadie está dispuesto a nombrar fue brutalmente rechazada por Foucault. Más bien fue el formato de la publicación lo que produjo el conflicto. Foucault había hablado obviamente del trabajo en curso con Pierre Nora, su editor de Gallimard y codirector de la serie Archives. De inmediato, éste dio por sentado que *Moi, Pierre Riviére* aparecería en esa serie. Los Archives habían comenzado a publicarse en 1964, en un principio por Julliard. Después, bajo el sello conjunto Julliard-Gallimard, en formato de bolsillo, se diseñó para hacer asequibles documentos originales —editados y seleccionados por eminentes especialistas— al público general a un precio razonable (*Pierre Riviére* costó 12,5 francos; siete años antes, *Les mots et les choses* se había vendido por 26 francos). Los primeros títulos iban de la historia documental del Frente Popular a las narraciones contemporáneas de la fundación del PCF⁴⁸.

Los miembros del seminario no se tomaron muy bien que Nora diera por sentado que el libro era para él: el formato de los Archives era demasiado pequeño, la tipografía era pobre, la colección carecía del prestigio suficiente... Sugirieron que era preferible otra serie de Gallimard. Esta vez, Foucault fue inflexible. Aunque había sido abierto, tolerante y eminentemente democrático durante la vida de trabajo del seminario, ahora ejerció toda su autoridad de profesor. No estaba dispuesto a hacer o decir nada que pudiera comprometer sus relaciones con Gallimard o la Bibliothèque des Histoires de Nora, y el texto apareció a su debido tiempo como un volumen de la serie Archives, con algunas concesiones en el diseño y la tipografía.

⁴⁶ Pascal Kane, «Entretien avec Michel Foucault», *Cahiers du Cinema*, 271, noviembre de 1976, pág. 52.

⁴⁷ Peter, «Entendre Pierre Riviére», pág. 128.

⁴⁸ Georges Lefranc, (*tá*), *Juin 36*, París, Julliard, 1966; Annie Kriegel (ed.), *Le Congrès de Tours*, París, Julliard, 1964.

Las reseñas fueron bastante favorables pero más bien escasas. Al igual que había pasado con *Désordre des familles*, el hecho de que el volumen no estuviera escrito íntegramente por Foucault puede haber reducido el interés. Una reseña en particular provocó la furia de Foucault. Aunque hacía algunos comentarios favorables, Le Roy Ladurie criticaba *Moi, Fierre Rivière* por descuidar la historia social y económica, y concluía que el libro presentaba «una dosis insuficiente de provincialismo. La única persona que faltaba en el brillante equipo reunido por Michel Foucault era un normando. Un antropólogo social normando»⁴⁹. El comentario lanza dos puyazos diferentes. El mismo Le Roy Ladurie es normando y la implicación clara es que él podría haber escrito un libro mejor. Aunque no es normanda, Jeanne Favret es antropóloga y por entonces se encontraba realizando una investigación sobre brujería en Normandía. Esta investigación, basada en la observación de los participantes, proporciona una visión casi única de la cultura popular de la Francia rural⁵⁰. Durante semanas, Foucault le diría a cualquiera que quisiera escucharle que el eminente historiador de Montaillou era un tonto craso⁵¹.

Los dos años que pasó en Vincennes y el primer año del Collège de France no fueron particularmente productivos en cuanto a obra escrita. Seguía hasta cierto punto inmerso en un mundo literario, pero ese aspecto de su vida se iba volviendo menos importante de lo que había sido. En otoño de 1970 dejó de ser miembro activo del consejo editorial de *Critique*, aunque continuó en el *conseil de rédaction*. Su marcha se debió a falta de tiempo más que a la pérdida de interés por un periódico al que debía mucho.

Su última colaboración en *Critique* fue un extenso ensayo sobre dos libros de Deleuze: *Différence et répétition* y *Logique des sens*, ambos publicados en 1969⁵². Ya había reseñado el primero, que había descrito como «algo muy diferente a la *enésima* narración de los comienzos y finales de la metafísica. Es el teatro, el escenario, el ensayo de una nueva filosofía sobre el tablado desnudo de cada página»⁵³. «Theatrum philosophicum» es una celebración más que una reseña crítica y, sin duda, la respuesta directa a la celebración de Deleuze de *L'archéologie du savoir* en «Un nouvel archiviste».

⁴⁹ Emmanuel Le Roy Ladurie, «Bocage au sang», *Le Monde*, 18 de octubre de 1973, páginas 19, 25. Para otras reseñas más positivas, véase Max Gallo, «Histoire d'une folie», *L'Express*, 15-21 de octubre de 1973, págs. 59 y 60 («éxito total del fascinante libro de Foucault») y Marc Ferro, «Au croisement d l'histoire et du crime», *La Quinzaine Littéraire*, 1-15 de diciembre de 1973, págs. 25 y 26.

⁵⁰ Jeanne Favret-Saada, *Les mots, les sorts, les sorts*, París, Gallimard, 1977.

⁵¹ Entrevista con Jean-Pierre Peter.

⁵² «Theatrum philosophicum», *Critique*, 282, noviembre de 1970, págs. 885-908.

⁵³ «Ariane est pendue», *Le Nouvel Observateur*, 31 de marzo de 1969, pág. 61.

Ambas publicaciones de Deleuze constituyen dos etapas más de la acometida antiplatónica que comenzó con *Nietzsche et la philosophie* en 1961⁵⁴. Son a la vez muy serias y festivas, al mezclar temas literarios, filosóficos y artísticos y referencias con el estilo característico que alcanza su apoteosis en el *Anti-Oedipus* de 1972⁵⁵. Foucault no expone ni explica los textos de Deleuze; los celebra uniéndose a una danza en la que sus parejas son Leiris, Dade, Bataille, IGossowski y Alicia de Lewis Carroll. Del lenguaje de Deleuze se dice que es «una perpetua fonodescentración», lo que significa que captura algo de la formación del lenguaje y el «fogonazo de luz» del pensamiento, y se compara a la obra de Brisset, el «fantástico gramático, el predecesor oscuro que identificó en buena medida los puntos importantes de esta descentración»⁵⁶. En términos filosóficos bastante más formales, se reconoce a Deleuze el mérito de haber descubierto las precondiciones para conceptuar juntos fantasías y acontecimientos: «la supresión de las categorías, la afirmación de la universalidad del ser, la rotación repetitiva del ser alrededor de la diferencia»⁵⁷. La repetición y el encuentro que resulta con la «estupidez» recuerda a las latas de sopa de Andy Warhol y a *Bouvard et Pécuchet* de Flaubert.

El rasgo, más sorprendente del artículo de Foucault es, sin embargo, el recuento lírico de las virtudes del LSD:

Se puede observar con facilidad cómo el LSD invierte las relaciones entre el mal humor, la estupidez y el pensamiento; tan pronto como cortocircuita la soberanía de las categorías, arranca la base de su indiferencia y reduce a nada la mímica sombría de la estupidez; no sólo revela que este conjunto unívoco y esta masa acategórica es un arco iris brillante, móvil, asimétrico, descentrado, espiraloide y resonante, sino que lo hace bullir constantemente con fantasías sin fin; al deslizarse por su superficie, que es a la vez puntiforme e inmensamente vibratoria, el pensamiento, liberado de sus crisálida catatónica, siempre ha contemplado la equivalencia infinita que se ha convertido en un hecho agudo y una repetición adornada con suntuosidad⁵⁸.

Luego prosigue exponiendo las propiedades muy diferentes del opio y su inducción a una «inmovilidad sin peso», antes de especular que las drogas pueden producir un «pensamiento a medias» al desplazar la rela-

⁵⁴ En Ronald Bogue, *Deleuze and Guattari*, Londres, Routledge, 1989, se presenta un buen recuento de ambos libros.

⁵⁵ Gilles Deleuze y Félix Guattari, *L'Anti-Oedipe*, París, Minuit, 1972. [Trad. esp.: *El Antiedipo: capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, Paidós, 1985.]

⁵⁶ «Theatrum philosophicum», págs. 895 y 896.

⁵⁷ *Ibid.*, pág. 901.

⁵⁸ *Ibid.*, pág. 903.

ción pensamiento-estupidez y reemplazar el breve flogonazo del pensamiento por una fosforescencia continua. En este punto, Deleuze pregunta en una nota a pie de página: «¿Qué pensará la gente de nosotros?»⁵⁹.

El misterio real no es qué piensa la «gente» sobre esta fantasmagoría, sino el motivo y la base para su escritura. Foucault no era extraño a los placeres proporcionados por el hachís y quizá el opio, pero todavía tenía que tomar LSD; su primer encuentro con el alucinógeno iba a ser una experiencia californiana y no tuvo lugar hasta 1975. El LSD no era un bien escaso en París en 1970 y se dedicaba una abundante literatura a su celebración. En ausencia de documentación real, sólo puede pensarse que el profesor del Collège de France tenía un conocimiento inusual, pero probablemente de segunda mano, de la cultura del ácido del «underground».

Volviendo a un discurso filosófico más reconocible, Foucault concluye cantando las alabanzas del «pensamiento genital, del pensamiento afirmativo, del pensamiento acategorico» de Deleuze y de su construcción de la filosofía como un teatro más que como un pensamiento, como un teatro en el que Platón, Duns Escoto, Spinoza, Leibniz y Kant inician un baile de máscaras. Al alcanzar la cima de la pirámide, Leibniz descubre que la música de las esferas es *Pierrot Lunaire* de Schoenberg. Por último, aparece una extraña figura: «En la cabina del Luxemburgo, Duns Escoto asoma la cabeza por la luneta circular; tiene un bigote imponente; el de Nietzsche, disfrazado de Klossowski»⁶⁰.

Aunque mucho del «Theatrum philosophicum» es un juego desconcertante y misterioso entre Foucault y Deleuze, su imagen final se explica con facilidad. Foucault seguía en contacto con Klossowski, aunque su asociación no duraría mucho más, y había leído y vuelto a leer hacía poco su última producción⁶¹. *La monnaie vivante* es uno de los extraños productos de la imaginación de Klossowski, que describe un estadio utópico en el desarrollo económico en el que el instrumento de cambio no será el dinero, sino los seres vivos. El patrón oro cederá el paso al patrón placer y se pagará a los productores con muchachas y muchachos. Un dibujo en grafito de 1969 ilustra el proceso representando «La recuperación del valor excedente» como un acto de sodomía⁶². La noción tuvo un atractivo considerable para los filósofos del deseo⁶³. Y a Foucault le dejó sin aliento. Como le dijo a Klossowski, *La monnaie vivante* era una desti-

⁵⁹ *Ibid.*, pág. 904.

⁶⁰ *Ibid.*, pág. 907 y 908.

⁶¹ Pierre Klossowski, *La monnaie vivante*, París, Eric Losfield, 1970.

⁶² Reproducido en *Pierre Klossowski*, pág. 89.

⁶³ Deleuze y Guattari, *L'Anti-Oedipe*; Jean-François Lyotard, *Economie libidinale*, París, Minuit, 1972.

lación de Blanchot y Bataille: «Eso es lo que ha de pensarse: deseo, valor, simulacro, el triángulo que sin duda nos ha dominado y ha constituido nuestra historia durante siglos. Quienes luchaban por imponernos su visión de topo solían decir y aún dicen: "Freud-Marx". Ahora podemos reírnos de ellos y sabemos por qué»⁶⁴.

Quizá el pensamiento fuera libre dentro del Collège de France, pero no lo era siempre fuera de sus muros. Como iba a aprender Foucault por experiencia personal, la censura, de tipo político y sexual, era un asunto muy real en la Francia de Pompidou. Daniel Deferí recuerda que, cuando se pidió a Foucault que hiciera el prólogo al primer volumen de las *Oeuvres complètes* de Bataille, fue con la esperanza de que su prestigio creciente y su posición protegieran el texto del censor. Está abierto al debate si esta asociación protegió la obra de Bataille de la censura, pero lo que sí está demostrado es que no se emprendió ninguna acción contra el famoso autor de *Histoire de l'oeily Mme Edwarda*. Pierre Guyotat, menos conocido, tuvo menor fortuna en sus encuentros con los organismos de control.

En septiembre de 1970, tras un año de vacilación, Gallimard acabó por publicar *Edén, Edén, Edén* de Guyotat, protegido por un caparazón triple de prefacios escritos por Barthes, Leiris y Sollers. La primera novela del autor, *Tombeaupour cinq cent mille soldats* (1967), era una representación lírica y violenta de la guerra, ambientada en Argelia y llena de brutalidad sexual y física. Le había ido moderadamente bien, se vendieron 1.500 ejemplares y fue traducida a varias lenguas. *Edén, Edén, Edén* era aún más impactante: era lo que un periodista simpatizante llamó «una eternidad de fornicación» que involucraba hombres, mujeres, niños, árabes, negros y soldados en unas permutaciones de cópulas interminables⁶⁵.

En una carta abierta a Guyotat, Foucault le advertía de que su libro causaría escándalo, pero alababa su visión de la sexualidad. Guyotat decía algo que se había sabido durante largo tiempo, pero que se ocultaba cuidadosamente para proteger la supremacía del sujeto y la unidad del individuo. En otras palabras, la sexualidad

no es algo como el «sexo» en el límite del cuerpo, ni es un medio de comunicación; ni siquiera es el deseo fundamental o primitivo del individuo; la misma textura de sus procesos existe antes que los individuos. El individuo no es más que su prolongación precaria, provisio-

⁶⁴ Carta a Pierre Klossowski (invierno de 1970-1971), *Cahiers pour un temps: Piare Klossowski*, París, Centre Georges Pompidou, 1985, págs. 89 y 90.

⁶⁵ Jean-Francois Josselin, «Le Continent noir», *Le Nouvel Observateur*, 7 de septiembre de 1970, págs. 40 y 41. Para Guyotat en general, véase su entrevista con Gilies Barbedette, «Pierre Guyotat par qui le scandale arrive», *Le Monde dimanche*, 21 de marzo de 1982, págs. I, IX.

nal, que se borra con rapidez; al final, el individuo no es más que una forma pálida que surge por un momento de un gran linaje que es tenaz y repetitivo. Los individuos, los pseudópodos de la sexualidad, se retraen con rapidez. Si deseáramos saber lo que sabíamos, debemos abandonar totalmente lo que imaginamos acerca de nuestra individualidad, nuestro ego, nuestra posición como sujeto. En tu texto, las relaciones entre el individuo y la sexualidad están invertidas abierta y completamente, quizá por primera vez; han dejado de ser personajes que se borran en beneficio de los elementos, las estructuras o los pronombres personales; la sexualidad mueve el otro lado del individuo y deja de ser «subjetivizada»⁶⁶.

Al percibir que la publicación de la novela de Guyotat daría problemas, Foucault, Leiris, Barthes, Sollers, Derrida y otros se ofrecieron como «garantes de su existencia» en un intento de evitar la censura. Su gesto de apoyo no fue vano por completo: no se prohibió abiertamente la novela. Pero, por otro lado, no pudo anunciarse, exhibirse en las librerías ni venderse a menores de veintiún años. La prohibición continuó vigente hasta 1981, cuando *Edén, Edén, Edén*, por fin, salió a la venta abierta.

«Il y aura scandale, mais...», *Le Nouvel Observateur*, 7 de septiembre de 1970, pág. 40.

«Intolerable»

Justo dos meses después de pronunciar su discurso de ingreso en el Collège de France, Foucault inició algo muy diferente. Durante los dos años siguientes, su vida iba a ser sobre todo la de un militante político, atrapado en una ráfaga de acontecimientos confusos ante los que reaccionaba de prisa y no siempre con sabiduría. La plataforma política y hasta las esquinas de las calles reemplazaron al estrado de conferencias. Los elegantes y eruditos ensayos sobre Bataille y Blanchot cedieron paso a las declaraciones a la prensa, redactadas a la carrera. Su vida académica continuó en el Collège, pero llevó de forma simultánea una existencia política extenuante, que le hacía participar en un mitin tras otro, en una manifestación tras otra y en una confrontación tras otra. Nada de su vida anterior —ni siquiera los tormentosos días de Túnez ni el caos de Vincennes— le había preparado para los años que vendrían. Su participación en Túnez y Vincennes había sido la de alguien a quien arrastraron los hechos. Con la fundación del Groupe d'Information sur les Prisons (Grupo de Información sobre las Prisiones), se convirtió en un instigador. El objetivo de su actividad política era dar poder a los otros, por ejemplo, otorgando a los presos la voz que se les negaba. De este modo, su propia voz tendía a desvanecerse o a mezclarse en un discurso colectivo. Durante el periodo de 1971 a 1973, su biografía fue parte de una biografía colectiva, parte de la secuencia de acontecimientos en los que participó. Aunque le envolvió en numerosos episodios dramáticos, su nueva existencia también le hizo pasar mucho tiempo realizando las tareas mundanas esenciales para la existencia de cualquier grupo político: enviar sobres, redactar comunicados de prensa y repartir octavillas formó parte de su vida cotidiana.

El 2 de diciembre de 1970, Foucault había hablado en una sala de conferencias abarrotada que en otro tiempo utilizó Bergson; el 8 de febrero de 1971 se encontró hablando en la Chapelle Saint-Bernard, una estructura lóbrega y cavernosa bajo la estación de Montparnesse. Se estaba realizando una conferencia de prensa y cuando terminó, le pasaron un micrófono. El profesor comenzó a hablar:

Ninguno de nosotros puede estar seguro de no ir a la cárcel. Hoy menos que nunca. El control policial de nuestras vidas diarias se hace más estrecho: en las calles y en las carreteras; sobre los extranjeros y los jóvenes; una vez más, es un delito expresar una opinión; las medidas antidrogas están llevando a un incremento de las detenciones arbitrarias. Vivimos bajo el signo de *lagarde a vue*¹. Nos dicen que los tribunales están empantanados. Podemos verlo. Pero ¿y si fuera la policía quien los hubiera empantanado? Nos dicen que las prisiones están sobrepobladas. Pero ¿y si fuera la población la que estuviera siendo sobrecarcelada?

Se publica poca información sobre las prisiones; es una de las regiones ocultas de nuestro sistema social, una de las zonas oscuras de nuestras vidas. Por ello, junto con varios *magistrats*², abogados, periodistas, médicos y psicólogos, hemos fundado un *Groupe d'Information sur les Prisons*³.

El objetivo del grupo no era promover reformas, sino reunir y difundir información acerca del sistema de prisiones. Convencido de que la información que quería no la encontraría en las publicaciones oficiales, el GIP decidió distribuir cuestionarios a todo aquel que poseyera algún conocimiento sobre el sistema: presos, ex presos, trabajadores sociales, *magistrats* y demás.

Foucault no participó en el prelude de la fundación del grupo, que se llevó a cabo durante un periodo de seis o siete meses. El 27 de mayo de 1970, la Gauche Prolétarienne fue proscrita por Raymond Marcellin. Le Dantec y Le Bris, editores de su periódico *La Cause du Peuple*, estaban en la cárcel esperando juicio. La noche de la proscripción de la GP, una

¹ *Garde a vue* hace referencia a la práctica policial común de retener a un individuo sin presentar acusaciones durante un periodo de veinticuatro horas. En teoría, sólo se puede detener a un sospechoso por orden específica de un oficial superior y su supuesto delito debe ser de los castigados con encarcelamiento. El pretexto habitual para retener a una persona es la necesidad de comprobar su identidad.

² El término se aplica a todas las categorías de jueces y funcionarios legales empleados por la *magistrature*, a la que controla directamente el ministro de Justicia.

³ «Création d'un Groupe d'Information sur les Prisons», *Esprit*, marzo de 1971, pág. 531. Toda la declaración se publicó originalmente en *La Cause du Peuple*, 35, 17 de febrero de 1971; *Le Monde*, el 10 de febrero, publicó el primer párrafo.

asamblea de 5.000 personas en la Mutualité clamó por su liberación y su dirigente, Alain Geismar, una de las figuras más prominentes de Mayo del 68, instó a todos los presentes a tomar las calles en protesta. Fue detenido tras el mitin y posteriormente sentenciado a dos años de prisión por incitar a la violencia. El 28 de mayo, Le Dantec y Le Bris fueron condenados a ocho meses y un año, respectivamente. Siguió una noche de violentos disturbios en el Barrio Latino y se ocupó la Facultad de Ciencias por breve tiempo⁴. Al día siguiente, se adoptó la llamada *loi anti-casseurs* (ley antisaboteadores); los organizadores de manifestaciones eran ahora responsables de forma colectiva de toda violencia o destrucción de la propiedad que ocurriera en las calles.

La GP, o ex GP, como la solía llamar la prensa, no desapareció de hecho y continuó floreciendo en semiclandestinidad. *La Cause du Peuple* no había sido prohibido y siguió apareciendo bajo la dirección nominal de Sartre, aunque sus vendedores callejeros se enfrentaron al constante acoso de la policía y se confiscaron de modo ilegal varios ejemplares. Siguió una protesta extendida, organizada en gran medida por Secours Rouge, el amplio frente fundado en junio por Sartre y otros para apoyar a las «víctimas de la opresión»⁵. En otoño, comenzaron en las cárceles huelgas de hambre, cuando unos treinta militantes, los más jóvenes de dieciocho años y los mayores de veintiséis, reclamaron ser considerados presos políticos.

Había un precedente para ello. Un decreto aprobado en agosto de 1960 había introducido un *régime spécial* para los prisioneros del FLN en Francia, ya que lo último que deseaba el gobierno de De Gaulle era una epidemia de suicidios por huelga de hambre en el punto culminante de la guerra en Argelia. Los presos de OAS también disfrutaban un régimen más relajado, que les permitía el acceso a libros y a las noticias de los medios de comunicación, y una mayor libertad de asociación. En una resolución inesperada, el Tribunal de Apelación aceptó en septiembre de 1970 que un delito común —estropear las paredes de un edificio público con letreros apelando a la solidaridad con los dirigentes encarcelados de la Gauche Prolétarienne— podía ser de una «naturaleza política»⁶.

⁴ Claude Angé, «Les Nouveaux clandestins», *Le Nouvel Observateur*, 1 de junio de 1970, pág. 18.

⁵ Cfr. su declaración fundacional, en parte redactada por Sartre: «Secours Rouge será una asociación democrática, legalmente constituida e independiente; su objetivo principal será asegurar defensa política y legal a las víctimas de la opresión y proporcionarles a ellas y a sus familias ayuda material y moral [...]. No es posible defender la justicia y la libertad sin organizar la solidaridad popular. Secours Rouge ha surgido del pueblo y servirá al pueblo en su lucha.» Citado en Simone de Beauvoir, *La cérémonie des adieux*, París, Gallimard, 1981, páginas 17 y 18.

⁶ *Le Monde*, 22 de enero de 1971.

En septiembre de 1970, apareció en la prensa una declaración «escrita en las prisiones de Francia»:

Demandamos el reconocimiento pleno de nuestro estatus de presos políticos. Sin embargo, no pedimos privilegios negados a los denominados presos comunes; en nuestra opinión, son las víctimas de un sistema social que, habiéndolos producido, rechaza reeducarlos y se contenta con degradarlos y rechazarlos. Queremos que nuestra lucha, que denuncia el escandaloso régimen presente de las prisiones, ayude a todos los presos⁷.

Aunque Rene Pleven, ministro de Justicia, rechazó las demandas de un estatus político, las condiciones de detención de los huelguistas se relajaron y se desconvocó la huelga después de tres semanas, cuando los presos se encontraban en un estado de debilidad peligroso.

A fines de año, estalló una nueva oleada de huelgas en las que participaron otros trece «presos políticos». Esta vez, las demandas eran ligeramente diferentes. Se debía extender el *régime spécial* de forma automática a todos aquellos encarcelados por sus acciones políticas. Todos los presos políticos debían ser congregados en un pequeño número de prisiones, preferentemente en París o sus cercanías, y se oponían a ser dispersados por toda Francia. Debían poder reunirse a diario, mejorarse las disposiciones para las visitas, y disponer a su petición de todos los libros y revistas. La lista de demandas concluía con una referencia a la necesidad de agilizar las entregas del correo⁸.

Ahora se estaban extendiendo las protestas y en medio de ellas llegaron a levantarse voces parlamentarias. En una pregunta escrita a Pleven, Francois Mitterrand, luego diputado por Nièvre, argüía que hombres y mujeres cuyas acciones, aunque abiertas a la crítica, eran resultado de una «elección ideológica» estaban siendo sometidos a «un inaceptable régimen represivo»⁹. Las manifestaciones continuaron en París y en febrero de 1971 la violencia estaba llegando a niveles peligrosos. El 5 de febrero, se lanzaron bombas incendiarias sobre la comisaría de policía de la place du Panthéon y los vehículos policiales del exterior pasaron al ataque. El incidente más famoso llegó cuatro días más tarde, cuando una manifestación de Secours Rouge fue disuelta violentamente en la place Clichy. En la confusión, Richard Deshayes, un joven militante de Vive la Révolution¹⁰, trató de ayudar a una chica a la que habían tirado al suelo. Le

⁷ *Le Nouvel Observateur*, 17 de enero de 1972.

⁸ *Le Monde*, 21 de enero de 1971.

⁹ *Le Monde*, 9 de febrero de 1971.

¹⁰ VLR, fundado en marzo de 1969, era el grupo maoísta más libertario y pronto desa-

golpeó el rostro una granada de un tipo no identificado, perdió un ojo, sufrió serias heridas en la cara y luego fue pateado por la policía antidisturbios, mientras yacía en el suelo, en un charco de sangre. Deshayes se convirtió en la víctima más celebrada de la táctica ilegal de lanzar granadas a la altura de la cabeza y su fotografía, que apareció en primera plana del ejemplar del 18 de febrero del periódico de VLR, *Tout*, pronto empapeló las paredes de todo París, junto al eslogan «Quieren matar». Un *lycéen* llamado Gilés Guiot fue detenido en las proximidades de la misma manifestación; se le había identificado por golpear a un policía y fue condenado a seis meses. Guiot no había estado en la manifestación y no había tenido participación política alguna. En pocos días, los *lycées* de París estaban en huelga y 10.000 estudiantes tomaron las calles en protesta pacífica. Guiot fue puesto en libertad en la apelación por falta de pruebas.

Las manifestaciones callejeras no eran la única forma de acción solidaria que se emprendió. Una huelga de hambre iniciada en la Sorbona fue seguida por la ocupación de la Chapelle Saint-Bernard por once militantes de *Secours Rouge*. El padre Bernard Feillet, que la tenía a su cargo, insistió en que había sido ocupada contra su voluntad, pero también reconoció el derecho de asilo a los huelguistas¹¹. La capilla se convirtió en un lugar de reunión política permanente y los huelguistas recibieron una corriente de visitantes célebres, incluidos Maurice Clavel, Simone Signoret, Yves Montand y Foucault, que les rogó que terminaran la huelga antes de que fuera demasiado tarde¹². El 29 de enero, algunos de los huelguistas, acompañados por Sartre, se encaminaron al Ministerio de Justicia, donde pidieron ver a Pleven. Con una sensibilidad digna de María Antonieta, su *chefde cabinet* anunció que el ministro no podía recibirlos puesto que estaba asistiendo a un almuerzo oficial. Sin embargo, no mucho después Pleven comenzó a rendirse y el 8 de febrero Georges Kiejman y Henri Leclerc, los abogados de los militantes presos, mantuvieron una rueda de prensa en la capilla para anunciar que la mayoría de las demandas de sus clientes se habían aceptado. En este momento fue cuando le alcanzaron el micrófono a Foucault.

Su conocimiento de los recientes acontecimientos no procedía de los periódicos. Conocía a Geismar a través de Deferí. A muchos de los que participaban en la GP los había tratado en Vincennes y a algunos de ellos los había conocido en su encarnación anterior como filósofos althusse-

rolló una cultura «underground» característica: su periódico era más propenso a presentar caricaturas de Robert Crumb y Wolinski que retratos de Mao.

¹¹ *Le Monde*, 30 de enero de 1971.

¹² Simone Signoret, *La nostalgie n'est plus ce qu'elle était*, París, Points, 1978, págs. 348 y 349.

ríanos. Más importante aún, se había unido junto con Defert a la GP tras su proscripción por Pleven. De inmediato se sumergió en la tarea de su grupo de «presos políticos», que reunía a las familias y amigos de los que estaban en prisión. Sugirió que se formara una comisión para que se fallara una sentencia sobre el sistema de prisiones y para investigar las condiciones de retención. Pensaba en algo similar a los «tribunales populares» establecidos en la ciudad norteña de Lens para investigar las circunstancias que llevaron a la explosión de metano que mató a sesenta hombres en el pozo número 6 de Hénin-Liétard a finales de 1970¹³. Como expresó Defert más tarde, los líderes maoístas habían dado por supuesto que «Foucault iría a las cárceles y diría: "Soy del GPI; quiero visitar las cárceles" y, como se negarían, haríamos una gran protesta contra las cárceles en la prensa»¹⁴. No era lo que Defert y Foucault tenían en mente. El primero propuso en principio que su comisión estuviera presidida por Casamayor, un abogado legendario para la izquierda y un personaje permanentemente irritante para su camarilla legal, que sólo es conocido por su enigmático seudónimo. Éste declinó la invitación y luego sugirió que quizás Jean-Marie Domenach estuviera interesado. Foucault le llamó por teléfono. El resultado fue el GIP

La declaración leída en la Chapelle Saint-Bernard se había efectuado en nombre de Jean-Marie Domenach, Michel Foucault y Pierre Vidal-Naquet, y se daba la dirección de Foucault. Su autor era este último, que también redactó la octavilla sin fecha que acompañaba al cuestionario distribuido a los presentes el 8 de febrero:

La situación en las prisiones es intolerable. Los presos son tratados como perros. Los pocos derechos que tienen no son respetados. Queremos dar luz a este escándalo.

Los acontecimientos recientes han alertado a la opinión pública y a la prensa sobre el modo en que ahora se manda a la gente a prisión y de la vida que les espera una vez que están dentro; pero no queremos que el movimiento decline o caiga en el olvido.

Queremos ver que se produzcan cambios reales y para ello vamos a librar una larga campaña.

Necesitamos vuestra ayuda para obtener un conocimiento concreto de la situación real de los presos, no sólo lo que la administración nos diga.

Para comenzar, nos gustaría saber más sobre las condiciones de vida de la prisión y hacerlas públicas: su estado, higiene, alimento, la natu-

¹³ Véase Jean-Paul Sartre, «Premier procès populaire á Lens», *Situations VIII*, París, Gallimard, 1970, págs. 319-334.

¹⁴ Citado en Keith Gandal, «Michel Foucault: Intellectual Work and Politics», *Telos*, 67, primavera de 1986, págs. 125 y 126.

raleza de los castigos; las visitas, los cuartos de visitas, las relaciones entre los presos y sus familias, los derechos que la administración no respeta, las relaciones de los prisioneros y el sistema legal. Para ayudarnos a reunir esta información, debe rellenarse el cuestionario adjunto con auxilio de los presos o ex presidiarios.

Si no puede entregármolo, por favor, remítalo al GPI, 285 rue de Vaugirard, París XV^{C15}.

Se envió un segundo cuestionario centrado en las relaciones entre presos y aparato legal a varios *magistrats*. La información no fue publicada, pero probablemente sirvió de instrumento para afianzar los vínculos entre el GPI y los miembros radicales de la carrera judicial. Las relaciones establecidas con el Syndicat de la Magistrature, formado en junio de 1968, iban a ser importantes, y Foucault tenía muy buena opinión de esa organización. Una de sus sobrinas estudiaba derecho por entonces y le recomendó el Syndicat como un «observatorio» para el estudio de la maquinaria legal¹⁶.

En una entrevista publicada en julio de 1971, relaciona de forma explícita la fundación del GPI con las huelgas de hambre del invierno anterior: «En el pasado diciembre, varios presos políticos, gauchistas y maoístas, iniciaron una huelga de hambre para luchar contra las condiciones de la cárcel, tanto para los presos políticos como para los presos comunes en general. Este movimiento comenzó dentro de las cárceles y se desarrolló fuera de ellas. Desde ese momento empezó a interesarme»¹⁷. En la misma entrevista, comenta que su trabajo anterior había sido sobre temas algo abstractos, como la historia de las ciencias, y que deseaba salirse de esa abstracción. Circunstancias y hechos particulares habían desplazado su atención hacia el problema de las prisiones. También le ofrecían un escape de su aburrimiento de «la cosa literaria».

Su nueva preocupación por las prisiones era sin duda una extensión de su interés permanente por la locura y la reclusión. Siendo muy joven, había logrado cierta perspectiva personal —y sin duda profesional— sobre los mecanismos del sistema carcelario mediante su trabajo con los Verdeaux en Fresnes. En el Collège de France, su seminario se ocupaba de la psiquiatría penal del siglo xrx. Varios cabos diferentes empezaban a enlazarse cuando el GPI se fundó. No era la aplicación de cierta teoría abstracta. En Túnez, Foucault había apoyado de modo espontáneo a los

¹⁵ Colección de Danièle Rancière; el original, escrito a mano por Foucault por las dos caras de una hojita de papel, se encuentra en la misma colección.

¹⁶ Entrevista con Sylvie-Claire d'Arvisenet.

¹⁷ Michel Foucault, «de percois Pintolérable», entrevista con Geneviève Amiedleí, *Journal de Genève: SamediHttéraire*, cuaderno 135, 24 de julio de 1971, pág. 13.

estudiantes sin compartir su teoría marxista. Ahora actuaba en apoyo de los maoístas —aunque el GPI cambió pronto su enfoque de forma considerable— sin compartir su creencia en la revolución cultural y sin suscribir su argumento de una guerra civil inminente. Por el contrario, en el verano de 1972 predecía la victoria electoral socialista-comunista, seguida rápidamente por el retorno al poder de la derecha¹⁸. Se veía trabajando *junto* a los maoístas y no era «capaz de concebir ninguna otra forma de compromiso político»¹⁹. La única constante en su conducta era la disposición para comprometerse política y físicamente, junto con la repugnancia hacia lo que consideraba intolerable.

Los nombres de las personas que firmaron con Foucault son muy significativos. Domenach era el editor de *Esprit*. De joven, había luchado en la Resistencia e iba a redescubrir en el GPI el espíritu espontáneo de autoorganización y continua improvisación que había hallado en las montañas de los Vercors en 1944. A comienzos de los años sesenta, *Esprit* era una de las plataformas de oposición a la guerra de Argelia y consideró la labor del GPI como una continuación de esa tarea de denuncia. Aunque Foucault y Domenach tenían sus diferencias políticas, *Esprit* se convirtió en una plataforma importante para el GPI, al que *Les Temps Modernes* pasaban por alto. Pierre Vidal-Naquet, distinguido historiador de la época clásica, había sido uno de los primeros en denunciar el uso indiscriminado que hacía el ejército francés de la tortura en Argelia. La experiencia de Vichy y luego Argelia había alimentado en ambos hombres un profundo recelo —e incluso desprecio— hacia un sistema legal que había transigido tanto durante la Ocupación, cuando magistrados y jueces toleraron la deportación de judíos, como durante la guerra de Argelia, caracterizada por la violación de los derechos humanos y de la ley francesa²⁰.

Su resistencia ante lo intolerable acabó pesando más que los desacuerdos entre los tres firmantes. Domenach y *Esprit* se habían mostrado dudosos acerca de *Les mots et les choses*; Vidal-Naquet era uno de los editores fundadores de *Raison Présente*, que se había manifestado abiertamente hostil a la «arqueología de las ciencias humanas» de Foucault.

Aunque la declaración de fundación estaba firmada por los tres, el

¹⁸ Mauriac, *Et comme Vesperance est -violente*, págs. 410 y 411.

¹⁹ Citado en Samuelson, *Il était unefois «Liberation»*, pág. 99.

²⁰ Entrevistas con Jean-Marie Domenach y Pierre Vidal-Naquet. Acerca de la postura de Vidal-Naquet sobre Argelia, véase su *La torture dans la République*, París, Maspero, 1972 y los ensayos reunidos en *Face a la raison d'état. Un historien dans la guerre d'Algerie*, París, La Découverte, 1990. La censura francesa se aseguró de que este texto apareciera por vez primera en inglés como *Torture: Cáncer of Democracy*, Harmondsworth, Penguin, 1963. Sobre la oposición francesa a la guerra de Argelia, véase Hervé Hamon y Patrick Rotman, *Les porteurs de volutes*, París, Albin Michel, 1979.

GPI era en gran medida creación de Foucault —y Daniel Defert. De hecho, cuando Bernard Kouchner quiso obtener información sobre el grupo para un artículo de *Actuel*, se dirigió a este último y no a Foucault²¹. Vidal-Naquet admite sin reservas que su presencia era más bien simbólica y que colaboró poco en sus actividades cotidianas. Domenach tuvo una parte mucho más activa, pero está de acuerdo en que fue la energía incesante de Foucault y su compromiso lo que hicieron del GPI una fuerza efectiva. Era él quien efectuaba las llamadas telefónicas, convocaba reuniones en toda Francia y tenía su casa abierta para los activistas y partidarios del grupo en la rae de Vaugirard.

El GPI no se caracterizaba por ninguna unidad ideológica particular o por alguna línea política. Coexistían con éxito cristianos, maoístas e individuos sin alineación, aunque no siempre de modo completamente pacífico. De hecho, a veces se caracterizó por su total y deliberada falta de organización. No había una constitución formal. No había carnés de afiliación ni cuotas. Es imposible calcular el número de participantes: las estimaciones varían desde apenas unos centenares hasta miles, pero tenían capacidad para movilizar un número impresionante en las manifestaciones. No se adquirieron tampoco locales permanentes y la mayoría de las reuniones de carácter privado se realizaron en el apartamento de Foucault.

Mientras que el énfasis otorgado a la espontaneidad evocaba el recuerdo de la Resistencia en tiempos de guerra para Domenach, también estaba muy en consonancia con el carácter distintivo de la *Gauche Prolétarienne*. Sin embargo, este grupo no siempre presentó un frente unido en apoyo del de Foucault. Cuando Robert Linhart, apoyado por éste, propuso dedicar un número especial de *La Cause du Peuple* al motín carcelario que estalló en Toul en diciembre de 1971, la mayoría de los camaradas obreros, como Christian Jambet y Pierre Víctor, sostuvieron que todas las formas de revuelta no eran «correctas desde el punto de vista político» y que los obreros de Renault —la piedra de toque política para los maoístas— no entenderían su apoyo a tales causas. Linhart y Foucault ganaron la discusión²². Pero la posibilidad de manipulación por este grupo estaba siempre presente y Danièle Rancière recuerda que Foucault tenía que insistir una y otra vez: «Esto es el GPI, no *Secours Rouge* ni la *Gauche Prolétarienne*»²³.

La gente llegaba al GPI por una amplia variedad de razones. Muchos,

²¹ Entrevista con Bernard Kouchner; véase su «Prisons: les petits matons blêmes», *Actuel*, 9, junio de 1971, págs. 41-43.

²² Hamon y Rotman, *Génération. II*, pág. 380.

²³ Entrevista con Danièle Rancière.

como Deleuze, simplemente por lealtad y afecto a Foucault. Dada su historia delictiva pasada y sus encarcelamientos repetidos, quizá era inevitable que Jean Genet tuviera alguna participación, pero en realidad se quedó en los márgenes del grupo y nunca se convirtió en figura central de su labor. Para los miembros del GPI, la motivación principal era la solidaridad con sus dirigentes encarcelados y la búsqueda de un cambio revolucionario. Como algunos miembros tenían fuertes inclinaciones anarquistas y una visión romántica del bandidaje, había cierta tendencia a considerar la población de la prisión como un sucedáneo del proletariado. El mismo Foucault se sentía a veces dispuesto a describir la criminalidad como una forma de revuelta política y a citar de *Les Misérables* de Víctor Hugo: «El delito es "un golpe de estado desde abajo"»²⁴. También podía justificar el robo de los supermercados con bases políticas, aunque no era un arte que practicase²⁵. No se trataba de un tema teórico; tres semanas antes de su prohibición, la GP había organizado con éxito un comando que hizo una incursión en una lujosa tienda de comida preparada. El botín se distribuyó entre los inmigrantes de las chabolas del extrarradio.

Philippe Meyer, luego sociólogo y en ese momento popular locutor de radio, sentía los ecos de las actividades de la Resistencia de sus padres, pero también habla del poder mitológico de la imagen del preso transmitida por las canciones de Georges Brassens y señala que las connotaciones cristianas de los presos como iconos del sufrimiento deben haber tenido el atractivo definitivo de la persuasión religiosa. Describe su propia postura como la del clásico liberal demócrata, contento de trabajar con los maoístas, pero convencido de que se le lanzaría «la Revolución llega». La fluidez ideológica del GPI, por otro lado, era tal que se sentía perfectamente capaz de decir *merde* a los maoístas y no dejó de hacerlo en algunas ocasiones²⁶.

A los amigos y colaboradores de Foucault, como Danièle Rancière (que le conoció porque estudiaba para la *agrégation* con Defert en Saint-Claud) y Hélène Cixous, les parecía tan natural participar en el GPI que sólo se preguntaron *in media res* por qué lo habían hecho²⁷. Al final, Cixous se dio cuenta de que había un vínculo entre su compromiso con el GPI y los temas de su primera novela²⁸, pero la conclusión llegó mucho después de su actuación. El recuerdo de Mayo del 68 era todavía poderoso e inspiraba a algunos jóvenes simpatizantes un entusiasmo que podía

²⁴ «Michel Foucault on Attica: An Interview», *Telos*, 19, primavera de 1974, pág. 161.

²⁵ Mauriac, *Et comme l'espoirance est violente*, pág. 482.

²⁶ Entrevista con Philippe Meyer.

²⁷ Entrevistas con Danièle Rancière y Hélène Cixous.

²⁸ Hélène Cixous, *Dedans*, París, Grasset, 1969.

tomar una forma infantil casi cómica: Domenach y Meyer recuerdan con gran regocijo el telegrama de apoyo recibido de un grupo de *lycéens* de provincias. Su apoyo al GPI era total y su única pena era que podían hacer poco... porque, desafortunadamente, no había cárcel en su ciudad²⁹.

Aunque el GPI demostró ser un instrumento efectivo, tenía sus limitaciones políticas. Era capaz de alertar sectores de la opinión pública sobre las condiciones de la prisión, pero su posición dentro del espectro político le hacía imposible trabajar con sindicatos o partidos políticos. Para el PCF, cualquier acción gauchista era sin duda una provocación que servía «objetivamente» a los intereses de la clase gobernante. En un polémico intercambio con Aimé Paistre, secretario de los funcionarios de prisión afiliados a la Confédération Générale du Travail pro comunista, Foucault cita, sin duda no sin cierta satisfacción, un periódico comunista local que había descrito al GPI como un «sindicato de rufianes»³⁰. Paistre se hallaba a la derecha de la Union des Démocrates pour la République gaullista y, al igual que muchos de sus afiliados, estaba a favor de la pena de muerte para los asesinos. También se recogió que fue el único secretario de la CGT que pidió a sus miembros votar por Pompidou en la elección presidencial de 1969³¹. Aunque Domenach consiguió utilizar sus contactos con la iglesia para dar publicidad a la labor del GPI, su intento de persuadir a su amigo Edmond Maire, secretario de la Confédération Française du Travail, de que los presos se sindicaran fue un fracaso total. Como la CGT, la CFDT tenía una sección de funcionarios de prisiones y no tenía ningún interés en ofender a sus afiliados al parecer que apoyaba a los presos amotinados. Por otro lado, Maire pensaba que el GPI quizá influyera después en los miembros más liberales del sindicato³².

La naturaleza de la «investigación» se describe en una octavilla sin fecha encabezada con «*Enquete-Intolérance*». El autor —o autores— permanece en el anonimato, pero puede asumirse sin riesgo que Foucault echó al menos una mano en su esbozo.

En la medida de lo posible, esta investigación
— debe otorgar a los retenidos en varias prisiones la oportunidad
de decir por sí mismos en qué condiciones están, qué les parece intolerable en especial y qué acciones exteriores desearían que se llevaran a cabo. Es el único modo de evitar el «reformismo».

²⁹ Entrevistas con Jean-Marie Domenach y Philippe Meyer.

³⁰ «Réponse de Michel Foucault», *Le Nouvel Observateur*, 30 de octubre de 1972, pág. 52.

³¹ Patrick Sery, «De quoi meurt un prisonnier», *Le Nouvel Observateur*, 30 de octubre de 1972, pág. 52.

³² Entrevista con Jean-Marie Domenach y Edmond Maire.

— debe revelar lo que pasa en las prisiones sin demora y cuando pase (maltrato, suicidios, huelgas de hambre, agitación, revueltas). Es el único medio de que la investigación sea un *arma efectiva* contra la administración de prisiones.

— debe darse publicidad a lo que se descubra cuanto antes y con la mayor extensión posible. Es el único modo de unir el interior y el exterior en *una lucha*³³.

La tarea inmediata era distribuir los cuestionarios y establecer contacto con la población de las prisiones. Los grupos del PGI fueron asignados a diferentes cárceles; a Foucault le correspondió La Santé, en el *arrondissement* catorce, y a Domenach Fresnes, en los extrarradios del sur. Un tercer grupo se concentró en la «cárcel modelo» de Fleury-Mérogis, a unos treinta y cinco km al norte de la capital. Como era imposible para los grupos entrar en las prisiones, se reunían fuera durante el tiempo de visita, en un intento de establecer contacto con las familias de los presos.

A pesar de algunos reveses iniciales, los resultados fueron sorprendentes y alentadores. Foucault y Vidal-Naquet describieron el proceso en una entrevista:

Por poner un ejemplo: todos los sábados, vamos a las puertas de La Santé, donde las familias de los presos hacen cola a la hora de visita. Distribuimos nuestros cuestionarios. La primera semana, el recibimiento fue muy frío. La segunda, la gente seguía muy suspicaz. La tercera semana, alguien nos dijo: "Todo esto no es más que palabras. Debería haberse hecho hace mucho". Y, de repente, esta mujer nos contó todo. Con ira, habló sobre las visitas, el dinero que daba a un preso, los ricos que no están en prisión, la inmundicia. Y todos nos dimos cuenta de que había policías de paisano aguzando las orejas.

La cuarta semana fue aún más extraordinaria. La gente en la cola hablaba sobre nuestro cuestionario y sobre el escándalo de las prisiones aun antes de que llegáramos. Ese día, en lugar de hacer esperar en la calle hasta la una y media como era habitual, abrieron las puertas de La Santé tres cuartos de hora antes³⁴.

Existen algunas pruebas que sugieren que los cuestionarios y quizá algunas otras publicaciones del GPI circulaban por el interior de la cárcel. Defert afirma que se hacían llegar los ejemplares y habla con un placer considerable de esta labor clandestina. El cuestionario original fue publicado en *Esprit*, cuya audiencia siempre ha incluido a los trabajadores so-

³³ Colección de Danièle Rancière.

³⁴ Michel Foucault y Pierre Vidal-Naquet, «Etiquette sur les prisons, propos recueillis par Claude Angel», *Politique-hebdo*, 18 de marzo de 1971.

ciales, y en febrero de 1971, Domenach recibió una curiosa réplica, cuando protestó ante las autoridades de que se había negado el permiso a los presos de Clairvaux para que se suscribieran al periódico. Pleven escribió: «Por razones administrativas locales, se ha pedido a los presos de la Maison Centrale de Clairvaux que no hagan nuevas suscripciones. Pero pueden comprar números sueltos de las publicaciones periódicas»³⁵. De aquí se implica que había en circulación «material subversivo». Y, como señala Serge Livrozet —que participó en las protestas organizadas en el Melun Centrale en 1971-1972 y sin duda está en posición de saberlo—, el hecho de ser ilegal nunca ha impedido que nada circule dentro de la prisión³⁶.

Los cuestionarios se clasificaron y se cotejaron los hallazgos en una serie de reuniones informales en casa de Foucault. La política de apertura, que se había adoptado, con una gran cantidad de esposas de presos y ex reclusos entrando y saliendo, quizá causara cierta sorpresa al portero de Foucault y a los vecinos eminentemente burgueses de la me de Vaugirard 285, pero no hay constancia de que surgiera ningún conflicto o disputas con ellos. La mayor parte de los participantes recuerdan las reuniones como efectivas, aunque a veces caóticas, y a Foucault repantingado en el suelo —una pose característica—, rodeado de papeles, hablando durante horas con sus informantes. Disfrutaba de esta labor y de la compañía, y le producía un placer especial tratar de impactar a sus camaradas más liberales al susurrarles que tal o cual era un «condenado a cadena perpetua» amnistiado³⁷. Deleuze recuerda:

momentos de gran diversión, en particular durante los primeros encuentros con ex presidiarios. Había una especie de rivalidad entre ellos y era difícil tener dos o tres juntos, ya que cada uno quería a toda costa tener más de preso que los otros. Si uno había cumplido cinco años, el otro decía: «yo, siete», siempre por encima del primero. «¿Y dónde estabas? Ah, esa prisión es cómoda»³⁸.

Los cuestionarios fueron la base del primer folleto del GPI, *Etiquete dans*

³⁵ Citado en *ibíd.* Una *maison centrale* alberga prisioneros convictos sentenciados a más de un año de arresto, mientras que en una *maison d'arrêt* sólo hay presos preventivos y por periodos cortos. Por entonces, la distinción parecía más técnica que real.

³⁶ Entrevista con Serge Livrozet.

³⁷ Entrevista con Fierre Vidal-Naquet.

³⁸ «Foucault and the Prison», entrevista con Gilíes Deleuze realizada por Paul Rabinow y Keith Gandal, *History of the Present*, 2, primavera de 1986, pág. 2.

³⁹ Se publicaron otros tres folletos en una serie titulada «Intolerable»: *Enquete dans une prison-mod'ek: Fkury-Méroqis* (junio de 1971), *L'assassinat de George Jackson* y *Suicides de prison* (1972). Los dos últimos los publicó Gallimard.

vingtprisons, que apareció a comienzos de junio de 1971³⁹. Era un documento de cuarenta y ocho páginas, impreso en verde sobre blanco en el extraño formato de 29 por 10 cm, publicado por Champ Libre, la casa anarquista dirigida por Gérard Lebovici, que se vendió a tres francos, más o menos el precio equivalente a un libro de bolsillo. La tapa posterior aporta una perspectiva de la postura general del grupo. De forma sucinta, se describen como intolerables «los tribunales, los policías, los hospitales, los manicomios, la escuela, el servicio militar, la prensa, la televisión, el Estado».

La *Etiquete* reproduce dos cuestionarios completos, luego proporciona dos relatos de primera mano de la vida en prisión, uno de un recluso de La Santé y el otro de un recluso de Nevers. Completa la publicación una selección de las respuestas «más características», aunque la ausencia de todo análisis estadístico hace bastante dudosa la misma noción de «característica». La introducción de tres páginas, escrita por Foucault aunque sin firma, es digna de mencionarse con alguna extensión:

1. Estas investigaciones no pretenden mejorar o suavizar un poder opresivo o hacerlo tolerable. Están diseñadas para atacarlo en esos puntos donde se ejercita bajo un nombre diferente: el de justicia, tecnología, conocimiento u objetividad. Así pues, cada investigación debe constituir un *acto político*.

2. Se dirigen a objetivos específicos, instituciones que tienen nombre y emplazamiento, directivos y gobernantes, y que exigen víctimas e inspiran revueltas, incluso entre los que las dirigen. Por ello, cada investigación debe ser el *primer episodio de una lucha*.

3. Reúnen, alrededor de estos objetivos específicos, diferentes estratos sociales que la clase dirigente ha mantenido apartados, gracias a la interacción de las jerarquías sociales y los intereses sociales divergentes. Deben derribar barreras que son indispensables al poder mediante la unión de los presos, abogados y *magistrados*, o incluso de los médicos, los pacientes y el personal hospitalario. Cada investigación debe constituir un *frente—un frente ofensivo—* en cada punto estratégico importante.

4. Estas investigaciones no son efectuadas por un grupo de técnicos que trabajan en el exterior; los investigadores son aquellos que se están investigando. De ellos depende tomar la palabra, derribar las barreras, expresar lo que es intolerable y no tolerarlo más. *A ellos corresponde responsabilizarse de la lucha aue impedirá que se ejerza la opresión*⁴⁰.

Además se argumentaba que la «clase explotada» siempre había sabido reconocer su opresión y siempre se había resistido a ella. Lo que era

⁴⁰ Groupe d'Information sur les Prisons, *Enquête dans vingt prisons*, París, Éditions Champ Libre, 1971, págs. 3 y 4.

nuevo es que ahora la opresión resultaba intolerable a quienes no eran sus víctimas directas: los trabajadores sociales, abogados, periodistas y otros profesionales protestaban ahora por las estructuras de poder en las que estaban implicados.

Resultaba axiomático para la labor del GPI, que no pensaba hablar en su nombre, que los «investigadores-investigados» comenzaran a hablar por sí mismos. Deleuze le dijo una vez a Foucault: «En mi opinión, fuiste el primero en enseñarnos una lección básica: es vergonzoso hablar por otros»⁴¹. No se pedía a los «nuevos estratos sociales» de Foucault que hablaran en nombre de valores supuestamente universales como la justicia, sino desde la posición en la que sus prácticas específicas les ponían en conflicto con las demandas del poder. En escritos posteriores, Foucault esboza la noción del «intelectual específico» que levanta su voz contra lo intolerable basándose en su conocimiento del sector. Su ejemplo usual era Robert Oppenheimer, que se pronunció contra la energía nuclear como físico nuclear⁴². En diciembre de 1971, la doctora Edith Rose, psiquiatra de la prisión de Toul, iba a proporcionar un ejemplo espectacular. Sus relatos de lo que había visto allí iban a ser de un efecto político devastador.

La introducción de Foucault termina con una serie de cuatro demandas, todas sobre la abolición del *casier judiciaire*. Este sistema, introducido en 1850, conservaba los antecedentes penales. Se recogen todas las condenas, pero pasado un tiempo variable «se extingue». Si se consultan los registros del *état civil*, es posible rastrear los antecedentes de cualquier persona; a menudo éste es el objetivo de las verificaciones de identidad efectuadas durante una *garde a vue*. La diferencia con el sistema británico es que toda persona tiene un *casier judiciaire* que puede o no estar «limpio», en el mismo sentido en que de un carné de conducir británico puede decirse que está limpio. Quien vaya a contratar o tenga contratada a una persona puede pedir un extracto de su *casier*^{6,1}. El GPI sostenía que este sistema hacía la rehabilitación de los delincuentes casi imposible y, por ello, la reincidencia virtualmente inevitable, al confinarlos a un trabajo mal remunerado y a las zonas más dudosas del mercado laboral⁴⁴. Se anunció la publicación de un folleto sobre el tema, pero no llegó a materializarse. Al sostener la abolición del *casier judi-*

⁴¹ «Les intellectuels et le pouvoir», pág. 5.

⁴² Véase, por ejemplo, «Vérité et pouvoir», pág. 23.

⁴³ François Paul-Boncour, «Le Fer rouge», *Le Nouvel Observateur*, 19 de junio de 1972, págs. 44 y 45. Para una descripción completa del sistema y su historia, véase Christian Elek, *Le casier judiciaire*, París, PUF, 1988.

⁴⁴ Serge Livrozet, *De la prison à la révoUe* proporciona un relato de primera mano sobre el proceso.

ciaire, el GPI no demandaba una reforma, sino que se oponía a todo el sistema. Como señaló Foucault en una entrevista con *Actuel*, se trataba de hacer borrosa la distinción entre inocente y culpable, entre bueno y malo⁴⁵.

El primero de mayo de 1971, pequeños grupos de activistas y simpatizantes del GPI se congregaron fuera de La Santé y Fresnes. Ese día es la *fête du travail* día festivo para la banca; además de repartir cuestionarios, los grupos distribuyeron varas de muguete, de acuerdo con una antigua tradición de la izquierda. Aunque eran pacíficas, las manifestaciones duraron poco, ya que de inmediato llegó la policía y detuvo a todos los presentes. En Fresnes, fueron detenidos y retenidos para identificación Domenach y tres camaradas durante cuatro horas y media. No se quejó por el trato recibido, pero más tarde reprodujo el siguiente intercambio de palabras: «*Brigadier*. "El hecho de que la mayoría de los presidiarios vuelvan a prisión prueba que la situación en las cárceles es buena". Domenach: "Prueba justo lo contrario. Se supone que las prisiones están dispuestas para hacer de los presos gente mejor, pero los echan a perder". Conclusión: "Tenemos un largo camino que andar"»⁴⁶.

Fuera de La Santé, Foucault y otros fueron detenidos basándose en que sus octavillas no llevaban el *copyright* debidamente registrado. Más tarde comentó: «Las calles se están comenzando a convertir en el coto privado de la policía; las decisiones policiales arbitrarias cuentan con la fuerza de la ley: caminen, sigan haciéndolo, no hablen; no den a nadie lo que han escrito; no se reúnan. La prisión empieza mucho más lejos de sus puertas. Justo fuera del umbral de tu casa»⁴⁷. El incidente pareció menor y a nadie le preocupó mucho ser detenido. Danièle Rancière recuerda que todos cantaban con ánimo cuando se los llevaban —para gran enojo de los agentes que los detuvieron. En la *commisariat* del *arrondissement* catorce, en la avenida de Maine, los hechos tomaron un cariz más feo. Cuando se pidió a los detenidos que se identificaran, se les preguntó cuántos tenían «nombres propiamente franceses». Una joven aceptó que su nombre no era «en realidad francés» y que durante la Ocupación hablar de «nombres propiamente franceses» había resultado en la muerte de algunos de su familia en las cámaras de gas. Un cuarto de hora más tarde, un policía hizo como si apuntara y disparara contra ella un revólver imaginario, gritando «Heil Hitler». Un agente veterano tuvo la discre-

⁴⁵ «Entretien», *C'est demain la veille*, París, Seuil-1974, pág. 34; una versión ligeramente revisada de la entrevista se publicó como «Par-dela/te bien et le mal», *Actuel*, 14, noviembre de 1971.

⁴⁶ «Les détenus parlent», *Esprit*, junio de 1971, págs. 1182, 1183.

⁴⁷ Michel Foucault, «La prison partout», *Combat*, 5 de mayo de 1971, pág. 1.

ción de parecer avergonzado⁴⁸. Se escuchó decir a alguien «Sucia puta judía» y «sucio maricón», y Foucault fue golpeado en la espalda e insultado en público por un policía que le siguió durante algún tiempo⁴⁹.

En esta ocasión, Foucault decidió presentar acusaciones en un intento de demostrar ante los tribunales que la policía usaba sus poderes de un modo cada vez más arbitrario. Las acusaciones incluían detención ilegal, encarcelamiento ilegal, violencia premeditada y uso de un lenguaje abusivo. La acusación de detención ilegal era una respuesta a la acusación de que las octavillas del GPI violaban la ley del *copyright*. Según la ley francesa, toda publicación debe llevar el nombre del impresor y no necesariamente del editor. Las octavillas llevaban la dirección de Foucault, que reclamaba ser el impresor. Las acusaciones de agresión y detención ilegal se presentaron ante el juez instructor Sablayrolles y Foucault fue representado por Georges Kiejman. Todos los implicados fueron convocados ante el magistrado y Foucault identificó al agente de policía que le había golpeado. Aun así, Sablayrolles falló que no había cargos que alegar y desestimó todas las objeciones de Kiejman.

El tema del *copyright* acabó más tarde ante un juez instructor al que Kiejman tenía en gran consideración. El argumento del abogado era que las octavillas habían sido reproducidas por Foucault y llevaban su dirección; de hecho, había llevado el equipo de imprimir —una vulgar multcopista conocida como una *vietnamienne*— al tribunal y lo tenía bajo el brazo. El magistrado no aceptó el argumento, fallando que el Vaugirard 285 no era la dirección de un impresor. Se ordenó a Foucault el pago de una multa nominal⁵⁰. A pesar de su derrota, éste felicitó a Kiejman por su conducción del caso y le dijo que se había comportado «regiamente, si pudiera aplicarse la palabra a una defensa revolucionaria». Más tarde mandó al abogado un ejemplar firmado de *Moi, Fierre Rivière*; la dedicatoria decía que, con Kiejman como abogado defensor, Rivière habría sido absuelto⁵¹.

Según avanzó el año, a Foucault le impresionó cómo varió el conte-

⁴⁸ *Ibid.* Cf. *Le Monde*, 1 de mayo de 1971.

⁴⁹ De hecho, Foucault proporciona dos versiones ligeramente diferentes de esta historia. El relato que se presenta está tomado del artículo de *Combat*. En una declaración reproducida por *Le Monde* el 23 y 24 de mayo, añadió que le pegaron porque sin darse cuenta cogió la capa de un policía en lugar de su abrigo cuando salía del *eommissariat*.

⁵⁰ Georges Kiejman, «Un combattant de rue», *Le Monde*, 27 de junio de 1984; entrevista con Georges Kiejman, 23 de noviembre de 1989. Resulta algo misterioso por qué se conocía a este tipo de copiadora como *vietnamienne*. Probablemente el nombre se derive de la analogía que se percibía entre la guerra de guerrillas en Vietnam y las actividades ilegales o semi-legales en Francia.

⁵¹ Carta de la colección de Georges Kiejman; entrevista con Georges Kiejman.

nido de las cartas que el GPI recibía del interior de las prisiones francesas:

En junio, las cartas hablaban del frío y de los carceleros; en septiembre, de Attica y Bengal. Entre esas dos fechas, el mundo exterior había comenzado a existir para los presos. De hecho, los celadores se quejaban de esta libertad reencontrada. Cuando estalló el asunto Clairvaux, de inmediato culparon a los periódicos. Se equivocaban en el caso de esta operación suicidio, que es típica de un mundo cerrado⁵².

El «asunto Clairvaux» fue el incidente más serio de un verano caliente. El 22 de septiembre, un enfermero y un celador fueron tomados como rehenes por Claude Buffet y Roger Bontems en Clairvaux, un antiguo monasterio que ocupó un lugar venerable en la historia del misticismo, pero del que a menudo se decía que era la prisión más siniestra y peligrosa de Francia. Los dos se hicieron fuertes dentro del hospital carcelario y exigieron armas y coches para su huida. Cuando el hospital fue tomado por asalto, ambos rehenes resultaron muertos. En febrero de 1971, un enfermero y un trabajador social habían sido hechos rehenes por dos presos en Aix-en-Provence; ambos murieron en el asalto policial. En julio, mataron de un tiro a un celador en la prisión de Saint-Paul en Lyon y en octubre un preso fue herido de muerte en Les Baumettes (Marsella) durante otro incidente con rehenes.

La respuesta de Pleven fue dura y desastrosa. En una circular emitida el 2 de noviembre de 1971, anunció que los presos ya no podrían recibir paquetes de Navidad de sus familias. Lo que habían tomado como un derecho en realidad no era más que un privilegio. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, cuando se reconoció que las condiciones de las cárceles francesas eran deplorables, se acordó que los reclusos tuvieran derecho a recibir paquetes de comida de sus familias, pero este derecho se suprimió en 1958. Se hacía una excepción en la época de Navidad. La circular de noviembre hacía referencia a los «acontecimientos recientes» que habían demostrado que, incluso con las más estrictas medidas de seguridad, la costumbre de enviar paquetes representaba un riesgo inaceptable. Y lo que era más, las exhaustivas inspecciones acababan estropeando el contenido de los paquetes. Por último, el servicio de prisiones no tenía tiempo de revisar paquetes.

La circular de Pleven ayudó a dar publicidad al GPL El 11 de noviembre, pudo organizar un gran mitin público en la Mutualité. Se dedicó a

⁵² Michel Foucault, citado en Madelaine Garrigou-Lagrange, «Les prisonnier est aussi un homme», *Témoignage chrétien*, 16 de diciembre de 1971, pág. 12.

la situación en las cárceles francesas y estadounidenses, y proyectó una película sobre Attica (el lugar de Nueva York donde se había desarrollado un violento motín y sitio en septiembre de 1971) y San Quintín, California, cuyo principal foco de atención era la muerte de George Jackson, un joven preso asociado con el movimiento «black power». La situación interna también tenía una presencia importante; por primera vez, ex presidiarios y sus familias podían —y estaban dispuestos a— hablar en público de sus experiencias con el sistema carcelario. Para el GPI fue un acontecimiento histórico, pero algunos puristas políticos del público encontraron vergonzoso que los oradores no fueran «lo suficientemente proletarios»⁵³.

La abolición del «derecho» a recibir paquetes provocó un inmediato clamor. El 5 de diciembre, un grupo de cincuenta manifestantes, incluidos Foucault y Claude Mauriac, se reunieron ante el Ministerio de Justicia en la place Vendôme. Portaban un gran paquete simbolizando la prohibición y se lo entregaron a un funcionario, observados por cinco o seis furgones llenos de policías⁵⁴. Se permitió la entrada al ministerio de una pequeña delegación de mujeres para lo que acabó siendo una interminable discusión con los funcionarios. Para Foucault había sido un largo día. Después de haber pasado la mañana en la Bibliothèque Nationale, había hecho antes una breve aparición en la Goutte d'Or, donde se efectuaba una protesta contra el racismo; Mauriac le encontró tomando un frugal almuerzo en la calle, consistente en una tableta de chocolate y un *pain au laif*⁵⁵. Los dos meses siguientes iban a estar aún más ocupados.

Genet objetó que la circular de Pleven representaba un abuso de poder; los paquetes eran una de las pocas cosas que permitían a los reclusos participar en una vida normal y el ministro no tenía derecho a interferir⁵⁶. Una nota de prensa del GPI se refería a la creación deliberada de un «clima de psicosis» dentro de las prisiones y proclamaba que se estaba intentando convencer a sus plantillas de que sus vidas estaban en peligro constante⁵⁷. Los representantes del sindicato CGT parecían estar de acuerdo con que éste era el caso real y aplaudieron la circular ministerial⁵⁸. Aimé Paistre declaró que el sentimiento dominante era la ansiedad aguda; los funcionarios de prisiones estaban aterrorizados por si los acontecimientos

⁵³ Daniel Defertyjacques Donzelot, «La chamière des prisons», *Magazine Littéraire*, 112-113, mayo de 1976, pág. 34.

⁵⁴ Mauriac, *Et comme l'espérance est violente*, pág. 321.

⁵⁵ *Ibid.*, París 318-319.

⁵⁶ Citado en *Le Nouvel Observateur*, 6 de diciembre de 1971.

⁵⁷ *Iba.*

⁵⁸ «I. A.», «Prisons: réflexions faite», *L'Express*, 13-19 de diciembre de 1971, pág. 25.

de Clairvaux se volvían a repetir⁵⁹. Charles Dayant, un antiguo médico de prisiones, advertía en una carta abierta a las autoridades que se podía esperar una oleada de suicidios la noche de Navidad y que el nivel de tensión era peligrosamente elevado⁶⁰. Jean Lacombe, recluso de La Santé, escribió al ministro: «Se ha desplomado el último símbolo. La única cosa que nos hace hombres como los demás ya no existe. Y es serio, más serio de lo que parece. ¿No es suficiente estar privados de libertad?» Lacombe fue inmediatamente trasladado a Fresnes, donde se le puso en aislamiento en *le mitard* (una celda de castigo sin calefacción) y a dieta de pan y agua. Luego anunció su intención de permanecer en huelga de hambre hasta Navidad⁶¹. Al comentar el caso Lacombe, el GPI señaló que se había dado un paso más hacia la deshumanización de las prisiones francesas⁶². Por su parte, Domenach sostuvo que se estaba castigando a todos los presos por los actos de Bontems y Buffet y se los mantenía como rehenes para garantizar el buen comportamiento de sus compañeros reclusos⁶³.

Enfrentado con esta reacción, Pleven hizo concesiones y anunció en televisión el 8 de diciembre que las presas y los menores podrían recibir paquetes de sus familias. Al resto de los reclusos, se podían mandar paquetes a través de la Cruz Roja o las instituciones eclesiásticas; no podían exceder en valor de treinta francos y, para evitar celos triviales o tensiones, no podían contener nada que no pudiera comprarse en las cantinas de la prisión⁶⁴. Se había concedido a los reclusos franceses el estatus de prisioneros de guerra.

En noviembre se empezaron huelgas de hambre en Draguignan y Poissy, pero la explosión real iba a tener lugar en Toul, un pueblecito de sólo 15.000 habitantes, dominado en política por la UDR y famoso por su iglesia gótica, que merece dos estrellas («digna de un desvío») en la guía Michelin. Toul se encuentra a 283 km de París y a 23 de Nancy. La prisión, la Centrale Ney, se yergue a sus afueras. En 1917 se construyó como un cuartel militar, para convertirse en prisión en 1947. En diciembre de 1971 recluía a 540 presos en dos alas.

El 5 de diciembre, 200 presos adultos se negaron a volver a sus celdas tras el ejercicio, en protesta por las condiciones de su reclusión. Al final, el capellán, el Abbé Velten, los persuadió para que entraran en sus celdas. En los dos días siguientes, surgieron disturbios en el ala de los jóvenes y 200 reclusos fueron trasladados a otras prisiones. El 9 de diciembre, es-

«L'angoisse des "matons"», *Le Nouvel Observateur*, 17 de enero de 1972, pág. 25.

Le Monde, 8 de diciembre de 1971.

Jacqueline Remy, «Noel au pain seo», *Le Nouvel Observateur*, 20 de diciembre de 1971.

Le Monde, 16 de diciembre de 1971.

Jean-Marie Domenach, «Le sang et la honte», *Le Monde*, 25 de diciembre de 1971.

Le Monde, 16 de diciembre de 1971.

tallaron revueltas a gran escala: el taller de carpintería fue saqueado y se prendió fuego a la biblioteca. Los presos se subieron al tejado, cantando eslóganes que pedían «más patatas y menos trabajo». Se hablaba ahora de revolución y los hombres pedían el cese del gobernador y de tres celadores conocidos por su violencia. Se restauró la calma tras las negociaciones con el Abbé Velten y su colega protestante. Se aseguró a los presos que no se tomarían represalias y que se había anotado sus quejas. También se creyeron que habían recibido la seguridad de que el gobernador Galiana sería trasladado a otro lugar.

Durante la noche, cientos de CRS y *gardes-mobiks* llegaron al pueblo y rodearon la prisión. El 13 de diciembre, se vació el resto del edificio antes de que tres escuadrones de policía antidisturbios pusiera un brutal fin a la revuelta. Un celador contó con placer a un periodista que habían roto las culatas de los rifles en las cabezas de los presos⁶⁵. Hasta entonces, la única violencia había sido la dirigida contra la misma prisión. No se tomaron rehenes y cuando los revoltosos se hicieron con la armería, escoltaron a los celadores que quedaban hasta que estuvieron a salvo. La única parte de la prisión que no sufrió daños fue la capilla; su puerta lucía la leyenda: «Nosotros respetamos a quienes nos tratan como hombres.»

Como continuaban las revueltas, se formó un Comité pour la Vérité sur les Événements de la Centrale Ney y se comenzó a organizar el reparo de octavillas y los mítines. Los *Comités-vérités* eran coaliciones amplias, organizadas habitualmente por Secours Rouge y Gauche Prolétarienne, que servían para hacer públicas situaciones que se juzgaban intolerables. En el caso de Toul, la verdad era devastadora. En una octavilla distribuida por el Comité-vérité antes del asalto a la prisión, un ex recluso describía cómo se le había castigado por una serie de violaciones triviales de la disciplina. Habían encontrado migas de pan en un retrete y pan en su armario. Había pedido ver al médico sin un buen motivo. El rendimiento de su trabajo no era satisfactorio y había aparecido en el taller en alpargatas. Durante el trabajo, se dedicaba a cuchichear. Su castigo fue pasar una serie de fines de semana en *le mitard*: la última vuelta de tuerca consistía en que el domingo era el día de visita. Se le retuvieron los giros postales del exterior durante meses⁶⁶. En los días siguientes, iban a unirse muchas más verdades perjudiciales, procedentes del otro lado de las murallas de la Centrale Ney.

La declaración más execrable no vino de un preso, sino de la doctora Edith Rose, psiquiatra de la prisión, en una carta abierta enviada al inspector general de la administración de prisiones, al presidente de la Re-

⁶⁵ Katia D. Kaupp, «Le "malentendu" de Toul», *Le Nouvel Observateur*, 20 de diciembre de 1971.

⁶⁶ *Mi*.

pública, al ministro de Justicia y al presidente de la *Ordre des Médecins*. Esta carta, citada ampliamente en la prensa, apareció en *La Cause du Peuple* y luego se imprimió como un anuncio pagado en *Le Monde* los días 26 y 27 de diciembre. La doctora Rose comenzaba citando ejemplos concretos del clima existente en la prisión de Galiana. Los reclusos no tenían derecho a hacer deporte hasta que no habían ganado una «banda al mérito» por un año de buena conducta. Sólo podían tener un cierto número de fotografías en su celda; hacía poco había tratado a un joven por «problemas mentales» después de que los celadores le hubieran quitado una foto de su hermano menor que le había mandado su madre. Un recluso que padecía una depresión severa se negó a tomar los antidepresivos que le había prescrito; temía que le harían reducir su ritmo de trabajo y que le castigarían por ello. Un enfermo mental preso fue llevado a *le mitard* porque se había negado a trabajar; la doctora juraba que era incapaz de hacerlo. Se hacía un uso frecuente de camisas de fuerza y había oído de presos «sujetados» durante más de una semana seguida, al parecer para prevenir las tentativas de suicidio. Según se decía, se había dejado a algunos yacer en sus propios excrementos. Los intentos de suicidio, a veces por ahorcamiento, eran comunes; otros reclusos suicidas se habían tragado cucharas, tenedores o trozos de tubos de neón. Cuando comenzaron las revueltas, se le negó el acceso a la prisión. Le dijeron que el motín había sido fomentado por los dos capellanes que querían conseguir «fama».

Quizá la parte más vital de las declaraciones de Edith Rose sea la que trata de la naturaleza de la población reclusa: «No tenemos "hombres duros" en la Céntrale Ney». Luego proporciona un retrato robot del joven recluso: el producto de un matrimonio roto o hijo de un alcohólico al que se detuvo por primera vez cuando era un niño.

Muchos fueron a prisión por vez primera a los catorce años. Cuando salen, con 100 francos en el bolsillo y con todas las puertas cerradas ante ellos, sólo tienen una cosa en mente: hacer que el sueño dorado acariciado durante años se convierta en realidad: ir a toda velocidad en un bonito coche. Roban uno y vuelven a la cárcel. Entonces se convierten en «reincidentes peligrosos».

Concluía expresando que no tenía creencias religiosas ni pertenecía a ningún partido político. No necesita decirse que la obligaron a abandonar el servicio de la prisión. Dentro de este servicio, su declaración se recibió con un silencio total⁶⁷.

Entrevista con Antoine Lazarus.

Un reportero de *UExpress* añadió más detalles gráficos. A un preso le habían negado el permiso de escribir a la madre de sus cuatro hijos porque no estaban casados. Un trabajador social explicó con una lógica irrefutable: «Si es una chica respetable, no debe tener nada que ver con él; en caso de que no lo sea, no tiene por qué escribirle». El preso intentó suicidarse. Los suicidios o incidentes de automutilación se sucedían a un promedio de uno por semana. Un enfermero de la prisión comentó: «No considero intento de suicidio si un preso se corta las venas cuando pasa por allí un celador». Según las autoridades, el uso de las camisas de fuerza era una práctica médica; no se utilizaban a menos que se hubiera firmado un certificado médico. Rose comentó que se ocupaba de los dementes violentos; nunca había firmado un certificado para permitir que inmovilizaran a nadie. El reportero de *L'Express* se refería con laconismo a la Centrale Ney como a «Ártica de Mosela»⁶⁸.

Para Foucault, la declaración de la doctora Rose era «el discurso de Toul»:

La psiquiatra de Toul ha hablado. Ha descubierto las cartas y ha roto el gran tabú. Formaba parte de un sistema de poder, pero, en lugar de *criticar* su trabajo, *denuncia* lo que estaba pasando, lo que había pasado tal y tal día, en este o ese lugar, en circunstancias específicas [...]. Esta mujer que, después de todo y aunque sólo fuera por su conocimiento, era «parte del poder», «participaba» del poder, ha tenido el valor singular de decir «lo juro» [...]. El «discurso de Toul» puede que sea un importante acontecimiento en la historia de la institución penal y psiquiátrica⁶⁹.

También trazaba un paralelo entre la situación de Toul y la de Argelia una década antes: era una cosa decir que el ejército utilizaba la tortura y otra bastante distinta afirmar que el capitán X había torturado a Y o que se habían sacado tantos cadáveres de una comisaría de policía particular. La doctora Edith Rose era una de las personas con la suficiente valentía para tomar el último camino.

La víspera de la Navidad de 1971, Foucault se fue a su casa después de la media noche, tras haber venido conduciendo desde Toul, donde había presidido el mitin dirigido por la doctora Rose, y haber oído por la radio que se había efectuado una pequeña manifestación del GPI ante las puertas de La Santé. Unas cuarenta personas se habían congregado en el boulevard Arago. Las luces de bengala revolotearon en la oscuridad y se

⁶⁸ Danièle Molho, «Toul: l'école du désespoip», *L'Express*, 20-26 de diciembre de 1971, págs. 12-15.

⁶⁹ «Le discours de Toul», *Le Nouvel Observateur*, 21 de diciembre de 1971, pág. 15.

lanzaron cohetes. La noche era templada y los reclusos de La Santé gritaban su entusiasmo desde las ventanas de sus celdas⁷⁰. En Nochevieja, Foucault participó en una manifestación pacífica similar a las puertas de Tresnes.

Los mítines en Toul y Nancy —donde se congregó una audiencia de más de mil personas— pudieron ser borrascosos. Deleuze describe un mitin en Toul en el que un grupo de celadores intentó hacer callar a gritos a los oradores. Fueron silenciados por los ex reclusos, que estaban preparados para decir por qué habían ido a prisión y para identificar públicamente a los celadores que los habían tratado con brutalidad. La frase «sé quién eres» había sido usada en otro tiempo por los celadores para intimidar a los presos; ahora se había convertido en un arma para silenciarlos a ellos⁷¹. Pero no lo logró con todos. A comienzos de enero, cuarenta celadores convocaron un mitin para denunciar las «calumnias» que hacía correr el Comité-vérité⁷² y en una declaración conjunta con los sindicatos CGT, CFCT y FO expresaron su sorpresa porque gente «ajena a la administración de prisiones» hubiera puesto más empeño en volver a la población carcelaria contra los «responsables de guardarla» que en calmar la situación⁷³. La posibilidad de violencia estaba siempre presente y a veces se hacía realidad: cuando Domenach dejaba una reunión en Metz, escapó por milagro de ser atropellado por un coche que se le echó encima deliberadamente.

Un mitin tiene un significado especial, no por lo descubierto sobre Toul, sino por lo que revela de la política de Foucault y del GPL. El 5 de enero de 1972, Foucault habló en un mitin del Comité-vérité y desafió a Pleven a decir la verdad. Sus palabras no fueron recogidas por la prensa nacional. De lo que informó con bastante extensión *Le Monde* fue del mensaje de Sartre leído en el mitin:

Doscientos jóvenes han sido separados de la Céntrale Ney. Doscientos jóvenes que tomaron parte en la revuelta y que, de ese modo, pasaron de una rebelión individual a una acción común emprendida por intereses comunes. Es posible que lleven a las prisiones donde han sido colocados este nuevo aspecto de su condición y de su conducta: una revuelta colectiva [...]. Si estalla esta revuelta generalizada, ¿la observaremos desde el exterior con una mezcla de sentimientos, veremos en ella otra infamia por parte de esta raza infernal —los presos— y de-

⁷⁰ Mauriac, *Et comme j'esperance est violente*, págs. 337, 338.

⁷¹ Gilles Deleuze, «Ce que les prisonniers attendent de nous...», *Le Nouvel Observateur*, 31 de enero de 1972, pág. 24.

⁷² *Le Monde*, 7 de enero de 1972.

⁷³ Citado en *Te'moignage Chrétien*, 23 de diciembre de 1971.

jaremos que una administración corrompida ponga orden, declarando que ha desatado a la CRS para protegernos, o la consideraremos el comienzo de nuestra lucha contra el régimen represivo que nos mantiene a todos [...] en un mundo semejante a un campo de concentración?⁷⁴.

El único comentario de Foucault por entonces fue que era triste ver cómo *Le Monde* dedicaba tanto espacio a Sartre y no mencionaba siquiera las demandas de los presos⁷⁵. Podía haber dicho mucho más. Parece que Sartre había pensado que había encontrado un «grupo en fusión» o incluso un agente para el cambio revolucionario y recibió por ello la crítica de Domenach, que sostenía que, en el caso poco probable del estallido de una revuelta general, no sería el comienzo de nada y se sofocaría con una severa represión⁷⁶. Quizá más significativo, Sartre se refería a «un mundo semejante a un campo de concentración» (*un univers concentrationnaire*). Como sabía, porque había trabajado con su autor en los años cuarenta, *L'univers concentrationnaire* es el título del clásico estudio de David Rousset sobre los campos de concentración⁷⁷ y, por ello, el término es muy emotivo y está cargado de ideología. No era poco común a comienzos de los años setenta que los maoístas franceses afirmaran que Francia había sido ocupada por la burguesía y que su lucha era una nueva Resistencia, pero, como señalaba Domenach, no era probable que las «masas» compartieran la opinión de Sartre. La diferencia entre la declaración de Foucault acerca de que «nadie puede estar seguro de no ir a prisión» —enérgica pero no falaz para la experiencia de muchos jóvenes— y la de Sartre acerca de que todos vivimos en un mundo semejante a un campo de concentración dice mucho sobre el criterio político de cada uno.

Las primeras semanas de enero se marcaron con algunas huelgas de hambre esporádicas y alteraciones en las cárceles: Nîmes, Amiens, Loos-lés-Lille, Rouen, Ecrouves y Fleury-Mérogis se vieron afectadas una tras otra. En todos los casos, se exponían demandas para mejorar las condiciones. El 15 de enero, los presos de la cárcel Charles III de Nancy se amotinaron a las siete y media de la mañana. A la una y media de la tarde, la policía de asalto comenzó a lanzar granadas de gas lacrimógeno desde el suelo y desde un helicóptero de la gendarmería que sobrevolaba la prisión. En una hora, la policía se había hecho con el control; los daños se estimaron en dos millones de francos. Mientras tanto, los amoti-

Citado en *Le Monde*, 7 de enero de 1972.

Mauriac, *Et comme l'espérance est violente*, pág. 354.

Jean-Marie Domenach, «Le détenu hors la loi», *Esprit*, febrero de 1972, pág. 167.

David Rousset, *L'univers concentrationnaire*, París, Éditions du Pavois, 1946.

nados habían logrado pasar una octavilla que esbozaba sus demandas a los 3.000 espectadores que se habían congregado en las calles próximas al muro de la prisión, donde alrededor de una docena de jóvenes fueron detenidos por manifestar su apoyo más que entusiasta al motín. Las demandas se centraban en la necesidad de justicia dentro del recinto y se hacían eco de la declaración del GPI de que las prisiones, paradójicamente, se hallaban fuera de la ley. También figuraban en la lista demandas para una alimentación mejor, el cese de la censura a los periódicos y una higiene y calefacción decente en los dormitorios. Según el GPI, los hechos de Nancy habían seguido las mismas pautas que los de Toul: tras una manifestación pacífica, se había prometido a los reclusos que sus demandas se tendrían en cuenta y que no se tomarían represalias. Luego se los indujo a dejar el patio de ejercicio y se los arrojó al bloque de castigo⁷⁸.

Poco después de sofocar el motín, Pleven envió un comunicado a la prensa:

El motín que estalló esta mañana no era el resultado de ninguna causa seria de descontento. Resulta claro que ciertos elementos subversivos tratan de utilizar a los presos, que son los que sufrirán las consecuencias, para provocar o reavivar una agitación peligrosa en varios establecimientos penales [...]. El propósito real de quienes instigan las revueltas actuales es entorpecer las anunciadas reformas para fomentar las razones para la agitación⁷⁹.

Los argumentos de los «elementos subversivos» iban a volver a usarse cuando, en febrero, surgieran las conmociones en Fresnes. Los militantes del GPI estaban organizando reuniones para las familias de los presos y el prefecto local declaró que la protesta, en la que un jefe de celadores fue reducido sin utilizar ninguna arma, era el resultado directo de la propaganda que se estaba dirigiendo a «control remoto» desde fuera de la prisión, una bonita variante del tema del «agitador externo». Foucault sólo replicó que los reclusos eran lo suficientemente maduros para organizar sus propias protestas sin necesidad de control remoto⁸⁰.

Poco después de estos hechos, Foucault recibió una declaración de la prisión de Melun, donde la situación era tensa pero todavía calmada. Propuso que se hiciera pública en una conferencia de prensa en el Ministerio de Justicia. El 18 de enero, Mauriac, Deleuze y Sartre, al que Deleuze se refería en broma como «nuestra mascota», acompañado por su amiga

⁷⁸ *Combat*, 18 de enero de 1972.

⁷⁹ *Le Monde*, 18 de enero de 1972.

⁸⁰ *Ibíd.*

íntima y amante esporádica Michelle Vian, se reunieron en la rué de Castiglione, que conduce a la place Vendôme desde el sur. Se les unió Foucault y un gran número de simpatizantes, se trasladaron hasta la plaza y luego a la entrada del ministerio. Se empujó a un lado una barrera y, para asombro de los porteros, los manifestantes anunciaron que habían acudido para la conferencia de prensa.

Cuando Foucault comenzaba a leer su comunicado, llegaron algunos CRS y comenzaron a empujar a la conferencia de prensa hacia la calle. Foucault, con la cara roja y los músculos tensos por el esfuerzo, encabezó la resistencia. Fuera del ministerio, se desataron refriegas y el periodista Alain Jaubert fue apresado por un policía. Sartre —quien, dada su edad y su estado de salud, no puede haber sido de mucha ayuda—, Foucault y otros agarraron su brazo rápidamente y trataron de soltarlo. Entonces la situación bordeó lo absurdo: los que participaban en la guerra de tirones se vieron rodeados por un círculo de CRS que no hacían nada sino observar.

Jaubert, junto con Marianne Merleau-Ponty y otro periodista, fue finalmente metido en un furgón de la policía. Mauriac trató de intervenir, mostró su carné de prensa y le permitieron hablar con el comisario que estaba al mando. Acordó que los manifestantes se dispersarían si se liberaba a sus camaradas. Con un claro desconcierto la policía supo a quién habían detenido y los tres fueron liberados: Jaubert estaba en proceso de presentar la acusación de detención ilegal y asalto contra la policía. Aunque la atmósfera era tensa y peligrosa en potencia, la detención de Merleau-Ponty, abogada e hija del filósofo, también produjo una cierta risa histérica y gritos de «no debemos perder a Marianne» —«Marianne» es el icono de la República, cuya estatua aparece en todo *mairie*.

Cuando Foucault se acercó a los CRS alineados frente al furgón, golpearon la culata de un fusil a sus pies. Con furia en su rostro, lo empujó a un lado. La policía antidisturbios permaneció impassible, como si fueran robots. Por fin, un funcionario civil llegó y anunció que se ocuparía de que el ministro recibiera la petición. Foucault replicó cortante que era un informe, no una petición y que el ministro, como cualquier otro ciudadano, podría leerlo al día siguiente, añadiendo que no se merecía un trato especial.

El incidente había terminado y se organizó una conferencia de prensa improvisada sobre los sucesos de Nancy y la situación en Melun en las instalaciones de la Agence de Presse Liberation, en la rué Dussoubs⁸¹. El comunicado de Melun comenzaba señalando que los presos tenían dos medios de alertar a la opinión pública: protestas en los tejados y violen-

Mauriac, *Et comme j'esperance est violente*, págs. 345-362.

cia o el comunicado presente; se seguía que estallarían la violencia si éste no se tenía en cuenta. La principal demanda era el establecimiento de comités de presos elegidos democráticamente con poder de negociar con las autoridades carcelarias sin que se les considerara «cabecillas» o «provocadores». Las otras demandas eran la puesta en libertad bajo fianza, la conmutación de la cadena perpetua por sentencias de periodos determinados tras siete años, la abolición del *casierjudiciaire*, derechos a la seguridad social, derecho al trabajo y dinero suficiente para vivir tres meses en libertad y la revocación de las leyes que impedían a los presos comunicarse libremente con el mundo exterior⁸².

El GPI y Secours Rouge convocaron una manifestación en París para el 21 de enero, movilizándose alrededor de los llamamientos para el establecimiento de comisiones de presos y para garantizar las no represalias. Unas ochocientas personas tomaron los *grands boulevards* y la manifestación terminó con un intercambio casi ritual de *cócteles mobtov* y granadas de gas⁸³. En un intento de dificultar la intervención de la policía, las octavillas iniciales no habían proporcionado un lugar específico para la reunión y decían simplemente a los manifestantes potenciales que se pusieran en contacto con los militantes de Secours Rouge para mayor información. Que se pudieran movilizar ochocientas personas en semisecreto y sólo en un par de días no es un testimonio nimio de la habilidad organizadora de los grupos implicados.

La respuesta gubernamental al motín de Toul fue el nombramiento de una comisión de investigación presidida por Robert Schemelck, *avocat general* del Tribunal de Apelación y presidente del Comité Europeo para Problemas Delictivos. La comisión informó en enero de 1972 y concluyó que el régimen disciplinario de Toul había sido estricto en exceso: sólo en octubre y noviembre, se habían utilizado sanciones disciplinarias contra reclusos en 191 ocasiones. Esto se consideró excesivo para una población de 540 reclusos. El problema principal en el ala de los delincuentes juveniles, donde habían comenzado los disturbios, era el aburrimiento, combinado con instalaciones de entrenamiento inadecuadas. La comisión admitió que no podía confirmar ni negar las declaraciones de la doctora Rose. Schmelck también hacía referencia a la existencia dentro de la prisión de bandas organizadas y especulaba que en el origen de la revuelta podía estar un intento de ajuste de cuentas⁸⁴.

Poco después de la aparición del informe, Galiana fue trasladado a

⁸² «Déclaration a la presse et au pouvoirs publics émanant des prisonniers de la Maison Centrale de Melun», *Politique-hebdo*, 20 de enero de 1972 págs. 10 y 11.

⁸³ *Le Monde*, 23-24 de enero de 1972.

⁸⁴ *Le Monde*, 11 de enero de 1972.

otro puesto. Un comunicado de prensa del GPI describía la labor del equipo de Schmelck como «inadecuada» y comentaba desfavorablemente la decisión de convocar una conferencia de prensa —que duró cinco minutos— en condiciones de virtual secreto. De forma más específica, criticaba que no se señalara que el uso efectuado por Galiana de procedimientos disciplinarios había significado para muchos presos que se retrasara su fecha de liberación y pedía una investigación independiente.

Una de las principales armas del GPI era el comunicado de prensa, y pronto se hizo adepto al uso de los medios de comunicación. *Le Nouvel Observateur* y *Témoignage Chrétien*, periódico cristiano originado en la Resistencia, proporcionaban habitualmente una cobertura favorable. Durante todo 1972, los informes regulares de *Le Monde* sobre la ola de suicidios en la prisión se yuxtapusieron a las estadísticas oficiales y las proporcionadas por el GPI.

Por otra parte, la televisión quedaba fuera de su alcance, al estar bajo estrecho control estatal. En febrero de 1972, el semanario *Dossiers de l'écran* se dedicó al tema de las prisiones. Se adoptó el formato normal: una película ilustrativa, seguida por un debate de hora y media. La película en cuestión era *Prison defemmes*, de Maurice Cloche (1956) que, a juzgar por el resumen proporcionado en *La Semaine Radio-Télévision*, es un típico melodrama de cárcel⁸⁵. El artículo de dos páginas escrito por J. Parrot que introduce el programa consiste por entero en historias de asesinatos famosas. Sin embargo, Parrot señala que las prisiones de mujeres necesitaban una reforma y expresa la esperanza de las preguntas de los espectadores ayuden a abrir el debate.

El debate iba a permanecer cerrado. Las personalidades invitadas para relatar su vida en la prisión incluían a Paistre del CGT, Le Cornu, psiquiatra de prisión, un abogado, el presidente de una organización de visitantes de cárceles y una monja. No se invitó a un representante del GPI y tampoco apareció en pantalla ningún ex recluso. Claude Mauriac describe la falta de contenido del debate: «No sólo no se aludió a ninguna de nuestras intervenciones [...] no se mencionaron los serios sucesos que se habían producido hacía poco, ni siquiera, para rematarlo, el informe de Schmelck»⁸⁶. *Les Dossiers de l'écran* solía aceptar preguntas formuladas por teléfono por los espectadores para discutir las en directo. Bien conscientes

⁸⁵ «Alice Dumas, antigua prostituta, ha sido salvada de ese entorno por su matrimonio con un honesto pintor de brocha gorda. Alice es dependiente en una tienda de camisas. Su jefe, Rene, la quiere, pero ella rechaza sus insinuaciones. Un día, su marido es envenenado y muere. Su suegra, que la odia, la acusa de asesinato... Enviada a la cárcel de mujeres de Hagenuau, donde la disciplina es particularmente estricta, Alice se debate entre la desesperación y el motín.» *La Semaine Radio-Télévision*, 29 de enero-4 de febrero de 1972, pág. 75.

⁸⁶ Mauriac, *Et comme l'espérance est violente*, págs. 367, 368.

de que sus preguntas se pasarían por alto, numerosos miembros y simpatizantes del GPI llamaron al programa: Sartre, De Beauvoir, Domenach, Cixous, Deleuze, Faye, Foucault y Clavel. Ninguna de sus preguntas se emitió. Las preguntas, debidamente publicadas por *Le Nouvel Observateur*, formulaban, entre otras cosas, por qué no se había invitado a la doctora Rose y por qué no había habido discusión sobre las condiciones de vida en La Roquette, la prisión de mujeres de París⁸⁷.

Aunque la política y el GPI ocupaban gran parte del tiempo de Foucault, también continuó su vida académica. En abril se fue, según Deleuze con cierta reticencia⁸⁸, a Estados Unidos, donde dio conferencias sobre «la historia de la verdad» en la Universidad Estatal de Nueva York en Búfalo y sobre «la ceremonia política» en la Francia del siglo xvii en la Universidad de Minnesota⁸⁹. No era su primera visita; ya había estado en Buffalo el invierno anterior y el clima le había gustado muy poco. El único consuelo había sido la presencia de Cixous, también dando un ciclo de conferencias e igualmente deprimida por el frío⁹⁰.

Todavía su reputación en Estados Unidos no estaba bien establecida, y no ayudaba mucho a conseguirlo el hecho de que sólo diera las conferencias en francés. La fascinación por América aún no había comenzado a operar en él. Por el momento, «América, como la contempla un europeo como yo que está un poquito perdido y no es muy diestro, [es] gigantesca, tecnológica, un poco aterradora, ese aspecto piranesiano que impregna la visión que muchos europeos tienen de Nueva York»⁹¹. Tampoco le gustaban la asunción de sus alumnos estadounidenses de que estaba dispuesto a discutir en todo momento, algo que sin duda no pertenece a la experiencia de la mayoría de los profesores de las universidades francesas⁹².

El viaje a Buffalo no fue sólo académico. John K. Simón, el director del departamento de Francés de Buffalo, podía concertarle una visita a Attica. Foucault había dejado caer que nunca antes había puesto los pies dentro de una prisión y decidió no mencionar su labor en Fresnes en los años cincuenta. La visión de la prisión de Attica le pareció «abrumadora».

⁸⁷ «Les dossiers (incomplets) de l'écran», *Le Nouvel Observateur*, 7 de febrero de 1972.

⁸⁸ Mauriac, *Mi.*, pág. 374.

⁸⁹ Véase el resumen en inglés de Stephen Davidson, *Acts (Proceedings of the Fourth Annual Conference on XVIIth Century French Literature)*, Graduate School of the University of Minnesota, vol. 1, págs. 22 y 23.

⁹⁰ Entrevista con Hélène Cixous.

⁹¹ «Michel Foucault on Attica», pág. 158.

⁹² Deleuze, citado en Mauriac, *op. cit.*, pág. 381.

Lo primero que quizá me impresionó de Attica fue su entrada, esa especie de falsa fortaleza a la Disneylandia, esos puestos de observación simulando tones medievales con sus *machicoulis*. Y tras ese decorado bastante ridículo con enanos por todas partes, se descubre que es una máquina inmensa [...]. Attica es una máquina para la eliminación, una forma de estómago prodigioso, un riñón que consume, destruye, despedaza y luego anoja, y que consume para eliminar lo que ya ha eliminado⁹³.

Poco después de su regreso a Francia, seis de los presos amotinados en Nancy fueron llevados ante el *tribunal correctionnel* át la ciudad, defendidos por Albert Naud y Henri Leclerc. El GPI organizó manifestaciones en Nancy y de nuevo fue recibido con violencia por la policía. En un incidente, Héléne Cixous fue golpeada y cayó inconsciente⁹⁴. Los seis amotinados, el más joven de los cuales tenía diecinueve años, recibieron sentencias adicionales de entre cinco y ocho meses, y se les ordenó pagar multas de 250 francos. El tribunal reconoció que habían existido «circunstancias atenuantes» y no se tuvo en cuenta la petición del fiscal de «largas condenas» para preservar a la sociedad del caos. En su recapitulación, se refirió al GPI como el «Groupe d'intoxicación du public». Según la opinión de Foucault, se había utilizado a los seis «cabecillas» como chicos expiatorios y no era accidental que dos de ellos tuvieran un largo historial de delitos previos⁹⁵.

El GPI consideró las sentencias hasta cierto punto clementes como una victoria parcial. Por otro lado, las tácticas adoptadas por el juez habían frustrado todos los intentos de Naud y Leclerc de politizar el proceso, formulando la cuestión de quién iba a la cárcel y cómo se trataba a los reclusos. Sin embargo, algunos siniestros detalles surgieron de los interrogatorios efectuados por Leclerc al jefe de celadores. Nunca se habían proyectado películas en la Charles III. No había televisión. No había instalaciones deportivas. No había sistema de calefacción en la prisión, aun cuando los inviernos en Nancy pueden ser extremadamente fríos. No se podía leer, escribir o fumar en los dormitorios, que eran «corrales» de alambre donde convivían cuatro o seis hombres. Cuando el capellán de media jornada señaló que los años y el estado de los edificios, la falta de intimidad y calefacción le parecían proporcionar un campo abonado para los motines y que resultaba injusto llevar ante el tribunal sólo a seis de los presos que habían tomado parte en él, el juez le hizo callar.

Al juicio asistieron varios activistas del GPI, incluido Defert, y trans-

«Michel Foucault on Attica: An Interview», *Telos*, 19, primavera de 1974, pág. 155.
Entrevista con Héléne Cixous.
Mauriac, *op. cit.*

cribieron cuidadosamente el proceso⁹⁶. Estos textos se iban a convertir en las bases de una breve obra teatral puesta en escena por los miembros del Théâtre du Soleil, después de las actuaciones programadas de 1792 en la Cartoucherie de Vincennes en julio. La directora del teatro, Ariane Mnouchkine, a la que su amiga Cixous había arrastrado a la órbita del GPI, hacía de Leclerc y Foucault de segundo asesor. Defert y Meyer aparecían como agentes de policía. En Vincennes, seguía a la actuación una discusión abierta; dada la reputación de Mnouchkine y la naturaleza del público habitual del Théâtre du Soleil, estaba casi garantizada una buena recepción. Otras actuaciones parecen haber tenido menos éxito, pero no por la intervención de la policía, que puso punto final rápidamente a muchos de los intentos del GPI de hacer pequeñas representaciones en las calles. *Le Procés de Nancy* se representó al aire libre ante un bloque de casas en Créteil, pero no parece existir información sobre su acogida.

También se planeó una actuación en la rae de la Butte aux Cailles, donde debía efectuarse un desahucio el día antes de la representación de Vincennes. Una tormenta dispersó a los actores. El único público presente fue un grupo de militantes políticos que trataban de evitar que se llevara a cabo el desahucio. Los habitantes del *quartier* no aparecieron y parecía inútil seguir adelante, ya que la mayoría de los militantes presentes planeaban ir a Vincennes la noche siguiente. En consecuencia, Claude Mauriac se encontró a Foucault, bastante perplejo, sentado solo en un café local⁹⁷. Desgraciadamente, no se hicieron fotografías tampoco de *Le Procés de Nancy*. Mnouchkine, en particular, insistió en que se trataba puramente de una acción política y no de un vehículo para personalidades⁹⁸.

No todas las producciones del GPI fueron tan complicadas como ésta. Eran más habituales las piezas cortas de agitación y propaganda en las que a veces participaba Foucault. Un ejemplo típico era la obrita basada en una aguda variación del refrán «Qui volé un oeuf volé un boeuf («Ladroncillo de agujeta, después sube a barjuleta»), que se convertía en «Qui volé un oeuf va en prison, qui volé un boeuf va au Palais-Bourbon» («Quien roba poco, a presidio va; quien roba mucho, palacios hará»)⁹⁹. El teatro no era la única arma; el GPI también realizó un documental sobre las prisiones. Estaba dirigido por un profesional, la técnica era bastante sofisticada y se distribuyó con algún éxito en la floreciente red «alternativa».

⁹⁶ La transcripción completa, con una nota introductoria de Philippe Meyer, se publicó como «La justice telle qu'on la rend», *Esprit*, octubre de 1971, págs. 524-555.

⁹⁷ Mauriac, *op. cit.*, pág. 416.

⁹⁸ Entrevistas con Daniel Defert y Philippe Meyer.

⁹⁹ Entrevista con Daniel Defert.

presidencial. La ejecución de Bontems por «complicidad» servía de aviso a todos los presos al introducir el principio de la responsabilidad y culpabilidad colectiva. De forma más general, Foucault sostenía que la guillotina era sólo el símbolo visible de un sistema gobernado por la muerte. La posibilidad de muerte, en especial por suicidio, era inherente a toda sentencia de cárcel. Las sentencias de cadena perpetua y las de pena de muerte significaban lo mismo: «Cuando sabes que nunca saldrás, ¿qué queda por hacer, excepto arriesgarse a la muerte para salvar la vida, arriesgar la vida aunque se pueda morir? Esto es lo que hicieron Buffet y Bontems.» Terminaba acusando al sistema de prisiones de asesinato¹⁰⁶.

Aunque en la portada aparece la fecha de 1972, *Suicides de prison* salió a comienzos de enero de 1973. La sección inicial presenta los treinta y dos suicidios que ocurrieron en 1972 y añade que, puesto que se basan en certificados de defunción firmados por los médicos de la prisión, quizá no sean completamente exactos; esto puede explicar la discrepancia entre las cifras del GPI y las proporcionadas por Chesnais. Un cuarto de las víctimas de suicidio eran inmigrantes y la mayoría eran veinteañeros. Sigue una serie de «casos clínicos», descritos con una frialdad casi clínica:

Fleuiy-Mérogis, 27 de marzo de 1972. Saïd Bleid, 19 años. Argelino, familia residente en Francia. Mandado por un juez a Foyer des Épinettes [un alojamiento transitorio para los trabajadores jóvenes que se enfrentan a acusaciones]. Detenido; el alcaide de Foyer se niega a volverlo a acoger cuando sale de la cárcel. Considerando que no cuenta con ingresos fijos, es deportado. En Argelia no tiene vínculos familiares, así que regresa a Francia. Detenido y amenazado con la deportación. Se ahorca¹⁰⁷.

El título hace un uso expresivo de la conjunción «de»: no son suicidios que ocurren por azar en la cárcel. Son causados por el sistema de prisiones; son los suicidios de la prisión.

La sección más patética del folleto reproduce las cartas de prisión de «H.M.», un delincuente trivial cuya crónica retrocede hasta que tenía unos diez años y fue sentenciado a internamiento en un centro de rehabilitación para jóvenes por robar golosinas. Permanecía en prisión acusado por drogas (había comprado opio a un agente de policía de paisano que se hacía pasar por adicto) en el verano de 1972 y, como Grandmontagne, fue puesto en *le mitard* por cometer «actos homosexuales». Tam-

¹⁰⁶ Michel Foucault, «Les deux moris de Pompidou», *Le Nouvel Observateur*, 4 de diciembre de 1972, págs. 56 y 57.

¹⁰⁷ *Suicides de prison*, pág. 9.

bien se ahorcó. Las cartas, escritas bajo la influencia de tranquilizantes, van desde la petición de un ejemplar de *Saint Genet* de Sartre, hasta una discusión de la antipsiquiatría de Laing y Cooper. H.M. habla de hacer yoga, de su antigua fantasía de ir a la India, explica la psicoterapia que está haciendo y describe la factura de un marco decorado con lemas sobre el amor tomados de John Lennon. No hay mención de una huida física, pero el deseo de huir a algún otro universo resulta obvio en todo el conjunto. Las cartas se acompañan de un comentario sin firmar que casi con seguridad pertenece a Foucault. Termina así:

Lo que está en juicio no es sólo el sistema social en general, con sus exclusiones y condenas, sino todas las provocaciones —deliberadas y personificadas—, gracias a las cuales el sistema funciona y asegura su orden, gracias a las cuales manufactura lo que excluye y condena de acuerdo con una política, la del Poder, la de la Administración. Un cierto número de personas son responsables directa y personalmente de la muerte de sus presos¹⁰⁸.

Suicides de prison se publicó de forma conjunta por el GPI, el Comité d'Action des Prisonniers y la Association pour la Défense des Droits des Détenus y, cuando apareció, el GPI había dejado de existir en la práctica. El CAP, fundado en noviembre de 1972, era en gran parte la creación del carismático Serge Livrozet, que había sido uno de los participantes del movimiento de protesta en Melun. Como el GPI, el CAP no contaba con afiliados formales y se mantenía principalmente por la fuerte personalidad de su fundador, un ex ladrón que se convirtió en escritor y en activista político tras su puesta en libertad. Según opinión de Livrozet, el GPI había mostrado el camino y ahora dependía de los reclusos recién excarcelados del GPI que se organizaran y continuaran las revueltas que habían comenzado tras los muros y en los tejados¹⁰⁹. El objetivo declarado del CAP, que iba a sobrevivir hasta 1980, era la mejora constante de la suerte de los presos durante su encarcelamiento y después de éste.

Dado que el GPI siempre había proclamado que proporcionaba a los presos los medios de expresión y que no hablaba en su nombre o en su lugar, su autodisolución era ahora el resultado lógico. Su desaparición quizá también sea el resultado del agotamiento político y personal. Dá-mele Rancière, al menos, admite que suspiró con alivio cuando se disolvió y no puede haber sido la única a quien dos años de estrecha relación con los presos y sus familias le parecieran una experiencia cansada y al fi-

Ibid., pág. 40.

Livrozet, *De prison a la révolte*, pág. 220; entrevista con Serge Livrozet.

nal sofocante. La ruptura de Secours Rouge en el verano de 1972 puede que también haya robado al GPI al menos algo de su circunscripción natural. El maoísmo francés, y la Gauche Prolétarienne en particular, estaba entrando en un periodo de crisis que iba a llevar pronto a su desaparición. No había terminado la participación de Foucault en los asuntos de las prisiones, pero el momento del GPI había pasado a finales de 1972.

La ADDD se estableció a instancias de Foucault, aunque participó poco en sus actividades. A diferencia del GPI, que no tenía una forma legal, era una asociación constituida conforme a ley y registrada, fundada para actuar en nombre de los presos y para asegurar que la pérdida de la libertad fuera la única sanción que padecieran. Su creación también fue en parte una respuesta a los deseos de las familias de los presos, que temían con razón que sus preocupaciones legítimas fueran explotadas por mantener una alianza demasiado estrecha con las tendencias gauchistas dentro del GPI¹⁰. Su comité era muy respetable y prestigioso, e incluía a Dominique Éluard, la viuda del poeta, Claude Mauriac y Gilles Deleuze. Su presidente honorario era Vercours, autor de *Le silence de la mer*, quizá la más famosa de todas las expresiones literarias de la Resistencia. («Vercours» era el seudónimo de Jean Bruller; se tomó de la región montañosa que contempló algunos de los episodios más trágicos y heroicos de la historia de la Resistencia.)

En gran parte como resultado de la labor del GPI, el tema de las prisiones se había situado en la agenda política y pública, mucho más que en Gran Bretaña o Estados Unidos, donde ningún grupo comparable había logrado organizar acciones a gran escala fuera de los muros de las prisiones¹¹. De modos diferentes, la ADDD y el CAP continuaron su labor, pero, como *Le Monde* iba a señalar, la dirección de Foucault se iba a echar mucho en falta¹².

¹⁰ Mauriac, *op. cit.*, págs. 374, 397.

¹¹ Sobre las experiencias británica y estadounidense, véase Mike Fitzgerald, *Prisoners and Revolt*, Harmondsworth, Penguin, 1977.

¹² *Le Monde*, 22 de mayo de 1973.

El profesor militante

El GIP fue la principal preocupación política de Foucault desde 1971 hasta comienzos de 1973, pero no la única. A veces, parecía actuar en todas partes a la vez, participando en manifestaciones contra la guerra de Vietnam y, en un plano más local, contra el racismo en Francia y las amenazas contra los inmigrantes¹. Se le podía encontrar en lugares extraños y en alguna ocasión se le vio empuñando una escoba en las casas ocupadas de forma ilegal por familias inmigrantes. Se le podía ver distribuyendo las octavillas de la CAP en los *grands boulevards* con Livrozet y otros². No obstante, no siempre estuvo donde se hubiera esperado. Cuando se hizo el intento de formar un grupo que hiciera por los hospitales psiquiátricos lo que el GIP había hecho por las prisiones, Foucault era una persona obvia con quien establecer contacto. Fue con Robert Castel a una reunión inicial que congregó unas doscientas personas —ex pacientes, entusiastas de la antipsiquiatría y una variedad de izquierdistas— en el salón de una iglesia del *arrondissement* catorce a finales de 1971. La reunión fue turbulenta y se dedicó a atacar de forma violenta y a veces muy personal a renombrados individuos e instituciones. Foucault y Castel, que describe la atmósfera como *bordelique*, escucharon en silencio y pronto llegaron a la conclusión de que nada positivo podía hacerse en coopera-

¹ Acerca de su participación en la manifestación contra Vietnam de enero de 1973, véase Mauriac, *Et comme l'espérance est violente*, págs. 477-482, y sobre su presencia en una manifestación de marzo de 1973 que protestaba contra la amenaza de deportación de los trabajadores ilegales, *ibid.*, pág. 500.

² *Ibid.*, pág. 490 y sgs.

ción con esos «ultra-gauchistas»³. De todos modos, se fundó el GIA (Groupe d'Information sur les Asiles), que llevó una sombría existencia durante años, pero lo hizo sin ninguna ayuda por parte de Foucault.

Participó de forma bastante más activa en el GIS (Groupe d'Information sur la Santé), al menos en sus primeros años. Con otros seis miembros, tomó parte en una mesa redonda que llevó a la redacción de un manifiesto a finales de 1972: «Nuestro objetivo no es formar un grupo interdisciplinario que pueda unirse con otros profesionales de diferentes ciencias, sino impugnar la división existente entre conocimiento científico y práctica cotidiana, entre el trabajo manual y el intelectual»⁴. El GIS ha dejado pocas huellas documentales de su existencia, pero participó en campañas para investigar y denunciar el envenenamiento con plomo en una factoría de Lyon, en la denuncia del ánimo de lucro en la industria farmacéutica y en ataques contra el uso opresivo que realizaban los médicos de las formas de conocimiento⁵.

Como resultado de su actividad en el GIP, no pudo por menos que verse involucrado en una de las clásicas manifestaciones de los políticos franceses, o más bien parisienses: la firma de peticiones políticas y cartas abiertas. En su forma moderna, se suele considerar que la práctica comenzó con el caso Dreyfus, pero, como establece un estudio reciente, la primera petición reconocible firmada por intelectuales en masa fue una protesta contra la construcción de la Torre Eiffel en 1887⁶. La petición es una carta abierta, seguida de firmas, que se publica como un anuncio pagado en la prensa diaria; *Le Monde* y, más tarde, *Liberation* son los *loa classici*. La firma de peticiones y la recolección de firmas son operaciones delicadas; nadie desea que se le encuentre en compañía política equivocada. «¿Quién ha firmado ya?» y «¿Quién va a firmar?» son las preguntas que se formulan inmediatamente. Las peticiones representan una explotación consciente del capital cultural o de la visibilidad de los firmantes; la firma de Foucault era sin duda mucho más «valiosa» que la de un novelista desconocido. También tienen el efecto de confirmar la posición del firmante; se vuelve más que un intelectual por el sólo hecho de entregar su firma. Por supuesto, también existe el peligro de que la firma de demasiadas peticiones la devalúe porque parezca que es un simpatizante indiscriminado de causas totalmente heterogéneas. Sartre y Marguerite Duras,

³ Entrevista con Robert Castel.

⁴ Michel Foucault y los miembros del GIS, «Médecine et lutte des classes», *La Nef*, 49, octubre-diciembre de 1972, págs. 67-73.

⁵ Véase Serge Karenty, «La médecine en question», *Magazine Littéraire*, 112-113, mayo de 1976, págs. 38-41.

⁶ Jean-Francois Sirinelli, *Intellectual passions in France. Manifestos and petitions in the XX century*, París, Fayard, 1990, págs. 21-23.

ambos prolíficos firmantes de peticiones y protestas, corrieron a menudo ese riesgo. Un historiador de los «intelectuales» franceses resume las tres principales asunciones que se hallan tras la petición clásica: los intelectuales tienen derecho a crear un escándalo público; tienen derecho a unirse para dar mayor peso a sus protestas; tienen derecho a usar su preparación académica como una forma de poder simbólica⁷.

La opinión de Foucault sobre las peticiones en general no era particularmente optimista. En la mayoría de los casos, las firmó porque los amigos le presionaron. Cuando un periodista del semanario *Nouvelles Littéraires* le preguntó qué pensaba sobre ellas, suspiró y dijo: «Firmarlo todo o no firmar nada acaba siendo lo mismo.» El firmaba, prosiguió, pero «sólo cuando la vida o la libertad de un individuo estaba en juego»⁸. Esta afirmación no es muy precisa, pero indica una cierta selectividad. A veces, las solicitudes para firmar peticiones se hacían, tan regulares que era necesaria una acción evasiva. Su número de teléfono nunca fue un secreto guardado con un celo particular y se negó a comprar un contestador automático, alegando que le obligaría a devolver las llamadas. Los amigos tenían que utilizar un código: dejar el teléfono sonar, colgar y luego llamar de nuevo. Defert contestaba a los que llamaban diciendo que ése era el número para las peticiones de ese día; las peticiones para firmar la siguiente semana debían dirigirse a otro lugar⁹. En 1979, Foucault expresó la esperanza lejana de que la publicación de sus comentarios en *Les Nouvelles Littéraires* diera como resultado que se le pidiera firmar menos peticiones; declaró, sin duda con una ligera exageración, que se le pedía firmar casi una al día¹⁰.

Las primeras que firmó fueron sobre la guerra del Vietnam: una protesta contra la amenaza de que se bombardearan los diques de Vietnam del Norte (*Le Monde*, 9 y 10 de julio de 1972) y una declaración colectiva de los científicos e investigadores franceses que denunciaba el uso agresivo de la tecnología moderna por las fuerzas estadounidenses (*Le Monde*, 23 de diciembre de 1972). También respaldó un llamamiento en favor del pueblo palestino (*Le Monde*, 14 y 15 de enero de 1973). La oposición a la guerra del Vietnam era algo insoslayable y la solidaridad con Palestina también era una causa popular en los círculos en los que se desenvolvía Foucault; su sanción a estas protestas no muestra mucho más que un compromiso general con posiciones ampliamente compartidas.

Sin embargo, la firma de peticiones indica una cierta incoherencia se-

⁷ Christophe Charle, *Naissance des intellectuels 1880-1900*, París, Minuit, 1990, pág. 8.

⁸ «Mais à quoi servent les pétitions?»

⁹ Entrevista con Daniel Defert.

¹⁰ «Mais à quoi servent les pétitions?»

gún su opinión acerca del papel de un intelectual. Aunque rechazaba a sabiendas la noción de un «intelectual universal» —cuyo prototipo era el Zola *dej'accme* (1898)—, las peticiones que firmaba se emitían en ese mismo lenguaje. Muchas de sus críticas al intelectual universal se dirigen contra Sartre, pero Zola sigue siendo el ejemplo clásico. Como le dijo a un periodista japonés en 1978, Zola no escribió *Germinal* porque fuera minero¹¹.

En la práctica, a menudo fue contra sus propios principios. A comienzos de 1973, por ejemplo, prestó su nombre a un periódico tercermundista que se ocupaba principalmente del norte de África y las guerras del Polisario en el Sahara Oriental, y aceptó actuar como su editor nominal. *Nouvelles Afrique-Asie*, que rápidamente cambió de nombre a *Zones des Tempêtes*, sólo publicó tres números en la primavera y verano de 1973, y luego se desplomó¹². Su aparición como editor nominal, al igual que Sartre con *La Cause du Peuple*, era un ejemplo clásico del uso del poder intelectual para proteger el derecho a la protesta política, pero Foucault no era más un guerrillero norteafricano que Zola un minero. Era un profesor del Collège de France y explotaba a sabiendas el prestigio que disfrutaba. Su notoriedad y la solicitud constante de varios grupos izquierdistas significaban que había peligro de que se comprometiera con demasiadas cosas y acabara disipando su considerable energía. En conjunto, se resistía a la tentación de dejarse arrastrar por demasiados temas y ejercía cierta selección en sus compromisos. Varios de estos temas eran dramáticos e implicaban gran participación física.

El caso de Alain Jaubert añadió peso a la declaración de Foucault de que nadie estaba libre de ser detenido. La tarde del sábado 29 de mayo de 1971, Jaubert, corresponsal científico de *Le Nouvel Observateur* y catedrático de Vincennes, dejó el Pub Poster, un restaurante situado en la place Clichy, donde acababa de comer con su mujer y su familia. Había una fuerte presencia policial en la zona, ya que una organización estudiantil de las Antillas había convocado una manifestación en solidaridad con el pueblo de Martinica. Se acababa de dispersar pacíficamente, pero las patrullas de policía seguían disolviendo los grupos de manifestantes en las calles cercanas a la zona de Barbès. Cuando Jaubert y su familia cruzaban la rué de Clignancourt, se toparon con un hombre que sangraba por una herida en la cabeza; después se demostraría que los organizadores le habían expulsado por llevar armas. Jaubert y otros le llevaron a una farmacia que había cerca para que le atendieran. Se llamó a los servicios de ur-

¹¹ «La société disciplinaire en crise, développement de la diversité et l'indépendance en crise», *Asahijanaru*, 12 de mayo de 1978.

¹² «Un nouveau Journal?», *Zone des tempêtes*, mayo-junio de 1973, pág. 3.

gencia de la policía y metieron al herido de cualquier modo en una furgoneta. Jaubert, un hombre de complexión delgada que usaba gafas, se acercó a la policía, mostró su carné de prensa y dijo que había visto el incidente y que estaba dispuesto a acompañar al herido al hospital. La policía no puso objeciones y Jaubert subió a la furgoneta. La versión oficial de lo que pasó a continuación fue ofrecida en un comunicado de prensa de la Préfecture de Pólice:

Cuando el herido estaba a punto de ser conducido al hospital, apareció un hombre y pidió acompañarlo, aduciendo que lo conocía y quería ayudarlo. Los agentes de policía aceptaron y le permitieron subir a la furgoneta. Era el señor Alain Jaubert. Unos 200 metros después, se puso muy agitado, insultó a los agentes llamándoles cerdos y «SS», y luego, aprovechándose de la distracción momentánea de los agentes, que estaban atendiendo al herido, abrió la puerta, saltó del vehículo y se hirió al caer. Los policías de una segunda furgoneta que los seguía trataron de ayudarlo a levantarse, pero se debatió con violencia a puñetazos e hirió a tres agentes¹³.

Jaubert fue conducido al hospital Lariborisière, luego al Hôtel-Dieu, lo detuvieron y estuvo retenido durante cuarenta y ocho horas. De inmediato, un juez instructor elevó contra él las acusaciones de resistencia a la autoridad y agresión.

Jaubert negó por completo la versión oficial de su historia y dijo que cuando había intentado ayudar al herido, uno de los policías, de repente, le había golpeado sin provocación. El *brigadier* dijo a sus subordinados que le «echaran fuera». Lo golpearon en el estómago y lo arrojaron del vehículo en marcha. Se halló tendido en la carretera y rodeado por unos quince policías. Uno de ellos le rompió las gafas. Lo golpearon y lo arrastraron hasta la segunda furgoneta, donde continuó la paliza. Su protesta de que no había hecho nada y de que sólo era un periodista provocaron una violencia mayor. Le quitaron los pantalones y le golpearon y retorcieron los testículos. Jaubert estaba convencido de que iba a morir o en el mejor de los casos a ser castrado. Cuando por fin lo llevaron a un puesto de urgencias, una enfermera telefoneó a su esposa, María José, quien de inmediato comenzó a ponerse en contacto con la prensa¹⁴.

A nadie del mundo del periodismo le resultó difícil creer que un colega había sido brutalmente apaleado. Las relaciones entre la policía y la prensa se hallaban en un punto muy bajo. Unas cuantas semanas antes,

¹³ *Le Monde*, 1 de junio de 1971.

¹⁴ *Le Monde*, 2 de junio de 1971; Hamon y Rotman, *Génération: 2. Les années de plomb*, págs. 344-348.

Michèle Manceaux, de *Le Nouvel Observateur*, había sido detenida a las seis de la mañana por cuatro policías. Registraron su piso, se llevaron documentos y la retuvieron en una comisaría del Barrio Latino durante seis horas. No se pidió fianza ni se formularon acusaciones. Aparentemente, la causa de su detención fue que habían visto su coche en la fábrica Renault de Flins, donde actuaban grupos maoístas y donde se hallaba investigando para escribir *Les maos en France*. Durante semanas, unos agentes de policía, que rehusaron identificarse, habían seguido a Claude Angé, reportero de *Politique Hebdo*¹⁵. Era público y notorio que la policía utilizaba credenciales de prensa falsificadas para reunir información para sus archivos; ese mismo año, un poco antes, había sido desenmascarado en la Universidad de Aix-en-Provence un agente secreto de la sección de Renseignements Généraux. Llevaba una credencial de prensa falsificada. Otras semejantes se habían encontrado en las universidades de Vincennes, Nanterre y Grenoble¹⁶.

Lo que ahora se conoció como «el caso Jaubert» avivó aún más la ira del conjunto de la prensa. El 4 de junio se efectuó una manifestación sin precedentes, cuando los periodistas desfilaron desde las instalaciones de *Le Figaro* en los Campos Elíseos hasta el Ministerio del Interior en la place Beauvau, pidiendo la dimisión de Marcellin. Por una vez, *Le Figaro* y *La Cause du Peuple* estuvieron unidos.

El primero de junio, los abogados Henri Leclerc y Pascale Legendre presentaron contra la policía una acusación de agresión y detención ilegal en nombre de Jaubert. La habitual conferencia de prensa ofrecida por el secretario de Estado del primer ministro el 2 de junio, fue interrumpida por las preguntas de los cientos de periodistas presentes, incluido el temido e influyente Jean Daniel. Leo Hamon, secretario de Estado, no encontró respuesta e intentó argumentar de modo poco convincente que el asunto estaba en los tribunales y que había que dejar que la justicia siguiera su curso¹⁷. El mismo día, se estableció una comisión de investigación por numerosos intelectuales que actuaban en colaboración con el Comité de Défense de la Presse et des Journalistes: sus miembros eran Denis Langlois, abogado y autor de *Les dossiers noirs de la police française*, contra el que por entonces la policía seguía una causa criminal por libelo¹⁸; el

¹⁵ «Michèle Manceaux "interpelée"», *Le Nouvel Observateur*, 17 de mayo de 1971, pág. 31.

¹⁶ Mariella Righini, «Les nouveaux passe-murailles», *Le Nouvel Observateur*, 22, febrero de 1971, págs. 44 y 45.

¹⁷ *Le Monde*, 3 de junio de 1971.

¹⁸ Langlois, *Dossiers noirs*, París, Seuil, 1971, es un examen de los abusos cometidos por el poder policial. En febrero de 1972, Foucault testificó ante un tribunal acerca de la probidad y honestidad que Langlois había demostrado en su búsqueda de la verdad. Fue su única aparición en el banquillo de los testigos.

doctor Daniel Timsit, Claude Angeli, Michéle Manceaux, un pastor protestante llamado Cazalis, Pierre Vidal-Naquet y Michel Foucault. Su objeto era averiguar lo sucedido el 29 de mayo, mediante el relato de los testigos presenciales, y publicar sus hallazgos en un intento de establecer las responsabilidades de los implicados. En la conferencia de prensa inaugural, Foucault declaró que la brutalidad de la policía había alcanzado una nueva cima. Habían atacado a Jaubert porque era periodista; la policía odiaba a los periodistas porque veían cosas y hablaban de ellas. Al formular acusaciones contra Jaubert, el juez instructor estaba encubriendo a la policía. Terminó citando el artículo 15 de la Constitución de 1958, que define el derecho de la sociedad a pedir a todo servidor público que justifique sus actos¹⁹.

La Comisión Jaubert iba a tener un miembro más. En la conferencia de prensa inicial, Foucault había percibido la presencia de Claude Mauriac, que representaba a *Le Figaro*. Por sugerencia de Maurice Clavel, le telefoneó para preguntarle si estaba dispuesto a ayudarlo en la investigación. Esta llamada telefónica iba a llevar a una larga y en apariencias inverosímil amistad. Mauriac, hijo del novelista Francois Mauriac y famoso novelista él mismo, había sido en su juventud secretario de De Gaulle y no se le conocían simpatías izquierdistas. También escribía un diario. Los importantes volúmenes de sus diarios proporcionan el relato más detallado de las actividades de Foucault durante estos años tumultuosos. Bien relacionado en el mundo literario y en el político, se iba a convertir en un amigo íntimo y era un huésped frecuente del blanco apartamento de la rué de Vaugirard. Las invitaciones eran recíprocas, y Foucault y Defert comían a menudo en la casa de Mauriac en la He de la Cité, donde recibía a sus visitantes en un piso lleno de libros, pinturas y fotografías, y donde se otorgaba el lugar de honor a un soberbio dibujo en blanco y negro de Jean Cocteau.

El 12 de junio, Mauriac fue a la rué de Vaugirard, donde le abrió la puerta Jaubert.

Y allí, en ese luminoso apartamento del octavo piso, entre esas personas que no conocía, algunas de las cuales son tan famosas, incluido nuestro anfitrión, profesor del Collège de France e importante filósofo, sentado cerca de mí en el sofá y luego, cuando hubo demasiada gente, en el suelo, a mi derecha —joven, bronceado, con la cabeza desnuda, afeitada, abrigada (y no lejos de él Gilles Deleuze se sentaba en silencio, otro prestigioso filósofo de pelo gris y largo, y rostro estropea-

¹⁹ «Déclaration de Michel Foucault á la conférence de presse d'Alain Jaubert», *La Cause du Peuple-J'accuse*, 3 de junio de 1971.

do, cansado...) [...]. De repente tuve la impresión de que había traspasado la cortina que separa en nuestra sociedad a aquellos en cuyo beneficio el Estado usa su poder del resto²⁰.

La investigación se puso en marcha. Se buscó y preguntó a un conductor de autobuses que había estado en la escena, al igual que a un argelino que declaró haber visto a un hombre sangrando, probablemente Jaubert cuando era conducido al hospital. La búsqueda de ese testigo llevó a Foucault a la zona de la Goutte d'Or por primera vez; a finales de año, le resultaría un lugar familiar. Pero demostró ser una tarea vana. Cuando por fin dieron con él, el testigo mostró buena disposición a hablar con Foucault y Mauriac, pero tuvieron la clara impresión de que decía lo que ellos querían oír.

La prueba del conductor de autobuses resultó crucial. Había visto a la furgoneta de la policía marcharse de la rue de Clignancourt a las seis menos veinte; el informe del hospital Lariborisière mostraba que Jaubert había ingresado a las seis y cuarto. Mauriac y Foucault tardaron cinco minutos exactos en hacer el mismo recorrido. El 18 de junio, M. Paolini, *chef de cabinet* del prefecto de policía, había declarado en televisión que el vehículo de socorro de la policía había llegado al hospital en menos de siete minutos. La media hora perdida aumentaba la veracidad de las acusaciones de Jaubert. No había mucho tráfico y no existía una explicación verosímil para que un vehículo policial hubiera tardado tanto en hacer tan corto recorrido.

Por desgracia, nadie de los entrevistados estaba dispuesto a ser identificado o a aparecer en el tribunal y parecía que la policía se había ocupado de la rae de Clignancourt. Se había visto a numerosas personas observar cómo la policía golpeaba a Jaubert desde sus ventanas; los que se atrevieron a abrir sus puertas a los extraños declaraban ahora que no estaban en casa el 29 de mayo²¹. A Foucault le recordaba la Ocupación y la opinión que tenía la población francesa de la Gestapo; como Mauriac, estaba convencido de que la policía se había convertido en un estado dentro del Estado²².

Presentaron el caso a la prensa el 21 de junio. Foucault comenzó declarando que el caso Jaubert representaba una seria crisis y que la función de la policía era un elemento central de ella. El Ministerio del Interior y la policía habían organizado una campaña deliberada de desinformación.

²⁰ Mauriac, *Et comme j'esperance est violente*, págs. 300, 301.

²¹ Rene Backmann, «Quatre Questions sur l'affaire Jaubert», *Le Nouvel Observateur*, 14 de junio de 1971, pág. 27.

²² Mauriac, *op. cit.*, pág. 307.

No había sido difícil establecer la verdad sobre este caso y se habían reunido las pruebas en dos días. En contraste, el juez instructor no había abierto una investigación, sino que había aceptado la palabra de la policía²³. Nueve días después, una carta abierta firmada por Deleuze, Foucault, Langlois, Mauriac y Denis Perrier-Daville acusaba a Paolini de haber mentado en televisión²⁴. El silencio con que la recibió el ministerio fue elocuente.

El epílogo llegó en abril de 1973, cuando se suspendió la condena de trece meses a los policías que habían agredido a Jaubert. El mismo Jaubert fue multado con 500 francos por agredir a la policía²⁵.

En muchos sentidos, la experiencia de Jaubert fue un ejemplo bastante trivial de la brutalidad policial. Repetía el ejercicio de poder arbitrario que con tanta frecuencia había visto Foucault en su labor con el GPL. A los ojos de muchos miembros de la Gauche Prolétarienne, la respuesta a este abuso de poder policial era la «justicia del pueblo». Esta noción se comenzó a difundir como resultado de un desastre minero que ocurrió a comienzos de 1970, cuando murieron dieciséis hombres a consecuencia de una explosión de metano en el pozo número 6 en Hénin-Liétard. El accidente provocó la inmediata respuesta violenta de la gente de la localidad y sus defensores políticos, y se lanzaron bombas incendiarias contra las oficinas de la mina. Hacia fin de año, se organizó un tribunal popular en el pueblo vecino de Lens, con Sartre como una de las figuras señeras. Como quizá era predecible, determinó que la Compagnie des Houllères y los ingenieros de minas responsables de la seguridad del pozo número 6 eran conjuntamente culpables de asesinato, ya que se había sacrificado la seguridad al beneficio. En las conclusiones que se publicaron, el tribunal declaraba, en una parodia de las palabras iniciales del Código Penal, que «Nul n'est censé ignorer la loi du peuple»²⁶.

Foucault no tuvo ninguna participación en el tribunal de Lens, pero éste proporcionó a Defert la inspiración que llevó a establecer el GPL. El tema de la justicia popular también iba a dar como resultado un florido debate entre Foucault y las figuras más representativas de la Gauche Prolétarienne a comienzos de 1972. Mientras tanto, hubo intentos de organizar tribunales populares que se ocuparan de otros temas en París, Grenoble y Clermont-Ferrand; el más espectacular fue el intento de llevar ante el tribunal a la policía de París, en junio de 1971. Ninguno de es-

²³ *Rapports de la Commission d'information sur l'affaire Jaubert*, págs. 1-3.

²⁴ «Questions á Marcellin», *Le Nouvel Observateur*, 5 de julio de 1971, pág. 15.

²⁵ *Le Monde*, 12 de abril de 1973.

¹⁶ Sartre, «Premier procès populaire a Lens», pág. 331.

tos juicios llegó a realizarse; se abandonaron los proyectos ante la oposición gubernamental y en consideración del elevado nivel de violencia que habrían producido de seguir adelante. No sin humor, los organizadores admitieron que tenía poco sentido que un tribunal popular se reuniera en sesión secreta. Sin embargo, el proyecto sirvió para colocar la noción de la justicia popular en un cierto orden del día político. De nuevo, Foucault no tomó parte directa en los tribunales, pero se asoció públicamente con la posición mantenida por la Ligue des Droits d'Homme y, lo que es más sorprendente, con la Ligue Communiste Révolutionnaire trostkista. Una declaración atribuida a Foucault y a la primera organización señalaba que la justicia y el poder eran inseparables; los tribunales que podían alcanzar decisiones significativas sólo podían ser constituidos por quienes ocupaban el poder y en las circunstancias presentes los criterios que establecían con precisión quién era juzgado y quién era el juez estaban por desgracia mal definidos. Parecía preferible el modelo de la comisión de investigación utilizado durante el asunto Jaubert²⁷.

La existencia de un ala armada clandestina de la Gauche Prolétarienne sugería un posible giro hacia el terrorismo y los ataques de la Nueva Resistencia Popular a la burguesía que «ocupaba» Francia. El potencial de violencia también podía canalizarse en otras direcciones. Hubo un incidente en particular que hizo que la atención de Foucault se centrara en el tema de la justicia popular y, según Deferí, suscitara serias dudas en su mente acerca de hacia dónde conducía exactamente la GR

En el otoño de 1971, la GP llegó a la conclusión de que Moussa Fofana, a quien se habían otorgado responsabilidades en el norte y que vivía en la clandestinidad en Bélgica, era un traidor y un informante de la policía. Se le hizo creer que la lucha armada estaba a punto de comenzar y se le llevó con engaño a una cueva donde se le había convencido de que había un arsenal. Sus acompañantes empuñaron unas pistolas y le informaron de que la justicia del pueblo le había condenado a muerte. Luego le dijeron que la sentencia había sido suspendida y le aconsejaron que desapareciera. Las pistolas no estaban cargadas.

Según *La Cause du Peuple*, sólo la justicia popular en su verdadero sentido podía transmitir y hacer cumplir semejante sentencia; las demandas de clandestinidad entraban en conflicto con la necesidad de publicidad inherente a los tribunales populares, que seguían siendo una forma vacía, una esperanza futura²⁸. Nada se hizo acerca del hecho de que Fofana fuera uno de los poquísimos cuadros negros de la GP.

²⁷ Véase Rene Backmann, «Le procès des tribunaux populaires», *Le Nouvel Observateur*, 5 de julio de 1971, pág. 18.

²⁸ Hamon y Rotman, *Génération*: 2, págs. 435-457.

Foucault discutió el caso Fofana una y otra vez con los dirigentes de la GP y aceptó de buena gana un intercambio de opiniones más formal que pudiera publicarse. Su principal interlocutor fue «Pierre Víctor», nombre de guerra de Benny Lévy quien, en diciembre de 1972, se convirtió en el último secretario de Sartre. Era *normalien* y uno de los fundadores de la GP, además de su principal ideólogo; su emergencia como señor de la guerra maoísta fue precedida por una larga inmersión en el complejo mundo de la política estudiantil. En 1971, su cuartel general estaba en la ENS, en la rué d'Ulm, que rara vez dejaba. Había nacido en Egipto en 1945 dentro de una familia judía a la que se forzó al exilio político; no tenía estado y todavía debía conseguir la nacionalidad francesa. Así, el dirigente de la GP se veía forzado por sus propias circunstancias a evitar los choques violentos que su grupo instigaba, ya que su detención habría conducido sin duda a su deportación.

El debate se grabó y se transcribió para un número especial de *Les Temps Modemes*, coordinado por un grupo de la GP, titulado *Nouveau Fascisme, Nouvelle Démocratie*. En realidad, fue una especie de diálogo de sordos. Según sus propias palabras, a Foucault le interesaba en especial fijarse en la «historia del aparato judicial del estado»²⁹, mientras que Víctor y su camarada «Gilés» intentaban defender su versión dogmática del maoísmo. A veces, cayó en la comedia más grotesca, como cuando Foucault preguntó lo que Víctor entendía por la «ideología del proletariado». Recibió la contestación predecible: «el pensamiento de Mao Tse-Tung» y comentó: «Cierto. Me concederás que lo que la mayoría del proletariado francés piensa no es el pensamiento de Mao Tse-Tung y que no es necesariamente una ideología revolucionaria»³⁰.

La hipótesis básica de Foucault era que un tribunal no es la expresión natural de la justicia popular y que la función histórica de los tribunales siempre había sido dominar y sujetar la justicia popular mediante su reinserción en las instituciones características de un aparato estatal. Su ejemplo principal de lo que entendía por justicia popular lo proporcionaron las matanzas de 1792, cuando las tropas revolucionarias mataron a los presos de las cárceles parisienses antes de marchar hacia Valmy, con la justificación de que no se debía permitir que los traidores vivieran y amenazaran la revolución desde dentro en un momento de extremo peligro. Para Foucault, las matanzas representaban «al menos una primera aproximación a un acto de justicia popular; una respuesta a la opresión que era útil desde el punto de vista estratégico y necesaria desde el punto de vis-

²⁹ «Sur la justice populaire. Débat avec les maos», *Les Temps Modemes*, 310 bis, 1972, página 338.

³⁰ *Ibid.*, págs. 357, 358."

ta político»³¹. El surgimiento de los tribunales actuales, en contraste, señalaba la aparición de una división institucionalizada entre la «burguesía gobernante» y la «plebe parisiense».

Su insistencia en hablar sobre la Revolución francesa fue fuente de cierto fastidio para sus interlocutores, que trataban constantemente de llevar la discusión a China, sobre lo que Foucault admitía saber muy poco. Tampoco se apreció demasiado su opinión sobre temas más contemporáneos. Argumentó que todavía debían inventarse formas efectivas de justicia popular: «El acto de justicia mediante el cual se responde al enemigo de clase no puede confiarse a una especie de espontaneidad instantánea en la que todavía no se ha pensado, que no *está* integrada en el conjunto de la lucha. Las formas de respuesta necesaria, que sin duda existen entre las masas, han de elaborarse mediante la discusión y la información»³². El peligro consistía en que esas formas potenciales se las apropiara o recuperara el aparato del Estado.

Sólo hacia el final de la larga discusión (la transcripción sobrepasa las treinta páginas) surge la cuestión de Lens y el asunto Fofana no llega a tratarse. Foucault argumenta que el tribunal popular no había sido una «contrajusticia», pero conviene en que había desempeñado una importante función al proporcionar información para combatir «al tribunal burgués» que había juzgado a quienes lanzaron bombas incendiarias a las oficinas de la mina. De todos modos, una conversación aducida por Mauriac sugiere que quizá concedió su importancia por razones emocionales más que políticas: «Por debilidad. Por hacer feliz a Víctor. Por cansancio»³³. En términos más generales, sin embargo, insistió: «No creo que pueda haber ninguna contrajusticia en el sentido estricto del término, porque su función, al actuar como un aparato del Estado, es inevitablemente dividir a las masas. La idea de una contrajusticia proletaria es, por ello, contradictoria; no puede existir». Para Víctor, la posición de Foucault era «totalmente idealista»³⁴.

La posición de Foucault en este debate fue, en cierto modo, confusa y ambigua. Aunque no era maoísta, utilizó algunos de sus términos por la necesidad de conectar con el discurso de sus interlocutores. Su uso de la noción de «aparato del Estado» refleja la lectura de la ponencia de Althusser de 1970 sobre ideología y aparatos ideológicos del Estado³⁵,

³¹ *Mi.*, pág. 334.

³² *Ibid.*, pág. 360.

³³ Mauriac, *Et comme l'espérance est violente*, pág. 412.

³⁴ «Sur la justice populaire», págs. 364, 365.

³⁵ Louis Althusser, «Ideology and Ideological State Apparatuses (Notes Towards an Investigation)», en *Lenin and Philosophy and Other Essays*, trad. de Ben Brewster, Londres, New Left Books, 1971, págs. 121-176.

pero pronto iba a rechazar por completo este concepto e incluso el de ideología. La noción de «plebe» —término que iba a tomar una importancia considerable y una resonancia bastante diferente en los escritos de los *nouveaux philosophes* y en la obra de Glucksmann en particular— debe algo sin duda al concepto marxista de lumpenproletariado, pero también se deriva de la descripción de los mecanismos de exclusión y marginalización proporcionados por *Histoire de la folie* diez años antes. La «plebe» incluye a los «individuos peligrosos» que han de sacarse de la sociedad; el sistema penal los separa del proletariado al estigmatizarlos como desviados o criminales, para impedir que sean «la punta de lanza de los movimientos de resistencia popular»³⁶. De forma repetida, Foucault evita la pregunta formulada por Víctor: ¿la contradicción entre presos (o plebe) y proletariado es la más importante que existe entre las personas? La tensión entre el maoísmo de Víctor y la apología de la plebe de Foucault era palpable, reflejaba sus opiniones diferentes sobre los movimientos de presos y permaneció sin resolver.

El punto de vista de Foucault sobre la posibilidad de la «justicia popular» no se emitía en el vacío, sino que reflejaba su reacción ante hechos específicos. Uno en particular produjo un efecto significativo. En la primavera y el verano de 1972, Bruay-en-Artois, un pueblo minero en declive a 213 km al norte de París y a unos cuarenta de Lille, se convirtió en el escenario de un drama que acaparó la atención de toda Francia, incluido Foucault³⁷. El 6 de abril, el cuerpo de Brigitte Dewevre, de dieciséis años, se encontró en una parcela de tierra de desecho. Había sido estrangulada y desnudada en parte. Su pecho había sido cruelmente cortado y mutilado, pero no había indicios de penetración. La autopsia reveló que las heridas habían sido infligidas tras la muerte.

La muchacha era hija de un minero de la localidad y había crecido prácticamente a la sombra de las colinas de desecho que dominaban la línea del cielo. El lugar donde se la encontró estaba bordeado por un alto seto, tras el cual se erguía la casa de Monique Mayeur, propietaria de una tienda de muebles y prometida de Pierre Leroy, prominente notario y

³⁶ «Sur la justice populaire», pág. 348.

³⁷ El asunto Bruay atrajo una extensa cobertura de prensa. El relato más completo y útil lo proporciona Philippe Gavi, «Bruay-en-Artois: Seul un bourgeois aurait pu faire ça?», *Les Temps Modernes*, 312-313, julio-agosto de 1972, págs. 155-260. Gavi era miembro de Vive la Révolution y su artículo también constituye un buen ejemplo de lo que surgía cuando las tesis de *Histoire de la folie* se cruzaban con un cierto gauchismo. Al explayarse sobre la posibilidad de que el crimen fuera la obra de un loco, señala (pág. 186): «Es cierto que es la burguesía la que establece las normas por las que se juzga si alguien está loco. La burguesía ha marginado todo lo que no corresponde con una función productiva. Ha establecido las normas de la sociedad de modo que pueda ejercer su poder con mayor efectividad.»

miembro del Club Rotario local. Las sospechas recayeron de inmediato sobre él: se había visto su coche en la zona, al igual que a un hombre que respondía a su descripción y su madre admitió a la policía haber lavado dos de sus trajes en agua amoniacal en lugar de mandarlos a la tintorería. Recientemente, se había cortado mucho el seto frente al lugar donde se había encontrado el cuerpo. Basándose en las pruebas circunstanciales, Henri Pascal, el juez instructor asignado al caso, envió a Leroy a la prisión de Béthune mientras continuaban las investigaciones.

El asesinato polarizó al pueblecito y de inmediato adquirió tintes políticos. Ni Leroy ni Mayeur eran queridos; el primero había participado en transacciones de tierra dudosas efectuadas en nombre de la *Compagnie des Houllères*, y la segunda tenía fama de ser una mujer de trato difícil. Pero lo más importante era que representaban a la burguesía local. En una zona donde los salarios eran bajos y el desempleo elevado, podían permitirse comer cosas caras. Leroy tenía un bote. También parece que se le conocía bien en los bares y burdeles locales, y se decía que le gustaban las prácticas sádicas. En la comunidad fue creciendo la convicción de que a Brigitte la habían matado en alguna orgía sádica y que las laceraciones de su cuerpo se habían producido al ser arrastrada por el seto y sobre la tapia, salpicada de cristales de seguridad. En resumen, la hija inocente de un minero había sido brutalmente asesinada por un sádico burgués, presumiblemente con la connivencia de su prometida.

Cuando el Club Rotario cerró filas y comenzó a demandar la puesta en libertad de Leroy, la dimensión de clase se hizo aún más pronunciada. La casa de Mayeur fue apedreada por una multitud que clamaba venganza y gritaba que se castrase a Leroy o que se le arrastrase por las calles atado a un coche a gran velocidad. Pronto apareció un letrero en el terreno de desecho con la leyenda: «En este lugar, Brigitte Dewevre, hija de un minero, fue asesinada por la burguesía de Bruay.»

Durante unos dos años, este pueblo había sido uno de los centros de las actividades de la *Gauche Prolétarienne*, que había tenido cierto éxito gracias a la labor de un Comité Antisilicosis y había hecho algunas incursiones políticas en una zona dominada tradicionalmente por el PCF. Uno de los maoístas más prominentes era Francois Ewald, joven y enérgico profesor de filosofía del *lycée* local. Al principio, la GP no puso mucho interés en el asesinato, al considerarlo simplemente un asunto criminal sin significado político. Pero este punto de vista cambió pronto. La GP estaba convencida, según afirmó Ewald, de la necesidad de «estar donde están las masas» y sin duda «las masas» estaban interesadas en el caso³⁸. Una vez desaparecida su vacilación inicial, la GP se involucró de lleno. La apa-

Entrevista con Francois Ewald.

rición del letrero fue probablemente obra de alguno de sus miembros. A iniciativas de Ewald, se organizó un Comité pour la Verité et la Justice, apoyado por la GP y los miembros locales de Secours Rouge.

No era inusual que la GP intentara explotar situaciones que no había creado, pero sí, en este caso, que apoyara a un juez conocido por su creencia en los beneficios de la prisión preventiva, práctica que la mayoría de la izquierda consideraba abominable y represiva. Se estaba presionando a Pascal para que liberase a Leroy o formulase acusaciones, y su negativa le causó conflictos con sus superiores del departamento fiscal.

El 1 de mayo, *La Cause du Peuple* apareció con el titular a toda plana: «Y ahora matan a nuestros hijos.» El asesinato se consideraba una extensión de la violenta explotación que habían sufrido los mineros durante más de un siglo, un acto de canibalismo social de un hombre lo suficientemente rico como para comerse 800 gramos de carne en una sola comida, un hombre cuya novia era lo suficientemente rica como para comer cangrejos de río. Lanzaba una nota de ultraje a la moral: «El problema principal no es que se haya contemplado la sucia vida de cierto burgués a la luz del día; pueden escudriñarla, pueden olería. Además, estas morales burguesas, estas locas orgías apestan demasiado; a los mineros no les gusta hablar de ellas pues ya es bastante vergonzoso que existan»³⁹. El periódico se mostraba más que dispuesto a justificar los sangrientos llamamientos a la muerte o la castración de Leroy.

Bruay era ahora el centro de atención de los medios de comunicación. Los periodistas describían las casas de ladrillo de los *corons*⁴⁰ en unos términos que podrían haberse extraído de Zola, para enojo de muchos de sus habitantes, que estaban muy orgullosos de sus flores, de sus huertos y de sus interiores immaculados. También arrastró a diversos visitantes conocidos, incluidos Clavel y Sartre, que no tardó en prevenir contra el peligro del linchamiento por las turbas. Para Sartre, la justicia popular implicaba la asunción de que Leroy era inocente hasta que no se demostrara lo contrario; la respuesta colectiva que partió de *La Cause du Peuple* fue que nada debía obstruir el instinto de justicia espontáneo del pueblo⁴¹.

En junio, Foucault y Defert también viajaron hasta Bruay para ver lo que pasaba. Aunque había dado clases en Lille, Foucault no había visitado antes las regiones mineras y le sorprendió encontrarse con que el *carón* estaba tan separado del «pueblo burgués», que era un gueto «con los

³⁹ Citado en Gavi, *op. cit.*, pág. 197.

⁴⁰ *Coron* hace referencia al conjunto de casas de ladrillo de los mineros en la región, a menudo edificadas en forma de rectángulo. En su origen era un término dialectal, pero la palabra se hizo de uso nacional —o al menos entró en los diccionarios franceses— gracias a *Germinal* de Zola.

⁴¹ Hayman, *Writing Against*, pág. 416.

colores grises del norte»⁴². Visitó el lugar del crimen, apreciando, con un conocimiento botánico sorprendente, que el seto no era de espino, como la mayoría de los informes habían dicho, sino de carpe, y llegó rápidamente a la conclusión de que sin duda Leroy era culpable. En una conversación sostenida con Claude Mauriac ese mismo mes, defendió la «interferencia externa» de la GP y otros porque, sin ella, Pascal no habría resistido la presión y habría liberado a Leroy. «Es la primera vez que la burguesía del norte, siempre protegida, ha cesado de estarlo, y por eso es tan importante lo que ha pasado en Bruay-en-Artois»⁴³.

La visita fue breve, sólo de un día, pero quizá le ayudó a llegar a estas conclusiones el hecho de que su anfitrión y guía fuera Francois Ewald. Sin embargo, éste insiste en que el papel de Foucault no debe exagerarse y que había ido sólo a ver lo que estaba pasando: «Se podría decir que Foucault fue alguien que vino a ver sin decir nada; Sartre habló sin haber visto nada»⁴⁴.

Esta actitud tan despreciativa hacia Sartre no resulta poco usual por parte de los colaboradores de Foucault. En este caso, probablemente Ewald exagera su desprecio, ya que Sartre había visitado Bruay en conexión con el tribunal de Lens, sabía al menos algo de la zona y ya conocía al otro guía importante de Foucault, André Théret⁴⁵. Era un viejo minero y simpatizante maoísta, con una larga historia de actividad y militancia política⁴⁶. En un diálogo citado por Gavi, en el que se dan sólo los nombres, Théret es uno de los que proponen una línea dura de «clase contra clase»; el otro es Joseph (Tournel), a quien la GP consideraba un «trabajador modelo». Ewald, Théret y Tournel fueron responsables al menos en parte del famoso número del primero de mayo de *La Cause du Peuple*.

Ni su posicionamiento político de entonces, ni sus colaboradores políticos podrían haberlo persuadido de la inocencia de Leroy. No escribió una sola palabra sobre el asunto, pero es evidente que lo discutió con sus amigos⁴⁷. Su opinión general parece haber sido que Leroy era el asesino y que la militancia de la comunidad minera había logrado politizar un sórdido crimen de un modo sin precedentes. Pasados unos años, revisó

⁴² Mauriac, *op. cit.*, pág. 412, 413.

⁴³ *IbU.*, pág. 402, 403.

⁴⁴ Entrevista con Francois Ewald.

⁴⁵ Beauvoir, *La cérémonie des adieux*, pág. 25.

⁴⁶ Véase su *Parole d'ouvrier*, París, Grasset, 1978. Théret también colaboró con un artículo sobre «1930-1939: Les mineurs contre le fascisme» al número *Nouveau Fascisme, nouvelle démocratie* de *Les Temps Modernes*.

⁴⁷ Una cassette sin fecha guardada en la Bibliothèque de Saulchoir (C40) confirma los comentarios de Mauriac.

su postura, admitió a Mauriac en 1976 que ya no creía en la culpabilidad del abogado y desechó con risas todas las teorías que había construido⁴⁸.

Nunca se ha resuelto este asesinato. En julio, Pascal fue retirado del caso y se liberó a Leroy sin que se formularan acusaciones. Un adolescente de la localidad se confesó autor del crimen y luego se desdijo basándose en que había sido una baladronada. No se ha llevado a juicio a nadie por el asesinato de Brigitte Dewevre.

El asunto o, mejor, la cobertura efectuada por *La Cause du Peupk*, representó un punto de inflexión para la GP. Diversos militantes prominentes —Jean-Pierre Le Dantec, Robert Linhart, Christian Jambet y André Glucksmann— objetaron violentamente el tono y contenido del número de mayo. Le Dantec, en particular, protestó por el infantilismo de la cobertura, que operaba con el mito de la pureza moral proletaria y con dicotomías groseras tales como la «virginidad inmaculada de los hijos de los minerosX la perversidad sexual de los miembros del Club Rotario». Se invalidó a los que protestaron y se les despreció como «víboras que envenenan el consejo editorial»⁴⁹. Le Dantec se dio cuenta de inmediato de que ya no era parte de la familia militante.

Bruay también reveló algunas verdades desagradables sobre la moralidad del proletariado, en particular cuando Thérét insistió en las páginas de *Les Temps Modernes* en que «todos los burgueses de Béthune son "maricones"», pero que «no hay mineros maricones»⁵⁰.

El número siguiente de *La Cause* contenía lo que venía a ser un llamamiento para el linchamiento de Leroy. Según Pierre Victor, lo que estaba pasando en Bruay representaba los «comienzos de la justicia popular, de una justicia que, a diferencia de la burguesa, no separa la investigación de la sentencia o la ejecución de ésta»⁵¹. Se rechazaban las objeciones con arrogancia cruel. Cuando una joven expresó dudas acerca de la culpabilidad de Leroy, Sergejuly, uno de los cuadros más importantes de la región, replicó que tenía reservas simplemente porque «eres hija ile un burgués y tienes miedo de ver la cabeza de tu padre en una pica»⁵².

Foucault no hizo comentarios a la actitud de *La Cause du Peupk* por entonces, pero le inquietó la reacción de la población local que, en su opinión, bordeaba el fascismo. Bruay representó un estadio importante para su abandono de la misma noción de justicia popular. Sin embargo,

⁴⁸ Mauriac, *Une certaine rage*, pág. 73.

⁴⁹ Hamon y Rotman, *Génération*: 2, págs. 432, 433.

⁵⁰ Gavi, *op. cit.*, pág. 206.

⁵¹ Hamon y Rotman, *op. cit.*, pág. 435.

⁵² *Oíd.*, pág. 463.

no lo hizo por completo. La noche del 13 al 14 de julio, una casa ocupada de forma ilegal en el suburbio parisiense de Issy-les-Moulineaux fue atacada por una banda de unos cuarenta hombres, armados con porras y granadas de gas. Los ocupantes eran inmigrantes yugoslavos que celebraban un baile con Secours Rouge; sus atacantes, un comando de la fábrica Citroen cercana, organizado por la Confédération Française du Travail, sindicato «esquirol» virulentamente anticomunista, cuyos orígenes se remontaban al periodo de Vichy. En el curso del ataque, dos jóvenes fueron raptadas y una fue violada varias veces.

Dos de los atacantes fueron capturados y golpeados con crueldad antes de entregarlos a la policía el día siguiente. En una escena que recordaba la liberación de París, se los obligó a caminar por las calles hasta la *commissariat* llevando unos letreros que decían: «Soy un fascista de la CFT. Pertenezco a un comando que atacó un baile, hirió a cinco personas, raptó a dos jóvenes y violó a una de ellas tres veces. ¿Qué se debe hacer conmigo?»⁵³.

Se mandó a la prensa un manifiesto de «diversas personas célebres» denunciando la agresión, pidiendo la solidaridad con sus víctimas y la participación en «las respuestas populares que demandan verdad y justicia». Entre los firmantes se encontraban Sartre, Pierre Halbwachs en representación de Secours Rouge, Marguerite Duras, la actriz Delphine Syrig y Foucault, y la referencia a «verdad y justicia» sugiere con fuerza cierta presencia al menos de la GP tras el telón. A pesar de sus dudas, Foucault seguía preparado para pedir la justicia popular y justificar sus actuaciones en el verano de 1972.

En su búsqueda del argelino que parecía haber visto a Alain Jaubert herido cuando era llevado al hospital, Foucault puso por primera vez los pies en la Goutte d'Or. Ahora se iba a convertir en alguien frecuente allí. También iba a renovar su relación con Catherine von Bülow, que participaba en un grupo local de Secours Rouge⁵⁴. Una de sus responsabilidades en Gallimard era ocuparse de Jean Genet durante sus visitas ocasionales a París. Dado que el escritor no tenía una dirección conocida y tendía a desaparecer sin dejar huella durante días seguidos, no era la tarea más sencilla. Se requería de Von Bülow que le hiciera de madre y atendiera sus necesidades materiales, pero no era un hombre de trato fácil. Según ésta le contó a Mauriac, sólo logró una vez que le hablara de sus escritos. No poseía nada, excepto los libros que estaba leyendo y, una vez

⁵³ Rene Backmann, «La Bal des nervis», *Le Nouvel Observateur*, 24 de julio de 1972, páginas 15 y 16.

⁵⁴ Sobre sus experiencias, véase Catherine von Bülow y Fazia Ben Ali, *La Goutte d'Or, ou k mal des racines*, París, Stock, 1979; entrevista con Catherine von Bülow.

(erminados, se tiraban sin ceremonias⁵⁵. A través de ella, Foucault cono-
do finalmente a Genet, cuya obra admiraba mucho. No hay nada que su-
biera que éste le hubiera leído o que tuviera alguna intención de hacerlo.
Durante un breve tiempo, hubo una cierta complicidad entre los dos,
pero las tendencias nómadas de Genet hacían que nunca desarrollara una
amistad profunda.

La zona conocida como la Goutte d'Or se encuentra en el *arrondisse-
ment* dieciocho y se divisa desde las colinas de Montmartre y el Sacré-
Coeur. Como Montmartre, el cuadrilátero formado por el boulevard de
la Chapelle, el boulevard Barbes, la rué Doudeauville y la rué Max-Dor-
moy posee un lugar dentro del folclore urbano y literario de París. Es
donde nació Nana de Zola, pero en los años cincuenta se había conver-
tido en una zona de inmigrantes, la mayoría apiñados en alojamientos re-
pletos que no habían mejorado, sino más bien empeorado, desde los días
de Nana. Cuando Foucault visitó por vez primera la zona con Mauriac,
señaló que no era la «medina» que había esperado, ni un auténtico gue-
lo. Era un área de mezcla, sobresaliente por su pobreza más que por su
homogeneidad étnica. A comienzos de los años sesenta, se calculó que
el 11 por ciento de la población era de procedencia norteafricana
o negra africana. Muy pocos inmigrantes eran dueños de su vivienda; la
mayoría vivía en habitaciones amuebladas, pequeños hoteles o *immeubles*
(que pertenecían al SNCF, uno de los principales arrendatarios de la zona,
así como todas las tiendas y cafés locales, por otro lado, estaban controlados
por inmigrantes. Durante la semana era muy tranquila, pero, durante los
días de semana, la Goutte d'Or resucitaba, cuando los argelinos y africa-
nos de otras partes de París, o incluso de fuera de la capital, venían a com-
prar, a charlar y a reunirse en los cafés. Las colas que se formaban ante
los burdeles los sábados por las mañanas, que la policía pasaba por alto,
era una de las vistas más notorias de la zona. Foucault nunca había teni-
do una razón para visitar esta parte de la ciudad.

La familia de Djellali Ben Ali, de quince años, no era atípica. Era el
mayor de nueve hermanos, hijo de un trabajador que, en 1971, prestaba
sus servicios en el RER, el nuevo sistema de transportes de París. El hacie-
namiento en que vivía su familia —toda en una sola habitación en la rué
(*harboniere*— hacía que Djellali tuviera que estar con su tío, M. Djaha-
í, que tenía cuatro hijos. Este hombre era relativamente próspero, vivía
en Francia desde 1948 y era dueño de Aux Tissus et Soiteries de l'Orient,
una mercería situada en el número 53 de la rué de la Goutte d'Or, don-
de los colores brillantes de las telas exhibidas resaltaban del carácter gris

de la calle⁵⁶. Djellali había crecido en las calles y tenía en su haber la participación en pequeños delitos. Disfrutaba la fama de ser capaz de bastarse a sí mismo en una pelea, lo que era típico en los jóvenes argelinos, que se estaban convirtiendo con rapidez en los sucesores de los *titiparisién* legendarios.

La relativa prosperidad del tío de Djellali quizá despertara los celos de alguno de sus vecinos blancos. Ciertamente, las relaciones con Daniel Pigot, que vivía en una sola habitación con el portero del edificio y sus cinco hijos, eran tirantes. Djellali se convirtió en el blanco de sus insultos racistas y Pigot añadió pronto amenazas de violencia a su repertorio. En cierto momento de comienzos de octubre de 1972, compró un arma de fuego —de forma bastante legal— en una armería del boulevard Barbes. Por la mañana temprano, el 27 de octubre, Djellali salió a comprar pan y leche para el desayuno. En la escalera Pigot le disparó y lo mató⁵⁷.

El asesinato se convirtió en el único tema de conversación de la zona y provocó la afluencia de periodistas blancos a la Goutte d'Or. La mayoría de sus reportajes expresaban horror por la muerte, pero estaban teñidos de exotismo y llenos de referencias al olor a *merguez*. El asesinato también atrajo la atención de diversos intelectuales, incluidos Foucault, Mauriac, Deleuze, Genet y el cineasta Michel Drach, que formó un Comité Djellali especial en protesta. El 30 de octubre, más de dos mil manifestantes marcharon por las calles estrechas con claveles rojos en las manos. Se detuvo a varias personas, una de ellas una joven a la que se retuvo durante treinta horas y finalmente se la condenó a seis semanas de encarcamiento, tres de las cuales se suspendieron. En su relato de la detención, habló de que le habían llamado puta árabe y que había oído a un agente de policía decir que toda la canalla inmigrante y sus amigos blancos debían ser ametrallados⁵⁸. A nadie le resultó difícil creerla.

La tensión en la zona era elevada y la presencia de la policía destacada. Se citaban las palabras del tío de Djellali diciendo que la guerra de Argelia iba a comenzar de nuevo; y el *quartier* había sufrido mucho durante esa guerra. Los sótanos de una casa de la rue de la Goutte d'Or habían sido utilizados como cámara de tortura por los *harkis*, famosos por su depravación (eran miembros de «las unidades auxiliares nativas» del ejército francés). Un comité creado para limpiar la zona ya hacía circular una

⁵⁶ f6/.,pág. 310.

⁵⁷ Danièle Molho, «M. Pigot acheté un fusil», *L'Express*, 15-21 de noviembre de 1971, pág. 19. Katia D. Kaupp, «L'assassinat de Jilali», *Le Nouvel Observateur*, 15 de noviembre de 1971, págs. 42, 43.

⁵⁸ «Un tribunal en France», *Le Nouvel Observateur*, 22 de noviembre de 1971, pág. 28.

octavilla en la que se quejaban de la «harlemización» de la Goutte d'Or y la excesiva concentración de inmigrantes. El día del asesinato, estaba en circulación una petición dirigida al *diputé* local de la URD, pidiendo la libertad condicional de Pingot para aplacar el «espíritu de venganza»⁵⁹. Otra octavilla pedía una mejor iluminación de las calles y el reforzamiento de la presencia policial. Los comentarios de la joven detenida el 30 de octubre indican por qué la última demanda no podía ser muy apreciada por la población no blanca. Entre los argelinos, corrían espeluznantes rumores acerca de que se habían visto flotar cadáveres en el cercano canal de l'Ourcq. Estos rumores resultaron infundados, pero, sólo diez años antes, había habido cadáveres argelinos flotando en el Sena y no podía ser muy difícil creer tales historias.

El Comité Djellali organizó dos manifestaciones más en la Goutte d'Or, el 27 de noviembre y el 3 de diciembre, y comenzó a ampliar sus objetivos. Con el argumento de que la zona estaba amenazada por el racismo organizado, apeló a la unidad de la población blanca y no blanca. Se estableció y dotó una oficina en la Salle Saint-Bruno, salón que pertenecía a la iglesia local (que, en realidad, está dedicada a San Bernardo), con el apoyo del abad Gallimardet. Sartre hizo saber que estaba interesado en trabajar con el comité, y su oferta fue aceptada con cierta renuencia por Foucault y Mauriac. En la práctica, su presencia fue útil. VI 27 de diciembre, encabezó la manifestación, repartió octavillas y se dirigió alguna vez a los que miraban mediante un megáfono, lo que no evitó que fuera prácticamente inaudible. La policía tenía órdenes expresas de no detenerlo, por lo que actuó como un «eficiente lazarillo»⁶⁰. Su papel iba a seguir siendo simbólico; Genet logró persuadirle de que su estado físico no era el adecuado para ser de ayuda en una oficina⁶¹. Foucault también habló, aunque su necesidad de megáfono era menos que evidente.

Su participación en la Goutte d'Or fue intensa pero esporádica, ya que su principal compromiso era el GPI, que ocupaba la mayor parte de SU tiempo. Ambas manifestaciones y la redacción de manifiestos fueron precedidas por investigaciones de las circunstancias de la muerte de Djellali y de las alegaciones de que diversos jóvenes argelinos habían sido detenidos y golpeados. Estas investigaciones fueron la labor de Mauriac y l'oucault, que pasaron horas en los cafés locales discutiendo la situación, a menudo con los servicios de un intérprete árabe. El miedo de Foucault

⁵⁹ Béatrix Andrade, «Un weekend á la Goutte d'Op», *L'Express*, 6-12 de diciembre de 1971, pág. 42.

⁶⁰ Mauriac, *Et comme j'esperance est violente*, pág. 312.

⁶¹ Beauvoir, *La cérémonie des adkux*, pág. 37.

era que le confundieran con un policía; para su regocijo, le confundieron con Sartre en un restaurante⁶².

Como en el GPI, estaba feliz de trabajar con los maoístas de la GP y Secours Rouge, pero no compartía plenamente su política. Una reunión en la Goutte d'Or, en particular, ocasionó un airado cruce de palabras entre los maoístas y un grupo de adolescentes locales. Según los últimos, los lemas maoístas eran triviales: los maoístas habían empapelado la zona con carteles de la fotografía de Djellali y habían clamado venganza, pero en la práctica no habían hecho nada. Foucault no tenía simpatía por el llamamiento al asesinato de Pichot, pero no dudaba acerca de la pertinencia de su «radical crítica de la contradicción del maoísmo, que siempre es la misma: usar palabras altisonantes (venganza, en este caso) para las cuales no hay y no puede haber una realidad o una acción correspondiente»⁶³. De hecho, todos los llamamientos para el castigo de Pigot ponían a Foucault en una posición difícil; dado que el GPI estaba «contra las prisiones», no podía pedir siquiera su encarcelamiento⁶⁴. Ni sus simpatías se extendían a los representantes del Mouvement contre le Racisme et pour l'Amitié des Peuples (MRAP) liberal, al que no tenía en cuenta de forma deliberada e incluso grosera⁶⁵. Era una reacción típica: Mauriac observó que si Foucault no estaba interesado en lo que decía un orador, leía una revista o hablaba con quien estuviera a su lado⁶⁶. De forma más general, sus relaciones con la tendencia pro palestina de la GP, que veían la Goutte d'Or como un campo de reclutamiento potencial, eran tirantes por sus propias simpatías pro israelíes.

Era evidente que no todos los que actuaban en la Goutte d'Or estaban allí por las mismas razones. Genet, por ejemplo, se negaba a describirse como un activista político. Su militancia se limitaba a los guetos negros de Estados Unidos y los campos de refugiados de Palestina; en Francia, era un poeta y nada más⁶⁷. Así pues, su presencia en la Goutte d'Or debe considerarse simplemente un gesto de solidaridad pro árabe. La primera preocupación de Mauriac era la justicia, noción de poco significado, en abstracto, para Foucault. Éste permaneció en silencio sobre su trabajo allí, pero los temas que se trataban se cruzaban con las denuncias de lo intolerable, básicas para los que participaban en el GPI.

⁶² Mauriac, *Et comme j'esperance est violente*, págs. 309, 318.

⁶³ *IbU.*, pág. 340.

⁶⁴ *IbU.*, pág. 411.

⁶⁵ *Iba.*, pág. 329.

⁶⁶ *Iba.*, pág. 349.

⁶⁷ Entrevista con Daniel Defert. Acerca de la participación palestina de Genet, véase la publicación postuma (bastante decepcionante) *Un captif amoureux*, París, Gallimard, 1986. [Trad. esp.: *Un cautivo enamorado*, Madrid, Debate, 1988.]

La intervención en la Goutte d'Or fue breve y no alcanzó mucha consideración. Los conflictos con los comités palestinos locales y la posibilidad evidente de que la violencia verbal de algunas secciones de la juventud local se tomaran en violencia real persuadieron pronto a Mauriac y a sus colaboradores de que debían marcharse. Sin embargo, el Comité Djellali revivió brevemente en 1977, cuando por fin Pigot fue a juicio. Se le condenó a cinco años de prisión, tres de ellos suspendidos. No hubo manifestaciones en las calles⁶⁸.

En diciembre de 1972, Foucault participó en hechos que, aunque no estaban relacionados directamente con el tema de la prisión, tenían que ver, como los asuntos Jaubert y Djellali, con la cuestión del poder y su abuso. También condujeron a algunos encuentros desagradables con la policía. La causa de la muerte de Mohammed Diab nunca se puso en duda: tres balas de una ametralladora terminaron con su vida en una comisaría de Versailles el miércoles 29 de noviembre de 1972. Las circunstancias que rodearon el incidente, por otro lado, fueron tema de controversia. A primeras horas de la tarde, Diab, un argelino de treinta y dos años, conductor de camiones y padre de cuatro hijos, había visitado a su madre que estaba enferma de gravedad en un hospital local. Se negó a marcharse del hospital cuando se lo pidieron y cada vez se fue agitando más. Llamaron a la policía, que dio por sentado que estaba ebrio y lo llevó a la comisaría para hacerle un análisis de sangre. Allí, le quitaron los zapatos y lo cachearon. Poco después se oyeron tres tiros y Diab apareció muerto. Durante la vista de cinco horas ante un juez instructor, el *sous-brigadier* Marquet insistió en que había actuado en defensa propia.

Según Marquet, Diab había cogido una silla de metal, había roto las ventanas y había dejado inconscientes a dos agentes. Sus pistolas cayeron al suelo y se hallaban al alcance de Diab. Por razones no explicadas, Marquet no llevaba su pistola reglamentaria, sino que estaba armado con una ametralladora de un armario. Según su declaración, Diab agarró el cañón y el arma se disparó con resultados mortales.

La hermana de Diab, Fatma Sahlioui, y su esposa Zara contaron una historia muy diferente. Ambas habían ido a la comisaría espontáneamente e hicieron su relato de los hechos a un grupo de académicos simpatizantes el 2 y el 3 de diciembre. Vieron cómo la policía golpeaba a Diab y lo sometía a insultos racistas. Cogió una silla para intentar defenderse y se inició un forcejeo. Marquet cogió la ametralladora y avanzó hacia

Diab, que retrocedió hacia un pasillo antes de ser alcanzado por las balas a una distancia de cinco o seis metros⁶⁹.

El caso se convirtió en un tema ampliamente tratado por la prensa y en general se afirmó que un francés blanco no habría sido tratado así. Diab también fue el centro de la acción política. Sartre preparó un manifiesto y pidió a Mauriac y a otros que lo firmasen. Al final reunió ciento treinta y seis firmas. Mauriac lo hizo con reticencia, comentando que el texto era demasiado largo y que Foucault podía decir en diez líneas lo que Sartre a penas decía en diez páginas.

El manifiesto acabó apareciendo en *Le Nouvel Observateur* bajo el nombre de Sartre. Sostenía con cierta extensión que la muerte de Diab era el resultado inevitable del resurgimiento del racismo en las fuerzas policiales desde el fin de la guerra de Argelia. Se había alcanzado un punto sin retorno; o se aplastaba el racismo, o Francia debía resignarse a vivir bajo el «gobierno del miedo» que la burguesía aterrorizada había devuelto al poder en 1968. «Entre 1956 y 1962, luchamos para asegurar que la victoria quedara en manos de Argelia. Por su bien, pero también por el nuestro: para que la vergüenza del racismo desapareciera del pensamiento francés»⁷⁰. Genet señaló que el hecho de que el manifiesto hubiera aparecido bajo el nombre de Sartre solo no hacía nada por mejorarlo⁷¹.

Sartre llamó a la «acción directa» y el Comité de Défense des Droits et de la Vie des Travailleurs Inmigrés, que había surgido del Comité Djellali, convocó una manifestación para el 16 de diciembre, sábado. El viernes, la policía informó a Sartre de que la ruta propuesta no era aceptable. El plan era hacer una marcha pacífica desde la estación de metro de Bonne-Nouvelle hasta el Ministerio de Justicia de la place Vendôme, lo que llevaba a los manifestantes por una zona de compras muy concurrida, y la policía objetó que las calles estarían llenas y que los organizadores habían hecho una notificación inadecuada.

Una delegación que incluía a Mauriac, Geismar y Vidal-Naquet (Sartre estaba demasiado enfermo para acompañarlos) fue a la Préfecture, pero les dijeron que la prohibición seguía vigente. Rechazaron la sugerencia de Mauriac de que la marcha fuera en la otra dirección, hacia la place de la République, un lugar tradicional para las manifestaciones. Los que se saltaran la prohibición se expondrían a los rigores de la ley y, de

⁶⁹ Rene Backmann, «Fallait-il trois bailes pour stopper un homme armé d'une chaise?», *Le Nouvel Observateur*, 11 de diciembre de 1972, pág. 58. Cfr. Emmanuel Gabey, «Après l'assassinat de Mohammend Diab», *Témoignage chrétien*, 21 de diciembre de 1972, pág. 10.

⁷⁰ Jean-Paul Sartre, «Le nouveau racisme», *Le Nouvel Observateur*, 18 de diciembre de 1972, pág. 39.

⁷¹ Mauriac, *Et comme l'espérance est violente*, pág. 464.

ser necesario, serían sometidos por la fuerza. Se preparó un comunicado de prensa, aduciendo que era demasiado tarde para suspender la convocatoria y que los organizadores se sentían moralmente obligados a congregarse en la estación de metro de Bonne-Nouvelle a las cuatro de la tarde el 16 de diciembre.

La decisión de partir desde este punto particular no se explica por sí misma, pero sin duda esta estación de metro tiene su significado político. Cuando la frustrada delegación salió de la Préfecture, la conversación giró hacia el argelino que murió allí a manos de la policía el 17 de octubre de 1961. El FLM había convocado una manifestación pacífica en protesta por el toque de queda del anochecer a la madrugada impuesto a la población argelina de París en un intento de detener la actividad de este grupo. Los argelinos desarmados que intentaron marchar por el centro de París, muchos de ellos ataviados con sus mejores galas para tener una apariencia «respetable», fueron recibidos con una fuerza extrema. Se efectuaron once mil detenciones. El número preciso de muertos se sigue desconociendo, pero el cálculo habitual es de 250 personas. Donde más muertes hubo fue en el patio de la Préfecture de Pólice. Durante semanas, los cadáveres flotaron en el Sena.

En un contexto diferente, Foucault y Vidal-Naquet apuntaron en una entrevista uno de los hechos más vergonzosos de la historia moderna francesa: nadie habla de los argelinos que murieron en octubre de 1961, pero todos saben que diez manifestantes franceses fueron muertos por la policía en la estación de metro de Charonne durante una manifestación anti-OAS el año siguiente; dos millones de personas asistieron al funeral. Hasta 1991 no se conmemoró la matanza de octubre de 1961 con una marcha organizada por el MRAP. Veinte años antes, Foucault y Vidal-Naquet habían comentado:

En nuestra opinión, esto significa que siempre hay un grupo humano [...] a merced de los otros. En el siglo XIX, a ese grupo se le llamaba las clases peligrosas. Sigue siendo igual hoy. Son los habitantes de los poblados de chabolas, los de los barrios periféricos abarrotados, los inmigrantes y todos los marginados, jóvenes y viejos. No resulta sorprendente que sea a ellos a quienes se suele encontrar ante los tribunales o tras las rejas⁷².

A primeras horas de la tarde del sábado, se celebró una reunión de planificación en la École Normale, donde un grupo de maoístas, a los

⁷² Michel Foucault y Pierre Vidal-Naquet, «Enquête sur les prisons», *Politique Hebdo*, 18 de marzo de 1971. Para un relato gráfico y escasamente novelado de los sucesos de octubre e ir 1961, véase Francois Maspero, *Le Figuier*, París, Seuil, 1988.

que no les resultaban desconocidas las manifestaciones ilegales, dibujaron cuidadosamente un mapa de las calles que circundan el boulevard Bonne-Nouvelle en una pizarra. Hubo pocas personas presentes para enojo de algunos militantes, que se quejaron de la falta de disciplina. Genet llegó con Foucault, que no había firmado el manifiesto de Sartre y declaró, sin duda con malicia, que no sabía quién lo había escrito.

A las tres de la tarde, la policía ya había comenzado a pedir que se identificaran los norteafricanos que salían del metro; la mayoría estaba probablemente más interesada en las compras de Navidad que en manifestarse. Cuando empezaron a congregarse los manifestantes, un *commis-saire*, reluciente con su faja tricolor, se acercó a Genet, se dirigió a él como *maitre*, término de un respeto casi obsequioso, y le preguntó si podía detener la manifestación. Genet replicó: «Llámeme señor» y se negó a hacer nada. Entonces, pequeños grupos de manifestantes comenzaron a avanzar por las calles laterales, utilizando las colas de los cines como cobertura. Eran dispersados una y otra vez por las cargas de la policía. Poco después, una patrulla de la policía cargó contra los manifestantes que repartían octavillas en las colas. Como el cine Rex exhibía *Ciento un dálmatas* de Walt Disney durante el periodo de vacaciones, había gran cantidad de niños en la zona y se extendió el pánico. Un niño de seis años y su abuela fueron golpeados y el niño comenzó a sangrar por la nariz. Ver que se llevaban a un niño sangrando hizo poco para calmar los ánimos.

Al principio, la policía concentró su atención en los manifestantes árabes y, probablemente cumpliendo órdenes, pasaron por alto a los intelectuales presentes. Como resultado, varios de los detenidos fueron arrebatados de las manos de la policía por Genet, Foucault y otros. A las seis, ya se había levantado la inmunidad intelectual. Cuando una furgoneta cargada de presos se marchaba con los aplausos de los manifestantes que quedaban, el CRS cargó de nuevo. A Mauriac lo golpearon en los riñones y un varazo dirigido a sus ingles no dio en el blanco por poco. Foucault fue rodeado y arrastrado hasta una furgoneta policial, donde pronto se le unió Mauriac. El primero estaba pálido de cólera, pero su principal preocupación era que también hubieran detenido a Deleuze. Un joven agente le advirtió que si intentaba pasarse de listo le haría comerse sus gafas. Foucault le retó a que repitiera sus palabras y sólo la intervención de otro agente evitó un posible feo incidente.

Se efectuaron un total de 161 detenciones. Foucault y Mauriac fueron conducidos a las dependencias policiales de la me Beaujon, donde se encontraron a Genet y Geismar, también detenidos. Este centro, que Foucault había visto por vez primera tras su detención durante la ocupación de la Universidad de Vincennes en 1969, tenía una reputación siniestra; como señaló Geismar, allí fue donde se había obligado a los ma-

mi estantes estudiantiles a pasar por la baqueta entre filas de CRS con porras, en mayo de 1968. En esta ocasión no hubo violencia, aunque los insultos calculados que Genet dirigió a sus captores elevaron la temperatura hasta un nivel potencialmente peligroso. Aunque no era habitual, se permitió llamar por teléfono y Foucault pudo advertir a su madre de que no le sería posible comer con ella. Le separaron de Mauriac y Geismar y le retuvieron con otras cuarenta y cinco personas en una celda destinada para veinte. Poco después le dijeron que podía irse, pero se negó a hacerlo hasta que sus compañeros de celda no fueran liberados. Soltaron a todos cerca de la medianoche. La primera preocupación de Foucault fue asegurarse de que no quedara retenido ningún norteafricano⁷³.

Aunque tuvo un impacto considerable a corto plazo, el caso Diab desapareció pronto de la prensa y esta pérdida de atención en los medios de comunicación puso un fin efectivo a su discusión pública. A Marquet se le acusó de homicidio sin premeditación, pero hasta octubre de 1975 su caso no fue visto por un tribunal de Versailles, que declaró sin dilación uue debido a las «circunstancias perturbadoras» que rodeaban la muerte de Diab, el caso estaba más allá de su jurisdicción y se debía remitir a una instancia superior. En abril de 1976, el caso fue a un tribunal superior, pero Marquet no compareció, alegando mala salud. Gisèle Halimi, que re'presentaba a la familia de Diab y que esperaba establecer que las acciones de Marquet tenían una motivación racista, llamó como testigos a Foucault y Mauriac; ambos declinaron comparecer basándose en que su conocimiento sobre el caso no era de primera mano y que eran reacios a testificar *contra* cualquier persona. En mayo de 1980, casi ocho años después del hecho, el *procureur general* falló que Marquet había actuado en defensa propia y recomendó que se retiraran las acusaciones en su contra⁷⁴.

Uno de los efectos colaterales del caso Jaubert, las muertes de Djellali y Diab, y los sucesos de Bruay fue la percepción creciente de la necesidad de una publicación que pudiera cubrir tales hechos sin caer en el dogmatismo ideológico de *La Cause du Peuple*. El resultado final fue *Liberation*, conocida cariñosamente por sus periodistas y lectores como «Libé». Se iba a convertir en sinónimo de un izquierdismo desafecto, que de forma gradual se fue ocupando de los temas relacionados con la política sexual y su estilo de vida, que los grupos maoístas habían pasado comple-

" *Le Monde*, 19 de diciembre de 1972 y 21 de diciembre de 1972; Jacques Derogy, «Ranssage sélectif sur les grands boulevards», *L'Express*, 25-31 de diciembre de 1972, pág. 21; ¹ Iliude Mauriac, *Les espaces imaginaires*, París, Livre de Poche, 1985, págs. 277-299; Mauriac, *Si comme j'esperance est violente*, págs. 462, 463.

⁷⁴ *Le Montk*, 15 de abril de 1976 y 11 de junio de 1976; Mauriac, *Mauriac etfils*, páguis 329-331.

tamente por alto. En su inicio fue una empresa bastante caótica, gobernada de forma colectiva, en la que toda su plantilla recibía el mismo sueldo —bajo—, pero fue evolucionando de forma gradual, tras muchas divisiones, crisis y situaciones cercanas a la bancarrota, hasta convertirse en un importante diario de izquierdas, que proporcionó a muchos periodistas jóvenes su primera experiencia profesional. Rápidamente se convirtió en una parte integral de la vida de muchos jóvenes, que utilizaban sus columnas de correspondencia y anuncios clasificados como una vía clandestina para recibir o pasar información. La expresión *prix libé* (a precio de *Libé*, es decir, barato) pasó a formar parte de un cierto dialecto social.

Liberation no comenzó su vida como un periódico, sino como una agencia de prensa llamada Agence de Presse Liberation, fundada el 18 de junio de 1971. El nombre era un ingenioso juego de palabras. «APL» era la abreviatura francesa del Ejército de Liberación Popular y hacía clara referencia a China. El 18 de junio de 1940 era la fecha del llamamiento (*appel*) de De Gaulle para continuar la resistencia a la ocupación francesa. «APL» resulta indistinguible fonéticamente de *appel*; en consonancia con la ideología o mito de la Nueva Resistencia, era un nuevo *appel du 18juin*. Su primer manifiesto decía:

Un colectivo de periodistas de la prensa revolucionaria y tradicional se compromete con nosotros en una nueva batalla en el frente de las noticias. Queremos crear, todos nosotros, un nuevo instrumento para defender la verdad. Ese instrumento es la Agence de Presse Liberation [...]. Tras el asunto Jaubert, nació en las calles una gran necesidad de libertad y permanece igual, a pesar de los intentos gubernamentales por aplacar la ira de los periodistas. La ambición de la APL es ser un nuevo tribunal que dará voz a los periodistas que quieren decirlo todo, a la gente que quiere saberlo todo. Dará voz al pueblo⁷⁵.

La APL, manejada por pequeños grupos encabezados por Jean-Pierre Vernier, uno de los huelguistas de hambre de la Chapelle Saint-Bernard, bajo la dirección general de Maurice Clavel, era una empresa artesana, cuyas primeras publicaciones se imprimieron en papel de baja calidad, con una máquina Roneo, en el apartamento de Vernier. El experimento inicial no funcionó porque las noticias eran de poco interés y a menudo poco fiables. En septiembre, ya se había encontrado un local; se sacaba un boletín de diez páginas de forma regular, un equipo voluntario trabajaba con dureza en la rue Dussoubs y se había establecido una red nacional de corresponsales. En diciembre, la agencia tuvo su primera exclusiva: el excarcelamiento de Alain Geismar. En mayo del año siguiente, tuvo

⁷⁵ Samuelson, *il était unefois «Liberation»*, pág. 109. El manifiesto de APL apareció por primera vez en *L'Idiot International*, 19-20, verano de 1971.

una primicia aún mejor. Un fotógrafo de la APL estaba a mano en la fábrica Renault de Boulogne-Billancourt cuando el joven maoísta Pierre

Overney fue muerto de un disparo por un guardia de seguridad en el momento en que, con sus camaradas, trataba de repartir octavillas. La prueba no admitía controversias: no había existido lucha; Overney sólo estaba armado con un palo y le habían disparado deliberadamente. La fotografía obtuvo una amplia difusión y apareció en televisión. Ahora se tenía que tomar en serio a la APL.

El funeral de Overney llevó a 200.000 personas, incluido Foucault, a las calles el 4 de marzo. Althusser estaba presente y señaló con un cinismo premonitorio que no se estaba enterrando sólo a Overney, sino al mismo gauchismo⁷⁶. Cuatro días después, la Nueva Resistencia Popular lomó represalias por el asesinato de «Pierrot», secuestrando al responsable de relaciones sociales de Renault. Las pistolas no estaban cargadas y la víctima fue finalmente puesta en libertad sin sufrir daños. Parecía que se estaba rechazando la opción terrorista.

Pronto, la APL empezó a considerar la producción de un periódico diario. El apoyo de la idea partió de la Gauche Prolétarienne, que había mostrado poco interés por la agencia hasta que informó de la puesta en libertad de Geismar, pero hubo consenso en que el diario, aunque gaullista, se viera libre de lealtades políticas. Se iba a llamar *Liberation*, nombre tomado de un periódico de la Resistencia e indicativo del clima ideológico con el que nacía: «*Liberation* nació en el 41, cuando las armas daban voz a la gente [...]. Hoy, la Francia de abajo necesita expresarse de nuevo. *Libéés* la respuesta a esa necesidad [...]. Hasta tal punto creemos que estamos continuando una tradición que nació con la Resistencia»⁷⁷.

Las finanzas eran un problema importante y lo seguirían siendo. De forma inevitable, se hizo un llamamiento a los compañeros de viaje habituales. Clavel donó los derechos de autor de uno de sus libros y de una película, y Sartre el adelanto de 30.000 francos que había negociado con Gallimard por una serie de entrevistas con Philippe Gavi y Pierre Víctor⁷⁸. Foucault donó una cantidad de dinero sin especificar.

La primera reunión general para preparar el lanzamiento de *Liberation* se efectuó en diciembre de 1972. Cuando Claude Mauriac entró en las nuevas instalaciones de la rue de Bretagne, vio a unas quince personas sentadas alrededor de dos mesas⁷⁹. Sartre y Foucault estaban sentados codo con codo, flanqueados por Pierre Víctor, de la GP, y Serge Livrozet,

⁷⁶ Althusser, *L'avenir dure longtemps*, págs. 224-245.

⁷⁷ Comunicado a la prensa del 25 de mayo de 1973, citado en Samuelson, pág. 128.

⁷⁸ *On a raison de se révolter*, París, Gallimard, 1974.

⁷⁹ El relato de Mauriac sobre el mitin aparece en *Et comme l'espérance est violente*, pág. 447 V sgs.

de la CAP. Para su desconcierto, Mauriac se dio cuenta de que era la única persona de las presentes que llevaba cuello duro y corbata. Foucault, con su jersey de cuello vuelto habitual, alternaba tomar copiosas notas y mirarse fijamente las uñas.

Cuando Philippe Gavi adujo que «la gente debe controlar todos los aspectos de su vida», Foucault intervino con gran precisión. En su opinión, «control» significaba cuatro cosas: información, impedir que el poder logre sus fines, sustitución e innovación. Había que proporcionar información o noticias sobre temas que solían estar cubiertos por el secreto, como las labores de los agentes estatales o las compañías traficantes de drogas. Su ejemplo del modo de frustrar el poder fue extravagante: se debía impedir que las mujeres comprasen cosméticos, «que son una basura». Por último, «control popular» significaba que participaran en el proyecto grupos extremos al mismo periódico: «Debe ejercerse el control popular por medio del periódico, pero gracias a la acción de grupos de fuera. De ese modo, no estaremos hablando al vacío.» Estuvo de acuerdo con Gavi en que *Liberation* debía ocuparse de temas que solía descuidar la prensa de izquierdas, tales como las carreras de caballos, y añadió que también debía proporcionar voz a los «homosexuales [...] y delincuentes»⁸⁰. La cobertura dada a Bruay por la prensa maoísta estaba sin duda en la mente de todos, y Foucault lo consideró un problema editorial, al preguntar quién había realizado el reportaje del asesinato de Brigitte Dewevre para *La Cause du Peuple* y de qué modo se había organizado la jerarquía editorial. Se suscitó el tema, pero no se resolvió, así que, durante mucho tiempo, *Liberation* dedicó mucho espacio a corregir los informes erróneos que había publicado.

Luego la discusión giró hacia la colaboración que podía esperarse de los distinguidos compañeros de viaje del periódico. Sartre sólo dijo que escribiría artículos cuando se lo pidieran. La colaboración propuesta por Foucault fue más específica. No le interesaba escribir en la columna «/;-ce»; dijo con humor que ya había cumplido sus dos años de servicio y que era tiempo de que la CAP se hiciera cargo del GPL. Tampoco aceptó muy bien la suposición de July de que escribiría sobre temas específicos que eligiera o sobre los que se le asignaran. Tenía su propia sugerencia que hacer:

Estaba pensando en crónicas de la clase trabajadora y la memoria proletaria, es decir, en fragmentos históricos del siglo xx [...] O anteriores, hasta los años recientes. Por ejemplo, los *canuts*, la primera gran

⁸⁰ *Ibid.*, págs. 449, 450.

⁸¹ Los obreros de la seda de Lyon, cuya rebelión de 1831 es una de las fechas clave en la historia del anarquismo francés. Se dice que fue la primera vez que ondeó la bandera negra de la anarquía.

revuelta de los carpinteros de París en 1855 (¿o 1845?). Y los motines carcelarios. El primero fue en 1829, hubo otro en 1830. Sería una crónica histórica relacionada con los acontecimientos actuales. Creo que interesaría a nuestros lectores⁸².

A comienzos de 1973, se envió a la prensa el manifiesto de *Liberation*. El texto había sido redactado por Pierre Víctor, corregido por Gavi, revisado por Sartre y extensamente discutido por Foucault. Iba a ser un periódico democrático que haría todo lo posible por combatir el poder de los magnates de la prensa. Su fuente de noticias principal sería la gente: noticias de la gente y para la gente. Se invitaba a colaborar. El periódico sería una crítica cotidiana de la vida diaria y reflejaría las vidas de aquellos que solían ser descuidados por los medios de comunicación. No se publicarían anuncios pagados; se financiaría mediante los lectores, comités de apoyo y suscripciones⁸³. Según Foucault, entrevistado en julio de 1978, se había diseñado un «comité *Liberation*» para que fuera un espacio colectivo y, tomando prestada una frase de Félix Guattari, describió toda la empresa como «una federación de revoluciones moleculares»⁸⁴, que quería decir que era una empresa abierta, que funcionaba por flujos de información, y no una institución estática.

El 18 de abril de 1973, tras cuatro números «00», apareció el primer número de *Liberation*: en primera plana aparecía un llamamiento para aportar dinero y una lista de los donantes anteriores. Hasta el otoño no comenzó a salir con regularidad. El número «00» de 22 de febrero llevaba la primera colaboración de Foucault. En un breve artículo titulado «JPour une chronique de la mémoire ouvrière», respondía a las preguntas formuladas por «José», identificado como un «obrero de Renault-Billancourt». Un número posterior le identificaba como un «OS» (*ouvrier spécialisé*) inmigrante y miembro del Comité de Lutte al que habían echado por razones políticas. Estas figuras tenían una importancia crucial para la iconografía política de la izquierda maoísta y *Liberation*. Renault era el gran premio: una empresa nacionalizada, con fama de represiva, dominada en términos políticos por PCF y CGT. Ganar a los OS se consideraba una victoria que acabaría con la hegemonía del Estado y el Partido Comunista. No se sabe más acerca de «José», pero Foucault hablaba a un icono tanto como a un individuo.

En su primera entrevista, Foucault describió el proyecto que había esbozado en enero. En una segunda conversación con José, habló princi-

⁸² Mauriac, *Et comme l'espérance est violente*, pág. 454.

⁸³ Samuelson, págs. 140-145, reproduce el texto completo del manifiesto.

⁸⁴ *Ibid.*, pág. 167. Acerca de la noción de molecular en Guattari, véase su *Molecular Revolution: Psychiatry and Politics*, trad. de Rosemary Sheed, Harmondsworth, Penguin, 1984.

pálmente de su percepción sobre el papel de los intelectuales. Respondiendo a la sugerencia inicial de José acerca de que el intelectual que «sirve al pueblo» es un espejo que refleja la información que reúne de los explotados, Foucault sostenía que la función del intelectual no debía sobredimensionarse:

Los trabajadores no necesitan que los intelectuales les digan lo que están haciendo; lo saben perfectamente bien. En mi opinión, el intelectual es aquel que está conectado a la red de información, no a la de producción. Puede hacer que se oiga su voz. Puede escribir en los periódicos, dar su punto de vista. También se halla conectado a una red de información más antigua. Ha adquirido conocimiento mediante la lectura de cierto número de libros, conocimiento que otra gente no tienen a su disposición directa. Así pues, su papel no es moldear la conciencia de la clase trabajadora, puesto que esa conciencia ya existe, sino hacer que esa conciencia, ese conocimiento de la clase trabajadora entre en el sistema de información [...]. El conocimiento intelectual resulta siempre parcial comparado con el de la clase trabajadora. Lo que sabemos acerca de la historia de la sociedad francesa es muy parcial, comparado con la experiencia masiva que tiene la clase trabajadora⁸⁵.

Su proyecto sobre la historia de la lucha de la clase trabajadora nunca se materializó y ésta fue su única contribución a *Liberation* durante su primer año de existencia. Publicó algunos artículos más en los años setenta⁸⁶, pero hasta la década de los ochenta sus colaboraciones no se hicieron más regulares. De sus comentarios en la reunión previa al lanzamiento resultó obvio que pretendía desempeñar un papel activo en la vida del periódico y que no estaba dispuesto a ser una simple figura representativa. Por ello, su silencio es a primera vista desconcertante, pero existen diversas explicaciones posibles. Trabajar en *Liberation* era una ocupación de tiempo completo e implicaba una participación constante en peleas políticas y personales, muchas de ellas ocasionadas por la existencia dentro del colectivo de una célula maoísta. Como señaló Clavel, los que trabajaban en *Liberation* «rápidamente dejaban de quererse. Si hubieran tenido un brazo secular, se habrían exterminado mutuamente en pocos meses»⁸⁷. El compromiso profesional de Foucault como profesor, investigador y escritor no le permitía la participación casi total que demandaba la vida en

⁸⁵ «L'intellectuel sert à rassembler les idées... mais "son savoir est partiel par rapport au savoir ouvrier"», *Liberation*, 26 de mayo de 1973.

⁸⁶ «Sur la seconde révolution chinoise. Entretien 1. Michel Foucault et K. S. Karol», 31 de enero de 1974, pág. 10; «Entretien 2», 1 de febrero de 1974, pág. 10; «Aller à Madrid», 24 de septiembre de 1975, págs. 1, 7; «Attention: danger», 22 de marzo de 1978.

⁸⁷ Maurice Clavel, *Ce que je crois*, París, Grasset, 1975, pág. 98.

Las oficinas de *Liberation*. También es probable que, como Philippe Gavi sugiere, la creciente profesionalización —y sindicalización— del equipo mermara su disposición a aceptar contribuciones regulares, y no ocasionales, de sus compañeros de viaje⁸⁸.

Cuando expresó la esperanza de que el periódico diera voz a los homosexuales, Foucault tocó un tema importante y señaló un vacío en el discurso del gauchismo. Aunque uno de los incidentes famosos que acaloran llevando a los hechos de Mayo del 68 había tenido un origen sexual —la prohibición de visitar las habitaciones de los estudiantes del sexo contrario—, la política sexual seguía bastante poco desarrollada. En Mayo del 68 se hizo un primer intento por suscitar la cuestión gay, cuando aparecieron en las paredes de la Sorbona ocho carteles firmados por el Comité d'Action Pédérastique Révolutionnaire, pero se arrancaron casi de inmediato y no se volvió a oír hablar del grupo⁸⁹.

En sus estadios iniciales, el feminismo francés fue más bien una reacción contra el espíritu machista de tantos gauchistas. El clima de Vincennes no era atípico. Allí, un comando maoísta interrumpió un intento de organizar una reunión de mujeres, gritando: «El poder viene de la punta del pene.» Por su parte, una pequeña manifestación de un grupo de mujeres mostró de forma elocuente y efectiva lo que el movimiento feminista emergente consideraba el problema. El día del Armisticio, en 1971, pusieron coronas en la tumba del soldado desconocido bajo el Arco del Triunfo y desplegaron banderas que proclamaban: «Uno de cada dos hombres es una mujer» y «Hay algo aún más desconocido que el soldado desconocido: su mujer»⁹⁰. La respuesta de la policía fue inmediata y brutal.

Durante algún tiempo, los movimientos gay y feminista coexistieron, pero en la primavera de 1971, la fundación del Front Homosexuel d'Action Révolutionnaire marcó la aparición de un movimiento gay independiente. La primera manifestación importante del FHAR fue la publicación de un desplegado de cuatro páginas en el número de abril de *Tout*. El tono era agresivo y las ilustraciones eróticas. Proclamaba que sus miembros no seguirían permaneciendo en las sombras: «Sí, hemos sido sodomizados por los árabes; estamos orgullosos de ello y lo haremos de nuevo»⁹¹. Sus reuniones se solían mantener en la Ecole de Beaux Arts, en una tumultuosa celebración de la sexualidad gay. La mayoría de los par-

** Entrevista con Philippe Gavi.

⁸⁸ Véase la cronología en FHAR, *Rapport contre la normndité*, París, Editions Champ Libre, 1971, págs. 16-18.

⁸⁹ Hamon y Rotman, *op. cit.*, pág. 225.

⁹⁰ *Ibid.*, pág. 336.

ticipantes eran jóvenes —el veterano anarquista Daniel Guéran era una excepción sobresaliente— en rebelión contra la izquierda puritana y la sociedad «normal». Como era de esperar, *Tout* se prohibió por su contenido pornográfico. Y no menos predecible, la principal librería maoísta, la Librairie Norman Bethune, rehusó tenerlo en existencias por el mismo motivo. El FHAR no duró mucho, pues había planeado su autodestrucción una vez que hubiera establecido su objetivo con su simple existencia.

Aunque en general Foucault era simpatizante, el feminismo no era una de sus preocupaciones dominantes. El tema gay estaba más próximo a su corazón, pero no llegó a participar de forma activa en el FHAR. Asistió a unas cuantas reuniones en la École des Beaux Arts, pero era extrañamente suspicaz. Recibió bien su existencia, pero temía que diera como resultado una nueva forma de gueto y sospechaba que la etiqueta de gay podía ser tan opresiva como cualquier otra⁹². En ese contexto conoció al joven Guy Hocquenhem, que iba a convertirse pronto en una de las figuras más visibles del movimiento gay y era autor de un libro que consideraba a los gays los sucesores de los excluidos y encerrados de la *Histoire de la folie*⁹³.

La primera asociación pública de Foucault con el nuevo movimiento gay tuvo una forma ligeramente diferente. En marzo de 1973, *Recherches* publicó un número titulado *Trois milliards de pervers: La Grande Encyclopédie des homosexualités* (tres millones de perversos: la gran enciclopedia de las homosexualidades). Contenía una variedad de material escrito por hombres y mujeres gays anónimos, que iban de relatos de autoopresión a fantasías muy eróticas. Las ilustraciones, en su mayor parte preparadas por Laurent Dispot, que pertenecía al FHAR, fueron descritas por el reportero de *Le Monde*, bastante remilgado, de este modo: «fotografías, grabados anticuados [...], dibujos en los que el falo desempeña un papel eminente y a menudo gigantesco»⁹⁴.

Al publicarlo, Félix Guattari corría a sabiendas el riesgo de que le demandaran y en un intento por evitar la censura, Foucault, Deleuze, Sartre, Genet y Guattari se declararon autores del material anónimo. La es-

⁹² Entrevistas con Laurent Dispot y René Schérer.

⁹³ Guy Hocquenhem, *Le désir homosexuel*, París, Editions Universitaires, 1972, traducido como *Homosexual Desire*, Londres, Alison y Busby, 1978. Se pueden encontrar discusiones en inglés en Philip Derbyshire, «Odds and Sods», *Gay Left*, 7, invierno de 1978-1979, páginas 18, 19, y John de Weir, «The Charming Passivity of Guy Hocquenhem», *Gay Left*, 9, 1979, págs. 16-19. De modo más general, véase *Cahier de l'imaginaire*, 7, 1992: *Presence de Guy Hocquenhem*.

⁹⁴ Bruno Frappat, «Les homosexuels par eux-mêmes», *Le Monde*, 19-20 de agosto de 1973, pág. 14.

trategia no funcionó; el periódico fue confiscado y prohibido, y procesaron a Guattari en virtud de las leyes contra las publicaciones obscenas. El juicio, en el que le representó George Kiejman, fue absurdo, ya que el acusado insistía en leer en voz alta la mayoría de los pasajes «pornográficos». La defensa llamó a declarar a Foucault, pero no compareció, pues estaba fuera en una gira de conferencias. Se condenó a Guattari a pagar una multa, pero se jacta de que nunca lo hizo y el principal resultado del juicio fue el surgimiento de un activo comercio clandestino con los ejemplares sobrevivientes de *Recherches*⁹⁵.

Mientras tanto, Foucault se había implicado en otras dos campañas sobre la política sexual. En junio de 1972, la *Ordre des Médecins* suspendió al doctor Jean Carpentier y le prohibió ejercer la medicina. Su delito había sido distribuir un folleto titulado «Apprenons a faire l'amour» (aprendamos a hacer el amor) a las puertas de un colegio en el barrio de Corbeil. El folleto, publicado por un Comité d'Action pour la Liberation de la Sexualité, proporcionaba información sexual básica, haciendo énfasis en el placer, y ofrecía alguna información contraceptiva⁹⁶. Se refería en términos favorables a la masturbación, tanto individual como mutua. Otras versiones comenzaron a circular pronto ampliamente.

El folleto había tenido su origen en un incidente trivial y patético, en el que se había sorprendido a un niño y una niña besándose en las instalaciones de un *lycée*. Las autoridades del colegio escribieron a sus padres para quejarse y luego la pareja informó a Carpentier de lo que había pasado, con la esperanza de que pudiera establecerse un diálogo más abierto.

Uno de los oradores de la conferencia de prensa concedida por Carpentier el 29 de junio fue Foucault. En lugar de centrarse en los detalles del caso, aprovechó la oportunidad para discutir la tesis de que la medicina sirve de guardián a la moralidad. Según su opinión, la *Ordre des Médecins* se sintió atacada porque los folletos de Carpentier representaban un reto al «ejercicio individualista» de la tradición médica. Continuó:

Le critican [a Carpentier] por haber animado a los niños a prácticas que, dicen, «sean normales o no, conducen de forma inevitable a trastornos físicos». Desde el siglo XVIII, una de las principales funciones de la medicina, de la medicina física, psicopatológica y neurológica, ha sido, por supuesto, tomar el relevo de la religión y reconvertir el pecado en enfermedad [...]. Veo que al final del párrafo en el que estas prác-

⁹⁵ *Le Monde*, 7-28 de mayo de 1973; *Le Nouvel Observateur*, 9 de abril de 1973; entrevistas con Laurent Dispot, Félix Guattari y George Kiejman.

⁹⁶ El texto completo lo reprodujo *Le Monde*, 11 y 12 de febrero de 1973. Maspero, en marzo de 1973, publicó una versión más amplia con el mismo título.

ticas eran definidas como «normales o no», se definen de repente como «libertinaje», en otras palabras, que la medicina también tiene una función jurídica. Es la medicina la que define no sólo lo que es normal o no, sino, a la larga, qué es legítimo o no, criminal o no, qué es libertinaje y qué es una práctica perjudicial⁹⁷.

A pesar de la popularidad del folleto y de la defensa de Foucault y el mismo Carpentier, a éste le prohibieron finalmente ejercer durante un año.

El texto es de interés no sólo porque ilustra la disponibilidad política de Foucault, sino también porque ejemplifica el modo en que sus teorías tienen una sorprendente aplicación inmediata. También es destacable por su comedimiento. Carpentier había opinado: «El interés por la homosexualidad suele originarse principalmente en el hecho de que la hipócrita autoridad moral prohíbe habitualmente a los jóvenes tener relaciones heterosexuales (chico-chica) y tiene la desfachatez de condenar la homosexualidad. Las relaciones heterosexuales, sin embargo, parecen ser más ricas en placer.» En una reunión pública organizada en su apoyo en octubre, Carpentier se vio obligado por una intervención del FHAR a admitir: «En lo que respecta a la homosexualidad, sigo estando un poco atrasado»⁹⁸. Foucault no retomó el tema gay y se limitó a hacer comentarios generales acerca del poder de los médicos.

Un año más tarde, se vio inmerso en un aspecto bastante diferente, pero relacionado, de la política sexual. En octubre de 1973, los doctores Alain Landau, Jean-Yves Petit y él fueron citados por la policía judicial según las instrucciones de un juez instructor. A Foucault le divirtió la citación y le dijo a Claude Mauriac, «con una de sus sonrisas más sarcásticas, una sonrisa irónica que era (casi) amarga y exultante a la vez: "Ya sabes, quizás me acusen de realizar abortos..."»⁹⁹. Se suponía que los tres eran autores de un folleto editado por el Groupe d'Information sur la Santé, titulado *Oui, nous avortons* (Sí, nosotros realizamos abortos).

No era la primera declaración de este tipo; en febrero, 331 médicos, incluidos tres ganadores del Premio Nobel, habían emitido una declaración en la que afirmaban realizar abortos, que el aborto era un derecho de la mujer y que debía ser cubierto por el sistema de seguridad social. En 1920 se ilegalizó el aborto en Francia y la situación no cambiaría hasta 1975. No era una de las grandes causas de Foucault y hasta cuando dis-

⁹⁷ «La condamnation du Dr Carpentier par le Conseil de l'Ordre; Texte de l'intervention de Michel Foucault á la conférence de presse de Jean Carpentier, le 29 juin 1972», *Psychiatrie aujourd'hui*, 10, septiembre de 1972, pág. 15.

⁹⁸ «Sexe, parole et répression», *Le Monde*, 20 de octubre de 1972, pág. 14.

⁹⁹ Mauriac, *Et comme l'espérance est violente*, pág. 532.

cutían su posible detención, Defert le tuvo que recordar suavemente que *había* una diferencia entre el aborto y la contracepción¹⁰⁰.

Es imposible determinar su participación real, pero resulta muy probable que sólo prestase su nombre a una publicación colectiva. En un artículo conjunto, los tres (que no fueron acusados) describían los métodos usados en las clínicas de abortos ilegales y concluían afirmando el derecho a éste, su negativa a considerar el establecimiento de un monopolio médico y su miedo de que se convirtiera en una fuente de lucro. Se estaba debatiendo un proyecto de ley para legalizar el aborto, pero el hecho de utilizar la legislación vigente contra el GIS indicaba un intento de abrir una brecha entre los «buenos médicos» y aquellos que deseaban establecer el aborto y la contracepción como derechos políticos¹⁰¹.

¹⁰⁰ *Ibid.*, pág. 533.

¹⁰¹ Michel Foucault, Alain Landau, Jean-Yves Petit, «Convoques á la P.J.», *LeNouvelObservateur*, 28 de octubre de 1973, pág. 53.

Los archivos del dolor

El periodo comprendido entre 1971 y 1973 fue el de mayor actividad política en la vida de Foucault y sus múltiples compromisos le dejaron poco tiempo para escribir. *L'archéologie du savoir* apareció en 1969 y no publicó ninguna obra importante hasta *Surveiller et punir*, que salió en 1975; *Moi, Pierre Rivière* fue una empresa colectiva en la que su papel consistió más en facilitar las cosas que en hacer de autor. La mayoría de sus publicaciones de este periodo son transcripciones de conferencias, discusiones y otros intercambios verbales. Se le demandaba para entrevistas, en especial sobre el GPI y su opinión sobre las prisiones¹, y como conferenciante invitado en universidades extranjeras. Escribió prólogos a libros como *De la prison a la révolte* de Livrozet y tomó parte en mesas redondas sobre la labor social con un grupo de *Esprit* en la primavera de 1972². Quizá el texto más espectacular producido en este periodo sea el ensayo escrito para el catálogo de una exposición de Paul Rebeyrolle, en marzo de 1973.

La exposición, presentada en la prestigiosa galería Maeght, la componían diez grandes obras que mezclaban distintos elementos (óleo sobre tela, madera, malla de alambre), instaladas de tal modo que dieran al visitante la impresión de estar completamente encerrado: «Has entrado. Ahora te rodean diez pinturas colocadas en torno a una habitación, cu-

¹ Véase, por ejemplo, «Entretien avec Michel Foucault: á propos de l'enfermement pénitentiaire», *Projustitia*, vol. 1, núms. 3 y 4, 1974; «Gefängnisse und Gefängnisrevolten», *Dokumente: Zeitschrift für übernationalen Zusammenarbat*, 29 de junio de 1973, págs. 133-137.

² «Table ronde», *Esprit*, 413, abril y mayo de 1972, págs. 678-703.

yas ventanas se han cerrado cuidadosamente. ¿Ahora te toca a ti estar en prisión, como los perros que ves saltando y abalanzándose contra el alambre?»³. Los lienzos pintaban la lucha de un perro por escapar de un espacio estrechamente cercado; sus títulos —*Condenado, Tortura, La celda*— describían un mundo carcelario. La mayoría de las telas son en tonos sombríos, grises y blancos, pero algo cambia en *Dedans* (dentro), que es la octava de la secuencia. Los blancos dominantes dan paso a un azul vibrante, cuando al final la huida se vuelve una posibilidad:

El muro se rompe de arriba abajo, como si hubiera sido dividido por una gran espada azul. Lo vertical, que una vez fue la marca del poder, gracias a la ayuda de la estocada, ahora se abre a la libertad. Los postes verticales que mantienen la alambrada en su lugar no pueden impedir que el muro se rompa. El hocico y las patas luchan por abrirlo con un temblor intenso, eléctrico. En las luchas de los hombres, nunca llega nada grande por las ventanas; todo llega siempre mediante el derrumbamiento triunfal de los muros⁴.

En el lienzo siguiente, el perro se agazapa, listo para saltar por el muro, y mira fijamente una inmensidad azul de la que sólo le separa ahora la alambrada rota. Y luego,

El último lienzo despliega y dispersa un nuevo espacio, hasta ahora ausente del conjunto de la serie; está dividido entre la oscura fortaleza del pasado y las tempestades de colores futuros. Pero a lo largo de toda su extensión hay huellas de patas galopantes, «la descripción de un huido». Parece que la verdad llega suavemente, como una paloma. La fuerza deja en el suelo las marcas de sus garras en su huida⁵.

Durante este periodo, Foucault continuó su actividad investigadora, principalmente en la Bibliothèque Nationale, pero también en los Archives Nationales, el Arsenal y los archivos de la Préfecture de Pólice. Consultó otras colecciones de material archivístico en Vincennes y, más lejos de su camino, en Nantes. Pvara vez habló a alguien de sus investigaciones en curso, pero nutrieron sus conferencias y seminarios en el Collège de France y lo que se iba a convertir en *Surveiller et punir*. La serie de conferencias de 1972-1973 se dedicó a la «sociedad punitiva» y en ella comenzó a esbozar los temas para su próximo libro. En este punto fue cuando se encontró con el asombroso proyecto del filósofo utilitarista Jeremy

³ «La forcé de fuir», *Derribe le miroir*, 202, marzo de 1973, pág. 1.

⁴ *Ibid.*, pág. 6.

⁵ *Ibid.*, pág. 6.

Bentham de un panóptico (una construcción arquitectónica que garantizaría un régimen de visibilidad total en una prisión) y habló por primera vez de que el siglo xix había inaugurado «la era del panoptismo»⁶. El seminario de ese año se dedicó a preparar el dossier de Pierre Riviére para su publicación en 1973. En 1973-1974, las conferencias trataron sobre el tema del «poder psiquiátrico» y el seminario, sobre la historia y la arquitectura de los hospitales del siglo xrx y el papel de los informes de los expertos psiquiatras en la medicina forense.

El grupo del seminario que trabajaba sobre la arquitectura hospitalaria proporcionó el entorno de trabajo que más le gustaba a Foucault: un pequeño conjunto de individuos dispuestos a colaborar estrechamente sobre un proyecto específico. Se reunían en el Collège, pero también con menos formalidades en casa de Foucault e incluso a veces en un café. Uno de sus miembros era Anne Thalamy, sobrina de Foucault, que recuerda la experiencia de trabajar con él como algo placentero y gratificante. Se leían trabajos, se desenterraban de las bibliotecas planes del siglo xviii para hospitales y se discutían en una atmósfera relajada y tolerante. Foucault siempre estaba disponible para las consultas del pequeño grupo y Thalamy descubrió que podía incluso interrumpirlo cuando estaba en la Bibliothéque sin provocar su cólera; sin embargo, admite que puede que estuviera explotando de forma inconsciente sus lazos familiares y que su experiencia no haya sido la típica⁷.

El seminario tenía de inusual que recibía financiación para costear su investigación del CERFI (Centre d'Étude, de Recherche et de Formation Institutionnelles) de Guattari, una alianza de psiquiatras, urbanistas, economistas y activistas políticos. Este centro publicaba el periódico interdisciplinario *Recherches* y operaba desde sus abarrotadas instalaciones situadas en el boulevard Beaumarchais. Sus múltiples actividades reflejaban los variados intereses y preocupaciones de su fundador libertario, que poseía estudios de farmacia y filosofía, y luego se había preparado como psicoanalista lacaniano. Félix Guattari, que murió en septiembre de 1992, trabajó casi durante cuarenta años en la clínica de la Borde y fue una figura clave del movimiento psiquiátrico alternativo. Activo en varios frentes políticos, era en muchos sentidos la encarnación del espíritu de finales de los sesenta. El CERFI funcionaba como un colectivo de organizaciones que investigaban una amplia gama de asuntos institucionales y tenía a la cabeza de todo el conjunto a Deleuze y Guattari, que actuaban, según uno de sus miembros, como «un sabio hombre bicéfalo». Después de mucho examen de conciencia, el CERFI concluyó que aceptar dine-

⁶ *Resume des cours*, pág. 44.

⁷ Entrevista con Anne Thalamy.

ro de las fuentes gubernamentales no era un pecado capital y comenzó a presentar proyectos de investigación. En 1973, era una organización bastante próspera⁸.

Foucault ya había tenido tratos con este centro cuando un grupo que trabajaba sobre la genealogía de la ciudad acudió a él para que comentara sus progresos en el otoño de 1971. Una de los componentes era Marie-Thérèse Vernet, economista de la Universidad de Vincennes. Lo encontró abierto y simpático, aunque se había tomado bastante mal la sugerencia que partió del mismo grupo de que debían acudir a un «experto» para pedir su consejo. En un plano más anecdótico, le divirtió comprobar, cuando fue a verlo a la me de Vaugirard, que el famoso archivero no vivía, como casi había esperado, en una confusión de papeles polvorientos, sino en un apartamento prístino y moderno⁹. La investigación, efectuada y escrita en condiciones caóticas, se publicó como *Les équipements dupouvoir*¹⁰. La colaboración de Foucault se restringió a dos breves intercambios verbales con Deleuze y Guattari sobre la función de la ciudad como fuerza productiva¹¹. Su integración en el debate más amplio sobre la historia de la urbanización no es enteramente feliz y se tiene la impresión de que se inmiscuyó sin necesidad a expertos externos en una empresa colectiva.

El trabajo del seminario del Collège se centró en el surgimiento de políticas de salud reconocibles y la profesionalización de la medicina en el siglo XVIII. Como resultado de estos procesos dobles, la medicina se integró en una política general de control económico y político, diseñada para racionalizar la sociedad en su conjunto. En su introducción general, Foucault identifica los tres temas principales que dominaron las discusiones: la nueva atención centrada en la infancia y la medicalización de la familia; la nueva importancia otorgada a la higiene; y la transformación de la medicina en un instrumento de control social. Por último, la discusión se concentró en el surgimiento del hospital como un espacio médico específico, con su planificación y arquitectura propias¹². La publica-

⁸ Entrevista con Félix Guattari.

⁹ Entrevista con Marie-Thérèse Vemier.

¹⁰ *Recherches*, 13, diciembre de 1973. Una segunda edición revisada se publicó en la serie 10/18 en 1976. La introducción de Francois Fouquet y Lion Murard proporciona una buena idea del modo como trabajaba el colectivo.

¹¹ *Ibíd.*, págs. 27-31, 183-186.

¹² *Généalogie des équipements ie normalisation*, Fontenay sous-Bois, CERFI, 1976. Una versión ligeramente diferente apareció como *Les machines a guérir*, Bruselas, Pierre Mardaga, 1979. Incluye Michel Foucault, «La politique de la santé au XVIII^e siècle»; Blandine Barret-Kriegel, «L'Hôpital comme équipement»; Anne Thalamy, «La médicalisation de l'hôpital»; Francois Béguin, «La machine a guérir»; Bruno Fortier, «Le camp et la forteresse inversée».

ción de esta investigación pasó prácticamente desapercibida. Sólo se hizo eco de ella en la prensa el fiel Canguilhem, que la describió como «un incomparable documento concerniente a los orígenes franceses del hospital moderno»¹³.

La indicación más clara de las preocupaciones de Foucault en el momento provienen de una serie de conferencias dictadas en Brasil, en la primavera de 1973. Su segunda visita a ese país fue en parte resultado de una invitación de las instituciones brasileñas, pero también viajó bajo los auspicios de la Alliance Française. Para la última, iba *en mission*, lo que, para su regocijo, significaba que era desde el punto de vista técnico un *missionnaire*, o sea, un misionero. Su programa de actividades no fue ligero. Durante los cinco días que pasó en Río de Janeiro (21-25 de mayo), dictó cinco importantes conferencias a un público entusiasta de la Pontificia Universidade Católica sobre el tema general de «La verdad y las formas jurídicas»¹⁴. Los asuntos tratados abarcaban desde una discusión general sobre Nietzsche y la genealogía, hasta una lectura del mito de Edipo, descrito como «el primer relato que tenemos de un testigo presencial de las prácticas jurídicas griegas»¹⁵, y un análisis del papel del «panoptismo» en el surgimiento de una sociedad disciplinaria.

Luego la misión de Foucault le llevó al norte, para visitar Belo Horizonte, la capital del estado de Minas Gerais y la tercera ciudad brasileña en cuanto a tamaño. Pasó sólo tres días allí, pero dio charlas informales en la Alliance Française y al departamento de filosofía de la Universidade Federal, y conferencias sobre «La enfermedad mental y las instituciones psiquiátricas» e «Instituciones psiquiátricas y antipsiquiatría». En Río, su público había sido fundamentalmente de filósofos; en Belo Horizonte, habló más bien ante psiquiatras y psicoanalistas. Las conferencias fueron una denuncia del poder/conocimiento ejercido por los profesionales de la salud mental vía sus diagnósticos, prescripciones y normalización de la conducta, y una exploración de las alternativas ofrecidas por la antipsiquiatría.

Sus anfitriones fueron agradables y obsequiosos, pero no todas sus atenciones fueron bien recibidas. Se había dado una considerable publicidad al misionero y se había convocado una conferencia de prensa, que Foucault interrumpió para quejarse por la presencia de tantos fotógrafos, cuyos flashazos eran tan impertinentes que se habían convertido en una forma de tortura. Se sentía molesto, se comía las uñas y mostraba una se-

¹³ Georges Canguilhem, «Les machines à guérir», *Le Monde*, 6 de abril de 1977, pág. 16.

¹⁴ Publicado en traducción al portugués de Roberto Machado como «A verdade e as formas jurídicas», *Cadernos do PUC*, 1974, págs. 5-102.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 29.

rie de tics nerviosos¹⁶. Tampoco le agradaron las reuniones sociales a las que se vio obligado a asistir. En una velada en casa de Consuelo Vergara, le presentaron a muchos académicos de la ciudad, pero también fue una especie de ordealía porque supuso tener que ser cortés con «señoras en largos trajes de noche»; tenía la educación suficiente para amoldarse, pero en privado expresaba su irritación a Defert, su compañero extraoficial en esta misión.

Otros aspectos de su estancia en Belo Horizonte fueron más agradables. Disfrutó de la atmósfera de Brasil y la vida relajada de calles y bares. También se aficionó a la *caipirinha*, aperitivo basado en alcohol de caña de azúcar que se sirve con limón, azúcar y cubitos de hielo, lo cual resultó inesperado en una persona que rara vez bebía. Como pudo apreciar Defert a su costa, demasiadas *caipirinhas* pueden tener un efecto casi letal.

La misión incluía breves visitas a los hospitales psiquiátricos locales y discusiones con sus residentes y plantilla organizadas por Celio Garcia, el psicoanalista y catedrático que actuó como guía e intérprete principal de Toucault. Su obra resultaba desconocida para la mayoría de los jóvenes profesionales que conoció, y se mostraban encantados de discutir el frágil estado de la institución psiquiátrica brasileña con él. También hubo tiempo para actividades de ocio, como el día pasado en Ouro Preto, .1 100 km al sureste. El pueblecito, famoso por su Escuela de Minas, está considerado monumento histórico y, con sus empinadas calles empedradas, es uno de los mejores ejemplos de la arquitectura barroca del siglo xviii brasileño. Desde allí, Foucault fue, vía Brasilia, a Belém, donde ilio una conferencia en la Universidade Federal do Para, antes de partir a la Amazonia por razones puramente hedonistas¹⁷.

De vuelta en París, regresó a su investigación sobre los orígenes del sistema de prisiones. Como era habitual, de todas partes le solicitaban su firma para peticiones y, como era habitual también, trataba de eludir la mayoría. Sin embargo, no todas las solicitudes eran políticas. Uno de los inconvenientes de su fama y su importancia en los medios de comunicación era que también acudían a él autores en ciernes que esperaban su ayuda para publicar sus libros. Tales demandas le sumían en una profunda depresión, ya que los manuscritos que le pedían leer solían haber sido icchazados infinitas veces. En la Nochebuena de 1973, le telefoneó a media noche un desconocido que insistió en que debía leer su manuscrito.

¹⁶ «O mondo é om grande hospicio» (entrevista con Ricardo Gomes Lene), *Jornal de Belo Horizonte*, mayo de 1973.

¹⁷ Entrevistas con Celio Garcia y Daniel Defert. Comunicación de Chaim Katz y Roberto Machado.

Foucault se resistió aduciendo que no tenía tiempo, que no podía hacer nada por él y que no conocía a nadie de las editoriales de literatura. La voz desconocida insistió en que no importaba; Foucault se rindió y le dijo que trajera el manuscrito a las dos de la tarde. En parte, su cambio de actitud lo había motivado el aburrimiento; en su opinión, Navidad era una época en la que no había pasado nada durante cientos de años. También le había impactado la belleza de la voz desconocida y comentó a Deferí que era imposible resistirse a su encanto. A las dos, llegó un joven muy nervioso, sosteniendo un voluminoso manuscrito. Había recorrido casi toda la rué de Vaugirard para llegar al apartamento del octavo piso, donde encontró a Foucault y a algunos amigos terminando de comer. Con cierta vacilación, aceptó una taza de café y le dejó el manuscrito.

El joven era Jacques Almira, entonces de veintitrés años. Su novela había sido rechazada por Robbe-Grillet en Minuit y por Georges Lambrich en Gallimard, pero estaba convencido de que Foucault la leería y podría ayudarlo. Hacía mucho tiempo que lo admiraba, desde que un profesor de filosofía brillante de un *lycée* de provincias le había descubierto *Les mots et les dioses*. Compartía con Foucault su entusiasmo por Raymond Roussel y había seguido la aventura del Groupe d'Information sur les Prisons con interés. Cuando se trasladó a París en 1973, comenzó a asistir a las conferencias de Foucault en el Collège de France y, desde entonces, siempre había tenido en mente acudir a él. Pero le había faltado valor y había pospuesto la decisión una semana tras otra.

En Nochevieja, Almira, que no tenía teléfono, recibió un telegrama: Foucault había leído la novela, estaba tremendamente entusiasmado con ella y prometía hacer cuanto pudiera en Gallimard.

Foucault era a la vez un abogado persuasivo y un buen juez. *Le voyage a Naucratis* se publicó a comienzos de 1975 y ganó el Premio Médicis. La entrevista conjunta concedida por Almira y Foucault a Jean Le Marchand sobre su publicación proporciona una extraña perspectiva acerca de lo que estaba leyendo el segundo a mediados de los años setenta. Había perdido interés por los experimentos muy formalistas de *TelQuel*, pero le seguía gustando *Le rivage des Syrtes*, de Gracq. También habló de disfrutar con *Under the Volcano* de Malcolm Lowry, que iba a seguir siendo uno de sus textos favoritos, y con las fantasías eróticas de Tony Duvert¹⁸.

En noviembre de 1975, Almira comió con Foucault y otras personas en la rae de Vaugirard. Entre los invitados se incluían Claude Mauriac y Olga Bernal, amiga de Foucault y de Robbe-Grillet, a cuya obra había de-

¹⁸ Foucault no menciona ningún título específico de Duvert, pero probablemente pensaba en *Recidive*, París, Minuit, 1967, o en *Paysage defantaisie*, París, Minuit, 1973.

dicado uno de los primeros estudios serios¹⁹. Mientras Foucault se afanaba en servir a sus huéspedes, Almira expresó, con un mal gusto que en apariencia pasó desapercibido, que cuando pasaran cincuenta años y Foucault llevara mucho tiempo muerto, hablaría a la gente sobre el día en que le llevó el manuscrito de *Le voy age*.

Se iban a convertir en buenos amigos que comían juntos con frecuencia, y el joven novelista encontró una especie de padre espiritual en el filósofo. La amistad no tuvo un carácter sexual y, a pesar de su cordialidad, ambos usaron siempre para tratarse el formal *vous*. Almira recuerda a Foucault como alguien que lo animaba constantemente en lo que escribía, que siempre estaba dispuesto a asegurarle en los momentos de duda que poseía un talento genuino. En la primavera de 1984, publicó su tercera novela, *Terrass Hotel*, y se la dedicó a Foucault. La dedicatoria dice: «Esta novela está dedicada a Michel Foucault, gracias a quien publiqué mi primera novela, de cuya amistad me honro y que cuenta con mi afectuosa gratitud y mi admiración.» Es casi seguro que Foucault no tuvo tiempo de leerla.

De los muchos aspirantes a autores que se acercaron a él en busca de ayuda, sólo Jacques Almira la recibió de ese modo. Incluso a Hervé Guibert, con quien había intimado mucho a partir de finales de los años setenta y cuya obra apreciaba y admiraba mucho, le dejó que se abriera camino en la literatura por sí mismo. La única explicación convincente es que fue seducido por una voz²⁰. Hay un ejemplo de una generosidad mucho más fortuita por parte de Foucault. En 1975, lo abordó un joven llamado Gérard Dupont pidiéndole una entrevista y le explicó que si la conseguía ganaría 500 francos. Foucault accedió. El resultado fue una interesante discusión sobre el sadismo en el cine; más tarde le contó a Mauriac ¡que había dicho lo primero que se le venía a la cabeza para conseguir que Dupont recibiera su dinero²¹.

«En 1757, Robert-Francois Damiens fue condenado a muerte por regicidio, tras un atentado fallido y patético contra la vida de Luis XV. Según los términos de su sentencia, se le iba a arrancar con tenazas la carne de las tetillas, los brazos, los muslos y las pantorrillas, y se le iba a quemar con fuego de azufre la mano derecha, con la que había empuñado el cu-

¹⁹ Olga Bernal, *Alain Robbe-Grillet: le roman de l'absence*, París, Gallimard, 1964.

²⁰ «La fête de l'écriture. Un entretien avec Michel Foucault et Jacques Almira, propos recueillis par Jean Le Marchand», *Le Quotidien de Paris*, 25 de abril de 1975, pág. 13; Jacques Almira, «La reconnaissance d'un écrivain», *Le Débat*, 41, septiembre-diciembre de 1986, páginas 159-163; Mauriac, *Mauriac et fils*, págs. 225, 226; entrevista con Jacques Almira.

²¹ «Sade segent du sexe, propos recueillis par Gérard Dupont», *Cinématographe*, 16, diciembre de 1975-enero de 1976, págs. 3-5; Claude Mauriac, *Une certaine rage*, pág. 34.

chillo. Luego le verterían sobre las heridas plomo fundido, aceite hirviendo, brea ardiendo y una mezcla de cera derretida y azufre. Después su cuerpo sería estirado y desmembrado por cuatro caballos, y sus miembros y tronco consumidos por el fuego. Las cenizas se esparcerían al viento. Cuando se llevó a efecto, los sufrimientos de Damiens fueron aún más infernales que la sentencia. Los cuatro caballos no fueron capaces de cumplir su tarea. Ni siquiera enganchar dos caballos más a las cadenas de sus piernas se lograron los resultados previstos. Para desmembrarle los muslos, hubo que cortarle los nervios y romperle a hachazos las coyunturas. Sólo entonces los caballos pudieron cumplir su cometido.

»En 1838, Léon Faucher publicó un ensayo sobre la reforma de las prisiones y describió el reglamento que había establecido para la Maison des Jeunes Détenus á París. El artículo 17 decía: "La jornada de los presos comenzará a las seis de la mañana en invierno y a las cinco en verano. Trabajarán durante nueve horas al día en todas las estaciones. Se dedicarán dos horas al día a la instrucción. El trabajo y la jornada terminarán a las nueve en invierno y a las ocho en verano".»

Así comienza *Surveilkr etpunir*: con el díptico de una ejecución pública y un horario que, desde el punto de vista estilístico, recuerda a las páginas iniciales de *Naissance de la clinique*²². El suplicio y el empleo del tiempo no castigan los mismos delitos ni la misma categoría de delinquentes, «pero definen bien, cada uno, un estilo penal determinado. Los separa menos de un siglo. Fue un periodo en el que, tanto en Europa como en Estados Unidos, se redistribuyó toda la economía del castigo»²³. *Surveilkr et punir* es la historia de tal redistribución.

El objetivo de Foucault es proporcionar «una historia correlativa del alma moderna y de un nuevo poder de juzgar; una genealogía del actual complejo científico-judicial en el que el poder de castigar toma su apoyo, recibe sus justificaciones y sus reglas, extiende sus efectos y disimula su exorbitante singularidad». Esboza cuatro reglas preliminares en cuanto a su metodología. Los mecanismos punitivos no deben estudiarse sólo como medidas represivas; también pueden tener efectos positivos, y el castigo debe considerarse como una función social compleja. Los métodos de castigo no son simples expresiones de las reglas del derecho, sino técnicas que hallan su especificidad en el campo más general de los mecanismos del poder. Por ello, deben contemplarse como tácticas del poder. La historia del derecho penal y la de las ciencias humanas no son dos series separadas, sino que muy bien pueden derivar de un proceso de formación «epistemológico-jurídico»: la tecnología del poder quizá gobierne

Surveilkr et punir, París, Gallimard, 1975, págs. 9-13.
Ibid., pág. 13.

tanto la humanización del sistema penal como nuestro conocimiento del hombre. Por último, la entrada del alma en la escena de la justicia penal y la inserción del saber científico en la práctica judicial puede que sea el efecto de una transformación en la manera en que el cuerpo mismo está investido por las relaciones de poder²⁴.

En la transición de la ejecución de Damiens a la publicación del reglamento de Faucher, se contempla la desaparición del cuerpo de la visión pública, ya que el arte de infligir sufrimientos intolerables se reemplaza por una economía de derechos suspendidos. De forma sintomática, los convictos, que una vez marcharon encadenados juntos en una fila hacia los puertos desde donde serían deportados, eran ya, a finales de este periodo de transición, transportados en vehículos cerrados con celdas individuales. El viejo sistema, en el que el delito era un ataque contra el cuerpo simbólico del soberano —aquí Foucault está muy influido por el estudio de Kantorowicz sobre los dos cuerpos del rey²⁵— y se castigaba en público, abre paso a un sistema en el que los delitos individuales y los castigos pueden calibrarse en una compleja balanza.

La desaparición legal de la tortura y el surgimiento de la prisión como una forma corriente de castigo no es necesariamente, en opinión de Foucault, un proceso de reforma gradual y humanizadora. El objeto de las reformas de finales del siglo xviii no era «castigar menos», sino «castigar mejor», insertar el poder de castigar más profundamente en el cuerpo social: «constituir una nueva economía y una nueva tecnología para el poder de castigar»²⁶. Estas dos juntas generan lo que llama una «semiotécnica», sustentada en seis reglas²⁷. La identificación de estas reglas se basa en la lectura de una serie de obras publicadas durante la Ilustración y la Revolución, de las cuales una de las más significativas es *Dei delitti e delk pene* (1764), de Beccaria (Foucault cita la traducción francesa y no la edición italiana original). Es decir, las reglas representan más un modelo que una realidad, pero éste se establece mediante lecturas precisas y es el resultado de una labor paciente y meticulosa sobre la genealogía gris descrita en «Nietzsche, la g n ealogie, l'histoire».

La primera de ellas es la de la «cantidad mínima»: la ventaja de cometer un delito debe sobrepasar ligeramente la desventaja de ser castigado. Aquí, la cuidadosa calibración del delito y el castigo reemplaza la notable exhibición de «más poder» por parte de un soberano ofendido. La re-

²⁴ *Md.*, págs. 27, 28.

²⁵ Ernst Kantorowicz, *The King's two Bodies: A Study in Medieval Political Theology*, New Jersey, Princeton University Press, 1957.

²⁶ *Surveiller et punir*, pág. 82.

²⁷ *Md.*, pág. 96-103.

gla de «la idealidad suficiente» implica que el dolor físico dará lugar a la idea de dolor y a la elisión del cuerpo del espectáculo del castigo. La regla de «los efectos laterales» describe la idea de diseminar el miedo al castigo; en definitiva, si fuera posible convencer a todos de que el delincuente ha sido castigado y no fuera a reincidir, no habría necesidad de castigarlo de forma real. La regla de «la certidumbre absoluta» casi se explica por sí misma: el castigo seguirá al delito con una certeza absoluta y de forma inevitable. De aquí surge la noción de que el aparato de justicia debe redoblarde mediante un aparato policial que estará a la vista de todos. De aquí también la necesidad de considerar que la justicia se haga en un tribunal público o equivalente.

La quinta regla identificada por Foucault tiene que ver con decir o no la verdad y, de este modo, se relaciona con la lectura del mito de Edipo propuesta en las conferencias de Brasil de 1974, así como en sus conferencias en el Collège de France a partir de 1971. Los grados de sospecha y los del castigo correspondiente quedan barridos por la preocupación por la verdad —y la normalización de la prueba— que, como la verdad matemática, sólo puede ser aceptada si se prueba por completo. Las investigaciones empíricas reemplazan los antiguos modelos inquisitoriales. Los jueces ya no deben responder sólo ante sí mismos, pues los tribunales se apoyan cada vez más en una proliferación de discursos científicos, incluida la psiquiatría. Por último, la regla de «la especificación óptima» permite a la nueva semiótica codificar todo el campo de la ilegalidad y el castigo. Se busca un vínculo entre el delincuente individual y las categorías de delitos en un modelo proporcionado por la historia natural de la época: el ideal sería una clasificación linneana de los delitos, los delincuentes y las sanciones. Es un proceso de individualización: ahora el delincuente tiene un interés mayor que el delito. De aquí, por ejemplo, las minuciosas investigaciones sobre el pasado y carácter de Pierre Rivière, a quien resulta curioso que no se mencione en este texto. «Se organiza todo un saber individualizado, que toma como dominio de referencia no tanto el delito cometido [...], sino la virtualidad de los peligros escondidos en un individuo, los peligros que se manifiestan en su conducta, que está bajo vigilancia diaria»²⁸.

Surveiller et punir tiene el subtítulo «Naissance de la prison», pero ésta resulta tener más de un lugar de nacimiento. Una amplia gama de instituciones y discursos contribuyen al surgimiento de una noción de disciplina penetrante. En las artes militares, los soldados se convierten en un objeto fabricado del que puede medirse y registrarse todo movimiento, real o posible. Los cuarteles, las aulas y los establecimientos monásticos

²⁸ *MI*, pág. 129.

proporcionan modelos para el encierro o confinamiento de cuerpos cuyos más ligeros movimientos pueden ser observados y corregidos. Las fábricas de los inicios de la era industrial, que parecen prisiones en muchos aspectos, se basan en la subdivisión del tiempo requerido para efectuar tareas y la sincronización de los gestos físicos apropiados por parte de los obreros²⁹. Los hospitales y las clínicas organizan el espacio de tal modo que se vuelven operativos o «máquinas de curar». De esta multiplicidad de discursos, prácticas e instituciones, emerge un «poder disciplinario [...] organizado como un poder múltiple, automático y anónimo [...] en la vigilancia jerárquica de estas disciplinas, el poder no es algo que pueda tenerse como una cosa y no es transferible como la propiedad: funciona como la maquinaria»³⁰. La misma disciplina no es una institución ni un aparato; es un tipo de poder, una «"composición física" o una "anatomía" del poder, una tecnología [...]. Así pues, se puede hablar de la formación de una sociedad disciplinaria en este movimiento que va de las disciplinas cerradas, una especie de «cuarentena» social, hacia el mecanismo infinitamente generalizable del «panoptismo»³¹.

La última expresión de la sociedad disciplinaria es, sin duda, el «panóptico» de Jeremy Bentham, descrito por Foucault de este modo:

En la periferia, una construcción en forma de anillo; en el centro, una torre, ésta, con anchas ventanas que se abren a la cara interior del anillo; la construcción periférica está dividida en celdas, cada una de las cuales atraviesa la anchura completa de la construcción; tienen dos ventanas, una que mira al interior y corresponde a las ventanas de la torre, y la otra, que da al exterior, permite que la luz inunde toda la celda. Basta entonces situar un vigilante en la torre central y encerrar en cada celda a un loco, un enfermo, un condenado, un obrero o un escolar [...]. Tantas celdas como haya, tantos pequeños teatros en los que cada actor está solo, perfectamente individualizado y visible de forma constante [...]. La plena luz y la mirada de un vigilante captan mejor la sombra, que en definitiva era una protección. La visibilidad es una trampa³².

Aunque parece una fantasía arquitectónica, el panóptico proporcionó el modelo para las prisiones actuales. «Las prisiones deben ser concebidas como un lugar de formación para un saber clínico sobre los penados [...].

²⁹ La organización del trabajo no es un tema importante de *Surveiller et punir*, pero se explica con detalle en Bernard Doray, *From Taylorism to Fordism: A Rational Madness*, trad. de I Livid Macey, Londres, Free Association Books, 1988. Doray admite una fuerte influencia de Foucault, por la que lo criticaron mucho sus amigos del PCF.

³⁰ *Surveiller et punir*, pág. 179.

³¹ *Ibid.*, pág. 217.

³² *Ibid.*, págs. 201 y 202.

El tema del panóptico —a la vez vigilancia y observación, seguridad y saber, individualización y totalización, aislamiento y transparencia— encontró en la prisión su lugar privilegiado de realización»³⁵.

Surveilled et punir es sin duda un estudio histórico, pero la historia que estudia es la del presente. Aunque se basa en un largo estudio sobre las teorías de la ciencia penal y la criminología, de los manuales militares sobre la disciplina y en el material de los «archivos del dolor», está plagado de alusiones y referencias contemporáneas. Se refiere de pasada a la ejecución de Bontemps y Buffet en La Santé en la madrugada del 22 de septiembre de 1972, una ejecución que, a diferencia de la de Damiens, se llevó a cabo casi en secreto, como si el Estado moderno se avergonzase de su poder³⁴. Ilustra la futilidad de la reforma carcelaria yuxtaponiendo las reformas de 1945 a las propuestas en el congreso celebrado en Bruselas en 1847 y mostrando que son casi idénticas³⁵. El «sistema carcelario» tiene raíces profundas, como lo demuestra el hecho de que la prisión modelo de Fleury-Mérogis, abierta en 1969, reproduzca la figura de estrella panóptica de Petite Roquette, abierta en 1836³⁶. La historia de la reforma carcelaria coincide con la historia de las prisiones. Del presente más que del pasado aprendió Foucault que «los castigos en general y la prisión derivan de una tecnología política del cuerpo». Las recientes revueltas carcelarias tienen como blanco las condiciones degradantes de prisiones que se están desmoronando como Clairvaux, pero también prisiones modelo con sus tranquilizantes y psiquiatras:

Se trataba realmente de una rebelión, en el plano de los cuerpos, contra el cuerpo mismo de la prisión. Lo que estaba en juego no era el marco demasiado carcomido o demasiado aséptico, demasiado rudimentario o demasiado perfeccionado de la prisión; era su materialidad en la medida en que es instrumento y vector de poder; era toda esa tecnología del poder sobre el cuerpo, que la tecnología del «alma» —la de los educadores, los psicólogos y los psiquiatras— no consigue ni enmascarar ni compensar, por la razón de que es sólo uno de sus instrumentos. De esa prisión, con todos los asedios políticos del cuerpo que en su arquitectura cerrada reúne, es de la que quisiera escribir la historia³⁷.

La publicación de *Surveilled et punir* en 1975 estuvo rodeada de una considerable publicidad. La semana antes de su salida al mercado, apare-

Ibid., pág. 252.

Ibid., pág. 21.

Ibid., págs. 274 y 275.

Ibid., pág. 276.

Ibid., pág. 35.

cieron extractos en *Le Nouvel Observateur* bajo el título «Naissance des prisons» y sin duda abrieron el apetito de muchos lectores potenciales³⁸. Cuatro días más tarde, *Le Monde* dedicó dos páginas completas a «Michel Foucault y el nacimiento de las prisiones», combinando una entrevista de Roger-Pol Droit con el autor y una reseña-ensayo de Christian Jambet, que situaba la obra de Foucault dentro de la tradición de Bloch, Febvre y los *Amaleas*³⁹. El número de junio del *Magazine Littéraire* apareció con la foto de Foucault en la portada, y contenía un estudio de veintisiete páginas dedicado a su obra. Incluía una larga entrevista sobre el nuevo libro, una bibliografía, un interesante ensayo escrito por Bernard-Henri Lévy y una discusión entre Raymond Bellour y Jacques Revel acerca de las relaciones de Foucault con los historiadores⁴⁰. *Les Nouvelles Littéraires* y el semanario italiano *L'Europeo* lo entrevistaron con cierta extensión, a pesar de que, en el caso de la última, la traducción en italiano no vería la luz hasta 1978⁴¹.

Todas las reseñas que aparecieron en la prensa diaria y semanal fueron favorables y parecía como si sus autores estuvieran algo asustados por lo que habían leído. Jean-Paul Enthoven se sumó a la coincidencia general al sugerir en *Le Nouvel Observateur* que todo lo que se podía hacer una vez leída la obra era escuchar el rumor de rebelión procedente de Toul y las demás «*e'coles normales* de disciplina pura», las voces de los adolescentes que se ahorcaban en el anonimato de sus celdas:

Foucault escribe sobre la base de su rebelión. Por eso, este libro posee virtudes distintas de las que suelen provenir de su completa erudición, su sentido prodigioso de los archivos o el esplendor barroco de su escritura. Y cuando, debido a su inmenso talento, un autor se queda detrás de los rostros de quienes vagan por estas páginas, ¿sigue teniendo sentido hablar de una obra maestra?⁴².

³⁸ *Le Nouvel Observateur*, 17 de febrero de 1975.

³⁹ «Des supplices aux cellules», *Le Monde*, 21 de febrero de 1975, pág. 16; Christian Jambet, «L'unité de la pensée: une interrogation sur les pouvoirs», *ibid.*, pág. 17.

⁴⁰ «Entrenen sur la prison: le livre et sa méthode», *Magazine Littéraire*, 101, junio de 1975, págs. 27-35; Bernard-Henri Lévy, «Le système Foucault», *ibid.*, págs. 7-10; «Foucault et les his-luiliens», *ibid.*, págs. 10-12.

⁴¹ «Sur la sélele» (con Jean-Louis Enzine), *Les Nouvelles Littéraires*, 17 de marzo de 1975, IMJ, 3; Ferdinando Scianna, «Il carcere visto da un filosofo francese», *L'Europeo*, 3, abril de 1975, págs. 63-65.

⁴² Jean-Paul Enthoven, «Crimes et châtements», *Le Nouvel Observateur*, 3 de marzo de 1975, págs. 58, 59; véase también Adolfo Fernández-Zoila, «La machine à fabriquer des dé-Unquants», *La Quinzaine Littéraire*, 16-31 de marzo de 1975, págs. 3 y 4; Max Gallo, «La pri-ÍOII selon Michel Foucault», *L'Express*, 24 de febrero-2 de marzo de 1975, págs. 65 y 66; Robert Kanters, «Crimes et châtements», *Le Figaro Littéraire*, 22 de febrero de 1975, pág. 17.

Según Arlette Farge, que había trabajado como instructora de educadores de prisiones, el libro envió «ondas de choque» a través de los servicios de educación y de trabajo social de las prisiones⁴³.

La celebración real de *Surveiller et punir* llegó al final del año, cuando ya se había reeditado. En diciembre, *Critique* publicó un número especial sobre Foucault, en el que le dedicaba tres importantes artículos⁴⁴. El de Philippe Meyer, escrito a petición de Jean Piel, no es una reseña, sino un intento de seguir una sugerencia que se hace en el libro de Foucault: «Debería hacerse un estudio completo sobre los debates que tuvieron lugar durante la Revolución acerca de los tribunales familiares, la reprensión de los padres y su derecho a encerrar a sus hijos»⁴⁵. El largo estudio de Francois Ewald sobre *Surveiller et punir* tuvo un efecto inmediato en la carrera de su autor; fue en parte por la fuerza de este artículo por lo que el antiguo organizador de la Gauche Prolétarienne en Bruay-en Artois se convirtió en ayudante de Foucault en el Collège de France. Es probablemente el ejercicio más complicado para rastrear las huellas nietzscheanas que corren por el estudio de Foucault sobre el nacimiento de la prisión. Por ejemplo, Ewald demuestra que su historia de las tácticas disciplinarias se ajustan a un modelo esbozado por vez primera en su tributo a Jean Hyppolite: «Las fuerzas que actúan en historia no obedecen un destino o un mecanismo, sino los peligros de una lucha. No se manifiestan como las formas sucesivas de una intención primordial; no siempre toman la apariencia de un resultado. Siempre aparecen en el carácter fortuito y singular del hecho»⁴⁶. También hace la fascinante sugerencia de que el mejor modo de presentar *Surveiller et punir* sería remendar un pasaje de *Sobre la genealogía de la moral* y alterar las especulaciones sobre el «problema de la piedad y la ética de la piedad» para que dijera:

A primera vista, este problema de la prisión y la «ética de la prisión» [...] puede parecer muy especial, un tema marginal. Pero cualquiera que persevera en él y aprenda a formular cuestiones tendrá la misma experiencia que yo: se abrirá ante él un nuevo y vasto panorama; le invadirán posibilidades extrañas y vertiginosas; saldrán a la superficie todo

⁴³ Entrevista de Keith Gandal a Arlette Farge en 1985, citado en Gandal, «Michel Foucault: Intellectual Work and Politics», pág. 133 n.

⁴⁴ Gilles Deleuze, «Ecrivain non: un nouveau cartographe», *Critique*, 343, diciembre de 1975, págs. 1207-1227 (revisado como «Un nouveau cartographe» en *Foucault*, edición por la que se cita aquí); Francois Ewald, «Anatomie et corps politiques», *ibid.*, págs. 1.228-1.265; Philippe Meyer, «La correction paternelle, ou l'état, domicile de la famille», *ibid.*, págs. 1.266-1.276.

⁴⁵ *Surveiller et punir*, pág. 304n; véase Philippe Meyer, *L'enfant et la raison d'état*, París, Seuil, 1977; entrevista con Philippe Meyer.

⁴⁶ Ewald, pág. 1.256; «Nietzsche, la généalogie, l'histoire», pág. 161.

tipo de sospechas, desconfianzas y miedos; empezará a tambalearse su creencia en cualquier tipo de ética. Por último, se verá obligado a escuchar una nueva demanda⁴⁷.

El artículo de Ewald también indica que se estaba gestando un importante giro entre el público de Foucault. El antiguo maoísta pregunta ahora: «¿Quién escribirá sobre la anatomía política de las organizaciones políticas y sindicales, de los aparatos para "educar" a las masas, para "disciplinarlas", para darles una "conciencia"? [...]. ¿Qué "malevolencia" se esconde bajo el "centralismo democrático"?»⁴⁸.

En cierto sentido, ya ha respondido a su pregunta al señalar un vínculo entre *Surveiller et punir* y el estudio de André Glucksmann sobre los campos de trabajo soviéticos⁴⁹. Sostiene que el libro de este autor es una «anatomía del "poder-conocimiento" marxista» que confirma la tesis de que «quizá nuestras verdades se basen en procedimientos policiales y judiciales, que hayan sido confirmadas por los ritmos de marea del Gulag»⁵⁰. Sin duda, Foucault hace referencia, en términos que aluden con total transparencia a Solzhenitsin, al modo en que «los archipiélagos carcelarios transportan toda la tecnología de las instituciones penales al conjunto del cuerpo social»⁵¹. Tales temas iban a tener mucho mayor éxito en el verano de 1976, el verano de los *nouveaux philosophes*.

Para Deleuze, el libro de Foucault era una «divina comedia del castigo» y su autor, «un nuevo cartógrafo»⁵². Era como si, al final, hubiera pasado algo nuevo desde Marx. Como Ewald, interpreta *Surveiller et punir* en términos de sus implicaciones políticas contemporáneas. Apunta que el GIP, a diferencia de muchas formas de gauchismo, había sido capaz de evitar el centralismo organizativo que seguía uniendo a la izquierda con el estalinismo. La teoría del poder esbozada en los primeros capítulos del libro implicaba ahora el abandono de la hipótesis tradicional de la izquierda. El poder no era propiedad de la clase que supuestamente se había incautado de él, sino una estrategia, y Foucault ofrecía un «nuevo funcionalismo», un «análisis funcional que no niega la existencia de clases o de sus luchas, pero que pinta un cuadro muy diferente, con personajes di-

¹⁷ Ewald, pág. 1.228; Nietzsche, *The Birth of Tragedy* y *The Genealogy of Morals*, trad. de Francis Golffing, Nueva York, Doubleday, 1956, págs. 154 y 155. [Trad. esp.: *El nacimiento y la tragedia*, y *La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza, 1993.]

⁴⁸ Ewald, *op. cit.*, pág. 1.265.

⁴⁹ André Glucksmann, *La cuisinière et le mangeur d'hommes*, París, Seuil, 1975.

⁵⁰ Ewald, pág. 1.232.

⁵¹ *Surveiller et punir*, pág. 305.

⁵² Foucault, págs. 31, 51. En la entrevista publicada en *Les Nouvelles Littéraires*, 17 de marzo de 1975, Foucault se describe como «cartógrafo».

ferentes y procesos diferentes, al que la historia tradicional, incluso la marxista, nos ha acostumbrado»⁵³.

En principio, iba a haber al menos un ensayo más sobre Foucault en el número de diciembre de 1975 de *Critique*. Lo había escrito Francois Roustang, jesuita pasado a psicoanalista a quien Foucault había conocido en Vincennes. Alaba y critica el libro, pone reparos a los comentarios de pasada sobre el psicoanálisis y sostiene que si la visibilidad es una trampa para el preso, también lo es para el poder: cuando todo se hace visible, ya nadie puede ver nada porque se pierde el contraste esencial entre luz y sombra y todo se disuelve en la visibilidad. El artículo fue rechazado por Piel, probablemente debido a su resistencia a publicar algo que criticara abiertamente a Foucault. Cuando se enteró de su contenido, éste se puso furioso e hizo saber que su publicación le costaría caro a su autor. Roustang dejó claro que no le intimidaría y publicó el ofensivo artículo en *Les Temps Modernes*, lo que no hizo mucho en aras de aplacar la cólera de Foucault. Era bastante capaz de intentar suprimir las críticas a su obra y de guardar rencor durante mucho tiempo, pero en esta ocasión sus amenazas quedaron en nada y se olvidó el incidente⁵⁴.

La publicación de *Surveilktr etpunir* coincidió con la inauguración de la exposición de Gérard Fromager en la Galerie Jeanne Bucher. El catálogo de «Le désir est partout» («el deseo está en todas partes») llevaba como prólogo un ensayo de Foucault sobre «La peinture photogénique», y dos de las pinturas tenían un significado particular. Las dos versiones de *En révolte a laprison de Toul* se basaban en las fotografías de los presos en el tejado, ampliamente difundidas por la prensa. Son producto de la técnica característica de Fromager de proyectar una fotografía en una superficie y pintar directamente sobre ella antes de añadir manchas brillantes de color.

Otras pinturas exhibidas eran escenas callejeras de París y China, producidas con la misma técnica. La inspiración de Fromager no era puramente tecnológica y algunos de sus lienzos recuerdan mucho a los «pintores campesinos» de la provincia china de Shan-Xi, que disfrutaban de una fama considerable en la izquierda de entonces.

El prólogo era un gesto de amistad hacia Fromager, persona que conocía desde hacía algunos años, y que admite que le fue muy útil en su carrera⁵⁵. Consideraba la obra del artista como la consumación de una re-

⁵³ *Foucault*, págs. 32, 33. Deleuze se refiere específicamente a *SurvetUer et punir*, págs. 32 y 33.

⁵⁴ Francois Roustang, «La visibilité est un piège», *Les Temps Modernes*, 356, marzo de 1976, págs. 1.567-1.579; entrevista con Francois Roustang.

⁵⁵ Comunicación personal.

lación larga y complicada entre la pintura y la fotografía, que explora mediante una breve exposición sobre Julia Margaret Cameron y los primeros daguerrotipos de John Jabez y Edwin Mayall. El arte pop y el hiperrealismo habían introducido un nuevo «amor por las imágenes» al permitir a los artistas «conectar» con la circulación infinita de imágenes. El artista pop no usa sólo la fotografía como una ayuda para la pintura; una imagen fotográfica se pinta y explota como una imagen dentro de la pintura. El arte pop y el hiperrealismo habían conectado la pintura con un océano de imágenes. Sin embargo, Fromager introdujo algo aún más nuevo: «Al cubrir las fotografías o revestirlas triunfal o insidiosamente, la pintura no dice que las fotos son hermosas. Hace algo más que eso: produce la belleza hermafrodita del negativo y el lienzo, la imagen andrógina»⁵⁶.

En gratitud por el prólogo, Fromager pintó un retrato de Foucault. En *Michel* (óleo sobre tela, 1976) emplea la misma técnica que en la serie de *Ix désir est partout*. Foucault, con su inevitable jersey de cuello vuelto blanco, parece a punto de saltar del lienzo, se ríe y los ojos le centellean, mientras las manchas de color y las líneas diagonales a la altura de la cabeza proporcionan al retrato una vivacidad admirable. Este cuadro perteneció a Foucault hasta su muerte y ahora forma parte de la colección del Centro Michel Foucault. A Robert Badinter se le encargó una segunda versión ligeramente diferente, que cuelga a la entrada de su despacho en el Conseil Constitutionnel.

La reacción de Foucault a la publicidad que rodeó *Surveiller et punir* lúe típica: aunque se quejó por la persecución de los periodistas, no se negó a conceder entrevistas y en general disfrutó de todo el proceso. (Cuando la ola de publicidad inmediata comenzó su declive, prosiguió con su actividad docente en el Collège de France, donde el seminario anual había versado sobre el papel legal del «informe psiquiátrico» y las conferencias, sobre el tema de la «anormalidad». Por este término, entendía la categoría médico-legal que definía a individuos tales como los hermafroditas como monstruos, que creaba de un modo razonable criminales monstruosamente incorregibles y que denunciaba como «anormal» la práctica de la masturbación. La cruzada contra esa perversión anormal expresaba la transformación de la familia en un aparato de poder-conocimiento. Poner en tela de juicio la sexualidad infantil y todas las anomalías de las que se la suponía responsable era uno de los procesos que promovía esa nueva estructura: «La familia pequeña e incestuosa que carac-

⁵⁶ «La peinture photogénique» en *Fromager: Le désir est partout*, París, Galerie Jeanne Bui In't, 1975, sin paginación.

teriza nuestras sociedades, el espacio familiar minúsculo y saturado desde el punto de vista sexual en el que se nos cría y vivimos»⁵⁷.

En mayo terminó el año académico del CoUége, y Foucault partió hacia Estados Unidos para una breve visita, invitado por Leo Bersani como profesor visitante de francés en la Universidad de Berkeley. Ya había estado en ese país en numerosas ocasiones, pero era su primera visita a California. De inmediato, quedó prendado de la Costa Oeste, que siempre iba a tener un atractivo casi utópico para él. Se le recibió bien en el campus, aunque pasarían algunos años antes de que hiciera su penetración triunfal y se volviera una figura importante en Estados Unidos. Por entonces, aprendió a disfrutar de la atmósfera relativamente relajada de las universidades americanas y ya no volvió a tomarse a mal que los alumnos dieran por sentado su disponibilidad para las discusiones informales, como había hecho en sus primeras visitas. También había mejorado su inglés hablado desde 1971 y ya no requería un intérprete para todas sus charlas.

Estaba programado que diera conferencias públicas y un seminario, pero sólo han sobrevivido fragmentos de lo que se dijo. Dos textos mecanografiados fragmentarios, uno con fecha del 8 de mayo de 1975 y el otro sin fechar, titulados, respectivamente, «Discursos y represión» y «Sobre la sexualidad infantil» indican que estaba trabajando en una primera versión de *Histoire de la sexualité*^{6*}.

En ambos, habla de querer escribir una especie de secuela de *Histoire de la folie* y de haber intentado escribir una historia de las «anomalías sexuales» que había comenzado a examinar en el CoUége de France y de la represión de la sexualidad. No pudo hacerlo al no encontrar la documentación suficiente. Su imposibilidad, pensaba, podía estar relacionada con el papel de la «hipótesis represiva» que asociaba con Wilhelm Reich y su movimiento «sexopolítico» de los años treinta y la creencia de que la liberación sexual despejaría por fin las sombras de la represión. Contra esta opinión, Foucault comenzaba a sostener que el poder no suprime el deseo; lo produce y crea la forma misma del sujeto individual. Así pues, sería más provechoso estudiar las estrategias del poder que las prohibiciones de la ley. Dada su naturaleza fragmentaria y su posición incierta, poco más se puede decir de estos textos, pero resulta claro que representan un estadio en la difícil génesis y nacimiento de la *Histoire de la sexualité*, planeada en varios volúmenes.

⁵⁷ *Resume des cours*, pág. 79.

⁵⁸ Textos mecanografiados en la Bibliothèque du Saulchoir. También se guardan copias en la colección History of de Present de Berkeley. «Discourse and repression» lo transcribió John Leavitt.

Los placeres de California no fueron sólo puramente académicos. Foucault descubrió una sociedad gay que era inimaginable en Francia y una apertura sexual que le encantó. En su breve visita, tuvo poco tiempo para explorarla, pero llegó a conocerla bien en sus viajes posteriores. Parece que fue entonces cuando comenzó a desarrollar su flirteo con el mundo del cuero y el sadomasoquismo, que sólo eran algunos de los placeres disponibles. En este momento, no los mencionó por escrito y, cuanto lo hizo, fue de un modo estrictamente impersonal. California, en la forma de dos académicos gays, también le ofreció LSD, que tomó entonces por primera vez. La ocasión fue casi ceremonial, con el desierto como escenario y como acompañamiento de fondo una cinta de Stockhausen. Abundan los rumores acerca del viaje del ácido; ésta es una de las historias sobre Foucault que todo el mundo parece conocer. Los informes de quienes declaran que les contó que cambió su vida probablemente deben datarse con cierto escepticismo; las percepciones proporcionadas por el LSD suelen ser de vida corta e ilusorias más que reales. En noviembre de 1975, Foucault habló con nostalgia a Mauriac de «una velada inolvidable con LSD, preparado cuidadosamente en dosis, en la noche del desierto, con una música deliciosa, gente agradable y algún licor»⁵⁹. Al igual que muchos consumidores del ácido, declaró que el alucinógeno había tenido un efecto revelatorio. No resulta claro si se refería a este primer viaje en particular, pero parece que le dijo a Defert que «la terrible experiencia había sido una especie de psicoanálisis para él». En conversación con Mauriac en julio de 1984, Defert le confesó que Foucault le había dicho que la experiencia con la droga le había revelado que él había tomado el lugar de su hermana Francine en su vida⁶⁰. Ahora había una nueva adición al formulario de los placeres, y el ácido siguió siendo una delicia ocasional e intensa.

A su regreso de California, Roger-Pol Droit, de *Le Monde*, le propuso un libro. Le sugirió que colaboraran en una serie de entrevistas que formarían un «libro bastante diferente». Tenía en mente una serie de conversaciones que iluminarían las partes más oscuras de su *oeuvre* y explorarían algunas de las sendas que había comenzado a abrir. Foucault asintió y se reunieron unas diez sesiones de trabajo que produjeron quince horas de grabación y, por fin, un manuscrito de unas trescientas páginas. Se fue haciendo cada vez más evidente que la inevitable concentración en su pasado se estaba convirtiendo en una fuente de irritación. Cuanto más se le pedía explicar cosas, más empezaba el proyecto a parecerse a una autobiografía intelectual, que no era un género de su agrado. Era el futuro y

Mauriac, *Mauriac et fils*, pág. 222.

Mauriac, *Le temps accompli*, pág. 44.

sus proyectos lo que le interesaba. De común acuerdo, se abandonó el proyecto. Se publicó un breve extracto dos años después de su muerte; el resto languidece en los archivos de Droit.

Los extractos sobrevivientes se concentran en la literatura y son en cierto modo una postdata a los escritos del periodo literario de Foucault. Dedicaba ahora poco tiempo al argumento elaborado por *TelQuely* otros grupos de que el acto mismo de escribir era subversivo y que según se iba haciendo más autorreflexivo, se volvía más revolucionario. Hablando en pasado, describía una vez más cómo Bataille, Blanchot y Klossowski habían representado, al igual que Nietzsche, un escape del discurso constringente de la filosofía, un área en la que la filosofía se hacía permeable a otras formas de pensamiento y lenguaje. El tono es de despedida, casi de arrepentimiento. Por el momento, Foucault estaba más interesado en la cuestión del modo como los discursos académicos y de vanguardia se confabulaban para definir ciertos textos como «literarios» o promoverlos al estatus «literario». En el fragmento publicado, no ofrece una solución⁶¹.

A pesar de su nostálgica referencia a su periodo literario, ya no mantenía contacto con Klossowski. Una conversación de la que informa Deleuze explica por qué. A comienzos de 1973, Klossowski habló con Foucault para sugerirle cómo tratar a la CRS en las manifestaciones. Un pelotón de treinta jóvenes muy bien parecidos, armados con palos, inmovilizaría a la policía, impresionada por su belleza. La reacción de Foucault no está recogida, pero resulta evidente que su trayectoria política lo había llevado para entonces muy lejos del mundo de Klossowski⁶².

En 1975, su costumbre habitual de estar al menos todo el mes de agosto con su madre en Vendevre-du-Poitou se alteró en cierto modo, ya que iba a pasar largo tiempo en Normandía, donde había comenzado la filmación de una adaptación de *Moi, Fierre Rivière*. La película estaba dirigida y escrita por Rene Allio, y filmada en el pueblo donde ocurrieron los asesinatos⁶³. Los actores eran gente de la localidad, sin experiencia profesional en ese campo. La elección del director la determinó *Les Camisards* (1972) de Allio, película que había gustado mucho a Foucault y que era una celebración lírica y romántica de la revuelta protestante contra el Edicto de Nantes de 1685. Éste pasó mucho tiempo en el rodaje y también exploró el campo circundante con Defert. Para su gran exci-

⁶¹ Roger-Pol Droit, «Foucault, passe-frontières de la philosophie», *Le Monde*, 6 de septiembre de 1986, pág. 12.

⁶² Mauriac, *Et comme Yespérance est violente*, pág. 473.

⁶³ *Cinema*, 183, 1977, publicó el libreto; véase también el dossier en *Cahiers du cinema*, 271, noviembre de 1976.

tación, el último descubrió lo que creyó que era una estatua expiatoria de la Virgen levantada tras los asesinatos de Rivière y conoció a una anciana a la que, en su infancia, habían amenazado con que «Pierre Rivière se la llevaría» si era mala⁶⁴.

La película proyectada se encontró con dificultades financieras y se requirió un adelanto monetario de Gallimard. Para asegurar las finanzas de lo que ahora era un proyecto conjunto, Foucault tuvo que firmar un contrato, decisión de la que se iba a arrepentir más tarde. También se arrepintió de la elección de director. El realismo ampuloso del reparto amateur le desagradaba y con el paso del tiempo pensó que la película hubiera estado mejor dirigida por el cineasta alemán Schroeter⁶⁶.

En otoño, la participación política de Foucault tomó una nueva dimensión, que reflejó la posición que ahora disfrutaba como uno de los más conspicuos intelectuales franceses. Como con tanta frecuencia, el estímulo para la acción fue externo; la participación no surgió de un compromiso público de larga duración con la causa en cuestión.

Los regímenes totalitarios moribundos a veces se distinguen por un último arranque de barbarie. El régimen de Franco en España no fue una excepción. A comienzos de septiembre de 1975, dos miembros del movimiento separatista ETA, José Antonio Garmendia Artola y Ángel Otaegi Echeverría, fueron condenados por la muerte de un guardia civil al que ETA consideraba un torturador. Ocho militantes del FRAP (Frente Revolucionario Antifascista y Patriótico) también esperaban su ejecución⁶⁷. Lo que provocó la repulsión mundial fue más el modo de ejecución que la condena en sí: a los condenados, incluidas dos mujeres embarazadas del FRAP, iban a darles garrote.

Catherine von Bülow fue quien dio la noticia de la inminente ejecución a Mauriac y Foucault, y quien insistió en que debían hacer algo⁶⁸. Su reacción fue de horror, pero ninguno sabía realmente mucho de la situación española. Foucault detestaba a Franco como el «más sanguinario de los dictadores», pero era un sentimiento compartido por muchos que no entendían de la política española. En circunstancias normales, nadie habría apoyado o se habría adherido al tenorismo de ETA o FRAP, el ala armada de un partido maoísta bastante poco efectivo, pero la repulsión

⁶⁴ *Ibid.*, pág. 631.

⁶⁵ *Mauriac etfi*, pág. 217.

⁶⁶ Entrevista con Daniel Defert.

⁶⁷ Sobre el FRAP, véase *I Congreso del Partido Comunista de España (Marxista-Leninista): In- i. > i tur del Comité Central*, Madrid, Ediciones Vanguardia Obrera, s/f, págs. 95-97.

⁶⁸ * Mauriac, *Et comme l'espérance est violente*, pág. 582; entrevista con Catherine von Bülow. El extenso relato de estos acontecimientos por parte de Mauriac aparece en *L'espérance*, pági- BM 600-640.

física hacia las ejecuciones previstas superó toda duda que pudieran albergar. El 20 de septiembre, Mauriac fue al piso de Von Bülow en la avenue Emile Zola, donde se encontró con el padre Ladouze, sacerdote dominico que representaba al periódico *Témoignage Chrétien*, Defert y Foucault. Cuando llegó, se encontró al último con el hijo de un año de Von Bülow en los brazos, con una ternura que le sorprendió. Más sorprendente todavía quizá, dado el nivel de tensión, era el hecho de que Foucault se hubiera acordado de llevarle un regalo: una funda para pijama en forma de elefante gris. El gesto era más impactante porque no se distinguía por su habilidad para tratar con niños pequeños.

A los presentes se unieron pronto el cineasta Costantin Costa-Gavras, Jean Daniel y Régis Debray, *normdien* cuyo pasado colorista incluía un periodo de encarcelamiento en Bolivia debido a sus lazos con el desafortunado movimiento guerrillero lanzado allí por Che Guevara, y figura conocida de la izquierda parisiense. El plan, ideado por Costa-Gavras, era ir a España y demostrar solidaridad física con los condenados. La idea atrajo mucho a Foucault, que sugirió de inmediato que se podrían repartir octavillas a la puerta de la catedral cuando saliera la gente de misa mayor. A Debray no le pareció que esto pudiera conseguir resultados positivos. Por fin, se alcanzó un compromiso: se redactaría una octavilla para ser distribuida en una conferencia de prensa. Jean Daniel puso los recursos de *Le Nouvel Observateur* a disposición del grupo y convino en ocuparse de la logística de la misión; en realidad, Von Bülow sería quien realizara la mayor parte del trabajo. Luego la reunión se disolvió. Cuando salían, Mauriac señaló que le entristecía ir a Madrid sin poder visitar el Prado. En broma, Daniel apuntó que su dilema sería un buen tema para Claire Brétecher, la devastadora caricaturista y cronista de la comedia de la vida parisiense de clase media del *Observateur*.

El mismo grupo se volvió a encontrar por la tarde y entonces se le unió Santiago Carrillo, secretario general del Partido Comunista Español (PCE). Jean Daniel había estado en contacto con Madrid y se había enterado de que si la delegación llegaba el domingo, no recibirían publicidad, ya que un cálido fin de semana de septiembre no era tiempo para el debate político. Retrasar la expedición al lunes —día de publicación de *Le Nouvel observateur*— significaba que Daniel no pudiera ir. Entonces se preguntó a Carrillo qué opinaba del plan y por su expresión resultó obvio de inmediato que no lo aprobaba. Según él, no había necesidad de precipitarse, ya que no pasaría nada al menos hasta dentro de una semana. La idea de repartir octavillas por la calle le pareció peligrosa y ridícula. Por un lado, los distribuidores se exponían a la detención inmediata según los términos de la draconiana ley antiterrorista española. Por otro, la gente sería debía emprender actividades serias y que un grupo de «ce-

lebridades» francesas repartiera propaganda podía ofender las sensibilidades locales. Sin embargo, una conferencia de prensa por lo menos les permitiría hablar, aunque fuera brevemente.

Foucault replicó a las objeciones. En cuanto a los posibles problemas con la policía, en su opinión, la única cuestión era ser detenidos. No se consideraba «un personaje serio», sino que, por el contrario, todas sus acciones políticas previas, es decir, su labor en el GPI, habían intentado demeritar jerarquías y representaban una negativa a ser un orador de cualquier categoría social particular. Por otra parte, estaba convencido de que la conferencia de prensa era la forma de acción más apropiada. Propuso que se llevara una octavilla a Madrid, ya que si eran silenciados, por lo menos las palabras escritas permanecerían.

El texto, redactado por él, rezaba:

Diez hombres y mujeres acaban de ser condenados a muerte. Han sido condenados por tribunales especiales y no han gozado del derecho a la justicia.

Ni de la justicia que demanda pruebas para condenar. Ni de la justicia que otorga a los condenados la capacidad de defenderse. Ni de la justicia que les asegura la protección de la ley, sin importar la seriedad de las acusaciones. Ni de la justicia que protege a los enfermos ni de la que prohíbe el maltrato a los presos.

Siempre hemos luchado por esa justicia en Europa. También hoy debemos luchar donde quiera que se la amenace. No queremos proclamar la inocencia; no pretendemos hacerlo. No pedimos un indulto tardío; el pasado del régimen español no nos permite esperar tanto. Demandamos que los hombres de España respeten las reglas básicas de la justicia, del mismo modo que las respetan los hombres de otros lugares.

Hemos venido a Madrid a sostener este mensaje. El asunto es tan serio que hemos tenido que hacerlo. Nuestra presencia pretende mostrar que la indignación que nos conmueve significa que nos sentimos solidarios, junto con muchos otros, con esas vidas amenazadas⁶⁹.

Ahora debían encontrarse firmantes. Sartre y Aragón eran elecciones obvias y se dio por sentado que no sería difícil convencerlos. El nombre de André Malraux se unía de modo inextricable con España: había combatido en la guerra civil y después había sido condenado a muerte *in absentia* por los tribunales franquistas. Su novela *Lespoir* probablemente sigue siendo la más grande obra en prosa inspirada por el conflicto español. El problema era que Malraux no había dicho nada de España durante años y muy rara vez firmaba peticiones de cualquier tipo. Obtener su

⁶⁹ Mauriac, *Et comme j'espérance est violente*, págs. 590, 591.

firma fue la tarea asignada a Claude Mauriac, que lo conocía desde los años cuarenta y que había escrito sobre él⁷⁰. Habían comido juntos en agosto. En el curso de su conversación, Malraux comenzó a discutir a Foucault y opinó que quizá hubiera estado en lo cierto Maurice Clavel al sugerir que éste había dicho todo lo que tenía que decir en *Les mots et les choses*⁷¹.

Mauriac telefoneó a Sophie de Vilmorin, que puso excusas diciendo que Malraux nunca pediría nada a Franco, ni siquiera una vida. Sin embargo, le impresionó saber que se iba a llevar el texto físicamente a España. Una hora y media después, devolvió la llamada: Malraux había accedido, con cierta renuencia, a firmar. No aprobaba de forma particular el plan y declaró que su firma traería mala suerte, pero estaba dispuesto a permitir que usaran su nombre. Esta firma tenía una importancia considerable para Foucault: de estudiante, le había admirado tanto, que era capaz de recitar de memoria páginas enteras de su obra⁷². Mientras tanto, había obtenido la firma del premio Nobel Francois Jacob, compañero del Collège de France.

La búsqueda de firmas estuvo marcada por un incidente cómico. Catherine von Bülow colgó el teléfono y anunció de repente que «el príncipe» estaba dispuesto a firmar. Cuando se le preguntó de qué príncipe se trataba, replicó «Rainiero», para disgusto de Foucault, que protestó porque no tenía nada que ver con el asunto. Por último, se aclaró el malentendido: el «príncipe» en cuestión era Leprince-Ringuet, miembro de la Académie Française y no de la familia Grimaldi de Monaco. Por razones inexplicables, su nombre no aparece en el documento final. La lista de los firmantes reza: André Malraux, Pierre Mendés France, Louis Aragón, Jean-Paul Sartre y Francois Jacob.

Se decidió que llevaran el mensaje a España seis personas: Costa-Gavras, Debray, Foucault, el padre Ladouze, Jean Lacouture, Claude Mauriac e Yves Montand. Para su pesar, decidieron excluir del grupo a Daniel Defert, ya que pensaron que su falta de visibilidad social y en los medios de comunicación hacía posible que se le tratara con dureza⁷³. De los siete, Debray, que ahora rechaza el incidente como ridículo y se niega a discutirlo⁷⁴, era el que probablemente más riesgo corría: ya había sido expulsado de España con anterioridad y sus conexiones latinoamericanas hacían que su reputación fuera sólo ligeramente mejor que la del

Mauriac, *Malraux ou le maldu héros*, París, Grasset, 1946.

Mauriac, *Et comme l'espérance est violente*, págs. 259, 260.

Ibid., pág. 600.

Entrevista con Daniel Defert.

Comunicación personal.

mismo diablo. Montad y Costa-Gavras eran famosos por su colaboración en películas como *Z*. En términos de la política intelectual franquista, Mauriac era la encarnación de la oposición de su padre a Franco, poco usual, pues muchos católicos franceses habían apoyado la cruzada franquista contra la República atea.

La delegación o «comando», como la denominó Jean Daniel⁷⁵, era (completamente masculina. En un gesto simbólico hacia el feminismo, se había sugerido que hubiera al menos una mujer en la partida. Se barajó el nombre de Catherine Deneuve, que estaba trabajando con Montand, pero estaba demasiado preocupada con su papel y rehusó ser distraída. Von Bülow sugirió a Simone de Beauvoir, que parecía una elección obvia, pero, sin proponérselo, había pronunciado uno de los nombres que no podían mencionarse en presencia de Foucault, quien estalló en cólera y rechazó por completo la sugerencia. Por un momento, Von Bülow pensó que iba a golpearla de verdad. Así que no se unió ninguna mujer a la expedición y «Les Montand-boys», en frase de Von Bülow, se marcharon solos⁷⁶.

La mañana del 22 de septiembre, Foucault y Mauriac fueron juntos en coche al aeropuerto Charles de Gaulle, llevando el texto en francés y español (la traducción era de Santiago Carrillo). Allí se les unieron los otros cinco «Montand-boys». El avión estaba casi vacío y pasaron el tiempo firmando ejemplares de su octavilla. Ahora llevaba un añadido: «Nuestra presencia física en Madrid debe sumarse a la seriedad de nuestras demandas, debe demostrar la indignación que nos mueve y nos ha hecho, con otros muchos, manifestar nuestra solidaridad con aquellos que tienen sus vidas amenazadas.»

Aduana e inmigración no presentaron problemas y el grupo salió a la luz del día. Montand y Costa-Gavras habían tomado una suite en el piso veinte del hotel Torre de Madrid. Allí se iba a celebrar también la conferencia de prensa. Tras una breve visita a las oficinas de un periódico clandestino, se fueron al bar, donde comenzaron a reunirse representantes de la prensa extranjera y unos pocos periodistas españoles. Yves Montand leyó el texto en voz alta en francés, pero antes de que Debray pudiera leer la versión española, intervinieron los miembros de la policía de seguridad en ropas de paisano. Ordenaron que todo el mundo permaneciera callado y sentado donde estaba. Costa-Gavras pasó a Mauriac un trozo de papel con el teléfono de la embajada francesa garabateado en él. Foucault preguntó si estaban detenidos y le contestaron que no, pero que tenían

⁷⁵ Jean Daniel, «Quinze jours en images», *Le Nouvel Observateur*, 29 de septiembre de 1975, pág. 28.

⁷⁶ Catherine von Bülow, «Contredire est un devoir», *LeDébat*, 41, págs. 172, 173.

que permanecer sentados. Luego le pidieron que les entregara el resto de las octavillas. Se negó y la tensión se elevó de inmediato. Mauriac temió que agredieran físicamente a Foucault y un segundo miedo le cruzó la mente de inmediato: quizá no eran policías, sino miembros de los Guerrilleros de Cristo Rey, un grupo militar clandestino de ultraderecha. Foucault estaba pálido, temblando de ira y parecía dispuesto a atacar, pero finalmente se rindió a los ruegos susurrados por Mauriac y entregó sus octavillas. La llegada de la policía armada uniformada de gris redujo algo la tensión, al hacerse obvio que los temidos Guerrilleros no estaban presentes. Detuvieron a todos los periodistas, incluido William Chislett de *The Times*, y se los llevaron esposados. Separaron a los franceses y les dijeron que serían puestos de inmediato en un vuelo a París.

Se permitió que dos del grupo reunieran su equipaje, bajo la mirada de la policía, y los subieron en vehículos policiales. Mauriac leyó simpatía y fraternidad en los rostros de las personas que estaban fuera del hotel; el destino de cualquier persona detenida por la policía armada siempre estaba en duda. Por un breve momento, dejaron a Mauriac solo en las escaleras del hotel y tuvo la impresión de estar en una película de Costa-Gavras. Lo mismo le pasó a Foucault:

Yves Montana leyó el texto firmado por André Malraux y las otras cuatro personalidades francesas. Cuando la lectura terminó en medio de un silencio impresionante, intervinieron inspectores de paisano. Había algo fantástico en la apariencia de esos policías, para quienes la presencia de Montand era embarazosa en extremo: el hombre que encarna la imagen del «luchador de la resistencia» en tantas películas de repente se había encontrado frente a frente con policías que lo reconocían. Eso dio a la escena una intensidad política extraordinaria. [...Yves Montand] fue el último en salir. Llegó a las escaleras del hotel flanqueado por policías armados; al final de las escaleras, la policía había despejado el camino y su furgoneta estaba mucho más lejos. Cerca de los vehículos policiales, observaban el cuadro centenares de personas. Parecía un poco un ensayo para la escena de Z, cuando el miembro del parlamento es golpeado. Montand, muy digno, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás, bajó los escalones muy despacio. Entonces fue cuando sentimos la presencia del fascismo. El modo en que la gente observaba sin decir nada, como si hubiera visto la escena cientos de veces antes. Y al mismo tiempo la tristeza, y probablemente la estupefacción, de ver una escena muy real que había vivido cientos de veces con el héroe imaginario que había visto actuar en la pantalla. Estaba viendo una película sobre su propia realidad política. Y ese silencio...⁷⁷.

⁷⁷ Michel Foucault, «Aller á Madrid», *Liberation*, 24 de septiembre de 1975, págs. 1, 7.

No eran sólo memorias de cine las que se evocaban. Foucault podía haber estado otra vez en Poitiers, en tiempos de la guerra:

El sentimiento del fascismo nos atemorizaba. Teníamos recuerdos de infancia de cuando Francia estaba bajo la ocupación alemana, pero desde entonces habíamos perdido el contacto con esa presencia. Pero la sentíamos allí [...]. Vimos de nuevo esa mirada que habíamos conocido durante la ocupación alemana: el silencio de la multitud que observa sin decir nada⁷⁸.

En el aeropuerto se hizo obvio que la delegación iba a ser simplemente expulsada de España. Los registraron a fondo y examinaron sus pasaportes con un cuidado poco habitual. Cuando embarcaban en el avión francés, uno de los policías comenzó a insultar al padre Ladouze en español. Costa-Gavras, que ya había subido las escaleras, empezó a gritar: «¡Abajo el fascismo!, ¡Abajo Franco!». El policía corrió hacia él, pero Mauriac y otros le bloquearon el paso. Costa-Gavras ya estaba entonces dentro del avión, donde se halló rodeado por un impenetrable grupo de tullistas japoneses. El policía le ordenó volver con él al aeropuerto. En este momento llegó el piloto. Tras unas delicadas negociaciones en la cabina, convencieron al policía de que si llevaba adelante su acción, provocaría un incidente internacional, ya que el avión era territorio francés desde el punto de vista técnico. Mientras tanto, Montand repartía las pocas octavillas que le quedaban a los pasajeros franceses de a bordo.

Por fin el avión despegó hacia París. Más tarde Mauriac escribió que nunca había disfrutado tanto una comida en vuelo. Los siete habían es-
LHIO en Madrid seis horas en total. Cuando aterrizaron en París, de inme-
-i.i.ito les rodeó un enjambre de periodistas y gente de los medios de co-
municación, todos interesados más en Montand que en Foucault. El úl-
timo saludó a Catherine von Bülow con un afecto entusiasta y se com-
-i.irtó en general como un escolar que hubiera engañado a la dirección
• Ir su colegio⁷⁹.

El 27 de septiembre fueron ejecutados cinco de los militantes —tres
• Li I FPvAP— con la única concesión por parte de Franco de que murie-
-LIII de un tiro en lugar de agarrados. La comunidad internacional con-
-i linó de inmediato las ejecuciones. Nueve países de la Comunidad Euro-
-P' .1 retiraron su embajador y el Vaticano expresó su repulsa. México pi-
dió la expulsión de España de las Naciones Unidas. El silencio del gobier-
no francés fue atronador.

⁷⁸ «Hospicios, sexualidade, prisoes» (entrevista con Claudio Bojunga), *Venus* (Sao Paulo), I de octubre de 1975.

⁷⁹ Entrevista con Catherine von Bülow.

No todas las protestas se efectuaron en lenguaje diplomático. En Lisboa, embriagada aún por la atmósfera de la revolución del año anterior, se saqueó y prendió fuego a la embajada española. No hubo intervención policial. Tras una hora de violencia, sólo quedaron en pie las paredes humeantes. En París, los manifestantes tomaron las calles en una protesta espontánea y los Campos Elíseos se convirtieron en un campo de batalla. Al comienzo, parecía que la policía había perdido el control, pero se reagrupó y logró bloquear el acceso a la embajada. Una bomba hizo explosión a las puertas de las salas de exhibición de Simca-Chrysler y se intentó quemar un banco español. Ya era la mañana siguiente cuando se logró restaurar la calma.

A las ocho de la tarde, aproximadamente, Foucault, Mauriac y Defert fueron a ver qué pasaba. Cuando llegaron a la avenue Marceau, se encontraron con un inmenso desfile. La atmósfera era electrizante, pero Defert se dio cuenta enseguida de que lo que contemplaban era en realidad el repliegue del contingente del PCF. Muchos de los manifestantes que quedaban eran jóvenes y algunos ondeaban banderas rojas, amarillas y púrpura con la sigla FRAP. Según Mauriac, la mayoría eran españoles. El joven que se acercó a Foucault en la esquina de la avenue Montaigne y la rue du Boccador presumiblemente no era español, sino francés. Con muy poco sentido de la oportunidad, le preguntó si estaría dispuesto a hablar al grupo que se apoyaba en Marx. La contestación fue brutal y desdenosa: «No me hables más de Marx. No quiero oír hablar de ese caballero nunca más. Vete y díselo a los profesionales a quienes se paga por hacer eso, a sus funcionarios civiles. Por mi parte, he superado por completo a Marx»⁸⁰.

La noche se iba volviendo fría y Foucault y Defert fueron en busca de un taxi que los llevara a la rue de Vaugirard a coger unos jerseys. Entonces le pidieron a Mauriac que uniera sus brazos a los de los que estaban a su lado. Los manifestantes comenzaron a retirarse lentamente mientras las masas de la CRS avanzaban. De repente, se disparó una andanada de granadas de gas a la multitud, que estalló en pánico. Mauriac halló refugio en el patio de un edificio y luego observó las refriegas desde una distancia segura. Más tarde supo que la CRS había seguido órdenes cuando cargó sin ninguna provocación; el momento de las ejecuciones se iba acercando y el gobierno quería despejar las proximidades de la embajada a toda costa. Mauriac dejó la escena, sin estar seguro de si las dos figuras que había visto en la distancia eran Foucault y Defert. De hecho, habían vuelto a la zona hacia las tres de la madrugada, pero no pudieron encontrar a Mauriac.

Mauriac, *Et comme j'esperance est violente*, pág. 628.

Los partidos de izquierda convocaron una manifestación nacional el domingo, 29 de septiembre. Cientos de miles de personas, muchas con claveles rojos, desfilaron desde la place de la République hasta la Bastilla. Un grupo de simpatizantes del FRAP trató de ocupar un lugar en la cabecera de la manifestación, pero los dirigentes de la CGT los rodearon y sostuvieron que ella había convocado la manifestación, así que debía encabezarla. Los dirigentes de la CGT no se caracterizan por su cortesía en el trato con sus rivales políticos, pero en esta ocasión fueron impotentes para impedir lo inevitable. Los manifestantes entraron en la plaza de la Bastilla al canto de «FRAP, FRAP», unas dos horas después de haber comenzado la marcha. Como sorpresa duradera, se encontraron con un antiguo secretario del general De Gaulle desfilando, con el puño apretado, en apoyo de una organización terrorista. Entre la multitud iba Michel Foucault.

Las ejecuciones de septiembre iban a ser las últimas atrocidades del régimen franquista. El 20 de noviembre de 1975, Franco murió por fin. Malraux, sin duda para su satisfacción, le sobrevivió un año y tres días. Como señala su biógrafo, su último acto político había sido hacer que las voces de los luchadores de la sierra de Teruel se oyeran por fin⁸¹. En una conferencia en el Collège de France en el mes de marzo siguiente, Foucault utilizó el «acontecimiento pequeño y gozoso» de la muerte de Franco para ilustrar una nueva fase del «bio-poder»; ahora se podía mantener con vida a la gente más allá de los límites de la vida física real. A Franco lo habían mantenido vivo mediante la tecnología médica: «El hombre que poseía el poder de la vida y la muerte sobre cientos de miles de personas, cayó bajo el influjo de un poder que organizaba la vida tan bien que ni siquiera se dio cuenta de que ya estaba muerto, de que lo estaban manteniendo vivo tras su muerte»⁸². En 1976, también comentó sobre la muerte de Malraux: «Las cosas de las que habló eran más importantes para él que el hecho de que fuera él quien las dijera.» Luego lo comparó a Bernanos y Céline, preguntando: «¿Qué vamos a hacer ahora de los hombres como ellos, de alguien que fue más que un escritor pero que no fue un santo, alguien que fue más que un escritor y que probablemente no fue un canalla y alguien que fue más que un escritor y no fue revolucionario a los veinte años ni hombre de Estado en la edad madura? Quizá estamos demasiado dedicados al comentario para entender lo que son las vidas»⁸³.

El desafío de Foucault a la policía en el bar del Torre de Madrid es

⁸¹ Jean Lacouture, *Malraux, une vie dans le sude*, París, Seuil, Points, 1976, pág. 426.

⁸² «Paire vivre et laisser mourir», *Les Temps Modernes*, 535, febrero de 1991, pág. 47.

⁸³ Foucault en «Ils ont dit de Malraux», *Le Nouvel Observateur*, 29 de noviembre de 1976, pág. 83.

una prueba indudable de su coraje físico, aunque, como comentó a Manriac por entonces, se habría rendido mucho más deprisa si hubiera tenido enfrente una ametralladora. En su opinión, era también la expresión de un principio básico: «Tengo la opinión de que el trabajo de un policía es utilizar la fuerza física. Por ello, quien se enfrente a él no debe permitirle la hipocresía de enmascarar la fuerza física bajo órdenes que deben obedecerse de inmediato. Los policías deben llevar hasta el final lo que representan»⁸⁴. El policía individual es la encarnación del poder y éste debe resistirse constantemente. La resistencia proporciona una base para alianzas en apariencia poco probables:

Hago [...] cosas al mismo tiempo que otro (Régis Debray) que probablemente cree lo contrario de lo que creo yo, no lo sé, realmente ya no lo sé. Lo que sé es que tenemos que oponernos al poder, que debemos arrinconarlo [...]. No debemos aceptar, no aceptar nunca, su razón de ser, que, por su propia naturaleza, no puede rendirse: decidir qué es permisible y qué no lo es, qué condena y excluye. *Nunca* debemos dejar de oponernos para forzarlo, *siempre*, a alcanzar sus límites y tratar, siempre, de reducir sus dominios⁸⁵.

Poco después de su regreso de Madrid, Foucault dejó Francia para dar un breve ciclo de conferencias en Brasil, donde habló en Río de Janeiro y Sao Paulo. Las conferencias dictadas a los estudiantes de medicina social de la Universidad Estatal de Guanabara siguen sin publicarse, pero tratan sobre la criminalidad, la urbanización y la salud pública⁸⁶. Las visitas previas a ese país habían resultado relajadas y placenteras, pero en esta ocasión el clima político era opresivo y Foucault interrumpió su breve gira. El incidente específico que provocó su disgusto fue el asesinato a manos de la policía de un periodista judío, miembro del Partido Comunista clandestino:

La comunidad judía no se atrevió a oficiarle un funeral oficial. Y fue el arzobispo de Sao Paulo, Dom Evariste, quien organizó una ceremonia, en memoria del periodista, en la catedral de San Pablo. Atrajo a cientos y cientos de personas a la iglesia y al atrio, y el cardenal, vestido de rojo, presidió la ceremonia. Al final, avanzó hacia los fieles y los saludó diciendo «Shalom, shalom». Había policías armados alrededor del atrio y policía secreta dentro de la iglesia. La policía retrocedió;

⁸⁴ «Aller á Madrid», *Liberation*, 24 de septiembre de 1975.

⁸⁵ Mauriac, *Une certaine rage*, págs. 27 y 28.

⁸⁶ «Loucura — urna questão de poder» (entrevista con Silvia Helena Vianna Rodríguez), *Jornal do Brasil*, 12 de noviembre de 1975.

no podía hacer nada contra esto. Debo decir que tiene una grandeza, un poder; hay algo de un enorme peso histórico aquí⁸⁷.

El espectáculo de un arzobispo católico en presencia de un rabí le confirmó en su persistente admiración hacia la Iglesia, a pesar de proclamar que no le gustaban los cristianos⁸⁸.

Un frío día, una semana después de la Navidad de 1975, Foucault, Mauriac, Jean-Pierre Faye, Daniel Guérin y Pierre Halbwachs tiritaron durante cerca de una hora antes de que la manifestación empezara a moverse. En realidad, fueron dos los desfiles que enfilaron hacia la plaza de la Bastilla, una de ellas la formada por los batallones de la «izquierda unida» y la otra formada por izquierdistas, anarquistas y celebridades mezclados. Las dos columnas se mantuvieron separadas no por la policía, sino por un *cordón sanitaire* de dirigentes del PCF y la CGT. La manifestación apoyaba a varios reclutas que se enfrentaban a juicio en el Cour de la Sûreté de l'État, acusados de intentar desmoralizar al ejército⁸⁹.

El llamamiento a filas no suele ser un tema contencioso en Francia, ya que la mayoría de los reclutados consideran el periodo de su servicio militar una tediosa pérdida de tiempo que debe tolerarse lo mejor que se pueda. A mediados de los años setenta cambió el asunto, cuando una generación muy politizada de reclutas se negó a ser utilizada para romper huelgas y comenzaron a demandar el derecho a organizarse⁹⁰. Para muchos, el tema fundamental era las condiciones de vida en los cuarteles. El recuerdo del papel desempeñado por los oficiales jóvenes en la revolución portuguesa de 1974 añadió una dimensión más y sin duda alcanzó el espectro de insurrección para muchos militares. Dentro del mismo movimiento de soldados, coexistía, con bastante dificultad, una corriente de antimilitarismo revolucionario con una corriente más sindicalista que se preocupaba casi en exclusiva por los derechos democráticos.

Foucault no fue una figura importante en este movimiento. Sin embargo, tomó parte en manifestaciones y firmó manifiestos⁹¹. En febrero de 1976, también puso su nombre en un documento que era en potencia más comprometedor que cualquier petición. El documento estaba firmado por numerosas celebridades (De Beauvoir, Sartre, Châtelet, el actor Serge Reggiani, el popular cantante Maxime Leforrestier, Mauriac, Fou-

⁸⁷ Voeltzel, *Vingt ans et après*, pág. 157.

⁸⁸ Mauriac, *Mauriac et jéh*, pág. 227.

⁸⁹ Mauriac, *Une certaine rage*, págs. 30-36.

⁹⁰ Véase *Le proas de Draguignan*, Monaco, Editions du Rocher, 1975; Robert Pelletier y Négé Ravat, *Le mouvement des soldats*, París, Maspero, 1976.

⁹¹ Véase *Liberation*, 8 de diciembre de 1975.

cault...), que admitían delitos tales como estar en posesión de octavillas que expresaban las demandas de los comités de soldados, exigir el ejercicio de los derechos democráticos en los cuarteles del ejército y apoyar el derecho de asociación de los soldados y reclutas. Los jóvenes soldados se enfrentaban a acusaciones por esos delitos y los firmantes demandaban ser acusados también⁹².

Foucault y Mauriac se daban cuenta de hallarse en una situación ridícula en potencia. Podían ser acusados, en cuyo caso debían haber considerado con mayor cuidado lo que firmaban o podían no hacerles caso y su gesto carecería de significado⁹³. Como era predecible, se les dejó hacer el ridículo. A Foucault nunca le habían preocupado demasiado o de forma duradera los temas comprometidos, pero estaba más que dispuesto a expresar su solidaridad con quienes participaban de modo directo en una protesta contra una forma más de encierro.

Tuvo una participación más directa en un incidente. En un pequeño cine del *arrondissement* catorce, se exhibía una película filmada de modo clandestino en la Base Aérea 705 de Tours, titulada *Le cicogne en rogne* («la cigüeña se enfada»)⁹⁴. Una vez más, su presencia le llevó a un conflicto directo con la policía. Cuando tomaron el cine, para regocijo de muchos jóvenes activistas presentes, tuvieron que sujetar a Foucault para que no atacara a un oficial de policía. Luego la posible violencia dio lugar a una farsa, cuando el *commissaire* que comprobaba la identidad de los detenidos se refirió a Daniel Guérin, que era considerablemente mayor que la mayoría de los presentes, como «señor Foucault». Al verdadero «señor Foucault» no le hizo gracia y protestó a viva voz⁹⁵.

⁹² *Le Monde*, 12 de febrero de 1976, pág. 9.

⁹³ Mauriac, *Une certaine rage*, pág. 61.

⁹⁴ *Le cicogne en rogne* también era el título del periódico producido por el *comité de soldats*.

⁹⁵ Entrevista con Jacques Lebas y Jean-Pierre Mignard.

El uso de los placeres

«Seis volúmenes escritos por Michel Foucault», anunciaba *Le Monde* el 5 de noviembre de 1976. El breve texto insertado en la esquina inferior derecha de la primera plana, sin firma pero probablemente escrito por Roger-Pol Droit, comenzaba:

¿Represión sexual? Venimos diciéndolo una y otra vez: según se cree, Occidente ha mitigado, censurado y prohibido el sano ejercicio de un placer sano. Y la liberación sexual, que se ha convertido en algo necesario, parecería a la vez oportuna y subversiva. Michel Foucault, profesor del Collège de France y uno de los «grandes gurús» entre nuestros jóvenes filósofos, rechaza ahora esta hipótesis como una idea preconcebida.

Los seis volúmenes, cuya optimista aparición se había planeado a razón de uno por año, se iban a titular en conjunto *Histoire de la sexualité*.

La tesis de Foucault ya era de dominio público desde hacía varios meses, gracias al excitable Mario Clavel. En un debate radiofónico con Philippe Sollers, había señalado en julio: «Si es correcta mi información acerca de su próximo libro, dedicado a la sexualidad occidental, lo cambia todo, una vez más. Muestra de forma rigurosa que durante los últimos trescientos años ha habido ciertamente represión, pero que, en conjunto, en el dinamismo que constituye nuestra sociedad, *¡no se ha reprimido la sexualidad!* Por el contrario, se ha incitado». Al presentador Jacques Paugam se le escapó como única respuesta «Fichtre!» (¡caramba!)¹.

¹ Maurice Clavel y Philippe Sollers, *Dñivrance*, París, Seuil, 1977, pág. 104.

El proyecto era antiguo. En el prólogo inicial a *Histoire de la folie*, Foucault sugería que una de las historias que debían escribirse era la de los «tabúes sexuales», una historia que hablara de las «obstinadas formas de represión en movimiento constante, no para proporcionar una crónica de la moralidad o la represión, sino para revelar la trágica división del feliz mundo del deseo para convertirse en el límite del mundo occidental y el origen de su ética»². El mismo tema reaparecía en las líneas iniciales de un importante ensayo sobre Bataille escrito en 1963:

Creemos fácilmente que, en la experiencia contemporánea, la sexualidad ha encontrado otra vez una verdad natural que se pensaba que había esperado en las sombras durante mucho tiempo, bajo diversos disfraces, a tener derecho a aparecer a plena luz en el lenguaje y que sólo nuestra perspicacia positiva nos permite ahora descifrar³.

En una entrevista, describe sus planes para una historia de la locura y otra de la sexualidad como «proyectos gemelos» y añade que había pensado acerca de la segunda durante veinte años. El proyecto acabó cristalizando cuando escuchaba un programa radiofónico de sobremesa en el que un psicoanalista y un sexólogo aconsejaban a los oyentes sobre sus problemas sexuales. «Lo único que preguntaban al pobre hombre era: "¿Tienes erección o no?" Sin embargo, bajo las dificultades que tenía con su esposa, había algo muy diferente⁴.»

En las conferencias dictadas en 1970, Foucault alude a veces a un proyecto abandonado de escribir una historia de la represión y explica que nunca lo completó porque no pudo hallar la documentación que requería⁵. Otras veces se refería a un proyecto semejante sobre la «sexualidad infantil», como fue probablemente el caso durante la conversación mantenida con Mauriac en agosto del mismo año («un texto acerca de la sexualidad infantil antes de Freud»)⁶.

La serie de la *Histoire de la sexualité* se inicia con *La volonté de savoir*, que en su origen se tituló *Sexe et vérité* (sexo y verdad)⁷. El título definitivo (la voluntad de saber) hace alusión deliberada a la «voluntad de poder» de Nietzsche, aunque en la traducción inglesa se pierde por comple-

² Prólogo a *Histoire de la folie*, págs. iv y v.

³ «Préface à la transgression», pág. 751.

⁴ «A bas la dictature du sexe» (entrevistas con Madeleine Chapsal), *L'Express*, 24-30 de enero de 1977, pág. 56.

⁵ Conferencia sobre «Discourse and Repression», Berkeley, 8 de mayo de 1975, original mecanografiado en la Bibliothèque du Saulchoir D246.

⁶ Mauriac, *Et comme j'esperance est violente*, pág. 574.

⁷ «Le jeu de Michel Foucault», *Ornicarf* 10, julio de 1977, pág. 76.

lo⁸. Por supuesto, «La volonté de savoir» había sido el título genérico de la serie de conferencias pronunciadas el primer año en el Collège de France, aunque en ese contexto el término no se aplicaba a la sexualidad. En la cuarta de cubierta del libro más bien delgado se anunciaba que la genealogía de Foucault se completaría con los volúmenes siguientes: *La chair et le corps* (La carne y los cuerpos), *La croisade des enfants* (La cruzada de los niños), *Lafemme, la mere, l'hystérique* (La mujer, la madre, la histérica), *Les pervers* (Los pervertidos) y, finalmente, *Population et races* (Población y razas). Ninguno de ellos apareció según lo anunciado y la forma de *Histoire de la sexualité* iba a cambiar de modo considerable durante los ocho años siguientes. Una nota a pie de página anunciaba un volumen más con el título provisional de *Lepouvoir de la vérité* (El poder de la verdad), que versaba sobre la tortura en el derecho griego y romano⁹; este tema lo trató a menudo desde 1970 y volvió a él con frecuencia, pero no llegó a escribir el libro. Por su carácter introductorio y programático, gran parte de *La volonté de savoir* se dedica a esbozar los volúmenes futuros de la serie. Su naturaleza programática también explica sin duda la carencia relativa de pruebas documentales que apoyen sus tesis de largo alcance. Foucault se iba a arrepentir de esbozar los volúmenes que estaban por escribir, declarando que llevaban a malentendidos por parte de sus críticos¹⁰.

El primer volumen de la historia atravesó varios borradores diferentes y su argumento cambió drásticamente en el proceso. En su inicio, Foucault tomaba el «sexo» como algo dado y consideraba la «sexualidad» como una formación de discurso institucional que lo enmascaraba. Insatisfecho con esta tesis, invirtió sus términos, argumentando que el sexo es producido por el dispositivo (*dispositif*) de la sexualidad. El discurso de la sexualidad no se aplica al sexo, sino al cuerpo y a los órganos sexuales, a los placeres y a las relaciones de alianza¹¹. La noción de *dispositif* es la innovación teórica más importante del texto y en cierto sentido reemplaza a la *episteme* de *Les mots et les choses*, que ya estaba en eclipse en *L'archéologie du savoir*.

En una discusión con un grupo de lacanianos, Foucault definió de modo más claro lo que entendía por *dispositif*. El término hace referencia a un cuerpo heterogéneo de discursos, propuestas (filosóficas, morales, fi-

⁸ Trad. de Robert Hurley, *The History of Sexuality. Volume I: An Introduction*, Nueva York, Random House, 1978. [Trad. esp.: *Historia de la sexualidad*, vol. I, Madrid, Siglo XXI, 1992.]

⁹ *La volonté de savoir*, pág. 79 n.

¹⁰ Véase en particular sus comentarios en el prólogo a la traducción alemana, *Sexualität und Wahrheit. 1. Der Willzum Wissen*, Francfort, Suhrkamp, 1977.

¹¹ «Le jeu de Michel Foucault», pág. 76.

lantrópicas y demás), instituciones, leyes y enunciados científicos; el *dispositif* es la red que los une, que gobierna el juego entre los hilos heterogéneos. Es una formación que, en un momento histórico dado, corresponde a una función estratégica dominante, como la absorción de un excedente de población flotante por parte de una sociedad mercantil. El imperativo estratégico de absorber esa población se convierte de forma gradual en el *dispositif* el control-sometimiento de la locura, la enfermedad mental y la neurosis. En cierto sentido, el *dispositif* representa el intento de Foucault por analizar las «estrategias de las balanzas del poder al apoyar tipos de saber». Su intento de escribir una historia de la (*épistémé* en *Les mots et les choses*, admite ahora, le llevó a un callejón sin salida. La *épistémé* no era más que el *dispositif* un discurso específico¹². Dreyfus y Rabinow interpretan con precisión la noción de *dispositif*. «El *dispositif*, por supuesto, una trama de inteligibilidad construida por el historiador. Pero también son las mismas prácticas que actúan como un aparato, una herramienta, y constituyen y organizan sujetos»¹³.

La tesis básica de *La volonté de savoir* ganó fama con rapidez. Foucault parafraseaba lo que llamaba la «hipótesis represiva» en los términos siguientes, que revelan lo mucho que había cambiado el proyecto desde 1961: «Si el sexo está reprimido, es decir, condenado a la prohibición, a la no existencia, al silencio, el mero hecho de hablar de él parece una transgresión deliberada. Cualquiera que use este lenguaje se coloca, en cierto grado, fuera del poder; trastorna la ley; se anticipa, aunque sea de un modo tan ligero, a la libertad del futuro»¹⁴.

Luego formulaba tres dudas para comprobar su exactitud: que se haya reprimido el sexo quizá no sea un hecho histórico real; puede que los mecanismos de poder no se centren en la represión; no hay necesariamente un rompimiento histórico entre la edad de la represión y su análisis¹⁵. Al argumentar contra la hipótesis represiva, declaraba que los últimos tres siglos habían contemplado una «verdadera explosión de discursos», una «fermentación del discurso» acerca de la sexualidad¹⁶. El siglo XIX, en particular, no contempló «la exclusión de miles de sexualidades aberrantes», sino más bien «la especificación y solidificación regional de cada una de ellas»¹⁷. Fue el proceso mediante el cual se incorporaron las perversiones, o literalmente se hicieron carne, y mediante el cual se especificó a los in-

Ibid., pág. 63, 65.

Dreyfus y Rabinow, *Michel Foucault*, pág. 121.

La volonté de savoir, pág. 13.

Ibid., pág. 18.

Ibid., págs. 25, 26.

Ibid., pág. 60.

dividuos como perversos. Por ejemplo, la sodomía había sido una categoría para actos prohibidos, cuyo «autor» no era más que su apoyo o su sujeto jurídico; la cosmología sexual del siglo XIX, en contraste, creó «al homosexual», «un pasado, una historia y una infancia, un carácter, una forma de vida»¹⁸.

Se puede retrotraer la compulsión de hablar sobre el sexo hasta la pastoral cristiana y el ritual de la confesión, que halla un extraño paralelo en el precepto formulado en *Los 120 días de Sodoma*, de Sade: decir todo y del modo más detallado. Foucault logra un efecto sorprendente al juxtaponer dos citas, una de *Préceptes sur le sixième commandement*, de Liguori y otra de Sade. «No sólo los actos consumados, sino también los tocamientos sensuales, todas las miradas impuras, todos los comentarios obscenos.» «Vuestras historias deben adornarse con los detalles más penetrantes, pues no podemos juzgar si la pasión que describís está relacionada con las costumbres y características del hombre si ocultáis cualquier circunstancia»¹⁹.

Otra de las fuentes emblemáticas de Foucault es la obra anónima *My Secret Life*, que leyó en la edición de 1964, de Grove Press, y que, al igual que muchos de sus lectores, descubrió probablemente gracias a *The Others Victorians*, de Steven Marcus²⁰. Este estudio proporciona a Foucault el título de su capítulo inicial: «Nous autres, victoriens». *My Secret Life*, escrita probablemente entre 1890 y 1895 y formada por once pequeños volúmenes que sobrepasan las 4.000 páginas, relata las proezas sexuales compulsivas de un caballero Victoriano anónimo que suele identificarse con el autor, «Walter». Para Walter, el hecho de que cientos de personas se recrearan en las «prácticas extrañas» que describía constituía en sí mismo una justificación para publicar su diario; para Foucault, la práctica más extraña de todas era la descripción de las actividades sexuales, principio que se había inscrito en el corazón del hombre moderno al menos durante doscientos años. Walter era «el representante más directo y en cierto sentido más ingenuo de un precepto multiseccular de hablar acerca del sexo»²¹.

Tanto le agradó el libro, que se ocupó de la publicación de una traducción al francés abreviada de la edición de Grove en 1978²². En su pró-

¹⁸ *Ibid.*, págs. 58-60.

¹⁹ *Ibid.*, págs. 30 y 31.

²⁰ Steven Marcus, *The Other Victorians. A Study of Pornography and Sexuality in Mid-Nineteenth-Century England*, Londres, Weidenfeld & Nicholson, 1966. Foucault suele dar como nombre del autor «Stephen» (*sic*).

²¹ *La volonté de savoir*, págs. 31 y 32.

²² *My Secret Life*, trad. de Christine Charnaux *et al.*, París, Editions les Formes du Secret, 1978.

logo a esta edición, especula acerca de que la obra se basa en una «antigua tradición espiritual» que se ha conservado en los países protestantes: «Llevar un diario escrito de la propia vida, examinar la propia conciencia en una hoja de papel en blanco»²³. La sugerencia resulta intrigante, pero no convence por completo. No es muy probable que un caballero Victoriano como Walter conociera «las antiguas tradiciones espirituales», aunque sí quizá el Act of General Confession de la Iglesia Anglicana. Sería posible establecer un vínculo entre los narradores de Sade y los manuales de confesión; el existente entre las crónicas detalladas de *My Secret Life* y los «múltiples pecados e iniquidades» notoriamente inespecíficos a los que se hace alusión en la liturgia de la comunión es tenue en extremo. Sean cuales fueren los orígenes de *My Secret Life*, no es probable que se encuentren en las prácticas de una Iglesia para la que la confesión individual nunca ha sido obligatoria. Foucault también pasa por alto los considerables elementos sociológicos del libro y la posibilidad de que Walter tuviera más en común con Henry Mayhew y otros cronistas similares de la ciudad victoriana que con una tradición confesional.

Un lector desprevenido que esperase encontrar una descripción de las prácticas sexuales se verá tristemente defraudado por *La volonté de savoir*, que no ofrece los deleites experimentados por otros de una *Psychopathologica sexualis*. Foucault no pretende relatar las prácticas sexuales, sino «analizar la formación de un cierto tipo de saber acerca del sexo, no en términos de represión o de derecho, sino en términos de poder»²⁴. Se identifican cuatro dominios estratégicos para futuras investigaciones: la conversión en histéricos de los cuerpos femeninos; la conversión en pedagógica de la sexualidad de los niños; la socialización de la conducta procreativa; la psiquiatrización de los placeres pervertidos²⁵.

Contrasta dos discursos fundamentales sobre la sexualidad: un *ars erotica* y una *scientia sexualis*. El primero, que se sostiene que existe o existió en China, Japón, India, Roma o los países árabes, representa un arte erótico en el que la verdad se extrae «del mismo placer», «entendido éste como una práctica y recogido como una experiencia»²⁶. En contraste, Occidente había desarrollado una *scientia sexualis* deprimente que, para decir la verdad sobre el sexo, había elaborado procedimientos organizados de modo esencial alrededor de formas de poder-saber, como opuestas a los ritos de iniciación del *ars erotica*. Su forma fundamental de poder-saber es el modo confesional que usa un criterio de verdad que migra gradual-

Prólogo, *ibíd.*, págs. 5 y 6.
La volonté de savoir, pág. 121.
Ibid., pág. 137.
Ibid., págs. 76 y 77.

mente de sus orígenes eclesiásticos a dominios tan diversos como la educación y la psiquiatría e introduce divisiones tales como «normal y patológico» (el desliz en dirección a Canguilhem es obvio). Todos estos dominios están gobernados por una voluntad de saber. La sexualidad no es un cierto nivel de experiencia incipiente que existe fuera del discurso o *dispositivo* de la sexualidad, sino su producto. En ese sentido, la única liberación posible es la liberación de los placeres del régimen de la sexualidad y las identidades sexuales.

La sexualidad es, además, el objeto y la meta del poder que habla de «salud, progenie, el futuro de las especies, la vitalidad del cuerpo social»²⁷. El ejercicio de poder-saber se organiza alrededor de dos polos: disciplinas y controles reglamentarios que generan, respectivamente, una anatomopolítica del cuerpo humano y una biopolítica de la población. Foucault regresaría a estos temas, que en *La volonté de savoir* sólo se esbozan, en sus conferencias más que en sus obras publicadas: «Seguridad, territorio y población» fue el tema del año 1977-1978 y «El nacimiento de la biopolítica» el de 1978-1979. Definió en esquema esta ciencia como «el modo en que, desde el siglo xviii, se han intentado racionalizar los problemas planteados a la práctica gubernamental por los fenómenos característicos de un grupo de seres vivientes constituidos como una población: salud, higiene, natalidad, longevidad, razas...»²⁸. De modo gradual, el nuevo tema de la «gobernamentalización» comenzaba a emerger.

La prensa acogió con silencio *La volonté du savoir*²⁹. La mayoría de los reseñistas parecían considerar que, puesto que era una introducción a una serie de obras, el juicio final debía reservarse hasta que se dispusiera de más volúmenes que comentar. Droit, en particular, se mostró algo escéptico acerca de la consideración histórica sobre la sexualidad de Foucault y no le convencieron todos sus argumentos. ¿Por qué, preguntaba, no debe considerarse represivo el estímulo a la confesión? Y ¿por qué, al hablar del *sexo*, Foucault olvida tan deprisa que hay de hecho dos sexos?³⁰. Las expectativas de los críticos y sin duda las de sus lectores en general iban a verse defraudadas. *La volonté du savoir* no inició una proliferación de obras nuevas, sino un silencio que duró hasta la publicación de *L'usa-*

²⁷ *Ibid.*, pág. 194.

²⁸ «Resume des cours», pág. 109.

²⁹ Véanse, como reseñas representativas, las de André Burgiére, «Michel Foucault: La preuve par l'aveu», *Le Nouvel Observateur*, 31 de enero de 1977, págs. 64-66; J. Postel, *Esprit*, nº 15, abril-mayo de 1977 págs. 294-296; Jacques Lagrange, «La volonté de savoir de Michel Foucault ou une généalogie du sexe», *Psychanalyse à l'université*, vol. 2, núm. 7, junio de 1977, págs. 541-553; Dominique Wolton, «Qui veut savoir?», *Esprit*, 7-8, julio-agosto de 1977, páginas 37-47.

³⁰ Roger-Pol Droit, «Le pouvoir et le sexe», *Le Monde*, 16 de febrero de 1977, págs. 1, 18.

gedesplaisirs y *Le soucide soi*, poco antes de la muerte de Foucault en 1984. Estos volúmenes eran muy diferentes a los prometidos en 1976, y no se cuenta con ninguna versión manuscrita de la serie original de seis volúmenes.

Las reseñas a *La volhntéde savoir* comenzaron a aparecer en enero y febrero de 1977. En marzo se produjo un importante ataque contra Foucault en la forma de *Oublier Foucault* de Jean Baudrillard. Los orígenes de este texto polémico, que no es mucho más que un artículo extenso, siguen algo oscuros. El autor de un estudio en lengua inglesa sobre Baudrillard ofrece dos relatos de oídas. Una versión establece que la polémica se originó en un grupo de estudio proyectado que iba a incluir a Baudrillard, Foucault, Lyotard, Deleuze y Guattari, y al que Baudrillard presentó lo que pareció un escrito de posicionamiento demasiado agresivo; la otra versión dice que provino de un plan que no llegó a realizarse sobre un intercambio de opiniones entre Foucault y Baudrillard en las páginas de *Les Temps Modernes*³¹. No se puede comprobar la veracidad o falsedad de ninguna de las dos, pero debe señalarse que esa revista parece un medio poco probable para semejante intercambio. Por otro lado, Philippe Meyer afirma que el libro se originó en un artículo escrito para el número especial de *Critique* publicado en diciembre de 1975. Como se señaló antes, también se había planeado que apareciera una reseña crítica de Francois Roustang, pero se abandonó la idea a instancias de Jean Piel. Se cree que Foucault tuvo a la vista el artículo de Baudrillard y que reaccionó de mala manera ante él³². El mismo Baudrillard confirma en parte el relato de Meyer y afirma que *Oublier Foucault* se originó en un artículo que le había pedido Piel. En una entrevista dedicada fundamentalmente a *Cool mentones*, declara que el análisis foucauldiano del poder le pareció tan perfecto que era inquietante. Continúa:

Leyó mi artículo. Hablamos de él durante tres horas. Me dijo que quería contestarlo, así que lo retiré de la circulación para que pudiéramos publicar nuestros textos juntos un día. Pero pasado un mes me dijo: «No quiero contestarlo. Haz lo que quieras con él.» De inmediato lo publiqué como un folleto y luego todo cambió. Foucault, que hasta entonces había seguido el juego, se puso furioso de repente. El título, que sin duda es provocativo, mucho más que el texto en sí, se interpretó como un ataque al poder intelectual de Foucault, que era enor-

³¹ Douglas Kellner, *Jean Baudrillard: From Marxism to Postmodernism and Beyond*, Cambridge, Polity, 1989, págs. 132, 231. Los informantes de Kellner son, respectivamente, John Rachjman y Mark Poster.

³² Entrevista con Philippe Meyer.

me. Se me puso en una especie de cuarentena y sigo sufriendo las consecuencias³³.

Las críticas de Baudrillard se expresaban en términos hirientes. El discurso de Foucault es un discurso del poder, un espejo de los poderes que describe: «La única razón por la que Foucault puede pintar un cuadro tan admirable es porque opera en los límites de una época (quizás la "era clásica" de la que sea el último dinosaurio) que se está derrumbando por completo»³⁴. La mayor parte del folleto no es más que una reiteración de sus tesis propias acerca de la seducción, los simulacros y lo hiperreal, pero consiguió la fama por su ataque a Foucault.

El «gran dinosaurio» replicó al llamamiento de «olvidar a Foucault» mofándose ante sus amigos de que le costaba trabajo recordar quién era Baudrillard, pero también admitió que le habían herido las críticas³⁵. En público, mantuvo un silencio digno. Sólo en *L'usage des plaisirs* replicó a la acusación de que no había «dicho nada acerca del simulacro de poder» aludiendo a la necesidad de huir de las concepciones disyuntivas del «poder considerado como dominación o denunciado como un simulacro»³⁶. Para empeorar las cosas, nadie salió en su defensa en la prensa. Tras la muerte de Foucault, Baudrillard volvió al tema de «olvidar a Foucault» con un comentario que combina una cierta perspicacia con una arrogancia extraordinaria:

Resulta paradójico que Foucault viviera su vida como si fuera malquerido y perseguido. Ciertamente, era perseguido por los miles de discípulos e industrioses adularios que despreciaba sin duda en secreto (o al menos uno espera que así fuera), que lograron de forma caricaturesca que perdiera todo el sentido de lo que estaba haciendo. Olvidarlo era hacerle un servicio; adularlo era hacerle un perjuicio³⁷.

Su último comentario sobre Foucault es el más extraño de todos: «Muerte de Foucault. Pérdida de confianza en su propio genio. Dejando el aspecto sexual a un lado, la pérdida de los sistemas de inmunidad no es más que la transcripción biológica del otro proceso»³⁸.

³³ Entrevista, *Lire*, junio de 1987, pág. 87.

³⁴ Jean Baudrillard, *Oublier Foucault*, París, Editions Galilée, 1977, págs. 12 y 13. [Trad. esp.: *Olvidar a Foucault*, Valencia, Pre-Textos, 1993.]

³⁵ Entrevista con Jean-Pierre Barou.

³⁶ Baudrillard, *op. cit.*, pág. 55; *L'usage des plaisirs*, pág. 11.

³⁷ Jean Baudrillard, *Cool Memories*, París, Galilée, 1987, pág. 198. [Trad. esp.: *Cool memories*, Barcelona, Anagrama, 1989.]

³⁸ *IbU.*, pág. 197.

Por supuesto, el silencio de Foucault fue muy relativo. Continuó enseñando, dando conferencias en varios países diferentes y produciendo diversos textos ocasionales. También fue éste un periodo de proyectos no realizados que se comenzaban y luego abandonaban sin explicación. Durante años, había planeado escribir un libro basado en los archivos de la Bastilla que considerara la historia y la función de la *kttre de cachet* en los siglos xvii y xviii. No lo materializó hasta 1982, pero parece que trabajó de forma esporádica recolectando material para él durante todo este periodo. El proyecto de la Bastilla también dio lugar a otro diferente. En enero de 1977, publicó un ensayo que pretendía ser la introducción para un libro a punto de aparecer que se titularía *La vie des hommes infames*. Iba a publicarse en la colección de Gallimard Le Chemin.

Editada por Georges Lambrichs, esta colección se dedica fundamentalmente a textos literarios experimentales, pero también publica algunos estudios críticos, incluido *Raymond Roussel* de Foucault. En su supuesta introducción, hace hincapié en que la obra no iba a ser un «libro de historia», sino una «antología de las existencias. Vidas en unas cuantas líneas o unas pocas páginas. Desgracias sin cuento y aventuras reunidas en un puñado de palabras». Se le ocurrió la idea mientras leía un *registre d'internement* de comienzos del siglo xviii en la Bibliothèque Nationale. Se iban a elegir los textos de forma completamente subjetiva por el placer, sorpresa o incluso miedo que provocaran en una primera lectura fortuita. El modelo era sin duda el encuentro casual con Pierre Rivière en las páginas polvorientas de los *Annales d'hygiene publique et de médecine légale*. La relación de Foucault con el material de archivo era física:

Me resultaría difícil expresar lo que siento cuando encuentro esos fragmentos [...]. Sin duda una de esas impresiones que llamamos «físicas», como si pudieran ser de otro tipo. Y admito que esas «historias cortas» que surgen de improviso de dos siglos y medio de silencio producen más evocaciones que lo que denominamos usualmente «literatura»⁴⁰.

El proyecto no realizado también tenía mucho que ver con la fascinación que sentía por la institución de la *kttre de cachet*, proveniente sin duda de la *Histoire de la folie*⁴¹, y que ya había inspirado el proyecto de la Bastilla:

³⁹ «La vie des hommes infames», *Cahiers du chemin*, 29, enero de 1977, págs. 12-29.

⁴⁰ *Ibíd.*, pág. 13.

⁴¹ *Histoire de la folie*, pág. 105.

El sistema de encierro de la *lettre de cachet* no fue más que un episodio bastante breve; poco más de un siglo y sólo en Francia. Esto no lo hace menos importante en la historia de los mecanismos del poder. No asegura la irrupción espontánea de la arbitrariedad real en la vida más cotidiana. Más bien asegura su distribución a través de unos circuitos complejos en un conjunto de interacciones de demandas y respuestas⁴².

Un año después, Gallimard lanzó una nueva serie editada por Foucault, titulada «Les Vies Parallèles». El primer y único volumen que iba a publicarse fue *Herculine Barbin dite Alexina B.*, la historia de una hermafrodita del siglo xix descubierta en las páginas de la obra de Tardieu de 1874, *Question médico-légale de l'identité dans ses rapports avec les vices de conformation des organes sexuels*. La colección fue en parte inspirada por Plutarco:

A los antiguos les gustaba establecer paralelos entre las vidas de los hombres ilustres; oíamos a esas sombras ejemplares hablar a través de los siglos. Sé que los paralelos están diseñados para encontrarse en el infinito. Imaginemos otros que diverjan infinitamente. Sin punto de encuentro ni lugar para recogerse: a menudo no tienen más eco que el de su condenación. Hemos de asirlos en la fuerza del movimiento que los separa; debemos redescubrir la estela instantánea y sorprendente que dejan cuando se sumergen en una oscuridad donde «ya no se cuenta la historia» y donde se pierde toda «fama». Sería como un Plutarco invertido; vidas que son tan paralelas que nadie puede hacer que se encuentren⁴³.

El hermafroditismo iba a ser tratado en un volumen sin escribir de la *Histoire de la sexualité*, relacionado con el contenido de las conferencias de 1974-1975 en el Collège de France sobre «Les anormaux»⁴⁴. *Herculine Barbin* es una narración en primera persona, escrita con un estilo romántico florido, con el encanto de una novela ligeramente licenciosa, que recoge la vida de Herculine o Alexina, educada como una niña y que luego descubre que su biología es masculina. Sigue un curioso romance con una amiga, antes de que acabe enfrentándose al hecho de su identidad masculina.

⁴² *Ibid.*, págs. 22 y 23.

⁴³ Foucault, nota de cubierta a *Herculine Barbin, dite Alexina B.*, París, Gallimard, 1978.

⁴⁴ *Resume des cours*, págs. 73-80. Gran parte del curso de conferencias se dedicó a la cruzada del siglo xix contra la masturbación, de lo que se iba a tratar en el volumen 3 de *Histoire: La Croisade des enfants*.

Foucault se borra del texto y sólo añade una breve nota sobre su proveniencia y algún material documental de fuentes contemporáneas. En 1980, apareció una traducción al inglés. Se le añadió una introducción, así como el texto de Osear Panizza, *A Scandalatthe Convent*, historia basada en el caso Barbin. La introducción de Foucault es una versión de una ponencia leída en el Congreso de Arcadie de 1979. Arcadie era la organización gay francesa más antigua, aunque resulta algo incómodo aplicar el término «gay» a un grupo que siempre se ha definido como «homófilo». Como se afirma en la solapa de las actas publicadas de un congreso anterior, «Arcadie siempre ha sido y siempre será desapasionada, serena y digna, y se dedicará a ilustrar el problema de la homofilia para que los homófilos vivan mejor y para que el mundo heterosexual consiga un mejor entendimiento de lo que son los homófilos y los acepten tal como son, en otras palabras, en su naturaleza homófila».

En su alocución de apertura, André Baudry, fundador de Arcadie, añadió: «Esperamos desaparecer como Arcadie un día porque, como queríamos en enero de 1954, cuando la fundamos, nos encontremos realmente codo con codo con los demás, junto a los otros. Ya no habrá ninguna diferencia entre nosotros y los otros, y el conjunto de la sociedad nos reconocerá como somos» .

En mayo de 1959, Foucault aceptó una invitación para hablar en el congreso de Arcadie, celebrado en el Palais des Congr s, edificio más acostumbrado a acoger acontecimientos tales como el congreso anual de la Asociación de Alcaldes de Francia, que una reunión de 850 homófilos. Nunca antes había tenido relaciones con esa organización. Dadas sus simpatías hacia el FHAR, su presencia debe de haber parecido algo anómala; para los jóvenes militantes del FHAR y sus sucesores, Arcadie y sus palabras acerca de una «ausencia de diferencias» futura debe de haber parecido una reliquia de un pasado distante⁴⁶. Como describía en 1972 Guy Hocquenhem, bastante hastiado, Arcadie «gubernaba una institución homosexual muy discreta [...], un club sólo para afiliados, con un baile semanal y conferencias de información pública, donde iba la gente a buscar conquistas. Una audiencia bastante burguesa, con escasos trabajadores manuales, algunos homosexuales viejos y ricos y una pequeña minoría de lesbianas»⁴⁷. El club, que hacía gran énfasis en la necesidad de una discreción respetable, se fundó en 1957, tres años después que su organi-

⁴⁵ *Actes du Colhque Internationale*, 1, 2 y 3 de noviembre de 1973, pág. 9.

⁴⁶ Para un relato conmovedor y poco novelado de la transición de Arcadie a FHAR, véase la novela de Dominique Fernandez, *L' toile rose*, París, Grasset, 1978.

⁴⁷ Guy Hocquenhem, «La révolution des homosexuels», *Le Nouvel Observateur*, 10, enero de 1972, pág. 34.

zación matriz y era conocido de forma oficial como CLESPAL: Club Littéraire et Scientifique des Pays Latins⁴⁸.

Al aceptar la invitación, Foucault adoptaba una postura deliberada. Rendía homenaje a lo que Arcadie había representado antes de los comienzos de la liberación gay y expresaba su enojo por el modo en que la generación más joven tendía a despreciarla. Al final del congreso, Baudry deslizó en silencio un sobre a Foucault que contenía 2.000 francos. Éste se lo devolvió diciendo que un hombre gay no debe cobrar por hablar a otros gays. Baudry confesó que fue el único orador que se había negado a cobrar en toda la historia de Arcadie⁴⁹.

Tres años después, Baudry disolvió la organización, no porque los homófilos fueran al fin aceptados por lo que eran, sino porque le parecía totalmente repelente el mercantilismo de la escena gay. Se quejaba de que los homosexuales franceses «no piensan en otra cosa que no sea sexo. Se están revolcando en la cobardía, ahogando en pornografía y vulgaridad o son devorados por la política, y los miembros de Arcadie no han hecho nada para luchar contra esa situación»⁵⁰.

Foucault fue uno de los cuatro oradores invitados al congreso de 1979; los otros tres fueron el novelista y académico Robert Merle, Jean-Paul Aron y Paul Veyne, antiguo amigo de la ENS y desde marzo de 1976, profesor de historia romana en el Collège de France. Para su gran regocijo, la presencia de Foucault y Veyne en este congreso escandalizó a los miembros más sobrios del Collège, que sin duda se habrían escandalizado aún más si hubieran escuchado el discurso en el que Veyne explicó solemnemente que en la antigüedad el término «uno de éstos» no hacía referencia a los homosexuales, sino a los adictos al cunilinguo. La mayor parte de su presentación fue menos provocativa y se dedicó a la tesis de que la antigüedad no ponía en contraste el amor de los hombres y el amor de las mujeres, sino la actividad y la pasividad: «Ser activo era ser masculino, cualquiera que fuera el sexo de la denominada pareja pasiva»⁵¹. Merle, especialista en literatura inglesa, habló del juicio a Osear Wilde y de la posibilidad de una legislación antigay en la Inglaterra de Margaret Thatcher, y Aron, antiguo colaborador de Foucault, se ocupó del tema de «los juicios por vicio», relacionado con lo anterior.

Foucault trató del hermafroditismo y comenzó preguntando cómo y por qué habían llegado las sociedades occidentales a una oposición mas-

⁴⁸ Mossuz-Lavau, *Les Lois de l'amour*, pág. 248.

⁴⁹ Entrevista con Daniel Defert.

⁵⁰ Mossuz-Lavau, *op. cit.*, pág. 248.

⁵¹ Paul Veyne, «Témoignage hétérosexuel d'un historien sur Thomosexualité», *Actes du Congrès International: Le regard de les autres*, París, Arcadie, 1979, pág. 19.

culino-femenino en lugar de la dicotomía «activo-pasivo» de Veyne, utilizando la figura del hermafrodita como caso de discusión. Argumentó que la noción de homosexualidad estaba teñida con viejas ideas acerca del hermafroditismo, que se había considerado tradicionalmente como un delito contra el derecho que identificaba al individuo con su sexo masculino o femenino y que, de este modo, excluía de la sociedad a los «desviados» como hermafroditas u homosexuales. Debía liberarse al placer de las limitaciones de ese derecho y del imperativo de tener un «sexo verdadero»: «El placer es algo que pasa de un individuo a otro; no se esconde bajo una identidad. El placer no tiene pasaporte ni identidad»⁵².

La volhnté de savoir representa un reto directo a las teorías de liberación sexual basadas en la hipótesis represiva, que sugieren, como Wilhelm Reich, que hay cierta sexualidad esencial que podría ser revolucionaria sólo con que fuera capaz de escapar de las limitaciones impuestas. Además, el texto también contiene una utopía, un llamamiento a una liberación diferente:

Debemos liberarnos por medio del sexo si, mediante un trastocamiento táctico de los diversos mecanismos de la sexualidad, deseamos afirmarnos contra el mantenimiento del poder, los cuerpos, los placeres y los saberes en su multiplicidad y su posibilidad de resistencia. La base para el contraataque contra el *dispositif* de la sexualidad no debe ser el deseo de sexo, sino los cuerpos y los placeres⁵³.

Se sostiene el mismo argumento con términos bastante más gráficos en dos de las entrevistas concedidas para hacer publicidad del libro. En una, Foucault le dijo a Madeleine Chapsal: «Estoy por la descentralización, por la regionalización de todos los placeres»⁵⁴. En una entrevista más amplia y de mayor alcance con Bernard-Henri Lévy, habló de un movimiento emergente que no demanda «más sexo» o «más verdad acerca del sexo»: «Yo no diría que se trata de "redescubrir", sino de fabricar otras formas de placeres, de relaciones, de vínculos, de amores, de intensidades»⁵⁵. Proporciona dos ejemplos en apoyo de su diagnóstico: la fic-

⁵² «Le vrai sexe», *Arcadie* 323, noviembre de 1980, págs. 617-625. La ponencia de Foucault no apareció en las actas del congreso, donde se la reemplazó con un resumen (pág. 25); con posterioridad se distribuyó a los compradores de las *Acta* una separata de «Le vrai sexe». La referencia a que el amor no tiene pasaporte desaparece en la versión ligeramente diferente del texto publicado como introducción a *Herculine Barbin. Being the Recently Discovered Memoirs of a Nineteenth-Century French Hermaphrodite*, introducción de Michel Foucault, trad. de Richard MacDougall, Brighton, Harvester Press, 1980.

⁵³ Pág. 208.

⁵⁴ «A bas la dictature du sexe», págs. 56 y 57.

⁵⁵ «Foucault: Non au sexe roi», pág. 98.

ción de Hervé Guibert y el «libro de Schérer y Hocquenhem». Según Foucault, Guibert había intentado publicar algunas historias de niños, pero se las habían rechazado. Entonces escribió un libro «gráficamente sexual» que se publicó con éxito: «Con material sucio, construye cuerpos, espejismos, castillos, fusiones, ternuras, razas, borrachera; todo el coeficiente duro del sexo se volatiliza... Éste puede ser el final del monótono desierto de la sexualidad, el final de la monarquía del sexo»⁵⁶. Su segundo ejemplo, «el libro de Schérer y Hocquenhem» que «demuestra claramente que los niños tienen un régimen de placer para el que el encuadre "sexual" constituye una verdadera prisión», era un número especial de *Recherches*, una elegante apología de la paidofilia descrita como un «álbum sistemático de la infancia», publicado por primera vez en mayo de 1976⁵⁷.

Al contraponer «sexo-deseo» y «placeres» (y el plural es importante), Foucault se estaba distanciando de la denominada filosofía del deseo, asociada con Deleuze y Lyotard. En una entrevista concedida en julio de 1978, explicaba:

Adelanto este término [placer] porque me parece que se escapa de las connotaciones médicas y naturalistas inherentes a la noción de deseo. Esta noción se ha utilizado como una herramienta [...], una medida en términos de normalidad: «Dime lo que deseas y te diré quién eres, si eres normal o no y luego puedo aprobar o desaprobar tu deseo...» Por otro lado, el término «placer» es un territorio virgen, casi exento de significado. No existe una patología del placer, ni placer «anormal». Es un hecho «fuera del sujeto» o al borde del sujeto, dentro de algo que no es cuerpo ni alma, que no está dentro ni fuera, en pocas palabras, una noción que no está atribuida ni es atribuible a nada⁵⁸.

En la misma entrevista, Foucault se refería a la ostentación de masculinidad e incluso machismo que podía encontrarse en las comunidades gays y sugería que quizá no marcará una vuelta a la falocracia o machismo, sino un intento de «inventarse, de hacer el propio cuerpo el lugar de producción de placeres extraordinariamente polimorfos [...]. Se trata de desprenderse de esa forma viril de placer de ordenar conocida como *jouis-sancejouissance* en el sentido eyaculatorio, en el sentido masculino del término»⁵⁹. En tales argumentos, Foucault se aproxima mucho a hablar de su propia sexualidad.

⁵⁶ *Ibid.*, pág. 100. Se refiere a Guibert, *La mortpropagande*.

⁵⁷ René Schérer y Guy Hocquenhem, *Co-Ire. Album Systématique de l'enfance, Recherches*, 22 (2^a edición, abril de 1977).

⁵⁸ «Le gai savoir II», *Mee Magazine* 6/7, julio-agosto de 1988, pág. 32.

⁵⁹ «Le gai savoir», pág. 34.

La desexualización formaba parte de la visión foucauldiana de una cultura gay. Su contribución a ella no fue sólo teórica. Un mes antes de hablar en el congreso de Arcadie, mandó un artículo a *GaiPied*, una nueva revista mensual. El mismo título era invención suya, sugerido por vez primera durante una comida con Jean Le Botoux, el editor que la fundó. «"Etre gai et prendre son pied", ésas fueron las dos intenciones iniciales»⁶⁰. *Gai pied*. se resiste a la traducción. *Gai* tiene el mismo significado doble en francés y en inglés, pero el sentido sexual nunca se ha llegado a usar de forma amplia en Francia, donde la mayoría de los gays siguen refiriéndose a ellos mismos como «homosexuel». *Prendre son pied* significa, de forma muy amplia, dejarse enganchar por algo y a menudo se usa en un sentido sexual. Foucault extendió el juego de palabras aún más al referirse a los lectores y escritores de la revista como *les gais pietons* (peatones gays, literalmente). El proyecto iba a sacar al periodismo gay del gueto de clubes y bares de la rue Sainte-Anne y a negarse a ser confinado al «papel que se le concedía (la defensa e ilustración de la homosexualidad)»⁶¹. *Gai Pied* tuvo el suficiente éxito como para pasar a ser semanal en noviembre de 1982.

La contribución de Foucault al primer número era una meditación apagada, casi melancólica, sobre el tema del suicidio. Tomaba como punto de partida la observación sacada de un tratado de psiquiatría de que «es frecuente que los homosexuales se suiciden» y reflexionaba acerca de los «muchachos esbeltos de pálidas mejillas» que, al «no ser capaces de cruzar el umbral del otro sexo», pasaban la vida en la antecámara de la muerte y luego la dejaban, cerrando de un portazo el camino hacia el exterior. Sostenía el derecho a suicidarse, el derecho a morir con dignidad y comodidad, sin los horrores (debidamente catalogados) que tan a menudo acompañan los intentos de suicidio. En un último vuelo de la fantasía, sugería que los suicidas potenciales debían disfrutar de los beneficios de instituciones semejantes a los «hoteles del amor» japoneses (que había visto en 1978), con «extraños decorados [...], en los que uno pudiera encontrar con compañeros sin nombre la oportunidad de morir sin ninguna identidad». Morir de tal modo sería «simplemente un placer»⁶². El suicidio no es un tema constante, aunque aparece de forma ocasional en los escritos de Foucault y corren rumores de que intentó suicidarse cuando era estudiante. Claude Mauriac, por su parte, estaba convencido

⁶⁰ Jean Le Bitoux, «Grandeur et décadence de la presse homosexuelle», *Masques*, 25/26, mayo de 1985, pág. 75.

⁶¹ Frank Arnal, «*Gai Pied* Hebdo, à l'origine de l'émergence de la visibilité homosexuelle», *ibid.*, pág. 85.

⁶² «Un plaisir simple», *GaiPied*, 1, abril de 1979, págs. 1 y 10.

La desexualización formaba parte de la visión foucauldiana de una cultura gay. Su contribución a ella no fue sólo teórica. Un mes antes de hablar en el congreso de Arcadie, mandó un artículo a *GaiPied*, una nueva revista mensual. El mismo título era invención suya, sugerido por vez primera durante una comida con Jean Le Botoux, el editor que la fundó. «"Etre gai et prendre son pied", ésas fueron las dos intenciones iniciales»⁶⁰. *Gai pied* se resiste a la traducción. *Gai* tiene el mismo significado doble en francés y en inglés, pero el sentido sexual nunca se ha llegado a usar de forma amplia en Francia, donde la mayoría de los gays siguen refiriéndose a ellos mismos como «*homosexueh*. *Prendre son pied* significa, de forma muy amplia, dejarse enganchar por algo y a menudo se usa en un sentido sexual. Foucault extendió el juego de palabras aún más al referirse a los lectores y escritores de la revista como *Jes gais pietons* (peatones gays, literalmente). El proyecto iba a sacar al periodismo gay del gueto de clubes y bares de la rue Sainte-Anne y a negarse a ser confinado al «papel que se le concedía (la defensa e ilustración de la homosexualidad)»⁶¹. *Gai Pied* tuvo el suficiente éxito como para pasar a ser semanal en noviembre de 1982.

La contribución de Foucault al primer número era una meditación apagada, casi melancólica, sobre el tema del suicidio. Tomaba como punto de partida la observación sacada de un tratado de psiquiatría de que «es frecuente que los homosexuales se suiciden» y reflexionaba acerca de los «muchachos esbeltos de pálidas mejillas» que, al «no ser capaces de cruzar el umbral del otro sexo», pasaban la vida en la antecámara de la muerte y luego la dejaban, cerrando de un portazo el camino hacia el exterior. Sostenía el derecho a suicidarse, el derecho a morir con dignidad y comodidad, sin los horrores (debidamente catalogados) que tan a menudo acompañan los intentos de suicidio. En un último vuelo de la fantasía, sugería que los suicidas potenciales debían disfrutar de los beneficios de instituciones semejantes a los «hoteles del amor» japoneses (que había visto en 1978), con «extraños decorados [...], en los que uno pudiera encontrar con compañeros sin nombre la oportunidad de morir sin ninguna identidad». Morir de tal modo sería «simplemente un placer»⁶². El suicidio no es un tema constante, aunque aparece de forma ocasional en los escritos de Foucault y corren rumores de que intentó suicidarse cuando era estudiante. Claude Mauriac, por su parte, estaba convencido

⁶⁰ Jean Le Bitoux, «Grandeur et décadence de la presse homosexuelle», *Masques*, 25/26, mayo de 1985, pág. 75.

⁶¹ Frank Arnal, «*Gai PiedHebdo*, á l'origine de Pemergence de la visibilité homosexuelle», *ibíd.*, pág. 85.

⁶² «Un plaisir simple», *GaiPied*, 1, abril de 1979, págs. 1 y 10.

en 1982 de que los planes futuros de Foucault incluían la posibilidad del suicidio⁶³.

Foucault no se convirtió en un colaborador regular de *GaiPiedy* sólo publicó dos textos más en ella⁶⁴. El primero trata de la amistad, pero comienza de un modo poco amistoso. Al preguntarle un entrevistador no identificado su opinión sobre la revista «como un hombre que pasaba de los cincuenta», objetó de inmediato que la identificación de «homosexualidad» con «amor entre hombres jóvenes» resultaba problemático y objetable:

Una de las concesiones que hacemos a los otros es presentar la homosexualidad puramente en la forma de placer inmediato, de dos hombres jóvenes que se encuentran en la calle, se seducen con los ojos, se tocan el trasero mutuamente y acaban en pocos minutos. Ahí tenemos una imagen limpia y aseada de la homosexualidad, que no es posible que moleste por dos razones: corresponde a un canon de belleza tranquilizador y destruye los elementos inquietantes que existen en el afecto, la ternura, la fidelidad, la camaradería, la compañía, para los que en una sociedad tan controlada no puede haber cabida, por miedo a que se formen alianzas, a que aparezcan líneas de fuerza inesperadas. Creo que esto es lo que hace a la homosexualidad «perturbadora»: el modo de vida homosexual, mucho más que el acto sexual en sí. Imaginar un acto sexual que es contrario a la ley o a la naturaleza no preocupa a la gente. Pero cuando los individuos comienzan a amarse, se convierte en algo problemático⁶⁵.

La amistad, tema importante en los volúmenes finales de *Histoire de la sexualité*, no era el único componente de una cultura gay, como iba a quedar claro en otras entrevistas. En 1982, Guilles Barbedette entrevistó en Nueva York a Foucault con cierta extensión para la revista *Christopher Street*. Poco después fueron Bob Gallagher y Alexander Wilson quienes le entrevistaron para *Advocate*. En ambas ocasiones, habló a amigos; Barbedette era un joven amigo de París y había conocido a Gallagher y Wilson en Toronto, donde eran prominentes activistas gay. Gran parte de la entrevista para la *Christopher Street* se dedica al tema de los derechos de los gays y la posibilidad de crear una cultura gay. En cierto sentido, ambos asuntos se unen: «El hecho de hacer el amor con alguien del mismo sexo conlleva de modo muy natural una serie completa de otros valores. No se trata sólo de integrar esta rara e insignificante práctica de hacer el amor

⁶³ Mauriac, *Mauriac etfik*, pág. 368.

⁶⁴ «De l'amitié comme mode de vie», *Gai Pied*, 25, abril de 1981, págs. 38 y 39; «Non aux compromis», *Gai Pied*, 43, octubre de 1982, pág. 9.

⁶⁵ «De l'amitié comme mode de vie», pág. 39.

con alguien del mismo sexo en las culturas ya existentes, sino de construir formas culturales»⁶⁶. Tales formas culturales incluían «el reconocimiento de las relaciones de coexistencia provisional» entre hombres, la adopción, incluida la adopción de un adulto por otro (aquí quizá Foucault estuviera pensando en Defert; según Claude Mauriac, se discutió la posibilidad de que éste adoptara a Defert y se consultó a un abogado poco antes de su muerte⁶⁷).

De forma más general, aspiraba a

Una cultura que invente modos de relacionarse, tipos de existencia, tipos de intercambios entre individuos que sean realmente nuevos y no los mismos ni se superpongan a las formas culturales existentes. Si esto es posible, la cultura gay no será sólo una elección de homosexuales para homosexuales, sino que creará unas relaciones que, en cierta medida, serán transferibles a los heterosexuales⁶⁸.

La creación de una cultura planteaba un problema de identidad. Los gays tenían que hacer algo más que afirmar la propia; tenían que crearla y Foucault tomaba con cautela cualquier sugerencia de que su creación fuera equivalente a la liberación de una esencia. No le convencía el hecho de que la escritura de novelas gays por autores gays fuera la más productiva de las actividades y la noción, por ejemplo, de «pintura gay» le parecía bordear el sinsentido. La elección sexual y ética proporcionaba un punto de partida para la creación de «algo que tendrá cierta relación con ser gay». Trasladarlo a otros campos como la pintura o la música, pensaba Foucault, no era algo que pudiera darse con facilidad. Aunque no suscitó el tema, parece que el desarrollo de una filosofía específicamente gay —o la existencia de un «filósofo gay» llamado Michel Foucault— también estaría fuera de lugar. Por otro lado, estaba profundamente interesado en las manifestaciones literarias de una cultura gay como la de *Masques*, una «revista de homosexualidades» con una bella edición que publicaba su amigo Jean-Pierre Joecker desde 1979, en la que colaboró con una reseña al estudio de Dover sobre la homosexualidad griega⁶⁹.

Uno de los logros más positivos para la creación de una cultura gay era, según la opinión de Foucault, el incremento de bares y casas de ba-

⁶⁶ «The Social Triumph of the Sexual Will», entrevista con Gilles Barbedette, traducida por Brenda Lemon, *Christopher Street*, 64, mayo de 1982, pág. 36.

⁶⁷ Mauriac, *Le temps accompli*, pág. 25.

⁶⁸ «The Social Triumph of the Sexual Will», pág. 38.

⁶⁹ «Histoire et homosexualité: Entretien avec Michel Foucault (con Joecker, M. Oued y A. Sanzio)», *Masques*, 13-14, primavera de 1982, págs. 14-24. *Masques* fracasó por motivos financieros en 1986.

ños, que habían «reducido la culpabilidad que surge al hacer una separación muy clara entre la vida de hombres y mujeres, la relación "monosexual"»⁷⁰. Los clubes y bares a los que se refería eran los de los guetos gays de las ciudades estadounidenses: Christopher Street en Nueva York y la zona de Castro Street en San Francisco. Habían proliferado en los albores del movimiento de liberación gay de los años setenta y representaban una industria de 100 millones de dólares⁷¹. Los clubes de baños de San Francisco podían aceptar 800 usuarios al mismo tiempo y daban servicio a unos 3.000 hombres a la semana⁷². En la entrevista para *Advocate*, Foucault fue más gráfico en la descripción de sus atractivos y se refirió a la subcultura del sadomasoquismo:

La idea de que el sadomasoquismo está relacionado con una violencia profunda, de que su práctica es una forma de liberar esa violencia, esa agresión, es estúpida. Sabemos muy bien que nada de lo que esa gente hace es agresivo; están inventando nuevas posibilidades de placer con partes extrañas de su cuerpo, a través de la erotización del cuerpo. Creo que es una especie de creación, una empresa creativa que como uno de sus principales rasgos presenta lo que llamo la desexualización del placer [...]. La posibilidad de usar nuestros cuerpos como una fuente posible de placeres muy numerosos es algo importante. Por ejemplo, si se contempla la construcción tradicional del placer, se comprueba que el placer corporal, los placeres de la carne, siempre consisten en beber, comer y joder. Y esto parece ser el límite de la comprensión que tenemos de nuestro cuerpo, de nuestros placeres⁷³.

La extensión del placer más allá de «beber, comer y joder» conllevaba la integración de drogas como el nitrato de amilo en la cultura gay y la creación de nuevas identidades. No se trataba de liberar el deseo, sino de crear placeres. El sadomasoquismo era una de las posibilidades:

Se puede decir que el sadomasoquismo es la erotización del poder, la erotización de las relaciones estratégicas [...]. El juego del sadomasoquismo es muy interesante porque es una relación estratégica, porque siempre es fluido. Existen papeles, por supuesto, pero cada uno sabe bien que pueden invertirse. A veces la escena comienza con el amo y el esclavo, y al final el esclavo se ha convertido en amo. O, incluso

⁷⁰ «The Social Triumph of the Sexual Will», pág. 38.

⁷¹ Randy Shilts, *And the Band Played On*, Harmondsworth, Penguin, 1988, pág. 19.

⁷² *Mi*, pág. 89.

⁷³ «An Interview: Sex, Power and the Politics of Identity», *Advocate*, 7 de agosto de 1984, pág. 28. Traducido como «Lorsque l'amant part en taxi», *GaiPiedHebdo*, 151, enero de 1985, págs. 54-57. (Entrevista realizada en junio de 82.)

cuando los papeles están establecidos, se sabe muy bien que siempre es un juego: las reglas se transgreden o existe un acuerdo, sea explícito o tácito, que les hace ser conscientes de ciertos límites. Este juego estratégico como fuente de placer corporal es muy interesante⁷⁴.

En una entrevista relacionada donde se sostenían puntos similares, Foucault se refería a «todo un nuevo arte de la práctica sexual [...] que trata de explorar todas las posibilidades internas de la conducta sexual. Te encuentras surgiendo en lugares como San Francisco y Nueva York que podrían denominarse laboratorios de experimentación sexual»⁷⁵. Eran producto de la disponibilidad del sexo: «Como el acto sexual se ha vuelto algo tan fácil y disponible para los homosexuales que se corre el riesgo de que se convierta enseguida en algo aburrido, se está haciendo el mayor esfuerzo posible para innovar y crear variaciones que realcen su placer»⁷⁶. Estaba de acuerdo con su entrevistador en que los cuadros sadomasoquistas, las lluvias doradas, las prácticas escatológicas y demás se realizaban «de modo mucho más abierto en esos días». En otro lugar, expresó su pesar porque «esos lugares de experimentación erótica no existieran todavía para los heterosexuales. ¿No les resultaría maravilloso poder ir, a cualquier hora del día o de la noche, a un lugar equipado con todas las comodidades y todas las posibilidades imaginables y encontrarse con cuerpos a la vez presentes y fugitivos?»⁷⁷. Sin duda pensaba que su apertura hipotética sería uno de los beneficios que podía transferirse de la comunidad gay a la heterosexual. Resulta obvio que no sabía que los Sutor Baths eran «coeducativos» y que anunciaban semanalmente «Boogies Bisexuales», como un historiador de la epidemia de SIDA señala de forma bastante solapada⁷⁸.

Los comentarios de Foucault resultan muy impersonales. En ningún momento dice con todas las palabras que «yo, Michel Foucault...». Sin embargo, no se basan en información recogida de fuentes secundarias. El grado de participación que tuvo en el escenario sadomasoquista pertenece más al rumor que a un conocimiento objetivo. No hay testigos; se trataba de una cultura en la que la pregunta «a propósito, ¿cómo te llamas?» venía después y no antes de los encuentros sexuales⁷⁹. De modo bastante sutil, un amigo suyo se refiere a la «observación de un *savant* francés acerca de que joder con los puños es la única contribución nueva de

⁷⁴ *Ibid.*, pág. 30.

⁷⁵ «Sexual Choice, Sexual Acts: Foucault and Homosexuality», pág. 298.

⁷⁶ *Ibid.*

⁷⁷ «Le gai savoir», pág. 36.

⁷⁸ *And the Band Played On*, pág. 23.

⁷⁹ «Sexual Choice, Sexual Act», pág. 298.

nuestro siglo al armamento sexual»⁸⁰. Existe consenso acerca de que, sin lugar a dudas, frecuentó los bares y establecimientos de cuero como el Mineshaft de Nueva York, un centro importante de «acción dura», situado en una «oscura esquina del distrito de West Village»⁸¹ y otros semejantes en California. El Mineshaft ofrecía una amplia variedad de placeres sadomasoquistas, que incluían joder con el puño, o la penetración gradual del recto por un puño lubricado y apretado. El placer-dolor que envuelve tales encuentros no es necesariamente orgásmico en el sentido convencional y puede no conducir a la eyaculación. Al respecto, la referencia de Foucault a la «desexualización del placer» es casi precisa desde el punto de vista clínico⁸².

El placer extremo de una experiencia cercana a la muerte era algo de lo que poseía un conocimiento personal. Una tarde de finales de julio de 1978, le atropello un coche o, según algunos, un taxi, cuando cruzaba la rué de Vaugirard. Fue lanzado al aire y cayó sobre la chapa delantera del vehículo, con trozos de cristal incrustados en la cara y la cabeza. De inmediato lo llevaron al Hôpital de Vaugirard que estaba cerca, donde permaneció casi una semana. La primera en ser informada de lo que había sucedido fue Simone Signoret; Daniel Deferí estaba en Londres, como invitado de su amiga Julie Christie, y se le tuvo que comunicar por teléfono⁸³. Existen dos posibles explicaciones al hecho de que se involucrara a Simone Signoret. Una, proporcionada por Didier Eribon, es que Foucault pidió que se la localizara⁸⁴; la otra es que estaba semiinconsciente, no llevaba documentación y se encontró en su bolsillo la dirección y el teléfono de Simone, y cuando la telefonearon, reconoció a Foucault por la descripción que le proporcionó el hospital. Todos coinciden en su reacción: le asombró y horrorizó que ni la policía ni la plantilla del hospital hubieran reconocido a Foucault.

Al ser golpeado por el coche, éste pensó de inmediato que iba a morir y experimentó un sentimiento fatalista de aceptación⁸⁵. En 1983, le contó a un entrevistador canadiense:

Una vez, fui atropellado por un coche en la calle. Iba andando y quizá durante dos segundos tuve la impresión de que me estaba muriendo y fue realmente un placer muy, muy intenso. El clima era ma-

⁸⁰ Edmund White, *States of Desire: Travels in Gay America*, Londres, Picador, 1986, página 267.

⁸¹ *Ibid.*, pág. 269.

⁸² «Sex, Power and the Politics of Identity», pág. 27.

⁸³ Entrevista con Daniel Deferí.

⁸⁴ Eribon, *Michel Foucault*, pág. 337.

⁸⁵ Mauriac, *Le rire des peres dans lesyeux des enfants*, pág. 619.

raviloso. Eran las siete de la tarde y verano. El sol comenzaba a descender. El cielo estaba maravilloso, azul y todo lo demás. Fue y sigue siendo uno de mis mejores recuerdos *frisasp*⁶.

La experiencia de hallarse cerca de la muerte quizá fuera un placer intenso, pero sus consecuencias sin duda no lo fueron. Durante más de un año, Foucault padeció dolores de cabeza y ataques intermitentes de náuseas y vértigos⁸⁷. En septiembre de 1979, admitió a Claude Mauriac que no acababa de recobrase del accidente y que todavía interfería en su concentración cuando batallaba con el «segundo volumen de *Histoire de la sexualité*»⁸⁸.

Existe la clara posibilidad de que Foucault se encontrara bajo la influencia de drogas esa tarde de julio. No cabe duda de que las utilizaba en ese periodo y que lo había hecho durante algún tiempo. El hachís no era un *digestifpoco* común en la rae de Vaugirard. Su experiencia también abarcaba productos más exóticos como el opio, la cocaína y el LSD, que había descubierto en California en 1975. En una conversación mantenida con Claude Mauriac, describió experimentos sistemáticos con las drogas y no desechó la posibilidad de escribir sobre ellos⁸⁹. Hasta consiguió convencer a Mauriac, que era algo reacio, para que experimentara el hachís, y el sujeto experimental descubrió para su disgusto que la droga parecía no causarle efecto alguno⁹⁰. A Charles Rúa también le habló de un «estudio sobre la cultura de las drogas o las drogas como cultura, desde los comienzos del siglo XIX» que «tenía que dejar de lado»⁹¹. En 1982, Foucault argumentaba a Mauriac que las drogas, en potencia, no eran peligrosas si estaban «integradas en la cultura», con lo que quería decir que debía enseñarse a los jóvenes a usarlas en lugar de dejarles experimentarlas al azar. No todas sus experiencias habían sido completamente pacíficas: admitía que una experiencia con LSD en Nueva York había sido tan terrorífica que estuvo a punto de entrar en una comisaría a pedir Valium⁹². También había tomado LSD en circunstancias más controladas y tenía la impresión de que, lejos de sustraerlo de la realidad, el conjunto de la experiencia se encontraba mucho más en el plano de la realidad, incluso de la verdad⁹³. Los placeres farmacéuticos también incluían el uso

⁸⁶ «The Minimalist Self», pág. 12.

⁸⁷ Sheridan, «Diary».

⁸⁸ Mauriac, *Mauriac effils*, pág. 328.

⁸⁹ *IbO.*, pág. 227.

⁹⁰ Entrevista con Claude Mauriac.

⁹¹ Postfacio a *Death and the Labyrinth*, pág. 183.

⁹² Mauriac, *Mauriac effik*, págs. 363, 364.

⁹³ Voeltzel, *Vingt ans et après*, pág. 116.

de *poppers* (cápsulas de nitrato de amilo), que Foucault consideraba parte integrante de la cultura gay; declaraba que era la única droga íntimamente relacionada con la sexualidad y tenía el efecto de producir «una prodigiosa multiplicación e intensificación» del placer que era a la vez «único e inolvidable»⁹⁴.

Uno de los pocos proyectos de mediados de los años setenta que llegó a completarse proporciona más perspectivas de su visión sobre el uso de los placeres. Se trata del proyecto conjunto con Thierry Voeltzel, el joven autoestopista que había recogido en 1975. *Vingtans et apres* es una serie de diálogos: «Thierry, un hombre muy joven, habla en presencia de un amigo mayor. Habla ante nosotros y, tras muchas sorpresas, dilaciones y negativas, nos acabamos convirtiendo también en amigos suyos. Una grabadora recoge la conversación. Su transcripción constituye este libro, uno de los más asombrosos que hemos leído durante mucho tiempo»⁹⁵. El «amigo mayor» era, por supuesto, Michel Foucault, al que nunca se nombra en sus páginas.

En julio de 1976, Mauriac escuchó una grabación inicial de una conversación ente Voeltzel y Foucault, y de inmediato telefoneó al último a Vendreuvre-du-Poitou. Le había admirado lo que había oído y lo describió como un «documento sin precedentes». Sugería que si se añadían preguntas más directas por parte de Foucault, sería una especie de diálogo socrático moderno, en el que el amigo mayor haría de Sócrates y Thierry de Alcibíades. Con el consentimiento de Foucault, pensó en poner la grabación a un editor de Hachette, pero al final apareció con el sello de Grasset (forma parte del grupo Hachette). Mauriac también acarició la idea de enviar a Thierry otros interlocutores, incluida su hija Nathalie, de su misma generación pero de un entorno muy diferente. A Foucault le agradaba mucho Nathalie Mauriac, que había prendido en la pared de su piso las últimas líneas de *Les mots et les choses*, pero esa parte del proyecto se abandonó⁹⁶.

Durante el verano se grabó una serie de conversaciones, se transcribieron y luego Foucault se dedicó a su edición. Voeltzel describe la vida de un joven gay en los márgenes de la sociedad francesa, trabajando de vez en cuando en el distrito de Sentier, dedicado a la confección, y en hospitales, mezclándose con los inmigrantes, con las corrientes de extrema izquierda y con los políticos sexuales del FHAR y grupos afines. La charla abarca desde la música rock hasta el cine y la literatura, desde la sexuali-

¹⁴ *Ibid.*, pág. 119. Para comentarios similares, véase «Sex, Power and the Politics of Identity».

⁵⁵ Claude Mauriac, prólogo a *Vingt ans et après*, pág. 8.

⁹⁶ Mauriac, *L'onck Marcel*, págs. 245-248, 243.

dad hasta las drogas e incluso las actitudes ante la religión. Foucault incita suavemente a Voeltzel, a menudo fingiendo ignorancia, para que dé una respuesta. Como declaró Mauriac con acierto, el resultado es un documento asombroso, que captura a Foucault en una actitud relajada, casi de confesión.

Como se encuentra a salvo en el anonimato, también habla aquí de sus placeres propios de forma más directa que en cualquier otro texto. Al referirse a los *poppers* y otras drogas, señala que

liberan de la anatomía la localización sexual del placer [...]. Besar en la boca durante dos horas con un placer absoluto y fantástico [...], el placer es desplazado en el tiempo y el espacio porque es desplazado en relación con su localización sexual y es desplazado en relación al orgasmo, lo que me hace preguntarme si no hay algo muy constrictivo en el reichianismo, la idea del orgasmo [...]. La apología del orgasmo que hacen los reichianos me sigue pareciendo un modo de localizar las posibilidades del placer en lo sexual, mientras que cosas tales como las píldoras amarillas o la cocaína nos permiten estallar y difundirlo por todo el cuerpo; el cuerpo se convierte en el lugar completo de un placer completo, hasta tal punto que hemos de desembarazarnos de la sexualidad⁹⁷.

Aunque Foucault experimentó ampliamente con las drogas, no se convirtió en un usuario habitual. No eran un estimulante que utilizara. Incluso cuando *L'usage des plaisirs* le resultó difícil, no usó drogas, a diferencia de Sartre, cuyo consumo de anfetaminas durante la escritura de *Critique de la raison dialectique* fue inmoderado y notorio. Cuando Mauriac apuntó el ejemplo negativo de Sartre, Foucault no tuvo inconveniente en convenir que él no tomaría estimulantes⁹⁸. Las drogas proporcionaban una intensidad de placer que, paradójicamente, él encontraba en la moderación disciplinada:

Realmente, creo que me resulta difícil experimentar placer [...]. Por que pienso que la clase de placer que consideraría como el *real* sería tan profundo, tan intenso, tan abrumador que no podría sobrevivirlo. Moriría [...], algunas drogas me resultan realmente importantes porque actúan como mediadoras para ese disfrute increíble e intenso que busco y que no soy capaz de experimentar, de conseguir por mí mismo [...]. Un placer debe ser algo increíblemente intenso".

Voeltzel, *Vingt ans et après*, págs. 119 y 120.
Mauriac, *Mauriac et fils*, pág. 328.
«The Minimalist Self», pág. 12.

Según esta opinión, encontrarse cerca de la muerte también era un placer.

Casi un año después de la publicación de *La volante de savoir*, se dirigió a Foucault, para su sorpresa, una comisión gubernamental que examinaba la posibilidad de reformar el código penal. Se cree que la invitación se formuló por sugerencia de alguien que lo conocía en el Syndicat de la Magistrature y que formaba parte de dicha comisión, y constituye en sí misma un índice de cómo *Surveiller et punir*, en particular, había transformado a Foucault en autoridad pública y en un posible «consejero del príncipe». Se le pidió que diera su opinión sobre diversas cuestiones relacionadas con la censura y la sexualidad. Sus respuestas no se hicieron públicas, pero su contenido resulta obvio a partir del texto publicado de dos discusiones. La primera fue una mesa redonda en la que participaron Foucault, el antipsiquiatra británico David Cooper y unos miembros del colectivo que producía el periódico *Change*; la segunda fue un debate radiofónico sobre la cultura francesa que se llevó a cabo casi un año después¹⁰⁰. Como señaló el mismo Foucault, su decisión de dar respuesta a las preguntas de la comisión representó un cambio de posición por su parte; ya no sostenía la convicción de que el papel del intelectual era sólo la denuncia y la crítica y que debía abandonarse a los legisladores y reformadores a sus recursos propios y desafortunados¹⁰¹. Unos pocos años antes, no habría tomado esta postura; el GPI no había considerado parte de sus funciones proporcionar consejos sobre las reformas carcelarias.

Su posición general era que la legislación, en principio, no debía tratar o controlar la sexualidad, pero de inmediato identificaba dos zonas problemáticas: la violación y la sexualidad de los niños. Sus comentarios sobre la violación iban a resultar controvertidos. Mantenía la idea, también expresada por Hocquenhem en *Désir homosexuel*, de que lo que debía hacerse público en los casos de violación era la violencia física que conllevaran, pero concedía que quizá las mujeres no estuvieran de acuerdo con esta postura. Ni Marine Zecca, ni Marie-Odile Faye (respectivamente, una de las colaboradoras de Cooper y la editora adjunta de *Change*) estuvieron de acuerdo, aunque la primera concedió que la violación se relaciona más con la violencia que con la sexualidad, pero quedó atrapada por el argumento de Foucault de que decir que ser violado era más serio que ser golpeado en el rostro era sostener que la «sexualidad»

¹⁰⁰ Michel Foucault, David Cooper, Jean-Pierre Faye, Marie-Odile Faye y Marine Zecca, «Enfermement, psychiatrie, prison», *Change*, 32-33, octubre de 1977 (fecha del 12 de mayo de 1977); Michel Foucault, Guy Hocquenhem y Jean Danet, «La loi de la pudeur», *Recherches*, 17, abril de 1979 (emitido en la serie de cultura francesa *Dialogues*, el 4 de abril de 1978).

¹⁰¹ «Enfermement, psychiatrie, prison», pág. 109.

tenía un papel tal en la constitución del cuerpo que debía rodearse o investirse con una legislación que no era aplicable al resto del cuerpo. El argumento de Hocquenhem-Foucault, según lo explica De Weit, era: «El razonamiento sobre el que [...] las feministas basan su demanda de castigos más serios [para la violación] es en sí mismo falocéntrico, ya que implica que algunos órganos corporales son más importantes que otros, es decir, los órganos sexuales»¹⁰². Foucault también citó una conversación que había mantenido con un miembro del Syndicat de la Magistrature: le habían dicho que no existía razón para hacer de la violación un delito penal; podía ser un asunto de responsabilidad civil, de «daños y perjuicios»¹⁰³.

Sus comentarios sobre la violación revelan una sorprendente falta de información acerca de los análisis y las demandas feministas; la posibilidad de que la violación no fuera un asunto de violencia individual análogo a un golpe en la cara no se menciona. Ni parece haberse dado cuenta del hecho de que la mayor parte de las denuncias de violación efectuadas por entonces en Francia acababan yendo a juicio en forma de acusaciones de «agresión» o «outrage public á la pudeur» («ultraje público a la decencia») ¹⁰⁴. En el número de mayo de 1978 de *Questions Féministes*, apareció una réplica mordaz escrita por Monique Plaza, que le acusaba de sostener que no había razón para prohibir la violación:

La violación está permitida, «sólo» la mujer violada irá a pedir daños y perjuicios. En otras palabras, irá a pedir que se la pague por un acto sexual que un hombre ha cometido «con» ella pero sin su consentimiento. Así pues, toda mujer es una presa sexual del hombre. Tanto si no dice nada y «consiente», como si exige retribución antes del acto (prostitución) o exige retribución después del acto (violación)¹⁰⁵.

De modo menos polémico pero crítico, una feminista concluye: «Como sostiene Plaza, la estrategia de desexualización de Foucault es impropia en el ámbito de la ley sobre violación, puesto que los efectos inmediatos de que no se considere delito recaen sobre las mujeres de un modo tan violento en potencia»¹⁰⁶.

¹⁰² De Weit, «The Charming Passivity of Guy Hocquenhem», pág. 18.

¹⁰³ «Enfermement, psychiatrie, prison», págs. 99 y 100.

¹⁰⁴ Véase el artículo en tres partes de Michèle Solat, Les féministes et le viol», *Le Monde*, 18, 19 y 20 de octubre de 1977.

¹⁰⁵ Monique Plaza, «Our costs and their benefits», trad. de Wendy Harrison, 4, 1980, pág. 32.

¹⁰⁶ Winnifred Woodhull, «Sexuality, Power, and the Question of Rape», en Irene Diamond y Lee Quinby (eds.), *Feminism and Foucault*, Boston, Northeastern University Press, 1988, pág. 170.

Foucault nunca contestó a las críticas de Plaza y no existen pruebas de que le llegaran. Sin embargo, más tarde cambió su postura y sostuvo que «la libertad de la elección sexual» no implicaba «la libertad de actos sexuales» porque «hay actos sexuales como la violación que no deben estar permitidos, involucren a un hombre y una mujer o a dos hombres»¹⁰⁷. La naturaleza legalista y abstracta de este comentario inicial sobre la violación quizá refleje, a los ojos de las feministas, que hablaba como un hombre; sin duda indica que conocía poco la política feminista del momento. Ya se podía encontrar en traducción francesa *Against Our Will*, de Susan Brownmiller (1975), pero Foucault nunca consigna su argumento de que la violación «no es nada más ni nada menos que un proceso de intimidación consciente mediante el que *todos* los hombres mantienen a *todas* las mujeres en un estado de miedo»¹⁰⁸. Los argumentos de Foucault podrían muy bien estar en consonancia con el tema de la «desexualización» de *La volonté de savoir*, pero también son un recordatorio de lo que una crítica feminista denomina el carácter «profundamente androcéntrico» de sus escritos¹⁰⁹.

Mientras que sus comentarios sobre la violación revelan una relativa falta de conocimiento sobre debates importantes, su discusión sobre la sexualidad infantil estaba mucho más dentro de la controversia contemporánea. Aunque se refiere a la sexualidad de los niños, en realidad la controversia trataba acerca de las relaciones sexuales entre adultos y niños. Ahora Foucault acabó participando en una campaña centrada en el tema de la paidofilia. El asunto que la había provocado, al que hacía una breve referencia de pasada en la discusión con Cooper¹¹⁰, eran las acusaciones a que se enfrentaban tres hombres (un médico y dos maestros) ante el tribunal de Versalles por supuestas relaciones sexuales con menores. Rene Schérer había recibido una carta de uno de ellos, que había estado detenido sin juicio durante casi tres años y había comenzado a organizar una campaña de recogida de firmas pidiendo que se retiraran las acusaciones y que se cambiara la ley¹¹¹. Roland Barthes ya había firmado su petición, al igual que Louis Aragón, que había manifestado hacía poco su condición de gay, y unas cuarenta personas más. Después de pedir más detalles acerca del caso, Foucault también firmó. Pero la campaña no obtuvo ningún resultado. Los tres fueron hallados culpables, pero se los puso en libertad de inmediato, debido al tiempo que ya habían pasado

¹⁰⁷ «Sexual Choice, Sexual Acts», pág. 289.

¹⁰⁸ Susan Brownmiller, *Against Our Will*, Harmondsworth, Penguin, 1976, pág. 15. La traducción de Ann Villedaur (*Le vio!*) fue publicada por Stock en 1976.

¹⁰⁹ Meaghan Morris, «The Pirate's Fiancée», en Diamond y Quinby, *op. cit.*, pág. 26.

¹¹⁰ «Enfermement, psychiatrie, prison», pág. 104.

¹¹¹ Entrevista con Rene Schérer.

en la cárcel. Los comentarios de Foucault sobre los niños y la sexualidad ante la comisión de reforma iban contra este entorno. También contra una campaña de prensa violenta y en aumento acerca de los abusos a los niños y la pornografía infantil¹¹².

En la discusión con *Change*, Foucault suscita la cuestión del «niño que es seducido. O que comienza a seducirte. ¿Es posible proponer que el legislador diga: con un niño que consiente, un niño que no dice que no, se puede tener cualquier tipo de relación, que no tiene nada que ver con la ley?». Casi de inmediato, responde a su pregunta: «Estoy tentado a decir que una vez que el niño no dice que no, no hay razón»¹¹³. Aunque no resulta completamente claro por la discusión, está pensando en adolescentes y preadolescentes y no en niños pequeños. En otro lugar, sugiere que la edad debería rebajarse entre los trece y quince años, pero de inmediato expresa dudas, «dado el clima sexual general y lo que los niños pueden leer o ver en las paredes o camino del colegio. Por ello, legislar sobre esto es un asunto delicado y difícil»¹¹⁴.

Los temas de la sexualidad infantil y la paidofilia reaparecen en la discusión publicada en *Recherches*. En sus comentarios iniciales, Foucault identifica tres tendencias. Por un lado, la misma existencia de la comisión indica el surgimiento de una tendencia liberal y reformista, que parece ir contra la que había culminado con la adopción de la Enmienda Mirguet en 1960. Además de definir la homosexualidad como «una lacra social», el artículo 331 de la ley de 1960 aumentaba las penas a las que se enfrentaba todo convicto de cometer un acto indecente o innatural con un menor del mismo sexo (se definía como menor si no había cumplido los veintiún años). No obstante, aunque la misma existencia de la comisión representaba un posible cambio de clima, había otros acontecimientos que eran más preocupantes. Estaba en todo su auge una campaña de prensa contra «los que abusaban de los niños» y, en opinión de Foucault, había una inequívoca posibilidad de que el clima creado en Estados Unidos por la campaña «Salva a Nuestros Hijos» (de la homosexualidad) de Anita Bryant se repitiera en Francia. Hocquenhem y otros habían lanzado una campaña para que se aboliera el artículo 331; había recibido apoyo de algunos miembros del PCF e incluso de Françoise Dolto, la abuela psicoanalista de la nación y, como acertadamente señaló Hocquenhem, alguien a quien no resultaba fácil describir como paidófila. Foucault

¹¹² Véase Guy Hocquenhem, «Homosexuals, Children and Violence», trad. de Simón Watney, *Gay Left*, verano de 1978, págs. 14 y 15 (el texto original apareció en *Guie Presse*, 1, enero de 1978).

¹¹³ «Enfermement, psychiatrie, prison», págs. 103, 104.

¹¹⁴ «Le gai savoir», pág. 32.

apoyó con vigor el llamamiento para la reforma legal y señaló que no existía una definición legal del *pudeur* público que era tan fácil ofender en apariencia. De forma mucho más general, utilizó el debate radiofónico como una plataforma para lanzar un violento ataque contra las teorías psicológicas y psicoanalíticas sobre la «sexualidad infantil» que la definen como «una tierra que tiene su geografía propia, en la que los adultos no deben penetrar. Una tierra virgen, una tierra sexual, por supuesto, pero una tierra que debe mantener su virginidad»¹¹⁵. De nuevo su argumento en contra es que los niños pueden seducir a los adultos y lo hacen. La demanda psicológica de que un niño en esa posición puede quedar traumatizado y requerir protección contra sus propios deseos se convierte en la base para una visión del futuro cercano como un lugar anómalo:

Vamos a tener una sociedad de peligros: por un lado, estarán los que se encuentran en peligro y, por el otro, los que llevan el peligro con ellos. Y la sexualidad ya no será un tipo de conducta con prohibiciones específicas, sino una especie de peligro a la larga [...] Gracias a una serie de intervenciones específicas, efectuadas probablemente por las instituciones legales con el apoyo de las instituciones médicas, tendremos un *dispositif* completamente nuevo para el control de la sexualidad¹¹⁶.

¹¹⁵ «La loi de la pudeur», pág. 74.

¹¹⁶ *Ibid.*, págs. 77 y 78.

Disidente

En la tarde del viernes 17 de diciembre de 1976, Foucault apareció en *Apostrophes*, el buque insignia de los programas sobre libros que presentaba Bernard Pivot. No sólo el programa de televisión era prestigioso; en esta ocasión, se había grabado en el marco suntuoso del Louvre. Foucault, el periodista e historiador André Fontaine y el biólogo Jean Halburger habían sido invitados a tomar parte en una discusión sobre «El futuro de los hombres», pero el programa también proporcionaba a Foucault una plataforma para hacer publicidad de *La volonté de savoir*, recientemente publicada. Tras unos comentarios jocosos por parte de Pivot acerca de la ironía de pedir al teórico de la muerte del hombre que hablara de su futuro, la atención se centró en Foucault.

Para sorpresa del presentador y probablemente de su público, se negó a hablar sobre su libro. En su lugar, explicó un volumen titulado *Un procès ordinaire en URSS*, que Gallimard había publicado hacía poco. Se basaba en cintas grabadas que se habían sacado de la Unión Soviética y que transcribían el juicio contra el doctor Mijail Stern, a quien se había acusado de aceptar sobornos y de corrupción. Con veinticuatro años de experiencia médica y miembro del Partido Comunista desde finales de los años cuarenta, era el jefe de una unidad de endocrinología en Vinnitsa, Ucrania, y se había negado a la «sugerencia» de la KGB de que utilizara su influencia paterna para impedir que sus dos hijos emigraran a Israel. Cuando se emitió el programa, estaba cumpliendo el tercer año de sentencia en un campo de trabajo cerca de Jarkov. Como consecuencia en parte de la intervención televisiva de Foucault, el caso de Stern se hizo bastante célebre.

Un Comité Internacional para la Liberación del doctor Mijail Stern llevó el caso a la Conferencia de Helsinki y consiguió su liberación y su salida hacia París¹. Al comentar el incidente de *Apostrophes*, Clavel habló con admiración de la «abnegación» de Foucault²; éste se refirió a ello en términos bastante modestos. Había disfrutado de la exposición ante las cámaras y se sentía preparado para utilizar su aparición en ellas para brindar algo «útil y desconocido» a la atención de sus espectadores. En las circunstancias del momento, el libro de Stern era más interesante que el suyo³. El lunes, Mauriac llamó por teléfono a Foucault para felicitarlo por su aparición en televisión. Admiraba su gesto, pero quizás hablaba en nombre de mucha gente cuando le dijo que también se había sentido algo defraudado⁴. Sin duda, también le habría gustado escucharle hablar de su libro. Según Clavel, la historia tenía una vuelta más. Parece ser que el periódico cultural y teórico del PCF, *La Nouvelle Critique*, había acudido a Foucault deseoso de publicar algo sobre Pierre Rivière. Como respuesta, éste les ofreció un artículo sobre Stern, que rompió la comunicación de forma abrupta.

Dos días después de su aparición en *Apostrophes*, Foucault tuvo otro gesto provocativo y deliberado. Edgar y Lucie Faure estaban organizando una recepción para Valéry Giscard d'Estaing. El presidente deseaba conocer a un grupo representativo de escritores e intelectuales; la lista de invitados incluía a la abogada feminista Gisèle Halimi, a la caricaturista Claire Brétecher, a Jean-Louis Bory, Le Roy Ladurie, Philippe Sollers y Roland Barthes. Foucault también estaba invitado. Aceptaba encantado, había dicho al Palacio del Elíseo, si podía hablar del caso Ranucci con el presidente. Giscard se había negado a perdonar a Christian Ranucci, a quien habían guillotinado en julio por el asesinato de un niño cerca de Marsella. Las pruebas en su contra eran, como poco, inconcluyentes. Le informaron que el caso no era un tema aceptable de conversación y, de este modo, no almorzó con el presidente⁵.

El asunto Stern marcó el comienzo de un intenso interés por la disidencia soviética y de Europa Oriental por parte de Foucault. Pronto tuvo

¹ Véase la carta de Simone de Beauvoir a la Conferencia de Helsinki, *Le Monde*, 12 de enero de 1977, pág. 12.

² Maurice Clavel, «Vous direz trois rosaires», *Le Nouvel Observateur*, 27 de diciembre de 1976, pág. 55.

³ «Du Pouvoir», entrevista con Pierre Boncenne, *L'Express*, 13 de julio de 1984. Esta entrevista se grabó en 1978 pero no se publicó hasta la muerte de Foucault.

⁴ Mauriac, *Mauriac et fils*, pág. 249.

⁵ Para una reconstrucción del caso Ranucci y un convincente argumento acerca de su inocencia, véase Gilles Perrault, *Lepull-over rouge*, París, Ramsay, 1978. Los comentarios de Foucault sobre el caso y el libro se encontrarán en «Du bon usage du criminel», *Le Nouvel Observateur*, 11 de septiembre de 1978, págs. 40-42.

oportunidad de darle una expresión concreta. En junio de 1977, Leonid Breznev, que acababa de añadir el título de presidente del Estado al de secretario general del PCUS, hizo una visita de Estado a París y fue recibido con toda la ceremonia que Francia guarda para sus invitados oficiales. También se le ofreció una recepción oficiosa. Su paso por los Campos Elíseos fue observado en silencio desaprobatorio por pequeños grupos de gente, pero dos horas antes se habían desencadenado intercambios violentos cuando los manifestantes de extrema izquierda movilizados por el Parti des Forces Nouvelles se enfrentaron a la policía y prendieron fuego a las banderas soviéticas que se alineaban en la avenida⁶. En la plaza de la Ópera, la policía cargó contra una muchedumbre pacífica que se había concentrado en respuesta a un llamamiento efectuado por los representantes de la comunidad judía de la Unión Soviética⁷. En otro lugar, en la tarde del 21 de junio, se estaba desarrollando una recepción bastante diferente. La invitación decía: «Al tiempo en que Leonid Breznev es recibido en Francia, le invito a una reunión amistosa con diversos disidentes de los países del bloque oriental en el Théâtre Récamier, rue Récamier 3, 75007 París, a las ocho y media de la tarde del 21 de junio.» Fue enviada en nombre de Michel Foucault, Roland Barthes, Pierre Daix, André Glucksmann, Francois Jacob, Jean-Paul Sartre y Laurent Schwartz⁸.

La idea había surgido de unas discusiones sostenidas por Foucault y Pierre Victor. Como el primero señaló a Claude Mauriac, era «una idea soberbia. Dar una recepción para todos los disidentes soviéticos que estaban en París la tarde de la recepción a Breznev, de modo que los periodistas tuvieran dos recepciones. Hemos encontrado un conservatorio de música ruso, un salón muy bonito...» Para regocijo de Foucault, Mauriac puso reparos porque no le parecía muy cortés, dado que Breznev era invitado de Francia, pero al final aceptó ser uno de los anfitriones. No se pudo disponer del conservatorio, pero el comité de organización alquiló para la velada el Récamier, un teatro pequeño y elegante en una calle lateral próxima al boulevard Raspail. La esposa de Mauriac, Marie-Claude, aceptó ocuparse del avituallamiento, pero de inmediato se topó con dificultades financieras. La salvación llegó mediante las donaciones efectuadas por los editores de los participantes y se encargó la comida a Bon Marché, una conocida tienda de la me de Sévres⁹.

Foucault fue uno de los principales organizadores y estaba tan preo-

⁶ *Le Monde*, 23 de junio de 1977.

⁷ Bernard Guetta, «Le salut á Brejnev», *Le Nouvel Observateur*, 27 de junio de 1977, página 31.

⁸ Mauriac, *Signes, rencontres et rendez-vous*, pág. 249.

⁹ *Ibid.*, págs. 249, 250.

cupado con la preparación, que no se enteró de otro acontecimiento que tuvo lugar el 21 de junio. Una delegación de la CAP, encabezada por Serge Livrozet, fue recibida por Peyrefitte en el Ministerio de Justicia para discutir sobre los *quartiers de haute sécurité* (pabellones de alta seguridad) introducidos como consecuencia del asunto Clairvaux. La CAP describió las discusiones como «concretas», y Claude Mauriac, que también estaba presente, habló de una «reunión histórica». Foucault sólo comentó que no se lograría nada con ella¹⁰.

En el Récamier, Foucault, elegante con su jersey blanco, se dirigió brevemente a la concurrencia desde el escenario:

Esto no es un mitin —habrá uno en la Mutualité el 29 de junio— y sobre todo no es una recepción simétrica a la que se está celebrado en este mismo momento en el Eliseo. Simplemente pensamos que la tarde en la que Breznev es recibido con pompa por el señor Giscard d'Estaing, otros franceses podíamos recibir a ciertos otros rusos que son nuestros amigos¹¹.

Luego invitó a sus huéspedes a mezclarse a su gusto y desapareció tras las cortinas. Como había dicho, no era un mitin político, sino una reunión informal, en la que la gente iba del bar al bufé y hablaba en grupos pequeños con el acompañamiento de música y canciones rusas. Foucault estaba en todas partes, haciendo las veces de anfitrión y de camarero jefe. Los invitados rasos eran distinguidos y parecía que ninguno había rechazado asistir. Estaban Vladimir Maximov, Artur London, Vladimir Bukovsky, Mijail Stem, Almarik Sinavsky, Alexander Galitch y Natalia Gorbaievskaya, que había protestado en la Plaza Roja contra la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968, y que resumió sus esperanzas al final de la velada de este modo: «Ahora podemos esperar que esta gente empiece a pensar sobre lo que pasa en el Este, utilizando sólo su conciencia y su inteligencia. Los hombres de la "izquierda independiente" son nuestra esperanza»¹².

Por parte francesa, entre los participantes se encontraban Glucksmann, De Beauvoir, Deleuze, Jean-Pierre Faye, Jacques Almira, Pierre Victor y Philippe Boucher de *Le Monde*, pero lo que acaparó la atención de la mayoría de los observadores fue la combinación casi incompatible de Sartre —que caminaba con gran dificultad, apoyado en el brazo de De Beauvoir— e Ionesco. Parecía que las diferencias políticas habían dejado paso a la solidaridad con las víctimas del totalitarismo, y *Le Nouvel Obser-*

¹⁰ *Le Monde*, 23 de junio de 1977; Mauriac, *ibtd.*, pág. 249.

¹¹ *Le Monde*, 23 de junio de 1977.

¹² Guetta, «Le salut á Brejnev».

vateur declaró que «le Paris des intellectuels» se había unido, o casi unido, por primera vez.

La unidad no era tan completa como puede haber parecido. Régis Debray, por ejemplo, seguía denunciando a «los impostores del circo del Gulag» y prefería apoyar a la Ligue Communiste trotskista, «la única organización política de Francia que ha conmemorado el décimo aniversario de la muerte del Che de forma apropiada». Por ello, había resuelto enviar el dinero que había ganado con el premio Fémina por su novela *La Neige brûle* a la Ligue, que, a su parecer, había denunciado durante veinte años las infamias del socialismo sin renunciar a luchar por él¹³. Ni la presencia de Sartre, al que más tarde Foucault llevaría a casa en su coche¹⁴, carecía por completo de ambigüedad. Foucault había conocido no hacía mucho a Stern y le asombró enterarse de que muchos disidentes soviéticos seguían aborreciendo a Sartre porque se había negado a conocer a Solzhenitsin durante su visita a Moscú en 1966¹⁵. Su argumento de que todo eso era el pasado y debía olvidarse no sirvió de mucho. También adujo, en conversación con Mauriac, que el mayor deseo de Sartre ahora era conocer a Solzhenitsin o firmar una declaración conjunta: a Foucault le habían llegado a ofrecer un billete de avión a Estados Unidos con la esperanza de que pudiera persuadir al escritor ruso, al que no conocía, de que firmara un manifiesto con Sartre¹⁶. El billete de avión no se materializó o Foucault no lo aceptó, pero nunca apareció ese escrito conjunto.

Muchos de los que colaboraban en campañas de apoyo a la disidencia soviética, también eran asociados con los denominados *nouveaux philosophes*. El verano de 1977, la asociación de Foucault con éstos se hizo más pronunciada. La expresión *nouveaux philosophes* se deriva del dossier publicado por Bernard-Henri Lévy en *Les Nouveaux Littéraires*, en junio de 1976, en el que este nombre colectivo hace referencia al mismo Lévy, Jean-Marie Benoits, Michel Guérin, Christian Jambet y Guy Lardreau. Un mes después, *Le Nouvel Observateur* publicó un extenso artículo de Gérard Petitjean, titulado «Les nouveaux gourous»; esta vez, el reparto in-

¹³ Régis Debray, «Lettre á la Ligue Communiste», *L'espérance auppurgatoire*, París, Alain Moreau, 1980, pág. 62.

¹⁴ Entrevistas con Jeannette Colombel y Daniel Defert.

¹⁵ No se conocieron, pero hay cierta discusión sobre el motivo; Hayman, *Writing Against*, pág. 387, declara que fue Solzhenitsin quien se negó a hablar con Sartre porque había sugerido que el verdugo Sholokov debía recibir el Premio Nobel. En una charla extraordinaria que tuvo lugar en Roma, en octubre de 1965, Sartre se había referido a una «falsa vanguardia» que era, a pesar de sí misma, «tradicionalista» y participaba en un «diálogo con la muerte»: incluía a Joyce, Céline, Bretón, Robbe-Grillet... y Solzhenitsin. Véase Michel Contat y Michel Rybalka, *Les écrits de Sartre*, París, Gallimard, 1970, págs. 420, 421.

¹⁶ Mauriac, *Signes, reneontres et rendez-vous*, pág. 247.

cluía a Paul Dollé, Benoist, Jambert, Lardreau, André Glucksmann, Baudrillard, Hocquenheim y, curiosamente, puesto que se le suele considerar marxista, Nicos Poulantzas¹⁷. Aunque era inevitable que el término «nuevo filósofo» resultara algo variable, la lista dominaba en la percepción pública del momento. Durante alrededor de un año, pareció imposible leer un periódico o escuchar la radio sin encontrar una alusión a la nueva filosofía. Lévy surgió como figura central de esta constelación cambiante, debido en gran parte a que era el editor de la series de Grasset Figures y Théoriciens, en las que publicaban la mayoría de los «nuevos filósofos». Sus notables aptitudes empresariales y publicitarias le ayudaron a lanzar y promover su obra, mientras que su buena presencia y la fotogenia de su melena oscura le aseguraron la máxima exposición en los medios de comunicación.

Si se puede hallar cierta unidad en la obra de este grupo tan desigual, es una unidad negativa, que se centra en el rechazo violento del marxismo en todas sus formas. La mayoría de los nuevos filósofos tenía un pasado izquierdista; Jambert y Lardreau, por ejemplo, fueron miembros fundadores de la GP. En ese contexto fue donde conocieron a Foucault. La mayoría eran *normaliens* y habían tenido, como Lévy, a Althusser de maestro. Althusser, Mao y Marx eran ahora rechazados en bloque; los nuevos patronos teóricos eran Lacan, Foucault y Solzhenitsin. Lacan proporcionaba la figura del Maestro (el lugar mítico de un discurso que mantiene que todo y todos deben someterse a la ley y que el conocimiento total es imposible en este mundo), Foucault, la imagen del panóptico y Solzhenitsin, la prueba empírica abrumadora y el celo mesiánico. Su pasado maoísta implicaba que pocos de ellos habían sentido una gran simpatía por la Unión Soviética «revisionista», pero la crítica emergente al marxismo llevaba mucho más lejos las denuncias al revisionismo. Y lo que era más, las revelaciones de *Prisonnier de Mao*, de Pasqualini (que descubría la existencia de campos de concentración en la República Popular)

¹⁷ «Les Nouveaux Philosophes», *Les Nouvelles Littéraires*, 10 de junio de 1976; «Les Nouveaux Gourous», *Le Nouvel Observateur*, 12 de julio de 1976, págs. 62-68. Véase también Claude Sales, «Les "Nouveaux Philosophes": La révolte contre Marx», *Le Point*, 4 de julio de 1977, págs. 33-37. Para un relato general del «movimiento», véase Peter Dews, «The Nouvelle Philosophie and Foucault», *Economy and Society*, vol. 8, núm. 2, mayo de 1979, págs. 127-171, y «The "New Philosophers" and the End of Leftism», *Radical Philosophy*, 24, primavera de 1980, págs. 2-11. François Aubral y Xavier Delcourt, *Contre la Nouvelle Philosophie*, París, Gallimard, colección Ideas, 1977, de inspiración marxista y polémico hasta un punto cercano a la apoplejía, es demasiado partidista para ofrecer un relato objetivo, pero contiene abundante información. Algunos textos representativos de los nuevos filósofos son los de Philippe Nemo, *L'homme structural*, París, Grasset, 1975; Jean-Marie Benoist, *La révolution structurale*, París, Grasset, 1975; Jean-Paul Dollé, *Haine déla pernee*, París, Éditions Hallier, 1976; Guy Lardreau y Christian Jambet, *L'ange*, París, Grasset, 1976.

y el relato sobre China de Broyelles destruyeron la ilusión de que existiera el «socialismo real» en algún sitio¹⁸.

La Gauche Prolétarienne se disolvió de modo oficial en un congreso final celebrado en noviembre de 1974, pero había seguido manteniendo una existencia fantasmal al menos durante un año después. A algunos les había desilusionado Bruay y las implicaciones de la noción de justicia popular. A muchos les había asqueado o simplemente aterrorizado el coqueteo con el terrorismo. Sin embargo, la mayor parte de los comentaristas convienen en que el toque final a muerto sonó en octubre de 1973, cuando los trabajadores de la fábrica de relojes Lip de Besancon se negaron a aceptar las notificaciones de reducción de plantilla, ocuparon la fábrica y comenzaron a producir y a distribuir relojes por ellos mismos, con éxito, de modo ilegal y sin ninguna ayuda de los que se autonombaban militantes clandestinos de vanguardia. Ciertamente gauchismo ya había pasado y a su fallecimiento sin duda había contribuido el régimen presidencial más liberal inaugurado por la elección de Giscard en mayo de 1974.

Casi de inmediato, los nuevos filósofos se convirtieron en objeto de polémica y burla. La burla puede ser a veces un útil índice de las percepciones sociales. En el verano de 1977, *Le Nouvel Observateur* publicó un *jeu-test* que proponía una serie de preguntas con respuestas múltiples para que los lectores decidieran si eran nuevos filósofos. Cualquiera que declarara honestamente haber rechazado a Althusser en el último año, conseguía un máximo de tres puntos; el rechazo de Foucault no otorgaba puntos. El nuevo filósofo ideal era aquel que en diferentes momentos había sido comunista ortodoxo, maoísta y católico militante¹⁹. La exposición ante los medios de comunicación era tan grande como para llevar a una nueva acuñación: *pubphilosophie* (*depubliatéphilosophie*, que podría traducirse como filosofía publicidad). Sin duda, había un gran nivel de autoengrandecimiento y de congratulación mutua, ya que todo virtual nuevo filósofo tenía buen cuidado de dar las gracias a sus «amigos» en la prensa y de promocionar su obra. Cuando Lévy, nacido en 1948, inició su *Barbarie a visage humain* con las palabras: «Soy el hijo bastardo de una pareja diabólica: fascismo y estalinismo» y continuó: «Si fuera poeta, cantaría al horror de vivir y a los nuevos Archipiélagos que el mañana nos está preparando»²⁰, resultó obvio de inmediato que la modestia filosófica no estaba al orden del día.

¹⁸ J. Pasqualini, *Prisonnier de Mao* París, Gallimard, 1975; Claude y Jacques Broyelle y Evelyne Tschirhart, *Deuxième retour de Chine*, París, Seuil, 1977.

¹⁹ «Etes-vous un "nouveau philosophe"?, *Le Nouvel Observateur*, 1 de agosto de 1977, pág. 46.

²⁰ Lévy, *La barbarie a visage humain*, págs. 9 y 10.

Aunque Glucksmann ha negado siempre ser un nuevo filósofo y *La cuisinière et le mangeur d'hommes* es dos años anterior a la publicidad orquestada por Lévy, su obra ilustra el modo en que Foucault acabó combinado con Solzhenitsin. La tesis básica de *La cuisinière* es que «un campo de concentración es un campo de concentración, sea ruso o nazi» y que «no habría habido campos rusos sin el marxismo»²¹. La mayor parte de las pruebas que apoyan esta afirmación provienen del *Archipiélago Gulag*. El texto ruso se pudo conseguir en París a finales de 1973 y el volumen primero apareció traducido en junio de 1974, seguido por el volumen segundo en diciembre de ese mismo año. Habían aparecido extractos en *L'Espresso*, en enero de 1974, pero el acontecimiento crucial fue la aparición del mismo autor en *Apostrophes*, el 11 de abril de 1975. Era imposible pasar por alto el poder del testimonio de Solzhenitsin, y Lévy captura algo de su impacto cuando describe al autor del *Archipiélago* como «nuestro Dante», como el poeta de una nueva *Divina comedia*²¹.

Solzhenitsin no era el más fácil de los poetas épicos para avenirse a razones. Uno de sus interlocutores en *Apostrophes* fue Jean Daniel, bastante comprensivo y dispuesto a «dejarse impresionar totalmente» por él, pero renuente a aceptar que, aunque la colonización de Vietnam había sido errónea, su descolonización significara la expansión de un comunismo asiático del que pronto serían víctimas los vietnamitas. No era un argumento fácilmente aceptable en la primavera de 1975. Daniel tampoco pudo convencerlo, según su propio relato, de que el estalinismo era sólo una rama del árbol comunista. Al editor de *Le Nouvel Observateur* no le agradó por completo su propia actuación, pero impresionó lo suficiente a Foucault para que le escribiera diciéndole que sólo él había sido capaz de hacer que Solzhenitsin «fuera al grano»²³. A Foucault le impresionó gratamente el autor del *Archipiélago* y sostuvo que no tenía sentido objetar que tenía tendencias izquierdistas o respaldaba una ideología religiosa, al igual que era imposible poner en duda la precisión histórica concluyente de lo que decía²⁴.

No obstante, a pesar de la admiración de Glucksmann por Solzhenitsin, algo de la vieja retórica *gauchiste* sobrevive en su polémica. Cuando habla, en una única denuncia sin aliento, del totalitarismo del Hópital General, del nazismo, del «orden chileno» y de Moscú²⁵, la acusación es tan generalizada, que resulta fácil escuchar los ecos de sus denuncias an-

²¹ André Glucksmann, *La cuisinière et le mangeur d'hommes*, París, Seuil, colección Points, 1977, págs. 37, 40.

²² Lévy, *op. cit.*, pág. 180.

²³ Jean Daniel, *Veré des ruptures*, París, Livre de poche, 1980, págs. 261, 264.

²⁴ Voeltzel, *Vingt ans et après*, pág. 142.

²⁵ André Glucksmann, *op. cit.*, pág. 11.

teriores del fascismo de la Francia de Pompidou. También sobrevive la noción de plebe. En 1972, Glucksmann pudo declarar: «Hoy, la plebe está en el campo revolucionario: los maoístas preservan para el pueblo lo que la derecha ha rendido al fascismo: la plebe, la unidad popular y la victoria»²⁶. En 1977, la «canalla» conformada por los delincuentes comunes, los hippies, los trabajadores marginales, los inmigrantes y los homosexuales es en cierto modo análoga a la disidencia soviética. Todos son habitantes potenciales de los campos de concentración del futuro y los contestatarios soviéticos pueden ayudar a Occidente a comprenderse mejor²⁷.

El gauchismo de la GP siempre había contenido un elemento de identificación imaginaria con la plebe, pero el mismo término implica también cierto grado de desdén. Deleuze detectó algo muy similar en la actitud de los nuevos filósofos hacia los disidentes que declaraban patrocinar. «Lo que me desagrada es muy simple: los nuevos filósofos están creando un martirologio [...] alimentándose de cadáveres, culpando a los habitantes del Gulag por no haber "entendido" antes [...]. Si perteneciera a una asociación, presentaría una queja contra los nuevos filósofos, que muestran demasiado desprecio por los habitantes del Gulag»²⁸. En su contribución al debate «Objectif 78» de *Le Nouvel Observateur*, Jacques Rancière habló con un desdén similar: «En esa representación de pasión [...] en la que los intelectuales que ocupan la plaza del maestro se identifican con todos los perseguidos (Sócrates, Cristo, los judíos, las víctimas del Gulag), sólo veo el anuncio que marca la entrada de la filosofía en el estilo de discurso impuesto por el aparato de dominio del estado consumista»²⁹.

Si Solzhenitsin era un nuevo Dante, Foucault era, según Glucksmann, su profeta. *La cuisinière* hace un gran uso de *Histoire de la folie*: «El encierro en Rusia es comparable y ha sobrepasado al "gran encierro que inauguró el orden burgués en Europa Occidental" y el siglo xx está repitiendo el gran encierro del xvii»³⁰. Un libro que se había concebido en su origen como una historia de la psiquiatría y que se había convertido en un tratado sobre la antipsiquiatría, pasaba ahora a ser una denuncia de todos los totalitarismos y del soviético en particular.

²⁶ Glucksmann, «Fascismes: l'ancien et le nouveau», *Les Temps Modernes*, 310 bis, 1972, pág. 301.

²⁷ Glucksmann, *La cuisinière...*, pág. 11.

²⁸ «Gilés Deleuze contre les "nouveaux philosophes"», *Le Monde*, 19 y 20 de junio de 1977, pág. 16 (extractos de Deleuze, «A propos des nouveaux philosophes et d'une question plus générale», suplemento de *Minuit*, 24, 1977).

²⁹ *Le Nouvel Observateur*, 25 de julio de 1977, pág. 40.

³⁰ *Ibid.*, págs. 103-107.

El mismo Foucault respaldó esta nueva interpretación de su obra. En una discusión sobre una película acerca de los campos soviéticos, señaló: «La Unión Soviética castiga de acuerdo con el método del "orden burgués", es decir, con un orden establecido hace dos siglos [...]. El espectáculo intemporal y ubicuo mediante el que los poderes han estado constantemente fabricando miedo durante doscientos años»³¹. También reinterpreta su propia experiencia en el bloque oriental a la luz de sus nuevos intereses y comenta a un entrevistador en 1978 que había terminado *Histoire de la folie* en Polonia y «no podía dejar de pensar, cuando la estaba escribiendo, en lo que veía a mi alrededor»³². Nada del texto de *Histoire de la folie* o de las entrevistas concedidas por entonces sugiere tal cosa; sin duda, Foucault está reinterpretando y reescribiendo tanto su libro como su experiencia dentro del contexto de mediados de los años setenta.

Además, cuando pudo sostener y sostuvo que «el encierro de la edad clásica» formaba parte de la genealogía del Gulag, receló de los intentos por igualar ambos y de las declaraciones de que «todos tenemos nuestro propio Gulag». Como afirmó en una respuesta escrita a las preguntas que le formuló Jacques Rancière, el peligro estribaba en que tales argumentos amenazaban con dejar escapar al PCF, al permitirle emplear dos proposiciones diferentes (a saber, que los problemas de la URSS eran los mismos que los de todos los demás países, y que el hecho de que el PCF criticara el Gulag demostraba su falta de servilismo a la Unión Soviética) para evitar la cuestión real, «disolviéndola en las aguas turbias de los encierros políticos en general»³³.

Lévy conocía a Foucault desde 1975. Una de las aventuras menos exitosas de los nuevos filósofos había sido el lanzamiento, con Michel Butel, del diario *L'Imprévu*, que estableció un récord periodístico al salir sólo durante once semanas (del 27 de enero al 7 de febrero). Parece que la familia de Lévy era lo suficientemente rica como para absorber las considerables pérdidas financieras que supuso. Foucault le dio su apoyo concediendo entrevistas que aparecieron en los dos primeros números³⁴. Lo más importante es el modo en el que Foucault es invocado en el libro de Lévy más conocido, *La Barbarie a visage humain*. En sus páginas iniciales, Lévy pulsa una nota foucauldiana al describirlo como «una arqueolo-

³¹ «Crimes et châtements en URSS et ailleurs...», *Le Nouvel Observateur*, 26 de enero de 1976, pág. 34.

³² «Du pouvoir» (entrevista con Pierre Boncenne), *L'Express*, 13 de julio de 1984.

³³ «Pouvoirs et stratégies», *Les revotes logiques*, 4, invierno de 1977, págs. 89-90.

³⁴ «La politique est la continuation de la guerre par d'autres moyens» (entrevista con Bernard-Henri Lévy), *L'Imprévu*, 27 de enero de 1975; «a quoi révent les philosophes?», *ibid.*, 28 de enero de 1975.

J.Í del presente»³⁵. De hecho, el libro no representa una «arqueología» y es fundamentalmente una polémica contra el marxismo (fascismo rojo), el cientifismo y el progresivismo en general. El antiguo adalid de la revolución y del cambio radical se halla ahora preguntándose si la revolución es deseable en lugar de si es posible³⁶.

Al igual que Glucksmann, Lévy concluye —o destaca de la conclusión— que no puede haber «socialismo sin campos» y que «un campo soviético es marxista, tan marxista como Auschwitz era nazi»³⁷. Como Glucksmann, cree que la descripción del gran encierro de la *Histoire de la folie* es aplicable a la Unión Soviética y pide «un análisis foucauldiano» de esa sociedad³⁸. Las páginas iniciales de la *Histoire* también le proporcionan la iconografía para su ataque a «San Gilíes y San Félix, marineros del barco de los locos modernos», a quienes debe de haber sorprendido algo saber que eran *filósofos marxistas* cuya retórica funciona de acuerdo con el modelo materialista³⁹. Sin embargo, lo que resulta más importante es la teoría del poder elaborada en *Surveiller et punir*. Para Lévy, el Estado totalitario significa «científicos en el poder»; poder total es sinónimo de saber total, y la sombra del panóptico de Bentham se cierne inmensa sobre todas las sociedades modernas. La amenaza del totalitarismo es aún mayor cuando una sociedad impone el deber de «decirlo todo»; éste es el peligro de la sexología y de las prácticas similares⁴⁰. En tales formulaciones, Foucault se convierte en parte de la vulgata de la nueva filosofía.

Sin duda, Foucault y Lévy compartían dudas acerca de «si la revolución era deseable», pero los intentos del último por apropiarse de Foucault le atraparon en algunas contradicciones extrañas. Al esbozar la teoría de los placeres, que oponía a la filosofía del deseo, en una entrevista dedicada a *La volonté de savoir*, Foucault le dijo a Lévy que leyera «el libro de Hocquenhem y Shérer»⁴¹. En este punto, Lévy no le siguió, sin duda porque hubiera sido una fuente de desconcierto: él mismo había denunciado el texto en cuestión como «bárbaro» y representante de «otro modo de decadencia»⁴². Foucault podía ser un aliado incómodo.

El gesto de apoyo más significativo de Foucault hacia los nuevos filósofos fue una reseña de tres páginas a *Les maîtres penseurs*, de Glucksmann, publicada en *Le Nouvel Observateur* en mayo de 1977. El libro re-

³⁵ Lévy, *La barbarie a visage humain*, pág. 10.

³⁶ *Mí*, págs. 10, 11.

³⁷ *Ibid.*, págs. 181, 182, 184.

³⁸ *Ibid.*, pág. 231.

³⁹ *Ibid.*, págs. 20, 23 y 24.

⁴⁰ *Ibid.*, págs. 170, 173.

⁴¹ «Foucault: No au sexe roi», *Le Nouvel Observateur*, 12 de marzo de 1977, pág. 100.

⁴² Lévy, *La barbarie*, pág. 138.

pite y expande los puntos defendidos en *La cuisinière*, pero extiende la crítica a lo que llama «el estado-revolución» y afirma que todos los (ilósofos muestran una voluntad de dominio que los conduce de modo inevitable a conspirar con los tiranos. Como señala Foucault, la cuestión básica de Glucksmann es: «¿Qué ardid empleó la filosofía alemana para tornar la revolución en la promesa de un estado bueno y verdadero, y el estado en la forma serena y completa de la revolución?»⁴³. La reseña le proporciona la oportunidad de saldar por última vez las cuentas con el marxismo:

Toda una cierta izquierda ha intentado explicar el Gulag [...] en términos de la teoría de la historia, o al menos la historia de la teoría. Sí, sí, hubo matanzas; pero rué un terrible error. Vuelve a leer sólo a Marx o a Lenin, compáralos con Stalin y comprobarás dónde se equivocó el último. Es obvio que todas esas muertes sólo pudieron ser resultado de una mala interpretación. Era predecible: el estalinismo-error fue uno de los principales agentes que propiciaron el retorno al marxismo-verdad, al marxismo-texto que contemplamos en los años sesenta. Si quieres oponerte a Stalin, no escuches a las víctimas; sólo contarán sus torturas. Relee a los teóricos; te dirán la verdad de lo verdadero⁴⁴.

La diana de tales comentarios es sin duda Althusser, pero también son lo suficientemente amplios como para abarcar las teorías trotskistas sobre la desviación o degeneración. Foucault ya había sostenido lo mismo dos meses antes en una conversación con Claude Mauriac. Los dos hombres se reunieron en el Mercure Galant, restaurante próximo a la Bibliothèque Nationale, donde Foucault había pasado el día. La conversación giró hacia la situación política de Francia y a cuestiones más amplias. Foucault describió a su generación como «cobarde» porque había aceptado de forma tácita la existencia del Archipiélago Gulag como algo necesario; ahora era obvio que los campos no eran un accidente, sino una parte integrante del marxismo. Mauriac asintió y luego intentó argüir que quizá fuera posible encontrar a alguien distinto a Marx, o preservar algo de éste. Ése podía ser, pensaba, el papel de Foucault. Éste sólo replicó que era «demasiado tarde»⁴⁵. Tampoco China ofrecía alternativa alguna a la esperanza; al leer un relato sobre la Revolución Cultural, Foucault encontró una similitud «terriblemente preocupante» entre el ritual de la autocrítica pública y la extorsión para conseguir la confesión de los campos: «Es como si los métodos internos de los campos hubieran florecido afuera, estaba

«La grande colère des faits», *Le Nouvel Observateur*, 9 de mayo de 1977, pág. 85.

IbU., págs. 84 y 85.

Mauriac, *Une certaine rage*, págs. 85 y 86.

a punto de decir que unos cientos de miles de flores, en la China de la Revolución Cultural»⁴⁶.

La evolución política de Foucault se cruzaba con la de los nuevos filósofos. Su periodo «izquierdista» había terminado, su desilusión del marxismo era completa y se estaba desplazando hacia una arena política dominada por la disidencia y los derechos humanos. La constelación política en la que se movía también estaba cambiando. Se reconocía ampliamente que su obra, y en particular la teoría del poder elaborada en *Surveiller et punir*, había preparado el terreno para los nuevos filósofos. Clavel escribió: «Le guste o no, Foucault ha deshancado a Marx y a la Ilustración», y sostenía que todos los nuevos filósofos «andaban por un camino que había señalado Foucault. Y los del otro lado eran incapaces de la menor contraofensiva, porque ya no hay pensamiento marxista, ya no hay pensamiento sobre "las ciencias humanas"»⁴⁷. Foucault estaba próximo a Clavel por entonces y sus comentarios pueden considerarse como una prueba más de su inflación verbal característica. Pero cuando Deleuze comenzó su contraataque sobre la nueva filosofía declarando que una explicación de su nulidad era el uso que hacía de «grandes conceptos como el derecho, el Poder, el maestro», el venablo dirigido contra *Surveiller et punir* y *La volonté de savoir* no fue fácil de desviar. Las actitudes tan diferentes de ambos ante los nuevos filósofos llevó a un distanciamiento creciente.

Por otro lado, Foucault no estaba muy entusiasmado con que se le asociara demasiado estrechamente con los nuevos filósofos y su maquinaria publicitaria. El otoño de 1977 contempló la aparición de un número inusual de *L'Arc*, publicación trimestral que dedicaba cada número a un tema o a un solo autor y su obra. El número 70 iba a haberse dedicado a Foucault y así se había anunciado. La labor estaba muy avanzada cuando aparecieron en escena los *nouveaux philosophes*. Molesto por su «marketing ideológico» y reacio a participar en él, Foucault protestó y anunció que no deseaba ver su nombre en la portada, por lo que ese número de *L'Arc* apareció como *La crise dans la tête*⁴⁸.

En el verano de 1977, también pareció posible que se acercara un rompimiento con Claude Mauriac. Las implicaciones que surgen en los debates sobre la Unión Soviética rara vez se limitan a Rusia, y Mauriac señaló que se estaba dando este debate particular sólo un año antes de que Francia fuera a las urnas. También sostuvo con fuerza que era vital

⁴⁶ «Crimes et châtements en URSS et ailleurs», pág. 37.

⁴⁷ Clavel en *Nouvelle Action Française*, 25 de noviembre de 1976, citado en Aubral y Delcourt, pág. 284.

⁴⁸ Catherine Clément y Bernard Pingaud, «Raison de plus», *L'Arc*, 70, 1977, págs. 1 y 2.

no matar la esperanza, queriendo decir que debía preservarse la Unión de la Izquierda. La Unión era el pacto electoral firmado por socialistas y comunistas en 1972; entonces estaba en crisis, en gran parte debido a la falta de acuerdo entre los dos partidos sobre el tema de las nacionalizaciones. Mauriac escribió en *Le Monde*: «Michel Foucault ha establecido una fecha en la que la esperanza cambió, en la que la pregunta ya no era cómo se podían conservar, dentro del marxismo, ciertos valores tradicionales, sino cómo aún era posible, sabiendo lo que sabíamos, seguir siendo marxistas. Eligió 1956, el año en que los tanques soviéticos impusieron el "orden socialista" a Hungría»⁴⁹. La referencia corresponde a la participación de Foucault, junto a Clavel, Glucksmann, Sollers, Jambet y Lardreau en *La part de venté* de TF-I el 4 de julio. En el curso del programa, grabado en la casa de Clavel en Vézelay, Foucault señalaba: «Desde 1956, los filósofos ya no han sido capaces de pensar la historia mediante categorías preestablecidas. Así pues, han de ser sensitivos ante los acontecimientos. Los filósofos deben convertirse en periodistas»⁵⁰.

Mauriac no afirmaba que los campos soviéticos se estuvieran volviendo más tolerables, sino que le preocupaba la «lógica insidiosa, perniciosa» que infería vínculos necesarios entre el Gulag y el marxismo, entre el marxismo y el comunismo, entre el comunismo y el Programa Común, entre el Programa Común y el Gulag. Su artículo suponía al menos que Foucault aceptaba o incluso promovía esa lógica. Transcurridos quince días, recibió una llamada telefónica de Foucault que «en apariencia estaba de acuerdo, pero ahora me pregunto [septiembre de 1977] si no fue una manera elegante de decir adiós para siempre»⁵¹. Sus temores fueron injustificados, pero no cabe duda de que el artículo hizo más tirante la amistad.

Foucault no apoyaba el Programa Común de la Izquierda fundamentalmente por la presencia del Partido Comunista y no era optimista acerca de sus expectativas electorales. Sin embargo, se negó a pasarse al campo de Giscard y adoptó una postura general de desencanto. De forma inevitable, su desencanto se basaba en su teoría del poder:

Los socialistas no necesitan una nueva carta de libertad o una nueva declaración de derechos: es fácil, así que carece de sentido. Si quieren merecer que se los quiera y que no se los rechace, si quieren ser deseados, han de contestar a la pregunta del poder y de su ejercicio. Tie-

⁴⁹ Claude Mauriac, «Il ne faut pas tuer l'espérance», *Le Monde*, 17 de julio de 1977, página 1; también en *Signes, remontes et rendez-vous*, pág. 257.

⁵⁰ *Le Nouvel Observateur*, 11 de julio de 1977, pág. 51. Cf. Bel, *Maurice Clavel*, páginas 338-340.

⁵¹ Mauriac, *Signes, rencontres et rendez-vous*, pág. 257.

nen que descubrir un medio de ejercer el poder que no infunda miedo. Eso sería algo nuevo⁵².

Se estaba refiriendo a *Liberté, libertes*, que era el producto de las reflexiones de un grupo de estudio del Partido Socialista dirigido por Robert Badinter⁵³. Se trataba básicamente de una carta de derechos y libertades, pero cuando la discutió en una alocución pronunciada en un curso de verano organizado por el Syndicat de la Magistrature, Foucault declaró que representaba una «mutación de las técnicas del poder» que extendería la función de los jueces y los tribunales al hacer de su incumbencia áreas aún mayores de la sociedad civil. Es decir, no mantenía la promesa de un nuevo modo de gobierno⁵⁴.

Uno de sus proyectos de publicación de este periodo sostiene un argumento similar. Mientras investigaba para *Surveiller et punir*, asistió a un coloquio del CNRS en la ENS sobre «Delincuencia y exclusión social» en marzo de 1973⁵⁵. Una de los oradores era Michelle Perrot que, dos años antes, había defendido una influyente tesis doctoral sobre las huelgas del siglo xix en Francia⁵⁶. Su ponencia de 1973 trataba de la delincuencia y del sistema penitenciario del siglo xre, y le agradó mucho que Foucault le pidiera una copia. Éste la cita como corresponde en *Surveiller et punir*, pero se equivoca al dar su nombre como «Michéle»⁵⁷.

La amistosa relación entre ambos fue alentada por Jean-Pierre Barou, que en un principio se presentó a sí mismo a la historiadora porque admiraba *Les ouvriers engreve* y esperaba publicar algo de ella. Esa ambición acabó realizándose en 1984, cuando, como editor de Seuil, publicó la versión abreviada de su tesis *comojeunesse de lagreve*. Aunque había estudiado en una escuela de ingeniería en Estrasburgo, Barou se había embarcado en la carrera literaria y había producido una pequeña revista llamada *Atoll* a finales de los años sesenta, cuyo primer número se dedicó a Paul Nizan⁵⁸. Tras los acontecimientos de mayo, participó en el movimiento

⁵² «Crimes et châtements...», pág. 37.

⁵³ *Liberté, libertes. Réflexions du Comité pour une charte de liberté animé par Robert Badinter*, París, Gallimard, 1976.

⁵⁴ «Michel Foucault á Goutelas: la redéfinition du "judiciable"», *Justice*, 115, junio de 1987, págs. 36-39.

⁵⁵ La ponencia apareció con posterioridad como «Délinquance et système pénitentiaire en France au XIX^e siècle», *Annales ESC*, vol. 30, núm. 1, enero febrero de 1975, págs. 67-91.

⁵⁶ Michelle Perrot, *Les Ouvriers engreve (France 1870-1900)*, París, Mouton y CNRS, 1974. Se publicó una versión abreviada *comojeunesse de lagreve*, París, Seuil, 1984 y fue traducida por Chris Turner como *Workers on Strike*, Leamington Spa, Berg, 1987. Sobre Perrot, véase «Michel Perrot. Une histoire des femmes. Propos recueillis par Francois Ewald», *Magazine Littéraire*, 286, marzo de 91, págs. 98-102.

⁵⁷ *Surveiller et punir*, pág. 287.

⁵⁸ *Atoll*, 1, noviembre de 1967-enero de 1968.

maoísta emergente y luego se convirtió en uno de los periodistas *à l'Accuse* y *La Cause du peuple*. Como tal estaba presente la vez famosa en que Sartre fue introducido en la planta fortificada que tenía Renault en la He Séguin en el maletero de una furgoneta. También fue a través de su trabajo en la prensa maoísta como conoció a Foucault; se pasaba regularmente por su piso para recoger las comunicaciones a la prensa del GPI (no todas firmadas), que Foucault distribuía con frecuencia —o incluso escribía a gran velocidad— aún en bata⁵⁹.

En el curso de una conversación con Perrot, Barrou sugirió que, dados sus intereses comunes, ella y Foucault debían trabajar juntos sobre algo. Perrot palideció ante la sugerencia. Había conocido a Foucault, pero le seguía amedrentando la idea de acercársele de forma directa. Finalmente, llegaron a la idea de publicar el ensayo de Bentham sobre el panóptico. No les parecía adecuado que un texto al que se hacía una referencia constante como consecuencia de *Survei Uer et punir* no estuviera disponible. *El panóptico* existe en dos versiones diferentes: el texto íntegro incluido en el cuarto volumen de las *Obras* de Bentham y una breve versión encargada por la Asamblea Nacional Francesa en 1791. La última, a mediados de los años setenta, era una especie de rareza bibliográfica, pero Perrot, como coleccionista, tenía un ejemplar comprado en un anticuario. El proyecto fue madurando poco a poco: ambos publicarían de nuevo el texto francés de Bentham y pedirían a Foucault que escribiera un prólogo o al menos que les concediera una entrevista que pudiera utilizarse como tal. Por entonces, Barrou era editor a comisión de la pequeña editorial perteneciente a Pierre Belfond, que también la dirigía, por lo que la publicación no era un problema. A Foucault le encantó que Barrou acudiera a él y accedió de inmediato a la entrevista. El hecho de que le resultara tan agradable publicar en una pequeña casa sin respaldo casi y poca capacidad publicitaria puede constituir un primer ejemplo de lo que se iba a convertir en un desencanto real de la edición comercial e incluso de la vida como autor de Gallimard.

En una mañana muy calurosa de julio de 1976, Barrou y una Perrot algo nerviosa fueron al piso de Foucault. Para su sorpresa, éste abrió la puerta vestido con un kimono japonés y permaneció así durante toda la mañana. Estaba de un humor relajado y afectuoso e interrumpió varias veces la entrevista con sus risas. Cuando la terminaron, los tres fueron a la terraza a tomar unos zumos. Juntos releieron y revisaron la transcripción de la grabación, que apareció como prólogo del ensayo de Bentham⁶⁰.

⁵⁹ Entrevista con Jean-Pierre Barrou.

⁶⁰ Jeremy Bentham, *Le Panoptique, précédé de «L'oeil du pouvoir», entretien de Michel Foucault. Postface de Michel Perrot*, París, Pierre Belfond, 1977. El volumen contiene una reproducción facsimilar del texto francés, una traducción del primer capítulo de la versión inglesa y se completa con una bibliografía compilada por Perrot.

La discusión fue informal y amplia. Gran parte de ella se dedicó a re-
lomar el tratamiento del panóptico que aparece en *Surveiller et punir*,
pero Perrot, en particular, la amplió para abarcar el taylorismo y la indus-
trialización del siglo xix. Muchos de los irónicos comentarios de Foucault
sobre la izquierda francesa y el poder se expurgaron de la versión publi-
cada, pero algunos de los que quedaron tienen más importancia coyuntural
que histórica. Así, sostiene que no es suficiente proponer la cuestión
del poder sólo en términos de legislación o constituciones: «El poder es
mucho más complicado, más denso y más difuso que un cuerpo de leyes
o un aparato del Estado»⁶¹. El intercambio final con Perrot tiene casi un
tono alegórico. Esta sugiere que sería inútil que los prisioneros se hicie-
ran con el control de la torre central donde se localiza el poder. Foucault
replica que tal acción carecería de sentido «si ése no es el significado úl-
timo de la operación. Si los prisioneros operan el aparato del panóptico
y se sientan en la torre, ¿crees realmente que las cosas serían mejores de
lo que eran con los guardas?». Estaba utilizando la metáfora del panóptico
para sugerir que, en caso de una victoria electoral de la izquierda, nada
cambiaría en realidad por la ausencia de una profunda meditación sobre
la misma naturaleza del poder⁶².

En otoño de 1977, Foucault ya no estaba tan preocupado por Solzhe-
nitsin como por una especie de disidente bastante diferente. En verano, el
abogado germanooccidental Klaus Croissant cruzó la frontera francesa y
apareció en una conferencia de prensa. Había sido uno de los principales
abogados defensores en el juicio de 1975 contra los miembros de *Rote Ar-
mee Fraktion*, más conocida en los medios de comunicación como la ban-
da «Baader-Meinhof» (y en los medios franceses como *la bande a Baader*)
y ahora anunciaba que buscaba el asilo político garantizado por la Cons-
titución de 1946 para cualquiera sometido a persecución por «acciones en
favor de la libertad». Las acusaciones originales en su contra se basaban en
una ley de 1975 que impedía actuar como abogado defensor a cualquiera
que apoyara una organización criminal. Se decía de él que había intenta-
do «mediante numerosas manifestaciones públicas, declaraciones a la
prensa y campañas políticas dentro y fuera de la República Federal [...] sus-
citar el interés internacional por los miembros de la asociación criminal y
sus ostensibles objetivos políticos»⁶³. A los ojos de muchos, su delito real
había sido concitar la atención pública sobre las condiciones de la prisión-

⁶¹ «L'oeil du pouvoir», pág. 23.

⁶² Entrevistas con Michelle Perrot y Jean-Pierre Barou.

⁶³ Sebastian Cobler, *Law, Order and Politics in West Germany*, trad., de Francis McDonagh, Harmondsworth, Penguin, 1978, pág. 114.

fortaleza de Stannheim, que, en octubre de 1977, acabaron llevando al suicidio en dudosas circunstancias a Andreas Baader, Gudrun Ennslin y Jan-Karl Raspe. Se había dicho algunas veces que habían sido «condenados al suicidio». Cuando el asunto Croissant alcanzó su climax en París, la situación se había vuelto más candente por el asesinato de Hans-Martin Schleyer, presidente de la asociación de empresarios de Alemania Occidental, el 19 de octubre, un día después del suicidio masivo.

Croissant ya había sido encarcelado dos veces; su pasaporte le había sido confiscado y tenía la obligación de presentarse a la policía una vez a la semana. Puesto que ya no podía defender a sus clientes en Alemania, había elegido el exilio y esperaba continuar su labor en Francia⁶⁴. Mientras presentaba su petición de asilo, las autoridades de Alemania Occidental comenzaron el procedimiento de extradición en los tribunales. A finales de septiembre, Croissant fue detenido en una casa del *arrondissement* catorce que pertenecía a Héléne Chátelain, actriz y cineasta que había trabajado con el GPI cuando éste hizo su película, conocida de Foucault. Ella y otra mujer fueron detenidas y acusadas de haber dado cobijo a un fugitivo de la justicia.

Se formó un Comité para la Liberación Inmediata de Klaus Croissant, que fue responsable de un insólito gesto político: mil croissants, cuidadosamente envuelto cada uno en aluminio, se enviaron a abogados, políticos y otros, junto con una nota que preguntaba por qué un abogado no podía viajar libremente por el Mercado Común cuando un croissant sí podía⁶⁵.

Se comenzó a organizar el apoyo a Croissant y un grupo de «personalidades» hizo un llamamiento para su libertad inmediata, basándose en que «entregar a Klaus Croissant al gobierno de Alemania Occidental significaría abandonar una tradición bien establecida [...] en los asuntos de extradición, contraviniendo los principios del asilo político y dando cabida a la presión ejercida por el gobierno alemán». Los cerca de cincuenta firmantes incluían a De Beauvoir, Clavel, Debray, Deleuze, Kiejman, Sartre y François Sagan, pero no a Michel Foucault. Sin embargo, había actuado de varios otros modos.

Su primera salva tomó la forma de un artículo para *Le Nouvel Observateur* en el que sostenía que lo que se ponía en juego en el caso Croissant era un derecho:

Los derechos de los gobernados incluyen uno que, de forma lenta y tortuosa, está comenzando a ser reconocido y que es esencial: el de-

Le Monde, 14 de julio de 1977.
Le Monde, 1 de octubre de 1977.

recho a ser defendido en los tribunales. Ahora ese derecho no se restringe a la posibilidad de tener un abogado que hable en nuestro nombre, en términos más o menos contradictorios, con el fiscal, como si estuviéramos ausentes o como si fuéramos [...] un objeto inerte al que sólo se pide confesar o permanecer en silencio. Uno de los derechos de los gobernados es tener abogados que no sean, como en los países del bloque oriental, alguien que nos defiende pero que deja claro que nos condenaría si su buena fortuna y nuestro infortunio los hiciera nuestros jueces. Es el derecho a tener un abogado que hable por nosotros, con nosotros, que nos permita ser oídos y preservar nuestras vidas, nuestras identidades y la fuerza de nuestra negativa [...]. Éste es el derecho que quieren negar al grupo Baader en Alemania al perseguir a sus abogados⁶⁶.

La petición final de extradición y la apelación de Croissant iban a verse el 16 de noviembre. Tres días antes de la fecha de inicio prevista, Foucault y André Glucksmann habían redactado una declaración en aprobación de la postura adoptada por el Syndicat des Avocats de la France en su congreso de Estrasburgo, quienes habían protestado contra la posible extradición debido a que parecía muy probable que Croissant tuviera que enfrentarse a un largo periodo de encarcelamiento por razones políticas⁶⁷. Foucault señaló en una conversación telefónica con Claude Mauriac: «No se trata de decir que Alemania Occidental sea fascista o que Croissant sea un modelo para los abogados liberales, sino de oponerse a la extradición»⁶⁸. Entre los firmantes se encontraban diversos individuos próximos a Foucault: Barthes, Boulez, Clavel, Domenach, Costa-Gavras, Montand, Mauriac y Simone Signoret.

En el microcosmo de las peticiones políticas se estaba librando una sutil batalla. Foucault se había negado a prestar su nombre a una petición puesta en circulación por Félix Guattari. También se oponía a la extradición de Croissant, pero se refería a Alemania Occidental como «fascista» y esto resultaba inaceptable para él⁶⁹. En otras palabras, Foucault estaba dispuesto a luchar por el derecho al asilo de Croissant, pero no prestaría su nombre a ningún manifiesto que diera apoyo a una tesis asociada con la Fracción del Ejército Rojo. Dada la estrecha relación entre Guattari y Deleuze, se había preparado el terreno para una penosa ruptura entre Foucault y un buen amigo. Su negativa a aprobar el apoyo al terrorismo le proporcionó agrios reproches de algunos sectores. Y, aunque no hubo

⁶⁶ «Va-t-on extraire Klaus Croissant?», *Le Nouvel Observateur*, 14 de noviembre de 1977.

⁶⁷ *Le Monde*, 15 de noviembre de 1977.

⁶⁸ Claude Mauriac, *Signes, rencontres et rendez-vous*, pág. 266.

⁶⁹ *Ibid.*, pág. 263.

un cruce de palabras abierto entre los i^{os}, 1^a oposición que adoptó Genet fue casi antitética a la de Foucault. Estableciendo una distinción entre la brutalidad «del sistema» y la violera natural de la «resistencia», Genet sostenía que todos debían estar agradecidos a Baader, Meinhof y el RAF por haber demostrado que sólo la violencia podía poner fin a la brutalidad de los hombres⁷⁰. El apoyo a tales opiniones no era raro en Francia, pero Genet debe haberse enajenado a muchos de sus simpatizantes al declarar en el mismo artículo que la URSS era, a pesar de sus fallos, la i miga de todos los pueblos oprimidos.

El 15 de noviembre, el prefecto & policía prohibió una manifestación organizada que iba a tomar la rut» tradicional, de la place de la République a la place de la Nation. Así pfl«> una marcha «espontánea» discurreció de Montparnasse a Saint-Germain, donde estallaron violentas riñas en las estrechas calles laterales. Foucault no estaba presente, pero la tarde siguiente se hallaba a las puertas de la prisión de Santé cuando Croissant, habiendo perdido el caso, e& conducido fuera para ser entregado a la custodia alemana. Foucault, Defert y un pequeño grupo de gente intentaron formar una cadena huraña simbólica, pero cargaron de improviso contra ellos unos cuarenta policías con todo el equipo antidis- (urbios. Foucault fue golpeado e insultado. Claude Mauriac recibió las noticias en llamada telefónica, mientras, como la mayor parte de la población, veía a Francia batir a Bulgaria en la Copa Mundial. Al día siguiente telefoneó a Foucault, quien le contó:

Sí, fui maltratado. Sólo por diversión. Quiero decir que sólo éramos unos veinte y no había razón para que cargaran con tanta brutalidad [...] les gusto mucho a los polis [...]• No cabe duda de que disfrutaban pegándome [...]. Un golpe barrite fuerte en la base de la columna vertebral. ¿Los pulmones? ReSP^{ir}o c o n dificultad. No puedo sentarme y mucho menos tumbarme.

De inmediato Mauriac diagnosticó una costilla rota, pero Foucault, como de costumbre, era reacio a ir al médico y sólo lo hizo tras un considerable esfuerzo persuasivo por parte de Defert. Se comprobó que la costilla estaba rota. A pesar de sus lesiones, Foucault leyó por teléfono un llamamiento para la manifestación del 18 de noviembre .

La mañana de la manifestación, el relato de Foucault sobre sus experiencias a manos de la policía aparecieron en *Le Motín*: «Creo que esta reacción brutal forma parte de lo que podría llamarse "la bonificación de

⁷⁰ Jean Genet, «Violence et brutalité», *Le Mo*, 2 de septiembre de 1977, págs. 1, 2.

⁷¹ Mauriac, *Signes, rencontres et rendez-vous*, pié-Λ°°.

AT)

placer" en trabajo de un policía. Satisfacerlo con un *gauchiste* [...] es parte de su salario. Además, sin esa bonificación, la policía sería menos digna de confianza». De modo más general, sostenía que la obsesión del gobierno con la ley y el orden significaba que las consideraciones acerca de la seguridad se estaban colocando por encima de la ley: «En la actualidad, nos estamos desplazando hacia una especie de mercado mundial en la justicia política que pretende disminuir el número de refugios conformados por el asilo, que garantiza la disidencia política en general»⁷².

La manifestación vespertina había sido convocada por un grupo formado al efecto, en el que estaban Foucault, Jacques Debü-Bridel (presidente de France Terre d'Asile), Marguerite Duras, Sartre, Vercors y Mauriac. A pesar de sus lesiones, Foucault asistió, pero no efectuó toda la marcha y tomó el metro para parte del camino. Rápidamente se hizo evidente que se estaban desarrollando a la vez dos manifestaciones. Mientras los manifestantes cantaban eslóganes denunciando la extradición de Croissant, algunos grupos sueltos, armados con barras de hierro, comenzaron a atacar a un banco alemán e incluso los coches de fabricación germana. Foucault y Mauriac observaron con tristeza cómo se iba extendiendo la violencia y decidieron finalmente abandonar la escena, sólo para verse involucrados en otra confrontación, aunque menor. Mientras esperaban el tren, vieron cómo un hombre que sangraba por una herida de la cabeza era perseguido en la estación por un grupo de la policía. Foucault y Mauriac intentaron intervenir y Foucault estaba a punto de sufrir otra paliza, cuando la gente comenzó a protestar: «¡Dejadlo en paz, es Foucault!» Para sorpresa de todos los presentes, la policía se marchó⁷³.

Aunque Croissant había sido deportado y ahora estaba prisionero en Stannheim, la participación de Foucault en el caso no había terminado. En una carta abierta a «ciertos líderes de la izquierda», sostenía que los que habían expresado su indignación por la extradición de Croissant, y que muy bien habían podido hacerlo antes, debían ahora interesarse por la causa de Héléne Châtelain y Marie-Joséphe Sina, que se enfrentaban a la acusación de «haber dado cobijo a un fugitivo». De nuevo, Foucault traía a colación el tema del derecho de los *gouvernés* a oponerse al Estado:

Aspiráis a gobernarnos [...]. Es importante que sepamos cómo reaccionaréis ante un asunto como éste: dos mujeres se enfrentan a la acusación de «dar cobijo» al defensor legal de los «terroristas», cuando todo lo que hicieron es, incluso si se prueban los hechos, efectuar uno de los

⁷² «Désormais, la sécurité est au-dessus des lois» (entrevista con Jean-Paul Kauffmann), *Le Matin*, 18 de noviembre de 1977, pág. 15.

⁷³ Mauriac, *Signes, rencontres et rendez-vous*, págs. 271, 272.

más antiguos gestos de reconciliación que nos han legado los tiempos; ¿no es el carácter vengativo con el que se las está acusando una indicación del deseo de fomentar el miedo, y el miedo al miedo, que es una de las condiciones necesarias para que funcione un Estado de seguridad? ¿Estáis de acuerdo con la presentación de acusaciones en nombre de la sociedad, de nuestra sociedad?⁷⁴.

Ningún representante de la izquierda le replicó en público, pero su referencia de pasada a un «ministro de Justicia que había justificado la extradición antes de que el tribunal hubiera expresado su opinión», obtuvo una respuesta de Alain Peyrefitte, con el que ya había chocado Foucault por el asunto de las prisiones. En una carta abierta en la que se le dirigía cortésmente como «Mon cher camarade, maître et ami», Peyrefitte, que le había conocido como estudiante de la ENS, contradecía su relato de los hechos y sostenía que se había negado a hacer comentarios sobre un asunto que se encontraba *subjudice*. La réplica de Foucault fue brutal y directa: Quizá Peyrefitte no había mencionado el nombre de Croissant, pero había hablado en un mitin, en términos generales, de la necesidad de combatir el euroterrorismo. ¿A qué otra cosa se refería si no era al caso Croissant? «Básicamente, justificó por adelantado una orden de extradición que estaba a punto de concederse. En lugar de pedirla de forma abierta, trató de hacerla aceptable extendiendo por Francia un clima que debemos rechazar»⁷⁵. El debate no fue a más.

Mientras el asunto Croissant seguía su curso, Foucault y Deferí fueron a Berlín en diciembre y visitaron el sector oriental de la ciudad dividida. El cruce de la frontera les brindó un desagradable encuentro con la policía, ya que sus documentos y notas fueron fotocopiados por burócratas meticulosos, que les pidieron explicar las referencias y los títulos de los libros contenidos en una agenda. Berlín Oriental no les causó una buena impresión, ni tampoco la parte Occidental. Cuando salían del hotel, se vieron de repente rodeados por la policía, armada con ametralladoras, que los cacheó, con las manos sobre las cabezas, en plena calle. Su error había sido permitir que les escucharan discutir un libro sobre Meinhof durante el desayuno. Como Foucault contó a *Der Spiegel* cuando le entrevistaron acerca de este incidente, la causa probable del acoso sufrido era simplemente que, a los ojos de la policía, eran, como intelectuales, una «especie no limpia»⁷⁶. Ambos se encontraban ahora en la tragicó-

⁷⁴ «Lettre á quelques leaders de la gauche», *Le Nouvel Observateur*, 28 de noviembre de 1977, pág. 59.

⁷⁵ «Alain Peyrefitte s'explique... et Michel Foucault lui répond», *Le Nouvel Observateur*, 23 de enero de 1978, pág. 25.

⁷⁶ «Wir fuhlten uns ais schmutzige Spezies», *Der Spiegel*, 19 de diciembre de 1977, páginas 77, 78.

mica posición de ser criticados en Francia por no apoyar a Baader-Meinhof y casi ser detenidos en Alemania por su supuesto apoyo a la misma.

En enero, Foucault regresó a Berlín Occidental para asistir a la gigantesca reunión organizada bajo el amplio espectro de TUNIX. El nombre provenía de una expresión de argot que significaba «no hagas nada» y era un coalición amplia en lugar de un partido o un frente; había reunido a toda la juventud desencantada, cuya única política real era una negativa a cooperar del modo que fuera con las autoridades. Ecologistas, feministas, anarquistas, ocupantes ilegales y autonomistas se unían en una animada confusión, en la que la música y los grupos teatrales contribuían a crear una atmósfera de circo. A Foucault le deleitaba el ambiente y se dedicó a conversar y a discutir de modo informal con estos representantes de la contracultura.

En un sentido muy real, éste era su público alemán y él era su ideólogo, del mismo modo como se había convertido, gracias a su teoría sobre la «microfísica del poder», en una especie de gurú para los autonomistas italianos, incluidos aquellos que, gracias al régimen liberal, podían leerlo en la prisión⁷⁷. Los filósofos académicos germanos habían reaccionado de forma muy lenta a Foucault y mientras su obra se había extendido por las universidades estadounidenses, allí era la prensa alternativa y las pequeñas editoriales como Mervem, fundada y dirigida por sus amigos Peter Gente y Heidi Paris, las que más habían hecho por popularizarlo⁷⁸. Por este entorno, Foucault era un pensador excitante, incluso peligroso; la corriente nietzscheana de su obra añadía el aliciente de romper un tabú⁷⁹. La mayoría de los filósofos académicos lo encontraban molesto. Entrevistado en *Le Monde* algunos años después, Manfred Frank, que había sido uno de los primeros académicos alemanes en discutir a Foucault de forma seria y que demostraba una simpatía considerable por su primera obra, habló de su impresión acerca de que éste estaba siendo arrastrado hacia el antirracionalismo y opinaba que era precisamente eso lo que había animado su recepción en Alemania, «una recepción bastante poco crítica, un pretexto para prolongar la vida de una actitud política que, en Alemania, deriva de una tradición bastante comprometida»⁸⁰.

⁷⁷ Entrevista con Toni Negri. La antología clave es la de A. Fontana y P. Pasquino (eds.), *Il microfisica del potere*, Turín, Einaudi, 1977.

⁷⁸ Véanse, por ejemplo, las antologías *Mikrophysik der Macht*, Berlín, Merve, 1976, y *Dispositive der Macht: Über Sexualität, Wissen und Wahrheit*, Berlín, Merve, 1978.

⁷⁹ Sobre la recepción alemana de Foucault, véase Uta Liebmann Schaub, «Foucault, Alternative Presses, and Alternative Ideology in West Germany: A Report», *German Studies Review*, vol. XII, núm. 1, febrero de 1989, págs. 139-153.

⁸⁰ Manfred Frank, «pourquoi la philosophie française paît aux Allemands» (entrevista con Philippe Forget), *Le Monde dimanche*, 24 de octubre de 1982, págs. XV, XVI.

No surgió nada específico de la reunión TUNIX, pero Foucault disfrutó con la experiencia. También disfrutó explorando Berlín con su acompañante, Catherine von Bülow y, en particular, saboreó su lado más sórdido, tipificado por los restaurantes de mala fama que descubrieron y por los clubes y bares en los que desaparecía por las tardes, dejando que ella siguiera por su cuenta⁸¹. No hay nada recogido acerca de las expediciones nocturnas de Foucault, pero Berlín está lleno de una amplia gama de clubes para satisfacer cualquier gusto y se puede dar por sentado que él no era abstemio.

La expedición alemana también tuvo un aspecto más serio. Foucault y Von Bülow regresaron vía Hanover, donde tomaron parte en una manifestación convocada en solidaridad con Peter Bruckner, a quien habían destituido de su puesto en la universidad tras su participación en la publicación de un texto aparecido para justificar la muerte del abogado general federal Buback, el principal cazador de terroristas del Estado, al que dispararon a muerte en una emboscada tendida en abril de 1977. El texto en cuestión fue publicado en un periódico estudiantil de Gotinga por un grupo que utilizó el seudónimo de «Mescaleros»; Bruckner no aprobaba de forma particular su contenido o el regocijo no oculto del grupo por la muerte de Buback, pero insistió en que sus autores tenían derecho a publicarlo. Cuando se emprendieron acciones legales contra el periódico, lo republicó junto con otros profesores. Como resultado, y debido a una asociación anterior con Ulrike Meinhof, se había convertido en un «enemigo del Estado» y cayó víctima de una *Berufverbot*. Las denuncias de Bruckner acerca de ciertas acciones de RAF, por otro lado, le habían llevado a ser acusado como traidor por los denominados «enemigos del Estado» y había huido de esta intolerable situación exiliándose en Dinamarca⁸².

Si el Foucault que había marchado por las frías calles de Hanover en solidaridad con Bruckner proporcionó una imagen clásica del profesor militante, febrero iba a hallarlo en un papel bastante diferente y menos peligroso. Junto con Barthes y Deleuze, había sido invitado por Pierre Boulez a tomar parte en «Le temps musical», un acto de cinco días organizado por el Institut de Recherche et Coordination Acoustique/Musique en el Centre Georges Pompidou, de reciente apertura. Foucault y Boulez se habían conocido por casualidad a comienzos de los años cincuenta, pero no mantenían una amistad estrecha. Sin embargo, llegaron a conocerse mejor cuando, para sorpresa del compositor, Foucault sugi-

⁸¹ Entrevista con Catherine von Bülow.

⁸² Véase el prólogo de Foucault, fechado el 28 de febrero de 1979, a Pascal Bruckner y Alfred Krovoza, *Ennemi de l'état*, Claix, La Pensée Sauvage, 1979, págs. 3, 4.

rió su nombre para su elección al Collège de France en 1976, en un intento de rejuvenecer la institución.

«Le temps musical» combinó interpretaciones de obras de Ligeti, Messiaen, Stockhausen, Cárter y Boulez con seminarios y debates en los que participaron los tres invitados. Para su asombro, Boulez se encontró ayudando a una discusión frente a un público de más de dos mil personas la última velada. El número de asistentes no propició un debate real; Barthes leyó «una historia taoísta» acerca de un carnicero cuya concentración intelectual en la vaca que estaba destazando significaba que, al final, sólo viera ante sí «el principio de la disección», mientras que Foucault rehusó participar de forma efectiva y se contentó con contestar a las preguntas. Sólo Deleuze entró al debate público con algún entusiasmo. Las sesiones preparatorias, por otro lado, se habían mantenido en privado y tuvieron un éxito mucho mayor.

Hasta donde se puede reconstruir su participación por el relato que publicó Boulez, Foucault se concentró en un breve análisis sobre la cultura musical de la clase intelectual parisiense, destacando, con cierta sorpresa, que pocos de sus colegas o estudiantes tenían un interés serio en la música contemporánea y comentando la anomalía entre sus gustos filosóficos y musicales: la gente que se interesaba apasionadamente en Heidegger y Nietzsche seguía la fortuna de grupos de rock mediocres en lugar de los experimentos del IRCAM. Su explicación consistía en que, en el dominio musical, esos intelectuales eran víctimas de una cultura ya empaquetada. Su condena de la música contemporánea como «elitista» los llevaba a escuchar una música más trivial pero enraizada más en la sociedad⁸³. Como señaló en un diálogo posterior iniciado por Boulez, en un intento por revivir el debate acerca del IRCAM, «la música de rock no es sólo una parte integrante de la vida de mucha gente (mucho más que lo era el jazz), sino que es un inductor cultural; vincularse al rock, vincularse a un tipo de rocío en lugar de a otro es también un modo de vivir, un modo de reaccionar; es todo un conjunto de gustos y actitudes». Por otro lado, las tendencias aparentemente remotas o elitistas dentro de la música estaban de hecho mucho más cerca de la corriente principal de la cultura intelectual moderna: la investigación de la «forma» que había caracterizado la obra de Cézanne y los cubistas también podía encontrarse en Schoenberg, y en los formalistas rusos y en los lingüistas de la escuela de Praga⁸⁴. El mismo Foucault había estado interesado desde hacía mucho

⁸³ «Quelques souvenirs de Pierre Boulez» (propos recueillis par Alain Jaubert), *Critique*, 471-472, agosto-septiembre de 1986, págs. 745, 746.

⁸⁴ Michel Foucault y Pierre Boulez, «La musique contemporaine et le public», *CNAC Magazine*, 15, mayo-junio de 83, pág. 10.

por la música serial, aunque también era un ávido entusiasta de Mahler que se había convertido hacía poco a Wagner por la producción de Boulez-Chéreau del *AniUo*. En el extremo opuesto, también disfrutó con un concierto de David Bowie al que le llevó Defert⁸⁵. Sus comentarios sobre la sociología de la música de rock enmascaran el hecho de que no parece haber sabido mucho sobre ella: en una conversación con Thierry Voeltzel, se mostró incapaz de distinguir entre Bowie y Mickjagger⁸⁶.

El segundo viaje de Foucault a Japón, en abril de 1978, estuvo bastante más organizado que su primera visita en 1970. Esta vez no era huésped de los japoneses, sino que viajaba bajo los auspicios del Ministerio de Cultura francés. La otra diferencia era que ahora le acompañaba Defert. Los dos hacían realidad por fin un proyecto en el que venían pensando al menos desde 1963.

Pasaron tres semanas en el país, con un programa muy apretado. El 12 de abril, Foucault participó en un debate que siguió la exhibición de la versión de la película de Allio, *Moi, Pierre Rivière*, en el Ahtené Française de Tokio⁸⁷. La proyección le permitió esbozar los elementos de una teoría sobre el papel de los intelectuales; al permitir hablar a Rivière, como intelectual, había dado voz a un sujeto que era extraño, en cuanto a sus orígenes y su naturaleza, a la estructura del poder. Cuando habló en el Institut Franco-Japonais, también esbozó la consideración de que el desarrollo social estaba comenzando a insinuar el surgimiento de una sociedad no disciplinaria⁸⁸. En el curso de una tercera conferencia pública, el 27 de abril, habló del poder en términos más generales y expresó la esperanza de que la filosofía pudiera convertirse en un contrapoder, en el supuesto de que los filósofos abandonasen su papel profético para reflexionar sobre las luchas políticas específicas y no sobre los universales. Con cierta reserva, también comenzó a sugerir que la filosofía analítica, si se aplicaba a las áreas de discurso apropiadas, proporcionaría una analítica del poder⁸⁹.

Foucault estaba trabajando ya sobre la cuestión de la «disciplina» en el cristianismo y la visita a Japón le proporcionó una oportunidad de investigar las técnicas de autodisciplina asociadas con el budismo zen. Como preparación para el viaje, había leído y estudiado algunos libros básicos sobre el zen, incluidos los de Alan Watts y D. T Suzuki. Los po-

⁸⁵ Entrevista con Daniel Defert.

⁸⁶ Voeltzel, *Vingt ans et apres*, pág. 131.

⁸⁷ Transcripción del debate efectuada por Romei Yashimoto, Bibliothèque du Saulchoir.

⁸⁸ «La société disciplinaire en crise: développement de la diversité et l'indépendance en crise», *Ashijanaru*, 12 de mayo, de 1978.

⁸⁹ En la Bibliothèque du Saulchoir se puede consultar la grabación de esta conferencia.

eos días pasados en el templo Kóryú-ji en Kioto, que tiene 1.400 años, le permitieron trasladarse de la teoría a la práctica e intentar ejercicios de meditación, aunque no sin cierta dificultad. Más tarde, este aprendizaje le proporcionó las bases de algunos comentarios más triviales sobre las diferencias entre el cristianismo y el budismo. La primera es una religión confesional en la que se requiere la iluminación de la fe para explorar el alma y en la que sólo la purificación de ésta puede proporcionar acceso a la verdad, mientras que «en el budismo, es el mismo tipo de iluminación el que lleva a descubrir lo que uno es y la verdad. En esta iluminación simultánea de uno mismo y la verdad, se descubre que uno mismo no es más que una ilusión»⁹⁰.

Las conferencias públicas y la iniciación al zen no ocuparon las tres semanas por completo. Foucault y Defert también viajaron hacia el sur a Kyushu, en parte porque el último tenía interés por las primeras misiones jesuítas en Japón y quería ver los puertos originales de entrada al país. Foucault participó en discusiones informales con algunos miembros de organizaciones correspondientes al Syndicat de la Magistrature francés, con los representantes del Partido Socialdemócrata y con algunos de los que tomaban parte en la campaña contra la construcción del aeropuerto de Narita, a las afueras de Tokio, campaña que había ocasionado una extraordinaria alianza entre los campesinos con granjas y los estudiantes radicales, y había producido reñidas batallas con la policía que podían haber salido de una película de Kurosawa.

A pesar del ocupado programa, también hubo tiempo para ver al menos algo del escenario gay en Tokio y Kioto, que Foucault describió en una entrevista concedida aproximadamente al mes de su regreso a Europa. Había visitado algunos de los miles de diminutos clubes:

Son diminutos y no pueden albergar a más de cinco o seis personas. La gente se sienta en taburetes, habla y se emborracha. Hay poca posibilidad de conocer a alguien y la llegada de cualquiera nuevo es un acontecimiento. Es una especie de vida comunal, organizada de forma paralela al imperativo japonés de casarse cuando se llega a la edad adulta. Pero, al caer la tarde, se van a su club de barrio, al club de su manzana; allí se encuentra una especie de pequeña comunidad, fiel y ligeramente móvil.⁹¹

El vuelo de regreso a París incluía una breve escala en Moscú, donde Foucault dio salida a sus sentimientos antisoviéticos negándose a com-

⁹⁰ Michel Foucault y Richard Sennett, «Sexuality and Solitude», *Lonion Review of Books*, 21 de mayo-3 de junio de 1981, pág. 5.

⁹¹ «Le gai savoir (II)».

Brar el caviar que solía disfrutar mucho; no quería gastar dinero en la URSS, país que nunca visitó⁹².

A su vuelta, se vio sumergido de inmediato en una apretada ronda de actividades académicas, que comenzó con una importante discusión sobre *Surveilktr etpunir*. El libro había recibido un beneplácito considerable y también había atraído la atención de los historiadores profesionales. De modo más específico, el libro llamó la atención de la Société d'Histoire de la Révolution de 1848, cuyo presidente, Maurice Agulhom, era especialista en la historia del siglo xix y autor de un reciente estudio sobre 1848 publicado en la serie Archives⁹³. Conocía a Foucault desde los días de su pertenencia al PCF en los años cincuenta. Perrot era miembro de la Société y leyó una ponencia sobre «La Revolución y la prisión cu 1848» en su reunión general anual. Luego la Société propuso la publicación de un volumen de estudios dedicados al sistema penal del siglo xix⁹⁴ y se sugirió que contuviera un estudio crítico sobre la última obra de Foucault. Se eligió para escribir la reseña ajacques Léonard, especialista en historia médica y en el siglo xix.

El título de Léonard, «El historiador y el filósofo», sugiere cierta distancia entre Foucault y los historiadores académicos y proporciona una útil indicación del modo en que se le percibía en su entorno. Sin embargo, la reseña no fue desfavorable y le alababa por el «clasicismo» de su estilo y por evitar los *patoisparisién* de la Orilla Izquierda. Hace tres críticas fundamentales. La primera se refiere a la «rapidez vertiginosa» del análisis: Foucault corre por tres siglos como «un jinete bárbaro». Se pasa el periodo revolucionario en silencio y no hay explicación sobre las matanzas ile septiembre o los tribunales del Terror revolucionarios⁹⁵. Aunque Léonard no lo señala, la omisión es más sorprendente porque Foucault había discutido estos tribunales en su debate con Pierre Víctor acerca de la «justicia popular» en 1972. También encuentra sorprendente que no discuta en extensión el periodo de Restauración, que no diga nada sobre los *bagnes* (los barracones penales situados en los puertos navales como Tou-

⁹² Entrevista con Daniel Defert.

⁹³ Maurice Agulhon, *Les quarante-huitards*, París, Gallimard, colección Archives, 1975. Agulhon es sobre todo historiador de las formas de sociabilidad; véase *La vie jocióle en province intérieure au hndemain ie la Révolution*, París, Clavreuil, 1971. Gran parte de su obra posterior se ocupa de la imaginaria e iconografía del republicanismo francés, como *Marianne au ivmbat*, París, Flammarion, 1979.

⁹⁴ Michelle Perrot, «1848. Révolution et prisons», en *L'impossibleprison. Recherches sur le vstemepénitentiare auXIX' siècle*, París, Seuil, 1980, págs. 277-312. Como la Société no contaba con publicaciones propias, el estudio de Perrot, junto con las otras ponencias del volumen, se publicaron por primera vez en *Annaks Historujues lie la Révolution Franfaise*, 2, 1977.

⁹⁵ Jacques Léonard, «L'historien et le philosophe», en *L'impossibleprison*, págs. 16 y 17.

Ion y Brest, donde se sentenciaba a los convictos a trabajo forzado⁹⁶) y de que presente tan poca información estadística sobre la delincuencia del siglo xix. Resulta bastante más significativo que saque a colación el tema del aparente anonimato de los aparatos descritos por Foucault y pregunte de forma sardónica si el autor describe «mecanismos» o «maquinaciones». También pone en duda sus habilidades como archivero al señalar que los historiadores franceses tenían una pobre opinión de las investigaciones efectuadas en la sala de libros impresos de la Bibliothèque Nationale y no en el polvo de alguna parroquia de provincias. Aunque expresado con cierto humor, el comentario es revelador y mordaz a la vez, al igual que el referente a las estadísticas; la implicación es que Foucault era un historiador aficionado⁹⁷.

La reseña de Léonard se envió a Foucault para que la comentara, pero la respuesta del último *no* se publicó hasta que apareció *L'impossible prison* en 1980. Se centra en tres puntos metodológicos: la diferencia de procedimiento entre el análisis de un problema y el estudio de un periodo; el uso del principio de la realidad en historia; y la distinción entre la tesis y el objeto de un análisis. Los puntos primero y tercero casi se explican por sí mismos y se relacionan con la percepción de Foucault sobre lo que trataba en *Surveiller et punir*. El segundo hace referencia a su insistencia en la necesidad de desmistificar «el ejemplo cabal de la realidad como una totalidad que debe reconstituirse». En otras palabras, su obra no pretende presentar un cuadro completo del sistema carcelario del siglo xix, sino «un capítulo de la historia de la "razón punitiva"»⁹⁸. Termina expresando la esperanza, en referencia jocosa a la parte tercera de *Surveiller et punir* («Discipline»), de que una exploración de las relaciones existentes entre el poder y el saber permita «no un encuentro "interdisciplinario" entre "historiadores" y "filósofos", sino el trabajo colectivo con la gente que intenta "desdisciplinarse" a sí misma»⁹⁹.

Aunque se mostró crítico con las observaciones de Léonard y sostuvo que, en general, el historiador no había entendido su libro, estaba encantado de que un profesional le hubiera tomado tan en serio y llamó a Perrot para decirle que le gustaría tomar parte en un debate basado en la discusión de la reseña de Léonard y sus propios comentarios. Perrot aceptó organizar una mesa redonda bajo los auspicios de la Société d'Histoire de la Révolution de 1848. La justa tuvo lugar el 20 de mayo de 1978.

⁹⁶ Véase André Zysberg, «Politiques du bagne, 1820-1850» y Jacques Valette, «Le Bagne de Roquefort, 1815-1856», en *L'impossible prison*.

⁹⁷ Jacques Léonard, *op. cit.*, especialmente págs. 11, 12 y 14.

⁹⁸ «La poussière et le nuage», *ibid.*, págs. 30, 33, 34.

⁹⁹ *Ibid.*, pág. 39.

Participaron los historiadores Maurice Agulhon, Nicole Castan, Catherine Duprat, Arlette Farge, Carlo Ginzburg, Remi Gosssez, Jacques Léonard, Perrot y Jacques Revel. Foucault apareció en compañía de François Ewald, Alexandre Fontana y Pasquale Pascino, todos ellos miembros de su seminario del Collège de France. Su desarrollo, de unas dos horas, se trabó con vistas a su publicación, pero la transcripción resultó ser muy abultada y hubo que buscar un compromiso, que no fue totalmente satisfactorio. Ewald y Perrot condensaron los debates y todos los comentarios individuales se convirtieron en intervenciones anónimas de un «historiador colectivo». De todos los participantes, sólo Foucault tiene voz propia. Esto no satisfizo a todos y Agulhon, que se opuso con fuerza a su colectivización, insistió en hacer una contribución firmada. Se envió a Foucault una copia de su texto, que montó en cólera y telefoneó a Perrot para pedirle que se retirara. Perrot no deseaba que le colocaran en la difícil posición de tratar de mediar entre dos hombres que se conocían desde sus tiempos de estudiantes y adujo que debían resolver el asunto sin su ayuda. Así pues, el volumen publicado apareció al final con una introducción de Agulhon y dos «posfacios», uno de Foucault y otro de Agulhon.

El debate, tal como lo editaron y condensaron Ewald y Perrot, se centra en cuatro cuestiones principales a las que contesta Foucault con cierta extensión: ¿por qué estudiar las prisiones?; la «evenementalización» [*événementialiser*]; el problema de las racionalidades; y el supuesto «efecto anestésico» del libro. Foucault comienza con una típica negativa a ser definido en términos de disciplina—«mis libros no son tratados filosóficos ni estudios históricos; cuando mucho, fragmentos filosóficos sobre lugares construidos en la historia»— y luego sostiene que, al concentrarse en las prisiones, intenta recoger el tema de una genealogía de las morales investigando las transformaciones de lo que podrían denominarse las «tecnologías de la moral». Aunque no habla de forma directa acerca de sus actividades políticas o del GPI, insiste en que su sujeto tiene una importancia política, dado los acontecimientos recientes dentro del sistema de prisiones¹⁰⁰.

1 Pasando a lo que llama «evenementalización», sostiene que su concentración en los hechos es un modo de poner a prueba las verdades «autoevidentes» en las que se basan el saber y las prácticas: «Su función teórica-política consiste en mostrar que no era completamente obvio que el loco debiera ser reconocido como enfermo mental; no resultaba autoevidente que lo único que se pudiera hacer con un delincuente fuera ence-

rrarlo»¹⁰¹. Aquí, de forma deliberada, Foucault estaba provocando controversia, ya que la *histoire événementielle* (traducida a veces como «historia basada en el hecho») se había considerado un término peyorativo desde que fue usada por Braudel en su prólogo a *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* en 1949¹⁰². Sin embargo, es poco más que un coqueteo con la terminología de *Annales*, aunque sin duda pretende molestar, ya que Foucault continúa definiendo su «eventualización» como un intento de considerar el modo en que las formas de racionalización se inscriben en las prácticas específicas. Toma como algo axiomático que no hay una racionalidad superior que permita desechar las otras formas como «irracionales»: «Mi problema es conocer cómo los hombres se gobiernan a sí mismos y a los otros [...] a través de la producción de la verdad [...]. Los hechos particulares ponen en evidencia prácticas que revelan su pertenencia a diferentes regímenes de jurisdicción y veredicto. Esto, dicho en términos extremadamente bárbaros, es lo que me gustaría hacer»¹⁰³.

El debate, por último, gira hacia el supuesto «efecto anestésico» de *Surveiller et punir* cuando se le pregunta sobre la transmisión de sus análisis: «Si, por ejemplo, se trabaja con los educadores de prisiones, se nota que la llegada de su libro tuvo un efecto absolutamente esterilizante o, más bien, anestésico en ellos, en el sentido de que su lógica era tan implacable que no pudieron desecharla»¹⁰⁴. A Foucault no le acaba de convencer la elección de la terminología, pero conviene en que uno de sus objetivos es asegurarse de que cada vez resulte más difícil utilizar ciertas «verdades obvias» y clichés acerca de la locura o de la delincuencia, es decir, asegurarse de que los trabajadores sociales del servicio de prisiones ya no sepan qué decir o hacer, que las verdades y las prácticas que parecían verdaderas sin más se vuelvan problemáticas¹⁰⁵.

En su doble posfacio, Agulhon y Foucault se encuentran en «un combate único», como señaló un reseñista¹⁰⁶. Los argumentos del primero son políticos y éticos más que historiográficos en un sentido estricto. Aunque critica el optimismo y la autosatisfacción de la creencia tradicional socialista en el «progreso», le resulta aún más sospechoso el argumento de que el liberalismo y la filantropía del siglo XIX, o incluso la misma

¹⁰¹ *Ibid.*, pág. 44.

¹⁰² Peter Burke, *The French Historical Revolution: The «Annales» School 1929-1989*, Cambridge, Polity, pág. 113.

¹⁰³ «Débat avec Michel Foucault», pág. 47.

¹⁰⁴ *Ibid.*, pág. 51.

¹⁰⁵ *Ibid.*, págs. 52, 53.

¹⁰⁶ Maurice Duverger, «Le pouvoir et la prison. Michel Foucault contesté par des historiens», *Le Monde*, 4 de julio de 1980, págs. 15, 21.

Ilustración, sean una prefiguración del totalitarismo y acusa a Foucault de haber contribuido a tal argumento. En el texto subyace su desaprobación, como simpatizante del Partido Socialista, de los *nouveaux philosophes* y de la asociación de Foucault con ellos. En particular, pone objeciones al contraste que esboza Foucault entre la vieja costumbre de llevar a los presos encadenados en fila y la innovación del furgón policial, con sus celdas individuales¹⁰⁷. Saca gran provecho de las escenas casi carnavalescas y la violencia popular que rodeaba con frecuencia la partida de *la chame* hacia los puertos y que desapareció con *úfourgon cellulaire*, y a veces parece sugerir que el viejo sistema era «preferible» al encierro individual en un vagón arrastrado por caballos.

Para Agulhon, la desaparición del viejo sistema es sin duda un paso hacia la humanización del sistema penal. Termina formulando una cuestión teórica: «¿Es horrible reconocer que hay grados de horror? ¿Reconocer que [...] puede haber una humanización de sus modos de existencia significa defender las prisiones?»¹⁰⁸.

Foucault replica en primer lugar al segundo punto, sosteniendo: «Revelar el sistema que apoyó la práctica de *la chaîne* no puede considerarse un modo de negar que era abominable, sin estimar que afirmar que el encierro es algo más que una condena "humana" sea una excusa para no entender los mecanismos en los que se inscribe.» Luego niega atacar el racionalismo, declarando que le interesa revelar las formas de racionalidad que se llevan a cabo en ciertas prácticas institucionales. Por último, hace una sugerencia a Agulhon y sus colaboradores: «¿Por qué no comenzar una importante investigación histórica sobre el modo como se ha percibido, pensado, vivido, imaginado, exorcizado, anatemizado y reactivado la *Aujklárung* en la Europa de los siglos xrx y xx? Podría ser un texto interesante de trabajo «histórico-filosófico». Podrían ponerse en cuestión las relaciones entre historiadores y filósofos¹⁰⁹.

La sugerencia no fue aceptada. Como señala Agulhon en su introducción a *Eimpossibkprison*, el debate fue un primer paso para mejorar el entendimiento mutuo entre Foucault y los historiadores¹¹⁰, pero no avanzó más. Para mortificación constante de Foucault, nunca le invitaron a pronunciar una conferencia en la Ecole des Hautes Études¹¹¹.

Si Agulhon hubiera asistido a la conferencia de Foucault en la Société Française de Philosophie el 27 de mayo o a las que dictó en el Collège

¹⁰⁷ *Surveiller et punir*, págs. 261 y sgs.

¹⁰⁸ Maurice Agulhon, posfacio a *Vimpossibk prison*, págs. 313, 316.

¹⁰⁹ Foucault, *ibid.*, págs. 316-318.

¹¹⁰ Maurice Agulhon, presentación, *ibid.*, pág. 6.

¹¹¹ Entrevista con Arlette Farge.

de France en febrero, le habría sorprendido comprobar que, lejos de menospreciar la Ilustración, estaba comenzando a incorporar algunos de sus valores a su propia obra, en especial mediante la elaboración de una teoría de la gobernabilidad que reemplazaría con mucho la anterior sobre el poder/saber. Para Foucault, la Ilustración significó una actitud crítica y no una época histórica. Como él mismo aceptó, su teoría acerca de que los *gouvemés* tenían un derecho innato a oponerse a los gobiernos, o a poner limitaciones a sus poderes, se aproximaba a una teoría sobre el derecho natural¹¹².

A finales de año, los intereses académicos de Foucault, e incluso su interés en la política interna ya habían sido eclipsados por algo muy nuevo. El 28 de septiembre de 1978, el periódico de Milán, *Corriere della Sera*, anunciaba a primera plana que contaba con un colaborador nuevo muy distinguido y prometía a sus lectores «una serie de reportajes [...] que representarán algo nuevo en el periodismo europeo y que llevarían por título "Michel Foucault investiga"». Casi dos meses después, éste explicaba lo que esperaba hacer. Introducía el primero de la serie planeada —un reportaje sobre los Estados Unidos de Cárter escrito por Alain Finkielkraut— y continuaba:

A ésta la seguirán otras investigaciones, que consideramos «reportajes de ideas». Algunos dicen que las grandes ideologías están muriendo, otros que nos abruman con su monotonía. Por otro lado, el mundo contemporáneo rebosa de ideas que nacen, que se discuten, que desaparecen y aparecen, y que agitan a mucha gente y muchas cosas. Esto no sólo es cierto en los círculos intelectuales o en las universidades de Europa Occidental; está pasando a escala mundial, entre gente y minorías de las que, hasta ahora, la historia no acostumbraba hablar o que no se hacían oír.

Hay más ideas en la tierra de las que los mismos intelectuales imaginan. Y esas ideas son más activas, más poderosas y más pertinaces de lo que piensan los políticos. Hemos de estar presentes en el nacimiento de las ideas y en la explosión de su fuerza, no en los libros que las formulan, sino en los hechos en que manifiestan su fuerza, en las batallas encabezadas por las ideas, en contra o a favor.

Las ideas no gobiernan el mundo. Pero precisamente porque el mundo tiene ideas (y porque produce infinidad de ellas de forma continua) no es dirigido con pasividad por sus gobernantes o por quienes quieren enseñarles lo que deben pensar de una vez por todas.

¹¹² «Qu'est-ce que la critique? (Critique et Aufklärung)» \ *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, vol. 84, 1990, págs. 35-63.

Éste es el sentido que queremos dar a estos reportajes, en los que se unirá un análisis de lo que se está pensando al análisis de lo que está pasando. Los intelectuales trabajarán con los periodistas en el punto en que las ideas y los hechos se encuentran¹¹³.

Habla de haber establecido un equipo permanente de colaboradores fon base en París. De hecho, lo conformaban Thierry Voeltzel, André (l)ucksmann y Alain Finkelkraut, que entonces tenía veintinueve años y disfrutaba del éxito de su primer libro, escrito en colaboración con Pascal Brucker; se trataba de una denuncia de «la reducción genital que el (uerpo masculino imprime en la vida sexual»¹¹⁴. Su equipo no incluía a ningún periodista profesional.

Hacía mucho tiempo que se venía interesando en el periodismo, y era un «colaborador ocasional» frecuente de *Le Nouvel Observateur*. Creía que su participación en el GPI, en el Comité Djellali y en el pequeño grupo que investigó el caso Jaubert le habían proporcionado al menos cierta competencia en la «investigación» y en «la recopilación de noticias». A comienzos de los años setenta había escrito para la prensa maoísta y había publicado de forma ocasional en *Le Monde*. Había sido uno de los fundadores de *Liberation* en 1973, pero no se convirtió en un colaborador habitual. Cuando se le acercó Alberto Cavallari, director de la oficina del *Corriere* en París, con una propuesta para una serie de artículos, aceptó de buena gana¹¹⁵. Nunca explicó sus motivos, pero es bastante posible que estuviese contemplando un cambio de dirección. Desde el punto de vista del periódico, con el acuerdo conseguía el prestigio unido al nombre de Foucault; su obra se encontraba disponible traducida al italiano y se leía mucho. El hecho de que los derechos de autor por los artículos pertenecieran conjuntamente al periódico y a la editorial Rizzoli indica que se consideraba al menos la posibilidad de su publicación posterior en forma de libro.

En todo caso, la serie anunciada no se materializó y sólo se publicó el artículo de Finkelkraut. Lo que apareció es una serie de artículos escritos por Foucault sobre Irán. Iban a resultar muy polémicos en Francia, iban a afectar su reputación y enseñarle que el periodismo tiene sus peligros para alguien tan sometido a la exposición pública. Como admitió después:

¹¹³ «I "reportages" di idee», *Corriere della Sera*, 12 de noviembre.de 1978, pág. 1. El artículo de Finkelkraut era «La diversa destra che viene dal Pacifico», págs. 1 y 2.

¹¹⁴ Pascal Bruckner y Alain Finkelkraut, *Le nouveau désordre amoureux*, París, Seuil, 1977, reimpresso en la colección Points, 1979, pág. 180.

¹¹⁵ Entrevista con Alain Finkelkraut.

No puedo escribir la historia del futuro y soy un explorador algo torpe del pasado. Pero me gustaría recoger lo que está pasando porque en estos días no hay nada decidido por adelantado [en Irán] y porque sigue rodando la muerte. Quizá es un trabajo del periodista, pero es bastante cierto que yo soy sólo un neófito¹¹⁶.

El periodista neófito no era experto en Irán, aunque durante cierto tiempo le había interesado la situación de los derechos humanos en ese país, fundamentalmente debido a su cercanía a Thierry Mignon, abogado y antiguo camarada del GPI que ahora trabajaba en un comité para la defensa de los prisioneros políticos iraníes: por ejemplo, Foucault había firmado una petición en *Le Monde* protestando contra la ejecución de diecinueve «militantes antifascistas»¹¹⁷. Claude Mauriac participaba ahora con gran vigor en actividades relacionadas con los derechos humanos y había estado haciendo campaña hacía poco en favor de la liberación de un grupo de iraníes a quienes se había encarcelado por error, acusados de asesinato. Sin duda discutió la campaña con Foucault, que estaba convencido de que la policía francesa actuaba en colusión con la SAVAK, la policía secreta del sha, tristemente famosa por sus actividades encubiertas en los campus de las universidades europeas¹¹⁸. Se le ocurrió la idea de que se podía utilizar el asunto para fomentar una confrontación entre Giscard y un grupo de intelectuales. Propuso que se le invitara a desayunar para discutir la situación en Irán, pero de inmediato lo modificó: se le debía invitar a ayunar. La propuesta también pretendía poner en aprietos a quienes habían aceptado la invitación de Giscard para almorzar en diciembre de 1976 y a un invitado en especial: «Sollers ha decidido lo que está bien y lo que está mal demasiado tiempo. Le ha llegado el turno de ser juzgado.» Se iba a dejar que Catherine von Bülow hiciera los arreglos. Foucault bromeaba con que acabarían todos en Teherán si no tenía cuidado, a lo que Mauriac repuso riendo que en ese caso jamás regresarían a casa¹¹⁹. El plan del «ayuno» no siguió adelante, pero Foucault fue a Teherán y regresó de nuevo.

Acompañado por Voeltzel (y no Defert), hizo dos breves visitas a Irán en septiembre y octubre de 1978. Antes de su partida, investigó un poco para prepararlo: habló con los contactos establecidos por Mignon, se mezcló con los exiliados iraníes, incluidos algunos estudiantes de Defert en Vincennes, y se movió en el entorno sombrío en el que nunca se sa-

¹¹⁶ «La rivolta dell' Irán corre sui nastri delle minicassette», *Corriere della Sera*, 19 de noviembre de 1978, pág. 1.

¹¹⁷ *Le Monde*, 4 de febrero de 1976.

¹¹⁸ Mauriac, *Mauriac etfih*, pág. 250, 251.

¹¹⁹ *Mauriac etfih*, pág. 252.

lía con seguridad quién era un miembro genuino de la oposición y quién mi agente de la SAVAK¹²⁰. Era un medio caracterizado por el miedo: «miedo a que llegara a saberse que se estaba mezclando con gente de la izquierda, miedo de que los agentes de la SAVAK descubrieran que estaban leyendo tal y tal libro»¹²¹. Armado con un cierto conocimiento de la situación, aterrizó en Teherán días después del Viernes Negro en el que el ejército abrió fuego contra una multitud de manifestantes y mató a un número incalculable de personas.

La primera visita dio lugar a dos artículos, escritos en francés a su vuelta a París, en lugar de haber sido dictados por teléfono: uno para el *(Corriere)* y el otro para *Le Nouvel Observateur*, que le describió como «nuestro corresponsal especial»¹²². Sus contactos incluyeron sociólogos, miembros de la oposición, con quienes se reunió en la clandestinidad a las afueras de Teherán, y algunos militares, pero en conjunto prefirió discutir de la situación con conocidos casuales encontrados en las calles: «"Qué es lo que quieres?" Durante toda mi estancia en Irán, no oí ni una sola vez la palabra "revolución". Pero de cada cinco veces, cuatro me contestaron "un gobierno islámico"»¹²³. De inmediato se convenció de que un golpe militar seguido por una dictadura no era algo probable debido a las divisiones dentro del ejército y a la presión creciente para la creación de un estado islámico. Los llamamientos procedentes de las mezquitas, distribuidos por todo el país en casetes, le recordaban la Florencia de Savonarola, a los anabaptistas y presbiterianos de tiempos de Cromwell. Por otro lado, los intérpretes del islam no eran una fuerza revolucionaria en el sentido clásico; algo nuevo y peligroso estaba surgiendo en Irán: el islam chiíta era una «religión que, a través de los años, había dado una fuerza irreductible a todo lo que dentro de las personas puede oponerse al poder del Estado»¹²⁴.

Los contactos de Foucault no se restringieron a informantes anónimos y estudiantes. También le concedió una entrevista el ayatolá Madari, en la ciudad sagrada de Qom. La reunión, a la que también asistió Mehdi Bazargan, que más tarde se convertiría en primer ministro, se realizó bajo estrictas medidas de seguridad, custodiados por guardias arma-

¹²⁰ Entrevista con Daniel Defert.

¹²¹ «Entreen avec Michel Foucault», en Claire Brière y Pierre Blanchet, *Irán: La Révolution au nom de dieu*, París, Seuil, 1979, pág. 236.

¹²² «L'esercito, quando la terra trema», *Corriere della Sera*, 28 de septiembre de 1978, págs. 1 y 2; «Teherán: la fede contro lo Sciá», *ibíd.*, 8 de octubre de 1978, pág. 11; «A quoi révent les iraniens?», *Le Nouvel Observateur*, 16 de octubre de 1978, págs. 48-49, 1 y 2; «Il mitico capo della rivolta nell' Irán», *ibíd.*, págs. 1 y 2.

¹²³ «A quoi révent les Iraniens?», pág. 49.

¹²⁴ «Teherán: la fede contro lo Sciá».

dos con ametralladoras. A Foucault le impresionó la declaración de Bazagan acerca de que, aunque un gobierno islámico restringiera los derechos de la soberanía civil, también estaría atado a deberes religiosos a los que no podría escaparse; si intentaba renegar de ellos, la gente utilizaría el islam contra él. También pareció impresionarle la afirmación de Madari acerca de que Irán no esperaba el retorno del mesías, sino que luchaba día a día por un gobierno mejor¹²⁵.

La primera visita fue breve, pero a los pocos meses estaba de vuelta, visitó Teherán de nuevo y viajó brevemente a la ciudad petrolera de Abadan, a 1.000 km al sur. Esta vez, su visita produjo cuatro reportajes para el *Corriere*¹¹⁶. Antes de que se pudieran publicar todos, brotó la polémica en París. El 6 de noviembre, *Le Nouvel Observateur* publicó una carta de un lector iraní que se identificaba sólo como «Atoussa H.». Rechazaba con violencia el artículo de Foucault del 16 de octubre y le atacaba por sugerir que «la espiritualidad musulmana» era en cierto modo preferible a la decadente dictadura del sha y por ofrecer al pueblo iraní una sombría elección entre SAVAK y «el fanatismo religioso». De forma más específica, señalaba la posición inferior que el islam imponía a las mujeres y el ominoso espectáculo de que se insultara a las mujeres por no llevar el velo. En su opinión, se utilizaría el islam como pantalla de una opresión feudal o pseudorrevolucionaria: si la ley islámica era la cura, quizá fuera mucho peor que la enfermedad¹²⁷. Una semana después, Foucault replicó que, en vista de la demanda de un gobierno islámico, era su deber elemental intentar descubrir lo que ésta significaba. Sostenía además que la carta de «Atoussa H.» contenía dos cosas intolerables. Por un lado, se rechazaba toda posibilidad ofrecida por el islam en nombre del viejo reproche de fanatismo; por el otro, la escritora parecía sospechar que cualquier interés que se tomara un occidental por el islam era un signo de su desprecio por él. «El islam como fuerza política es un problema esencial de nuestra era y de los años venideros. La condición necesaria para acercarnos a él aunque sea con una pizca de comprensión es no comenzar impulsando el odio contra él»¹²⁸.

Sin detenerse por las críticas, Foucault continuó publicando sus reportajes en el *Corriere*. Lo que más le impresionaba de la situación en Irán era su total falta de familiaridad: no era China, Cuba o Vietnam. Ni era

¹²⁵ «Lettre ouverte á Mehdi Bazargan», *Le Nouvel Observateur*, 14 de abril de 1979; «Teherán: la fede contro lo Sciá».

¹²⁶ «Una rivolta con la mani nude», *Corriere*, 5 de noviembre de 1978, págs. 1-2; «Sfida all' opposizione», *ibíd.*, 7 de noviembre de 1978, págs. 1-2; «La rivolta dell'Iran corre sui nastri delle minicassette», *ibíd.*, 19 de noviembre de 1978, págs. 1-2.

¹²⁷ «Une iranienne écrit», *Le Nouvel Observateur*, 6 de noviembre de 1978, pág. 27.

¹²⁸ «Réponse á une lectrice iranienne», *ibíd.*, 13 de noviembre, pág. 24.

Mayo del 68. «Lo que está pasando en Irán [...] es un mar de fondo sin vanguardia ni partido»¹²⁹. Estaba convencido de que estaba contemplando el surgimiento de una voluntad colectiva unificada: «Quizá la mayor insurrección contra los sistemas globales, la más loca y la más moderna forma de revuelta»¹³⁰. El elemento profundamente religioso era lo que ilaba a la revolución iraní su fuerza única; la religión se había convertido en «una fuerza real [...], la fuerza que puede hacer que todo un pueblo se levante, no sólo contra un soberano y su policía, sino contra todo un régimen, toda una forma de vida, todo un mundo»¹³¹. Tan impresionado estaba por el espectáculo de esta voluntad colectiva, que infravaloró el poder del ayatolá Jomeini y el futuro probable de los acontecimientos que presenciaba, y sostuvo que no habría partido de Jomeini ni régimen de Jomeini, ya que el ayatolá era el punto de confluencia de más fuerzas colectivas anónimas¹³². Como ya había señalado en su artículo para *Le Nouvel Observateur*, los acontecimientos de Irán recordaban algo que Occidente había olvidado desde el Renacimiento y las grandes crisis de la Cristiandad, a saber, la posibilidad de una «espiritualidad política»¹³³.

Tales declaraciones no resultaban aceptables para todos los lectores de Foucault. Se daba cuenta de que en París se reírían de él, pero estaba convencido de estar en lo cierto. Hasta el leal Mauriac tuvo sus dudas acerca de la «espiritualidad» en lo concerniente a política, pero acabó aceptando que la «política sin espiritualidad» era igualmente peligrosa¹³⁴.

De Claude yjaeques Broyelle, en las páginas de *LeMatin*, provino un ataque particularmente salvaje. Le criticaban por haberse convertido en un apologista de «una espiritualidad que castiga y disciplina» para un régimen ilegal. El ataque también comprendía algunos comentarios *adbo-tinem*; por supuesto, Foucault no era más responsable de la sangre que corría en Irán de lo que lo eran los comunistas occidentales del Gulag; por otro lado, todos los «modelos de las filas de Foucault llevaban la misma marca antidemocrática, antilegalista y antijudicial». También hacían referencia a su pasado «debate con los maoístas» sobre «la justicia popular» y hallaban un continuo entre ésta y su visión de una voluntad colectiva en Irán¹³⁵.

Foucault no se dignó a replicar, diciendo que siempre se había nega-

¹²⁹ «Una rivolta con le maní nude».

¹³⁰ «Il mítico capo della rivolta nell'Iran».

¹³¹ «Una polveriera chiamata Islam», *Corriere della Sera*, 13 de febrero de 1979, pág. 1.

¹³² «Il mítico capo...»

¹³³ «A quoi révent les Iraniens?».

TM Mauriac, *Mauriac etfih*, págs. 322, 323.

¹³⁵ Claude yjaeques Broyelle, «A quoi révent les philosophes?», *Le Matin*, 24 de marzo de 1979, pág. 13.

do a tomar parte en polémicas y que se oponía a que le pidieran que «admitiera sus errores. La expresión y la práctica a que hace referencia me recuerda algo, muchas cosas. He luchado contra ellas. No participaré, ni siquiera en la prensa, en un juego cuya forma y efectos me parecen detestables»¹³⁶. Sin embargo, manifestó su disposición a entablar un debate y *Le Matin* mencionó que esperaba publicar un artículo de Foucault tras el referéndum convocado para finales del mes en Irán. Nunca apareció tal artículo.

Hubo dos codas al asunto Irán. La primera fue una carta abierta a Mehdi Bazagan, ahora primer ministro del gobierno de Jomeini, del que Foucault había creído que nunca tomaría el poder. Se escribió cuando estaban ejecutando a los funcionarios y simpatizantes del *anden régimen* tras juicios sumarios. En ella recordaba sus discusiones anteriores en Qom sobre la dimensión espiritual de la revolución. El gobierno iraní estaba ahora en posición de cumplir con sus obligaciones: «Es bueno que el gobierno surja para recordar que no sólo han dado derechos a quienes gobiernan, sino que también pretenden imponerles obligaciones. Ningún gobierno puede escaparse de estos deberes fundamentales. Y desde este punto de vista, los juicios que se están celebrando ahora en Irán resultan inevitablemente preocupantes»¹³⁷.

Como era previsible, no llegó ninguna réplica de Teherán. La última palabra de Foucault apareció en un artículo publicado por *Le Monde* en mayo. No hacía ninguna apología de la ola de ejecuciones que estaba asolando Irán, sino que planteaba su propio dilema en términos de los deberes del intelectual. Como réplica a la estrategia imaginaria que podía justificar una muerte en términos de imperiosa necesidad y que podía sacrificar cualquier principio general en nombre de las necesidades de una situación particular, sostenía que su ética teórica era «antiestratégica»:

Ser respetuoso cuando surge algo singular e intransigente cuando el poder infringe los universales. Una elección simple, pero una tarea difícil, ya que uno debe situarse, a la vez, ligeramente por encima de la historia para observar lo que surge o la trastorna y ligeramente por delante de la política para observar sin condicionamientos todo lo que pueda limitarla. Después de todo, ésa es mi tarea. No soy el primero, el último ni el único que lo hace, pero lo he elegido¹³⁸.

A comienzos de los años setenta, Foucault había firmado peticiones denunciando la injerencia estadounidense en Vietnam y, junto con mu-

«Michel Foucault et Tiran», *Le Matin*, 26 de marzo de 1979, pág. 15.

«Lettre ouverte á Mehdi Bazagan».

«Inutile de se soulever?», *Le Monde*, 11 de mayo de 1979.

otros, había marchado en las manifestaciones contra la guerra. A finales de la década, Vietnam ya no era nada más que un símbolo de la lucha contra la opresión. El primer indicio de este cambio de significado para Foucault y muchos otros apareció durante la recepción en el teatro Récamier en junio de 1977. Una pequeña vietnamita llamada Phung Anh habló desde el escenario: «Luché contra el régimen de Thieu y hubo miles de franceses conmigo. Hoy, miles de vietnamitas están en prisión y nadie en Francia protesta. ¿Qué ha cambiado? ¿Por qué estáis luchando?»¹³⁹.

La tarde del 8 de noviembre de 1978, las pantallas de televisión de todo el mundo mostraron las primeras imágenes del *Hai Hong*, un carguero con 2.564 refugiados de Vietnam apiñados dentro al que se impedía atracar en Malasia. La expresión «refugiados del mar» estaba a punto de entrar en el lenguaje. Para muchos, rápidamente vino a la memoria la película *Éxodo*: el espectáculo emotivo de un carguero acosado por una flota tenía reminiscencias de los barcos que transportaban los que serían colonos judíos, disparados por la flota inglesa en 1947¹⁴⁰.

A medianoche, Bernard Kouchner recibió una llamada telefónica de Jacques y Claude Broyelle: había que hacer algo. La pareja eran antiguos maoístas. Kouchner era un médico cuyas experiencias en Biafra en 1968 le habían llevado a ser el instrumento para la fundación de la organización de ayuda internacional Médicos Sin Fronteras¹⁴¹. Su pasado polifiloso era muy diferente del de los Broyelles, ya que había sido un activo militante del PCF a comienzos de los años sesenta, antes de sumergirse en lemas médicos y del Tercer Mundo. A Kouchner le pareció natural dirigirse a Foucault en busca de apoyo y aún habla con gran afecto de un hombre al que consideraba «un combatiente en la sociedad civil», fundador de asociaciones como el GPI, que rechazaba el «derecho» de los gobiernos a reducir a los individuos a «residuos de la política». Como resultado de su colaboración con Kouchner, Foucault se convirtió en un participante regular en los mítines de la denominada Académie Tarnier, un grupo de discusión que se reunía en la sala de lectura del Hôpital Tarnier. Fue una presencia constante, siempre sentado en segunda fila, a veces con Simone Signoret al lado y habitualmente con la cabeza en las manos mientras escuchaba las ponencias sobre todo, desde Chad o Líbano, hasta los problemas del sistema de la seguridad social¹⁴².

¹³⁹ Bernard Kouchner, *L'île de lumière*, París, Presses Pocket, 1989, pág. 42.

¹⁴⁰ *Ibid.*, pág. 14.

¹⁴¹ Paul Rambali, «Minister of Mercy», *Weekend Guardian*, 1-2 de junio de 1991, págs. 14 y 15, proporciona un perfil de Kouchner.

¹⁴² Bernard Kouchner, «Un vrai samouraï», *Michel Foucault, une histoire de la vérité*, páginas 86 y 87; entrevista con Bernard Kouchner.

El 9 de noviembre, apareció en *Le Monde* un llamamiento inicial para conseguir fondos para fletar un barco de socorro. El llamamiento reunió miles de firmas de gente tan diversa como Brigitte Bardot y Eugéne Ionesco. Foucault fue uno de los primeros en firmar, pero hubo que persuadirlo; no le convenció de inmediato que el bote fuera a salir y sostuvo que sólo apoyaría actos prácticos de solidaridad¹⁴³. Sin embargo iba a demostrar ser un miembro efectivo del comité Un Bateau pour Vietnam. El título se sacó de una octavilla distribuida en 1966 que pedía ayuda médica para Vietnam del Norte. Fue Alain Geismar quien lo desenterró y se lo dio a Kouchner. Como muchos de los miembros activistas, Geismar era un antiguo maoísta; el único que se reconocía marxista de los que firmaron el llamamiento fue Nicos Poulantzas. Numerosos activistas provenían de los antiguos «comités de base por Vietnam» que habían florecido en los años sesenta. Otros simpatizantes procedían de pasados políticos muy diferentes y uno de los más sorprendentes rasgos de la campaña fue que logró unirlos en una plataforma única. Foucault no fue una figura señera en las actividades cotidianas, pero prestó su nombre y su influencia de modos variados y facilitó mucho su labor.

El 20 de noviembre, Yves Montand lanzó la campaña en una entrevista durante las noticias de la televisión: «Sí, ayudamos a Vietnam a hacerse independiente; luchamos contra las bombas estadounidenses que estaban matando al pueblo vietnamita y estábamos haciendo lo correcto. Ahora, el pueblo vietnamita se está ahogando y debemos ayudarlo también»¹⁴⁴. La campaña fue difícil, rodeada de polémica política y, para el mismo Kouchner, amarga e hiriente. Algunos antiguos compañeros de Médicos Sin Fronteras le acusaron de procurarse la atención de los medios de comunicación, de autopromocionarse y por solicitar *un bateau pour Saint-Germain*, una acusación despreciativa equivalente a decir que estaba implicado en política de famosos¹⁴⁵. Finalmente la organización se dividió y Kouchner fundó la alternativa Médicos del Mundo en 1981.

En términos de partidos políticos, la labor fue difícil. Ninguna organización trotskista participaría y las secciones del Partido Socialista también se mantuvieron a distancia. El Partido Comunista argumentó que se estaba explotando el tema de los derechos humanos con fines anticomunistas y enturbiando las aguas mediante el tema de la inmigración: se sostuvo que los municipios comunistas ya tenían una población de inmigrantes sustancial y que no podían aceptar más refugiados o inmigrantes.

¹⁴³ Kouchner, *L'Œuvre de lumière*, pág. 39.

¹⁴⁴ *Ibid.*, pág. 51.

¹⁴⁵ Xavier Emmanuelli, «Un Bateau pour Saint-Germain-des-Prés», *Quotidien du Médecin*, 4 de diciembre de 1978.

El más famoso episodio conectado con la campaña «Un barco para Vietnam» involucra a Foucault sólo con carácter secundario. En junio de 1979, el Lutétia, un caro hotel situado en la esquina del boulevard Raspail y la rue de Sévres, fue el marco de un inesperado encuentro entre Sartre y Raymond Aron. Ambos habían sido amigos en la École Normale durante los años veinte, fueron testigos en la boda de Paul Nizan y Aron había estado en el primer consejo editorial de *Les Temps Modernes* de Sartre. Las diferencias políticas los habían alejado y habían dado como resultado décadas de polémica intermitente pero amarga. El 20 de junio, un André Glucksmann nervioso condujo a Sartre a la habitación y le sentó al lado de Aron. Las fotografías de su apretón de manos y los reportajes del saludo de Aron, «*Bonjour, mon petit camarade*», recorrieron el mundo y amenazaron con opacar la razón de su encuentro, al igual que el relato efectuado por Aron en sus memorias¹⁴⁶. A pesar de la especulación de la prensa, Sartre no consideró la reunión como una reconciliación con Aron¹⁴⁷ y sólo le preocupaba el asunto de Vietnam.

Foucault llegó tarde y se perdió el comienzo del acto¹⁴⁸, pero añadió su voz a la de Aron, Sartre, Simone Signoret, Alain Geismar, Bernard Stasi (vicepresidente de la Asamblea Nacional) y Francois Ponchaud, presidente de la organización que representaba a los sobrevivientes de la deportación de Francia a Auschwitz. Todos pidieron el aumento de ayuda y de las cuotas de refugiados. Foucault no fue el principal orador, pero realizó la tarea esencial de organizar una rueda de prensa posterior.

El 26 de junio, organizó una segunda conferencia de prensa, esta vez en el Collège de France, para una delegación del comité formada por Claude Broyelle, Sartre, Glucksmann y Stasi. La delegación había sido recibida por el presidente Valéry Giscard d'Estaing, que demostró estar tristemente mal informado acerca de la situación, pero que aceptó que algunos refugiados recogidos por el barco que se había adquirido ya —el *Ik de Lumière*— fueran aceptados por Francia. Los delegados abandonaron el Elíseo sombríos, poco convencidos de que fuera a suceder algo en realidad. Los posteriores problemas con los visados justificaron su pesimismo¹⁴⁹. Se consiguieron superar las dificultades y el *Ik de Lumière* se hizo a la vela en su misión caritativa, que Kouchner recoge al detalle en su libro del mismo nombre.

¹⁴⁶ Raymond Aron, *Mémoires*, París, Julliard, 1983, págs. 709-711. [Trad. esp.: *Memorias*, Madrid, Alianza, 1985.]

¹⁴⁷ Beauvoir, *La cérémonie des adieux*, pág. 146.

¹⁴⁸ Mauriac, *Le rire des enfants dans les yeux des peres*, pág. 601.

¹⁴⁹ Kouchner, *L'île de lumière*, págs. 263-265.

Comienza la danza de la muerte

Durante más de veinticinco años, Foucault, cuando residía en París, había trabajado casi a diario en la Bibliothèque Nationale. Acabó abandonando esa práctica en el verano de 1979. Según Defert, su frustración por las demoras cada vez mayores del servicio de entrega de libros, se vio incrementada por sus agrias discusiones personales con el director de la biblioteca. En una fiesta organizada por Roger Stéphane (crítico y autor de estudios clásicos sobre Malraux, T. E. Lawrence y Ernst von Salomón¹), le presentaron a Michel Albaric, bibliotecario de la Bibliothèque du Saulchoir, aneja a la casa de la comunidad dominica en la rue de la Glacière. Al saber los problemas de Foucault en la Bibliothèque Nationale, le dijo que sería más que bienvenido en la Saulchoir.

Allí Foucault encontró justo lo que estaba buscando. La Saulchoir es una pequeña biblioteca, con una agradable sala de lectura edificada alrededor de un jardín hundido. Mientras que la Bibliothèque Nationale, al igual que muchas otras bibliotecas grandes, puede ser sorprendentemente ruidosa, la Saulchoir está llena de paz y silencio, y tiende a ser frecuentada por monjas, frailes, sacerdotes y estudiantes, en vez de las hordas cosmopolitas que abarrotan la gran biblioteca de la rae de Richelieu. La atmósfera cautivó a Foucault, que entabló una firme amistad con Albaric. Tanto la biblioteca como su bibliotecario evocaban el lado ascético del hombre que bromeaba con Claude Mauriac acerca de que él «estaba hecho para el monasterio. Si no fuera un ateo total, sería un monje... un buen monje»².

¹ Roger Stéphane, *Portrait de l'aventurier*, París, Le Sagittaire, 1950.

² Mauriac, *Mauriac et fils*, pág. 226.

Las principales colecciones de la Saulchoir se dedican a la filosofía y a las ciencias religiosas; en los estantes de acceso directo, se pueden encontrar textos clásicos corrientes y las obras de los padres de la Iglesia. Aquí fue donde trabajó Foucault los últimos años de su vida, sentado siempre al lado de la ventana en la misma mesa, distraído sólo de su labor por el paso ocasional de un joven atractivo. La Saulchoir es una fundación privada no muy rica. En los años siguientes, Foucault haría discretas donaciones de dinero a sus fondos³.

La Saulchoir era ideal porque la *Histoire de la sexualité* planeada había tomado ahora una dirección bastante diferente. Uno de los fenómenos anotados en *La volante de savoir* había sido el contraste entre la experiencia moderna de la «sexualidad» y la experiencia cristiana de «la carne». Sin embargo, ambas parecían estar dominadas por la figura «del hombre de deseo». Así pues, Foucault comenzó a elaborar una genealogía del deseo y del sujeto que desea. En este punto, se enfrentaba con una decisión: «mantener el plan original, añadiendo un rápido examen histórico sobre este tema, u organizar todo el estudio alrededor de la lenta formación, en la antigüedad, de una hermenéutica del sujeto». Optó por la segunda posibilidad y comenzó a reunir materiales para «una historia de la verdad»⁴.

Ahora estaba profundamente sumergido en la filosofía clásica griega y la historia de la tradición cristiana. Como admitía sin ambages, no era un clasicista⁵ y ahora tenía que poner al día el conocimiento de las lenguas clásicas que adquirió en la escuela. Era una tarea lenta y sin duda también utilizó traducciones y ediciones bilingües. Afirma que fue ayudado en la investigación por Paul Veyne, alguien que «sabe lo que significa buscar la verdad para una historia real, pero que también conoce el laberinto en que se entra cuando se quiere escribir la historia de los juegos de verdadero y falso; es uno de los pocos que hoy en día están dispuestos a enfrentar la amenaza a todo el pensamiento inherente en la cuestión de la historia de la verdad»⁶. Por su parte, Veyne habla sólo de conversaciones generales y niega haber proporcionado a Foucault alguna ayuda o consejo específicos⁷.

En términos generales, las conferencias de Foucault en el Collège de France estaban tomando la misma dirección que la *Histoire de la sexualité*. Como en la conferencia de 1978 para la Société Française de Philosophie, en 1979-1980 eligió como título «Du gouvernement des vivants» y se concentró «en la noción de gobierno [...] en el sentido amplio de las

³ Entrevista con Michel Albaric.

⁴ *Vusage des plaisirs*, París, Gallimard, 1984, pág. 12.

⁵ *Ibid.*, pág. 13 n.

⁶ *Ibid.*, pág. 14.

⁷ Entrevista con Paul Veyne.

técnicas y los procedimientos dispuestos para dirigir la conducta de los hombres. El gobierno de los niños, el gobierno de las almas o conciencias, el gobierno de una casa, una fortuna o el yo»⁸. Como resultado, la antigua figura de poder/saber comenzó a ser desplazada por el tema de la «gubernabilidad»⁹. El gobierno de los hombres pide de éstos actos de obediencia y sumisión, pero también «actos de verdad» y todo ello le llevaba a preguntar: «¿Cómo se conformó una forma de gobierno de los hombres en la que se nos requiere no sólo obedecer, sino manifestar lo que somos enunciándolo?» La respuesta, pensaba, se encuentra en las prácticas confesionales y penitenciales del primer cristianismo y en las diferencias entre esas prácticas y el examen de conciencia practicado en las escuelas filosóficas de la antigüedad. El seminario, en contraste, se dedicó a aspectos del pensamiento liberal del siglo XIX.

Las conferencias del año siguiente se dedicaron a «Subjetividad y verdad», o a una investigación en la historia de los modos de conocimiento del yo. En lugar de buscar teorías filosóficas sobre el alma, las pasiones o el cuerpo, Foucault habló de investigar

«las tecnologías del yo», esto es, los procedimientos [...] que se proponían o prescribían a los individuos para fijar, mantener o transformar su identidad, de acuerdo con un cierto número de metas [...]. ¿Cómo se «gobierna uno mismo» mediante la realización de acciones en las que uno mismo es el objeto de esas acciones, el dominio en el que se aplican, el instrumento con el que deben efectuarse y el sujeto que actúa?»¹⁰.

El *Akibíades* de Platón podía tomarse como punto de partida porque «en este texto, la cuestión del "cuidado del yo" [*epimeleia heautou*] parece ser el marco general dentro del que el imperativo de conocerse uno mismo adquiere su significado»¹¹.

Foucault estaba utilizando las conferencias del Collège para esbozar lo que se convertiría en los temas de sus dos últimos libros. También le proporcionaron la materia para casi todas las lecturas y seminarios que daría como invitado en los últimos años de su vida. La preocupación por la liberación del *dispositivo* la sexualidad estaba ahora dando paso a la preocupación por una «estética de la existencia», por usar el título de una de sus últimas entrevistas concedidas¹². Cuando se leen unas detrás de

⁸ *Resumé des cours*, pág. 123.

⁹ Para una visión general del tema de la gubernabilidad, véase Colin Gordon, «Governmental Rationality: An Introduction», *The Foucault Effect*, págs. 1-52.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 134.

¹¹ *Ibid.*

¹² «Une esthétique de l'existence», *Le Monde*, 15-15 de julio de 1984, pág. ix. La entrevista realizada por Alessandro Fontana el 25 de abril, apareció originalmente de forma bastan-

• >nas, las conferencias y entrevistas de este periodo resultan ser muy repetitivas, ya que se plantean los mismos temas una y otra vez, desde perspectivas ligeramente diferentes.

El retorno a los griegos contiene cierta ironía. A mediados de los años •f lenta, cuando trabajaba en *SurveiUer etpunir*, Foucault había sostenido que la tendencia —que estimaba que se había originado con Heidegger y se podía ejemplificar en Francia con Derrida— de considerar a Platón i orno «la decadencia tras la cual todo comenzó a cristalizar» era «desalentadora». Evitaba hablar sobre Grecia porque no quería «caer en una especie de arcaísmo helenista». Le divertía mucho más la filosofía sobre la locura, la vigilancia y la pobreza¹³. El regreso a Grecia y Roma resultó ser bastante menos divertido. Cuando Daniel Deferí le comentó cuánto admiraba *L'usage desplaisirs*, Foucault repuso: «Pero sabes que no es el libro que me haya producido más placer escribir»¹⁴.

Luego, el motivo último tras los volúmenes finales de la *Histoire de la sexualité* no es el hedonismo. Según escribió, su motivo «era muy simple». Era la curiosidad o «la única clase de curiosidad en que merece la pena ahondar con un poco de obstinación: no la que nos permite asimilar lo que conviene que sepamos, sino la que nos permite desprendernos de nosotros mismos»¹⁵. El motivo de Foucault estaba mucho más en consonancia con las tradiciones estoicas y cristianas que estaba explorando. Como señaló en una entrevista concedida en California en 1983, «la cultura cristiana ha desarrollado la idea de que, si quieres preocuparte por ti mismo de modo adecuado, tienes que sacrificarte»¹⁶. También guardaba relación con su convicción, derivada al menos en parte de los comentarios de Nietzsche sobre «el arte grande y raro» de dar un estilo al carácter propio¹⁷, de que la personalidad, como la cultura gay, era una cuestión de creación estética más que de liberación expresiva de alguna esencia personal. «Desprenderse de uno mismo» puede interpretarse además como una variante de la desindividualización o incluso de la desexualización que buscaba mediante el uso calculado de los placeres o en la disolución de la individualidad común a Foucault, Deleuze y Klossowski. Aunque la terminología y el marco filosófico de referencia habían cambiado algo,

te diferente como «Parla Michel Foucault: Alie fonti del piacere», *Panorama*, 28 de mayo de 1984, págs. 186493.

¹³ «Carceri e manicomi nel consegno del potere», pág. 6.

¹⁴ Claude Mauriac, *Le temps accompli*, pág. 32.

¹⁵ *L'usage desplaisirs*, pág. 14.

¹⁶ «The Power and Politics of Michel Foucault», entrevista con Peter Maas y David Brock, *Inside*, 22 de abril de 1983. Citado en Bernauer, *Michel Foucault's Forcé o/Flight*, página 180.

¹⁷ Nietzsche, *The Gay Science*, pág. 123.

seguía «escribiendo para no tener rostro» o «para convertirse en alguien distinto a quien se es».

Sus preocupaciones filosóficas e incluso pedagógicas estaban cambiando en algunos sentidos, pero sus esporádicas actividades políticas revelaban que seguía considerando importantes sus antiguas inquietudes. En la primavera de 1980, por ejemplo, participó en el establecimiento de una asociación, Défense Libre. Sus objetivos eran denunciar las limitaciones a que se enfrentaban los abogados defensores, los abusos del sistema fiscal y las violaciones de los derechos de quienes se veían ante la justicia. Se celebró una reunión inicial cerca de Toulon en mayo, pero no parece que Foucault estuviera presente. Estaba participando en la redacción de los documentos preparatorios, junto con el abogado Casamayor, Claude Mauriac, Jacques Vergés, Christian Revon y otros. La declaración inicial, que tenía reminiscencias de la terminología que había usado el GPI, fue redactada en parte por Foucault:

Evitemos el trillado problema del reformismo y el antireformismo. No nos corresponde responsabilizarnos de las instituciones que necesitan ser reformadas. Nos toca defendemos tan bien que las instituciones se vean forzadas a reformarse [...]. En la expresión «defenderse» el pronombre reflexivo es crucial. Se trata de inscribir la vida, la existencia, la subjetividad y la misma realidad del individuo *dentro* de la práctica de la ley¹⁸.

Uno de los *casos* que había inspirado a los fundadores de la asociación fue el asunto Ranucci, que había llevado a Foucault a rechazar la invitación de Giscard d'Estaing para almorzar. Su participación en Défense Libre no fue mucho más allá de su fundación, pero su presencia es una indicación de que no había olvidado la experiencia del GPL. Una colaboración al pequeño folleto de portada naranja publicado en mayo de 1980 por el dominico François Deltombe proporciona un sorprendente índice de hasta dónde llegaba su influencia y cuánto se había extendido *Surveillance et punir* en particular. El hecho de que fuera una lectura recomendada en las universidades para los estudiantes de criminología no es sorprendente; que también hubiera acaparado la atención de «la misma comisión católica de Justicia y Paz, órgano de la Conferencia Episcopal francesa» quizá era menos predecible¹⁹.

¹⁸ Michel Foucault, Henry Juramy, Christian Revon, Jacques Vergés, Jean Lapeyrie y Dominique Nocaudie, «Se défendre», en *Pour la déjeme libre*, París, Centre de Recherche et de Formation Juridique, 1980 (suplemento de la revista *Actes*, núms. 24 y 25), pág. 5. Entrevista con Christian Revon.

¹⁹ François Deltombe, «Un justiciable devant les problèmes de défense», *ibid.*, pág. 21.

Algunos de los participantes en el proyecto de Défense Libre eran conocidos de Foucault desde hacía mucho tiempo. Christian Revon, dominicano que antes había sido enfermero psiquiátrico y después abogado, le acompañaba desde los tiempos del GPL. Lo mismo que Antoine Lazarus, aunque empleado en el servicio médico de prisiones en Fleury-Mérogis y ahora encargado de la rama parisiense del Groupe Multiprofessionnel des Prisons. En noviembre de 1979, Lazarus y François Colcombet (antiguo presidente del Syndicat de la Magistrature) habían tomado parte en un debate retrospectivo sobre el GPI con un tal Louis Appert. Éste, descrito como un miembro del GPI, era Foucault. Nadie puede proporcionar una explicación convincente para la adopción de un seudónimo, pero resulta intrigante que el nombre escogido sea tan similar al apellido de soltera de su madre, Malapert.

El debate proporciona la historia de los comienzos del GPI, que Foucault podría haber escrito de haber querido. Cuando se le preguntó por el balance del grupo, «Appert» dudó qué contestar. La experiencia de trabajar en el grupo había sido positiva, aunque sólo fuera porque representó una nueva forma de combinar la teoría y la práctica. En los grupos políticos, se combinaban ambas gracias a una «doctrina que ata, una práctica que limita». Por su parte, en el GPI «los conocimientos, los análisis, las prácticas de los sociólogos, un poco de conocimiento histórico, un poco de filosofía, un poco de ideas anarquistas, los libros que habíamos leído... todo entraba en juego; circulaba, formaba una especie de placenta a nuestro alrededor». Sin embargo, no estaba en absoluto convencido de que se hubiera logrado todo y pensaba que la mayoría de los problemas permanecían intactos²⁰. La transcripción que apareció en *Esprit* no era completa. En la grabación original, puede oírse como fondo a Daniel Defert susurrando, para diversión de todos los presentes, sobre los pingüinos. Su excursión a la ornitología no era gratuita; un político de derechas había sugerido con total seriedad que la solución real al problema de la delincuencia era deportar a los convictos a una isla del Antártico²¹.

La inquietud por los abusos del poder que le llevó a trabajar con Défense Libre también fue evidente en su participación activa en las tareas del Comité de Defensa establecido para conseguir la libertad de Roger Knobelspiess. En 1972, Knobelspiess había sido encarcelado por el robo de 800 francos; la única prueba contra él era una denuncia. A pesar de declarar su inocencia, se le sentenció a quince años. Se siguieron repetidas huelgas de hambre y automutilaciones, pero nunca se le concedió apelar contra su condena. En 1976, se le otorgó un pase de cuarenta y

«Lurtes autour de la prison», *Esprit*, 35, noviembre de 1979, págs. 106 y 108. Entrevista con Antoine Lazarus.

i ii 11) horas, y desapareció. Al ser recapturado, se le acusó de haber cometido diversos robos a mano armada. Considerado ahora un reincidente peligroso, se le confinó en uno de los *quartiers de haute sécurité*, de reciente apertura. Eran unidades de seguridad establecidas tras los motines de Clairvaux y otros lugares, que albergaban números reducidos de presos, supuestamente peligrosos, en duras condiciones. El encarcelamiento solitario y la vigilancia por vídeo formaban parte del régimen, y existía poco contacto con el resto de los presos²². Para el Comité d'Action des Prisonniers, que se creó en 1980, la misma existencia de los pabellones de alta seguridad había representado una forma de tortura; según la opinión de Foucault, eran un abuso de la ley porque eran prisiones dentro de las prisiones e infringían el principio de que la privación de la libertad era en sí misma un castigo último²³. Ningún tribunal podía sentenciar a un hombre a un QHS; la administración interna de las prisiones sí podía y lo hacía. El establecimiento del sistema de QHS tenía terroríficas implicaciones para el futuro. Dado que existía la clara posibilidad de que el gobierno socialista electo en la primavera de 1981 aboliera la pena de muerte, los QHS representaban una amenaza potencial; no era imposible que las condenas a muerte se reemplazaran por condenas a los QHS por un periodo indefinido²⁴.

El Comité de Defensa Knobelspiess lo formaban Foucault, Genet, Glucksmann, Mauriac, Montand, Signoret y Paul Thibaud, editor de *Esprit*. En prisión, Knobelspiess escribió su primer libro, en parte autobiográfico y en parte una denuncia de las prisiones en las que, a sus treinta y dos años, había pasado casi la mitad de su vida. El libro se publicó gracias a los esfuerzos del Comité de Defensa, con un prólogo de Foucault: «Éste es un documento áspero. No se ha escrito ni se ha publicado como un relato más de la vida en prisión [...]. Transformaciones reales y profundas nacen de las críticas radicales, de las repulsas agresivas y de las voces que no se quiebran. El libro de Knobelspiess es parte de esta batalla»²⁵. Quizá más que cualquiera de los «textos teóricos sobre el mismo tema»²⁶, este prólogo ilustra lo que considera la lógica de las prisiones y su construcción del individuo peligroso:

²² Para una descripción, véase Bernard Guetta, «Une journée en "Haute Sécurité"», *Le Nouvel Observateur*, 3 de abril de 1978, págs. 84 y sgs.

²³ «Il faut tout repenser la loi et la prison», *Liberation*, 6 de julio de 1981, pág. 2.

²⁴ «De la nécessité de mettre un terme à toute peine», *Liberation*, 18 de septiembre de 1981, pág. 5.

²⁵ «Se prétend innocent et n'accepte pas sa peine», (31 de marzo de 1980) en Roger Knobelspiess, *QHS: Quartier de haute sécurité*, París, Stock, 1980, pág. 11.

²⁶ Véase, por ejemplo, la conferencia sobre «The Dangerous Individual» dictada en un simposio en Toronto, en octubre de 1977, *Politics, Philosophy, Culture*, págs. 125-151.

Consideremos el caso de Roger Knobelspiess: se le halló culpable de un delito que niega vigorosamente haber cometido. ¿Cómo podía aceptar la prisión sin admitir que era culpable? Pero podemos observar el mecanismo: como se resiste, se le pone en un QHS. La razón por la que está en un QHS es que es peligroso. «Peligroso» en prisión y, por lo tanto, mucho más peligroso si estuviera en libertad. Por lo tanto, es culpable de haber cometido el crimen de que se le acusó. Que lo niegue carece de importancia: pudo haberlo hecho. El QHS proporciona la prueba; la prisión *muestra* lo que los investigadores quizá demostrarán de forma inadecuada²⁷.

En noviembre de 1981, el caso Knobelspiess fue a juicio y, en parte debido a la campaña organizada por el Comité de Defensa, en el que Mauriac desempeñó el papel principal, fue perdonado por Francois Mitterand²⁸. Knobelspiess admitió los robos a mano armada de los que había sido acusado. Por su parte, el juez que presidía pareció decir al jurado que los delitos eran el resultado directo de una infancia pobre y desdichada y de una condena peligrosa en 1972²⁹. Ahora Knobelspiess se había convertido en una especie de estrella, fotografiado al lado del primer ministro Pierre Mauroy, apareció en televisión, se convirtió en un huésped de las sobremesas y escribió un segundo libro, esta vez con prólogo de Mauriac. En junio de 1983, fue detenido en Honfleur, acusado otra vez de robo a mano armada y de haber disparado a dos oficiales de policía. Se le encarceló de nuevo y consiguió la libertad condicional en agosto de 1990, obstinado en que quería ser sobre todo un ciudadano ordinario³⁰.

Cuando se le halló culpable de robo a mano armada en 1983, Foucault expresó su asombro de que le hubiera sorprendido a tanta gente. A quienes sostenían que la admisión de culpabilidad significaba que también era culpable en 1972, los consideró irracionales. Lo que era peor,

Sois un peligro para vosotros mismos y para nosotros, si [...] deseáis veros en las manos de un sistema legal al que la arbitrariedad ha puesto a dormir. También sois un peligro histórico. Porque, como una sociedad, una justicia que siempre ha de cuestionarse sólo puede existir si trabaja sobre sí misma y sus instituciones³¹.

²⁷ «Se prétend innocent et n'accepte pas sa peine», pág. 14.

²⁸ Mauriac, *Mauriac etfús*, pág. 349.

²⁹ Irene Allier, «Knobelspiess: un procès en trompe l'oeil», *Le Nouvel Observateur*, 31 de octubre de 1981, pág. 30.

³⁰ Dominique Le Guilledoux, «La libération de Roger Knobelspiess», *Le Monde*, 16 de agosto de 1990, pág. 6.

³¹ «Vous êtes dangereux», *Libération*, 10 de junio de 1983, pág. 24.

Sin duda, el caso Knobelspiess le causó cierto desconcierto y le hizo objeto de no poca burla. Se habló en la prensa de los desastrosos efectos de *les foucades de Foucault* (las ventoleras de Foucault) y se hicieron referencias a los intelectuales «Prix Nobel» (ganadores del premio Nobel) que lo habían defendido³². A pesar de las críticas despreciativas que le dirigieron desde ciertos sectores, no había demostrado un liberalismo irresponsable en la defensa de Knobelspiess. Su decisión de tomar parte o mantenerse al margen en tales casos se basaba en una sagacidad política que podía desconcertar a algunos de sus aliados naturales. Cuando, en 1974, Pierre Goldman fue a juicio por fin, acusado de un doble asesinato cometido en el curso de un robo en 1969, la mayor parte del universo gauchista estaba convencido de su inocencia. Goldman había sido uno de los mejores combatientes callejeros del PCF, era una figura romántica, profundamente implicado con el *gauchisme* y ligado al movimiento de guerrilla latinoamericano. Se le condenó a cadena perpetua, pero consiguió la libertad tras un segundo juicio en 1976. Aunque Goldman se convirtió en un héroe para ciertos sectores de la izquierda, Foucault, que no dijo nada del caso en público, estaba convencido de su culpabilidad y no colaboró en hacerlo público³³.

Un breve cruce de palabras con Mauriac y Signoret acerca de Goldman revela algo sobre sus creencias acerca de la ética personal. Cuando Signoret, que había formado parte del comité de apoyo a Goldman, se quejó de que no había mantenido una cita que tenía con ella, Mauriac comentó que nadie tenía derecho a esperar su gratitud. El rostro de Foucault se demudó y por primera vez Mauriac fue objeto de la ira que había dirigido contra Catherine von Bülow cuando imprudentemente sugirió que Simone de Beauvoir acompañara a *les Montana boys* a Madrid. Sin prestar atención a las balbucientes explicaciones de Mauriac, Foucault exclamó: «No puedo soportarlo. Nunca lo aguantaré. Cuantos más años cumplo, más creo en la amistad y en los deberes que implica. Esa espontaneidad gauchista que consiste en decir "No debo nada a nadie. En especial a los que lucharon por mí"... No puedo soportarla»³⁴. El arranque duró poco, pero impresionó a Mauriac.

³² Véase François Caviglioli, «Le plongeon de Knobelspiess», *Le Nouvel Observateur*, 10 de junio de 1983, pág. 24.

³³ Mauriac, *Mauriac et filh*, pág. 254; entrevista con Daniel Defert. Sobre el asunto Goldman, véase Goldman, *Souvenirs obscurs d'un juif polonais né en France*, y Régis Debray, *Les rendez-vous manqués (Pour Pierre Goldman)*, París, Seuil, 1975. Goldman fue asesinado en circunstancias muy sospechosas en 1979.

³⁴ Mauriac, *Mauriac et filh*, pág. 253.

Los problemas de Foucault no se limitaron a los que mantenía con las bibliotecas. A pesar de su fama, tanto en términos personales como profesionales, se encontraba sorprendentemente aislado cuando comenzó la década de los ochenta. Tras sus desacuerdos por el asunto Croissant, había roto con Deleuze y Guattari. Sus artículos sobre Irán le habían costado otros amigos y no habían resultado nada beneficiosos para su reputación, y la polémica resultante había puesto un final repentino a su colaboración con el *Corriere della Sera*³⁵. Su última colaboración con el periódico fue un breve tributo a Lacan, «el libertador del psicoanálisis», cuando murió en 1981³⁶. Todavía persiste el mito de que Foucault fue un apologista de Jomeini y que nunca se cuestionó haber saludado «un oscurantismo naciente como una nueva aurora»³⁷. La posición que adoptó en el otoño de 1978 fue de hecho poco diferente de las opiniones expresadas en *Liberation* e incluso en *Le Nouvel Observateur*³⁸. Su visibilidad propició que no se olvidaran sus errores de juicio, aunque sí los cometidos por los periodistas profesionales.

No participó en los *Etats généraux de la philosophie*, que convocó una gran reunión de profesores de filosofía y estudiantes para debatir la situación de la filosofía francesa en la Sorbona, en junio de 1979³⁹, posiblemente porque su organizador principal fue Derrida, con quien no se reconcilió hasta 1981, cuando éste fue detenido, acusado por drogas, en Checoslovaquia; Foucault fue uno de los primeros en defenderlo. Le habían herido los ataques de Baudrillard en *Oublier Foucault*, y percibió, sin que no le faltara cierta razón, el estudio de Aron y Kempf sobre la sexualidad del siglo XIX como un ataque más a *La volonté de savoir*. Resintió el ataque de sus autores a lo que llamaban «la acreditada tesis actual» de que «el aparato del Estado [...] aliena su misión edificante a microejecutivas independientes: el jardín de infancia, el colegio, el manicomio, el hospital»⁴⁰. El libro, que sólo merece la pena leerse por su título («El pene y la desmoralización de Occidente») fue ciertamente considerado por los reseñistas como «anti-Foucault»⁴¹.

³⁵ Véase en particular Pierre Manent, «Lire Michel Foucault», *Commentaire* 7, otoño de 1979, págs. 369-375.

• ³⁶ «Lacan, il "libertatore"», *Corriere della Sera*, 11 de septiembre de 1981, pág. 1.

³⁷ Bernard-Henri Lévy, *Les aventures de la liberté*, París, Grasset, 1991, págs. 364, 365. [Trad. esp.: *Las aventuras de la libertad*, Barcelona, Anagrama, 1992.]

³⁸ Jacques Bureau, «*Liberation* devant la révolution inattendue», *Esprit*, 1, enero de 1980, págs. 56-58; Nicole Gnesotto, «*Le Nouvel Observateur*: "L'histoire déraillée"», *ibid.*, páginas 64-69.

³⁹ *Les Etats généraux de la philosophie (16 et 17 juin 1979)*, París, Flammarion, 1979.

⁴⁰ Jean-Paul Aron y Roger Kempf, *Le penis et la démoralisation de l'Occident*, París, Grasset, 1978, pág. 17 y n.

⁴¹ Véase, por ejemplo, Emmanuel Le Roy Ladurie, «L'offensive anti-sexe du dix-neuvième siècle», *Le Monde*, 27 de octubre de 1978, pág. 24.

La aparición de un nuevo periódico en mayo de 1980 llevó a una agria disputa con un antiguo amigo y colega. El director de *Le Débat* fue Pierre Nora, que había sido el principal editor de Foucault en Gallimard desde 1966. Su título se escogió precisamente porque no había, según Nora, debate en Francia. El primer número prometió un debate abierto: el nuevo periódico no tenía sistema que imponer ni mensaje que transmitir. Sin embargo, no pareció estar abierto a Foucault, que no fue invitado a colaborar en él y a quien, según muchos de sus amigos, no se le consultó sobre el proyecto. El primer número llevaba un artículo de Nora sobre el papel —o ausencia de— de intelectual. Terminaba haciendo un llamamiento a una democracia intelectual que pusiera término a la situación en la que «la función crítica» ayudaba a enmascarar la irresponsabilidad política de los intelectuales⁴². Parece que Foucault se tomó estos comentarios como un ataque personal a sus actividades políticas. Sin duda, también le molestaron otras insinuaciones. Aunque podría haber convenido en que la función intelectual había sido degradada, el mordaz comentario de Nora acerca de que Brigitte Bardot podía ser elegida un día para el Collège de France porque en el fondo Simone Signoret ya lo había sido⁴³, debió de estar calculado para molestar: a Foucault le gustaba mucho Signoret y estaban muy unidos por ese tiempo. El resultado del artículo de Nora fue una violenta pelea con Foucault, que le amenazó con dejar Gallimard y publicar *Histoire de la folie* en otra editorial⁴⁴. Ahora era de conocimiento público que sus relaciones con Nora eran execrables. Según Paul Veyne, había un elemento de rivalidad profesional y celos en todo esto. Foucault nunca había sido editor de una serie o colección de libros importante y tenía envidia del papel de Nora⁴⁵. También se rumoreó que estaba intentando deshancarlo de su puesto como editor general de la Bibliothèque des Sciences Humaines.

El deterioro de sus relaciones con Nora no fue la única razón de su enojo con *Le Débat*. En una discusión superficial pero ingeniosa con Paul Veyne, el editor del periódico Marcel Gauchet obtuvo la referencia del historiador, en un ensayo añadido a *Comment on écrit l'histoire*, a que Foucault había «negado» el objeto natural. Para Veyne era esa negación la que dio a la obra de Foucault su estatura. Gauchet comentaba: «La filosofía, una actividad eminentemente depredatoria, sólo puede practicarse a expensas del entorno. Para que el filósofo crezca, el bosque debe encojer»⁴⁶. A Foucault no le faltaba humor, pero comentarios como éste se añan-

⁴² Pierre Jorai «Que peuvent les intellectuels?», *Le Débat*, 1, mayo de 1980, pág. 17.

⁴³ *Ibíd.*, pág. 10.

⁴⁴ Pierre Nora, «Il avait un besoin formidable d'être aimé», *L'Evenement du Jeudi*, 18-24 de septiembre de 1986, pág. 82.

⁴⁵ Entrevista con Paul Veyne.

⁴⁶ Marcel Gauchet, «De l'existencialisme», *Le Débat*, 1, pág. 24. Hace referencia a Paul

dían a la irritación que sentía por el nuevo periódico de Nora. Por otra parte, él mismo propició que su relación con *Le Débat* no fuera fácil. Gauchet era coautor, con Gladys Swain, de una historia sobre Esquirol y el Salpêtrière que iba en contra de los hallazgos de *Histoire de la folie*, al sostener que era una ilusión retrospectiva declarar que la división entre razón y sinrazón había sido precedida por una época de tolerancia⁴⁷. Para añadir insulto a la injuria, el libro apareció en la misma serie que *Les mots et les choses*. Foucault aceptó hacer una reseña del libro para *Le Monde* y otros periódicos, pero la fue posponiendo, con lo que se aseguró de que la suya no salía pero ningún otro podía ocuparse de ello tampoco. Esto no ayudó mucho a mejorar sus relaciones con *Le Débat*. Según Nora, Foucault «tenía miedo» de Gauchet, le molestaba que colaborase con su editor y consideraba la publicación de *La pratique de l'esprit humain* una traición a su verdad⁴⁸.

Foucault pensaba ahora en dejar definitivamente Gallimard. Su decisión de publicar el texto del panóptico con una editorial muy pequeña quizá haya sido el primer signo de una profunda insatisfacción. El rumor de que planeaba cambiar de editorial se extendió enseguida y produjo una gran excitación. No se sabía con exactitud cuáles eran sus planes, pero era obvio que su malestar era agudo. A algunos amigos les habló de pasarse a Vrin, la editorial académica especializada en filosofía que había publicado su traducción de Kant en 1964. Vrin es una casa académica clásica que opera desde instalaciones situadas literalmente a la sombra de la Sorbona; es muy respetada en los círculos académicos, pero no se inclina a dar publicidad a sus títulos a gran escala. En determinado momento, Foucault discutió incluso la posibilidad de publicar de forma directa los textos mecanografiados. En una fecha no especificada, habló con Von Bülow de su deseo de establecer una «comunidad de hombres de letras» que pudieran publicar textos eruditos, pequeñas ediciones de conferencias del Collège de France e incluso tesis doctorales. También había planes, discutidos en una reunión masculina mientras Von Bülow preparaba el café, para un «instituto filosófico» cuyos miembros incluirían a Foucault, Lardreau, Jambert y Glucksmann⁴⁹. Mauriac también hace referen-

Veyne, «Foucault révolutionne l'histoire», en *Commenton écrit l'histoire*, París, Seuil, colección Points, 1978, pág. 227. [Trad. esp.: *Cómo se escribe la historia: Foucault revoluciona la historia*, Madrid, Alianza, 1984.]

⁴⁷ Marcel Gauchet y Gladys Swain, *La pratique de l'esprit humain: l'institution asilaire et la révolution iémocratique*, París, Gallimard, 1980, pág. 498. Véase también «Un nouveau regard sur l'histoire de la folie: Entretien avec Marcel Gauchet et Gladys Swain», *Esprit*, 11, noviembre de 1983, págs. 77-86.

⁴⁸ p_{erre} Nora, «Il avait une besoin formidable d'être aimé».

⁴⁹ Catherine von Bülow, «Contredire est un devoir», pág. 176.

cia a la propuesta de una «fundación Foucault» que nunca llegó a existir porque había demasiados manuscritos de Foucault que debían ser examinados —y algunos destruidos— antes de que se pudiera hacer algo⁵⁰. Nora afirma que, incluso en el momento más intenso de su pelea, Foucault trataba de convencerlo de que dejara Gallimard para emprender una aventura en cooperativa que podría financiarse con sus derechos de autor. Una opción mucho más seria era cambiarse a Seuil⁵¹. El inconveniente para tal traslado era, por supuesto, que Foucault estaba sujeto por contrato con Gallimard; la decisión de dirigirse a ella para financiar la versión cinematográfica de *Moi, Fierre Rivière* ahora se convertía en una rueda de molino. En 1983, Foucault seguía declarando que *La souci de soi* sería publicado por Seuil⁵², pero, de modo inevitable, sus dos últimas obras aparecieron en la Bibliothèque des histoires de Gallimard.

En este contexto, Foucault le dijo a *Le Monde*, sólo medio en broma, que, durante un año, todos los libros debían ser publicados en el anonimato para que los críticos tuvieran que discutirlos sin referencia a un autor que ya estaba situado o podía obtener una plaza en el firmamento intelectual⁵³. Tal sugerencia, que refleja su recurrente fascinación con la idea del anonimato personal y sexual, nunca se puso en práctica.

Lo que acabó surgiendo de la insatisfacción general de Foucault con su situación editorial fue una nueva colección de Seuil, editada de forma conjunta por él, el lingüista y psicoanalista Jean-Claude Milner, Paul Veyne y François Wahl: *Des Travaux*. Pretendía dedicarse a publicar investigaciones que por razones económicas u otras no encontrarán otro sello: proyectos de investigación largos, breves relatos sobre investigaciones en curso y traducciones. El primer título apareció en 1983: *Les grecs ont-ils cru a leurs mythes?*, de Paul Veyne. El título de la colección se explicaba de la siguiente manera: «Trabajos que pueden introducir una diferencia significativa en el campo de conocimiento, a costa de cierta dificultad para el autor y el lector, y con la posible recompensa de un cierto placer o, en otras palabras, el acceso a otra figura de la verdad». La palabra *travaux* (plural de *travad*) tenía un significado particular para Foucault. Detestaba la idea de ser el autor de una *oeuvre*, pero cuando decía de un texto «Ca, c'est un travail», sin duda era un gran elogio⁵⁴. La publicidad para el lan-

⁵⁰ Mauriac, *Les temps accompli*, pág. 43.

⁵¹ Se exploró en discusiones con François Wahl y Jean-Pierre Barou como intermediario. Entrevistas con Paul Veyne y Jean-Pierre Barou.

⁵² Transcripción de la discusión con Hubert L. Dreyfus y Paul Rabinow, abril de 83 (Bibliothèque du Saulchoir, D250 [5]).

⁵³ «Le philosophe masqué», pág. 1.

⁵⁴ Entrevista con Michelle Perrot.

zamiento de la nueva colección incluía el anuncio de un nuevo libro suyo: *Legouvernement de soi et des autres*. Nunca apareció.

La insatisfacción con la industria editorial y con la vida intelectual francesa en general iba a ser un tema recurrente en las últimas entrevistas que concedió. El 25 de abril de 1984, sólo un mes antes de su muerte, Foucault habló de nuevo acerca de su proyecto de «publicación anónima» en una entrevista con Alessandro Fontana. Un modo de poner término a la situación en la que la lectura real de libros era suplantada por el intercambio de información y desinformación propiciado por los medios de comunicación podía ser la adopción de una ley que prohibiera el uso del nombre de un autor más de dos ocasiones y fomentara el uso del anonimato y el seudónimo. En la mayoría de los casos, el nombre del autor carecía de importancia. Con la excepción de unos pocos «grandes autores», el nombre no importaba: «Porque a alguien como yo, y no soy un gran autor, sino simplemente alguien que fabrica libros, le gustaría que [los libros] se leyeran en virtud de ellos mismos, con las imperfecciones o cualidades que demuestren tener»⁵⁵.

Inquietudes similares se expresaron en una entrevista de la misma época con Didier Eribon. Una de las razones de que no hubiera debate real en Francia era que los escaparates de las librerías estaban llenos de libros escritos a la ligera que, «con mentiras y pronunciados errores dicen todo y nada acerca de la historia del mundo desde su fundación, o que reescriben las historias más recientes con lemas y clichés»⁵⁶. Los periódicos y las revistas, lejos de ser el lugar de un debate real, se habían vuelto portavoces sectarios o apoyaban un eclecticismo blando. Había una tendencia general hacía la entropía en la vida intelectual, que estaba afectando la recepción de sus obras:

Este paso de la cuestión filosófica al reino del eslogan, esta transformación de la cuestión marxista, que se convierte en «el marxismo ha muerto», no es responsabilidad de ninguna persona en particular, pero podemos ver el deslizamiento mediante el cual el pensamiento filosófico, o un tema filosófico, se convierte en un artículo de consumo [...]. Se han tardado quince años en convertir mi libro sobre la locura en un eslogan: todos los locos fueron encerrados en el siglo xviii. Pero ni siquiera se han tardado quince meses —sólo ha llevado tres semanas— en convertir mi libro sobre la voluntad de saber en el eslogan: «La sexualidad nunca ha sido reprimida»⁵⁷.

⁵⁵ «Une esthétique d l'existence», pág. íx.

⁵⁶ «Pour en finir avec les mensonges», *Le Nouvel Ohervateur*, 21 de junio de 1985, página 60.

⁵⁷ «Structuralism and Post-Structuralism: An Interview with Michel Foucault», pág. 211.

Foucault no estaba solo en su pesimismo acerca del estado de la edición francesa. En 1980, Pierre Bourdieu también se quejaba en una entrevista de la importación a la esfera intelectual de las técnicas de marketing que permitían que una Golden Delicious pasara como una manzana⁵⁸.

Como añadidura a este malestar general al comienzo de la nueva década, Foucault estaba comenzando a perder amigos. Maurice Clavel murió de repente en abril de 1979. A pesar de su desconcierto y ocasional molestia al ser anunciado por él como el «nuevo Kant», le apreciaba. El domingo, Clavel había estado hablando con Foucault por teléfono acerca de muchos temas: Freud, la penitencia cristiana y la obligación de decir la verdad... El lunes, Foucault fue telefoneado por *Le Matin* para pedirle que comentara su muerte. No tenía nada que decir: ese día no era suficiente para el dolor que sentía⁵⁹. Cuatro días después, escribió conmovido en *Le Nouvel Observateur* sobre «Clavel: impaciente, saltando al menor ruido, llorando en la penumbra, calmando la tormenta... No le preocupaba el gran ciclo que halla el presente en el futuro y viceversa. Sólo le interesaba lo atemporal que quiebra el presente»⁶⁰. El 25 de abril, la basílica de Vézelay estaba llena de una extraña mezcla de gaullistas, *gauchistes*, monárquicos y filósofos antiguos y nuevos. Jean Daniel habló: «Cada vez más de nosotros comprendemos que hemos perdido al último de los grandes problemáticos judeo-cristianos»⁶¹.

Visto con posterioridad, la despedida del problemático debe haber parecido el inicio de una danza de la muerte que duraría hasta el final del año. La próxima pareja de la muerte sería Barthes, que, con alguna ayuda de Foucault, había sido elegido para el Collège de France a finales de 1976. El 25 de febrero de 1980, Roland Barthes y diversos intelectuales más habían almorzado con Francois Mitterrand, primer secretario del Partido Socialista. Las elecciones presidenciales iban a celebrarse en 1981 y el almuerzo, organizado por Jack Lang, que iba a convertirse en el ministro de cultura de Mitterrand, era sin duda en parte un modo de calibrar el grado de apoyo que los socialistas podían esperar en 1981 y siguió a los famosos almuerzos anteriores organizados por Giscard d'Estaing. Barthes decidió regresar a pie desde el Marais hasta el Barrio Latino y, cuando cruzaba la rue des Écoles, le atropello un camión de reparto. El accidente, que ocurrió cerca del Collège de France, le dejó inconsciente y sangrando, y los servicios de urgencias lo condujeron a toda prisa al Sal-

⁵⁸ Didier Eribon, «Pierre Bourdieu: La grande illusion des intellectuels», *Le Monde dimanche*, 4 de mayo de 1980, pág. 1.

⁵⁹ «Le moment de la vérité», *Le Matin*, 25 de abril de 1979, pág. 20.

⁶⁰ «Vivre autrement le temps», *Le Nouvel Observateur*, 30 de abril de 1979, pág. 20.

⁶¹ Bel, *Maurice Clavel*, pág. 354.

pétriére. Como no llevaba documentación, sólo se supo su identidad pfi sadas varias horas de su ingreso.

El accidente no pareció serio. Barthes, lleno de golpes y cardenales, pronto recibió visitas, incluido Foucault, a quien susurraría: «¡Qué bestia!» Un mes más tarde, había muerto a la edad de sesenta y cuatro años. Sus médicos anunciaron que el accidente no había sido la causa directa de su muerte, pero que había exacerbado los problemas respiratorios de un hombre que había pasado largos periodos de su juventud en un sanatorio para tuberculosos. La mayoría de sus amigos creían que Barthes, simplemente, había perdido todo deseo de vivir y que nunca se había acabado de recuperar de la muerte de su adorada madre en 1977. Algunos declararon que, antes de pisar el pavimento, había mirado en dirección al camión y debió verlo venir hacia él. En conversación con el traductor de *Raymond Roussel*, Foucault rechazó esta extendida opinión y afirmó que los rumores acerca de que Barthes deseaba morir eran «completamente falsos» y que su conversación con sus médicos habían confirmado su opinión sobre el asunto. De forma misteriosa, también afirmó haber estado con Barthes en el momento del accidente, pero ningún otro relato lo confirma. Una semana antes del accidente, Foucault había observado a Barthes dando clase: «Pensé que estaba en su elemento, que estaba adquiriendo el porte distinguido de un hombre maduro, sereno, desarrollado por completo. Recuerdo que pensé que viviría hasta los noventa años; que era uno de esos hombres cuya obra más importante se escribiría entre los sesenta y los noventa años»⁶².

El viernes, 28 de mayo, un puñado de amigos y estudiantes se reunieron en el patio delantero del hospital Salpétriére cuando bajaron a Barthes en un ataúd abierto para el *levée du corps* ritual. Una vez que le hubieron presentado su respeto por última vez, se selló el ataúd y se cargó en el coche fúnebre para el largo viaje al suroeste, donde sería enterrado de forma privada en Urt⁶³.

Para Foucault, la muerte de Barthes era un «escándalo» porque había sucedido cuando se hallaba en todo su esplendor creativo⁶⁴. Las circunstancias también eran un extraño recordatorio gráfico del accidente que le había mantenido en el hospital durante una semana en 1978. En un panegírico leído a los miembros del Collège de France reunidos en asamblea, rindió homenaje a su amigo difunto. Foucault le describía como un gran escritor y un maestro maravilloso, como un hombre que pagó por su fama con el dolor de la soledad y luego concluyó:

Posfacio a *Death and the Labyrinth*, págs. 186 y 187.

Calvet, *RaUnd Barthes*, págs. 293-297, 300 y 301.

Mauriac, *Le rire desperes dans lesyeux des enfants*, págs. 618 y 619.

El destino haría que la estúpida violencia de las cosas —la única realidad que él era capaz de odiar— pusiera fin a todo esto, a la misma puerta de la casa a la que os pedí que le invitarais. La amargura sería intolerable si no supiera que le encantaba estar aquí, si no me sintiera autorizado para transmitirlo, en su nombre, a través de la aflicción, el signo, el signo ligeramente sonriente de amistad⁶⁵.

Y continuó la danza. El 15 de abril de 1980, Sartre murió en el Hôpital Broussais. Cuatro días más tarde, se trasladó su cuerpo al cementerio Père Lachaise para ser incinerado. Esta ocasión es la que a veces se ha denominado la última manifestación de Mayo del 68. Una inmensa procesión, estimada entre 20.000 y 30.000 personas, siguió su ataúd por las calles en una atmósfera de histerismo. Al final del todo iban Foucault, Defert, Claude Mauriac, Robert Gallimard y Catherine von Bülow⁶⁶.

A Foucault hubo que persuadirlo para que asistiera. Cuando Defert le preguntó si iba a ir al funeral, le repuso: «¿Y por qué debo hacerlo? No le debo nada». Pero después capituló ante el argumento de que Sartre, en términos políticos e internacionales, había sido el prototipo del intelectual francés de posguerra. Al final, encontró la experiencia conmovedora⁶⁷. Mientras avanzaban despacio por las calles, Foucault le habló a Von Bülow de su juventud y del «terrorismo intelectual» que entonces ejercía Sartre y quienes lo rodeaban⁶⁸. Cuando Mauriac señaló que muy pocos de los presentes podían haber leído a Sartre, Foucault asintió, añadiendo que, en otros países, los intelectuales como Sartre no habían tenido el papel que se les concedía en Francia. Su conclusión es sorprendente y revela que su conocimiento del mundo de habla inglesa no era tan completo como se hubiera esperado: la prensa estadounidense y el Parlamento británico hacían inútiles las intervenciones y las posiciones de los intelectuales franceses⁶⁹.

El resentimiento de Foucault hacia Sartre se remontaba a 1967 y la aparición en *Les Temps Modernes* de unas reseñas muy negativas sobre *Les mots et les choses*, y se había exacerbado por los intentos de los medios de comunicación de construir un enfrentamiento Foucault-Sartre. En términos filosóficos, no tenían nada en común y, aunque de forma ocasional compartieron una plataforma, sus diferencias políticas eran considerables. A pesar de ello, Foucault habló algunas veces con cierto afecto de

⁶⁵ «Roland Barthes (12 de noviembre de 1915-26 de marzo de 1980)», *Annuaire du Collège de France*, 1979-1980, págs. 61 y 62.

⁶⁶ Mauriac, *Le rire desperes...*, pág. 616.

⁶⁷ Defert, «Lettre á Claude Lanzmann», pág. 1.201.

⁶⁸ Bülow, «Contredire est un devoir», pág. 177.

⁶⁹ Mauriac, *Le rire desperes...*, pág. 617.

Sartre como individuo⁷⁰. La cobertura otorgada por la prensa a su muerte no mejoró su opinión sobre su séquito. En el relato de su compromiso con el gauchismo publicado por *Le Monde*, Christian Zimmer hablaba de su participación en manifestaciones antirracistas en la Goutte d'Or y de sus intervenciones en conexión con los motines de las cárceles en 1972⁷¹. No se mencionaba el hecho de que las manifestaciones en la Goutte d'Or habían sido convocadas por Foucault y Mauriac o la existencia del GPL. Era como si Sartre hubiera sido el único intelectual comprometido y es comprensible que Foucault expresara un cierto resentimiento por ello.

Defert heredó algo de la hostilidad de Foucault hacia *Les Temps Modernes* y se identificaba completamente con su rechazo a tener algo que ver con el periódico. Cuando su editor Claude Lanzmann le solicitó una colaboración para los dos volúmenes sobre el tema *Témoins* de Sartre publicado en 1990, reaccionó de mala manera. Lanzmann le había pedido algo sobre «Sartre y Foucault»; Defert replicó que sólo podía escribir sobre «Foucault y Sartre» y comenzó mencionando las reseñas de 1967⁷². Acabó colaborando con un breve relato, no siempre objetivo del todo, acerca de sus relaciones.

El descontento de Foucault con Francia era casi directamente proporcional a su entusiasmo por Estados Unidos, y en particular por California. Su cada vez más sólida reputación como uno de los intelectuales europeos eminentes le proporcionaba una audiencia segura. Cada vez le tentaba más la idea de residir de modo permanente en California o al menos pasar allí de forma regular parte del año. La vida intelectual le parecía más libre y abierta que en Francia. California le ofrecía una amplia oportunidad para seguir explorando el uso de los placeres. Hasta le atraía la cocina estadounidense y, en lugar de comer elaborados platos franceses, decía que tomaba un «buen sandwich club y una Coca. Me encanta, es cierto. Con helado. Es verdad»⁷³.

Por entonces, también se estaba consolidando la reputación de Derrida en Estados Unidos, pero era como si él y Foucault hubieran establecido una división geográfica del trabajo. El deconstruccionismo colonizó Yale y las universidades de la Ivy League, mientras que Foucault encontró audiencia, por lo habitual con poca representación de filósofos profe-

⁷⁰ Entrevistas con Daniel Defert y Jeannette Colombel.

⁷¹ Christian Zimmer, «Dans le combat gauchiste», *Le Monde*, 1 de abril de 1980, página 17. La edición especial de *Liberation* publicada por la muerte de Sartre comete el mismo error de omisión.

⁷² Defert, «Lettre á Claude Lanzmann», pág. 1.201.

⁷³ «The Minimalist Self», pág. 12.

sionales, en Nueva York y la costa oeste. El establecimiento de estas claras esferas de influencia hizo que no hubiera encuentros directos o confrontaciones entre ambos.

En octubre de 1979, Foucault fue invitado a la Universidad de Stanford, en Palo Alto, California, para dictar las conferencias Tanner sobre valores humanos⁷⁴. Su inglés carecía de la fluidez suficiente para poder emplearlo en las conferencias. En los seminarios, tendía a caer en el francés, en particular cuando estaba cansado. Como explicó a un grupo de discusión en Stanford cuando se vio obligado a regresar a los servicios de un intérprete contratado apresuradamente, el cansancio hacía su inglés tan pobre como el de un niño⁷⁵. Como cualquier usuario de una segunda lengua, se sentía orgulloso de su habilidad para emplear coloquialismos y le gustaba en especial la frase «the Monday-morning quarterback» (el defensa de fútbol americano, el lunes por la mañana), que utilizaba para caracterizar la beneficiosa mirada retrospectiva de la historia.

Cuando estaba en California, conoció a Paul Rabinow y a Hubert L. Dreyfus, ambos de Berkeley y, respectivamente, antropólogo y filósofo de convicción heideggeriana. Rabinow había asistido hacía poco a un seminario de Dreyfus y John Searle y se había opuesto a caracterizar a Foucault como un «estructuralista típico»⁷⁶. Las discusiones posteriores los condujeron al proyecto de escribir un artículo conjunto, que durante el verano de 1979 se convirtió gradualmente en un libro. Ambos autores mantuvieron también con Foucault largas discusiones y se convirtieron en buenos amigos suyos. Su libro constituye una completa investigación sobre la obra de Foucault, aunque resulta a veces muy denso, y pone un énfasis especial en *Les mots et les choses* y *L'archéologie du savoir*—lo cual resulta sorprendente por la fecha de su composición— y en particular en la teoría acerca de los «actos de habla serios» que pretenden encontrar en la última.

A finales de octubre del año siguiente, Foucault regresó a Berkeley para dictar las conferencias Howinson sobre «Verdad y subjetividad»⁷⁷. Se les hizo mucha publicidad y arrastraron un gran público. Foucault se sintió «desconcertado e incómodo por la fanfarria y la notoriedad»⁷⁸, pero,

⁷⁴ «*Omnes et singulatim*: Towards a Criticism of Political Reason», *Politics, Philosophy, Culture*, págs. 57-85. Apareció una versión francesa como «*Omnes et singulatim*: Vers une critique de la raison politique», *Le Débat*, 41, septiembre-noviembre de 1986.

⁷⁵ Grabación de la discusión de Stanford, 11 de octubre de 1979, Bibliothèque du Saulchoir (C9).

⁷⁶ Dreyfus y Rabinow, *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*, pág. vii.

⁷⁷ Las conferencias siguen sin publicarse; se pueden consultar las transcripciones en la Bibliothèque du Saulchoir (C9).

⁷⁸ Keith Gandal y Stephen Kotkin, «Foucault in Berkeley», *History of the Present*, febrero de 1985, pág. 6.

como siempre, disfrutó de California. En noviembre, fue a Nueva York a dictar la conferencia James en el Institute for the Humanities. La conferencia formaba parte de un dueto con el sociólogo y novelista Richard Sennet, ahora amigo íntimo⁷⁹.

Ahora su reputación le daba casi una posición de culto en ciertos sectores y cada vez estaba más próximo a Leo Bersani y John Searle. Pero también tenía sus críticos en Estados Unidos. La *Village Voice* podía hablar con ironía de «su uso ostentoso de detalles históricos gráficos» y el *Time* citaría el desprecio en que le tenía Peter Gay de Yale porque «no hace investigación, sólo se guía por el instinto»⁸⁰. Richard Rorty, por ejemplo, era escéptico acerca de la política de Foucault y despreciaba su «denominado anarquismo» como «un buen tono radical desenfadado», juicio que sugiere poco conocimiento concreto y mucho crédito a las habladurías⁸¹. En su conferencia James de 1981, Jürgen Habermas atacó a Foucault como «joven conservador», basándose en que yuxtaponía de modo maniqueo «la razón instrumental» y principios «sólo accesibles mediante la evocación, tales como el poder»⁸². Aunque el libro no le resultaba antipático de ningún modo, el antropólogo Clifford Geertz del Institute for Advanced Study de Princeton, comenzaba una reseña de *Discipline and Punish* en términos que capturan algunas de las dudas que muchos tenían acerca de la obra de Foucault en conjunto. Foucault se había vuelto, escribió:

una especie de objeto imposible: un historiador no histórico, un científico humanista antihumanístico y un estructuralista contraestructuralista. Si a esto añadimos su prosa tensa, impactante, que utiliza para parecer imperioso y deshacerse de las dudas al mismo tiempo, y un método que apoya vastos resúmenes con detalles excéntricos, el parecido de su obra con un dibujo de Escher —escaleras que suben a plataformas por debajo de ellas, puertas al exterior que te vuelven a conducir adentro— es completo⁸³.

⁷⁹ Michel Foucault y Richard Sennet, «Sexuality and Solitude», *London Review of Books*, 21 de mayo-3 de junio de 1981, págs. 3-7.

⁸⁰ Carlin Romano, «Michel Foucault's New Clothes», *Village Voice*, 29 de abril-5 de mayo de 1981, pág. 1; Otto Friedrich, «France's Philosopher of power», *Time*, 16 de noviembre de 1981, pág. 58.

⁸¹ Richard Rorty, «Foucault and Epistemology», en David Couzens Hoy (ed.), *Foucault: A Critical Reader*, Oxford, Blackwell, 1986, pág. 47.

⁸² Jürgen Habermas, «Modernity versus Post-Modernity», *New German Critique*, 22, invierno de 1981, pág. 13. Véanse también los capítulos 9 y 10 de *Philosophical Discourse of Modernity*, trad. de Frederick G. Lawrence, Cambridge, Polity, 1987. [Trad. esp.: *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1993.]

⁸³ Clifford Geertz, «Stir Crazy», *New York Review of Books*, 26 de enero de 1978, pág. 3.

Foucault, por supuesto, estaba orgulloso de resultar evasivo y sin duda le había divertido ser descrito como un objeto imposible. Otras críticas deben haber sido peor recibidas. En un artículo que sigue levantando polémica, H. C. Erik Midelfort sostenía no sólo que Foucault había exagerado mucho las dimensiones paneuropeas del «gran encierro» de *Histoire de la folie*, sino que el *Narrenschiff* era puramente un fenómeno literario y que no existían pruebas de que tal nave se hubiera deslizado por los canales y ríos del norte de Europa⁸⁴.

La imagen del loco deportado por mar había encontrado cabida para entonces en los libros de texto sobre la historia de la psicología anormal; la autoridad citada para la existencia del Barco de los Locos era Foucault de modo invariable. Dos investigadores estadounidenses, Winifred y Brendan Maher, comenzaron a rastrear las pruebas de su existencia empírica y concluyeron que ésta era sólo alegórica⁸⁵. Entonces escribieron a Foucault, pidiéndole información sobre sus fuentes. El 10 de diciembre de 1980, contestó en una carta que abunda en galicismos:

No me resulta fácil contestar a la pregunta que me formulan, como también es el caso de otras del mismo tipo que se me han dirigido. La documentación que he utilizado para *Histoire de la folie* procede en gran parte de la Biblioteca de Uppsala y es muy difícil encontrar esas referencias en París. Mientras tanto, trataré de recuperar las que mencionan y les enviaré las notas necesarias⁸⁶.

La correspondencia entre los dos críticos de Foucault y los bibliotecarios de Uppsala, mientras tanto, había establecido que las únicas fuentes que pudo haber utilizado eran *Das Narrenschiff* de Brandt y una antología del siglo xvi que reproduce su imaginería. Los autores concluyeron que el barco de los locos no existió y que Foucault había sucumbido a la necesidad «estructuralista» de alinear la conducta social con los «patrones teóricos del simbolismo».

Foucault no respondió a estas críticas. Sin embargo, replicó a los comentarios efectuados por Lawrence Stone en un largo artículo sobre la lo-

⁸⁴ H. C. E. Midelfort, «Madness and Civilization in Early Modern Europe: A Reappraisal of Michel Foucault», en B. C. Malament (ed.), *After the Reformation: Essays in Honor of J. H. Hester*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1980, págs. 247-265. Acerca de comentarios similares sobre la tendencia de Foucault a exagerar el ámbito geográfico del «gran encierro», véase Roy Porter, *Mind-Forg'd Manacks: A History of Madness in England from the Restoration to the Regency*, Londres, Athlone Press, 1987. [Trad. esp.: *Historia social de la locura*, Barcelona Crítica, 1989.]

⁸⁵ Winifred Barbara Maher y Brendan Maher, «The Ship of Fools: *Stultifera Navis* or *Ignis Fatuush*, *American Psychologist*, julio de 1982, págs. 756-761.

⁸⁶ *Ibid.*, pág. 759.

cura, publicado en la *New York Review of Books*. Para Stone, la objeción central de su aproximación a la locura era a «los valores humanitarios y logros de la Ilustración dieciochesca»⁸⁷. Concedía la influencia de su obra, pero ponía serias objeciones a sus hallazgos empíricos: «Foucault [...] nos proporciona una oscura visión de la sociedad moderna que concuerda sólo con algunos hechos históricos. Abstracta y metafórica en cuanto a su expresión, descuidada acerca del detalle histórico del tiempo y lugar o acerca de la documentación rigurosa»⁸⁸. Además, Stone ponía en duda la misma existencia del «gran encierro» y la supuesta emergencia de un «nuevo principio de que la locura es vergonzosa, y de que el mejor tratamiento es el aislamiento forzoso de la sociedad al cuidado de médicos con preparación profesional». Luego utilizaba el más extraordinario de los argumentos: «Lejos de ser aislados, los veintitantos locos maniatados farfullaban y hacían sonar sus cadenas en su sucia jaula de Bedlam, una de las grandes atracciones turísticas de Londres desde comienzos del siglo xvi hasta comienzos del xix»⁸⁹.

En esta ocasión, Foucault, que a menudo declaraba que no le «gustaba participar en polémicas»⁹⁰, contestó a su crítico y le faltó tiempo para explotar la debilidad de sus comentarios sobre Bedlam: «¿Realmente cree que encerrar a la gente y ponerla en exhibición demuestra que no están condenados a la segregación? Sólo dígame si no se sentiría ligeramente aislado, encadenado y aullando en un jardín o retorciéndose tras las rejas, sujeto a las pullas de los mirones boquiabiertos?»⁹¹. La mayor parte del intercambio no se efectuó en este nivel, sino que Foucault identificó y refutó los que describió como «nueve errores fundamentales». Sin embargo, pasó por alto el tema general de su supuesta postura anti-Ilustración y tampoco presentó más argumentos empíricos o fuentes de sus materiales para justificar las declaraciones de *Histoire de la folie*. Su defensa principal fue afirmar que Stone no había leído realmente su libro y probarlo proporcionando referencias detalladas.

Se dejó la última palabra a Stone, que volvió a repetir sus acusaciones originales, a las que ahora añadió la más extravagante de todas. Citaba con obvia aprobación un artículo escrito por un doctor en medicina, publicado en *Hospital Practice*, que sostenía que «la reciente descarga de miles de desvalidos pacientes psiquiátricos en las calles de Nueva York»

⁸⁷ Lawrence Stone, «Madness», *New York Review of Books*, 16 de diciembre de 1982, página 29.

⁸⁸ *Ibid.*, pág. 30.

⁸⁹ *Ibid.*, pág. 28.

⁹⁰ «Polemics, Politics and Problematizations», *The Foucault Reader*, pág. 381.

⁹¹ «An Exchange with Michel Foucault», *New York Review of Books*, 31 de marzo de 1984, pág. 42.

era un «remoto producto de la evaluación negativa efectuada por Foucault del sueño filantrópico de Pinel, emparejado con las afirmaciones de moda del psiquiatra revisionista inglés R. D. Laing acerca de que la esquizofrenia no es una enfermedad». Parecía que Foucault era el precursor de la *bag lady* (señora de las bolsas)⁹². Se sabe que en la Universidad de California le preguntaron por qué había decidido responder a Stone cuando había pasado por alto tantas críticas. Replicó: «Por que era muy fácil»⁹³.

Mientras Foucault estaba en Nueva York, la calma de la ENS se trastornó de forma brutal la mañana del 16 de noviembre de 1980. Pierre Etienne, médico de la escuela, fue despertado por los golpes furiosos que daban en su puerta. Cuando la abrió, se encontró con un Althusser desesperado, que le contó que creía haber matado a su mujer. Una vez en el apartamento de Althusser, Etienne halló a Héléne tendida en la cama. Estaba muerta y su cuerpo ya estaba frío, pero no había signos de lucha. Etienne y las autoridades de la escuela decidieron llevar de inmediato a Althusser a Sainte-Anne, llamaron a una ambulancia y sólo entonces a la policía. La autopsia confirmó que Héléne había sido estrangulada⁹⁴. Los intentos de la policía y de un juez instructor por interrogar a Althusser sólo demostraron que el filósofo no entendía nada de lo que se le decía y se le encomendó al cuidado de sus médico. Finalmente se decidió que padecía locura temporal en el momento del asesinato y no se le llevó a juicio; según la ley de 1838, alguien declarado loco no puede cometer ningún delito o falta leve. La ley también prescribe su reclusión indefinida en una institución psiquiátrica.

El resto de la vida de Althusser transcurrió en Sainte-Anne, que ya conocía bien, y luego en una serie de clínicas privadas (con excursiones ocasionales al mundo exterior), donde trató de volver a escribir. Ya había escrito una biografía fragmentaria en 1976 (*Lesfaits*) y ahora produjo la mucho más larga *L'avenir dure bngtemps* (1985). En su opinión, la última era una «confesión crítica», un equivalente de la memoria escrita por Pierre Rivière⁹⁵. Con un humor desesperado, también se refiere a ella como su

⁹² *Ibid.*, pág. 43, que cita a G. Weissmann, «Foucault and the Bag Lady», *HospitalPractice*, agosto de 1982.

⁹³ Andrew Scull, «Michel Foucault's History of Madness», *Histoty ofthe Human Sciences*, vol. 3, núm. 1, febrero de 1990, pág. 64 n.

⁹⁴ Los relatos iniciales de estos sucesos los proporcionan K. S. Karol, «La tragédie de Louis Althusser», *Le Nouvel Observateur*, 24 de noviembre de 1980, págs. 26 y 27; una traducción resumida apareció como «The Tragedy of the Althussers», *New Left Review*, 124, noviembre-diciembre de 1980, págs. 93-95. El relato definitivo es de Yann Moulier Boutang, *Louis Althusser*. Véase la tremebunda descripción que hace el propio Althusser del asesinato de Héléne en *L'avenir dure longtemps*, págs. 11 y 12.

⁹⁵ *Ibid.*, pág. 24.

«traumabiografía»⁹⁶. Privado de toda existencia legal o civil por la ley de 1838, era, en sus propias palabras, «un desaparecido. Ni vivo ni muerto, ni todavía enterrado, sino *sans oeuvre* —la magnífica palabra que utiliza Foucault para designar la locura—, desaparecido»⁹⁷. Su desaparición duró hasta su segunda muerte, el 22 de octubre de 1990, en una vieja casa del pueblo, dos años después de que quedara libre de la atención psiquiátrica.

Ninguno de los colaboradores próximos a Althusser hicieron comentarios sobre el asesinato en el momento. Derrida, por ejemplo, sólo dijo: «Demasiado fuerte» y se negó a hablar más⁹⁸. Foucault también permaneció en silencio, pero se mantuvo en contacto con su antiguo maestro durante los siguientes diez años y le visitó al menos en tres ocasiones conocidas. Según se fue recobrando Althusser, fue siendo capaz de discutir de los sucesos del día y de los avances del mundo intelectual. El intermediario usual entre ambos fue el padre Stanislas Bretón, católico izquierdista y amigo íntimo de Althusser desde mediados de los años sesenta. Foucault le proporcionó un número de teléfono muy especial donde podía ponerse en contacto con él en cualquier momento. Tanto Althusser como Bretón hablan de un intercambio de opiniones con Foucault. Éste describía su investigación sobre los «valores» del cristianismo y señaló que, mientras que la Iglesia había otorgado un gran valor al amor, siempre había desconfiado de la amistad. En su opinión, existía un vínculo evidente entre la revulsión hacia la amistad y su repulsión ambivalente hacia la homosexualidad o, en otras palabras, su mal reprimida predilección por la homosexualidad. Bretón replicó describiendo su vida. A los quince años, se había hecho novicio y siempre había vivido sin amigos: la amistad conllevaba la amenaza de la unión homosexual y el pecado. Luego el sacerdote tomó prestada una frase de Foucault y dijo: «Ya sabes, el hombre es una invención muy reciente en los monasterios»⁹⁹.

⁹⁶ Boutang, *Louis Althusser*, pág. 59.

⁹⁷ Althusser, *op. cit.*, pág. 19.

⁹⁸ Philippe Boggio, «Trop loüfd», *Le Monde*, 19 de noviembre de 1980, pág. 16.

⁹⁹ Althusser, *op. cit.*, págs. 264-266; cfr. «Entretien avec le Père Stanislas Bretón», en Levy, *Les aventures de la liberté*, págs. 423-425.

La luz grande y persistente de la libertad polaca

Para el júbilo de la multitud apiñada en la plaza de la Bastilla el 10 de mayo de 1981, las enormes pantallas de vídeo anunciaron que Mitterrand había derrotado a Giscard d'Estaing en la elección presidencial. Justo un mes después, el Partido Socialista ganó la mayoría absoluta en la Asamblea Nacional.

Un mes antes de la victoria de Mitterrand, se había clasificado a Foucault como «el tercer intelectual más influyente de Francia» (sólo superado por Lévi-Strauss y Raymond Aron)¹. Sin embargo, no había utilizado esta supuesta influencia para hacer campaña en favor de Mitterrand o ningún otro político. En su opinión, la gente era lo suficientemente mayor para elegir por sí misma a quién votar; el papel mesiánico de los intelectuales que aconsejaban a los otros votar por el político que apoyaban no le cuadraba².

No había sido particularmente optimista acerca de la posibilidad de la victoria socialista y había sostenido en 1980 que las cosas habían cambiado o podían cambiar muy poco: Mitterrand seguía en la misma posición en las encuestas y el PCF seguía obteniendo el 20 por ciento de los votos³. La Unión de la Izquierda no le agradaba demasiado, principalmente debi-

¹ Véase la encuesta publicada en *Lire*, abril de 1981.

² «Entreen: L'intellectuel et les pouvoirs» (entrevista con Christian Panier y Pierre Waté, 14 de mayo de 1981), *La Revue Nouvelle*, vol. 50, núm. 10, octubre de 1984, pág. 338.

³ Véase «Le Nouvel Observateur e l'union della sinistra», *Spirali*, 15 de enero de 1980, páginas 53-55.

do al papel central que le otorgaría al PCF en caso de que se eligiera un gobierno socialista. Estaba equivocado respecto a las tendencias de voto; uno de los rasgos más sorprendentes de la elección de mayo fue la caída del voto comunista. Aunque no había pedido a nadie votar por un partido determinado, le complació la decisión del 10 de mayo; la gente había utilizado su posibilidad de elección de modo muy efectivo. Era optimista acerca del futuro inmediato y la «lógica izquierdista» que había puesto término al periodo de treinta años en el que Francia había sido gobernada por la derecha. En particular, le impresionó la prometedora actitud del gobierno hacia temas tales como la energía nuclear, la inmigración y las prisiones. En un plano más general, había una posibilidad real de establecer una nueva relación entre el gobierno y los *gouvemés*⁴. Cuando le preguntaron si estaba ahora dispuesto a trabajar con el gobierno, Foucault replicó: «Trabajar con un gobierno no implica estar sometido a él ni su total aceptación. Se puede trabajar y ser ingobernable. Incluso pienso que ambas cosas van juntas»⁵. «Trabajar con» era una variante del principio de «trabajar junto a» que había regido su actitud hacia los maoístas una década antes e implicaba el derecho a mantener una actitud crítica.

En muchos sentidos, el optimismo cauteloso de Foucault era justificado. En agosto, se invitó a unos 300.000 inmigrantes ilegales a «regularizar» su situación. El nuevo ministro de Justicia, Robert Badinter, que admiraba mucho *Survei Uer etpunir*, se aplicó de inmediato a abolir la pena de muerte, a cerrar los pabellones de alta seguridad de las cárceles (algo a lo que Foucault había instado en la prensa en julio⁶) y a abolir el tribunal de seguridad del Estado. La *loi anti-casseurs* de 1970, bajo la cual se había encarcelado a muchos gauchistas, fue revocada y se ordenó a la policía que dejara de guardar archivos sobre «homosexuales conocidos». Sin embargo, iba a frustrarse cualquier esperanza de que Foucault pudiera trabajar con el gobierno en algún cargo oficial. Se le ofreció el puesto de «consejero cultural» en Nueva York, pero lo rechazó, dada su edad y su posición en Francia. El único puesto que codiciaba era el de director de la Bibliothèque Nationale, pero fue a parar a uno de los colaboradores íntimos de Mitterrand.

Así que no hubo papel oficial para Foucault, pero continuó con su actividad política. En julio, se inició un congreso internacional sobre el problema de la piratería en las Naciones Unidas, en Ginebra, donde se

⁴ El neologismo es bastante aceptable en francés; es común que un alcalde, por ejemplo, hable de los habitantes de su ciudad como *mes administres*.

⁵ «Est-il donc important de penser?» (entrevista con Didier Eribon), *Liberation*, 3031 de mayo de 1981, pág. 21.

⁶ «Il faut tout repenser: La loi et la prison», *Liberation*, 6 de julio de 1981, pág. 2.

llenaron los corredores con fotografías gigantes de los refugiados del mar desembarcando vacilantes de sus débiles naves en Malasia. Foucault se dirigió a la conferencia sin aviso previo. Redactó su breve intervención en un trozo de papel y la leyó sin revisión o dudas⁷. Hacía hincapié en que él y sus amigos de Médicos del Mundo estaban presentes como individuos privados:

Luego, ¿quién nos ha mandado? Nadie. Y esto es precisamente lo que nos da derecho a hablar. Me parece que debemos tener en mente tres principios [...]:

1. Existe algo semejante a una ciudadanía internacional que tiene sus derechos, que tiene sus deberes y que implica un compromiso de alzarse contra todo abuso de poder, sea quien fuere el autor, sean quienes fueren las víctimas. Después de todo, todos somos gobernados y, mediante ese signo, nuestros destinos están unidos.

2. Porque declaran buscar la felicidad de las sociedades, los gobiernos se arrojan el derecho de extraer cuentas de pérdidas y ganancias de la miseria humana que sus decisiones provocan o que su negligencia causa. Uno de los deberes de la ciudadanía internacional es revelar la miseria humana a los ojos y oídos del gobierno, ya que no es cierto que no sean responsables de ella. La miseria humana nunca debe ser el residuo callado de la política. Tiene el derecho absoluto de alzarse y dirigirse a quienes ejercen el poder.

3. Debemos rechazar la división del trabajo que a menudo se nos ofrece: corresponde a los individuos indignarse y hablar; corresponde a los gobiernos pensar y actuar [...]. Amnistía Internacional, Terre des Hommes y Médicos del Mundo son las iniciativas que ha creado este nuevo derecho: el derecho de los individuos particulares a intervenir de forma efectiva en el orden de la política y las estrategias internacionales. La voluntad de los individuos debe inscribirse en una realidad sobre la que los gobiernos desean tener el monopolio, un monopolio que debemos arrebatarnos de forma gradual, día a día⁸.

Sus palabras iban a tener una vida ulterior. En enero de 1987, Bernard Kouchner y Médicos del Mundo organizaron una conferencia internacional en París bajo los auspicios conjuntos del político polaco Lech Walesa y el clérigo sudafricano Desmond Tutu. La conferencia insistió en el derecho y, por ende, la obligación de interferir en los asuntos de otros países en nombre de los derechos humanos. Las actas publicadas tienen como prólogo las palabras pronunciadas por Foucault en Ginebra, que

⁷ Entrevista con Bernard Kouchner.

⁸ «Face aux gouvernements, les droits de l'homme», *Actes: Les Cahiers d'Action Juridique*, 54, verano de 1986, pág. 22. Este texto no se publicó en vida de Foucault y apareció por primera vez en *Liberation*, 1 de julio de 1984.

con cierta justificación pueden considerarse la base de la noción de Kouchner del «deber de interferir»⁹. Como resultado directo de la conferencia de París, Mitterrand nombró a Kouchner secretario de Estado para la acción humanitaria en 1988.

El resto del verano de 1981 pasó en calma, pero a finales de octubre Foucault participó en una conferencia, en la Universidad de Southern California, con el grandioso título de «Conocimiento, poder, historia, aproximaciones interdisciplinarias a las obras de Michel Foucault»¹⁰. El interés de los medios de comunicación por su presencia fue enorme, y el acontecimiento dio como resultado un artículo en *Time*, que no solía destacarse por su preocupación filosófica¹¹.

La conferencia fue un acto bullicioso. El centro de conferencias de la universidad se abarrotó con profesores y estudiantes, periodistas y un equipo que esperaba hacer un vídeo de las sesiones. De forma inevitable, era un foro para las rivalidades académicas y personales, para demostraciones notables de conocimiento, pero también se convirtió en el de curiosas protestas, como la de una mujer que se refirió al micrófono como «un pene que deforma la voz». Foucault habló el 31 de octubre, el día de la clausura, y dado el tamaño de su audiencia, preparó una charla bastante sencilla, que describía su trayectoria intelectual. Terminó refiriéndose a su trabajo en curso sobre el «poder pastoral»; en otras palabras, el modelo de poder que se originó en la práctica religiosa de cuidar un rebaño y establecer un vínculo entre el creyente individual y Cristo. Por último, preguntó: «¿Qué somos y qué podemos ser? ¿Qué formas de nueva subjetividad podemos crear que no se originen en el sometimiento?»¹².

A los quince días Foucault se vio atrapado por acontecimientos que significaban un «sometimiento» muy real y una negación concreta de los derechos de los gobernados. El 13 de diciembre de 1981, el general Wojciech Jaruzelski, que había sido nombrado primer ministro de Polonia en febrero, declaró el «estado de guerra» e impuso la ley marcial, con lo que acabó de improviso con las esperanzas surgidas por el «agosto polaco» del año anterior¹³. A la mañana siguiente, Pierre Bourdieu telefoneó tempra-

⁹ Mario Bettati y Bernard Kouchner, *Le devoir d'ingérence*, París, Denoël, 1987.

¹⁰ William R. Hackman, «The Foucault Conference», *Telos*, 51, primavera de 1982, páginas 191-196.

¹¹ Friedrich, «France's Philosopher of Power».

¹² Hackman, «The Foucault Conference», pág. 196.

¹³ Para un resumen de los acontecimientos, véase Oliver MacDonald, «The Polish Vortex: Solidarity and Socialism», *New Left Review*, 139, mayo junio de 1983, págs. 5-48. Acerca del periodo anterior, consúltese Neal Ascherson, *The Polish August*, Harmondsworth, Penguin, 1981.

no a Foucault. No eran amigos íntimos, aunque se conocían desde hacía al menos treinta años, y Bourdieu no solía tomar posturas políticas activas. Le parecía que Foucault era la persona indicada para llevar a cabo un intento de protesta contra los acontecimientos de Polonia.

El resultado de la llamada telefónica fue un texto —redactado por ambos en el piso de Foucault— titulado «Les rendez-vous manques», que fue publicado, con alguna ayuda de Didier Eribon, joven periodista que Foucault había conocido a mediados de los setenta, en *Liberation*, el 15 de diciembre y de nuevo el 17 de diciembre; también se publicaron extractos en *Le Monde* el 18 de diciembre. Entre los principales firmantes, además de los autores, se incluían el director de teatro Patrice Chéreau, Costa-Gavras, André Glucksmann, Bernard Kouchner, Claude Mauriac, Yves Montand, Jorge Semprún, Simone Signoret y Pierre Vidal-Naquet. El texto era una airada respuesta al «secuestro del poder» de Jaruzelski y una reacción a las posiciones adoptadas por el gobierno francés. Iba a involucrar a Foucault y a los que con él habían firmado en una agria disputa con los portavoces del gobierno.

Al hablar sobre Europa, el 13 de diciembre, el ministro de Asuntos Exteriores, Claude Cheysson, había expresado su sorpresa por los acontecimientos de Polonia, pero añadió que eran asuntos internos del gobierno polaco; el gobierno francés, «obviamente», no iba a hacer nada. Expresó la esperanza de que los polacos resolvieran la crisis por ellos mismos y añadió que no veía signos de una posible «intervención exterior»¹⁴. Cheysson se iba a arrepentir de su desafortunada elección de palabras, que delataban un serio fracaso para anticiparse a la ola de simpatía espontánea hacia Polonia que pronto iba a verse en Francia. El ministro, al menos, tuvo la virtud de ser consecuente. Cuando *Le Monde* le preguntó durante la campaña electoral si era optimista o pesimista sobre el futuro de Polonia, se negó a responder, diciendo que era un asunto de los polacos. Deseaba buena suerte a Polonia, pero insistió en que no tenía nada que decir sobre sus asuntos internos¹⁵.

La mañana del 15 de diciembre, el texto de «Les rendez-vous manques» era leído por Montand en *Europe 1*; luego fue discutido por Foucault. Inmediatamente después de la emisión, llegó del Eliseo un motorista y se marchó con una cásete que recogía los comentarios efectuados por Montand y Foucault. El texto decía lo siguiente:

El gobierno francés no debe, al igual que Moscú y Washington, permitir que se crea que el establecimiento de una dictadura militar en

¹⁴ *Le Monde*, 15 de diciembre de 1981.

¹⁵ *Les Élections législative de juin 1981*, suplemento de *Le Monde*, junio de 1981, pág. 43.

Polonia es un asunto interno que dejará a los polacos decidir su destino por ellos mismos. Es una afirmación inmoral y mendaz. Polonia se acaba de despertar para hallarse bajo ley marcial, con miles de personas encarceladas, los sindicatos proscritos, tanques en las calles y la promesa de pena de muerte por cualquier desobediencia.

Ésta es sin duda una situación que el pueblo polaco no quiere. Es una mentira describir al ejército polaco y al partido con el que está estrechamente vinculado como instrumentos de la soberanía nacional.

El Partido Comunista Polaco, que controla el ejército, siempre ha sido un instrumento del sometimiento polaco a la Unión Soviética. Después de todo, el ejército chileno es un ejército nacional también.

Al afirmar frente a toda verdad y toda moralidad que la situación en Polonia es un asunto que sólo incumbe a los polacos, ¿no están los dirigentes socialistas franceses dando más importancia a sus alianzas internas que a la ayuda que se debe a toda nación en peligro? ¿Es el buen entendimiento con el Partido Comunista Francés más importante para ellos que el aplastamiento de un movimiento obrero bajo las botas de los militares? En 1936, un gobierno socialista se enfrentó con un levantamiento militar en España; en 1956, un gobierno socialista se enfrentó con la represión en Hungría. En 1981, el gobierno socialista se enfrenta con el golpe de Varsovia. No queremos que su actitud hoy sea la misma que la de sus predecesores. Recordamos al gobierno que prometió que las obligaciones de la moral internacional prevalecerían sobre la *Realpolitik*¹⁶.

La alusión a España también era una referencia a la controvertida política del gobierno de Blum de no intervención en la guerra civil española. Foucault se daba buena cuenta de que Francia no podía intervenir literalmente en los asuntos polacos mandando tropas o tanques, pero estaba convencido de que, por «razones éticas», debía dejar clara su «no aceptación» de lo que estaba pasando. Mientras tanto, los *gouvernés* de Francia «debían demostrar su "no aceptación" de la aparente pasividad del gobierno»¹⁷. En realidad, el gobierno de Mitterrand no fue particularmente pasivo y protestó por el golpe polaco. Francia proporcionó una gran cantidad de ayuda durante el periodo de la ley marcial. Inmediatamente después de los acontecimientos de diciembre, Pierre Mauroy dio mucha importancia a la cancelación de su primera visita oficial al extranjero como primer ministro: un viaje a Varsovia¹⁸. Sin embargo, las palabras de Cheysson habían sembrado las semillas de una polémica que casi destruyó el optimismo que había sentido Foucault en mayo.

¹⁶ Mauriac, *Mauriacetfih*, págs. 351 y 352.

¹⁷ «Politics and Ethics: An Interview», *The Foucault Reader*, pág. 377.

¹⁸ Pierre Mauroy, *Agauche*, París, Marabout, 1986, pág. 245.

La primera respuesta llegó de Lionel Jospin, primer secretario del Partido Socialista, que utilizó *Face au public* de France-Inter como plataforma para denunciar el texto de Foucault-Bourdieu como una «locura intelectual» e, inclinándose por los argumentos *acthominem*, recordar a Montand que él había hecho una gira por la Unión Soviética después de la invasión de Hungría de 1956. Cualquiera que hubiera sido el pasado político de Montand, no había duda de dónde se hallaban sus simpatías del momento: cuando terminó su actuación en el Olympia el 15 de diciembre, se bajó desde las bambalinas una bandera que lucía el logo de Solidaridad. En una áspera réplica a las críticas de Jospin, el cantante señaló que precisamente porque había ido a Moscú en 1956, estaba en posición de denunciar la palabrería de la «contrarrevolución», de «la demanda de ayuda de los partidos fraternales» y de la «no intervención en los asuntos internos»¹⁹.

El texto de Foucault-Bourdieu también fue denunciado por Jack Lang, ministro de Cultura, una semana después. Habló de «payasos», de «deshonestidad», de una «incompetencia típicamente estructuralista» y acusó a Glucksmann, Foucault y Montand de «gritar sin pensar»²⁰. Dejando a un lado los temas políticos inmediatos, los comentarios de Lang tenían un curioso gusto anacrónico; debía ser el único hombre en Francia que creyera en la importancia del «estructuralismo» en el invierno de 1981. El editor de *Le Monde*, Jacques Fauvert, también se unió al coro, afirmando en un artículo de cabecera que «a ciertos *intellectuels de gauche*» les resultaba obviamente difícil aceptar la victoria socialista del 10 de mayo y los criticaba por no mencionar la invasión soviética de Checoslovaquia. En su opinión, este fallo se podía explicar con facilidad: la izquierda no estaba en el poder en 1968²¹. La reacción de Fauvert enfureció a Foucault, que se negó a volver a leer *Le Monde*. A los amigos lo suficientemente descuidados como para preguntarle alguna vez sí había visto tal o cual artículo en ese periódico, los recompensaba con una explosión de ira²².

Aunque *Le Monde* criticó las palabras mal aconsejadas de Cheysson, apoyaba ampliamente la posición del gobierno y se negó a publicar una carta anterior de protesta redactada por Cornelius Castoriadis el 14 de diciembre. Este y quienes le acompañaban con su firma —incluidos Jean-Marie Domenach y Fierre Vidaf-Naquet— declaraban que el establecimiento de una dictadura nazi en la Alemania de preguerra también ha-

Le Monde, 19 de diciembre de 1981.

Le Monde, 21 de diciembre de 1981.

Le Monde, 17 de diciembre de 1981.

Entrevista con Jacques Lebas.

bía sido un «asunto interno alemán», pero no atrajeron los hostiles comentarios dirigidos contra el documento de Foucault-Bourdieu. El texto acabó publicándose en *Liberation* el 21 de diciembre.

Entonces comenzaron a proliferar las peticiones y las cartas abiertas acerca de Polonia. El 23 de diciembre, apareció en *Le Monde* un «Llamamiento a los escritores y científicos de izquierdas». Aunque comenzaba señalando nada menos que: «La libertad de todos está ahora en juego en Polonia», la frase clave decía: «Nos reconocemos en las palabras que declaran una verdad obvia en nuestro nombre: "El pueblo polaco debe encontrar en la posición de Francia una razón adicional para creer en su capacidad de superar los peligros que lo asaltan"». La cita era de Mitterrand y el texto implicaba una especie de reconciliación entre el gobierno y la clase intelectual. Resulta significativo que Foucault no fuera uno de los firmantes de una manifestación publicada como anuncio pagado por el gobierno.

Sin embargo, firmó el llamamiento del sindicato CFDT, que apareció al día siguiente:

Fieles al espíritu de Solídamosc, con el que sindicalistas e intelectuales trabajamos y luchamos para liberarnos del dominio del totalitarismo, [los firmantes] declaramos que no es suficiente denunciar el golpe en Polonia. Sobre todo, debemos de inmediato asociarnos con el combate del pueblo polaco, combinando la crítica intelectual y la lucha social, como ha hecho Solidaridad. No, este hecho no era inevitable. No, no es el menor de los males posibles. No, Solidaridad no ha ido demasiado lejos. No, no se trata de un asunto interno polaco.

Las invocaciones al principio de la no intervención no deben conducir a la no ayuda. Está claro que el golpe se dio como resultado de la presión proveniente de la Unión Soviética.

No renunciaremos a ello. Dejemos de pensar sobre la situación de Polonia sólo en términos de limitaciones geoestratégicas, de las relaciones estado-estado o bloque a bloque, que llevan a considerar los derechos humanos, el derecho de los pueblos, la acción de la opinión pública y la solidaridad internacional valores despreciables. No podemos aceptar una partición definitiva de Europa que niega a Polonia y a otros países bajo el dominio soviético un futuro democrático²³.

De los cincuenta firmantes, muchos eran estrechos colaboradores o amigos de Foucault: Allio, Bourdieu, Chéreau, Dornenach, Ewald, Farge, Finkielkraut, Geismar, Glucksmann, Halbwachs, Jacob, Julliard, Mauriac, Montand, Nora, Semprún, Signoret, Stéphane, Veyne y Vidal-Naquet.

En parte como un intento para conseguir apoyo a la posición gubernamental y para solidificar la frágil alianza gobierno-clase intelectual, se organizó en la Opera una gala en solidaridad con Polonia la tarde del 22 de diciembre. Asistieron once miembros del gobierno, junto con 2.000 invitados, para escuchar a Miguel Ángel Estrella interpretar a Chopin y a los coros de la Opera cantar el «Coro de los Esclavos» de *Nabucco*. También estuvo presente un huésped a quien no se había invitado. La mañana de la gala, Foucault había participado en un mitin de la CFDT sobre Polonia. Por la tarde, se reunió con Mauriac, Signoret, Semprún, Costa-Gavras y otros en un café cercano a la Opera. De los presentes, sólo Foucault no había recibido una invitación oficial para la gala. De hecho, un mensajero había llevado una a la rué de Vaugirard, pero era para Daniel Deferí. «Sarcástico, sardónico y jubiloso»²⁴, Foucault estaba convencido de que se le había pasado por alto deliberadamente, mientras que Mauriac estaba convencido de que el gobierno de Mauroy le hacía responsable de forma personal de la postura crítica que algunos habían adoptado hacia la política francesa sobre Polonia.

Si la omisión del nombre de Foucault de la lista de invitados fue un asunto de política o sólo un descuido, está abierto a debate, pero lo cierto es que no tuvo dificultad en entrar a la Opera. Esto le debió de disgustar, ya que resulta evidente del relato efectuado por Mauriac que esperaba que le negaran la entrada y se regocijaba pensando en el escándalo que estallaría cuando telefonara a *Liberation*. En realidad, no hubo necesidad de hacer la llamada y Foucault se unió al resto de los invitados, pero se marchó a casa antes de que Joan Baez, que no era una de sus artistas favoritas, subiera al escenario²⁵.

Un reportaje de *Le Monde* ilustraba algunos de los problemas que enfrentaba la clase intelectual sobre su participación en las manifestaciones de solidaridad con Polonia. Fauvert ya había sido cáustico acerca del documento Foucault-Bourdieu. Ahora un reportero comentaba de forma sardónica la migración de Coupole y Balzar (*brasseries* de Montparnasse y el Barrio Latino, respectivamente) al «campo de la burguesía amante de la música» para celebrar la primera reunión «después de mayo» de la clase intelectual «por el precio de la libertad de Polonia»²⁶. La solución de Foucault era un compromiso mucho más práctico.

El 15 de diciembre, la CFDT anunció que «numerosos intelectuales» habían contactado con él, ansiosos de establecer en Francia los «vínculos

²⁴ Mauriac, *Mauriac etfik*, pág. 358.

²⁵ *Ibid.*, pág. 360.

²⁶ Frédéric Edelman, «Un hommage des artistes et des intellectuels á l'Opéra de Paris», *Le Monde*, 24 de diciembre de 1981.

trabajadores-intelectuales» que siempre habían sido tan importantes para el crecimiento de Solidaridad. Se organizó una reunión inicial en las oficinas de la CFDT para la tarde siguiente. Entre los intelectuales presentes se incluían Bourdieu, que sostenía la necesidad de un vínculo permanente entre el sindicato y sus simpatizantes del mundo académico, y Foucault, que hizo énfasis en la necesidad de establecer un centro de información si no se quería que Solidaridad fuera silenciado y propuso que se enviara a Polonia un equipo de abogados para complementar el trabajo de Médicos del Mundo, que ahora estaba organizando caravanas de ayuda médica bajo la bandera de la campaña «Varsovivre» (Varsovivir)²⁷. En el curso de esta reunión se lanzó la campaña del distintivo; en pocas horas, muchos parisienses comenzaron a comprar y lucir distintivos blancos con el logo de Solidaridad impreso en rojo.

Foucault lo llevó durante meses. Su solidaridad con Polonia se expresó por su devoción en campañas bastante mundanas, así como mediante sus declaraciones públicas. Se asoció con el Comité Solidarnosc de Francia, establecido por los exiliados, y pasó horas en tareas burocráticas repetitivas. Como miembro del departamento de finanzas de este comité, presentaría informes detallados llenos de estadísticas, para la sorpresa de un miembro veterano, que descubrió que siempre podía contar con Foucault, pero no podía evitar pensar que debía haber tenido cosas más importantes que hacer²⁸.

La decisión de Foucault y Bourdieu de entrar en contacto con la CFDT, los condujo a un mundo sindical del que apenas sabían nada. La decisión de establecer vínculos con este sindicato en particular era significativa. La CFDT tiene su origen en la Confédération Française des Travailleurs Chrétiens, sindicato cristiano fundado en 1919, que durante mucho tiempo terminó sus reuniones con un ritual: «Nuestra Señora del Trabajo, rogad por nosotros». En 1964, rompió sus vínculos confesionales y tomó el nombre de Confédération Française du Travail. Sin embargo, se mantuvieron los contactos con grupos de la izquierda católica, como *Esprit*. A ojos de muchos, la constitución de la CFGT marcó el surgimiento de «una segunda izquierda», socialista pero no comunista y comprometida con una estrategia de autogestión²⁹. La CFGT ya tenía vínculos con Solidaridad: cuando Walesa visitó París en octubre de 1981, mantuvo reuniones con Maire, que declaró: «Los lazos que nos unen van más

²⁷ *Varsovivre* es un juego de palabras entre *Varsovie* (Varsovia) y *vivre* (vivir).

²⁸ Seweryn Blumsztajn, en *Michel Foucault: Une histoire de la venté*, pág. 98. Entrevista con Edmond Maire.

²⁹ Véase Hervé Hamon y Patrick Rotman, *La deuxième gauche: Histoire intellectuelle et politique de la CFDT*, París, Éditions Ramsay, 1982.

allá de la amistad ordinaria, incluso más allá de una similitud de intereses; apuntan a un destino común para todos nosotros»³⁰.

El interés de Foucault por Polonia y Solidaridad era sin duda paralelo a su apoyo a la disidencia soviética. Sus experiencias en Varsovia en 1958 le habían dejado un afecto duradero por la gente del país y un desagrado por sus gobernantes. En 1977, había firmado una petición denunciando el encarcelamiento de miembros del KOR (Comité para la Defensa de los Trabajadores)³¹. En enero de 1980, se asoció de forma pública con la campaña desarrollada desde Oxford «Libertad de Enseñanza en Polonia» y firmó una carta abierta colectiva para la *New York Review of Books*:

Durante muchos años, se ha mantenido la lucha en Polonia para salvaguardar una vida intelectual independiente, libre de censura y restricciones oficiales. Un aspecto extremadamente importante de esta batalla es la «Sociedad de Cursos Académicos» (más conocida por el apodo de «Universidad Volante»). Esta sociedad organiza —en pisos privados— conferencias abiertas, seminarios y discusiones en campos en que la enseñanza académica oficial está inevitablemente distorsionada por toda suerte de supresiones, tabúes y mentiras, en especial en las ciencias sociales y humanas.

«Libertad de Enseñanza en Polonia» se organizó para defender la Universidad Volante y para promocionar los intercambios entre los investigadores de Polonia y otros países. Entre los que firmaron la carta se encontraban Alfred Ayer, Frank Kermode, Gunnar Myrdal, Joan Robinson, Edward Thompson, Jean Starobinski y Jean-Pierre Vernant³².

El golpe polaco proporcionó un punto obvio alrededor del cual podían converger los intereses de la CFDT y los de intelectuales como Foucault. Esta convergencia de intereses no se limitaba al asunto polaco. Como señaló un documento interno del sindicato, cuando Foucault y sus asociados se acercaron a Maire, también estaban tomando una postura crítica hacia el gobierno francés. La CFDT se daba buena cuenta del peligro de ser considerada hostil por un gobierno socialista, pero sostuvo que Foucault y otros expresaban una demanda real. No deseaban ser compañeros de viaje, ni simplemente firmar peticiones. «Deseaban, dentro de los límites de su competencia propia, encontrar formas conjuntas de trabajar para promocionar el pensamiento acerca del periodo que

³⁰ Lech Walesa, *A Path o/Hope: An Autobiography*, Londres, Pan, 1988, pág. 170.

³¹ *Le Monde*, 26-27 de junio de 1977, pág. 4.

³² «The Flying University», *New York Review of Books*, 24 de enero de 1980, pág. 49.

nuestro país venía experimentando desde el 10 de mayo de 1981»". Mientras que parecía imposible para Foucault trabajar con el gobierno, hacerlo con un sindicato independiente podía ser una posibilidad y exploró varios proyectos en conversación con Edmond Maire, pero ninguno llegó a fructificar³⁴.

A plazo más largo, Foucault tomó parte en el debate encabezado por la CFDT sobre el sistema de seguridad social, que dio como resultado la publicación de un volumen de estudios colectivos³⁵. Su interlocutor fue Robert Bruno, quien le llegó a tener un gran respeto:

La suya era la perspectiva del filósofo y *honnête homme* del siglo XVII trasladado al siglo XX. Es decir, un *honnête homme* que toda sociedad ha logrado desde la Ilustración. Hallé en él la misma persistencia y dedicación para entender los acontecimientos de su tiempo y para aprehenderlos no de modo parcial o prejuicioso, sino en su totalidad e interacciones³⁶.

La participación de Foucault con Solidaridad y Polonia tomó una forma concreta en el otoño de 1982, pero, antes de ello, tuvo un breve encuentro con el presidente Mitterrand. En septiembre le invitaron, con un grupo que incluía a Jean Daniel, Pierre Vidal-Naquet, Simone de Beauvoir (tratada con gélida cortesía por Foucault) y Alain Finkielkraut, a un almuerzo formal en el Elíseo. No se recoge de forma oficial lo que se dice en tales ocasiones, pero se sabe que el tema general propuesto para discusión tenía que ver con Israel y Oriente Medio. Cuando la discusión se hizo más general, Mitterrand obsequió a sus huéspedes con una homilía sobre la economía y la política económica. Foucault permaneció en silencio, pero cuando se marchaba con los demás, comenzó a rezongar a Vidal-Naquet acerca de la «obvia» incompetencia económica del presidente de la República³⁷. Fue la única ocasión en la que Foucault conoció a un presidente.

Algunos días después de la reunión del Elíseo, un microbús azul dejaba París, en compañía de un gran camión, para hacer el viaje de 3.000

³³ Marcin Frybes, «Rencontre ou malentendu autour de Solidarnosc?», *CFDT au jour d'hui*, 100, marzo de 1991, pág. 106. Cf. «Intellectuals and Labor Unions, An Interview with Robert Bono, conducted by Paul Rabinow and Keith Gandal», *History of the Present*, primavera de 1986, págs. 3, 9 y 10.

³⁴ Véase «La Pologne, et après? Edmond Maire: Entretien Michel Foucault», *Le Débat*, 25, mayo de 1983, págs. 3-35.

³⁵ «Un Système fini face à une demande infinie», en *Sécurité sociale: Venjeu*, París, Syros, 1983, págs. 39-63.

³⁶ Bono, «Intellectuals and Labor Unions», pág. 3.

³⁷ Entrevistas con Alain Finkielkraut y Pierre Vidal-Naquet.

km hasta Varsovia. Era el último de las dieciséis caravanas organizadas por Médicos del Mundo y Varsoivre con apoyo financiero del gobierno francés y de la Comunidad Europea desde diciembre de 1981. El microbús transportaba cinco pasajeros: Michel Foucault, Simone Signoret, Bernard Kouchner, Jacques Lebas y Jean-Pierre Mubert, los tres últimos en representación de Médicos del Mundo. El camión llevaba alimentos, medicinas y —de modo más o menos clandestino— libros y algún material de imprenta. Los libros de Francia eran particularmente bien recibidos en Varsovia; cuando André Glucksmann llegó en un convoy anterior, a su comité de recepción le entusiasmó poco descubrir que su coche estaba lleno de queso y chocolate, y les decepcionó saber que ni siquiera había llevado ejemplares de sus propias obras³⁸.

Los motivos de Foucault para unirse al convoy eran dobles. Su participación en el comité francés de Solidarnosc le había convencido de la necesidad de un contacto continuado con Varsovia y de hablar con los polacos para poder hablar a los franceses sobre Polonia³⁹. Sin duda, el viaje también brindaba un rompimiento apetecido con el trabajo y con los largos días pasados en la Bibliothéque du Saulchoir, donde estaba haciendo la investigación para los dos siguientes volúmenes de *Histoire de la sexualité*. Para Signoret, que había conocido a Walesa en agosto, era una forma concreta de expresar solidaridad con el pueblo polaco; haber hecho descender una bandera de Solidarnosc de las bambalinas del Olimpia no dejaba de ser un gesto en cierto modo abstracto.

El viaje iba a ser muy animado. Signoret y Foucault, que se adoraban, se convirtieron en personajes de los libros de *Tintín*: ella adoptó el papel de la señora Castafiore y él se convirtió en *le professeur Toumeseul* (el profesor Tornasol en la versión española). Hacían turnos para conducir y pasaban el tiempo bromeando, intercambiando historias de sus vidas y cantando. La hilaridad general, producida en parte por el nerviosismo, acabó alcanzando tal nivel, que Foucault llegó a mojarse realmente. Como no había pensado en llevar una muda de pantalones, su percance hizo que se desviarán a un aeropuerto para devolverle la respetabilidad. El repertorio de canciones incluía las de Piaf y Montand. Para sorpresa de Kouchner y Lebas, Foucault —cuyo gusto musical declarado se dirigía a Boulez y Wagner más que a la tradición de la *chanson* francesa— conocía la letra de todas las canciones de Montand. Su incapacidad de entonar fue una sorpresa menos agradable. La tercera sorpresa fue su revelación

³⁸ Entrevista con Jacques Lebas.

³⁹ Michel Foucault, Simone Signoret y Bernard Kouchner, «En abandonnant les polonais, nous renonçons a une part de nous-mêmes», *Le Nouvd Observateur*, 9 de octubre de 1982, pág. 36.

de que había vivido en Polonia hacía unos veinticinco años. Aunque conocía a Kouchner desde hacía muchos años, nunca le había mencionado este hecho.

El viaje a Varsovia no carecía de tensiones y se esperaba que hubiera grandes retenciones en la frontera de Alemania Oriental. Foucault debía estar acordándose de su desagradable encuentro con los guardas fronterizos de Berlín Oriental en 1978. Signoret, que se había vestido para la ocasión y no parecía una estrella internacional, fue la primera en pasar la aduana. Cuando se quitó las gafas oscuras y presentó su pasaporte, con su nombre real de Kaminker, el guarda fronterizo lo cogió asombrado y dijo: «Usted es Simone Signoret.» De inmediato hizo señas a sus superiores para que la actriz y sus compañeros no fueran retenidos. Trascendió que su posición en Europa Oriental se aproximaba a la leyenda y que todavía se la recordaba por su gira de 1956 con Montand. El convoy alcanzó Varsovia sin más incidentes.

Allí, el grupo se alojó en el Hotel Victoria, un establecimiento frecuentado por «falsas prostitutas y espías reales», situado a corta distancia del Bristol, ahora abandonado y clausurado, donde Foucault había terminado *Histoire de ja folie* a la luz de una vela⁴⁰. Los visitantes mantuvieron una ronda de reuniones con estudiantes, intelectuales y disidentes (incluido un futuro alcalde de Cracovia) y vieron las flores y las cruces de Solidaridad a las puertas de las iglesias. Las colas ante las tiendas eran todavía más largas que las que recordaba Signoret en Francia durante la guerra. Su primera impresión había sido de horror: horror ante el sentimiento paranoico de estar bajo vigilancia constante, horror ante la aparente decadencia moral de las prostitutas omnipresentes y los espías policiales enmascarados como vendedores del mercado negro. A Foucault le impresionó el frágil equilibrio entre la posibilidad de esperanza y el peso de una dictadura omnipresente, un equilibrio conocido como «socialismo». Nunca había visto tal abismo entre el gobierno y la gente de un país⁴¹.

El grupo fue recibido por el ministro de Salud, que les agradeció la ayuda médica que habían llevado, pero sus preguntas acerca de la salud de Lech Walesa se acogieron con un silencio helado. Foucault hizo poco para relajar la situación al negarse a estrechar la mano del ministro. Durante toda la entrevista, el ministro, acompañado por un comisario político, pareció claramente nervioso. Conscientes del peligro de la «recuperación» y de parecer estar prestando apoyo al gobierno de Jaruzelski, el grupo declinó una invitación para una recepción en la que se pensaba entregar una copa a Kouchner en representación de Médicos del Mundo.

⁴⁰ Bernard Kouchner, «Un vrai samouraï», pág. 88.

⁴¹ «En abandonnant les polonais...»

De Varsovia fueron a Cracovia, que también era territorio conocido para Foucault. Mucho más conocido de lo que pensaba. Cuando se enfrentaron a la elección entre un viejo hotel y un anónimo establecimiento moderno, se decidieron por el primero. A la mañana siguiente, Lebas, Mubert y Kouchner encontraron a Foucault y Signoret riéndose. Por coincidencia, le habían dado a Foucault la misma habitación que había ocupado en 1958, donde una inspectora del Ministerio de Educación francés le había encontrado en la cama «con un joven encantador».

El programa también incluía una breve visita a Auschwitz, que no está lejos de Cracovia. Uno tras otro, caminaron por las edificaciones de ladrillo rojo y se detuvieron en silencio —«durante un corto instante tan largo»— ante los hornos crematorios antes de trasladarse a la plaza donde se pasaba lista. Era un bonito día y los pájaros cantaban. La plaza era asombrosamente pequeña, pensó Kouchner; había imaginado que sería lo suficientemente grande como para contener los seis millones de víctimas del genocidio. Foucault nunca habló de esta experiencia⁴².

Foucault pasaba ahora mucho tiempo en el extranjero, en el circuito internacional de conferencias. En mayo de 1962, había dictado una serie de conferencias en la Universidad de Lovaina sobre el tema general «Mal faire, dire vrai» (Haz el mal, di la verdad), que trataban de la «función legal de la confesión». Mientras Foucault estaba en Lovaina, se hizo una cinta de vídeo de su conversación con André Bertin, de la Escuela de Criminología⁴³. En verano, dictó un seminario en la Universidad de Toronto.

Sus conferencias versaron sobre los temas cada vez más conocidos de los tabúes sobre hablar y las obligaciones de hablar, sobre el cultivo o cuidado del yo y sobre el cristiano y las tradiciones filosóficas del ascetismo⁴⁴. La oportunidad de visitar Canadá fue muy bien recibida. A Foucault siempre le había gustado el país, en especial Quebec. Antes de su primera visita en 1971, estaba receloso y esperaba encontrar una sociedad represiva, regida por sacerdotes. Para su sorpresa, halló una sociedad animada y abierta, con una comunidad gay floreciente⁴⁵.

⁴² Kouchner, «Un vrai samouraï», pág. 88. Entrevistas con Bernard Kouchner y Jacques Lebas.

⁴³ En la Bibliothèque du Saulchoir se pueden consultar las transcripciones de las conferencias (D201, pág. 159). La grabación de la discusión con Bertin se emitió en la televisión francesa en 1988; transcrita como «Entretien avec Michel Foucault», *Comités d'éthique a travers le monde: Recherches en cours*, París, Tierce/INSERM, 1989, págs. 228-235.

⁴⁴ Textos mecanografiados de las tres conferencias, University of Toronto, 1982, Bibliothèque du Saulchoir, D243.

⁴⁵ Entrevista con Philippe Meyer.

El viaje en transatlántico también le proporcionó la oportunidad de visitar rápidamente Nueva York, donde, fuera del mundo académico, concedió algunas de sus entrevistas más explícitas sobre la cultura y la sexualidad gay. La presentación de su discurso se combinó, sin duda, con más exploraciones físicas sobre el uso de los placeres. En Toronto, el placer estaba cada vez más sujeto a un nuevo régimen. Numerosos clubes sadomasoquistas y casas de baño habían sido clausurados recientemente por las autoridades locales. A pesar de la tolerancia que proclamaban, las autoridades se sintieron obligadas a apoyar la opinión de la «mayoría» de que «los excesos» en los que estaba cayendo la comunidad gay ya no resultaban aceptables. En una entrevista publicada en *Gai Pied*, Foucault demostraba la intransigencia: no podía haber compromiso entre tolerancia e intolerancia. La intervención de la policía en cualquier aspecto de la práctica sexual era totalmente inaceptable⁴⁶.

Su panegírico sobre los laboratorios experimentales de las casas de baño se hizo en un momento difícil. Ya se hablaba de un misterioso «cáncer gay» y había habido muertes. En conversación con amigos, Foucault, al igual que la mayoría de sus compañeros de experimentos, desechaba esa noción con incredulidad risueña. Pero el miedo se hacía cada vez más presente. «En San Francisco, la epidemia se extendió primero por la escena del cuero. Los gays comenzaron a mirar con sospecha los ionizadores de los bares que ayudaban a eliminar el humo del tabaco. Quizá esos aparatos emitían algo más, algo mortal»⁴⁷.

En septiembre, Foucault había ido a Polonia; en octubre, estuvo en la Universidad de Vermont, donde participó en un seminario de profesorado sobre las «Tecnologías del yo»⁴⁸. Foucault estuvo en el campus durante tres semanas, participando en el seminario y dictando una conferencia abierta. Fue sobre «La tecnología política de los individuos», una versión abreviada de las conferencias Tanner de 1980; el contenido del seminario es muy similar al del tercer volumen de *Histoire de la sexualité*⁹. Al profesorado de Vermont se unieron distinguidos eruditos de otras universidades: Frank Lentricchia, de Duke; Christopher Lasch, de Rochester y Allan Megill, de Iowa. A pesar de la presencia de intelectuales de tanto peso, el seminario se desarrolló en una atmósfera relajada e incluso Foucault sorprendió a sus anfitriones por su inesperada timidez, que hizo que hubiera que presionarlo para que ocupara el estrado para las presentaciones públicas.

«Non aux compromis», *Gai Pied*, 43, octubre de 1982, pág. 9.

And the Band Played On, pág. 149.

«Technologies of the Self: A seminar with Michel Foucault».

Ibid., págs. 16-49; «The Political Technology of Individuals», *ibid.*, págs. 145-162.

Como de costumbre, Foucault rehuyó las «fiestas intelectuales», pero le interesó todo lo demás, desde la «vida nocturna local», hasta las preocupaciones por los niños del profesorado. Según los organizadores, cuando se encontraba más feliz era «en compañía de los estudiantes»⁵⁰. La entrevista concedida al periodista Rux Martin el 25 de octubre revela sin duda a un Foucault muy relajado, que por fin declaraba que había trabajado en las prisiones y los hospitales psiquiátricos franceses, que hablaba de leer por placer «los libros que me producen la mayor emoción: Faulkner, Thomas Mann, *Under the Volcano* de Malcolm Lowry», y que admitía que, si fuera más joven, quizá emigrase a Estados Unidos⁵¹.

Foucault podía estar relajado, pero también podía ser hiriente de modo no intencionado. Jana Sawicki había pasado cuatro años escribiendo una tesis doctoral sobre la crítica de Foucault al humanismo e intentaba «apropiársela» para el feminismo. Al día siguiente de que la hubiera enviado para su examen, tuvo la oportunidad de asistir a parte del seminario de Foucault en Vermont. «Le dijo que acababa de escribir una disertación sobre su crítica del humanismo. Sin que resultara sorprendente, le respondió con cierta turbación y mucha seriedad. Le sugirió que no gastara energía hablando sobre él y, en su lugar, hiciera lo mismo que él, escribir genealogías.» Su resistencia a ser considerado un monumento filosófico resulta bastante comprensible, pero también el disgusto de Sawicki por su aparente desprecio a sus cuatro años de trabajo. Sin embargo, esto no le impidió continuar esbozando lo que denomina «los contornos de un feminismo foucauldiano viable»⁵².

Mientras Foucault estaba en Vermont, estalló en Francia el escándalo Coral. El Coral, situado en las montañas del *département* de Gard, era un *lieu de vie*, un centro «alternativo» para el tratamiento de niños con perturbaciones severas, fuertemente influido por el movimiento antipsiquiátrico y por varias ideologías de «contracultura». En octubre, el director del centro, Claude Sígala, y uno de sus maestros, Jean-Noel Bardy, fueron detenidos y presentados ante un juez instructor. Eran sospechosos de haber mantenido relaciones sexuales con los niños a su cargo y el centro se convirtió en el foco de un importante escándalo de pederastía.

Se presentaron acusaciones contra Sígala y Bardy como resultado de la información que proporcionó Jean-Claude Krief, joven con un historial de problemas psiquiátricos y de quien se sospechaba que era informante de la policía. Krief declaró que Coral era el centro de un extenso

⁵⁰ Introducción, *ibíd.*, pág. 11.

⁵¹ «Truth, Power, Self: An Interview with Michel Foucault», *ibíd.*, págs. 11-13.

⁵² Jana Sawicki, *Disciplining Foucault: Feminism, Power, and the Body*, Londres, Routledge, 1991, pág. 15.

anillo de paidofilia, cuyas actividades incluían la participación en la producción de pornografía infantil en Ámsterdam. También afirmó que mediante el pretexto de llevarle un libro de parte de Sigala, consiguió entrar en casa de Rene Schérer, donde había descubierto pruebas de que éste formaba parte del anillo. Schérer, que había visitado el Coral para discutir algunos asuntos, fue acusado de *excitation des mineurs a la débauche*. El escándalo comenzó a extenderse y alcanzó una clara dimensión política: la lista de los involucrados en el anillo se decía que incluía el nombre de Jack Lang. Esto era serio; aunque la política francesa toleraba una escala de conducta sexual inimaginable en Gran Bretaña, la paidofilia se pasaba de la raya. La lista también incluía el nombre de Michel Foucault.

Las ramificaciones del escándalo Coral nunca se han clarificado por completo. Krief retiró muchas de sus alegaciones (pero después se retrató de su retracción) y su lista se mostró como una invención. Sigue sin saberse si era un mitomaníaco que actuaba por su cuenta o fue utilizado por una u otra facción dentro de la policía. Para los defensores de Coral, parecía autoevidente, como afirmaba una petición al presidente de la República, que Francia estaba siendo testigo de «una campaña de insinuación e intimidación dirigida contra círculos concéntricos: todos los *lieux devie* alternativos, los homosexuales y la izquierda»⁵³. La respuesta oficial del gobierno fue un silencio estudiado y la campaña en defensa fue organizada principalmente por el Comité d'Urgence Anti-Répression Homosexuelle, que convocó reuniones de protesta y manifestaciones, y por Félix Guattari y Schérer, al que finalmente se puso en libertad sin acusaciones. Guy Hocquenhem, mientras tanto, hizo pública la lista de nombres que supuestamente estaban implicados en el caso Coral. Foucault se puso furioso cuando se enteró y su amistad con éste llegó casi a la ruptura.

Algo de su opinión sobre el asunto puede atisbarse por su novela *Les petits garçons*, un relato escasamente novelado del asunto, en el que Foucault aparece de forma fugaz como el «profesor Couffauld, una autoridad en la ciencia histórica y casi un Premio Nobel»⁵⁴. *Les petits gargons* incluye un «intermezzo» titulado «Carta a un amigo» que es un agrio ataque a quienes no habían defendido a «Stratos» (Schérer) porque, sin tener en cuenta sus posiciones previas, de repente se habían percatado de que nunca habían estado contra *toda* la policía, *todo* el sistema legal y *toda* la represión⁵⁵. El destinatario de la carta es un hombre cuya obra denuncia

⁵³ Citado en Christian Colombani, «Les "Lieux de vie" et l'affaire du Coral. 1. Une campagne et une enquête», *Le Monde*, 28 de noviembre de 82, pág. 9.

⁵⁴ Guy Hocquenhem, *Les petits garçons*, París, Albin Michel, 1983, pág. 144.

⁵⁵ *Ibid.*, pág. 168.

«la obsesión de saber característica de confesores, policías, magistrados y psicoanalistas a través de los siglos», pero al que ahora las demandas de la vida pública le dicen «que olvide el número de teléfono de un hombre al que ayer estrechaste contra tu pecho»⁵⁶. Hocquenhem identifica de modo abierto a Stratos con Alfred Dreyfus, víctima del prejuicio y del error de la justicia, y pregunta: «Si Dreyfus volviera, ¿crees que alguien lo reconocería?»⁵⁷. El paralelismo ya había sido trazado por el mismo Schérer en una carta publicada en *Le Monde* el 22 de octubre de 1982: el caso recordaba el asunto Dreyfus, pero desafortunadamente todavía no había surgido un Zola. Hocquenhem daba a entender claramente que Foucault no era Zola.

A su vuelta a Francia, Foucault se ocupó de la defensa de Schérer y de los demás implicados en el asunto Coral y se reconcilió con Hocquenhem. Junto con Châtelet, Deleuze, Derrida, Faye, Guattari, Hocquenhem y Lyotard, firmó una declaración protestando por el modo en que se había tratado todo el asunto en los tribunales y en la prensa, y anunció su intención de sacar un «Libro Blanco» que investigaría el caso de nuevo⁵⁸. Este libro nunca se materializó. Se retiraron las acusaciones y el escándalo fue desapareciendo poco a poco de la opinión pública, turbio y oscuro hasta el final⁵⁹.

La mayoría de las conferencias de 1982 están relacionadas de diversos modos con el proyecto de *Histoire de la sexualité* y las conferencias de 1981-1982 del Collège de France sobre «La hermenéutica del sujeto»⁶⁰. Sin embargo, el año acabó con la conclusión de un antiguo proyecto, mencionado por vez primera en *Histoire de la folie*. En su exposición del «mundo correccional», Foucault se refiere de pasada a la *lettre de cachet* de los siglos XVII y XVIII, y señala: «El libertinaje, la prodigalidad, las relaciones inaceptables y los matrimonios vergonzosos se encuentran entre los motivos más comunes para el encierro.» Añade: «Este poder represivo, que no llega a ser justicia y no es exactamente religión, este poder que se vinculaba directamente a la autoridad real, no representa en realidad la arbitrariedad del despotismo, sino el riguroso carácter que tomaron en-

⁵⁶ *Iba.*, págs. 174, 175.

⁵⁷ *Ibid.*, pág. 176.

⁵⁸ Véase el reportaje de *Le Monde*, 22 de enero de 1983; entrevista con Jean-Pierre Mignon.

⁵⁹ Entrevistas con Rene Schérer, Christian Revon y Laurent Dispot.

⁶⁰ *Resume des cours*, págs. 145-166. Se han publicado extractos de las conferencias dictadas entre enero y marzo de 1982 como «Herméneutique du sujet», *Concordia*, 12, 1988, páginas 44-68. Los extractos se han retraducido de la versión alemana establecida por Helmut Becker y Lothar Wolfstetter y se publicaron por primera vez en *Freiheit und Selbstsorge*, Frankfurt, Materialis Verlag, 1985.

tonces las demandas de la familia. El monarca absoluto puso el encierro a disposición de la familia burguesa»⁶¹.

La *lettre de cachet*, que permitía el encierro indefinido de un individuo por orden del rey o su *lieutenant de police*, se considera a menudo una expresión clásica del absolutismo y era una de las *betes noires* de los *philosophes* de la Ilustración, y la Bastilla ha sido siempre un símbolo de opresión. Sade, por ejemplo, fue encerrado en la Bastilla mediante este sistema. No era un caso habitual que las *lettres de cachet* se utilizaran contra los aristócratas libertinos. A menudo eran obtenidas por familias muy humildes y fueron, como señala Deleuze, «el antecedente de lo que llamamos en psiquiatría "reclusión voluntaria"»⁶². Por la lectura de Foucault, las cartas se convirtieron en documentos sociales y en una ayuda para la construcción de una teoría del poder bastante diferente.

La observación efectuada en *Histoire de la folie* acerca del poder represivo se ilustra con la referencia a *Les lettres de cachet* de Funck-Brentano (1903) y mediante un ejemplo tomado de un manuscrito de la Bibliothèque de l'Arsenal. Los archivos en cuestión son conocidos como los *Archives de la Bastille* y consisten en los informes policiales que se guardaban en la Bastilla, dispersados durante la Revolución y luego vueltos a reunir. El ejemplo proporcionado es el de un tal Noel Robert Huet, cuya conducta licenciosa llevó a sus parientes a pedir su encarcelamiento debido al deshonor que les causaba. Aunque Foucault no se extiende más en el tema, parece ser el primer indicio de la teoría posterior acerca de que el poder no es necesariamente algo impuesto desde la altura por una autoridad soberana, que también puede ser algo que proceda de abajo.

El descubrimiento de los archivos de la Bastilla le sugirió de inmediato el proyecto de un libro y en 1964 firmó un contrato para un volumen sobre *les embastillés*, que debía aparecer en la serie Archives recientemente constituida por Pierre Nora en Julliard⁶³. Los primeros volúmenes de la serie anuncian de próxima aparición el título *Les fous: Michel Foucault raconte, du XVII^e au xij^e siècle, de la Bastille à Sainte-Anne, le voyage au bout de la nuit*. Nunca se escribió.

En 1980, la joven historiadora Arlette Farge recibió un paquete de fotocopias por correo. Para su asombro, el paquete se lo mandaba Foucault y contenía transcripciones de material procedente de los archivos de la Bastilla. Se conocían, pero Farge no formaba parte del estrecho círculo de amigos de Foucault y nunca había asistido a sus conferencias en el Collège de France. Su preparación original era como abogado, pero se ha-

Histoire de la folie, pág. 105.

Deleuze, *Foucault*, pág. 35.

Pierre Nora, «Il avait un besoin formidable d'être aimé».

bía pasado a la historia y había estado presente en la mesa redonda entre Foucault y un grupo de historiadores que se había efectuado en mayo de 1978. También habían coincidido brevemente tras un programa de radio dedicado a *Vivre dans la rue a Paris au XVIII siècle* de Farge, que apareció en la serie Archives en la primavera de 1979 y utiliza material de archivo y la obra de autores como Jean-Sébastien Mercier para proporcionar un relato detallado y vivo de la vida callejera de París en el siglo XVIII. También ambos conocían la obra respectiva. Farge era una admiradora de *Surveiller et punir*, en la que Foucault se refiere dos veces a su obra *Le vol d'aliments a Paris au XVIII siècle*⁶⁴. En el prólogo a *Vivre dans la rue*, Farge señala que los agudos análisis de Foucault sobre los aparatos del poder fueron un estímulo para investigar las fuentes archivísticas desde una nueva perspectiva. Por último, ambos conocían a Philippe Aries, por quien tenían un gran respeto intelectual y un afecto muy real.

La carta que acompañaba el paquete pedía a Farge su opinión y su consejo para publicar el material de archivo, que consistía en peticiones de encierro de varios individuos. Explicaba Foucault que estaba fascinado por la belleza de los textos y se preguntaba si no podrían publicarse sin ningún comentario. Le había impresionado en particular el contraste entre el exordio, escrito habitualmente por un escribano público en un estilo adornado y convencional, y los textos de las cartas en sí, que se expresan por lo general en un francés popular, informal y a veces agramatical.

Farge estaba de acuerdo en cuanto a la belleza de los textos, pero ponía reparos a la sugerencia de que no necesitaran comentarios. Tras mucha vacilación, y con no poca aprensión, escribió a Foucault diciéndole que, en su opinión, los textos ayudarían a restaurar una cierta memoria popular, pero que requerían una introducción y alguna explicación. Todavía recuerda que «tardó mucho» en escribir una carta tan corta, pero que tuvo el efecto deseado. Foucault la llamó por teléfono para decirle que sus argumentos lo habían convencido y para preguntarle si podían trabajar juntos en el proyecto. Casi sin creer lo que oía, Farge aceptó la propuesta tras un momento de vacilación.

Le désordre des famiUes se divide en dos secciones, dedicadas respectivamente a las disputas maritales y a las relaciones entre padres e hijos, que se completan con un ensayo titulado «Quand on s'adresse au roi» (Cuando se escribe al rey). Cada sección está precedida por una introducción; por lo demás, se permite a los textos que hablen por sí mismos. La primera tarea consistió, obviamente, en la selección de material de los documentos reunidos por Foucault durante bastantes años. Debido a la fra-

Surveiller et punir, pág. 79; Arlette Farge, *Le vol d'aliments...*, París, Plon, 1974.

gilidad del material, no había sido posible la fotocopia y las cartas, esas 11 tas en pergamino o en trozos de papel, y no siempre en un buen estado de conservación, habían sido copiadas a mano por Foucault. En la Bibliothèque Nationale leía; en el Arsenal, se había visto envuelto en el «ejercicio trivial y extraño» de copiar, «una ocupación concienzuda y obsesionante»⁶⁵. No siempre era fácil descifrar la escritura del siglo xviii y tanto la ortografía como la puntuación pueden ser caprichosas.

Aunque hubiera sido posible fotocopiar los documentos que deseaba, Foucault probablemente no lo habría hecho. Usó con frecuencia las fotocopadoras de la Bibliothèque Nationale, pero su actitud hacia ellas era ambivalente. Le dijo a Claude Mauriac: «Es tan tentador, tal fácil... Pero destruye la necesidad real de leer... Y, sobre todo, destruye el encanto del texto, que se queda casi sin vida cuando ya no se tiene la página impresa ante los ojos y en las manos»⁶⁶. En el Arsenal no había fotocopias tentadoras y Foucault transcribió el material laboriosamente. Luego estas transcripciones fueron pasadas a máquina por una secretaria que, dado lo ilegible de la letra de Foucault, debe de haber estado bendecida con una extraordinaria paciencia. La secretaria era una madre soltera que no gozaba de buena salud; se le asignó de forma callada un porcentaje de los derechos de autor de Foucault.

Fue un proyecto conjunto, sin una división del trabajo definida, aunque Farge explica que la introducción a la sección sobre las relaciones matrimoniales es trabajo «predominantemente» suyo, mientras que el texto más largo sobre las relaciones entre padres e hijos pertenece «fundamentalmente» a Foucault; le hace mucha gracia ver que sus palabras se le atribuyen a él. Añade que era reacia a participar de modo tan estrecho en una discusión sobre las relaciones entre maridos y mujeres, y le preocupaba la cólera feminista que podía descender sobre ella si se pronunciaba de forma demasiado enfática sobre ese aspecto de la política sexual.

Durante algún tiempo al menos, Farge trabajó mientras estaba de vacaciones en Belle-Ile-en-Mer, la preciosa isla frente a las costas de Bretaña; Foucault prefirió permanecer en París y no podía entender cómo alguien podía trabajar en ese entorno. Estaba convencido de que se habría distraído mirando el mar. La mayor parte de las discusiones entre los colaboradores se desarrollaron en el piso de Foucault. Farge no recuerda ningún desacuerdo importante, pero habla de forma afectuosa de diálogos en los que «la inteligencia del filósofo —móvil, maliciosa y a veces

⁶⁵ Arlette Farge, *Le goût de l'archive*, París, Seuil, pág. 24. Este ensayo breve pero delicioso quizá sea el mejor relato de lo que realmente representa trabajar en los archivos de la Bastilla. [Trad. esp.: *La atracción del archivo*, Valencia, Alfons el Magnanim, 1991.]

⁶⁶ Mauriac, *Et comme l'espérance est violente*, pág. 595.

jocosa— me hacía locuaz»⁶⁷. Tampoco sintió la misoginia de la que se le acusa a veces, hallándolo muy amable e incluso cortés. Era sin duda la democracia del seminario sobre Pierre Rivière a pequeña escala. No todas las discusiones entre los colaboradores se centraron en la obra que tenían entre manos, y a Farge le impresionó en particular la posición adoptada por Foucault tras la victoria socialista de mayo y su negativa a convertirse en un compañero de viaje. También recuerda que, con su conformidad, canceló una aparición programada en el programa de televisión *Apostrophes* para promocionar *Le désordre des familles*; en su lugar, apareció en el programa sobre temas actuales de Christine Ockrent para hablar sobre Polonia. Un atractivo añadido fue que Ockrent —la «reina Christina» de la televisión francesa— era una de sus personalidades favoritas de los medios de comunicación.

Algo del material utilizado antes en «La vie des hommes infames» también aparece en *Le désordre*. No todos los documentos transcritos por Foucault se utilizaron para este volumen y algunos pasaron a formar parte de la colaboración de Farge a la *Histoire de la vie privée*. Le había pedido que trabajara en ese volumen el achacoso Aries, que murió en febrero de 1984. Con el permiso de Foucault, utilizó parte del material que éste había encontrado en el Arsenal. Para Foucault y Farge, era un modo de rendir homenaje a Aries. La posterior muerte de Foucault ese mismo año hizo que el trabajo de Farge también se convirtiera en un tributo hacia él.

Le désordre des familles no tuvo un éxito particular y atrajo poca atención de la crítica⁶⁸. La explicación de Arlette Farge para este fracaso relativo es que el libro contenía «demasiados textos y no suficiente Foucault». Sólo tras la muerte de éste, comenzaron a dirigirse a ella para preguntarle sobre los orígenes del libro⁶⁹.

⁶⁷ Arlette Farge, «Travailler avec Michel Foucault», *Le Débat*, 41, septiembre-noviembre de 1986, pág. 166.

⁶⁸ Véase, sin embargo, Emmanuel Todd, «Ce que révèlent les lettres de cachet», *Le Monde*, 5 de noviembre de 1982; Michal Ignatieff, «At tire Feet of the Father», *Times Literary Supplement*, 22 de abril de 1983.

⁶⁹ Entrevista con Arlette Farge.

Una vida inacabada

Foucault regresó a Berkeley en abril de 1983, contratado como profesor por la universidad. Esta visita fue la ocasión de su auténtica apoteosis estadounidense: una conferencia pública sobre «La cultura del yo» que atrajo un auditorio de más de dos mil personas. Aunque tenía un calendario muy apretado, se puso a disposición de los alumnos para mantener discusiones informales y charlas en diferentes departamentos académicos: habló al departamento de Francés en abril y en el seminario de Rabinow el 26 de abril y el 3 de mayo. Entre otros planes, discutió la posibilidad de regresar en otoño para impartir un curso entero, y también investigó el modo de llegar a un concierto más duradero, como un puesto de profesor visitante permanente, que le permitiría regresar con regularidad¹. Su entusiasmo acerca de trabajar en Estados Unidos se vinculaba, como siempre, a su frustración cada vez mayor con Francia, ahora tan intensa como para empujarlo a hablar de renunciar a su cátedra en el Collège de France².

La conferencia sobre «La cultura del yo» no se publicó, pero, como su título indica, su contenido se aproximaba mucho al de *Le souci de soi*, que se había publicado un año antes. Su vuelta a California le llevó a renovar el contacto con Dreyfus y Rabinow, con quienes entabló una serie de largas conversaciones en inglés que se grabaron, entre el 15 y el 21 de abril de 1983³. Fueron algo divagantes, pero se destilaron en «On the Ge-

¹ Keith Condal y Stephen Kotkin, «Foucault in Berkeley», *History of the Present*, febrero de 1985, pág. 6.

² Entrevista con Paul Yeyne.

³ Las transcripciones de estas discusiones pueden consultarse en la Bibliothèque du Saül-choir, que también guarda las grabaciones.

nealogy of Ethics: An Overview of Work in Progress». Proporcionan una útil prueba documental sobre los progresos de Foucault en la *Histoire de la sexualité*, quien las encontró de ayuda para su «trabajo sobre las reformulaciones teóricas y metodológicas»⁴.

En este punto, los planes para la *Histoire de la sexualité* en curso seguían siendo fluidos, aunque confusos. El primer volumen iba a ser *L'usage des plaisirs*, seguido por *Les aveux de la chair*, que «trata de las tecnologías cristianas del yo». Foucault describía ahora *Le souci de soi* como algo «separado de la serie sobre el sexo». También afirmaba que tenía «más que un borrador de un libro acerca de la ética sexual del siglo xvi, en el que el problema de las técnicas del yo, el autoexamen, la cura de las almas, es muy importante, tanto en la Iglesia protestante como en la católica»⁵.

Lo que surgió de las conversaciones de Berkeley es, a la vez, un proyecto bastante confuso para publicaciones futuras y un proyecto ético más general para una estética del yo. El considerable conocimiento de los clásicos que poseía ahora Foucault no le llevaba a considerar la antigüedad como una edad dorada. No ofrecía una ética alternativa del placer porque estaba ligada a una sociedad viril, «a la asimetría, la exclusión del otro, una obsesión con la penetración y una suerte de amenaza a ser desposeído de su propia energía, y demás. ¡Todo esto es bastante desagradable!»⁶. Sin embargo, había cierto paralelo entre la ética griega y los problemas contemporáneos. Era imposible para los movimientos de liberación modernos elaborar una ética que no «se fundara en el denominado conocimiento científico de lo que es el yo, de lo que es el deseo, de lo que es la conciencia y demás»⁷. La corriente de antiliberación que ya había hallado expresión en *La volante de savoir* también quería decir que Foucault tenía poco tiempo para «el culto californiano del yo», en el que «se supone que uno descubre su verdadero yo, lo separa de lo que pueda oscurecerlo o alienarlo y descifra su verdad de lo que se supone que es capaz de decirle cuál es su verdadero yo»⁸. La teoría sartreana de la autenticidad le parecía un retorno a la idea de un yo verdadero. Impulsado por sus entrevistadores, Foucault aceptó que su propia opinión se hallaba mucho más próxima al punto de vista de Nietzsche de que

Una cosa es necesaria: «dar estilo» al carácter propio, un grande y raro arte. Es practicado por aquellos que examinan todas las fortalezas y de-

⁴ *L'usage des plaisirs*, pág. 14.

⁵ «On the Genealogy of Ethics», *The Foucault Reader*, pág. 342.

⁶ *Ibid.*, pág. 346.

⁷ *Ibid.*, pág. 334.

⁸ *Ibid.*, pág. 362.

bilidades de su naturaleza y luego las acomodan en un plan artístico hasta que cada una de ellas aparece como un arte y razón, y hasta la de bilidad deleita la mirada [...] mediante mucha práctica y una labor diaria⁹.

Es decir, la relación con el yo debe ser de actividad creativa y no diseñada para revelar un «verdadero» yo.

Los encantos casi utópicos —intelectual, climático y erótico— de California contrastaban con la pesadez de París, donde Foucault estaba quedando atrapado en una polémica que no había creado y que no le gustaba. No había sido el único algo reticente ante la victoria socialista de 1981 y se había desarrollando una discusión general acerca del fenómeno apodado «el silencio de los intelectuales». En el verano de 1983, Max Gallo, actuando como portavoz del gobierno, publicó un artículo en *Le Monde* para expresar el miedo de que, en el dominio intelectual y cultural, estuviera dándose un resurgimiento de derechas. Señalaba que, «como grupo emblemático», los intelectuales franceses no habían desempeñado un papel particularmente activo en mayo-junio de 1981: «Conocemos los itinerarios de los veteranos de 1968: desde una vuelta a Dios, al periodismo y a una exitosa inserción en la vida económica; en muchos casos, se nota el rechazo de la política y la negativa a considerar el poder como tema.» Terminaba haciendo un llamamiento para un nuevo debate y por la participación renovada de la clase intelectual: «En un país democrático, ellos [los intelectuales] son el canal mediante el que encuentra expresión una conciencia colectiva. No sería una exageración decir que el éxito de la izquierda, y por encima y más allá de ésta el destino de Francia, dependerá en gran medida de los movimientos de ideas que moverán las mentes libremente»¹⁰.

En pleno verano pasan pocas cosas en Francia y aún menos en las páginas de *Le Monde*, lo que puede explicar por qué la polémica que se siguió arrastró tanta atención. A nadie se le escapaba que, mientras en 1936 los intelectuales se habían puesto del lado del gobierno del Frente Popular, en 1981 habían permanecido bastante indiferentes. La comparación histórica no es absolutamente precisa. Como le faltó tiempo para señalar ajean Daniel, lo que había unido a gobierno e intelectuales en 1936 fue sobre todo la amenaza que se percibía del fascismo¹¹, algo que no pare-

⁹ *Ibid.*, pág. 315; Nietzsche, *The Gay Science*, pág. 232.

¹⁰ Max Gallo, «Les intellectuels, la politique et la modernité», *Le Monde*, 26 de julio de 1983, pág. 7.

¹¹ Jean Daniel, «Le Prince et les scribes», *Le Nouvel Observateur*, 19 de agosto de 1983, págs. 18 y 19.

cía muy real en el verano de 1983. La comparación con 1936 también podía resultar potencialmente molesta para el gobierno, dado el paralelo percibido entre la no intervención de Blum en España y los comentarios de Cheysson sobre Polonia.

Philippe Boggio, de *Le Monde*, emprendió una breve investigación y preguntó a diversas figuras influyentes su opinión acerca del silencio de los intelectuales. Pocos tenían algo interesante que decir y sus respuestas expresaron aburrimiento más que alguna perspectiva brillante. Algunos fueron más provocativos. Lévy, con su talante apocalíptico típico, especuló que toda la historia de una cierta forma de compromiso, que había comenzado con el caso Dreyfus, estaba por fin llegando a su término. Deleuze señaló que la clase intelectual parecía tener miedo sólo de una cosa: el comunismo. Foucault, al igual que Simone de Beauvoir, se negó simplemente a contestar a las preguntas de Boggio¹².

En este debate, a menudo se mencionó el nombre de Foucault. Boggio comentó: «El filósofo permanece indiferente, silencioso acerca de su destino»¹³. En ciertos sentidos, el debate era absurdo. Por su parte, Foucault no había estado callado en 1981; por el contrario, había sido muy explícito en su condena de los ineptos comentarios de Cherysson acerca de Polonia. Como les contó a sus amigos, cuando intentó hablar en diciembre de 1981, le dijeron que permaneciera callado; cuando permaneció en silencio, la gente expresó sorpresa¹⁴. Jean-Claude Milner, uno de los editores junto con Foucault de la colección *Des Travaux*, especuló entonces que, dado que siempre se había mantenido al margen de los debates públicos cuando estaba a punto de publicar un nuevo libro, su silencio quizá indicara que estaba a punto de decir algo¹⁵. Milner estaba, a la vez, en lo cierto y equivocado.

De hecho, Foucault planeaba decir algo. Pensaba producir un libro de entrevistas con Didier Eribon sobre los errores que habían llevado a la ruina a todos los gobiernos izquierdistas de Francia. Declaraba que los socialistas carecían del «arte de gobernar» y, para demostrarlo, había comenzado a estudiar las obras de Léon Blum y la historia del periodo del Frente Popular. Había encontrado un título provisional: *La tete des soáalistes*¹⁶. El libro nunca se escribió, pero parece probable que sus temas hubieran sido similares a los de la alocución al Syndicat de la Magistrature de 1977.

¹² Philippe Boggio, «Le silence des intellectuels de gauche. 1. Victoire á contretemps», *Le Monde*, 27 de julio de 1983, págs. 1 y 10.

¹³ Philippe Boggio, «Le silence des intellectuels de gauche. 2. Les chemins de traverse», *Le Monde*, 28 de julio de 1983, pág. 6.

¹⁴ Eribon, *Mkhel Foucault*, pág. 325.

¹⁵ *im.*

¹⁶ *Ih'd.*, págs. 325 y 326; entrevista con Didier Eribon.

No parece probable que Foucault tuviera ningún consejo positivo que ofrecer al Partido Socialista, pero sus análisis sobre «los partidos y su función» hubiera sido interesante de leer.

Algo del probable contenido del libro que planeaba surge de una de las últimas entrevistas que concedió. Al ser entrevistado por Francois Ewald, sostuvo que toda la polémica sobre «el silencio de los intelectuales» se había fundado en una mentira y se había maquinado para evitar a toda costa cualquier desacuerdo potencial con el PCF. Se les había dicho a los intelectuales que permanecieran callados o al menos se les había dado a entender que el gobierno no escucharía nada de lo que dijeran:

El problema no es, como se ha dicho, que los intelectuales cesaran de ser marxistas en el momento en que los comunistas llegaron al poder; se origina en el hecho de que vuestras preocupaciones por vuestra alianza os impedían dar el debido curso a la labor de pensamiento con los intelectuales que os habrían hecho capaces de gobernar. De gobernar de otro modo y no con los viejos lemas y las técnicas de otros, modernizadas a duras penas¹⁷.

Foucault tenía una pobre opinión de Mitterrand y estaba casi dispuesto a sostener que las palabras del presidente a la Asamblea Nacional acerca de «un modelo cultural nuevo de solidaridad y sacrificio» era el discurso de Pétain en sus últimos días¹⁸. Su misma actitud ante el Partido Socialista era, cuando menos, ambigua. El pensamiento de la «nueva izquierda» de los quince años pasados, que siempre parecía ser «alérgica a cualquier organización de partido, incapaz de encontrar su expresión real en otra cosa que no fueran grupúsculos e individualidades» había sido absorbido en cierto grado por los socialistas y en particular por la tendencia representada por Michel Rocard. Su luz estaba ahora «oculta bajo un celemín» y «los pronunciamientos bastante rígidos de muchos líderes del Partido Socialista en el presente son una traición a las anteriores esperanzas expresadas por gran parte de su pensamiento izquierdista. También traicionan la historia reciente del Partido Socialista y silencian, de un modo bastante autoritario, ciertas corrientes que existen dentro del mismo partido»¹⁹.

El libro con Eribon no fue el único proyecto elaborado en el verano de 1983 que luego se abandonó. Uno segundo fue una discusión con Robert Badinter sobre «la función social del castigo», que se iba a grabar para publicarse en *Le Débat*, por sugerencia de Pierre Nora. Badinter, que ha-

¹⁷ «Le souci de la vérité», *Magazine Littéraire*, 207, mayo de 1984, pág. 23.

¹⁸ «Steucturalism and Post-Structuralism», pág. 208.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 209.

bía sido profesor de derecho y entonces era ministro de Justicia, era uno de los pocos miembros del gobierno por quien Foucault tenía una verdadera admiración; a su vez, Badinter admiraba a Foucault desde hacía mucho tiempo «por la brillantez de sus escritos»²⁰. Los dos hombres se habían conocido en 1977, cuando, junto con el psicoanalista Jean Laplanche, tomaron parte en una discusión sobre la pena de muerte por sugerencia de Jean Daniel²¹. Desde entonces, se habían encontrado de forma ocasional, pero se aproximaron más cuando hicieron ministro a Badinter. Foucault fue a veces invitado a comer en la Chancellerie, pero sólo aceptaba cuando la comida era frugal. Le atraía el decorado y le gustaban las sedas apagadas que colgaban de las paredes. En los encantos algo decadentes de su esplendor republicano, veía «los viejos atractivos festivos y la marca del paso del tiempo»²². Le parecían fascinantes sus discusiones sobre los problemas penales y legales, y poco a poco surgió un nuevo proyecto. Se trataba de un seminario en Hautes Etudes sobre la justicia y el sistema legal; en parte una exploración genealógica de la noción de justicia, en parte un regreso a los temas tratados en *Surveiller et punir*, esta vez en términos más prácticos y menos digresivos. La muerte de Foucault puso término al proyecto en su forma original, pero Badinter dirigió un seminario similar con Michelle Perrot²³.

Otro seminario propuesto que quedó en nada iba a contar con la participación de Jürgen Habermas, que conoció a Foucault en 1983. En marzo, «Foucault sugirió que nos reuniéramos en 1984 con algunos colegas estadounidenses en una conferencia privada, para discutir el ensayo de Kant de hacía doscientos años sobre qué es la Ilustración»²⁴. Los participantes iban a ser Dreyfus, Rabinow, Richard Rorty y Charles Taylor. Rabinow no sabía que Foucault ya había explorado este texto en su conferencia de 1978 a la Société Française de Philosophie y que había vuelto a él en la primera conferencia que dictó en el Collège de France en 1983²⁵.

En el otoño, Foucault estaba de nuevo dando clase en Berkeley, esta vez como profesor visitante de francés y filosofía. Su ausencia de Europa le impidió aceptar una invitación del secretario de la Academy of International Law para expresar «el punto de vista del filósofo» en un congre-

²⁰ Robert Badinter, «Au nom des mots», en *Michel Foucault: Une histoire de la vérité*, página 73.

²¹ «L'angoisse de juger», *Le Nouvel Observateur*, 30 de mayo de 1977, págs. 92-126.

²² «Au nom des mots», pág. 74.

²³ Entrevista con Robert Badinter.

²⁴ Habermas, «Taking Aim at the Heart of the Present», págs. 103 y 104.

²⁵ Extractos publicados como «Un cours inédit», *Magazine Littéraire*, 201, mayo de 1984, págs. 35-39.

so celebrado en La Haya sobre «El futuro del derecho internacional en un mundo multicultural»; fue reemplazado por Francois Ewald²⁶. En Berkeley, Foucault dictó una serie de seis conferencias sobre el tema de *parrhesia* o «decir la verdad» en la Grecia antigua; sobreviven en forma de abultadas notas mecanografiadas tomadas por Joseph Pearson, de la Northwestern University²⁷. Aunque probablemente parecieron muy nuevas a su auditorio estadounidense, estas conferencias sacaban partido a una veta que Foucault había comenzado a excavar a comienzos de los años setenta, y se solapaban con *Le souci de soi* en cierto grado. Exploraba el significado y la evolución del término *parrhesia* con referencia específica a las tragedias de Eurípides, la crisis de las instituciones democráticas y el tema general del «cuidado del yo».

Por invitación de Hans Sluga, decano del departamento de filosofía, Foucault dio una charla a una reunión pequeña e informal. Sluga aceptó no dar publicidad al acto, pero no pudo evitar que los rumores se extendieran por el campus. Cuando Foucault entró en la sala de conferencias, distraído por la conversación que mantenía con Sluga acerca del seminario planeado para el próximo año, se dio cuenta de repente de que no se enfrentaba a una reunión informal de filósofos, sino a un auditorio muy diferente, que alcanzaba las 150 personas. Se puso pálido y susurró que no quería a tanta gente allí, pero al final prosiguió, en francés, con otra conferencia sobre *Was ist Aufklärung?* de Kant²⁸. Se trata en gran medida de una reelaboración sobre las discusiones anteriores acerca del tema, con una ligera nota nueva: la referencia a una de las figuras clave en cualquier discusión sobre la modernidad, *el flâneur* de Baudelaire²⁹. Se puede deducir que Foucault estaba siendo arrastrado hacia el penetrante debate sobre la modernidad, el modernismo y el posmodernismo, término que miraba con cierta sospecha.

También se estaba estableciendo un proyecto de investigación para el futuro. Foucault deseaba ahora trabajar sobre un tema contemporáneo: «Una historia y una crítica política de la política pública presente en las sociedades occidentales [...] las prácticas del gobierno y sus metas». Tras discutir numerosas alternativas, propuso como tema de investigación el periodo de la Primera Guerra Mundial y sus consecuencias porque «fue testigo

²⁶ Francois Ewald, «Droit: systèmes et strategies», *LeDébat*, 41, septiembre-noviembre de 1986, págs. 63-69.

²⁷ «Discourse and Truth: The Problematization of Parrhesia», texto mecanografiado de 121 págs., Bibliothèque du Saulchoir, D213.

²⁸ «What is Enlightenment?», trad. de Catherine Porter, *The Foucault Reader*, págs. 32-50; Hans Sluga, «Foucault á Berkeley: l'auteur et le discours», *Critique*, 471-472, agosto-septiembre de 1986, págs. 840-857.

²⁹ «What is Enlightenment?», págs. 39-42.

del nacimiento y la expansión de prácticas de gobierno y ejercicios de poder que siguen con nosotros»³⁰. Jacques Almira informa de una vuelta similar a lo concreto, si no a lo contemporáneo, ya que Foucault le dijo que estaba planeando leer o releer todo Zola por el valor documental de sus novelas. En el extremo opuesto, Dominique Seglard, que asistía regularmente a sus conferencias, le recuerda diciendo que pretendía explorar el tema de «decir la verdad» en la cultura bizantina, sin desanimarlo la perspectiva de tener que adquirir al menos los rudimentos del griego medieval³¹.

Como era habitual, Foucault disfrutó con el contacto informal de sus alumnos en el campus y fuera de él. Un alumno de licenciatura que escribía en una pequeña revista recoge un asombroso diálogo con Foucault ese otoño. Después de intentar que éste contestara a una pregunta bastante confusa sobre la «identidad del artista», a Philip Horvitz le sorprendió que se le invitara a tomar un café. El contexto era extravagante. Cuando se sentaron en un café esperando a que les atendiesen, comenzó a escucharse por la radio un programa sobre el sexo: «Martha, ¿crees que tu dificultad en llegar al orgasmo es consecuencia de la insensibilidad de Jim?» «No estoy segura, doctor. No le hubiera llamado si conociera la respuesta». Entonces Foucault y Horvitz comenzaron a hablar del SIDA y

a buscar autoridades que dieran lecciones: los médicos, la Iglesia. Es irritante que un grupo (gays) que ha arriesgado tanto busque autoridades reconocidas como guía en un tiempo de crisis. Es absurdo. Increíble. «¿Cómo me puede dar miedo el SIDA cuando puedo morir en un coche? Si el sexo con un chico me produce placer...» Regresa a lo teórico: el mundo, el juego es peligroso. Esto es lo que tienes. No hay elección... Dice «¡Buena suerte y no tengas miedo!» Yo replico: «¡Usted tampoco! ¡No tenga miedo!» Él quita importancia al sentimiento a la francesa. «Oh —se ríe—, no llores por mí si muero.» Y con esto se da la vuelta y desaparece³².

En febrero de 1984, Philippe Aries murió a los sesenta y nueve años. Foucault le rindió homenaje con un texto publicado en *Le Nouvel Observateur* y un diálogo con Arlette Farge publicado en *Le Matin*. En el último, Foucault detalla por primera vez cómo se publicó *Histoire de la folie* veintitrés años antes por el supuesto «mercader de bananas»³³. En el tex-

³⁰ Keith Gandal y Stephen Kotkin, «Governing Work and Social Life in the USA and the USSR», *History of the Present*, febrero de 1985, pág. 4.

³¹ Entrevistas con Jacques Almira y Dominique Seglard.

³² Philip Horvitz, «Don't Cry for Me. Academia», *Jimmy and hucy's Home of K*, 2, agosto de 1984, pág. 80.

³³ Arlette Farge y Michel Foucault, «Le Style de l'histoire», *Le Matin*, 21 de febrero de 1984, pág. 21.

to del *Nouvel Observateur*, describe a Aries como un «hombre a quien hubiera sido difícil no querer», no menos debido a su atrayente hábito de asistir a misa con tapones en los oídos. Aries no era un historiador de las mentalidades, aunque usaba esta expresión. Más bien era un historiador de las prácticas. Aquí, Foucault estaba proyectando sus preocupaciones acerca de la elaboración de una estética de la existencia sobre el hombre del que decía que había escrito una historia, a la vez, de

las prácticas que toman la forma de hábitos insignificantes y tenaces y las que pueden crear un aite suntuoso; y trató de detectar las actitudes, los modos de ser o hacer que pudieran hallarse en las raíces de ambas. Atento tanto al gesto mudo que se perpetúa durante los milenios y a la obra artística individual que duerme en un museo, halló los principios de «una existencia estilística». Me refiero a un estudio de las formas mediante las cuales el hombre se manifiesta, se inventa, se olvida de sí mismo o reniega de sí en su fatalidad como ser viviente y mortal.

Aries había entregado a los historiadores académicos el inesperado regalo de una «nueva mirada», con la «mezcla de generosidad caballerosa, la ironía y el desprendimiento que se podía oír en su risa». Foucault siempre había admirado el modo en que había abordado los problemas que le planteaba su política propia. ¿Cómo podía un monárquico que creía en la continuidad de la nación llegar a un entendimiento con las discontinuidades que marcaban las sensibilidades y actitudes de una sociedad? ¿Cómo se podía otorgar alguna importancia a las estructuras políticas, cuando se considera la historia como el producto de gestos oscuros de grupos mal definidos? Foucault estaba cansado de los antiguos marxistas que habían cambiado ruidosamente sus principios y valores, pero seguían pensando con el mismo descuido de siempre. Tenía mucha más simpatía por alguien que, como Aries, pudo permanecer fiel a sus valores propios, pero seguir repensando sus elecciones personales y tratando de cambiarse debido a su «preocupación por la verdad»³⁴.

Cuando Mauriac le telefoneó el 10 de marzo, Foucault estaba corrigiendo las pruebas de *Le souci de soi*, pero accedió a verlo junto con una delegación que incluía al abad de Broglie, un antiguo conocido de la Goutte d'Or. Un mes antes, se había desalojado a cincuenta y siete personas de una casa de la rué de Polonceau, en la Goutte d'Or, y el edificio estaba ya parcialmente demolido. Se declaró oficialmente que eran ocupantes ilegales; Mauriac y sus amigos estaban convencidos de que eran víctimas de los tristemente famosos *marchés de sommeil*, que alqui-

«Le Souci de la venté», *Le Nouvel Observateur*, 1 de febrero de 1984, págs. 56 y 57.

laban camas a inmigrantes por horas. Los desalojados estaban ahora albergados en la Salle Saint-Bruno y se iba a mandar una carta de protesta al alcalde de París y a otras figuras políticas pidiendo su realojamiento. Foucault redactó el texto por petición de Mauriac, y lo firmaron Foucault, Deleuze, Châtelet y Mauriac. Cualquier respuesta se enviaría a «Michel Foucault, Salle Saint-Bruno».

Inevitablemente, hablar de la Goutte d'Or revivió recuerdos nostálgicos de actividades anteriores en esa zona y surgió una breve discusión sobre la eficacia de las diferentes formas de acción. Mauriac mencionó que una detención con una buena publicidad podría ser efectiva y prosiguió: «Te he visto en chirona y yo mismo he estado también.» Foucault replicó que había sido detenido varias veces, pero, para asombro de Mauriac, no recordaba el incidente en el que ambos fueron detenidos durante la manifestación de Diab en 1972. Mientras Foucault redactaba la carta, Mauriac contemplaba la «inmensa vista y las chimeneas rojas de todo tipo de París, sólo una de ellas humeando». Iba a ser la última visita al piso, pero no su último encuentro con su dueño³⁵, que tendría lugar dos meses después.

El 14 de mayo, Claude Mauriac se encontró con Foucault cuando salía de las instalaciones de Gallimard, en la rue Sébastien Bottin. Foucault estaba sonriente y llevaba los primeros ejemplares de *L'usage des plaisirs*. A pesar de las protestas de Mauriac, insistió en firmar un ejemplar: «Pour Claude Mauriac en signe d'une rencontre et comme témoignage d'amitié. MF» (Para Claude Mauriac, en señal de un reencuentro y como testimonio de amistad; la dedicatoria contiene una alusión al séptimo volumen del diario de Mauriac: *Signes, rencontres et rendez-vous*). Estuvo de acuerdo con Mauriac en que ver un nuevo libro impreso y sostener los primeros ejemplares era un momento maravilloso y una gran dicha, y luego se marchó de prisa. Fue su último encuentro³⁶.

El libro entregado a Mauriac a las puertas de Gallimard contenía una pequeña hoja suelta conocida como *prière d'insérer*. Este fenómeno específico de Francia es una descripción de un libro escrita por su autor en tercera persona. Por su misma naturaleza, tales documentos tienden demasiado a menudo a perderse, pero proporcionan indicios valiosos sobre las intenciones del autor. La hojita decía:

El proyecto inicial de esta serie de estudios, como se expuso en *La volonté de savoir* (1976), no era reconstruir la historia de la conducta y

³⁵ Mauriac, *Mauriac etfik*, págs. 387-391. El texto completo de la carta se reproduce en las págs. 389 y 390.

³⁶ *Ibid.*, pág. 394.

prácticas sexuales, ni analizar las ideas (científicas, religiosas o filosóficas) mediante las cuales se representan esas conductas; era entender cómo, en las sociedades occidentales modernas, se llegó a constituir algo semejante a una «experiencia de la sexualidad», una noción familiar, aunque resulta rara vez perceptible antes de comienzos del siglo.

Hablar de la sexualidad como una experiencia histórica implica entender la genealogía del sujeto deseante y retornar no sólo a los orígenes de la tradición cristiana, sino a la filosofía antigua.

Cuando de la era moderna volvió a la antigüedad anterior al cristianismo, Michel Foucault se encontró con una cuestión que es al mismo tiempo muy simple y muy general: ¿por qué la conducta sexual y las actividades y placeres que derivan de ella son objeto de una preocupación moral? ¿Por qué esta preocupación ética que, dependiendo del momento, parece más o menos importante que la atención moral prestada a otros dominios de la vida individual o colectiva, como la conducta alimentaria o el cumplimiento de los deberes cívicos?

Todo este cuestionamiento de la existencia en la cultura greco-latina parece, a su vez, estar vinculado a una serie de prácticas que podrían denominarse «artes de la existencia» o «técnicas del yo», tan importantes que se les podría dedicar un estudio completo.

Por todo ello, este vasto estudio se centra en la genealogía del hombre de deseo, desde la antigüedad clásica hasta los primeros siglos de la cristiandad.

Lo que se había planeado en su origen como una serie de seis volúmenes ahora constaba de cuatro: *La volonté de savoir*, *L'usage des plaisirs*, *Le souci de soi* y *Les aveux de la chair*, descrito el último como de próxima aparición. Ya estaba en circulación una versión de parte del segundo volumen, al igual que una versión anterior del primer capítulo de *Le souci de soi*³⁷; parece poco probable que el cuarto llegue a publicarse. Un ensayo de 1982, del que luego se dijo que formaba parte del volumen tercero, anticipa la fecha de la reorganización de la serie y forma parte, probablemente, del cuarto volumen sin publicar³⁸. Se trata de una discusión sobre la lucha contra la fornicación y en favor de la castidad, según la describe Casiano (360[?]-c.435). Aun cuando los dos primeros volúmenes estaban a punto de empezar el proceso de producción, Foucault seguía dudando el orden de publicación. Finalmente, rechazando la idea de publicar un único libro de unas 750 páginas, pensó publicar *Les aveux de la chair* antes; era el libro que había comenzado a escribir primero y ya estaba casi

³⁷ «Usages des plaisirs et techniques de soi», *Le Débat*, 27, noviembre de 1983, páginas 46-72; «Rever de ses plaisirs: sur l'onirocritique d'Artémidore», *Recherches sur la philosophie dkhngage*, 3, 1983, págs. 53-78.

³⁸ «Le combat de la chasteté», *Communications*, 35, mayo de 1982, págs. 15-25.

acabado Pero terminó aceptando el consejo de Nora y otros, y se decidió por la publicación simultánea de los dos volúmenes en el orden cronológico de su contenido³⁹.

No sólo había alterado la forma del proyecto. En *La volonté de savoir*, Foucault había hecho una distinción tentativa entre un *ars erótica* y una *scientia sexualis*, *J* se había referido a la existencia de la primera en Grecia y Roma así como en Oriente. Sin embargo, según les comento a Dreyfus y Rabinow en mayo de 1983, después se había percatado de que estaba equivocado: «Los griegos y romanos no tenían un *ars erótica* comparable con el chino (o al menos no era algo demasiado importante en sus culturas) Poseían una *tecne tou bio* [arte de la vida] en el que la economía del placer desempeñaba un papel muy importante»⁴⁰. Así pues, ahora se afirma que el legendario *ars erótica* existió en China pero no llega a explorarse con detalle⁴¹ y funciona como una encarnación de la perenne preocupación de Foucault por los «límites de la razón occidental».

Los volúmenes segundo y tercero de la *Histoire de la sexualité* son con mucho los libros de escritura más sencilla de Foucault. No comienzan con dísticos dramáticos ni tienen ninguna de las florituras estilísticas de las obras anteriores. El uso del material de consulta es también muy diferente. Foucault hace un uso extenso de una amplia gama de literatura secundaria de la cual una sorprendente proporción está en inglés. Ambos libros incluyen biografías, rasgo ausente de su obra desde *Naissance de la clinique*, aunque no son muy exhaustivas. Con frecuencia se le puede criticar por la falta de precisión de sus referencias, pero esto no pasa en estos dos volúmenes. Por el contrario, los libros abundan en citas de los libros consultados en la *Bibliothèque du Saulchoir*. Pero no siempre da la impresión de una erudición consumada, sino más bien de que Foucault sigue explorando el dominio que intenta conocer a fondo. A veces, se tiene la impresión de leer un borrador de trabajo que debería completarse y embellecer su estilo. Resume e interpreta textos, y dedica mucho espacio a la definición de los conceptos que ha dejado al descubierto en su investigación. En *T-usrtoe j'espuisirs*, por ejemplo, se dedican más de dos páginas a exponer y explicar el término *enkrateia*, que designa «la forma de relación con uno mismo» implicada en la ética de los placeres⁴².

³⁹ Nora «Il avait un si formidable besoin d'être aimé».

⁴⁰ «Genealogy of Ethics», págs. 347 y 348.

⁴¹ F. J. J. sobre la conducta erótica para elevar al máximo el placer de la pareja o al menos el placer del hombre. (pág. 159). Se basa en Van Gulick, cuyo estudio sobre China apareció en francés en *La vie sexuelle ilam la Chine anaéine* en 1977.

⁴² *L'usage des plaisirs*, p. 74-76.

Foucault sabía bastante bien que no era un clasicista y su preocupación por definir los términos lo refleja. También dice algo de su público; un clasicista que escribe para sus iguales no lo hace así. Se estaba dirigiendo al público que había logrado en los últimos veinte años, en el que había pocos latinistas o helenistas. También el grado de repetición es mayor que en ningún otro texto e indica, quizá, una ligera duda que se supera con la insistencia. De este modo, se le dice al lector que para los griegos los actos sexuales no eran malos en sí mismos y «no eran en principio objeto de ninguna descalificación» y sólo unas páginas más adelante que «el acto sexual no era considerado por los griegos algo malo; no era objeto de una descalificación ética»⁴³.

Su hipótesis de trabajo era que «existe todo un campo de rica y compleja historicidad en el modo en que se obliga al individuo a reconocerse como un sujeto moral de la conducta sexual»⁴⁴. Su objetivo era considerar cómo esa «sujetivización» fue definida y transformada «desde el pensamiento griego clásico hasta la constitución de la doctrina y la pastoral cristiana de la carne». El volumen segundo de *Histoire de la sexualité*, por lo tanto, no considera la sexualidad en el sentido moderno, sino el campo que corresponde a *ta afrodisia* o *venérea* en latín, y que significa en sentido amplio «cosas» o «placeres» del amor, «relaciones sexuales» o «actos carnales».

Al igual que en *La volonté de savoir*, no se ocupa realmente de las prácticas sexuales como tales, sino más bien de las reflexiones morales sobre *ta afrodisia* que establecieron «el estilo de lo que los griegos llamaron *eresis afrodision*, el "uso de los placeres"». En general, el término hacía referencia a la actividad sexual, pero también abarcaba «el modo en el que un individuo conduce su actividad sexual, el modo como se conduce en este orden de cosas, el régimen que se permite, las condiciones en que efectúa actos sexuales, el papel que les concede en su vida»⁴⁵. Lo que se pone en juego es el conjunto de la tecnología del ser, la relación del individuo con su vida y sus placeres. Foucault investiga el surgimiento de esta tecnología mediante la lectura de una amplia gama de textos clásicos sobre la economía doméstica del hogar (que definía, entre otras cosas, las relaciones sexuales permitidas y las que no lo estaban dentro y fuera del matrimonio), la dietética (esencial para la regulación del cuerpo y de la vida sexual) y la dialéctica de la libertad y el autodomínio, que es tan básico para el pensamiento estoico. Esa dialéctica le lleva a escribir: «La reflexión moral griega sobre la conducta sexual no intenta justificar las pro-

Ibid., págs. 133, 141.

Ibid., pág. 39.

Ibid., pág. 63.

hibiciones, sino estilizar la libertad: la ejercitada [...] por el hombre libre»⁴⁶.

De forma inevitable, la cuestión de la homosexualidad griega se cierra a lo largo de todo el texto. De hecho, Foucault vacilaba acerca de la aplicación de la palabra «homosexualidad» a la Grecia antigua, ya que hace referencia a una experiencia bastante diferente. Las convenciones modernas definen la homosexualidad en términos de la singularidad de un deseo que no se dirige hacia el sexo opuesto; para los griegos, el mismo deseo se dirigía a un objeto deseable —masculino o femenino— pero se esperaba que diera surgimiento a un tipo específico de conducta cuando dos individuos del mismo sexo participaban⁴⁷. No considera Grecia como una especie de edad dorada; para los griegos, la «homosexualidad» era «un tema de ansiedad», lleno de dificultades morales⁴⁸.

El ejemplo clásico era, por supuesto, el amor sentido por un muchacho hacia un hombre mayor que participaba de forma activa en la vida de la *polis*. Aunque se aceptaba como algo normal, tales relaciones conllevaban problemas:

Por un lado, se reconoce que el hombre joven es un objeto de placer, e incluso el único objeto legítimo y honorable entre las parejas masculinas del hombre [...] Pero, por otro, el joven, como su juventud le conduce inexorablemente a convertirse en hombre, no puede aceptar reconocerse como un objeto en esta relación, que siempre se concibe en forma de dominación: no puede ni debe identificarse con ese papel [...]. En resumidas cuentas, experimentar voluptuosidad y ser el sujeto de placer con un joven no era un problema para los griegos; por otra parte, ser el objeto de placer y reconocerse como tal constituía una dificultad mayor para el joven. La relación que debía establecer consigo mismo para convertirse en un hombre libre, en su propio dueño, capaz de dominar a otros, no puede coincidir con una forma de relación en la que es el objeto de placer para otro⁴⁹.

Así pues, el joven debía negociar su rendimiento, negarse a someterse al papel pasivo y establecer condiciones (dinero, mejora social, amistad duradera...). De este modo, el amor sexual se convierte en una forma de transición a algo más: «El amor de los jóvenes sólo puede considerarse honorable desde la perspectiva moral si comprende (gracias a la amabilidad razonable del amante, gracias a la complicidad reservada del ama-

⁴⁶ *Id.*, pág. 111.

⁴⁷ *Ibid.*, págs. 212 y 213.

⁴⁸ *Ibid.*, pág. 207.

⁴⁹ *Ibid.*, pág. 243.

do) elementos que proporcionen los cimientos para la transformación de ese amor en un lazo definitivo y apreciado socialmente, el de *h filia*»⁵⁰.

La importancia otorgada por los griegos al autodominio y el uso moderado, si no ascético, de los placeres, significó que no determinaran la sexualidad tabúes o prohibiciones: «En el pensamiento griego, la conducta sexual constituyó un dominio de la práctica moral en forma de *afrodisia*, de actos de placer derivados de un campo agonístico de fuerzas que eran difíciles de dominar»⁵¹.

Le souci de soi es en parte un relato de pasada sobre la figura del amor homosexual y su reemplazo por el conyugal heterosexual en los dos primeros siglos de nuestra era. Como en el volumen que le acompaña, Foucault rastrea la historia de la sexualidad mediante una amplia variedad de textos, algunos bien conocidos, otros destacables principalmente por su oscuridad, para exponerse de este modo a las críticas de George Steiner: «En este libro [*L'usage des plaisirs*] encontramos un discurso académico, curiosamente antiguo, sobre ciertos textos primordiales o descuidados y motivos de las *verbalizaciones* griegas y latinas de la sexualidad»⁵².

Le souci de soi se inicia, de modo algo inesperado, con un extensa descripción de la *Oneirocritica* de Artemidoro, una de los libros de interpretación de sueños más famosos de la antigüedad. A Foucault no le interesa demasiado la interpretación de los sueños como tal, sino que considera el libro ilustrativo de una «escenografía sexual» centrada en la penetración. Dado que la *Oneirocritica* era una guía para la conducta futura, los sueños sexuales de penetración eran importantes; los sueños de penetración de un hijo, una hija o un esclavo eran signos de alerta hacia una futura conducta que debía evitarse⁵³. La interpretación de los sueños formaba en ese sentido parte de una técnica de existencia.

Los dos siglos tratados en el tercer volumen de *Histoire de la sexualité* consideraban el desarrollo de un interés nuevo por una forma de individualismo y una «cultura del yo» relacionada. Ya existía en Platón una cultura del yo, pero ahora adopta una forma bastante diferente; se convierte en «una actitud, un modo de conducta que caló en los modos de vida; se desarrolló en procedimientos, prácticas y pautas que se reflejaron, se desarrollaron, se perfeccionaron y se enseñaron; de este modo, constituyeron una práctica social que hizo surgir relaciones interindividuales, intercambios y comunicaciones e incluso a veces instituciones»⁵⁴. La cos-

⁵⁰ *Ibid.*, pág. 247.

⁵¹ *Ibid.*, pág. 274.

⁵² George Steiner, «Power Play», *New Yorker*, 17 de marzo de 1986, págs. 108 y 109.

⁵³ *Le souci de soi*, págs. 41, 43.

⁵⁴ *Ibid.*, pág. 59.

tambre de hacer un examen diario de la propia conducta y acciones formaba parte de ella, lo mismo que el arte de la medicina, «una estructura voluntaria y racional de conducta»⁵⁵. Como una práctica que gobernaba la profilaxis y la dieta (la abstinencia de ciertos alimentos), el conocimiento personal de la medicina proporcionaba una «armadura permanente» para la vida cotidiana del individuo que había alcanzado un grado de autodomínio racional⁵⁶.

La sexualidad, o *ta afrodisia*, se gobernaba por las mismas artes o técnicas que el yo; la sexualidad era algo que había que organizar, algo que había que permitirse a su debido tiempo, del modo apropiado y con parejas apropiadas. Era tanto una fuente de placer como una fuente potencial de peligro debido al poder incontrolado de las pasiones y deseos. «Por ello, para un régimen razonable, la tarea es omitir el placer como una meta buscada: abandonarse a la *afrodisia* con independencia de la atracción del placer y como si no existiera.» La austeridad sexual de un régimen semejante proporciona muchos de los temas que después aparecerían en el primer cristianismo: «Un miedo persistente a las desgracias individuales y a las enfermedades colectivas que pueden resultar de una conducta sexual desordenada; la necesidad de un dominio riguroso de los deseos [...] y de la anulación del placer como meta de las relaciones sexuales»⁵⁷.

El 2 de junio de 1984, justo dos semanas después de haber entregado a Mauriac el ejemplar firmado de *L'usage des plaisirs*, Foucault se desplomó en casa y fue hospitalizado en la clínica privada Saint-Michel antes de ser admitido en el Salpêtrière el 9 de junio. El martes 7 de junio, Defert había telefoneado a Mauriac deshecho en lágrimas para decirle que Foucault estaba muy enfermo. Tampoco éste se encontraba muy bien, pero fue al Salpêtrière tres días después. No pudo ver a Foucault, al que se habían llevado a hacer una exploración y sólo le improvisó un mensaje en un libro: «Je vous embrasse, á bientôt» («hasta pronto, un abrazo») ⁵⁸. Aunque se encontraba enfermo, Foucault seguía convencido de que se encontraría fuera del hospital en dos semanas; Defert pensaba que le costaría unos dos meses recuperarse.

Durante las dos semanas siguientes se recuperó hasta cierto grado. Continuaba haciendo planes: unas vacaciones en Andalucía con Defert; un viaje a Elba con Hervé Guibert. Continuaba con los planes de con

Ibid., pág. 122.

Ibid., pág. 123.

Ibid., pág. 164.

Mauriac, *Le Temps accompli*, pág. 22.

prar y restaurar la antigua casa de un sacerdote de Verme, a pocos kilómetros de Vendevre, «no demasiado lejos y tampoco demasiado cerca»⁵⁹. Se quejaba cuando tenía que ir al tratamiento y se le prohibió ver el Open de tenis de París en televisión; había deseado en particular ver el partido de McEnroe contra Lendl⁶⁰. Concedió entrevistas y leyó las primeras reseñas de sus libros. Recibía visitantes y cartas. Una de ellas fue de Deleuze y Foucault estaba encantado de que por fin se hubieran reconciliado⁶¹.

El 24 de junio su condición ya había empeorado y tenía una fiebre muy alta⁶². Al día siguiente todo había terminado: Michel Foucault había muerto. Tenía cincuenta y siete años.

El viernes, 29 de junio, varios cientos de personas se agolparon en las inmediaciones del tanatorio del hospital La Pitié-Salpêtrière. La multitud se calló cuando una voz, quebrada por el pesar, comenzó a leer:

<De qué sirve esforzarse por saber si sólo se asegura la adquisición de conocimientos [*amnaisances*] y no, en cierto sentido y con la mayor extensión posible, la desorientación de aquel que sabe? [...] ¿Qué es hoy la filosofía —es decir, la actividad filosófica— si no el trabajo crítico del pensamiento sobre el pensamiento, sino consiste en un intento de conocer cómo y hasta qué grado es posible pensar de modo diferente, en lugar de legitimizar lo que ya se sabe?

La voz era la de Gilfés Deleuze; el texto, un pasaje de la introducción a *L'usage des plaisirs*⁶³.

Perdida entre la gente, Danièle Rancière, que conocía a Foucault desde hacía unos veinte años, tuvo la impresión de que estaba viendo los estratos tan diferentes que habían conformado una vida complicada y activa. Su impresión no carecía de razón. Se había anunciado que el funeral iba a ser estrictamente privado y la única oportunidad para una despedida pública era el traslado solemne del cuerpo del tanatorio. Sus viejos amigos se mezclaban con camaradas de sus tiempos como militante en la década de los sesenta. La presencia del abad de Broglie era un recordatorio de su apoyo a los inmigrantes de la Goutte d'Or, mientras que Héléne Cixous recordaba tanto una amistad afectuosa, como la violencia que había rodeado al trabajo del GPI y la confusión de los primeros años de la Uni-

⁵⁹ Entrevista con Daniel Defert, Francine Fruchaud y Denys Foucault.

⁶⁰ Bülow, «Contredire est un devoir», pág. 178.

⁶¹ Mauriac, *Les temps aecompli*, pág. 49.

⁶² *Ibid.*, pág. 32.

⁶³ *L'usage des phisirs*, págs. 14 y 15. Por razones sin explicar, *Le Monde* había anunciado el 28 de junio que Deleuze leería la última página de *L'archéohgie tu savoir*.

versidad de Vincennes. Jean-Francois Miquel, el bioquímico que había conocido Foucault en Suecia a mediados de los años cincuenta, observaba tristemente cómo Georges Dumézil intentaba consolar a su hija, ahijada de Foucault. Entre la muchedumbre se encontraban Robert Badinter y representantes de mundos muy diferentes. Yves Montand sostenía a Simone Signoret, que estaba a punto de desfallecer. Del mundo de la filosofía estaban Jacques Derrida y Michel Serres, y del editorial, Pierre Nora, Claude Gallimard y Jérôme Lindon, de Minuit. También se hallaban presentes Paul Veyne, Pierre Boulez, el historiador Jacques Le Goff y Ariane Mnouchkine, junto con André Miquel, director de la Bibliothèque Nationale, donde Foucault había pasado gran parte de su vida laboral. Rodeado por caras desconocidas y perdido «en las sombras blancas de un mundo vaciado de color», Claude Mauriac expresaba su dolor detrás de toda la gente, acompañado por su hija Nathalie, que había comido con Foucault el 30 de mayo y le había impresionado que casi no pudiera respirar y ver sus manos temblar cuando sacó algo del horno⁶⁴. Jean Daniel y Serge Livrozet estuvieron al lado de Bernard-Henri Lévy, Bernard Kouchner y Alain Jaubert. En el ataúd se colocaron rosas rojas⁶⁵. Entre los numerosos tributos florales, se encontraba una corona con el logo de Solidaridad, enviada por un grupo de exiliados polacos. También hubo una ausencia significativa: se había hecho saber a Jack Lang, ministro de Cultura de Mitterrand que, dados sus enfrentamientos demasiado públicos con Foucault sobre el tema de Polonia en 1982, su presencia no sería bien recibida⁶⁶.

Los dolientes desfilaron ante el ataúd abierto, que luego se selló y se puso en el coche fúnebre para emprender el viaje de 300 kilómetros hasta Vendreuvre-du-Poitou, donde fue enterrado Foucault en un cementerio que se ve desde Le Piroir. La ceremonia fue una especie de compromiso. La madre de Foucault, que sobreviviría a su hijo mayor dos años, hubiera querido unos servicios religiosos completos, pero Daniel Defert había puesto reparos. La familia ya se había dirigido a un sacerdote conocido, pero no estaba disponible, y Defert sugirió a Michel Albaric, de la Bibliothèque du Saulchoir. Albaric, que se había convertido en íntimo de Foucault, aceptó enterrar a su amigo, pero se daba buena cuenta de que una ceremonia religiosa podía parecer una «recuperación» de Foucault, a quien consideraba agnóstico más que ateo. Por ello, propuso una ceremonia de absolución en lugar de una misa de réquiem, y orquestó una combinación de plegarias, silencio y meditación. Por último, echó rosas en la tumba abierta, con las palabras: «Que Dios te guarde, Michel». La senci-

⁶⁴ Mauriac, *Les temps accompli*, págs. 21 y 39.

⁶⁵ Eribon, *Michel Foucault*, pág. 354.

⁶⁶ Mauriac, *Les temps accompli*, pág. 41.

Ha ceremonia fue emotiva y breve, e incluyó la lectura de un fragmento de un poema escrito por Rene Char:

*Un coupk de renards bouleversait la neige,
Piétinant Forée du terrier nuptial;
Au soir le dur amour revele a kurs parages
la soifcuisante en miettes de sang.*

Los versos («Una pareja de zorros agitan la nieve/ hollando las orillas de su madriguera nupcial/ Por la tarde, el duro amor revela en sus parajes/ la sed abrasadora en pizcas de sangre») pertenecen a «Demi-jour en Creuse», dedicado a Foucault cuatro días antes de su muerte, pero que realmente no se escribió para él. Char había entregado el manuscrito a Paul Veine, que vive cerca de él en el sur de Francia. Éste todavía conserva una copia de los versos prendidos en la pared de su oficina⁶⁷. Char no sabía que, en la ENS, Foucault había sido *Le Fuchs*. Se cita al poeta en los primeros escritos de Foucault y la parte posterior de la cubierta de los dos volúmenes finales de *Histoire de la sexualité* llevan la siguiente inscripción: «"L'histoire des hommes est la longue succession des synonymes d'un même vocable. Et contredire est un devoir." Rene Char.» («La historia de los hombres es la larga sucesión de sinónimos de un mismo vocablo. Y contradecir es un deber».)

Foucault murió la tarde del 25 de junio. El comunicado de prensa emitido por el profesor Paul Castaigne, jefe de neurología de Salpêtrière, y por el doctor Bruno Sauron decía lo siguiente:

El señor Michel Foucault ingresó en el pabellón de enfermedades del sistema nervioso del Hospital Salpêtrière de París el 9 de junio de 1984, para someterse a otros exámenes necesarios por sus síntomas neurológicos que agravaban una septicemia. Las exploraciones revelaron la existencia de varios centros de supuración en el cerebro. El tratamiento antibiótico tuvo inicialmente una respuesta favorable; la última semana, la remisión permitió que el señor Michel Foucault leyera las primeras reacciones a la publicación de sus últimos libros. Un deterioro repentino de su condición hizo desaparecer toda esperanza en un tratamiento efectivo y la muerte sobrevino el 25 de junio a la una y cuarto de la tarde.

La muerte de Foucault fue un choque para muchos y atrajo gran atención de los medios de comunicación. También contó con el homenaje oficial de Alain Savary, ministro de Educación:

Entrevistas con Michel Albaric y Paul Veyne.

La muerte de Michel Foucault nos ha robado al mayor filósofo de su generación. Fue uno de los creadores del movimiento estructuralista, que renovó por completo todas las ciencias humanas. No obstante, su importancia en la vida intelectual de nuestro país quizá se deba sobre todo a la originalidad de su práctica filosófica y al modo en que abrió nuevos campos al conocimiento y a la reflexión histórica: la locura, el régimen penal, la medicina y, más recientemente, la sexualidad. El filósofo también fue un defensor incansable de la libertad, que demostró públicamente en numerosas ocasiones su rechazo a las limitaciones y la represión. Seguirá siendo una de las referencias básicas para todos los que deseen entender la modernidad de finales del siglo xx⁶⁸.

Sólo la cobertura de la prensa indica el respeto y afecto que se le tenía. El 27 de junio, *Le Monde* anunciaba la muerte en primera plana y dedicaba tres páginas a los homenajes de amigos y colegas como Pierre Bourdieu y de los colaboradores regulares Roger-Pol Droit y Bernard Poirrot-Delpech. El día anterior, en primera plana de *Liberation* había aparecido la maravillosa fotografía tomada por Michéle Bancilhon de Foucault hablando en el Collège de France. Iluminado desde abajo y con una frasca de agua a su lado, el Foucault que recuerda a Mauriac y Wiaz a un alquimista está dictando una conferencia, con la mano derecha levantada y los dedos ligeramente extendidos en un gesto característico⁶⁹. La cabecera, en blanco sobre negro, dice sólo: «Michel Foucault ha muerto». Se dedicaban seis páginas a su vida y a su obra. El número de fin de semana, del 30 de junio-1 de julio y descrito algo torpemente como «Especial Foucault», le dedicaba otras diez páginas. El 26 de junio, *Le Matin de Paris* también ocupaba su primera página con la muerte de Foucault y tres páginas interiores con homenajes y remembranzas.

En medio de toda esta cobertura de los medios de comunicación, circulaban los rumores. Muchos periódicos (*L'Humanité*, *Le Point*, *Figaro Magazine*, *Les Nouvelles*, *Le Figaro*) informaban de su fallecimiento sin especificar la causa de su muerte, mientras que otros, como *La Croix*, hablaban de un tumor cerebral. En Inglaterra, *The Times* simplemente dijo que Foucault murió de forma repentina y el *Guardian* habló de una «rara infección cerebral». *The New York Times* mencionó «un desorden neurológico» pero declaró que la «causa de su muerte no se había descubierto». Un texto sin firma aparecido en *Liberation*, sin duda bien intencionado pero desafortunado, añadió a la confusión:

⁶⁸ *Le Monde*, 28 de junio de 1984.

⁶⁹ Reproducida como portada para James Bernauer y David Rasmussen (eds.), *The Final Foucault*, Cambridge, Massachusetts, MIT Press, 1988.

Tan pronto como murió, comenzaron a circular los rumores. Se dice que Foucault murió de SIDA. Como si un excepcional intelectual pareciera, porque también era homosexual —si bien es cierto que muy discreto—, una diana ideal para la enfermedad de moda. Aparte del hecho de que ni los archivos médicos ni su transferencia al pabellón neurológico de los profesores Castaigne y Sauron proporcionan una base para decir que Michel Foucault sufría un tipo de cáncer que representa escasamente el dos por ciento de los pacientes con esta enfermedad «moderna», uno se admira de la virulencia del rumor. Como si Foucault hubiera de morir de forma vergonzosa⁷⁰.

Resulta bastante alarmante leer tales comentarios en *Liberation*, en cuyas columnas personales siempre aparecían anuncios de corazones solitarios que hacían parecer sin sentido cualquier noción de vergüenza o discreción, y que Foucault describía como «un escenario erótico en el que cualquiera podía inscribirse y divagar, incluso si no se buscaba nada, incluso si no se esperaba nada»⁷¹. Podría haber añadido que, en particular en los últimos años, Foucault no había sido muy discreto acerca de su sexualidad. Sin embargo, el desconcierto de *Liberation* es un índice de la dificultad de hablar abiertamente sobre el SIDA —expresión entonces rara en la prensa— en el verano de 1984.

En Estados Unidos, la prensa gay se mostró cautelosa acerca de la causa de su muerte. En una nota a pie de página a una entrevista de 1982 publicada poco después de su muerte, el *Advocate* señala que «Foucault padecía una enfermedad del sistema nervioso»⁷², mientras que el *New York Native* criticaba al *New York Times* por no mencionar el SIDA como causa de su muerte... y luego informaba que había muerto por «una infección que atacó su sistema nervioso central»⁷³. Otros necrologistas fueron menos mesurados o se mostraron realmente desaprobatorios. Criticando la aparente falta de compromiso político de Foucault durante los últimos años, Edward Said señalaba: «Resultaba evidente que estaba más comprometido con explorar, si no mimar, su apetito de viajar, de diferentes clases de placer (simbolizado por sus frecuentes estancias en California), de cada vez menos frecuentes posiciones políticas»⁷⁴. Se pasa por alto que los viajes a California tenían para muchos gays europeos la misma importancia política que las visitas a Israel para los judíos europeos y estadounidenses.

⁷⁰ «Hier á 13 heures...», *Liberation*, 26 de junio de 1984, pág. 2.

⁷¹ Samuelson, *Il était unefois «Liberation»*, pág. 19.

⁷² «Michel Foucault, an Interview: Sex, Power and the Politics of Identity», pág. 28.

⁷³ Shilts, *And the Band Played on*, pág. 472.

⁷⁴ Edward Said, «Michel Foucault», *Raritan*, vol. 4, núm. 2, 1984, pág. 9. Véase Ed Cohn, «Foucauldian necrologies; "gay", "politics?", politically gay?», *Textual Practice*, vol. 2, núm. 1, primavera de 1988.

ses⁷⁵. Tampoco se tienen en cuenta las charlas que al parecer dio en las casas de baño de San Francisco a finales de los años setenta⁷⁶.

Los rumores alimentan rumores y el autor de un relato por lo demás conmovedor sobre la epidemia de SIDA puede escribir que Foucault «ocultó» el diagnóstico de SIDA «de todo el mundo, incluido su devoto amante»⁷⁷. Sin duda, Foucault sospechó que podía haber contraído el SIDA, probablemente en California en 1982, pero nunca le hicieron ningún diagnóstico positivo. Días después de su muerte, sus médicos todavía decían: «Si es SIDA...»⁷⁸. Parece haber existido una resistencia general por parte de los médicos parisienses de llegar a un acuerdo en el diagnóstico y de comunicárselo a sus pacientes; no resulta desconocido para los gays enterarse de sus diagnósticos robando las anotaciones médicas que un doctor no dispuesto a hablar abiertamente o incapaz de hacerlo preparaba al efecto. Según su amigo y traductor Alan Sheridan, Foucault le dijo: «Los médicos [...] no saben qué me pasa. Entre otras posibilidades, hablaron del SIDA, pero después lo desearon»⁷⁹. Paul Veyne estaba convencido de que Foucault sabía lo que le pasaba y Pierre Nora insiste en que se lo había dicho a los que le rodeaban⁸⁰.

Considerado desde nuestra perspectiva actual, sólo podemos admirarnos de los rumores, ahora que, en las necrologías, las referencias a «rara infección cerebral» y «desarreglos neurológicos» son unas metáforas tan transparentes para las condiciones relacionadas con el SIDA, como «una larga enfermedad soportada con valor» es para el cáncer. Los síntomas que mostró Foucault durante unos ocho meses antes de su muerte parecen ahora muy claros: síntomas semejantes a la gripe, dolores de cabeza, pérdida severa de peso, brotes recurrentes de fiebre y una tos seca persistente. Cuando le vio en febrero de 1984, a Alan Sheridan le impresionó su aspecto: «Bien parecía diez años mayor de lo que era.» Cari Gardner, entonces investigador para el canal cuatro de televisión británica, tuvo la misma reacción. Lo había conocido en el verano de 1983, cuando intentó sin éxito convencerlo para aparecer en *Voices*, programa de discusión emitido a últimas horas de la noche. Foucault se resistió a tomar parte en él porque estaba a punto de irse a California. La primavera siguiente, Gardner, que ahora iba a empezar a hacer una serie de películas sobre la

⁷⁵ Sobre San Francisco como Israel para los gays, véase Larry Kramer, *Reports from the Holocaust. The Making of an AIDS Activist*, Harmondsworth, Penguin, 1990, pág. 254.

⁷⁶ Cohén, «Foucauldian necrologies», pág. 91.

⁷⁷ Shilts, *An the Batid Played On*, pág. 472.

⁷⁸ Entrevista con Daniel Defert.

⁷⁹ Sheridan, «Diary».

⁸⁰ Paul Veyne, «Le dernier Foucault et sa morale», *Critique*, 471-472, agosto-septiembre de 1986, pág. 940; Pierre Nora, «Il avait un besoin formidable d'être aimé».

sexualidad, las prisiones y la medicina con comentarios de Foucault, encontró a un hombre sensiblemente mayor y más cansado, que le dijo que no pensaba que volvería a California de nuevo⁸¹. Ahora, las palabras poseen una terrible ironía, al igual que los comentarios que hizo una y otra vez a Paul Rabinow y Herbert Dreyfus en Berkeley la primavera de 1983. Cuando le preguntaron qué planeaba hacer después, replicó: «Voy a ocuparme de mí mismo»⁸². Por supuesto, se estaba refiriendo al título del tercer volumen de *Histoire de la sexualité*, pero las palabras han adquirido ahora un peso trágico.

Su enfermedad no detuvo su trabajo. Hasta que fue hospitalizado, siguió trabajando en la Saulchoir todos los días, sentado en su lugar habitual al lado de la ventana, en la mesa frente a la entrada. Claude Mauriac recoge una conversación con Daniel Defert a comienzos de julio en la que éste le dijo que Foucault «lo había sabido» desde diciembre, cuando tuvo un «serio aviso». Entonces ignoraba si le quedaban quince días o seis meses de vida, pero sabía que se estaba muriendo. Convencido de que no habría ningún tratamiento efectivo, decidió no consultar al médico y seguir trabajando⁸³. Sólo unas semanas antes de su muerte parecía tener buena salud y aumentaba el peso de forma regular⁸⁴. La enfermedad final fue misericordiosamente breve.

Durante su vida, a veces se le criticó por no ser un gay más a las claras y, de hecho, alguna vez evitó el tema en los debates públicos. Cuando en marzo de 1975 fue extensamente entrevistado por Jacques Chacel en *Radioscopie*, le preguntó si tenía hijos. La pregunta iba con segundas, pero Foucault la evitó con cierta torpeza, diciendo: «No, no estoy casado»⁸⁵. Una vez muerto, se le iba a criticar por no haber «hecho pública» su enfermedad.

El primer intelectual francés en hacer público que padecía SIDA fue Jean-Paul Aron. Conocía a Foucault desde 1950 y publicó el relato de su propia enfermedad en 1987. El artículo es valiente y conmovedor, pero contiene algunos comentarios de mal gusto. Al referirse a su obra *Les Modernes*, que critica mucho los supuestos privilegios que otorgaba Foucault al discurso sobre la experiencia, Aron comenta: «Era [...] homosexual. Se avergonzaba de ello, pero vivió como tal, a veces de un modo demencial. Su silencio frente a su enfermedad me molestó porque era un silencio vergonzoso, no el silencio de un intelectual. Iba contra casi todo lo que

¹ Entrevista con Cari Gardner.

² «On trie Genealogy of Ethics», *The Foucault Reader*, pág. 342.

³ Mauriac, *Le temps accompli*, págs. 32 y 33.

⁴ Mauriac, *L'oncle Marcel*, pág. 449.

¹⁵ Radioscopie de Michel Foucault.

había defendido siempre. Me pareció ridículo.» Aron tiene la gentileza de admitir que el motivo real de sus críticas a Foucault en *Les Modernes* era la envidia pura y simple, pero no parece arrepentirse de sus otros comentarios⁸⁶. Como señaló un activista acerca de los comentarios aparecidos en el *New York Native*, «eran indefendibles desde el punto de vista moral»⁸⁷. Puesto que no existían redes de apoyo que permitieran a los individuos afectados por el SIDA hablar nada más que como víctimas, también resultan anacrónicos.

Los comentarios de Aron provocaron la cólera de Deféri. Tras la muerte de su pareja, fundó AIDES (una importante organización, ahora de ámbito nacional, de ayuda y consejo para la gente que padece SIDA), después de ponerse al habla con organizaciones establecidas en Londres, como el Tenence Higgins Trust. Refiriéndose a las palabras de Aron, dijo: «Compartí la vida de Foucault y sus elecciones morales durante más de veintitrés años. Si hubiéramos estado avergonzados de ser homosexuales, nunca habría creado AIDES»⁸⁸.

El número de *Le Monde* que informaba de la muerte de Foucault también presentaba el último breve texto que escribió. Era un llamamiento para la liberación de dos jóvenes franceses que habían sido encarcelados en Polonia y se publicó en nombre del Bureau d'Information et de Liaison pour la Pologne. El texto había sido redactado por Foucault con su rapidez y fluidez habituales, pero su letra era ahora temblorosa y se vio obligado a completarlo a máquina⁸⁹.

Quizá dudara en ver California de nuevo, pero durante sus últimas semanas debatía la idea de dejar París una vez más. El viaje planeado le habría llevado al Mar de China en una embarcación fletada por Médicos del Mundo para intentar rescatar a los emigrados del mar vietnamitas. Mientras yacía en su lecho de muerte, Bernard Kouchner le aseguró que él dirigiría *Jean Charcot* y que cuando se encontraran a los primeros refugiados, los saludarían en nombre de Michel Foucault⁹⁰.

Seis años después de su muerte, Foucault se encontró en medio de un escándalo ocasionado por la publicación de la novela de Hervé Guibert, *A l'amî qui ne m'apas sauvéla vie*. Guibert había formado parte del círcu-

⁸⁶ Jean-Paul Aron, «Mon SIDA», *Le Nouvel Observateur*, 30 de octubre -5 de noviembre de 1987, pág. 43. Acerca de sus anteriores críticas a Foucault, véase *Les modernes*.

⁸⁷ Simón Watney, *Policing Desire. Pornography, AIDS and the Media*, Londres, Comedia, 1987, pág. 123.

⁸⁸ «Daniel Defert: "Plus on est honteux, plus on avoue, propos recueillis par Gilès Pail», *Liberation*, 31 de octubre-1 de noviembre de 1978, pág. 2.

⁸⁹ Entrevista con Claude Mauriac.

⁹⁰ Bernard Kouchner, «Un vrai samouraï», pág. 89; entrevista con Bernard Kouchner.

lo de Foucault en 1977, cuando publicó *La mort propagande*, una primera pieza erótica. Era un fotógrafo de talento, escribía sobre fotografía para *Le Monde* y poseía una apariencia angelical que engañaba. Junto con Mathieu Lindon, periodista e hijo del editor Jérôme Lindon, se convirtió pronto en uno de los íntimos de Foucault. Reviviendo un hábito de su amistad con Barthes, comía con los dos jóvenes tres veces a la semana. Algunos consideran que Guibert fue el último amor de Foucault, otros, que era objeto de un intenso afecto platónico.

En 1988, Guibert había publicado una historia corta titulada «Les secrets d'un homme», en la que un cirujano practica una trepanación a un filósofo. En la superficie del cerebro halla «discursos sin enmascarar»; a un nivel más profundo, «túneles llenos de reservas, almacenamientos, secretos, secretos de infancia y teorías sin publicar». Luego viene el gran descubrimiento: «Los recuerdos de infancia se habían enterrado aparte, lo más profundo de todo, de modo que no surgiera contra la imbecilidad de las interpretaciones el tejido umbroso de un velo falsamente transparente que podía cubrir su trabajo». Entre ellos, había «tres terribles dioramas». En el primero, un cirujano llevaba a un niño pequeño a un pabellón de un hospital de Poitiers para que viera a un hombre con una pierna amputada, «para que se hiciera un hombre»; en el segundo, un niño pequeño temblaba con un miedo delicioso cuando pasaba el patio donde la *séquestrée de Poitiers* había languidecido en cautividad. El tercero mostraba el comienzo de una historia. Un *lycéen* que siempre había estado entre los mejores de su clase perdía su preeminencia cuando Poitiers era invadido por los niños de un liceo de París. Los maldecía y los niños judíos que habían huido de París desaparecían en los campos de la muerte.

El filósofo sin nombre luchaba por completar un libro y, a pesar de los tres abscesos de su cerebro, iba a la biblioteca todos los días para comprobar sus notas. Sin embargo, le tentaba la idea de destruir toda su obra y ordenó a un amigo quemar todos sus manuscritos. Cuando murió, sólo se hallaron dos manuscritos en su escritorio. El ataúd que dejó París para dirigirse a provincias estaba cubierto con una pirámide de rosas y una tarjeta firmada con tres nombres. Durante todo el largo camino, no se mo-

• 91
vivo .

En 1990, Guibert explicó los orígenes de esta breve historia. Mientras Foucault se estaba muriendo, él había llevado un diario y había anotado las conversaciones con su amigo. Cuando murió, Guibert no dijo nada y se negó en varias ocasiones a hablar de su amistad. Luego escribió «Les secrets d'un homme». *A l'ami qui ne m'apas sauvé la vie* se deriva de las

⁹¹ Hervé Guibert, «Les secrets d'un homme», *Mauve le Vierge*, París, Gallimard, 1988, págs. 103-111.

mismas notas del diario, pero lo escribió porque se dio cuenta de repente de que «al relatar su agonía y su muerte, estaba en el proceso de relatar mi propio destino por adelantado. Como si ya supiera, de forma inconsciente, que tenía SIDA». Añadió: «Mi mejor amigo, que está enfermo, como yo, dice: "Eres especialista en perfidias". Ve todo lo que he escrito a través de ese prisma. Puede que la perfidia sea el motivo principal de todo lo que he hecho...»⁹². Hervé Guibert murió el 27 de diciembre de 1991 a los treinta y seis años. Se suicidó ingiriendo una sobredosis de drogas contra el SIDA.

A l'ami qui ne m'apas sauvéla vie es en parte una novela autobiográfica, en parte una *román a clef*. Es fácil reconocer al filósofo «Muzil» como Foucault, a su amigo «Stéphane» como Daniel Defert y a «Marina» como la actriz Isabelle Adjani; su nombre de ficción se deriva del título de una canción que grabó con Serge Gainsbourg. Los retratos son crueles y sin duda revelan el talento de Guibert para la perfidia. Así, Stéphane confiesa al narrador Hervé que se siente culpable de que la muerte de Muzil le haya dado acceso a «una casa tan bonita, llena de muchachos hermosos» —la casa en cuestión es la villa de Elba que Foucault había planeado visitar con Guibert. La solución para su culpabilidad es ir a Londres a hablar con las organizaciones de ayuda contra el SIDA y establecer algo similar en Francia⁹³.

Tras la muerte de Muzil, Stéphane encuentra en un armario una bolsa llena de látigos, esposas, capuchas de cuero y otros instrumentos sadoomasoquistas: «Muzil adoraba las orgías violentas en las saunas.» Hervé le había visto en ocasiones salir de su piso, vestido de cuero negro, adornado con cadenas y aros de metal en las hombreras, para buscar víctimas en un bar del *arrondissement* doce. El temor a ser reconocido le mantenía alejado de las saunas de París, pero cuando iba a California a dictar su seminario anual, se aprovechaba bien de las casas de baños y de las habitaciones traseras. En 1983, Muzil regresó con una tos seca, pero seguía hablando de los placeres de las casas de baños de San Francisco:

Ese día le dije: «No debe de quedar un alma en esos lugares a causa del SIDA.» «Eso es lo que tú piensas. Por el contrario, nunca ha habido más gente en las casas de baños y se está convirtiendo en algo extraordinario. La amenaza que se cieme ha creado nuevas complicidades, una nueva ternura, nueva solidaridad. Antes nadie intercambiaba

⁹² «La vie SIDA. Le nouveau román de Hervé Guibert» (entrevista con Antoine de Gaude mar), *Liberation*, 1 de marzo de 1990, pág. 20.

⁹³ Hervé Guibert, *A l'ami qui ne m'apas sauvé la vie*, París, Gallimard, 1990, págs. 117 y 118.

una palabra; ahora la gente se habla. Todos saben exactamente por qué están allí»⁹⁴.

La veracidad del retrato de Foucault-Muzil no puede probarse ni refutarse. Sin duda está coloreado por las propias fantasías del autor y no pretende ser documental. En general, es un retrato preciso y muchos detalles pueden confirmarse por otras fuentes. Muzil, como Foucault, vio el Open de París en el hospital. Estaba preparando un libro sobre «los socialistas y la cultura». De muy pequeño, había deseado ser una carpa, aunque detestaba el agua fría. Otros detalles de la novela y de la breve historia anterior no pueden confirmarse: la amputación de la pierna; las dificultades de Stéphanie y la familia de Foucault por la ausencia de un testamento adecuado; el descubrimiento de Stéphanie en el apartamento de cheques sin cobrar por valor de millones de francos; la declaración de que al filósofo «se le robó su muerte» mediante la falsificación de un certificado de defunción por insistencia de su hermana.

A Foucault le gustaba decir que todas sus obras eran «ficciones», lo que no significa necesariamente que no fueran verdaderas. Por ejemplo, cuando Claude Mauriac le preguntó si alguna vez había pensado en escribir una obra de ficción, replicó: «No, nunca. Ni siquiera he pensado en una novela. Por otro lado, me gusta hacer en mis libros un uso novelesco de los materiales que reúno y, de forma deliberada, hago construcciones ficticias con elementos auténticos»⁹⁵. En 1967, también le dijo a Raymond Bellour que *Les mots et les choses* era una «"ficción" pura y simple; es una novela, pero no la he inventado...»⁹⁶. Esta noción acerca de la ficción se deriva de un pasaje de *Aurora*: «¡Facta! Sí, ¡factaficta! Un historiador tiene que ver, no con lo que pasa en realidad, sino sólo con los hechos que se supone que han ocurrido... Todos los historiadores hablan de cosas que sólo han existido en la imaginación»⁹⁷. *A l'amiquine m'apas sauvé la vie* pertenece a ese género nietzscheano y hubiera apelado a la «preocupación de Foucault por la verdad». Sin duda, hubiera preferido la novela a una biografía.

Ibid., pág. 30.

Mauriac, *Mauriac etfik*, pág. 244.

«Deuxième efitretien avec Michel Foucault», pág. 49.

Nietzsche, *Daybreak*, pág. 307.

Bibliografía

OBRAS DE MICHEL FOUCAULT

El lugar de publicación es París, si no se señala otro. Todo lo que aparece como no publicado se guarda en la Bibliothèque du Saulchoir de París. Hasta donde ha sido posible, la enumeración sigue el orden de composición y no el de publicación.

1. *Maladie mentale et personnalité*, Presses Universitaires de France, 1954.
2. Introducción a Ludwig Binswanger, *Le rêve et l'existence*, trad. de Jacqueline Verdeaux, Desclée de Brouwer, 1954, págs. 9-128.
Trad. por Forest Williams, «Dram, Imagination and Existence», *Review of Existential Psychiatry*, vol. XIX, núm. 1, 1984-1985, págs. 29-78.
3. «La recherche scientifique et la psychologie», en Jean-Edouard Morère, (ed.), *Des chercheurs français s'interrogent*, PUF, 1975, págs. 171-201.
4. «La Psychologie de 1850 á 1950», en A. Weber y D. Huisman (eds.), *Histoire de la philosophie européenne. Tome 2. Tabkau de la phibsophie contemporaine*, Fischbacher, 1957, págs. 591-606.
Reeditado en *Revue Internationale de Phibsophie*, vol. 44, núm. 173, 2/1990, págs. 159-176.
5. Traducción, con Daniel Rocher, de *Le Cycle de la structure (Der Gestaltkreis)*, Desclée de Brower, 1958.
6. *Thèse complémentaire* para el *Doctorat es ktres*, 1961: introducción y traducción, Immanuel Kant, *Anthropobgie in pragmatischer Hinsicht*, 2 vols.
7. *Folie et déraison. Histoire de la folie a l'âge classique*, Plon, 1961.
Versión reducida publicada como *Histoire de la folie*, 10/18, Union Générale de l'Édition, 1964. Reimpresión en versión íntegra como *Histoire de la folie a l'dge classique*, Gallimard, 1972 con un nuevo prólogo y dos apéndices: «La folie, l'absence d'oeuvre» (*La Table Ronde*, mayo de 1964) y «Mon corps, ce papier, ce feu» (*Paideia*, septiembre de 1971). Reimpresión en la colección Tel de Gallimard, 1978, sin los apéndices.
8. «La folie n'existe que dans une société» (entrevista con Jean-Paul Weber), *Le Monde*, 22 de julio de 1961, pág. 9.

9. Reseña a Alexandre Koyré, *La Révolution astronomique: Copernic, Kepkr, Borelli*, *La Nouvelle Revue Française*, 108, diciembre de 1961, págs. 1.123 y 1.124.
10. *Maladie mentôle et psychologie*, Presses Universitaires de France, 1962, 1966. Versión muy revisada de *Maladie mentak etpersonnalité*.
11. Introducción a Jean-Jacques Rousseau, *Rousseaujuge de Jean-Jacques: Dialogues*, Armand Colin, 1962, págs. vii-xxiv.
12. «Le "Non" du père», *Critique*, 178, marzo de 1962, págs. 195-209. Reseña a Jean Laplanche, *Holderlin et la question du père*.
13. «Les déviations religieuses et le savoir médical», en Jacques Le Goff, ed., *Hérésies et sociétés dans l'Europe occidentale, 11-18 siècles*, Mouton, 1968, páginas 19-29.
14. «Le Cycle des grenouilles», *La Nouvelle Revue Française*, 114, junio de 1962, págs. 1.159 y 1.160. Introducción a los textos de Jean-Pierre Brisset.
15. «Un si cruel savoir», *Critique*, 182, julio de 1982, págs. 597-611. Sobre *Les égarements du coeur et de Vesprit* de Claude Crébillon y *Pauliska ou la pewsersité moderne* de J. A. Reveroni de Saint-Cyr.
16. «Diré et voir chez Raymond Roussel», *Lettre ouverte* 4, verano de 1962, páginas 38-51. Reimpreso en versión modificada como primer capítulo de *Raymond Roussel*.
17. Traducción al francés de Leo Spitzer, «Linguistics and Literary History» como «Art du langage et linguistique», en Spitzer, *Eludes de style*, Gallimard, 1962, págs. 45-78.
18. *Naissance de la clinique: Une archéologie du regard médical*, PUF, 1963. Edición revisada publicada con el mismo título, 1972.
19. *Raymond Roussel*, Gallimard, 1963. Trad. de Charles Rúaas, *Death and the Labyrinth: The World of Raymond Roussel*, con una introducción de John Ashbery, Nueva York, Doubleday, 1986; Londres, Athlone Press, 1987.
20. «Wachter über die Nacht der Menschen», en Hans Ludwig Spegg (ed.), *Unterwegs mit Rolfaltiaander: Bcgegnungen, Betrachtungern, Bibliographie*, Hamburgo, Freie Akademie der Kunst, 1963, págs. 751-739. Trad. «A Preface to Transgresión», en *Language, Counter-Memory, Practice*, págs. 29-52.
21. «Débat sur le román», *TelQuel*, 17, primavera de 1964, págs. 15-24 (transcripción de una discusión sostenida en Cérisy La Salle en septiembre de 1963).
22. «Débat sur la poésie», *TelQuel*, 17, primavera de 1964, págs. 69-82 (transcripción de una discusión en la que participó Foucault, Cérisy La Salle, septiembre de 1963).
23. «Le langage á l'infini», *TelQuel*, 15, otoño de 1963, págs. 931-945.
24. «L'eau et la folie», *Médecine et hygiène*, 613, octubre de 1963, págs. 901-906.
25. Posfacio a la traducción de Annaliese Botond de Gustave Flaubert, *Die Versuchung des Heiligen Antonius*, Francfort, Insel, 1964, págs. 217-261. Versión francesa, «Un "fantastique" de bibliothèque», *Cahiers Renaud-Barrault* 59, marzo de 1967, págs. 7-30. Reimpreso con el título «La bibliothèque fantastique» como prólogo a *La tentation de Saint Antoine* de Flaubert, Livre de poche, 1971, págs. 7-33; reimpreso en Tzvetan Todorov *et al*, *Travailde Flaubert*, Seuil, 1983, págs. 103-122.
26. «Guetter le jour qui vient», *La Nouvelle Revue Française*, 130, octubre de 1963, págs. 709-716. Sobre *La Veilk* de Roger Laporte.

27. «Drstance, origine, aspect», *Critique*, 198, noviembre de 1963, págs. 931-945. Sobre *L'intermédiaire* de Philippe Sollers, *Paysages en ieux* de M. Pleyne, *Les images* de J. L. Baudry y *TelQuel* núms. 1-14.
28. «Un grand román de la terreup», *France-Observateur*, 12 de diciembre de 1963, pág. 14. Reimpreso en Jean-Edern Hallier, *Chaque matin qui se leve est une lecon de courage*, Éditions Libres, 78, págs. 40-42. Sobre *Aventures d'unejeunefiie* de Edem.
29. «Langage et littérature», texto mecanografiado de la conferencia, Saint-Louis, Bélgica, 1964.
30. «La prose d'Actéon», *La Nouvelle Revue Francaise*, 135, marzo de 1964, páginas 444-459. Sobre Pierre Klossowski.
31. «Le langage de Pespace», *Critique*, 203, abril de 1964, págs. 378-382.
32. «La folie, Fabsence d'une oeuvre», *La Tabk Ronde*, 196, mayo de 1964, páginas 11-21. Reimpreso como apéndice a la edición de 1972 de *Histoire de la folie*.
33. «Nietzsche, Freud, Marx», *Cahiers de Royaumont 6: Nietzsche*, Minuit, 1967, págs. 183-207 (la conferencia en la que se leyó esta ponencia se realizó en julio de 1964).
34. «Pourquoi réédite-t-on l'oeuvre de Raymond Roussel? Un précurseur de notre littérature moderne», *Le Monde*, 22 de agosto de 1964, pág. 9.
35. «Les mots qui saignent», *L'Express*, 22 de agosto de 1964, págs. 22 y 22. Sobre la traducción de la *Eneida* de Pierre Klossowski.
36. «Le Mallarmé de J. P. Richard», *Annaks*, vol. 19, núm. 5, septiembre-octubre de 1964, págs. 996-1.004. Sobre *L'univers imaginaire de Mallarmé*.
37. «L'obligation d'écrire», *Arts*, 980, 11-17 de noviembre de 1964, pág. 3. Sobre Gérard Nerval.
38. «Philosophie et psychologie», discusión con Alain Badiou, *Dossiers Pédagogiques de la Radio-Télévision Scolaire* 10, 15-27 de febrero de 1965, págs. 61-67.
39. «Philosophie et vérité», discusión con Jean Hyppolite, Georges Canguilhem, Paul Ricoeur, D. Dreyfus y Alain Badiou, *Dossiers Pédagogiques de la Radio-Télévision Scolaire*, 27 de marzo de 1965, págs. 1-11.
40. «La prose du monde», *Diogene*, 53, enero-marzo de 66, págs. 20-41. Versión abreviada del capítulo segundo de *Les mots et les choses*.
41. «Les suivantes», *Mercure de France*, 1.221-1.222, julio-agosto de 1965, páginas 366-384. Versión del primer capítulo de *Les mots et les choses*.
42. *Les mots et les choses: une archéologie des sciences humaines*, Gallimard, 1966.
43. «L'arrière-fable», *L'Arc*, 29, 1966, págs. 5-12. Sobre Julio Verne.
44. «Entretien: Michel Foucault, *Les mots et les choses*», *Les Letres Francaises*, 31 de marzo de 1966, págs. 3 y 4. Entrevista con Raymond Bellour reimpresa en *Le Livre des autres*, Éditions de l'Heme, 1971, págs. 135-144.
45. «A la recherche du présent perdu», *L'Express*, 115, 25 de abril-1 de mayo de 1966, págs. 114 y 115. Sobre *Ouverture* de Jean Thibaudeau.
46. «Entretien», *La Quinzaine Littéraire*, 5, 16 de mayo de 1966, págs. 14 y 15. Entrevista con Madeleine Chapsal.
47. «Lettre a Roger Caillois», 25 de mayo de 1966, reimpresa en *Cahiers pour un temps. Homage aR. Caillois*, Centre Georges Pompidou, 1981, pág. 228.

48. Carta del 4 de junio de 1966 a Rene Magritte, en Rene Magritte, *Ecrits complets*, André Blavier (ed.), Flammarion, 1972, pág. 521.
49. «L'homme est-il mort? Un entretien avec Michel Foucault», *Arts et Loisirs*, 38, 15-21 de junio de 1966, págs. 8 y 9. Entrevista con Claude Bonnefoy.
50. «La pensée du dehors», *Critique*, 229, junio de 1966, págs. 523-546. Sobre Maurice Blanchot. Reimpreso como *La pensée du dehors*, Montpellier, Fata Morgana, 1986.
51. «Une histoire restée muette», *La Quinzaine Littéraire*, 8, 1 de julio de 1966. Sobre *La philosophie des lumières* de Ernst Cassirer.
52. «Michel Foucault et Gilíes Deleuze veulent rendre á Nietzsche son vrai visage», *Le Figaro Littéraire*, 15 de septiembre de 1966, pág. 7. Entrevista con Claude Jannoud.
53. «Qu'est-ce qu'un philosophe?», *Connaissance deshommes*, 22, otoño de 1966. Entrevista con Marie-Geneviève Foy.
54. «C'était un nageur entre deux mots», *Arts-Loisirs*, 54, 5-11 de octubre de 1966, págs. 45-59. Entrevista con Claude Bonnefoy sobre André Bretón. «Message ou bruit?», *Le Concours medical*, 22 de octubre de 1966, págs. 685 y 686.
55. «Une archéologue des idées: Michel Foucault», *Syntheses*, 245, octubre de 1966, págs. 45-49. Entrevista con Jean-Michel Minon.
56. «Des espaces autres», conferencia dictada en París, el 14 de marzo de 1967, *Architecture-Mouvement-Continuité*, 5, octubre de 1986, págs. 46-49.
57. «Le structuralisme et l'analyse littéraire», conferencia en el Club Tahar Hadad, Túnez, 4 de febrero de 1967, *Mission Culturelle Francaise Information*, 10 de abril-10 de mayo de 1978. Extractos reimpresos en *La Presse de Funis*, 10 de abril de 1978.
58. «La philosophie structuraliste permet de diagnostiquer ce qu'est aujourd'hui», *La Presse de Funis*, 12 de abril de 1987, pág. 3. Entrevista con Gérard Fellous.
59. Introducción general a Friedrich Nietzsche, *Oeuvres philosophiques. Vol. V. Le gai savoir*, traducido por Pierre Klossowski, Gallimard, 1967, págs. i-iv. Con Gilíes Deleuze.
60. «La volante de puissance, texte capital mais incertain, va disparaître», *Le Monde*, 24 de mayo de 1967, pág. vii. Entrevista con Jacqueline Piatier.
61. «Deuxième entretien: sur les facons d'écrire l'histoire», *Les Lettres Francaises*, 15 de junio de 1967, págs. 6-9. Entrevista con Raymond Bellour, reimpresa en *Le livre des autres*, Éditions de l'Herne, 1971, págs. 189-207.
62. «Che cos'è lei Professore Foucault?», *La Fiera Letteraria* 39, 28 de septiembre de 1967, págs. 11-15. Entrevista con Paolo Caruso, reimpresa en *Conversazione con Lévi-Strauss, Foucault, Lacan*, Milán, Mursia, 1969, págs. 91-131.
63. Prólogo a Antoine Arnaud y Pierre Nicole, *Grammaire générale et raisonnée*, Paulet, 67, págs. iii-xxvii. Se publicaron extractos como «La grammaire générale de Port-Royal», *Langages*, 7, septiembre de 1967, págs. 7-15.
64. «Les mots et les images», *Le Nouvel Observateur*, 154, 25 de octubre de 1967, págs. 49 y 50. Sobre *Essais d'icnologie* y *Architecture gothique et pensée scolastique* de Erwin Panofsky.

65. «Ceci n'est pas une pipe», *Cahiers du chemin*, 2, enero de 1968, págs. 79-105. Sobre Rene Magritte.
66. «En Intevju med Michel Foucault», *Bonniers Luterana Magazin*, marzo de 1968, págs. 203-211. Entrevista con Yngve Lindung.
67. «Foucault répond á Sartre», *La Quinzaine Littéraire*, 46, 1-15 de marzo de 1968, págs. 20-22. Transcripción de una entrevista radiofónica con Jean-Pierre El Kabbach.
68. «Une mise au point de Michel Foucault», *La Quinzaine Littéraire*, 47, 15-31 de marzo de 1968, pág. 21.
69. «Linguistique et sciences sociales», ponencia leída en la conferencia de Túnez en marzo de 1968, *Revue Tunisienne de Sciences Sociales*, 19, diciembre de 1969, págs. 248-255.
70. «Réponse á une question», *Esprit* 371, mayo de 1968, págs. 850-874.
71. «Lettre á Jacques Proust», *La Pensée* 139, mayo-junio de 1968, págs. 114-119.
72. «Réponse au Cercle d'Épistemologie», *Cahiers pour l'Analyse*, 9, verano de 1968, págs. 9-40.
73. *L'arche obgüe du savoir*, Gallimard, 1969.
74. *Titres et travaux de Michel Foucault*, edición privada sin fecha (1969).
75. «Médecins, juges et sorciers au XVIII siècle», *Médecine de France*, 200, 1969, págs. 121-128.
76. «Máxime Defert», *Les Lettres Francaises*, 8-14 de enero de 1969, pág. 28.
77. «Jean Hyppolite (197-1968)», alocución pronunciada en la reunión en memoria de Jean Hyppolite celebrada en la ENS el 19 de enero de 1969, *Revue de Métaphysique et de Moróle*, vol. 74, núm. 2, abril-junio de 1969, págs. 131-136.
78. «Qu'est-ce qu'un auteur?», conferencia dictada ante la Société Francaise de Philosophie el 22 de febrero de 1969, *Bulktin de la Société Francaise de Philosophie*, 63, julio-septiembre de 1969, págs. 73-104.
79. «Ariane s'est pendue», *Le Nouvel Observateur* 229, 31 de marzo de 1969, páginas 36 y 37. Sobre *Différence et répétition* de Gilles Deleuze.
80. «Precisión», *Le Nouvel Observateur*, 299, 31 de marzo de 1969, pág. 39.
81. «La naissance du monde», *Le Monde*, 3 de mayo de 1969, pág. viii. Entrevista con Jean-Michel Palmier.
82. «Michel Foucault explique son dernier livre», *Magazine Littéraire*, 28, abril-mayo de 1969, págs. 23-25. Entrevista con Jean-Jacques Brochier.
83. «La situation de Cuvier dans l'histoire de la biologie», ponencia leída en las Journées Cuvier, 30 y 31 de mayo de 1969, *Thales: Revue d'Histoire des Sciences et de leurs Applications*, vol. XXIII, núm. 1, enero-marzo de 1970, páginas 63-92.
84. Carta a Pierre Klossowski, 3 de julio de 1969, en *Cahiers pour un temps: Fierre Klossowski*, Centre Georges Pompidou, 1985, págs. 85-88.
85. «Folie, littérature et société», *Bugei* 12, 1970.
86. *L'ordre du discours*, Gallimard, 1971. Conferencia de ingreso en el Collège de France, 2 de diciembre de 1970.
87. Carta a Pierre Klossowski, invierno de 1970-1971, *Cahiers pour un temps: Pierre Klossowski*, págs. 89 y 90.
88. Presentación de las *Oeuvres completes* de Georges Bataille, vol. I: *Premien écrits 1922-1940*, Gallimard, 1970, págs. 5 y 6.

89. «Sept propos sur le septième ange», prólogo a la *Grammaire Logique* de Jean-Pierre Brisset, Tchou, 1970. Reeditado como *Sept propos sur le septième ange*, Montpellier, Fata Morgana, 1986.
90. «Le piège de Vincennes», *Le Nouvel Observateur*, 274, 9 de febrero de 1970, págs. 33-35. Entrevista con Patick Lorient.
91. «Il y aura scandale, mais...», *Le Nouvel Observateur*, 304, 7 de septiembre de 1970, pág. 40. Sobre Pierre Guyotat.
92. «Croître et multiplier», *Le Monde*, 15 de noviembre de 1970, pág. 13. Sobre *La logique du vivant* de François Jacob.
93. «Theatrum philosophicum», *Language, Counter-Memory, Practice*, páginas 165-196.
94. Prefacio a la edición inglesa de *The Order of Things*, págs. ix-xiv.
95. «Entrevista con Michel Foucault», en Sergio Paulo Rouanet y José Guilherme Merquior.
96. «Nietzsche, la généalogie de l'histoire», en *Homage to Jean Hyppolite*, PUF, 1971, págs. 145-172.
97. «A Conversation with Michel Foucault», *Parisian Review*, vol. 38, núm. 2, 1971, págs. 192-201. Entrevista con John K. Simón.
98. «Mon corps, ce papier, ce feu», *Païckia*, septiembre de 1971. Reimpreso como apéndice a la edición de 1972 de *Histoire de la folie*.
99. «Enquête sur les prisons: brisons les barres du silence», *Potique Hebdo*, 24, 18 de marzo de 1971, págs. 4-6. Entrevista con Foucault y Pierre Vidal-Naquet realizada por C. Angeli.
100. «Création d'un Groupe d'Information sur les Prisons», *Esprit*, 401, marzo de 1971, págs. 531 y 532. Firmado por Jean-Marie Domenach y Pierre Vidal-Naquet.
101. Introducción a la *Enquête dans vingt prisons* del Groupe d'Information sur les Prisons, Editions Cham Libre, 1971, págs. 3-5.
102. «Folie et civilization», conferencia en el Club Tahar Hadid, Túnez, 23 de abril de 1971. *La Presse de Tunis*, 10 de abril de 1987, publicó extractos.
103. «La prison partout», *Combat*, 5 de mayo de 1971, pág. 1.
104. «L'Article 15», *La Cause du Peuple-J'Accuse. No. spécial. Flics: l'affaire Jaubert*, 3 de junio de 1971, pág. 6.
105. «Déclaration á la conférence de presse d'Alain Jaubert», *La Cause du Peuple-J'Accuse*, 3 de junio de 1971.
106. *Rapports de la Commission d'information sur l'affaire Jaubert présentés á la presse*, 21 de junio de 1971, pág. 15.
107. «Questions á Marcellin», carta abierta firmada por Foucault, Gilles Deleuze, Denis Langlos, Claude Mauriac y Deni Perrier-Daville, *Le Nouvel Observateur*, 5 de julio de 1971, pág. 15.
108. «Le percois V'intolérable», *Journal de Genève* (samedi littéraire, cahier 135), 24 de julio de 1971, pág. 13.
109. «Lettre», *La Pensée*, 159, septiembre-octubre de 1971, págs. 141-144.
110. «Lettre ouverte á Monsieur le Ministre de l'Intérieur», *La Cause du Peuple-J'Accuse*, 10, 15 de octubre de 1971, pág. 12.
111. «Human Nature: Justice versus Power», diálogo con Noam Chomsky televisado en noviembre de 1971 por la Dutch Broadcasting Company, en Fons

- Elders (ed.), *Rejxive Water. The Basic Concern* \u/ /
 nir Press, 1974, págs. 134-197.
112. «Par delà le bien et le mal», *Actuel* 14, noviembre- diciembre 1971, entrevista con M.-A. Burnier y P. Graine. Republicada en las ediciones como «Entretien in *C'est demain la vie*», Senil. I'
 113. «Monstrosities in Criticism», trad. de Robert J. Mallin, núm. 1, otoño de 1971, pág. 59.
 114. «Foucault réponds 2», *Diacritics*, vol. I, núm. 2, invierno de 1971
 115. «Des intellectuels aux travailleurs arabes», *La Cause du Travail* de diciembre de 1971.
 116. «Le discours de Toul», *Le Nouvel Observateur*, 372, 27 de diciembre de 1971, pág. 15.
 117. «Histoire des systèmes de pensée», resumen de las conferencias dadas en 1971 en el Collège de France. *Annuaire du Collège de France*, 1971, a publicar como «La volonté de savoir», *Resume des cours, 1970-1971* 1989, págs. 9-16.
 118. *Naissance de la clinique. Une archéologie du regard médical*, edición de PUF, 1972.
 119. Prefacio a la nueva edición de *Histoire de la folie*, Gallimard, 1972, pág.
 120. «Die grosse Einsperrung», *Tages Anzeiger Magazin*, 12, 25 de marzo de 1972, págs. 15, 17, 20, 37. Entrevista con Niklaus Meienberg.
 121. «Michel Foucault on Attica: An Interview», con John K. Simon, *Telos* 19, primavera de 1972, págs. 154-161. Publicado de nuevo como «Rituals of Exclusion», *Foucault Live*, págs. 63-72.
 122. «Cérémonie, théâtre et politique au XVIII^e siècle», conferencia en la University of Minnesota, 7 de abril de 1972. Resumida en inglés por Stephen Hvidson, *Acta, Proceedings of the Fourth Annual Conference on XVIII^e French Literature*, Minneapolis, Graduate School of the University of Minnesota, vol. 1, págs. 22 y 23.
 123. «Sur la justice populaire: Débat avec les maos», *Les Temps Modernes* 310 bis, mayo de 1972, págs. 335-366. Diálogo con Philippe Gavi y Pierre Victor.
 124. «Les intellectuels et le pouvoir», *L'Arc*, 49, 1972, págs. 3-10. Discusión con Gilles Deleuze, 4 de marzo de 1972. Reimpreso en *Le Nouvel Observateur*, 8 de mayo de 1972, págs. 68-70.
 125. «Table Ronde», *Esprit*, 413, abril-mayo de 1972, págs. 678-703. Discusión colectiva sobre el trabajo social.
 126. «Texte de l'intervention de Michel Foucault á la conference de presse de Jean Carpentier le 29 de juin 1972», *Psychiatrie aujourd'hui*, 10, septiembre de 1972, págs. 15 y 16.
 127. «Gastón Bachelard, le philosophe et son ombre: piéger sa propre culture», *Le Figaro*, 30 de septiembre de 1972, pág. 16.
 128. «Un Dibattito Foucault-Petri», *Bimestre* 2-23, septiembre-diciembre de 1972, págs. 14. Debate moderado por Michele Dzieduszycki.
 129. «Médecine et luttes de classes: Michel Foucault et le Groupe d'Informations Santé», *Le Nef*, octubre-diciembre de 1972, págs. 67-73.
 130. «Comité Vérité-Justice: 1500 Grenoblois accusent», *Vérité: Rhône-Alpes*, 3, diciembre de 1972.

131. «Une giclée de sang ou un incendie», *La Cause du Peuple-J'Accuse*, 33, 1 de diciembre de 1972.
132. «Les deux morts de Pompidou», *Le Nouvel Observateur*, 421, 4 de diciembre de 1972, págs. 56 y 57. Se republicaron extractos como «Deux Calculs», *Le Monde*, 6 de diciembre de 1972, pág. 20.
133. «Réponse», *Le Nouvel Observateur*, 422, pág. 63. Réplicas a los comentarios de Aimé Paistre.
134. «Histoire des systèmes de pensée», *Annuaire du Collège de France*, 72, 1972, págs. 283-286. Reimpreso como «Théories et institutions pénales», *Resume des cours*, págs. 17-25.
135. Prólogo a Serge Livrozet, *De la prison a la révolte*, Mercure de France, 1973, págs. 7-14.
136. Presentación a *Moi, Pierre Rivière, ayant égoé ma mere, ma soeur et mon frère... Un cas de parriade au XIX siècle* presentado por Michel Foucault, Gallimard/Juliard, 1973, págs. 9-15. *Le Nouvel Observateur*, 464, 1 de octubre de 1973, págs. 80-112, publicó una versión abreviada con extractos de la memoria de Rivière.
137. «Les meurtres qu'on raconté», en *Moi, Pierre Rivière*, págs. 265-275.
138. «Pour une chronique de la mémoire ouvrière», *Liberation*, 22 de febrero de 1973, pág. 6.
139. «En guise de conclusion», *Le Nouvel Observateur*, 435, 13 de marzo de 1973, pág. 92.
140. «La forcé de fuir», *Derrière le miroir*, 202, marzo de 1973, págs. 1-8. Sobre Paul Rebeyrolle.
141. «Power and Norm: Notes», notas de la conferencia en el Collège de France, 28 de marzo de 1973.
142. «L'intellectuel sert á rassembler les idees... mais son savoir est partiel para rapport au savoir ouvrier», *Liberation*, 26 de mayo de 1973, págs. 2 y 3. Conversación con un obrero llamado sólo «José».
143. «O mundo é om grande hospicio», entrevista con Ricardo Gomes Leire, *Journal de Belo Horizonte*, mayo de 1973.
144. «A verdade e as formas jurídicas», *Cuadernos da PUC*, 1974, págs. 4-102. Cinco conferencias dictadas en Río de Janeiro, 21-25 de mayo de 1973. Seguidas, págs. 103-133, de la mesa redonda en la que participó Foucault.
145. «Un nouveau journal?», *Zone des tempêtes*, 2, mayo-junio de 1973, pág. 3.
146. «Entretien avec Michel Foucault: A propos de Penfermement pénitentiaire», *Projustitia*, vol. 1, núm. 3-4, invierno de 1973. Entrevista con A. Krywin y F. Ringelheim.
147. «Gefangnisse und Gefangnisrevolten», *Dokumente: Zeitschrijf für überationale Zusammenarbeit* 29, junio de 1973, págs. 133-137. Entrevista con Bodo Morawe.
148. «Convoques á la P. J.», *Le Nouvel Observateur* 488, 29 de octubre de 1973, pág. 53. Con Alain Landau y Jean-Yves Petit.
149. «Entretien Foucault-Deleuze-Guattari», *Recherches*, 13, diciembre de 1973, págs. 27-31, 183-188.
150. «Histoire des systèmes de pensée», *Annuaire du Collège de France*, 73, 1973, págs. 255-267.

151. «Sur la Seconde Révolution chinoise. Entretien 1. Michel Foucault et K. S. Karol», *Liberation*, 31 de enero de 1974, pág. 10.
152. «Sur la Seconde Révolution chinoise. Entretien 2», *Liberation*, 1, febrero de 1974, pág. 10.
153. «Le rayons noirs de Byzantios», *Le Nouvel Observateur*, 483, 11 de febrero de 1974, págs. 56 y 57.
154. «Carceri e manicomi nel congegno del potere», entrevista con Marco d'Erasmus, *Avanti*, 3 de marzo de 1974, pág. 6.
155. Carta del 22 de mayo de 1974 a Claude Mauriac, reeditada en Mauriac, *Et comme l'esperance est violente*, Livre de poche, 1986, pág. 454.
156. «Sexualité et politique», *Combat*, 27 y 28 de abril de 1974, pág. 16.
157. «L'Association de Défense des Droits des Détenus demande au gouvernement la discussion en plein jour du système pénitentiaire», *Le Monde*, 28 y 29 de julio de 1974, pág. 8.
158. «Anti-Rétro. Entretien avec Michel Foucault», con Pascal Bonitzer y Serge Toubiana, *Cahiers du cinema*, 251-252, julio-agosto de 1974, págs. 5-15.
159. «Crisis de un modelo en la medicina», conferencia, Río de Janeiro, octubre de 1974, *Revista Centroamericana de Ciencias de la Salud*, 3, enero-abril de 1976, págs. 197-210.
160. «El nacimiento de la medicina social», conferencia, Río de Janeiro, octubre de 1974, *Revista Centroamericana de Ciencias de la Salud*, 6, enero-abril de 1977, págs. 89-108.
161. «Incorporación de la medicina a la tecnología moderna», conferencia, Río de Janeiro, octubre de 1974, *Revista Centroamericana de Ciencias de la Salud*, 10, mayo-agosto de 1978, págs. 93-104. Versión francesa publicada como «Histoire de la médicalization: l'incorporation de l'hôpital dans la technologie moderne», *Hermès*, 2, 1988, págs. 13-40.
162. «Table ronde sur l'expertise psychiatrique», *Actes: Cahiers d'action juridique* 5-6, diciembre de 1974-enero de 1975, págs. 93-104. Reimpreso como *Actes: Délinquances et ordre*, Maspero, 1978, págs. 213-228. La intervención de Foucault se volvió a publicar como «L'expertise psychiatrique», *Actes: Cahiers d'action juridique*, 54, verano de 1986, pág. 68.
163. «Histoire des systèmes de pensée», *Annuaire du College de France*, 74, 1974, págs. 293-300. Reimpreso como «Le pouvoir psychiatrique», *Resume des cours*, págs. 55-69. Con posterioridad apareció una versión más larga como «La Casa della follia», trad. de C. Tarroni, en Franco Basaglia y Franca Basaglia-Ongaro (eds.), *Crimini di pace*, Turín, Einaudi, 1975, págs. 151-169. Después apareció el texto francés original en Basaglia y Basaglia-Ongaro (eds.), *Les Criminéis depaix: Recherches sur les intellectuels et leurs techniques comme préposés a l'oppression*, trad. de Bernard Fréminville, PUF, 1980, págs. 145-160.
164. *SurveiUer et punir: Naissance de la prison*, Gallimard, 1975.
165. «La peinture photogénique», introducción al catálogo de la exposición *Fromanger: Le désir estpartout*, Galerie Jeanne Bucher, 1975, 10 págs., sin paginación.
166. Prólogo a Bruce Jackson, *Leurs Prisons*, Plon, 1975, págs. i-vi.
167. «Un pompier vend la meche», *Le Nouvel Observateur*, 531, 13 de enero de 1975, págs. 56 y 57. Reseña a *L'enfer despompier* de Jean-Jacques Lubrina.

168. «La politique est la continuation de la guerre par d'autres moyens», conversación con Bernard-Henri Lévy, *L'Imprévu*, 1, 27 de enero de 1975, pág. 16.
169. «A quoi révent les philosophes?», *L'Imprévu*, 2, 28 de enero de 1975, pág. 13.
170. «Des supplices aux cellules», *Le Monde*, 21 de febrero de 1975, pág. 16. Entrevista con Roger-Pol Droit.
171. «Sur la séllete», *Les Nouvelks Littéraires*, 17 de marzo de 1975, pág. 3. Entrevista con Jean-Louis Ezine.
172. «Il carcere visto da un filosofo francese», *L'Europeo*, vol. 31, núm. 4, 3 de abril de 1975, págs. 63-65. Entrevista con Ferdinando Scianna.
173. «La fete de l'écriture. Un entreenen avec Michel Foucault et Jacques Almira», con Jean Le Marchand, *Le Quotidien de Paris*, 25 de abril de 1975, página 13.
174. «La mort du père», con Pierre Daix, Philippe Gavi, Jacques Rancière y Yannakakis, *Liberation*, 30 de abril de 1975, págs. 10 y 11.
175. «On Infantile Sexuality», texto mecanografiado sin fecha. Una versión ligeramente diferente e incompleta transcrita por John Leavitt, titulada «Discourse and Represión» (pág. 23), se describe como conferencia sin publicar y se fecha en Berkley, 8 de mayo de 1975.
176. «Entretien sur la prison», *Magazine Littéraire*, 101, junio de 1975, págs. 27-33. Entrevista con Jean- Jacques Brochier.
177. «Pouvoir et corps», *Quelcorps?*, 2, 1975.
178. «Foucault, passe-frontières de la philosophie», *Le Monde*, 6 de septiembre de 1986, pág. 12. Entrevista con Roger-Pol Droit realizada el 20 de junio de 1975.
179. «La machine á penser est-elle détraquée?», *Le Monde Diphmitique*, julio de 1975, págs. 18-21. Breves respuestas a la investigación de T. Maschino sobre las actitudes hacia la supuesta «crisis del pensamiento».
180. «Aller á Madrid», *Liberation*, 24 de septiembre de 1975, págs. 1 y 7. Entrevista con Pierre Benoit.
181. «Hospicios, sexualidade, prisoas», *Venus*, 1 de octubre de 1975. Entrevista con Claudio Bojunga. «Loucora — urna questaó de poder», *Jornal do Brasil*, 12 de noviembre de 1975. Entrevista con Silvia Helena Vianna Rodrigues.
182. *Radioscopie de Michel Foucault. Propos recueillis par Jacques Chancel*, 3 de octubre de 1975.
183. «Réflexions sur *Histoire de Paul. Faire les fous*», *Le Monde*, 16 de octubre de 1975, pág. 17. Sobre una película de Rene Feret.
184. «A propos de Marguerite Duras», *Cahiers Renaud-Barrault* 89, octubre de 1975, págs. 8-22. Conversación con Héléne Cixous.
185. «Sade, sergent du sexe», *Cinématographe*, 16, diciembre de 1975-enero de 1976, págs. 3-5. Entrevista con Gérard Dupont.
186. «Histoire des systèmes de pensée», *Annuaire du Collège de France*, 75, 1975, págs. 335-339. Republicado como «Les anormaux», *Resume des cours*, páginas 73-81.
187. *Histoire de la sexualité I: La volante de savoir*, Gallimard, 1976.
188. «Il faut défendre la société», transcripción inédita efectuada por Jacques Lagrange de la conferencia del 7 de enero de 1976 en el Collège de France.
189. «Il faut défendre la société», transcripción inédita realizada por Jacques Lagrange de la conferencia del 14 de enero de 1976 en el Collège de France.

- Se publicaron versiones italianas de estas conferencias como «Corso del 7 gennaio 1976» y «Corso del 14 gennaio 1976» en Alessandro Fontana y Pasquale Pasquino (eds.), *Microfisica del potere*, Turín, Einaudi, 1977, págs. 163-177, 179-194. Kate Soper las tradujo al inglés del italiano como «Two Lectures», *Power/Knowledge*, págs. 78-108.
190. «Les tetes de la politique», prefacio a una colección de caricaturas de Wiaz, *En attendant le grand soir*, Denoél, 1976, págs. 7-12.
 191. «Une mort inacceptable», prefacio a Bernard Cuau, *L'affaire Mirval, ou comment le récit abolit le crime*, Presses d'Aujourd'hui, 1976, págs. vii-xi.
 192. «La politique de la santé au XVIII siècle», introducción a *Généalogie des équipements de normalisation: les équipements sanitaires*, Fontenay-sur-Bois, CERFI, 1976, págs. 1-11.
 193. «La voix de son maître, préface á un synopsis de Gérard Mordillat», texto mecanografiado inédito.
 194. «La crisis de la medicina o la crisis de la antimedicina», *Educación médica y salud*, vol. 10, núm. 2, 1976, págs. 152-160. Conferencia dictada en el Instituto de Medicina Social, Centro Biomedico, Universidad Estatal de Rio de Janeiro, octubre de 1974.
 195. «Sur *Histoire de Paul*», *Cahiers du Cinema*, 262-263, enero de 1976, páginas 63-65. Discusión con Rene Féret.
 196. «Questions á Michel Foucault sur la géographie», *Hérodote*, 1, enero-marzo de 1976, págs. 71-85.
 197. «Crimes et châtements en URSS et ailleurs...», *Le Nouvel Observateur*, 585, 26 de enero de 1976, págs. 34-37. Conversación con K. S. Karol.
 198. «Mesures alternatives á l'emprisonnement», conferencia dictada en la University of Montréal, 15 de marzo de 1976. *Actes: Cahiers d'Action Juridique, Ti*, diciembre de 1990, págs. 7-15.
 199. «Michel Foucault: Fillégalisme et l'art de punir», entrevista, *La Presse* (Montréal), 3 de abril de 1976, págs. 2, 23.
 200. «L'extension sociale de la norme», *Politique Hebdo*, 212, marzo de 1976, páginas 14-16. Una discusión con P. Wemer sobre *Fabrique de la folie* de Szasz.
 201. «Faire vivre et laisser mourir: la naissance du racisme», conferencia dictada en el Collège de France, marzo de 1976, *Les Temps Modernes*, 535, febrero de 1991, págs. 37-61.
 202. «Sorcellerie et folie», *Le Monde*, 23 de abril de 1976, pág. 18. Discusión con Roland Tacquard sobre *Fabrique de la folie* de Szasz.
 203. «Dialogue on Power: Michel Foucault and a Group of Students», Los Angeles, mayo de 1976, *Quid* (Simón Wade, ed.), 1976, págs. 4-22.
 204. «Entrevista a Michel Foucault». Realizada en junio de 1976, se publicó como introducción a *Microfisica del potere*. Aparecieron extractos como «La fonction politique de l'intellectuel», *Politique Hebdo*, 247, 29 de noviembre de 1976. El texto íntegro francés se publicó como «Verité et pouvoir», *L'Arc*, 70, 1977, págs. 16-26.
 205. «L'expertise médico-légale», transcripción de una discusión en Radio-France, 8 de octubre de 1976.
 206. «Des questions de Michel Foucault á Hérodote», *Hérodote*, 3, julio-septiembre de 1976, págs. 9 y 10.

207. «Bio-histoire et bio-politique», *Le Monde*, 17-18 de octubre de 1976, página 5. Sobre *De la biogéa a la culture* de Jacques Ruffié.
208. «L'Occident et la vérité du sexe», *Le Monde*, 5 de noviembre de 1976, página 24.
209. «Entretien avec Michel Foucault», *Cahiers du Cinema*, H, noviembre de 1976, págs. 52 y 53. Entrevista con Pascal Kane sobre la adaptación efectuada por Allio de *Moi, Pierre Rivière*.
210. «Pourquoi le crime de Pierre Rivière? Dialogue: Michel Foucault et Francois Châtelet», *Pariscope*, 10-16 de noviembre de 1976, págs. 5-7.
211. «Entretien avec Guy Gauthier», *Revue du Cinema*, 312, diciembre de 1976, págs. 37-42.
212. «Malraux», *Le Nouvel Observateur*, 629, 29 de noviembre de 1976, pág. 83.
213. «Histoire des systèmes de pensée», *Annuaire du Collège de France*, 76, 1976, págs. 361-366. Vuelto a publicar como «Il faut défendre la société», *Resume des cours*, págs. 85-94.
214. «Michel Foucault á Goutelas: La redéfinition du "justiciable"», charla al Syndicat de la Magistrature, primavera de 1977. *Justice*, 115, junio de 1987, págs. 36-39.
215. «Le poster de l'ennemi public no. 1», *Le Matin*, 7 de marzo de 1977, pág. 11.
216. Prefacio a la traducción inglesa de Gilfes Deleuze y Félix Guattari, *Anti-Oedipus: Capitalism and Schizophrenia*, trad. de Robert Hurley, Mark Seem y rielen Lañe, Nueva York, Viking, 1977, págs. 7 y 8.
217. «Vorwort zur deutschen Ausgabe», introducción a la edición alemana de *La volantede savoir: Sexualitat undWabfheit: I: Der Wilkzum Wissen*, trad. Ulrich Raulf, Francfort, Suhrkamp, 1977, págs. 7 y 8.
218. «Avant-propos», *Politiques de l'habitat 1800-1850*, CORDA, 1977, págs. 3 y 4.
219. «L'oeil du pouvoir», prefacio a Jeremy Bentham, *Le panoptique*, Pierre Bel-fond, 1977, págs. 9-31. Conversación con Jean-pierre Barou y Michelle Perrot.
220. «Le supplice de la verité», *Chemin de ronde*, 1, 1977, págs. 162 y 163.
221. «Die Folter, das ist die Vernunft», *Literaturmagazin*, 8, 1977, págs. 60-68. Discusión con Kurt Boesers.
222. «La sécurité et l'état», *Tribune socialiste*, 24 de noviembre de 1977.
223. Prólogo a Mireille Debarb y Jean-Luc Henning, *Les juges Kaki*, Editions Alain Moreau, 1977. También publicado como «Les juges Kaki», *Le Monde*, 1 y 2 de diciembre de 1977, pág. 15.
224. «Michel Foucault: "Les rapports du pouvoir passent á Pintérieur du corps"», entrevista con Lucette Finas, *La Quinzaine Littéraire* 247, 1-15 de enero de 1977.
225. «La vie des hommes infames», *Cahiers du Chemin*, 29, 15 de enero de 1977, págs. 19-29.
226. «Michel Foucault: A bas la dictature du sexe», entrevista con Madeleine Chapsal, *L'Express*, 24 de enero de 1977, págs. 56 y 57.
227. «Pouvoirs et stratégies», *Les révoltes hgiques*, 4, invierno de 1977, págs. 89-97. Respuestas escritas a las preguntas formuladas por Jacques Rancière.
228. «Non au sexe roi», *Le Nouvel Observateur*, 644, 12 de marzo de 1977, páginas 92-130. Entrevista con Bernard-Henri Lévy.

229. «Les matins gris de la tolérance», *Le Monde*, 23 de marzo de 1977, pág. 24. Sobre *Comizi d'amore* de Pasolini.
230. «L'asile illimité», *Le Nouvel Observateur*, 646, 28 de marzo de 1977, pág. 66 y 67. Sobre *L'ordrepseybiatrique* de Castel.
231. «La géométrie fantastique de Máxime Defert», *Les NouveUes Littéraires*, 28 de abril de 1977, pág. 13.
232. «La grande colére des faits», *Le Nouvel Observateur*, 652, 9 de mayo de 1977, págs. 84-86. Reimpreso en Sylvie Boucasse y Denis Bourgeois (eds.), *Faut-il brûlerlesnouveauxphilosophes?*, NouveUes Editions Oswald, 1978, págs. 63-70. Sobre *Les maitrespenseurs*.
233. «L'angoisse de juger», *Le Nouvel Observateur*, 655, 30 de mayo de 1977, páginas 92-116. Debate con Jean Laplanche y Robert Badinter.
234. Comentarios sobre la ciencia ficción, 3 de junio y 20 de noviembre de 1977, en Igor y Grichka Bogdanoff, *L'effet science-fiction: a la recbercbe d'une définition*, Robert Laffont, 1979, págs. 35, 117.
235. «Le jeu de Michel Foucault», *Omiear?*, 10 de julio de 1977, págs. 62-93. Discusión con Alain Grosrichard, Gérard Wajeman, Jacques-Alain Miller, Guy le Gaufey, Catherine Millot, Dominique Colas, Jocelyne Livi y Judith Miller.
236. «Une mobilisation culturelle», *Le Nouvel Obseateur*, 670, 12 de septiembre de 1977, pág. 49.
237. «Enfermement, psychiatrie, prison», *Cbange: la folie encerclée*, 32-33, octubre de 1977. Discusión con David Cooper, Jean-Pierre Faye, Marie-Odile Faye y Marine Zecca.
238. «About the Concept of the Dangerous Individual in Nineteenth-Century Legal Psychiatry», presentada en el simposio sobre leyes y psiquiatría celebrado en la Universidad de York, Toronto, octubre, 1977. Reeditada como «The Dangerous Individual», *Politics, Philosophy, Culture*, págs. 125-151. Versión francesa, «L'évolution de la notion "d'individu dangereux" dans la psychiatrie légale», *Revue Déviance et Société*, 5, 1981, págs. 403-422.
239. «Va-t-on extradier Klaus Croissant?», *Le Nouvel Observateur*, 682, 14 de noviembre de 1977, págs. 62 y 63.
240. «Désormais, la sécurité est au-dessus des lois», *Le Matin*, 18 de noviembre de 1977, pág. 59. Entrevista con Jean-Paul Kauffman.
241. «Lettre á quelques leaders de la gauche», *Le Nouvel Observateur*, 681, 28 de noviembre de 1977, pág. 59.
242. «Wir fuhlten uns ais schmutzige Spezies», *Der Spiegel*, 19 de diciembre de 1977, págs. 77 y 78.
243. «Sécurité, territoire, population», cásete que recoge la conferencia del 11 de enero de 1978 en el Collège de France. Lanzada por Seuil y Productions de la Licome como parte de *De la Gouvernamentalité*, KS S 531 A, 1989.
244. Prólogo a *My SecretLife*, trad. de Christine Chameaux *et al*, Editions les Formes du Secret, 1978, págs. 5-7.
245. Introducción a Georges Canguilhem, *On the Normal and the Pathological*, trad. de Carolyn Fawcett, Boston, Reidel, 1978, págs. ix-xx. Publicada con posterioridad en francés como «La vie: l'expérience et la science», *Revue de Métaphysique et de Morale* 90, enero-marzo de 1985, págs. 3-14.

246. Nota a *Herculine Barbin dite Ahxina B., présente'par Michel Foucault*, Gallimard, 1978, págs. 131 y 132.
247. «La grille politique traditionnelle», *Politique Hebdo*, 303, 1978, pág. 20.
248. «M. Foucault. Conversazione senza complessi con il filosofo che analizza le "strutture del potere"», *Playmen*, 12, 1978, págs. 21-30. Entrevista con Jerry Bauer.
249. «Un jour dans une classe s'est fait un film», *L'Éducateur*, vol. 51, núm. 12, 1978, págs. 21-25.
250. «Eugène Sue que j'aime», *Les Nouvelles Littéraires*, 12-19 de enero de 1978, pág. 3.
251. «Une erudition étourdissante», *Le Matin*, 20 de enero de 1978, pág. 25. Sobre Philippe Aries, *L'Homme devant la mort*.
252. «Alain Peyrefitte s'explique... et Michel Foucault répond», *Le Nouvel Observateur*, 689, 23 de enero de 1978, pág. 25.
253. «La governamentalita», *Aut-aut*, 167-168, septiembre-diciembre de 1978, transcripción italiana efectuada por Pasquale Pasquino de una conferencia dictada en el Collège de France en febrero de 1978. Versión francesa, traducida del italiano por Jean-Claude Oswald, «La gouvemenalitaté», *Actes: Cahiers d'Action Juridique*, 54, verano de 1986, págs. 7-15.
254. «Precisazioni sul potere. Riposta ad alcuni critici», *Aut-aut*, 167-168, septiembre-diciembre de 1978, págs. 12-29. Una réplica escrita a las preguntas formuladas por Pasquale Pasquino.
255. «Attention: danger», *Liberation*, 22 de marzo de 1978, pág. 9.
256. «La loi de la pudeur», discusión radiofónica en *Dialogues* de France-Culture, el 4 de abril de 1978, con Guy Hocquenghem y Jean Danet, transcripción publicada en *Recherches*, 37, abril de 1979, págs. 69-82.
257. «Débat avec Michel Foucault au Centre Culturel de l'Athénée Français», Tokio, 21 de abril de 1978. Transcripción efectuada por Romei Yashimoto del debate que siguió a la exhibición de *Moi, Pierre Rivière*.
258. «The Strategy of World-Understanding: How to Get Rid of Marxism», diálogo con Ryumei Yashimoto el 25 de abril de 1978, *UMI*, 53, julio de 1978, págs. 302-328. En japonés.
259. «La société disciplinaire en crise: développement de la diversité et l'indépendance en crise: Michel Foucault parle du pouvoir a l'Institut Franco-Japonais de Kansai á Tokyo», *Asbajjanaru*, vol. 2, núm. 19, 12 de mayo de 1978.
260. «On Sex and Politics», *Ashai janaru*, vol. 20, núm. 19, 12 de mayo de 1978. Entrevista con Moriaki Watanabe y Chobei Nemoto.
261. «La poussière et le nuage», en Michelle Perrot (ed.), *Impossible Prison: Recherches sur le Systeme Pénitenciaire au XIXe siècle*, Seuil, 1980, págs. 29-39.
262. «Table ronde du 20 mai 1978», *L'impossible prison*, págs. 40-56.
263. Posfacio a *L'impossible prison*, págs. 316-318.
264. «Qu'est-ce que la critique? [Critique und Aufklärung]», conferencia a la Société Française de Philosophie, 27 de mayo de 1978, *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, vol. LXXXIV, 1990, págs. 35-63.
265. «Vijftien vragen coan homosexuele zijde san Michel Foucault», en M. Duyves y T. Maasen (eds.), *Interviews met Michel Foucault*, Utrecht, De Woelrat, 1982, págs. 13-23. Entrevista fechada en 10 de julio de 1978. Versión france-

- sa publicada como «La gai savoir», *Mee Magazine*, 5 de junio de 1978, páginas 32-36 y «Le gai savoir (2)», *Mee Magazine*, 6 y 7, julio y agosto de 1988, págs. 30-33.
266. «Du pouvoir», entrevista con Pierre Boncenne, julio de 1978, *L'Express*, 13 de julio de 1984, págs. 56-62.
267. «Il misterioso ermafrodito», *La Stampa*, 5 de agosto de 1978, pág. 5.
268. «Du bon usage du criminel», *Le Nouvel Observateur*, 722, 11 de septiembre de 1978, págs. 40-42.
269. «Taccuino persiano: Fesercito, quando la terra trema», *Corriere della Sera*, 28 de septiembre de 1978, págs. 1 y 2.
270. «Teherán: la fede contro lo Sciá», *Corriere della Sera*, 8 de octubre de 1978, pág. 11. ^
271. «A quoi révent les Iraniens?», *Le Nouvel Observateur*, 121, 16-22 de octubre de 1978, págs. 48 y 49.
272. «Le citron et le lait», *Le Monde*, 21 de octubre de 1978, pág. 14. Sobre *Le ghetto judiciaire* de Philippe Boucher.
273. «Ein gewaltiges Erstaunen», *Der Spiegel*, 32, 30 de octubre de 1978, pág. 264. Sobre la exposición de 1978 «París-Berlín».
274. «Una rivolta con le mani nude», *Corriere della Sera*, 1 de noviembre de 1978, pág. 1 y 2.
275. «Sfida alia opposizione», *Corriere della Sera*, 12 de noviembre de 1978, páginas 1 y 2.
276. «I reportage di idee», *Corriere della Sera*, 12 de noviembre de 1978, pág. 1.
277. «Réponse de Michel Foucault á une lectrice iranienne», *Le Nouvel Observateur*, 13 de noviembre de 1978, pág. 26.
278. «La rivolta dell'Iran corre sui nastri delle minicassette», *Corriere della Sera*, 19 de noviembre de 1978, págs. 1 y 2.
279. «Polemiche furiose: Foucault e comunisti italiani, a cura di Paséale Pasquino», *L'Espresso*, 46, 19 de noviembre de 1978, págs. 152-156.
280. «Il mitico capo della rivolta nell'Iran», *Corriere della Sera*, 26 de noviembre de 1978, págs. 1 y 2.
281. *Colloqui con Foucault*, Salerno, 10/17 Cooperative Editrice, 1978. Una serie de entrevistas con Duccio Trombadori.
282. «Lettera di Foucault all' *Unita*», 1 de diciembre de 1978, pág. 1.
283. Colaboraciones sin firma a Thierry Voeltzel, *Vingt ans et après*, Seuil, 1978. Transcripción de diálogos grabados a partir de julio de 1986.
284. «Histoire des systèmes de pensée», *Annuaire du Collège de France*, 78, 1978, págs. 445-449. Vuelto a publicar como «Sécurité, territoire et population», *Resume des cours*, págs. 99-106.
285. «L'esprit d'un monde sans esprit», conversación con Claire Brière y Pierre Blanchet, publicada como postfacio a *Irán: la révolution au nom de Dieu*, Seuil, 1979, págs. 235-241.
286. Prólogo a Peter Bruckner y Alfred Krovoza, *Ennemi de l'état*, Claix, La Pensée Sauvage, 1979, págs. 4 y 5.
287. «Naissance de la biopolitique». Cásete que recoge una conferencia del 10 de enero de 1979 en el Collège de France. Editada por Seuil y Productions de la Licorne como parte de *Délagouvementalité*. KS 532, 1989.

288. «La phobie d'état», extractos de una conferencia el 31 de enero de 1979 en el Collège de France, *Liberation*, 30 de junio-1 de julio de 1984, pág. 21.
289. «Mais á quoi servent les pétitions?», respuesta a las preguntas formuladas por Pierre Assouline, *Les Nouvelles Littéraires*, 1-8 de febrero de 1979, pág. 4.
290. «Manieres de justice», *Le Nouvel Observateur*, 743, 5 de febrero de 1979, páginas 20 y 21.
291. «Una polveriera chiamata Islam», *Corriere della Sera*, 13 de febrero de 1979, pág. 1.
292. «Michel Foucault et Tiran», *Le Matin*, 26 de marzo de 1979, pág. 15.
293. «Un plaisir si simple», *Le GaiPied*, 1, abril de 1979, págs. 1 y 10.
294. «Lettre ouverte á Mehdi Bazarghan», *Le Nouvel Observateur*, 753, 14 de abril de 1979, pág. 46.
295. «Pour une morale de rinconfort», *Le Nouvel Observateur*, 754, 23 de abril de 1979, págs. 82 y 83. Reseña a *L'ere des ruptures* de Jean Daniel. Reimpreso como prefacio a la edición de 1989 de Livre de Poche, *L'ere de ruptures*, páginas 9-16.
296. «Le moment de la vérité», *Le Matin*, 25 de abril de 1979, pág. 20. Sobre la muerte de Maurice Clavel.
297. «Vivre autrement le temps», *Le Nouvel Observateur* 755, 30 de abril de 1979, pág. 88. Sobre la muerte de Maurice Clavel.
298. «Le vrai sexe», leído ante el Congreso de *Anadie*, mayo de 1979, *Anadie* 27, noviembre de 1980, págs. 617-625. Una versión modificada apareció en inglés como introducción a *Henuline Barbin; Being the Recently Discovered Memoirs of a Nineteenth-Century French Hermaphrodite*, trad. de Richard McDougall, Brighton, Harvester Press, 1980, págs. vii-xvii. Fechada «enero de 1980».
299. «Inutile de se soulever?», *Le Monde*, 11 de mayo de 1979, págs. 1 y 2.
300. «La Stratégie du pourtour», *Le Nouvel Observateur*, 759, 28 de mayo de 1979, pág. 57.
301. «Omnes et Singulatim: Towards a Criticism of Political Reason», conferencias dictadas en Stanford University en 10 y 16 de octubre de 1979, en Sterling McMurrin (ed.), *The Tanner Lectures on Human Values II*, Salt Lake City, University of Utah Press, 1981, págs. 225-254. Reimpreso como «Politics and Reason», *Politics, Philosophy, Culture*, págs. 57-85. Trad. de P. E. Dauzat, «omnes et singulatim: vers une critique de la raison politique», *LeDébat*, 41, septiembre-octubre de 1986, págs. 5-35.
302. «Lutttes autour des prisons», *Esprit*, 35, noviembre de 1979, págs. 102-111. Discusión con Antoine Lazarus y Francois Colcombet; Foucault utiliza el seudónimo «Louis Appert».
303. «Histoire des systémes de pensée», *Annuaire du Collège de France*, 79, 1979, págs. 367-372.
304. «Du gouvernement des vivants», transcripciones incompletas de las conferencias dictadas en el Collège de France el 9 y 16 de enero de 1980, el 20 de febrero de 1980 y el 5 de marzo de 1990.
305. «The Flying University», *New York Review of Books*, 24 de enero de 1980, página 49, carta abierta colectiva.
306. «Les quatre cavaliers de l'Apocalypse et les vermisses quotidiens», *Cahiers du Cinema*, 6, febrero de 1980 (número fuera de serie), págs. 95 y 96. Entrevista con Bernard Soberl sobre *Hitler, a film from Germany* de Syberberg.

307. «Se défendre», prefacio a *Pour la défense libre*, folleto expedido por el Centre de Recherche et de Formation Juridique, 1980, págs. 5 y 6. Firmado colectivamente por Michel Foucault, Henry Juramy, Christian Revon, Jacques Vergés, Jean Lapeyrie y Dominique Nocaudie.
308. «Le Nouvel Observateur et l'Unione della sinistra», *Spirali*, 15, enero de 1980, págs. 53-55. Extractos de una conversación entre Michel Foucault y Jean Daniel acerca de la obra del último, *L'ère des ruptures*, emitida originalmente por France-Culture.
309. «Toujours les prisons», *Esprit*, 37, enero de 1980, págs. 184-186. Correspondencia mantenida con Paul Thibaud y Jean-Marie Domenach.
310. Prefacio a Roger Knobelspiess, *QHS: Quartier de Haute Sécurité*, Stock, 1980, págs. 11-16, fechado el 31 de marzo de 1980.
311. «Le philosophe masqué», *Le Monde dimanche*, 6 de abril de 1980, págs. i, xvii. Entrevista con Christian Delacampagne; Foucault no se identifica.
312. «Conversation with Michel Foucault», *The Threepenny Review*, vol. 1, núm. 1, invierno-primavera de 1980, págs. 4 y 5. Entrevista con Millicent Dillon.
313. «Sexuality and Solitude», conferencia James dictada en 20 de noviembre de 1980 en el Institute for the Humanities de Nueva York, publicada en *London Review of Books*, 21, mayo-junio de 1981, págs. 3, 5 y 6. Republicada en David Rieff (ed.), *Humanities in Review I*, Nueva York, Cambridge University Press, 1982, págs. 3-21.
314. «Truth and Subjectivity», conferencias Howison dictadas en Berkeley el 20 y 21 de octubre de 1980. Textos mecanografiados inéditos.
315. «Power, Moral Values and the Intellectual», entrevista con Michael D. Bess, San Francisco, 1980, texto mecanografiado.
316. «Foucault», en D. Huisman (ed.), *Dictionnaire des philosophes*, PUF, 1981, volumen 1, págs. 942-944. Firmado «Maurice Florence» (Michel Foucault y Francois Ewald).
317. «Roland Barthes», *Annuaire du CoUege de France*, 80, 1980, págs. 61 y 62.
318. «A mon retour de vacances...», carta del 16 de diciembre de 1980 a Paul Rabinow. Texto mecanografiado.
319. «Histoire des systèmes de pensée», *Annuaire du College de France*, 80, 1980, págs. 449-452. Republicado como «Du gouvernement des vivants», *Resume des cours*, págs. 123-129.
320. «De l'amitié comme mode de vie», *Le Gai Pied* 25, abril de 1981, págs. 38 y 39.
321. «Mal faire, diré vrai», conferencias dictadas en la Facultad de Derecho, Université Catholique de Lovaina, mayo de 1981, texto mecanografiado, página 159.
322. «Entretien avec Michel Foucault réalisé par André Berten», Lovaina, mayo de 1981, *Comités d'éthique a travers le monde. Recherches en cours 1988*, Tierce/Médecine/INSERM, 1989, págs. 228-235.
323. «L'intellectuel et les pouvoirs», *La Revue Nouvelle*, vol. LXX, núm. 10, octubre de 1984, págs. 338-345. Entrevista con Christian Panier y Pierre Watté realizada el 14 de mayo de 1981.
324. «Est-il donc important de penser?», *Liberation*, 30 y 31 de mayo de 1981. Entrevista con Didier Eribon.

325. «Face aux gouvernements, les droits de Phomme», *Liberation*, 30 de junio y 1 de julio de 1984, pág. 22. Declaración efectuada el junio de 1981. Reimpresa en *Actes: Cahiers d'Action Juridique*, 54, verano de 1986, pág. 2.
326. «Il faut tout repenser la loi et la prison», *Liberation*, 6 de julio de 1981, página 2.
327. «Lacan, il "liberatore" della psicanalisi», *Corriere della Sera*, 11 de septiembre de 1981, pág. 5.
328. «De la nécessité de mettre un terme á toute peine», *Liberation*, 18 de septiembre de 1981, pág. 5.
329. «Les rendez-vous manques». Declaración redactada por Foucault y Pierre Bourdieu y emitida en *Europe* 7, 15 de diciembre de 1981. Publicada en *Liberation*, 15 de diciembre de 1981.
330. «Les réponses de Pierre Vidal-Naquet et de Michel Foucault», *Liberation*, 18 de diciembre de 1981, pág. 12.
331. «Conversación», en Gérard Courant (ed.), *Werner Schroeter*, Cinémathèque/Institut Goethe. Conversación con Schroeter.
332. «Notes sur ce que l'on lit et entend», *Le Nouvel Observateur*, 893, 19 de diciembre de 1981, pág. 21.
333. «Histoire des systèmes de pensée», *Annuaire du Collège de France*, 81, 1981, págs. 385-389. Republicado como «Subjectivité et vérité», *Resume des cours*, págs. 133-142.
334. *Le désordre desfamilks. Lettres de cachet des Archives de la Bastille. Présenté par Arlette Farge et Michel Foucault*, Gallimard/Julliard, 1982.
335. «Herméneutique du sujet», *Concordia*, 12, 1988, págs. 44-68. Extractos de conferencias dictadas en el Collège de France, 1982. El texto francés se estableció mediante las transcripciones efectuadas por Helmut Becker y Lothar Wolfstetter, publicadas con anterioridad en *Freiheit und Selbstsorge*, Francfort, Materialis Verlag, 1985.
336. Texto mecanografiado de tres conferencias, University of Toronto, 1982.
337. «Nineteenth Century Imaginations», trad. de Alex Susteric, *Semiotex(e)*, volumen 4, núm. 2, 1982, págs. 182-190.
338. «The Subject and Power», posfacio a Hubert L. Dreyfus y Paul Rabinow, *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*, Hemel Hempstead, Harvester, 1982, págs. 208-226.
339. *Les lundis de F histoire. Le désordre desfamilks*, discusión radiofónica con Arlette Farge, Michelle Perrot y André Béjin, 10 de enero de 1982.
340. «Response to speech by Susan Sontag», *Sobo News*, 2 de marzo de 1982, página 13.
341. «Space, Knowledge and Power», *Skyline*, marzo de 1982. Entrevista realizada por Paul Rabinow, trad. de Christian Hubert, republicada en *The Foucault Reader*, págs. 239-256.
342. «Histoire et homosexualité», *Masques*, 13, primavera de 1982, págs. 14-24. Discusión con J.-P. Joecker, M. Ouerd y A. Sanzio.
343. «Sexual choice, Sexual Act: Un Interview with Michel Foucault», *Salmagundi*, 58-59, otoño de 1982-invierno de 1983, págs. 10-24. Entrevista con James O'Higgins, reimpreso en *FoucaultLive*, págs. 211-232. Versión francesa publi-

- cada como «Lorsque l'amant part en taxi», *Gai Pied Hebdo*, 151, 5 de enero de 1985, págs. 22-24, 54-57.
344. «Le combat de la chasteté», *Communications*, 35, mayo de 1982, págs. 15 y 5.
345. «The Social Triumph of the Sexual Will», *Christopher Street*, 64, mayo de 1982, págs. 36-41. Conversación con Gilíes Barbedette, trad. Brendan Lemon.
346. «Des caresses d'homme considérées comme un art», *Liberation*, 1 de junio de 1982, pág. 27. Reseña a *L'homosexualité grecque* de K. J. Dover.
347. «An Interview», *Ethos*, vol. 1, núm. 2, otoño de 1983, págs. 4-9. Entrevista con Stephen Riggins, 22 de junio de 1982. Republicado como «The Minimalist Self», *Politics, Philosophy, Culture*, págs. 3-16.
348. «Michel Foucault, An Interview: Sex, Power and the Politics of Identity», *The Advocate*, 400, 7 de agosto de 1984, págs. 26-30. Realizada por Bob Gallagher y Alexander Wilson en junio de 1982. Trad. por Jacques Hess, «que fabriquent donc les hommes ensemble?», *Le Nouvel Observateur*, 1098, 22 de noviembre de 1985, págs. 54 y 55.
349. «Le terrorisme ici et là», *Liberation*, 3 de septiembre de 1982, pág. 12. Entrevista con Didier Eribon.
350. «Pierre Boulez ou l'écran traversa», *Le Nouvel Observateur*, 934, 2 de octubre de 1982, págs. 51 y 52.
351. «En abandonnant les polonais, nous renonçons a une part de nous-mêmes», *Le Nouvel Observateur*, 935, 9 de octubre de 1982, pág. 36. Con Simone Signoret y Bernard Kouchner.
352. «L'expérience morale et sociale des Polonais ne peut plus être effacée», *Les Nouvelles Littéraires*, 14-20 de octubre de 1982, págs. 8 y 9. Entrevista con Gilíes Anquetil.
353. «Truth, Power, Self: An Interview with Michel Foucault», realizada por Ruth Martin el 25 de octubre de 1982, en Luther H. Martin, Huck Gutman y Patrick H. Hutton (eds.), *Technologies of the Self*, «A Seminar with Michel Foucault», Londres, Tavistock, 1988, págs. 9-15.
354. «Technologies of the Self», en *Technologies of the Self*, págs. 16-49.
355. «The Political Technology of Individuáis», en *Technologies of the Self*, páginas 145-162.
356. «La Pensée, l'émotion», en *Duane Michals: Photographies de 1958-1982*, París Audiovisuel, Musée d'Art Moderne de la Ville de París, 1982, págs. iii-vii.
357. «L'âge d'or de la lettre de cachet», *L'Express*, 3, diciembre de 1982, págs. 35 y 36. Entrevista con Foucault y Arlette Farge, realizada por Yves Hersant.
358. «Histoire des systèmes de pensée», *Annuaire du Collège de France*, 82, 1982, págs. 395-406. Republicado como «L'herméneutique du sujet», *Resume' des cours*, págs. 145-166.
359. «L'écriture de soi», *Le corps écrit*, 5, 1983, págs. 3-23.
360. «Rever de ses plaisirs: sur l'onirocritique d'Artemidore», *Recherches sur la philosophie et le langage*, 3, 1983, págs. 53-78. Una primera versión del capítulo inicial de *Le souci de soi*.
361. «Un système fini face á une demande infinie», en *Sécurité sociale: l'enjeu*, Éditions Syros, 1983, págs. 39-63. Entrevista con R Bono.
362. «Un cours inédit», *Magazine Littéraire*, 207, mayo de 1984, págs. 35-39. Conferencia pronunciada en el Collège de France, 5 de enero de 1983.

363. «Á propos des faiseurs d'histoire», *Liberation*, 21 de enero de 1983, pág. 22.
364. «An Exchange with Michel Foucault», correspondencia entre Foucault y Lawrence Stone, *New York Review of Books*, 13 de marzo de 1983, págs. 42-44.
365. «Um welchen Preis sagt die Vernunft die Wahrheit?» *Spuren*, 1-2, 1983. Entrevista con Gérard Raulet.
366. «Sartre», texto mecanografiado fragmentario descrito como «extractos de una conferencia dictada en Berkeley».
367. «The Power and Politics of Michel Foucault». Entrevista con Peter Maas y David Brock, *Inside*, 22 de abril de 1983, págs. 7, 20-22.
368. «Politics and Ethics: An Overview». Entrevistas realizadas en abril de 1983 por Paul Rabinow, Charles Taylor, Martin Jay, Richar Rorty y Leo Lowenthal, trad. de Catherine Porter en *The Foucault Reader*, págs. 373-380.
369. «On the Genealogy of Ethics: An Overview of Work in Progress». Entrevista con Hubert L. Dreyfus y Paul Rabinow, Dreyfus y Rabinow, *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*, 2ª ed., University of Chicago Press, 1983, págs. 229-252. Republicada en *The Foucault Reader* págs. 340-372. Traducción reducida de Jacques B. Hess, «Le sexe comme une morale», *Le Nouvel Ohervateur*, 1 de junio de 1984, págs. 62-66.
370. «Discussion with Hubert L. Dreyfus and Paul Rabinow», Berkeley, 15 de abril de 1983, texto mecanografiado.
371. «Discussion with Hubert L. Dreyfus and Paul Rabinow», Berkeley, 19 de abril de 1983, texto mecanografiado.
372. «Discussion with Hubert L. Dreyfus and Paul Rabinow», Berkeley, 21 de abril de 1983, texto mecanografiado.
373. «La Poigogne et après», *Le Débat*, 25 de mayo de 1983, págs. 3-34. Discusión con Edmond Maire.
374. «La musique contemporaine et le public», *CNACMagazine*, 15, mayo-junio de 1983, págs. 10-12. Discusión con Pierre Boulez.
375. «Vous êtes dangereux», *Liberation*, 10 de junio de 1983, pág. 20.
376. «Lettre á Hervé Guibert», fechada en julio de 1983, en «L'autre journal d'Hervé Guibert», *L'autre journal*, 5, diciembre de 1985, pág. 5.
377. «An Interview with Michel Foucault». Entrevista con Charles Rúas, publicada como postfacio z*DeathintheLabyrinth*, págs. 169-186. «Archéologie d'une passion», *Magazine Littéraire*, 221, julio-agosto de 1985, págs. 100-105.
378. «Usage des plaisirs et techniques de soi», *Le Débat*, 27, noviembre de 1983, págs. 46-72. Una versión ligeramente modificada del primer capítulo de *L'usage desplaisirs*.
379. «Remarques sur la paix», *Géopolitique*, 4, otoño de 1983, pág. 76.
380. «Discourse and Truth: The Problematization of Parrhesia», notas tomadas por Joseph Pearson de las seis conferencias dictadas por Foucault en la University of California at Berkeley, octubre y noviembre de 1983. Texto mecanografiado.
381. «Qu'appelle-t-on punir?», *Revue de l'Université de Bruxelles*, 1984, págs. 35-46. Entrevista con Foulek Ringelheim, diciembre de 1983, revisada y corregida por Foucault el 16 de febrero de 1984.
382. «Histoire des systèmes de pensée», *Annuaire du Collège de France*, 83 (1983), pág. 441.

383. «Première préface a *L'usage des plaisirs*», texto mecanografiado sin fecha, 51 págs.
384. *Histoire de la sexualité*2: *L'usage des plaisirs*, Gallimard, 1984.
385. *Histoire de la sexualité*3: *Le souci de soi*, Gallimard, 1984.
386. «Interview met Michel Foucault», *Krisis: Tijdschrift voor filosofie*, 14, 1984, págs. 56 y 57.
387. Entrevista con J. Francois y j. de Wit. «L'éthique du souci de soi comme pratique de la liberté», *Concordia*, 6, 1984, págs. 99-116. Entrevista con Raúl Fornt-Betancourt, Helmut Becker y Alfredo Gómez-Muller, fechada el 20 de enero de 1984.
388. «Philippe Aries: le souci de la vérité», *Le Nouvel Observateur*, 1006, 17 de febrero de 1984, págs. 56 y 57.
389. «Le Style de l'histoire», *Le Matin*, 21 de febrero de 1984, págs. 20 y 21. Entrevista con Arlette Farge, realizada por Francois Dumont y Jean-Paul Iommi-Amunstequi.
390. «A Last Interview with French Philosopher Michel Foucault», realizada por Jamin Raskim, marzo de 1984, *City Paper*, vol. 8, núm. 3, 27 de julio-2 de agosto de 1984, pág. 18.
391. «Interview de Michel Foucault», realizada por Catherine Baker, abril de 1984, *Actes: Cahiers de l'Action Juridique*, 45-46, 1984, págs. 3-6.
392. «Le souci de la vérité, interview with Francois Ewald», *Magazine Littéraire*, 207, mayo de 1984, págs. 18-23.
393. «Parla Michel Foucault: Alie fonti del piacere», *Panorama*, 945, 28 de mayo de 1984. Entrevista con Alessandro Fontana realizada el 25 de abril de 1984. Versión francesa modificada, «Une esthétique de l'existence», *Le Monde aujourd'hui*, 1.516, julio de 1984, pág. x.
394. «Polemics, Politics and Problematizations», tad. de Lydia Davies, basada en discusiones con Paul Rabinow y Tom Zummer, mayo de 1984, *The Foucault Reader*, págs. 381-390.
395. «Pour en finir avec les mensonges», *Le Nouvel Observateur*, 1.076, págs. 76 y 77. Entrevista con Didier Eribon en junio de 1984.
396. «Le retour de la morale», *Les Nouvelles*, 28 de junio-5 de julio de 1984, páginas 36-41. Entrevista con Gilies Barbedette y André Scala realizada el 29 de mayo de 1984.
397. *Resume des cours 1970-1982*, Julliard, 1989.

OTRAS OBRAS CONSULTADAS*

- ADERETH, M., *The French Communist Party: A Critical History (1920-1984)*, Manchester University Press, 1984.
- AGULHON, Maurice, *La vie sociak en Provence intérieure au lendemain de la Révolution*, Clavreuil, 1971

* Se da a continuación de cada entrada la edición española cuando la haya. También se menciona en nota la edición española la primera vez que se cite la obra de referencia. Las siguientes menciones en nota se citan como en el original.

- *Les Quarante-huitards*, Gallimard, 1975.
- *Manarme au combat*, Flammarion, 1979.
- «Présentation», en Michelle Perrot (ed.), *L'impossible prison. Recherches sur le système pénitentiaire au XIX siècle*, Seuil, 1980, págs. 5 y 6.
- «Posface», *ibíd.*, págs. 313-316.
- AIXIER, Irene, «Knobelspiess: un procès en trompe l'oeil», *Le Nouvel Observateur*, 31 de octubre de 1981, pág. 83.
- *Tenas Hotel*, Gallimard, 1984.
- «La Reconnaissance d'un écrivain», *Le Débat*, 41, septienbre-noviembre de 1986, pág. 159-163.
- ALMIRA, Jacques, *Le voyage a Naucratis*, Gallimard, 1975.
- ALTHUSSER, Louis, *Montesquieu: Lapolitique et l'histoire*, PUF, 1959.
- *For Marx*, trad. de Ben Brewster, Londres, New Left Books, 1969.
- *Lenin and Philosophy, and Other Essays*, trad. Ben Brewster, Londres, New Left Books, 1971.
- *Philosophy and the Spontaneous Philosophy of the Scientists, and Other Essays*, Gregory Elliott ed., Londres, Verso, 1990.
- *Uavenir dure longtemps, suivi de Les Faits: Autobiographies*, Stock/IMEC, 1992. [Trad. esp.: *El porvenir es largo*, Barcelona, Destino, 1992.]
- *et al., Lire Le Capital*, Maspero, 1965, 2 vols.
- HENRY, «Michel Foucault: Histoire de la folie a l'âge classique», *NouveUe Revue Francaise*, septienbre de 1961, págs. 530y 531.
- AMIN, Samir, *The Maghreb in the Modern World*, trad. de Michael Perl, Harmondsworth, Penguin, 1970.
- AMIOT, Michel, «Le Relativisme culturaliste de Michel Foucault», *Les Temps Modernes*, 248, enero de 1967, págs. 1.272-1.298.
- ANDRADE, Béatrix, «Un Weekend á la Goutte d'Or», *L'Express*, 6-12 de diciembre de 1971, pág. 42.
- ANGELÍ, Claude, «Les Nouveaux Clandestins», *Le Nouvel Observateur*, 1 de junio de 1970, pág. 18.
- ANZIEU, Didier, «La psichanalyse au service de la psychologie», *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, 20, otoño de 1979, págs. 59-76.
- *A Skinfor Thought. Intervino with Gilbert Tarrah*, trad. de Daphne Nash Brigss, Londres, Kamac, 1990.
- ARIES, Philippe, *L'enfant et la vie familiar sous VAnclen Rcgime*, Plon, 1960. [Trad. esp.: *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*, Madrid, Taurus, 1987.]
- *Essais sur l'histoire de la mort en Occident du Mqyen Age d nous jours*, Seuil, 1975.
- «La singulière histoire de Philippe Aries», *Le Nouvel Observateur*, 20 de febrero de 1978, pág. 80 ss.
- *Un historien du dimanche*, Seuil, 1980.
- «Le souci de la vérité», *Le Nouvel Observateur*, 17 de febrero de 1984, págs. 56 y 57.
- *Images of Man and Death*, trad. de Janet Lloyd, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1985.
- ARNAL, Frank, «Gai Pied Hebdo, á l'origine de l'émergence de la visibilité homosexuelle», *Masques* 25 y 26, mayo de 1975, págs. 83-85.
- ARNAUD, Alain, *Piare Klossowski*, Seuil, 1990.

- ARON, Jean-Paul, *Le mangeur au XIXsiècle*, Robert Laffont, 1973.
- *Les modernes*, Folio, 1984.
- «Mon SIDA», *Le Nouvel Observateur*, 30 de octubre de 1987, pág. 102 y sgs.
- y Kempf Roger, *Le penis et la démoralisation de l'Occident*, Grasset, 1978.
- ARON, Raymond, *Mémoires*, Julliard, 1983. [Trad. esp.: *Memorias*, Madrid, Alianza, 1985.]
- ARTAUD, Antonin, «*L'ombilic des limbes*», suivi de «*La Pese-nerfs*» et autres textes, Gallimard, colección Poésies, 1968. [Trad. esp.: *El pesa-nervios*, Madrid, Alberto Corazón, 1976.]
- *Oeuvres completes*, vol. 13, Gallimard, 1974.
- ASCHERSON, Neal, *The Polish August*, Harmondsworth, Penguin, 1981.
- ASSOULINE, Pierre, *Gastón Gallimard*, Points, 1985.
- AUBRAL, Francois y DELCOURT, Xavier, *Contre la nouvelkphitsophie*, Gallimard, colección Ideas, 1977.
- AUSTIN, J. L., *How to Do Things with Words*, Oxford University Press, 1962. [Trad. esp.: *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós, 1990.]
- BACHELARD, Gastón, *L'air et ks songes. Essai sur l'imagination du mouvement*, Librairie José Corti, 1942.
- BACKMANN, Rene, «Quatre questions sur l'affaire Jaubert», *Le Nouvel Observateur*, 14 de junio de 1971, pág. 27. «Le procès des tribunaux populaires», *Le Nouvel Observateur*, 5 de julio de 1971, pág. 18.
- «Le bal des nervis», *Le Nouvel Observateur*, 24 de julio de 1972, págs. 15 y 16.
- «Fallait-il trois bailes pour stopper un homme orné d'un chaise?», *Le Nouvel Observateur*, 11 de diciembre de 1972, pág. 58.
- BADDONEL, dr., «Le Centre National d'Orientation de Fresnes», *Esprit*, abril de 1955, págs. 73-75.
- BADIOU, Alain, *Almagestes*, Seuil, 1974.
- BARBEDETTE, Gilíes, «Pierre Guyotat par qui le scandale arrive», *Le Monde dimanche*, 21 de marzo de 1982, págs. 1 y 18.
- BAROU, Jean-Pierre, «Il aurait pu aussi bien m'arriver tout autre chose», *Liberation*, 26 de junio de 1984, pág. 4.
- BARRAQUÉ, Jean, *Debussy*, Seuil, 1962. [Trad. esp.: *Claude Debussy*, Barcelona, ed. 62, 1991.]
- BARTHES, Roland, *Ledegrézéro del'écriture*, Seuil, 1953.
- *Micheletpar lui même*, Seuil, 1957.
- *Mithologies*, Seuil, 1957.
- «La métaphore de l'oeil», *Critique* 195-196, agosto-septiembre de 1963, páginas 770-777.
- *Essais critiques*, Seuil, 1964. [Trad. esp.: *Ensayos políticos*, Barcelona, SeixBarral, 1983.]
- BATAILLE, Georges, *Oeuvres completes*, vol. 1, Gallimard, 1970.
- *Visions ofExcess: Selected Writings 1927-1939*, ed. Alian Stoekl, University of Minneapolis Press, 1985.
- BAUDRILLARD, Jean, *Oublier Foucault*, Galilée, 1977. [Trad. esp.: *Olvidar a Foucault*, Valencia, Pre-Textos, 1993.]
- *CoolMemories*, Galilée, 1977. [Trad. esp.: *Coolmemories*, Barcelona, Anagrama, 1989.]

- BEAUFRET, Jean, «M. Heidegger et le problème de l'existence», *Fontaine*, 63, novembre de 1947.
- BEAUVOIR, Simone de, «Simone de Beauvoir présente *Les bels images*», *Le Monde*, 25 de diciembre de 1966, pág. 1.
- *Les bels images*, Folio, 1976. [Trad. esp.: *Las bellas imágenes*, Barcelona, Edhasa, 1991.]
- *La cérémonie des adieux*, Gallimard, 1981.
- BECKETT, Samuel, *L'Innommable*, Minuit, 1953. [Trad. esp.: *El inabrazable*, Madrid, Alianza, 1988.]
- BEIGBEDER, Marc, «En suivant le cours de Foucault», *Esprit*, vol. 35, núm. 7, junio de 1967, págs. 1.066-1.069.
- BEL, Monique, *Maurice Clavel*, Bayard Editions, 1992.
- BELAVAL, Yvon, *L'esthétique sans paradoxe de Diderot*, Gallimard, 1950.
- BENOIS, Jean-Marie, *La révolution structurale*, Grasset, 1975.
- BERNAL, Olga, *Robbe-Grillet, le roman de l'absence*, Gallimard, 1964.
- BERNAUER, James W., *Michel Foucault's Forcé of Flight: Toward an Ethics for Thought*, Atlantic Highlands, New Jersey, Humanities Press International, 1990.
- y David Rasmussen (eds.), *The Final Foucault*, Cambridge, Massachusetts, MIT Press, 1988.
- BETTARI, Mario y KOUCHNER, Bernard, *Le devoir d'ingérence*, Denoel, 1987.
- BIANCOTTI, Héctor, «Le dernier encyclopédiste: Roger Caillois», *Le Nouvel Observateur*, 4 de noviembre de 1974, págs. 72 y 73.
- BINSWANGER, Ludwig, *Being in the World: Selected Papers of Ludwig Binswanger. Translated and with a Critique! Introduction to his Existential Psychoanalysis by Jacob Needleman*, Londres, Souvenir Press, 1975.
- BLANCHOT, Maurice, *Le Très-Haut*, Gallimard, 1984.
- *L'arrêt de mort*, Gallimard, 1984.
- *Lautréamont et Sade*, Minuit, 1949.
- «L'oubli, la déraison», *Nouvelle Revue Française* 106, octubre de 1961, págs. 676-686.
- *Michel Foucault tel que je l'imagine*, Montpellier, Fata Morgana, 1986. [Trad. esp.: *Michel Foucault tal y como lo imagino*, Valencia, Pre-textos, 1992.]
- *Le livre à venir*, Folio, 1986.
- *L'espace littéraire*, Folio, 1988.
- BOGGIO, Philippe, «Le silence des intellectuels de gauche. I. Victoire à contretemps», *Le Monde*, 27 de julio de 1983, págs. 1 y 10.
- «Le silence des intellectuels de gauche. II. Les chemins de traverse», *Le Monde*, 28 de julio de 1983, pág. 6.
- «Trop lourd», *Le Monde*, 19 de noviembre de 1990, pág. 16.
- BOGUE, Ronald, *Dekuze and Guattari*, Londres, Routledge, 1989.
- BOURDIEU, Pierre, «Non chiedetemi chi sonó. Un profilo di Michel Foucault», *L'Indice*, 1, octubre de 1984, págs. 4-50.
- «Aspirant philosophe. Un point de vue sur le champ universitaire des années 50», en *Les enjeux philosophiques des années 50*, Centre Georges Pompidou, 1989, págs. 15-24.
- y PASSERON, Jean-Claude, *Les héritiers: les étudiants et la culture*, Minuit, 1964.

- BORGES, Jorge Luis, *Fictions*, trad. de Anthony Kerrigan, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1962.
- *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé Ed., 1974.
- BOUTANG, Yann Moulier, *Louis Althusser: Une biographie. Tome I. La formation du mythe (1918-1956)*, Grasset, 1992.
- BOYERS, Robert y ORILL, Robert (eds.), *Laing and Anti-Psychiatry*, Harmondsworth, Penguin, 1972. [Trad. esp.: Laing y la antipsiquiatría, Madrid, Alianza, 1978.]
- BOYNE, Roy, *Foucault and Derrida: The Other Side of Reason*, Londres, Unwin Hyman, 1990.
- BRETÓN, André, *Anthologie de l'humour noir*, Livre de poche, 1970. [Trad. esp.: *Antología del humor negro*, Barcelona, Anagrama, 1991]
- BRISSET, Jean-Pierre, *Lagammaire logique*, Angers, 1878.
- *La Science de Dieu*, Angers, 1900.
- BROCH, Hermann, *The Death of Virgil*, trad. de Jean Starr Untermeyer, Nueva York, Pantheon, 1945. [Trad. esp.: *La muerte de Virgilio*, Madrid, Alianza, 1989.]
- BROSSE, Jacques, «L'étude du langage va-t-elle libérer un homme nouveau?», *Arts et loisirs*, 35, 24-31 de mayo de 1966, págs. 8 y 9.
- BROYELLE, Claudie y BROYELLE, Jacques, «A quoi rêvent les philosophes?», *Le Matin*, 24 de marzo de 1979, pág. 13.
- BROWNMILLER, Susan, *Against the Will*, Harmondsworth, Penguin, 1976.
- BRUCKNER, Pascal y FINKIELKRAUT, Alain, *Le nouveau désordre amoureux*, Seuil, 1977.
- BÜLOW, Catherine von, «L'art de diré vrai», *Magazine Littéraire*, 207, mayo de 1974, pág. 34.
- «Contredire est un devoir», *LeDebat* 41, septiembre-noviembre de 1986, páginas 168-178.
- y ALI, Fazia ben, *La Goutte d'Or, ou le mal des rocines*, Stock, 1974.
- BUREAU, Jacques, «Liberation devant la révolution inattendue», *Esprit*, 1, enero de 1980, págs. 56-58.
- BURGELIN, Pierre, «L'archéologie du savoir», *Esprit*, mayo de 1967, págs. 843-860.
- BURGIÈRE, André, «La preuve par Faveu», *Le Nouvel Observateur*, 31 de enero de 1977, págs. 64-66.
- BURIN DES ROZIERES, Étienne, «Une rencontre á Varsovie», *LeDébat*, 41, septiembre-noviembre de 1986, págs. 132-136.
- BURKE, Peter, *The French Historical Revolution. The «Annals» School 1929-1989*, Cambridge, Polity, 1990.
- BUTLER, Judith P., *Subjects of Desire: Hegelian Reflections in Twentieth-Century France*, Nueva York, Columbia University Press, 1987.
- CALVET, Louis-Jean, *Roland Barthes*, Flammarion, 1990. [Trad. esp.: *Roland Barthes: biografía*, Barcelona, Gedisa, 1992.]
- CANGUILHEM, Georges, «Hegel en France», *Revue d'Histoire et de Philosophie Religieuses*, 4, 1948-1949, págs. 282-297.
- «Mort de l'homme ou épuisement du cogito?», *Critique*, 242 julio de 1967, págs. 599-618.
- «Les machines á guérir», *Le Monde*, 6 de abril de 1977, pág. 16.
- *Le normal et le pathologique*, PUF, 1984.
- «Sur l'Histoire de la folie en tant qu'événement», *Le Débat*, 41, septiembre-noviembre de 1986, págs. 37-40.

- *La connaissance de la me*, Vrin, 1989.
- *Idéologie et rationalité dans l'histoire des sciences de la vie*, Vrin, 1988.
- *Etudes d'Histoire et de philosophie des sciences*, Vrin, 1989.
- CASTEL, Robert, «Les aventures de la pratique», *Le Débat*, 41, septiembrenovembre de 1986, págs. 41-45.
- «The Two Readings of *Histoire de la folie* in France», *History of Human Sciences*, vol. 3, núm. 1, febrero de 1990, págs. 27-30.
- CAVAILLÉS, Jean, *Sur la logique et la théorie de la science*, Vrin, 1987.
- CAVIGLIOLI, Francois, «Le plongeon de Knobelspiess», *Le Nouvel Observateur*, 10 de junio de 1983, pág. 24.
- Cercle d'Epistémologie*, «A Michel Foucault», *Cahiers pour l'Analyse*, 9, verano de 1968, págs. 5-8.
- «Nouvelles Questions», *ibíd.*, págs. 41-44.
- CERTEAU, Michel de, *Heterologies: Discourse on the Other*, trad. de Brian Massumi, Manchester University Press, 1986.
- CHAPSAL, Madeleine, «La plus grande révolution depuis l'existencialisme», *L'Express*, 23-29 de mayo de 1966, págs. 19-121.
- CHAR, Rene, *Fureur et mystère*, Gallimard, 1967. [Trad. esp.: *Furor y misterio*, Madrid, Alberto Corazón, 1979.]
- CHARLE, Christophe, «Le Collège de France», en Pierre Nora (ed.), *Les lieux de mémoire. II. La Nation*, Gallimard, 1986, vol. 3, págs. 389-424.
- *Naissance des intellectuels 1880-1900*, Minuit, 1990.
- CHATELET, Francois, «L'homme, ce narcissiste incertain», *La Quinzaine Littéraire*, 1 de abril de 1966, págs. 19 y 20.
- «Foucault précise sa méthode», *La Quinzaine Littéraire*, 1 de octubre de 1968, pág. 28.
- «L'archéologie du savoir», *La Quinzaine Littéraire*, 1 de marzo de 1969, págs. 3 y 4.
- Cixous, Hélène, *Le prénom de Dieu*, Grasset, 1967.
- *L'exil de James Joyce ou l'art du déplacement*, Grasset, 1968.
- *Dedans*, Grasset, 1969.
- «Cela n'a pas de nom, ce qui se passait», *Le Débat*, 41, septiembrenovembre de 1986, págs. 153-158.
- CLARK, Michael, *Michel Foucault: An Annotated Bibliography*, Nueva York, Garland, 1983.
- CLAVEL, Maurice, *Ce que je crois*, Grasset, 1975.
- «Vous direz trois rosaires», *Le Nouvel Observateur*, 27 de febrero de 1976, página 55.
- y SOLLERS, Philippe, *Délivrance*, Seuil, 1977.
- CLÉMENT, Catherine y PINGAUD, Bernad, «Raison de plus», *L'Arc*, 70, 1977, págs. 1 y 2.
- COBLER, Sebastian, *Law, Order and Politics in West Germany*, trad. de Francis McDonagh, Harmondsworth, Penguin, 1978.
- COHEN, Ed, «Foucauldian Necrologies: "Gay", Politics, Politically Gay?», *Textual Practice*, vol. 2, núm. 1, primavera de 1988, págs. 87-99.
- COHEN-SOLAL, Annie, *Sartre 1905-1980*, Folio, 1985. [Trad. esp.: *Sartre 1905-1980*, Barcelona, Edhasa, 1990.]

- COLOMBEL, Jeannette, «Les mots de Foucault et les choses», *La Nouvelle Critique*, mayo de 1967, págs. 8-13.
- «Contrepoints poétiques», *Critique*, 471-472, agosto-septiembre de 1986, páginas 775-787.
- CONTAT, Michel y RYBALKA, Michel, *Les écrits de Sartre*, Gallimard, 1970.
- COOPER, David, «Who's Mad Anyway», *New Statesman*, 16 de junio de 1967, página 844.
- (ed.), *The Diaktics of Liberation*, Harmondsworth, Penguin, 1968.
- CORVEZ, Maurice, «Le Structuralisme de Michel Foucault», *Revue Thomiste*, 68, 1968, págs. 101-124.
- DAGONET, Francois, «Archéologie ou histoire de la médecine», *Critique*, 216, mayo de 1965, págs. 436-447.
- DANIEL, Jean, «Quinze jours en image», *Le Nouvel Observateur*, 29 de septiembre de 1975, pág. 28.
- *L'ère des ruptures*, Livre de poche, 1980.
- «Le prince et les scribes», *Le Nouvel Observateur*, 19 de agosto de 1983, págs. 18 y 19.
- «Le flux des souvenirs», en *Michel Foucault, une histoire de la vérité*, Syros, 1985, págs. 57-60.
- «La passion de Michel Foucault», *Le Nouvel Observateur*, 24 de junio de 1984.
- *La bkssure*, Grasset, 1992.
- DARDIGNA, Anne-Marie, *Les châteaux d'Eros, ou l'infortune du sexe des femmes*, Maspero, 1980.
- DEBRAY, Régis, *Prison Writings*, trad. de Rosemay Sheed, Londres, Alien Lañe, 1973.
- *Les rendez-vous manqués (pour Pierre Goldman)*, Seuil, 1975.
- *Contribution aux discours et cérémonies du dixième anniversaire*, Maspero, 1978.
- *L'espérance aupurgatoire*, Alain Moreau, 1980.
- *Teachers, Writers, Celebrities: The Intellectuals of Modern France*, trad. de David M.acey, Londres, Verso, 1981.
- «Déclaration a la presse et aux pouvoirs publics émanant des prisonniers de la Maison Centrale de Melun», *Politique Hebdo*, 20 de enero de 1972, págs. 10 y 11.
- DEFFERT, Daniel, «Lettre a Claude Lanzmann», *Les Temps Modernes*, 531-533, octubre-diciembre de 1990, págs. 1.201-1.206.
- y DONZELOT, Jacques, «La charnière des prisons», *Magazine Littéraire*, 112-113, mayo de 1976, págs. 33-35.
- DELAY, Jean, *La jeunesse d'André Gide*, Gallimard, 1956, 1957, dos volúmenes.
- DELEUZE, Gilles, *David Hume, sa vie, son oeuvre*, PUF, 1952.
- *Empirism et subjectivité*, PUF, 1953. [Trad. esp.: *Empirismo y subjetividad*, Barcelona, Gedisa, 1981.]
- *Instincts et institutions, liachette*, 1953.
- *Nietzsche et la philosophie*, PUF, 1962. [Trad. esp.: *Nietzsche y la filosofía*, Barcelona, Anagrama, 1993.]
- *Le bergsonisme*, PUF, 1966. [Trad. esp.: *Elbergsonismo*, Madrid, Cátedra, 1987.]
- «L'homme, une existence douteuse», *Le Nouvel Observateur*, 1 de junio de 1966, págs. 32-34.

- «Ce que les prisonniers attendent de nous», *Le Nouvel Observateur*, 31 de enero de 1972, pág. 24.
- «Gilíes Deleuze contre les nouveaux philosophes», *Le Monde*, 19 y 20 de junio de 1977, pág. 16.
- *Foucault*, Minuit, 1986. [Trad. esp.: *Foucault*, Barcelona, Paidós, 1987.]
- *Pourparleurs*, Minuit, 1990.
- y GUATTARI, Félix, *Anti-Oedipe*, Minuit, 1972. [Trad. esp.: *El Antiedipo: capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, Paidós, 1985.]
- DERBYSHIRE, Philip, «Odds and Sods», *GayLeft*, invierno de 1978-1979, págs. 18 y 19.
- DEROGY, Jacques, «Ratissage sélectif sur les grands boulevards», *L'Express*, 25-31 de diciembre de 1975, pág. 21.
- DERRIDA, Jacques, *L'écriture et la différence*, Seuil, 1967. [Trad. esp.: *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1989.]
- «Les détenus parlent», *Esprit*, vol. 39, núm. 6, junio de 1971, págs. 1.282-1.293.
- DESCOMBRES, Vincent, *Modern French Philosophy*, trad. de L. Scott-Fox y J. M. Harding, Cambridge University Press, 1980.
- DEWS, Peter, «The *Nouvelk Philosophie* and Foucault», *Economy and Society*, vol. 8, núm. 2, mayo de 1979, págs. 127-171.
- «The "New Philosophers" and the End of Leftism», *Radical Philosophy*, 24, primavera de 1980, págs. 2-11.
- *Logics of Disintegration: Post-Structuralist Thought and the Claims of Critical Theory*, Londres, Verso, 1987.
- DIAMOND, Irene y Quinby (eds.), *Feminism and Foucault*, Boston, Northeastern University Press, 1988.
- DISPOT, Laurent, «Une soirée chez Michel Foucault», *Masques*, 25-26, mayo de 1985, págs. 163-167.
- DOLLÉ, Jean-Paul, *Haine de lapensée*, Éditions Hallier, 1976.
- DOMF.NACH, Jean-Marie, «Le système et la personne», *Esprit*, 5, mayo de 1967, págs. 771-780,
- «Une nouvelle passion», *Esprit*, 7 y 8, julio-agosto de 1966, págs. 77 y 78.
- «Le sang et la honte», *Le Monde*, 25 de diciembre de 1971, pág. 1.
- «Les détenus hors la loi», *Esprit*, vol. 40, núm. 2, febrero de 1972, págs. 163-170.
- DORAY, Bernard, *From Taylorism to Fordism: A Rational Madness*, trad. de David Macey, Londres, Free Association Books, 1988.
- DREYFUS, Hubert L. y Paul Rabonow, *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*, Hemel Hempstead Harvester, 1982.
- DROIT, Roger-Pol, «Le pouvoir et le sexe», *Le Monde*, 16 de febrero de 1977, páginas 1 y 18.
- «Foucault, passe-frontières de la philosophie», *Le Monde*, 6 de septiembre de 1986, pág. 12.
- DUBY, Georges, *Les trois ordres, ou l'imaginaire de la société*, Gallimard, 1978. [Trad. esp.: *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Madrid, Taurus, 1992.]
- DUMÉZIL, Georges, *Le festín de l'immortalité: Etude de la mythologie comparée*, Annales du Musée Guimet, 24.
- *Mythe et épopée. Vol 1. L'idéologie des trois fonctions dans les épopées des peuples indo-*

- eurpéens, Gallimard, 1968. [Trad. esp.: *Mito y epopeya*, vol. I, Barcelona, Seix-Barral, 1977.]
- *Mythe et épopée. Vol. 2. Types ¿piques indo-eurpéens: un héros, un sorcier, un roi*, Gallimard, 1971.
- *Mythe et épopée. Vol. 3. Histoires romaines*, Gallimard, 1973.
- «Un homme heureux», *Le Nouvel Observateur*, 29 de junio de 1984.
- *Entretiens avec Didier Eribon*, Folio, 1987.
- DURING, Simón, *Foucault and Literature: Towards a Genealogy of Writing*, Londres, Routledge, 1992.
- DUVERGER, Maurice, «Le pouvoir et le prison. Michel Foucault contesté par des historiens», *Le Monde*, 4 de julio de 1980, págs. 15 y 21.
- DUVERT, Tony, *Recidive*, Minuit, 1973.
- DUVIGNAUD, Jean, «Ce qui parle en nous, pour nous, mais sans nous», *Le Nouvel Observateur*, 21 de abril de 1969, págs. 42 y 43.
- ELEK, Christian, *Le casier judiciaire*, PUF, 1988.
- ELLIOTT, Gregory, *Althusser: The Detour of Theory*, Londres, Verso, 1987.
- EMMANUELU, Xavier, «Un bateau pour Saint-Germain-des Prés», *Quotidien du Médecin*, 4 de diciembre de 1978.
- ENIHOVEN, Jean-Paul, «Crimes et châtements», *Le Nouvel Observateur*, 3 de marzo de 1975, págs. 58 y 59.
- «Entrenen sur Foucault», *La Pensée* 137, febrero de 1978, págs. 3-37.
- Entretemps. Numero spécial: Jean Barraqué*, 1987.
- ERIBON, Didier, «Pierre Bourdieu: la grande illusion des intellectuels», *Le Monde dimanche*, 4 de mayo de 1980, pág. 1.
- *Michel Foucault (1926-1984)*, Flammarion, 1989. [Trad. esp.: *Michel Foucault*, Barcelona, Anagrama, 1992.]
- *Michel Foucault (1926-1984)*, edición revisada, Flammarion, 1991.
- Etats-généraux de la philosophie (16-17 juin 1979)*, Flammarion, 1979.
- EWALD, Francois, «Anatomie et corps politiques», *Critique*, 343, diciembre de 1975, págs. 1.228-1.265.
- «Droit: systèmes et stratégies», *Le Débat*, 41, septiembre-noviembre de 1986, págs. 63-69.
- «Michelle Perrot. Une histoire de femmes», *Magazine Littéraire*, 286, marzo de 1991, págs. 98-102.
- FARGE, Arlette y PERROT, Michelle, «Une pratique de la vérité», *Michel Foucault, une histoire de la vérité*, Syros, 1985, págs. 9-18.
- y MACHEREY, Pierre, «Actualité de Michel Foucault», *L'Ane*, 40, octubre-diciembre de 1989.
- FANO, Michel, «Autour de la musique», *Le Débat*, 41, septiembre-noviembre de 1986, págs. 137-139.
- FARGE, Arlette, *Le vol d'aliments a Paris au XVII siècle*, Plon, 1974.
- *Vivre dans la rue a Paris au XVII siècle*, Gallimard/Julliard, 1979.
- «Travailler avec Michel Foucault», *Le Débat*, 41, septiembre-noviembre de 1986, págs. 164-167.
- «Face à la histoire», *Magazine Littéraire*, 207, mayo de 1984, págs. 40-42.
- *La vie fragile: Violence, pouvoirs et solidarités a Paris au XVIII siècle*, Hachette, 1986.

- *Le goût del 'archive*, Seuil, 1989. [Trad. esp.: *La atracción del archivo*, Valencia, Alfons el Magnanim, 1991.]
- FAUCHEREAU, Serge, «Cummings», *Critique*, 218, diciembre de 1964.
- FAVRET-SAADA, Jeanne, *Lesmots, lesmorts, les sorts*, Gallimard, 1977.
- FERNANDEZ, Dominique, *L'étoilrose*, Grasset, 1978.
- FERNANDEZ-ZÍOLA, Adolfo, «La machine á fabriquer des délinquants», *La Quinzaine Littéraire*, 16-31 de marzo de 1975, págs. 3 y 4.
- FERRO, Marc, «Au croisement de l'histoire et du crime», *La Quinzaine Littéraire*, 1-15 de diciembre de 73, págs. 25 y 26.
- FERRY, Jean, *Une étude sur Raymond Roussel*, Arcanes, 1953.
- FHAR, *Rapport contre la normalité*, Editions Champ Libre, 1971.
- FITZGERALD, Mike, *Prisoners in Revolt*, Harmondsworth, Penguin, 1977.
- FORRESTER, John, «Foucault and Psychoanalysis», en *Ideas from France: The Legacy of French Theory*, Londres, ICA, 1985, págs. 24 y 25.
- *The Seductions of Psychoanalysis: Freud, Lacan, Derrida*, Cambridge University Press, 1990.
- «Foucault á Uppsala. Propos recueillis para Jean Piel», *Critique*, 471-472, agosto-septiembre de 1986, págs. 748-752.
- FRANK, Manfred, «Pourquoi la philosophie française plaít aux allemands», *Le Monde dimanche*, 24 de octubre de 1982, págs. XV y XVI.
- FRAPPAT, Bruno, «Les homosexuels par eux-mêmes», *Le Monde*, 19-20 de agosto de 1973, pág. 14.
- FREEMAN, Hugh, «Anti-Psychiatry through History», *New Society*, 4 de mayo de 1967, págs. 665 y 666.
- FRIEDRICH, Otto, «France's Philosopher of Power», *Time*, 6 de noviembre de 1981, págs. 147-148.
- FRYBES, Marcin, «Recontre ou malentendu autour de Solidamosc?», *CPDT aujourd'hui* 100, marzo de 1991, págs. 103-110.
- GABEY, Emmanuel, «Aprés l'assassinat de Mohammed Diab», *Témoignage chrétien*, 21 de diciembre de 1972, pág. 10.
- GAEDE, Edouard, «Nietzsche et la littérature», en *Nietzsche: Cahiers de Royaumont*, Minuit, 1967, págs. 141-152.
- GALLO, Max, «Histoire d'une folie», *L'Express*, 15-21 de octubre de 1973, páginas 59-60.
- «La prison selon Michel Foucault», *L'Express*, 15-21 de octubre de 1973, páginas 59-60.
- «Les intellectuels, la politique et la modernité», *Le Monde*, 26 de julio de 1983, pág- 7.
- GANDAL, Keith, «Michel Foucault: Intellectual Work and Politics», *Telos*, 67, primavera de 1986, págs. 121-135.
- y KOTKIN, Stephen, «Foucault in Berkeley», *History of the Present*, febrero de 1985, págs. 6 y 15.
- «Governing Work and Social Life in the USA and the USSR», *ibíd.*, págs. 4 y 5, 7-14.
- GARAUDY, Roger, *De Tanatheme au dialogue*, Editons Sociales, 1965.
- Gardefous, arrétez de vous serrer les coudes*, Maspero, 1975.

- GARRIGOU-LAGRANGE, Madeleine, «Le prisonnier est aussi un homme», *Témoignage chrétien*, 16 de diciembre de 1971, pág. 12.
- GASCAR, Pierre, *Portraits et souvenirs*, Gallimard, 1991.
- GAUCHET, Marcel, «De Pinexistentialisme», *Le Débat*, 1, mayo de 1980, páginas 100-103.
- y SWAIN, Gladys, *La pratique de l'esprit humain; V institution asilaire et la révolution démocratique*, Gallimard, 1980.
- GAUDEMAR, Antoine de, «La vie SIDA: le nouveau roman d'Hervé Guibert», *Libération*, 1 de marzo de 1990, págs. 19-21.
- GAVI, Philippe, «Bruay-en-Artois: seul un bourgeois aurait pu faire ca?», *Les Temps Modernes*, 132-133, julio-agosto de 1972, págs. 155-260.
- GREERTZ, Clifford, «Stir Crazy», *New York Review of Books*, 26 de enero de 1978.
- GEISMAR, Alin, JULY, Serge y MORANCE, E., *Vers la guerre avile*, Editions Premieres, 1969.
- GENET, Jean, «Violence et brutalité», *Le Monde*, 2 de septiembre de 1977, páginas 1 y 2.
- *Un captif amoureux*, Gallimard, 1930. [Trad. esp.: *Un cautivo enamorado*, Madrid, Debate, 1988.]
- GIDE, André, *Ne jugez pas*, Gallimard, 1930.
- GIP, *Enquête dans 20 prisons*, Editions Champ Libre, 1971.
- *Enquête dans une prison-modék: Fleury-Mérogis*, Editions Champ Libre, 1971.
- *Suicides de prison*, Gallimard, 1972.
- GLUCKSMANN, André, «Fascismes: l'ancien et le nouveau», *Les Temps Modernes*, 310 bis, 1972, págs. 266-274.
- *La cuisinière et k mangeur d'hommes*, Points, 1977.
- *Les maîtres penseurs*, Grasset, 1977.
- GNESOTTO, Nicole, «Le Nouvel Observateur: l'histoire déraillée», *Esprit*, 1, enero de 1980, págs. 64-69.
- GOLDMAN, Pierre, *Souvenirs obscurs d'un juif polonais né en France*, Points, 1977.
- GORDON, Colin, «The Normal and the Pathological: A Note on Georges Canguilhem», *IÚrCl*, otoño de 1980, págs. 3-36.
- «Histoire de la folie: An Unknown Book by Michel Foucault», *History of the Human Sciences*, vol. 3, núm. 1, febrero de 1990, págs. 3-26.
- «Governmental Rationality: An Introduction», en Graham Burchell, Collin Gordon y Peter Miller (eds.), *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*, Hemel Hempstead, Harvester, 1991, págs. 1-52.
- GREIMAS, A. J., *Sémantique structural*, Larousse, 1966.
- *Dusens*, Seuil, 1970. [Trad. esp.: *Del sentido: ensayos semióticos*, Madrid, Gredos, 1990.]
- GUETTA, Bernard, «Le salut á Brejnev», *Le Nouvel Observateur*, 27 de junio de 1977, pág. 31.
- «Une journée en Haute Sécurité», *Le Nouvel Observateur*, 3 de abril de 1978, págs. 84 ss.
- GUATTARI, Félix, *Molecular Revolution: Psychiatry and Politics*, trad. de Rosemary Sheed, Harmondsworth, Penguin, 1984.
- GUIBERT, Hervé, *Mauve le vierge*, Gallimard, 1986.

- *Al'amiquinem'apas sauvé la vie*, Gallimard, 1990. [Trad. esp.: *Al amigo que no me salvó la vida*, Barcelona, Tusquets, 1991.]
- GUTTING, Gary, *Michel Foucault's Archaeology of Scientific Reason*, Cambridge University Press, 1989.
- GUYOPTAT, Pierre, *Tombeau pour cinq cent mille soldats*, Gallimard, 1967.
- *Edén, Edén, Edén*, Gallimard, 1970.
- HABART, Michel, «Hermann Broch et les racons de la création poétique», *Critique*, 83, abril de 1954, págs. 310-322.
- HABERMAS, Jürgen, «Modernity versus Post-Modernity», *New German Critique*, 22, invierno de 1981, págs. 3-14.
- *The Philosophical Discourse of Modernity*, trad. de Frederick G. Lawrence, Cambridge, Polity, 1987. [Trad. esp.: *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1993.]
- HACKMANN, William R, «The Foucault Conference», *Telos*, 51, primavera de 1982, págs. 191-196.
- HALLIER, Jean-Edern, «Cette tête remarquable ne comprenait pas l'avenir», *Figaro Magazine*, 30 de junio-6 de julio de 1984, págs. 76 y 77.
- *Choque matin que se leve est une aventure*, Editions Libres, 1978.
- HAMON, Hervé y ROTMAN, Patrick, *Les porteurs de valise*, Albin Michel, 1979.
- *La deuxième gauche: Histoire intellectuelle et politique de la CFDT*, Ramsay, 1982.
- *Génération I: Les années de rêve*, Seuil, 1988.
- *Génération II: Les années de poudre*, Seuil, 1988.
- HANSON, Anne Coffin, *Manet and the Modern Tradition*, New Haven, Londres, Yale University Press, 1979.
- HAYMAN, Ronald, *Artaud and After*, Oxford University Press, 1977.
- *Writing Against: A Biography of Sartre*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1986.
- HEATH, Stephen, *The Nouveau Román*, Londres, Elek, 1972.
- HEPPENSTALL, Rayner, *Raymond Roussel*, Londres, Calder and Boyers, 1966.
- HOCQUENHEM, Guy, *Le désir homosexuel*, Editions Universitaires, 1972.
- «La révolution des homosexuels», *Le Nouvel Observateur*, 10 de enero de 1972, págs. 32-35.
- «Homosexuals, Children and Violence», trad. de Simón Watney, *Gay Left*, verano de 1978, págs. 14 y 15.
- *Les petits garçons*, Albin Michel, 1983.
- HOLLIER, Denis, *Le College de Sociologie*, Gallimard, 1974.
- HOLROYD, Michael, *Bernard Shaw. Vol. 1. 1856-1898: The Search for Love*, Harmondsworth, Penguin, 1990.
- Hommage à Jean Hyppolite*, PUF, 1971.
- HOPKINS, J. W., «Jean Barraqué», *Musical Times*, noviembre de 1966, págs. 952-955.
- HORVITZ, Philip, «Don't Cry for Me, Academia», *Jimmy and Lucy's House of K*, 2, agosto de 1984, págs. 78-80.
- HOWARD, Michael, «The Story of Unreason», *Times Literary Supplement*, 6 de octubre de 1961, págs. 653-654.
- HOY, David Couzens (ed.), *Foucault: A Critical Reader*, Oxford, Blackwell, 1986.
- HUISMAN, Denis, «Note sur l'article de Michel Foucault», *Revue Internationale de Philosophie*, vol. 44, núm. 73, 2/1990, págs. 177 y 178.
- HYPPOLITE, Jean, *Génesis et structure de «La Phénoméologie de l'esprit»*, PUF, 1948.

- [Trad. esp.: *Génesis y estructura de la Fenomenología del espíritu de I Irtyl*, Barcelona, ed. 62, 1991.
- *Figures de la pense'e philosophique*, FUF, 1971
- IGNATIEFF, Michael, «At the Feet of the Fathep», *Times Literary Suppkment*, 22 de abnl de 1983.
- JACOB, Francois, *The Logic ofLiving Systems: A History ofHeredity*, trad. de Betty E. Spillmann, Londres, Alien Lañe, 1973.
- JAMBET, Christian, «L'unité de la pensée: une interrogation sur les pouvoirs», *Le Monde*, 21 de febrero de 1975, pág. 17.
- JARRY, Alfred, *The Supermale*, trad. de Barbara Wright, Londres, Cape Editions, 1968.
- JOECKER, Jean-Pierre y SANZIO, Alain, «Rencontre avec Jean-Paul Aron», *Masques*, 21, primavera de 1984, págs. 7-17.
- JOHNSON, Douglas, «Althusser's Fate», *hondón Review ofBooks*, 16 de abril-6 de mayo de 1981, págs. 13-15.
- JORAVSKY, David, *Russian Psychology: A CriticalHistory*, Oxford, Blackwell, 1989.
- JOSSEUN, Jean-Francois, «Le Continent noir», *Le Nouvel Observateur*, 7 de septiembre de 1970, págs. 40 y 41.
- «Journées de l'Evolution Psychiatrique», *Evolution Psychiatrique*, tomo 36, fase. 2, abril-junio de 1971, págs. 223-297.
- «Justice telle qu'on la rend», *Esprit*, octubre de 1971, págs. 524-555.
- KANTERS, Robert, «Tu causes, tu causes, est-ce tout ce que tu sais faire?», *Fígaro Lit-téraire*, 23 de junio de 1966, pág. 5.
- «Crimes et châtements», *Fígaro Litléraire*, 22 de febrero de 1975, pág. 17.
- KANTOROWICZ, Ernst, *The King's Two Bodies: A Study in Medieval Political Theology*, New Jersey, Princeton University Press, 1957.
- KARENTY, Serge, «La médecine en question», *MagazineLittéraire* 112-113, mayo de 1976, págs. 38-41.
- KAROL, K. S., «La tragédie de Louis Althusser», *Le Nouvel Observateur*, 24 de noviembre de 1980, págs. 26 y 27.
- KAUPP, Katia D., «L'assassinat de Jillali», *Le Nouvel Observateur*, 15 de diciembre de 1971, págs. 42 y 43.
- «Le "malentendu" de Toul», *Le Nouvel Observateur*, 20 de diciembre de 1971, pág. 27.
- KELLNER, Douglas, *Jean Baudrillard: From Marxism to Postmodernism and Beyond*, Cambridge, Polity, 1989.
- KERMODE, Frank, «Crisis Critic», *New York Review ofBooks*, \1 de mayo de 1973, págs. 37-39.
- KLOSSOWSKI, Pierre, *La vocation suspendue*, Gallimard, 1956.
- *Sade, monprochain*, Minuit, 1954, 1957.
- *Le bain de Diane*, Jean-Jacques Pauvert, 1956.
- *Un si funeste désir*, Gallimard, 1963.
- *Les bis de l'hospitalité*, Gallimard, 1965.
- *Le Baphomet*, Mercure de France, 1965.
- *Nietzsche et le cercle vicieux*, Mercure de France, 1969.
- *La monnaie vivante*, Eric Losfield, 1970.

- «Digression á partir d'un portrait apocryphe», *L'Arc*, 49, 1990 (nueva ed.), págs. 11-22.
- KNAPP, Wilfrid, *Tunisia*, Londres, Thames y Hudson, 1970.
- NOBELSPIESS, Roger, *QHS: Quartier de Haute Sécurité*, Stock, 1980.
- KOJÉVE, Alexandre, *Introduction a la lecture de Hegel*, Gallimard, 1947.
- KOUCHNER, Bernard, «Prisons: les petits matons blêmes», *Actuel*, 9, junio de 1971, págs. 41-43.
- «Un vrai samurai», en *Michel Foucault: Une histoire déla vérité*, Syros, 1985, páginas 85-89.
- *L'lk de lumiere*, Presses Pocket, 1989.
- KOYRÉ, Alexandre, *From The Closed World to the Infinite Universe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1957.
- *Etudes d'histoire de la pensée phibsophique*, Armand Colin, 1961.
- KRAMER, Larry, *Reports from the Holocaust. The Making of an AIDS Activist*, Harmondsworth, Penguin, 1990.
- KRIEDEL, Annie, *Aux origins du communismefrancais*, Mouton, 1964.
- KRISTEVA, Julia, *La réuolution du langage poétique*, Seuil, 1974.
- LACAN, Jacques, *Le Séminaire. Libre XVII: L'envers de la psychanalyse*, Seuil, 1991. [Trad. esp.: *El seminario. Tomo xvii. Elreverso del psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1992.]
- LACOUTURE, Jean, «Au Collège de France: le cours inaugural de M. Michel Foucault», *Le Monde*, 4 de diciembre de 1970, pág. 8.
- *Malraux: une vie dans le siècle*, Points, 1976. [Trad. esp.: *André Malraux*, Valencia, Alfons el Magnanim, 1991.]
- LACROIX, Jean, «La signification de la folie», *Le Monde*, 8 de diciembre de 1961, pág. 8.
- «Fin de l'humanisme?», *Le Monde*, 9 de junio de 1966, pág. 13.
- *Panorama de la philosophiefrancaise contemporaine*, PUF.
- LAGACHE, Daniel, *L'unité de la psychologie*, PUF, 1949. [Trad. esp.: *La unidad de psicología*, Barcelona, Paidós, 1986.]
- LAGRANGE, Jacques, «La vobntéde savoir de Michel Foucault ou une généalogie du sexe», *Psychanalyse a l'université*, vol. 2, núm. 7, junio de 1977, págs. 541-553.
- «Versions de la psychanalyse dans le texte de Foucault», *Psychanalyse a l'université*, vol. 12, núm. 45, 1987, págs. 99-120, vol. 12, núm. 7, junio de 1977, páginas 541-553.
- LAING, R. D., *The Divided Self* Londres, Tavistock, 1959.
- «The Invention of Madness», *New Statesman*, 16 de junio de 1963, pág. 843.
- y COOPER, David, *Reason and Violence*, Londres, Tavistock, 1964. [Trad. esp.: *Razón y violencia: una década de pensamiento sartreano*, Barcelona, Paidós, 1984.]
- LAPASSADE, Georges, *Le hordel andalou*, L'Herne, 1971.
- *Essai sur la transe*, Editions Universitaires, 1976.
- *Joyeux tropiques*, Stock, 1978.
- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. B., *The Language of Psychoanalysis*, trad., de Donald Nicholson-Smith, Londres, Hogarth Press and Institute of Psychoanalysis, 1973.
- LARDREAU, Guy y JAMBET, Christian, *L'ange*, Grasset, 1976.
- LEACH, Edmund, «Imprisoned by Madmen», *Listener* 8 de junio de 1967, págs. 752 y 753.

- I, E BITOUX, Jean, «Grandeur et décadence de la presse homosexuelle», *Masques* 25-26, mayo de 1985, págs. 75-81.
- LE BON, Sylvie, «Un positiviste désespéré», *Les Temps Modernes*, 248, enero de 1967, págs. 1.299-1.319.
- LECERCLE, Jean-Jacques, *Phibosophy Through the Looking Glass*, Londres, Hutchinson, 1985.
- *The Vioknce of Language*, Londres, Routledge, 1990.
- LECOMTE, M., «Signes kafkéens chez Roussel et Jules Vernes, signes verniens chez Roussel», *Synthèses*, vol. 18, núm 207. 1963, págs. 95-98.
- LECOURT, Dominique, *Pour une critique de l'épistémokgk*, Maperó, 1972.
- *Lysenko: Histoire réelle d'une science prok'tarienne*, Maspero, 1976.
- LEFORT, Gérard, «Au Collège de France: un judoka de l'intellect», *Liberation*, 26 de junio de 1984, pág. 6.
- LE GILLEDoux, Dominique, «La libération de Roger Knobelspiess», *Le Monde*, 16 de agosto de 1990, pág. 6.
- LEIRIS, Michel, «Documents sur Raymond Roussel», *Nouvelk Revue Francaise*-259, abril de 1935.
- «Conception et réalité chez Raymond Roussel», *Critique* 89, octubre de 1954.
- *Biffures*, Gallimard, 1948.
- *Fourbis*, Gallimard, 1955.
- *Fibrilks*, Gallimard, 1966.
- *Frék Bruit*, Gallimard, 1976.
- LENIN, V. I., «What Is to Be Done?», *Sekcted Works*, Moscú, Editorial Progreso, 1970, vol. 3, págs. 119-272.
- LÉONARD, Jacques, «L'historien et le philosophe», en Michelle Perrot (ed.), *L'impossibkprison*, Seuil, 1980, págs. 9-28.
- LE ROY LADURIE, Emmanuel, «Bocage au sang», *Le Monde*, 18 de octubre de 1973, págs. 19 y 25.
- «L'offensive anti-sexe du dix-neuvième siècle», *Le Monde*, 27 de octubre de 1978, pág. 24.
- *Paris-Montpellier, PC-PSU. 1945-1963*, Gallimard, 1982.
- LÉVY, Bernard-Henri, «Le système Foucault», *Magazine Littéraire*, 101, junio de 1975, págs. 7-9.
- *La barbarie a visage humain*, Grasset, 1977.
- *Les aventures de la liberté*, Grasset, 1991. [Trad. esp.: *Las aventuras de la libertad*, Barcelona, Anagrama, 1992.
- Liberté, libertes. Réfksions du Comité pour une charte de libertes animépar Robert Badinter*, Gallimard, 1976.
- LINHART, Robert, *L'établi*, Minuit, 1978.
- LITTLETON, C. Scott, *The New Comparative Mythology. An Anthropohgical Assesment of the Theoriesfo Georges Dumézil Berkeley*, University of California Press, 1968.
- LvROZET, Serge, *De la prison a la révolte*, Mercure de France, 1973, 1973, 1986.
- LYOTARD, Jean-Francois, *Economie libidinak*, Minuit, 1972.
- MACDONALD, Oliver, «The Polish Vortex: Solidarity and Socialism», *NewLeftReview*, 139, mayo-junio de 1983, págs. 5-48.
- MACEY, David, *Locan in contexts*, Londres, Verso, 1988.

- MACHEREY, Pierre, «Aux Sources de *l'Histoire de la folie*: une rectification et ses limites», *Critique*, 471-472, agosto-septiembre de 1986, págs. 753 y 754.
 — *A quoipense la litterature? FUF*, 1990.
- Magazine Littéraire* 293, noviembre de 1991, número especial dedicado a Hegel y *La fenomenología del espíritu*.
- MAHER, Winifred Barbara y MAHER, Brendan, «The Ship of Fools: *Stultifera Navis* or *Ignis Fatuus?*», *American Psychologist*, julio de 1982, págs. 756-761.
- MALAPERT, Paulin, *Les éléments du caractère et leurs bis de combinaison*, Alean, 1906.
 — *De Spinozapolitica*, Alean, 1907.
 — *Psychologie*, Hatier, 1913.
 — *Leçons de philosophie*, Hatier, 1918.
- MALRAUX, André, *La tentation de l'Occident*, Livre de poche, 1976.
- MANCEAUX, Michèle, *Les Maos en France*, Gallimard, 1972.
 — y CHAPSAL, Madeleine, *Les professeurs, pour quoifaire?*, Seuil, 1970.
- MANDROU, Robert, «Trois clefs pour comprendre la folie à l'âge classique», *Annales ESC*, año 17, núm. 4, julio-agosto de 1962, págs. 761-771.
- MANENT, Pierre, «Lire Michel Foucault», *Commentaire*, 7, otoño de 1979, págs. 369-375.
- MANNONI, Maude, *Le psychiatre, son «fou» et l'analyse psychanalytique*, Seuil, 1970.
- MARCUS, Steven, *The Other Victorians. A Study of Pornography and Sexuality in Mid-Nineteenth-Century England*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1966.
- MARIETTI, Angele Kremer, *Michel Foucault: Archéologie et généalogie*, Livre de poche, 1985.
- MASPERO, Francois, *Lefiguiet*, Seuil, 1988.
- MAURIAC, Claude, *Malraux ou le mal du héros*, Grasset, 1946.
 — «Il ne faut pas tuer l'espérance», *Le Monde*, 17 de julio de 1977, pág. 1.
 — *Le temps immobile 1. Les espaces imaginaires*, Livre de poche, 1985.
 — *Le temps immobile 3. Et comme l'espérance est violente*, Livre de poche, 1986.
 — *Le temps immobile 6. Le rire des pères dans les yeux des enfants*, Livre de poche, 1989.
 — *Le temps immobile 7. Signes, rencontres et rendez-vous*, Grasset, 1983.
 — *Le temps immobile 9. Mauriac et fils*, Grasset, 1986.
 — *Le temps immobile 10. L'onck Marcel*, Grasset, 1988.
 — *Une certaine rage*, Robert Laffont, 1977.
 — *Le temps accompli*, Grasset, 1991.
- MAURIAC, Francois, «Bloc-notes», *Le Figaro*, 15 de septiembre de 1966.
- MAUROY, Pierre, *À gauche*, Marabout, 1986.
- MEGILL, Alan, «The Reception of Foucault by Historians», *Journal of History of Ideas*, vol. 48, 1987, págs. 117-141.
- MERLEAU-PONTY, Maurice, *Sens et non-sens*, Nagel, 1948. [Trad. esp.: *Sentido y sinsentido*, Barcelona, ed. 62, 1977.]
 — «Merleau-Ponty à la Sorbonne. Resume des cours établi par des étudiants et approuvé par lui-même», *Bulletin de Psychologie*, vol. 17, núms. 3-6, 1964.
- MERQUIOR, J. G., *Foucault*, Londres, Fontana, 1985.
- MEYER, Philippe, «La correction paternelle, ou l'état, domicile de la famille», *Critique*, 343, diciembre de 1975, págs. 1.266-1.276.
 — *Unfantelaraison d'état*, Seuil, 1977.

- «Michel Foucault (1926-1984)», *Commentaire*, vol. 13, núm. 27, otoño de 1984, págs. 506-508.
- Michel Foucault: *Une bistoire de la vérité*, Syros, 1985.
- MIDELFORT, H. C. E., «Madness and Civilization in Early Modern Europe: A Reappraisal of Michel Foucault», en B. C. Malament (ed.), *After the Reformation: Essays in Honour of J. H. Hester*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1980, págs. 247-265.
- MILLER, Jacques-Alain, «Action de la structure», *Cahiers pour VAnalyse*, 9, verano de 1968, págs. 93-105.
- MOLHO, Danièle, «M. Pingot acheté un fusil», *L'Express*, 15 de noviembre de 1971, pág. 19.
- «Toul: Pecóle du désespoir», *L'Express*, 21 de diciembre de 1971, págs. 12-15.
- MOSSUZ-LAVAU, Janine, *Les bis de l'amour. Lespolitiques de la sexualitéen France 1950-1990*, Payot, 1991.
- NÉMO, Philippe, *L'homme structural*, Grasset, 1975.
- NIETZSCHE, Friedrich, *The Gay Science*, trad. de Walter Kaufmann, Nueva York, Vintage Books, 1974.
- *Untimely Meditations*, trad. de R. J. Hollingdale, Cambridge University Press, 1983. [Trad. esp.: *Consideraciones intempestivas*, Madrid, Alianza, 1988.]
- *Twilight of the Idols*, trad. de R. J. Hollingdale, Harmondsworth, Penguin, 1968. [Trad. esp.: *Elocaso de hs ídobs*, Barcelona, Tusquets, 1983.]
- *The Birth of Tragedy y The Genealogy of Moráis*, trad. de Francis Goffing, Nueva York, Doubleday, 1956. [Trads. esp.: *El nacimiento de la tragedia y La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza, 1993.]
- *Thus Spoke Zarathustra*, trad. de R. J. Hollingdale, Harmondsworth, Penguin, 1961. [Trad. esp.: *Así habló Zarathustra*, Madrid, Alianza, 1993.]
- *Daybreak*, trad. de R. J. Hollingdale, Cambridge University Press, 1982.
- *Beyond Good and Evu*, trad. de R. J. Hollingdale, Harmondsworth, Penguin, 1990. [Trad. esp.: *Más alládelbieny delntal*, Madrid, Alianza, 1993.]
- NORA, Pierre, «Que peuvent les intellectuels?», *Le Débat* 1, mayo de 1980, páginas 3-19.
- «Il avait un besoin formidable d'être aimé», *L'Evenement du feudi*, 18-24 de septiembre de 1986, págs. 82 y 83.
- «Nouveau regard sur l'histoire de la folie: entretien avec Marcel Gacuhet et Gladys Swain», *Esprit*, 11, noviembre de 1983, págs. 77-86.
- OZOUF, Mona, *L'école, l'église etla république*, Armand Colin, 1984.
- PAIL, Gilies, «Daniel Deferí: "Plus on est honteux, plus on avoue"», *Liberation*, 31 de octubre-1 de noviembre de 1978, pág. 27.
- PARAIN, Brice, *Recherches sur la nature et lesfonctions du langage*, Gallimard, 1942.
- *Essai sur le logos platonicien*, Gallimard, 1942.
- «Michel Foucault: l'Archeologie du savoir», *Nouvelk Revue Française*, noviembre de 1969, págs. 726-733.
- PASCAL, Blaise, *Pensées*, trad. de A. J. Krailsheimer, Harmondsworth, Penguin, 1966. [Trad. esp.: *Pensamientos*, Madrid, Alianza, 1986.]
- PASQUALINI, J., *Prisionnier de Mao*, Gallimard, 1975.
- PAUL-BONCOUR, François, «Le fer rouge», *Le Nouvel Observateur*, 19 de junio de 1972, págs. 44 y 45.

- PELLETIER, Robert y Ravat, Serge, *Le mouvement des soldáis*, Maspero, 1976.
- PELORSON, Marc, «Michel Foucault et l'Espagne», *La Pensée* 152, julio-agosto di 1970, págs. 88 y 89.
- PERRAULT, Gilés, *LepuU-over rouge*, Ramsay, 1978.
- PERROT, Michelle, *Les ouvriers engréve*, Mouton/CNRS, 1974.
- «Délinquance et système pénitentiaire en France au XIX^e siècle», *Ármales ESC*, vol. 30, núm. 1, enero-febrero de 1975, págs. 67-91.
- «L'impossible prison», en Perrot, *L'impossible prison. Recherches sur le système pénitentiaire au XIX^e siècle*, Seuil, 1980, págs. 59-63.
- «1848. Révolution et prisons», págs. 277-312.
- «La leçon des ténébres. Michel Foucault et la prison», *Actes: Cahiers d'actionju ridique*, 54, verano de 1986, págs. 74-79.
- PETER, Jean-Pierre, «Entendre Pierre Rivière», *Le Débat*, 66, septiembre-octubre de 1991, págs. 123-133.
- PETTITJEAN, Gérard, «Les grands Prêtres de l'université française», *Le Nouvel Observateur*, 7 de abril de 1975, págs. 52-57.
- Pierre Klossowski*, Éditions La Différence/Centre National des Arts Plastiques, 1990.
- PIQUEMAL, Jacques, «G. Canguilhem, professeur de terminale (1937-1938). Un essai de témoignage», *Revue de Métaphysique et de Morale*, año 90, num. 1, enero-marzo de 1985, págs. 63-83.
- PLANT, Sadie, *The Most Radical Gesture. The Situationist International in a Postmodern Age*, Londres, Routledge, 1992.
- PLAZA, Monique, «Our Costs and their Benefits», trad. de Wendy Harrison, *m/f*, 1980, págs. 28-40.
- POGLIANO, Claudio, «Foucault, con interpreti», *Belfagor*, vol. 40, 1985, págs. 147-178.
- POLITZER, Georges, *Critique des fondements de la psychologie*, Rieder, 1928.
- PORTER, Roy, *Mind-Forg'd Manacks: A History of Madness in England from the Restoration to the Regency*, Londres, Athlone Press, 1987. [Trad. esp.: *Historia social de la locura*, Barcelona Crítica, 1989.]
- POSNER, Charles (ed.), *Reflections on the Révolution in France: 1968*, Harmondsworth, Penguin, 1970.
- Présence de Guy Hocquenheim. Cahiers de l'imaginaire*, 7, 1992.
- Primer Congreso del Partido Comunista de España (marxista-leninista): Informe del Comité Central*, Madrid, Ediciones Vanguardia Obrera, s.f.
- Proas de Draguignon*, Monaco, Édition du Rocher, 1975.
- «Quelques souvenirs de Pierre Boulez. Propos recueillis par Alain Jaubert», *Critique* 471-472, agosto-septiembre de 1986, págs. 745 y 746.
- RABINOW, Paul y GANDAL, Keith, «Foucault and the Prison: An Interview with Gilés Deleuze», *History of the Present* 2, primavera de 1986, págs. 1 y 2, 20 y 21.
- RAJCHMAN, John, *Michel Foucault: The Freedom of Philosophy*, Nueva York, Columbia University Press, 1955.
- RAMBALI, Paul, «Minister of Mercy», *Weekend Guardian*, 1-2 de junio de 1991, páginas 14 y 15.
- Recherches* 13, diciembre de 1973, *Les équipements dupouvoir*.
- REMY, Jacqueline, «Noel au pain sec», *Le Nouvel Observateur*, 6 de diciembre de 1971, págs. 50 y 51.

- Rencontre internationale. Michel Foucault philosophe*, Seuil, 1989.
- REVAULT D'ALLONNES, Olivier, «Michel Foucault: les mots contre les choses», en *Structuralisme et marxisme*, Union Générale des Editions, 10/18, 1970, páginas 13-38.
- REVEL, Jacques, «Foucault et les historiens», *Magazine Littéraire*, 101, junio de 1975, págs. 10-12.
- RIGHINI, Mariella, «Les Nouveaux Passe-murailles», *Le Nouvel Observateur*, 22 de febrero de 1971, págs. 44 y 45.
- ROBBE-GRILLET, Alain, «Enigmes et transparence chez Raymond Roussel», *Critique*, 199, diciembre de 1963, págs. 1.027-1.033.
- ROMANO, Carlin, «Michel Foucault's New Cloties», *Viüage Voice*, 29 de abril-5 de mayo de 1981, págs. 1, 40-43.
- RODINSON, Máxime, *Cult, Ghetto, and State*, trad. de Jon Rothschild, Londres, Al Saqi Books, 1983.
- ROUDINESCO, Elisabeth, *La bataill de cent ans. Histoire de la psychanalyse en France. Volume I: 1885-1939*, Ramsay, 1982. [Trad. esp.: *La batalla de los cien años*, Madrid, Fundamentos, 1993.]
- *Jacques Locan & Co. A Histoty of Psychoanalysis in France 1925-1985*, trad. de Jeffrey Mehlman, Londres, Free Association Books, 1990. [Trad. esp.: *Jacques Locan*, Barcelona, Anagrama, 1994.]
- ROUSSEL, Raymond, *Impressions d'Afrique*, Pauvert, 1963.
- *Locus Solus*, Pauvert, 1963.
- *Comment j'ai écrit certains de mes livres*, Pauvert, 1963.
- ROUSSET, David, *L'univers concentrationnaire*, Editions du Pavois, 1946.
- ROUSTANG, Francois, «La visibilité est un piège», *Les Temps Modernes*, 356, marzo de 1976, págs. 1.567-1.579.
- SATD, Edward, «Michel Foucault», *Rarítan*, vol. 4, núm. 2, 1984, págs. 1-11.
- SALES, Claude, «Les "Nouveaux Philosophes": la révolte contre Marx», *LePoint*, 4 de julio de 1977, págs. 33-37.
- SAMUELSON, F. M., *Rétait unefois "Liberation"*, Seuil, 1979.
- SARTRE, Jean-Paul, *Esquisse pour une théorie des émotions*, Hermamm, 1938. [Trad. esp.: *Bosquejo de una teoría de las emociones*, Madrid, Alianza, 1987.]
- *L'imaginaire. Psychologiephénoménologique de Timagination*, Gallimard, 1940.
- *L'être et le néant*, Gallimard, 1943.
- *Critique de la raison diakctique*, Gallimard, 1960.
- «Jean-Paul Sartre répond», *L'Arc*, 30, octubre de 1966, págs. 87-96.
- *Situations VIII*, Gallimard, 1972.
- «Le nouveau racisme», *Le Nouvel Observateur*, 18 de diciembre de 1972, página 39.
- Philippe Gavi y Pierre Victor, *On a raison de se révolter*, Gallimard, 1974.
- SAWICKI, Jana, *Disciplining Foucault: Feminism, Power and the Body*, Londres, Routledge, 1991.
- SCHAUB, Uta Liebman, «Foucault, Alternative Presses and Alternative Ideology in West Germany», *Germán Studies Review*, vol. 12, núm. 1, febrero de 1989, págs. 139-153.
- SCIANNA, Ferdinando, «Il carcere visto da un filosofo francese», *L'Europeo*, 3 de abril de 1975, págs. 63-65.

SCULL, Andrew, «Foucault's History of Madness», *History of the Human Sciences*,

- «Témoignage hétérosexuel d'un historien sur l'homosexualité», *Acta ÍM Congrès International: Le Regard des Autres*, Arcadie, 1979.
- «Le dernier Foucault et sa morale», *Critique*, 471-472, agosto-septiembre de 1986, págs. 933-941.
- VIDAL-NAQUET, Pierre, *La torture dans la République*, Maspero, 1972.
- *Face a la raison d'état. Un historien dans la guerre d'Algérie*, La Découverte, 1990.
- VOELTZEL, Thierry, *Vingt ans et après*, Grasset, 1978.
- WALESA, Lech, *A Path of Hope: An Autobiography*, Londres, Pan, 1988.
- WATNEY, Simón, *Policing Desire: Pomography, AIDS and the Media*, Londres, Comedia.
- WEIL, Simone, *La condition ouvrière*, Gallimard, 1951.
- WEIT, John de, «The Charming Passivity of Guy Hocquenghem», *GayLeft*, 9, 1979, págs. 16-19.
- WHITE, Edmund, *States of Desire: Travels in Gay America*, Londres, Picador, 1986.
- WOLTON, Dominique, «Qui veut savoir?», *Esprit*, 7-8, julio-agosto de 1977, páginas 37-47.
- ZIMMER, Christian, «Dans le combat gauchiste», *Le Monde*, 17 de abril de 1980, pág. 17.

OBRAS DE MICHEL FOUCAULT PUBLICADAS EN ESPAÑOL

- Enfermedad mental y personalidad*, Barcelona, Paidós, 1991.
- El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, 1987.
- El pensamiento del afuera*, Valencia, Pre-textos, 1993.
- Escritos espirituales*, Barcelona, Herder, 1988.
- Espacios de poder*, Madrid, Endymión, 1991.
- Esto no es un pipa*, Barcelona, Anagrama, 1993.
- Genealogía del racismo*, Madrid, Endymión, 1992.
- Historia de la locura*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.
- Historia de la sexualidad*, 3 vols., Madrid, Siglo XXI, 1993.
- La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1991¹⁵
- La microfísica del poder*, Madrid, La piqueta, 1978.
- La naturaleza humana. ¿Justicia o poder? Conversaciones entre Noam Chomsky y Michel Foucault*, Valencia, Cuadernos Teorema, 1976.
- Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1974⁵.
- La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa, 1980.
- La vida de los hombres infames*, Madrid, La Piqueta, 1990.
- Michel Foucault*, Barcelona, Materiales, 1978.
- Nietzsche: la genealogía de la historia*, Valencia, Pre-textos, 1992.
- Nietzsche, Freud, Marx*, Barcelona, Anagrama, 1970.
- Raymond Roussel*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.
- Saber y verdad*, Madrid, Endymión, 1991.
- Sexo, poder, verdad. Conversaciones con*
- Tecnologías del yo y otros textos afines*, Barcelona, Paidós, 1991.
- Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, Madrid, Alianza, 1988.
- Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI, 1992.
- Yo Pierre Rivière*, Barcelona, Tusquets, 1983.